

MIGUEL DELIBES

Obras completas I
El novelista

Lectulandia

Este volumen inaugura un acontecimiento literario histórico en España, la publicación de las *Obras Completas* de Miguel Delibes, nuestro mayor clásico vivo (en el momento de la publicación). Además de la introducción del director del proyecto, Ramón García Domínguez, este volumen aporta un preámbulo y un prólogo escritos para la ocasión por Miguel Delibes. Este primer volumen, además de contener algunas de las grandes novelas de la primera época de Delibes (*La sombra del ciprés es alargada; El camino; Mi idolatrado hijo Sisí; La partida*), cuenta con una importante novedad: se trata de la publicación, por primera vez, del texto de *Aún es de día* no censurado.

Miguel Delibes

Obras Completas I: El Novelista

(1948-1954)

Obras completas de Miguel Delibes - 1

ePub r1.0

Titivillus 18.10.2020

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

- La sombra del ciprés es alargada, 1948
- Aún es de día, 1948
- El camino, 1950
- Mi idolatrado hijo Sisí, 1953
- La partida, 1954

La sombra del ciprés es alargada

1948

A mis padres
A mi mujer
A mi hijo

¿Por qué esta ansia, este amor estos supremosanhelos en el hombre? ¿Por qué existeun destino de amar, bárbaro y triste, en la ruina de carne que movemos?

M. A. ALCALDE, *Hoguera viva*

LIBRO PRIMERO

«Un amigo hace sufrir tanto como un enemigo».
Proverbio árabe

I

Yo nací en Ávila, la vieja ciudad de las murallas, y creo que el silencio y el recogimiento casi místico de esta ciudad se me metieron en el alma nada más nacer. No dudo de que, aparte otras varias circunstancias, fue el clima pausado y retraído de esta ciudad el que determinó, en gran parte, la formación de mi carácter.

De mi primera niñez bien poco recuerdo. Casi puede decirse que comencé a vivir, a los diez años, en casa de don Mateo Lesmes, mi profesor. Me acuerdo perfectamente, como si lo estuviera viendo, del día que mi tutor me presentó a él…

Se iniciaba ya el otoño. Los árboles de la ciudad comenzaban a acusar la ofensiva de la estación. Por las calles había hojas amarillas que el viento, a ratos, levantaba del suelo haciéndolas girar en confusos remolinos. Hicimos el camino en la última carretela descubierta que quedaba en la ciudad. Tengo impresos en mi cerebro los menores detalles de aquella mi primera experiencia viajera. Los cascos de los caballos martilleaban las piedras de la calzada rítmicamente, en tanto las ruedas, rígidas y sin ballestas, hacían saltar y crujir el coche con gran desesperación de mi tío y extraordinario regocijo por mi parte.

Ignoro las calles que recorrimos hasta llegar a la placita silente donde habitaba don Mateo. Era una plaza rectangular con una meseta en el centro, a la que se llegaba merced al auxilio de tres escalones de piedra. En la meseta crecían unos árboles gigantescos que cobijaban bajo sí una fuente de agua cristalina, llena de rumores y ecos extraños.

Del otro lado de la plaza, cerraba sus confines una mansión añosa e imponente, donde un extraño relieve, protegido en una hornacina, hablaba de hombres y tiempos remotos; hombres y tiempos idos, pero cuya historia perduraba amarrada a aquellas piedras milenarias.

Cuando descendimos del coche experimenté una sincera vocación de ser auriga. Tenía el cochero un aspecto imponente encaramado en su sitial delantero, con los pies cubiertos por una media bota acharolada y unas polainas blancas protegiéndole sus piernas delgadas y sin forma. Pero mi tío, que no debía de sentir hacia él el mismo respeto que yo, le despidió tan pronto pusimos nuestras humanidades en tierra.

—Antes de nada —me dijo mi tío al verse a solas conmigo—, para cuando lo necesites, sabe que tu padre se llamó Jaime y tu madre María. —(En toda mi vida tuve otra idea de mis padres. En adelante, siempre que sus nombres debían figurar en algún documento, lo hice constar así, añadiendo, entre paréntesis, «fallecido», aun cuando, en realidad, nadie me hubiera asegurado tal desenlace). Acto seguido mi tío desvió sus consejos hacia otro lado—: Estáte formal; procura causar a este hombre una buena impresión; no enredes ni te hurgues en las narices. En fin, pórtate como un caballero.

Dicho esto, nos acercamos a la casa, cuya fachada no podía ser más deprimente. (Tenía sólo dos pisos y, debajo, un entresuelo con ventanas bajas en vez de balcones. La parte izquierda de la casa tenía una sola fila de huecos aun cuando su superficie era más amplia que la de la derecha, recordando, por su especial asimetría, el desequilibrio de la faz de un tuerto). Mi tío anduvo un poco desorientado desde que entramos en la casa. Todo se le hacía mirar y remirar con atención todas las puertas con que tropezábamos. A tal punto llegó su falta de dominio de la situación, que me subió hasta el segundo piso sólo para preguntar si vivía allí don Mateo Lesmes. Le dijeron que el señor Lesmes vivía abajo, en el entresuelo, y tuvimos que deshacer el camino andado, sin rechistar. (Pensé, para mí, que en contra del sistema de mi tutor, si se ignora el piso de la persona que buscamos, resulta más provechoso preguntar abajo que subir hasta el último piso, para luego, a lo mejor, tener que volver a bajar. No le dije nada, sin embargo, porque ya me había encarecido, en reciente ocasión, que le molestaba que un mocosuelo como yo tratase de enmendar sus decisiones).

Antes de llamar, mi tío me estiró la corbata y me advirtió de nuevo sobre la necesidad de que me comportara correctamente en presencia de don Mateo; después tomó el llamador en su mano y la vieja casa retembló bajo el eco de dos poderosos golpes. Cuando me entretenía mirando las estrechas y polvorientas escaleras que arrancaban de mis pies, se abrió la puerta y mi tutor, tomándome de la mano, penetró en la casa. Una mujer indefinible nos había abierto. Quedóse parada al vernos entrar tan resueltamente, agarrándose, con cuatro dedos, las dos puntas bajas de su delantal. Al cabo de un rato nos espetó:

—¿Por quién preguntan ustedes?

(Recuerdo el gozo que me produjo este primer triunfo de mi honorabilidad. Nunca, hasta el momento, me llamaron de «usted», y el hecho de que aquella mujer me parangonase en dignidad con mi tutor me ocasionó un íntimo regocijo. Entonces no advertía yo lo raro que hubiese sido que la

mujer dijera: «¿Por quién preguntan usted y el niño?, —en vez de—: ¿Por quién preguntan ustedes?»; de aquí que considerase aquel trato como el mayor triunfo, hasta entonces, de mi yo personal e independiente). Mi tío respondió que buscábamos al señor Lesmes. La señora, con cara inexpresiva y sin soltar las puntas de su delantal, nos dijo que su «marido» acababa de salir, pero que no tardaría en regresar porque esperaba nuestra visita aquella tarde.

Al oír mi tutor que la mujer hablaba de «su marido» la saludó cortésmente, deseándole buena salud. Ella contestó, sin inmutarse, que lo mismo nos deseaba a nosotros, indicándonos, acto seguido, que pasáramos y nos sentáramos. Lo hicimos en una salita muy linda y aseada y, una vez allí, la señora nos dejó solos, pidiéndonos perdón antes de hacerlo.

Entonces pude fijarme a mi antojo en lo que me rodeaba. Los muebles se parecían mucho a los de la sala de la casa de mi tío. En ambas, sobre todo lo demás, predominaban los asientos. En ésta había un pequeño sofá, forrado de raso rojo, lo mismo que las sillas y las butacas. Encima del sofá había un espejo con marco dorado, rematado por un copete de dibujos retorcidos. En un rincón, un velador negro de patas gruesas e historiadas, con un mármol encima, sostenía una extraña cajita y un osado florero lleno de rosas de tela con muchas manchitas de mosca. Los tabiques y el techo estaban decorados de un vivo papel rameado. En el ángulo opuesto al del velador había un piano negro abierto, mostrando los dientes cariados de sus teclas, con mucho adorno encima. Al lado del piano una librería baja con varios tomos de *La Ilustración Española y Americana*.

Mi tío se sentó con una pierna sobre la otra en una de las butacas. Yo lo hice en el sofá, muy cerca de él, con un cierto temor hacia aquella casa que, en adelante, iba a ser mía por bastante tiempo. Ninguno de los dos dijimos nada durante diez minutos que tardó en regresar don Mateo. Cuando éste entró, mi tío se levantó y yo le imité.

Era don Mateo un hombre bajito, de mirada lánguida, destartalado y de aspecto cansino. Sonrió a mi tío al estrecharle la mano y a mí me acarició el cogote con fría cordialidad. Luego nos sentamos los tres y mi tutor y don Mateo se enredaron en una conversación interminable sobre enseñanza, carreras y honorarios. Mientras la conversación giró sobre los dos primeros temas me pareció observar que don Mateo hablaba sobre ello con la laxitud y desgana de quien cumple una obligación habitual. Cuando se abordó, en cambio, el tema de los honorarios, sus ojos, naturalmente apagados, se animaron con una chispita de codicia. De esto deduje que don Mateo no era un hombre a quien sobraran recursos para vivir. Por mi parte, lo único que

saqué en limpio de aquella hora interminable fue que mi tío deseaba desentenderse de mi educación y que don Mateo se encargaría de ella hasta que yo concluyese el Bachillerato. Otra conclusión que extraje de aquel juego de palabras fue la de que yo quedaría de pupilo en casa del señor Lesmes en tanto se completaba mi formación moral e intelectual, es decir, más o menos, durante siete largos años. Estas conclusiones iniciales favorecían a mi tío Félix y perjudicaban a mi maestro y a mí. La definitiva favorecía a don Mateo y perjudicaba a mi tutor, siéndome a mí indiferente; el señor Lesmes podría retirar mensualmente del banco ochocientos reales en concepto de honorarios y gastos de manutención. Mi tío justificó su desapego hacia mi pobre humanidad alegando las muchas dificultades que le creaba su nuevo cargo de representante de no sé qué casa comercial.

Una vez rematados estos extremos mi tutor se puso en pie, aprovechando los breves instantes que restaban hasta su inminente despedida en ensalzar y loar mis cualidades físicas, espirituales e intelectuales, cosa que hasta este día jamás oyera en sus labios. Ante mi asombro don Mateo sonrió, asegurando que observaba en mi cara esas maravillosas dotes que mi tío Félix acababa de atribuirme un tanto arbitrariamente. Eran tan falsas unas y otras manifestaciones que, a pesar de mi corta edad, no dejé de ver que las de mi tío las patrocinaba su ferviente deseo de deshacerse de mí y las de mi futuro maestro los pingües honorarios y gastos de manutención que mi alimento físico e intelectual le procuraría. A poco mi tío estrechó la mano de aquel hombre, quien, por su parte, retuvo la de mi tío con un calor impropio de dos personas que acababan de conocerse, aprovechando además la solemne despedida para volver a acariciarme el cogote, esta vez con el calor interesado que pondría un granjero en dar el pienso a su vaca de leche. Todo quedó en que yo me incorporaría a la vida íntima de don Mateo en la noche del día siguiente.

En las veinticuatro horas que siguieron viví una vida de expectativa. No hallaba en mis juegos las sensaciones arrobadoras de mejores días, y únicamente mi próximo destino ocupaba todos mis pensamientos. Después de comer, mi tío me ordenó preparase mis cosas en compañía de Elena, su vieja criada. Así lo hicimos y antes de las ocho partía yo de aquella casa en el mismo coche de caballos que la tarde anterior.

Cuando me apeé en la puerta de don Mateo me invadió una sensación de soledad como no la había sentido nunca. Me hacía el efecto de que nadie en el mundo daría un paso por afecto hacia mí. Yo era un estorbo que únicamente por dinero podía aceptarse. Cuando llamé débilmente en la puerta del señor

Lesmes mi mano temblaba. No ignoraba que con un paso más, franqueando aquel umbral, inauguraría una era decisiva de mi existencia. Salieron a recibirme don Mateo y su esposa. Aquél me acogió con una sonrisa y me preguntó por mi tío; ésta me saludó fríamente sin dejar de agarrar las esquinas de su delantal, como si en realidad no se hubiese movido de la postura en que la dejáramos la noche anterior.

No me pasaron a la salita del piano como yo esperaba. (Más tarde me convencí de que era ésta una de esas habitaciones de estar donde no se está nunca). Me condujeron a un cuarto de pequeñas proporciones, situado enfrente de la salita y con una ventana, también pequeña, que daba a la plaza. Casi pegada a la ventana había una camilla, con brasero ya, a pesar de estar a últimos de septiembre, y junto a la puerta, una especie de trinchero con copas y tazas colocadas allí con intención evidente de lucirlas. El resto del mobiliario lo constituían unos taburetes de madera y una butaquilla de mimbre, situado todo alrededor de la camilla. Además, lo que ya me resultó más interesante, en un rincón de la habitación, se levantaba una especie de trípode sosteniendo una pecera de cristal verdoso que encerraba dos pececillos de color encarnado. Los miré con simpatía porque me pareció que también ellos estaban prisioneros como yo en manos de aquel hombre chiquitín que se llamaba como un apóstol de Cristo.

Lo que me chocó sobremanera fue ver la mesa dispuesta para cenar, cuando aún no eran las ocho y media de la noche. Imaginé que entraba en una de esas vidas de orden que tanto me disgustaban. Así y todo hube de resignarme y sentarme a la mesa ante la indicación de mi maestro. Esperé impaciente a que viniesen mis compañeros de mesa, pues mi curiosidad advirtió, nada más entrar, que había en ella cuatro platos, y, que yo supiera, no éramos más que tres los comensales. Al aparecer mi maestro con una niñita como de tres años de la mano, lo comprendí todo y se me cayó el alma a los pies. Era la hija del matrimonio y para mí un trasto que en modo alguno deseaba. La sentaron en una silla, a mi lado, después de poner debajo tres grandes cojines. Don Mateo me presentó a la chiquilla, apuntándome con el dedo —un dedo manchado de tiza— y diciéndole «que éste era el nene que papá prometiera traerle». La niña sonrió acentuando sus flácidos mofletes y, naturalmente, no cesó en toda la cena de darme golpes en un brazo con un tenedor usado y repetir «nene, nene», hasta un centenar de veces. No tuve otro remedio que sonreírle, aunque su calificativo no me agradase demasiado.

Aquella misma noche me enteré de varias cosas. La mujer de don Mateo se llamaba Gregoria y no era amiga de palabras ni aun en el seno íntimo de la

familia. Don Mateo tenía la carrera de maestro, carrera que explotaba de una manera original. Era, además, el prototipo del maestro de reglas fijas, inconmovibles, y de mezquinos horizontes. Sus primicias pedagógicas me las brindó la misma noche de mi llegada.

—¿Sabes leer, Pedro? —comenzó.

—Sí, señor.

—¿Sabes escribir?

—Sí, señor.

—¿Sabes sumar?

—Sí, señor.

—¿Sabes restar?

—Sí, señor.

—¿Sabes multiplicar?

—Sí…, señor.

—¿Sabes dividir?

—Sí, señor.

—¿Conoces la potenciación?

—No, señor.

Sonrió suficientemente y añadió:

—¿Ves, chiquito? De esta manera tan sencilla puedo adivinar en un momento hasta dónde llegan tus conocimientos.

(Me libré muy bien de decirle que todo eso podría haberlo sabido sin gastar tanta saliva preguntándome directamente, y de una vez, si conocía las cuatro reglas. En este detalle está perfectamente retratado el procedimiento pedagógico de don Mateo. Era enemigo de conceptos generales, de ideas abstractas. Él quería el conocimiento particular y concreto; la rama, aunque ignorásemos el tronco de donde salía).

Antes de acostarme, aún tuve una satisfacción aquella noche. Conocí a Fany. Fany era una perrita ratonera con psicología de gato. Era faldera, amante del fogón y mimosa para reclamar los desperdicios de la carne. No obstante, en sus manifestaciones de cariño era perro desde el hocico hasta la punta del rabo. Noté que todos en aquella casa amaban al animal más de lo que, aparentemente, se amaban entre sí. Yo también le cogí cariño porque, por lo menos, demostraba la alegría de vivir que no existía, al parecer, en los pechos de los demás habitantes de la casa.

Cuando poco más tarde don Mateo me acompañó a mi cuarto y se despidió de mí deseándome buenas noches, volví a experimentar la angustia de soledad que me acongojase una hora antes. Encontré mi habitación fría,

destartalada, envuelta en un ambiente de tristeza que lo impregnaba todo, cama, armario, mesa y hasta mi propio ser. Temblaba al desnudarme, aunque el frío no había comenzado aún a desenvainar sus cuchillos. Me daba la sensación de que todo, todo, hasta las paredes y el techo de la habitación, estaba húmedo de melancolía. Por otro lado, nadie se preocupó de llevar a aquel cuarto la caricia de un detalle. Todo raspaba, arañaba, como raspan y arañan las cosas prácticas. No existía una cortina, o una estera, o una colcha, o una lámpara con una cretona pretenciosa. Allí todo era rígido como la vida y útil como la materialidad del dinero lo es a los espíritus avaros. Me resigné porque esta vida arrastrada, materializada, estaba forzado a vivirla unos cuantos años. Y al apagar la luz y llenarse de lágrimas mis ojos —que aguardaron a las tinieblas para no escandalizar a la materia que me envolvía —, mi pensamiento quedó muy cerca; dentro de la misma casa, pero, casualmente, fue a parar a Fany y a los dos pececillos rojos que nadaban en la pecera verde.

II

Don Mateo dirigía en su casa una academia sobre estudios de segunda enseñanza. Tenía otro profesor, además de él, que daba las clases de letras. Distribuidos en tres habitaciones, los escasos alumnos que a ella pertenecíamos teníamos ocupada la mañana desde las nueve, en que nos levantábamos. Recuerdo que los alumnos que preparábamos el ingreso, con ser sólo tres, constituíamos la clase más numerosa. Además, no sé si por aquello de que al comenzar una obra se pone siempre en ella mayor empeño, don Mateo y el otro profesor ponían un especial cuidado en nuestra formación. Con los dictados, análisis gramaticales y las cuentas de dividir por decimales pasábamos la mayor parte de la mañana, ocupando la tarde en realizar los trabajos y resolver los problemas que quedaban pendientes en la primera mitad del día.

Abstraído en esta clase de vida transcurrieron los primeros meses. Después de vencer las dificultades y monotonía de las semanas iniciales, aquello fue haciéndose incluso agradable. Encontraba en ello una fuente abundante de distracción, a pesar de que en los días que me levantaba del lado izquierdo se me hacía mi tarea demasiado cuesta arriba.

Cuando hacia las dos marchaban a sus casas todos mis compañeros, yo me refugiaba en la habitación práctica y áspera que me designaran el primer día. Doña Gregoria me había encendido ya el brasero cotidiano, y allí, arrimado a la pequeña camillita, iniciaba mis trabajos hasta que me avisaban para comer.

Las comidas eran siempre las mismas. Me refiero al clima, no al contenido, aunque éste, realmente, tampoco fuese muy variado. Doña Gregoria se sentaba frente a mí, erguida como una espingarda y con su busto seco, únicamente abombado por la disposición de las costillas.

A mi izquierda se sentaba la pequeña Martina, siempre con dos roderas encima de su labio superior que nacían en los agujeritos de su nariz y concluían en la boca. (Me recordaban por su disposición y suciedad las huellas que deja en la nieve un carromato con el eje de sus ruedas torcido). De espaldas a la ventana y a su derecha, frente por frente con el trinchero, que exhibía sus estantes cargados de porcelana barata, ocupaba su asiento el cabeza de familia y academia: don Mateo Lesmes. Su pequeña humanidad, lenta de costumbre para todo, se movía inquieta, apresurada, a las horas de las comidas. Y no es que comiese con glotonería. Al contrario. Su comida era

siempre frugal y el vértigo que ponía en devorarla parecía provenir de una idea innata en él de que no valía la pena perder el tiempo para cosa de tan leve importancia como era el comer.

Mientras duraba el refrigerio se hablaba poco. Bueno, creo que en aquella casa se hablaba poco durante todo el día, y no digo la noche porque la fría esposa del maestro y su tierno vástago soñaban alto. En las primeras noches sus gritos nocturnos me estremecieron. Dormía la familia en un cuarto vecino al mío y los ruidos de uno y otro se comunicaban a la habitación contigua y con tan sincero detalle, que sería necesario, yo supongo, para explicarlo de una manera fehaciente y clara, la exposición de una elevada teoría física.

La noche de mi ingreso en aquella casa me asaltaron horribles pesadillas. A eso de las tres me despertó un grito sobrecogedor. Escuché y percibí que partía de la habitación de al lado. Era Martina, la niña de don Mateo. Entre otras palabras ininteligibles me pareció que pronunciaba con una insistencia molesta el «nene, nene», que alcanzara su cien representación durante la cena.

Tardé mucho en dormirme después de este descubrimiento. Tanto que pude darme cuenta de que la charlatanería de la pequeña era lo que se puede apellidar un «mal de herencia», congénito. A poco de los gritos de la niña comenzó a hablar doña Gregoria. Lo suyo no eran palabras o voces entrecortadas. Eran parrafadas largas, interminables, como si estuviese pronunciando un discurso a media voz. Advertí que sus preferencias estaban por la cocina, cosa que más tarde no me extrañó, porque en ella transcurría, sin exageraciones, toda su vida. Al principio, tan sentadas eran sus palabras, creí que hablaba con mi maestro. Rechacé esta idea al no escuchar la contestación de éste y oír, por el contrario, que el largo discurso de su esposa se prolongaba sin airarse, lo que no hubiera ocurrido de estar en sus cabales y no hallar contestación. Imaginé, en medio de mi insomnio, que yo no podría dormir en una casa animada por tales expansiones nocturnas, pero poco tardé en convencerme de que aquellos monótonos parlamentos de madre e hija servían para arrullar, más que para otra cosa, cuando se tenían los nervios bien sentados.

Como detalle curioso observé en mis silenciosas comidas el feliz instinto de conservación que animaba a la perrita Fany. Mientras consumíamos el primer plato, generalmente a base de purés o sopas, jamás rondaba nuestra mesa. Comprendía el animal que estos alimentos líquidos no eran para dárselos en mano y renunciaba a sus escarceos mendicantes persuadida de la imposibilidad. Pero cuando el alimento sólido, de carne o pescado, llegaba a la mesa, Fany arribaba con él y nos plantaba sus dos patas delanteras en el

regazo, ora a uno, ora al otro. El primer día no me atreví a darle nada. Dudé entre si atender a sus súplicas o demostrar mi urbanidad no cogiendo los recortes de carne con la mano. La perra insistió en sus pretensiones golpeando mi brazo con una de sus pezuñas, pero a pesar de que el resto de los comensales la hicieron blanco de constantes obsequios, yo no osé romper el fuego con una confianza que estimé excesiva. Pero mi rasgo de delicadeza no fue juzgado por doña Gregoria como se merecía. Seguramente me tomó por un glotón cuando me dijo:

—Pero ¿no tienes nada que dar a Fany?

Me quedé confuso, ya que en mi deseo de no hacer ascos a nada y quedar como un muchacho ejemplar me había tragado, en un paroxismo de náuseas, los duros nervios de mi filete de carne. En adelante me ocupé de Fany como merecía, y hubo días en que repartí con ella mi porción a partes iguales, sin que por eso doña Gregoria se diese por ofendida. La perra no tardó en entender mi generosidad y, a partir de dos semanas, salía a recibirme todas las mañanas a la puerta de mi habitación.

También recuerdo ahora la curiosa actitud de don Mateo en las horas de las comidas. Él gustaba más de rumiar su silencio que los manjares que nos servían. Mientras esperaba, entre plato y plato, dividía en pequeñas porciones con su cuchillo la miga de su pedazo de pan. Mientras duraba esta operación su mirada era vaga, imprecisa, estaba ausente de su momentáneo quehacer. Seguramente pensaría y sacaría consecuencias de la experiencia histórica que hacía pocos minutos acababa de relatarnos. Al concluir la comida recogía en la palma de su mano —una mano negra, pequeña, peluda— aquellas miguitas blancas, que casi fosforescían en contraste con el color de su piel, se acercaba a la pecerita verde e iba dejándolas caer, una a una, con cruel parsimonia, procurando que los dos acuáticos prisioneros se repartiesen su porción equitativamente. Yo me acercaba entonces a la pecera y Martina, a mi lado, abría sus ojos en redondo como los peces al deglutir su alimento cotidiano. Era el espectáculo del día. A excepción de doña Gregoria, todos participábamos de él. Hasta Fany y Estefanía, una vieja señora, medio parienta y medio criada, que tuteaba a todos los de la casa. Fany también abría mucho sus dos ojos redondos al caer la miga de pan en la pecera, aunque me temo que su atención estuviese patrocinada más por la envidia que por la curiosidad. Cuando esta sencilla operación concluía, nos retirábamos todos en silencio, porque doña Gregoria dormitaba ya en una butaca de la sala isabelina después de acariciar la iniciación de su sueño con las notas finas y pegadizas que escapaban de la misteriosa cajita de encima del velador. Todas

las tardes oía lo mismo y no se cansaba. Hasta llegué a sospechar que si el sonido de la caja de música hubiese dado un día una nota cambiada, doña Gregoria ya no hubiese podido conciliar el sueño.

El señor Lesmes y Martina sesteaban tumbados en sus camas. De Estefanía sé que, teóricamente, presumía de no dormir la siesta, aunque una tarde que me llegué a la cocina para sacar punta a un lapicero, la hallé cabeceando, sentada en un taburete, y recostada, lo mismo que Fany, sobre la tibia superficie del fogón. (Pensé que, aparte del nombre, ya existía entre ella y la perra otro punto de contacto). No le dije nada de aquel descubrimiento, temeroso de herir su orgullo de mujer que se jactaba de no dormir después de las comidas. La dejé, sin despertarla, aunque intencionadamente «olvidé» las virutas de mi lapicero a su lado para que supiera al despertar que alguien, inopinadamente, la sorprendió en su siestecilla de tapada.

Don Mateo tenía otras manías además de las dichas. (Siempre he dado importancia a las manías, porque estimo que ellas son las que definen un carácter). El señor Lesmes creía que los conocimientos de sus alumnos eran más amplios de lo que en realidad eran. Usaba una especie de estribillo que adhería a su conversación sin pensar si venía o no a cuento. Así, siempre que se hablaba sobre algo, me colocaba en la encrucijada de tener que dar la solución. «Eso lo sabes tú», me decía con una ansiedad tal, que a mí, aunque en verdad lo supiera, se me trababa la lengua y no acertaba con la respuesta. Esto le irritaba un poco, aunque él, con su dominio habitual de sí mismo, procuraba no se transparentase su irritación. A este propósito no olvidaré una noche en que doña Gregoria cerró la cuenta de los gastos domésticos realizados durante el mes. A punto fijo no sé a cuántos reales ascendían sus dispendios; lo que sé perfectamente es que al preguntar a su marido qué media representaban aquellos gastos, éste desplazó sobre mi cabeza la cuestión: «Eso lo sabes tú», afirmó con su acostumbrada seguridad, dándome el lápiz que asomaba siempre por el bolsillo superior de su chaqueta. Me cogió tan de sorpresa aquel problema que, a pesar de saber perfectamente que daría con la solución dividiendo los reales por los días del mes, me quedé parado esperando su ayuda. Él intentó hacerlo, pero, como siempre que se pone mayor calor que de ordinario en hacernos comprender alguna cosa, mi cabeza se llenó de sangre y ya no fue capaz de discurrir con clarividencia. Terminó por hacerla él, mirándome luego con un brillo de censura en sus ojos. Una oportuna trastada de Fany empezó por distraer la atención de todos. Doña Gregoria se ocupó después de la ímproba tarea de limpiar a Martina los mocos acumulados en las dos roderas a lo largo de las últimas veinticuatro

horas y ya, a Dios gracias, nadie volvió a preocuparse de la media de gastos de mi celosa patrona.

En los siete años que duró mi vida en el seno de aquella familia no volví a ver a don Mateo ahogado en tanta preocupación como la que le agobió en las tres semanas que duró una grave enfermedad de Martina. Discurría por la casa pálido, desencajado, virtualmente aplastado por la losa de su pesimismo. Hasta en las clases, de ordinario tan puntual y avaro de tiempo, el señor Lesmes se transformó por completo. Se desdecía y contradecía en sus explicaciones con gran frecuencia, demostrándonos con ello que su espíritu no se balanceaba en aquellos días sobre el campo de la ciencia, sino que iba más lejos, hasta las laderas yertas donde la muerte se cobija, para rogarle que no madrugase tanto en hurtar aquella vida apenas iniciada.

Transcurridas dos semanas, la enfermedad hizo crisis y no tardamos mucho en volver a ver a Martina correteando por la casa, con sus dos velas permanentes colgadas de su nariz. Todos agradecimos aquel retorno a la vida de la niña, y doña Gregoria, mujer muy piadosa, encargó un triduo de misas en acción de gracias, a las que sólo faltaron Fany y los pececitos de la pecera verde. Los días de convalecencia fueron poco menos que festivos, y lo digo porque doña Gregoria no aguardaba a la noche para soltar su lengua. Parecía que también ella había recibido una inyección de vida, tal era su locuacidad y la alegría que escapaba de sus ojos. Eso sí, su busto, enjuto y pobre de ordinario, se hundió un poquitín más, como si sus costillas hubieran cedido unos milímetros a la loca pretensión de la muerte. Su locuacidad fue efímera. Duró lo que la alegría en la casa del pobre. Se diría que su verborrea se desató porque en estos días doña Gregoria durmió danzando por la casa. Eran muchas las noches pasadas junto a la cama de la enferma y el desquite fue ése: una somnolencia que la acompañaba a todas partes y que le hacía pronunciar unos discursos que ella, en su estado normal, hubiese guardado para sus sueños de por las noches.

Pero doña Gregoria era además un ama de casa excepcional. Si exceptuamos su mutismo hermético, que únicamente se rompía cuando había de pedir o criticar algo, la esposa de mi maestro apenas si tenía tacha. Físicamente no merecía un suspiro; moralmente era una mujer completa: ordenada, hacendosa, limpia, piadosa y madrugadora. Diariamente se las veía con la cocina, y sus quehaceres domésticos en ella eran tan historiados, que empalmaba, sin interrupción, unos con otros: el desayuno, la comida y la cena.

Rara vez se la veía fuera de casa si no era para sus visitas a la iglesia o sus compras matutinas en el mercado. Tenía pocas amigas y casi diría que ninguna, a no ser porque la enfermedad de Martina me demostró que, aunque superficiales, contaba al menos con tres: doña Marcela, doña Eduvigis y doña Leonor, la vecina del piso de arriba. Desde luego eran pocas pero, así y todo, sus espaciadas visitas no le hacían ninguna gracia a mi reconcentrada anfitriona.

A veces la sorprendí poniendo a sus amistades en trance de despedida.

—Bueno —solía decir levantándose—, entonces quedamos en eso; no se me olvidará. Y muchas gracias, Marcela, por tu visita.

A Marcela no le quedaba otra salida que buscar apresuradamente la puerta de la calle después de dar dos apretados y sonoros besos en las lacias mejillas de doña Gregoria.

Doña Gregoria, como un eco sincero y fiel de su marido; era también una mujer tristona. Lo que no sé es si lo era de natural o por reflejo. Podría ocurrir que tanto don Mateo como su mujer lo fuesen por naturaleza, y precisamente ello hubiese constituido el punto de atracción que acabara por llevarlos al altar. Tampoco era difícil que el pesimismo innato en alguno de ellos se hubiese transferido a su consorte en virtud de la todavía no expuesta teoría de los «caracteres comunicantes». Teoría que tenía su perfecta aplicación en un matrimonio sólidamente avenido, como era el de mis anfitriones, aunque ambos se empeñasen en disimularlo.

Martina era una mocosa de tres años como tantas otras. Parlanchina en grado sumo, como si adivinase ya que desde su pubertad tendría que empezar a medir las palabras. Me visitaba con frecuencia en mi habitación, generalmente para darme envidia con alguna golosina o anunciarme alguna novedad importante para la familia.

Una tarde me comunicó la próxima llegada de «otro nene». No tenía la menor noticia de ello, pero cuando don Mateo me lo confirmó sentí una gran alegría en el corazón. Venía, como yo, a comenzar el bachillerato y compartiría conmigo la habitación «áspera y práctica» que me fuera asignada el primer día. Al acostarme aquella noche no pude dormir de la alegría que bullía en mi interior. Experimentaba la necesidad de una presencia joven que compartiera conmigo aquella existencia monótona y fría. Los días siguientes no alenté más que para preparar la bienvenida al nuevo visitante.

III

Como Martina me anunciara, dos días después llegó por la tarde un nuevo niño acompañado de una señora vestida elegantemente. Los recibió don Mateo en la misma sala isabelina que utilizase para recibirnos a mi tío y a mí. Por la puerta entreabierta pude ver que ocupaban hasta los mismos asientos que ocupáramos nosotros tres meses antes. Para mayor coincidencia creo que la conversación giraba también sobre el mismo asunto: enseñanza, carreras y honorarios. Desde la butaquita de mimbre del cuarto de los peces donde me senté escuchaba a ratos la conversación que tenía lugar en la sala.

La última parte, la de los honorarios, alcanzó íntegra mis oídos, tal vez porque el señor Lesmes puso en sus palabras una elocuencia desusada en él. Me pareció entender que la madre de aquel muchacho abonaría mil reales mensuales por la enseñanza y manutención de «su pequeño». A mi tío le exigieron solamente ochocientos y, después de muchas vueltas a la cabeza, terminé por justificar aquella desigualdad pensando que el recién ingresado tendría cara de tener más apetito que yo.

Cuando los visitantes se levantaron y la puerta de la sala quedó abierta de par en par pude contemplar a mi sabor el aspecto de los recién llegados. La mujer era alta, espigada y muy joven al parecer. Su rostro era bello, y hablaba con una dulzura y suavidad tan grandes que sus palabras me hacían el efecto de que eran pájaros multicolores con el pico de oro, que salían danzando por la habitación en cuanto ella abría la boca. El muchacho era rubio, muy rubio, casi albino, y con un gesto de cansancio en la mirada que infundía compasión. Sin embargo, existía una atracción indefinible en su figurita frágil y pálida que animaba a ponerlo sobre el piano como si fuese una estatuilla de porcelana. Estuvieron allí parados unos minutos y después oí cómo la señora pedía que le enseñasen nuestra habitación. Los tres se adelantaron hacia el fondo del pasillo y oí abrir la puerta de mi cuarto. No pude escuchar los comentarios sobre él, pero a la noche, cuando nos acostábamos, vi que unas colchas de vivos colores cubrían nuestras camas y un tapete chillón, en el que predominaba el rojo, estaba extendido encima de la camilla. Aquella novedad me hizo pensar que de haber sido mi tutor y aquella señora quienes tuviesen que vivir con don Mateo, éste y su mujer les hubiesen atendido con mayor celo que el que ponían en servirnos a nosotros.

Mientras la señora, don Mateo y el chico se mantuvieron lejos de mi observación, me lancé a la ventana para ver nevar. La noche estaba oscura y los copos descendían lentamente, como si cada uno utilizara en su descenso un invisible paracaídas; luego se posaban sobre la plaza o sobre los añosos álamos con una lenidad de caricia y alguno, más alborotador, volvía a levantar su vuelo, arrastrado por el viento, para tornar a posarse unos metros más allá. La plazuela estaba desierta, blanca y silenciosa. La luz mortecina de un farolillo sumía en un claroscuro relevante las extrañas figuras medievales de la oquedad del muro de enfrente. De pronto, observé, al pie de un álamo próximo, la oscura silueta de un hombre, con las solapas del abrigo levantadas sobre el cuello y un sombrero metido hasta los ojos. Estaba yo en la edad de los ladrones y de los fantasmas y aquella súbita aparición, negra e inmóvil, me sobrecogió. Indudablemente, aquel hombre esperaba a alguien, pues, de vez en cuando, pataleaba en el suelo con impaciencia y se sacudía los copos de nieve que catan sobre su abrigo. Le vi de pronto ponerse en movimiento. Avanzó sobre mi ventana y antes de que me diera tiempo a reaccionar estaba frente a mí, separado por una leve frontera de cristales, y haciéndome señas atropelladamente con las manos. Me quedé boquiabierto. No entendía las muecas de aquel ser extraño que tenía un copete blanco de nieve en las alas del sombrero. Él pareció percatarse a última hora de que yo era un desconocido y se alejó otra vez, pisando la nieve con marcada impaciencia y riéndose de mí terror. Le vi cobijarse bajo el farol de la esquina como si quisiese templar su cuerpo aterido con sus agudos haces de luz. No pude continuar vigilándole; a mis espaldas sonaban los acentos musicales de la voz de la visita y las respuestas inmediatas de mi maestro. Volví a sentarme en la butaca de mimbre y vi pasar al grupo por la puerta entreabierta. Se detuvieron ante la de salida a la calle. Escuché la zalamera despedida de don Mateo y casi seguidos los sonoros estampidos de dos besos centelleantes. Luego un hondo suspiro y varios contenidos sollozos, la puerta que se abre y se cierra y los taconazos firmes de una mujer airosa al descender los cuatro peldaños que la separaban del portal. Me incliné disimuladamente sobre el alféizar de la ventana y vi cómo la mujer salía presurosa a la calle y el hombre que se cobijaba bajo el farol corría hacia ella que le aguardaba. Él la tomó del brazo y observé que al hacerlo sonreía con la expresión de un hombre que ha alcanzado la integridad de una ilusión. Desaparecieron después tras una esquina, muy juntos, mientras los copos de nieve atusaban livianamente sus siluetas oscuras.

Al volverme, don Mateo estaba junto a mí y me increpó con acento airado:

—¿Qué miras, Pedro?

Me quedé perplejo. Contesté que miraba cómo caía la nieve y la belleza excepcional de la ciudad muerta. Respondióme algo así como, que la curiosidad es mala consejera de la infancia, y al advertir mi expresión de inocencia, sonrió perdonándome. Al poco rato me dijo que fuese a ver al nuevo ingresado.

—Conviene que os llevéis como buenos hermanos —me anunció—; él ahora está triste y tú debes consolarlo.

Al dirigirme a mi habitación pensaba qué de particular tendría el que un hombre esperase a una mujer a la puerta de la calle y en que yo sorprendiese su encuentro desde la atalaya de mi ventana.

Encontré a mi compañero deshecho en llanto. Se había volcado sobre una de las camas y con la almohada pretendía ahogar la intensidad de sus suspiros. Me aproximé a él, tendiéndole una mano para volverlo hacia mí. Su respuesta me paralizó.

—¡Déjame —gritó—, no quiero ver a nadie!

Retiré mi mano y me senté en la cama de enfrente. Ignoraba de qué medios podría valerme para meter en razón a aquel muchacho rebelde. No me contestó cuando le pregunté su nombre y me dio cuatro voces al intentar contarle algo de las «maravillas» de la vida en casa de don Mateo. Estimé más eficiente no hacerle caso y, sin nuevas tentativas, me aproximé a la camilla y me puse a dibujar de memoria un paisaje nevado, hollado por las roderas de un carro arrastrado por una mula. Así transcurrieron varios minutos. A la media hora los sollozos de mi compañero perdieron su profundidad. Comprendí que los continuaba hipócritamente para evitarme la suposición de que su dolor había hecho crisis. Le molestaba, indudablemente, que yo calificase de versátiles e inconstantes sus sentimientos. Pero este cambio me animó y proseguí abstrayéndome, en apariencia, con mi dibujo, de todo lo que me rodeaba. Pasó otra media hora. Mi vecino se cansó de suspirar y le oí incorporarse a mis espaldas. No hice el menor caso. De vez en cuando él simulaba un sollozo cargado de aflicción. Seguidamente adiviné su mirada puesta en mi dibujo por encima de mi hombro. Ya estaba todo hecho. Aún aguanté en silencio varios minutos, hasta que él dio señales de vida rozándome intencionadamente la espalda con sus dedos. Entonces volví la cabeza:

—¡Hola! —le dije indiferente.

—¡Hola! —respondió—. ¿Sabes dibujar?

—Un poco; sólo un poco.

Rió él:

—Ese burro parece un perro.

—Es una mula —aclaré.

—¡Ah…!

Doña Gregoria asomó en este momento su rostro seco por el hueco de la puerta anunciándonos la cena. Me levanté:

—Vamos; ya verás qué bien lo vamos a pasar.

Sonrió con melancolía. Yo añadí:

—¿Cómo te llamas? Yo me llano Pedro.

—Yo Alfredo.

Volvió a sonreír. Cuando penetramos en el cuarto de los peces, don Mateo y la niña estaban ya sentados a la mesa. Martina miró con ojos curiosos a Alfredo, y éste con amargo gesto de resignación a Martina. Alfredo se sentó entre la niña y yo. Doña Gregoria apareció de improviso con una sopera humeante entre las manos, y la colocó en el centro de la mesa. Se sentó y comenzó a servirnos. Martina concluyó pronto y al acabar se repitió la escena de mi llegada. Empuñó la cuchara usada y, una vez perdido el respeto al pelo albino de Alfredo, empezó a golpearle el brazo con ella, al tiempo que repetía con cansada insistencia «nene, nene, nene».

Don Mateo, después de carraspear, inició la investigación de los conocimientos del recién llegado. Todo, todo fue exactamente igual que lo fuera conmigo meses antes.

—¿Sabes leer, Alfredo? —le dijo.

—Sí, señor.

—¿Sabes escribir?

—Sí, señor.

—¿Sabes sumar?

—Sí, señor.

—¿Sabes restar?

—Sí, señor.

—¿Sabes multiplicar?

—Sí, señor.

—¿Sabes dividir?

—Sí, señor.

—¿Conoces la potenciación?

Algo, señor.

(Esto me avergonzó mucho. Me arrepentí de haber contestado en su día un «no, señor» tan rotundo).

—¿Y la radicación? —prosiguió el maestro.

—No, señor.

—¿Nada?

—En absoluto, señor.

—Pero ¿nada, nada…?

El señor Lesmes quedó satisfecho, una vez más, de su procedimiento inquisitivo. Guardó silencio, rumiando sus conclusiones mientras su mano negra y peluda se ocupaba activamente en migar un pedazo de pan. Doña Gregoria, una vez concluida la cena, levantó la mesa rápidamente y marchó a la cocina a ayudar a Estefanía. Don Mateo se levantó también al poco tiempo y nos envió a la cama, no sin antes deleitarnos con la breve comida de sus dos huéspedes acuáticos.

Al retirarnos Alfredo y yo escuchamos un leve ladrido. Alfredo me detuvo:

—¿Qué es eso? —me preguntó con curiosidad.

—¡Oh! ¿No conoces a Fany? —le dije—. Es lo mejor de la familia.

Cambiamos la dirección de nuestros pasos y entreabrí la puerta de la cocina. Fany salió disparada como una flecha y después de brincar sobre mí con un dinamismo circense se detuvo observando a mi compañero.

—¡Ah! No le conoces, ¿verdad Fany? Es un amigo mío y pronto lo será también tuyo.

Alfredo se inclinó y atusó suavemente el lomo de la perrita. Ésta saltó sobre él poniéndole sus dos patas delanteras en el estómago. Sonrió Alfredo mientras tornaba a acariciarla. Entonces comencé a darme cuenta de que el círculo de nuestra naciente amistad se cerraba en Fany, la perrita ratonera de nuestro maestro. Las aficiones de Alfredo y las mías coincidían en ella y allí se solidarizaban. Me asusté al escuchar las voces airadas de Estefanía llamando al animal. Entreabrí de nuevo la puerta de la cocina y Fany se coló de rondón agitando el rabo en señal de despedida.

La pálida melancolía del rostro de Alfredo se animó con esta aparición.

—¿Vive aquí este perro? —me preguntó.

—Sí, vive aquí, pero es perra.

—Es lo mismo. Pero es de don Mateo, ¿verdad?

—Sí, sí; es de don Mateo.

No dijo nada más hasta que nos vimos en nuestra habitación. Allí, en tanto nos desnudábamos, fui advirtiéndole de las rarezas de aquella casa. Le puse

en guardia sobre las posibles peroratas nocturnas de Martina y doña Gregoria para que no se asustase.

Me dijo que no le importaba porque él no solía despertarse hasta por la mañana.

Alfredo ocupaba la cama de junto a la ventana y al apagar la luz me dijo con voz opaca:

—Sigue nevando.

Entonces rememoré toda la escena que contemplara entre la nieve aquella misma tarde. El hombre agazapado junto al farol esperando a la señora que acompañaba a Alfredo; las muecas ridículas que me hizo aquél al verme asomado a la ventana, confundiéndome, evidentemente, con alguien. La salida de la señora y la sonrisa de satisfacción íntegra de aquel hombre al tomarla del brazo.

La curiosidad terminó por vencer mi prudencia.

—¿Quién te trajo aquí, Alfredo? —musité al cabo de unos minutos, con un hilo de voz.

Alfredo tardó en contestar.

—Era mi madre —dijo al fin—; esa señora que vino conmigo era mi madre.

Me hizo el efecto que volvía a suspirar y que su suspiro tenía un deje de añoranza.

—Es muy guapa, ¿verdad? —añadió al cabo de un rato.

—Sí, es muy guapa… —Y, acordándome repentinamente de su voz, continué—: …Además tiene una voz muy bonita.

Alfredo hizo una nueva pausa en la oscuridad. Luego dijo:

—Mi padre decía que al hablar parecía que cantaba.

Las palabras de mi compañero llegaban hasta mi lecho sofocantes y cálidas. Más que palabras parecía su voz el aliento de una hoguera. Hablaba con unción, con admiración, con orgullo. Al decir «madre» o «padre» se le llenaba la boca de complacencia.

—Es curioso —añadí recordando mi sensación de la tarde—, también a mí me pareció que sus palabras eran como pájaros con el pico de oro.

Le sentí reír ahogadamente en un impulso de íntima satisfacción. Seguidamente, como buscando un inmediato parangón, dijo:

—¿Tú tienes madre?

—No, no la tengo.

Debió de interesarle mi orfandad porque oí crujir las sábanas como si su cuerpo buscara una postura más cómoda para escuchar. Pero yo no añadí

nada. Al contrario, apunté la conversación hacia lo que a mí me interesaba. Lo hice con tiento, con miedo, como si a pesar de mis pocos años ya tuviese una sensación inconsciente de que pisaba terreno prohibido.

—Y el señor que esperaba a la puerta, ¿era tu padre?

Su voz tomó un tinte sombrío.

—¡No esperaba nadie a la puerta! —dijo cortante.

—Yo lo vi —insistí—; era un hombre con abrigo oscuro que se agazapaba junto a un farol para librarse de la nieve. Me hizo gestos cuando le miraba por la ventana…

—¿Que te hizo gestos a ti…? —se traicionó.

—Sí, ¿quién era?

Su voz volvió a desfallecer. Pero en su aspecto mortecino había una especie de filo brillante y amenazador; un margen de espera para hacer más efectista su imaginada venganza.

—No me hagas hablar de él —gimió—. Me acaloraría y no podría dormir en toda la noche. Es el culpable de que yo esté aquí, ¿sabes? Siempre viví tranquilo con mi madre hasta que llegó él. Llegó mirándome con desprecio como si tuviese autoridad sobre mí. Un día me rebelé, pero mi madre…

Guardó silencio como si el eco de la habitación le hubiese advertido y censurado su franca locuacidad. Hubo una pausa cargada de ansiedades inexpresadas. Su voz llegó de nuevo hasta mí, excitada y vibrante.

—¡No me hagas hablar de él! ¡Te lo suplico!

Se lamentó su cama bajo el peso de su inquietud. Chirriaron los muelles, que parecieron amansarse al escuchar el suave roce de las mantas contra su cuerpo.

Después volvió el silencio.

—Voy a rezar —dijo de pronto—. ¿Tú no rezas?

—Sí, sí rezo…

Callamos de nuevo. Yo agradecí a Dios esta inesperada posibilidad de confidencia.

Sentía una cierta protección al imaginar la quieta presencia de aquella criatura pálida y sumisa en la cama de al lado. Súbitamente se oyó un grito.

—¿Quién es? —preguntó atemorizado.

—Es la niña Martina; no te asustes.

—¿Grita todas las noches así?

—Muchas veces; ella y doña Gregoria son sonámbulas; hablan dormidas.

—¿Quieres que nos durmamos nosotros? —apuntó en su deseo de olvidarse de todo.

—Sí, vamos a dormirnos; debe de ser ya muy tarde. Hasta mañana…

—Adiós…

Le oí volverse en la cama. Luego todo quedó tenso en la noche. Casi se oía el volar estremecido de los copos de nieve en su constante indecisión entre el cielo y la tierra.

IV

Los días de Navidad trajeron un deseado paréntesis a nuestros estudios. Yo no abandoné la casa de don Mateo y Alfredo se limitó a comer dos días en compañía de su madre.

Nuestra amistad, en cortas semanas, se había anudado sólidamente. Apenas podía concebir yo cómo había soportado el peso de aquella casa sin la presencia viva de Alfredo. Ahora todo era distinto: las cosas tenían sus contornos, su voz, su latido, que compulsábamos y saboreábamos los dos juntos. La confianza prolongaba nuestras vidas en aquella espontánea disección nocturna de nuestras ideas, nuestros sentimientos y los variados hechos de cada día.

Las dos semanas de vacación trajeron una nueva luz a mi alma. Nunca había vivido una Navidad por dentro, matizada por el color y el sabor palpitante de cada jornada y cada hora. En esta ocasión se me abrió una perspectiva nueva, ignota y caliente. Doña Gregoria montó, sobre un tinglado, un belén reducido, poblado de figuritas policromas e inmóviles para recreo de Martina. Con el corazón en suspenso, Martina, Alfredo y yo fuimos viendo cómo aquel pequeño mundo abigarrado nacía a la vida, crecía y se multiplicaba. Entre matojos de musgo, verdosas cordilleras nevadas de harina, el señor Lesmes puso una nota de vitalidad colocando los dos pececitos rojos de la pecera en el seno de un lago artificial. Martina palmoteó de júbilo en su infantil inconsciencia al ver que aquel juguete cobraba vida y movimiento, sin importarle un ápice que los pescadores que merodeaban en la orilla fuesen de tamaños más pequeños que los peces que trataban de pescar. A Alfredo y a mí esto nos desilusionó un poco. Sólo a fuerza de imaginación logramos taponar la brecha de nuestro desencanto, dando a los ingenuos pececitos rojos de la pecera la categoría suprema de ballenatos encerrados en un lago. Aprobada esta ficción volvimos a poner nuestros cinco sentidos en el belén. Siendo los peces ballenatos, aquello tenía ya un aire admisible de verosimilitud.

Frente al belén pasamos los mejores ratos de nuestras vacaciones. Martina solía subirse en una silla y con aparatosa lentitud nos preguntaba por la condición de cada grupo, de cada figura, de cada miembro…

—¿Quién es ése?

La atracción fantástica del portal, desmoronado y humilde, se ejercía tensa sobre la niña, que no daba pábulo a su inquietud.

—¡Dios!

—¡Dios! —repetía Martina la palabra abrumada de omnipotencia. No comprendía cómo aquel Gran Señor de que su madre le hablaba podía encerrarse en una pella de barro rosado.

—¿Y por qué está ahí?

—Por ti… y por mí… y por todos…

—¿Y por mi papá y por mi mamá?

—También.

—¿Y por el tío Cosme?

—También.

—¿Y por el abuelo?

—También.

—¿Y por…?

Teníamos que interrumpirla para que no se extendiese en la enumeración de todos sus conocidos. Pero la niña, entonces, comenzaba a desarrollar el hilo de su curiosidad por otro cabo.

—¿Y por qué a ese pastor le falta un brazo?

—Se cayó en un abismo y se le rompió…

—¿Y por qué?

—Estaba persiguiendo a una oveja que se le había perdido y se extravió en la noche…

—¿Y por qué?

—Porque la noche estaba muy oscura.

—¿Y por qué?

—Porque no había luna. Las nubes la tapaban y no la dejaban respirar…

Desde su silla, Martina nos dirigía la mirada de incomprensión de sus dos ojos redondos. Suspiró hondo para evitar ser asfixiada como la luna. Seguramente ignoraba la niña lo que era la luna, el abismo y la oscuridad. No obstante, seguía inquiriendo, inquiriendo, porque a nuestras palabras, anudadas unas a otras, les daba ella algún sentido aislado y fantástico que nosotros no alcanzábamos a comprender. Sin duda su infantil imaginación tejía en torno a aquellas figuritas y a nuestras confusas explicaciones alguna leyenda maravillosa que la embriagaba, haciéndola temblar de gozo.

Doña Gregoria nos sacó varias tardes a ver Nacimientos. Las calles estaban cubiertas de una capa de nieve helada y la ventisca azotaba las esquinas con frenesí de látigo. En las calles abiertas se afilaban los punzones del frío hasta hacernos saltar lágrimas. Apenas se veta gente fuera de las casas. Todo estaba envuelto en una fría palidez que hacía más estrecha

nuestra unión en torno a doña Gregoria. Martina caminaba torpemente, agarrada de la mano de su madre, enroscada la bufanda del señor Lesmes alrededor de su boca y sus narices; Alfredo y yo aprovechábamos cualquier descuido de nuestra acompañante para hacer equilibrios de patinadores sobre la nieve dura y reluciente.

En aquellos paseos navideños, persiguiendo nuevos perfiles y expresiones en las figuritas de arcilla que poblaban los infinitos Nacimientos, aprendimos Alfredo y yo a conocer el sabor agridulce de una leal y sincera amistad de infancia. Doña Gregoria, en estos momentos, constituía un mundo aparte, silencioso y frío, como el clima que oprimía la ciudad. Sentí entonces frecuentemente el escalofrío que produce la confidencia al caer en un pecho abierto a la intimidad. Alfredo me correspondía, si cabe, con mayor efusión. Sus palabras siempre alegres parecían nuevas al salir de sus labios. Él no entendía muchas de las cosas que le rodeaban. Las personas eran un imponente misterio que se había resignado a no conocer. Adoraba a su madre con un instinto casi animal, pero por ello más expresivo y encantador. A veces me hablaba de ella con tal entusiasmo que me hacía palpar con unos dedos internos, invisibles, el trágico bajorrelieve de mi orfandad desprovista de recuerdos. Sólo a su lado empecé a percatarme del sentido trágico de una gran rama separada de su tronco, de una vida desgajada de su origen mismo. Cuando Alfredo, caminando por sus pasos naturales, abocaba a la actual situación, se interrumpía juntando sus cejas blancas en una línea vertical. De aquel hombre extraño apenas si sabía dar la razón de su maldad. Le envolvía uno de esos impenetrables misterios que tan frecuentemente enturbiaban la mirada de Alfredo al contemplar a los hombres. Instintivamente sabía de su perversidad. Había quebrado su dicha de un solo golpe y ello era suficiente. Pero ¿por qué su madre no comprendía tan diáfanamente como él el grado de perversión de aquel hombre? ¿Por qué intentó repetidamente hacérselo ver como un amigo fiel, leal e incluso protector? Alfredo no lo entendía; no podía entender cómo su madre, tan dulce, tan blanda, tan parecida a él, se resignaba a vivir separada de su hijo por mucha que fuera la coacción que aquel hombre ejerciese sobre su voluntad pusilánime y débil. Existía un punto oscuro en este hecho a la ingenua observación de Alfredo: ¿cómo un corazón podía inclinarse hacia otro corazón desconocido postergando un tercer corazón merced al cual pudo, durante muchos años, alentar el primero? Alfredo, con su pueril fantasía, no podía comprender esto. Desconocía, en absoluto, que pudiera existir para el hombre un móvil más fuerte que el amor sin exigencias carnales. Seguramente para Alfredo no existía aún la pasión turbia que, mal

contenida, todo lo avasalla. Ignorando esto, a Alfredo se le cerraba absolutamente el camino lógico y razonado que le permitiera esclarecer este hecho incomprensible.

Tampoco yo estaba en condiciones de adivinar qué era lo que allí, en aquellas relaciones irregulares y sin fundamento aparente, podía acontecer. No me explicaba, igualmente, que una relación sagrada, vinculada con un lazo de sangre, pudiera ser anulada por una relación caprichosa y sin eslabón visible que la justificase.

El día de Navidad se me aclararon, empero, algunas cosas. Fue aquél uno de los dos días en que Alfredo salió a comer con su madre. Yo ocupé la mañana en acompañar a doña Gregoria y a Martina a felicitar las Pascuas a sus parientes. Antes fui el encargado de escribir la tarjeta de felicitación y una fotografía que Martina dedicaba a su abuelo y a sus tíos.

Doña Gregoria pasó muchos días ocupada con el retrato de la niña. Según creo, el pobre fotógrafo hubo de repetir varias veces el ensayo hasta que mi patrona le concedió el visto bueno. Fríamente analizada, aquella obra de arte no respondía a la realidad. Martina había salido favorecida en el trasplante. Las anchas roderas que habitualmente señalaban el camino de la nariz a la boca habían desaparecido y con ellas el sarpullido desagradable que le quedaba cuando su madre anulaba las roderas con un oportuno esponjazo. Además, a mi entender, Martina había sido colocada con tan poca naturalidad, que, sin verla, se adivinaba a su alrededor la mano del artista esforzándose en restar espontaneidad a la niña a fuerza de querer presentarla en actitud sencilla y natural. (Estaba subida en una silla de rejilla abrazando el respaldo con su brazo corto y regordete. Una capelina blanca, rematada, como su vestido, por un encaje historiado y costoso, caía sobre sus hombros. Cubría sus pies con unas botitas blancas, abotonadas a un lado y por cuyo borde superior asomaban los calcetines de una blancura inmaculada. La silueta de la niña se destacaba sobre un fondo gris que iba paulatinamente difuminándose hasta llegar a convertirse en blanco).

Doña Gregoria me dictó, con una media sonrisa, la dedicatoria de la fotografía. Me indicó también el ángulo bajo derecho como el lugar oportuno para estamparla. Me esmeré cuanto me fue posible para no estropear la obra de arte, empleando una letra que reservaba para las grandes ocasiones: «*Martinita*—escribí- *va a dar un beso a su abuelito José y a sus tíos Cosme y Rosa*».. Por encima de la dedicatoria anoté la fecha: «*24 de diciembre de* 190…». Y en la esquina superior derecha: «*Martinita, 38 meses*».

Hecho esto tendí gozoso la fotografía a mi rígida anfitriona. Doña Gregoria sonreía con la baba colgando mientras leyó lo que ella acababa de dictarme. Y tan bien debió de parecerle que, arrepentida sin duda de haber concluido tan pronto, me volvió la fotografía para que añadiese bajo la dedicatoria: «… *Y a todos un abrazo*». *Luego me ordenó que la leyese toda entera, lectura que escuchó con la voluptuosa delectación que pondría un novel al escuchar unas palabras de elogio de un maestro consagrado.*

A continuación nos ocupamos en escribir una tarjeta alusiva a las fiestas que conmemorábamos. Se trataba de una pintura del portal de Belén, interpretado a base de mezclar detonantes coloridos, entre los que destacaban por su profusión el rosa y el azul purísimo. Doña Gregoria me dictó, lo mismo que con la fotografía, el contenido del mensaje, terminando por firmar Martina llevándole yo la mano. Todo acabó, como podía esperarse, de una manera lamentable al dejar caer Martina sobre la tarjeta un estupendo borrón que nos costó Dios y ayuda disimular. Concluidos todos los pormenores, Martina y yo, conducidos por doña Gregoria, nos lanzamos a la calle.

El día era frío y aunque el sol se había asomado durante unas horas, no pudo con la nieve ni el hielo que forraban la ciudad. Salimos a la plaza de la Santa por la puerta del Alcázar. La plaza estaba transformada en una gran pista de hielo. Los gorriones piaban desaforadamente desde los aleros pidiendo algún alimento para no sucumbir en aquellas jornadas blancas y heladas. En la esquina, la casa nueva descolgaba sobre la calle sus miradores rebordeados también por un filo blanco de nieve. En el mirador del segundo se apiñaban curiosas las señoritas de Regatillo, chillonas y retozonas como otra bandada de gorriones. Al pie de los miradores un gomoso, con rizados bigotes, bombín y el característico bastoncito de Java, rondaba a las beldades. Doña Gregoria fulminó con una mirada terrible a las «descocadas» jóvenes.

—Día llegará —observó entre dientes— en que los hombres tendrán que subirse a los árboles…

Seguimos avanzando calle abajo, precedidos por las nubecillas de aliento que salían de nuestras bocas. Martina, medio a rastras de la mano de su madre, exhibía por encima de la bufanda apretada contra su nariz dos ojillos redondos y fulgurantes. Una vez en casa de su abuelo, la naricita y la boca de la niña fueron liberadas de la mordaza. Brincó a los brazos del abuelo y hubo un momento en que la perdí de vista oculta entre las barbas pobladas sin medida del viejo.

—Felices Pascuas, papá.

Doña Gregoria y el viejo se abrazaron fríamente. Apareció a poco la tía Rosa, larga, huesuda, anatómicamente exacta a mi patrona. Cuando las bocas de las dos hermanas se unieron, expresando recíprocamente los buenos deseos que la una sentía respecto a la otra, tomaron una semejanza extraordinaria con esas varas unidas en el extremo superior que se utilizan para sostener los emparrados. Luego la tía Rosa cogió en sus brazos a Martina y la besó hasta diez veces con ferocidad (ella no tenía descendencia), tanteándole seguidamente las partes más ocultas de su cuerpecillo.

—Hermana —dijo de pronto—, esta niña sigue siendo de la calidad del tordo: la cabecita pequeña y el culo gordo.

Sonrió doña Gregoria, complacida, agarrándose por la fuerza de la costumbre las anchas faldas de su lindo vestido nuevo. En tanto, su hermana reanudaba sus manifestaciones afectuosas hacia la pequeña sobrina. De repente, el viejo abrió una puerta y nos mandó pasar y sentarnos. La habitación, amplia y cuidada, tenía dos balcones sobre la calle. Las personas respetables se sentaron alrededor de una camilla, ocupando una butaca y un sofá forrados de raso azul. Yo, un poco avergonzado en aquella reunión familiar a la que no me ataba el menor lazo, me dejé caer sobre una silla alta, un poco apartada, con las piernas balanceándose en el vacío. Entonces doña Gregoria abrió el bolsero sacando la fotografía de Martina y la postal que yo escribiera unas horas antes.

—Martina os trae esto con motivo de la Navidad…

El abuelo debió de sonreír porque sus barbas se estremecieron un poco. Sacó con parsimonia unos lentes pequeños, ovalados, con montura de plata, y los acomodó sobre el caballete de su nariz. Martina miraba hacer a su abuelo sin darse exacta cuenta de su participación en aquel acto. Doña Gregoria tendió el sobre a su padre; yo me sofoqué pensando que mi persona, inadvertida hasta este momento, iba a pasar ahora a primer plano. Volvieron a estremecerse los pelos del abuelo. Sonreía. Doña Rosa miraba al vejete con la boca abierta. Leyó el abuelo en alta voz el contenido de las cartulinas y sus lentes temblaron de emoción. Doña Rosa hizo un rebujo a la pequeña Martina, comiéndosela a besos.

Inopinadamente ocurrió lo que me temía.

—¡Qué bonita letra! ¿Quién ha escrito esto? —dijo el abuelo.

Al tiempo que hablaba, su barbilla puntiaguda me señalaba.

Me sofoqué. Abrió su sonrisa, complacida, doña Gregoria:

—Pedro, ha sido Pedro, uno de los mejores alumnos de Mateo —haciendo converger las miradas sobre mí.

—Está muy bien, muchacho —de nuevo miró, analizándolas una por una, las letras de la misiva—; muy bien, muy bien. Esto te honra.

A doña Gregoria se la notaba impaciente; de súbito dijo:

—Anda, Pedro, asomaos al balcón Martina y tú a ver si veis llegar al tío Cosme.

Adiviné que doña Gregoria deseaba añadir algo sobre mi persona que no quería que yo oyese. Martina llegó a mi lado con sus pasos menudos y vacilantes y me tendió la mano. La tomé y nos acercamos al balcón.

—Podéis mirar a través de los cristales; sin abrir, que hace mucho frío. Tal vez desde el otro balcón lo veáis mejor…

Quería alejarnos algo más doña Gregoria. Todo su interés se centraba ahora en poner distancia, cuanta más mejor, entre sus labios y mis orejas. Martina y yo nos trasladamos al otro balcón. La niña pegó su naricilla contra el cristal empañado. Sus manecitas se restregaron contra el cristal consiguiendo un hueco transparente. Fingía yo abstraerme en la desmañada actividad de Martina y en la llegada del tío Cosme (a quien no conocía), mientras, en realidad, la inquietud de mis sentidos se concretaba sobre la conversación que en voz muy baja se desarrollaba en derredor de la camilla.

—Mira… nene… nene.

Apuntaba Martina los balcones de enfrente. Unos niños nos hacían muecas desde allí.

—Sí, nene, nene.

Escuchaba. Algunas palabras perdidas llegaban hasta mí: «huérfano de que os hablé… «… —con otro…—» huérfano también…».

—Otro nene, mira… otro nene.

—Sí, otro nene.

«… si lo tenemos con nosotros es sólo por un acto de misericordia… «… —la madre vive de mala manera con un hombre…—» … comprenderéis».

Se oyó el ruido de un coche que pasaba por la calle y que eclipsó por completo el murmullo de la voz de doña Gregoria.

—¡Arre, caballo…!

Se alejaba el carruaje. Poco a poco logré captar de nuevo la onda de voz de mi patrona: «… mil reales «… —lo de menos…—» … misericordia…».

Retumbó la voz del viejo, mancillando el tono confidencial de la conversación:

—¡Caramba, no tanta misericordia…!

—Chist…

Volvió el tono pausado, rumoroso, íntimo, como el roce de la corriente de un río contra los sauces de la orilla. La voz de doña Gregoria se afilaba al adivinar un resquicio por donde poder introducir la palanca de la crítica… («comprenderéis que el hijo de una mujer así…» «… enveredarlo, educarlo…»).

Llegó en aquel momento el tío Cosme, sin que ni Martina ni yo cantáramos su presencia. Su llegada alteró el rumbo que había tomado la reunión. Sin duda él no era apto para alternar en aquellas conversaciones de alcance privado que tan sólo podían discutir los miembros de una misma sangre.

Confieso que cuando se hizo la hora de marcharnos me sentí liberado de una tirantez anormal y molesta. El abuelo refrendó la solemnidad de la fiesta entregando a Martina una reluciente y minúscula moneda de oro. Advertí un codazo de doña Rosa a su padre y, casi instantáneamente, cómo éste se hurgaba en los bolsillos de su chaleco y extraía de él una moneda de plata de dos reales que colocó en mi mano apretándola después, como diciéndome que conservase y no dilapidase aquel tesoro que me concedía en premio a mi caligrafía excepcional.

Ya en la calle volvimos a ser un trío helado que luchaba con la distancia, un grupo que repasaba las calles, solamente por necesidad. Continuaban en su mirador las señoritas de Regatillo, inquietas y cacareantes. Habían entablado conversación con el gomoso que, a juzgar por las estridentes carcajadas de las jóvenes, debía de ser un ingenio más que regular. Los ojos de mi patrona despidieron rayos al fijarse en el mirador colgado. Se sentía humillada, desprestigiada, en su sexo, en su amor propio, en su educación esmerada de hembra hecha para estatua y no para pedestal.

Al llegar a casa estalló la ira de doña Gregoria, mal contenida, golpeada en el lugar más vulnerable de su dignidad.

—Mateo, esas tiorras nos están avergonzando; están introduciendo en la ciudad costumbres y hábitos que no son nuestros, que atentan contra nuestra manera de ser, contra nuestra dignidad, contra nuestro pudor e, incluso, contra nuestra reputación…

Su caja torácica se inflaba y desinflaba a breves intervalos; se estremecía su anatomía, sin carnes, con ruidos de huesos rotos. El marido escuchaba lánguido, la mirada perdida por el suelo y el mechón de su pelo rebelde poniéndole una cresta en la cabeza.

—No sé de quién me estás hablando.

—¿De quién se pueden decir las cosas que yo he dicho?

—¿De las Regatillo?

—De las Regatillo, claro.

—Ésas acabarán robando a la ciudad la poca sustancia incontaminada que aún le queda…

Seguía la acerba crítica cuando me encerré en mi cuarto. Voces atipladas, desacostumbradas en aquella casa, me alcanzaban sin que yo me preocupara de localizar su sentido. Para mí aquella ofensiva oral contra las al parecer simpáticas señoritas de Regatillo no tenía la más mínima importancia. Sólo una cosa me preocupaba entonces: la vaga sensación de que Alfredo era un huérfano en un grado aún más bajo que yo, con la orfandad más deplorable y sensible que la mía, en cuanto que la suya no era la muerte quien la dictaba. Desbrozaba la conversación oída en casa del abuelo de Martina, tratando de concretarla en su punto fundamental, definitivo. Su madre vivía «de mala manera» con un hombre. Esto es lo que había dicho doña Gregoria al referirse a la madre de Alfredo. No lo entendía bien, aunque el instinto ya me indicaba qué podía haber de malo en las relaciones entre un hombre y una mujer.

Me encontraba acodado en la ventana mirando la plaza desierta y tiritando de frío. La casona de enfrente se me imponía con cada una de sus piedras amarillas, vigorizadas por un pulso de siglos. La hornacina rellenaba en parte su concavidad con el relieve de los cuatro guerreros, dos vencedores y dos vencidos. Me fijé en ellos con más detenimiento que de costumbre. Don Mateo solía referirse a ellos cuando afirmaba «que fueron más serios y mejores que nosotros». Los vencedores, a caballo, pregonaban con sus largas trompetas el triunfo; los vencidos se humillaban de rodillas, cargando con el peso de la derrota. Allí estaban, inmortalizados en piedra. Recordé a la madre de mi amigo, a las señoritas de Regatillo, a mi propia anfitriona… Sí, decididamente, ellos fueron más serios y mejores que nosotros… Tenía razón el señor Lesmes. Cuando menos, más serios; bastante más serios que nosotros…

V

Nada dije a Alfredo de mi descubrimiento del día de Navidad. Lo contrario hubiese equivalido a poner las cosas peor de lo que estaban, ya que hay cosas que se soportan mejor en la penumbra que perfiladas en toda su ingrata sinceridad. A Alfredo le cabía aún la duda que afectaba no sólo a la relación de su madre con «el hombre», sino a toda posible relación irregular, en abstracto, entre cualquier hombre y cualquier mujer. Dejé por ello correr los días sin dejarme ganar por la vanidad de partir con mi amigo un descubrimiento que le tocaba tan de cerca.

Por otra parte, las conversaciones sobre nuestras familias iban espaciándose cada vez más, sin que ni nosotros mismos nos percatáramos de que era nuestra propia vida, la vida que vivíamos, la que desplazaba de nuestras mentes la idea de toda otra preocupación. Tampoco su madre, ni mi tío, aparentaban, por otra parte, ningún interés en evitar este apagamiento de nuestra admiración y cariño hacia ellos. Vivían su vida con absoluta independencia. Ambos faltaban de Ávila, casi sin interrupción, desde nuestros respectivos internamientos en casa de don Mateo. La madre de Alfredo no pasó por allí pasadas las Navidades, y mi tío, aparte una relampagueante visita en el mes de marzo, apenas si volvió a acordarse de que, a retaguardia de sus ocupaciones y devaneos, quedaba un sobrino y pupilo a quien, siquiera por ley, tenía la obligación de controlar y educar. Alfredo recibía cartas con relativa frecuencia; yo, tan de tarde en tarde, que terminé por perder el poco gusto con que antes recibiese la correspondencia de mi tío, y, algunas veces, dejé transcurrir varias semanas sin abrir, ni picarme la tentación de hacerlo siquiera, las cartas que mi tío pergeñaba en Barcelona.

Fruto lógico de esta tibieza hacia ellos fue el fomento de la amistad recíproca que nos unía a Alfredo y a mí. De mi parte, puedo afirmar que experimentaba casi de una manera física el acercamiento creciente de nuestros espíritus. El día que, por cualquier circunstancia, nos fallaba alguno de los habituales ratos de expansión confidencial, me parecía que me obligaban a cargar con un lastre insoportable que impedía el ascenso normal del globo de mi optimismo pueril. Estábamos ya hechos como la mano y el guante, para encontrar uno en el otro la forma y, el otro en el uno, el calor.

La vida proseguía monótona en casa de don Mateo. Nada se alteró con la aparición de la primavera, el mismo plan de estudios, las mismas comidas

vacías y, casi siempre —excepto cuando doña Gregoria tenía que pedir o criticar algo—, silenciosas, idénticos alaridos nocturnos y las mismas fugas de nuestras almas hacia Fany o los pececitos rojos de la pecera verde, que continuaban, también, alimentándose de la caridad espectacular de nuestro maestro.

Se alteró un tanto el curso de las cosas con los éxitos de Alfredo y mío en nuestra primera prueba intelectual. El hecho de salir airosos en los exámenes puso en fiesta aquella casa tan apagada y uniforme de ordinario. Por segunda vez en el curso —el día primero de año fue la otra— doña Gregoria nos hizo vestir de gala para asistir al banquete conmemorativo. (A punto fijo no puedo decir que aquellas comidas, a las que todos asistíamos emperifollados, tuvieran otra finalidad que dar ocasión a doña Gregoria para acabar de gastar un traje negro de cuerpo corto, ajustado a la cintura y que, ocasionalmente, le brindaba la oportunidad de lucir un pecho opulento de matrona, falseado por sabe Dios qué secretos procedimientos). Alfredo y yo nos pusimos nuestros trajes de marinero, luciendo, por el escote, los petos rayados de azul y blanco que nos daban cierta apariencia de animales exóticos. Enfundamos nuestras piernas en unas medias negras altas y cubrimos los pies con unas botas de charol abotonadas hasta arriba y a un lado. El señor Lesmes se compuso y acicaló su persona con mayor celo que de costumbre, aunque el traje con que se presentó a la mesa era el mismo que usaba diariamente. Martina, a quien estos festejos jamás pillaban de sorpresa, se presentó ante nosotros embutida en el trajecito blanco de la capelina que le sirviese para la fotografía y hediendo profundamente al perfume de violeta que doña Gregoria solía derramar sobre su pechuga en los acontecimientos trascendentales.

Corrió la alegría en aquella cena como en ninguna otra ocasión. Para don Mateo nuestros aprobados tenían, si cabe, mayor importancia que para nosotros. En la prueba se ventilaba sencillamente el ser o no ser de él y del resto de su distinguida familia. El hecho de salir airosos trascendía a la ciudad, pequeña y comentadora, en provecho de su academia y de su eficiencia pedagógica.

Don Mateo llegó a los postres con un visible júbilo bailándole en el rostro. No trataba de disimularlo; estaba satisfecho y su contento irradiaba de él como la luz y el calor del sol, naturalmente. Brindó con champaña por nuestro futuro, añadiendo que sería apacible si no ambicionábamos demasiado. «Siempre es más fácil perder que ganar —terminó—, y por eso conviene quedarse en poco». Le aplaudimos y cuando se sentó se puso a migar el pan de los peces en su palma tersa y morena. Cortó, además, un pedazo de pastel

de hojaldre, estimando que nuestros amigos acuáticos también tenían derecho a festejar esta solemnidad familiar. Después, doña Gregoria hubo de sujetarlo. Trataba de cambiar el agua de la pecera por vino blanco, alegando que también los peces debían disfrutar de este privilegio excepcional. Poco más tarde, nuestra patrona se lo llevó a la cama mientras Martina miraba extrañada a su padre en quien, seguramente, sorprendía una alegre vitalidad desacostumbrada. Así concluyó el día en que conmemoramos nuestro primer éxito estudiantil. Por primera vez Alfredo y yo tuvimos la alegría de compartir un acontecimiento que entonces juzgábamos trascendental para nuestras vidas. Como rúbrica de aquel día feliz nos dimos un abrazo entrañable en el que cabía tanto la liberación de nueve meses de acción como la perspectiva de la jornada estival que se abría ante nosotros sedante, reconfortadora y fácil.

VI

Uno de los mejores recuerdos que guardo de mi vida es el de aquel primer verano de estudiante en Ávila, alentado por la fragancia de una reciente y cordial amistad y olvidado en absoluto de los estudios que me alicortaron en los nueve meses precedentes. Ávila renacía bajo la cálida caricia de mayo; sus torres, apuntadas de sol, modificaban por completo el aspecto general de la ciudad. (Diríase que se trataba de un muerto resucitado, dispuesto a vivir la nueva vida en la integridad que absurdamente había desperdiciado antes). Las piedras amarillentas de sus vetustos edificios parecían reaccionar alegremente al contacto de la brisa templada que a oleadas descendía de la Sierra. La gente abandonaba sus conchas y se apiñaba bajo el sol, avariciosa de sus rayos, ansiosa de captar su cálido resuello en toda su intensidad, a conciencia de que más tarde habría de faltarle y añoraría estos días transparentes en que la ciudad se ofrecía desnuda, despojada de su manto de nieve.

Nuestra vida en esta época tampoco se caracterizó por la variedad. Alfredo y yo nos movíamos coaccionados por los actos ya vividos. Hallábamos en esta conducta iterativa un encanto superior al hecho de disfrutar lo no frecuente, lo extraordinario, lo excepcional, a no ser que esto, por su carácter relevante y atractivo, nos animase a dejar con gusto la distracción cotidiana.

Apenas desayunados solíamos dejar la casa de don Mateo. Fany nos acompañaba en nuestras excursiones mañaneras que rara vez variaban en su itinerario. Nos agradaba salir al paseo del Rastro cuando el sol comenzaba a dorar el verdeante valle de Amblés. Por el paseo, bordeando la muralla, llegábamos hasta los marjales del Adaja, donde gustábamos de matar las horas hasta que se hacia el momento de comer.

La irradiación que a aquellas horas se desprendía de la naturaleza tonificaba nuestros espíritus para el resto del día. El paseo del Rastro se empinaba como un balcón sobre el valle. Arrimados a la verja, Alfredo, Fany y yo, llenábamos nuestros ojos de la plenitud del día. Frente a la muralla se levantaban, escamoteadas por la bruma, las estribaciones rocosas y azuladas de la sierra, como otra ciudad amurallada que desafiase a la nuestra a singular combate. En sus crestas aún se agarraba la nieve con una apariencia, poco airosa, de ropa blanca tendida a solear. A nuestros pies, unos metros más

abajo de nosotros, se diseminaban los edificios y conventos hasta llegar al campo cultivado de cereales y legumbres, partido en multitud de trozos de distintos verdes, brotando, ubérrimo, de la madre tierra.

Descendíamos luego alegremente siguiendo la pendiente del Rastro, atraídos ya por el cauce del Adaja. Los vencejos volaban a miles, chirriantes y negros, por encima de nuestras cabezas. En su vuelo, vertiginoso e irreflexivo, se lanzaban contra las almenas de la muralla para salir después despedidos en dirección contraria como pelotas rebotadas en un frontón, Al final de la muralla, descolgándonos por las rampas de la izquierda, llegábamos a las márgenes del Adaja. El río venía decrecido por la fuerza del estío. Su caudal se estilizaba por momentos, como una persona atacada de tisis galopante. Las aguas, al retirarse, dejaban al descubierto el terreno pantanoso y grisáceo del marjal. Todas las mañanas había allí alguien acarreando tierra que luego utilizaría para fines que me eran completamente desconocidos.

Ya en la ribera del río se intensificaba la diversión. (Hay algo en el agua y en el fuego que atrae singularmente la atención de los niños). El mero hecho de contemplar cómo el volumen del agua se deslizaba entre las dos orillas ya suponía para nosotros algo tentador y digno de admirarse. Fany, a nuestro lado, ladraba al agua, a las ranas que se zambullían estrepitosas en las charcas que la retirada de las aguas había dejado aisladas, a las hojas de los árboles que arrastraba la corriente… Fany, en esos instantes, agradecía el privilegio de vivir. Parecía estar empapada de la dificultad que encierra la aparición de un ser vivo sobre el mundo. No ignoraba que si su padre se hubiese relacionado con otra perra diferente de su madre, ella no estaría ahora allí, ladrando a las ranas, a la corriente, a las hojas verdes que flotaban sobre el río… Conocía al parecer toda la gama de dificultades y azares a que obedece la presencia sobre la tierra de todo ser vivo. En su mismo bisabuelo podría haberse quebrado la cadena cuyo último eslabón era ahora ella y no otro. Tal vez por todo esto Fany exteriorizaba el júbilo de vivir, pregonándolo en sus ladridos agudos y sin fundamento.

Nosotros solíamos aprovechar el encendido entusiasmo de Fany para arrojarle pequeños palitos al centro del río. La perra dudaba siempre al principio. Vacilaba, con las dos patas delanteras sumergidas en el agua, ladrando a más no poder. En último extremo se decidía y nadaba hacia el palito con la rapidez que le permitía su poco eficaz estilo perruno.

Nosotros acostumbrábamos a tumbarnos entre los juncos, charlando de las cosas que nos afectaban. Como era natural, la casa en cuyo seno nos movíamos ocupaba frecuentemente nuestras preferencias. Me interesaba a mí

sobremanera el concepto que a Alfredo merecían las personas o las cosas que yo también conocía. Alfredo era observador, aunque pocas veces encontraba justificación a los detalles y acontecimientos que observaba diariamente. Para él todo eran hechos positivos, sin causas ni efectos.

A menudo pretendía que le desarrollase algún punto concreto tocado por nuestro maestro en los momentos en que solía pensar pronunciando, en voz alta, su pensamiento. Cierto día inquirió de mí la razón por la que el señor Lesmes creía «más serios y mejores que nosotros» a los pétreos monigotes de la hornacina. Me las vi y me las deseé para aclararle unas ideas que yo entendía, aunque no las supiese expresar. Le expliqué que don Mateo con esto sólo pretendía enfrentar dos edades, dos conceptos de vida, dos civilizaciones. Él entendía que el hombre de cinco o diez siglos antes vivía más en la realidad que el actual. Se afanaba en levantar murallas, conventos o catedrales, porque tenía un concepto más serio de la vida: conservar la existencia, para llegar a Dios. Nuestro maestro condenaba la frivolidad del hombre moderno, el cual se dice hijo de Dios pero cifra toda su ilusión en disfrutar la existencia terrena. En consecuencia, el hombre actual se limitaba a conservar los monumentos del antiguo y únicamente levantaba teatros, cafés y otros lugares de esparcimiento con una raíz exclusivamente material.

Alfredo me escuchaba con los ojos cerrados, como si velándose la contemplación del cielo le fuera más sencillo asimilar mi discurso. En cierta ocasión en que machacábamos sobre el mismo tema me dijo:

—Don Mateo parece hijo de las piedras de Ávila.

No le respondí, pero en sus palabras vi encerrada una perfecta definición, una idea alambicada y concisa, de lo que era la psicología del señor Lesmes.

Nuestra conversación era interrumpida diariamente por la llegada de otros compañeros. Habíamos establecido una amistad relativa con otros muchachos de nuestra edad. Nos reuníamos a veces hasta ocho o diez, aunque no siempre fuéramos los mismos. Con su llegada la diversión tomaba otro carácter. Nos descalzábamos y vadeábamos el río entre gritos y frecuentes chapuzones. Algunos días pescábamos hasta media docena de pececitos que asábamos en una hoguera, participando luego todos del sobrio festín. La jornada concluía llegándonos hasta el puente para admirar, desde lejos, la profusión de luces y el sordo murmullo que escapaba de la fábrica de harinas. (Aquella fábrica ejercía sobre todos un inexplicable poder de sugestión. Nuestras imaginaciones forjaban a su costa las más insensatas figuraciones, por más que no existiera motivo para ello fuera de aquellas bombillas brillantes en pleno día y del misterioso rumor que brotaba de sus entrañas). Desde allí nos

lanzábamos en tropel a la «conquista» de la ciudad. Nos considerábamos un ejército medieval galopando sobre ágiles corceles, cuya única meta estribaba en asaltar la muralla y «despojar al enemigo» de su fortaleza. Al llegar ante los muros, cada cual con su vara a guisa de espada o lanza, nos deteníamos. Alguien arengaba con voz vibrante a «los ejércitos»; después comenzábamos a trepar por las piedras que, espontáneamente, sirvieran de cimiento a la muralla.

—¡Al ataque!

Nos desperdigábamos todos al escuchar esta voz. En cada pecho alentaba una ilusión realista de hacer nuestra la fortaleza, de rebasar sus sólidas defensas. Disparábamos los arcabuces imaginarios contra los enemigos, igualmente fantásticos, que asomaban las cabezas entre los vanos de las almenas. Los gritos de victoria se confundían con los lamentos de los «heridos» y los penetrantes ladridos de Fany asustada. Poco tardábamos en conquistar la plaza. Tal vez un cuarto de hora, tal vez menos. Inevitablemente la fortaleza terminaba por caer en nuestras manos. Luego desfilábamos por las calles de la ciudad, con el gesto adusto y fiero, persuadidos íntimamente de la verdad de «nuestro heroísmo». Al entrar en casa, doña Gregoria nos saludaba siempre con la misma pregunta:

—¿Dónde habéis estado?

La respuesta era unánime:

—En el Rastro.

La patrona se sentía satisfecha. Quizá si supiese de nuestras excursiones a los marjales, de los vadeos del Adaja o de las simbólicas conquistas de la ciudad, no nos pondría tan buena cara. Mas ella tenía una fe ciega en nuestra palabra. Si le asegurábamos que veníamos del Rastro, en el Rastro habíamos estado y no había más que hablar.

Los viernes de todas las semanas alterábamos nuestro programa usual con motivo del mercado de ganado que se celebraba fuera de la muralla, en su ángulo noroeste. La animación de tales días en la ciudad se nos contagiaba a todos. Gustábamos de acudir allí a saborear las mil incidencias a que el acontecimiento daba lugar. Los serranos bajaban hasta la muralla con sus listadas alforjas al hombro, precedidos por sus rebaños de carneros vigilados por experimentados marotos. Había allí rebaños de vacas, de yeguas, de marranos negros. Aquí y allá se alzaba la voz de algún quincallero voceando sus bagatelas. Entremezclados con la muchedumbre, multitud de lisiados pregonaban sus muñones o sus desperfectos físicos, como si se tratase de otra mercancía, para llamar a la caridad a los asistentes. Los gitanos, muy

abundantes, hacían gala de su habilidad logrando mantener tiesa sobre sus cuatro patas a la res en tanto cerraban el trato con sus compradores…

Pero lo que más nos atraía a nosotros de aquel enjambre inquieto, aureolado de una polvareda espesa y maloliente, eran los narradores de crímenes. De entre todos, la Bruna disfrutaba de nuestras preferencias, ya que, al interés avasallador de sus relatos unía el mérito de recitarlos cantando y acompañada por las notas agrias y desafinadas de la guitarra de su marido ciego. La Bruna era una mujer muy popular. Siempre tenía en torno suyo una multitud ávida y curiosa que coreaba con profundos lamentos el dramatismo aterrador de sus canciones. Se le atribuía a la Bruna una fecundidad asombrosa. Había quien afirmaba que la Bruna había llenado de hijos las cunetas de todas las carreteras de España. Nunca le preocupaba el momento. Traía el hijo por sus propios medios allí donde la sorprendía el trance. La criatura, con el cordón umbilical colgando, era adoptada siempre en el pueblo más próximo al lugar del parto. De esta sencilla manera la Bruna no había perdido aún su libertad, y su voz cascada podía seguir sonando por los ámbitos del mundo entero. A más de esto, la Bruna tenía buen cuidado de variar de repertorio, con el fin de que sus incondicionales continuasen prestándole el calor de su ferviente apoyo. Jamás se presentó en público un viernes sin que una copla nueva figurase en su extenso repertorio. Tengo para mí que la voz de la Bruna tenía mucha influencia en el decrecimiento que se apreciaba aquel año en las compraventas de los mercados de los viernes. La gente se movía inquieta entre las bestias hasta que las notas de la Bruna comenzaban a congregar público a su alrededor.

Aquellos marinos, que unas horas antes, bravos y arrogantes, cruzaban el mar…

La tragedia del *Reina Regente* cobraba en la expresión desgarradora de la Bruna unas proporciones inconmensurables. Brillaban los ojos del público y un estremecimiento recorría, uno tras otro, a toda la multitud allí apiñada. Mas la emoción de los oyentes se centuplicaba cuando el relato recaía sobre alguna criatura tierna y desgraciada. Sobre todo uno que hablaba del secuestro de un niño inocente por su madrastra. A Alfredo era ésta, también, la copla que más le llenaba, tal vez por estimar su realidad vital muy semejante a la de aquel muchachito maltratado.

(La madrastra, atizada por sus instintos criminales, —concebía, incluso, la siniestra idea de encerrar al niño en un arca. Su existencia allí, mísera e

incómoda, adquiría una fuerza sobrecogedora cuando al muchacho le llegaba la hora de cumplir una función fisiológica):

Cuándo se han visto tantas maldades… Un bote le ponían «pa» que hiciese sus… necesidades…).

La multitud hipaba, sollozaba, se encogía, se estremecía y la Bruna, inmutable, proseguía, proseguía su copla desoladora. A veces otorgaba la Bruna el privilegio de elegir las coplas al público limosnero. Bastaba con arrojar sobre la gorra casposa del marido ciego una moneda de dos céntimos acompañada de la solicitud oral.

—¡Bruna! *El Renegado de Valladolid*.

Y la Bruna interpretaba, a satisfacción de todos, *El Renegado de Valladolid*.

Previendo esta oportunidad Alfredo se acompañaba todos los viernes de varias moneditas de dos céntimos. En la primera ocasión arrojaba una sobre la mugrienta gorra del ciego, al tiempo que voceaba:

—Bruna, *El niño secuestrado en un arca*.

Y la Bruna recomenzaba su canción, cada vez con más sentimiento, más dolorida de aquella acción criminal de una madre desnaturalizada.

Casi siempre que nos deteníamos para escuchar a la Bruna —invariablemente todos los viernes— demorábamos, sin darnos cuenta, el regreso a casa. Doña Gregoria nos reñía sin palabras, censurándonos con los ojos, privándonos, tácitamente, de la salida del día siguiente.

La noche de un viernes, de uno de aquellos viernes en que la Bruna repitiera hasta seis veces la copla del niño secuestrado, ante la petición onerosa y reiterada de Alfredo, éste, ya en la cama, me dijo:

—¿No crees que de mi vida podría cantarse también una copla?

Me reí ahogadamente.

—Tú no estás en un arca.

—Pero a mi manera yo también estoy secuestrado.

Me reí sin ganas, tratando de restar importancia a sus palabras.

—La gente se aburriría con tu copla.

—No lo creas; la Bruna sabría cargar las tintas sobre «él». Es un malvado.

Suspiró profundamente y añadió:

—Yo no sé qué hay en esa copla del arca que me veo en ella.

Me volví a reír, cada vez más forzadamente. No dijo más. Le oí acomodarse en la cama de al lado. Me dormí con la sensación de que Alfredo,

con los ojos muy abiertos, proseguía dando vueltas en su cabeza a la posibilidad de que la Bruna sacase una copla melodramática a su existencia.

VII

Encauzado el verano por unas veredas tan uniformes se nos fue como una ilusión, cuando casi no habíamos empezado a saborearlo. Me acordé de mayo y de cómo había pensado entonces que las vacaciones estivales eran una cosa a la que apenas si se les veía el fin. Transcurridas ya, empecé a darme cuenta de que nada hay largo en la vida por muy largo que quiera ser. Había vaciado un año de mi existencia desde el día que mi tío me llevara a casa de don Mateo a bordo de una carretela descubierta. De entonces acá me quedaba la huella de unos cuantos días, muy pocos, que destacaban sobre la uniformidad de los demás con características peculiares. Opiné, para mis adentros, que si la vida normal se componía de otras sesenta unidades como ésta, tenían mucha razón los que afirmaban que la existencia era un soplo, el transcurso fugaz de un instante, una realidad que sólo daba tiempo para meditar que, aun pareciéndonos mentira, ya habíamos vivido la vida que nos correspondía.

Con el nuevo curso surgieron algunas novedades en las costumbres de aquella casa. Seguramente la más interesante fue la que adquirió el señor Lesmes de sacarnos las tardes de los domingos a dar un paseo largo. Doña Gregoria rara vez nos acompañaba. La dejábamos en casa leyendo *La Ilustración*, escuchando las notas de su caja de música, o preparando la pasta de las croquetas para la cena.

Uno de los paseos de que conservo clara memoria fue el que dimos el día de Todos los Santos hasta Cuatro Postes. Ocurrió en él algo fuera de todo hábito: Don Mateo se nos volvió del revés con una sinceridad desconcertante.

Recuerdo que iniciamos la excursión descendiendo por la calle de Vallespín hacia la puerta del Oeste. Al pasar frente a la puerta principal de la Casa de los Polentinos, nuestro maestro se detuvo, apuntando a la fachada con la contera de su bastón. (Tenía un aire deslucido y lánguido envuelto en su traje negro, asiendo con su mano izquierda la mano de Martina y apuntando, con el bastón en la diestra, la vieja mansión). Como si fuese un cicerone de alquiler nos relató con pelos y señales la evolución de aquel palacio. Al cabo de diez minutos concluyó por decirnos que de la casa en cuestión no supervivía más que la portada y un retazo de la fachada principal.

—Lo otro —terminó— fue recientemente destruido. —Se volvió a mí, que le escuchaba cansado, y me dijo perentoriamente—: Tú sabes cuándo fue

destruido.

No lo sabía; no intenté adivinarlo tampoco, porque había mil posibilidades de errar en un plazo de diez siglos. Por ello creí preferible, y no muy desacertado, contestar ambiguamente que en la Edad Moderna.

No se molestó por mi respuesta; se contentó con dirigirse a Alfredo, demandando lo que no había obtenido de mí.

—Eso lo sabes tú.

Tampoco lo sabía Alfredo, quien, siguiendo mi ejemplo, manifestó, titubeando, que en la Edad Contemporánea. Don Mateo dio un respingo:

—Eso es como no decir nada.

Nos callamos los dos.

—La mansión de los Polentinos fue destruida durante la Guerra de la Independencia, que fue… —Me señaló a mí.

—… En mil ochocientos ocho.

Seguimos andando calle Vallespín abajo. Sentía yo en los pies, a través de las suelas agujereadas de mis zapatos, las guijas del suelo. La inclinación de la calle nos conducía, sin quererlo, casi corriendo. Martina chupeteaba un caramelo y el polvo del camino se pegaba en los límites pringosos de su pequeña boca. Al salir de la muralla nos sorprendió el zumbido trepidante de la fábrica de harinas. Nos miramos Alfredo y yo, y ambos desviamos después las miradas hacia las lucecitas que brillaban allí, en las ventanas, entre correas sin fin y mecanismos atrayentes y desconocidos. Pasamos el puente y ya en la carretera de Salamanca nos desviamos a la derecha. Teníamos Cuatro Postes al alcance de la mano. Ascendimos el promontorio y don Mateo se sentó en el pedestal de la cruz. Nosotros lo hicimos a su alrededor.

—Mirad —nos dijo de repente señalando frente a él.

La ciudad amurallada, quieta en aquella tarde de noviembre, ofrecía desde allí un aspecto sugestivo y misterioso. Caía por sus extremos como si estuviese colocada a horcajadas de alguna gigantesca cabalgadura. La catedral y otros edificios altos se empinaban, destacando sobre las casas vecinas, lo mismo que los días excepcionales del año transcurrido resaltaban en mi memoria sobre la uniformidad gris de los demás. Don Mateo contempló la ciudad durante un gran rato; luego, mirándonos a los tres, dijo:

—En este punto alcanzaron a Santa Teresa cuando huía con su hermano a tierra de moros.

Los ojos de Martina, redondos y claros, estaban clavados en la liviana humanidad de su padre.

—¿Y por qué?

—Escapaba para sufrir martirio por Dios.

—¿Y por qué?

—Porque era muy buena; una santa; una gran santa…

(En este instante comencé a presentir que Ávila no era una ciudad como las demás. Tenía sus raíces clavadas en la historia, a diferencia de otras. La historia la vigorizaba en su secuela moderna, le proporcionaba su sustancia vital, la coloreaba de un matiz especial, con la verde e impresionante pátina del tiempo…).

Merendamos después. Había algo en la luz aquel día que rimaba perfectamente con el ambiente de la ciudad. Quizá todos lo notábamos inconscientemente. Y de aquí nuestro silencio; un silencio que parecía desusado, blanco, poroso.

—El día que yo tenga dinero no viviré aquí.

Don Mateo miró a Alfredo como si de sus labios hubiera salido una blasfemia.

Alfredo no se dio por aludido.

—Esta ciudad es aburrida, se cae de vieja.

El señor Lesmes no apartaba su mirada de Alfredo.

—¿No te gusta Ávila?

(Instintivamente miré hacia delante. El promontorio de Cuatro Postes se despeñaba a nuestros pies hasta alcanzar el río. Junto a éste se elevaban las copas aún verdes de susurrantes arboledas. Más allá, el terreno se encaramaba otra vez hasta llegar a la muralla sólida y amarilla. Encima y a los lados el silencio, un espeso silencio preservado por las nubes grises inmóviles en el cielo).

—No; no me gusta esta ciudad. Aquí sería lo mismo tener dinero que no tenerlo. No hay lugar para gastarlo. Y sin gastar dinero no se puede ser feliz…

Sus palabras adquirían en aquel clima el valor detonante de las amapolas en un campo. Se escapaban del ambiente, desentonaban por su ambición de este clima sin apetencias.

—Hacen falta años para percatarse de que el no ser desgraciado es ya lograr bastante felicidad en este mundo. La ambición sin tasa hace a los hombres desdichados si no llegan a conseguir lo que desean. La suprema quietud con poco se alcanza, meramente con lo imprescindible.

Tenía el señor Lesmes la cabeza ladeada, recostada en uno de los brazos de la cruz de piedra. Una sonrisa de burla estremecía los labios de Alfredo. Sentí su codo contra mi pierna, repetidamente, haciéndome señas.

—Tal vez el secreto —añadió don Mateo— esté en quedarse en poco: lograrlo todo no da la felicidad, porque al tener acompaña siempre el temor de perderlo, que proporciona un desasosiego semejante al de no poseer nada. Debemos vigilar nuestras conquistas terrenas tanto como a nosotros mismos. Son, casi siempre, la causa de la infelicidad de los hombres.

Martina jugaba a mi lado con un montón de blancas piedrecitas. El codo de Alfredo seguía incrustándose en mi muslo con leves intervalos. Adiviné que pensaba en los mil reales que mensualmente retiraba del banco don Mateo para atender al alimento de su cuerpo y de su inteligencia. La insistencia machacona de mi amigo hacía gorgoritear la risa en mi garganta. Un brillo triste iluminaba las pupilas del señor Lesmes conforme iba hablando.

—No es lo mismo perder que no llegar. Si os dan a elegir, quedaos con lo último. El hombre acostumbrado a dos, si le dan tres será feliz; si desciende a uno, apenas percibirá la diferencia. El habituado a diez si baja a tres difícilmente sabrá acomodarse a esta férrea limitación; si llega a veinte no por ello se incrementará su dicha, porque hay una raya en que, rebasada, las conquistas no proporcionan utilidad.

Súbitamente me contemplé como un ser que empieza a usar de la razón con lógica y clarividencia. Noté que mi cuerpo se destapaba como una botella y se hacía receptor de toda clase de influencias externas. Creo que, por primera vez, observé en un juicio humano la prodigiosa relación de causalidad, la lógica de un discurso razonado y fundado hasta la consecuencia extrema. Mas el codo de Alfredo contra mi muslo me hizo pensar que, pese a todo, también podría sonreír; o reír francamente a carcajadas hasta que el amargo pesimismo de nuestro maestro se deshiciese en la atmósfera como el humo. Martina había conseguido ya un aparente montón de piedrecitas blancas, y ahora lo admiraba con una especial reverencia. Fany hurgaba en unas basuras próximas. La tarde iba cayendo. Vimos encenderse detrás de la muralla el primer farol. Después surgieron otras muchas luces, verdosas, inciertas.

Me asusté al volver a escuchar la voz de don Mateo.

—Para el hombre de fe la dicha no es de este mundo. Se acomoda a los malos medios ante la esperanza de un buen fin. Y quizás esta esperanza le facilite mayor motivo de dicha que la que puede obtener aquel que busca, sin saciarse, hasta la última gota de placer. No; la realidad de la vida terrena no es para el creyente, pero tampoco para el vicioso. Para aquél la vida es una esperanza y un hastío para éste. La vida terrena es del hombre neutro; de

quien no ha puesto la base de su felicidad en nada caduco, finito, limitado, aunque tampoco en una vida ulterior; de quien ha hecho de la vida una experiencia sin profundidad, altura, consistencia ni raíz…

Se detuvo un momento y prosiguió:

—Éste sería el ideal del cuerpo, el ideal del hombre si todo fuese materia. Mas habiendo detrás un alma, merced a la cual el cuerpo alienta, supone una aberración vivir sólo para el mundo.

Sonó un ladrido de Fany detrás de nosotros. De reojo observé a Alfredo, cuya cara estaba iluminada por una media sonrisa de escepticismo. Martina descendía a gatas del promontorio. Don Mateo la vio y se levantó de un salto. Tomó en brazos a la tierna criatura y la besó en el trasero manchado de tierra. Oí una voz junto a mí.

—Vaya sermón.

Alfredo apenas podía contener la risa. Al ponerme de pie me obsequió con un tremendo pellizco en el brazo y un guiño expresivo.

Habló don Mateo:

—Creo que ya es hora de marchar.

El señor Lesmes retornaba, poco a poco, a su habitual y reservado estado de ánimo. La transición fue tan paulatina que me pasó casi inadvertida. Tomó el capacho con las sobras de la merienda y me lo confió a mí. Luego, agarrando a Martina de la mano, inició el descenso de la leve prominencia precedido por Fany, trotona e inquieta.

En el puente nos ocurrió un suceso lamentable. Un carro cargado de naranjas pasó a gran velocidad junto a nosotros. Tan rápidamente se nos echó encima que a punto estuvo don Mateo en dar la voltereta por la acitara. El susto de Fany se transformó, pasado el primer instante, en una ira incontenible que la impulsó a lanzarse en pos del caballo ladrándole junto a los cascos. Hubo un momento en que la vi entre las ruedas. Don Mateo la llamó, pero la perrita, obcecada, continuaba su estéril persecución.

—¡Fany!

El grito de Alfredo, interpolado de angustia, me estremeció. La perra se detuvo un instante y miró atrás. Todo lo demás aconteció en un segundo. La rueda del carro cargado aplastó una de sus pequeñas patas contra la calzada. Fany aulló de dolor y quedó tendida en la carretera, lamiéndose la pata lesionada mientras el carro se perdía en la oscuridad. Corrimos todos hacia el animal, que se estremecía en el suelo. Martina, Alfredo y yo llorábamos. Me conmovió aún más la aguda desesperación de la pequeña Martina. Yo abracé

al animal izándole con cariño. Su pálida mirada agradecida renovó mis lágrimas que ya no me esforzaba en contener.

El trayecto hasta casa fue muy semejante a una procesión fúnebre. Yo en medio, con la perrita apretada contra mi pecho, rodeado de ojos empañados. Sólo don Mateo supo en esta ocasión imponerse a su tristeza; pero la expresión de su mirada de aquella tarde, cuando nos hablaba recostado en la cruz, había regresado a sus ojos. El timbre de sus palabras, empero, era absolutamente normal.

—Fany quedará coja.

Se marchitó la última esperanza. En un principio juzgué cruel al señor Lesmes, pero un instante después le perdoné, pensando que era aún más cruel alentarnos con una esperanza infundada.

—Aquí tenéis la demostración de lo que antes os decía. — (Aquilaté cuánto había cambiado el mundo en un minuto. Ahora Alfredo no me presionaba con el codo, ni sonreía escépticamente. Y, sin embargo, el motivo subsistía)—. Si Fany hubiera nacido coja de dos patas hoy se sentiría feliz de poder disponer de tres. Pero Fany hace poco utilizaba sus cuatro patas…

Dejó la frase en el aire, pero todos, excepto Martina y seguramente la propia Fany, le comprendimos. Evidentemente había un riesgo en la abundancia e incluso en la misma normalidad.

Aquella noche, cuando don Mateo se puso a migar la cena de los peces, sus manos morenas y pequeñas se movieron más nerviosas que de costumbre.

VIII

Estoy seguro de que Alfredo, antes de dormirse aquella noche, sólo pensó en Fany. (Lo habíamos preparado todo concienzudamente para pernoctar. La perrita nos escrutaba con sus ojos melancólicos, haciendo el cálculo correspondiente e inevitable de si, en medio de todo, no la compensarían de tener una pata de menos, aquellas raciones extraordinarias, la posibilidad de dormir en un jergón mullido —privilegio que no conociera desde su arribada al mundo— y las miradas de conmiseración en que todos envolvíamos su patita machacada e, incluso, todo su ser físico). Para Alfredo el lamentable acontecimiento del puente fue, sin duda, el suceso del día, el suceso que más le impresionase desde su internamiento en casa de don Mateo. De los demás actos de la tarde no le restaba ni el más liviano rescoldo; todo quedó enterrado tras la aguda percepción física, y la correspondiente impacción espiritual del atropello de Fany por una carreta. Probablemente ni se acordaría ya, tampoco, de que no hacía cinco horas que se desternillaba de risa y de que su codo se clavaba en mi muslo para subrayarme, irónico, todo lo que a mí pudiera pasarme inadvertido. Nada de esto recordaba ya Alfredo. Únicamente la imagen de Fany postrada, posiblemente dolorida, debió de ocupar un momento su cabeza antes de dormirse. El resto, las demás sensaciones de aquella tarde quedaron atrás, tan atrás en la historia de mi amigo, que de seguro no volvería a recordarlas hasta que un día, vacío por dentro y por fuera, le asaltasen estas rememoraciones que, en virtud de una sensación más realista y vigorosa, habían quedado postergadas en su día.

Alfredo roncaba a mi lado. Roncaba a los cinco minutos de tumbarse en la cama, olvidado de las horas efervescentes de la tarde. Sus ronquidos sonaban en la habitación regularmente; se iniciaban gruesos y guturales para terminar en un breve silbido, cada vez más agudo. Mi imaginación, un poco acorchada, daba a sus ronquidos la forma de un cono con la base en la boca de mi amigo y el vértice en cualquier ángulo oscuro del techo de la habitación…

Por mi parte yo no podía dormirme. Para mí el accidente de Fany no había sido un hecho aislado de los demás acontecimientos del día. Constituía un eslabón más en la sórdida cadena de causas y efectos que se me había manifestado por primera vez aquella tarde; la consecuencia externa del claro razonamiento de mi maestro. Entre las palabras de éste y el percance del puente había más de causalidad que de casualidad; más de relación que de

azar. Adivinaba, detrás de todo ello, la mano de Dios mostrándome por señas lo que la vida era y lo que de ella cabía esperar. Advertía diáfanamente que mi cabeza abandonaba el cómodo sesteo de la inercia de doce años y penetraba en un período de anómala actividad. Cesaba de moverme a impulsos, por instinto; el cerebro se erigía en centro rector de cada uno de mis actos y voliciones. Percibí, con toda claridad, el rompimiento del sello que hasta hoy había vedado el funcionamiento normal de mi cabeza, envuelta y sin mancha como una cosa sin estrenar. Ahora todo era distinto. Yo ya no sólo intuía, razonaba. Columbraba para la vida un alcance diferente al limitado horizonte color de rosa que, hasta este momento, limitara sus perspectivas. Por asociación de ideas, mi pensamiento escapó hasta la fábrica de harinas del otro lado de la muralla. Configuré mi cerebro de una manera semejante a aquel misterioso mecanismo, que ejercía sobre nosotros un inaudito poder de sugestión, adaptándolo a las proporciones de mi cráneo. Diminutas correas sin fin, engranajes minúsculos, lucecitas de colores, señalando bajo mi cráneo la repercusión de la actividad del mundo, enlazando unos hechos con otros que quizás a primera vista no tenían ningún punto de unión. Me encontraba a mí mismo como revestido de una capa de experiencia que Alfredo, por ejemplo, aún no había llegado a adquirir. Empezaba aquella noche a usar de la razón. Mi interior estaba de estreno, lo mismo que lo estaba mi exterior en la jornada bulliciosa del Domingo de Ramos. Presentí que comenzaba a hacerme hombre por dentro, hombre capaz de delimitar su consistencia espiritual en un instante dado, de relacionar «su actualidad» con todos sus precedentes y consecuentes, de dirimir la contienda íntima entre el bien y el mal, de tomar decisiones por sí mismo… Y noté que quien me había despertado era mi maestro con sus bien centradas palabras sobre la felicidad. Mi cabeza ya podía dilucidar entre la dicha y la desdicha. Sus circunvoluciones actuaban ahora bajo el riego de una sustancia que secretaba la razón. Analizaba el mundo y la vida desde un ángulo diferente al utilizado durante los doce años anteriores. Me sentía capaz de sopesar, ponderar y decidir; en una palabra, de valerme por mí mismo.

Y todo ello lo debía a la fría exposición de don Mateo. Había asimilado su lección en todas sus facetas, sus determinantes y sus consecuencias. Sus palabras se habían volcado sobre mi ser, empapándole como si fuese una esponja. Casi me dolía la cabeza al iniciarse esta etapa discursiva. Percibía yo claramente, debajo de los huesos de mi cráneo, el palpitar de la vida, la puesta en marcha de la razón, la iniciación de una corriente poderosa que me hacía sentirme otro distinto del que hasta ahora había sido.

Un grito angustiado del otro lado del tabique detuvo el curso de mis cavilaciones. Martina debía de soñar con perritos atropellados a cientos por conductores inexpertos y sin escrúpulos. Se contuvo la respiración gutural de Alfredo para retornar poco después más simétrica, más acompasada que antes. Pensé en la fuerza lógica de las aseveraciones del señor Lesmes. La felicidad o la desdicha era una simple cuestión de elasticidad de nuestra facultad de desasimiento. La vida transcurría en un equilibrio constante entre el toma y el deja. Y lo difícil no era tomar, sino dejar, desasirnos de las cosas que merecen nuestro aprecio. Aquí estribaban las posibilidades de felicidad de cada humano: en que su facultad de desasimiento fuese más o menos elástica, en que el hombre estuviese irás o menos aferrado a las cosas materiales. Por ello tal vez el secreto básico estuviese contenido en el hecho de no tomar nunca para no tener que dejar nada. Era un remedio negativo, de renunciación, pero, con certeza, el adecuado a mi calidad humana, desprovista de reservas y de capacidad de sacrificio. Lo cuestionable consistía en saber si el hombre tiene alguna probabilidad de subsistir sin aprehender nada, desasido de todo, desconectado de los seres y las cosas que le rodean; si el individuo es capaz de desarrollar su individualidad propia y primitiva sin necesidad de echar mano de recursos extraños a sí.

La cabeza empezaba a calentárseme restregada por el decurso de los primeros razonamientos. Quise imaginarme a un grano de trigo aislado de los demás granos, sin rozarse con ninguno, dentro de un saco; deseé poder concebir un punto de arena en una playa sin conexión alguna con otros puntos; quise aislar una molécula de agua en el seno de la mar, y no me fue posible. La realidad se me imponía con las armas de la lógica. Nada puede existir en el mundo sin una relación de dependencia, de coordinación o de mando. Todo está incrustado en un orden preestablecido, sometido a leyes fatales o voluntarias, pero que por sí hablan ya de una coordinación y un nexo al menos relativos. Deseé imaginarme a un hombre autónomo, independiente de otros hombres y de las cosas en un grado absoluto. Voló mi imaginación a un peñasco solitario del mar mayor del universo. Allí situé a mi hombre imaginario. Le di por oficio el de torrero del faro. Al momento se me impuso de nuevo, implacable, la fuerza de la realidad. Ese hombre venía de algún punto; naturalmente, de otro hombre. El faro debería arder de noche para evitar el naufragio de otros hombres. Sobre esto el torrero había de atender a sus necesidades ineludibles: comer, vestir, cultivar su espíritu. Ya estaba mi hombre encadenado; sujeto a la ráfaga interminable de la dependencia, de la conexión, de la fatal coordinación a otros hombres y a otras cosas. El hombre

absolutamente aislado era inconcebible. En ese equilibrio entre el toma y el deja, no era solución posible el no tomar nada para no tener que dejar nada. La encrucijada del desasimiento, en más o en menos, había de llegar forzosamente para todos.

Suspendió el avance de mis razonamientos un aullido lastimero. Agucé mis oídos pero no volvió a repetirse. Pensé si mi hiperestesia no me estaría jugando alguna mala pasada. Alfredo esta vez no se inmutó. Prosiguió roncando, proyectando sobre cualquier ángulo de la habitación el vértice de sus conos. Insensiblemente las correítas sin fin y las lucecitas de mi cerebro entraron nuevamente en actividad. En pequeño, exactamente igual que en las entrañas de la fábrica cuando la contemplábamos desde el puente. Ahora ya aquilataba, con un perfecto ritmo, el contenido de la vida. La imagen de otro hombre bulló en mi cerebro nuevamente y sus rasgos físicos coincidían cabalmente con los del torrero imaginario. Avanzaba por un camino estrecho y de repente le vi agacharse y tomar de la linde derecha una flor. Era una margarita; en su corazón amarillo cuatro letras decían «amor». Sonriente se la puso en el ojal y siguió adelante. Poco más allá se inclinó otra vez sobre la linde derecha y tomó otra flor: era una violeta. Otras cuatro letras se combinaban formando en su seno la palabra «hijo». Aún tomó otras tres violetas con la misma inscripción y después otras dos flores distintas en una de las cuales se leía «aumento de categoría y sueldo» y «salud» en la otra. Ésta era una amapola. Todas ellas las tomó el hombre con la sonrisa en los labios. De repente se dio cuenta de que la amapola estaba lacia, caída, marchita. Instantáneamente el hombre cesó de sonreír y arrojó la flor a la cuneta de la izquierda. Me percaté que se iniciaba el capítulo de las renunciaciones, del desasimiento. La margarita primero comenzó a perder poco a poco sus pétalos blancos. Suspiró el hombre y la tire lejos de sí. Pero aún continuaba avanzando camino adelante, con aspecto cansino y desmayado, pero apurando la colilla de la vida. Aún hubo de desprenderse el hombre de una de las pequeñas violetas. Al arrojarla el infeliz lloraba como un niño. Poco más lejos se tambaleó el hombre y quedó tendido en el camino. De súbito las tres pequeñas violetas que amorosamente guardaba en su mano se desasieron de su presión y se convirtieron, merced a algún maravilloso prodigio, en tres muchachos de mi edad. Uno tras otro, separados, tomaron el camino y siguieron adelante. Les vi agacharse más allá, arrancando también flores de la linde derecha del camino. Se iban transformando en hombres poco a poco. En plena metamorfosis ya observé que tenían que arrojar a la cuneta de la izquierda algunas flores tomadas antes de la linde derecha…

Ahora sí que había sonado un aullido quejumbroso. El recuerdo de Fany abortó las imágenes de mi fantasía. Volví a escuchar el aullido lastimero. Era tan tenue que únicamente yo, que velaba, hubiese podido oírle. Me incorporé de la cama y por tercera vez percibí el lamento. Introduje mis pies en las zapatillas y avancé hacia la puerta tanteando en la oscuridad. Abrí de un tirón para evitar despertar a Alfredo. Se rebulló éste y tosió; aguardé a que sus ronquidos tomaran su regularidad normal. Luego me lancé a tientas por el pasillo y di la luz de la cocina. Las cucarachas, deslumbradas así inopinadamente, se quedaron quietas, aplastadas contra el suelo, pretendiendo disimular su negra presencia. Luego echaron a correr en distintas direcciones, escondiéndose en todos los resquicios. Me aproximé a Fany, que me observaba con su mirada cariñosa y triste. Su tenue quejido se repetía cada vez que se pasaba la lengua por la pata rota. La acaricié con una ternura que me sorprendió a mí mismo. La luz parda de sus ojos se posaba en mí agradecida:

—Pobre Fany… Duele, ¿verdad? Mañana estarás mejor.

La había cogido en mis brazos, y entonces advertí que temblaba. No dudé más. Apagué la luz y con Fany en mis brazos me trasladé a mi cuarto. Todos dormían. La acomodé como pude sobre mi lecho, cubriéndola con la manta. Yo me eché junto a ella oprimiéndola contra mi pecho. Me di cuenta entonces de que tenía la almohada muy húmeda y que yo estaba llorando acongojadamente. Fany se quejó, pegándoseme más al pecho.

—Fany, querida perrita… —le dije al oído suavemente—. Si hubieses nacido con dos patas rotas hoy sería el día más feliz de tu vida al verte con tres… Lo que cuesta es renunciar…

Martina dio un prolongado chillido desde su cama. Se inquietó un momento Alfredo y volvió a toser; luego retornó su respiración acompasada. Minutos después Fany y yo nos quedamos dormidos estrechamente abrazados.

IX

Iniciada la primavera llegaron unos parientes de doña Gregoria a pasar unas semanas con nosotros. Eran marido y mujer, aunque por su apariencia podría habérseles tomado perfectamente por madre e hijo. Ella era gruesa, barriguda, de aspecto setentón y cansino; él un magnífico tipo de hombre, ancho, corpulento y capitán de la Marina Mercante. A la sazón se había retirado, pero su retiro, lejos de entibiar el vigor de sus relatos, les daba calidades nuevas, frutos de la experiencia y de la imparcialidad de visión. Aquellas tres semanas fueron para doña Gregoria un espolazo que rompió con la reiteración obstructora de su vivir cotidiano. Se transformó en otra mujer. Se la veía más activa, más animosa, más agradecida de vivir e incluso más charlatana. La presencia de aquel primo postizo —las parientes reales eran las dos mujeres— renovaba sus bríos recordándole constantemente su condición de mujer. Gracias a ella Alfredo y yo podíamos enterarnos de muchas de las cosas que ocurrían en esos grandes pedazos de agua, por lo visto azules, que la humanidad llama mares. Nuestra patrona había escogido por estribillo aquello de que «la carrera de marino debe de ser muy bonita» y lo adhería siempre como remate de cada una de sus opiniones.

—La carrera tiene de bonito lo que tiene de triste —decía el marino—. Se está en perpetuo contacto con lo infinito y se posterga en cambio lamentablemente lo pequeño, lo estrictamente familiar e Mimo. Nuestra carrera le hace vivir a uno una mascarada perpetua. Siempre moviéndose, modificándose constantemente los rostros y los paisajes; el marino es como un forúnculo, aparece de improviso y se desvanece cuando empezábamos a acostumbrarnos a vivir con él. Jamás echa raíces en ninguna parte; y no las echa porque no puede. Yo jamás recomendaría, ni siquiera a un hombre de intensa vida interior, la carrera de marino. Un hombre habituado a la vida interna debe enraizar esta vida en los hechos externos que le afectan y que se repiten. Para el marino los hechos externos apenas si tienen influencia por su constante variabilidad.

—Así y todo, la carrera de marino debe de ser muy bonita.

El estribillo de la patrona aguijoneaba al visitante. Era una fórmula mágica para hacerle mover la lengua sin descanso. De esta manera sus narraciones se extendían a acontecimientos extraordinarios y a veces inverosímiles: incendios en alta mar, abordajes, devastadoras tempestades…

Para Alfredo y para mi tuvo aquella visita un encanto indescriptible. Nos movíamos entre misterios, entre paisajes y cosas lejanos y desconocidos. Empezando por el mar todo era un misterio para nosotros. Habíamos leído últimamente algunos libros de aventuras de carácter marinero y esta visita se nos antojaba como un puente que nos llevaba de la cumbre de la fantasía a la de la realidad, en la cual podíamos palpar y sobar a nuestro gusto todas las estremecedoras mentiras que habíamos saboreado anteriormente en letras de molde.

Doña Servanda, la esposa del marino, solía dormirse en las tertulias de sobremesa, en las que su marido tensaba los nervios de Alfredo y míos con sus estupendos relatos. Se dormía con sus manazas gordas y chatas tumbadas sobre su vientre hinchado, respirando de una forma tan brutal que las tempestades que el marino describía con fiel detalle encontraban en los resoplidos de la dama una representación sincera y próxima de la potencia del huracán. Esta desatención hacia las heroicidades maritales me dio pie para sospechar que nadie resta tanto vigor y mérito a las hazañas de los hombres como las personas que completan el círculo reducido de su clan familiar.

En cambio, para nuestro maestro, los relatos de don Felipe se ofrecían también poblados de alicientes, aunque su curiosidad tuviese un sentido diferente al nuestro. Se interesaba mucho por el comercio de exportación y de importación, el sistema complejo e intrincado de la imposición aduanera, los peces voladores y otras especies marinas y, sobre todo, por cuál era actualmente la inclinación de la balanza comercial entre España y las naciones del Oriente Medio. Cuando el pobre don Felipe se enredaba en estas cuestiones sufría congojas de muerte. Su rostro curtido comenzaba a sudar y el pañuelo que utilizaba hacía sus viajes a la frente de su dueño con más frecuencia que cuando éste se extendía, por ejemplo, en documentados pormenores de escenas movidas y sangrientas.

Una tarde don Mateo llevó a sus huéspedes a ver la ciudad. Alfredo, Martina y yo nos quedamos en casa. Doña Servanda no admitió la excursión hasta que le fue garantizado que los pies no serían usados para el trayecto. Regresaron a altas horas de la noche, haciéndose lenguas los forasteros de las maravillas arquitectónicas que Ávila conservaba entre sus murallas. Naturalmente, habían hecho un alto en Cuatro Postes para recrearse en la contemplación de la ciudad lejana. Lo que más había sorprendido a doña Servanda era que media ciudad estuviese amurallada y la otra media no. Alguien intentó hacerle ver que la primitiva Ávila estuvo toda ella tras los muros de la fortaleza. Alegó doña Servanda en apoyo de su tesis que si esto

era así, cómo nos explicábamos que fuera de los muros hubiese edificios más viejos que dentro de ellos. En el terreno de la dialéctica doña Servanda era terca como una mula. Cuando su contrincante quiso hacerle ver la carencia de base de su argumento, doña Servanda cubrió su vientre voluminoso con sus manos rollizas y se quedó dormida.

Acto seguido don Felipe se puso a contar la maravillosa perspectiva de la villa oteada desde Cuatro Postes. Don Mateo le advirtió que cuando había que ver la ciudad desde este lugar era en invierno, con nieve y luz de luna. (Al hacer el señor Lesmes esta indicación observé que las visitas jamás tienen la fortuna de encontrar nuestras cosas bellas en su fase de mayor belleza y plenitud. Siempre, fatalmente, por pitos o por flautas, hay algo que las desluce, que las achica, que les falta, que les merma sus cualidades sobresalientes y únicas). Insistió el marino en que, a pesar de los pesares, Ávila, vista desde Cuatro Postes, era un monumento histórico y artístico de valor considerable. Nuestro maestro hizo hincapié en que no podía haber comparación entre lo que habían visto y lo que podrían ver si se animaban a volver para el invierno siguiente, cuando la ciudad alienta bajo la presión de la nieve y la luna se mira en los tejados, pálida y deslucida como un espectro de sí misma.

Don Felipe acabó por asegurar que volverían al invierno próximo si ello les era posible. Y en vista de que doña Servanda no cesaba en sus profundas inspiraciones y sus huracanadas espiraciones, optamos todos por marcharnos sin más a nuestras habitaciones. Apenas me vi a solas con Alfredo le expuse la idea que había germinado en mi mente momentos antes:

—Tenemos que ir a Cuatro Postes una noche de invierno, cuando todo esté nevado y la luna brille en el cielo.

Me miró Alfredo como quien mira a un ser extraño.

—No podremos hacer esto; tú lo sabes. Doña Gregoria no nos deja salir de noche y menos cuando haya nieve en la ciudad.

Me reí de la puerilidad de Alfredo. Mi proyecto iba más lejos de la sumisión y la obediencia. Era más osado y mucho más vasto. Le miré a la raya donde se juntaban sus cejas casi blancas y dije con aplomo:

—Nos escaparemos cuando todos duerman. Nuestra ventana queda a metro y medio del suelo. Nadie se dará cuenta de nuestra fuga. Así será una aventura completa.

Brillaron de ilusión sus ojos claros y la expresión de su rostro me indicó que si de él dependiera desencadenaría ahora mismo una nevada de copos como platos e izaría sobre aquel cielo tibio de abril una luna pálida, glauca y

enfermiza como la que salta sobre el firmamento en los meses helados de invierno. El ver aprobado con tanta facilidad mi proyecto me llenó de regocijo. Aquello, mi idea sin madurar aún, cobraba visos de posibilidad con la espontánea y vehemente adhesión de Alfredo. Nos desnudamos proyectando nuestros comentarios sobre el deseado futuro. Alfredo se me puso delante, súbitamente, cogiéndome los hombros con sus manos:

—Además podremos ver la fábrica de noche. ¿Verdad que no habías pensado en ello?

Tanta dicha en lontananza me parecía excesiva para ser cierta. Sobre la ilusión de la escapatoria, sobre el encanto de deslizarnos por las calles heladas una madrugada de luna, sobre la increíble satisfacción de poder recrear nuestros sentidos sobre la ciudad hermética, silenciosa y nevada, venía ahora este complemento, alentador y sugestivo, de poder atusar con nuestras manos la mole de la fábrica, callada y oscura, de la misma manera que si se tratase de un monstruo dormido. Nos metimos en la cama quitándonos recíprocamente la palabra de la boca. Tanto era lo que nos iba en aquella proyectada expedición que de habernos asegurado alguien la imposibilidad de realizarla como pensábamos, creo que hubiésemos enflaquecido de tristeza. Aquella noche nos dormimos sin rezar. Yo soñé con unas brujas simpáticas, vestidas de blanco, que se paseaban en sus escobas volando de alero a alero. Todo estaba cubierto de nieve y la luna, que lucía demacrada y lánguida en el cielo, era el perfil de otra bruja que había fallecido repentinamente la noche anterior al trasladarse de la Tierra a Marte. Alfredo, según me contó a la mañana siguiente, soñó también cosas extrañas. Hacíamos una excursión nocturna a Cuatro Postes, pero ni Cuatro Postes era Cuatro Postes, ni Ávila Ávila, ni nosotros éramos nosotros mismos. Tanta falta de lógica y de sinceridad disminuyeron mi interés por el sueño de Alfredo. Casi no le entendí lo que se esforzó en relatarme, coaccionado por ese desasosiego turbador de irrealidad que producen los sueños. Resultaba que allí nadie era nadie; ninguno, ni el escenario siquiera, disfrutábamos de una personalidad permanente y acusada, ni en definitiva, el sueño fue sueño, sino una pesadilla.

A la mañana siguiente vino Fany a arañar la puerta de nuestro cuarto. Alfredo se tiró de la cama y la dejó penetrar. Fany no acusaba ya la depresión de los primeros días en que se vio forzada a prescindir de una pata. Ahora era feliz con tres y la realidad de una vida soportada a pipiricojo no parecía sumirla en la triste melancolía de la desgracia que fue y pudo ser evitada. Desayunamos con ella y luego la expulsamos de nuestra vera constreñidos por la precisión de preparar nuestras lecciones.

A la hora de comer, doña Gregoria se presentó indignada. Acababa de beber en la fuente informativa de *La Ilustración Española y Americana* y ansiaba orientar su juicio crítico hacia algo concreto que debía de estar corroyéndola como un cáncer.

—Esto es el colmo —dijo tan pronto como terminamos de sentarnos todos en derredor de la mesa. Hubo un silencio embarazoso, buscado de propósito por doña Gregoria—. Por lo visto, ahora en Barcelona es moda llevar el viático en automóvil. Acabo de leerlo. Apenas conozco estos artefactos, pero me parece de lo más impropio y de lo menos respetuoso.

Infló el vientre doña Servanda. Seguidamente lo contrajo para no robar tanto espacio en el ambiente a las ondas de su voz.

—Cosas de la civilización.

El marino, que de todo entendía, terció seguidamente.

—La civilización en lo que atañe al espíritu es regresiva.

Le gustó extraordinariamente esta frase a don Mateo, quien se creyó en el deber de echar su cuarto a espadas.

—Estoy de acuerdo con usted. El hombre se engaña en su bienestar material; no quiere entender que el progreso de la materia requiere un substrato espiritual en que apoyarse. De otra manera se edifica en falso, incurriendo en el peligro de que todo se venga abajo en el momento menos pensado.

Doña Gregoria sonrió orgullosa de la polvareda que había armado. Los contempló a todos con sus ojillos naturalmente inexpresivos, inescrutables, hipócritas. Don Mateo migaba ahora el pan en su palma morena.

—Yo no entro con estas novedades; de seguir así, día llegará en que todos volaremos por los aires.

Después de pronunciar esta frase doña Servanda dio libertad a su vientre para que se expansionase. Doña Gregoria vio oportunamente el nuevo punto de apoyo. Se limpió sus morritos con la servilleta y añadió:

—Lo que yo digo; de seguir así no tardaremos en ver el Santísimo elevarse en un aerostato para acudir en socorro de un moribundo. Y esto no está bien. A mi parecer los Sacramentos son antes y por encima de la civilización —concluyó rotundamente—, aunque ésta llegue a perfeccionar el aerostato y a rodear sus movimientos de las máximas garantías.

Nuevamente intervino don Felipe:

—Y eso que ustedes no deben quejarse; viven aquí como en plena Edad Media.

Suspiró el señor Lesmes. Tampoco le disgustaba tocar este tema.

—No vaya usted tan lejos. Aquí se percibe mejor que en ninguna otra parte el rapto de nuestros valores espirituales por la civilización. Tal vez porque hasta las piedras encierran estos valores. Yo, por muchas vueltas que le dé, siempre acabo imaginándome la civilización como una máquina que, como cualquier parásito, va chupando a nuestros espíritus las mejores sustancias para convertirlas en automóviles, aerostatos, cinematógrafos y otros extraños aparatos que constituyen la monumentalidad del más puro materialismo. En resumidas cuentas, en virtud de la civilización, el espíritu deviene materia prima para ser transformado en productos de una utilidad exclusivamente corporal.

Aquello empezaba a ponerse pedante, fatuo y aburrido. Me miró Alfredo y me guiñó un ojo. Conocía la contraseña y dejé caer al suelo un tenedor. Bastó este leve cataclismo para que doña Gregoria advirtiese nuestra presencia, interrumpiese la tertulia para mandarnos a nuestra habitación, y nos liberase, con ello, del sopor y la atonía de aquella conversación tan poco interesante. Sospecho que la caída del tenedor sirvió también de disculpa a doña Servanda para dormirse. Creo más: don Felipe supo igualmente aprovecharse de la confusión originada para huir de un tema que no aparentaba tampoco divertirle demasiado. La cajita de música de doña Gregoria dejó oír sus notas a los diez minutos escasos de habernos retirado Alfredo y yo. Esto me demostró que la reunión estaba completamente desarticulada. Me sentí orgulloso de la buena obra que con tanto éxito acababa de realizar.

X

De la estancia de doña Servanda y don Felipe me quedaron dos deseos inmoderados: el de conocer el mar y el de contemplar la ciudad nevada desde Cuatro Postes en una noche de luna. No obstante, la sujeción a una línea de conducta establecida de antemano y la imposibilidad de ver realizados estos deseos de momento terminaron por desplazarlos de mi cabeza, quedando relegados a una ilusión sin posibilidades prácticas de ninguna clase.

Con el advenimiento de la primavera se reanudó la costumbre de los largos paseos dominicales. Don Mateo, al frente de la patrulla, embutido en su traje negro de corte detestable, capitaneaba el grupo. Fany brincaba a nuestro lado, sin echar de menos la pata que se llevara por delante aquella malhadada carreta de naranjas. Opiné para mi fuero interno que la facultad de desasimiento de la perrita era extraordinariamente elástica y muy desarrollada.

Un día pasamos por los Deanes y nos encaminamos al cementerio. La tarde, soleada y tibia, se dejaba mecer por la brisa acariciadora que a soplos fugaces bajaba de la Sierra. Al dejar atrás la ciudad me empapó un frenético deseo de vivir mil años aferrado a este día, a este minuto, a este instante. Seguramente preveía para mi ser un futuro muy amargo cuando con tan poco me conformaba. Los chopos a ambas orillas del paseo prestaban refugio a millares de gorriones que se perseguían entre las ramas. A derecha e izquierda el campo se coronaba de crestas de granito que a veces, en virtud de una casual aglomeración, adquirían la prestancia de arcaicas ciudades destruidas. Conforme disminuía la distancia que nos separaba del camposanto se incrementaba el intenso golpear de los canteros contra la piedra. (Con parsimonia daban forma geométrica a un pedrusco de granito con la luctuosa idea de que en su día sirviese para poner frontera entre un muerto y los que detrás le supervivían. Pensé que son muchos los vivos que viven a costa de los muertos; que sobre sus desechos carnales hay muchas industrias establecidas, aupadas por la fatalidad del desenlace). Al descender una suave ondulación del terreno, que imperceptiblemente habíamos ascendido, me di cuenta de que la ciudad desaparecía de nuestra vista. Diríase que los vivos nada querían saber de los muertos, ni los muertos de los vivos; deseaban ignorarse mutuamente, habitar cada cual su zona de aislamiento. Aprecié en la

actitud de los vivos un punto de feroz egoísmo, un comportamiento desaprensivo y suicida. Convenía, a mi entender, a los vivos tener siempre presentes a los muertos para asimilar y aprovecharse de la experiencia acumulada en sus cuerpos en descomposición. Los muertos siempre sabrían algo más por el simple hecho de haber vivido ya. Sus lecciones podrían tener un contenido de escarmiento para los que quedasen detrás. Vi a lo lejos una arboleda surgiendo junto a una tapia, la cual daba acceso a su interior por una alta verja de hierro. Era el cementerio. Contra mi rostro chocó una vaharada de indecible paz; la paz augusta, ininterrumpida, de los muertos. Imaginé la algarabía que existiría detrás de aquel paredón, de ser vivos en vez de muertos los que allí se albergaban. Ya más próximos leí arriba de la verja la inscripción «Cementerio Católico».

Había ya debajo de la arboleda de la entrada un penetrante olor a pino a pesar de no ser pinos los árboles de la arboleda. Me pasó por la imaginación la idea de que los cuerpos en corrupción podrían exhalar este olor y sentí náuseas. Luego, dentro ya del cementerio, observé que los pinos estaban allí en fraternal camaradería con los cipreses, cobijando bajo sus sombras las losas grises de las tumbas. Era la primera vez que entraba yo en un camposanto y la simétrica manera de esparcirse las moradas de los muertos me llamó poderosamente la atención. No era que yo hubiese supuesto otra cosa, sino que me impresionó que se observase para con los cadáveres una disciplina tan austera, tan rígida, como si el lugar de su descanso fuese un campamento militar. Sobre mis espaldas empezaba a pesarme el calor de la tarde. El camino había sido largo y la temperatura primaveral se hacía excesiva después del ejercicio. Avanzábamos por el paseo principal y a izquierda y derecha se alineaban los panteones y las tumbas. Gravitaba sobre mi ánimo en aquellos minutos una impresión definida que tan pronto me parecía de una paz con ausencia de todo, como de agobio y fatiga espiritual. Algunas tumbas estaban circundadas por combadas cadenas sujetas a unos prismas de granito en las esquinas. No sé qué me daba pensar que allí debajo, entre los primeros estratos de tierra, existiría un osario impresionante de despojos humanos: fémures, tibias, cráneos pelados, cuerpos en semiputrefacción… Y todos aquellos huesos habían un día formado parte de un cuerpo armonioso, pleno de vigor y movimiento. Y seguramente habrían penetrado también alguna vez en el refugio de los muertos anteriores a ellos impregnados del mismo sentimiento, mezcla de repugnancia y respeto, que ahora me invadía a mí. El señor Lesmes se detuvo y se volvió a nosotros.

—Esperadnos aquí; Martina y yo vamos a acercarnos a la tumba de mis padres… Volveremos enseguida.

Y se alejaron lentos; don Mateo un poco más enlutado que de costumbre, con un luto que se le metía hasta el alma; Martina, inconsciente, ajena al lugar y al tiempo, expulsando a empellones de su mente, por descabellada, la idea de que su padre hubiera podido ser hijo alguna vez.

Alfredo y yo nos detuvimos casualmente ante un severo panteón. En la losa, como las gacetillas de un periódico, se sucedían las líneas de letras negras, en las que constaban las fechas en que la muerte había bajado a la tierra a vendimiar. Muchas cruces, muchas fechas, muchos apellidos iguales. Quise remontar mi imaginación hasta el último superviviente de aquella castigada familia. También él había precisado una inagotable reserva en su facultad de desasimiento. Uno a uno los muertos sumaban cinco en tres años. Desvié mi mirada y veinte metros más abajo vi la silueta de don Mateo recogida ante una tumba gris. En la cabecera tenía la losa una cruz metálica ribeteada toda ella por una ranura que la taladraba de lado a lado. Entonces me percaté de que yo no había orado en mi vida por mis padres. Nadie me enseñó a hacerlo y hay cosas que no pueden aprenderse solo. Advertí que nadie había pretendido nunca fomentar mi cariño hacia ellos, ni me habían comunicado siquiera qué tierra guardaba sus cenizas. Me había considerado siempre como un ser independiente de otros, había aceptado desde un principio con la mayor naturalidad el que unos seres nazcan con padres y otros no. El choque con la realidad me dejó perplejo. Experimenté un deseo vehemente de saber algo de ellos, por lo menos en qué lugar del mundo se habían convertido sus huesos en barro. Luego este afán hizo crisis. Renuncié fríamente al ansia que me embargaba, pensando que lo que la Humanidad tapa no es aconsejable lo destape el hombre aislado.

A mi lado Alfredo tenía su mirada atemorizada por las losas que nos rodeaban por todas partes. Me tocó de improviso en un brazo.

—Mira.

Su boca se retorcía en una marcada mueca de repugnancia. Miré hacia donde me indicaba. En la losa de detrás de mí, cruzada por la sombra alargada de un ciprés, se leía este epitafio:

El niño Monolito Garcíamurió en aciago díavíctima de una terrible disentería.

Escupió en el suelo.

—Me da asco la gente que hace bromas con los muertos. Alfredo había empalidecido y temblaba como las hojas aciculares de los pinos. Le arrastré fuera del cementerio y nos sentamos a la agradable sombra de una acacia. Tardó un rato en serenarse. Cuando se decidió a hablarme había un estremecimiento extraño en su pronunciación.

—Desde luego, el día que yo me muera, que me entierren al lado de un pino, ¿me oyes, Pedro?

Me molestaba la contumaz presencia de la muerte, este lúgubre aleteo de la parca fría e implacable. Alfredo prosiguió:

—Me moriré antes que tú; soy mucho más flojo.

Como tantas otras veces que Alfredo hablaba así procuré tomar a broma sus palabras:

—¡Qué de tonterías dices!

—Te aseguro que no son tonterías. Los cipreses no puedo soportarlos. Parecen espectros y esos frutos crujientes que penden de sus ramas son exactamente igual que calaveritas pequeñas, como si fuesen los cráneos de esos muñecos que se venden en los bazares.

Su voz me entraba hasta el corazón como una aguja afiladísima y fría. La sonrisa que alentaba entre mis labios debió de trocarse en una fea mueca macabra.

—Quizá tengas razón.

—Sí, de todos modos prefiero descansar bajo el aroma de un pino. Su sombra es otra cosa: más redonda, más repleta, más humana… Es una sombra como la que proyectaría doña Servanda si hubiese nacido árbol. Más simpática de todas maneras…

Los dos guardamos silencio como si estuviésemos midiendo las exactas dimensiones de la última frase: «más simpática de todas maneras…». Las salidas de Alfredo tenían la particularidad de desmoralizarme. Bien pensado, su deseo de dormir el sueño eterno a la sombra de un pino era un capricho tan particular que no merecía la pena de discutirlo. No obstante, su insistencia sobre un tema tan descarnado, el ambiente que nos asfixiaba, habían acabado por ponerme nervioso. No quería aceptar, ni en supuesto, la posibilidad de que algún día Alfredo tuviera que separarse de mí para siempre. Prefería no pensar en ello, sobre todo ahora que cualquier minúsculo contratiempo, cualquier frase nueva e impremeditada, bastaban para desvelarme durante toda una noche.

Agradecí por ello el regreso de Martina y el señor Lesmes. Al verles a nuestro lado experimenté unas ganas locas de vocear al viento con todas mis energías. Tentado estuve de rogar a don Mateo nos llevase muy lejos de allí para merendar. Empero era él quien mandaba y con seguridad no le hubiese agradado la idea de continuar andando, teniendo en consideración que la pequeña Martina debía regresar en sus brazos. Encontré por tanto natural que nuestro maestro se detuviese justo en lo alto de la prominencia desde la que se dominaba por una vertiente la ciudad y el camposanto por la opuesta. Herían nuestros oídos los rítmicos golpes de los doladores al modelar la piedra. Semejaban el latido violento del corazón de un hombre metálico, o el tictac de un reloj de fabulosas dimensiones. Aquel golpeteo no me gustaba tampoco. Renovaba la presencia de cosas que hubiera querido tener en aquel instante muy lejos de mí. Apenas sentados tuvimos que levantarnos. Por el camino cruzaba un cortejo fúnebre. Pocas personas acompañaban a la carroza. Llamó mi atención el aspecto de un hombre joven, enlutado, que caminaba automáticamente tras el difunto. Era su abatimiento tan acusado que se diría que la muerte, no contenta con robarle a un ser querido, le había marcado a él con la impronta de su soplo gélido. Cruzó el cortejo frente a nosotros. Don Mateo se descubrió y Alfredo y yo nos santiguamos.

—Ahí tenéis un viudo bien joven —dijo el señor Lesmes cuando se alejaban.

Ningún otro desenlace me hubiera sorprendido tanto. Pensar que aquel hombre era ya viudo se me hacía tan increíble como si me hubiesen asegurado que Alfredo iba a ser nombrado almirante en jefe de la flota británica en el Mediterráneo. El señor Lesmes aprovechó la coyuntura para hincar en nuestras almas uno de aquellos lapidarios apotegmas a que era tan aficionado.

—Las bodas no serían tan frecuentes ni se adornarían con detalles tan superfluos e insensatos si los novios pensasen en su día que uno de los dos ha de enterrar al otro.

Creo que esta verdad tremenda nos impresionó momentáneamente tanto a Alfredo como a mí. Nunca se me había ocurrido pensar en ella por más que su simplicidad y evidencia fuesen aterradoras. Quedé en suspenso con el bocadillo a mitad del camino de mi boca, planeando en mi interior la decisión de sostenerme por toda la vida en un indeclinable celibato. Pulsé la necesidad inmediata de desahogar mis energías en cualquier ejercicio muscular. Me incorporé y me puse a tirar piedras sobre un próximo menhir, izado por la Naturaleza. A pesar de que mi conducta fue algo insólita y extemporánea, don Mateo y Alfredo me contemplaron como si estuviese llevando a cabo la

acción más natural del mundo. Admitieron mi ejercicio de desfogamiento como una necesidad biológica de la que también ellos estaban precisados. Al reclinarme de nuevo en el suelo, Fany, que había echado a correr tan pronto inicié el ejercicio, se presentó a mí portando un trozo de granito en la boca. Me conmovió que el animal supusiese que yo solamente había estado tratando de jugar. La palmeé en el lomo y ella se tumbó a mi lado, pendiente la lengua por el esfuerzo y con el trocito de granito entre su mano sana y el muñón retorcido de la otra.

Declinaba el día cuando don Mateo decidió el regreso. El cielo ofrecía a aquella hora un contraste pintoresco muy bello. Sobre las puntas aún blancas de la Sierra se veían unas nubes rojizas teñidas por el sol que ya se había ocultado. La ciudad amurallada se recostaba sobre el fondo rosáceo del cielo con toda su impresionante altivez de reliquia donde se amontonaban los siglos en portentoso equilibrio. El señor Lesmes se detuvo un momento y aspiró profundamente la brisa que venía de la Sierra.

—Éste es el lugar más sano del mundo —estalló jubiloso.

Martina, encaramada en sus hombros, no entendió bien la alusión de su padre. Nosotros le miramos fríamente, como él me había mirado poco antes cuando arrojaba piedras como un loco contra un enemigo imaginario. Pensé que también él se estaba desfogando.

—¡Nadie lo querrá creer, pero hasta los muertos de Ávila son más sanos que los vivos del resto del mundo!

Hacía el efecto de que el señor Lesmes tenía la cabeza tan poco firme como la noche que festejáramos nuestros aprobados. Alfredo me detuvo para dar tiempo a que ellos se alejasen.

—¡Está trastornado!, ¿has oído la tontería que ha dicho?

—¡Bah!, es una frase.

Alfredo se irritó un poco:

—Ya lo sé que es una frase, pero es una frase tonta. Eso es lo que digo.

Procuré aclararle el sentido que yo daba a la palabra *frase*, pero él me respondió algo airado:

—¡Todo son frases!; pero decir que unos muertos, de donde sean, son más sanos que unos vivos, de donde sean también, es idiota, ¿no comprendes? Si los vivos están vivos es porque están más sanos que los muertos, de otra manera se hubieran muerto también…

Me reí a carcajadas, más de la tozudez de Alfredo que de su razonamiento inefable. Él se unió a mis carcajadas y cuando entramos en la ciudad

habíamos olvidado en apariencia la excursión, los muertos y las «frases» de nuestro profesor. Alfredo me llamó la atención de repente:

—Las de Regatillo siguen en el mirador, ¡míralas! ¡Si se enterase doña Gregoria…!

Charlaban las jóvenes como loritos desde su mirador abierto a la calle. Varios petimetres rondaban por allí como moscas alrededor de un pastel. De improviso me hizo el efecto de que una de las jóvenes arrojaba a uno de los gomosos una llamativa rosa. El gomoso la asió en el aire, la llevó primero a la nariz, luego al corazón y emitió un prolongado suspiro, pretendiendo demostrar a la joven que se hallaba a punto de desmayarse. Las risas de lorito se multiplicaron arriba, y por asociación de ideas pensé otra vez en el inevitable berrinche de doña Gregoria de haber sido testigo de toda esta operación.

Cuando nos adentramos en nuestra silenciosa plazuela me di cuenta de que estaba físicamente agotado. Instintivamente dirigí una mirada a la hornacina con sus cuatro figuritas inmóviles, iluminadas por la luz verdosa del farol. Doña Gregoria nos esperaba con la cena puesta sobre la camilla. Apenas si sentía algún apetito, pero mi patrona por nada del mundo nos hubiese dispensado aquella noche de excusar nuestra presencia. Tenía que decir algo: criticar o pedir, pero algo había; se barruntaba en las prisas que se dio para que todo estuviese dispuesto y en el temblor de su labio inferior reteniendo la palabra.

—Mateo —dijo de repente—, Leonor ha pasado la tarde conmigo…

El señor Lesmes no añadió nada. Sabía que esto no era más que un preámbulo, que lo interesante vendría después.

—Por lo visto hace tiempo que sale en Madrid un periódico nuevo.

—¿Revista?

Nuestro maestro dijo «¿Revista?» por no dar la sensación de que procuraba frenar a su mujer.

—No, no, diario… y, por lo que ha dicho, sumamente interesante… Trae «Ecos», sección de «Gran Mundo», «Política», «Sucesos», «Teatros» y además unos grabados magníficos. Llega aquí el mismo día que sale de Madrid… La suscripción cuesta seis reales al mes… Barato si tenemos en cuenta…

—¿Cómo se llama?

—«ABC»; bueno, son letras, pero no hagas mucho caso que sean ésas…

Don Mateo puso un gesto de extrañeza:

—Pero ¿no es un periódico de chicos?

—No, no…, de mayores, de personas mayores. Un periódico magnífico, créeme. Yo creo que «nos» convendría suscribirnos.

Me pesaba el sueño en los ojos, pero aún tuve tiempo de ver cómo doña Gregoria se salía con la suya. Y no es que yo tuviese ningún reparo contra la nueva publicación, pero me pareció que poner en manos de mi patrona un periódico diario suponía armar a la crítica hasta los dientes. Sin duda doña Gregoria hablaría algo más de día en lo sucesivo.

XI

A partir de la excursión al cementerio no volví a disfrutar en casa de don Mateo de un minuto de tranquilidad. La idea de la muerte iba amoldándose a los límites, cada vez más amplios, de mi razón; iba adquiriendo consistencia y fuerza, invadiendo toda mi existencia psíquica; informándola en todas sus manifestaciones. Esta idea posibilitaba mi entera comprensión de la exacta teoría del desasimiento. Al hombre, por el mero hecho de vivir, le era necesario aprender antes a deshacerse de todo con una sonrisa de escepticismo. La vida y el mundo corrían lo mismo en la felicidad que en la desgracia. Nadie podía dormirse en la euforia del optimismo o en la angustia del dolor; la corriente de la vida le arrastraría sistemáticamente hasta expulsarle de su cauce por nocivo y anormal. Había que seguir la corriente, parear la existencia íntima con el impulso vital que animaba a la masa humana. Las exigencias de la vida privaban en cierto modo al hombre de su albedrío; le hacían esclavo de una voluntad gregaria, que no goza ni siente, sino que va; va en un sentido o en otro, arrastrada por las circunstancias del momento, accionada por causas absolutamente extrañas a su voluntad. La realidad de la vida, despótica y hosca, no nos autorizaba a vivir con el muerto al hombro. Había que desprenderse de él, desasírnosle, para que su lastre no nos hiciese romper la armonía de la corriente vital.

Entonces pensaba en todas estas cosas a mi manera. Tenía cumplidos los doce años, mas mi carácter introverso y pensador me sumergía frecuentemente en estas zozobras y dudas. No quería creer que en un plazo más o menos largo la vida me pediría a mí las cuentas que diariamente exigía a los demás. Pensaba que era la muerte el fenómeno terreno más terrible y frío. No hallaba trabas en todo lo demás que la existencia pudiera solicitarme un día. Mi misma desaparición no me turbaba lo más mínimo. Creía en Dios por encima de todas las cosas y esperaba confiado en su bondad y misericordia infinitas. Pero el hecho de meditar en que tarde o temprano tendría que desprenderme de los que amaba me obstruía el juicio.

Decidí muchas veces no anudar mi existencia al mundo que habitaba, no asociarme a los hombres con raíces profundas; llegar a la muerte con el menor lastre posible y que la muerte de los demás rebotase en mí como un suceso indiferente y frío. En estas ocasiones una voz interior me anunciaba que podría aún prescindir de mucho, pero que ya no me sería posible dejarlo todo.

Alfredo, en la cama de al lado, pregonaba la sinceridad de este juicio. Su respiración jugaba conmigo aquellas noches un juego de pesadilla. De día solía encontrarle delicado y quebradizo como una caña. En ocasiones buscaba cualquier disculpa para abrazarle; pero, en realidad, lo que tanteaba era el progreso casi nulo de su endeble constitución. Imaginaba que era una criatura excesivamente pálida para ser viable, demasiado transparente para poder contener dentro el germen de una vitalidad normal.

Algunas noches, en la laxa obscuridad de la habitación, mis nervios se tensaban y la atmósfera cobraba una densidad injustificada por encima de mí. Quería oírle respirar con una respiración acompasada y perfecta. Empero sus respiraciones se me antojaban entrecortadas, salteadas de fallos y de silbidos extraños. En estos casos me incorporaba dando la luz. Le veía entonces con su faz blanca pegada contra la almohada, agarrándose con los dedos de su mano izquierda la ceja albina del mismo lado. Apagaba la luz y me acomodaba, boca arriba, con todos mis sentidos expectantes, febriles. De repente Alfredo se inquietaba y tosía dormido dos o tres veces. El corazón se me paralizaba y supongo que mi rostro se pondría más pálido que el de mi amigo. Me quedaba quieto a la caza de cualquier movimiento inconsciente de Alfredo, hasta que, sin yo advertirlo, mi cabeza, agobiada por una actividad cerebral excesiva, enhebraba otra vez el curso de uno de sus morbosos y torpes razonamientos.

En toda aquella temporada recordé mucho al joven viudo del día de la excursión. Le veía con un gesto de abatimiento, entregado a las garras de su dolor. Su rostro lívido, descompuesto, sin afeitar, se me aparecía a menudo en aquellas noches en blanco. Delante iba la carroza fúnebre sosteniendo una caja de un contenido inefable. Una caja austera rebozada de una presencia ultraterrena considerable. Pensaba que sobre ser rígida la muerte, los vivos la adornábamos con un lujo de atributos lúgubres excesivos. Todo era negro a su alrededor: carroza, vestido, hasta los caballos; todo, excepto la peluca blanca del espectral auriga. La caja debería de ser roja, azul cuando menos —imaginaba—, para celebrar debidamente el primer contacto del alma con Dios. Mas el mundo organizaba los duelos para los que quedaban. La muerte para el muerto era un acontecimiento de infinito valor si el desligamiento del alma y el cuerpo se había efectuado al amparo de la caricia divina. No obstante, los que vivimos nos empeñamos en dar al trance egoístamente el negro color del desprendimiento y de la renuncia. Opinaba que el mal del mundo consistía en su incauto entibiamiento de fe. La fe para muchos creyentes era dudar de lo que no vimos. Y ante la duda cumplían con Dios por si acaso en un futuro, cuya fatalidad muy pocos entreveían, todo aquello de la

resurrección de la carne y el castigo o el premio final era algo más que una frase timorata y pueril asimilada mecánicamente en los primeros años de catecismo. La lívida faz del viudo tornaba a reflejarse en mi cerebro. Comprendía la intensidad de su dolor y casi lo compartía. Pero la pena era para él, y únicamente pensando en él se justifican las lágrimas, los crespones y los lutos.

Cierta noche me desperté sobresaltado en virtud de no sé qué sensación interna. Las tinieblas se aplastaban contra mí, inexpugnables y cálidas. Merodeaba un silencio excesivo, como si el cielo y la tierra se hubiesen desplomado de repente. Ni un grito, ni una voz, ni el aullido de un perro callejero, ni la brisa al rozar contra la persiana del balcón… Por no oír… Me enderecé de un golpe. ¡Por no oír, no se oía ni la respiración de Alfredo! Tanteando busqué la llave de la luz, pero no me atrevía a darla. Palpé durante unos segundos la fría superficie del botón. Poseía en mi mano la luz y las tinieblas, pero me acobardaba ante la posibilidad de poder iluminar un cuerpo sin vida. Apercibí mis oídos otra vez, inclinándome sobre el lecho de mi amigo. No se oía nada. De nuevo tacté la llave de la luz, la acaricié. Inopinadamente apreté el botón y grité «¡Alfredo!» con voz ahogada. Él se movió sobresaltado, envuelto en el ovillo de su sueño profundo. Entreabrió los ojos y dijo:

—¿Qué pasa?

Me aturdió su normalidad inesperada.

—Nada, nada: ¿estás bien?

Dio media vuelta en la cama y continuó durmiendo, sin contestarme, agarrándose la ceja izquierda. Apagué la luz, confuso, estrangulado de zozobra. Él estaba bien, lo que ocurría es que yo soñaba con el viudo. Era buena señal que su respiración no sonase. Un indicio convincente de su magnífico estado de salud. Sonreí en la oscuridad. Mi amigo estaba mejor que nunca; con un poquito de suerte me enterraría él a mí. ¿Por qué había de afirmar él que era mucho más flojo que yo? El mundo estaba acostumbrado a la longevidad de los hombres delgados y al estallido de los fuertes. Suponía una tontería creer que el delgado precede al grueso en el camino de la tumba. Sobre eso no podían establecerse leyes, porque es Dios quien lo rige y no la naturaleza, ni el hombre.

A la mañana siguiente estreché conmovido a Alfredo como si terminara de resucitar. Además, me invadía el júbilo de saber que su respiración no sonaba. Mas al medirlo entre mis brazos le encontré más consumido y enteco que nunca. «Medir su pecho —pensé— sería lo mismo que adivinar el

perímetro de un palo». Sus costillas me habían dejado una impresión dolorosa en el pecho, algo así como si el hueco que abrieran en mi carne al abrazarle no se hubiera rellenado al ceder la presión. Con esto el buen inicio se convirtió en un augurio desfavorable: la respiración de Alfredo no sonaba de puro débil que era.

—Alfredo, tienes que pesarte —le dije siguiendo en voz alta el curso de mi raciocinio—; debes pesarte todas las semanas.

Apartó el libro de sí y soltó una carcajada estrepitosa. A continuación se puso a toser. Aquello me deprimió aún más.

—Pero ¿es que te has vuelto loco?

Temblaba el mechón albino que le caía sobre la frente, al compás de sus carcajadas estentóreas. Él no creía en la muerte de los cuerpos jóvenes. Yo le miraba fijamente, sin reír.

Me angustiaba su desinterés por un algo que lo constituía todo para mí. Yo comprendía su reacción, pero la lamentaba. Le hubiese aclarado mis embrollados temores, mas me horrorizaba hacerle víctima como yo de presagios y amenazas infundados.

—Estás muy delgado —insistí aún.

Y eso qué importa. El mundo tiene que ser así, unos gruesos y otros delgados, unos altos y otros bajos, unos ricos y otros pobres, unos malos y otros buenos… ¿No comprendes que de otra manera seria aburridísimo?

Sonaron sus carcajadas con más violencia que antes. Hubiese querido meterle por aquella boca tan abierta la preocupación del peso extractada en una píldora de botica.

—Tu madre te encontrará más delgaducho cuando llegue; no te quepa duda.

Otra vez las risas. Me dolía su indolencia ante un problema fundamental.

—Mi madre no se fija en esas idioteces, se conformará con verme como esté, darme un beso a la llegada, otro a la despedida y hasta la próxima visita.

Ya no reía. Repentinamente se había puesto serio. En el fondo creo que no perdonaba a su madre su cruel postergación. Pensé si alguno de sus amigos accidentales no habría comenzado a ilustrarle en materia prohibida; si su mente no habría captado aún del aire el secreto de la vida y el móvil rojo y envolvente de la torpe pasión. Con seguridad algo turbio barruntaba Alfredo en las relaciones de su madre con «el hombre». Sus ojos no se redondeaban de inocencia como dos años antes. Ahora herían al concentrarse la mirada gris entre los párpados casi juntos.

Por la tarde de aquel día fuimos los dos a pesarnos. Al salir, Alfredo me rogó irónico que espaciásemos un poco las visitas a la botica, ya que montar en la báscula le mareaba. Su peso era bastante normal (apenas si tenía cuatro kilos menos que yo), por lo que mi preocupación momentánea se amortiguó un poco.

Quince días después se presentó la temporada de exámenes. Con ella arribaron los excesos intelectuales y los madrugones. La vigilia se estiraba a veces hasta que en la torre de algún reloj próximo sonaban solemnemente las campanadas de las cuatro. Otros días nos acostábamos pronto y nos levantábamos con el alba. Nuestros esfuerzos se coronaron con éxito al fin, y en los primeros días de junio Alfredo y yo éramos ya dos estudiantes de segundo año de bachillerato. Temporalmente y debido a la intensa labor desarrollada en estos días, mi estado de ánimo se normalizó un poco. Caía en la cama con un agotamiento tan pronunciado que mi cabeza se entregaba al sueño tan pronto tropezaba con la almohada.

Días después iniciamos la temporada de verano. Habíamos soñado con ella, evocando las aventuras del verano anterior, como con algo sobrenatural y por encima de todas las apetencias. Deseábamos renovar minuto a minuto cada una de las correrías del año anterior. Mas a medida que el verano discurría empezábamos a darnos cuenta de que todo lo presente tiene un sello peculiar, de que el contenido de los actos no coincide, aunque los actos sean, idénticos, si nuestro estado anímico los informa de distinta manera. El valle de Amblés tenía este verano otro color; era diferente la luz del sol; la corriente terrosa del Adaja inundaba parte de los marjales; hasta la fábrica rumorosa y sugestiva estaba armada de una diferente arquitectura, más gris y amazacotada, como un reflejo adecuado de mi inaudita luz interior. Con todo, Alfredo y yo pretendíamos cegarnos a nosotros mismos; pretendíamos hacernos ver lo que no veíamos antes y sentir lo que menos afectaba a nuestros sentimientos. Así fueron transcurriendo aquellos meses, en que la misma naturaleza cooperó en un fraude ruin. Los viernes nos trasladábamos al mercado. También éste había perdido su antiguo encanto. La Bruna no aparecía por ninguna parte. Esta ausencia me sirvió para comprobar que en ocasiones el aliciente de cualquier festejo se encierra en el detalle más oscuro y despreciable. Sin la Bruna, los rebaños de carneros, las vacas, las mulas, los marranos negros, carecían de distintivo y de divisa, de sabor y de movimiento. Retumbaban los cencerros y las esquilas, pero sin tener un jalón de referencia, sin constituir por sí la proporción de una parte que coopera en redondear un todo armónico. Cada cabo tiraba por su lado y lo que antes fuese

una madeja ponderada y grata era ahora un nudo endiablado sin posibilidad de solución. Alguien afirmó que la vagarosa Bruna, con los dineros ahorrados se había trasladado a Sevilla, donde tenía casa propia. (Me la representé avanzando por un camino polvoriento de la mano del ciego, repartiendo hijos por cada pueblo que dejaba atrás). Lo cierto es que la Bruna no reapareció por Ávila en aquel verano y que Alfredo y yo comprobamos que con esta falta se intensificaba nuestra orfandad.

Lo que por contra tuvo en aquel estío más calor que en el anterior fueron «las conquistas de la ciudad». El grupo de nuestros amigos había aumentado en número, lo que ya autorizaba a que la fortaleza tuviera sus defensores, movidos por un mismo ímpetu y celo que los atacantes. Las mañanas transcurrían así, entre «movimientos de tropa», «escalamientos» y «golpes de sorpresa» por uno y otro bando.

Mediado agosto se presentó la madre de Alfredo para recogerle con ánimo de llevarle a una playa del Norte. Alfredo se mostró entusiasmado por la proposición, máxime al garantizarle su madre que el viaje lo harían ellos dos «solos». Me regocijé ante la idea de que la madre de mi amigo pudiese haber roto definitivamente con «el hombre». Ello equivaldría a un mejoramiento decisivo en el estado de salud de Alfredo y la seguridad de que su peso, libre de este yugo opresor, se dilataría generosamente, activado por el fuelle del amor materno. Ésta fue la razón de que aquellos quince días pasaran sobre mí como un bálsamo redentor. Ya me imaginaba el regreso de un Alfredo nuevo, curtido, animado de una respiración profunda y sonora. Le veía descender del tren con una sonrisa amplia, despejada de inquietudes su cabeza, el pelo casi blanco en contraste con su piel tersa y bronceada. Adivinaba nuestro abrazo estrecho y cordial, y ¡rara maravilla!, las cuerdas de sus costillares no se hincaban ya punzantes en los músculos de mi torso.

El día que nos anunciaron su llegada fue para mí un día de fiesta. Deseoso de hacer penetrar a la madre de mi amigo las delicias de la nueva vida fui a comprar un ramo de flores, aleccionando después a Martina para que se lo endosase a «la señora» en el momento de detenerse el tren. Poco después la casa entera se puso a galope. Nos restaban pocos minutos para salir hacia la estación. Me poseía un hormiguillo, semejante al que recorría mi estómago en vísperas de exámenes, que no permitía a mi cuerpo estarse quieto. Reía por cualquier nadería y experimentaba una vergüenza íntima y recelosa ante la inminente entrega del ramo de flores a la madre de mi amigo. Al fin, luego de regresar dos veces a casa desde la mitad del camino para subsanar sendos olvidos de doña Gregoria, entramos en la estación. Mi corazón se agitaba al

deambular por el andén. Olía a tren, a viaje, a distancia y a despedidas. Compadecía desde lo más hondo de mi pecho a los que se habían congregado allí para decir adiós a alguien. Otra vez la ley del contraste vigorizando la actividad humana. Sonó a distancia un chillido penetrante. Acto seguido se recortó sobre la vía el morro de la locomotora, negro y bufante, después de doblar la última curva. Mis pies adquirieron un peso absurdo. Les notaba clavados en el suelo, sin permitirme el menor movimiento. Cuando la locomotora entró en el andén, fumosa y jadeante, me sentí libre otra vez. De reojo contemplé a Martina muy quieta, muy asustada, prendiendo con sus dos manos el ramo de rosas y ataviada con el traje de la fotografía.

—¡Pedro!

El movimiento de rotación del mundo se aceleró bajo las plantas de mis pies. Quería ver todo y no veía nada. Oía solamente pronunciar mi nombre por una voz conocida. De repente le vi. Le vi entre un enjambre de cabezas todas iguales asomadas por la ventanilla. Él agitaba los brazos con entusiasmo y me sonreía. En la ventanilla de al lado su madre sonreía también con su mejilla casi pegada a la «del hombre». Vi avanzar a Martina levantando el ramo por encima de su cabecita. Casi me eché sobre ella.

—¡No se lo des! —le dije con tal imperio que la niña se asustó.

Me dirigió su mirada azul, redonda, como inquiriendo de mí qué destino dábamos entonces a las bellas rosas.

—¡Tíralas! —añadí atravesado de mal humor—. ¡Ahí! ¡En cualquier parte! ¡A la vía misma…!

Me obedeció Martina, sin entenderme, y el pobre ramo quedó allí, desarticulado, deforme, mustio, cruzado sobre el raíl brillante.

Alfredo ya estaba ante mí. Sí, traía el rostro más moreno, transformado tal vez. También había crecido, pero su contextura era más endeble y parecía más desgastado que nunca. Al abrazarle, sus costillas volvieron a incrustarse en mi pecho. Abrazándonos nos sorprendió la arrancada del tren. Crujieron las piezas de todos los vagones y el convoy se puso a rodar. Por encima del hombro de Alfredo vi, intacto, por última vez, el manojo de flores atravesado en la vía. La madre de Alfredo decía adiós desde la ventanilla. A lo que era de ver escapaba otra vez a Madrid acompañada por «el hombre». El señor Lesmes agitaba su mano desganado. Pasó una rueda sobre el ramo aplastándole. Tras ella otra, otra y otra… Apreté más contra mí el escuálido cuerpo de mi amigo. El tren se perdió en la lejanía. Sobre el riel quedaba una mancha de humedad: la savia de las rosas trituradas…

XII

Alfredo cayó enfermo al día siguiente de regresar de su corto veraneo. El médico dijo que no era nada de cuidado; tal vez un debilitamiento producido por los baños de mar o quizás un resfriado sin la menor importancia. Un poco de dieta, una semana en la cama y el muchacho quedaría como nuevo.

A mí las palabras del médico se me hacían exageradamente optimistas. Creía a pies juntillas en su sinceridad y en su ciencia, pero no creía tanto en la capacidad de resistencia de mi amigo. Respecto a éste me había convencido de que su salud se hallaba más apurada que cuando partió. Le veía, indudablemente, algo más crecido, más hombre, pero mucho más arruinado en sus reservas, más quebrantado físicamente. La nariz se le había afilado, mientras sus ojos dejaron abandonada en la playa aquella su expresión ingenua, rutilante y móvil. En la semana larga que pasó en cama no me separé de su lado. Gozaba oyéndole narrar los detalles captados por su retina en su primera visita al mar. Me embriagaba como un sedante la descripción que me hacía del océano, ondulado y rabioso unos días y quieto y manso, como un forzudo perdonavidas, en los demás. Me hablaba de veleros, de conchas y de gaviotas. Me contaba del encanto de la playa rubia regada por el sol. Se detenía en levísimos pormenores de los barcos mercantes que cruzaban frente al rompeolas antes de perderse en la ría. Charlaba y charlaba, en fin, de todo lo que había visto y asimilado por sus cinco sentidos durante su breve escapada al mar.

Una tarde enfocó la conversación por un lado íntimo. Me habló de su madre, de cómo cuando comenzaron el viaje le había prometido no volver a abandonarle y de cómo su decisión se vino abajo cuando una mañana «el hombre» se presentó en la playa ante ellos, y con palabras melosas y persuasivas la convenció de la necesidad de que regresara con él. La resistencia que opuso su madre fue escasa y vacilante y la noche antes de emprender la vuelta ya anunció a Alfredo que un acontecimiento imprevisto la forzaba a alterar sus planes, por lo que él tendría que pasar otro curso en casa de don Mateo. A continuación de esto Alfredo me aseguró que prefería que los planes se hubiesen alterado si lo contrario representaba tener que separarse de mí.

A la semana y media de estar en cama se levantó. Comprobé que no me había equivocado en mi apreciación. Alfredo tenía un aspecto fantasmal: alto, delgado, la cabeza formando ángulo con el tronco, con el vértice de la primera vértebra cervical. En cuanto pudo salir a la calle nos fuimos a pesar a la botica. Alfredo había descendido un kilo y medio de su primitivo peso. Esta disminución no le preocupó en absoluto:

—Unas veces habrá que pesar más y otras menos; supongo yo, ¿no? De otro modo nos moriríamos todos pesando más de cien kilos…

Por contra, a mí este descenso me inquietó mucho. Retornaron con su antigua fuerza los pasados temores y las noches insomnes. Dormía poco, acechando en la oscuridad cualquier indicio sospechoso que pudiera evidenciarme cuál era el verdadero estado de salud de Alfredo. A él, contrariamente, no le afectaba nada de lo que me ponía en guardia a mí. Aparentaba estar seguro de sí mismo respecto a la suficiencia de sus reservas físicas.

Si tosía, «todos tosían; —si pesaba poco—, había infinitos que pesaban menos que él». Y, desde luego, no le faltaba razón. Sus síntomas —los hechos vulgares que mi recelo convertía en «síntomas»— eran tan corrientes que para cualquier ser normal no hubiesen ofrecido motivo de alarma. Pero yo —empezaba a empaparme de ello— no era un ser normal. No. No era como los demás que me rodeaban. Profundizaba más sobre las cosas y me martirizaba con posibles penas venideras, frecuentemente sin razón alguna. (Pensaba que las estaciones del año se desustanciarían de amargarse, como yo, previniendo la duración efímera de los accidentes que las individualizan. La primavera dejaría de ser primavera, cuna de flores y estrellas, de atormentarse con la idea de que fatalmente en invierno habría de nevar).

Comprendía que todo esto era una insensatez, que mi vida cimentada tan poco sólidamente, se deslizaría de seguir así por la cuerda floja del presagio nefasto y, en consecuencia lógica, del abatimiento. Pero a pesar de todo, no me consideraba con fuerzas para remontar este influjo pesimista. Me constaba que era un error, una realidad desorbitada, pero me atraía el vértigo de este error, aun a sabiendas de que era tal error, como seducen las fauces abiertas de un abismo aun a conciencia de que abajo se esconde la muerte.

Semanas más tarde Alfredo se había repuesto algo. El verano se iba consumiendo rápidamente y la proximidad del nuevo curso nos apremiaba a disfrutar los últimos momentos de libertad. A Alfredo le poseía en aquellos días un afán inmoderado de correr, de jugar, de hacer ejercicio. Deseaba más que nada verse fuera de las cuatro paredes de nuestra habitación, airearse,

oxigenarse, darse al viento y al sol con todas sus potencias y sentidos. Aparentemente este género de vida le mejoró bastante. En los últimos días de septiembre había recuperado el kilo y medio que perdiera en su viaje. La línea de mi optimismo inició su curva ascendente. (Casi comprobaba dentro de mí cómo subía o bajaba la columna del optimismo, sometido a análogas variaciones que la columnita de mercurio de un termómetro).

El primero de diciembre de aquel año el tiempo se metió en nieve. Los copos no cesaban de revolotear tras los cristales; parecían moscas envueltas en minúsculas sabanitas, dejándose caer en enjambres sobre la superficie de la tierra. La tarde del tres de diciembre, cesó repentinamente de nevar. Se levantó un vientecillo que barrió las nubes del firmamento. El cielo quedó despejado, traslúcido, como un eco lejano del frío que rodeaba al mundo. Por aquellas fechas Alfredo conservaba una fisonomía esperanzadora. Su rostro, macilento de ordinario, había cobrado un halagüeño tono saludable. Antes de acostarnos estuvimos los dos juntos contemplando desde la ventana la plazuela silenciosa, vacía, rebozada de nieve. Las figuritas de la hornacina me daban compasión. Allí permanecían, quietas, rígidas, como siempre. Vencedores y vencidos portaban en la cabeza unos copetes de nieve de formas caprichosas.

—En la Edad Media no debían de pasar frío —musitó Alfredo.

—Por lo menos parece que están acostumbrados.

Aquello fue la despedida. Cerré las contraventanas y nos acostamos. Oía Alfredo pegarse contra las sábanas y momentos más tarde tuve la vaga sensación de vecindad de un cuerpo dormido.

Yo aún velé largo rato. El insomnio era ya un hábito en mí. Rara noche me dormía sin haber oído desde algún campanario próximo el pareado de las dos. Aquella noche mi vigilia fue algo más breve. Me dormí arrullado por la impresión confortadora de que la tierra tenía también que sentirse a gusto bajo la gruesa capa de la nieve que la cubría.

No sé precisar lo que me despertó. Seguramente la fiel llamada de mi subconsciente anunciándome la oportunidad de lograr algo que habíamos ambicionado mucho. Mi primera percepción sensual fue la línea luminosa que entraba por la ventana cerrada. Su claridad me atrajo, supongo que con la misma intensidad que a una mariposa de noche. Me levanté y di unos pasos hacia la ventana medio hipnotizado. Descorrí el pestillo y abrí sin ruido la contravidriera. Inmediatamente se me avivó el viejo deseo de contemplar la ciudad nevada desde Cuatro Postes, iluminada por la luz de la luna. Aquella noche me parecía hecha a propósito para que Alfredo y yo satisficiéramos

nuestro anhelo. La luna llena fosforescía como un agujero redondo en el cielo. Su haz luminoso, invisible en el espacio, se concretaba en la plaza, arrancando de la nieve reflejos irisados. Reverberaba también en las cabezas de las figuras de la hornacina como si quisiera infundirles un aliento vital.

Permanecí allí un rato, abrazándome el silencio iluminado de la placita recoleta. Me acordé de doña Servanda y de don Felipe. No habían vuelto, como prometieron. Imaginé, no sé por qué, que a don Felipe no le contristaría prever la muerte de su consorte. Rememoré la fisonomía del viudo; del viudo pálido y silencioso como esta noche que se extendía ante mí. En virtud de no sé qué presentimiento deformado pensé que la fuga a Cuatro Postes remediaría mi estado mental y, probablemente, haría estable la mejoría transitoria de Alfredo. Me aproximé a su cama y le zarandeé. Dio varias vueltas sobre sí antes de despabilarse.

—¿Qué quieres?

—Hay una luna redonda como un queso. ¿Quieres que vayamos a Cuatro Postes?

Gruñó dos o tres veces entre sueños. Machacó con reiteración de borracho:

—¿Qué es lo que quieres?

—Hay luna llena, vámonos a Cuatro Postes. ¡Anda!

Abrió los ojos Alfredo todavía sin comprender bien; de improviso se tiró de la cama diciendo:

—La luna… Cuatro Postes.

Como un muñeco mecánico empezó a calzarse. A mitad de la operación levantó la vista hacia mí:

—A Cuatro Postes, claro; casi lo habíamos olvidado ya…

Yo me vestía en silencio, aprovechando el resplandor de la luna que se adentraba por la contraventana abierta. Me animaba una euforia especial, desconocida, como si entreviese en la aventura apenas iniciada el remedio para todos nuestros males.

—Yo ya estoy; cuando quieras… —algo me tentó por dentro—; abrígate bien.

Nos comunicábamos por tenues cuchicheos, casi imperceptibles. Alfredo me asió del brazo.

—Vamos; yo también estoy listo.

Tardamos casi un cuarto de hora en abrir la ventana. Su chirrido nos descomponía. Bullía en mi cerebro una vaga conciencia de culpabilidad. «Si nos sorprenden iremos a la cárcel», pensaba tontamente. La ventana cedió por

último con un agudo gemido. Una pella de nieve adherida a su marco cayó sobre la cabeza de Alfredo. La primera bocanada de vientecillo helado se nos metió hasta los huesos. Me coloqué a horcajadas sobre la ventana y salté fuera. La nieve amortiguó el salto. Alfredo iba a seguirme cuando le susurré:

—Entorna la ventana, si no van a congelarse todos.

Resbaló Alfredo, a pique ya de saltar, asió las hojas de la ventana, que se cerraron de golpe con gran estrépito, y cayó a mi lado.

—Vamos, corre… —murmuró—; seguro que nos han oído.

Yo, en cuclillas, fabricaba una bola de nieve con parsimoniosa lentitud. Al oírle, echamos los dos a correr frenéticamente. Cruzamos frente a los monigotes medievales de la hornacina y yo les arrojé el proyectil. Sin haber atinado, la bola se rompió contra las narices de uno de las trompetas.

Rió Alfredo oscuramente.

—Excelente puntería.

Doblamos la primera esquina sin detenernos. Luego, ya a resguardo de miradas indiscretas, aminoramos el paso. Observé a mi alrededor. La ciudad tomaba a aquella hora el perfil sincero de su auténtica fisonomía. Por primera vez comprobé que Ávila de noche, nevada y con luna, se encontraba consigo misma. Exhalaba su aroma de siglos sin bastardearlo con modernas impurezas; con hábitos, modas y costumbres en discrepancia con su añeja raíz.

Descendimos a paso rápido por la calle de Santo Domingo. La nieve, endurecida, crujía al ser oprimida por el peso de nuestros cuerpos. Delante y detrás no se barruntaba el menor rastro de vida. Los muros amarillos de la casa de la Santa absorbían la humedad del suelo, como si algún perro vagabundo acabase de dejar allí la huella lamentable de su paso. Los farolillos, en las esquinas, derramaban hacia el suelo su claridad mezquina y enfermiza. Nuestros pasos sonaban sobre la nieve con un chasquido especial.

Cruzando la quebrada transversal que nacía a la derecha de Santo Domingo entramos en la calle de Magana. El mismo silencio había allí que en todas partes. El silencio confortable de un pueblo arropado en su sueño. Dejamos a la derecha la mole negra, aislada, de San Esteban y fuimos a parar al Arco de San Segundo, sobre el río. Alfredo rompió el silencio inopinadamente.

—Vamos por el Puente Viejo; pasaremos más cerca de la fábrica.

La ausencia de actividad se intensificaba allí, al borde del Adaja. La corriente discurría apagada por debajo de una gruesa capa de hielo. A la izquierda la fábrica penetraba en el río como una península sin vida.

Asomados al pretil nos recreamos admirando nuestro edificio predilecto. Las cosas dormían igual que los hombres. Las ventanas clausuradas eran ojos con los párpados vencidos. Ni el menor ruido acusaba que la fábrica viviese. No le importaba tener sumergidos sus pies bajo las aguas congeladas. Eso era cuestión de aclimatamiento. Los peces de la pecera, de soltarles ahora en el Adaja, seguramente cogerían un resfriado. Se habían hecho sibaritas en su misma cárcel.

Atravesamos el río por el Puente Viejo y salimos a campo abierto. Poco más allá se dibujaba la silueta precaria de Cuatro Postes. Ascendimos al promontorio, embargado yo por una emoción casi religiosa. Recordaba el arrobo de don Mateo al hablar de la ciudad nevada, vista desde allí, a la luz de la luna. Rememoré de nuevo en esta noche a doña Servanda y a don Felipe. Y me sorprendí pensando reiteradamente que a don Felipe no le apenaría la desaparición de doña Servanda. De súbito me vi agarrando la cruz de granito de Cuatro Postes. Apenas me atrevía a darme la vuelta y tender la vista sobre la ciudad nevada. Cuando lo hice, un sentimiento amplio, inconcreto, me resbaló por la espalda. La ciudad, ebria de luna, era un bello producto de contrastes. Brotaba de la tierra dibujada en claroscuros ofensivos. Era un espectáculo fosforescente y pálido, con algo de endeble, de examinando y de nostálgico. La torre de la Catedral sobresalía al fondo como un capitán de un ejército de piedra. En su derredor las moles, en blanco y negro, de la torre de Velasco, del torreón de los Guzmanes, del Mosén Rubí… Ávila emergía de la nieve mística y escandalosamente blanca, como una monja o una niña vestida de primera comunión. Tenía un sello antiguo, hermético, de maciza solidez patriarcal. La villa, centrada en plena y opulenta civilización, era como una armadura detonando en una reunión de fraques. Imaginé que no otra, en todo el mundo, podía ser la cuna de Santa Teresa. Porque su espíritu impregnaba, una por una, cada una de sus piedras y sus torres. Había en las nevadas almenas algo de una espectacular geometría ornada; algo diferente a todo, algo así como un alma alejada del pecado. Entonces pensé que la tierra es bella por sí, que sólo la manchan los hombres con sus protestas, sus carnalidades y sus pasiones.

En mi arrobamiento había olvidado completamente a Alfredo. Al volver la cabeza le vi sentado sobre el pedestal de la cruz. Le doblaba un signo de fatiga y desaliento. La luna le iluminaba media cara, desencajada y amarilla. Experimenté una conmoción extraña en todas mis vísceras.

—¿Qué te ocurre, Alfredo? ¿Tienes miedo?

Hizo un visaje lánguido con los ojos:

—¿Por qué había de tener miedo?

—La luna hace sombras por todas partes…

Repitió su visaje con los ojos y me miró:

—¡Qué me importan las sombras de la luna!; estoy cansado; horriblemente cansado.

Eso es lo que me ocurre.

Le cogí de los hombros, atrayéndole hacia mí.

—No te preocupes; hemos venido muy de prisa; eso es todo…

Me retorcía el presentimiento de que eso no era todo. Intuía mi gesto ridículo al pretender infundirle un valor que a mí me faltaba. Se incorporó lentamente:

—Si no te importase podríamos ir marchando…

Su rostro estaba lívido. La luz del sol rebotaba en la luna y la de la luna en la faz de Alfredo. Casi me encerraba en un círculo vicioso, de satélite en satélite.

—Tienes mala cara…

—¡Bah!, es el reflejo de la luna.

Caminamos por el declive del cerro. Él colgado de mi brazo y moviendo muy despacio las flacas piernas. Al atravesar el puente se animó un poco.

—Estoy pensando que tal vez sea sueño… que me esté cayendo de sueño… ¿Qué te parece?

Intenté animarlo.

—Puede que tengas razón; la verdad es que deben de ser las cinco de la madrugada…

Tuvo unos minutos de reacción.

—Naturalmente, naturalmente que sí; a las cinco de la mañana todos los hombres tienen sueño… ¡Soy un idiota!

Alcanzó una vara clavada en la nieve junto a la acitara; la blandió luego en el aire y exclamó con voz ronca al tiempo que echaba a correr hacia las murallas:

—¡Al ataque!

Yo le seguía, esperando verle caer en cualquier momento; le seguía frío e impasible ante la perspectiva de aquel ataque nocturno. Llegó a la base de la muralla y comenzó a trepar por las piedras empotradas y resbaladizas. Se sentó súbitamente en la arista de una de ellas. Respiraba fatigosamente, anhelantemente…

Su voz sonaba ronca en medio de aquel ambiente recogido e inerte:

—No es sueño, Pedro… Es… que estoy enfermo. Tengo unas ganas horribles de vomitar…

Subí hasta él. De cada poro de mi cuerpo manaba una gota de sudor frío, angustiado. Jamás me pareció tan importante mi estúpida fortaleza. Hubiese querido inyectarle parte de mi sangre nueva, joven, incontaminada… Hubiese deseado cederle para siempre la potencia de mis músculos; el vigor de mis miembros elásticos y firmes… Pero ¿qué conseguía prácticamente con esos buenos deseos? Allí estaba Alfredo, empapándose de la humedad de la nieve derretida por el calor de su cuerpo, jadeante, febril…

—Levántate, Alfredo; el frío de la nieve te puede hacer mucho daño…

—Déjame un rato, por favor… sólo un rato… para descansar…

La respiración de sus pulmones trascendía al resto de su organismo. Cada inspiración se acusaba en su cabeza, en sus dedos, en todo su ser…

Un pavor impalpable se iba adueñando de mí. Le rocé con mis dedos la frente: el tenue contacto le estremeció. Los retiré otra vez. Otras percepciones iban mezclándose, encadenándose, a mi preocupación esencial. Una campana rompió, de pronto, el silencio de la madrugada, llamando a la primera misa. Era un tañido alegre, retozón, pero mi ambiente interior lo transformaba en lóbrego. Me percaté entonces de que la alegría es un estado del alma y no una cualidad de las cosas; que las cosas en sí mismas no son alegres ni tristes, sino que se limitan a reflejar el tono con que nosotros las envolvemos. Otra campana se oyó a lo lejos, más grave y austera. Encajé mentalmente la primera en el campanario de una ermita de torre airosa y esbelta; la segunda en un convento románico, mazacote, aplastado contra el suelo. Los repiques de ambas se combinaban dentro de mí alternando con la campana de mi corazón tocando a muerto. Me agaché y tomé a Alfredo sobre mi hombro. Alfredo no protestó de su incómoda postura. Había entrado ya en esa fase febril, en ese «dejarse llevar» voluptuoso que no exige comodidades, delicadeza ni holgura.

Ya en el suelo me dijo con voz débil:

—Déjame; puedo andar perfectamente por mi propio pie…

Lo puse en el suelo y lo cogí por la cintura. Durante un rato caminamos así despacio y en silencio. Mil pensamientos cruzaron por mi cabeza en aquel trayecto. Quería descubrir algún indicio anterior a esta brusca decadencia de Alfredo; algún síntoma inequívoco del que pudiera deducirse este agotamiento total. Pero no lo hallaba. Contrariamente, en los días anteriores le había encontrado mejor que nunca, más entonado, más dinámico y brioso dentro de su debilidad original. Era posible que él, conociéndome, hubiese

querido evitarme este disgusto. Respiré cuando llegamos a la hornacina. Indiferente observé que había luz en todas las ventanas de nuestra casa. Así era que nos habían descubierto, que nos habían echado de menos. Maldije la ocurrencia de haber salido aquella noche. Cruzamos la hornacina. El trompeta no me guardaba rencor al parecer por el bolazo de dos horas antes. En el aire se estremecían los tañidos de las campanas. Ya no eran sólo dos; eran muchas, millares tal vez, mezclando, disonantes, las vibraciones de sus bronces.

Atravesamos la meseta entre los álamos. La fuentecilla estaba helada. Adheridas a las piedras había una porción de estalactitas y estalagmitas de minúsculas proporciones. Nos acercamos a la casa. Una silueta se recortaba en la ventana del cuarto de los peces. Se oyó la voz de doña Gregoria:

—¡Alabado sea Dios!, ya están aquí…

Recuerdo que no oí una sola palabra de censura cuando avancé por el pasillo medio arrastrando el cuerpo de mi amigo. Doña Gregoria y don Mateo miraban espantados hacia él. Mi patrona tardó un rato en reaccionar. Luego echó a correr hacia la cama de Alfredo y se la dispuso rápidamente.

—Échate, hijo, échate. ¿Qué te ha ocurrido?

Le arropó amorosamente. La piel del cuerpo de Alfredo era aún más blanca que las sábanas. Tiritaba y le entrechocaban los dientes. Martina se agarraba a mi pantalón agradeciéndome que hubiésemos vuelto. De repente, sin grandes convulsiones, le vino una arcada a Alfredo y vomitó sobre la colcha. Martina me apretó el pantalón con más fuerza. Doña Gregoria, sin vacilar, se aproximó al enfermo sujetándole la cabeza entre sus manos. Alfredo volvió a vomitar. Una, dos, tres, muchas veces…

—Pronto, Mateo, vete a avisar al médico.

Salió don Mateo. Alfredo se había tumbado de nuevo. Ahora su palidez contrastaba con la enorme mancha roja que iba extendiéndose por el embozo de la sábana…

XIII

Después de la hemoptisis de Alfredo me invadió una sensación enervante, algo así como si hubiese andado un camino enormemente largo, excesivamente largo para mis facultades limitadas. Alfredo, postrado, aparentaba dormir apaciblemente. A su alrededor revoloteaba doña Gregoria de un sitio a otro, desviviéndose por atenderle, porque no le faltase nada. Yo continuaba clavado en el mismo punto desde donde presenciase su horrible vómito. No separaba mis ojos de su rostro, consumido y seco, como si con las pesadas bocanadas de sangre se le hubiese fugado hasta el postrer átomo de salud. La insistencia de mi contemplación alteraba a veces el orden de facciones de mi amigo, que tomaba alternativamente la fisonomía del viudo o del monigote de piedra a quien estampase en la nariz una bola de nieve.

Por las contraventanas abiertas penetraba el alba; un alba triste y espantosamente anodina; un amanecer bajo de color, desmejorado, gris… Me poseía la impresión de estar viviendo unas horas ya vividas. Como si no recordase más que estos instantes de otra existencia anterior, diluida ya en la madeja del tiempo. Mis sentimientos estaban como adormilados. Tenía los ojos y el corazón atrozmente secos, como si alguien previamente me los hubiera estrujado hasta sacarles la última gota, de hiel o de sangre.

El roce de la falda de doña Gregoria al pasar de puntillas por mi lado me ocasionaba mucho bien. Lo mismo que sus cuchicheos con Estefanía o su expresivo lenguaje por señas, o el crujir de la sábana limpia que colocaban en el lecho de Alfredo. (A Martina la habían apartado de la vera del enfermo. Supongo que por dos motivos fundamentales: el temor al contagio y el hecho de estimarla aún muy joven para ser presentada a la muerte. Yo la oía ahora entendérselas con un pocillo de chocolate en la habitación vecina. Adivinaba su mueca de satisfacción y su insistente purgamiento en el fondo de la taza para rebañar hasta la última partícula de golosina. El choque de la cucharilla contra la loza se confundía con el repicar de las campanas que era como el timbre de un gigantesco despertador de la ciudad).

Empezaban a rodar por las calles los primeros carros. Entraban sus tumbos a través de la ventana cerrada. Se oían los pregones de vendedores y basureros. Me dio la idea de que el médico se retrasaba demasiado. Encima de la mesilla de noche un elemental reloj, traído hacía unos minutos por Estefanía, contaba el tiempo. Lo contaba marcando los segundos con

pronunciado ritmo. El día iba haciéndose rápidamente. Con todo, la luz que penetraba por los cristales tenía un sombrío tinte opaco. El rostro de Alfredo empalidecía cada vez que la claridad era más intensa. Sus párpados y ojeras ponían sobre su lividez una lúgubre mancha violeta. El médico tardaba excesivamente. El reloj deshojaba sus segundos con cruel parsimonia. Empezaron a caer, blandos, los primeros copos de nieve de aquel día. Llamaron a la puerta. Experimenté un gran alivio cuando la falda de doña Gregoria me rozó suavemente al pasar junto a mí. Se oyeron unos apagados cuchicheos en la puerta de la calle. Debía de ser el médico. Los cuchicheos me confortaron también. Notaba que estas blandas expresiones externas atusaban, con mansedumbre, mis nervios erizados. Entró el médico. Una dulce somnolencia iba desvirtuando mi integridad. El médico pisaba también de puntillas y hablaba susurrando. Se lo agradecí. Se dirigía hacia la cama de Alfredo. Don Mateo entró detrás con gesto contrariado. «Uno de los dos ha de enterrar al otro», parecía decir. Ahora cercaban el lecho entre todos: el médico, doña Gregoria, Estefanía y el señor Lesmes. Yo, sin moverme de mi primitiva postura, observaba. Alfredo abrió los ojos y me sonrió a lo lejos. «Tiene ya sonrisa de eternidad», pensé. El médico le puso la mano en la frente. El gesto me dio la sensación de que mejoraba a mi amigo. Sacó el doctor el estetoscopio de un bolsillo al tiempo que decía no sé qué a doña Gregoria. Los brazos de mi patrona incorporaron a Alfredo mientras los dedos ágiles del doctor desabrochaban su pijama. Bailaban las costillas de mi amigo bajo la piel. Eran como las cuerdas tensas de una guitarra. Le aplicó la trompetilla al lado izquierdo del pecho auscultándole:

—Respira fuerte.

Alfredo debió de entender que apremiase su respiración porque su pecho se agitó vertiginosamente, pero sin dar profundidad a sus inspiraciones. Abrió de nuevo los ojos y me sonrió. Seguramente pensaría que todo esto no tenía la menor importancia: «Unos vomitarían rojo, otros amarillo y otros azul». «También las naciones —se diría con su lógica absurdamente ingenua— se distinguen por los colores de sus banderas, sin que haya un color determinado para las fuertes y otro para las débiles». «Ahora puedo estar cansado, pero ¿quién no está cansado alguna vez?». «Mañana seguramente podré levantarme y correr y jugar como si nada hubiera ocurrido».

El estetoscopio hizo un minucioso recorrido a lo largo y a lo ancho del débil pecho. En algunos puntos se detenía el doctor con gesto inescrutable. Hacía tamborilear sus dedos y el pecho de Alfredo sonaba a hueco. Yo contemplaba todo esto como a través de una niebla gris; como la realización

de unos preliminares inevitables para llegar a un desenlace previsto. Por último, el médico se enderezó. Doña Gregoria, solícita, arrebujó el cuerpo de Alfredo entre las mantas. Mi amigo había vuelto a entornar los ojos y sonreía. Don Mateo y el médico salieron al pasillo. Estefanía los siguió con la mirada, sin moverse de la cabecera del lecho. Un poco por instinto, mis piernas me sacaron también de la habitación. A la puerta del cuarto de los peces me detuve, escuchando. Doña Gregoria pasó por delante muy de prisa, sujetando con los dedos corazón y pulgar de cada mano las puntas bajas de su delantal. Esta vez el roce de sus vestidos me crispó los nervios. El médico se despedía ya con el sombrero y el bastón en la mano:

—Es muy joven para ponerse en lo peor. Es de esperar que con un reposo absoluto y una alimentación abundante estemos del otro lado. Eso —rió— sin contar con los prodigios terapéuticos del aire de Ávila… Ya volveré…

Al cerrarse la puerta y oír sus pisadas en la escalera me pareció que nos abandonaba a nuestra propia suerte; que la vida de mi amigo le importaba tan poco como a mí me hubiera importado la de su mujer, de ser casado.

Ésta fue la iniciación de unos días de acentuada intranquilidad, híbridos de esperanza y desesperación, angustiosos en su cariz de buena vecindad con la muerte. En estas horas me transformé en un faldero de doña Gregoria. Su buen corazón comprendía mi congoja y frecuentemente alimentaba mi mortecina esperanza con palabras consoladoras y llenas de fe.

—El clima de Ávila, hijo, es milagroso para esta enfermedad. Yo he visto mil casos peores que se han resuelto fácilmente.

Recién oídas estas palabras, me inundaba el gozo. La experiencia de mi patrona cobraba al tratar esta cuestión aires de infalibilidad absoluta. La creía porque ansiaba que tuviera razón, porque tenía qué creerla. Acudía entonces junto al lecho de mi amigo a ponerle mi inyección de optimismo. Mas su sola contemplación me aturdía al primer vistazo. Me sentaba junto a él en una pequeña silla enfundado en mi abrigo de invierno. (Eran órdenes del médico que no se cerrase la ventana ni de noche ni de día. Por este motivo mis palabras salían precedidas siempre por una nubecilla de aliento).

—Ya estás mejor, Alfredo; el médico lo ha dicho.

(Lo que de verdad decía el médico era que el proceso de curación sería muy largo; varios meses o quizá varios años). Alfredo sonreía con un movimiento de labios indefinible, sin dejar de aprisionar su ceja albina. No queríamos que hablase una palabra y él aparentaba hallar satisfacción en este hermético mutismo. Hacía el efecto de hallarse en completo acuerdo con su nueva modalidad de estar, pasiva y estática. Jamás aspiraba a ir más allá de lo

que le permitían. Esta conformidad sumisa constituía para mí el peor augurio. Su carácter volcánico, abierto, impetuoso, había experimentado una transformación radical… Y este fenómeno me proporcionaba la señal evidente de que Alfredo se juzgaba ya a sí mismo como un individuo apto para la muerte.

En mis visitas terminaba por absorberme en una muda contemplación de sus facciones. No veía una fórmula que me permitiese encadenar unas palabras a otras en un sentido concreto. La ausencia de réplica y de atención acababa por sumirme en mi actitud expectante. Entonces la anormalidad de su rostro se agigantaba coceándome el corazón. Su faz, cada vez más afilada, adquiría tonalidades cárdenas en las sienes. Allí, si la fiebre era muy alta, veía temblar el pulso, pasar la sangre con las intermitencias impuestas por el control de sus válvulas. Hasta estos días no reparé en las pecas salpicadas, desordenadas, por su rostro, y que tachonaban su lividez como las estrellas el firmamento. A ratos me entretenía contándolas, intentando contarlas. Impensadamente me avasallaba la idea insensata de que el número de pecas simbolizaba el número de horas que le restaban por vivir. Cerraba los ojos, apretando fuertemente los párpados, pero un impulso invencible me imponía la voluntad de abrirlos y de comenzar el recuento otra vez.

En otras ocasiones me figuraba que los latidos del corazón de Alfredo no hacían más que acompasar el tictac del reloj, y que una vez que éste agotase su cuerda concluiría la vida de mi amigo por ausencia de fin. Me levantaba apresuradamente de mi silla y daba cuerda al viejo reloj hasta alcanzar el tope. Sonreía. Mi amigo tenía ya garantizadas otras veinticuatro horas de existencia.

La lima de la intranquilidad iba royendo así, sistemáticamente, mis nervios. Mi pasajera esperanza se diluía en presencia de Alfredo. Precisaba nuevamente establecer conexión con una voz amable, caritativa, estimulante… En la casa todo eran medias voces, murmullos, miradas oblicuas… Otra vez coactaría a doña Gregoria para que acudiese en mi socorro. La buscaba por la casa, hasta encontrarla y vuelta a empezar otra vez la rueda sin fin: optimismo, entibiamiento, depresión… Las tres fases que jalonaban el curso de mi vida de entonces.

A la semana justa el enfermo se puso un poco peor. Tuvo otra hemoptisis. El latido del hogar se amortiguó aún más si cabe. Se vivía allí en un constante roce, tenue y suave, como el crujir de la seda. En aquellos días busqué más que nunca la compañía de doña Gregoria. El mismo señor Lesmes me acariciaba a menudo; se daba cuenta de que yo estaba jugándome a una sola

carta toda mi razón de ser y de subsistir en el tiempo. Una tarde me dijo en tono convincente:

—No tienes que preocuparte, Pedro; éstas son cosas corrientes que pasan todos los días. Alfredo ha tenido la suerte de vivir en Ávila. Y el clima de Ávila es mejor que los remedios de todas las boticas. Ten la seguridad de que, más pronto o más tarde, Alfredo se pondrá totalmente bien.

¡Otra vez el clima de Ávila! Empezaba a resultarme desalentador fiar el restablecimiento de mi amigo a las condiciones climatológicas de una determinada región. El soplo del aire —imaginaba— será muy semejante en todos los puntos de la Tierra. Fiar al clima el remedio de una enfermedad suponía echar mano del criterio ruso al pelear contra Napoleón. A los rusos les resultó bien. Pero ¿no sería diferente el influjo climático en la guerra que en la enfermedad? ¿Es que el clima de Ávila, seco y frío, encerraría también la propiedad de poder poner en desbandada a un apiñado ejército de microbios armados hasta los dientes? ¿Es que la nieve, el lodo, el frío, afectarían también a los microorganismos? De ser así, Napoleón podría ser considerado históricamente como un bacilo de Koch y cabía afirmar, metafóricamente, que Rusia había padecido de tuberculosis en el año 1812. (Ahora, cuando sentía a Alfredo respirar imperceptiblemente el aire gélido de su habitación, me daba la idea de que un millar de boticarios espolvoreaban sobre la ciudad, desde las crestas más altas de la Sierra, los medicamentos e inhalaciones de los tarros, cápsulas y ampollas que poblaban los estantes de sus boticas. ¡Tan sano me imaginaba el clima de la ciudad…!).

Mis noches experimentaban con la enfermedad de Alfredo un profundo cambio, sin excluir su forma externa. Ya no dormíamos juntos en el mismo cuarto. El médico, aun en contra de mis deseos, nos había forzado a la separación. Dormía ahora en la habitación donde dábamos la clase de matemáticas. Por la noche, Estefanía y doña Gregoria trasladaban a ella un catre que colocaban debajo del negro tablero. Allí tenían lugar mis agotadoras luchas cerebrales. Me era imposible acostarme sin luz. Había de hacerlo con la bombilla incandescente por encima de mí. De otra manera las sombras me estrangulaban. Iba invadiéndome, poco a poco, una zozobra pegajosa hasta agotarme. De todas formas sentía mis miembros cruzados por corrientes extrañas; unas corrientes que me compelían, de repente, a estirar mis piernas o mis brazos de un modo involuntario y automático. Entre sueños, algunas noches me parecía que el jeroglífico de mi inquietud se trasladaba al negro tablero y allí se combinaban las letras y los números de un enredo semimatemático preñado de incógnitas.

Cuando mi cerebro disfrutaba de la capacidad suficiente para discurrir con frialdad, las pesadillas adquirían una consistencia pastosa. De causa en causa iba saltando hasta topar con el efecto fatal: la muerte. Siempre giraban mis torturas en derredor del viudo, del negro luto, del picar de los canteros, del pino redondo y aromático elegido por Alfredo para reposar eternamente… Me asomaba con frecuencia a la angustiosa teoría del desasimiento. Paulatinamente iba confirmándome en ella. «Vivir es ir perdiendo, me decía; e incluso, aunque parezca aparentemente que se gana, a lo largo nos damos cuenta de que el falso beneficio se trueca en una pérdida más. Todo es perder en el mundo; para los que poseen mucho y para los que se lamentan de no tener nada».

El sábado por la tarde se confesó Alfredo y en la mañana del domingo el párroco le llevó la comunión. Evoqué la escena de doña Gregoria criticando el hecho de que en Barcelona se hubiese conducido el viático en automóvil. Rememoré las posturas respectivas del señor Lesmes, don Felipe y doña Servanda en aquella cuestión. Las consecuencias de los diversos puntos de vista podían condensarse en que la civilización era una porquería, una estrella sin brillo propio, algo ficticio, cuyo relumbrón superficial podía embaucar a los ingenuos. Este domingo, mientras Alfredo comulgaba, me di cuenta de la vacuidad de las conversaciones humanas, aun en los terrenos que se consideran más serios. La civilización en sí no era buena ni mala; todo dependía de la orientación que se imprimiese a sus avances. El hecho de transportar a Dios en automóvil o en un aerostato no lo estimaba irreverente sino, al contrario, como una aplicación exacta del conocimiento humano; como un encajonamiento loable del impulso civilizador puesto al servicio de la Divinidad. Donde la civilización fallaba era en regatear sus hombres a la muerte. «Si yo fuese médico, pensaba, no descansaría hasta encontrar el remedio contra ciertas enfermedades incurables. Maldije internamente a los médicos que dilapidaban su vida sin dejarse morder por la preocupación de superarse; de esos médicos pródigos que malgastan sus energías en un arrastrarse por el fango sin percatarse nunca de las dimensiones trascendentales de su misión».

(Rumiaba yo entonces estas verdades con la consistencia que cabe en un pecho de apenas trece años. No dejaba de comprender que mi infancia quedó atrás, justo el día de nuestra primera excursión a Cuatro Postes; cuando don Mateo levantó ante mi vista el telón que me eclipsaba la vida con toda su cohorte de miserias y mezquindades).

En la mañana que Alfredo cayó enfermo, don Mateo avisó urgentemente a su madre a Madrid. Nada supimos de ella hasta después de comunicarle el segundo vómito y el posible empeoramiento de su hijo. Respondió entonces que acudiría rápidamente a su lado y que en tanto siguiéramos teniéndola al corriente de las novedades. Deseé ardientemente que la madre de Alfredo llegase a tiempo para encarrilar «aquello», si es que «aquello» era aún susceptible de encarrilarse. En la noche del martes —nueve días después de caer en cama— Alfredo mantuvo conmigo una corta conversación.

—Me parece que ya estoy mejor —me dijo con voz débil—: las fuerzas van volviéndome lentamente. ¡Qué bien lo pasamos en Cuatro Postes!, ¿verdad?

No quise desilusionarle; guardaba él un recuerdo muy grato de su último exceso y se lo respeté. Desconocía Alfredo que de entre todos los días torcidos que apuntalaban mi breve existencia, era el de la fuga a Cuatro Postes el que más me amargaba, aguijoneándome sin descanso con crueles remordimientos.

—De todos modos —siguió Alfredo—, no olvides mi capricho de descansar a la sombra de un pino, «si fuese necesario».

Le aseguré que lo tendría en cuenta siempre que «fuese necesario».

A continuación, agradecido, destapó sus brazos entecos, me rodeó el cuello y me abrazó estrechamente. Le correspondí con efusión, y al soltarle observé que a ambos nos rodaban por las mejillas unos tontos lagrimones.

—Estoy mucho mejor…

La insistencia de Alfredo se me hacía sospechosa. ¿Es que sentía venir la muerte hacia él y quería, a toda costa, que yo no recelase su proximidad?

—Te prometo que cuando me ponga bueno iré a pesarme todas las semanas…

¿Por qué remachaba sobre el mismo clavo? ¿Por qué había de empezar a restablecerse precisamente el día de su mayor calentura? ¿Por qué esa bondad, esa sumisión, ese acatamiento a mis deseos, que no había demostrado en ninguna otra circunstancia de su vida? «Dicen que los muertos no son nunca malos —pensé—; ¿será que Alfredo empieza a ser condescendiente porque presiente el tránsito, porque ya ha empezado a morirse?».

—Seguramente mi madre vendrá esta noche… A veces, ¡qué pesaditas se ponen las madres! Al «hombre», si viniese, no le dejes entrar… Es un malvado… Y a los hombres, cuando son malos, se les puede perdonar si reservan su maldad para ellos solos… Pero no si para ser malos hacen uso de un instrumento inocente…

Iba a prometerle esto cuando advertí que no había terminado de hablar. Dejó sueltas dos palabras que añadió, tras una pausa, como si hubiesen sido objeto de una especial meditación:

—… corrompiéndole previamente.

Él sabía, entonces, o sospechaba al menos, el género de vida de su madre. No obstante, a ella no le guardaba rencor. La tomaba como a una víctima sacrificada por el feroz egoísmo de un hombre. «Alfredo en estos momentos dispone de una lucidez extraordinaria —me dije—; está calando en el alma de "un hombre" con una profundidad desusada, como jamás lo había hecho él».

De repente Alfredo se enderezó levemente. Sus mejillas caían a plomo hasta debajo de la boca, formando el óvalo consumido de su faz. Dos rosetones coloreaban sus pómulos como un pregón de falsa salud. Me tanteó con su mano esquelética para convencerse de que continuaba a su lado.

—Oye… que traigan a los peces… hace mucho tiempo que no les veo comer…

Me levanté con la gravedad de un albacea; consciente de que cumplía una súplica de última voluntad. Don Mateo y doña Gregoria comentaban algo en voz baja, con el liviano cuchicheo que ya había adquirido carta de naturaleza en aquel hogar. El señor Lesmes tomó la pecera, sin dudarlo, alegre de poder llevar un consuelo al corazón del enfermo.

—Ten cuidado, Mateo; que no toque el niño los peces… Sería horrible que se convirtiesen en unos portadores de gérmenes…

Me hirieron las frases de doña Gregoria, empleando los términos de don Gaspar, «el médico vanguardista». Podía tener razón, pero eran humillantes para mí, que me resistía en ver en Alfredo el menor asomo de peligrosidad. Gruñó Fany a la puerta de la cocina. Imaginé que Alfredo agradecería también su visita y, sin pensarlo más, escurriendo mi acción a la vigilancia de mi patrona, entreabrí la puerta de la cocina, dándole paso. Me brincó el animal, que echaba de menos mis habituales caricias y, luego como adivinando el objeto de la conmoción de aquella casa, emprendió una carrera por el pasillo y no paró hasta arrojarse sobre Alfredo y fregarle el rostro con los suaves chupeteos de su larga lengua.

—¡Fany!

El grito de doña Gregoria me sonó igual que el de Alfredo la noche que una carreta dejara coja a la perra. Era una llamada a la prudencia, a la prevención… El animalillo no hizo caso y prosiguió su poco higiénico quehacer entre gruñidos de contento por su parte y la tibia delectación de

Alfredo por otra. Doña Gregoria cogió al animal por la piel del cuello y lo despachó con un afilado puntapié.

Quería evitar también seguramente que Fany se convirtiese en otro «portador de gérmenes». Aulló la perra del susto y huyó cojeando en dirección a la cocina. Nuestro maestro se acercó entonces al lecho de Alfredo llevando sujeta entre sus manos la pecera verde. Los peces nadaban inquietos, penetrados de la inestabilidad de su equilibrio. A duras penas Alfredo entreabrió los ojos. Yo me puse a migar aceleradamente un pedazo de pan sobre los prisioneros. Me miraron éstos extrañados, ignorantes del motivo por el que aquel día se les despachaba doble ración. Transcurridos unos segundos perdieron su interés por las causas que motivaban el festín y se lanzaron sobre las migas de pan con manifiesto apetito. Alfredo les miraba, o siquiera, tenía los ojos abiertos en dirección a ellos y sonreía. Cuando terminaron los peces de comer, don Mateo los sacó de allí y todos nos despedimos del enfermo hasta el día siguiente.

Casi no había comenzado todavía a desnudarme cuando los acontecimientos y las sensaciones se acumularon sobre mí. Creo que el orden cronológico de los mismos fue el siguiente:

Unos pasos rápidos en el portal y un taconeo intenso de unos pies femeninos sobre los cuatro primeros escalones.

Un grito de mujer partiendo de un lugar ilocalizable.

Unas palabras, pocas, rompiendo el ritmo amortiguado que se venía usando desde hacía nueve días para conversar en aquella casa.

Un tremendo portazo.

Unas carreras alocadas, frenéticas, por el pasillo.

Una nerviosa llamada a la puerta de la calle.

Otro grito penetrante.

Repetición de la llamada a la puerta cada vez con más frenesí…

Venía esperando esto desde hacía tanto tiempo que estoy convencido de que ni un solo músculo de mi cuerpo se alteró. Percibí, uno a uno, aquellos leves indicios, suficientes para explicar lo sucedido. Apreté las mandíbulas y me encaminé a la habitación de Alfredo. Había luz en ella y llanto. Entré. Alfredo seguía sonriendo, pero sobre el embozo de la sábana había vuelto a surgir la terrible mancha roja. El señor Lesmes apoyaba su oído sobre el pecho de Alfredo. Al incorporarse dijo que «no» con la cabeza. Doña Gregoria y Estefanía alargaron sus gemidos al ver este gesto. La puerta de la calle seguía siendo machacada implacablemente. Salió Estefanía enjugándose las lágrimas con un pañuelo sucio. Don Mateo asió la sábana por el borde y la

levantó cubriendo el rostro lívido de Alfredo. De improviso penetraron en la estancia muchos alaridos y tras ellos una mujer. Aunque envejecida la reconocí como la madre de mi amigo. Gritó aún más fuerte al ver el bulto en la cama, coronado por una mancha roja. Se arrojó sobre él y le destapó. Alfredo seguía sonriente. Se abrazó a él su madre, incorporándole. Cuando le soltó, el busto de mi amigo se desplomó, rígido y pesado, sobre la almohada, escurriéndole un hilillo de saliva rosada por la comisura izquierda de la boca.

Yo veía las cosas como si no fuese yo. Mis ojos estaban secos. Miraba y escuchaba por simple curiosidad… Fany, desde la cocina, soltó un aullido que luego repitió a largos intervalos durante todo el resto de la noche.

XIV

La sensación de embotamiento que me ocupó en el momento crucial de desasirme de Alfredo se prolongó hasta el instante de enterrarle. Muchas veces he parangonado después aquella sensación con el acorchamiento parcial que produce en la boca una inyección cuando acudimos al dentista para extraernos una muela. La diferencia afectaba únicamente a la extensión y a la calidad del miembro dormido. En aquellos días la insensibilidad se extendía a toda mi actividad interior. Vivía solamente por los sentidos. Mantenía íntegra mi capacidad de comprensión, pero las consecuencias de mis percepciones no pasaban de la superficie de la piel, no trascendían a mi centro nervioso. Asistía como un espectador desapasionado a un espectáculo cualquiera. Veía, pero la visión no me dejaba la más mínima huella; me hacía cargo de todo sin que ese todo influyese para nada en mi vida interior, absolutamente nula, despegada y obtusa.

Recuerdo la noche en que murió Alfredo como la más movida externamente de cuantas he vivido hasta ahora. Nunca había sospechado que la anulación de un ser de la costra de la Tierra desatase un torrente de actividad semejante entre los que permanecían. Mi primitiva idea de que son muchos los vivos que viven a costa de los muertos, se reafirmó entonces. Las esquelas, la caja, la certificación médica, la modista, la autorización del juzgado y tantas otras cosas más, mantuvieron aquella noche la casa de mi maestro en plena efervescencia. Estefanía se movió mucho más de lo corriente, pese a que la víspera se había lamentado con insistencia de un fuerte ataque de reuma a los pies. Aquella noche Estefanía se dividió para atender a todos con una rapidez insólita, lo que vino a demostrarme que el mejor remedio para el reuma es poner encima del reumático una preocupación mayor.

Recuerdo perfectamente cómo Alfredo fue amortajado por su madre y doña Gregoria con el traje azul marino que usaba para las grandes solemnidades. No se me olvidarán las dificultades inherentes al acto de vestir a un muerto. Las articulaciones habían perdido su flexibilidad, los miembros todos se habían aplomado, la rigidez convertía el cuerpo en un garrote sin elasticidad, de una sola pieza. Todo esto vino a evidenciarme que el cuerpo, sin el alma, es un simple espantapájaros. Las dos mujeres terminaron por dar un corte a la espalda de la marinera e hilvanarla después de puesta sobre el

cuerpo inanimado. Concluida esta operación, la madre de Alfredo se puso a llorar. Tenía los párpados enrojecidos y su aparente belleza desapareció con el llanto denso y silencioso. Pensé en «el hombre», en lo que diría de poder contemplar ahora a su ídolo en toda su autenticidad, convertida en una materia plástica sobre la que la muerte había colocado su sello sincero y frío. Cuando dos muchachos de la funeraria introdujeron el féretro en la habitación su llanto se hizo más agudo, más convulsivo, más profundo. La caja era blanca, y por esto me regocijé de que Alfredo hubiese muerto sin hacerse hombre. Los mismos muchachos de la funeraria depositaron el cuerpo de Alfredo dentro del féretro. La máscara carnal de mi amigo, encerrada en la oquedad de la caja, se asemejaba bastante a uno de los guerreros de la hornacina. Agradecí que no fuese al que yo había acariciado la nariz con una bola de nieve. El azar quiso que la semejanza se estableciese con uno de los vencidos.

Al ver a Alfredo tendido en el ataúd, su madre vino impulsivamente hacia mí y me besó y abrazó varias veces, llamándome «hijo». Sentí en mis mejillas un asco indefinido, baboso y caliente, como si me hubiesen aproximado al rostro alguna alimaña carnosa y suave. Me acuerdo que abandoné por unos segundos la compañía de mi amigo y me hundí, indeciso, en las oscuridades del cuarto de aseo. Preferí no dar la luz para no verme la cara en aquel instante. Recuerdo que a tientas busqué una toalla y con ella me froté infinitas veces, hasta que percibí un escozor agudo en las mejillas. Me senté entonces en la banqueta blanca y con la cara protegida por mis manos, acodado en las rodillas, dejé transcurrir un breve lapso de tiempo, quieto, insensible, suavemente transpuesto en la oscuridad. Uno de los aullidos de Fany me volvió a medias a la realidad. Me puse de pie, advirtiendo que algo sofocante me quemaba aún en las mejillas. Pensé en los besos de aquella mujer y experimenté de nuevo una viva repugnancia. Volqué el jarro de agua en el lavabo, derramando parte de ella. Luego me jaboné el rostro varias veces hasta que comprobé que desaparecía de mi carne la ácida impresión de sus lágrimas y sus besos. Ya más entonado abandoné el cuarto de aseo, resuelto a no volver a dejarme acariciar.

A los pies del féretro seguían llorando varias mujeres. Doña Leonor, la vecina del piso de arriba, había bajado con el exclusivo fin de ver de cerca el aleteo de la muerte al rasar un cuerpo joven. Su dolor quedaba condensado en el «pobrecito» que repetidamente pronunciaba en un tono descendente, hasta llegar al «ito», que apenas si se oía. Lamentaba la desgracia de verdad, pero con un pesar semejante al que podría doblegarla por la pérdida de un canario.

Esto no es de extrañar, considerando que doña Leonor era una soltera empedernida. Allí permaneció varias horas, atracándose de morbosas sensaciones y regodeándose posiblemente de las muchas calamidades que la había ahorrado su virginidad.

Vencida casi la noche, la luctuosa reunión tomó un cariz distinto. Alguien dijo oportunamente que, aunque nos deshiciésemos materialmente en lágrimas, no por ello íbamos a reintegrar la vida «al muchacho» y que creía más a propósito elevar al Cielo nuestras plegarias en una piadosa intercesión por su alma, que era lo único que pervivía. Seguidamente todos nos pusimos a rezar el Rosario dirigidos por doña Gregoria. Así estuvimos hasta que amaneció. Las oraciones rodaban monótonas, elevándose pausadamente hacia el Cielo. Las largas letanías arrullaban las almas adormiladas por el dolor. Comprendí en aquella ocasión que orar es lo único digno que cabe hacer en presencia de un difunto; que todo lo demás es una mera explosión de nuestro inacabable egoísmo.

Entrando el día, la madre de Alfredo rogó al señor Lesmes se preocupase de resolver todo lo atañedero al entierro. Deseaba consumar las fúnebres ceremonias en aquel mismo día. La presencia inmóvil de Alfredo crispaba sus nervios; no podía soportar su rígida postura, ni la obsesiva fijeza de sus dos botas apuntando al techo.

A la hora de comer regresó don Mateo con todos los papeles arreglados. A las cuatro el cortejo fúnebre se puso en marcha. El día era uno de los más crudos del invierno. Por la mañana había estado nevando, y ahora el suelo crujía al hollar nuestros pies la nieve semihelada. Un viento frigidísimo barría las calles solitarias. La carroza avanzaba lentamente, meciéndose en tumbos extraños. Detrás marchábamos el párroco, don Mateo y yo. Luego un pequeño grupo de hombres desconocidos hablando de cosas y temas absurdos. La carroza pretendía ser blanca, pero la nieve, oportuna, le echaba en cara sus ridículas pretensiones.

Al pasar junto a la casa nueva, vislumbré a las señoritas de Regatillo santiguándose en el mirador. Lamenté no poderle contar a Alfredo que las señoritas de Regatillo se habían santiguado al ver su cuerpo vacío, contrariamente a lo que solían hacer en presencia de los cuerpos con alma dentro. Me pareció que uno de los jóvenes que acompañaban a Alfredo piropeaba imprudentemente a las señoritas del mirador. Y me pareció también que las de Regatillo se reían y cabrioleaban alocadas, ebrias de ilusión al solo pensamiento de que su atractivo era tan poderoso que se ejercía incluso sobre

los hombres que iban a enterrar a sus muertos. Indudablemente, el mundo seguía…

Al doblar una esquina divisé «al hombre» en el centro del grupo de acompañamiento. Imaginé que Alfredo hubiera detestado su actitud y, en consecuencia, la detesté yo también. Es posible que fuera este choque el que comenzó a desentumecer mis sentimientos. Los efectos de «la inyección» se iban debilitando. Empecé a percatarme de que iba acompañando a Alfredo en su último viaje, de que la caja estaba cerrada y que ya jamás volvería a verle. Me encontré inquieto, aturdido, débil… Me di cuenta de que mis temores se habían cumplido en un plazo relativamente corto. Sin embargo, la lucidez no había vuelto del todo a mi cerebro. Aún no calibraba debidamente las dimensiones de mi desgracia, no aquilataba en todo su alcance la magnitud de mi renuncia. Oía hablar detrás de mí. Conversaciones vacías, estrambóticas, fuera de lugar… Se hablaba de rusos, de japoneses y de Port-Arthur. Se apuntaban las posibles consecuencias de un abortado levantamiento proletario de San Petersburgo. Hubo quien dijo que aquello era el comienzo de «algo muy gordo». Otro respondió que era justo y lógico que en el siglo XX no se tolerase ya la esclavitud.

En tanto, Alfredo proseguía su camino callado hacia la tumba. Nada importaba él. Era menos que un grano de arena. Los hombres continuarían matándose por Port-Arthur o muriendo por conseguir unas reivindicaciones sociales. La muerte de mi amigo nadie la tendría en cuenta. Siquiera hubiera sido violenta merecería el aplauso y el recuerdo de su acción, y tal vez una estatua en una apartada plaza pública si su facción lograba la hegemonía. Mas él había desaparecido en óbito, silenciosa, apagadamente y en la cama. (Tal vez el mundo acabaría dándose cuenta algún día de que hay también héroes que mueren en la cama; héroes de esa clase que no buscan la muerte ajena para satisfacer unas apetencias no siempre desinteresadas). Habíamos salido a la carretera del cementerio. Los árboles vigilaban desde las cunetas a ambos lados del camino. La perspectiva no ofrecía más que nieve por todas partes. Nieve helada, crujiente, blanca. Nieve, sólo nieve por todas partes… Evoqué la silueta del viudo recorriendo el mismo trayecto: imaginaba que mi apariencia actual debía de guardar muchos puntos de contacto con la silueta evocada. Yo me sentía flotar en el espacio blanco. Acompañaba en su último viaje al último y único amigo. Comenzaron a inquietar mis oídos los golpes de los canteros, produciéndome la impresión de que cada golpe arrebataba una esquirla de mi cráneo. Trabajaban los doladores encima de la nieve. Tal vez en su trabajo les arrebataría cualquier día la muerte, y entonces la losa

pulimentada serviría para preservar sus despojos. Pensé que era bello pulir con las propias manos nuestro último reducto.

Ya se veía a lo lejos la verja del cementerio. Me conmovió recordar que este mismo camino lo había recorrido pocos meses antes mecido por las carcajadas de Alfredo. Ahora él yacía inmóvil, encerrado en el cofre blanco que portaba la carroza. Detrás de mí continuaban hablando de rusos, japoneses y de Port-Arthur. Nada de nada. Ni respeto para la muerte; ni un asomo de piedad para aquellos doce años clausurados en una caja blanca como si se tratase de unos gramos de bombones.

Se detuvo la carroza junto a la verja. Cuatro hombres se hicieron cargo de la caja, sobre la que el párroco derramó la lúgubre paz de su responso. Vi entumecida de frío la vieja acacia bajo cuya sombra Alfredo eligiese el pie de un pino como lugar ideal de descanso.

Avanzamos por el paseo central precedidos por el féretro. Cruces por todos lados. A izquierda, a derecha, al fondo… cruces y lápidas empenachadas de nieve. Aquí yacía Manolito García, víctima en aciago día, de unía terrible disentería. De nuevo experimenté asco y escupí sobre la nieve. Advertí que «el hombre» había observado mi ademán y me miraba curiosamente. Los cipreses se bamboleaban, fantasmales, recogidos bajo su manto de nieve. Recordé los frutos mondos que parían sus ramas y que un día poblaran la cabeza albina de Alfredo de lucubraciones macabras.

Ya nos encontrábamos ante la tumba abierta: *tumba*; pensé que el vocablo tenía un sentido estremecedor, de «más allá». Abría sus fauces poseída de un hambre de carne atroz. Me dio miedo, me dio lástima dejar allí unos restos tan queridos. En este instante, cuando todos nos deteníamos ante ella, cruzó como un relámpago por mi mente el contenido inefable de los dos años anteriores. «La inyección», perdía, poco a poco, todos sus efectos. Retornaba a mí, pujante y recia, mi habitual sensibilidad. Veía a Alfredo moverse, hablar y actuar con su proverbial gesto alegre y cansino, con el mechón albino colgándole sobre la frente, con una realidad impresionante y viva. «Sí, de todos modos prefiero descansar bajo el aroma de un pino. Su sombra es otra cosa, más redonda, más repleta, más humana… Es una sombra como la que proyectaría doña Servanda si hubiese nacido árbol… Más simpática de todas maneras». «Todo son frases; pero decir que unos muertos, de donde sean, son más sanos que unos vivos, de donde sean también, es idiota, ¿no comprendes?». «El mundo tiene que ser así, unos gruesos y otros delgados; unos altos y otros bajos; unos ricos y otros pobres; unos malos y otros buenos… ¿no comprendes que de otra manera sería aburridísimo…?». ¡Oh,

todo qué cerca y qué vivo permanecía dentro de mí! Veía a Alfredo subrayando sus frases con un acento especial, prendiendo de vez en cuando los pelos de su ceja izquierda con la mano del mismo lado… Lo veía —¡Dios! — transportado de alegría lanzándose al ataque de la ciudad, corriendo descalzo por las arenas grises de los marjales, vadeando el Adaja con los pantalones remangados a la altura de los muslos… Y le veía corriendo y brincando, ¡vivo!, haciéndome señas por debajo de las faldas de la camilla cuando doña Gregoria pedía o criticaba algo, censurando mi constante preocupación por su peso, sonriente al describirme cómo humeaban los mercantes al virar frente al rompeolas, camino de la ría… Y le tenía tan cerca, comprobaba su proximidad tan caliente y real, que al dirigir mis ojos a la tumba abierta no pude creer que aquel lecho frío, aquella tierra recién removida, atravesada por las galerías de mil gusanos, estuviese preparado para él.

Los cuatro hombres iban ya a depositar el féretro en el hoyo. Uno de ellos soltó una maloliente palabrota al rozar la caja en uno de los bordes de la yacija. Creo que detrás de mí volví a oír hablar de Port-Arthur, de rusos y de japoneses. ¡Malditos rusos y malditos japoneses! ¿Es que no gravitaba en estos instantes sobre el mundo el riesgo inmenso de que un soplo mortal cortase toda actividad sobre su costra?

Me mordió en las entrañas la glacial indiferencia que me rodeaba. No puedo precisar qué otro impulso me movió. Tan sólo recuerdo que de un tirón me desprendí de la tibia caricia de don Mateo y me arrojé sobre el féretro blanco llamando a mi amigo a grandes voces. Recuerdo que hicieron falta muchos hombres para arrancarme de aquel postrer abrazo y que cuando me revolví furioso contra los que me apresaban, vi en primer término, atenazándome con sus odiosas manos, la corpulenta figura «del hombre». Toda mi sangre hirvió en un segundo. Mi furia, mi dolor, mi soledad tremenda, se concrecionó súbitamente sobre aquellos ojos burlones, sobre aquella mueca incompleta que vivificaba su desprecio. Me encaré con él en el pináculo de mi indignación.

—¡Canalla! Por usted ha ocurrido esto… Usted es el causante de todo. Pero sepa que jamás Alfredo le agradecerá su compañía hasta la tumba. Alfredo le odiaba a usted por encima de todas las cosas; le juzgaba un malvado, un egoísta, un…

Me cruzó la cara de dos estruendosas bofetadas. Mejor dicho, de una bofetada de ida y vuelta que me hizo tambalear. Don Mateo se interpuso entre nosotros y conservo una vaga idea de que, en palabras redondas y claras, le

llamó «cobarde» y unas cuantas cosas más. La cara me ardía, pero el corazón se me había amansado ya; se me antojaba que Alfredo, en adelante, podía yacer tranquilo en su tumba. «El hombre» ya sabía lo que él hubiera deseado decirle. Podía considerarse vengado.

Sólo quedábamos el señor Lesmes y yo junto al sepulcro de mi amigo. El resto del acompañamiento había desaparecido ya. Seguramente proseguirían comentando sobre rusos, japoneses y Port-Arthur. Tal vez sobre la inquietud proletaria que bullía en el corazón de la Siberia. Peor para ellos. Peor para ellos que no pensaban en que algún día habrían de realizar este viaje sin vuelta. Igual, lo mismo que Alfredo. Los traerían en carroza, bien tumbadazos, pero se quedarían allí para no volver; y su acompañamiento hablaría igualmente de rusos, japoneses y Port-Arthur para escarnio de su memoria.

Caía la noche. Blandamente empezaron a descolgarse del cielo los copos de una nueva nevada. Don Mateo deshojaba un padrenuestro al pie de la tumba. Al contestarle observé que a la cabecera de Alfredo se erguía un pino de tronco recto y copa tripuda, ornado por sus hojas perennes y aciculares. «En primavera y verano —pensé— le cobijará una sombra semejante a la de doña Servanda, si en vez de mujer, hubiese nacido árbol…».

XV

Hasta después del regreso del cementerio yo no viví la muerte de Alfredo. Sólo cuando pasé frente a la hornacina, entré en casa del señor Lesmes y me puse en contacto con mi primitiva habitación —que hedía profundamente a desinfectante— empecé a convencerme de la colosal dimensión de mi desgracia. La primera impresión que me asaltó fue de vacío: un vacío hosco, erizado, acre… Más tarde completé esta sensación con la de eternidad; este vacío no podría remediarlo en los años que me restaban de existencia. Es decir, estaba solo y para siempre. Una tercera impresión vino a redondear mi percepción cabal del momento. Yo no olvidaría nunca a Alfredo, no podría olvidarlo, aunque lo intentase. Estas tres impresiones, fundidas, creaban a mi alrededor una atmósfera densa, irrespirable. Sospeché que nunca podría acomodarme a esta vida nueva, desasida, sin lazo espiritual alguno que me aferrase al resto de los humanos. Me parecía que flotaba en el espacio, absolutamente desligado de toda criatura terrena, racional e irracional. Comprendí qué profunda verdad encerraban las palabras del señor Lesmes cuando dijo que «entre perder y no llegar era preferible esto último». Después de saborear la compañía de Alfredo me sería muy difícil habituarme a ser como si no le hubiese conocido, como si los dos años últimos no hubiesen pasado de la categoría de un sueño. Morir no es malo para el que muere, pensé; es tremendo para el que queda navegando por la estela que el otro trazó, desbrozando, soportando una vida larga, fofa, despojada del menor aliciente… Imaginé que sería inferior mi zozobra si mi amigo hubiese volado íntegro a regiones superiores, si el gran viaje lo hubiera emprendido con el alma y el cuerpo en amigable armonía. Mas el hecho de haber velado su cuerpo inerte, de saber que sus restos secos descansaban al amparo de una piedra de granito, me desequilibraba hasta hacerme sentir palpablemente que mi cuerpo flotaba ingrávido en el espacio y daba vueltas a la esfera del mundo como un extraño e incansable satélite.

La conformación de la vida externa que en aquellos días asumió la casa de mi maestro me prestó muy poca ayuda para desprenderme de este sentimiento inaudito de soledad. La muerte transformó toda la casa de don Mateo de una manera sensible. Era como si su vitalidad se hubiese levantado ahora cimentada sobre el muro vacilante, suave como el crujir de la seda, en el que se condensara nuestra inquietud durante la enfermedad de Alfredo. Algo de

este susurro vacilante se había pegado a nuestras vidas de modo impremeditado, pero profundo. Cesó de oírse la cajita de música después de las comidas; se extinguió la euforia bullanguera de Fany, el optimismo de Estefanía, la locuacidad mutilada de la pequeña Martina. Dejaron de ser los festines de los peces un festejo colectivo y comentado para quedar resumido a la mera satisfacción de una necesidad fisiológica. Perdieron sus tonalidades las cosas, los muebles y las paredes; desapareció, en fin, el reflejo de una amistad férvida y joven, tiñendo el fondo de aquella casa, de por sí austero.

La sombra de la muerte aún duraba, agarrándose a la superficie de las cosas. No se eclipsó con la desaparición del cadáver; parecía, al contrario, que con la lejanía de éste se había avivado su permanencia. Fue una melancolía póstuma, como la que pone en un hogar enlutado la aparición de un hijo del muerto.

En las comidas se intensificaba, haciéndome daño, esta vaharada de ausencia. Se echaba de menos el nexo, el aglutinante entre las dos familias congregadas en derredor de la mesa, la natural y la artificial. Sin Alfredo yo me sentía despegado de mis anfitriones y ellos se sentían más lejos de mí. De nada vallan los conatos de cordialidad, intentados con molesta frecuencia por el señor Lesmes. Yo estaba allí en virtud de un contrato y el contrato aúna los intereses, pero los corazones no salen de su abotargamiento. Faltaba la chispa que espiritualizase las cláusulas del pacto, que hiciese espíritu la materialidad de mi alimentación y la percepción de los ochocientos reales mensuales por parte de don Mateo. Sin embargo, era esta chispa lo que se había llevado la muerte. Si de mí sólo hubiera dependido, no hubiese permanecido allí más tiempo del necesario para enterrar a Alfredo; después me hubiese marchado de aquella casa donde en cada movimiento, en cada detalle, en cada gemido doloroso de las puertas al abrirse o cerrarse, tenía yo un recuerdo y una nostalgia.

La ubicuidad del alma del ausente se percibía sin que el tiempo la entibiase. Para mí él estaba, como Dios, en todas partes. Pensé que era éste el hálito y la fragancia de eternidad que Dios pone en cada humano al transmitirle la vida. Imaginé que, merced a este prodigio, la permanencia terrena del hombre iba hasta más allá de la muerte; no se eclipsaba hasta cincuenta años después, hasta la segunda o tercera generación.

En la misma calidad de las comidas se percibía la marcha corporal de mi amigo. Los mil reales de cada mensualidad constituían el muro maestro de aquella casa; eran su más sólido puntal económico. Ahora la ubicuidad de su espíritu no devengaba renta de ninguna clase y doña Gregoria, en cambio,

había de seguir atendiendo a nuestro sustento corporal. La coacción económica gravitaba, pues, sobre nosotros. Hasta la propia Fany supo de la insatisfacción estomacal y de las mordeduras del hambre. Apenas si algo sólido, fuera del pan, llegaba a nuestras bocas, y cuando llegaba era pesado y medido previamente, de forma que la alimentación del animal había de hacerse a costa del propio sacrificio. Con todo, como mi hambre en los primeros tiempos fue tan escasa como mis ilusiones, Fany pudo mantener erguido su liviano cuerpecillo gracias a mi estómago inapetente y a mi magnánima voluntad.

Recuerdo que el resto del año transcurrió para mí en un constante y tenaz esfuerzo para adaptarme a las nuevas condiciones de existencia. Fue un proceso duro, de lucha intensa y, en última instancia, de una esterilidad descorazonadora. Alfredo continuaba presente, sin que el don de la ubicuidad que acompañaba a su espíritu dejase de evidenciarse en todo tiempo. Me aprisionaba con tenacidad, me hacía presente su ausencia, recalcaba mi orfandad, me parecía verle y oírle a toda hora, aureolado por los reflejos de su cabello albino. Poco pude hacer en ese tiempo fuera de dejarme llevar por la corriente de su influencia. Le rememoraba, resucitando los pasajes más salientes de nuestra historia común, reviviendo su optimismo, su convencimiento de la inmortalidad de los cuerpos jóvenes, su afán ambicioso de ser rico algún día y liberarse de la opresión de aquellos muros y liberar a su madre de su otra opresión.

Su madre había vuelto a escapar. Sin duda liberada de una manera distinta a la soñada por Alfredo, pero liberada al fin y al cabo. (El dolor que parecía embargarla desaparecería como un charco de agua de lluvia formado sobre unos estratos de tierra arenosa. Se filtraría rápidamente hasta un lugar profundo e ignoto de su cuerpo, donde sería tarea impracticable volverlo a alumbrar. Allí permanecería oculto, callado, asfixiado su dolor, aquel su pesar superficial y vano que la condujo a besarme y abrazarme como si en mí viese encarnado a su propio hijo). Escapó con «el hombre» que aparentaba ser el único soporte idóneo para mantener y enjugar su húmeda aflicción. Nunca supimos qué fue de ella. Ignoré hasta el fin por qué recovecos inextricables y ocultos discurrió en adelante su vida para terminar de consumar su negra traición al hijo y a su memoria.

Cuando el tiempo fue mejorando, don Mateo que observaba mi positura me autorizó a salir de paseo las tardes que lo quisiera. Solía hacerlo dos veces por semana, y en tales ocasiones casi sin un renuncio mis pies me conducían al cementerio. Me sentía allí a mis anchas. No sé si sería un bienestar

morboso, pero hallaba más alivio a mi dolor entre los muertos que entre los vivos. Me parecía un coqueteo macabro de mal gusto esa pusilánime reacción femenina de terror hacia los muertos. ¿Por qué habíamos de temerlos si ellos son los únicos humanos de los que no cabe esperar daño? Ellos estaban allí quietecitos, dormidos a la sombra de sus árboles, en un estado neutro hacia el amor, el odio y la ambición, los tres motores que activaban el flujo vital; las tres causas que movían al hombre a abandonar su estado letárgico. Allí todo era paz, silencio, con un fondo musical, rítmico y bailable, que ponían los canteros al machacar sus pianos de piedra. (El hombre del siglo XX, pensé, se daba la mano con el hombre del neolítico). Allí, el presentimiento de Alfredo adquiría visos de mayor verismo. Su don de la ubicuidad tomaba caracteres reales al asomarse su espíritu a la fosa que cobijaba sus restos. Entonces me daba la impresión de que Alfredo no se hallaba tan lejos como creía, de que su ausencia era una separación temporal que tenía un fin, una frontera, una limitación, como cualquier otra postura humana. Le presentía cerca, palpitante, caliente. El cementerio se me hacía entonces como un remedio universal para toda clase de enfermedades; un gigantesco sanatorio donde reposan los hombres sin esa acuciante ansiedad que produce en otros lugares el temor de la muerte.

En mis visitas iba viendo crecer el pino que resguardaba su cuerpo. Su copa iba redondeándose, haciendo tripa como un hombre cincuentón, curvándose en una blanda conformidad de su instinto tutelar. En los días de calor el tronco sudaba resina por los intersticios de su costra. Olía fuerte, con un aroma cálido y penetrante. A su sombra solía yo ocultarme de la implacable persecución del sol. Era una sombra sofocante, calinosa, pero adecuada para templar el frío mortal del recinto. Permanecía allí, impávido, dejando que el tiempo resbalase sobre mí, sintiéndome cada vez más cerca de Alfredo y de su espíritu.

Un día, ganado por un insólito ardor romántico, dibujé en la corteza del pino nuestros nombres —Alfredo y Pedro— uno debajo del otro. Experimenté al hacerlo un sentimiento alambicado de íntima satisfacción; algo así como el placer de poner la rúbrica debajo de un extenso escrito. Aquella inscripción en el tronco del pino resumía nuestra amistad en un signo palpable y solemne; hacía partícipe a la naturaleza —potente, fecunda e inmutable— de nuestra peculiar manera de ser. Quedé muy satisfecho aquella tarde después de terminar mi obra. En lo sucesivo, siempre que visitaba a Alfredo gustaba de palpar el cuerpo caliente del pino, como si el riego subcutáneo de su savia portase diluido en su sustancia el poso de nuestra pasada intimidad.

Una tarde de verano varié el itinerario de mis paseos. Por instinto, sin premeditación alguna, fui a parar al paseo del Rastro. Hacía medio año que no pasaba por allí. Los chillidos sutiles y cortantes de los vencejos al lanzarse contra la muralla revolvieron mi abigarrado sedimento de emociones. Recordé las veces que Alfredo, Fany y yo nos habíamos asomado al fértil valle de Amblés, ahíto de primavera. Al hacerlo ahora, una bocanada de aire de la Sierra me llenó los pulmones sin mi voluntad. Traía el aire en suspensión savia de árboles y frescor de nieve. Me hizo el efecto de un tónico reconfortante, jugoso, imprescindible para sostener la actividad del corazón. Pero al evocar la endeble silueta de Alfredo, consumiéndose contra la almohada, envié una mirada recelosa a la Sierra, culpándola de no haber poseído bastante vigor para hurtar a la muerte una vida en transición, una vida cortada cuando aún no había casi empezado a ser.

Aquella tarde me dejé llevar por parajes muy familiares, por parajes y lugares que tantas veces recorriéramos Alfredo y yo juntos. Descendí hasta la orilla del Adaja y permití que la sucia arena de los marjales acariciase mis pies descalzos; vadeé el río como en tiempos, y para introducirme del todo en un ambiente retrospectivo, me merqué a la fábrica para pulsar de nuevo su vitalidad pausada y machacona. Todo se mantenía igual y, no obstante, muchas cosas dentro de mí me anunciaban que el mundo seguía, que todo es placable en la tierra menos el tiempo que todo lo arrastra.

Regresé a casa por la puerta del Carmen. Al pisar los terrenos donde se celebraban las ferias de ganado, la horrible cara de la Bruna ganó mi imaginación. La vi moviendo convulsivamente sus labios elásticos, desgañitándose por meter en el alma de cada espectador el frío puñal de sus canciones sensibleras. Vi a Alfredo arrojando una monedita en la casposa gorra del ciego pidiendo la copla del niño encerrado en un arca. Supuse que ahora Alfredo podría satisfacer su capricho sin tales dispendios, sin más que jugar su picardía de espíritu entrometido imbuyendo en la Bruna la idea de entonar la canción del niño secuestrado. Alfredo escucharía escéptico el tremendo relato, con la sonrisa de suficiencia propia de los hombres que ya están «del otro lado».

Cuando volví a casa comprobé que la rememoración tan vívida de mejores días no me aportaba el menor consuelo. Prefería con mucho la augusta paz del camposanto; aquella paz sólo turbada por el cadencioso picar de los canteros. Lo otro me evocaba a un Alfredo ardiente, pleno y vivaz; el cementerio me ayudaba a rememorar, pero las imágenes de mi recuerdo se revolvían sobre un fondo de fatalidad ya consumada que no hacía dolorosos mis retornos al

momento actual, vacío e incómodo. Cuando al domingo siguiente volví al cementerio tuve la alegría de ver cómo una chicharra velaba el sueño de mi amigo desde lo alto del tronco del pino. Y el pino estaba mucho más redondo y aromático que la última vez que lo viera.

XVI

Pasados los primeros meses de estupor y desequilibrio comencé a entrar en la fría realidad. Ahora veía que la muerte lo llenaba todo en el mundo con su vacío desolador. Sentía un malestar casi físico encarnando mi desasosiego espiritual. Mi cuerpo se electrizaba a veces sin motivo aparente y yo había de buscar entonces el contacto del aire helado para apaciguar mi cuerpo y mi alma. Ahora me avergüenzo de confesar que presentía la proximidad de un desenlace inminente para mi vida. Entonces no me avergonzaba. Me era absurdo suponer que mi cuerpo continuase albergando un alma sin concordancia con él por mucho tiempo. Sin duda, en mi encarnación había existido algún error de base. No había asonancia alguna entre los dos pilares que sostenían mi ser, por lo que el estallido que desglosase a uno del otro se me hacía irremediable. Pensaba en un lamentable descuido divino; Dios no tenía dispuesta aquella alma para mí, pero ella se enfundó en mi cuerpo sin consideración a los supremos designios. De aquí nacía una lucha sorda, enigmática, impalpable, que me traía y llevaba por sus veredas indeseables, mientras mi todo completo asistía a esta pugna como un espectador pasivo y paciente.

Sin embargo, observaba que yo no era una excepción, que todos arrancamos con un lastre inicial que luego se va incrementando o debilitando en el decurso de la existencia; que todo depende de que nuestro espíritu sea más o menos abierto, de que su caja de resonancias esté enfocada hacia dentro o hacia fuera. Todos portamos un impulso que nos impele desde un principio en un determinado sentido. Ahora, que este impulso no tiene más que una eficacia relativa; no trae y lleva al hombre como un muñeco sin voluntad; no le hace, no le domina, le imbuye únicamente una tendencia. El hombre, su voluntad, podría en todo momento sobreponerse al relativo determinismo que emana de su propio yo y de la misma naturaleza de las cosas.

Pero, pensaba, el lastre del resto de la humanidad era diferente al mío; el mundo era distinto a mí, no pensaba ni sentía como yo. Aun en los hombres hechos y maduros observaba frecuentemente un punto de desacuerdo. No conocía yo, fuera de mí, una vida doblada por una muerte. La muerte siempre pasaba; la memoria del ausente iba debilitándose como esos colores que sucumben sin transición, difuminándose. La muerte no suponía para el mundo

nada sustancial; era un simple accidente. «La vida sigue». Era la fórmula bajo cuyo imperio se organizaban los años, los lustros y los siglos.

En cambio, yo me sentía cada vez más arrebatado por el vacío insensato e irremediable del vuelo de Alfredo. Discurrían los meses, los años incluso, pero la fuerza de su ausencia continuaba imponiéndoseme. Y a mi alrededor yo veía que el curso de la vida retornaba a la normalidad, se encarrilaba suavemente por sus vías ordinarias, incluso para aquellos que como yo habían conocido y amado a Alfredo. Doña Gregoria volvió tras el paréntesis de su luto, a la caja de música, a sus cadencias arrulladoras de sobremesa; Martina, después de un descenso inapreciable de su optimismo, tornó a ser la que era antes de marchar Alfredo; una chiquilla juguetona, vivaracha y locuaz. El mismo señor Lesmes, tan remetido dentro de sí, acusó el tumbo durante un tiempo, pero, al cabo, se enderezó, retornó a su vida metódica y triste, pero con un método y una tristeza normales también. A veces pensaba si sería que el señor Lesmes sabía disfrazar sus sentimientos mejor que yo que era un niño, pero acababa convenciéndome de que don Mateo no tenía por qué sufrir lo que yo, puesto que no era un amigo lo que había perdido. También a Fany y a Estefanía les llegó el olvido fácilmente. Con esto sus caracteres, ya de por sí parecidos, tomaron un nuevo punto de contacto. Eso sí, la vida siguió para todos; para mí, que sentía, y para los demás, que habían olvidado ya; para doña Leonor, para Fany y para los dos pececitos de la pecera verde. La vida continuó para todos a un mismo ritmo, que a unos parecía lento y a otros rápido, excesivamente rápido y vertiginoso.

Yo encontré en adelante cierto alivio a mi vacuo estado interior en los estudios. Como fondo se mantenía siempre la sensación de Alfredo, pero notaba, no obstante, a pesar mío, que su albina silueta se desplazaba, año tras año, a una más distante lejanía. No le olvidaba, pero los contornos de su presencia se desvanecían en el tiempo.

En aquellos años estudié con avidez, como si mi temperamento se alimentase exclusivamente de un ininterrumpido desfile de letras negras, de palabras y de frases. Estudiaba o leía a toda hora, con un afán insaciable de saber, de conocer, de desentrañar un mundo tan complejo, tan vario y tan incoherente. Año tras año iba jalonando mi esfuerzo y mi vida con un nuevo avance intelectual, dando unidad y armonía a los muchos cabos de ciencia que en mi cerebro permanecían sin atar. Así hasta alcanzar el último curso.

Pero la vida avanzaba para todos y a un mismo ritmo.

De vez en cuando un acontecimiento cualquiera nos daba razón y evidencia de su paso. Un día se casó una de las señoritas de Regatillo y doña

Gregoria clamó al cielo afirmando «que todas las bribonas tienen suerte». A los diez meses la señorita de Regatillo se desdobló y parió un hijo que, en imparcial juicio de Estefanía, era bonito como las estrellas del firmamento.

Otro día amanecieron muertos los pececitos de la pecera verde. Su muerte se debió a una lamentable negligencia de mi patrona. La ventana del cuarto en que pernoctaban quedó abierta toda la noche y la helada intensa de la madrugada hizo sólido el líquido elemento en que los peces se revolvían. A la mañana un grito de doña Gregoria puso en ebullición toda la casa. Acudimos a su alarido y pudimos ver cómo los dos pececitos rojos estaban incrustados, íntegros, en un opaco y redondo bloque de hielo. Hubo lágrimas. Lloró doña Gregoria, lloró Martina y lloró Estefanía. Don Mateo se contentó con contemplar, sonriendo melancólicamente, la palma pequeña y morena de su mano izquierda. Pero, pese a todo, aquella noche tuvimos pescado con patatas, de segundo plato.

Otro día nos alarmó doña Leonor con una serie de gritos histéricos impresionantes. La habían robado. La habían desvalijado completamente aprovechando el momento en que ella oraba en la iglesia de San Pedro. Doña Leonor acudió a la Policía. Dos años más tarde nadie recordaba el hecho sino esporádicamente la interesada, para justificar la falta de detalles personales. Y advertí que, conforme corría el tiempo, las alhajas robadas aumentaban de tamaño, de valor y de belleza.

Otro día le dio una hemiplejía al abuelo. Doña Gregoria nos trasladó a todos durante una semana a su domicilio. Yacía el anciano entre las sábanas con medio cuerpo vivo y la otra mitad muerto. Hasta las barbas del lado derecho habían perdido su temblor vivaz. Cuando intentaba sonreír sólo los pelos del lado izquierdo se movían como unos hierbajos secos estremecidos por la brisa. Pasó la semana y como el viejo no llevaba trazas de morir ni revivir del todo, retornamos a nuestro hogar con una nueva pena enquistada encima del corazón de doña Gregoria que, no obstante, se adaptaba al doloroso cambio con su característica impasibilidad.

La vida seguía su curso a un ritmo implacable, rápido para unos, moroso para otros, pero objetivamente igual para todos. En un punto u otro de la ciudad iba imprimiendo la huella de su paso cada día. Era como un río que después de la avenida fuese esparciendo a izquierda y derecha de su curso los restos de los destrozos ocasionados en su expansión. Unos nacían, otros morían; unos caían, otros se levantaban; unos quebraban, otros se enriquecían; perdían unos la salud, otros la recobraban. Era un juego de ponderación exquisito, equilibrado y ecuánime. La vida, con sus entrantes y

salientes, constituía un gigantesco «puzzle» abigarrado y armonioso. Lo que uno no tenía le sobraba a otro y de la coincidencia entre las sobras y las faltas brotaba el equilibrio humano, con nada de más, pero también sin nada de menos. La vida de la ciudad se desplegaba ante mí como si recorriera una larga carretera en un coche descubierto y periódicamente unos árboles más altos que otros rompiesen la uniformidad del camino sirviéndome de puntos de referencia, de hitos diferenciales.

Así fue finalizando la primera etapa de mi vida. Extinguiéndose lenta, calladamente, como muere y se extingue una llama, pasando por las sucesivas fases de embriaguez, madurez, debilitamiento progresivo y azul. Desvaneciéndose entre los compases rutinarios de Martina golpeando el piano. Una Martina que iba creciendo, haciéndose persona poco a poco…

En mis largas jornadas de estudio sólo su voz turbaba el silencio que me envolvía. Sonaban primero las teclas del piano de la sala, luego su voz, su voz mutilada e indecisa de niña que aún emplea una infantil verborrea taquigráfica. Más tarde, con los años, su voz magnífica, bien timbrada y flexible:

Frú, frú, frú, frúhermosa cupletista… Estoy frú, frú… loquito por tu amor.

XVII

Así se presentaron los últimos días del último curso. Irremisible, imperceptiblemente, había alcanzado la meta de la etapa primera de mi vida. Contemplé su culminación sin ilusiones ni desasosiego, simplemente como un hecho natural que en sí no me producía ni frío ni calor.

Mi tío me escribía insistentemente desde Barcelona animándome a tomar una decisión para el porvenir, a que me inclinara hacia un lado o hacia otro con absoluta libertad, pero que no demorase mi elección hasta el último momento, ya que en ese caso no se elige una carrera por amor, sino como obligado recurso.

Invariablemente, yo le respondía que tuviese paciencia, que la cosa requería tiempo y que en el instante de tomar una determinación se lo haría saber con toda urgencia. Por otro lado el señor Lesmes me acuciaba en el mismo sentido. Creía ver en mí una facilidad extraordinaria para los números y todo su empeño estribaba en hacerme un gran matemático; en inclinarme decididamente hacia la arquitectura o la ingeniería. Yo no le decía que sí ni que no; le escuchaba simplemente, sin ánimo de emprender una discusión que no nos hubiera conducido a ninguna parte. Le oía con una absoluta indiferencia, convencido interiormente de que ni sus palabras me harían cambiar de parecer ni tomarle si ese parecer no hubiera sido tomado ya. Cuando don Mateo se cansaba de aconsejarme se marchaba dejándome solo.

A raíz de estas visitas solía yo meditar, con el libro abierto delante de los ojos, sobre mi futuro destino. Confieso que la ambición no me atosigaba con sus punzantes tentaciones. Solía yo tomar como punto de partida mi excéntrica contextura espiritual. Iba dándome cuenta de las anormalidades de mi carácter y mi interés directo se cifraba en hallar alguna profesión que no se divorciase de mi especial manera de ser; más bien que se adaptase a ella de una manera regular y elástica. Me observé bien por dentro aquellos días por ver de descubrir en mi alma algún indicio de vocación religiosa. Notaba que en los últimos años se había intensificado mi vida de piedad por ser incuestionablemente ella la que más me aproximaba a Alfredo y la que aún me permitía hacer algo por su acomodamiento ultraterreno. Después de muchas dudas y cavilaciones concluí por desechar esta idea. Me seducía el apartamiento del mundo, el poner frontera entre mi existencia y el siglo en que vivía, el anular para siempre el riesgo de un nuevo arraigo terreno, cuyo

desprendimiento a la larga había de causarme un nuevo dolor, pero me acobardaba ante la posibilidad de una vida excesivamente contemplativa, de que recayera sobre mis hombros una responsabilidad educacional, o quizás una labor misionera, de atracción hacia Dios de otros espíritus, para la que no me sentía con fuerza suficiente.

Evocaba con frecuencia el punto de vista de don Mateo frente a la vida, a pesar de que su autor últimamente aparentaba haberse olvidado de él. Sin duda alguna «el no ser desgraciado ya es disfrutar bastante felicidad en la tierra». Mi esperanza estaba, pues, limitada por este apotegma mezquino, tasada previamente por mi conciencia clara de lo que la vida podía dar de sí. Yo añoraba la quietud para mi espíritu, un estado neutro hacia los hombres y las cosas, una premeditada indiferencia hacia cuanto en un plazo más o menos largo podía volverse contra mí. Sabía que «la quietud suprema con poco se alcanza; meramente con lo imprescindible». De aquí que mis meditaciones tendiesen de modo primordial a procurarme en el porvenir una situación de estabilidad interior, aunque en el aspecto externo no fuese holgada o dejase algo que desear. El secreto de esta proyectada estabilidad estribaba «en quedarse en poco; —don Mateo lo había dicho también—. Al tener acompaña el temor a perderlo, que ocasiona tanta intranquilidad como el no poseer nada»; el señor Lesmes había dicho que «debemos vigilar nuestras conquistas terrenas tanto como a nosotros mismos».

Le daba la razón a mi maestro en todos los puntos que había desarrollado durante mi estancia a su lado. Sus constantes lecciones se habían desenlazado en el epílogo de la muerte de Alfredo, hecho que había venido a demostrarme la gran distancia que separa «el perder» del «no llegar», la diferencia profundísima entre el «no asir» y el «desasirnos».

Enfocadas las perspectivas de mi destino desde este ángulo —el fundamental para mi estado de alma— las consecuencias que deducía eran siempre las mismas; análogas por lo menos. Mi facultad de desasimiento era rígida y sin reservas; ni aun esforzándome podría darle la elasticidad mínima para discurrir por la vida como un individuo normal. Habla de sujetarme, de prejuzgar el alcance de mis acciones antes de consumarlas, de vigilarme noche y día para evitar un encadenamiento sentimental que con el tiempo podría costarme caro.

Estos razonamientos y otros similares ocupaban gran parte de mis horas en el último mes de permanencia en casa de don Mateo. Encerrado entre las cuatro paredes de mi habitación mi cerebro discurría serenamente, en frío, sin precipitaciones. A ratos Martina ponía un fondo musical a mis desvelos, pero

su voz, caliente y cristalina, no enturbiaba para nada la claridad de mis razonamientos. Creo, al contrario, que su música y sus canciones activaban mi potencia cerebral y hasta me hacía ver las soluciones más precisas y rotundas.

Frú, frú, frú, frúHermosa cupletista… Estoy, frú, frú… loquito por tu amor.

Hacía años que había sentido transformarse dentro de mí las corrientes que vivificaban mi ser. Dejé de ser un niño para convertirme en un medio hombre, para alcanzar esa edad peligrosa, púber, en que los vientos de las pasiones se entrecruzan dentro de nuestro pecho poniendo un biombo, más o menos tupido, a toda otra consideración espiritual. Adivinaba que, con el correr del tiempo, el cuerpo se transforma, exige un complemento físico; un complemento que iba más allá del complemento limpiamente cordial, sin exigencias más bajas; un complemento cabal, amplio, sin restricciones, donde los sexos descubren, al fin, el misterio para que fueron creados. En este punto se condensaba ahora toda mi inquietud. Estaba decidido a «no tomar», a «no asir» jamás nada que pudiera afectar al campo de mis sentimientos, a no amar y no ser amado, a no dejarme arrastrar por la fuerza de mis instintos. Comprendía que mi solución temporal se escondía en un amor alto y sin engaño, en una mutua entrega de energías e inquietudes. Mas el inconveniente se ocultaba en la misma temporalidad de esta solución, en la condición finita de toda relación humana, en que a la larga todo muere, se derrumba, termina por disociarse en el tiempo; en que «fatalmente uno de los dos ha de enterrar al otro».

La experiencia de Alfredo me servía de escarmiento en estos trascendentales instantes. Cinco años no habían bastado para debilitar su recuerdo. No su recuerdo físico, sino su influencia, su espíritu. Un amor más grande, una entrega más completa, produciría en mí al deshacerse un desconcierto tan intenso que muy bien podría concluir en la más abominable traición a Dios: el suicidio.

Frú, frú, frú, frúhermosa cupletista… Estoy, frú, frú… loquito por tu amor.

Mis determinaciones las rubricaba Martina con su estribillo sutil, enervándolas, poniendo sordina a su relevante importancia.

Momentáneamente me dejaba portar, abatido, entregado en los brazos de su canción. Pero inmediatamente mi cerebro, espoleado, recomenzaba su actividad como si hubiese sido sustituido por otro nuevo, fresco, potente, sin estrenar aún.

Tres tardes antes de acabar los exámenes llegué a una definitiva resolución. Convencido de la imposibilidad de elegir el rumbo de mi destino estimando únicamente el valor de mis aptitudes, me decidí, al fin, por una carrera que, conservándome en el mundo, me permitía al propio tiempo mantenerme apartado de él. Decidí hacerme marino mercante. Esta profesión aunaba todas mis ambiciones. Su carácter variable, la constante movilidad de horizontes y de personas, rimaba a la perfección con mi deseo de evitar tratos y relaciones reiterados o permanentes. Una vez tomada me pareció que era esta solución la que, inconscientemente, había ambicionado toda la vida. Evoqué a don Felipe y sus maravillosos relatos de la vida marinera. Rememoré la idea que del mar me imbuyera Alfredo al regresar de su visita a la playa. Y me hizo el efecto de que estas sensaciones, que incidían ahora en mi ser, eran resurrección de unas mismas sensaciones que me habían poseído de siempre anteriormente.

Había cerrado el libro como único medio de dar a mi determinación la solemnidad obligada, como único ritual con que podía adornar mi decisión unilateral, silenciosa y fría.

Martina cantaba desde la sala como otras tardes. Me levanté de mi silla con la tranquilidad de quien acaba de rematar un trabajo excesivo y urgente. Necesitaba descansar, airearme de vida externa, dejarme absorber por acontecimientos ajenos a mí, aunque estos acontecimientos fuesen tan simples como el ver a Martina enfrascada en su tarea de aporrear el piano. Entré silenciosamente en la sala y observé un momento la espalda erguida de la niña. Después me aproximé a ella sin que me advirtiera. Inopinadamente empezó a cantar.

Tras los cristales de aquel balcón hay unos ojos que adoro yo… Prenda mía del alma, que si tú no me quieres de pena moriré.

Sus dedos pequeños y elásticos recorrían ágilmente el teclado como una serie de pantorrillas femeninas danzando etéreamente sobre un escenario de marfil. Me pregunté cómo doña Gregoria permitirla que en su casa su propia hija, menor, entonase aquellas canciones eróticas que parecían escritas ex profeso para halagar la graciosa coquetería de las señoritas de Regatillo.

Martina continuaba golpeando las teclas con una clara noción de la armonía. Sus dedos, tiernos, fugaces, rosados, se curvaban en las puntas, hacia arriba, al pulsar cada tecla. Sólo ante Martina me di cuenta de que algo se consumía, se cerraba sin remedio dentro de mí. Me percaté del suave ronroneo del tiempo que escapa, que huye, sin volver una sola vez los ojos. Advertí que las cosas empiezan a gustarnos cuando necesariamente tenemos que desprendernos de ellas. Miré al papel rameado de las paredes como algo muy mío, como si mi propio interior estuviese tapizado de él… En aquel mismo cuarto nos recibió, años antes, el señor Lesmes. Entonces yo no era más que un rapaz animado por una vitalidad prestada, sin jugo propio, sin capacidad de raciocinio. Ahora las cosas habían cambiado y, por lo menos, ya sabía que de una sociedad de dos, uno fatalmente ha de enterrar al otro. Sabía siquiera que la materia se desintegra, se desvanece, que es caduca, finita, limitada. Sabía que la sombra del ciprés es alargada y corta como un cuchillo. Sabía…

Tras los cristales de aquel balcón hay unos ojos que adoro yo… Prenda del alma mía…

Sabía que el hombre, físicamente, es como una planta que nace de la tierra y acaba en ella… Fatalmente también…

Al día siguiente escribí a Barcelona, a mi tío, anunciándole mi espontánea decisión. Días después recibí su respuesta, de una disconformidad absurda. Me decía, entre otras cosas, que yo no me daba cuenta de lo que hacía, que estaba influido por una imaginación pueril que decía muy poco de la seriedad de un hombre de diecisiete años; que la vida de marino, aparte de ser muy dura, no me permitiría aprovechar todas mis dotes intelectuales que a juzgar por mis notas del bachillerato y los informes de don Mateo eran vastas y desarrolladas: que meditase, seriamente, sobre este paso, ya que el darlo en falso equivalía a esquinarme con la vida, a perder el ritmo, el equilibrio y caer… No me decía dónde era donde podía caer y si la caída seria mortal de necesidad o no. Volví a escribirle manteniéndome firme en la línea que me había trazado. Le aseguraba que el dar mi brazo a torcer me contrariaría tanto como podía contrariarle a él mi determinación de ingresar en la Escuela de Náutica. Respondió que «fuese así, puesto que yo así lo deseaba». Con esto cedió también la presión del señor Lesmes, a quien adivinaba en concomitancia con mi tío para hacerme desistir de mi propósito. El juego y la correspondencia «subterránea» que sin duda habían mantenido entre ambos hubo de ceder ante mi terca contumacia, frente a mi voluntad decidida a

enveredar mi futuro conforme a los principios que directamente recibía de mi conciencia. Con esto y el aprobado en mi última asignatura quedaron orilladas todas las dificultades.

Dediqué los días siguientes a rematar este lapso con dignidad. Uno de mis primeros quehaceres fue el de acudir al cementerio a despedirme de Alfredo. El pino estaba más tripudo que nunca y la chicharra no cesaba de cantar. Nuestros nombres, impresos en la corteza, iban creciendo de conformidad con el desarrollo del pino. Dije adiós a Manolito García, víctima de horrible disentería, y le compadecí otra vez. La sombra del ciprés, alargada, acicular, dividía su lápida en dos. Pensé que las cosas largas, afiladas, eran más tristes que las redondas. Di la razón a Alfredo, por su elección de un lugar de reposo sombreado por un pino. Me percaté de que hay temperamentos que parecen agujas y temperamentos que parecen dedales. Temperamentos incisivos y temperamentos receptores. Imaginé que una sombra determinada cobija a los hombres en la vida lo mismo que en la muerte. Adiviné que la sombra que a mí me cruzaba el corazón era alargada y fina como la de un ciprés; idéntica a la que partía en dos la lápida de Manolito García…

Al día siguiente abandoné Ávila. Cuando salí de casa con las maletas camino de la estación, crucé la plaza para despedirme de los muñecos de la hornacina. Estaban rígidos como nunca, indiferentes al paso de los hombres y las cosas. «La piedra perdura; la carne no», pensé, y les dije adiós con la mano. Mi generación pasaría sobre ellos sin mudarles. Moriría yo y ellos permanecerían igual que el día que nací. Me volví para decirles adiós otra vez. Comprendí entonces que en esta despedida se encerraba mi doloroso adiós a la ciudad entera.

Doña Gregoria, Estefanía, Martina, el señor Lesmes y Fany me acompañaban en silencio. Me parecía que la gente nos miraba con curiosidad; nos compadecería seguramente, presintiendo una despedida. La estación olía a carbonilla atrasada, tras años de soportar el paso de los trenes. Noté un nudo grueso, con puntos dolorosos, en la mitad de mi cuello. Comprobé que ese nudo crecía y aumentaba sus aristas pungentes al mirar a mis acompañantes. Bajé la vista y me puse a pasear de puntillas sobre los baldosines contándolos, intentando contarlos como un día las pecas de la cara, de Alfredo. Silbó un tren. Sentí los brazos sofocantes de doña Gregoria apretándome el cuello. Tenía húmeda la angulosa mejilla. «Cuídate, hijo; escríbenos». (No sé precisar si estas palabras me entraban desde fuera o salían de dentro de mí, tan tenues eran, tan vaporosas…). Me asieron ahora los brazos de Estefanía, la inefable Estefanía que no gustaba de dormir la siesta… El nudo de mi

garganta crecía, crecía… Diría yo que era como las muescas en la corteza de los árboles, como nuestros nombres en la corteza del pino… Martina saltó a mi cuello y me besó llorando. Si hubiese sido dos años más tarde, Martina se hubiese abstenido… Noté contra las piernas el aliento fumoso del tren. Brincó Fany una y otra vez sobre mí. Me abrazó don Mateo. De nuevo silbó el tren. Me vi de repente encaramado en él, asomando mi rostro por la ventanilla entre caras desconocidas, diciendo adiós con la mano. Lágrimas, lágrimas, lágrimas… y el nudo de mi garganta esforzándose en asfixiarme, en no dejarme respirar. Se estremeció el suelo del vagón. Ya estábamos en movimiento. Sentí un entrañable alborozo al abandonar vivo aquel manojo de seres. Imaginé que la sombra que velaba el corazón de don Mateo era acicular y alargada como la del ciprés. Y también la de doña Gregoria… y la mía… Deseé para Martina, para la pequeña Martina, una sombra plena, redonda…

Re-don-da-re-don-da…

El paso de las ruedas sobre las entrevías subrayaba, silabeándolo, mi deseo. Allá, a lo lejos, vi agitarse un pañuelo blanco, muy blanco, tan blanco como los retazos de nieve que aún se agarraban a los picachos más altos de la Sierra…

LIBRO SEGUNDO

«No es bueno que el hombre esté solo».
Génesis

I

Ya en mi nuevo acomodamiento fueron desfilando los años. Progresó mi conciencia del mundo externo, conocí el mar, la vida en común, la atmósfera privativa de cien ciudades, pero todo resbaló por encima de mí sin que mi obstinada resolución tomada al abandonar Ávila se alterase en absoluto.

Mientras estudié en la Escuela de Náutica, en Barcelona, me alojé en casa de mi tío. Económicamente, él había prosperado mucho. Vivía muy desahogadamente y hasta con lujo. En contra de lo que yo neciamente había imaginado, trabajaba también, casi de sol a sol, como un bracero. Conmigo no estuvo demasiado amable; me aceptó con resignación pero nada más. Comprendía que el tiempo no había transcurrido en balde y que a los diecisiete años ya empieza uno a darse cuenta de la calidad moral de las personas que le rodean. Por ello quizás, en ocasiones le veía esforzarse por aparentar afabilidad, cordialidad incluso, con la especiosa idea de que yo no echase de menos otros cariños que me habían faltado en la vida.

Al verme frente a él me abrazó, asegurándome que me había desarrollado mucho en el último año que había dejado de verme. Intentó luego disuadirme de mi proyecto de ingresar en la Escuela de Náutica, mas yo me sostuve en mis trece. Sólo después de dos semanas de analizar mi actitud terca y recalcitrante, acabó por resignarse y concederme amplia libertad para que diese a mi vida el rumbo que desease.

Recién llegado de Ávila, recuerdo que Barcelona me causó una impresión violenta. Algo así como si de un solo salto hubiese pasado de la serenidad mística de un convento a la vitalidad laboriosa y activa de un gigantesco taller. Aquí la gente se movía en enjambres, agobiado cada cual por el peso de sus problemas, pero sin tener en cada esquina un monumento añoso y amarillo que nos recordase constantemente que la generación actual pisaba sobre otros tres estratos históricos. En Barcelona la Historia había pasado del todo; no había ido dejando, como en Ávila, residuos o maulas más o menos arcaicos. El señor Lesmes, pensaba, hubiese estado aquí descentrado y solo, aunque tal vez don Mateo, de haber nacido en Barcelona, sería hoy un experto negociante en tejidos, entregado de lleno a la fiebre del comercio y postergando en consecuencia la llama interior que ardía sin consumirle.

Las dimensiones de la ciudad me impresionaron tanto como su psicología. Echaba de menos mis paseos por la periferia de Ávila, donde bastaban pocos minutos para rodear la ciudad completamente. Aquí había de conformarme con recorrer un par de calles sin fin para regresar a casa más cansado que si en Ávila hubiese dado cinco vueltas seguidas a la muralla.

Estudié mucho aquellos años. Apenas si buscaba el contacto con mis compañeros de curso. Ellos vivían su vida liviana y fácil, más hacia fuera que hacia dentro. Su actitud me desorientaba con frecuencia. No les entendía, ni ellos me comprendían a mí. Vivíamos en dos esferas aparte, pero tan próximas que a cada instante cabía presumir el choque. Un día llegó éste, inesperadamente.

Solían varios de mis compañeros matar las tardes de los sábados organizando alguna francachela colectiva, que luego les servía al menos para jactarse y presumir ante los demás el resto de los días de la semana. Una mañana de lunes, el que capitaneaba el grupo adoptó conmigo una actitud ridícula en fuerza de ser pretenciosa y soez:

—¿Cuánto tiempo hace que no vas de juerga?

—Dieciocho años.

Al principio se quedó un poco cortado, pero casi inmediatamente soltó una estentórea carcajada y me golpeó bárbaramente la espalda con la palma de la mano.

—Eres genial —añadió—; pero ¿por qué no te has metido cura?

—Prefiero esto.

—¿Vas a decirme que piensas conservarte «íntegro» moviéndote en esta clase de vida?

Nos rodeaban cinco o seis incondicionales del gallito. Alguno, más tonto y flojo que los demás, reía sus palabras como si en cada una de sus sílabas se encerrase un chiste.

—Por lo menos mis primeros ochenta años; luego ya lo pensaré.

Volvió a reírse con fuerza en mis barbas. Sus satélites le corearon.

—No querrás hacernos pensar que eres un… un…

Hubo un instante en que perdí la noción de mí mismo. Cerré el puño derecho y le disparé un soberbio puñetazo en la mejilla. Él se hizo atrás aturdido, reacio a creer que alguien hubiese osado levantarse contra él. Sus compañeros, previendo una pelea, nos hicieron corro. En el fondo creo que todos deseaban mi victoria. Los mismos incondicionales del gallito se sentían llenos de esa morbosa sensación placentera que produce la caída del ídolo. Les poseía un difuso afán iconoclasta. (Existe en esta clase de amistad

jerárquica, donde uno está por encima de los demás, una recóndita y secreta esperanza de ver llegar la hora en que el déspota caiga, se derrumbe, impulsado por la figura más oscura y anodina del grupo. Es el mismo enfermizo placer que lleva al pueblo a aplaudir la caída del dictador que ellos auparon un día con el propio esfuerzo).

El gallito vino hacia mí con los puños cerrados. Quería ofrecerse tranquilo, frío, muy capitán, pero la mueca de conejo rencoroso que asomaba entre sus labios le delataba. Me percataba yo de su desventaja en relación conmigo. Él se jugaba su predominio, su hegemonía, ganado a costa de Dios sabe qué sucios relatos de sus experiencias mujeriegas. Yo no me jugaba nada. Todo lo más mi tranquilidad escolar para lo sucesivo, mi apacible permanencia en el seno de mis compañeros. Intentó golpearme con sus dos puños, pero su acaloramiento le llevó a hacer dos desgarrones en el aire. Se hizo atrás de nuevo presintiendo mi reacción. Yo esperé aún. Cuando nos aproximamos otra vez sentí un golpe en la garganta y un dolor agudo en los nudillos de la mano izquierda. Le había alcanzado fuertemente en la boca y él ahora escupía unos salivazos sanguinolentos.

Alguien nos quiso separar, pero el gallito le mandó apartar violentamente. Una voz detrás de mí dijo: «dejadles». Se acentuaba en mi adversario la mueca de conejillo encolerizado. Pendía de sus labios una baba de sangre que subía o bajaba sin llegar nunca a caer del todo. De repente el gallito vino hacia mí y comenzó a aporrearme corajudamente, sin orden, finalidad ni método, no procurando la calidad, sino la cantidad, como si diez dedalitos de agua fuesen más eficaces que una herrada para ahogar un gato. Cerré mi guardia como pude y soporté pacientemente el chaparrón de golpes. Sin duda nuestros compañeros imaginaron que aquello estaba ya decidido. Debieron de pensar que me entregaba demasiado pronto. Con seguridad se sorprendieron cuando yo, de un rápido salto hacia atrás, me puse fuera de tiro y los cuatro últimos golpes del gallito —dos de cada puño— se perdieron en el aire. Aproveché su desconcierto para meterle entre su defensa desarticulada dos cortados ganchos, secos y rotundos. Se tambaleó el gallito como si estuviera ebrio. Empero volvió a aproximarse sin notar ya los impactos de mis puños. Volví a asentarle un nuevo derechazo en la boca del estómago, y cuando derrotado inclinaba su busto hacia mí, le propiné un directo magnífico en la barbilla que pensé había de ser el definitivo.

Pero aún se rehízo el hombre. Admiré su capacidad de resistencia. Tornó a enfrentárseme y a ofrecerme, desguarnecido, el apetitoso blanco de su

rostro. Le golpeé duramente la nariz por tres veces. Él dejó caer sobre mí sus puños con escasa violencia, desmayadamente…

El corro se estrechaba en derredor nuestro. Los espectadores tenían una respiración entrecortada, contagiados por nuestro jadear de fuelles viejos. Sangraba el «eminente» en tanta abundancia que no sabía yo precisar qué partes de su rostro eran las contusionadas. Súbitamente me harté, aprecié la necesidad de desenlazar aquello rápidamente, sentí un temor turbio de que nuestros profesores nos sorprendieran en este trance y que la pelea pudiera trascender al logro de mis ilusiones. Pasé enérgicamente a la ofensiva. Bajo el dolor de uno de mis mamporros el gallito se agachó y yo, aprovechando el resquicio de aquel desvanecimiento, disparé vigorosamente mi puño contra su mentón rendido. El gallito acusó el impacto instantáneamente. La cabeza se le dobló hacia atrás y cayó al suelo, fofo, quebrado, desmarrido, como un pelele de trapo. Hubo un silencio a mi alrededor. Seguramente los antiguos incondicionales ocupaban esta pausa en cambiar los colores de su chaqueta. El déspota había caído, había sido triturado. En lo sucesivo no tendrían ya por qué encogerse ante sus bravatas, ni que admirar las torpes jactancias de sus devaneos mujeriegos. Habían sido liberados por el más nulo, el más oscuro de sus camaradas.

Este episodio sirvió para demostrarme que la juventud, en la segunda decena de la vida, rinde un culto, casi idolátrico, a la potencia de los puños. En adelante mis compañeros acogieron mi presencia con respeto y admiración. Presentía que, de haberlo deseado, mi victoria me hubiese encumbrado al puesto que el gallito acababa de abandonar. Pero no quise estrujar mi triunfo hasta ese punto. Me bastaba con tener garantizada mi tranquilidad, la vida retraída, apartada, que yo gustaba de vivir. Me parecía que con aquella pelea había desbrozado el camino de mi vida, que podría en el porvenir avanzar con la cabeza levantada, sin el temor de que nadie me preguntase adónde iba ni el motivo por el que yo iba así. Nadie, efectivamente, volvió a interponerse en mi vida privada. Mi conducta podría extrañar a unos y admirar a otros, pero nadie me criticó en lo sucesivo, ni coactó el orden, minuciosamente seleccionado, de mis pensamientos y mis acciones.

Así, oscuramente, inadvertido, concluí mis estudios en la Escuela de Náutica de Barcelona, dejando abrochado, rematado, un nuevo lapso de tiempo.

Terminados mis estudios me enrolé en un barco frutero para cumplir mis cuatrocientos días de prácticas. El buque se llamaba *San Fulgencio* y

desplazaba cerca de tres mil toneladas. Era un barco muy activo; apenas si permanecía en el puerto algún día fuera de los necesarios para la carga, la estiba y la descarga. Por lo demás navegábamos constantemente, haciendo escalas en el Norte de España, Oeste de Francia y en la zona meridional de Inglaterra.

Aprendí entonces a ver tierras y mares; a navegar y a desenvolverme en el mundo; empecé a convencerme de que el moverse por la tierra causa mayores trastornos que cruzar el mar y que el temor al mar de los hombres de tierra se debe antes que nada a un fenómeno de sugestión apoyado en la idea obsesiva de la inmensidad en profundidad, longitud y anchura. A mí, que poco a poco iba trocándome en un hombre de mar, me mareaba la tierra más que el agua. Me mareaban los hombres con sus mezquinos problemas a cuestas, con su locuacidad desbordada, con sus ambiciones, con sus odios, con la previsión clara de su vitalidad efímera, infaliblemente limitada. Encontraba por contra que el océano traía consigo la paz a los espíritus. Una paz sedante y fácil, que sólo puede dar lo que no ofrece límite ni barrera en el espacio ni en el tiempo.

En aquellos días de mi primer contacto con horizontes amplios, con superficies inconsútiles, sin rematar, creí se desvanecería fácilmente la aleatoria amenaza que yo presentía, que yo hacía balancear sobre mí vedándome toda posible desviación del árido camino pretrazado. Creí ingenuamente que mi enfermedad sin microbios podría ser tratada bebiendo intensa, pacíficamente, la naturaleza, aletargándome en su contemplación, dejándome emparedar entre el cielo inmenso y el mar inmenso, y llenándome de su dilatación uniforme y vasta.

A veces costeábamos el litoral y entonces un elemento se unía al cielo y al mar, ayudándoles en su ingente tarea. Me agradaba extraordinariamente que el San Fulgencio navegara, ciñéndose a la costa. La tierra entonces, desde el mar, hacía el efecto de algo tan bello que sólo podía concebirse como fondo de un decorado artificial. Las cosas y los hombres perdían sus perfiles íntimos y se nos ofrecían uniformes, animados de una policromía vistosa, todo un poco reducido y mecánico; ficticia en fuerza de parecer tan bella. Y el barco continuaba zigzagueando, pronunciando las ensenadas y los cabos, dibujando el mapa en esa línea misteriosa, que siempre me había fascinado, donde la parte amarilla, roja o verde de las costas se funde con el azul intenso de los mares.

Una franja de color canela solía marcar la frontera entre el agua y la tierra. Más allá comenzaba a brotar la vegetación desigual y asimétrica, en ese desorden caótico y ordenado al propio tiempo con que sólo Dios sabe animar

sus propias obras. En ocasiones, cuando el litoral que recortábamos era el del Norte de España, me deleitaba dejando pasar las horas absorto en una muda contemplación. La tierra, en esos casos, adquiría calidades de óptima belleza. El azul y el verde se asociaban en la franja canela divisoria, demostrando al orbe entero que entre todos los colores cabe una armonía cromática, que ningún color riñe con otro si la tonalidad proviene de las vitales energías que animan espontáneamente la costa de la tierra. Se extendían los bosques, apretados, densos, exuberantes, corriendo ladera abajo hasta detenerse a dos pasos del mar. Bosques de castaños, de eucaliptos, de pinabetes… Bosques y bosques a lomos de los prados verdes, formando un tapiz de irisaciones delicadas, donde nada contrastaba briosamente, sino desposeyéndose lenta, paulatinamente, de su coloración particular; fundiéndose, entregándose a la luz común en un mórbido impulso de renuncia hacia la propia forma y la sustancia característica.

El paisaje emanaba frescas vaharadas de clorofila, una paz vegetal, plena, estimulante. De vez en vez algún caserío blanquísimo aparecía en el centro de un prado, rodeado de vacas opulentas, blancas y negras, de un rebaño de yeguas desnudas, sin arrear… Se adivinaban los relinchos lejanos, las voces inarticuladas de los cencerros, el silbido del gañán llamando al orden a alguna res descarriada. Después doblábamos otro cabo y la perspectiva cobraba de súbito un aspecto fosco, salvaje, abrupto. Un acantilado quebrado, recio, nos enseñaba los dientes amenazadoramente. Las crestas rocosas, deformes, se asomaban al mar desde alturas inconcebibles. Rompían las olas con estrépito al chocar contra los escollos bajos, que apenas emergían de la superficie. Los gritos de las gaviotas adquirían una penetración especial al rebotar en el acantilado. Junto a los peñascos de la cumbre revoloteaban las grajillas, acompañadas por el agudo acento de sus graznidos. Al vernos las gaviotas planeaban sobre el barco, esperando que algo apreciable se desprendiese de él. Las grajillas, contrariamente, no se inmutaban a nuestro paso. Sentían hacia la inmensidad del mar un pánico instintivo. Aun habitando en el confín entre la tierra y el mar, ellas vivían absolutamente de espaldas a éste. Nada querían ni esperaban de él. Si es caso recrearse en su contemplación con una mirada oblicua desde la altura. Pero nada más.

Ya dejábamos atrás la pequeña cala con sus impresionantes y agudas crestas. Las gaviotas nos acompañaban un rato y espaciadamente iban renunciando a seguirnos. De nuevo surgía de la tierra, ondulada y turgente, la maravillosa flora con sus mil matices de verdes combinados al desgaire. Nuevos bosques de castaños, pinos, eucaliptos… En una ligera depresión de

la costa asomaba un pueblo de pescadores, una veintena de casas blancas, recién lavadas, con sus lanchas delante, amarradas a un puertecito rústico y elemental. Algunas veces sus moradores nos decían adiós agitando trapos vistosos desde las ventanas. Otras tropezábamos con las lanchas metidas ya en faena, preparando las redes para la pesca. Pero al poco rato también el pueblecito, las lanchas y los pescadores quedaban atrás, perdidos en la distancia o a cobijo de una prominencia ribeteada por la estela de nuestro barco.

Cuando navegábamos por alta mar las percepciones de mis sentidos, aunque distintas, contribuían también a devolverme parte de la quietud perdida. La uniformidad del escenario hacía mucho bien a mi compleja constitución interna. Iba lentamente limando aristas, puliendo asperezas, redondeando, organizando mi deteriorado sistema nervioso. La mar era algunos días como una cuartilla azul, pero sin ángulos. Otros se empinaba a trechos, se ondulaba como una tierra atravesada de surcos. En estos casos el *San Fulgencio* se adaptaba, remarcaba, uno a uno, los tumbos de su superficie, lo mismo que esos rapaces que recorren una manzana de casas siluetándola en todos sus accidentes con su dedo o una tiza.

En ocasiones los peces saltaban por los costados, imitando a los pájaros. Cortaban el aire fugazmente, dejándonos la sensación de su paso casi sin verles, sin hacer ruido, como estrellas fugaces. El cielo brillaba arriba cubriendo el mar como un gigantesco toldo. A ratos parecía que ambos —cielo y mar— se hacían la competencia, discutían sus dimensiones y calidades. Al cabo me daba cuenta de que nunca dos buenos amigos se abrazan tan estrechamente como ellos lo hacían ahora allá en la línea difusa del horizonte.

Así fueron marchando los días, fluyendo del tiempo puntuales, monótonos, sin un fallo. Y yo seguía esperando sin tener una conciencia clara de qué era lo que esperaba. Tal vez mi retorno a un equilibrio interior, tal vez algo grande, tremendo, inesperado, algo indeterminado, deseable por su misma imprecisión. En el fondo tenía esperanzas de sanar por dentro; de que el tiempo y la naturaleza fuesen debilitando las profundas roderas que en mi ánimo imprimiese el carro de la muerte; de poder decir algún día «he sido un loco» y reírme hasta desmayarme de mi locura; de poder decir al mundo con una risa de oreja a oreja: «Señores, yo jamás pensé casarme y hoy aquí me tienen: quince hijos en veinte años». Pero atrás de todas estas esperanzas imprecisas y vagas, que ni aun a mí mismo conscientemente osaba confesarme, me atormentaba una idea fatalista: «El hombre puede cambiarlo

todo —me decía—, transformarse hasta físicamente, enmendar su vida, sus instintos, sus costumbres, pero jamás podrá modificar la luz que porta dentro de sí y a cuya claridad examina la mesmedad de su paso. El hombre libremente puede elegir su camino, pero no puede alterar a voluntad la luz bajo la cual camina».

En tanto, seguía esperando. ¿Qué? No lo sé. Algo indefinible, inconsistente. Pero seguía esperando…

II

Sólo Dios sabe si por aquel entonces tuve alguna posibilidad de modificar el mundo de mis ideas. Pero, desde luego, si esa posibilidad llegó a existir, tengo el riguroso convencimiento de que fue la guerra quien la quebró, quien la deshizo completamente.

Aún estaba yo embarcado en el *San Fulgencio* cuando estalló. Como todas las guerras, su iniciación tuvo tanto de esperado como de sorprendente. Surgió el día que dos hombres, cabezas de país, se dieron a razones menos que de ordinario.

—Oiga, se me está usted subiendo ya a las barbas con tanta historia —debió de decir uno de ellos.

—¿Dice usted «guerra»?

—Sí, guerra.

—Pues, ¡sea guerra, ya que usted lo quiere!

(Verdaderamente, los dos hombres estaban deseando zanjar sus diferencias con las armas en la mano. Lo importante era ocultar ese deseo hasta que el de enfrente no lo mostrase. Había que ganar, primero que la guerra, la opinión universal. En resumidas cuentas, era esta opinión quien en último término había de decidir el pleito. Y la opinión universal no se ganaba pronunciando el primero la palabra *guerra*, ya que la guerra es especialmente odiada por los no beligerantes).

Y un montón de hombres arremetió a tiros con otro montón contra el que nada tenía en realidad. El otro montón respondió también, naturalmente, con tiros. Los dos montones comenzaron a disminuir; decrecían a ojos vistas. Y un día, después de mucho ruido y muchísima sangre, se vio que de uno de los montones no quedaba ni rastro; del otro unos pocos, muy pocos. Estos pocos, al ver que no restaba nada del montón de enfrente, empezaron a desgañitarse afirmando que habían conseguido la victoria. Pero ¿habían conseguido alguna victoria en realidad? ¿El haber disminuido su montón hasta casi desaparecer, podía ser estimado como una victoria por el mero hecho de que el montón adversario hubiese sido asolado? La verdad era demasiado triste para reconocerla. Empero era cierta; el montón esquilmado sufrió una espantosa derrota; el montón con supervivientes fue también derrotado, pero menos.

En el fondo creo que los dos bandos, por motivos más o menos ocultos, hubiesen llegado a las manos de todas maneras. Había muchos problemas de

por medio. Pero también había que dar los rodeos oportunos para que fuese el otro quien declarase la guerra, para poder decir un día: «Nosotros no hicimos otra cosa que repeler la agresión». Éste era el primer paso hacia la derrota menor en las guerras modernas, hacia lo que los supervivientes, un poco a ciegas, llamaban pomposamente «su victoria». La verdad era que entre todos los problemas que distanciaban a los dos bandos no sumaban, ni remotamente, lo que la guerra. Es decir, que las cuestiones causa de la guerra se hacían nimias, imperceptibles al compararlas con las cuestiones gigantescas que la lucha creaba. (Después de todo era ésta una solución muy humana. El hombre es muy capaz de quedarse en cueros por adivinar el paradero de la lavandera que le hurtó unos calzoncillos. Prefiere perder todo su poderío antes que una sola unidad de él pase a incrementar el del vecino de la casa de enfrente).

Ningún problema ofrecía las características fabulosas de la guerra y, sin embargo, era a la guerra donde se agarraban para intentar resolver los problemas de menor cuantía que abrían diferencias entre ellos. Era la teoría del mal menor aplicada al revés; es decir, la teoría del mal mayor con toda su cohorte de deformaciones y absurdidades.

Esta guerra empezó por desconcertarme. Siempre pensé que en una guerra de este tipo hay un agresor y un agredido, uno que ataca y otro que se defiende. Uno para quien la guerra es lícita, justa, y otro para quien la guerra es absurda, caprichosa e inmoral. Por ello me pilló de sorpresa el ver cuán difícil resultaba precisar quién de los dos contendientes en este caso abandonó primero las vías de paz para dedicarse abierta, decididamente, a la guerra. Las disculpas de las «hondas diferencias» para justificarla no me convencían en absoluto. Me hubiera resultado convincente de ser la guerra algo que, por detrás de sus monstruosidades, servía para rellenar la «hondura de esas diferencias»; pero no desde el momento en que la guerra abría «la más honda» de todas las diferencias para un próximo porvenir, encerrando a los contendientes en un círculo vicioso de guerras cada vez más extenuantes y «justificadas».

No; no había forma de precisar con rotundidad quién era el agresor. Los dos bandos «querían» la guerra. Uno para cortar el auge del otro. El otro para evitar la expansión del uno. Una expansión, claro, más simbólica que real, económica exclusivamente; en fin, que la guerra la hacían ambos no tanto por beneficio propio como por alicortar las ilusiones del prójimo.

En la historia pasada, pensaba frecuentemente, los campos estaban más definidos. Había siempre agresores y agredidos, ambiciosos y ambicionados,

atacantes y defensores, coincidiendo casi siempre con los fuertes y los débiles. Pero se les conocía enseguida y, además, ellos no trataban de enmascarar nunca sus móviles codiciosos. Romanos, bárbaros, árabes, persas y turcos fueron agresores; peleaban impulsados por su ambición desmedida. Iban a por más ancho campo, a por nuevos horizontes, a buscar mares si habitaban un territorio interior o a buscar tierras si ocupaban una faja litoral. Mas iban claramente a lo que iban. Ahora era todo diferente. Más hábiles los manejos, más farisaicos, más diplomáticos… Ahora los contendientes se perdían en un estéril peloteo de culpas, tratando de demostrar al mundo que ellos eran los pobrecitos embaucados, que el verdadero agresor, el sin escrúpulos, el asesino de mujeres y niños, era el del otro lado, el adversario. Pero no podía haber un punto de vista general y común, como se me antojaba que existiría en la antigüedad con respecto a las guerras de la antigüedad. «Quizá —pensé— sean estos fenómenos de la perspectiva histórica; fenómenos que afectarán igualmente a las guerras actuales cuando los siglos pasen sobre el mundo».

Yo viví muy de cerca aquella guerra. Más cerca que los mismos contendientes. Ellos, de tan cerca, no pudieron ver ni palpar la extraña deformación que ofrecía la tierra en aquellos años. Ni el inquietante mar de sangre que rodeaba a la civilización por todas partes. Yo sí lo vi. Tal vez demasiado cerca, demasiado vívido y rojo para olvidarlo tan pronto. El *San Fulgencio* realizó en aquella guerra, como otros buques españoles, muchos servicios humanitarios. Un día recogimos del mar tres aviadores derribados que se defendían con ahínco desde su aparato inservible de la implacable asechanza de una escuadrilla de caza enemiga que los ametrallaba en cadena. Me enfureció esta ciega pasión contra el hombre; este matar por matar, sin otro objetivo que destripar al contrario. Evoqué las palabras de doña Gregoria cuando hablaba del «aerostato» como de un prodigio increíble. Ahora estaba allí, fiero, acosador, empleado con saña contra el hombre que le había sacado de la nada. Pensé que la civilización es un arma de dos filos que se vuelve contra el hombre si éste no se revuelve a inmovilizarla. La civilización crea y destruye a partes iguales, dejando al hombre siempre en un inevitable punto muerto, sometido a una humillante y perenne relación de dependencia.

En otra ocasión salvamos a varios náufragos de un barco mercante torpedeado por un submarino. Eran nueve hombres que luchaban incomprensiblemente contra las olas a bordo de un minúsculo chinchorro. Estaban extenuados, hambrientos, manteniéndose sólo merced a esos prodigiosos arrestos, a esas reservas incalculables de que es capaz el hombre

llegado al último extremo. Una vez recogidos continuamos buscando a sus compañeros.

Las costas de Irlanda estaban próximas; se dibujaban tenuemente, como suavizadas por un difumino, en la lejanía gris de aquel atardecer de invierno. La mar saltaba, excitada, bronca, rizada por el viento huracanado. Las olas se encrespaban, barrigudas, furiosas sobre la inestable superficie, y reventaban seguidamente, como si contuviesen dentro alguna materia explosiva. El *San Fulgencio* se resentía de este influjo. El mar jugaba con él, dotándole de un movimiento de cuchareo inestable y persistente. El viento chocaba contra la obra muerta produciendo ruidos extraños, silbidos penetrantes y agoreros. Virábamos constantemente, olfateando aquí y allá, como un perro de caza siguiendo un rastro. Sólo dos de los náufragos permanecían en el puente con nosotros. Procuraban orientarnos en aquel mar vago y uniforme. Vimos de repente una gaviota de vuelo pausado caer sobre el mar y no volver a enderezarse. Aquello nos pareció sintomático. Al acercarnos observamos que el blanco animal reposaba sobre algo deforme que flotaba haciendo remolinos sobre las olas hirvientes. Lentamente el *San Fulgencio* se aproximó. Sentí una impresión quebrada como un latigazo cuando alguien junto a mí afirmó que era un ahogado. La gaviota no se inmutó con nuestra proximidad. De improviso percibí claramente la adecuación anatómica del muerto que antes se me ofrecía como una masa amorfa, sin armonía. La furia del mar le había desnudado. Su cuerpo tenía un tono cárdeno, verdoso, semejante al de un árbol enfermo. El vientre hinchado en redondo aparentaba la artificial turgencia de un aparato salvavidas. La gaviota se precipitó en su festín, consciente de que íbamos a ella con intención de estorbarla. De un picotazo retorcido abrió el voluminoso vientre. Hizo un alto y miró, matrera, al barco que se acercaba. Volvió a picar. Salieron al aire unas tripas extrañas que semejaban el cuerpo sin vida de una culebra. A cada serie de picotazos levantaba la cabeza para observar los progresos de nuestro avance. Experimenté un asco nauseabundo hacia aquellos animales. Pensé en lo equivocado que había estado respecto a ellos. Me reafirmé en mi antigua idea de que muy pocos seres en el mundo aparentan lo que son, de que la guerra despierta los bajos instintos aun en los animales más insípidos y despreciables.

El costado del barco, azotado por los maretazos, se hallaba ya muy próximo al ahogado. La gaviota voló blandamente con un chillido ávido de placer quebrado, insatisfecho. Evolucionó sobre nosotros reacia a renunciar definitivamente a su festín macabro. Un bore gigantesco barrió la cubierta del

San Fulgencio. Se oyó un golpe seco, como si el cráneo del cadáver hubiese chocado fuertemente contra el costado del barco. El *San Fulgencio* se detuvo en medio del mar. Comenzó a caer una lluvia fina sobre nosotros. El mar se agitaba undísono, trepidante. Dos marineros se acercaron a la borda arrastrando un rezón de curvadas uñas. Chilló de nuevo la gaviota evolucionando por encima de la chimenea. Los marineros arrojaron el ancla al agua como si estuviesen pescando con arpón. La nave hocicaba y rabeaba alternativamente. La dotación libre del *San Fulgencio* se apiñaba ahora en la borda, aplanada por una sensación de ansiedad. Dos uñas del rezón mordieron el cuerpo inflamado. Cuatro marineros tiraron de él pretendiendo izarlo hasta la cubierta. Súbitamente la carne se rasgó y el cuerpo volvió a caer al mar con un lúgubre chapuzón. Tornó a morder el rezón en la carne obstinada. De nuevo elevaron el cuerpo sobre la superficie del mar. Experimenté un malestar rígido y sofocante, muy parecido al que me embargase ante la tumba de Manolito García la primera vez que visitara el cementerio de Ávila…

El ahogado estaba ya ante nosotros. Tenía una conformación ruinosa e infrahumana. Aparte su vientre, abierto por la gaviota, le faltaban las orejas y los labios. Parecía que sonreía con una mueca atroz de suficiencia póstuma. La piel de los dedos se había desprendido de la carne y le colgaba de las uñas amoratadas como unos jirones repugnantes de tripas de cerdo recién lavadas. Sentí náuseas. La gaviota, en lo alto, trazó unos círculos alrededor del barco, chillando voraz, resentida, colérica… Los supervivientes reconocieron enseguida al compañero. Ya poco quedaba por hacer. Le fue atada un ancla herrumbrosa a los pies, y de nuevo fue lanzado al mar, esta vez para dejarle descansar eternamente en sus turbios abismos.

Tres cadáveres más recogimos y dimos al mar aquella tarde. Cuando posteriormente arrumbamos hacia nuestras costas noté en mi alma un dejo de irrealidad gris, una impresión de malestar extensivo y confuso. Me pesaban encima los cadáveres de aquellos cuatro hombres deformados, espantosamente deteriorados en su ponderación anatómica. El mar dejó de ser para mí una superficie de serenidad, un compendio de paz, plana y bruñida, para pasar a ser un agente más de la muerte; un agente activo, hipócrita, devastador.

Pensé que también aquellos cuatro hombres —y los restos de otros siete que no habíamos encontrado— tendrían lejos una familia, una amistad, que la guerra había tronchado de súbito. Intenté descifrar el móvil que impelía al hombre a precipitar el fin de sus semejantes. Tarea inútil; los hombres se mataban por instinto… Maldije de la guerra y a quienes, inicuamente, la

desencadenaban. Maldije de las guerras absurdas con todas mis fuerzas. Y únicamente dejaron de parecerme absurdas aquellas que reprimen un movimiento de agresión auténtico e ilegítimo. «Las guerras sólo son lícitas, compensadoras —me dije—, cuando es la propia sustancia la que está en juego, cuando es un caso de legítima defensa colectiva contra un agresor caprichoso y sin escrúpulo».

Aquellas jornadas tan vívidas e impresionantes me produjeron un nuevo desequilibrio.

En los meses siguientes y cuando la guerra acabó, me sentí embargado de un opaco sentimiento de disconformidad. Me estremecía pensar en los vivos por causa de los muertos. No comprendía cómo cientos de hogares mutilados podían incorporarse a la vida normal sin resentirse de sus miembros amputados. Para mí aquella guerra fue como una confirmación de la frialdad humana. Al hombre sólo le corta las alas la bala que le mata. La gigantesca pira de varios millones de muertos no hace más que avivar la sensualidad de los supervivientes.

Maltraté muchas noches mi cerebro buscando una razón que me evidenciara la glacial indiferencia del hombre por el hombre. No había distingos en sus sentimientos. El hombre, tarde o temprano, olvidaba siempre. Me abrumaba la efímera existencia del héroe, yo que siempre creí, candorosamente, en su perdurabilidad eterna. La áspera realidad de la vida me enseñaba que no; que salvo edificantes excepciones, el hogar del héroe renace sobre sus restos con más afanes de vida terrena que nunca; que sus viudas y sus huérfanos buscan un urgente consuelo a su dolor; que las naciones se encumbran sobre ellos exhibiéndoles como una poderosa razón para justificar sus reivindicaciones. Veía, en fin, que el dolor estaba ausente del mundo y que la estela de los muertos era tan efímera y fugaz como la que dibujaba la quilla del barco en la vastedad del océano.

Entonces fue cuando me alarmó mi insólita contextura espiritual. Comprendí que me había formado erradamente; que no había razón de vida fuera de la vida misma; que me hallaba en franca y abierta oposición con el mundo; un mundo denso, olvidadizo, que se reía de mis ridículos temores.

Mi excitación era tan grande que busqué refugio para mi mal en la intimidad de mi prosa desordenada. Pensé escribir un libro. Un intento de orientación para el orbe equivocado. Pretendí trasladar a sus páginas todos los derechos de los muertos para informar la conducta de los vivos.

Cogí mi trabajo con la ilusión de la novedad. Bullía en mi interior una hoguera poderosa que deseaba un orden, una expresión. Mil ideas se

agolpaban en mi cabeza. Pasé muchas horas inclinado sobre las cuartillas. Mi trabajo avanzaba. Aquella llamada angustiosa a la razón iba cuajándose en frases imperfectas, aunque acuñadas en la fiebre de mi ansiedad. Volví a contemplarme imparcialmente. Analicé mi alma con la frialdad un poco impresionante con que solía hacerlo. Y la encontré rara, retorcida, sobreexcitada por un cúmulo de impresiones de infancia, desarrolladas más tarde a compás del desarrollo de mi cuerpo. Volví a acordarme del señor Lesmes, el maestro de mi infortunio, tan equivocado como yo, que era su hechura. Pero su recuerdo brotó en mí con respeto, como si aun en medio de mi convencimiento íntimo, viese la luz de la verdad aureolando su escuálida silueta. Entendí que el mundo marchaba por los cauces debidos y que éramos don Mateo y yo quienes nos empeñábamos en navegar contra corriente.

Aquella noche me torturaron extrañas pesadillas. Don Mateo y yo éramos los tripulantes únicos del *San Fulgencio*, que navegaba por un mar de sangre. De vez en cuando, peces con rostros humanos brincaban entre ola y ola, riéndose estruendosamente. Las caras de aquellos peces eran desconocidas, pero su número iba aumentando progresivamente hasta que el mar se convirtió en una carcajada siniestra. El señor Lesmes y yo contemplábamos el extraño panorama apoyados en la borda. De pronto uno de los peces pasó rozando nuestras cabezas. Vimos su rostro y don Mateo dio un grito. Era Martina. Pero la niña, transformada en pez, no hizo caso y se zambulló en las aguas rojas sin cesar de reír a grandes carcajadas. Vi entonces, horrorizado, cómo el rostro de mi maestro se metamorfoseaba lentamente en la cabeza de un asno. Y luego, se puso a gritar con acento angustioso llamando locos a los peces. Éstos se multiplicaron y sus risas estridentes nos rozaban cada vez más cerca. Al cabo me di cuenta de que era mi maestro quien se había vuelto loco y tuve que sujetarle para que no se volviese contra mí.

A la mañana siguiente quemé los capítulos de mi libro. Entendía el significado de mi sueño por ser sólo la repercusión de mis pensamientos de días anteriores. Y de nuevo me quedé solo en aquel barco frutero cargado del fresco aroma de las manzanas. No tenía ya la fácil comunicación con mi libro que me oreaba la cabeza en los instantes inciertos de mis crisis y dudas. Sólo me encontraba relativamente a gusto en la mar, navegando entre olas rugientes y alborotadas. Frecuentemente, en estas horas, me asomaba hasta el espolón del buque y las olas, rotas contra la proa, me lamían el rostro acalorado. Experimentaba entonces una sensación apacible de euritmia perfecta entre mi ser y la naturaleza que lo envolvía. No había aquí

contradicción ni lucha, ni la tensa angustia de la impotencia que a veces me agobiaba.

Por aquel entonces el hijo de mi naviero me regaló una preciosa corbeta encerrada en una botella. Aparentemente aquello era una contradicción. El hombre se resistía a admitir que primero que la corbeta hubiera existido la botella. Era lo mismo que el camello bíblico atravesando el ojo de una aguja. Un imposible; una imposibilidad material, absoluta, pero cuya evidencia desconcertaba. Luego se abría paso la posibilidad de una obra de paciencia, de paciencia controlada férreamente. Aquella corbeta se había hecho dentro del recipiente igual que un hijo en las entrañas de la madre: por partes, paulatina, gradualmente. Admiré abrumado la paciente hazaña. Ahora, analizando la estructura de la pequeña naveta, se adivinaba bien que ningún pedazo era de tamaño superior a medio palillo de dientes. El todo había adquirido consistencia y armonía merced a una inquietud artística proveniente de fuera.

Desde el primer momento aprecié en aquella obra un punto de afinidad con mi persona. No podía precisar qué era, en qué consistía, pero presentía una misteriosa relación, taimada y latente.

Frecuentemente me entretenía dando vueltas al pequeño objeto entre mis dedos. Una tarde adiviné inesperadamente el nexo palpitante entre mi vida y la minúscula corbeta prisionera en el frasco. Yo también poseía en mi interior una corbeta deforme, menos gallarda y airosa que aquélla. El monstruoso prejuicio que me roía había perforado mi ser de la misma manera que la corbeta la botella, paulatinamente, por partes que en sí independientemente no eran ni significaban nada.

Me sentí muy tranquilo después del descubrimiento. En lo sucesivo traté a mi botella «posesa» con más blandura; con cariño casi…

III

En todo este tiempo respeté mi decisión meditada hondamente años antes. Evité el dar continuidad a mis relaciones personales e incluso el profundizar en el alma de aquellos que por alguna razón estaban en constante conexión conmigo. Huía de toda posible afinidad. Vivía una vida autónoma, oscura, huraña. El mundo rebotaba en mí; ni yo pasaba de su costra ni él rebasaba la superficie de mi piel. En el último año de la guerra terminé mis prácticas, y ya con el título de piloto me incorporé a la dotación de un nuevo barco que hacía un servicio regular transoceánico. Recuerdo que en esta nueva etapa únicamente con una persona me aferré a un trato relativamente continuado. Y lo hice así a conciencia, convencido de que entre él y yo jamás podría existir una corriente de cordialidad, simplemente porque su conversación me divertía. Le conocí en un café de Málaga de una manera curiosa. Era un café que yo frecuentaba con alguna constancia y que me seducía precisamente por su ausencia de tumulto, por la seriedad de sus clientes habituales. Un día aquel hombre se me acercó. Llevaba una carpeta debajo del brazo y un lápiz blando encaramado en la oreja. Vestía pobremente y desarrapado.

Voy a hacerle a usted una caricatura psicológica —me dijo tomando el lápiz de su oreja y un pliego de la carpeta.

Le miré con curiosidad. Era un tipo raro. Tenía una nuez prominente que se estremecía cada vez que hablaba. El pelo le montaba por encima de las orejas y por detrás le caía espeso y largo formando una especie de corta coleta. Tendría aproximadamente cincuenta años. De su persona desvié la mirada sobre el blanco papel en que dibujaba. Vi que pintaba un círculo a pulso y que luego se entretenía en rellenarlo de negro. Me lo enseñó, riéndose sin ambages…

—Éste es usted por dentro; no ha quedado mal del todo, ¿verdad?

Esperó un momento para medir el efecto de su audacia. Su risa era tan sincera, tan limpia, tan desprovista de mala intención, que yo sonreí también. Debió de estimar mi sonrisa por asentimiento…

—Le gusta, ¿no?

—No la entiendo.

—Es fácil; usted se mueve dentro de un círculo negro, sin ilusiones… ¿acierto?

Reconozco que le admiré, aunque por entonces al menos no solté prenda.

—Pero usted qué es, ¿adivino o dibujante?

—Un poco de las dos cosas; una y otra se complementan… Estas caricaturas rara vez se me resisten. Mire, ¿ve usted aquella señorita que toma chocolate con sus padres en la mesa de enfrente…?

—Sí, ¿por qué?

Movió ágilmente su mano sobre la inmaculada cuartilla y transcurrido medio minuto me la enseñó.

—Mírela.

Había pintado como el capullo de una flor a punto de estallar, ávido de distender sus pétalos, de irrumpir en la vida con toda su plenitud.

—Ésta es «ella» por dentro. Se la nota que está enamorada…

Debió de advertir en mi gesto una sombra de duda. Se explicó:

—Se la nota simplemente en que, desde que ha entrado aquí sus ojos dan vueltas a compás de la puerta giratoria. Sin duda espera ver entrar a alguien. Probablemente su prometido. El día que se case se hará flor del todo. Aunque quizá después de casada deje de ser una flor…

Se rió gruesa, sonoramente:

—No me haga caso; esto son tonterías. Es una manera de criticar a esos que hablan de caricaturas psicológicas, que dicen plasmar en una cuartilla los rasgos anímicos del caricaturizado… Afortunadamente, hoy por hoy, y que yo sepa, el alma no tiene rasgos…

Hizo un rebujo con las dos cuartillas y lo tiró debajo de la mesa. Luego añadió:

—Hablando seriamente, quiero hacerle a usted una caricatura de verdad. Tenga la bondad.

Me torció levemente la cara para que le ofreciera el perfil izquierdo. Acto seguido extrajo de la carpeta una nueva cuartilla y se quedó observándome con la punta del lápiz apuntando a la blanca superficie, describiendo pequeños circulitos en el aire…

—Usted tiene caricatura…

Trazó airosamente varias líneas sobre el papel. Después se detuvo otra vez, dibujando en el aire círculos invisibles mientras me observaba.

—Un momento… Esto está ya para terminar… —me miraba nuevamente y otra vez dibujaba unas líneas o enmendaba algún trazo anterior con una raya más gruesa—… así… así… —de repente me la tendió—. Mire, a ver si se conoce…

Sinceramente, no me reconocí. Jamás me había picado la curiosidad por conocer mi rostro de lado y la imagen figurada, tomando como punto de referencia cualquiera de mis escorzos no coincidía en modo alguno con aquélla.

—Los interesados se reconocen a sí mismos pocas veces. Luego, a fuerza de mirarla, acaban convenciéndose de que efectivamente son ellos los de la cuartilla. Pero, si he de decirle la verdad, yo me conformo con que el «paciente» no se ofenda. En ocasiones he pasado verdaderas calamidades por este motivo tan tonto. En una de mis exposiciones…

Se detuvo, me miró y sonrió:

—Me parece que estoy poniéndome pesado —dijo de pronto—. Si se queda usted con ella son cinco reales…

Le pagué inmediatamente.

—Por mí no tenga prisa —le advertí.

Me tomó por la palabra.

Volvió a sentarse, colocándose en la misma postura de antes.

Echó una ojeada por el salón y añadió en tono confidencial:

—Aquí hay poco que hacer; son siempre las mismas caras… pero siquiera me dejan entrar y todas las tardes tomo café gratis…

Me quedé contemplando la caricatura. Ciertamente, no sé si sugestionado, me iba pareciendo que los rasgos se combinaban hasta lograr un indudable parecido conmigo. La línea de la nariz era osada, de un solo trazo, vigorosa y expresiva en su rotundidad. Casi todas las líneas poseían esta cualidad: la audacia y la limpieza, una coincidencia exacta entre lo que se había hecho y lo que se había pretendido hacer.

—Es usted valiente…

Me miró levantando los ojos de una manera sintomática.

—El que no tiene nada que perder tiene más de la mitad del camino andado para ser valiente…

Aquel hombre tenía la habilidad de expresarse en frases redondas y concisas, como caricaturas del mismo lenguaje.

—¿Es que cree usted —continuó— que si yo tuviera una firma consagrada y cotizada me arriesgaría en estas audacias? Decididamente, no. Entonces yo sólo me preocuparía de sacar bellos a mis «pacientes». En última instancia ésa es la clave del éxito: dar al mundo por el gusto, halagarle su tonta vanidad.

Pasó por allí el camarero y le llamé. De repente había sentido la rara impresión de que yo formaba parte del mundo que estaba explotando al

artista, de que con los miserables cinco reales que le había dado no tendría ni para mal comer aquella noche.

—¿Qué quiere usted tomar?

Me observó un momento con una chispa de recelo. Enseguida reaccionó:

—Vaya, gracias… —miró al camarero—. Tráigame café con leche.

Guardamos unos minutos de silencio. Su aspecto bohemio iba ganando mi curiosidad. Y su buen conformar. Y, sobre todo, su consideración del mundo desde un ángulo positivamente caricaturesco. Le pregunté:

—¿Hace mucho que vive usted así?

Cruzó las piernas y me pidió un cigarrillo. Lo lió con maravillosa rapidez. Le vi paladear el humo con fruición, luego con prodigiosa facilidad lo expulsó lentamente, dibujando en el aire con el humo un rostro de mujer.

—Vea… Yo puedo dibujar hasta dormido. Esto le demostrará que en mi vida no he hecho otra cosa…

—¿Nació usted artista?

Se sonrió.

—Nacer, nacer… El hombre crece donde le plantan, como los árboles… Yo fui el décimo hijo del portero de una academia de dibujo.

Retornó el camarero. Al colmar el vaso, el pitorro de la cafetera lo golpeó, volcándolo sobre el brazo del artista. Instintivamente éste se puso en pie sacudiéndose el líquido que iba empapando el antebrazo de su americana. Rió jubiloso:

—Bueno, traiga usted otro: éste ya va a ser difícil tomarlo…

Se sentó a mi lado, en el diván, mostrándome la extensa mancha de humedad.

—Realmente, cuando esto se seque —dijo—, va a ser difícil saber cuál es la mancha, si esto del brazo, o el resto de la americana…

Mi deseo de sondear a aquel hombre iba acrecentándose. Le observaba con ahínco sin perder ni uno solo de sus frecuentes visajes.

—Esto de las manchas es muy relativo. Yo ahora, con esta chaqueta, puedo hacer dos cosas: quitar la mancha o mancharla toda por igual. Puede que lo segundo me resulte más barato. Y de color no es fácil que quede fea, ¿no cree?

—Tiene usted puntos de vista muy personales.

Consumió la última mitad de su cigarrillo en una sola, absorbente, intensísima chupada; arrojó la colilla al suelo y todo su párrafo siguiente salió de sus labios aureolado de humo.

—Así debe ser; es lamentable caminar por el mundo sin ideas propias. Me horrorizan los hombres que se limitan a seguir un surco. Admiro, en cambio, a los que abren uno nuevo aunque sea torcido o imperfecto.

—Pero con «ideas propias» no se come…

El camarero llenó ahora con cuidado el nuevo vaso de café de mi amigo. Éste bebió un sorbo paladeándolo.

—¿Y qué de la satisfacción interior? ¿No cree usted que se puede estar satisfecho sin probar bocado y mustio con el estómago lleno? Créame, nunca me gustó hipotecar mi libertad. Prefiero ganar como uno y tener tiempo de gastarlo, y no como mil, sometido a la tiranía de un hombre o una máquina.

—No lo dirá usted por mí.

—No; lo digo por mí. Sólo por mí. En el mundo hay tipos de todos los pareceres. No hay un hombre idéntico por dentro ni por fuera. El mundo es muy complejo, ya lo creo. Mire. —Cogió la carpeta que había dejado en el diván, a su lado. La abrió, sacando de ella varios dibujos en papel de tamaño folio—. Tengo algunas caricaturas verdaderamente curiosas. Observe ésta —me tendió uno de los dibujos en uno de cuyos lados decía «El Mundo». El mundo, para mi reciente amigo, era como una naranja a la que unas manos afiladas, de viejo avaro, extraían el zumo. En una de las manos de avaro decía «aprovechados» y en la otra «vividores»—. Y mire ésta también… —Ésta era una caricatura de «La Humanidad». El dibujo representaba una gallina al lado de un gigantesco montón de saneado pienso, que ella despreciaba olímpicamente para marchar a picotear las basuras de unas caballerías—. Mire esta otra, «La Política» —en el centro del papel había diseñado un monumental fonógrafo tragaperras y una fila de hombres esperando turno para, mediante su limosna, deleitarse en escuchar las frases huecas y rimbombantes que salían de la trompeta del fonógrafo. Después me enseñó otra del «Comercio», en la que un Mercurio con casco alado tomaba en su mano izquierda de un elegante señor con chistera y levita una granada que luego iba repartiendo con la derecha, grano a grano, entre un puñado de menesterosos a cambio de un billete de más valor que el que había entregado él al elegante señor de la levita por la granada entera. Me mostró seguidamente otras muchas caricaturas originalísimas, heterogéneas, de diversas formas de vida e instituciones actuales o históricas, todas ellas con un marcado sabor cáustico y cínico.

Cuando terminé de verlas me dijo, animado por mis alabanzas:

—Éstas también están a la venta; quince reales cada una.

—No me interesan.

—Pero repare usted en que estas cosas, el día que le dé a un «técnico» por decir que son cosa buena, le supondrán un dineral.

Su insistencia acabó por configurármelo como el Mercurio con casco alado de su dibujo.

—No es por eso; es que no me interesan.

Se levantó súbitamente mirando a un hombre bien vestido que acababa de entrar.

—Perdóneme, no puedo desperdiciar esta ocasión.

Me estrechó la mano efusivamente.

—Ya sabe usted, Julián Royo, siempre a su disposición. Aquí podrá encontrarme siempre que guste.

Tomó los bártulos de que se acompañaba y se dirigió directamente hacia el señor que acababa de entrar. Yo pagué nuestra consumición y salí del café llevando en la mano, cuidadosamente enrollada, mi caricatura.

Al verme en mi camarote y contemplarme otra vez, pensé si el mundo no sería realmente como lo veía Julián Royo; si mi auténtico perfil no sería aquel que tenía delante y no el que ahora me rozaba tímidamente con las yemas de mis dedos; sí lo que veían diariamente nuestros ojos no sería más que una sugestión creada en torno de algo inexistente; si la vitalidad de los demás sentidos no sería igualmente una mera y simple ilusión; si el mundo, en fin, carecería de un carácter objetivo, real, verdadero, para pasar a ser algo ficticio, iluminado solamente por el carácter que individualmente cada humano queríamos atribuirle.

Guardé mi caricatura con la secreta esperanza de que algún día nos convenceríamos todos de que sólo Julián Royo contaba con la verdad; de que la humanidad era así, alargada, extraña, defectuosa, tal como él la veía.

En los viajes sucesivos, cuando mi barco recalaba en Málaga, no dejé nunca de ir a entrevistarme con mi nuevo amigo. Cada vez me convencía más de que entre él y yo no podía existir nunca un lazo de corazones. Su conversación me entretenía, me recreaba, me emborrachaba, pero no pasaba de ahí.

Una vez, catorce meses más tarde, al llegar a Málaga no pude encontrar su rastro; me aseguraron que hacía dos semanas que no se le veía por allí y que su desaparición había coincidido con tres robos audaces y espectaculares perpetrados en la ciudad. Recordé entonces lo que me había dicho Julián, meses atrás, de que «él no hipotecaría por nada su libertad». Y lo relacioné inmediatamente con su afirmación de que «en todo caso, si las cosas venían mal, contaba con el favor marinero para dar el salto». Conociendo el fondo

fisiocrático de su filosofía de la vida (*Laissez faire, laissez passer, le monde va lui même*), no dudé de su participación en aquellos delitos que, cómodamente, le aseguraban una existencia despejada.

Años después volví a verle en Buenos Aires. Estaba más pobre que las ratas, más hambriento y desastrado que cuando le conocí. Las cosas le habían ido de mal en peor hasta sumirle en un presente desesperado. Entendí que era un buen momento para hacerle ver la relación de causa a efecto que existía entre el trabajo y la comida, y recordando yo cuánto le debía, me las arreglé para que en adelante pudiese ganar honradamente su existencia. Jamás me falló la confianza que deposité en él. Me fue honrado y leal por siempre, aunque, eso sí, sin abandonar del todo su prurito de independencia.

IV

Y el tiempo siguió huyendo; sin volver una sola vez los ojos. Así alcancé el grado de capitán y encontré un destino en el *Antracita*, que por entonces era un barco carbonero; más tarde cambió de dueño y en consecuencia se alteró también su misión: se dedicó al comercio de altura, al comercio de corcho casi exclusivamente.

En este período y durante todas estas peripecias continué viviendo como siempre, sólo para mis adentros. La vitalidad externa no podía conmoverme porque no la conocía; rechazaba todas sus posibles tentaciones y llegó un momento en que creía cosa sencilla seguir sin titubeos la línea que me había impuesto de antemano. Soportaba una existencia obtusa, roma, sin prominencias. Claro que tampoco las añoraba. Me había hecho a vivir así y cualquier pasajera variación me desazonaba revolviendo en mi alma el poso de mi pesimismo. De esta manera casi logré el punto de estabilidad que buscaba de tantos años atrás: vivir autónomamente, sin conexiones cordiales, sin afectos… El único nexo que me ataba a mi pasado era el recuerdo de Alfredo y la casa de mi maestro con la preciosa carga de sus habitantes. Pero también esta memoria se había casi extinguido dentro de mí. Mientras permanecí en la Escuela de Náutica me carteé frecuentemente con el señor Lesmes. Después, y con premeditación, fui demorando las respuestas, hasta que aquello se extinguió poco a poco, imperceptiblemente, sin violencias. Seguramente pensarían de mí que era un egoísta, un ingrato. Y tal vez no les faltase razón, aunque ni yo, analizándome detenidamente, hubiera sabido definir mis más acusadas características. Yo me era a mí un desdibujado misterio, un confuso remolino en el seno del cual giraba vertiginosamente mi propia conciencia. Me poseía un raro sentimiento de nebulosidad que me vedaba conceptuarme de una manera positiva, convincente y radical. Tan sólo sabía que era un ser desprovisto de la sabia facultad de perder, de desposeerse, de desasirse. Y daba por posible que de aquí emergieran efectos defectuosos, efectos que, como el egoísmo y la ingratitud, ponían una barrera infranqueable a toda posible tendencia a la sociabilidad.

Mas en lo hondo de mi ser agradecía la inexpugnabilidad de esta frontera. Sincerándome conmigo mismo reconocía que mi existencia transcurría más apacible sin conocer el fin de las personas que había amado, que amaba aún.

Prefería vivir a oscuras, ignorando, que palpar una felicidad que a la larga se muda y se trastrueca.

A ratos, en la soledad de mi camarote, ante la caricatura de Julián Royo y la corbeta embotellada del hijo de mi naviero, pensaba que las dos creaciones se complementaban para engendrarme a mí, a un individuo deforme, viscoso y complicado. Veía en los rasgos de Julián Royo una interpretación elemental pero sincera de mi propia deformidad; en la obra del hijo de mi antiguo naviero una realidad evidente, cuyo origen y proceso desconocía, pero que simbolizaba, con un verismo meticuloso, mi excéntrica idiosincrasia.

Poco tiempo después inauguramos el tráfico con Providencia. Acepté satisfecho este tráfico transoceánico que me permitiría intensificar mi retraída vida de mar, sin influjos de vida común, ni roces temperamentales con psicologías más o menos acordes con la mía. Seis años más tarde tomé un nuevo contacto con el mundo; ese contacto que a todos nos acecha donde menos esperamos, y que inconscientemente va erigiéndose en nervio y estímulo de nuestras existencias, constituyéndose en eje y razón de la propia vida.

Fue un mes de abril. Cala la noche sobre las cenizas de un día calinoso, sobre el océano. Las costas americanas se dibujaban en lontananza sin fijeza ni expresión, como acotadas por la turbia mirada de un miope; desvaídas y lánguidas como algo inconsciente, sin realidad ni vida. La mar se rizaba a olas tumbadas y anchas, agitadas por un movimiento interno de majestad humillada, como la tersura de una sábana quebrada en mil pliegues por la retozona actividad de un animalito apresado debajo; ondulándose aquí y allá pero sin llegar a romper del todo. Cruzaban por el espacio, hacia la costa, bandadas de aves marinas que buscaban ya para pernoctar el abrupto cobijo de las rocas. El *Antracita* cabeceaba cosquilleado en su panza por la vitalidad oculta del mar. (Se diría que la mar sentía despertarse en sus entrañas un tupido instinto maternal y se regodeaba meciendo nuestro barco como si fuese la cunita de un niño recién nacido).

Antes de hacerse el nuevo día habríamos arribado a Providencia. Palpitaba esta conciencia en cada movimiento de a bordo; crujía y se transparentaba a pesar de la voluntad común de velar este sentimiento. El propio *Antracita* olfateaba ya en la distancia el puerto de descanso. La actividad de la marinería se incrementaba, accionada por la proximidad de unas jornadas de viciosa laxitud; bullía estimulante la esperanza de unas horas mejores, aunque escondida en la pasividad disimulada de una conducta normal. La llegada a Providencia significaba la libertad del instinto, zafarse del rígido collar de la

disciplina, trocar una vida austera, sobria, encajonada, por el alborozo pintoresco y libre de la vida del puerto.

Apuraba la tarde el resplandor del día. Vivíamos ese difuso instante de transición donde algo languidece lentamente sin que nadie pueda contener su decadencia. De improviso apareció la silueta de un yate columpiándose en la línea del horizonte. Era un barquito esbelto, con más aire de pájaro que de pez; un barco formado, como los galgos, sobre el esqueleto de la más elemental arquitectura. Más que vérsele se le adivinaba buido y filiforme, cortando el mar con el pronunciado filo de su espolón. La derrota que seguía era oblicua a la nuestra, de manera que en breves minutos las estelas de los dos barcos se cruzarían dibujando en el mar un aspa gigantesca y espumosa. A poco nos dimos cuenta de que el rumbo del yate era arbitrario y desigual, como si la rueda de su timón fuese movida por un borracho. Ora se nos venía encima verticalmente, ora se alejaba de nosotros como impelido por un instintivo movimiento de repulsión.

Languidecía la tarde rápidamente. De momento observamos que el último rayo de sol era aprovechado por el heliógrafo del yate para transmitirnos un informe apresurado. Leí el mensaje: «SOS. Estamos a la deriva». Comprendí entonces el rumbo caprichoso del navío. Rápidamente di las órdenes oportunas. Deseaba aprovechar lo poco que aún restaba del día para la maniobra. Aproximé mi nave a la popa del yate. Éste había neutralizado sus energías y se mantenía erguido, quieto, borneando ligeramente a impulsos del mar de fondo. Botamos un chinchorro que se aproximó al portalón que habían descolgado los del yate. La lanchita se acercó a la escala, adhiriéndose a ella con el ansia punzante del bichero. Fue un minuto definitivo y luego, cuando uno de mis hombres saltó sobre la cubierta del buque averiado, me percaté de que todo había pasado en un instante. El hombre aseguró el yate con una estacha y un sólido cable y los tripulantes del mismo ocuparon un asiento en el chinchorro, que los portó hasta el *Antracita*. Los tripulantes del yate eran cuatro, dos hombres y dos mujeres; uno de aquellos de media edad y muy jóvenes los otros tres. Al darme las gracias me confirmé en mi primera suposición de que los cuatro eran americanos.

La noche estaba ya sobre nosotros y un esplendor rojo anunciaba que de un momento a otro el firmamento daría a luz una luna espléndida, rotunda y jovial. El *Antracita* había reanudado la marcha llevando a la zaga, como un perrito de lujo, el yate, ligero y airoso, metido en obediencia otra vez.

Navegábamos despacio para evitar cualquier posible colisión entre los dos buques. Los cuatro americanos charlaban en el puente con Luis Bolea, mi

primer piloto, en tanto disponía yo su alojamiento en nuestro barco por aquella noche.

Durante la cena las dos muchachas demostraron que la avería del yate, lejos de deprimirlas, les había causado un entusiasta y agresivo alborozo. La aventura inesperada les proporcionaba un aliciente fuera de la órbita vulgar de una singladura marítima sin trascendencia. Avanzada ya la noche nuestros huéspedes se retiraron a descansar. Yo me encaramé en la cubierta, y después de revisar la seguridad del remolque, me detuve acodado en la amura de babor.

La luna había comenzado su espectacular ascensión de globo de feria. Comunicaba sus reflejos a las cumbres de las olas, que resaltaban bajo su luz en contraste con los sombríos tumbos. La luna abandonaba en su vuelo una estela luminosa de puntos rutilantes. Me aferré la cabeza entre los dedos y me sumergí en mi mar interior, en aquel mar impetuoso, abstruso, que ofuscaba mi cerebro hasta cerrarle toda posibilidad de discurso. Me pesaba mi vida aislada, artificial, guardada como en un arcano en la oquedad de mi pecho. Me pesaba cada vez más y, sobre todo, cuando las circunstancias me ofrecían la ocasión de comportarme normalmente, cuando la vida me rozaba como a cada humano, con los acicates de las cosas normales que entraban en su posesión.

—¡Hola!

Una de las muchachas se hallaba junto a mí, acodada también en la borda.

—No apetece dormir en una noche como ésta —añadió—; dormir mucho es restarnos voluntariamente las horas que se nos dan para vivirlas.

Tenía el cabello suelto y la luna reverberaba ardiente sobre su cabeza. Hubo un silencio tremendamente largo entre nosotros. Entonces me di cuenta de que yo no estaba educado para estas cosas. Me encontraba belicoso, disconforme con toda vida de relación. Me percaté instintivamente de que mi acompañante era bella y atractiva. Hablaba un inglés sugestivo con un acentuado tono irlandés.

—No es usted muy hablador —rompió ella con una risa—; ya lo había advertido en la cena…

—Es difícil conversar cuando faltan puntos coincidentes en la historia de dos personas.

Cogió la borda con sus dos manos y se inclinó hacia atrás. Chisporroteó su mano izquierda al ser rozada por un haz de luna. Advertí entonces que llevaba en su dedo anular una sortija con un grueso brillante engarzado al

aire. Levantó inopinadamente la mano enjoyada y apartó un mechón de pelo que le cata sobre la frente.

—¡Oh!, puntos comunes tenemos de sobra.

La miré enojado.

—Por de pronto no es cosa despreciable haber coincidido en el tiempo. La historia del mundo tiene muchos años de existencia.

—Sí, claro; usted y yo podíamos haber existido en Egipto en tiempo de los faraones.

—Naturalmente.

Volvió a reír y tornaron a desprenderse los extraños fulgores de su dedo anular.

Aún hay más —continuó.

—¿Más?

—Colón.

—¿Colón?

—Cada uno estamos en una punta de su hazaña.

Sonreí y admiré a mi expresiva acompañante de reojo.

—¿Qué opina usted de Colón? —dije.

—Fue un visionario genial.

—Es poco…

—¿Poco?

—Un poco poco. ¿No cree que fue también un hombre de una audacia admirable? —sí, desde luego.

—¿Y admira usted en los hombres las visiones más que la audacia?

Quedó un poco confusa. Sonreí yo. No dejaba de advertir el lado cómico de esta conversación, sopesando debidamente las circunstancias en que tenía lugar.

—Según… —dijo al fin—. Si las visiones son geniales y por añadidura resultan verdad, se convierten en una cosa muy seria. ¿No lo cree así? En cambio, si Colón se hubiese confundido, con toda su audacia no hubiese salido de la nada.

—Luego su celebridad estriba en sus visiones.

—En haber acertado en sus visiones.

—De otra manera no hubiese pasado a la historia…

—A lo mejor como loco…

Tenía una sonrisa de ironía adormecida entre sus labios gruesos. Sus manos, de dedos gráciles y blancos, continuaban agarradas a la borda y de vez

en cuando dejaba caer su cuerpo hacia atrás lo que le permitían sus brazos elásticos.

—O sea, que la naturaleza, según usted, intervino en la hazaña de Colón…

—Por lo menos le puso un continente por medio y le hizo chocar con él…

—No es ello poco.

Rió libremente.

—Como verá no faltan puntos comunes en nuestras respectivas historias.

Empezaba a encontrar un sabor insospechado en estas conversaciones fútiles que de siempre había odiado. Entreveía que para algunas gentes la vida es una broma y en broma hay que tomarla si no queremos chocar con su inquebrantable armonía. Notaba que me iba sintiendo a gusto en este pugilato insulso de sutilezas irónicas; que olvidaba temporalmente, apartándolas de mí, las sombras que perennemente cercaban a mi espíritu y que con esta fuga a regiones aéreas, sin raíz, penetraba en una zona estimulante, redonda y fértil que me ayudaba a desprenderme de mi lastre original.

Aún hablamos durante una hora de cosas indiferentes. La visión de sus antebrazos tersos y mórbidos comenzaba a obsesionarme, produciéndome un deseo creciente de acariciarlos una y otra vez con la palma de mi mano, de atusarlos de abajo arriba hasta tropezar con la agudeza de su codo. Experimentaba un afán incomprensible de entretener a aquella muchacha para prolongar nuestra inocua conversación hasta el fin del tiempo, hasta el límite de la resistencia humana.

La luna continuaba mirándonos desde arriba, arrancando fulgores vivaces de aquel brillante engarzado al aire. Llegaba a nosotros la brisa marina entreverada de olores de puerto, cargada de los aromas de una tierra extensa y propincua…

—Ya veo que cuando quiere usted también sabe hablar.

—Todo es cuestión de la habilidad de mi interlocutor.

Giró sus manos y sus brazos poniendo el dorso hacia arriba. El pigmento que coloreaba su piel perdía fuerzas por este lado, se extinguía paulatinamente para volver a acentuar sus matices en una transición sutilísima al doblar la curva del otro extremo. Este contraste del claroscuro realzaba la redondez de sus miembros, avivando en mi pecho el afán de acariciarlos, de palpar suavemente la tersura de su piel.

—Bueno, creo que ya es hora de descansar…

Se puso en disposición de retirarse. Presentí que se me escapaba la sensación dulcemente enervante que durante unos minutos me había poseído.

—¿No dice usted que dormir es perder vida?

Me sonrió mirándome a los ojos.

—Dormir poco es perder vida también, ya que la que se vive a costa del sueño se vive sólo a medias.

Me tendió la mano, que yo estreché con la conciencia plena de que era algo mezquino para mis ocultas ambiciones aquella presión de sus cinco dedos ornados con un brillante.

—Si usted lo quiere —añadió—, podríamos vernos mañana…

Mi corazón se agitó en un galope frenético. Una voz por dentro me conminó a no aceptar.

—¿Dónde? —dije, empero.

—En el parque; frente a la estatua de Roger Williams. A las doce.

Sonrió otra vez y se desprendió de la presión de mi mano.

—Entonces hasta mañana —dije.

—Hasta mañana.

Aquella noche la caricatura de Julián Royo me pareció una burla sangrienta, una deformación estúpida, grotesca e insustancial… Antes de dormirme tuve la impresión de que quería huir de algo sin quererlo del todo, de que mi boca deseaba decir que «no» a algo y que todas las células de mi cuerpo se ponían en pie, para gritar un «sí» estruendoso y unánime.

V

Jane llegó al parque dos minutos después qué yo. Su silueta, a la clara luz del día, adquiría una flexibilidad singular mientras avanzaba hacia mí por el paseíllo de grava. Al saludarme observé que también su voz tomaba unas cualidades desconcertantes, distintas a las de la noche precedente. Su voz me recordaba ahora a la de la madre de Alfredo, aquella voz suave y melodiosa, casi inarticulada, que era como el gorjear de una bandada de pájaros en la profundidad de un bosque.

—¿Dónde quiere usted que vayamos?

Notaba yo que todo era indiferente fuera de ella; que cualquier rincón del mundo sería bueno si tenía ante mí la morbidez delicada de sus antebrazos y la dulzura desconcertante de su voz.

Comenzamos a andar sin rumbo determinado, como debe andarse cuando lo externo es accesorio y la fuerza de nuestro bienestar emana de la perfecta adaptación de dos almas en compañía. Algunos transeúntes se cruzaban con nosotros agazapados bajo su preocupación cotidiana. Tan solo Jane y yo parecíamos enteramente libres de cadenas ajenas a nuestro propio impulso espiritual. De repente Jane me dijo, poniéndose seria:

—Es usted un hombre extraño.

Su andar se había hecho más pando y remiso, como si ni con sus pasos quisiese imprimir a su afirmación la idea de que fuese acelerada y sin meditar. La miré a los ojos inquiriendo de ella qué había observado en mí que la condujera a una aseveración tan tajante. Ella comprendió la intención de mi mirada.

—Va usted por la calle como pidiendo perdón a todos cuantos le rodean. Si da usted un paso atrás al cruzar una calle para que pase un automóvil, parece que con su ademán está pidiendo disculpas al conductor por haberle hecho disminuir la velocidad de su vehículo. Pisa usted la ciudad como con respeto, como con miedo a romperla, lo mismo que si visitase una casa de porcelana de la que fuese dueño un hombre con el que usted no tuviese confianza.

Sonrió al terminar, con un deje de amargura, como deseando añadir que no me preocupase por lo dicho, que en realidad no tenía demasiada importancia. Luego añadió:

—¿No lo cree usted así?

Sonreí, y para disimular mi turbación comencé a liar pausadamente un cigarrillo.

—Me parece prematuro su juicio.

—Le aseguro que bastan un par de minutos para advertir en usted esa falta de sinceridad y confianza con las cosas que le rodean.

Encendí el cigarrillo mientras continuaba caminando lentamente.

—Usted quiere decir que carezco de… ¿cómo lo diría yo…?, de mundo. ¿No es eso?

—Algo parecido a eso…

Di una chupada con tal aceleración, que el fuego de la lumbre llegó a mis labios, abrasándolos. Pensé que yo le hubiese parecido aún más extraño, de advertirle que de toda su magnífica belleza eran sus brazos redondos y elásticos lo que más me turbaba; de haberle asegurado que su voz se me asemejaba al gorjeo de una bandada de pájaros enredados en la espesura de un bosque; de haberle dicho que ella era la primera mujer con quien me permitía el lujo de tener un *tête-à-tête* íntimo y prolongado. Me hubiera juzgado aún más extraño de haberle desmenuzado la historia de mi vida desde su génesis con todo lujo de pormenores.

—Casi conozco el mundo entero —añadí siguiendo el curso de nuestra conversación.

—Tener mundo no consiste en recorrerlo.

—Siempre se pega algo.

—Aun con todo…

Jane había hecho señas a un autobús, que se detuvo pegado a la acera frente a nosotros.

—Suba —me dijo encaramándose ella primero ágilmente.

La seguí hasta la altura de un segundo piso. El ómnibus, descapotado, dejaba llegar hasta nosotros ráfagas de un aire fragante y acariciador.

—No le he consultado a usted —añadió Jane volviéndose a mí—; este autobús va por la carretera de la costa.

—¡Espléndido!

—¿De veras no le importa?

—El sitio es indiferente.

Volvió rápidamente a mí sus ojos intensamente claros. «Tal vez hayas hablado de más», me dije; pero ella recogió de nuevo su intensa mirada al tiempo que sus brazos se estiraban para aferrar el respaldo del asiento delantero.

Contemplé otra vez sus antebrazos tersos, sólidos, divinamente formados. Los acaricié con mis ojos, dejando resbalar la vista hasta la aguda curvatura del codo. Luego cerré los ojos temiendo que mi excitación se transparentase en ellos, de que Jane leyera en su expresión esta nueva anormalidad de mi carácter.

La carretera gris se extendía ante nosotros. Íbamos dejando atrás las últimas casas de Providencia. El campo empezaba a abrirse por los costados. Un campo apretado de vida en la atmósfera tibia de la primavera. Al doblar un recodo apareció a nuestra izquierda el mar; el mar rozando en un extraño aspaviento la aspereza de la costa, recortada y alta.

—¿Le parece que nos apeemos aquí?

Jane se incorporó. El autobús se detuvo a la derecha de la cinta blanca que dividía la carretera por la mitad. Descendimos. El ómnibus, al arrancar, olvidó una penetrante estela de gasolina quemada. Cuando se alejó, Jane y yo nos vimos abandonados en medio de la naturaleza. Percibí entonces la proximidad de la mujer con mayor vigor, como si cada uno de mis poros transpirase su presencia. El sol caía sobre nosotros perpendicularmente, pero con escasa fuerza. En la cuneta se apiñaban las florecillas entre matojos y hierbajos medio asfixiados por la actividad de la carretera. Saltó Jane la cuneta izquierda y yo la seguí. Ninguno de los dos hablábamos; rumiábamos quizá la franqueza de las iniciales manifestaciones de mi acompañante.

Al descender un ribazo divisamos la frontera que América ponía en este extremo del mar. Las olas rompían con fuerza contra los riscos, hisopeando las proximidades. Saltaba la espuma blanca y rizada como una cana cabeza de negro. A lo lejos se distinguía algún pesquero o los transportes que iban buscando la entrada del puerto. El humo de los barcos colgaba del cielo como un penacho de aire negro, poco denso e inmóvil, y a intervalos breves el viento lo barría de un brochazo del espacio sin dejar rastro de su presencia anterior.

—¿Bajamos?

Empecé a descolgarme por las rocas sin contestar. Jane brincaba de roca en roca detrás de mí. Experimenté una sensación ampliamente acogedora al ver que el muro de roca iba creciendo detrás de nosotros, aislándonos del resto del universo. Cada vez se oía trepidar el mar más cerca. Mugía como un buey acosado, tratando de vencer inútilmente el valladar que le oponía la naturaleza. Sus aspersiones caían en su postrer esfuerzo blandamente a nuestros pies. Jane se detuvo de pronto, de pie sobre la arista de una roca. Con su mano derecha protegía su vista del destello del sol y miraba al mar, a lo

lejos, a algo indeterminado y tan infinitamente lejano que parecía otear solamente por el simple placer de convencerse de que entre el cielo y el mar no cabía ni la brevedad de un beso. Así permaneció un rato en silencio expectante.

—Me gusta contemplar el mar desde aquí —dijo inopinadamente mirándome—; se palpa la influencia de algo sobrehumano en la misma fuerza y sencillez de este trozo de mundo.

Me senté en la roca, junto a ella. Ella se sentó también.

—Usted creerá en Dios, ¿verdad?

La miré sorprendido.

—¿Es usted católica?

—Sí; mi madre era irlandesa.

Estableció entre su país de origen y su religión una relación fatal de causa a efecto que me agradó. Comencé a liar un cigarrillo. Ella me alargó una minúscula petaca sonriendo:

—Fume usted del mío… si no le importa. Están hechos.

Encendimos los pitillos. Me eché hacia atrás apoyando un codo en la roca en que me sentaba.

—Aquí tiene que ser difícil ser católico.

Abrió los ojos dotando a su mirada de una expresión ingenua.

—¿Por qué?

—Son la excepción.

—La excepción es siempre lo más puro.

—¿Lo cree usted así?

—¿Por qué no? El que lucha contra corriente tiene que ser un convencido. Si no, resulta más fácil dejarse llevar.

—Más fácil… —dije.

—Pero la dificultad a que usted alude queda compensada por nuestra íntima convicción de que estamos en la verdad. Y a nadie le cuesta seguir un camino que sabe le conduce a buen fin…

—En otros lugares la excepción son los otros.

—También son convencidos y en sus prácticas, si usted quiere, más puros. Lo que no quiere decir, naturalmente, que estén en la verdad… Además, en Norteamérica los católicos somos ya muchos millones.

Cambié de postura y me quedé mirando a Jane con impertinencia.

—Es usted muy buena conmigo.

Se encendieron sus mejillas un momento. Esperó a que desapareciese su rubor para contestarme:

—No lo crea usted; en esto, como en todo, obro por egoísmo.

Sonreí.

—Hay pocas posibilidades de saber por qué se obra en la vida. Son muy complejos los móviles que informan nuestras conductas. El mismo egoísmo es muy difícil de determinar, ¿no cree?

—A veces.

—¿Sólo a veces? Yo estimo que en casi todos los casos se busca la propia satisfacción. Lo que ocurre regularmente es que el egoísmo tiene, como todo, sus grados y sus matices.

Se sonrió en silencio. Probablemente guardaría su respuesta para sí. Era, desde luego, menos arriesgado y casi tan práctico.

Rompió, alocada, una ola a nuestros pies. Jane arrojó la colilla de su cigarrillo sobre el abanico de espuma y se levantó.

—Vamos; debe de ser ya hora de almorzar.

Algo me impelió en este momento para ser osado. Intenté reprimir este movimiento de audacia que brotaba inesperadamente dentro de mí, pero fue en vano.

—¿Por qué no quiere que almorcemos juntos?

—Encantada.

Ascendimos a la carretera. Los automóviles cruzaban en las dos direcciones, perdida la individualidad de cada uno en la confusa vitalidad del rebaño. Una estrepitosa sinfonía de bocinazos ponía a aquella hora sobre el asfalto gris una nota de audiciones estridentes como de una Babel mecanizada.

Avanzamos Jane y yo por la orilla de la carretera. Pasados unos minutos comenzó a ceder la corriente de automóviles, transformándose en un desfile pausado y rítmico.

Jane tuvo en este instante una idea luminosa.

—¿Qué diría si almorzáramos en un merendero, al aire libre?

—Todo me parece bien.

Cruzamos la carretera. Señaló Jane una arboleda tupida, cercada por una empalizada de la que sobresalía el rojo tejado de una casa.

Allí podremos comer y charlar tranquilamente.

Ascendimos despacio un senderillo abierto en medio de tina pradera. Se agachó Jane a tomar una flor. Hirvió de nuevo un segundo en mi cabeza la antigua pesadilla del hombre avanzando por un camino, y desprendiéndose de las flores que antes tomara. Pero fue un segundo nada más. Cuando Jane

colocó en su pelo la florecilla del campo todo volvió a cobrar color y vida ante mis sentidos despiertos.

Entramos en el merendero. A derecha e izquierda, en un grato desorden, se levantaban del suelo hasta una veintena de rústicas mesas de madera, rodeadas de banquetas por todas partes. Un poco al fondo se veían unos departamentos semi reservados circundados por un seto de boj. En el centro del jardín, entre los árboles, estaba la casa blanca y humeante predicando la buena disposición de la cocina. Apenas si había entre todos media docena de comensales divididos en parejas, vigiladas cada una por una curiosa mezcolanza de perros.

—Vamos allá.

Nos sentamos en uno de los departamentos cercados de boj. Sentí otra vez la confortadora sensación de aislamiento que experimenté al ver cómo la mole de rocas crecía tras nosotros al descender hasta el mar. Los reservados tenían sillas de tijera y pequeños sofás de mimbre, a diferencia de las otras mesas. Me senté frente a Jane, que se arrellanó en su silla, incitada de intimidad.

—¿Qué quiere usted comer?

—Un poco de ternera con patatas.

—¿Qué más?

—¡Oh!, nada más; me disgusta comer mucho de una vez. Se nos acercó una mujer rubia, colorada y obesa. Anotó nuestro pedido sobre un papel grasiento con cruel parsimonia, no atreviéndose a confiar a su memoria, sin duda congestionada, la poco extensa lista de nuestra consumición.

—Perdóneme —dijo Jane súbitamente cambiando la expresión de su rostro—, pero siento una terrible curiosidad por saber cómo ha sido su vida hasta ahora.

Me retrepé en mi asiento un poco aturdido. Después de meditar un instante dije, inclinando mi busto hacia ella:

—Le aseguro que fue muy poco interesante. Miro hacia atrás y no hallo en ella el menor relieve.

Se nos acercaron un par de perros, encendidos sus ojos por una golosa mirada. Me disculpé mirando hacia ellos:

—Me pone nervioso hablar con perros delante. Tienen una mirada tan inteligente que parece que se están enterando de todo.

Di un puntapié a uno de ellos que escapó acobardado, cediendo el mareante penduleo de su rabo. El otro le siguió.

—Bueno; ya está usted libre de oídos indiscretos.

Puso sus antebrazos redondos, sofocantes, sobre la mesa y entrecruzó los dedos de sus manos. En su dedo anular fulgía hoy una esmeralda rodeada de pequeños brillantes.

Me quedé pensativo un instante, acalorado por la mirada curiosa de ella.

—He basado mi vida en unos principios bien simples.

—¿Tiene usted padres?

—No; ¿y usted?

—Padre; pero ¿cuáles han sido sus principios?

Volví a guardar silencio. Se abrió una pausa espesa, acaparada de atención.

—Elementales, increíblemente elementales…

Sus antebrazos se habían puesto verticales y ahora sus manos sujetaban por debajo de la barbilla medio óvalo de su cara. La contemplación de sus torneados antebrazos comenzaba a aturdirme otra vez. Ella se hizo cargo de mi embarazo.

—¿No le parece molesto sujetar toda una vida a unos principios previos por muy amplios que sean?

—A veces es necesario.

Jane se corrigió:

—Religiosos y morales de acuerdo.

—De toda índole.

Asomó entre el seto la despierta mirada de un chucho de raza indeterminada. Ladeó la cabeza observándome y al cabo se decidió a penetrar. Llegó hasta mí olfateando el suelo.

—¿Ve usted? —dije—; es expuesto hablar habiendo perros en las proximidades. Apuesto a que éste ha escuchado detrás del seto toda nuestra conversación y esta noche se morirá de risa contándosela a su dueño.

—Estos perros no tienen dueño.

Llegó la señora obesa y pigre con su mantelillo y unas servilletas a cuadros que colocó encima de la mesa después de largar al perro un afilado punterazo de sus zapatos. El animal aulló, abandonándonos con tanta presteza como si fuera perseguido por el demonio. Marchó también la señora moviendo su humanidad a pasitos tardos y perezosos.

—Siga usted.

Intenté hacerme el distraído:

—¿De qué hablábamos?

—De los principios.

—¡Ah!

—Decía usted que su conducta ha obedecido siempre a unos principios elementales porque los considera indispensables.

—¿Usted no?

—No, fuera de algunos aspectos; en lo demás juzgo más agradable vivir a lo que venga.

—Es arriesgado.

—No tanto como usted cree. Y usted, ¿no se la ha jugado nunca a sus principios?

—¿Qué quiere decir?

—Si los ha traicionado.

Hice un silencio. Por primera vez en los últimos días, me di cuenta de que era ahora cuando me estaba traicionando a mí mismo y a mis principios. Experimenté una rara sensación, como de tener niebla dentro de la cabeza. Farfullé algo ininteligible. Después aclaré:

—Sí, alguna vez.

—¿Y no siente, en esos momentos, una sensación de bienestar?

Me dio la impresión de que Jane estaba divirtiéndose conmigo, de que veía mi cerebro a través de mis ojos con una nitidez diáfana.

—Confeso que sí.

—¿Ve usted? Los principios no son fundamentales, sólo sirven para entristecernos.

—Pero…

Otra vez surgió un perro junto a nosotros sin que pudiera precisar por dónde llegó. Jane soltó una risa y estiró nuevamente sus brazos desnudos, maravillosos, sobre el mantel. Jugueteó un momento con la sortija.

—Me da la sensación de que también los perros ajustan su vida a unos principios. ¿No ve qué mirada tan triste tienen?

Ladró un perro detrás del seto. Me eché a reír.

—Por aquí dicen que sí.

Entró la señora con nuestro refrigerio sobre una bandeja de madera.

—La ternera para el señor, ¿verdad?

Pareció pasmarse cuando la advertimos que no. Su boca se contrajo en una mueca de resignación que equivalía a una absolución incondicionada para su torpe memoria.

—Perdonen…

Dispuso las viandas sobre la mesa, largó al otro perro otro puntapié y añadió:

—De postre les traeré un poco de fruta a los señores, ¿verdad?

—Sí…

Se retiró.

—¿Un poco de vino? —dije.

—Muy bien.

—¿Le gusta?

—Algo; pero me agrada sobre todo la sensación de sentir una copa dentro del estómago.

Comimos. Yo admiraba con disimulo el juego de sus mórbidos antebrazos al manejar los cubiertos: el halo reluciente que desprendían y que les daba una apariencia de cosa inasequible.

Cuando terminamos de comer encendimos unos pitillos. Entonces empezó a empaparme una confusa idea de deber, de que yo estaba comportándome como un ser desocupado, cuando obligaciones ineludibles me reclamaban en mi barco. Se lo comuniqué a Jane, que se mostró conforme con mi intención de marcharnos.

En la carretera tomamos de nuevo el autobús. El sol iniciaba su descenso desde lo alto. Pronto empezarnos a percibir el pulso de la ciudad.

Hubo un silencio prolongado.

—¿Dónde para este autobús?

—Llega hasta el puerto.

Silencio otra vez. Sobre mí pesaba la idea de la separación como una losa gris. Me apenaba tener que decir a Jane adiós, a lo mejor para siempre.

—Mire, aquí; vamos…

Nos apeamos. La fiebre del puerto se desataba en oleadas de actividad. Ruidos de grúas, sirenas, gritos, el latido de cien motores. Al fondo, en un costado del primer muelle, estaba atracado el *Antracita*.

Jane me tendió la mano.

—¿Cuándo volveremos a vernos?

Instantáneamente se reavivó todo mi ser. Una voz interior me reiteró: «nunca», pero mis labios se abrieron:

—Mañana; ¿le parece?

Y al día siguiente volvimos a vernos. Y al otro y al otro y al otro… Y comenzamos a entrar en una atmósfera de mayor confianza, de una más íntima compenetración.

Una tarde, en la penumbra de un cinematógrafo, Jane me dijo:

Y tú, ¿no has estado nunca enamorado?

—No puedo hacerlo —le respondí.

Y dejamos sin más que los días rodasen simétricos, vivos, alucinantes. Yo, atraído por una fuerza blanda, desconocida, que no pretendía descifrar… Sin intentar siquiera prever el futuro ni relacionar mi actualidad con mis años de estudiante en Ávila. Quizá presintiese un remoto peligro, pero era mayor mi indolencia espiritual. Me dejé, pues, portar en manos de la inconsciencia, suave, sosegadamente, sin indagar motivos ni presagiar efectos, en un estado neutro, impasible, que hacía más elevado el grado de mi felicidad.

VI

Este estado de desatención hacia los principios que de siempre habían informado mi conducta se quebró una noche en que, encerrado en mi camarote, tropecé con la corbeta del hijo de mi ex naviero, olvidada desde hacía dos semanas en la profundidad de un armario. Al verla ante mí me hizo el efecto de que me recriminaba por mi comportamiento de los días pasados. «Yo entré aquí a retazos —aparentaba decir el barquito embotellado—, pero no podré salir sin destrozar la funda que me aprisiona. O sin destrozarme a mí, pero en este caso, la envoltura perdería toda su sustancia y su íntima razón de ser para convertirse en un objeto inútil y despreciable. Y ¿no recuerdas que tú eras antes igual que yo?». Reaccioné lo mismo que si saliera de un sueño. Abrí mucho los ojos y me vi igual que quince días antes.

El mudo reproche de la corbeta embotellada fue el punto de partida de toda una serie de consecuencias que me llevaron a percatarme con claridad del peligro en que me había sumido mi indolencia. Hasta este momento y durante los quince días anteriores sólo me había preocupado de vivir, sin meterme a analizar los motivos a que podía obedecer la alteración psíquica que compulsaba dentro de mí. Esta noche, frente a la corbeta prisionera, advertí que llevaba dos semanas viviendo de espaldas a mis principios, y lo que ya era más inquietante, que me había enamorado de Jane con la fuerza de un adolescente. Este último hecho me ocasionó al confesármelo a mí mismo un desasosiego pungente e inesperado. Había vivido aquellos días bajo una especie de influencia hipnótica, disfrutando el presente sin inquietarme por lo venidero, inconsciente al riesgo que una asiduidad semejante suponía.

Al confesarme la lamentable realidad sentí una gran sorpresa, como si el hecho en cuestión afectase en vez de a mí a cualquier conocido mío. Se cerraba ahora el paréntesis que se abriera la tarde del salvamento del yate, y todo lo que quedaba entre ambos acontecimientos se me hacía tan increíble como un sueño o una fuga de la imaginación a los campos absurdos de su influencia. No podía creerlo. Me era imposible aceptar que mi voluntad, tensa y preparada a lo largo de tantos años, hubiese sido doblegada al primer ataque como una frágil caña por un impetuoso golpe de viento. Quise descubrir las razones de este fallo, induciendo de mis últimos actos las causas formales de mi conducta dócil y reiterativa de las dos semanas anteriores. Al fin creí hallar una explicación lógica: yo hubiese resistido en cualquier caso un ataque

violento, pero me desarmó la sencilla ingenuidad con que Jane y yo llegamos a compenetrarnos. Jane entró en mí lo mismo que el resplandor de la luna o el lamento del mar, espontáneamente, sin ser buscada. En la elaboración de los principios a que había de constreñir mi conducta no conté nunca con el azar; y he aquí que el azar me jugaba inopinadamente una mala pasada; un yate a la deriva, un chinchorro, una estacha… y mi corazón encadenado simultáneamente con el yate metido nuevamente en obediencia. Después los frecuentes encuentros, la naturaleza, la ciudad, su voz y aquellos antebrazos torneados, tersos, inquietantes. Lo demás se hizo solo. Ella era atractiva, ingenua, instintivamente cordial; para mí era la única mujer que había tratado y, curiosamente, la única también que en su ser físico me parecía que compendiaba todos los encantos exigibles.

Me miraba la corbeta a través del vidrio verdoso de la botella: «Yo no podré salir sin destrozar la funda que me aprisiona». Y la voz de la corbeta era idéntica a la del prejuicio empotrado en lo hondo de mi pecho. Tampoco mi obsesión podría abandonarme sin romperme yo previamente en mil pedazos. O rompiéndose mi contextura íntima, pero en ese caso sacrificando, en consecuencia, mi sustancia y mi razón de ser y de subsistir en el tiempo.

Me alarmaba lo que había cambiado todo para mí en unas horas. Comprendí cuán fácil resultaba abstenerse antes de abrirse el apetito, qué sencillo es decir «no tomaré» cuando nada existe que nos atraiga. Ahora todo era diferente. Había algo a que renunciar; la decisión abstracta, inconcreta, tomada veinte años antes, se concrecionaba de súbito en un objeto deseable al que había que responder con una negativa.

En ocasiones, en mis encuentros con Jane, me había asaltado una difusa preocupación de estar faltando a un elemental deber. Pero mi subconsciente, igualmente de una manera difusa, me advertía para mi conveniencia que ésta era la clase de vida que precisaba; que era ésta una aventura esporádica de la que saldría sin raíces ni ataduras, con mi libertad íntegra, vigorizada e insobornable.

Ante la corbeta prisionera vi que no; que mi subconsciente, influido por mi deseo, me había hecho tomar una ruta equivocada, que la conducta sensata en esta ocasión hubiera sido cortar la fuente del proceso, tajar la evolución en el minuto mismo en que comenzaba a gestarse.

Veía la corbeta a través del vidrio. La observaba con fijeza, agarrando la botella por sus dos extremos con mis dedos engarabitados. Le di una vuelta; otra luego y otra… ¡Siempre igual! ¡Siempre decía lo mismo! No había una

solución pausada, racional, fuera de dejar las cosas como estaban, en un punto muerto desalentador, sin ir hacia delante o hacia atrás…

Evoqué en esos momentos la figura enjuta del señor Lesmes. Y el albino resplandor de Alfredo. «Evidentemente tendrás que renunciar —me dije—. La cosa es seria y tú no puedes abrazarte a la vida sin perderte». Saltó mi imaginación a la placita recoleta y rectangular que fuera el campo de acción de nuestra infancia. La mansión vetusta, amarilla, se erguía, allí, chata y ciega, cerrando uno de los costados de la plaza. Y la hornacina en ella con los cuatro guerreros dentro: dos vencedores y dos vencidos. Pensé que el contenido de la vida se encontraba plasmado allí, en aquella pequeña y primaria obra de arte. «También hay en la vida vencedores y vencidos —me dije—, los que triunfan y los que no pueden o no se atreven a triunfar». «Todos nacemos con una postura, con una predisposición… unos para galopar frenéticos en sus corceles, otros para discurrir por el mundo de rodillas, humillados, prendidas las muñecas desolladas a las colas espumosas de los caballos…». «Todo debe terminar cuanto antes», pensé decididamente. Y me incorporé para salir a airearme a la cubierta.

Jane había quedado en ir a recogerme al puerto en su coche a la mañana siguiente. Después de mis reflexiones de la noche pasada comprendí que debía ser éste el último encuentro. Había que frenar las cosas antes de que el instinto precipitase un final inadmisible, para mi concepción de la vida y del mundo. Desde luego, saldría aquella mañana, me vería con Jane y remataríamos nuestra amistad de la forma menos violenta posible, cerrando en círculo, sin solución de continuidad, el proceso de nuestra breve vida de relación.

La encontré sentada en su coche, hojeando una revista de modas.

—¡Hola! —me dijo al verme, tirando la revista al asiento de atrás.

Me senté a su lado y ella puso inmediatamente el automóvil en marcha.

—¿Al parque?

—Sí, al parque.

Marchábamos por las calles recién regadas, emparedados entre una hilera de coches de distintas formas y colores. Jane conducía suavemente, sin esforzarse, sin que la grácil armonía de sus antebrazos se quebrase con la contracción de algún músculo. De repente dio un viraje y nos metimos en una calle poco frecuentada que le permitió aumentar la velocidad.

—Aunque sea más largo por aquí llegaremos sin agobios.

—Es una sabia fórmula… para todo.

—¿Te gusta rodear para llegar a un fin?

—O renunciar a este fin si son demasiados los inconvenientes. Me lanzó una mirada de una significación extraña. Mis ojos quedaron presididos en la admirable euritmia de sus antebrazos; obsesionados, incrédulos…

—¡Cuidado!

Jane sorteó a una niña con un zigzag ceñido.

—Los niños son peligrosos… —dijo.

—¿Crees?

—Más que los perros.

Me reía. Ella añadió:

—¿Te gustan los niños?

—No los conozco; tan solo me he tratado a mí cuando era pequeño y confieso que no me gustaba demasiado…

—Debiste de ser un niño simpático.

—Cualquier cosa menos eso.

Jane paró el coche en una entrada lateral del parque. Descendimos. Brotaba la vegetación por este lado, alimentada por la pujanza febril de una tierra henchida. En la corta perspectiva se confundían las copas de los árboles: el álamo, el plátano, el húmedo brillo de las magnolias. La tierra, recién regada, desprendía vahos calinosos de agradecimiento. Por los macizos se combinaban las flores con profusión en un abigarrado conjunto: la suavidad humilde y blanca de las petunias, el amarillo fuerte del botón de oro, la simetría circular y mareante de la margarita, las anémonas, las rosas y los claveles…

Nos adentramos en el parque, casi vacío a aquella hora. Algunos niños jugueteaban por los paseos persiguiéndose a gritos. Algún que otro bebé se recostaba cómodamente en su cochecito impulsado por la madre. Desperdigados por los bancos se veían tres o cuatro ancianos aprovechando los rayos de sol que se filtraban entre las hojas de los árboles para templar la sangre de sus pies ya medio muertos. Caminamos lentamente por una gran avenida. Casi al final nos desviamos por un paseíllo que conducía a la zona del parque más apetecida por nosotros.

—Vamos a sentarnos.

Delante de nuestro banco, a través de un ancho macizo congestionado de árboles, se divisaban entre las hojas las piernas de la estatua de Roger Williams.

—¡Pobre Williams; le hemos decapitado!

—No lo creas, ha debido de perder la cabeza él solo al contemplar los grandiosos efectos de su obra —dije.

—¿Conoces la historia de Roger Williams?

—Sólo sé que fundó la ciudad.

Echó Jane la cabeza hacia atrás y se quedó un rato quieta, mirando las hojas de los árboles.

—Eso es lo más cómodo de lo que hizo en toda su vida.

Presentí ante Jane que mi tarea de aquella mañana estaba erizada de dificultades. Mi decisión de acabar de una vez con nuestras entrevistas se debilitaba cuanto más avanzaba el tiempo. «Comeremos juntos —pensé—, y al terminar soltaré la lengua. Habré de beber más que de costumbre para no ponerme melancólico».

—¿Sabías que Williams fue expulsado a viva fuerza de Massachusetts?

Intuí que Jane no pensaba en Williams en aquel momento, que hablaba de Williams como podía haber hablado de otra cosa para desviar mi atención de sus verdaderos pensamientos.

—Tú no estás pensando en Williams.

—¡Qué importa lo que yo piense!

Su respuesta fue rápida, incisiva, cortante. Yo me callé con la boca abierta, mirándola.

—¿Qué te ocurre?

—¿Por qué había de ocurrirme algo? No me pasa nada; estoy bien.

Se hizo un silencio violento. Se oyó a lo lejos el aullido de una de las fieras del zoo. La actitud de Jane había variado totalmente. Ahora se comportaba como una criatura herida. ¿Sería que había intuido que era éste nuestro último paseo?

Me pasé la punta de la lengua por mis labios resecos. Ella volvió a quedar suspensa, contemplando el pendulear de las hojas encima de nosotros.

Al enderezar la cabeza un minuto más tarde su expresión era de nuevo la normal.

—Perdóname, a veces me da por pensar cosas estúpidas.

—¿Sobre Roger Williams?

Hizo un ademán picaresco con la mano:

—Tal vez se relacionen con Roger Williams; Roger Williams era baptista, ¿sabes?

Me reafirmé en mi idea de que Jane utilizaba al fundador de pantalla para ocultarme sus sentimientos. Súbitamente Jane me sobresaltó:

—Tú un día te marcharás, ¿no es cierto?

—Necesariamente.

La mirada clara de sus ojos clavados en los míos me hacía pestañear. Sentí una punzada dolorosa en mi retina.

—Aunque no fuese necesario tú te marcharías un día, ¿verdad?

Experimenté una confusión violenta. La voz de ella, sin abandonar su dulzura, tenía un timbre de interrogatorio de juez. Yo no sé dónde podía leer aquella muchacha las determinaciones de mi voluntad.

Me incorporé de un salto.

—Vámonos; hoy quiero comer contigo.

Se levantó sumisa, y caminó a mi lado hacia la salida.

—Iremos al merendero del primer día… si te parece.

No respondió. Las petunias, las rosas, los claveles cargaban de fragancia la sombra de los paseos. La tierra mojada mezclaba su aroma con el de las flores, dando a la mezcla un refrescante sabor de pétalo bañado.

Subimos al automóvil. Jane me miraba a los ojos y su sonrisa ponía dos pequeños hoyuelos en sus mejillas. Tomó el volante.

—¿Vamos directos al fin o… rodeamos?

—Rodeamos.

Arrancó suavemente el coche. Inesperadamente me vi corriendo por la cinta gris de la carretera de la costa. Jane desvió el coche poco más adelante y le detuvo junto a la empalizada del merendero.

Tampoco esta vez había demasiada gente, por más que el número de perros pedigüeños se hubiera multiplicado. Jane me dijo, al ver la jauría:

—No es éste un buen sitio para una intimidad.

—Conforme con mi teoría, desde luego.

Sin consultarnos fuimos a ocupar la misma mesa de nuestra primera excursión. Se acercó la señora obesa del pelo rubio, quien puntualizó nuestra consumición con los mismos recursos que la otra vez, como quien cumple austeramente con la severidad de un rito.

—¿Bien?

Nos miramos a los ojos con mutua reticencia. Se acercó un perro.

—Hoy vamos a hacer que no nos importen estos bichos —dije.

—E… ¿importan en realidad?

—Cohíben un poco.

Me levanté para cambiar la silla de Jane, que cojeaba.

—Aquí te encontrarás mejor.

La señora rubia llenaba nuestros vasos de un vino transparente. Jane alzó su espléndido antebrazo con el vaso en la mano.

—Por tu gran idea.

Bebió. Bebimos los dos y yo colmé de nuevo los vasos hasta rebosar.

—¿Qué idea?

Jane seguía reticente y opaca como en el parque.

—Vas a cerrar nuestro trato en el mismo sitio que se inició. Esto es muy poético. Si algún día nos sacaran algún verso, este detalle podría servir de estribillo. Experimenté una sensación extraña, algo así como si mi cuerpo se hubiese quedado hueco de repente. Me sujeté angustiosamente al borde de la mesa.

—¡Ha de ser así, te lo juro! —dije con una voz que parecía provenir de detrás del seto.

Regresó la mujer que nos servía y dispuso las viandas sobre el mantel a cuadros.

—La ternera para el señor, ¿verdad?

—No, no, para la señorita.

—Ah, perdonen…

Marchó. Casi lamenté su ausencia. Me daba miedo aclarar la situación, por más que Jane pareciera ya enterada de mis propósitos. Tomé el vaso y lo apuré nuevamente. Jane me enviaba ahora la más dulce de sus miradas.

—¿Sabes? Se te traslucen tus decisiones como si fueras de cristal. Eres parecido a un niño… —dijo.

«Como si fueras de cristal». Se me veía por dentro lo mismo que a la corbeta a través del vidrio de la botella. Experimenté un vivo sentimiento de pudor al sentirme desnudo, desarropado, transparente… ¡Qué cosa tan extraña! ¡Qué sensación tan terriblemente ingrata! Me palpé con dedos nerviosos los huesos de mi cráneo y después los golpeé con los nudillos. ¿Sería verdad? ¿Sería cierto que mi cuerpo era transparente como el cristal? Jane me veía hacer con una expresión de horror en su mirada intensa. Oí inesperadamente mi voz, una voz cavernosa, metálica…

—Mírame bien, Jane, ¡mírame! ¿Crees de verdad que estoy loco?

—¡Calla!

—¿Por qué he de callar?

—Me das miedo.

—¿Miedo? Ja… ja… ja…

Era yo quien se reía sin querer. Me oía a mí mismo, pero era como si fuese el seto, el campo, la tierra, quien estremeciese sus entrañas en una carcajada siniestra. Me había puesto de pie y continuaba riéndome, sin freno ni vergüenza. Me invadía un escepticismo absoluto hacia cuanto existía o

pudiese existir. Dos perros me escrutaban con sus lánguidos ojos marrones. Uno de ellos, asustado, empezó a ladrar.

—¿Miedo? Ja, ja, ja…

Veía a Jane encogerse sobre sí misma en un instintivo movimiento de defensa.

—¿Por qué he de darte miedo? ¿No ves que soy un ser inofensivo, infrahumano, cobarde?

Jane vino hacia mí y me puso las manos sobre los hombros. Se había recuperado en un esfuerzo de voluntad.

—Ven, siéntate a mi lado… No me das pizca de miedo, ¿sabes? Te quiero…

Mis nervios y músculos se relajaron, quedaron flácidos, lasos. Me senté. Jadeaba con una respiración fatigosa. Notaba la suave presión de la mano de Jane en mi frente; notaba que todo mi ser buscaba, paulatinamente, su equilibrio, su estabilidad… Había pasado el momento de la crisis. Entonces empecé a experimentar una vergüenza creciente por mi comportamiento. Todo mi profundo escepticismo del minuto anterior se metamorfoseaba en éste en un sentimiento nebuloso de insignificancia y vergüenza.

—Vámonos, ¿quieres?

—Vamos.

Caminé aturdido, colgado inconscientemente del brazo de Jane. Los escasos comensales nos miraron de reojo al pasar. Ya en el coche hice un intento de justificación:

—¿Nunca has experimentado, Jane, un choque entre lo que deseas con toda tu alma y lo que juzgas tu deber?

—Sí.

—Entonces me comprenderás.

Hubo una pausa.

—Llévame al puerto.

La cinta gris de la carretera iba desapareciendo bajo el morro del motor. Los árboles y los edificios se cruzaban con nosotros a increíble velocidad. Jane conducía fácil, diestramente, con sus antebrazos inmóviles sobre el volante en contraste con él. ¡Sus brazos! Nunca más volvería a verlos. Mi memoria perdería un día el recuerdo de sus perfiles, de la exquisitez de sus proporciones…

Entramos en el puerto y Jane detuvo el coche.

—Entonces…

Demoré un minuto el descenso del automóvil. Quería llenar mis ojos, mis sentidos todos de ella; de su aroma, de su forma, de su color. Le tendí la mano.

—Adiós, Jane.

En un movimiento impensado me incliné y besé ardientemente las carnes firmes, morenas, de su antebrazo. Al levantar los ojos la vi rígida, encampanada en su dignidad.

—Perdóname —balbucí y descendí del coche.

Aún la vi un segundo. Estaba ofendida, no por mi beso, sino por el fondo de mi conducta inexplicable. Arrancó el coche, que se perdió a los pocos instantes en el maremágnum del muelle.

Camino de mi barco me di cuenta de que tenía los labios abrasados por un ardor desconocido.

VII

Las aguas suelen remansarse al pie de los rápidos y torrentes como si una vez pasado el peligro meditaran sobre el riesgo corrido en el minuto anterior. Al ver despeñarse nuevas y continuas cataratas, cada gota pensará: «Esa fuerza me impulsó a mí. Igual, lo mismo que a todas ésas. ¡Caramba! Quién me ha visto y quién me ve».

Algo de esto me ocurrió a mí al separarme definitivamente de Jane. Me remansé también. Me remansé y medité: «Qué ímpetu me vigorizaba ayer y qué quietud indiferente y lasa me apabullaba hoy». Y es cierto que aquel tajo decisivo que cortó la antena que yo había lanzado al exterior, me dejó alicortado y desarticulado por dentro.

Cuando emprendimos el regreso a España mi postura ante la vida se había concretado. Ya no tenía que renunciar a todos los lazos del corazón; había simplemente de renunciar a Jane. Comprendía que contra todo lo demás estaba inmunizado, pero la atracción de Jane superaba ahora todas las tentaciones que en abstracto gravitaran antes sobre mí. Involuntariamente evocaba con frecuencia su presencia, su sutilísima perspicacia, el sentido de nuestras conversaciones… Su evocación concluía siempre en sus antebrazos, morenos, mórbidos, estrepitosamente plásticos y rotundos.

En estos días empecé a profundizar mi trato con Luis Bolea, el piloto. Me convencí entonces de que los sentimientos no pueden cortarse de un solo golpe como creía, sino que su apaciguamiento requiere un lapso de suave transición. Yo necesitaba una válvula cordial; una válvula por donde escapase esa misteriosa sustancia que secreta a veces el corazón y que se llama afecto.

Encontré en Luis Bolea un amigo cabal. Una amistad que se me hacía precisa y que no rechacé por dos razones: la necesidad absoluta de un estímulo externo y la conciencia de que esta amistad había de ser pasajera.

Bolea era, ante todo, un hombre comprensivo. Y en segundo término uno de esos hombres para quienes la vida es una sonrisa y la sombra bajo la cual caminan es redonda, amable y feraz. Era, pues, mi antagonista. A Bolea le había conocido, sin tratarle, en el último año de los que pasé en la Escuela de Náutica de Barcelona. Empezaba él entonces la carrera y yo estaba en trance de terminarla. Pero Bolea estudió exclusivamente por amor al mar, por afición. Era un hombre rico. Al terminar sus estudios redondeó su fortuna casándose con una mujer de su posición, trocando sus días de prácticas por

una prolongada luna de miel. A los dos años volvió a sentir en su pecho la llamada del mar. Entonces se decidió a cumplir sus prácticas para obtener el título de piloto. Dio un beso a su mujer, otro a su primer vástago y se fue al mar durante una buena temporada. Al finalizar sus prácticas Bolea volvió a percatarse de que no todo en el mundo ha de ser agua salada y, añorando la vida familiar, colgó otra vez la gorra y se fue unos cuantos años a disfrutar de su mujer y su hija. Pero como todos los hombres que caen en el mundo dotados de un movimiento pendular, Bolea a los pocos años pensó que no todo en la vida ha de ser una mujer y unos niños, y dando un beso a cada uno, reembarcó, precisamente, en el *Antracita*, donde yo estaba de capitán.

Debido, pues, a su titubeante conducta, Bolea hizo una carrera muy lenta. A raíz de los últimos acontecimientos de Providencia, Luis Bolea y yo, como digo, profundizamos bastante nuestras relaciones. Tanto, que cuajó en una verdadera amistad. Una amistad por mi parte más bien egoísta y receptiva, sin que a cambio de sus confidencias y consejos le diera yo gran parte de lo mío.

Recuerdo que al partir aquella vez de Providencia, Bolea y yo tuvimos ocasión de encontrarnos a solas en el puente la primera noche.

—Hay nubes bajas, mal asunto —me dijo mirando el cielo—; me gustaría por esta vez poder llegar a España de un salto, aunque estos días no entrasen en el cómputo de mis prácticas.

Le miré sorprendido:

—La familia va tirando y uno, sin darse cuenta, se va haciendo viejo. No se puede remediar —añadió.

—¿Teme a la vejez?

Metió los dedos pulgares bajo las solapas de su faena.

—¿Por qué voy a temerla? La vejez es la etapa más agradable de la vida; rodeados de los que nos quieren vivimos otra vez nuestros recuerdos. Pero esta vez sin incertidumbre ni desasosiego, sabiendo que lo pasado ya pasó.

Me quedé un rato expectante. De la cubierta ascendía el suave rumor de una canción interpretada a dos voces. Los marineros daban rienda suelta a sus nostalgias de Providencia. (Tenía un alcance dulcemente melancólico aquella canción en alta mar, bajo la vaga luz de las estrellas). Les dejé hacer un punto antes de responder a Bolea.

—A veces los recuerdos muerden.

—Pocas veces; de los acontecimientos de nuestra vida se recuerda generalmente lo mejor.

—¿Y lo malo?

—Lo malo suele olvidarse en cuanto pasa. El hombre tiene una pésima memoria para las cosas que arañan.

La canción ascendía al cielo en espirales como el humo. Admiré el especial sentido de mucha gente ruda para cantar con sentimiento.

«Bolea tiene razón —me dije—. El hombre tiene una pésima memoria para las cosas que arañan». El hombre, en general. Por eso las excepciones no encuentran lugar en el mundo y han de sortear la vida a su manera. Bolea tenía razón al hablar así, pero a mí tampoco me faltaba.

—Lo que es una aberración es un niño o un joven viviendo de recuerdos.

Yo entonces había sido una aberración y continuaba siéndolo ahora, con una curiosa particularidad: los recuerdos me arruinaban en vez de estimularme.

—¿Y eso por qué?

—En la infancia y en la juventud es cuando se fabrican los recuerdos.

—Pero cabe en todo tiempo el recuerdo del recuerdo.

—Las vidas uniformes no dan recuerdos. Dan tal vez un solo recuerdo, que tampoco lo es, porque el instante de la vida en que se intenta rememorar es análogo al evocado. ¿Quiere fumar?

(Otra particularidad de Luis Bolea era la de fumar siempre un ínfimo tabaco liado «porque le compensaba tener el pitillo entre los labios en la milésima de segundo en que le apetecía»).

—No, gracias; a mí me compensa hacerlo.

Sonrió.

—Como quiera.

Encendió su cigarrillo y trató de esperar con el fósforo encendido hasta que yo liase el mío. La lumbre le alcanzó las uñas antes de que yo concluyese la operación.

—¡Diantre! —lo arrojó de sí.

Prendió otra cerilla y levantó la mano, dejando la llama a la altura de nuestros rostros, equidistante de ambos. El resplandor se reflejó en sus ojos.

—Es peligroso aguardar a hombre lento —dije.

—¡Bah!, lo más que puede ocurrir es que nos quememos la punta de las uñas.

Tomé lumbre. Bolea sopló el fósforo, apagándole.

—Según el tamaño del fuego —añadí.

—No sé si porque me he pasado la vida viendo agua por todas partes, pero no le temo al fuego. —El piloto cambió súbitamente de expresión—. Otra cosa, capitán, ¿por qué no se casa usted?

Un estremecimiento de recelo me sacudió.

—¿Usted conoce a Jane? —inquirí con voz oscura.

—La conocí, como usted, la noche que llegamos a Providencia. ¿Por qué?

—¿Y después?

—Nos hemos saludado en la ciudad un par de veces.

(Comprobé en mi alma un secreto y momentáneo rencor contra mi piloto. ¿Con qué motivo sacaba a relucir esta cuestión tan privativamente mía? ¿Sería que Jane había buscado en él un aliado? Me pareció problemática esta suposición conociendo a Jane. Pero, entonces, ¿en qué se cimentaba esta rara impertinencia? ¿En mi propio interés? ¿Creía Bolea que me hacía con esto un gran favor? Me lo imaginé andando por las calles de Providencia, deteniéndose de pronto al tropezar con Jane. Y hablarían. Me desagradó la idea de que Jane hubiese hecho amistad con mi piloto. ¿Y de qué hablarían? Del mar, del yate en reparación, de Providencia… ¡Qué tontería! ¿Cómo una mujer tan inteligente como Jane iba a hablar con nadie de esas ambiguas sandeces? Pero de algo hablarían «ese par de veces que se saludaron». Hablarían quizá de mí. Me desazonó este solo pensamiento. ¿Y qué tenían ambos que decir de mí? ¿Que era un loco? ¿Que era, cuando menos, un aspirante a loco? ¡Bonita conversación para ser sostenida a espaldas de un hombre! Pero no podía ser; no era posible que Jane pensase de mí que era un loco y menos que lo comentase con nadie. ¿No me había dicho hasta que me quería? ¿Hablaría entonces con Bolea de mí para compadecerme? ¡Qué molesto ser un objeto de una conmiseración a dúo! Tampoco creía a Jane capaz de compadecerme a medias con otro hombre. De compadecerme seria ella a solas. Y esto era ya diferente. Que ella me compadeciese tenía para mí las untuosas calidades de un sedante. Se saludarían nada más. Eso. Seguramente no hicieron más que estrecharse la mano y saludarse. Esto ya era otra cosa. Aunque de todas maneras siempre era desagradable pensar que alguien había de estrechar la mano de Jane. ¿Por qué no se saludaría la gente con una simple inclinación de cabeza? ¿Es que se expresa mejor la cordialidad en un mutuo manoseo? ¿Entonces por qué se saludaban también así los hombres que se odian? Evidentemente, el apretón de manos era una vulgar reminiscencia salvaje, derivada del apretón de narices. Tan vulgar y desagradable el uno como el otro. Pero, después de todo, ¿qué me daba a mí que alguien tomase la mano de Jane? ¿Es que me sentía celoso? Me sonreí de mi propia estupidez. Celoso… Palabra estúpida de estúpidos alcances. ¿No era Jane libre? ¿No era posible que dentro de unos meses fuese, íntegra, de otro hombre? ¡Oh, qué pensamiento tan profundamente desagradable! Hasta

olía mal. Posible sí era, desde luego, pero ¡diablo!, qué repugnancia me daba…).

Una vaharada del mal tabaco quemado por Bolea me reincorporó a la actualidad. Ya no guardaba rencor a Bolea. Fue una racha pasajera. Al revés, le agradecía la oportunidad que me daba de hablar de Jane, de recordarla. ¡Ah!, el recuerdo. Yo ya sí tenía recuerdos. Mejor sería olvidarla, pero… La rememoración no minaba la solidez de mis principios. Evocarla sí que me estaba permitido. Hablaría, pues, con Bolea de Jane, pero sin soltar prenda; diría sólo ambigüedades. Después de todo a nadie le interesaba la fuerza de nuestra intimidad.

—Me preguntaba usted por qué no me caso, ¿verdad?

Sonrió Bolea y tiró su nefasto pitillo a la cubierta:

—Imagino que habrá tenido usted tiempo de meditarlo.

—Tiene los ojos claros —hablé al fin.

—¿Bien?

—Nuestros hijos serían cortos de vista.

—¿Los hijos de quién?

—De Jane y míos.

—No he hablado de Jane.

—No rodeemos —dije.

—Adelante, pues.

—¿Tiene usted en ello un interés especial?

—¿En qué?

—En esa boda —aclaré.

—Me agrada pensar que las gentes de mi aprecio van elaborando recuerdos para rumiarlos el día que no tengan vida activa disponible…

—Ah… muy generoso, ¿siempre ha sido usted casamentero?

—Siempre que ha mediado un interés especial.

—¿Aquí existe?

—Evidente.

—Veamos.

Me asió con dedos crispados un antebrazo.

—¡Basta de tapujos! —bramó—. Aquí el interés es usted. Usted debe casarse… Le falta equilibrio para pasar solo la vida.

—Ya entiendo…

—Cuestión de estimación simplemente.

—Ya entiendo.

Apretó sus dedos sobre mi antebrazo haciéndome daño.

—Le conozco hace mucho tiempo y sé…

—¿Está seguro?

—Usted obra como obra porque teme a la vida.

Me impresionó el propio eco de mi negativa:

—¡No!

Me cogió rápidamente del otro antebrazo y me sujetó rápido contra el pasamano del puente. Sus ojos se clavaban en mí con una mirada larga, intensa:

—Sí; sólo por miedo a la vida no llega usted al final que apetece.

Estábamos en uno de los extremos del puente. La voz de Bolea era vigorosa, como la presión de sus manos; con un vigor contenido.

Intenté sonreír.

—No, Luis; está usted equivocado.

—¡Miedo a la vida! —machacó.

—No… lo contrario.

—¿Qué?

—A la muerte.

Aún no cedía en su presión. Descendió, en cambio, el sofoco de su voz:

—Puede entenderse como una misma cosa; la muerte no es más que una circunstancia de la vida colocada en su último extremo.

Le miré irónicamente:

—¿Y la vida?

—La gestación de la muerte.

—Ya.

—Son dos mitades de un todo.

—Ya.

Aflojó la presión de sus dedos.

—¿Por qué no quiere entenderme?

—Usted tiene la propiedad de simplificar las cuestiones más complejas.

—¡Pruebe! ¿Por qué no se casa usted?

—Tendría hijos miopes.

No le agradó mi acento burlón. Soltó mis brazos y enfundó sus manos en los bolsillos de su faena.

—A veces se empeñan los hombres en darse cabezadas contra una tapia cuando, si lo intentaran, podrían saltarla fácilmente.

—La tapia para unos puede ser de dos palmos, y llegar al cielo para otros.

—Espejismos.

—Quizá.

Se alejó un tanto de mí. Su respiración era fatigosa. Percibí que la atmósfera estaba densa y enrarecida.

—Voy a descansar un rato —me dijo—. Le ruego que no persista en su actitud; los huesos del cráneo son duros, pero a veces llega a abrirse la cabeza.

Comenzó a descender la escalera. Di unos pasos hacia él.

—Dígame, ¿dónde habló con Jane de todo esto?

—¿Eh…? ¿Cuál?

—¿Dónde vio usted a Jane?

—La saludé dos veces en Providencia.

Se perdió en la oscuridad de la cubierta. ¡Ambigüedades! ¡Abstracciones! ¿A qué este afán de no concretar? Ya no se oían las canciones de los marineros. Todos se habían acostado ya. Todos, excepto la rígida figura del timonel encerrado en su jaula de cristales. Me vio pasar ante él, indiferente. ¿Seria, en realidad, mi cráneo transparente como la cabina del timonel? ¿Tan transparente que todos podían observar lo que sucedía detrás de sus huesos? ¿O era mi actitud tan anormal que enseguida llamaba la atención, hasta a los menos observadores? ¡Oh, qué enrevesado debía de ser yo por dentro! Recordé a una pobre mujer que conocí en Barcelona de dos metros y medio de estatura. Un osteólogo le había comprado en vida el esqueleto para examinarlo después de muerta. A fin de cuentas el osteólogo era un optimista, ya que ¿quién le aseguraba que aquella pobre mujer no le doblaría la vida como ahora le doblaba la talla? «Yo, por dentro —pensé—, debo de ser muy semejante a aquella mujer por fuera». Estoy seguro de que si mi anormalidad pudiese conservarse incorrupta en un frasco de alcohol, se darían de mamporros los psicoanalistas por adquirirla. ¡Habría que ver mis deformados sentimientos encerrados en un frasco! Con seguridad tendrían la forma de un pulpo plagado de tentáculos. ¡Qué repulsiva visión un tarro con un pulpo dentro! ¡Diablo, como la corbeta! ¿Como la corbeta? Y como mi cerebro. ¿Por qué no también como mi cerebro?

VIII

Entramos en la bahía de Santander una mañana soleada de junio, con cielo despejado y brisa estimulante. Aún no había llegado el verano sobre la ciudad, pero ya se advertían en las rubias arenas de la Magdalena las manchas oscuras de los primeros bañistas.

Apenas si había gente en los muelles aguardando nuestra atracada. Era nuestro buque uno de los menos golosos de cuantos hacían el viaje transoceánico y la pacotilla por «mercancía» resultaba de poco empeño.

Algunos familiares de nuestra marinería agitaban al aire sus pañuelos blancos en su primera expresión de bienvenida. El revoloteo de pañuelos se contagió a poco a nuestro barco y una vez atracado se alzó hasta el puente el rumor de los besos y achuchones del recibimiento.

Nunca hasta entonces me pareció tan vacía una ciudad. Cuando desembarqué y tuve oportunidad de discurrir por sus calles me vino encima un mundo liso y anodino, espantosamente desnudo y desguarnecido de alicientes. Era como recorrer una tierra en barbecho, sin flores ni accidentes en toda la extensión que abarcaba la vista.

Una semana después, asfixiado por el cielo plomizo de la ciudad vacía, tomé un tren para Bilbao con el objeto exclusivo de cambiar de ambiente.

Bilbao renacía en su hondonada con una vitalidad múltiple. Estaba agitado por un febril movimiento industrial que se adivinaba en cada rostro que topaba uno por la calle. Todos, apiñaditos alrededor de la ría, laboraban por el engrandecimiento de la urbe. Pero nada alteró la sensación de soledad que me invadiera en Santander. Con gente y sin ella mi enervamiento continuaba. Me di cuenta entonces de que los agobios del alma son netamente independientes del medio que nos circunda, que sólo puede intervenir en nuestro clima interno el escenario en que nos movemos cuando nuestras facultades receptivas no están aletargadas por una preocupación interior.

En Bilbao permanecí cuatro días escasos. Bolea me aguardaba en Santander para tomarse él su descanso. Empero, las cosas adquirieron una orientación distinta a la que esperábamos. Un acontecimiento sorprendente me obligó a demorar mi regreso dos días más.

Aconteció el hecho la última noche de mi permanencia en Bilbao. Como de costumbre, salí del hotel luego de cenar con ánimo de acumular sueño callejeando por la ciudad. No me agradaba la idea de encamarme sin sentirme

fatigado. Ello equivaldría a declarar una de mis frecuentes controversias cerebrales que, sobre no remediar nada, incrementaban mi debilitamiento nervioso ya de por sí paulatinamente progresivo. Me dediqué, pues, a recorrer callejuelas desconocidas, estrechas y oscuras, donde sólo muy rara vez saltaba de algún balcón colgante el detalle fresco y sonriente de unos tiestos de geranios medio marchitos. Inopinadamente empezaron a caer unos gruesos goterones. Percibí el alivio húmedo de la ciudad en el vaho refrescante que exhalaban ahora sus pulmones invisibles. Avancé de prisa tratando de volver sobre mis pasos. Pero era tal el laberinto de aquellas callejuelas simétricas y uniformes, que experimenté la necesidad de hacer un alto para evitar que el agua me llegase hasta los huesos.

En la primera esquina vi cuatro letras tentadoras combinándose para formar el genérico nombre de Café. Sentí lástima por aquel café sin apellido, dotado de una simple denominación abstracta, como un pobre inclusero. Empero, la lluvia arreciaba y el lastimoso edificio, envanecido por la necesidad, cobraba un tono y un tronío del que por sus cualidades sustanciales se hallaba exento. Próximo ya, acariciaron mis tímpanos los sonidos armoniosos de una orquestina de poco fuste. Empujé la puerta de cristal esmerilado y penetré.

El local era amplio y tenía un desagradable olor a colilla de puro mezclado con el de fichas de dominó manoseadas. Las mesas, con tablero de mármol blanco, se encontraban casi totalmente vacías. Únicamente en los rincones se arrullaban unas cuantas parejas demasiado juntas y expresivas para ser tomadas por enamorados. Mi entrada pasó inadvertida para todos. Hacia el centro de la sala, propincuo al mostrador, se alzaba un miserable tablado donde un trío vestido con blusas amarillas se esforzaban en combinar, arañando dos violines y aporreando un piano, las notas melancólicas de *La Bejarana*.

Me sacudí un poco la lluvia y me senté frente a la orquestina en un diván estrecho y forrado de un tazado y arcaico terciopelo granate. Observé al trío con cierto detenimiento. La pianista, vuelta de espaldas, detentaba un aspecto exótico de difícil definición. A cada lado un violinista, enfundados en blusas amarillas, flamantes y llamativas, pero pregonando con las rodilleras y remiendos de los pantalones y la piel agrietada de sus zapatos que, pese a su uniforme, las notas que parían sus instrumentos apenas si les daban para vivir.

Se me acercó un camarero con una blanca servilleta colocada a horcajadas sobre el hombro. Pedí un coñac. Inopinadamente los músicos concluyeron su interpretación. La mujer quedó un rato a la expectativa, y ante los aplausos

reiterados de las cuatro parejas, que sonaban pobremente en la amplitud de la sala, se inició de nuevo su tecleo. Los dos hombres, que ya se agachaban para encerrar los violines en sus estuches, se incorporaron con un aire de disgusto muy marcado en sus rostros enjutos. Desconocía la pieza en que ahora empeñaba el trío sus aceptables facultades, pero no sé en qué percibí un algo próximo, cálido y familiar.

Instintivamente me había levantado del incómodo diván y me arrimaba, paso a paso, al tablado. Entonces me percaté de que era el ritmo lo que me era familiar, el método interpretativo, el hacer.

Era lo mismo que si me estuviesen leyendo un trozo de prosa desconocido, pero que me permitía aquilatar en el ritmo especial de la lectura un sentimiento de familiaridad. Los violinistas me miraban desde su altura con reojos de dictadores. La mujer seguía volviéndome la espalda. Tan sólo cuando sus manos escapaban a los extremos del teclado podía observarlas, ver sus dedos sonrosados, gráciles como diez pantorrillas femeninas danzando un *ballet*. Sus yemas tiernas, coronadas por encima por uñas pintarrajeadas de rojo, se curvaban hacia arriba en una generosa entrega, incondicionada, a las exigencias de la interpretación. Impróvidamente las notas de los violines se agudizaron, las manos de la mujer escaparon a las últimas teclas, se originó ese barullo musical precursor del desenlace. Me recorrió un escalofrío. Experimenté la necesidad de gritar. Una nota rotunda cerró los compases de la melodía. Se oyeron cuatro mezquinos aplausos brotando de las esquinas más oscuras del local. Precipitadamente los violinistas clausuraron sus violines en los estuches, como si con sus últimas agrias notas hubiese huido el espíritu de los instrumentos y ahora encerrasen en aquellas cajas, con corte de féretro, sus rígidos cuerpos desalmados. La mujer se mantuvo quieta con la espalda erguida, como cuando niña. Bruscamente se acodó en el piano cerrado y ocultó su cara invisible entre sus manos. Descendieron los violinistas del tablado.

—¡Martina! —grité entonces.

Giró la mujer, lentamente, como poniéndose en guardia, incorporándose al mismo tiempo que volvía su rostro hacia mí. Guiñó sus ojos un segundo, como queriendo penetrarme hasta el último plano del alma. Levantó los brazos y sus ojos adquirieron un intenso brillo.

—¡Pedro!

Con un movimiento subitáneo se dejó caer en mis brazos llorando. La apreté contra mí, conmovido, consciente de que por vez inicial en mi vida podía ser útil a un semejante.

Presentí que la poca vitalidad del café se había concrecionado sobre nosotros. Tomé a Martina por la cintura y la aparté a un rincón acotado de sombra. Oí un poco lejana una risa maliciosa. Martina me miraba incrédula, entre sonrisas y lágrimas. Se dio cuenta de pronto de que éramos el eje de la atención de la escasa concurrencia. Se incorporó.

—Espera un momento. Pedro, nos iremos a otro sitio donde podamos hablar tranquilos.

Se aproximó al tablado y regresó a mí poniéndose encima de la blusa amarilla una desfasada chaqueta de punto.

—Vámonos.

En la calle la tomé del brazo. Entonces advertí que la mocosa Martina se había transformado en una hermosa muchacha, por más que su espléndida belleza la amustiase un prematuro gesto de cansancio.

—Aquí a la vuelta, hay otro café; ¿te parece que entremos en él?

Se detuvo en medio de la calle. Ya no llovía y el ambiente había refrescado.

—Si no te importa —rectificó— prefiero hablar contigo correteando de calle en calle.

Asentí. Al mirarla a los ojos observé que de nuevo los nublaban las lágrimas.

—Soy una malvada, ¿sabes?

Ahora fui yo quien se detuvo.

—¿Qué quieres decir?

—Sí, déjame, Pedro; déjame tirada en medio de la calle, si quieres, pero he sido una perdida…

La calle estaba desierta. De lejos llegaba el sonido apagado de un acordeón como un mensaje de vicio oculto. Me pareció que un mundo vecino a mí se desmoronaba, que me arrancaban de repente la raíz de mi propia vida. Martina, avergonzada, apretó su rostro contra mi pecho y ahogó un sollozo. Reanudamos nuestro paso. Las calles permanecían muertas, adormecidas en sus medias tinieblas. De vez en cuando partía de alguna ventana iluminada una carcajada bronca o un juramento. Pero Martina caminaba sin estremecerse, dando la sensación de que en los últimos años había amoldado su paso menudo al ritmo y tono de aquel clima sinuoso. Martina rompió bruscamente en un torrente de palabras:

—Yo no podía vivir allí… ¿Quién hubiese podido hacerlo? Mi casa, Pedro, ¿recuerdas?, era igual que un cementerio: fría, silenciosa, monótona,

sin un quiebro sorprendente. Allí no había alegría, ni ilusiones, ni juventud, ni vida…

Agachó la cabeza sobre el pecho y se reiteró en su llanto amargo y acongojado. Penetramos en una callejuela inundada de un detestable olor a desperdicios de sardina. Se cruzó con nosotros la sombra vacilante de un borracho. Martina levantó la cara, intentando alcanzar mis ojos en la espesa y fétida penumbra.

—Dime, Pedro, ¿por qué eran así mis padres?

Ahora alcanzaba a comprender la estela espeluznante del matrimonio del señor Lesmes. Don Mateo debía haberse enfrentado con la vida desatado de todo vínculo. Los hombres como él y como yo no teníamos derecho a meternos en la cadena. Habíamos de permanecer al margen de ella, rematándola en uno de sus extremos. Martina prosiguió sin que yo contestara:

—¡Mi sangre era tan distinta de la de ellos! Notaba por días que aquella casa se me venía encima, que me acuciaban unos deseos inmoderados de gritar y reírme a carcajadas, de decirle a mi madre que qué sacaba de aquel mutismo hermético, asfixiante y sobrecogedor… —Hizo una pausa—. Pero tenía que aguantarme; había de soportarlo todo mientras viviese en casa de mis padres. Ellos eran muy dueños de ser como les viniese en gana; ellos me habían traído a la vida y yo se la debía a ellos, riendo o llorando… Un día…

Se aturdió un momento. Aparentó arrepentirse de su modo de comenzar; no obstante, tras un movimiento de cabeza como el que se efectúa para desechar un mal pensamiento, recomenzó de la misma manera:

—Un día conocí a un muchacho cuando volvía de dar mi lección de piano. Se me acercó diciéndome que en tiempos, cuando yo no tenía más que un año, había dado clase con mi padre. Me acompañó hasta casa. Al despedirnos me dio su nombre, pero me rogó que nada le dijese a mi padre de todo esto, pues siempre habían tenido unos puntos de vista diferentes y, al marchar de la Academia, su padre había discutido fuertemente con el mío, precisamente por discrepancias en sus puntos de vista respectivos.

Nuevamente habíamos tomado una calle distinta; otra calle estrecha, orillada por casas de cuatro pisos, donde mirando hacia arriba se divisaba un paseíllo de cielo perforado de lunares brillantes. Pasó una pareja, muy apretada, en dirección opuesta a la nuestra. Martina continuó:

—Aquella relación secreta que aquel día se inició, forzosamente tenía que dejar en una vida tan uniforme como la mía una huella profunda. Me parecía que estaba empezando a vivir una aventura de novela; un amor desaprobado por nuestros padres era, siempre lo sería, un idilio tentador. Pensaba que en la

discordancia de puntos de vista entre mi padre y Joaquín, sería éste quien tenía la razón. Los puntos de vista de mi padre eran, generalmente, turbios y sombríos, lo que me hacía sospechar que los de Joaquín serían, por lógica contraposición, diáfanos, optimistas y joviales.

Se hizo un nuevo paréntesis, que el pecho de Martina aprovechó para emitir un sollozo. Luego prosiguió:

—Yo creo que fue este ambiente de misterio de que rodeamos nuestras relaciones el que más influyó en mi tonto enamoramiento. Nos veíamos a horas extrañas, cada vez en lugares diferentes… Yo me dejaba portar en su cariño tan ingenuamente que jamás se me ocurrió preguntarle qué es lo que era, a qué se dedicaba, o en qué calle vivía… Me bastaba, al parecer, saber que no era igual que mi padre, y como en este punto coincidíamos, caí en el error de imaginar que éramos dos almas paralelas que se adaptaban hasta en el menor detalle. Así fue pasando el tiempo. Él hablaba en abstracto de «sus negocios». «Sus negocios» iban bien o le reclamaban en Madrid un par de días, no podría verme a tal hora porque había de atender a sus clientes. Una tarde, sentados delante de la cruz de Cuatro Postes, con la ciudad amurallada a nuestros pies, me dijo que puesto que «los negocios» marchaban bien, sería oportuno ir pensando en nuestro matrimonio…

Me miró Martina con ojos arrasados en lágrimas y prosiguió:

—Me dio un vuelco el corazón; aquello superaba cuanto yo hubiera podido imaginar. Joaquín era un hombre físicamente agradable; espiritualmente, entonces me tenía arrebatada. Al día siguiente, a hurtadillas, comencé a bordar unas servilletas para nuestro futuro hogar. Dos días más tarde quise sorprenderle enseñándole dos servilletas, enteramente confeccionadas por mis manos. Experimenté mi primera desilusión al ver su gesto de desagrado. «Nosotros no podernos hacer como los demás, Martina —me dijo—; quiero que te convenzas de ello. Nosotros nos casaremos de una manera apagada y sin el consentimiento de nuestros padres. Por eso todo lo que haya de hacerse lo haremos después de nuestra boda, con nuestros propios recursos». Me callé y no le dije nada. Supongo que él, aunque poco le importase, se daría cuenta de que me había herido… Un mes después me dijo que no podía esperar más y que deseaba casarse a la semana siguiente. Le advertí que nada sospechaban aún mis padres de nuestras relaciones, que me diese tiempo para convencerles y que, sólo cuando se hubiesen opuesto decididamente, estaríamos en nuestro perfecto derecho de casarnos contra su voluntad. Él se mostró airado. «¿Y eso es lo que tú me quieres? —dijo—. ¿Sólo hasta ahí estás dispuesta a llegar por mí?». Le respondí que estaba

dispuesta a llegar donde fuese necesario por su cariño, pero sin dar brincos forzados, sino por mis pasos naturales. Se enfureció bastante. Como único medio de probar mi decisión me preguntó entonces: «Y si yo te dijera que la única solución es coger el tren un día cualquiera y casarnos en Madrid o en otra parte, ¿qué dirías?». «Si los demás medios habían fallado totalmente no me opondría, —respondí—. Tú no me quieres, silabeó encolerizado, tú no estás decidida a entregarte a mí». «De momento, —terminé—, y de la irregular manera que tú deseas, no». Nos enfadamos. Dejé de verle durante dos semanas. En esos quince días me di cuenta de que todo era preferible a continuar encerrada entre aquellos tabiques de austeridad. La casa de mis padres y mi espíritu eran inconciliables, definitivamente incompatibles. «Después de todo —me decía—, Joaquín no me pedía nada contra la moral. Únicamente casarnos fuera del asentimiento paterno. Y eso, ¿qué puede tener de particular cuando la rareza está de parte de los padres?». Me arrepentí de mi negativa, pero como ignoraba dónde podría encontrarle, tuve que soportar mi tedio sin intentar mover un solo dedo para tratar de remediarlo. Una tarde, inopinadamente, tropecé con él al regresar a casa. Le vi que venía dispuesto a acercarse, pero me pareció que era yo la obligada a tomar la iniciativa y me abalancé sobre él. «Perdóname, Joaquín, —le dije—; he cometido una tontería… tengo fe en ti… una fe absoluta… haremos todo cuanto tú quieras». Nos habíamos introducido en un portal. Él me limpió las lágrimas con el dorso de su mano. La portera debió de ver nuestras inocentes efusiones, pero, pensé entonces, debía de ser una solterona resentida. «Vayan a arrullarse a otro sitio, —silabeó indignada—; ésta es una casa decente y aquí no se admiten estas cosas». Joaquín aparentó enfadarse mucho por aquello, que estimaba una ofensa a mi pudor. Le dijo, en mi presencia, unas frases atroces, que yo olvidé enseguida en la euforia de lo que juzgaba «una valiente defensa de mi honra». Huimos de allí cogidos alegremente de la mano. Al despedirnos Joaquín me dijo, besándome por primera vez: «Pasado mañana tomaremos el tren de Bilbao y allí nos casaremos». Volvió a besarme. Yo sentí una embriaguez desconocida recorriendo mi cuerpo de extremo a extremo. Aquello significaba que iba a liberarme de una vez para siempre de aquella casa angustiosa, del frío lúgubre que aleteaba entre sus muros. Te confieso, Pedro, que no noté el menor remordimiento al abandonarla. Se me hacía que la dejaba por su propia culpa, expulsada por su actitud desabrida y hostil hacia mi juventud. Dejé a mis padres una nota en la que, poco más o menos, decía: «Me voy de esta casa donde no he encontrado nunca más que tristeza. Me casaré con un hombre que me quiere por encima de todas las cosas. Nada

temáis por mí, porque soy enteramente feliz. Recibiréis noticias mías». Y firmé.

»Por la noche abandoné la casa de mis padres como un ladrón, saltando por una ventana. Joaquín me esperaba en la plaza. Tomó mi maleta y anduvimos a paso acelerado hacia la estación. A la mañana siguiente nos encontrábamos en Bilbao. Nada más apearnos del tren comencé a experimentar el primer resquemor de la culpa. Me censuraba mi conciencia, todo el aliento vital que infundía vigor a mi cuerpo. Pero no dije nada. Daba ya el hecho por consumado. Joaquín me llevó, "provisionalmente", a una sórdida pensión de una calleja apartada y maloliente. Debíamos ocultarnos, me dijo, hasta que nuestra situación se legalizase a los ojos de Dios y de los hombres. "Dentro de unos días", añadió, podrás ocupar el mejor hotel y comprarte cuanto desees. Yo soy rico».

Otra vez se detuvo Martina, desfallecida por el peso del relato. Yo había perdido la noción del espacio en aquel laberinto de sucias callejuelas, indignado de antemano por el desenlace que presentía a la aventura de la pequeña Martina. ¡Oh, Dios, aquella niña que nos enojase tanto a Alfredo y a mí con su «nene, nene» espantosamente desalentador! Nos habíamos detenido debajo de una bombilla de luz mortecina. Los sollozos de Martina parecía que iban a arrancarle el corazón. Me miró con sus ojos nublados por las lágrimas y continuó, entrecortadamente:

—Como imaginarás, nuestra situación jamás se legalizó. Ni cambié de residencia, ni me vestí con los mejores vestidos, ni supe nunca si él era rico o no lo era. Me engañó de la forma más miserable y me abandonó tan miserablemente como me había engañado, un día que se hastió de mí…

Calló Martina. Unos puntazos de incertidumbre empezaron a inquietarme tras haber finalizado ella la primera parte de su relato. No pude contenerme:

—¿Y después…, Martina? ¿Hubo después otros…?

Se abalanzó sobre mí como un gato, tapándome la boca con sus manos, rebelándose contra mi inexpresada suposición. Resbalaban mejilla abajo sus lágrimas incontenibles.

—¡Oh, por Dios, no; eso no! Después viví de mi trabajo, de mi propio esfuerzo, con mi sudor… ¿No era ya bastante la experiencia? Me coloqué en el cafetín en que me has visto; al principio tuve que cantar para los hombres… ¡Qué asco me daba! Luego… luego se dieron cuenta de que era verdad que yo sabía tocar el piano…

Como respondiendo a una contraseña se oyeron desde un balcón alto las notas desafinadas de un piano enfermo. La voz cascada de un hombre ebrio

ocultó por un momento los compases musicales.

—¡Qué manera de maltratar a un piano! ¡Deberían prohibirlo…!

Me encaré con Martina.

—¿Cuántos años hace que vives así?

—Dos; y los cinco meses que viví…

—Ya.

Medité unos instantes.

—Tú debes volver a casa.

Se encogió.

—No me atrevo; desde que salí de allí no les he escrito ni una línea.

Me animó una energía súbita.

—Nada importa; tú volverás allí mañana. Yo iré contigo.

—Oh, no…

Lloraba. Yo suavicé la voz.

—Iremos juntos. Conozco a don Mateo; él sabrá perdonarte…

Miré el reloj. Eran las tres menos diez de la madrugada.

—Anda, vamos, es tarde; te llevaré hasta tu casa.

Caminamos. Ella dócilmente a mi lado. Atravesamos nuevamente la calleja cargada de un insoportable hedor a desperdicios de sardina. En una calle, aún más angosta e inmunda, vertical a aquélla, se detuvo Martina ante un portal de miserable aspecto. Se aturulló levemente.

—Vivo aquí —dijo a modo de excusa.

—¿Bien?

—No puedo irme, Pedro; compréndelo.

—Mañana vendré a buscarte; a la una.

—¿Y la orquesta?

—Yo lo arreglaré todo.

—¡Oh!

Se puso de espaldas y se encorvó buscando el ojo de la cerradura. Gimieron los goznes y se abrió la puerta. Martina se encaró conmigo y me tendió las dos manos.

—¡Cuánto me alegra haberte encontrado!

Insistí.

—Hasta mañana, pues.

—Estaré.

Cerró de golpe y la oí unos segundos taconear precipitadamente escaleras arriba. Luego comencé a andar sin rumbo, desorientado en aquel laberinto de calles, todas tan semejantes. Al fin hallé el camino de mi hotel. Llegado a mi

habitación me tumbé encima de la cama, sin desnudarme. Tenía una conciencia anticipada de que no podría acogerme al sueño después de los complejos sucesos del día. Se me hacía todo inverosímil, incomprensible en su febril realidad. Junto al dolor de una pérdida aquilataba el dolor de algo nuevo vitalizándome. ¡Pobre pequeña Martina! La analicé ahora fríamente, como una víctima inmolada al egoísmo pesimista de su padre. Él tuvo la culpa. Él, que trató de imponer pasivamente a cuantos le rodeaban la sombra alargada, sutil, que dividía su corazón en dos mitades. Los hombres de esa manera jamás podrán ser eslabón en el centro de la cadena. Únicamente por una apetencia egoísta podía obrarse de otra forma. El hombre que se encadena se debe primordialmente a los suyos. «No puede considerarse a un ser humano consecuencia nuestra como algo ajeno a nosotros —me decía—, como algo hacia lo que ya hemos hecho suficiente dotándolo de vida». Había que darse a ellos, hacerles un refugio tibio amoroso, ayudarles a ver la vida desde la perfecta atalaya desde donde la contemplaban las almas sanas.

Penetraba por la ventana abierta la luz del día cuando me adormecí. A las ocho ya me había levantado. Me bañé en agua fría para entonarme, hice rápidamente mi equipaje y me lancé a la busca del cafetín inclusero donde encontrase a Martina la noche anterior.

IX

¡Qué sentimientos tan inefables le inundan a uno cuando después de una ausencia de muchos años se vuelve a poner el pie en el lugar por donde discurrió la primera infancia! Parece como que hasta el más mísero hierbajo —ese hierbajo reseco, cuitado, que surge junto a una tapia de adobes— se vuelve para vernos pasar e inquirirnos por las causas de nuestro retorno: «¡Hombre!, ¿tú por aquí? Ya te habíamos echado de menos. Lo mismo no te acuerdas ya de mí»…

Pero yo sí me acordaba de ellos. Me acordaba de todos: de los baldosines del andén; de los rieles; de las fondas que a un lado y otro de la carretera hacen calle para llegar a la estación; de las piedras de los conventos; del mirador de aquellas inefables señoritas de Regatillo; del balcón del abuelo; de todos y cada uno de los vanos de la muralla… Llevaba a Ávila tan metida en el corazón que al descender del tren y pisarla me pareció que jamás había salido de ella. Era una sensación dilatadamente acogedora, como si cada calle, cada casa, cada piedra, cada átomo de polvo que participara en la existencia real de la ciudad me expresase jubilosamente su cordial bienvenida.

Martina avanzaba a mi lado menos esperanzada en apariencia que yo. En el tren apenas si habíamos cambiado cuatro frases. Ella, encogida en su asiento, humildemente retrepada, como un ser que desea expiar una culpa por la que considera ofendida a la humanidad entera.

Al cruzar la muralla, Martina se humilló aún más, como si quisiera a fuerza de encogerse diluirse en una inapreciable insignificancia. Pasamos por delante del Palacio Arzobispal. (Comprobé la febril diligencia de mi corazón encerrado en la caja de las costillas). Ya podía tocar con mis dedos la añosa mansión que prolongándose formaba uno de los lados de la plaza donde habitaba el señor Lesmes. Al desembocar en ésta me detuve escéptico. Alguien había absorbido a aquella placita rectangular de tan viejo sabor gran parte de sus esencias tradicionales. ¿Dónde estaban los centenarios y copudos álamos, la arcaica fuente, el elemental pretil que de siempre bordeara la prominencia de la meseta central? El hombre había pasado por allí con su piqueta demoledora. Había por lo visto que buscar una rima con la voz «civilización» para versificar aquella placita recoleta, y no se encontró otro mejor que la de «destrucción». Nada importaba que el rincón se viese privado de su íntima sustancia si a cambio se lograba entreverarlo en el siglo sin que

nadie advirtiese el disimulado remiendo. Pero no se fijaron en que, para matar del todo la prestancia arcaica de aquel pedazo de mundo, hubiera sido preciso arrasarlo, sin dejar una piedra montada sobre otra, demolerlo íntegro a golpe de piqueta y sembrarlo posteriormente de sal, por si aún se le ocurría al viejo espíritu, que de fijo alentaría entre aquellas piedras amarillas, salir a la luz y predicar un día a la posteridad la tala infame. No; todavía respiraba la historia en aquel apacible rincón. Respiraba a pesar de los golpes de muerte que le habían asestado, por encima del deseo de la absorbente civilización. El hombre no podía con la historia, ni en su misma significación, ni en su parpadeo intangible por encima de las cosas.

Nos adentramos en la plaza. Entonces fue cuando experimenté un desasosegado temor de que hubieran desaparecido también los muñecos de la hornacina, aquel relieve ahíto de tradición, bajo cuyo amparo discurriese toda mi infancia. Adelanté a Martina constreñido por una impaciencia encabritada. De lejos le vi ya destacarse sobre la uniformidad parda del caserón. Resistía igual, sin acusar sobre sí el peso de plomo de los años: firme, erguido, inmutable. «Mientras esto permanezca —pensé—, no podrá prevalecer el instinto de borrón y cuenta nueva que inspira al hombre de nuestros días». Y me sentí tan rejuvenecido, tan remozado, tan seguro sobre mis antiguas raíces, que volviendo sobre mis pasos tomé a Martina de la mano y nos metimos sin más en el portal de su casa.

Yo no sé hasta qué ocultos repliegues y reconditeces del alma puede llegar en ocasiones el gemido de una puerta, un tiznón en la pared o el eco retumbante de un llamador al pedir paso en una casa. Sólo sé que al tomar en mi mano la vieja aldaba de bronce que pendía de la puerta de don Mateo, percibí una emoción intensa, que luego se incrementó al resonar la casa toda bajo los ecos de mis dos golpes.

Toda una historia pasada se atropelló en mi memoria. Aquel primer día de mi presentación en aquella casa. La entrada de Alfredo… La llegada de su madre cuando el alma de mi amigo había volado ya… Todo cuanto representaba un jalón de mi antigua vida cabía en las dimensiones minúsculas de aquel viejo y mohoso llamador. Por la puerta, cuyo franqueo pedía aquél, penetró un día Alfredo y salió otro, dejando su historia engarzada entre los dos chirridos de unos goznes herrumbrosos.

Se oyó un andar pausado detrás de la puerta. Martina temblaba. A mí me colmaba una emoción retrospectiva, concentrada y enervante. Oí agarrar el picaporte y la puerta —¡aquella puerta tan definitiva en mis recuerdos!— comenzó a ceder. De pronto nos vimos frente a frente doña Gregoria y yo.

—¿Qué deseaba?

(¡Dios mío! ¿Es posible que la vida se estabilice para algunos mientras para otros se desborda? ¿Es creíble que exista alguien capaz de resistirse en sus hábitos y modos al ímpetu avasallador del tiempo? Allí, frente a mí, estaba doña Gregoria secándose las manos en las puntas de su delantal. La misma doña Gregoria de los tiempos pasados. Tal vez un poco más enjuta, más corvada, más reseco aún su busto siempre mezquino… Y con los dedos en las puntas de su delantal; igual, lo mismo que veinte años antes).

Me aparté un poco y madre e hija quedaron encaradas, una frente a la otra. Contra lo que esperaba, todo fue muy sencillo y natural.

—¡Madre!

Había un perdón sangrante entreverado entre aquellas dos sílabas; había una pasión desbordada, impenetrable, estremecida.

Doña Gregoria la tomó de las manos:

—Hola, hija.

La besó fríamente en la frente en tanto Martina se ahogaba en sollozos contra su hombro.

Por la puerta del fondo del pasillo apareció un hombre pálido, vestido de negro. Avanzó hasta nosotros y aparentó pasmarse de la escena que tenía lugar ante un desconocido. Martina se irguió al oír las próximas pisadas de su padre.

—Bienvenida, Martina; me alegra que hayas vuelto.

Bruscamente don Mateo me conoció.

—Usted es Pedro, ¿verdad? ¿Cómo está usted?

Me alargó ceremoniosamente la mano, que yo sacudí entre la mía pretendiendo transmitirle un poco de cordialidad. Doña Gregoria se limitó a tenderme su diestra, sin palabras.

—Pase usted.

Se cerró la puerta en pos de nosotros y su gemido tornó a impresionarme más aún que los dos seres vivos que tenía delante.

—Pase, pase…

Me precedían todos. Noté en mi pecho la violencia de cualquier visita de cumplido. Allí no quedaba un rescoldo de buen amor. «Qué dura escuela he tenido —pensé—; ¿tiene algo de extraño que mi alma siga una senda tan tortuosa? El señor Lesmes y su esposa han admirado tanto a los muñecos de la hornacina que al fin han logrado asimilar su indiferencia y su rigidez de piedra».

Me pasaron a la sala isabelina de tan compactos recuerdos. ¿Era posible que también por allí hubieran desfilado veinte años de existencia? El mismo papel rameado continuaba adornando las paredes, sirviendo de fondo a la sillería de raso rojo, al arcaico piano, al espejo dorado, al velador con la caja de música y al florero de rosas de tela… Entonces comprendí que el hombre puede inmovilizar el tiempo a su capricho respecto a las cosas que le rodean; que puede estabilizarse voluntariamente en un punto de su existencia y no abandonarle ya hasta que la muerte le arrebate.

Únicamente volví a percibir el paso del tiempo rozando a las cosas cuando inquirí lo que había sido de Estefanía.

—Murió —dijo el señor Lesmes.

—¿Y Fany?

—Murió; hace trece años…

Martina había escapado a su habitación. Doña Gregoria y el señor Lesmes me hacían la visita.

—Doña Leonor murió también; el jueves hará tres semanas —añadió doña Gregoria como satisfecha de poder continuar el capítulo de defunciones…

Aquí estaba el curso de la vida otra vez; una nueva riada de la vida dando fe de su paso. «Por aquí pasó la vida —me dije—; detrás, más detrás, vendrá la historia espigando los lugares por donde la vida discurrió. Éste es el sino de los humanos; morir, desaparecer, mientras la médula de sus hechos los supervive».

Se levantó inopinadamente doña Gregoria.

—Perdóneme —dijo.

Y salió rauda en dirección a la cocina.

—Todo va desapareciendo, amigo mío —añadió el señor Lesmes como si adivinase mis pensamientos. Y me reafirmé en mi temor de que mi cráneo debía de ser transparente como el cristal.

De repente encontré a don Mateo terriblemente viejo y demacrado, cediendo ya en su tenso pulso con la vida.

—Un día le dije, Pedro, que abstenerse es un buen remedio para capear el temporal que la existencia arrastra consigo. Hoy me he dado cuenta de que el hombre siempre tiene mucho que perder, aunque él no lo crea así.

Pensé en Martina. «A este hombre le llevo yo muchos años de ventaja», me dije.

—Gracias por habernos devuelto a Martina —cambió él—; supongo que no vendrá como se fue…

—Ha sido engañada.

Se rindió todavía un poco más el señor Lesmes e hizo una pausa. Luego dijo:

—Gracias, de todas maneras.

Deseé decirle cuánta era su culpa en aquella desgracia que ahora lamentaba: que el hombre cuando se ata debe falsear, incluso, sus propios sentimientos en favor de los seres que de él dependen. Pero le vi tan gastado, tan decrépito, tan entregado a su dolor, que no osé despegar los labios en aquel sentido. Corroboré en esta oportunidad mi antigua idea de que hay ocasiones en que nuestra vitalidad se sale de madre, nos desborda, y cuando queremos reparar en los efectos de nuestros actos voluntarios, observamos que han ido bastante más lejos de lo que nosotros hablamos previsto. Sólo discurriendo así cabía justificar, explicar al menos, la falta que ahora expiaba mi antiguo maestro.

—¿Quiere usted quedarse a comer?

Don Mateo me cumplimentaba con un protocolo impropio de nuestra pasada confianza. No insistió cuando yo me negué a su invitación. Transcurridos unos minutos me despedí. Salió doña Gregoria hasta la puerta, secándose los dedos en las puntas de su delantal. Únicamente Martina puso efusividad en sus palabras al despedirme. Cuando un momento después paseaba inconscientemente por las calles de Ávila me asaltó la idea de que don Mateo y doña Gregoria no hacían más que devolverme la misma moneda que yo había utilizado anteriormente para con ellos.

X

La revelación inesperada de Martina y mi visita, inesperada también, a Ávila me dieron motivo de meditación en los días que aún pasamos en Santander. A mi regreso a esta ciudad mi mundo interior se había alterado con la conciencia de un hecho sorprendente: la casa de don Mateo Lesmes había sufrido una honda conmoción. Me preguntaba muchas veces cómo se adaptarían sus habitantes a este penoso cambio. El matrimonio en realidad no me preocupaba lo más mínimo. Embutidos ambos en su frialdad pesimista, aceptarían su deshonor con la indiferencia lasa que los caracterizaba. Pero ¿y Martina? ¿Sabría Martina aclimatarse definitivamente a la penumbra espiritual de su hogar? ¿No volvería a sentir de nuevo la vaharada pasional de su sangre joven y ardiente? Sinceramente creía que el escarmiento de la pequeña Martina era de esa clase de los que duran toda una vida. Incluso ahora, después de haber conocido la turbulencia, llena de remordimientos de una infidelidad a sí misma, Martina se amoldaría sin protestas a la vida monótona y a la austeridad conventual de su propia casa. El retorno del pecador a una atmósfera de paz suele dar, en punto a su rehabilitación, excelentes resultados. De aquí que tuviese fe en Martina, en su porvenir y en la sinceridad de su amargo arrepentimiento. Martina no volvería a creer en la vida ni en los hombres. Sentiría a buen seguro hacia ellos un instintivo horror que la inmunizaría contra otras posibles calamidades. El clima nauseabundo buscado por el seductor para conseguir su fin obraría como un enervante decisivo en la sangre turbulenta de Martina para ayudarla a perseverar.

Estas conclusiones solían tranquilizarme en lo atañadero a esta nueva preocupación. Había vuelto a quedarme solo en el *Antracita*, ya que Bolea marchó con su familia a una finca en la proximidades de Reinosa el mismo día de mi regreso.

Su ausencia me dejó de nuevo enfrentado con mi cerebro. Confronté, sin embargo, que la aventura de Martina, al atraer sobre mi cabeza otro cabo de atención, me desligaba con relativa frecuencia del recuerdo de Jane y, en consecuencia, hacía más soportable mi vida de retraimiento.

En lo referente al señor Lesmes y doña Gregoria me había autosugerido una explicación razonable para justificarme su actitud respecto de mi persona. Ellos habían puesto de su parte cuanto pudieron por olvidarse de mí, para

zafarse de este ligamento que a la larga no podría reportarles más que nuevas pesadumbres. ¿Qué otra cosa había hecho yo en cuanto a ellos? ¿No había comenzado por favorecer su olvido y su desprecio? ¿Y no era el señor Lesmes quien había modelado a su gusto mi alma hipersensible? En cuanto a doña Gregoria, recordaba que en aquellos días en que la mitad de su barbudo padre se muriera, ella había prometido solemnemente «no querer nunca a nadie más porque le daba miedo». ¿No era también éste un cabo más de los que constituían mi temperamento complejo y turbio? No, nada debía sorprenderme de su actitud que, en última instancia, era también la mía. ¿No era yo, a fin de cuentas, una obra suya? Aparte de no haber salido de ella, ¿no era doña Gregoria mi verdadera madre?

Solía tener estos soliloquios en la intimidad de mi pequeño camarote, viendo siempre a través de la portilla abierta el mismo pequeño círculo de cielo. En las manos acostumbraba a sostener la corbeta embotellada, girándola entre las yemas de mis dedos sobre un eje invisible. A menudo el curso de mis pensamientos me conducía a vanagloriarme de haber visto antes que el señor Lesmes toda la profundidad de su teoría. El ejemplo de Martina me ponía en guardia para cualquier duda que aún me cupiera en lo referente a la conducta que con Jane había yo de seguir. Nunca sentí tan arraigada en mi pecho la decisión de no volver a verla. Me espeluznaba la idea de que algún día pudiera yo casarme y tener un hijo. La responsabilidad de un hijo pesando sobre mí sería catastrófica. Porque, ¿me cabía, por ventura, la posibilidad de mostrar a un ser que se inicia el equilibrio de la vida, con su cúmulo de cosas agradables por un lado, y el saco de los dolores en el otro? Decididamente, mi vida estaba hecha para discurrir como ahora lo hacía, libre, desligada, sin establecer entre mi corazón y otros seres los lazos tremendos de una insoslayable dependencia.

El círculo de cielo que oteaba a través de la portilla iba haciéndose gris. Merced a él conocía yo que el día marchaba. Entonces solía levantarme y dejando sobre la mesa la corbeta prisionera, ascendía a la cubierta.

Era curioso ver cómo el cielo y la tierra coincidían casi siempre en encender sus luces. Las ventanas de la ciudad y las estrellas del cielo iniciaban simultáneamente sus parpadeos, como si unas y otras se enviasen guiños de comprensión y mutuo entendimiento. Las luces del puerto y de las embarcaciones iban reflejándose en la superficie lisa de las aguas. Olía a mar y a petróleo. Una mezcla difícil, característica, que penetraba en los pulmones como un incienso ardiente y voraz.

Discurría por la cubierta mientras no me dominaba la fatiga. Algunas noches salta a tierra y deambulaba pausadamente por los lugares de la ciudad menos transitados. Hacia la una acostumbraba a regresar. Entonces ya me pesaba la actividad del día y caía en la cama con afán de desquitarme, de disfrutar unas horas de absoluto descanso cerebral, de inhibirme de mis corrosivas preocupaciones. Unas noches lo lograba, pero la inmensa mayoría no. El sueño desaparecía en cuanto mi cerebro tomaba la postura horizontal. Era la hora de repasar por el tamiz de mi cabeza todas mis preocupaciones, mis conjeturas, mis posibilidades, mis prejuicios y mis temores; de sopesar y calibrar los hechos, los mismos hechos calibrados y sopesados mil veces ya, siempre los mismos en las veinticuatro horas anteriores.

No es por tanto de extrañar que yo recibiera siempre con alegría la orden de partir. Mucho más en aquella ocasión en que a mi natural zozobra se unía la conciencia de la lejanía de Jane.

No aspiraba a volver a verla, pero cuando menos me agradaba saber que la tenía cerca, que el sol o las nubes nos quemaban o nos llovían a los dos a un mismo tiempo. Zarpar esta vez significaba comenzar a acortar la distancia que me separaba de ella; iniciar nuestra aproximación. Cuando nos hicimos a la mar experimenté, pues, un desbordamiento de un gozo íntimo y secreto por todo mi cuerpo. Era esto a lo más que podía aspirar y su consecución, hecho a vivir en un plano de renuncias, me alborozaba de una manera efervescente.

Recuerdo que en esta travesía Luis Bolea volvió a la carga con su proverbial habilidad y diplomacia. Acostumbrábamos a hablar en el puente durante las horas de relevo. Una noche me sorprendió por lo directamente que aludió al asunto:

—¿Cuál es su fin próximo en la vida, capitán?

—Eludirlo.

—Eludir, ¿el qué?

—Cualquier clase de fin.

—¡Monstruoso!

—Tal vez; pero al final descansarán mejor los cansados; los que no han tenido nada; los que nada probaron…

—Dios no manda llegar hasta ahí.

—Yo lo doy por añadidura.

En nuestras conversaciones, Bolea acababa siempre malhumorado. Le molestaba mi intransigencia, mi impenetrabilidad, el hecho de que no le ofreciese a sus disparos el menor resquicio vulnerable. Había convertido su oposición en una bandera a la que servía con la mayor e insobornable lealtad.

«Es muy triste gastarnos estérilmente», solía repetirme. Y yo encontraba que, en verdad, estaba derrochando mi vida pródigamente, sin una sola desviación de la que pudiera decirse que era útil a Dios, a mí o a mis semejantes.

En Providencia mi vida discurrió sombríamente en una cerrada soledad. A veces paseaba por las calles sin un fin determinado, quizás inconscientemente para evocar más directamente a Jane apoyándome en el medio en que la había conocido. Una tarde me sorprendió la lluvia sentado frente a la estatua de Roger Williams. Aguanté sin moverme, haciéndome la idea de que el fundador transmitiría luego a Jane este sacrificio inefable que únicamente soportaba para no perder contacto con su rememoración realista y vívida. En otra ocasión comí en el mismo merendero en que lo hice meses antes con Jane, azuzado por la secreta esperanza de que su rolliza dueña pudiera recordarla y darme alguna información sobre ella. Pero nada de esto ocurrió. La pigre señora me sirvió mi consumición sin darse por enterada de nada. Tal vez se adivinase mayor intranquilidad e interés en las inteligentes marrones miradas de los perros que me observaban desde todas las esquinas.

Al reemprender el viaje de regreso a España volvió a penetrarme desde fuera una desasosegada impresión de vacío. Marchaba sin verla, sin sentirla, sin saber siquiera si su existencia seguía latiendo en Providencia. Bolea, empero, me aclaró la última parte de mis dudas la misma noche de partida:

Ayer estuve con Jane —me anunció.

—¿Y bien?

—Me encargó que le saludara.

Sentí que me hacía daño esta comunicación indirecta, la existencia de un intermediario entre nuestros corazones. Dejé, pues, que nuestra conversación languideciera en silencio, muriera por consumición. Pero aquella misma noche, al acostarme, advertí que surgían en mi pecho con una virulencia alarmante los primeros brotes de una airada rebelión. ¿Por qué era yo distinto a los demás hombres? ¿Por qué Bolea la había visto, había estrechado su mano, y ahora podía hacer su vida normal como si nada trascendente hubiese ocurrido? Por primera vez en mi vida experimenté un sordo y sombrío rencor hacia la desaliñada persona del señor Lesmes. ¿Con qué derecho me había forjado a mí con unas características tan retorcidas y enigmáticas? Tuve la idea mezquina de que el placer más completo de un alma amargada es hacer escuela entre los que de ella dependen. Aquí se inició el desfile erizado de una serie de imágenes que terminaron por desequilibrarme. Nunca como en aquella ocasión y en los días y noches sucesivos, me vi tan abocado a la locura. Vivía como bajo los efectos de una embriaguez crónica, de una niebla

pesada que se me metía hasta el eje del cerebro, impidiéndole desplegar su función normal. Fueron unos días y unas noches borrascosos, preludio de una crisis general que me sobrevino dos días antes de llegar a España. Caí en cama entonces, presa de unas fiebres delirantes, y una fuga incontrolable de mi imaginación a regiones caprichosas y abstractas. Recuerdo solamente de aquellas horas de pesadilla que los antebrazos mórbidos y torneados de Jane pertenecían a Roger Williams, a la estatua de Roger Williams, y que éste me hablaba desde su pedestal en el tono persuasivo y apasionado con que solía hacerlo mi piloto.

Cuando empecé a reponerme me comunicaron que llevábamos ya ocho días en España, ocho días encerrado yo en la sala alba y silenciosa de aquel deprimente hospital. Me encontraba débil y desmarrido, sin imperio sobre mis nervios y músculos. Cuando me levanté, Bolea me ofreció hospitalidad en su finca de la montaña.

Allí hay niños, árboles y pájaros —me dijo—; no creo que usted precise otra cosa para reponerse.

Acepté. No podía dejarme morir ni quedar expuesto a ser encerrado en el ambiente irracional de un manicomio. Así es que en cuanto pude levantarme, Bolea y yo marchamos, dejando el barco bajo el mando del segundo piloto.

Según corría el tren mis poros iban transpirando la leve paz de la naturaleza. Enseguida me sentí mejorado. Desfilaban los prados verdes, los caseríos blancos, los bosques, por delante de los ojos. Aquello era lo que yo necesitaba. Paz, paz, paz entrándome sin límites por todos los sentidos, traspasando en oleadas la superficie de mi piel.

Descendimos a la hora y media de viaje en una pequeña estación alejada del pueblo. Dos filas de toscas escaleras comunicaban el pequeño andén con la carretera. Al llegar a ésta vimos venir a lo lejos un nutrido grupo de gente.

—Allí están —me dijo sonriente Bolea. Era su familia. Una familia de tres generaciones latiendo al unísono. Su suegra, su esposa, sus hijos; unos hijos todos pequeños, iguales, como las cuentas de un misterio del rosario.

Caminamos todos juntos hacia la casa, que se divisaba al fondo, semiescondida entre las ramas de los árboles. Los niños cabrioleaban a nuestro alrededor, persiguiéndose, molestándose, jugando… Vi la casa ya más próxima. Empezaba a sentirme cansado. Era una casa sólida, arropada bajo una tupida y verdeante enredadera, circundada por una verja de hierro a la que se abrazaba descocadamente una apretada y ofensiva zarzamora.

Bolea me ordenó acostar apenas me vi en mi habitación. No me opuse, porque me sentía terriblemente fatigado. Tenía la cama frente a la ventana y

mis ojos gozaban, desde la muelle postura, de la lozanía y plenitud del campo, recortado por el rectángulo de la ventana abierta. Del prado ondulado brotaban aislados hasta una docena de frutales casi todos distintos: una higuera, un avellano, dos manzanos, dos perales… Los pájaros empezaban a organizar su sueño entre la enramada. Oí el canto de un ruiseñor hasta tres veces. Poco a poco el rectángulo iluminado de la ventana fue perdiendo color, sumiéndose en una tibia penumbra. Subían de la planta baja los chillidos apagados de la chiquillería. Y luego la voz trepidante de la abuela acompasada por el tercer taconazo de su artificial tercera pierna: una cachavita negra con el pie un tanto aporreado. La anciana chillaba y alzaba la voz sin una exacta noción de la intensidad de sus gritos, desorientada en su sordera inviolable y obscura. Oía también la voz de Luis como un murmullo de río caudaloso. Oía, en fin, palpitar la vida de aquella casa por debajo de mí, como aislándome del contacto inmediato con la tierra.

Ya se habían callado los pájaros tras unos revoloteos inciertos y acomodaticios. Me llegó hasta el rostro el aliento perfumado de la noche; escuché, lejísimos, el eco de unos cencerros. «No des la luz; puede que esté dormido». Y se acercaron a mí como dos sombras, pisando de puntillas.

Me daban algo a beber. Era un vaso de una leche pastosa, sincera, espléndida… Luego volví a escuchar sus pisadas alejándose de puntillas, el crujido tenue de sus trajes al rozar los muebles… Todo quedó a oscuras en derredor. Aún se dibujaba el rectángulo de la ventana y por encima de las oscuras siluetas de los frutales brillaban las estrellas. Me invadió un sopor denso y tranquilo… Después me dormí profundamente. Me despertó un ruiseñor cantando alocadamente a dos metros de mis oídos, dejándose bañar su manojo de plumas por los primeros rayos de sol del nuevo día…

XI

Mi total restablecimiento fue cosa de poco tiempo. Paulatinamente fueron volviéndome las fuerzas, recuperándose todo mi ser, sintiéndome nuevamente maduro para el dolor. Me atendía el médico del pueblo, un practicón campechanote y afable que trató mi caso desde el primer día con análogos remedios que si fuera una señora presa de un ataque de histerismo. Sin embargo, tengo para mí que mi restablecimiento se hubiese consumado igual prescindiendo de las atenciones de aquel galeno rural que, con suicida filosofía, nos diseñaba diariamente, y con una atención muy relativa por la dignidad de su clase, la inutilidad de la ciencia ante la muerte.

—Cuando la parca viene de veras, el médico sobra; si no viene de veras, el enfermo, sin más que un poco de paciencia, sana solo.

Nos reímos de su postura, aunque quizás en el fondo todos comprendiéramos con lástima que no existe en el mundo nada tan lamentable como un hombre desprestigiándose a sí mismo y a su clase.

Así y todo, repito, mi caso no era a estas alturas de los que precisan el concurso de la ciencia para solucionarse. Yo necesitaba únicamente aire y serenidad. Ambas cosas las tenía allí al alcance de la mano con una abundancia sin límites. Por las mañanas me tumbaba en una hamaca, situada en la zona más sombría del jardín, y allí leía o miraba los árboles u observaba distraídamente el juego de los niños. Cualquiera de estas cosas me hacía mucho bien.

Y fue en estos días, alternando la contemplación de los niños y los árboles, cuando me cercioré de la innegable relación existente entre los hombres y los árboles; entre el aspecto externo de los árboles y la conformación del alma de los hombres.

Una mañana, mientras leía, llamó mi atención el parloteo incesante de la chiquillería. Los hijos de Luis organizaban su juego con otros niños de los hoteles vecinos. El más pequeño de los hijos de mi amigo quería terciar en el juego de los mayores, impulsado por esa difusa sospecha de que cuando los mayores, que tienen más experiencia, se divierten así, será porque la cosa es mucho más divertida que cualquier otra que pudiera ocurrírsele a él. La posición de los más crecidos se hizo terminante y el niño quedó postergado, torciendo la boca en una fea mueca que presagiaba una rabieta inminente.

En este nimio detalle vi reflejarse toda mi vida. El juego de los hombres era muy semejante al de los niños. Nuestros problemas eran proporcionalmente de la misma magnitud que los que poblaban aquellas cabezas, ninguna de más de diez años. Yo en la vida había sufrido la misma postergación que el pequeño de Luis. No se me dio participación en el juego de la existencia y mi única distracción fue la de contemplar la diversión de los demás sin entenderla, pero presintiendo que, cuando la mayoría lo hacía así, el que estaba equivocado era yo y nadie más que yo, que era quien quebrantaba aquella armonía.

Ya más próxima la hora de comer, se sentaban junto a mí Luis, su mujer y las más de las veces la madre de ésta. Ellos formaban el núcleo de una familia encantadora. Tan espontánea y fluida era su amabilidad que yo no me preocupaba de que mi presencia allí pudiera resultar gravosa o molesta. Todo en ellos era natural y sincero. Se encontraban a gusto con mi visita, al menos con esa satisfacción que producen las cosas hechas con intención de obrar bien. Todo les parecía poco e incluso el haber posibilitado y activado mi resurrección lo tomaban como una menudencia de la menor gratitud.

En aquellos últimos días de mi permanencia allí todo su interés se centraba en arrancarme la promesa de que volvería.

—Pero siempre que le apetezca a usted, con la misma libertad que hubiera usado con los suyos.

Éste era el remate con que doña Sole, después de haber orientado la trompetilla en todas las direcciones y percatada a medias de la cuestión que se ventilaba, cerraba siempre los ofrecimientos de sus hijos.

Una de aquellas tardes, repuesto ya, salí con Luis, paseando por las cercanías. Hacia un día tibio con algunas nubes blancas, aparentemente inmóviles, empotradas en el azul del cielo. Advertí que Luis me apartaba de la casa para pulsarme interiormente.

—Y qué —me dijo cuando estuvimos lejos—, ¿ha tenido tiempo de ver quién de los dos está equivocado?

—No hay equivocación por ninguna parte.

—O error. Ante la verdad no caben dos posturas antagónicas. Si una es cierta, la otra, su antagonista, forzosamente tendrá que ser falsa.

—Desde su lado mi postura supone un error; la suya, desde el mío, supone igualmente una equivocación. Pero si ambos somos consecuentes con nuestra sombra interior, los dos estamos en la razón; en nuestra razón respectiva, naturalmente.

Hizo un ademán resignado.

—Bien… es usted un individuo recalcitrante.

—Tal vez.

—Pero, vamos a ver…

Bolea se había medio sentado en el pretil de un rústico puentecillo y se volvía a mí con renovadas esperanzas:

—Yo sólo voy a pedirle una cosa. Medite usted sobre el proceso evolutivo de esa obsesión que le turba. Usted no nació así. Quizá naciese con una tendencia al pesimismo que luego, mediante un proceso que desconozco, fue acentuándose hasta dejarle en el estado que hoy está… —cruzó una pierna sobre otra y continuó con vehemencia—: Deseo que usted reconstruya su vida tal como hubiese sido de no interponerse esas causas que le imprimieron la orientación que hoy tiene. Sea sincero consigo mismo. Una vez que alcance ese punto, compárele con su estado actual y saque las consecuencias lógicas…

Sonreí.

—Está bien.

—Pero apure el proceso hasta el último extremo, hasta la última consecuencia…

Se levantó del pretil y se palmoteó los pantalones manchados de polvo…

—Está bien.

—Y le prometo que con esto no volveré a meterme en lo que no me importa. Usted se queda con las conclusiones que obtenga y obra en consecuencia.

Volví a sonreírme.

—Bueno —siguió Bolea—, yo me voy hasta el pueblo de al lado dando un paseo; dentro de una hora podemos encontrarnos aquí. Mire, le recomiendo como lugar ideal para una buena meditación aquella arboleda. La llaman la Castañera, no sé por qué; pero es un buen sitio, se lo aseguro.

Me hizo una seña de despedida y se separó de mí, golpeando alternativamente a cada paso con la picona que portaba en la mano derecha las puntas de sus zapatos. Yo me quedé un rato indeciso. Al fin tomé la desviación del camino en dirección a la Castañera.

Penetré en la espesura por un senderillo derecho y empinado. En realidad sería difícil precisar por qué denominaban a estos bosques la Castañera. Allí hay árboles de cien especies distintas, con un verdor abigarrado y explosivo. Junto al castaño alzan su recubierta anatomía el arce y el nogal, el olmo y el abedul; aparte de un frondoso eucalipto que se yergue magnífico, como presidiendo el verde concilio. Es agreste y salvaje el lugar. Los arbustos, los

helechos, el hiriente acebo me dificultan extraordinariamente la marcha agarrándose a mis piernas. He penetrado finalmente, en silencio, sin ruido. Nadie se ha sorprendido. Tan sólo una rendaja, siempre escamona, ha escapado veloz con sus plumas azules al viento. Una pareja de ruiseñores me contempla curiosa desde una rama sin interrumpir el iniciado concierto. Bullen y trinan al unísono los pequeños habitantes de aquella selva. El ágil verderoncillo, el armonioso jilguero, el pardo malvís y hasta el pimentonero microscópico, alzando su cabecita con aires de gran señor, mostrando vanidoso la roja mancha de su plumaje. En su desacompasada melodía hay un no sé qué de armonía perfecta.

Inevitablemente me he movido y he hecho ruido. Cada cual ha tirado por su lado, batiendo difícilmente sus alas entre el enmarañado ramaje…

El bosque se me presenta cada vez más intrincado. Las mariposas sorprendidas en su siesta se desperezan al aire, evidenciando su policromía vistosa; el saltaprados estira sus largas zancas y brinca lejos de mí: mosconean, monótonos, los abejorros en todas partes.

Discurre a mi lado el agua cristalina de un pequeño regato. De trecho en trecho se esconde entre la maleza para reaparecer más tarde custodiado por dos hileras de rígidos juncos.

El senderillo se va borrando por momentos a mis pies. Al apartar un arbusto he quedado sorprendido, ensimismado por la belleza del lugar. En fuerte contraste con el laberinto de ramas y espinos, de matas y arbustos pasados, se abre aquí la dulce apacibilidad de una braña pequeña, verde, casi redonda, aislada de la maraña del bosque circundante por una poderosa frontera de nogales y castaños. Así se me ha presentado: de improviso, lisa, llana, sin obstáculo… Se ensancha el arroyuelo al caer de una leve cascada, convirtiéndose de súbito en un tranquilo remanso, que más allá se estrecha nuevamente para escapar al fin por el extremo opuesto forzando un ancho muro de sauces, alisos, juncos y llorones.

Tres o cuatro ranas han dejado de croar y se zambullen estrepitosamente en el agua. Un tordo azabache bebe en la orilla, volviendo la cabeza desconfiado en todas direcciones. Los copudos árboles dejan sumida a la braña en una sombra casi perpetua. Tan sólo una hebra de sol se filtra por ellos y reverbera en el agua, lanzando al compás del oscilar de las hojas frecuentes guiños. Los amarillos botones de la manzanilla salpican el prado en cantidad infinita, turnando sus llamativos colores en el de las desapercibidas campanillas.

Al pisar aquella braña recoleta, llena de vida, experimenté un gran sosiego. Algo así como el placer que se experimenta al zambullir la cabeza aturullada de ideas en un recipiente de agua fría. Hubiera deseado descubrirla antes para no haber dejado pasar un solo día sin hacerle una visita… Me senté sobre la verde alfombra, recostándome en un codo. Una hormiga ascendía por el tallo de una manzanilla. Pensé que quizás el animalito precisara medicinarse, aunque de no comer hierba resultaba difícil pensar en este lugar en una indigestión, pero no debía buscar esto, porque antes de llegar a los pétalos cambió de dirección y comenzó a descender. «Una indecisa —pensé—. Y no me gustan las indecisas…». La di un papirotazo y el animal se perdió entre las briznas de hierba del suelo. Miré a mi alrededor. Verdaderamente era éste un sitio excelente para meditar. «Mahoma, de haber meditado aquí —pensé— no hubiera prohibido a los suyos el vino ni la carne de cerdo. Esas prohibiciones surgían, sin duda, de una meditación desarrollada sobre un cerro árido y pelado». Luis me había dicho que meditase aquí; que meditase sobre mi proceso psíquico que era algo así, en relación con el alma, como el historial médico para el cuerpo. Medito…

«Soy así, veo así, siento así, porque un día, cuando mi alma era aún virgen, me dijeron: "Sé así, porque la vida es de esta manera". Y yo, que carecía de criterio propio, vi la vida como me dijeron que era; y fui y obré en consecuencia con esta manera de estimar la vida… Por descontado que yo era un espíritu hipersensible y asimilé esta lección pesimista porque se adaptaba a mi manera de ser no manifestada todavía. Después vino la corroboración de la vida misma con una lección práctica: la muerte de Alfredo. Entonces mi temperamento abandonó su estado latente y comenzó a desarrollarse. A desarrollarse en consonancia perfecta con las antiguas teorías. La vida era perder y para no perder deberíamos prescindir de ganar antes. Aquí estaba determinado el ritmo de mi conducta a lo largo de la vida. Luego la guerra. El mundo mutilado e indiferente ante la muerte. Un hecho inexplicable que terminaba por demostrarme que el mundo y yo no congeniábamos de ninguna manera… Sí, pero todo arrancaba de la influencia primera del señor Lesmes. Ahora le configuraba como un envenenador. Me chocó verme de nuevo pensando mal del señor Lesmes… Pero ¿tenía yo en realidad algo que censurarle o que agradecerle? ¿Qué le debía yo? ¿Prefería ser como era o hubiese preferido ser un indolente, un ciego, como los que militaban en la fila de enfrente…? Bueno, y borrando al señor Lesmes de mi vida, ¿qué restaría de mi consistente temperamento actual? ¿Hubiera formado en este caso junto a los indolentes y los ciegos? ¿Y podía estimar indolente y ciego a un Luis

Bolea, por ejemplo? ¿No estaría la verdad en un punto medio, entre el mundo indiferente y mi yo excesivamente subjetivo y apasionado? Bolea podía ver que no había forma de establecer un paralelo entre lo que somos y lo que pudimos haber sido. Todo se resolvía en un complejo nudo de interrogantes sin respuesta posible. No había base fija de partida y, consecuentemente, las dudas y bifurcaciones surgían ya en el origen mismo, multiplicándose después… Sólo existía un punto irrebatible, actual, aunque su proceso y evolución hubiese sido inconstante, dudoso y movedizo: yo era ya de una manera y resultarían estériles los esfuerzos para darme la vuelta basándose en lo que pude ser. Quitando un eslabón a mi cadena vital y añadiéndole otro postizo no se conseguiría modificar la forma ni la resistencia de la cadena. Todo lo demás caía por su base. ¿No era toda mi historia una pura incógnita, una interrogación, una duda? Bolea no se daba cuenta de lo que pedía al decirme que del paralelo extrajera hasta la última consecuencia lógica. ¿Es que era lógico el paralelo? ¿Había siquiera en él un punto de lógica, o tan siquiera de posibilidad? Yo rotundamente era así, como era, y ante mí se abrían dos caminos: tomar o abstenerse. Bolea era partidario de que tomase; yo de abstenerme. Y racionalmente todo concluía ahí. No era posible ir más lejos…».

Me abstraje contemplando la suave corriente del regato que besaba al pasar los pies de los sauces de las riberas. El tordo intentó bajar a beber, pero desechó su primitiva idea al ver que el turista proseguía descansando sobre la hierba. Croó una rana a tres metros, corriente abajo. Las copas de los árboles hacían ruido al dejar pasar el viento por sus intersticios. El clima de la tarde era templado. Advertí un punzante hormigueo en la mano. El brazo se me había dormido de soportar el peso de mi cuerpo. Me tumbé del todo y estiré mis dos brazos hacia el cielo. En este momento tuve la sensación de que mi cuerpo entraba en decadencia, de que mi vida había iniciado la curva de su descenso. Se me escapó un gruñido seco. La majestad de los árboles a mi lado incrementaba mi impresión de insignificancia. «Si en vez de estar tumbado aquí lo estuviera un metro por debajo de la hierba que aplasta mi cuerpo sería que estaba muerto. ¡Qué confortadora impresión permanecer así eternamente!. —La copa de un árbol tornó a distraerme de mis reflexiones—. Los árboles son unos buenos compañeros. Tienen la ventaja sobre los hombres de que no hablan tan alto. A veces, sólo a veces, susurran». Recordé la frase de Julián Royo en sus buenos tiempos de nómada: «Los hombres crecen donde los plantan, como los árboles». Julián Royo era un furibundo determinista. Pero tenía razón. En su frase tal vez hubiese un átomo de

verdad. Pero sólo un átomo. Por lo demás su frase era incierta… Me fijé en el árbol, que nuevamente susurraba desde la altura. Era un buen ejemplar de castaño. Sus dos primeras ramas ascendían hacia el cielo rectas y perfectamente torneadas. «Como los brazos de Jane, —me dije. Y sentí la viva impresión de que Jane permanecía a mi lado—. Así y todo hay que dejarla; a pesar de sus antebrazos». Comprendí súbitamente que mi salud renacía a pesar de haber iniciado mi cuerpo la curva de la decadencia. «¡Qué facultad tan extraña ésta mía! —pensé—; un día, muy atrás, percibí que empezaba a usar de la razón, hoy aprecio con una nitidez diáfana que camino hacia mi ocaso físico». Se escapó de mis labios otro gruñido, como una involuntaria protesta. ¡Qué le íbamos a hacer! Además, lo mejor es acabar pronto cuando se camina sin método, con una ausencia total de sistemática y de fin inmediato…

Por primera vez había cogido el gusto a la soledad. ¡Cuánto ayuda la soledad a poner en orden la cabeza! Ahora me percataba de dónde estaban las raíces de mi enrevesada psicología. Todo lo malo que dentro de mí portaba residía en la cabeza, dentro de ella. Empecé a torcerme el día que comencé a usar de la razón; mis torturas cerebrales se intensificaron en la hora en que dejé de usar de la razón para empezar a abusar de ella. Pero, claro, esto no tenía ningún arreglo. A pesar de los evidentes progresos de la cirugía. Aunque tal vez extirpando un pedacito de cerebro…

Se iba haciendo tarde. Bolea me esperaría ya en el rústico y pintoresco puente con su acitara de troncos de árbol. Me enderecé y suspiré casi simultáneamente. Esto se acaba. Como todo. Todo se acaba y enseguida. Pero ¡qué diantre!, también había que dar lugar a las ranas y los tordos suspicaces para que disfrutasen de este paraíso. Una pena no haberlo descubierto antes. Pasado mañana todo esto se habría acabado. Otra vez el *Antracita*, Providencia y… basta.

Me costó hallar el sendero entre la tupida maleza que se apretaba a mis pies. Las aguas del regato se deshacían en espuma al atravesar la ligera cascada. De nuevo el alboroto de los pájaros interrumpidos en su intensa soledad. Una soledad envuelta en el eco de mil gorjeos simultáneos… Apreté el paso. Luis me esperaría ya recostado en la acitara del rústico puentecillo. Me agradaba pensar que ya nunca me pediría explicaciones. Aunque confieso que sus conatos por romper mi indiferencia me producían una secreta satisfacción. Pero de momento prefería no tener que rendirle cuentas sobre las consecuencias deducidas del paralelo entre mi ser real y la probabilidad de haber sido…

Al salir de la espesura me sorprendió la intensidad de luz que aún conservaba el día. Vi desde lejos a mi amigo sentado en el borde del puentecillo y le hice señas. Él me respondió con un ademán semejante. Cuando nos juntamos tomamos el camino de la casa, hablándome él de cosas indiferentes.

XII

La última tarde salí con la suegra de Luis a dar un paseo. Había llovido durante todo el día y la tregua de sol que se abrió en el cielo después de la merienda la aprovechamos para estirar las piernas. Un viento norte, muy fresco, barría la frondosa maleza de uno de los lados de la carretera y secaba el asfalto, barnizado por la lluvia, con excepción de los baches que formaban acá y allá minúsculos lagos de agua sucia. Las nubes negras cabalgaban ligeras por el cielo que, de trecho en trecho, se ofrecía a nuestra vista con su tono azul natural. Lucían los prados su verde charolado, más matizado que de costumbre, y a lo lejos se veía alguna montaña alta coronada por un desgarrón de niebla.

Doña Sole no temía a la lluvia fina ni al frío. Salió de casa con su habitual indumentaria sin otro socorro que una capita negra, de punto, que soportaban sus hombros huesudos. Su cachavita, también negra, la acompañó en este paseo. Se apoyaba en ella a cada paso, lo que hacía que nuestro caminar fuese lento y solemne como el de un desfile procesional.

Recuerdo que me extrañó su invitación a salir con ella. Jamás habíamos hablado a solas, supongo que por la imposibilidad material de darle a conocer un pensamiento propio sin que se enterasen todos cuantos nos rodeaban. A doña Sole además de la trompetilla era necesario hablarla a gritos para que entendiese. Por eso extrañé su manifestación inicial:

—Pedro —me dijo—, deseo hablar con usted.

Le sonreí como único medio de expresar mi aquiescencia. Cuando, siguiéndola, salimos a la carretera añadió:

—¿Le parece que demos una vueltecita?

Volví a sonreír para mostrarla de nuevo mi conformidad.

Así se inició el paseo aquella tarde. Los primeros diez minutos de camino los hicimos en silencio. Ninguno de los dos hablaba. De cuando en cuando doña Sole se detenía para retirar de la carretera, empujándoles con su cachavita negra, algún cristal o alguna piedra de gran tamaño. «En detalles tan nimios como éste se conoce a las personas», pensé; y luego me entretuve meditando si alguna vez en mi vida me había guiado este instinto de caridad hacia mis semejantes. Comprendí que no y me avergoncé de ello. Cada vez que la viejecita se detuvo después a lo largo de nuestro paseo, sentí una especie de censura interior que me sobrecogía.

Al doblar una revuelta que a pocos pasos de la casa hacía la carretera, doña Sole se detuvo, y en esta ocasión no para apartar una piedra.

—Pedro —volvió a decirme—, deseaba hablar con usted a solas; ésta es la razón de este secuestro —y rió todo lo vigorosamente que la permitían sus escasas fuerzas.

Yo reí, también, pensando si querría decir que iba a hablarme sin testigos de ninguna especie. Por tercera vez le sonreí para indicar que la escuchaba. Después de una corta pausa añadió:

—Desde luego, este mundo no se ha hecho para gozar. En esto tiene usted razón. El goce es vida de otro mundo que hay que merecer sufriendo en éste.

Caían sus palabras pausadas e ingrávidas sobre mi pecho con la misma suavidad que caen del cielo los copos de nieve. También sus palabras eran blancas como sus canas, y pensé que aquella mujer iba a regalarme con un copioso maná de experiencia.

Después de otra pausa prosiguió:

—También yo sufrí en mi vida como usted y nunca pretendí orillar este suplicio violentando la voluntad de Dios. Pensé que sus designios se cumplen cabalmente entre los humanos y que es necio tratar de apartarlos por la fuerza. Hay una verdad sobre todas que se nos impone con carácter de fatalidad: Dios. Por eso, lo que viene de Él ha de aceptarse con sumisión, porque somos sus criaturas. Hacer otra cosa supondría engañar nuestro orgullo hasta autodeificarnos.

Volvió doña Sole a detenerse en su camino y en su discurso. Tan medidas eran sus palabras que casi no mentiría al decir que más allá de sus canas veía agitarse y funcionar la perfecta máquina de su cerebro. Veía las ideas en un espantoso desorden en la zona más alta de su cabeza. Luego, estas ideas pasaban goteando, una a una, por una criba tupida a una segunda cavidad, de donde después de escogidas y seleccionadas llegaban a su boca que las expresaba.

Todo está regido por un perfecto equilibrio —continuó—. La naturaleza, las plantas, los animales, el hombre, toman y dan con una armoniosa ponderación junto a las altas montañas ve usted siempre los valles profundos; a la frescura lozana de la primavera sucede la yerta esterilidad del invierno; al lado del capullo están siempre las espinas; las épocas de abundancia son coronadas por épocas de escasez; la guerra sigue a la paz y la paz a la guerra, formando unos estratos semejantes a los del suelo… Ésta es la ley del contraste que rige el mundo. Pero al mismo tiempo es la razón de que todo, todo, tenga su sentido en el universo.

Doña Sole hizo otra breve pausa y prosiguió:

—Pero este equilibrio, esta alternación de lo bueno y lo malo, no puede bastar para enfangarnos en el pesimismo. El pesimismo sólo nos deja ver las espinas en los rosales, la muerte en el hombre, la carne en el amor. Alimentados de pesimismo no vivimos la vida, la sufrirnos. Todo lo malo de la vida se agiganta para el pesimista, y, además, lo bueno lo hace malo, precisamente porque de todo escoge su fachada negativa. Y aquí está el error; la contradicción con Dios; la contradicción con nosotros mismos. Cuando la vida es amarga, hay que suavizarla con la representación de un Gólgota, y cuando es dulce, mitigar sus dulzuras pensando que otros sufren por lo que nosotros no sufrimos. Siempre tendiendo al equilibrio, que es el camino de la verdad.

Tornó a callar doña Sole, y de nuevo seguí a través de su cabello aquella delicada selección de ideas que tenía lugar en su cerebro. Sus palabras afluían en mi alma con la misma suavidad que las pronunciaba. No me arañaban como las palabras de los demás hombres y gustaba de dejar por una vez que alguien me acariciase el corazón. Me parecía que al igual que el impulsivo río de montaña que caminaba a nuestra izquierda en dirección contraria a nosotros, mi ser, después de golpearse contra las rocas y discurrir en alborotada corriente, entraba en un remanso apacible de serenidad y paz.

Doña Sole, luego de tomar aliento, añadió:

—Por eso es necio atentar contra ese equilibrio preestablecido. Dios no envía nunca más de lo que el hombre puede soportar. Y el hombre no debe buscar más de lo que Dios le envía. Es terrible, créame, Pedro, un espíritu atormentado; un espíritu que se adelanta a su momento y piensa en la noche cuando es de día y se reboza de antemano en la angustia de la oscuridad. Frente al sol se ha de buscar la sombra y la luz en las tinieblas. Pero ¿por qué buscar las tinieblas en el día y en la noche?

»Yo tuve una época de un cruel martirio espiritual. Me invadieron los escrúpulos de conciencia. Me sentía responsable de cuantos desastres ocurrían a mi alrededor. Siempre, en última instancia, veta mi mano pecadora moviendo el mecanismo de los pecados ajenos. Un consejo sincero me permitió escapar de este tormento. «Obra —me dijeron— como tu conciencia te ordene y aunque involuntariamente vayas sembrando de cadáveres las cuentas del camino de tu vida, cuando llegues a Dios podrás decirle serenamente: "Señor, yo no he matado. —Y acto seguido—: Tampoco he mentido, Señor"».

Hubo una pausa.

—Su caso, Pedro, aunque a usted le parezca lo contrario, es muy semejante. Las sombras provienen de fuente distinta, pero es del mismo género el sufrimiento. Y tampoco el suyo cuenta con el beneplácito de Dios. La vida debe vivirse serenamente. No deben previvirse las amarguras que nos impiden vivir con serenidad. Y cuando estas amarguras lleguen, soportarlas con estoicismo sabiendo que alguien sufre más y con mayor resignación que nosotros.

»Conocí a un hombre —prosiguió— que vivía alimentando su pesimismo con desdichas que podrían acontecer. Era un enfermo como usted. "Cómo voy a estar alegre —me decía— si, sobre lo que hoy veo, vendrá lo que me oculta el mañana. —No hizo caso de recomendaciones ni consejos—. Si yo pudiera evitarlo —solía confesarme— ¿cree usted que no lo haría? Pero es que estas negruras se me imponen. No mando en ellas como no mando en los movimientos de la Tierra. Es como un cáncer cuya maldad actual sé que va a agravarse mañana». Varios días le hablé como hoy estoy haciéndolo con usted. Le animé a desbancar el prejuicio y a enfocar la vida por su lado alegre. Según decía, no podía hacerme caso, no por falta de voluntad, sino por imposibilidad absoluta de utilizar ningún recurso. No quería ver el infeliz que esta conclusión, esta dejadez ante el posible remedio, era la primera consecuencia nefasta de su enfermedad. Si hubiera acertado a ver que el primer paso para su curación estaba en imponerse a aquella supuesta fatalidad, tal vez se hubiese salvado. Pero el mal fue en aumento. Buscó en la bebida una solución absurda. Y lo que olvidaba en los efectos supremos de la embriaguez se recrudecía después en el lánguido decaimiento del retorno a la normalidad. Se intensificó, naturalmente, su vicio. Bebiendo quería olvidar que bebía. Se daba cuenta, no obstante, de que éste era el verdadero paso en falso de toda su existencia. Pero ya no tenía solución. Y todos aquellos presagios que le amargaran prematuramente iban realizándose uno a uno, a causa, precisamente, del remedio insensato que él tomara contra ellos cuando no eran más que una amenaza. Un hijo suyo se extravió con su ejemplo y murió violentamente en una pendencia. Falleció su mujer, martirizada, y llegó a su hogar la temida ruina. Todo aquello rebasó su capacidad de aguante y un día se mató disparándose con una pistola en la cabeza. ¿Cree usted, Pedro, que los reveses de esta vida hubieran sido tan aparatosos de haberse impuesto este hombre a su fatídica obsesión? Si este hombre hubiese luchado decididamente contra su prejuicio, su ejemplo no sería hoy un canto a la desesperación. ¿Le parece que demos la vuelta?

Doña Sole no hizo pausa entre su relato y esta pregunta, lo que me autorizó a suponer que daba por concluida su delicada misión. Dimos la vuelta como deseaba y de propósito buscó ella el lado opuesto de la carretera para purificarlo con su bastoncito de «elementos nocivos». Casi no habló nada en todo el trayecto de regreso. Me dejaba rumiar en silencio las conclusiones de su discurso. Tan sólo recuerdo que al pasar junto a la cerca de un prado vimos una yegua de pelo lustroso y brillante que amamantaba a un airoso potro de poco tiempo. Doña Sole se detuvo en su lento caminar y apuntó cuidadosamente con su cachavita en dirección a la yegua y su vástago.

—Desengáñese, Pedro —me dijo—; ésta es la vida.

No habló más. Luego apoyó su bastón otra vez en el suelo y reanudamos pausadamente el paseo.

Confieso que sus consejos me impresionaron profundamente. Sabía de quién me hablaba al referirse a «un enfermo como usted». Fue un hermano de su marido, quien se suicidó después de perder un hijo violentamente. Lo que no supe hasta ahora fueron las causas de su determinación.

Mis ojos miraban hacia el infinito. Como siempre, proyectaba mi vida sobre un porvenir incierto. Sentía a mi lado el pausado caminar de los pies de doña Sole. Intenté adivinar dónde tomó aquella mujer su decisión de hablarme al corazón. Y vi, detrás de todo ello, la mano de Luis renunciando a la misión personal y colocando el asunto en otras manos, más competentes y más experimentadas.

Nuevamente me distrajo el rítmico golpear contra el asfalto del bastoncito de doña Sole. Se intercalaba entre el arrastrar de sus pisadas como un verso par sin asonante entre la rima melodiosa de los impares. Sí, sus andares eran lo mismo que un poema salpicado de versos libres, huérfanos y desorientados entre las parejas enamoradas de las rimas.

Arriba las nubes volvieron a tapizar el cielo. Únicamente entre dos montes se resistía semivencido un retazo azul. Le compadecí porque no tardaría en caer estrangulado. Las montañas altas se empinaban por encima de la niebla empujadas por un ansia de libertad. Ellas querían luz y aire como un tísico sediento de anchos horizontes. Y lo buscaban arriba, por encima de las miserias de unas nubes grises que galopaban con sus vientres pegados a la tierra. Respiré hondo porque me pareció que también a mí me presionaba una sensación de asfixia.

Doña Sole siguió caminando sin decir una palabra. De vez en cuando se detenía para empujar un guijarro con su bastón negro.

Cuando salvamos la última revuelta del camino y reapareció la casa, el pecho de doña Sole reventó en un suspiro. Después añadió:

—Prométame, hijo, que meditará sobre cuanto le he dicho. Nada perderá con ello, se lo aseguro —se pasó la cachava a la izquierda y me tendió su mano derecha para que la estrechara. En aquel cordial apretón de manos quedó solemnizada mi promesa.

Cuando aquella noche presentí en mi subconsciencia que iba ganándome el sueño me di cuenta de que una sensación trepidante y monótona de verso incompleto me arrullaba. Era el andar de la viejecita, roto en su rima perfecta por el seco taconazo de la negra cachava al golpear contra el suelo…

Al día siguiente tomé por la mañana el tren de Santander, clausurando definitivamente mi estancia en aquella casa. Al perderse de vista el último pañuelo agitándose en la estación me dejé caer meditabundo sobre mi asiento, pegado a la ventanilla. Reparé entonces en que la temporada pasada en casa de doña Sole había tenido para mi espíritu las calidades que pueda encerrar un baño tibio para un cuerpo cansado. Me sentía en ciertos aspectos como remozado, excitado por un instintivo afán de perfeccionarme, de ser mejor, para que ellos se convenciesen de que por encima de mi recalcitrante actitud les concedía aún una cierta influencia sobre mi persona. Medité, dubitativo, en el extraño paseo dado con doña Sole la tarde anterior. Sin duda el hecho había sido organizado por Luis, siempre en la brecha, dispuesto a no ceder cualesquiera que fuesen las dificultades. Me sonreí interiormente recordando que dos días antes me prometiera no volver a injerirse en las cuestiones que no le importaban. «Después de todo —me dije— él no ha insistido; la que ha insistido ha sido su suegra». Y me quedé tan satisfecho pensando que Luis sabía ser fiel y leal a su palabra…

Pronto me vi envuelto otra vez en la actividad del *Antracita*, y a la semana escasa de mi reincorporación recibí orden de mi naviero de tenerlo todo listo para zarpar a la mayor brevedad. De nuevo me hallaba encerrado en esa línea sin fin que es la vida individual de casi todos los humanos.

A los cinco días partimos hacia Providencia. Mediado el viaje el contramaestre me llamó; se asomaba por la amura de estribor:

—Observe, capitán, esas olas… esas olas son las mismas que vimos en el viaje anterior. Las he conocido por la cresta…

Y comenzó a reírse con unos aspavientos tan desorbitados como sus carcajadas.

—Lo mejor que le puede suceder a un hombre es creerse ingenioso… —me dijo Bolea al oído cuando el contramaestre se alejaba congestionado de

risa.

Yo me quedé en suspenso, despistado, sin ver claro lo que en mi derredor acontecía.

Y aún le oí reír a Benito otra vez cuando descendía torpemente hacia los sollados por la escotilla de popa.

XIII

Si yo, después de la temporada pasada en casa de los Bolea, hubiese tenido la oportunidad de sondearme, tal vez hubiese apreciado que algo definitivo se había mudado en mí. Pero como desde muchos años atrás tenía el convencimiento de mi inalterabilidad, no juzgué pertinente un nuevo examen de la firmeza de mis principios fundamentales, persuadido de que proseguirían sólidos e inalterables como siempre. Sin embargo, insisto en que, de haberme sondeado entonces, me hubiese percatado de que mi resolución, no obstante ser aparentemente la misma, se hallaba minada por dentro. Mi decisión, a estas alturas de la vida —más tarde me convencí de ello—, estaba ya muy debilitada, perdida quizá su esencia íntima en aras de una apariencia resoluta, invariable y firme.

Al regresar por segunda vez a Providencia después de haber conocido a Jane, tenía yo la sensación subconsciente de que un nuevo encuentro con ella significaría el fracaso de toda mi teoría forjada a costa de muchos años de sacrificios y renunciaciones.

Yo en aquellos días gozaba engañándome a mí mismo. «Jamás volveré a verla —me decía—, ni a recordarla, ni a dejarme envolver en su suave y peligrosa nostalgia». Pero mientras pretendía que esta norma fuese mi guía, allá, en el fondo de mi ser, me sentía estremecido de añoranzas, lleno de la nueva experiencia de que el dolor termina allá donde comienza la nostalgia.

Instintivamente deseaba encontrarla, aunque me cuidase muy bien de manifestarme libremente este deseo. Me encubría a mí mismo mis propias ansias, mis supremas aspiraciones. «Si nuevamente se cruza en mi camino —me susurraba en el secreto de mis velados afanes— será que Dios lo tiene dispuesto así, y como diría doña Sole, es arriesgado contravenir sus disposiciones».

En este estado de ánimo arribé de nuevo a Providencia. Me sentí rejuvenecido al solo pensamiento de que ambos respirábamos el mismo aire y estábamos expuestos al vaivén de unos mismos acontecimientos. «A los dos nos roza ahora la misma onda de la vida —pensaba—. Si es verdad que en el mundo existe una impalpable comunicación de los espíritus, ella estará presintiendo a estas horas mi cercana proximidad». Y el corazón se me aceleraba de una manera espontánea, eléctrica, casi dolorosa. En tanto me decía hipócritamente, para acallar mis ocultos y locos deseos: «Una vez más

tendré que marchar sin verla, sin oírla, sin sentirla… despegándomela, apartándola, rechazándola de mí…».

La noche del tercer día de nuestra llegada asistí al concierto de una orquesta muy afamada. Acudí con el convencimiento de que las aristas de mis pensamientos se mitigarían con esta expansión. Para mí la música posee la virtud de crear ese dolor morboso, evocador, de ese género que se agradece al resucitarlo porque acaricia en vez de morder. Me gustaba pensar con música al fondo; oír la música sin escucharla, relegándola a un segundo plano, dejándola actuar únicamente como excitante y motor de los últimos posos de mis nostalgias.

El teatro estaba lleno, excesivamente caluroso, como si su recinto hubiera sido utilizado para almacenar las altas temperaturas estivales. La gente permanecía grave en sus sillones, inmóvil, arrobada, extática… Únicamente cobraban sus ojos una animación furiosa si algún próximo vecino estallaba en una tos contenida. Entonces todas las miradas en diez localidades a la redonda convergían en el desgraciado que no había tenido otro remedio que quebrar con un carraspeo o un estornudo el fragmento más delicado de alguna pieza. Fuera de esto la música actuó sobre mí como esperaba, excitando mis sueños y fantasías, removiendo el copioso caudal de mis nostalgias.

Cuando el concierto terminó aguardé pacientemente a que la sala se desalojara (no he llegado nunca a comprender qué es lo que ofrece la calle en los cinco minutos siguientes a la terminación de un espectáculo. La gente se agolpa en las puertas como si se hubiese establecido un apreciable galardón para los primeros que alcancen la salida. Muchas veces me he preguntado por qué tiene prisa todo el mundo que asiste a una representación. Y por qué esa prisa se desata precisamente en el instante de terminar la obra. Si la obra, por gusto del autor o de los intérpretes, hubiese durado diez minutos más, la gente no se hubiese enterado de que tenía prisa hasta diez minutos después del momento en que en realidad la experimentó).

Me levanté de mi asiento cuando la concentración humana del pasillo fue cediendo en sus apreturas. Entonces vi, cinco filas detrás de la mía, una pareja más paciente que yo, que no daba la menor muestra de premura por abandonar el local. Sentí repentinamente una paralización extraña al fijarme en ella. Era Jane. No me veía, ni me miraba, abstraída al parecer en una conversación absorbente con su joven acompañante. No sé qué profunda revolución se iba operando dentro de mí. Me había quedado como insensible, como si mi cuerpo todo se hubiera detenido en una diástole del corazón. Al ponerme a su altura interrumpieron la conversación y Jane dirigió los ojos al

pasillo, posándolos en mí. Se intensificó vivamente mi aturdimiento. Ella dijo «hola» con una afectada indiferencia. No sé si respondí. Mi primera reacción consciente fue la de huir rápidamente, la de perderme entre el rebaño humano que me precedía, soslayando aquel encuentro inesperado y violento.

Creo recordar que al verme en la calle eché a correr sin una orientación determinada, doblando esquinas y recorriendo calles con una rapidez diabólica. De pronto me vi en el muelle, paralizado en su luminosa indiferencia, adormecido y quieto en su descanso nocturno. Aminoré el paso entonces y respiré profundamente. Tuve la impresión de que era la primera vez que respiraba desde que saliera del teatro. Me poseía una agitación convulsiva e incontrolable cuando me detuve al borde del agua. Reverberaban en la superficie las luces escasas de los barcos atracados. No veía a nadie a mi alrededor y sentí la tentación de sentarme, dejando a mis piernas tembleteantes oscilando en el vacío. Me senté al fin sobre el bloque de hormigón, sintiendo a mi lado la fortaleza de un férreo bolardo. Allí permanecí bastante tiempo, hasta que noté que el ritmo de mi corazón se recobraba de nuevo. Luego me incorporé dirigiéndome al *Antracita*.

Todo dormía en él menos el marinero de guardia, que me dio las buenas noches al pasar a su lado. Cuando descendía la escalera me detuve un instante, agarrado con las dos manos al andarivel. Comenzaba a entrever al fondo de mi cabeza un punto de lucidez, que iba agrandándose paulatinamente. Dos minutos después me encontraba encerrado en mi camarote, tendido sin sueño en mi estrecha litera. Forzosamente ahora tendría que volver a verla. Era ésta la idea que iba cobrando cuerpo en mi interior. No podía renunciar a verla otra vez, a hablarla y a disculparme. ¿Qué tenía esto de particular? Luego volveríamos a dejar en suspenso nuestro trato, lo mismo que lo hiciéramos seis meses antes. ¿Existía algún motivo para privarme de esta inocente expansión? ¿Por qué iba a acomodarme a verla con otros hombres y renunciar yo por completo a su anhelada compañía? Esto era necio, absurdo e injustificado. ¿Por qué no podía yo decantar mi amor hasta dejarlo en una limpia y sincera amistad?

Si yo me hubiese examinado interiormente con sinceridad, tal vez me hubiese sorprendido al reparar en la falsedad de estas reflexiones. Pero me interesaba más obligarme a creer que poseía todavía los suficientes arrestos de voluntad para detener mi corazón en el momento que me conviniese. El proceso de la traición requiere un movimiento paulatino para parecer menos traición.

A la mañana siguiente llamé a Jane por teléfono y nos pusimos de acuerdo para encontrarnos ante la entrada principal del parque.

La vi llegar con el mismo gesto alegre de nuestra primera cita. Nada parecía haber variado, ni por fuera ni por dentro. Cuando un tanto atropelladamente inicié minutos después mi discurso de disculpa, Jane me dejó perplejo al asegurarme que ella no se había dado por ofendida nunca. Ante la estatua de Roger Williams nos detuvimos.

—No querrás decirme que Roger Williams era baptista, ¿verdad?

Rió ella como en los mejores días.

—¿Por qué no si lo era?

—Prefiero que me hables de ti.

Y habló de ella y me inquirió a mí, y así escapó aquella mañana en la brevedad intangible de un soplo. Por la tarde volvimos a vernos. Estuvimos en un cinematógrafo. Jane a la salida me dijo:

—No me ha gustado la película.

—¿Por qué?

—Termina mal.

—¿Y eso qué importa?

—Ya hay bastantes cosas en la vida que terminan mal. Prefiero que las historias que se inventen nos den siempre un respiro.

A la mañana siguiente Jane y yo estuvimos de nuevo en el acantilado. El mar de otoño era más bronco y ruidoso que el de la primavera. Jane miraba intensamente la mar encrespada.

—El mar se impone en otoño.

—Es más gris.

Y más frío… y más implacable. Cuando rompe contra las rocas toma calidades de turbios presentimientos.

Me estremecí. Luego de una pausa intenté tranquilizarla:

—El mar empieza a acostumbrarse a sentirse dominado.

—Pero de vez en cuando nos humilla con alguno de sus mortales coletazos…

Sacudí la cabeza.

—Me estremece hablar veladamente de la muerte.

—¿La temes?

—Cuando apaga la vida de los que quiero.

—¿Es ése tu secreto?

—Mi peso, tal vez…

Me miró largamente a los ojos y alzó su mano apoyándola en mi hombro. Instintivamente incliné la cabeza y la besé en su suave dorso.

—¿Por qué haces eso? —preguntó ella sin moverse.

—¿Qué sé yo? En la vida hay momentos que escapan a todo control.

Por la tarde de aquel mismo día volvimos a encontrarnos. Paseamos por el parque y estuvimos remando en uno de sus lagos bajo la acariciadora media luz del crepúsculo. Después cenamos juntos en un ruidoso restaurante y nos despedimos hasta el día siguiente.

Al encontrarme solo sentí la tranquilidad de haber compartido con la persona a quien amaba el secreto de mi vida. Esta entrega de mi idea fundamental significaba que se abría ante mis ojos la dimensión atrayente de una etapa nueva, deseable y consoladora. «Ahora todo podría ser distinto si ella me ayudase a desligarme de mi vieja obsesión, si ella se empeñase en hacerme ver la vida por su faceta color de rosa», pensaba.

Tres días más tarde retornó el calor a pesar de estar mediado ya el otoño. Jane me propuso marcharnos a Boston por la mañana y regresar en el día. Cuando me vi a su lado, sentado en el coche descubierto, recibiendo en el rostro el beso de la brisa, tuve una conciencia exacta de dónde están los rincones más acogedores de la existencia. Todo a nuestro alrededor respiraba armonía y serenidad. Desde el cielo intensamente azul hasta la tierra parda poblada de verdes matojos y de perennes arboledas, dejaba en el ánimo una impresión de plácida somnolencia.

De repente me percaté de que los antebrazos de Jane volvían a aparecer gráciles y desnudos ante mi vista como en la pasada primavera. Se apoyaban ahora inmóviles sobre el volante negro, torneados y mórbidos como un eco ponderado de la maravillosa vecina naturaleza. Me quedé mudo, suspenso en su contemplación hasta que oí su voz a mi lado:

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

Pude contestarle que ella, sin alterarse, era capaz de despertar dos opiniones contradictorias en un mismo pecho; pude decirle que un impulso irreflexivo, que una irreflexión profunda… Pero respondí, en un tono que me sorprendió a mí mismo:

—Tus brazos.

Me miró de reojo.

—¿Sólo mis brazos?

—Y el movimiento de tus brazos.

Volvió un poco más la cabeza para mirarme.

—¿Lo demás?

—Todo se refleja en el movimiento de tus brazos.

Apenas volvimos a hablar en el corto trayecto hasta Boston. Al llegar aquí, Jane inició un largo capítulo de compras, inspirada por esa particular facultad femenina de creer que nada de cuanto se encuentra fuera existe donde habitualmente se reside.

Almorzamos en un restaurante español, donde aparte del rótulo apenas si hallé algo que justificase la legitimidad de la denominación. Cuando iniciamos el regreso caía ya la tarde, disolviéndose en una pálida penumbra. El automóvil avanzaba raudo a la luz cenicienta del atardecer. Habíamos levantado la capota y las sombras externas hacían más íntima nuestra vecindad.

Fue en una caprichosa parada de Jane en medio de la soledad del campo donde todo terminó por derrumbarse. Ella se había vuelto hacia mí, abiertos sus labios gordezuelos por la iniciación de una sonrisa. Su voz cálida, sofocante, envolvió mi rostro dejando mi cabeza en blanco. Sólo percibí en esos minutos su inmediata proximidad y los golpes incesantes de mi corazón contra la caja de las costillas. Lo poco que de humano restase en mi pecho brotó incontenible en ese instante. Tomé uno de sus antebrazos y lo cubrí de besos apasionados. Ella me dejó hacer. Sólo cuando levanté de nuevo la cabeza advertí en sus ojos una expresión indecisa.

—Qué extraño hombre eres —me dijo—; ¿por qué obras con tan poca consecuencia?

Pasé mi brazo por detrás de sus hombros y la atraje hacia mí.

—Perdóname —le dije—, pero te quiero.

Cedió instantáneamente su rígida tensión y su cabeza se apoyó confiada sobre mi hombro.

—Entonces…

Sentía el suave contacto de su pelo contra mi mejilla, su anhelante respiración rimando con la mía, estrecharse nuestras almas, acomodadas al fin en un mismo plano emocional.

—Entonces, si tú quieres, nunca más volveremos a separarnos.

Se incorporó súbitamente y puso el coche en marcha.

—Lo quiero así, Pedro… Lo estaba deseando.

Oprimió la palanquita de la luz de los faros y la carretera se iluminó por delante de nosotros.

—No es justo que en adelante sigamos caminando en las tinieblas.

Aquella noche en Providencia no pensé más que en la felicidad que se avecinaba. Al entrar en el *Antracita* me encaminé directamente a mi

camarote. Encima de mi mesa se hallaba la corbeta prisionera. Tomé la botella en mis manos y salí a la cubierta, descendiendo después hasta tocar el mar por el portalón de estribor. Así la botella por el cuello y la sumergí toda ella en el agua. Escaparon de su boca unas sonoras pompas de aire. Mi obsesión se iba ahogando lentamente. Sentí que estrangulaba entre mis dedos el último obstáculo que impedía mi felicidad. Tras los angustiosos gorgoteos todo volvió al silencio; al silencio translúcido, afilado, de una noche de otoño estrellada. Sólo entonces separé mis dedos y la botella tomó el camino directo del fondo del mar. Al alcanzar el último tramo de la escalera aprecié que estaba sudando como si terminase de cometer una muerte violenta. Me pasé el pañuelo por la frente e inflé mis pulmones, librados del sortilegio, de la plenitud silente de la noche…

XIV

Contra lo que había temido, los días que siguieron a mi total rendición fueron de los más tranquilos y apacibles. Mis oscuros temores, mis sombríos presentimientos, mis presagios infundados, quedaron postergados de una manera absoluta. Tanto fue así, que llegué a convencerme de que mi vida anterior había sido una simple pesadilla, remontada gracias a la providencial aparición de Jane en el decurso de mi nublada historia. Si ahora evocaba mi pasado en Ávila, la sinuosa envergadura temperamental del señor Lesmes, o la flébil y amarga experiencia de mi amistad con Alfredo, era para jactarme de haber sabido superar ese plano de renuncias y entrar en el capítulo de una nueva existencia más humana y normal.

No me torturaba en estos días la angustia de sentirme bajo el asfixiante patrocinio de la sombra alargada y negra de un ciprés. El milagro de una transformación se había obrado y yo imaginaba que lo mismo que admirase un día en el parque de una ciudad lejana había acontecido ahora en mi corazón. En aquél admiré cómo había germinado la semilla de un pino en la corteza de una palmera. Ahora se exhibía aquello como un fenómeno vegetal, como una especie de monstruo con dos cabezas o una representación del rostro bifronte de un dios Jano. Sobre el tronco del ciprés que sombreaba mi corazón Jane había depositado igualmente una distinta simiente que había arraigado y florecido bajo el celo de sus constantes cuidados.

Sentí con esto mitigarse mi temor hacia la muerte rondadora. Sabía que en el curso del tiempo «uno de los dos habría de enterrar al otro», pero no desorbitaba esta probable realidad, antes bien, la admitía como una imposición de las leyes naturales que exigen el desprendimiento, el desencadenamiento del amor antes de transitar a una nueva vida no terrena. Había logrado, en fin, situarme en el plano ecuánime de la relatividad del dolor apartándome del estéril campo del sacrificio absoluto y de su estremecedora elaboración cerebral. Mi pasión por Jane había sido como el contrapeso a mi torcida disposición, a mi equivocada historia, a lo que hasta este momento había considerado como mi credo de principios fundamentales. Me daba cuenta ahora de que es un error en la vida guiarse sólo por el cerebro; que en la vitalidad íntima, como en la externa, como en la del mundo en que nos movemos, todo debe fundarse en el criterio de la proporción y del equilibrio; que todo lo que el uso tiene de humano, lo tiene de inhumano el

abuso, el exceso y la desproporción. Había llegado a topar con esa armoniosa coincidencia de la parte en el todo, de mi yo en el mundo circundante. Rara vez me asaltaban ya las inquietantes figuraciones dibujadas por mi imaginación en la pantalla blanca de un futuro imprevisible. Y si esto me sucedía procuraba conducir esta corriente morbosa hacia una desembocadura regular y humana, estrictamente acomodaticia. «Hasta hoy he caminado a oscuras —me decía—, porque nadie me enseñó antes a ver la luz; pero ahora que la conozco no la abandonaré mientras Dios no me lo exija». Y rememoraba los consejos de Luis, las palabras de doña Sole, la espantosa experiencia por ella relatada de la historia de su cuñado. Evocaba, en una palabra, cuanto en aquellas circunstancias podía ayudarme a pensar que había obrado bien y a olvidar cuanto de traición a mis más sólidos principios significaba mi conducta actual.

En realidad era la esperanza de una próxima y definitiva unión con Jane la que ocupaba casi constantemente mi actividad cerebral en estos días. Apenas si me daba tiempo para otra cosa. Habíamos fijado nuestra boda para una semana después a partir del viaje a Boston, y los días se sucedían con una rapidez vertiginosa. Gozaba previendo los efectos de mi decisión en todos mis conocidos. ¿Qué diría don Mateo? ¿Y doña Gregoria? ¿Y qué la pequeña Martina? ¡Qué gran alegría experimentaría la buena de doña Sole con la noticia! Iría a verla personalmente llevando a Jane colgada de mi brazo. Se emocionaría, sin duda, pensando cuánta parte había tenido ella en mi decisión. ¿Y Jane? ¡Qué placer disfrutaría Jane desentrañando, detalle a detalle, el contenido substancial de cada rincón de España! ¡Y qué satisfacción para mí poder servirle de guía en cincuenta capitales totalmente ignoradas y desconocidas…!

Luis Bolea no se asombró con la noticia. Me asombró a mí su falta de asombro. Se limitó a sonreírme, diciéndome, con una sonrisa, que esperaba «esto» desde hacía varios meses. Imagino que por el *Antracita* correría también la noticia como un calambre. Empero nadie me dijo nada, a excepción del contramaestre, que aprovechó la coyuntura para intercalar uno de sus rústicos remiendos filosóficos: «Capitán —me dijo—, con lo de usted me reafirmo en mi idea de que únicamente se casan los hombres que han tratado sólo con una mujer».

Yo me reía de todo y con todos. Nada me lastimaba. Me sentía despertar, amanecer a una vida risueña y extensa.

Con Jane viví intensamente las jornadas precursoras de nuestra boda. Casi no podía creer que en el breve plazo de siete días estaríamos vinculados el

uno al otro indisolublemente. La indisolubilidad, que para algunos representa la única sombra de su dicha, significaba para mí la más sólida garantía. Pensar que por encima de sacrificios y desvelos, de venturas y desventuras, saldría siempre reforzado nuestro amor, me conmovía profundamente, inundando mi alma, fértil ahora, de un poroso sentimiento de ternura. En ocasiones, Jane me decía, nublada su frente por una sombra de escepticismo:

—Me parece mentira todo lo que está pasando y lo que está por venir.

Yo siempre le respondía lo mismo:

—¿Qué más vamos a pedir? Las cosas que parecen mentira, o son fabulosamente lisonjeras o terriblemente desgraciadas. Una boda siempre debe ser de las primeras…

Así fue aproximándose el día señalado. La víspera recibí un cable de mi naviero conminándome a activar mi regreso. Aquello nos enfrió un tanto. El padre de Jane era partidario de demorar la ceremonia hasta el siguiente viaje del *Antracita* a Providencia. Alegaba que puesto que en este viaje de regreso Jane no podría de ninguna manera acompañarme a España, lo aplazásemos todo para tres meses después. Pero nosotros no estábamos dispuestos a renunciar tan pronto a la serie de proyectos que últimamente habíamos forjado, aunque Jane no pudiera encaminarse a España conmigo, y aunque para nuestra definitiva reunión hubiésemos de esperar aún el próximo viaje del *Antracita* a Providencia. Decidimos, pues, ante todo, casarnos, y que luego viniesen las cosas al ritmo que quisieran.

Fuera de esto, la víspera de nuestra boda fue un día más, tranquilo y sin nervios, exento de revuelos, de carreras y de gritos, Jane hacía su matrimonio sin barullos ni histerismos. Serenamente. Agitado de impaciencia sólo el corazón.

Aquella noche, antes de cenar, Jane me dijo:

—¿Tienes interés por algún sitio determinado?

—¿Para?

—Nuestro viaje…

—Prefiero la tranquilidad.

Sonrió pausadamente:

—Entonces coincidimos…

—Siempre me han disgustado los viajes contra nervios.

—Y a mí; ¿no te importaría ir a una granja en la falda de los Apalaches?

Oprimí su mano con violencia. Jane se puso en pie, y así cogidos salimos al jardín. La noche estaba quieta y serena. Del otro lado del seto ascendía el

rumor del mar. A lo lejos el cielo comunicaba el reflejo de las luces de la ciudad.

—Me gusta asomarme al jardín las noches que preceden a un día extraordinario.

—¿Para pensar?

—Sí.

—¿Y han sido muchas?

—Siempre que cumplí un año más… y algunas otras veces.

—¿Qué pensabas?

Tardó un rato en responderme. Luego dijo:

—Hoy estoy pensando una cosa extraordinaria —hizo una pausa—. ¿Sabes lo que dijo Zoroastro sobre el matrimonio?

—No.

Se aproximó más a mí y me miró a los ojos.

—Dijo: «El matrimonio es un puente que conduce al Cielo», ¿te gusta?

—Sí…

—¿Sabes que querría grabarlo a los dos en nuestros corazones? Apoyó repentinamente su cabeza sobre mi hombro.

—Eso no es posible —murmuré.

Se enderezó de improviso.

—¿Y por qué no en nuestros aros?, poder llevarlo con nosotros toda una vida; ¿sabes lo que eso significa?

No me dio tiempo a contestar. Me tomó impulsivamente de la mano arrastrándome dentro de la casa.

Aquella misma noche nuestras alianzas lucían por dentro la inscripción de Zoroastro: «El matrimonio es un puente que conduce al Cielo». Y a la mañana siguiente Jane y yo entrábamos juntos por ese puente…

XV

Salimos de Providencia la misma mañana de nuestra boda. Era un día templado y tibio y el sol acariciaba desde lo alto sin molestar, con una suavidad infrecuente.

Cuando tomamos la carretera hacia Boston me pareció que inopinadamente rompía con mi pasado cargado de oscuridades, que se abría un mundo desconocido para mí, desconectado y roto el nudo de continuidad que lo unía con el resto de mi vida. Me invadió una impresión de confortabilidad agradable al sentir despeinarse mis cabellos por las rachas de aire que se cruzaban en el interior del coche abierto. La tibia vecindad de mi mujer me daba la percepción de un mundo ignorado, lanzado de súbito sobre mí con toda su cohorte de sensaciones ínsitas y humanas. Entraba en el terreno de la racionabilidad, y los neumáticos, al rodar presurosos sobre el asfalto, me ayudaban a abrir cada vez más la distancia que me separaba del ayer.

Inflé los pulmones con fruición. Las hierbecillas de los lados de la carretera alternaban su inclinación en consonancia con la dirección del aire cambiante. A lo lejos, a nuestra izquierda, se erguían, casi invisibles, las primeras estribaciones de los Apalaches. Todo, en armonioso conjunto, cantaba a Dios un himno de plenitud.

Mi esposa pareció despertar de pronto.

—¡Ya está todo hecho! —dijo.

Yo le sonreí. Después quedé con una mano en el volante y rodeé con mi brazo derecho sus fuertes hombros. Ella se inclinó sobre mí y me brindó una sonrisa.

Pasó una hora. Abandonamos la carretera general y enfilamos la cinta rojiza de un camino de arcilla a nuestra izquierda. Se empinaba allí la carretera de manera increíble y el coche jadeó y apuró sus reservas antes de cambiarle la velocidad. Después sintió el nervio del espolazo y se lanzó cuesta arriba con la energía del esfuerzo *in extremis*.

La Naturaleza alteró entonces su decoración. Los arbustos y matojos se cerraban espesos y hoscos a los lados del camino. El tono de la maleza era verde grisáceo, semejante al color del mar en los días de tempestad. Olía fuerte a tomillo y los pájaros, más libres y salvajes que en ningún otro lugar del mundo, levantaban el vuelo lejano con sus agudos pitidos de sorpresa.

En lo alto de un repecho detuve el automóvil. Súbitamente me di cuenta de que era esto lo que añoraba confusamente en toda mi vida. No era el silencio lo que afloraba, era la ausencia de humanidad; esta soledad sin ruidos monótonos de civilización… Ahora entendía las inmensas ventajas de amputar un pasado cuando supone una sombra para el porvenir. Entendía las poderosas razones de quienes me hablaron en ese sentido y me percataba, más que nada, de que el hombre, frente a la naturaleza, está más cerca que nunca de Dios.

El perfume del aire me llegaba en oleadas fugaces y cálidas; breves y cargadas de una fragancia desconocida. Volvía a inflar mis pulmones cuando Jane se incorporó a mi lado. Sus ojos brillaban cargados de una misteriosa expresión. Se volvió hacia mí sin mediar entre los dos una palabra y rozó mis hombros con las yemas de sus dedos. La plenitud del paisaje se contagiaba a sus ojos. Los vi brillar otra vez en un momento. Luego, cuando quise volver a darme cuenta de que existía, Jane separaba sus labios ardientes de los míos.

Al doblar un pronunciado recodo vi brillar a través del parabrisas la superficie verde de una pequeña meseta. Al fondo una casa campesina con sus rústicas edificaciones anejas. Era una granjita blanca rodeada de un primitivo vallado como otras varias con las que nos habíamos cruzado anteriormente. Al adentrar el coche en el vallado de la granja saltaron las aves domésticas por todas partes, aturdidas y alborotadas en espantosa confusión. Al ruido del claxon acudió una mujer indefinida e indefinible en su expresión atolondrada. Gritó al reconocer a Jane y al descender ésta del coche la estrujó conmovida contra su pecho opulento. Un hombre apareció detrás. Era un espléndido hijo del campo, atezado y corpulento, con aspecto de roble joven. Saludó a Jane y al advertir mi presencia se detuvo un tanto aturullado. Jane me presentó. Las cejas del hombre se arquearon de sorpresa. Ignoraba que Jane se hubiese casado.

—¿Y Cristián…? ¿Dónde está Cristián? —preguntó mi mujer de pronto.

Se nubló la frente del hombre como apabullado por un mal recuerdo.

—Luego te verá… si es que quiere hablar con alguien.

La voz del hombre, con su frase de duda colgada, sabía a reproche.

—Atraviesa un mal momento —aclaró—. Se nos ha hecho un «absentista». Odia al campo; le aborrece. Yo ya le he dicho: volver la espalda al campo es renegar de tu padre y de tu sangre.

Había una sombra de amargura en su voz. Hablaba con un tono semejante al que adquiría la voz de un general que tuviese que declarar ante el tribunal

la traición de un hijo. Después se calmó. Pareció despejarse su tristeza con nuestra presencia y hasta sonrió cuando entramos en la casa.

Ésta era vieja y rústica, con una gran chimenea en aquella habitación inmensa de la planta baja, donde una gran mesa de nogal en el centro, rodeada de sillas, aireaba su prestancia. Las vigas próximas a la chimenea estaban ahumadas en una de sus aristas y unas prendas de vestir de niños pequeños pendían desmayadas de unos gruesos clavos recubiertos de óxido.

La escalera para ascender al piso superior arrancaba de uno de los rincones de la habitación. Era una escalera vacilante y quejumbrosa como una vieja aquejada de achaques indefinidos. Subimos en fila india, corriendo la conversación de boca en boca, de delante atrás, y de atrás hacia delante, de la misma manera que si nos pasásemos un pelotón. La mujer hablaba poco. Pasados los momentos de la llegada inesperada de Jane volvió a encerrarse en su habitual castillo de soledad. Seguramente pensaría en su hijo, el «absentista».

Arriba, como si descubriese mi pensamiento, dijo, dirigiéndose a mí:

—No le extrañe que hablemos poco. En el campo sirven los brazos y sobran las palabras. Las palabras se quedan para los hombres de las ciudades, que son los que tienen que «arreglar» el mundo.

Recalcó la palabra «arreglar» como si en su apreciación el mundo estuviera verdaderamente roto. Existía un dejo de intención en aquella frase. Una intención velada, sutil, que surgía sin duda de su profundo escepticismo hacia las posibilidades humanas.

En nuestro cuarto nos dejaron solos. Se lo agradecí y creo que a mi esposa le pasó lo mismo. Jane me condujo ante la ventana abierta. La naturaleza entraba bajo su marco pródiga, voluptuosamente, recogiendo en su nostálgico abrazo de otoño esa multitud de cosas inertes que no entienden de estaciones. Al pie de nuestra ventana picoteaban las gallinas ya un poco repuestas de su susto; más lejos se veían hasta una docena de vacas pastando indolentes sobre la alfombra verde del césped. Un poco más allá se iniciaba la vegetación de arbustos bajos y apretados como niños unidos por el terror; detrás la arboleda fresca de la falda de la montaña, y más lejos aún, la informe primera arruga de los Apalaches, repetida luego por una sombra azulada que quería esconderse entre el infinito.

Unas palomas pasaron junto a la ventana rozando nuestros rostros. Se abatieron en la corraliza entre las gallinas, y tan súbita fue su aparición que parecían llovidas del cielo.

Pocos minutos después, despojados de las incómodas vestimentas del viaje, Jane y yo descendimos hasta el camino e iniciamos un corto paseo. La arcilla de las roderas estaba endurecida. A un lado y a otro se apretaba la vegetación superviviente del verano. No se oía el menor ruido mecánico. Estábamos centrados en un ambiente despintado del siglo, propio de edades remotas. El sol, en su cenit, parecía pedir a los campos que fuesen despidiéndose de él, que sólo por favorecerles estaba faltando a su deber meticulosamente reglamentado por la naturaleza.

Jane se percató en estos momentos de la fugacidad de nuestra luna de miel.

—¡Qué pronto se pasan dos días! —dijo.

—Tres meses no tardan tampoco demasiado…

—Al tiempo lo miden las circunstancias, no los relojes.

Asentí. Ella insistió con acento melancólico:

—¿Y nuestra vida correrá así toda, en un constante fluctuar…?

—Procuraremos que nada ni nadie pueda volver a separarnos.

Repentinamente recordé algo que había permanecido adormecido detrás de la agitada actividad de los últimos días.

—¿Cuándo conociste a Luis Bolea?

—Al mismo tiempo que a ti.

—¿Le has tratado?

Sonrió con los ojos.

—Poco.

—¿Poco?

—¿He de decirte ya siempre la verdad?

—Sí.

Dio dos pasos más, preparando su respuesta:

—Ha sido mi aliado.

—Ya.

Me apretó el brazo con sus dos manos. Después se justificó:

—Yo necesitaba un aliado cerca de ti.

La besé en lo más alto de su cabeza.

—Lo creo.

—Entonces, ¿no lo has tomado a mal?

—Si de verdad lo necesitabas…

—Imprescindiblemente.

La tomé por los hombros y continuamos avanzando. Transcurridos unos minutos añadí:

—Ahora habremos de perdonarnos el uno al otro muchas cosas.
—¿Tienes muchos defectos?
—Los corrientes.
Volaron lejos unos cuantos grajos graznando guturalmente.
—¿Sabes la historia de los grajos? —dijo Jane evadiéndose.
—No.
—¿No sabes por quién están de luto? Sonreí.
—Lo ignoro absolutamente.
—Es un cuento muy bonito que me contaron de pequeña. Por lo visto el grajo padre murió en el Arca de Noé cuando la madre estaba empollando los huevos. Todos sus hijos fueron póstumos.
—Pobres.
—Es una lástima, ¿verdad?
—Sí, pero ha pasado ya tanto tiempo que éstos podían ir pensando en ponerse de alivio.
Dimos la vuelta. Los grajos describían un semicírculo a nuestra derecha. Poco después se posaron a la entrada del monte.
En la granja habían dispuesto ya nuestra comida sobre un velador colocado debajo de un magnolio gigantesco. Al aproximarnos volaron de sus ramas dos vistosas oropéndolas. Un niño, con la cara tiznada, nos miró malhumorado, mostrándonos su tiragomas inútil ya en aquella ocasión. Era el tercer hijo del matrimonio. Junto a él un rapazuelo de apenas dos años le brindaba nuevas presuntas víctimas con su lengua de trapo y sus torpes ademanes. Era el más pequeño de los hermanos. Jane le tomó en sus brazos.
—¿Dónde está Cristián?
El arrapiezo murmuró algo ininteligible y forcejeó por zafarse de aquellos brazos, con los ojos puestos en el tirador de su hermano.
—E… e… o… te —dijo.
—¿En el monte?
—Sí…
Jane le dio libertad. Corrió a reunirse con su hermano y a insistirle tercamente sobre la dirección que había de tomar si deseaba cobrar algo.
Al atardecer conocí a Cristián. Sólo con verle se adivinaba que su adecuado soporte físico no era el campo. Ceñudo, arisco, cerrado, nos costó Dios y ayuda hacerle despegar los labios. Cuando lo conseguimos no hubiéramos podido seleccionar de entre su limitado vocabulario una sola palabra amable.

—Qué fácil es a los que no lo soportan, animar a los demás a poblar el campo.

Me era difícil desde mi postura argumentarle con fundamento y vigor convincente.

—En el campo es donde se ha refugiado lo único de verdad que aún queda en el mundo.

—Prefiero la ciudad.

—Allí todo es ficticio.

—No importa.

—¿No importa?

—No.

Rechazó el cigarrillo que le tendía, con acre indignación.

—Ustedes no saben lo que es el campo. Por eso le cantan. Pero si hubiesen probado cuánta es su ingratitud pensarían como yo.

—Todo es poco, hijo, si así se consigue conservar la cabeza equilibrada.

—Si una cosa se hace a la fuerza, adiós el equilibrio de la cabeza.

—En eso puede que tengas razón.

—En todo. Además, ¿para qué?

—Para qué ¿qué?

—A qué tanto trabajar. ¿Por los demás? ¿Qué hacen los demás por mí?

Encendí un cigarrillo para disimular mi ligera turbación. Me humillaba que los que consideraba inferiores a mí se condoliesen en mi presencia de su precaria situación. Me sentía yo un poco culpable de las desdichas que lamentaban.

—Todos tenemos que hacer por todos.

—Pero cuando hay detrás una compensación. Y yo, ¿qué compensación tengo? Subir a las fiestas del pueblo dos veces por año. ¿Y qué? Tener que andar tres leguas para echar tres bailes. ¿Es esto una compensación?

Desde la chimenea, que habían encendido, sus padres le miraban atemorizados; el niño pequeño se había quedado dormido contra el regazo de su madre. El otro meditaba con la cabeza entre las manos seguramente en el conato de cacería del día siguiente.

Aún insistí. Me daba la impresión que de no decir yo la última palabra parecía que me doblegaba ante aquel joven rebelde, que el «absentista» se salía con la suya en su pugilato con el hombre de la ciudad.

—¿Y no es una compensación ver crecer lo nuestro, verlo progresar, ver que va perfeccionándose todo día a día y hora a hora…?

Cristián hizo un gesto de impaciencia:

—¿Para qué?, dígame, ¿para qué? Qué me importa a mí levantarme un día a las cinco de la mañana pensando que he doblado las propiedades que empecé a trabajar treinta años atrás. Dígame, ¿de qué me habrá valido doblarlas?

Bajé la voz como avergonzándome de antemano por lo que iba a decir:

—De satisfacción… Al menos de una íntima satisfacción.

Soltó una carcajada tan potente y dolorosa que pensé que las vigas del techo habían acusado la impacción.

—Estoy harto de satisfacciones íntimas. ¿Se conforman todos con satisfacciones íntimas? No, ¿verdad? ¿Por qué había de conformarme yo? Todos queremos satisfacciones de otra clase. Más materiales si ustedes quieren, pero de esas satisfacciones que se ven y se tocan.

Se había puesto de pie. Su padre le contemplaba desde un rincón. Las llamas arrancaban de su tez arrugada y oscura brillos de cuero elaborado. Inopinadamente se colocó de un salto al lado de su hijo.

—¡Cállate ya, Cristián! Tú irás a la ciudad. Esperarás a que tu hermano tenga dos años más y entonces te marcharás…

Cedió la tensión del hijo ante el tono tajante del padre. ¿No había conseguido al fin y al cabo lo que anhelaba? Cristián bajó la cabeza.

—Hasta mañana, padre.

Comenzó a subir las escaleras. Todo quedó en silencio, un silencio donde todavía vibraban las ondas de las últimas palabras. La madre cogió al pequeño entre sus brazos y se despidió. Tenía los ojos brillantes por la proximidad del fuego. Cuando su figura se perdió en lo alto de la escalera comencé a notar que mi corazón se aceleraba.

—Vámonos nosotros también —murmuré al oído de Jane, que había permanecido silenciosa a lo largo de la escena.

Ascendimos los dos. Al cerrar la puerta de nuestro cuarto sentí bullir la sangre ardiente debajo de la piel de mi cuerpo, como si mi vida toda se hubiera concentrado de repente en el latido de aquel momento.

—Cristián es un disconforme —dije por decir algo, y maté la luz.

Jane no contestó. Por la ventana abierta entraba el soplo fresco de aquella noche de otoño. Parpadeaban en el cielo las estrellas y las montañas recortadas sobre el firmamento parecían monstruos dormidos.

Como Jane temía, aquellos dos días transcurrieron demasiado pronto. En la mañana del tercero dispusimos rápidamente nuestras cosas e iniciamos el regreso a Providencia. La vida de aquellas cuarenta y ocho horas había sido tan concentrada, tan apretada de íntimas sensaciones, que el cortar nuestro

contacto con la granja se me hacía más doloroso de lo que había pensado. Jamás imaginé que una cosa pudiera en cuarenta y ocho horas arraigarse tanto en el corazón de un hombre. Se me antojaban años las horas transcurridas allí; años felices por el recuerdo múltiple de que iba impregnado; un soplo con arreglo a la más estricta cronología. De todas maneras el tiempo señalado había pasado ya y ahora nos enfrentábamos con una larga y sombría perspectiva, conforme la opinión de Jane de que el tiempo no estaba en los relojes, sino en las circunstancias.

Jane, a mi lado, arropadas las piernas en una ligera manta de viaje, no hablaba. Seguramente prolongaba nuestra breve luna de miel en su fácil imaginación. ¿Qué pensaría? Tal vez en nuestra primera comida debajo del brillante magnolio; o en la larga tertulia de la noche anterior frente a la lumbre crepitante; o en Cristián, el «absentista». O ¿por qué no en el fatigoso paseo de la tarde última, hasta la cumbre de un alto picacho? ¿No dijo ella, al ver el mundo desde allí que «la tierra, como los buenos cuadros, es conveniente verla de lejos»? Sí, seguramente su imaginación estaría en estos momentos posada en el elevado y abrupto picacho de la tarde antes. Volvería ahora a despeñar sus ojos por la ladera impresionante para ir fijando en su retina todos los obstáculos, todos los accidentes, por cuyo lado pasáramos en el ascenso y que ahora, oteados desde la inmensa atalaya, se convertirían en ridículos y mezquinos.

El coche devoraba kilómetros inmune a la nostalgia. Los árboles, a los dos lados de la carretera, me daban la impresión de que íbamos caminando tras los barrotes de una jaula. Pronto asomaron por delante las primeras casas de Providencia, las crestas de los edificios más altos destacando sobre la construcción uniforme de la ciudad.

Apenas nos detuvimos en casa de Jane. Ella me rogó esperase un instante mientras me preparaba una sorpresa. A poco se presentó con un magnifico retrato al óleo, suyo, que no había visto hasta entonces.

Me lo tendió jubilosa:

—Toma; yo me quedo, pero él se irá contigo. Te acompañará mucho durante nuestra separación. ¡Mira…!

With everlasting love… Al pie del cuadro decía *with everlasting love*. Nos abrazamos. Entonces reparé que la voz *everlasting* encerraba un vago sentido de eternidad. Veía el cuadro por encima de mi esposa, estrechamente abrazada, y mis ojos, como si no hubiera otra cosa dentro de los límites de su campo visual, se detenían absortos en la mágica palabra: *everlasting*. Era una palabra demasiado inmensa para localizar un sentimiento de este mundo. Y

yo deseaba, más que nada, que ni el sentimiento de Jane ni el mío salvasen, separados, la frontera eterna. «No empieces con tus estúpidas rarezas», me dije, y me estreché más contra Jane, como si quisiera fundirnos en uno. Entonces se borró de mi vista todo objeto externo y sólo sentí a nuestras almas palpitar al unísono.

Jane me llevó hasta el muelle. Un remolcador se acercaba ya al *Antracita*. Dos obreros portuarios me hicieron señas de que salvara rápidamente la plancha. Jane se lanzó impulsivamente a mis brazos.

Vuelve muy pronto —susurró.

La besé en silencio. Luego eché a correr hacia la cubierta del *Antracita* con el cuadro debajo del brazo. Conservo un claro recuerdo de la actitud de Jane en el muelle durante la larga desatracada del *Antracita*. Su mano no dejó de decirme adiós en ningún momento. Pensé que, ¿cuándo un ser tan despreciable y ruin como yo había producido en la historia del mundo una conmoción semejante en una criatura tan bella? Me consideré único en la historia de todos los tiempos. Excepcionalmente afortunado, desde luego… Más tarde, rebasada la ostial, ante el mar inmenso, sentí en mi dedo anular la presión del matrimonio; presión del apotegma del viejo Zoroastro. Y supuse que esta sensación debería de ser muy semejante a la experimentada por un caballo salvaje al ser arreado por primera vez.

XVI

Lo mismo que Jane pensase de la tierra y los buenos cuadros empecé yo a pensar por esta época de los actos de los hombres. Es decir, que para verlos en toda su dimensión, ramificados en sus consecuencias, era preciso observarlos desde lejos, cuanto más mejor. Yo, sólo cuando volví a encontrarme en España, sujeto a la rueda rutinaria de siempre, me di cuenta del brusco cambio que en un momento se había operado en la estructura de mi vida. Aprecié simultáneamente que las grandes revoluciones de la humanidad o en el interior de los hombres, acaecen en un instante, aunque luego sus bifurcaciones y efectos se extendieran a veces a lo largo de los años o de los siglos.

A ratos tenía una noción diáfana de la traición consumada. Comprendía que era ésta la única vez que mi yo se había movido a impulsos y en el fondo me regodeaba de la mala pasada que le había jugado mi corazón a mi cerebro. Tampoco trataba nunca de justificarme mi matrimonio. Aceptaba la realidad consumada. La vida así era corta pero fecunda; desligado era monótona y terriblemente prolongada. ¿No había, pues, ganado algo?

Con frecuencia mi cabeza intentaba remover las antiguas ideas que me atormentaban; presentarme, para que los razonara, los posibles efectos de mi impremeditada acción. Yo la desoía. Prefería mantenerme en el plano vital elegido y aunque frecuentemente notase en mi dedo anular la presión de Zoroastro, siempre terminaba por comulgar con él en aquello de que «el matrimonio es un puente que conduce al Cielo». En estas pasajeras meditaciones llegué a una radical resolución: mirar la vida hacia delante, sin dejarme influir por perniciosas reflexiones sobre el pasado.

Me convencí también en estos días de que el espíritu sólo está en paz cuando el cuerpo está cansado. Quizá por ello y por moverme azuzado por una inefable esperanza, mi cuerpo no halló reposo en aquellos tres largos meses. Mi primera idea apenas verme en España, fue la de visitar a doña Sole para comunicarle de palabra la buena nueva. No obstante, no pude hacerlo. Doña Sole había marchado a invernar a Sevilla buscando un clima más benigno para capear la crudeza del invierno. Hube, pues, de conformarme con escribirle una larga carta, agradeciéndole la influencia que pudiese haber tenido en la alteración de mi vieja norma. Seguidamente entré de lleno a trabajarme el asunto de mi destino. No quería en lo sucesivo más mar ni

nuevas fluctuaciones. Ahora el ideal de mi vida se condensaba en arremansar el tiempo en un hogar tranquilo donde, paso a paso, pudiera ir amontonando recuerdos familiares que luego rumiaría y digeriría en mi senectud. Me asustó la extraña facilidad con que se solucionó todo. Mi naviero, después de felicitarme, encontró mi deseo perfectamente natural y me prometió, aparte de autorizarme a traer a Jane conmigo en el próximo viaje, un puesto envidiable en las oficinas de Santander.

Con relativa frecuencia recibía cartas de Jane. Ella me escribía todos los días, pero su correspondencia llegaba en montoncitos de diez o doce cartas que yo seleccionaba minuciosamente por orden de fechas antes de empezar a leerlas. Sus misivas suponían para mi impaciente soledad un gran consuelo. En el primer legajo de cartas que recibí me hablaba de la terrible sensación que se siente al ver despegar un barco de los muelles llevándose dentro una persona que amamos. «Es —me decía— como si el remolcador tuviese sujetas las estachas al corazón del que queda y lo fuese arrancando de su sitio poco a poco». A continuación me hablaba de sus esperanzas y proyectos; de cómo había construido un calendario con veinticuatro cuadritos blancos en cada día y del placer confortante que suponía el tachar cada mañana las nueve horas de sueño. «Es un calendario —me explicaba—, que llevo siempre conmigo y donde quiera me sorprendan las campanadas de un reloj lo saco para tachar uno de los cuadritos blancos. Es un placer tan simple y reconfortador que te lo recomiendo con toda el alma. De esta manera casi ves pasar el tiempo; y un tiempo que sería odioso normalmente, se transforma así en una cosa simpática porque te permite ir disfrutando paso a paso del camino que conduce a nuestra reunión definitiva».

Me animaba en todas sus cartas a que tuviera paciencia «en estos pocos días que aún restaban». Insistía mucho en ello como si no confiase demasiado en mí. Sin duda recordaba mi extraño comportamiento del día de nuestra despedida en el merendero, en aquel tiempo en que mi cabeza era transparente como el cristal. «Al tiempo lo que le cuesta es empezar a andar —decía—, pero una vez hecho esto corre con la ligereza de las liebres».

Y no le faltaba razón a Jane. Lo más costoso fueron las dos primeras semanas. Transcurridas éstas, pensé: «Otras cinco etapas iguales y todo estará vencido».

Y los días comenzaron a desfilar acelerados ante mis ojos atónitos.

Una vez estabilizado mi destino mi primordial preocupación fue buscar una casa donde Jane y yo pudiéramos reposar nuestras vidas. Jane me hablaba de ello en todas sus cartas. Me insistía en que lo hiciese pronto y le facilitase

detalles sobre nuestro hogar. Con este motivo visité varios pisos desalquilados en la ciudad, sin que ninguno fuese de mi agrado. Tenla la idea de que el amor para subsistir no precisa sólo de dos corazones afines, sino de un medio adecuado para desenvolverse. Encontraba las casas de la ciudad excesivamente sombrías y tristes, con gran abundancia de espacio pero con escasa luz. Y yo deseaba una casa donde la Naturaleza asomase constantemente su presencia, donde no estuviéramos separados de ella más que por una transparente barrera de cristales.

Al fin, después de una prolongada búsqueda, encontré lo que quería en las afueras de la ciudad. Me chocó la minuciosa adecuación de la realidad de mi deseo. La casa estaba situada en un altozano verde, orientada la fachada norte hacia el mar y la del sur hacia la montaña. No era grande, aunque las habitaciones eran bastante espaciosas. Constaba de un piso y la planta baja, y en derredor un pequeño jardín protegido por una corta verja de hierro con una puerta de barrotes también frente a la fachada principal. Cuando abrí esta puerta por primera vez y escuché su quejido lastimero pensé que muy pronto su voz herrumbrosa me sería familiar e imprescindible para mantener el tono de mi vida. Una vez examinada la casa cerré el trato rápidamente, temeroso de que aún pudiese alguien adelantárseme.

Desde allí, apoyado en la repisa de la chimenea, escribí una larga carta a Jane dándole cuenta de mi hallazgo, detallándole punto por punto la orientación, cabida y disposición de las habitaciones. Seguidamente le explicaba la forma y las dimensiones del jardín, la situación de los pocos árboles y arbustos que en él brotaban, confiándole además la esperanza de que en primavera, con un poco de cuidado por nuestra parte, se poblasen los verdes macizos de una profusión de flores detonantes y aromáticas.

En adelante gustaba de ir a pasar las tardes a mi casita deshabitada. Allí leía las cartas de Jane y allí también solía contestarlas. Poco a poco iba llenando la casa de muebles y detalles. Tenía en cuenta para ello los buenos consejos de la mujer de Luis, quien estimaba los muebles antiguos compensadores desde el punto de vista económico y del rendimiento. Así un día me presentaba con una butaca de curvas valientes forrada de terciopelo; otro con dos pequeños veladores restaurados para los dos lados del sofá que había colocado frente a la chimenea; otro después con una mesa de grueso tablero de nogal para mi despacho, y así sucesivamente hasta que aquello fue adquiriendo un sentido de confortabilidad acogedor y progresivo. Un día, hojeando una revista de muebles americanos, se me ocurrió copiar un costurero para Jane. Una vez terminado comenzaron a roerme las dudas de si

aquello no estaría en contraposición con las más elementales reglas del buen gusto. Consulté con la mujer de Luis, quien aseguró que había tenido un verdadero acierto en la elección.

—La verdad es que estoy desorientado en estas cosas —le dije—; cuando pienso en algo siempre lo imagino mejor de lo que luego resulta.

—Hace usted bien en preocuparse; a veces la felicidad pende del detalle más insignificante.

En lo sucesivo me esmeré más aún en el amueblamiento del hogar. A menudo me invadían dudas en lo atañedero a la colocación de los muebles. «Tal vez sea este sillón junto a esa mesa el que pueda truncar nuestra dicha —reflexionaba—; coloquémoslo al lado de aquella lámpara de pie». Y de nuevo ponía la casa patas arriba porque la alteración de lugar del sillón implicaba un cambio completo del mobiliario.

Con todo, la casa fue naciendo a la habitabilidad paso a paso. Y una tarde, después de recorrerla detalladamente, me dije, con un secreto fondo de alegría: «Esto está completo. Ya sólo faltan los inquilinos». Y experimenté un pausado placer indefinible.

Por estas fechas recibí la felicitación de la familia Lesmes con un delicado obsequio. Pero debajo de sus líneas, de aparente cordialidad, se traslucía un sedimento de dolorosas reticencias. El señor Lesmes añadía a su felicitación unas líneas que en principio no entendí, y de las que sólo con el transcurso del tiempo pude extraer su equivalencia en el lenguaje vulgar: «El hombre ideal —afirmaba— sería aquel que comenzase a vivir después de haber asimilado la experiencia de todas las generaciones que le han precedido en el tiempo».

Me enviaba una frágil estatuilla que representaba una mujer china con una especie de albardas sobre el hombro, en las que descansaban dos chinitos de pocos meses. Este obsequio, junto al de la familia de Luis y los de quienes estaban relacionados conmigo por razones profesionales, fueron los únicos que recibí por motivos de mi matrimonio. Una noche, sentado frente a la chimenea encendida de mi casa, reflexioné sobre esto: «Verdaderamente —me dije—, es increíble que un hombre pueda alcanzar la edad media de la vida sin más contactos que éstos…»; y los contactos allí estaban, alineados encima de la chimenea: la estatuilla de porcelana, una tabaquera, otra tabaquera, un juego de escritorio y dos pesados candelabros…

En ellos quedaba encerrada toda mi vida externa, los únicos roces que había tornado mi ser al abrirse calle por medio de una humanidad concentrada y densa.

Un día, semana y media antes de salir para Providencia, me entregaron seis cartas de Jane. Como ya era hábito en mí, esperé a la tarde para leerlas tranquilamente al amor de la chimenea de mi casa. Salí del *Antracita* dos horas después de comer. La tarde estaba lluviosa y desapacible. Quizá por ello y por el bulto cuya sensación percibía sobre el pecho, caminase hacia la casita más acelerado que de costumbre. Cuando chirrió la puerta de hierro al abrirla, su chirrido me sonó ya a bienvenida retozona y cordial. Eché de menos al perro. «Sí, tras la puerta de la verja, corriendo por el jardín, tendremos un perro que nos salude con brincos y gruñidos de satisfacción cada vez que nos vea llegar. Como Fany hacía en casa de don Mateo. —Me quedé un momento pensativo—. ¿Como Fany? Bueno, no tendremos perro», murmuré entre dientes y entré en la casa.

Feli, una vieja criada que provisionalmente había tomado, me encendía el fuego todas las tardes. Ahora, cuando entré, la oí manejar los troncos y prolongar los resoplidos con ánimo de prender la húmeda leña. No advirtió mi entrada en la habitación y allí la sorprendí en cuclillas, la mejilla derecha pegada al fondo del hogar y administrando sabiamente el aire de sus pulmones por debajo de las ascuas mortecinas. Contemplé el salón desde la entrada. «La vida desde aquí tiene otra forma —me dije—; también va a resultar que la vida, como todo, es cuestión de ángulos de enfoque». Me sonreí satisfecho interiormente. Justo en este momento un soplo acertado y rastrero de la Feli reavivó el fuego, haciendo brotar una brillante llamarada. La Feli levantó la cara y se puso de pie torpemente. Me vio:

—Buenas tardes, señor.

Crepitaba la leña en la chimenea con un chisporroteo jubiloso. La habitación se mantenía en la penumbra y el resplandor de las llamas desplazaba sobre los tabiques sombras alargadas y vacilantes. Salió la Feli hacia la cocina dejándome solo. Me acerqué a uno de los ventanales. Las gotas de lluvia resbalaban por los cristales, dejando tras sí una estela húmeda y brillante. Veía en la lejanía un blanco caserío colgado del cielo por un penacho de humo negro y retorcido que salía por su chimenea. Las montañas al fondo quedaban recortadas por un cielo gris, pesado y plomizo. Saboreé íntimamente la atmósfera tibia y recoleta de mi nuevo hogar. Inmediatamente corrí los cortinones y di la luz de la lámpara sobre el sofá de la chimenea. Extraje el fajo de cartas de mi bolsillo con una excitación extraña y me senté. Ordené las seis cartas cronológicamente por las mataduras del sello, acerqué mis pies húmedos al fuego y abrí la primera…

Sonaba en el jardín el chapoteo monótono de la lluvia… Bailaba delante de mis ojos la caligrafía de Jane y no sé por qué la descifraba despacio y con cuidado, como cuando caminamos en la oscuridad temiendo tropezar. «Lo primero que quiero anunciarte hoy es que pronto tendremos un hijo…». Me invadió una sensación tan ofuscante que tuve que releer la frase para captar su sentido. Después noté la rara impresión de que me estiraban, de que mi volumen físico se prolongaba en el tiempo hasta inmortalizarse. ¡Un hijo! ¡Un ser que era como una consecuencia mía! Y al instante se me aclaró la frase del señor Lesmes que añadía como una tonta coletilla a su fría felicitación: «El hombre ideal sería aquel que comenzase a vivir después de haber asimilado la experiencia de todas las generaciones que le han precedido en el tiempo». Lo que en buenas palabras equivalía a decirme «que era de necios tropezar en la misma piedra en que vimos tropezar a otros». Pero ¿por qué había que juzgar esto como un tropezón? Yo ya no veía la vida de color gris, yo estaba recuperado. ¿No me había enderezado yo? Pues más fácil me resultaría no dejar de torcer un ser que se inicia desde un estado neutro. La dicha de Jane, concentrada en sus renglones espontáneos y nerviosos, terminó por disipar de mi cabeza el peso de una mala nube. «El niño tendría que ser parecido a mí y con el tiempo tan semejantes el uno al otro como dos gotas de agua…».

Al terminar de leer sus cartas me estiré en el diván, descansando la cabeza en uno de sus brazos. Oía caer la lluvia incesante sobre el jardín, entreverados sus leves chasquidos por el rumor crepitante del fuego en la chimenea. Aprecié que soportaba mejor la nueva emoción en esta postura voluptuosa, con ese difuso rumor por fondo. Encendí un pitillo. Por encima de mí veía la bombilla incandescente y el aro inferior de la pantalla delimitando el círculo luminoso. «La vida es bella a veces —pensaba—. Este haz de luz nos cobijará a los tres algún día. La lluvia, fuera, machacará insistentemente los campos y nosotros nos congregaremos alrededor de la lámpara. Jane hará punto, esa labor de punto que las mujeres nunca terminan, y yo leeré en alta voz desde esta misma postura. A sus pies, sobre la alfombra, jugará el niño. Ella, de vez en vez, nos acariciará a los dos la frente alternativamente. Y fuera seguirá sonando la lluvia, golpeando en los cristales con sus dedos, delgadísimos y transparentes. Desde luego, la vida a veces sabe ser bella…».

Ignoro cuánto tiempo permanecí abismado en estas reflexiones. Como en sueños oí a la Feli despedirse y cerrar la puerta de la calle. A poco sonó el gemido herrumbroso de la puerta del jardín. Me sentí apaciblemente solo y sin ganas de moverme. Más tarde, bastante más tarde, me asaltó súbitamente la conciencia de que llevaba muchas horas sumido en un abismo

subconsciente y cerrado. Me incorporé con pereza, estirando mis miembros. «Por esa puerta —me dije al ver frente a mí una de las salidas del salón— entrará Jane anunciándome que podremos cenar cuando yo quiera. El niño a estas horas ya estará dormido, tal vez en este rincón, detrás del sofá. Jane me hablará con un dedo cruzando sus labios por temor a despertarlo. Y la Feli quizá le llamará “angelito”…». Me puse el impermeable y abrí la puerta de la calle. Después volví sobre mis pasos, contemplé el salón iluminado, y apagué todas las luces.

El marco de la puerta de la calle se destacaba en la oscuridad a pesar de lo sombrío de la noche. «Y por esta puerta entrará algún día el niño como un torbellino a la vuelta de la escuela. Y entrará Jane también, cargada de paquetes, al regresar de sus compras y… algún día, tal vez próximo, saldremos también llevados a hombros, encerrados en un cajón y con los pies por delante». Sacudí frenéticamente la cabeza. ¿Por qué siempre este remate lúgubre a mis reflexiones? Eché la llave y descendí los dos escalones que me separaban del jardín. La lluvia se concentró airada sobre mi impermeable seco. ¿Cómo podía restar aún en la tierra algo sin empapar? Recorrí un trozo de camino despoblado y oscuro, metiendo los pies en todos los charcos, como si los eligiera. Olía a tierra empapada. Al fin alcancé las primeras casas. Brillaban las calles charoladas, reverberando la luz mortecina de los faroles. Sonó muy penetrante, a lo lejos, el silbido de un tren. El último tranvía había circulado ya hacía más de una hora. Anduve de prisa, automáticamente, hacia el puerto. Mis pisadas retumbaban en el húmedo silencio de la noche. Cuando las acomodé a un determinado compás me pareció que me repetían con un tono extraño y zumbón: «Vas a tener un hijo… Vas a tener un hijo… Vas a tener un hijo…».

XVII

Llegó al fin el día de la partida hacia Providencia. El día, aunque frío, estaba despejado y el sol brillaba sobre la superficie azul del cielo. La desatracada se me hizo lenta y premiosa, enervado mi espíritu por la aguda excitación de mis nervios. Recordé la impaciencia de Luis, no hacía todavía un año, al abandonar Providencia: «Me gustaría por esta vez poder llegar a España de un salto… La familia va tirando y uno, sin darse cuenta, va haciéndose viejo. No se puede remediar».

En esta ocasión me acontecía una cosa semejante. Deseaba también el salto como más rápido medio de transporte, como único medio eficaz de trasladarnos a los brazos amados en la brevedad de un instante. Por asociación de ideas recordé a doña Sole avanzando carretera adelante apoyada en su cachavita negra. Y ahora abarcaba con clarividencia su exacto sentido del ritmo vital. El mundo era un equilibrio, una sucesión alternativa de montañas y valles, donde la tierra apelmazada para engendrar un monte serviría en su caso para rellenar la oquedad del valle contiguo y dejar la superficie de la Tierra lisa, sin el menor obstáculo. «Igualmente —pensaba—, el abismo de soledad de esos tres meses transcurridos será rellenado a su tiempo por el resto de la vida en compañía de Jane». Todo en el mundo es proporción, compensación y equilibrio. Hasta en los delitos y las penas se percibe esta correspondencia de proporción, compensación y equilibrio. «Después de todo ésta es la última razón del universo. Dios lo ha hecho así y Dios sabe de todo más que todos los hombres reunidos».

Cuando salimos a alta mar comencé a gustar la longitud de la estela del *Antracita*. «Cuanto más larga sea más próximo estaré de mi destino». Y aquilataba con un placer voluptuoso cada metro de aproximación, cada minuto de nuestro avance.

En sus últimas cartas Jane me decía que me diese prisa, que con un poco de suerte aún podríamos pasar las Navidades en Providencia los dos juntos. Y yo me adelantaba a esta posible realidad. Me veía con ella recorriendo las calles nevadas, abrumados de paquetes y deteniéndonos aún ante algún escaparate forrado de golosinas. Todo el mundo era bueno en Navidad. Si los hombres fuesen siempre como en Navidad el mundo sería distinto. No tendría necesidad de arreglo porque no estaría roto como ahora, como siempre, como creía la madre de Cristián el «absentista». En Navidad los presentes

recordaban a los ausentes y los vivos a los muertos. Excelente remedio. ¿No sería entonces que el mundo es frívolo fuera de la Navidad sólo por imprevisión y acorchamiento de la memoria?

Mientras pensaba, el *Antracita* continuaba acercándose a Providencia. Y así un día y otro y otro. Una noche me sorprendió el contramaestre tosiendo a mi lado. Me encontró tan ensimismado que sus palabras me dejaron un poco confuso:

—¿Qué, sintiendo la primera preocupación del hijo?

Todos a bordo sabían la noticia. No había tenido voluntad para ocultarla. ¿No era por cierto una especie de prodigio, algo que rompía la órbita de las cosas naturales?

No respondí al contramaestre, pero tampoco pareció importarle.

Soltó una risotada y añadió:

—No olvide lo que le digo, el primer hijo embaraza tanto al padre como a la madre.

Reí su tosca sentencia, la agudeza de su filosofía primitiva. Callé empero, porque sabía que la conversación con Benito se reducía, con brevísimas injerencias de la otra parte, a un mareante y reiterativo monólogo.

—Haga caso de mi experiencia…

Le miré con un gesto de burla. ¿De dónde extraía este hombre la experiencia?

Él continuó como si leyese mi pensamiento:

—Usted no ignora que hay dos clases de experiencia: la ajena y la personal. Lo bueno es cuando el hombre sabe sacar partido de la experiencia ajena; porque si aguardamos a sacarlo de la propia entonces ya es un poco tarde.

Me sonaron sus palabras muy parecidas a la coletilla de don Mateo. Y me extrañó. ¿Qué puntos coincidentes podían existir en los espíritus de dos temperamentos tan opuestos? ¿Qué fibra allá, en la región oculta de los sentimientos, vibraba igual en el uno que en el otro? ¿Y qué hacía vibrar esta fibra en cada uno? Porque, sin duda, los móviles de acción en el señor Lesmes y Benito eran absolutamente diferentes. «Quizá —me dije— exista en todos los hombres un fondo idéntico, pero que reacciona a los acicates externos de distinta manera».

El contramaestre siguió hablándome largo rato. Siempre alrededor de la experiencia y de los hijos, encerrado en un cada vez más estrecho círculo vicioso. «Porque mi padre decía…». «El boticario de mi pueblo…». «Conocí a una mujer…». Le escuchaba, le atendía, le soportaba porque sabía que aun

así el *Antracita* seguiría caminando. Y yo necesitaba distraerme, prender la cabeza en problemas ajenos, hacer más breve el vacío paréntesis de aquella eterna travesía.

Y el *Antracita* continuaba avanzando… La tarde víspera de nuestra llegada me fue imposible dominar los nervios. Me faltaba barco, aire y vitalidad. Me hacía el efecto de que, conforme me acercaba a Providencia, crecía la posibilidad de que Jane no fuera lo mismo que la dejé, que la estuviesen variando en su forma o en su sustancia. Hubiera deseado hacer la postrera etapa del trayecto sujeto a la popa del *Antracita*, sumergido en el mar, sintiendo por todo mi cuerpo el contacto del agua helada. No admitía conversación. Anhelaba sólo verme ante Jane, uno frente a otro, fundiéndonos en un estrecho y eterno abrazo. Todo lo demás era ambiguo y sin relieve, toscamente secundario.

Cuando me acosté aquella noche, contra lo que esperaba, quedé dormido enseguida. Soñé mucho, pero con un ritmo pausado y verosímil. Fue aquel sueño como un compendio de mi vida transcurrida. Soñé con Ávila, con el señor Lesmes, con Alfredo… Pero fue más bien un sueño evocador, una resurrección completa y vívida de todo mi pasado. Todo desfiló por mi imaginación sin violencias ni retorcimientos. Evoqué la casa de mi maestro con sus dos polos cordiales: Fany y la pecera verde con los dos pececitos rojos. Evoqué mi intensa amistad con Alfredo: nuestros días tranquilos, llenos, de aquellas primeras vacaciones de verano; Cuatro Postes… La Bruna; evoqué nuestros paseos dominicales cuando empezaba a sentir sobre mí la responsabilidad de la vida, la necesidad de ajustarla a nuestra íntima manera de ser y de sentir; evoqué nuestros arriesgados juegos en los marjales del Adaja, la atracción fascinadora de la fábrica de harinas… Todo iba desfilando suavemente por mi imaginación, puesta en blanco por el sueño. Las señoritas de Regatillo que «iban robando a la ciudad lo poco que aún le quedaba de incontaminado»… Doña Gregoria, Estefanía, Martina… La Martina de pocos años, sentada al piano a impulsos de una precoz afición. La hornacina, los muñecos de la hornacina, los cuatro guerreros: dos vencedores y dos vencidos… Luego la gran conmoción… La muerte soplando los candiles de nuestros incipientes entusiasmos. La marcha de Alfredo para no volver; el dolor de la separación; el peso póstumo de su cuerpo gravitando sobre mi aplanada existencia… Detrás la Escuela de Náutica, Barcelona con su febril actividad, la pelea con el «gallito», el *San Fulgencio*, el *Algeciras*, el *Antracita…* Martina otra vez, la Martina engañada y arrepentida y… Jane; Jane como piedra de toque de mi voluntad. Una breve lucha, un impulso… mi

matrimonio. La separación; Jane aguardando impaciente mi llegada en la cortina del muelle de Providencia…

Fue al coincidir el sueño con mi actualidad cuando me desperté con un agudo sobresalto. Me incorporé en la litera. La luz entraba ya por el portillo abierto, encima de mi cabeza. Me pasé la mano por la frente. Entonces advertí que durante mi sueño no había existido el menor asomo de violencia. Me puse en pie. «Es raro —me dije—; hoy debería estar alegre como ningún otro día de mi vida. Y sin embargo no lo estoy. ¿Por qué habré tenido un sueño tan extraño?».

Me lavé apresuradamente y ascendí a la cubierta. El día ya estaba hecho y las costas de Providencia se divisaban muy próximas. Rememoré mi sueño: «Todo es muy raro —torné a pensar—; cuando el hombre evoca con todos los detalles su pasado es que le amenaza algún cambio transcendental en su existencia».

Notaba un cosquilleo insistente por la columna vertebral. «Bah, todo son nervios». Me calmé un poco. De repente me di cuenta de que me faltaba paciencia para contemplar cómo nos arrimábamos metro a metro a la costa. Descendí de nuevo a mi camarote e intenté distraerme con un libro. Pero mi imaginación estaba fuera de allí. «Jane seguramente estará ya esperándome en el muelle. A pesar de ser sólo las siete de la mañana… Cerré el libro y traté de evocar su silueta tal como la dejara el día de nuestra partida: grácil, esbelta, diciéndome adiós insistentemente con la mano. Ahora vendría a esperarme con un hijo bulléndole ya en las entrañas. Desvié mi vista hacia su retrato. *With everlasting love; everlasting…* Nuevamente me desagradó este vocablo cargado de inmensidad. “Prefiero las cosas más normales; esta palabra, por más que quiera evitarlo, siempre aportará a mi cabeza la idea difusa de la muerte”. Me incorporé y di unas vueltas por mi camarote, desalentado, como un preso en su celda. Pronto me cansé de esta reciente ocupación. Me dejé caer en la litera y pensé en nuestra casa, en la casa que nos aguardaba acogedora a la otra orilla del mar». «Feli, tendrá usted buen cuidado de tenerlo todo dispuesto para cuando la señora llegue». «Lo que más y lo que menos todo está ya en orden, señor», me había respondido.

Oí inopinadamente un aullido de la sirena. Me levanté de un salto:

—¡Diablo, esto significa que ya estamos entrando en el puerto!

Abrí la puerta de mi cabina y me encaramé por la primera escotilla. Efectivamente, la proa del *Antracita* enfilaba ya la ostial del puerto de Providencia. Ascendí en un vuelo hasta el puente. Me entró por los ojos la agitada convulsión del muelle; el ir y venir de los ligeros barquitos para

distancias reducidas, el alarido aturdidor de los remolcadores, la labor chirriante de las grúas ocupándose en la carga y la descarga de los buques atracados… Un poco más allá estaba nuestro hueco esperando desguarnecido el duro contacto del *Antracita*. «Por entre esta baraúnda se encontrará Jane. ¿Cómo podré localizarla?». Cada vez se acercaban más las casas de Providencia. Por la plaza que existe frente al puerto se veían cruzar los automóviles. El cielo se mantenía cubierto con un tono tan cargado que dejaba presumir la vecindad de la nieve…

De improviso divisé su automóvil atravesando la conmoción de la plaza. Sentí una impresión tan violenta que hube de clavar las uñas en la barandilla del puente para no caer. ¿Era posible todo? Ahora sacaba Jane su mano por la ventanilla abierta y la agitaba de arriba abajo saludándome. El práctico me dijo algo en aquel momento que no entendí. Seguía los movimientos del coche con el menor detalle. En este instante se apartaba de la cadena de automóviles, entre la que venía emparedado, y se dirigía a uno de los costados del muelle. Continuaba Jane agitando su mano por fuera de la ventanilla. Me dio la impresión de que todo, por dentro y fuera de mí, se perdía en la penumbra de un plano lejano, y que sólo ella, su figura, adquiría consistencia relevante, perfiles fundamentales y macizos.

Súbitamente todo varió en un segundo. Un obrero impulsando una vagoneta cargada se interpuso en el camino que seguía Jane. Se oyó el chirrido del frenazo y se elevó en el aire una vaharada caliente de goma quemada. Coleó el automóvil y sin que nadie pudiera preverlo cayó dando tumbos sobre las sucias aguas del muelle. Aún se le vio un instante sobre la superficie, pero inmediatamente desapareció entre una serie de círculos concéntricos que iban haciéndose cada vez mayores.

Cuando extrajeron su cadáver una hora más tarde estaba nevando. Y al ver su cuerpo por última vez logré percibir sobre su rígida esbeltez la leve ondulación del hijo iniciado…

XVIII

Con los años he concluido por convencerme de que esa previsión de sucesos fatales, característica de mi vida, si no diluye el dolor, sí al menos nos prepara para soportarlo más sordamente cuando los hechos temidos llegan a realizarse. El desasimiento de Jane, como antes el de Alfredo, me produjo la impresión de que estaba reproduciendo ante mis ojos un momento ya vivido; que el flébil acaecimiento no era nuevo en el curso sinuoso de mi historia.

No recuerdo apenas nada de los primeros días que siguieron al tremendo desenlace de mi matrimonio. Era como si alguien me hubiese horadado el cráneo y por sus agujeros escapasen ahora hasta las más dignas facultades de mi alma. Llevé una existencia animal, sombría, perdida la perspectiva de dolor en la densa consistencia de la desgracia presenciada. Tan sólo guardo de aquellos primeros días la conciencia completa del chirrido vivo, angustiado, de los neumáticos sobre los adoquines de la calzada y el rotundo chapuzón del automóvil al hundirse en las turbias aguas del muelle. Además la penetrante impresión de unos círculos alucinantes, *in crescendo*, con el centro justo en el lugar por donde Jane y la promesa de un hijo habían desaparecido.

Con el tiempo mi dolor cobró perfiles vigorosos, adquirió constancia, magnitud y proporciones. Ya podía pesarlo y medirlo a mi capricho; valorar la extensión de mi desgracia en el panorama desolador de mi mezquino pasado. Se me demostraba que también el dolor precisa perspectiva para poder aquilatar debidamente sus agudas aristas. Todo, pensaba, necesitaba perspectiva en el tiempo para abarcar sus dimensiones; los actos que nos son externos y las convulsiones que sobrevienen dentro de nosotros mismos. Ahora, en lo sucesivo habría de irme resumiendo, achatando; habría de sustraer mis tentáculos sensitivos al mundo glacial que me rodeaba. Tenía que contraer de nuevo mi vida, agazaparla en los justos límites de su antiguo y frío caparazón. Mi espíritu precisaba un proceso de síntesis, semejante al del caracol que se resume en su concha.

Comencé a gustar de nuevo la angustia desoladora de sentirme impar sobre la costra de la tierra; de hallarme aislado, sin eslabones afectivos, sin un sólido y macizo punto de apoyo. Se intensificó sobre mí el convencimiento de que hasta en mi propio cuerpo se acentuaba la decadencia, de que mi descarnada existencia se remataba en círculo y la aguja del compás que

señalaba su centro se me clavaba acerada en el corazón. Pensé que nada me quedaba fuera de mí, que la discordancia del mundo con mi yo era ahora total, absoluta, sin nada ni nadie que mitigase el desamparo de mi cerrada soledad.

Una noche, en viaje ya de regreso a España, recordé a Ávila, la Ávila única, maravillosamente pálida y alada de una noche de plenilunio. La rememoré con ansias anormales, casi bestiales de poseerla, de identificarme con ella, de relajar a su amparo mi atormentado espíritu y dejarle que se impregnase de su añeja y nostálgica sustancia. Fue este deseo el único que se hizo fuerte en mí, que me poseyó con la más enérgica crudeza desde la trágica desaparición de Jane. Me convencí entonces de que también las almas precisan de un clima propicio para poder pervivir; de que era Ávila lo único que me restaba en el seno de la tierra, de que de entre sus piedras milenarias y sus nevadas almenas extraería mi decrecida vitalidad el estímulo suficiente para rehacerse.

No me incitó el suicidio en estos días. Lejos de lo que había temido, me percaté de que la adversidad aguza la fe y la esperanza en una vida ulterior que nos compense de los duros reveses sufridos en ésta. Era en esta ocasión, en esta fase mística que abrió en mi pecho la renuncia, cuando aquilaté con exactitud dentro de mí la efímera fugacidad del tránsito, la adjetividad de la vida, su tono accidental y secundario. Me embargó una clara convicción de que la vida es un disputado concurso de méritos; un lapso de prueba para ganar o perder una existencia superior. Constaté por encima de mi retorcido dolor que Dios jamás envía al hombre nada más allá de su capacidad de resistencia. Y me convencí, más que de nada, de que la facultad de desasimiento es común a todos los mortales, de que ninguno, ni el más espiritualmente desheredado, está huérfano de ella, de que yo mismo, herido y castigado, aún tenía un motivo por el que alentar pese a todos los reveses e infortunios. Pensaba que el hombre que renuncia voluntariamente a la vida es simplemente por obcecado egoísmo, por haberse constituido absurdamente en eje y razón de la propia vitalidad del universo. A mí, lentamente, me parecía que cuanto más abatido está el hombre en su equilibrio carnal, más fuerte es la necesidad que experimenta el espíritu de desligarse, de remontarse sobre la materia envilecida si estimamos a Dios como rector de este turbio desconcierto humano.

Cuando arribamos a Santander se intensificó mi dolorosa sensación de absoluto abandono y, en consecuencia, mi acuciante ansiedad por retornar a Ávila, por sentir su topografía, su consistencia física, bajo la planta de mis pies. Eran unas ansias desmesuradas, urgentes, sólo acalladas por mi decisión

íntima de conectarme cuanto antes, de nuevo, con sus raíces multiseculares. Experimentaba la necesidad ineludible de palpar sus piedras, de sorber su historia, de enraizarme otra vez en su misticismo desgarrado y silencioso. En el fondo creo que lo único que anhelaba era huir de mí mismo, amputar de mi recuerdo el último peldaño de mi historia, entroncarme a mi primer dolor como postrer reducto de mi vitalidad decadente y roma.

El mismo día de nuestra llegada a Santander tomé el tren para Ávila. El breve contacto con mi casa de Santander me dejó medio enloquecido. De cada rincón extraje la dura experiencia de que el dolor más agudo brota de las cosas sobre las que mentalmente hicimos aletear la sombra del ausente. De aquella casa centrada en plena naturaleza saqué la exasperante conclusión de que es ingrato cimentar nuestros estímulos en cosas materiales, de que el soplo de la muerte es infinitamente más funesto y doloroso cuanto más hemos coordinado la presencia del difunto con los objetos y paisajes que nos rodean. Llevaba tatuada en el alma la mirada circular, aterrorizada, de la Feli. La buena mujer no podía creer el relato entrecortado que surgía de mis labios. «Las cosas que parecen mentira, o son fabulosamente lisonjeras o terriblemente desgraciadas», había dicho yo a Jane recientemente. ¿Por qué ahora, en la inmensidad de mi zozobra, me asaltaba esta terrible verdad como una burla sangrienta?

Traqueteaba el tren entre lucecitas lejanas. Una decrépita vieja con una nietecilla de pocos años eran mis únicos compañeros de compartimiento. La niña dormitaba ahora contra el hombro de la anciana, que difícilmente conservaba energías para sostenerse sola. «He aquí otra burla de la vida —me dije—; la lozanía cimentada en la decrepitud; la pujanza apoyada en la más crítica y acusada decadencia. ¿Por qué el mundo se empeña en marchar del revés?». Otra vez la atormentadora duda: ¿O era yo quien me empeñaba en ver el mundo a través de un prisma insólito?

Dejaba atrás Santander, el *Antracita*…, los habituales resortes de mi vida. Pero ¿qué se me daba ya de todo aquello? Sentí inopinadamente con la misma claridad que si fuese real el chirrido del frenazo de Jane antes de precipitarse sobre las aguas del puerto. Instintivamente me llevé las manos a los oídos, taponándolos con todas mis fuerzas. Pero el chirrido proseguía sonando dentro, con una persistencia asfixiante. De repente observé que la vieja me miraba de reojo con curiosidad morbosa, con un asomo de temor en sus pupilas medio apagadas. La expresión de su mirada ya me era familiar. Pensaba sin duda que era un loco o, como mucho, un aventajado aprendiz de loco. Retiré las manos de mis orejas e intenté sonreírle. Se incrementó su

chispa de recelo y bajó los ojos en tanto apretaba entre su mano huesuda los cinco dedos rosados de la criatura que sesteaba sobre ella. Me miré las propias manos medio inconsciente. Al volver las palmas hacia arriba examiné una vez más las cuatro pequeñas cicatrices que rompían la tersura de cada una. Cerré los puños. Ésta era la evidencia tangible de mi desdicha; la huella de un pasado reciente y adverso. ¿Cómo pudo ser que mis propias uñas se incrustaran en la carne de mis manos hasta hacer saltar la sangre a borbotones? Nada recordaba de esto. Recordaba, en cambio, la estremecedora sensación de contemplar el cuerpo inanimado de Jane, deformado levemente por la iniciación del hijo. Y recordaba también cómo me lancé como un cuervo sobre su mano para arrebatarle aquel aro que encerraba la más dulce de las promesas. «El matrimonio es un puente que conduce al Cielo». ¿Pensó seriamente, en esto Zoroastro? ¿O habló por hablar, como hacen muchos hombres, a humo de pajas? «A veces parece ser la propia aprensión quien impele a realizarse los acontecimientos objeto de nuestros temores», pensaba.

Nuevamente el traqueteo agitado del tren, los ojos de la viejecita posados fijos en mí. El revisor dictatorial horadando nuestros billetes… ¿Y Ávila? ¿Dónde estaba Ávila que tanto tardaba en aparecer? Extraje del bolsillo de mi chaleco la alianza que durante cuatro meses circundase el dedo anular de Jane. La introduje en mi dedo meñique pero no pasó de la primera articulación. Al sentir el contacto de su superficie fría sobre la yema de mi dedo me estremecí. No era Jane quien estaba fría. Era la muerte. Tal vez también el breve apotegma del viejo Zoroastro…

Cuando me apeé en Ávila y contemplé su recogida fisonomía a la luz incierta de un amanecer de febrero, sentí una cálida humedad en los ángulos internos de mis ojos. La ciudad se había rebozado de nieve para obsequiar con sus mejores galas mi llegada. Me invadía una emoción singular al recrear mis ojos en el blanco panorama. Seguramente no era mi actitud en aquellos momentos la de un hombre normal. Me hallaba detenido en la puerta posterior del edificio de la estación y mis ojos saltaban de un punto a otro continuamente con ánimo de aprisionarlo todo en mi abrazo inicial, de aspirar íntegra toda la arcaica esencia de la ciudad de mi infancia. No sentía el frío tremendo, y sólo inconscientemente intuía que estaba solo en toda la extensión que abarcaba mi vista. Me lancé a caminar carretera adelante. A un lado y a otro de la carretera se apretaban las fondas, con sus nombres detonantes, sugerentes, en evidente contradicción con sus fachadas modestas y descuidadas. El chasquido monótono de mis pisadas ponía la única nota de vivacidad sobre la ciudad muerta. Andaba de prisa, sin buscar una meta

determinada. De improviso me hallé en la plaza de la Santa, con la estatua en el centro casi cubierta por la nieve. Ante la entrada principal de la muralla me invadió una vaga congoja, un difuso conocimiento de una relación latente entre Jane y aquellas añosas piedras. Me detuve otra vez y permanecí un rato absorto sin saber en qué pensaba. Luego reanudé mi camino, evitando la entrada en la ciudad amurallada, orientando mis pasos hacia el paseo del Rastro.

Volví a experimentar un anómalo sentimiento de placidez al desbocar mi vista por el nevado valle de Amblés. Su longitud uniforme penetraba en mi alma como una pausa acariciadora. Al fondo las crestas de la Sierra, albas, purísimas, con su proverbial enjundia de sólidas defensas. Avancé sin detenerme hacia el cauce del Adaja. A mi derecha se alzaba la maciza adustez de la muralla. Eché de menos los vencejos indecisos y gritadores de la primavera. En su lugar, las grajillas también negras enredaban su vuelo entre las almenas, con su aletear blando, reposado, un poco fúnebre, como de grandes y enlutados copos de nieve. Evoqué nuestras antiguas andanzas en aquellos mismos parajes, las ilusorias conquistas de la ciudad… Ya tenía el Adaja ante mí; un Adaja imponente, aunque adormecido bajo una muelle colcha de nieve. Los marjales del estío servían ahora de lecho a sus aguas congeladas. Pasé junto a la fábrica sin detenerme, sin mirarla casi… Al cruzar el puente me sentí vacío de espíritu. Sólo me entraban por los sentidos los detalles más nimios e insignificantes; el chasquido crujiente de mis pies al pisar la mollar blandura de la nieve; el penduleo incesante de un mohoso cartelón del otro lado del puente, suelto en uno de sus extremos y pregonando las excelencias de un establecimiento de bebidas; el ronroneo del motor de una desvencijada camioneta detenida ante una lechería, dos puertas más allá; el vuelo rápido de una bandada de gorriones buscando el amparo de alguna corraliza llena de estiércol…

Continuaba andando automáticamente, sin determinar previamente el sentido de mis pasos. Al iniciar el ascenso de la suave colina de Cuatro Postes me encontré seriamente apurado. El jadear de mi pecho resonaba acongojado en el ambiente quieto. Experimenté una íntima alegría al pensar que mi resistencia carnal se agotaba, que mi ser físico se desmoronaba ya sin remedio… Luego, ya desde la silenciosa atalaya, oteé como en tiempos la villa amurallada. Emanaba de ella un vaho inquietante de seres y cosas en reposo, de un estatismo mineral y sugerente. Las piedras se amontonaban con un sentido arquitectónico diluido y bello, dando prestancia y solidez a un fragmento de historia ya desgraciadamente fenecido. La torre de la Catedral

seguía detentando su hegemonía sobre el Mosén Rubín, la mansión de los Almarza, los Polentinos… Todo uniformado, sin embargo, bajo una geometría blanca, redondeada en sus ángulos y aristas por el amortiguador de la nieve. Hasta mí ascendía el profundo clamor de las campanas de mil conventos lanzando sus ecos, dilatados y austeros, a los albores del nuevo día.

Me vino inopinadamente a la cabeza el alcance trascendental de la pequeña cruz de Cuatro Postes en el curso de mi vida. El paisaje, contemplado desde aquí, hacía renacer en mi interior retazos truncados de mi exigente pasado. En Cuatro Postes comenzó a gestarse el ímprobo alentar de mi cerebro y ahora, vencido ya, trágicamente derrotado, buscaba nuevamente la cruz de Cuatro Postes para extraer de ella un jugo vital que avivase la morosa corriente de mi historia.

No sé cómo encadené a Jane a mis pensamientos. Y otra vez torné a adivinar una vaga relación entre su ser y la naturaleza circundante; una mutua, confortable influencia que ensartaba en una misma fibra todo el nostálgico mundo de mis recuerdos.

Ya camino del cementerio identifiqué absolutamente a Jane con Alfredo; tuve la sensación de que ambos representaban para mí una misma influencia. Se me antojaba que en mi vida me había conformado con bisar un solo número; que era uno de esos seres que nacen con una marcada predisposición, inexorable, hacia la uniformidad y cualquier alteración los desorbita y confunde.

Anduve lentamente, rumiando el poso de mis memorias. Cuando los golpes rítmicos del primer cantero hirieron mis oídos tuve un acentuado momento de estupefacción. Los doladores de hoy serían, sin duda, hijos de los antiguos, pero en su hacer conservaban en su más cabal pureza el ritmo, la entonación familiar del trepidante y monótono golpeteo. Avancé por el paseo desierto, imprimiendo sobre la nevada virgen la huella sucia de mis pasos. Conforme caminaba se incrementaba el picar de los pedreros. Sus alternativas en el golpear de las losas otorgaba al conjunto algo de una inarticulada sinfonía orquestal. «Ha de ser arduo para estos hombres —pensaba parear su vida a las exigencias de la muerte, agotar su vigor, el empuje de sus músculos, en esta ingrata tarea».

Inopinadamente me vi frente a la verja cerrada del camposanto. La vegetación circundante conservaba el tenso y helado agarrotamiento del invierno. No se veía a nadie a mi alrededor. Sobre la puerta de una casita contigua decía: «Conserje». Llamé con los nudillos, embargado de un opaco sentimiento de temor. Era algo monstruoso ponerse uno frente por frente del

dueño de los muertos. Me lo imaginé enteco, alcoholizado, ansioso de olvidar su helada vecindad. Transcurrió bastante tiempo sin que nadie respondiera a mi llamada. Al fin escuché una voz que iba haciéndose perceptible a medida que la puerta, después de un ruidoso correr de cerrojos, iba abriéndose sin prisas.

—¿Qué desea usted?

No era un tono demasiado áspero el de la voz teniendo en cuenta el aspecto somnoliento de mi interlocutora. Respeté su indiscreto y repentino bostezo con una pausa que ella empleó, además, en restregarse concienzudamente los ojos con el dorso de sus manos.

—Quería entrar en el cementerio…

Alargué mi mano hacia la suya en una ingenua tentativa de soborno.

—No hace falta… —aulló dolorida y digna retirando su mano—; dentro de media hora abriremos para todos.

No pude insistir, porque la puerta se cerró de golpe ante mí. Paseé entonces bajo las ramas desguarnecidas de las acacias de la entrada; de aquellas acacias que un día lejano, cuando mi dolor era sólo un presentimiento, sirvieron de testigos a los anhelos lúgubres de Alfredo… De improviso vi salir de la casa a la mujer somnolienta y abrir la verja sin dirigirme la palabra. La adiviné impregnada de compasión, movida por un impulso instintivo de afecto hacia un semejante a quien urgía la presencia de los muertos. Al atravesar la verja le di las gracias con una inclinación de cabeza. Respondió con un respingo que quería ser de extrema dignidad. Imaginé que era una de esas personas para quienes es una manera como otra cualquiera de enfrentarse con la vida la del gesto adusto y el tono desabrido, por más que su pecho encerrase un afectuoso corazón.

Cuando me contemplé desfilando entre dos hileras de muertos sentí abalanzarse sobre mí una oleada de infinita paz; me hizo el efecto de que dejaba en la puerta una insoportable carga de sinsabores y pesadumbres. «Mi sitio está aquí —me dije—; entre los vivos y mis muertos, actuando de intercesor». Sentí agitarse mi sangre al aproximarme a la tumba de Alfredo. La lápida estaba borrada por la nieve, pero nuestros nombres —Alfredo y Pedro— fosforescían sobre la costra oscura del pino. Me abalancé sobre él y palpé su cuerpo con mis dos manos, anhelando captar el estremecimiento de su savia. Así permanecí un rato, absorto, renovando en mi mente los primeros años de mi vida, el latente sabor de mi primera amistad. Luego, casi inconscientemente, extraje de un bolsillo el aro de Jane circundado, por la inscripción de Zoroastro y me aproximé a la tumba de mi amigo. Por un

resquicio de la losa introduje el anillo y lo dejé caer. Experimenté una extraña reacción al sentir el tintineo del anillo al chocar contra los restos del fondo. Ahora ya estaban eslabonados, atados, mis afectos; las dos corrientes que vitalizaran mi espíritu habían alcanzado su punto de confluencia.

Cuando una hora más tarde abandonaba el cementerio me invadió una sensación desusada de relajada placidez. Se me hacía que ya había encontrado la razón suprema de mi pervivencia en el mundo. Ya no me encontraba solo. Detrás dejaba a buen recaudo mis afectos. Por delante se abría un día transparente, fúlgido, y la muralla de Ávila se recortaba, dentada y sobria, sobre el azul del firmamento. No sé por qué pensé en aquel instante en la madre de Alfredo y en «el hombre». Y fue casualmente en el momento en que tropecé con un obstáculo oculto por la nieve. Al mirar hacia el suelo comprobé que a la nieve la hace barro el contacto del pie…

Me sonreía el contorno de Ávila allá, a lo lejos. Del otro lado de la muralla permanecían Martina, doña Gregoria y el señor Lesmes. Y por encima aún me quedaba Dios.

El camino

1950

I

Las cosas podían haber sucedido de cualquier otra manera y, sin embargo, sucedieron así. Daniel, el Mochuelo, desde el fondo de sus once años, lamentaba el curso de los acontecimientos, aunque lo acatara como una realidad inevitable y fatal. Después de todo, que su padre aspirara a hacer de él algo más que un quesero era un hecho que honraba a su padre. Pero por lo que a él afectaba…

Su padre entendía que esto era progresar; Daniel, el Mochuelo, no lo sabía exactamente. El que él estudiase el Bachillerato en la ciudad podía ser, a la larga, efectivamente, un progreso. Ramón, el hijo del boticario, estudiaba ya para abogado en la ciudad, y cuando les visitaba, durante las vacaciones, venía empingorotado como un pavo real y les miraba a todos por encima del hombro; incluso al salir de misa los domingos y fiestas de guardar, se permitía corregir las palabras que don José, el cura, que era un gran santo, pronunciara desde el púlpito. Si esto era progresar, el marcharse a la ciudad a iniciar el Bachillerato, constituía, sin duda, la base de este progreso.

Pero a Daniel, el Mochuelo, le bullían muchas dudas en la cabeza a este respecto. Él creía saber cuanto puede saber un hombre. Leía de corrido, escribía para entenderse y conocía y sabía aplicar las cuatro reglas. Bien mirado, pocas cosas más cabían en un cerebro normalmente desarrollado. No obstante, en la ciudad, los estudios de Bachillerato constaban, según decían, de siete años y, después, los estudios superiores, en la Universidad, de otros tantos años, por lo menos. ¿Podría existir algo en el mundo cuyo conocimiento exigiera catorce años de esfuerzo, tres más de los que ahora contaba Daniel? Seguramente, en la ciudad se pierde mucho el tiempo —pensaba el Mochuelo— y, a fin de cuentas, habrá quien, al cabo de catorce años de estudio, no acierte a distinguir un rendajo de un jilguero o una boñiga de un cagajón. La vida era así de rara, absurda y caprichosa. El caso era trabajar y afanarse en las cosas inútiles o poco prácticas.

Daniel, el Mochuelo, se revolvió en el lecho y los muelles de su camastro de hierro chirriaron desagradablemente. Que él recordase, era ésta la primera vez que no se dormía tan pronto caía en la cama. Pero esta noche tenía muchas cosas en qué pensar. Mañana, tal vez, no fuese ya tiempo. Por la mañana, a las nueve en punto, tomaría el rápido ascendente y se despediría del pueblo hasta las Navidades. Tres meses encerrado en un colegio. A Daniel, el Mochuelo, le pareció que le faltaba aire y respiró con ansia dos o

tres veces. Presintió la escena de la partida y pensó que no sabría contener las lágrimas, por más que su amigo Roque, el Moñigo, le dijese que un hombre bien hombre no debe llorar ni ante la muerte del padre. Y el Moñigo tampoco era cualquier cosa, aunque contase dos años más que él y aún no hubiera empezado el Bachillerato. Ni lo empezaría nunca, tampoco. Paco, el herrero, no aspiraba a que su hijo progresase; se conformaba con que fuera herrero como él y tuviese suficiente habilidad para someter el hierro a su capricho. ¡Ése sí que era un oficio bonito! Y para ser herrero no hacía falta estudiar catorce años, ni trece, ni doce, ni diez, ni nueve, ni ninguno. Y se podía ser un hombre membrudo y gigantesco, como lo era el padre del Moñigo.

Daniel, el Mochuelo, no se cansaba nunca de ver a Paco, el herrero, dominando el hierro en la fragua. Le embelesaban aquellos antebrazos gruesos como troncos de árboles, cubiertos de un vello espeso y rojizo, erizados de músculos y de nervios. Seguramente Paco, el herrero, levantaría la cómoda de su habitación con uno solo de sus imponentes brazos y sin resentirse. Y de su tórax, ¿qué? Con frecuencia el herrero trabajaba en camiseta y su pecho hercúleo subía y bajaba, al respirar, como si fuera el de un elefante herido. Esto era un hombre. Y no Ramón, el hijo del boticario, emperejilado y tieso y pálido como una muchacha mórbida y presumida. Si esto era progreso, él, decididamente, no quería progresar. Por su parte, se conformaba con tener una pareja de vacas, una pequeña quesería y el insignificante huerto de la trasera de su casa. No pedía más. Los días laborables fabricaría quesos, como su padre, y los domingos se entretendría con la escopeta, o se iría al río a pescar truchas o a echar una partida al corro de bolos.

La idea de la marcha desazonaba a Daniel, el Mochuelo. Por la grieta del suelo se filtraba la luz de la planta baja y el haz luminoso se posaba en el techo con una fijeza obsesiva. Habrían de pasar tres meses sin ver aquel hilo fosforescente y sin oír los movimientos quedos de su madre en las faenas domésticas; o los gruñidos ásperos y secos de su padre, siempre malhumorado; o sin respirar aquella atmósfera densa, que se adentraba ahora por la ventana abierta, hecha de aromas de heno recién segado y de resecas boñigas. ¡Dios mío, qué largos eran tres meses!

Pudo haberse rebelado contra la idea de la marcha, pero ahora era ya tarde. Su madre lloriqueaba unas horas antes al hacer, junto a él, el inventario de sus ropas.

—Mira, Danielín, hijo, éstas son las sábanas tuyas. Van marcadas con tus iniciales. Y éstas tus camisetas. Y éstos tus calzoncillos. Y tus calcetines.

Todo va marcado con tus letras. En el colegio seréis muchos chicos y de otro modo es posible que se extraviaran.

Daniel, el Mochuelo, notaba en la garganta un volumen inusitado, como si se tratara de un cuerpo extraño. Su madre se pasó el envés de la mano por la punta de la nariz remangada y sorbió una moquita. «El momento debe de ser muy especial cuando la madre hace eso que otras veces me prohíbe hacer a mí», pensó el Mochuelo. Y sintió unos sinceros y apremiantes deseos de llorar.

La madre prosiguió:

—Cuídate y cuida la ropa, hijo. Bien sabes lo que a tu padre le ha costado todo esto. Somos pobres. Pero tu padre quiere que seas algo en la vida. No quiere que trabajes y padezcas como él. Tú —le miró un momento como enajenada— puedes ser algo grande, algo muy grande en la vida, Danielín; tu padre y yo hemos querido que por nosotros no quede.

Volvió a sorber la moquita y quedó en silencio. El Mochuelo se repitió: «Algo muy grande en la vida, Danielín», y movió convulsivamente la cabeza. No acertaba a comprender cómo podría llegar a ser algo muy grande en la vida. Y se esforzaba, tesoneramente, en comprenderlo. Para él, algo muy grande era Paco, el herrero, con su tórax inabarcable, con sus espaldas macizas y su pelo híspido y rojo; con su aspecto salvaje y duro de dios primitivo. Y algo grande era también su padre, que tres veranos atrás abatió un milano de dos metros de envergadura… Pero su madre no se refería a esta clase de grandeza cuando le hablaba. Quizá su madre deseaba una grandeza al estilo de la de don Moisés, el maestro, o tal vez como la de don Ramón, el boticario, a quien hacía unos meses habían hecho alcalde. Seguramente a algo de esto aspiraban sus padres para él. Mas, a Daniel, el Mochuelo, no le fascinaban estas grandezas. En todo caso, prefería no ser grande, ni progresar.

Dio vuelta en el lecho y se colocó boca abajo, tratando de amortiguar la sensación de ansiedad que desde hacía un rato le mordía en el estómago. Así se hallaba mejor; dominaba, en cierto modo, su desazón. De todas formas, boca arriba o boca abajo, resultaba inevitable que a las nueve de la mañana tomase el rápido para la ciudad. Y adiós todo, entonces. Si es caso… Pero ya era tarde. Hacía muchos años que su padre acariciaba aquel proyecto y él no podía arriesgarse a destruirlo todo en un momento, de un caprichoso papirotazo. Lo que su padre no logró haber sido, quería ahora serlo en él. Cuestión de capricho. Los mayores tenían, a veces, caprichos más tozudos y absurdos que los de los niños. Ocurría que a Daniel, el Mochuelo, le había

agradado, meses atrás, la idea de cambiar de vida. Y sin embargo, ahora, esta idea le atormentaba.

Hacía casi seis años que conoció las aspiraciones de su padre respecto a él. Don José, el cura, que era un gran santo, decía, a menudo, que era un pecado sorprender las conversaciones de los demás. No obstante, Daniel, el Mochuelo, escuchaba con frecuencia las conversaciones de sus padres en la planta baja, durante la noche, cuando él se acostaba. Por la grieta del entarimado divisaba el hogar, la mesa de pino, las banquetas, el entremijo y todos los útiles de la quesería. Daniel, el mochuelo, agazapado contra el suelo, espiaba las conversaciones desde allí. Era en él una costumbre. Con el murmullo de las conversaciones, ascendía del piso bajo el agrio olor de la cuajada y las esterillas sucias. Le placía aquel olor a leche fermentada, punzante y casi humano.

Su padre se recostaba en el entremijo aquella noche, mientras su madre recogía los restos de la cena. Hacía ya casi seis años que Daniel, el Mochuelo, sorprendiera esta escena, pero estaba tan sólidamente vinculada a su vida que la recordaba ahora con todos los pormenores.

—No, el chico será otra cosa. No lo dudes —decía su padre—. No pasará la vida amarrado a este banco como un esclavo. Bueno, como un esclavo y como yo.

Y, al decir esto, soltó una palabrota y golpeó en el entremijo con el puño crispado. Aparentaba estar enfadado con alguien, aunque Daniel, el Mochuelo, no acertaba a discernir con quién. Entonces Daniel no sabía que los hombres se enfurecen a veces con la vida y contra un orden de cosas que consideran irritante y desigual. A Daniel, el Mochuelo, le gustaba ver airado a su padre porque sus ojos echaban chiribitas y los músculos del rostro se le endurecían y, entonces, detentaba una cierta similitud con Paco, el herrero.

—Pero no podemos separarnos de él —dijo la madre—. Es nuestro único hijo. Si siquiera tuviéramos una niña. Pero mi vientre está seco, tú lo sabes. No podremos tener una hija ya. Don Ricardo dijo, la última vez, que he quedado estéril después del aborto.

Su padre juró otra vez, entre dientes. Luego, sin moverse de su postura, añadió:

—Déjalo; eso ya no tiene remedio. No escarbes en las cosas que ya no tienen remedio.

La madre gimoteó, mientras recogía en un bote oxidado las migas de pan abandonadas encima de la mesa. Aún insistió débilmente:

—A lo mejor el chico no vale para estudiar. Todo esto es prematuro. Y un chico en la ciudad es muy costoso. Eso puede hacerlo Ramón, el boticario, o el señor juez. Nosotros no podemos hacerlo. No tenemos dinero.

Su padre empezó a dar vueltas nerviosas a una adobadera entre las manos. Daniel, el Mochuelo, comprendió que su padre se dominaba para no exacerbar el dolor de su mujer. Al cabo de un rato añadió:

—Eso quédalo de mi cuenta. En cuanto a si el chico vale o no vale para estudiar depende de si tiene cuartos o si no los tiene. Tú me comprendes.

Se puso en pie y con el gancho de la lumbre desparramó las ascuas que aún relucían en el hogar. Su madre se había sentado, con las bastas manos desmayadas en el regazo. Repentinamente se sentía extenuada y nula, absurdamente vacua e indefensa. El padre se dirigía de nuevo a ella:

—Es cosa decidida. No me hagas hablar más de esto. En cuanto el chico cumpla once años marchará a la ciudad a empezar el grado.

La madre suspiró, rendida. No dijo nada. Daniel, el Mochuelo, se acostó y se durmió haciendo conjeturas sobre lo que querría decir su madre, con aquello de que tenía el vientre seco y que se había quedado estéril después del aborto.

II

Ahora, Daniel, el Mochuelo, ya sabía lo que era tener el vientre seco y lo que era un aborto. Pensó en Roque, el Moñigo. Quizá si no hubiera conocido a Roque, el Moñigo, seguiría, a estas alturas, sin saber lo que era un vientre seco y lo que era un aborto. Pero Roque, el Moñigo, sabía mucho de todo «eso». Su madre le decía que no se juntase con Roque, porque el Moñigo se había criado sin madre y sabía muchas perrerías. También las Guindillas le decían a menudo que por juntarse al Moñigo ya era lo mismo que él, un golfo y un zascandil.

Daniel, el Mochuelo, siempre salía en defensa de Roque, el Moñigo. La gente del pueblo no le comprendía o no quería comprenderle. Que Roque supiera mucho de «eso» no significaba que fuera un golfo y un zascandil. El que fuese fuerte como un toro y como su padre, el herrero, no quería decir que fuera un malvado. El que su padre, el herrero, tuviese siempre junto a la fragua una bota de vino y la levantase de cuando en cuando no equivalía a ser un borracho empedernido, ni podía afirmarse, en buena ley, que Roque, el Moñigo, fuese un golfante como su padre, porque ya se sabía que de tal palo tal astilla. Todo esto constituía una sarta de infamias, y Daniel, el Mochuelo, lo sabía de sobra porque conocía como nadie al Moñigo y a su padre.

De que la mujer de Paco, el herrero, falleciera al dar a luz al Moñigo, nadie tenía la culpa. Ni tampoco tenía la culpa nadie de la falta de capacidad educadora de su hermana Sara, demasiado brusca y rectilínea para ser mujer.

La Sara llevó el peso de la casa desde la muerte de su madre. Tenía el pelo rojo e híspido y era corpulenta y maciza como el padre y el hermano. A veces, Daniel, el Mochuelo, imaginaba que el fin de la madre de Roque, el Moñigo, sobrevino por no tener aquélla el pelo rojo. El pelo rojo podía ser, en efecto, un motivo de longevidad o, por lo menos, una especie de amuleto protector. Fuera por una causa o por otra, lo cierto es que la madre del Moñigo falleció al nacer él y que su hermana Sara, trece años mayor, le trató desde entonces como si fuera un asesino sin enmienda. Claro que la Sara tenía poca paciencia y un carácter regañón y puntilloso. Daniel, el Mochuelo, la había conocido corriendo tras de su hermano escalera abajo, desmelenada y torva, gritando desaforadamente:

—¡Animal, más que animal, que ya antes de nacer eras un animal!

Luego le oyó repetir este estribillo centenares y hasta millares de veces; pero a Roque, el Moñigo, le traía aquello sin cuidado. Seguramente lo que

más exacerbó y agrió el carácter de la Sara fue el rotundo fracaso de su sistema educativo. Desde muy niño, el Moñigo fue refractario al Coco, al Hombre del Saco y al Tío Camuñas. Sin duda fue su solidez física la que le inspiró este olímpico desprecio hacia todo lo que no fueran hombres reales, con huesos, músculos y sangre bajo la piel. Lo cierto es que cuando la Sara amenazaba a su hermano, diciéndole: «Que viene el Coco, Roque, no hagas tal cosa, —el Moñigo sonreía maliciosamente, como desafiándole—: Hale, que venga, le aguardo». Entonces el Moñigo apenas tenía tres años y aún no hablaba nada. A la Sara la llevaban los demonios al constatar el choque inútil de su amenaza con la indiferencia burlona del pequeñuelo.

Poco a poco, el Moñigo fue creciendo y su hermana Sara apeló a otros procedimientos. Solía encerrar a Roque en el pajar si cometía una travesura, y luego le leía, desde fuera, lentamente y con voz sombría y cavernosa, las recomendaciones del alma.

Daniel, el Mochuelo, aún recordaba una de las primeras visitas a casa de su amigo. La puerta de la calle estaba entreabierta y, en el interior, no se veía a nadie, ni se oía nada, como si la casa estuviera deshabitada. La escalera que conducía al piso alto se alzaba incitante ante él, pero él la miró, tocó el pasamano, pero no se atrevió a subir. Conocía ya a la Sara de referencias y aquel increíble silencio le inspiraba un vago temor. Se entretuvo un rato atrapando una lagartija que intentaba escabullirse por entre las losas del zaguán. De improviso oyó una retahíla de furiosos improperios, en lo alto, seguidos de un estruendoso portazo. Se decidió a llamar, un poco cohibido:

—¡Moñigo! ¡Moñigo!

Al instante se derramó sobre él un diluvio de frases agresivas. Daniel se encogió sobre sí mismo.

—¿Quién es el bruto que llama así? ¡Aquí no hay ningún Moñigo! Todos en esta casa llevamos nombre de santo. ¡Hale, largo!

Daniel, el Mochuelo, nunca supo por qué en aquella ocasión se quedó, a pesar de todo, clavado al suelo como si fuera una estatua. El caso es que se quedó tieso y mudo, casi sin respirar. Entonces oyó hablar arriba a la Sara y prestó atención. Por el hueco de la escalera se desgranaban sus frases engoladas como una lluvia lúgubre y sombría:

—Cuando mis pies, perdiendo su movimiento, me adviertan que mi carrera en este mundo está próxima a su fin…

Y, detrás, sonaba la voz del Moñigo, opaca y sorda, como si partiera de lo hondo de un pozo:

—Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

De nuevo las inflexiones de Sara, cada vez más huecas y extremosas:

—Cuando mis ojos vidriados y desencajados por el horror de la inminente muerte, fijen en Vos sus miradas lánguidas y moribundas…

—Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

Se iba adueñando de Daniel, el Mochuelo, un pavor helado e impalpable. Aquella tétrica letanía le hacía cosquillas en la médula de los huesos. Sin embargo, no se movió del sitio. Le acuciaba una difusa e impersonal curiosidad.

—Cuando perdido el uso de los sentidos —continuaba, monótona, la Sara— el mundo todo desaparezca de mi vista y gima yo entre las angustias de la última agonía y los afanes de la muerte…

Otra vez la voz amodorrada y sorda y tranquila del Moñigo, desde el pajar:

—Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

Al concluir Sara su correctivo verbal, se hizo impaciente la voz de Roque:

—¿Has terminado?

—Sí —dijo Sara.

—Hale, abre.

La interrogación siguiente de la Sara envolvía un despecho mal reprimido:

—¿Escarmentaste?

—¡No!

—Entonces no abro.

—Abre o echo la puerta abajo. El castigo ya se terminó.

Y Sara le abrió a su pesar. El Moñigo le dijo al pasar a su lado:

—Me metiste menos miedo que otros días, Sara.

La hermana perdía los estribos, furiosa:

—¡Calla, cerdo! Un día… un día te voy a partir los hocicos o yo no sé lo que te voy a hacer.

—Eso no; no me toques, Sara. Aún no ha nacido quien me ponga la mano encima, ya lo sabes —dijo el Moñigo.

Daniel, el Mochuelo, esperó oír el estampido del sopapo, pero la Sara debió pensarlo mejor y el estampido previsto no se produjo. Oyó Daniel, en cambio, las pisadas firmes de su amigo al descenderlos peldaños, y acuciado por un pudoroso instinto de discreción, salió por la puerta entornada y le esperó en la calle. Ya a su lado, el Moñigo dijo:

—¿Oíste a la Sara?

Daniel, el Mochuelo, no se atrevió a mentir:

—La oí —dijo.

—Te habrás fijado que es una maldita pamplinera.

—A mí me metió miedo, la verdad —confesó, aturdido, el Mochuelo.

—¡Bah!, no hagas caso. Todo eso de los ojos vidriados y los pies que no se mueven son pamplinas. Mi padre dice que cuando la diñas no te enteras de nada.

Movió el Mochuelo, dubitativo, la cabeza.

—¿Cómo lo sabe tu padre? —dijo.

A Roque, el Moñigo, no se le había ocurrido pensaren eso. Vaciló un momento, pero enseguida aclaró:

—¡Qué sé yo! Se lo diría mi madre al morirse. Yo no me puedo acordar de eso.

Desde aquel día, Daniel, el Mochuelo, situó mentalmente al Moñigo en un altar de admiración. El Moñigo no era listo, pero ¡ahí era nada mantenérselas tiesas con los mayores! Roque, a ratos, parecía un hombre por su aplomo y gravedad. No admitía imposiciones ni tampoco una justicia cambiante y caprichosa. Una justicia doméstica, se sobreentiende. Por su parte, la hermana le respetaba. La voluntad del Moñigo no era un cero a la izquierda como la suya; valía por la voluntad de un hombre; se la tenía en cuenta en su casa y en la calle. El Moñigo poseía personalidad.

Y, a medida que transcurría el tiempo, fue aumentando la admiración de Daniel por el Moñigo. Éste se peleaba con frecuencia con los rapaces del valle y siempre salía victorioso y sin un rasguño. Una tarde, en una romería, Daniel vio al Moñigo apalear hasta hartarse al que tocaba el tamboril. Cuando se sació de golpearle le metió el tambor por la cabeza como si fuera un sombrero. La gente se reía mucho. El músico era un hombre ya de casi veinte años y el Moñigo sólo tenía once. Para entonces, el Mochuelo había comprendido que Roque era un buen árbol donde arrimarse y se hicieron inseparables, por más que la amistad del Moñigo le forzaba, a veces, a extremar su osadía e implicaba algún que otro regletazo de don Moisés, el maestro. Pero, en compensación, el Moñigo le había servido en más de una ocasión de escudo y para golpes.

A pesar de todo esto, la madre de Daniel, don José el cura, don Moisés el maestro, la Guindilla mayor y las Lepóridas, no tenían motivos para afirmar que Roque, el Moñigo, fuese un golfante y un zascandil. Si el Moñigo entablaba pelea era siempre por una causa justa o porque procuraba la consecución de algún fin utilitario y práctico. Jamás lo hizo a humo de pajas o por el placer de golpear.

Y otro tanto ocurría con su padre, el herrero. Paco, el herrero, trabajaba como el que más y ganaba bastante dinero. Claro que para la Guindilla mayor y las Lepóridas no existían más que dos extremos en el pueblo: los que ganaban poco dinero y de éstos decían que eran unos vagos y unos holgazanes, y los que ganaban mucho dinero, de los cuales afirmaban que si trabajaban era sólo para gastarse el dinero en vino. Las Lepóridas y la Guindilla mayor exigían un punto de equilibrio muy raro y difícil de conseguir. Pero la verdad es que Paco, el herrero, bebía por necesidad. Daniel, el Mochuelo, lo sabía de fundamento, porque conocía a Paco mejor que nadie. Y si no bebía, la fragua no carburaba. Paco, el herrero, lo decía muchas veces: «Tampoco los autos andan sin gasolina». Y se echaba un trago al coleto. Después del trago trabajaba con mayor ahínco y tesón. Esto, pues, a fin de cuentas, redundaba en beneficio del pueblo. Mas el pueblo no se lo agradecía y lo llamaba sinvergüenza y borracho. Menos mal que el herrero tenía correa, como su hijo, y aquellos insultos no le lastimaban. Daniel, el Mochuelo, pensaba que el día que Paco, el herrero, se irritase no quedaría en el pueblo piedra sobre piedra; lo arrasaría todo como un ciclón.

No era tampoco cosa de echar en cara al herrero el que piropease a las mozas que cruzaban ante la fragua y las invitase a sentarse un rato con él a charlar y a echar un trago. En realidad, era viudo y estaba aún en edad de merecer. Además, su exuberancia física era un buen incentivo para las mujeres. A fin de cuentas, don Antonino, el marqués, se había casado tres veces y no por ello la gente dejaba de llamarle don Antonino y seguía quitándosela boina al cruzarse con él, para saludarle. Y continuaba siendo el marqués. Después de todo, si Paco, el herrero, no se casaba lo hacía por no dar madrastra a sus hijos y no por tener más dinero disponible para vino como malévolamente insinuaban la Guindilla mayor y las Lepóridas.

Los domingos y días festivos, Paco, el herrero, se emborrachaba en casa del Chano hasta la incoherencia. Al menos eso decían la Guindilla mayor y las Lepóridas. Mas si lo hacía así, sus razones tendría el herrero, y una de ellas, y no desdeñable, era la de olvidarse de los últimos seis días de trabajo y de la inminencia de otros seis en los que tampoco descansaría. La vida era así de exigente y despiadada con los hombres.

A veces, Paco, cuyo temperamento se exaltaba con el alcohol, armaba en la taberna del Chano trifulcas considerables. Esto sí, jamás tiraba de navaja aunque sus adversarios lo hicieran. A pesar de ello, las Lepóridas y la Guindilla mayor decían de él —de él, que peleaba siempre a pecho descubierto y con la mayor nobleza concebible— que era un asqueroso

matón. En realidad, lo que mortificaba a la Guindilla mayor, las Lepóridas, al maestro, al ama de don Antonino, a la madre de Daniel, el Mochuelo, y a don José, el cura, eran los músculos abultados del herrero; su personalidad irreductible; su hegemonía física. Si Paco y su hijo hubieran sido unos fifiriches al pueblo no le importaría que fuesen borrachos o camorristas; en cualquier momento podrían tumbarles de un sopapo. Ante aquella inaudita corpulencia, la cosa cambiaba; habían de conformarse con ponerlos verdes por la espalda. Bien decía Andrés, el zapatero: «Cuando a las gentes les faltan músculos en los brazos, les sobran en la lengua».

Don José, el cura, que era un gran santo, a pesar de censurar abiertamente a Paco, el herrero, sus excesos, sentía hacia él una secreta simpatía. Por mucho que tronase no podría olvidar nunca el día de la Virgen, aquel año en que Tomás se puso muy enfermo y no pudo llevar las andas de la imagen. Julián, otro de los habituales portadores de las andas, tuvo que salir del lugar en viaje urgente. La cosa se ponía fea. No surgían sustitutos. Don José, el cura, pensó, incluso, en suspender la procesión. Fue entonces cuando se presentó, humildemente, en la iglesia Paco, el herrero.

—Señor cura, si usted quiere, yo puedo pasear la Virgen por el pueblo. Pero ha de ser a condición de que me dejen a mí solo —dijo.

Don José sonrió maliciosamente al herrero.

—Hijo, agradezco tu voluntad y no dudo de tus fuerzas. Pero la imagen pesa más de doscientos kilos —dijo.

Paco, el herrero, bajó los ojos, un poco avergonzado de su enorme fortaleza.

—Podría llevar encima cien kilos más, señor cura. No sería la primera vez… —insistió.

Y la Virgen recorrió el pueblo sobre los fornidos hombros de Paco, el herrero, a paso lento y haciendo cuatro paradas: en la plaza, ante el Ayuntamiento, frente a Teléfonos y, de regreso, en el atrio de la iglesia, donde se entonó, como era costumbre, una Salve popular. Al concluir la procesión, los chiquillos rodearon admirados a Paco, el herrero. Y éste, esbozando una sonrisa pueril, les obligaba a palparle la camisa en el pecho, en la espalda, en los sobacos.

—Tentad, tentad —les decía—; no estoy sudado; no he sudado ni tampoco una gota.

La Guindilla mayor y las Lepóridas censuraron a don José, el cura, que hubiese autorizado a poner la imagen de la Virgen sobre los hombros más pecadores del pueblo. Y juzgaron el acto meritorio de Paco, el herrero, como

una ostentación evidentemente pecaminosa. Pero Daniel, el Mochuelo, estaba en lo cierto: lo que no podía perdonársele a Paco, el herrero, era su complexión y ser el hombre más vigoroso del valle, de todo el valle.

III

El valle… Aquel valle significaba mucho para Daniel, el Mochuelo. Bien mirado, significaba todo para él. En el valle había nacido y, en once años, jamás franqueó la cadena de altas montañas que lo circuían. Ni experimentó la necesidad de hacerlo siquiera.

A veces, Daniel, el Mochuelo, pensaba que su padre, y el cura, y el maestro, tenían razón, que su valle era como una gran olla independiente, absolutamente aislada del exterior. Y, sin embargo, no era así; el valle tenía su cordón umbilical, un doble cordón umbilical, mejor dicho, que lo vitalizaba al mismo tiempo que lo maleaba: la vía férrea y la carretera. Ambas vías atravesaban el valle de sur a norte, provenían de la parda y reseca llanura de Castilla y buscaban la llanura azul del mar. Constituían, pues, el enlace de dos inmensos mundos contrapuestos.

En su trayecto por el valle, la vía, la carretera y el río —que se unía a ellas después de lanzarse en un frenesí de rápidos y torrentes desde lo alto del Pico Rando— se entrecruzaban una y mil veces, creando una inquieta topografía de puentes, túneles, pasos a nivel y viaductos.

En primavera y verano, Roque, el Moñigo, y Daniel, el Mochuelo, solían sentarse, al caer la tarde, en cualquier leve prominencia y desde allí contemplaban, agobiados por una unción casi religiosa, la lánguida e ininterrumpida vitalidad del valle. La vía del tren y la carretera dibujaban, en la hondonada, violentos y frecuentes zigzags; a veces se buscaban, otras se repelían, pero siempre, en la perspectiva, eran como dos blancas estelas abiertas entre el verdor compacto de los prados y los maizales. En la distancia, los trenes, los automóviles y los blancos caseríos tomaban proporciones de diminutas figuras de Nacimiento increíblemente lejanas y, al propio tiempo, incomprensiblemente próximas y manejables. En ocasiones se divisaban dos y tres trenes simultáneamente, cada cual con su negro penacho de humo colgado de la atmósfera, quebrando la hiriente uniformidad vegetal de la pradera. ¡Era gozoso ver surgir las locomotoras de las bocas de los túneles! Surgían como los grillos cuando el Moñigo o él orinaban, hasta anegarlas, en las huras del campo. Locomotora y grillo evidenciaban, al salir de sus agujeros, una misma expresión de jadeo, amedrentamiento y ahogo.

Le gustaba al Mochuelo sentir sobre sí la quietud serena y reposada del valle, contemplar el conglomerado de prados, divididos en parcelas, y salpicados de caseríos dispersos. Y, de vez en cuando, las manchas oscuras y

espesas de los bosques de castaños o la tonalidad clara y mate de las aglomeraciones de eucaliptos. A lo lejos, por todas partes, las montañas, que, según la estación y el clima, alteraban su contextura, pasando de una extraña ingravidez vegetal a una solidez densa, mineral y plomiza en los días oscuros.

Al Mochuelo le agradaba aquello más que nada, quizá, también, porque no conocía otra cosa. Le agradaba constatar el paralizado estupor de los campos y el verdor frenético del valle y las rachas de ruido y velocidad que la civilización enviaba de cuando en cuando, con una exactitud casi cronométrica.

Muchas tardes, ante la inmovilidad y el silencio de la Naturaleza, perdían el sentido del tiempo y la noche se les echaba encima. La bóveda del firmamento iba poblándose de estrellas y Roque, el Moñigo, se sobrecogía bajo una especie de pánico astral. Era en estos casos, de noche y lejos del mundo, cuando a Roque, el Moñigo, se le ocurrían ideas inverosímiles, pensamientos que normalmente no le inquietaban:

Dijo una vez:

—Mochuelo, ¿es posible que si cae una estrella de ésas no llegue nunca al fondo?

Daniel, el Mochuelo, miró a su amigo, sin comprenderle.

—No sé lo que me quieres decir —respondió.

El Moñigo luchaba con su deficiencia de expresión. Accionó repetidamente con las manos, y, al fin, dijo:

—Las estrellas están en el aire, ¿no es eso?

—Eso.

—Y la Tierra está en el aire también como otra estrella, ¿verdad? —añadió.

—Sí; al menos eso dice el maestro.

—Bueno, pues es lo que te digo. Si una estrella se cae y no choca con la Tierra ni con otra estrella, ¿no llega nunca al fondo? ¿Es que ese aire que las rodea no se acaba nunca?

Daniel, el Mochuelo, se quedó pensativo un instante. Empezaba a dominarle también a él un indefinible desasosiego cósmico. La voz surgió de su garganta indecisa y aguda como un lamento.

—Moñigo.

—¿Qué?

—No me hagas esas preguntas; me mareo.

—¿Te mareas o te asustas?

—Puede que las dos cosas —admitió.

Rió, entrecortadamente, el Moñigo.

—Voy a decirte una cosa —dijo luego.

—¿Qué?

—También a mí me dan miedo las estrellas y todas esas cosas que no se abarcan o no se acaban nunca. Pero no lo digas a nadie, ¿oyes? Por nada del mundo querría que se enterase de ello mi hermana Sara.

El Moñigo escogía siempre estos momentos de reposo solitario para sus confidencias. Las ingentes montañas, con sus recias crestas recortadas sobre el horizonte, imbuían al Moñigo una irritante impresión de insignificancia. Si la Sara, pensaba Daniel, el Mochuelo, conociera el flaco del Moñigo, podría, fácilmente, meterlo en un puño. Pero, naturalmente, por su parte, no lo sabría nunca. Sara era una muchacha antipática y cruel y Roque su mejor amigo. ¡Que adivinase ella el terror indefinible que al Moñigo le inspiraban las estrellas!

Al regresar, ya de noche, al pueblo, se hacía más notoria y perceptible la vibración vital del valle. Los trenes pitaban en las estaciones diseminadas y sus silbidos rasgaban la atmósfera como cuchilladas. La tierra exhalaba un agradable vaho a humedad y a excremento de vaca. También olía, con más o menos fuerza, la hierba según el estado del cielo o la frecuencia de las lluvias.

A Daniel, el Mochuelo, le placían estos olores, como le placía oír en la quietud de la noche el mugido soñoliento de una vaca o el lamento chirriante e iterativo de una carreta de bueyes avanzando a trompicones por una cambera.

En verano, con el cambio de hora, regresaban al pueblo de día. Solían hacerlo por encima del túnel, escogiendo la hora del paso del tranvía interprovincial. Tumbados sobre el montículo, asomando la nariz al precipicio, los dos rapaces aguardaban impacientes la llegada del tren. La hueca resonancia del valle aportaba a sus oídos, con tiempo suficiente, la proximidad del convoy. Y, cuando el tren surgía del túnel, envuelto en una nube densa de humo, les hacía estornudar y reír con espasmódicas carcajadas. Y el tren se deslizaba bajo sus ojos, lento y traqueteante, monótono, casi al alcance de la mano.

Desde allí, por un senderillo de cabras, descendían a la carretera. El río cruzaba bajo el puente, con una sonoridad adusta de catarata. Era una corriente de montaña que discurría con fuerza entre grandes piedras reacias a la erosión. El murmullo oscuro de las aguas se remansaba, veinte metros más abajo, en la Poza del Inglés, donde ellos se bañaban en las tardes calurosas del estío.

En la confluencia del río y la carretera, a un kilómetro largo del pueblo, estaba la taberna de Quino, el Manco. Daniel, el Mochuelo, recordaba los buenos tiempos, los tiempos de las transacciones fáciles y baratas. En ellos, el Manco, por una perra chica les servía un gran vaso de sidra de barril y, encima les daba conversación. Pero los tiempos habían cambiado últimamente y, ahora, Quino, el manco, por cinco céntimos, no les daba más que conversación.

La tasca de Quino, el Manco, se hallaba casi siempre vacía. El Manco era generoso hasta la prodigalidad y en los tiempos que corrían resultaba arriesgado ser generoso. En la taberna de Quino, por unas causas o por otras, sólo se despachaba ya un pésimo vino tinto con el que mataban la sed los obreros y empleadas de la fábrica de clavos, ubicada quinientos metros río abajo.

Más allá de la taberna, a la izquierda, doblando la última curva, se hallaba la quesería del padre del Mochuelo. Frente por frente, un poco internada en los prados, la estación y, junto a ella, la casita alegre, blanca y roja de Cuco, el factor. Luego, en plena varga ya, empezaba el pueblo propiamente dicho.

Era, el suyo, un pueblecito pequeño y retraído y vulgar. Las casas eran de piedra, con galerías abiertas y colgantes de madera, generalmente pintadas de azul. Esta tonalidad contrastaba, en primavera y verano, con el verde y rojo de los geranios que infestaban galerías y balcones.

La primera casa, a mano izquierda, era la botica. Anexas estaban las cuadras, las magníficas cuadras de don Ramón, el boticario-alcalde, llenas de orondas, pacientes y saludables vacas. A la puerta de la farmacia existía una campanilla, cuyo repiqueteo distraía a don Ramón de sus afanes municipales para reintegrarle, durante unos minutos, a su profesión.

Siguiendo varga arriba, se topaba uno con el palacio de don Antonino, el marqués, preservado por una alta tapia de piedra, lisa e inexpugnable; el tallercito del zapatero; el Ayuntamiento, con un arcaico escudo en el frontis; la tienda de las Guindillas y su escaparate recompuesto y variado; la fonda, cuya famosa galería de cristales flanqueaba dos de las bandas del edificio; a la derecha de ésta, la plaza cubierta de boñigas y guijos y con una fuente pública, de dos caños, en el centro; cerrando la plaza, por el otro lado, estaba el edificio del Banco y, después, tres casas de vecinos con sendos jardincillos delante.

Por la derecha, frente a la botica, se hallaba la finca de Gerardo, el Indiano, cuyos árboles producían los mejores frutos de la comarca; la cuadra de Pancho, el Sindiós, donde circunstancialmente estuvo instalado el cine; la

taberna del Chano; la fragua de Paco, el herrero; las oficinas de Teléfonos, que regentaban las Lepóridas; el bazar de Antonio, el Buche, y la casa de don José, el cura, que tenía la rectoría en la planta baja.

Trescientos metros más allá, varga abajo, estaba la iglesia, de piedra también, sin un estilo definido, y con un campanario erguido y esbelto. Frente a ella, los nuevos edificios de las escuelas, encalados y con las ventanas pintadas de verde, y la vivienda de don Moisés, el maestro.

Visto así, a la ligera, el pueblo no se diferenciaba de tantos otros. Pero para Daniel, el Mochuelo, todo lo de su pueblo era muy distinto a lo de los demás. Los problemas no eran vulgares, su régimen de vida revelaba talento y de casi todos sus actos emanaba una positiva trascendencia. Otra cosa es que los demás no quisieran reconocerlo.

Con frecuencia, Daniel, el Mochuelo, se detenía a contemplar las sinuosas callejas, la plaza llena de boñigas y guijarros, los penosos edificios, concebidos tan sólo bajo un sentido utilitario. Pero esto no le entristecía en absoluto. Las calles, la plaza y los edificios no hacían un pueblo, ni tan siquiera le daban fisonomía. A un pueblo lo hacían sus hombres y su historia. Y Daniel, el Mochuelo, sabía que por aquellas calles cubiertas de pastosas boñigas y por las casas que las flanqueaban, pasaron hombres honorables, que hoy eran sombras, pero que dieron al pueblo y al valle un sentido, una armonía, unas costumbres, un ritmo, un modo propio y peculiar de vivir.

¿Que el pueblo era ferozmente individualista y que una corporación pública tuviera poco que hacer en él, como decía don Ramón, el alcalde? Bien. El Mochuelo no entendía de individualismo, ni de corporaciones públicas y no poseía razones para negarlo. Pero, si era así, los males consiguientes no rebasaban el pueblo y, después de todo, ellos mismos pagaban sus propios pecados.

¿Que preferían no asfaltar la plaza antes de que les aumentasen los impuestos? Bien. Por eso la sangre no iba a llegar al río. «La cosa pública es un desastre, —voceaba, a la menor oportunidad, don Ramón—. Cada uno mira demasiado lo propio y olvida que hay cosas que son de todos y que hay que cuidar», añadía. Y no había quien le metiera en la cabeza que ese egoísmo era flor o espina, o vicio o virtud de toda una raza.

Pero, ni por esto, ni por nada, podían regateársele al pueblo sus cualidades de eficiencia, seriedad y discreción. Cada uno en lo suyo, desde luego, pero los vagos no son vagos porque no quieran trabajar en las cosas de los demás. El pueblo, sin duda, era de una eficacia sobria y de una discreción edificante.

¿Que la Guindilla mayor y el Cuco, el factor, no eran discretos? Bien. En ningún cuerpo falta un lunar. Y, en cuanto al individualismo del pueblo, ¿se bastaban por sí solos los mozos y las mozas los sábados por la tarde y los domingos? Don José, el cura, que era un gran santo, solía manifestar, contristado: «Es lástima que vivamos uno a uno para todas las cosas y necesitemos emparejarnos para ofender al Señor».

Pero tampoco don José, el cura, quería entender que esa sensualidad era flor o espina, o vicio o pecado de toda una raza.

IV

Las cosas pasaron en su momento y, ahora, Daniel, el Mochuelo, las recordaba con fruición. Su padre, el quesero, pensó un nombre antes de tener un hijo; tenía un nombre y le arropaba y le mimaba y era ya, casi, como tener un hijo. Luego, más tarde, nació Daniel.

Daniel, el Mochuelo, evocaba sus primeros pasos por la vida. Su padre emanaba un penetrante olor, era como un gigantesco queso, blando, blanco, pesadote. Pero, Daniel, el Mochuelo, se gozaba en aquel olor que impregnaba a su padre y que le inundaba a él, cuando, en las noches de invierno, frente a la chimenea, acariciándole, le contaba la historia de su nombre.

El quesero había querido un hijo antes que nada para poder llamarle Daniel. Y se lo decía a él, al Mochuelo, cuando apenas contaba tres años y manosear su cuerpecillo carnoso y rechoncho equivalía a prolongar la cotidiana faena en el entremijo.

Pudo bautizarle con mil nombres diferentes, pero el quesero prefirió Daniel.

—¿Sabes que Daniel era un profeta que fue encerrado en una jaula con diez leones y los leones no se atrevieron a hacerle daño? —le decía, estrujándole amorosamente.

El poder de un hombre cuyos ojos bastaban para mantener a raya a una jauría de leones, era un poder superior al poder de todos los hombres; era un acontecimiento insólito y portentoso que desde niño había fascinado al quesero.

—Padre, ¿qué hacen los leones?

—Morder y arañar.

—¿Son peores que los lobos?

—Más feroces.

—¿Queeeé?

El quesero facilitaba la comprensión del Mochuelo como una madre que mastica el alimento antes de darlo a su hijito.

—Hacen más daño que los lobos, ¿entiendes? —decía.

Daniel, el Mochuelo, no se saciaba:

—¿Verdad que los leones son más grandes que los perros?

—Más grandes.

—¿Y por qué a Daniel no le hacían nada?

Al quesero le complacía desmenuzar aquella historia:

—Les vencía sólo con los ojos; sólo con mirarles; tenía en los ojos el poder de Dios.

—¿Queeeé?

Apretaba al hijo contra sí:

—Daniel era un santo de Dios.

—¿Qué es eso?

La madre intervenía, precavida:

—Deja al chico ya; le enseñas demasiadas cosas para la edad que tiene.

Se lo quitaba al padre y lo acostaba. También su madre hedía a boruga y a cuajada. Todo, en su casa, olía a cuajada y a requesón. Ellos mismos eran un puro y decantado olor. Su padre llevaba aquel tufo hasta en el negro de las uñas de las manos. A veces, Daniel, el Mochuelo, no se explicaba por qué su padre tenía las uñas negras trabajando con leche o por qué los quesos salían blancos siendo elaborados con aquellas uñas tan negras.

Pero luego, su padre se distanció de él; ya no le hacía arrumacos ni carantoñas. Y eso fue desde que el padre se dio cuenta de que el chico ya podía aprender las cosas por sí. Fue entonces cuando comenzó a ir a la escuela y cuando se arrimó al Moñigo en busca de amparo. A pesar de todo, su padre, su madre y la casa entera, seguían oliendo a boruga y a requesón. Y a él seguía gustándole aquel olor, aunque Roque, el Moñigo, dijese que a él no le gustaba, porque olía lo mismo que los pies.

Su padre se distanció de él como de una cosa hecha, que ya no necesita de cuidados. Le daba desilusión a su padre verle valerse por sí, sin precisar de su patrocinio. Pero, además, el quesero se tornó taciturno y malhumorado. Hasta entonces, como decía su mujer, había sido como una perita en dulce. Y fue el cochino afán del ahorro lo que agrió su carácter. El ahorro, cuando se hace a costa de una necesidad insatisfecha, ocasiona en los hombres acritud y encono. Así le sucedió al quesero. Cualquier gasto menudo o el menor desembolso superfluo le producían un disgusto exagerado. Quería ahorrar, tenía que ahorrar por encima de todo, para que Daniel, el Mochuelo, se hiciera un hombre en la ciudad, para que progresase y no fuera como él, un pobre quesero.

Lo peor es que de esto nadie sacaba provecho. Daniel, el Mochuelo, jamás lo comprendería. Su padre sufriendo, su madre sufriendo y él sufriendo, cuando el quitarle el sufrimiento a él significaría el fin del sufrimiento de todos los demás. Pero esto hubiera sido truncar el camino, resignarse a que Daniel, el Mochuelo, desertase de progresar. Y esto no lo haría el quesero;

Daniel progresaría aunque fuese a costa del sacrificio de toda la familia, empezando por él mismo.

No. Daniel, el Mochuelo, no entendería nunca estas cosas, estas tozudeces de los hombres y que se justificaban como un anhelo lógico de liberarse. Liberarse, ¿de qué? ¿Sería él más libre en el colegio, o en la Universidad, que cuando el Moñigo y él se peleaban a boñigazo limpio en los prados del valle? Bueno, quizá sí; pero él nunca lo entendería.

Su padre, por otra parte, no supo lo que hizo cuando le puso el nombre de Daniel. Casi todos los padres de todos los chicos ignoraban lo que hacían al bautizarles. Y también lo ignoró el padre del maestro y el padre de Quino, el Manco, y el padre de Antonio, el Buche, el del bazar. Ninguno sabía lo que hacía cuando don José, el cura, que era un gran santo, volcaba la concha llena de agua bendita sobre la cabeza del recién nacido. O si sabían lo que hacían, ¿por qué lo hacían así, a conciencia de que era inútil?

A Daniel, el Mochuelo, le duró el nombre lo que la primera infancia. Ya en la escuela dejó de llamarse Daniel, como don Moisés, el maestro, dejó de llamarse Moisés a poco de llegar al pueblo.

Don Moisés, el maestro, era un hombre alto, desmedrado y nervioso. Algo así como un esqueleto recubierto de piel. Habitualmente torcía media boca como si intentase morderse el lóbulo de la oreja. La molicie o el contento le hacían acentuar la mueca de tal manera que la boca se le rasgaba hasta la patilla, que se afeitaba muy abajo. Era una cosa rara aquel hombre, y a Daniel, el Mochuelo, le asustó y le interesó desde el primer día de conocerle. Le llamaba Peón, como oía que le llamaban los demás chicos, sin saber por qué. El día que le explicaron que le bautizó el juez así en atención a que don Moisés «avanzaba de frente y comía de lado», Daniel, el Mochuelo, se dijo que «bueno», pero continuó sin entenderlo y llamándole Peón un poco atontas y a locas.

Por lo que a Daniel, el Mochuelo, concernía, es verdad que era curioso y todo cuanto le rodeaba lo encontraba nuevo y digno de consideración. La escuela, como es natural, le llamó la atención más que otras cosas, y más que la escuela en sí, el Peón, el maestro, y su boca inquieta e incansable y sus negras y espesas patillas de bandolero.

Germán, el hijo del zapatero, fue quien primero reparó en su modo de mirar las cosas. Un modo de mirar las cosas atento, concienzudo e insaciable.

—Fijaos —dijo—; lo mira todo como si le asustase.

Y todos le miraron con mortificante detenimiento.

—Y tiene los ojos verdes y redondos como los gatos —añadió un sobrino lejano de don Antonino, el marqués.

Otro precisó aún más y fue el que dio en el clavo:

—Mira lo mismo que un mochuelo.

Y con Mochuelo se quedó, pese a su padre y pese al profeta Daniel y pese a los diez leones encerrados con él en una jaula y pese al poder hipnótico de los ojos del profeta. La mirada de Daniel, el Mochuelo, por encima de los deseos de su padre, el quesero, no servía siquiera para apaciguar a una jauría de chiquillos. Daniel se quedó para usos domésticos. Fuera de casa sólo se le llamaba Mochuelo.

Su padre luchó un poco por conservar su antiguo nombre y hasta un día se peleó con la mujeruca que traía el fresco en el mixto; pero fue en balde. Tratar de impedir aquello era lo mismo que tratar de contener la impetuosa corriente del río en primavera. Una cosa vana. Y él sería, en lo sucesivo, Mochuelo, como don Moisés era el Peón; Roque el Moñigo; Antonio, el Buche; doña Lola, la tendera, la Guindilla mayor, y las de Teléfonos, las Cacas y las Lepóridas.

Aquel pueblo administraba el sacramento del bautismo con una pródiga y mordaz desconsideración.

V

Es verdad que la Guindilla mayor se tenía bien ganado su apodo por su carita redonda y coloradita su carácter picante y agrio como el aguardiente. Por añadidura era una cotilla. Y a las cotillas no las viene mal todo lo que les caiga encima. No tenía ningún derecho, por otra parte, a tratar de dominar al pueblo. El pueblo quería ser libre e independiente y a ella ni le iba ni le venía, a fin de cuentas, si Pancho creía o no creía en Dios, si Paco, el herrero, era abstemio o bebía vino, o si el padre de Daniel, el Mochuelo, fabricaba el queso con las manos limpias o con las uñas sucias. Si esto le repugnaba, que no comiera queso y asunto concluido.

Daniel, el Mochuelo, no creía que hacer lo que la Guindilla mayor hacía fuese ser buena. Los buenos eran los demás que le admitían sus impertinencias e, incluso, la nombraban presidenta de varias asociaciones piadosas. La Guindilla mayor era un esperpento y una víbora. A Antonio, el Buche, le asistía la razón al decir esto, aunque el Buche pensaba más, al fallar así, en la competencia comercial que le hacía la Guindilla, que en sus defectos físicos y morales.

La Guindilla mayor, no obstante el tono rojizo de su piel, era alta y seca como una cucaña, aunque ni siquiera tenía, como ésta, un premio en la punta. Total, que la Guindilla no tenía nada, aparte unas narices muy desarrolladas, un afán inmoderado de meterse en vidas ajenas y un vario y siempre renovado repertorio de escrúpulos de conciencia.

A don José, el cura, que era un gran santo, le traía de cabeza.

—Mire usted, don José —le decía, cualquier día, un minuto antes de empezar la misa—, anoche no pude dormir pensando que si Cristo en el Monte de los Olivos se quedó solo y los apóstoles se durmieron, ¿quién pudo ver que el Redentor sudase sangre?

Don José entornaba los ojillos, penetrantes como puntas de alfileres:

—Tranquiliza tu conciencia, hija; esas cosas las conocemos por revelación.

La Guindilla mayor lloriqueaba desazonada y hacía cuatro pucheros. Decía:

—¿Cree usted, don José, que podré comulgar tranquila habiendo pensado esas cosas?

Don José, el cura, debía usar de la paciencia de Job para soportarla:

—Si no tienes otras faltas puedes hacerlo.

Y así un día y otro día.

—Don José, anoche no pegué un ojo dando vueltas al asunto del Pancho. ¿Cómo puede recibir este hombre el sacramento del matrimonio si no cree en Dios?

Y unas horas después:

—Don José, no sé si me podrá absolver usted. Ayer domingo leí un libro pecaminoso que hablaba de las religiones en Inglaterra. Los protestantes están allí en franca mayoría. ¿Cree usted, don José, que si yo hubiera nacido en Inglaterra, hubiera sido protestante?

Don José, el cura, tragaba saliva:

—No sería difícil, hija.

—Entonces me acuso, padre, de que podría ser protestante de haber nacido en Inglaterra.

Doña Lola, la Guindilla mayor, tenía treinta y nueve años cuando Daniel, el Mochuelo, nació. Tres años después, el Señor la castigó en lo que más podía dolerle. Pero no es menos cierto que la Guindilla mayor se impuso a su dolor con la rigidez y destemplanza con que solía imponerse a sus convecinos.

El hecho de que a doña Lola se la conociera por la Guindilla mayor ya hace presumir que hubiese otras Guindillas menores. Y así era; las Guindillas habían sido tres, aunque ahora solamente restasen dos: la mayor y la menor; las dos Guindillas. Eran hijas de un guardia civil, durante muchos años jefe de puesto en el pueblo. Al morir el guardia, que, según malas lenguas, que nunca faltan, falleció de pena por no tener un hijo varón, dejó unos ahorros con los que sus hijas establecieron una tienda. Naturalmente que el sargento murió en unos tiempos en que un suboficial de la Guardia Civil podía, con su sueldo, vivir discretamente y aun ahorrar un poco. Desde la muerte del guardia —su mujer había muerto años antes— Lola, la Guindilla mayor, se hizo cargo de las riendas del hogar. Se impuso a sus hermanas por edad y por estatura.

Daniel, el Mochuelo, no conoció más que a dos Guindillas, pero según había oído decir en el pueblo, la tercera fue tan seca y huesuda como ellas y, en su época, resultó un problema difícil diferenciarlas sin efectuar, previamente, un prolijo y minucioso análisis.

Nada de eso desmiente que las dos Guindillas menores hicieran pasar, en vida, a su hermana mayor un verdadero purgatorio. La del medio era dejada y perezosa y su carácter y manera de ser trascendía al pueblo que, por los gritos y estridentes reconvenciones que a toda hora salían de la trastienda y la casa de las Guindillas, seguía la mala, y aun peor, situación de las relaciones

fraternas. Eso sí, decían en el pueblo y debía ser verdad porque lo decían todos, que jamás mientras las tres Guindillas vivieron juntas se las vio faltar un día a la misa de ocho que don José, el cura, que era un gran santo, decía en la parroquia, ante el altar de San Roque. Allí caminaban, tiesas y erguidas, las tres, hiciera frío, lloviera o tronase. Además marchaban regularmente, marcando el paso, porque su padre, aparte de los ahorros, dejó a sus hijas en herencia un muy despierto y preciso sentido del ritmo militar y de otras virtudes castrenses. Un-dos, un-dos, un-dos; allá avanzaban las tres Guindillas, con sus bustos secos, sus caderas escurridas y su soberbia estatura, camino de la iglesia, con los velos anudados a la barbilla y el breviario debajo del brazo.

Un invierno, la del medio, Elena, murió. Se apagó una mañana fosca y lluviosa de diciembre. Cuando la gente acudió a dar el pésame a las dos hermanas supervivientes, la Guindilla mayor se santiguaba y repetía:

—Dios es sabio y justo en sus decisiones; se ha llevado a lo más inútil de la familia. Démosle gracias.

Ya en el pequeño cementerio rayano a la iglesia, cuando cubrían con tierra el cuerpo descarnado de Elena —la Guindilla del medio—, varias plañideras comenzaron a gimotear. La Guindilla mayor se encaró con ellas, áspera y digna y destemplada:

—No la lloréis —dijo—; ha muerto de desidia.

Y, desde entonces, el trío se convirtió en dúo y en la misa de ocho que don José, el cura, que era un gran santo, rezaba ante el altar de san Roque, se echaba de menos el afilado y breve volumen de la Guindilla difunta.

Pero fue aún peor lo que ocurrió con la Guindilla menor. A fin de cuentas lo de la del medio fue designio de Dios, mientras lo de la otra fue una flaqueza de la carne y por lo tanto debido a su libre y despreocupado albedrío.

Por aquel entonces se estableció en el pueblo la pequeña sucursal del Banco que ahora remataba uno de los costados de la plaza. Con el director arribó un oficialito apuesto y bien vestido al que sólo por verle la cara de cerca, a través de la ventanilla, le llevaban sus ahorros las vecinas de la calle. Fue un buen cebo el que utilizó el Banco para atrapar clientela. Un procedimiento que cualquier financiero de talla hubiera recusado, pero que en el pueblo rindió unos resultados formidables. Tanto fue así que Ramón, el hijo del boticario, que empezaba entonces sus estudios jurídicos, lamentó no estar en condiciones todavía de elaborar su tesis doctoral que hubiera hecho muy a gusto sobre el original tema «Influencia de un personal escrupulosamente escogido en las economías de un pueblo». Con lo de

«economías» se refería a «ahorros» y con lo de «pueblo», concretamente, a su «pequeña aldea». Lo que ocurría es que sonaba muy bien aquello de «economía de un pueblo» y daba a su hipotético trabajo, y aunque él lo decía en broma, una mayor altura y un alcance mucho más amplio.

Con la llegada de Dimas, el oficialito del Banco, los padres y los maridos del pueblo se pusieron en guardia. Don José, el cura, que era un gran santo, charló repetidas veces con don Dimas, apuntándole las grandes consecuencias que su bigote podría acarrear sobre el pueblo, para bien o para mal. La asiduidad con que el cura y don Dimas se entrevistaban diluyó no poco el recelo de padres y maridos y hasta la Guindilla menor consideró que no era imprudente ni irreligioso dejarse acompañar, de cuando en cuando, por don Dimas, aunque su hermana mayor, extremando el comedimiento, le censurase a gritos «su libertinaje y su descoco notorios».

Lo cierto es que a la Guindilla menor, a la que hasta entonces se le antojara aquel valle una cárcel vacía y sin luz, se le abrieron repentinamente los horizontes y reparó, por vez primera en su vida, en la belleza de las montañas abruptas, las calidades poéticas de la verde campiña y en lo sugestivo que resultaba oír rasgarse la noche del valle por el estridente silbido de un tren. Naderías, al fin y al cabo, pero naderías que logran una afilada trascendencia cuando se tiene el corazón encandilado.

Una tarde, la Guindilla menor regresó de su acostumbrado paseo alborozada:

—Hermana —dijo—. No sé de dónde te viene esa inquina hacia Dimas. Es el mejor hombre que he conocido. Hoy le hablé de nuestro dinero y él me dio enseguida cuatro ideas para colocarlo bien. Le he dicho que lo teníamos en un Banco de la ciudad y que hablaríamos tú y yo antes de decidirme.

Aulló, escocida, la Guindilla mayor:

—¿Y le has dicho que se trata solamente de mil duros?

Sonrió la Guindilla menor ante el menosprecio que su hermana hacía de su sagacidad:

—No, naturalmente. De la cifra no he dicho nada —dijo.

Lola, la Guindilla mayor, levantó sus hombros huesudos en ademán de impotencia. Luego chilló, dejando resbalar las palabras, como por un tobogán, a lo largo de su afilada nariz:

—¿Sabes lo que te digo? Que ese hombre es un truhán que se está burlando de ti. ¿No ves que todo el pueblo anda en comentarios y riéndose de tu tontería? Serás tú la única que no se enterré hermana. —Cambió

repentinamente el tono de su voz, suavizándolo—: Tienes treinta y seis años, Irene; podrías ser casi la madre de ese muchacho. Piénsalo bien.

Irene, la Guindilla menor, adoptó una actitud levantisca, de mar encrespada.

—Me duelen tus recelos, Lola, para que lo sepas —dijo—. Me fastidian tus malévolas insinuaciones. Nada tiene de particular, creo yo, que se entiendan un hombre y una mujer. Y nada significa que se lleven unos años. Lo que ocurre es que todas las del pueblo, empezando por ti, me tenéis envidia.

Las dos Guindillas se separaron con las narices en alto. A la tarde siguiente, Cuco, el factor, anunció en el pueblo que doña Irene, la Guindilla menor, y don Dimas, el del Banco, habían cogido el mixto para la ciudad. A la Guindilla mayor, al enterarse, le vino un golpe de sangre a la cara que le ofuscó la razón. Se desmayó. Tardó más de cinco minutos en recobrar el sentido. Cuando lo hizo, extrajo de un apolillado arcón el traje negro que aún conservaba desde la muerte de su padre, se embuchó en él, y marchó a paso rápido a la rectoría.

—Don José, Dios mío, qué gran desgracia —dijo al entrar.

—Serénate, hija.

Se sentó la Guindilla en una silla de mimbre, junto a la mesa del cura. Interrogó a don José con la mirada.

—Sí, ya lo sé; el Cuco me lo contó todo —respondió el párroco.

Ella respiró fuerte y sus costillas resonaron como si entrechocasen. Seguidamente se limpió una lágrima, redonda y apretada como un goterón de lluvia.

—Escúcheme con atención, don José —dijo—, tengo una horrible duda. Una duda que me corroe las entrañas. Irene, mi hermana, es ya una prostituta, ¿no es eso?

El cura se ruborizó un poco:

—Calla, hija. No digas disparates.

Cerró el párroco el breviario que estaba leyendo y carraspeó, pero su voz salió, no obstante, empañada de una sorda gangosidad.

—Escucha —dijo—, no es una prostituta la mujer que se da a un hombre por amor. La prostituta es la que hace de su cuerpo y de las gracias que Dios le ha dado un comercio ilícito; la que se entrega a todos los hombres por un estipendio. ¿Comprendes la diferencia?

La Guindilla irguió el busto, inexorable:

—Padre, de todas maneras lo que ha hecho Irene es un gravísimo pecado, un asqueroso pecado, ¿no es cierto?

—Lo es, hija —respondió el cura—, pero no irreparable. Creo conocer a don Dimas y no me parece mal muchacho. Se casarán.

La Guindilla mayor se cubrió los ojos con los dedos descarnados y reprimió a medias un sollozo:

—Padre, padre, pero aún hay otra cosa —dijo—. A mi hermana le ha hecho caer el ardor de la sangre. Es su sangre la que ha pecado. Y mi sangre es la misma que la de ella. Yo podría haber hecho otro tanto. Padre, padre, me acuso de ello. De todo corazón, horriblemente contristada, me arrepiento de ello.

Se levantó don José, el cura, que era un gran santo, y le tocó la cabeza con los dedos:

—Ve, hija. Ve a tu casa y tranquilízate. Tú no tienes la culpa de nada. Lo de Irene, ya lo arreglaremos.

Lola, la Guindilla mayor, abandonó la rectoría. En cierto modo iba más consolada. Por el camino se repitió mil veces que estaba obligada a expresar su dolor y vergüenza de modo ostensible, ya que perder la honra siempre era una desgracia mayor que perder la vida. Influida por esta idea, al llegar a casa, recortó un cartoncito de una caja de zapatos, tomó un pincel y a trazos nerviosos escribió: «Cerrado por deshonra». Bajó a la calle y lo fijó a la puerta de la tienda.

El establecimiento, según le contaron a Daniel, el Mochuelo, estuvo cerrado diez días con sus diez noches consecutivas.

VI

Pero Daniel, el Mochuelo, sí sabía ahora lo que era tener el vientre seco y lo que era un aborto. Estas cosas se hacen sencillas y comprensibles a determinada edad. Antes, le parecen a uno cosa de brujas. El desdoblamiento de una mujer no encuentra sitio en la cabeza humana mientras no se hace evidente la rotundidad delatora. Y eso no pasa casi nunca antes de la Primera Comunión. Los ojos no sirven, antes de esa edad, para constatar las cosas palmarias y cuya simplicidad, más tarde, nos abruma.

Mas también Germán, el Tiñoso, el hijo del zapatero, sabía lo que era un vientre seco y lo que era un aborto. Germán, el Tiñoso, siempre fue un buen amigo, en todas las ocasiones; hasta en las más difíciles. No llegó, con Daniel, el Mochuelo, a la misma intimidad que el Moñigo, por ejemplo, pero ello no era achacable a él, ni a Daniel, el Mochuelo, ni a ninguna de las cosas y fenómenos que dependen de nuestra voluntad.

Germán, el Tiñoso, era un muchacho esmirriado, endeble y pálido. Tal vez con un pelo menos negro no se le hubieran notado tanto las calvas. Porque Germán tenía las calvas en la cabeza desde muy niño y seguramente por eso le llamaban el Tiñoso, aunque, por supuesto, las calvas no fueran de tiña propiamente hablando.

Su padre el zapatero, además del tallercito —a mano izquierda de la carretera, según se sube, pasado el palacio de don Antonino, el marqués— tenía diez hijos: seis como Dios manda, desglosados en unidades, y otros cuatro en dos pares. Claro que su mujer era melliza y la madre de su mujer lo había sido y él tenía una hermana en Cataluña que era melliza también y había alumbrado tres niños de un solo parto y vino, por ello, en los periódicos y el gobernador la había socorrido con un donativo. Todo esto era sintomático sin duda. Y nadie apearía al zapatero de su creencia de que estos fenómenos se debían a un bacilo, «como cualquier otra enfermedad».

Andrés, el zapatero, visto de frente, podía pasar por padre de familia numerosa; visto de perfil, imposible. Con motivos sobrados le decían en el pueblo: «Andrés, el hombre que de perfil no se le ve». Y esto era casi literalmente cierto de lo escuchimizado y flaco que era. Y además, tenía una muy acusada inclinación hacia delante, quién decía que a consecuencia de su trabajo, quién por su afán insaciable por seguir, hasta perderlas de vista, las pantorrillas de las chicas que desfilaban dentro de su campo visual. Viéndole en esta disposición resultaba menos abstruso, visto de frente o de perfil, que

fuera padre de diez criaturas. Y por si fuera poco la prole, el tallercito de Andrés, el zapatero, estaba siempre lleno de verderones, canarios y jilgueros enjaulados y en primavera aturdían con su cri-cri desazonador y punzante más de una docena de grillos. El hombre, ganado por el misterio de la fecundación, hacía objeto a aquellos animalitos de toda clase de experiencias. Cruzaba canarias con verderones y canarios con jilgueras para ver lo que salía y él aseguraba que los híbridos ofrecían entonaciones más delicadas y cadenciosas que los pura raza.

Por encima de todo, Andrés, el zapatero, era un filósofo. Si le decían: «Andrés, ¿pero no tienes bastante con diez hijos que aún buscas la compañía de los pájaros?, —respondía—: Los pájaros no me dejan oír los chicos».

Por otra parte, la mayor parte de los chicos estaban ya en edad de defenderse. Los peores años habían pasado a la historia. Por cierto que al llamar a quintas a la primera pareja de mellizos sostuvo una discusión acalorada con el Secretario porque el zapatero aseguraba que eran de reemplazos distintos.

—Pero hombre de Dios —dijo el Secretario—, ¿cómo van a ser de diferente quinta siendo gemelos?

A Andrés, el zapatero, se le fueron los ojos tras las rollizas pantorrillas de una moza que había ido a justificar la ausencia de su hermano. Después hurtó el cuello, con un ademán que recordaba al caracol que se reduce en su concha, y respondió:

—Muy sencillo; el Andrés nació a las doce menos diez del día de san Silvestre. Cuando nació el Mariano ya era año nuevo.

Sin embargo, como ambos estaban inscritos en el Registro el 31 de diciembre, Andrés, «el hombre que de perfil no se le ve», tuvo que acceder a que se llevaran juntos a los dos chicos.

Otro de sus hijos, Tomás, estaba bien colocado en la ciudad, en una empresa de autobuses. Otro, el Bizco, le ayudaba en su trabajo. Las demás eran chicas salvando, naturalmente, a Germán, el Tiñoso, que era el más pequeño.

Germán, el Tiñoso, fue el que dijo de Daniel, el Mochuelo, el día que éste se presentó en la escuela, que miraba las cosas como si siempre estuviese asustado. Afinando un poco, resultaba ser Germán, el Tiñoso, quien había bautizado a Daniel, pero éste no le guardaba ningún rencor por ello, antes bien encontró en él, desde el primer día, una leal amistad.

Las calvas del Tiñoso no fueron obstáculo para una comprensión. Si es caso, las calvas facilitaron aquella amistad, ya que Daniel, el Mochuelo, sintió

desde el primer instante una vehemente curiosidad por aquellas islitas blancas, abiertas en el espeso océano de pelo negro que era la cabeza del Tiñoso.

Sin embargo, a pesar de que las calvas del Tiñoso no constituían motivo de preocupación en casa del zapatero ni en su reducido círculo de amigos, la guindilla mayor, guiada por su frustrado instinto maternal en el que envolvía a todo el pueblo, decidió intervenir en el asunto, por más que el asunto ni le iba ni le venía. Mas la Guindilla mayor era muy aficionada a entrometerse donde nadie la llamaba. Entendía que su desmedido interés por el prójimo lo dictaba su ferviente anhelo de caridad, su alto sentido de la fraternidad cristiana, cuando lo cierto era que la Guindilla mayor utilizaba esta treta para poder husmear en todas partes bajo un rebozo, poco convincente, de prudencia y discreción.

Una tarde, estando Andrés, «el hombre que de perfil no se le ve», afanando en su cuchitril, le sorprendió la llegada de doña Lola, la Guindilla.

—Zapatero —dijo, apenas estuvo ante él—, ¿cómo tiene usted al chiquillo con esas calvas?

El zapatero no perdió la compostura ni apartó la vista de su tarea.

—Déjele estar, señora —respondió—. A la vuelta de cien años ni se le notarán las calvas.

Los grillos, los verderones y los jilgueros armaban una algarabía espantosa y la Guindilla y el zapatero habían de entenderse a gritos.

—¡Tenga! —añadió ella, autoritaria—. Por las noches le va usted a poner esta pomada.

El zapatero alzó la vista hasta ella, cogió el tubo, lo miró y remiró por todas partes y, luego, se lo devolvió a la Guindilla.

—Guárdeselo —dijo—; esto no vale. Al chiquillo le ha pegado las calvas un pájaro.

Y continuó trabajando.

Aquello podía ser verdad y podía no serlo. Por de pronto, Germán, el Tiñoso, sentía una afición desmesurada por los pájaros. Seguramente se trataba de una reminiscencia de su primera infancia, desarrollada entre estridentes pitidos de verderones, canarios y jilgueros. Nadie en el valle entendía de pájaros como Germán, el Tiñoso, que además, por los pájaros, era capaz de pasarse una semana entera sin comer ni beber. Esta cualidad influyó mucho, sin duda, en que Roque, el Moñigo, se aviniese a hacer amistad con aquel rapaz físicamente tan deficiente.

Muchas tardes, al salir de la escuela, Germán les decía:

—Vamos. Sé dónde hay nido de curas. Tiene doce crías. Está en la tapia del boticario.

O bien:

—Venid conmigo al prado del Indiano. Está lloviznando y los tordos saldrán a picotear las boñigas.

Germán, el Tiñoso, distinguía como nadie a las aves por la violencia o los espasmos del vuelo o por la manera de gorjear; adivinaba sus instintos; conocía, con detalle, sus costumbres; presentía la influencia de los cambios atmosféricos en ellas y se diría que, de haberlo deseado, hubiera aprendido a volar.

Esto, como puede suponerse, constituía para el Mochuelo y el Moñigo un don de inapreciable valor. Si iban a pájaros no podía faltar la compañía de Germán, el Tiñoso, como a un cazador que se estime en algo no puede faltarle el perro.

Esta debilidad del hijo del zapatero le acarreó por otra parte muy serios y sensibles contratiempos. En cierta ocasión, buscando un nido de malvices entre la maleza de encima del túnel, perdió el equilibrio y cayó aparatosamente sobre la vía, fracturándose un pie. Al cabo de un mes, don Ricardo le dio por curado, pero Germán, el Tiñoso, renqueó de la pierna derecha durante toda su vida. Claro que a él no le importaba esto demasiado y siguió buscando nidos con el mismo inmoderado afán que antes del percance.

En otra ocasión, se desplomó desde un cerezo silvestre, donde acechaba a los tordos, sobre una enmarañada zarzamora. Una de las púas le rasgó el lóbulo de la oreja derecha de arriba a abajo, y como él no quiso cosérselo, le quedó el lobulillo dividido en dos como la cola de un frac.

Pero todo esto eran gajes del oficio y a Germán, el Tiñoso, jamás se le ocurrió lamentarse de su cojera, de su lóbulo partido, ni de sus calvas que, al decir de su padre, se las había contagiado un pájaro. Si los males provenían de los pájaros, bienvenidos fuesen. Era la suya una especie de resignación estoica cuyos límites no resultaban nunca previsibles.

—¿No te duele nunca eso? —le preguntó un día el Moñigo, refiriéndose a la oreja.

Germán, el Tiñoso, sonrió, con su sonrisa pálida y triste de siempre.

—Alguna vez me duele el pie cuando va a llover. La oreja no me duele nunca —dijo.

Pero para Roque, el Moñigo, el Tiñoso poseía un valor superior al de un simple experto pajarero. Éste era su propia endeblez constitucional. En este aspecto, Germán, el Tiñoso, significaba un cebo insuperable para buscar

camorra. Y Roque, el Moñigo, precisaba de camorras como del pan de cada día. En las romerías de los pueblos colindantes, durante el estío, el Moñigo hallaba frecuentes ocasiones de ejercitar sus músculos. Eso sí, nunca sin una causa sobradamente justificada. Hay un afán latente de pujanza y hegemonía en el coloso de un pueblo hacia los colosos de los vecinos pueblos, villorrios y aldeas. Y Germán, el Tiñoso, tan enteco y delicado, constituía un buen punto de contacto entre Roque y sus adversarios; una magnífica piedra de toque para deslindar supremacías.

El proceso hasta la ruptura de hostilidades no variaba nunca. Roque, el Moñigo, estudiaba el terreno desde lejos. Luego, susurraba al oído del Tiñoso:

—Acércate y quédate mirándolos, como si fueras a quitarles las avellanas que comen.

Germán, el Tiñoso, se acercaba atemorizado. De todas formas, la primera bofetada era inevitable. De otro lado, no era cosa de mandar al diablo su buena amistad con el Moñigo por un escozor pasajero. Se detenía a dos metros del grupo y miraba a sus componentes con insistencia. La conminación no se hacía esperar:

—No mires así, pasmado. ¿Es que no te han dado nunca una guarra?

El Tiñoso, impertérrito, sostenía la mirada sin pestañear y sin cambiar de postura, aunque las piernas le temblaban un poco. Sabía que Daniel, el Mochuelo, y Roque, el Moñigo, acechaban tras el estrado de la música. El coloso del grupo enemigo insistía:

—¿Oíste, mierdica? Te largas de ahí o te abro el alma en canal.

Germán, el Tiñoso, hacía como si no oyera, los dos ojos como dos faros, centrados en el paquete de avellanas, inmóvil y sin pronunciar palabra. En el fondo, consideraba ya el lugar del presunto impacto y si la hierba que pisaba estaría lo suficientemente mullida para paliar el golpe. El gallito adversario perdía la paciencia:

—Toma, fisgón, para que aprendas.

Era una cosa inexplicable, pero siempre, en casos semejantes, Germán, el Tiñoso, sentía antes la consoladora presencia del Moñigo a su espalda que el escozor del cachete. Su consoladora presencia y su voz próxima, caliente y protectora:

—Pegaste a mi amigo, ¿verdad? —y añadía mirando compasivamente a Germán—: ¿Le dijiste tú algo, Tiñoso?

—No abrí la boca. Me pegó porque le miraba.

La pelea ya estaba hecha y el Moñigo llevaba, además, la razón en cuanto que el otro había golpeado a su amigo sólo por mirarle, es decir, según las

elementales normas del honor de los rapaces, sin motivo suficiente y justificado.

Y como la superioridad de Roque, el Moñigo, en aquel empeño era cosa descontada, siempre concluían sentados en el «campo» del grupo adversario y comiéndose sus avellanas.

VII

Entre ellos tres no cabían disensiones. Cada cual acataba de antemano el lugar que le correspondía en la pandilla. Daniel, el Mochuelo, sabía que no podía imponerse al Moñigo, aunque tuviera una inteligencia más aguda que la suya, y Germán, el Tiñoso, reconocía que estaba por debajo de los otros dos, a pesar de que su experiencia pajarera era mucho más sutil y vasta que la de ellos. La prepotencia, aquí, la determinaba el bíceps y no la inteligencia, ni las habilidades, ni la voluntad. Después de todo, ello era una cosa razonable, pertinente y lógica.

Ello no quita para que Daniel, el Mochuelo, fuera el único capaz de coger los trenes mercancías en pleno ahogo ascendente y aun los mixtos si no venían sin carga o con máquina nueva. El Moñigo y el Tiñoso corrían menos que él, pero la ligereza de las piernas tampoco justificaba una primacía. Representaba una estimable cualidad, pero sólo eso.

En las tardes dominicales y durante las vacaciones veraniegas los tres amigos frecuentaban los prados y los montes y la bolera y el río. Sus entretenimientos eran variados, cambiantes y un poco salvajes y elementales. Es fácil hallar diversión, a esa edad, en cualquier parte. Con los tirachinas hacían, en ocasiones, terribles carnicerías de tordos, mirlos y malvises. Germán, el Tiñoso, sabía que los tordos, los mirlos y los malvises, al fin y al cabo de la misma familia, aguardaban mejor que en otra parte, en las zarzamoras y los bardales, a las horas de calor. Para matarlos en los árboles o en la vía, cogiéndolos aún adormilados, era preciso madrugar. Por eso preferían buscarlos en plena canícula, cuando los animales sesteaban perezosamente entre la maleza. El tiro era, así, más corto, el blanco más reposado y, consiguientemente, la pieza resultaba más segura.

Para Daniel, el Mochuelo, no existía plato selecto comparable a los tordos con arroz. Si cobraba uno le gustaba, incluso, desplumarle por sí mismo y de esta forma pudo adivinar un día que casi todos los tordos tenían miseria debajo del plumaje. Le decepcionó la respuesta del Tiñoso al comunicarle su maravilloso descubrimiento.

—¿Ahora te enteras? Casi todos los pájaros tienen miseria bajo la pluma. Según mi padre, a mí me pegó las calvas un cuclillo.

Daniel, el Mochuelo, formó el propósito de no intentar nuevos descubrimientos concernientes a los pájaros. Si quería conocer algo de ellos resultaba más cómodo y rápido preguntárselo al Tiñoso.

Otros días iban al corro de bolos a jugar una partida. Aquí, Roque, el Moñigo, les aventajaba de forma contundente. De nada servía que les concediese una apreciable ventaja inicial; al acabar la partida, ellos apenas si se habían movido de la puntuación obtenida de gracia, mientras el Moñigo rebasaba, sin esfuerzo, el máximo. En este juego, el Moñigo demostraba la fuerza y el pulso y la destreza de un hombre ya desarrollado. En los campeonatos que se celebraban por la Virgen, el Moñigo —que participaba con casi todos los hombres del pueblo— nunca se clasificaba por debajo del cuarto lugar. A su hermana Sara le sulfuraba esta precocidad.

—Bestia, bestia —decía—, que vas a ser más bestia que tu padre.

Paco, el herrero, la miraba con ojos esperanzados.

—Así lo quiera Dios —añadía, como si rezara.

Pero, quizá, donde los tres amigos encontraban un entretenimiento más intenso y completo era en el río, del otro lado de la tasca de Quino, el Manco. Se abría, allí, un prado extenso, con una gran encina en el centro y, al fondo, una escarpada muralla de roca viva que les independizaba del resto del valle. Enfrente de la muralla se hallaba la Poza del Inglés y, unos metros más abajo, el río se deslizaba entre rocas y guijos de poco tamaño, a escasa profundidad. En esta zona pescaban cangrejos a mano, levantando con cuidado las piedras y apresando fuertemente a los animalitos por la parte más ancha del caparazón, mientras éstos retorcían y abrían y cerraban patosamente sus pinzas en un postrer intento de evasión tesonero e inútil.

Otras veces, en la Poza del Inglés, pescaban centenares de pececillos que navegaban en bancos tan numerosos que, frecuentemente, las aguas negreaban por su abundancia. Bastaba arrojar a la poza una remanga con cualquier cebo artificial de tonos chillones para atraparlos por docenas. Lo malo fue que, debido al excesivo número y a la fácil captura, los muchachos empezaron por subestimarlos y acabaron despreciándolos del todo. Y otro tanto les ocurría con los ráspanos, las majuelas, las moras y las avellanas silvestres. Cooperaba no poco a fomentar este desdén el hecho de que don Moisés, el maestro, pusiera sus preferencias en los escolares que consumían bobamente sus horas libres recogiendo moras o majuelas para obsequiar con ellas a sus madres. O bien, pescando jaramugo. Y, por si esto fuera poco, estos mismos rapaces eran los que al final de curso obtenían diplomas, puntuaciones sobresalientes y menciones honoríficas. Roque, el Moñigo, Daniel, el Mochuelo, y Germán, el Tiñoso, sentían hacia ellos un desdén tan hondo por lo menos como el que les inspiraban las moras, las avellanas silvestres y el jaramugo.

En las tardes calurosas de verano, los tres amigos se bañaban en la Poza del Inglés. Constituía un placer inigualable sentir la piel en contacto directo con las aguas, refrescándose. Los tres nadaban a estilo perruno, salpicando y removiendo las aguas de tal manera que, mientras duraba la inmersión, no se barruntaba, en cien metros río abajo y otros tantos río arriba, la más insignificante señal de vida.

Una de estas tardes, mientras secaban sus cuerpecillos, tendidos al sol en el prado de la Encina, Daniel, el Mochuelo, y Germán, el Tiñoso, se enteraron, al fin, de lo que significaba tener el vientre seco y de lo que era un aborto. Tenían, entonces, siete y ocho años, respectivamente, y Roque, el Moñigo, se cubría con un remendado calzoncillo con lo de atrás delante y el Mochuelo y el Tiñoso se bañaban en cueros vivos porque todavía no les había nacido la vergüenza. Fue Roque, el Moñigo, quien se la despertó y aquella misma tarde.

Sin saber aún por qué, Daniel, el Mochuelo, relacionaba todo esto con una conversación sostenida con su madre, cuatro años atrás, al mostrarle él la estampa de una exuberante vaca holandesa.

—Qué bonita, ¿verdad, Daniel? Es una vaca lechera —dijo su madre.

El niño la miró estupefacto. Él no había visto leche más que en las perolas y los cántaros.

—No, madre, no es una vaca lechera; mira, no tiene cantaras —enmendó.

La madre reía silenciosamente de su ingenuidad. Le tomó en el regazo y aclaró:

—Las vacas lecheras no llevan cántaros, hijo.

Él la miró de frente para adivinar si le engañaba. Su madre se reía. Intuyó Daniel que algo, muy recóndito, había detrás de todo aquello. Aún no sabía que existiera «eso», porque sólo tenía tres años, pero en aquel instante lo presintió.

—¿Dónde llevan la leche entonces, madre? —indagó, ganado por un súbito afán de aclararlo todo.

Su madre se reía aún. Tartamudeó un poco, sin embargo, al contestarle:

—En… la barriga, claro —dijo.

Como una explosión retumbó la perplejidad del niño:

—¿Queeeeé?

—Que las vacas lecheras llevan la leche en la barriga, Daniel —agregó ella, y le apuntaba con la chata uña la ubre prieta de la vaca de la estampa.

Dudó un momento Daniel, el Mochuelo, mirando la ubre esponjosa; señaló el pezón.

—¿Y la leche sale por ese grano? —dijo.

—Sí, hijito, por ese grano sale.

Aquella noche, Daniel no pudo hablar ni pensar en otra cosa. Intuía en todo aquello un misterio velado para él, pero no para su madre. Ella se reía como no se reía otras veces, al preguntarle otras cosas. Paulatinamente, el Mochuelo se fue olvidando de aquello. Meses después, su padre compró una vaca. Más tarde conoció las veinte vacas del boticario y las vio ordeñar. Daniel, el Mochuelo, se reía mucho luego al solo pensamiento de que hubiera podido imaginar alguna vez que las vacas sin cántaras no daban leche.

Aquella tarde, en el prado de la Encina, junto al río, mientras el Moñigo hablaba, él se acordó de la estampa de la vaca holandesa. Acababan de chapuzarse y un vientecillo ahilado les secaba el cuerpo a fríos lengüetazos. Con todo, flotaba un calor excesivo y pegajoso en el ambiente. Tumbados boca arriba en la pradera, vieron pasar por encima un enorme pájaro.

—¡Mirad! —chilló el Mochuelo—. Seguramente será la cigüeña que espera la maestra de La Cullera. Va en esa dirección.

Cortó el Tiñoso:

—No es una cigüeña; es una grulla.

El Moñigo se sentó en la hierba frunciendo los labios en un gesto hosco y enfurruñado. Daniel, el Mochuelo, contempló con envidia cómo se inflaba y desinflaba su enorme tórax.

—¿Qué demonio de cigüeña espera la maestra? ¿Así andáis todavía? —dijo el Moñigo.

El Mochuelo y el Tiñoso se incorporaron también, sentándose en la hierba. Ambos miraban anhelantes al Moñigo; intuían que algo iba a decir de «eso». El Tiñoso le dio pie.

—¿Quién trae los niños, entonces? —dijo.

Roque, el Moñigo, se mantenía serio, consciente de su superioridad en aquel instante.

—El parir —dijo, seco, rotundo.

—¿El parir? —inquirieron, a dúo, el Mochuelo y el Tiñoso.

El otro remachó:

—Sí, el parir. ¿Visteis alguna vez parir a una coneja? —dijo.

—Sí.

—Pues es igual.

En la cara del Mochuelo se dibujó un cómico gesto de estupor.

—¿Quieres decir que todos somos conejos? —aventuró.

Al Moñigo le enojaba la torpeza de sus interlocutores.

—No es eso —dijo—. En vez de una coneja es una mujer; la madre de cada uno.

Brilló en las pupilas del Tiñoso un extraño resplandor de inteligencia.

—La cigüeña no trae los niños entonces, ¿verdad? Ya me parecía raro a mí —explicó—. Yo me decía, ¿por qué mi padre va a tener diez visitas de la cigüeña y la Chata, la vecina, ninguna y está deseando tener un hijo y mi padre no quería tantos?

El Moñigo bajó la voz. En torno había un silencio que sólo quebraban el cristalino chapaleo de los rápidos del río y el suave roce del viento contra el follaje. El Mochuelo y el Tiñoso tenían la boca abierta. Dijo el Moñigo:

—Les duele la mar, ¿sabéis?

Estalló el reticente escepticismo del Mochuelo:

—¿Por qué sabes tú esas cosas?

—Eso lo sabe todo cristiano menos vosotros dos, que vivís embobados —dijo el Moñigo—. Mi madre se murió de lo mucho que le dolía cuando nací yo. No se puso enferma ni nada; se murió de dolor. Hay veces que, por lo visto, el dolor no se puede resistir y se muere uno. Aunque no estés enfermo, ni nada; sólo es el dolor. —Emborrachado por la ávida atención del auditorio, añadió—: Otras mujeres se parten por la mitad. Se lo he oído decir a la Sara.

Germán, el Tiñoso, inquirió:

—Más tarde sí se ponen enfermas, ¿no es cierto?

El Moñigo acentuó el misterio de la conversación bajando aún más la voz:

—Se ponen enfermas al ver al niño —confesó—. Los niños nacen con el cuerpo lleno de vello y sin ojos, ni orejas, ni narices. Sólo tienen una boca muy grande para mamar. Luego les van naciendo los ojos, y las orejas, y las narices y todo.

Daniel, el Mochuelo, escuchaba las palabras del Moñigo todo estremecido y anhelante. Ante sus ojos se abría una nueva perspectiva que, al fin y al cabo, no era otra cosa que la justificación de la vida y la humanidad. Sintió una repentina vergüenza de hallarse enteramente desnudo al aire libre. Y, al tiempo, experimentó un amor remozado, vibrante e impulsivo hacia su madre. Sin él saberlo, notaba, por primera vez, dentro de sí, la emoción de la consanguinidad. Entre ellos había un vínculo, algo que hacía, ahora, de su madre una causa imprescindible, necesaria. La maternidad era más hermosa así; no se debía al azar, ni al capricho un poco absurdo de una cigüeña. Pensó Daniel, el Mochuelo, que de cuanto sabía de «eso», era esto lo que más le agradaba; el saberse consecuencia de un gran dolor y la coincidencia de que

ese dolor no lo hubiera esquivado su madre porque deseaba tenerle precisamente a él.

Desde entonces, miró a su madre de otra manera, desde un ángulo más humano y simple, pero más sincero y estremecido también. Era una sensación extraña la que le embargaba en su presencia; algo así como si sus pulsos palpitasen al unísono, uniformemente; una impresión de paralelismo y mutua necesidad.

En lo sucesivo, Daniel, el Mochuelo, siempre que iba a bañarse a la Poza del Inglés, llevaba un calzoncillo viejo y remendado, como el Moñigo, y se ponía lo de atrás delante. Y, entonces, pensaba en lo feo que debía ser él nada más nacer, con todo el cuerpo cubierto de vello y sin ojos, ni orejas, ni narices, ni nada… Sólo una bocaza enorme y ávida para mamar. «Como un topo», pensaba. Y el primer estremecimiento se transformaba al poco rato en una risa espasmódica y contagiosa.

VIII

Según Roque, el Moñigo, la Guindilla menor era una de las mujeres del pueblo que tenía el vientre seco. Esto, aunque de difícil comprobación, no suponía nada de particular porque las Guindillas, más o menos, lo tenían seco todo.

La Guindilla menor regresó al pueblo en el tranvía interprovincial a los tres meses y cuatro días, exactamente, de su fuga. El regreso, como antes la fuga, constituyó un acontecimiento en todo el valle, aunque, también, como todos los acontecimientos, pasó y se olvidó y fue sustituido por otro acontecimiento que, a su vez, le ocurrió otro tanto y también se olvidó. Pero, de esta manera, iba elaborándose, poco a poco, la pequeña y elemental historia del valle. Claro que la Guindilla regresó sola, y a don Dimas, el del Banco, no se le volvió a ver el pelo, a pesar de que don José, el cura prejuzgaba que no era mal muchacho. Bueno o malo, don Dimas se disolvió en el aire, como se disolvía, sin dejar rastro, el eco de las montañas.

Fue Cuco, el factor, quien primero llevó la noticia al pueblo. Después de la «radio» de don Ramón, el boticario, Cuco, el factor, era la compañía más codiciada del lugar. Sus noticias eran siempre frescas y curiosas, aunque no siempre edificantes. Cuco, el factor, ostentaba una personalidad rolliza, pujante, expansiva y físicamente optimista. Daniel, el Mochuelo, le admiraba; admiraba su carácter, sus conocimientos y la simplicidad con que manejaba y controlaba la salida, entrada y circulación de los trenes por el valle. Todo esto implicaba una capacidad; la ductilidad y el talento de organización de un factor no se improvisan.

Irene, la Guindilla menor, al apearse del tren, llevaba lágrimas en los ojos y parecía más magra y consumida que cuando marchó, tres meses antes. Aparentaba caminar bajo el peso de un fardo invisible que la obligaba a encorvarse por la cintura. Eran, sin duda, los remordimientos. Vestía como suelen vestir las mujeres viudas, muy viudas, toda enlutada y con una mantilla negra y tupida que le escamoteaba el rostro.

Había llovido durante el día y la Guindilla, al subir la varga, camino del pueblo, no se preocupaba de sortear los baches, antes bien parecía encontrar algún raro consuelo en la inmersión repetida de sus piececitos en los charcos y el fango de la carretera.

Lola, la Guindilla mayor, quedó pasmada al sorprender a su hermana, indecisa, a la puerta de la tienda. Se pasó la mano repetidamente por los ojos

como queriendo disipar alguna mala aparición.

—Sí, soy yo, Lola —murmuró la menor—. No te extrañes. Aunque pecadora y todo, he vuelto. ¿Me perdonas?

—¡Por los siglos de los siglos! Ven aquí. Pasa —dijo la Guindilla mayor.

Desaparecieron las dos hermanas en la trastienda. Ya en ella, se contemplaron una a otra en silencio. La Guindilla menor se mantenía encogida y cabizbaja y humillada. La mayor aparentaba haber engordado instantáneamente con el regreso y el arrepentimiento de la otra.

—¿Sabes lo que has hecho, Irene? —fue lo primero que le dijo.

—Calla, por favor —gimoteó la hermana, y se desplomó sobre el tablero de la mesa, llorando a moco tendido.

La Guindilla mayor respetó el llanto de su hermana. El llanto era necesario para lavar la conciencia. Cuando Irene se incorporó, las dos hermanas se miraron de nuevo a los ojos. Apenas precisaban de palabras para entenderse. La comprensión brotaba de lo inexpresado:

—Irene, ¿has…?

—He…

—¡Dios mío!

—Me engañó.

—¿Te engañó o te engañaste?

—Como quieras, hermana.

—¿Era tu marido cuando…?

—No… No lo es ahora, siquiera.

—¡Dios mío! ¿Esperas…?

—No. Él me dijo… él me dijo…

Se le rompió la voz en un sollozo. Se hizo otro silencio. Al cabo, la Guindilla mayor inquirió:

—¿Qué te dijo?

—Que era machorra.

—¡Canalla!

—Ya lo ves; no puedo tener hijos.

La Guindilla mayor perdió de repente los buenos modales y, con éstos, los estribos.

—Ya sabes lo que has hecho, ¿verdad? Has tirado la honra. La tuya, la mía y la de la bendita memoria de nuestros padres…

—No. Eso no, Lola, por amor de Dios.

—¿Qué otra cosa, entonces?

—Las mujeres feas no tenemos honra, desengáñate, hermana.

Decía esto con gesto resignado, aplanada por un inexorable convencimiento. Luego añadió:

—Él lo dijo así.

—La reputación de una mujer es más preciosa que la vida, ¿no lo sabías?

—Lo sé, Lola.

—¿Entonces?

—Haré lo que tú digas, hermana.

—¿Estás dispuesta?

La Guindilla menor agachó la cabeza.

—Lo estoy —dijo.

—Vestirás de luto el resto de tu vida y tardarás cinco años en asomarte a la calle. Ésas son mis condiciones, ¿las aceptas?

—Las acepto.

—Sube a casa, entonces.

La Guindilla mayor cerró con llave la puerta de la tienda y subió tras ella. Ya en su cuarto, la Guindilla menor se sentó en el borde de la cama; la mayor trajo una palangana con agua tibia y le lavó los pies. Durante esta operación permanecieron en silencio. Al concluir, la Guindilla menor suspiró y dijo:

—Ha sido un malvado, ¿sabes?

La Guindilla mayor no contestó. Le imbuía un seco respeto el ademán de desolación de su hermana. Ésta continuó:

—Quería mi dinero. El muy sinvergüenza creía que teníamos mucho dinero; un montón de dinero.

—¿Por qué no le dijiste a tiempo que entre las dos sólo sumábamos mil duros?

—Hubiera sido mi perdición, hermana. Me hubiera abandonado y yo estaba enamorada de él.

—Callar es lo que te ha perdido, loca.

—Lo gastó todo, ¿sabes?

—¿Qué?

—Vivió conmigo mientras duró el dinero. Se acabó el dinero, se acabó Dimas. Luego me dejó tirada como a una perdida. Dimas es un mal hombre, Lola. Es un hombre perverso y cruel.

Las escuálidas mejillas de la Guindilla mayor se encendieron aún más de lo que habitualmente estaban.

—Es un ladrón. Eso es lo que es. Igual, lo mismo que el otro Dimas —dijo.

Se quedó silenciosa al apagarse su arrebato. Repentinamente los escrúpulos empezaron a socavarle la conciencia. ¿Qué es lo que había dicho de Dimas, el buen ladrón? ¿No gustaba el Señor de esta clase de arrepentidos? La Guindilla mayor sintió un vivo remordimiento. «De todo corazón te pido perdón, Dios mío», se dijo. Y se propuso que al día siguiente, nada más levantarse, iría a reconciliarse con don José; él sabría perdonarla y consolarla. Esto era lo que la urgía: un poco de consuelo.

Se pasó, de nuevo, la mano por los ojos, tratando de desvanecer la pesadilla. Luego se sonó ruidosamente la larga nariz y dijo:

—Está bien, hermana; cámbiate de ropa. Yo vuelvo a la tienda. Cuando acabes puedes regar los geranios de la galería como hacías siempre antes de la desgracia. Mañana verás a don José. Has de lavar cuanto antes tu alma empecatada.

La Guindilla menor la interrumpió:

—¡Lola!

—¿Qué?

—Me da mucha vergüenza.

—¿Es que todavía te queda algo?

—¿De qué?

—De vergüenza.

Irene hizo un mohín de desesperación.

—No lo puedo remediar, hermana.

—Vergüenza debería haberte dado escaparte con un hombre desconocido. ¡Por Dios bendito que entonces no hiciste tanto remilgo!

—Es que don José, don José… es un santo, Lola, compréndelo. No entendería mi flaqueza.

—Don José comprende todas las flaquezas humanas, Irene. Dios está en él. Además, una buena confesión forma también parte de mis condiciones, ¿entiendes?

Se oyó el tintineo de una moneda contra los cristales de la tienda. La Guindilla mayor se impacientó:

—Vamos, decídete, hermana; llaman abajo.

Irene, la Guindilla menor, accedió, al fin:

—Está bien, Lola; mañana me confesaré. Estoy decidida.

La Guindilla mayor descendió a la tienda. Dio media vuelta a la llave y entró Catalina, la Lepórida. Ésta, al igual que sus hermanas, tenía el labio superior plegado como los conejos y su naricita se fruncía y distendía incesantemente como si incesantemente olisquease. Las llamaban, por eso, las

Lepóridas. También las apodaban las Cacas, porque se llamaban Catalina, Carmen, Camila, Caridad y Casilda y el padre había sido tartamudo.

Catalina se aproximó al mostrador.

—Una peseta de sal —dijo.

Mientras la Guindilla mayor la despachaba, ella alzó la carita de liebre hacia el techo y durante unos segundos vibraron nerviosamente las aletillas de su nariz.

—Lola, ¿es que tienes forasteros?

La Guindilla se cerró, hermética. Las Lepóridas eran las telefonistas del pueblo y conocían las noticias casi tan pronto como Cuco, el factor. Respondió cauta:

—No, ¿por qué?

—Parece que se oye ruido arriba.

—Será el gato.

—No, no; son pisadas.

—También el gato pisa.

—Entiéndeme, son pisadas de personas. No serán ladrones, ¿verdad?

La Guindilla mayor cortó:

—Toma, la sal.

La Lepórida miró de nuevo al techo, olisqueó el ambiente con insistencia y, ya en la puerta, se volvió:

—Lola, sigo oyendo pisadas arriba.

—Está bien. Vete con Dios.

Pocas veces la tienda de las Guindillas estuvo tan concurrida como aquella tarde y pocas veces también, de tan crecido número de clientes, salió una caja tan mezquina.

Rita, la Tonta, la mujer del zapatero, fue la segunda en llegar.

—Dos reales de sal —pidió.

—¿No lo llevaste ayer?

—Puede. Quiero más.

Al cabo de una pausa, Rita, la Tonta, bajó la voz:

—Digo que tienes luz arriba. Estará corriendo el contador.

—¿Vas a pagármelo tú?

—Ni por pienso.

—Entonces déjalo que corra.

Llegaron después la Basi, la criada del boticario; Nuca, la del Chano; María, la Chata, que también tenía el vientre seco; Sara, la Moñiga; las otras cuatro Lepóridas; Juana, el ama de don Antonino, el marqués; Rufina, la de

Pancho, que desde que se casó tampoco creía en Dios ni en los santos, y otras veinte mujeres más. Salvo las cuatro Lepóridas, todas iban a comprar sal y todas oían pisadas arriba o se inquietaban, al ver luz en los balcones, por la carrera del contador.

A las diez, cuando ya el pueblo se rendía al silencio, se oyó la voz potente, un poco premiosa y arrastrada de Paco, el herrero. Iba éste haciendo eses por la carretera y ante los balcones de las Guindillas se detuvo. Portaba una botella en la mano derecha y, con la izquierda, se rascaba incesantemente el cogote. Las frases que voceaba hubiesen resultado abstrusas e incoherentes si todo el pueblo no hubiera estado al cabo de la calle.

—¡Viva la hermana pródiga! ¡Viva la mujer de los muslos escurridos y el pecho de tabla!… —Hizo un cómico gesto de estupor, se rascó otra vez el cogote, eructó, volvió a mirar a los balcones y remató:

—¿Quién te robó el corazón? ¡Dimas, el buen ladrón!

Y se reía él solo, incrustando el poderoso mentón en el pecho gigantesco. Las Guindillas apagaron la luz y observaron al escandaloso por una rendija de la ventana. «Este perdido tenía que ser», murmuró Lola, la Guindilla mayor, al descubrir los destellos que el mortecino farolillo de la esquina arrancaba del pelo híspido y rojo del herrero. Cuando éste pronunció el nombre de Dimas, le entró una especie de ataque de nervios a la Guindilla menor. «Por favor, echa a ese hombre de ahí; que se vaya ese hombre, hermana. Su voz me vuelve loca», dijo. La Guindilla mayor agarró el cubo donde desaguaba el lavabo, entreabrió la ventana y vertió su contenido sobre la cara de Paco, el herrero, que en ese momento iniciaba un nuevo vítor:

—¡Vivan las…!

El remojón le cortó la frase. El borracho miró al cielo con gesto estúpido, extendió sus manazas poniéndose en cruz y murmuró para sí, al tiempo que avanzaba tambaleándose carretera adelante:

—Vaya, Paco, a casita. Ya está diluviando otra vez.

IX

Comprendía Daniel, el Mochuelo, que ya no le sería fácil dormirse. Su cabeza, desbocada hacia los recuerdos, en una febril excitación, era un hervidero apasionado, sin un momento de reposo. Y lo malo era que al día siguiente habría de madrugar para tomar el rápido que le condujese a la ciudad. Pero no podía evitarlo. No era Daniel, el Mochuelo, quien llamaba a las cosas y al valle, sino las cosas y el valle quienes se le imponían, envolviéndole en sus rumores vitales, en sus afanes ímprobos, en los nimios y múltiples detalles de cada día.

Por la ventana abierta, frente a su camastro quejumbroso, divisaba la cresta del Pico Rando, hincándose en la panza estrellada del cielo. El Pico Rando asumía de noche una tonalidad mate y tenebrosa. Mandaba en el valle esta noche como había mandado en él a lo largo de sus once años, como mandaba en Daniel, el Mochuelo, y Germán, el Tiñoso, su amigo Roque, el Moñigo. La pequeña historia del valle se reconstruía ante su mirada interna, ante los ojos de su alma, y los silbidos distantes de los trenes, los soñolientos mugidos de las vacas, los gritos lúgubres de los sapos bajo las piedras, los aromas húmedos y difusos de la tierra avivaban su nostalgia, ponían en sus recuerdos una nota de palpitante realidad.

Después de todo, esta noche era como tantas otras en el valle, sin ir más lejos como la primera vez que saltaron la tapia de la finca del Indiano para robarle las manzanas. Las manzanas, al fin y al cabo, no significaban nada para el Indiano, que en Méjico tenía dos restaurantes de lujo, un establecimiento de aparatos de radio y tres barcos destinados al cabotaje. Tampoco para ellos significaban mucho las manzanas del Indiano, la verdad, puesto que todos ellos recogían buenas manzanas en los huertos de sus casas, bien mirado, tan buenas manzanas como las que tenía Gerardo, el Indiano, en los árboles de su finca. ¿Que por qué las robaban? Eso constituía una cuestión muy compleja. Quizá, simplificando, porque ninguno de ellos, entonces, rebasaba los nueve años y la emoción de lo prohibido imprimía a sus actos rapaces un encanto indefinible. Le robaban las manzanas al Indiano por la misma razón que en los montes, o en el prado de la Encina, después del baño, les gustaba hablar de «eso» y conjeturar sobre «eso», que era, no menos, el origen de la vida y su misterio.

Cuando Gerardo se fue del pueblo todavía no era el Indiano, era sólo el hijo más pequeño de la señora Micaela, la carnicera y, según decía ésta, el

más tímido de todos sus hijos. La madre afirmaba que Gerardo «era el más tímido de todos», pero en el pueblo aseguraban que Gerardo antes de marchar era medio tonto y que en Méjico, si se iba allá, no serviría más que para bracero o cargador de muelle. Pero Gerardo se fue y a los veinte años de su marcha regresó rico. No hubo ninguna carta por medio, y cuando el Indiano se presentó en el valle, los gusanos ya se habían comido el solomillo, el hígado y los riñones de su madre, la carnicera.

Gerardo, que ya entonces era el Indiano, lloró un rato en el cementerio, junto a la iglesia, pero no lloró con los mocos colgando como cuando pequeño, ni se le caía la baba como entonces, sino que lloró en silencio y sin apenas verter lágrimas, como decía el ama de don Antonino, el marqués, que lloraban en las ciudades los elegantes. Ello implicaba que Gerardo, el Indiano, se había transformado mucho. Sus hermanos, en cambio, seguían amarrados al lugar, a pesar de que, en opinión de su madre, eran más listos que él; César, el mayor, con la carnicería de su madre, vendiendo hígados, solomillos y riñones de vaca a los vecinos para luego, al cabo de los años, hacer lo mismo que la señora Micaela y donar su hígado, su solomillo y sus riñones a los gusanos de la tierra. Una conducta, en verdad, inconsecuente e inexplicable. El otro, Damián, poseía una labranza medianeja en la otra ribera del río. Total nada, unas obradas de pradera y unos lacios y barbudos maizales. Con eso vivía y con los cuatro cuartos que le procuraba la docena de gallinas que criaba en el corral de su casa.

Gerardo, el Indiano, en su primera visita al pueblo, trajo una mujer que casi no sabía hablar, una hija de diez años y un «auto» que casi no metía ruido. Todos, hasta el auto, vestían muy bien y cuando Gerardo dijo que allá, en Méjico, había dejado dos restaurantes de lujo y dos barcos de cabotaje, César y Damián le hicieron muchas carantoñas a su hermano y quisieron volverse con él, a cuidar cada uno de un restaurante y un barco de cabotaje. Pero Gerardo, el Indiano, no lo consintió. Eso sí, les montó en la ciudad una industria de aparatos eléctricos y César y Damián se fueron del valle, renegaron de él y de sus antepasados y sólo de cuando en cuando volvían por el pueblo, generalmente por la fiesta de la Virgen, y entonces daban buenas propinas y organizaban carreras de sacos y carreras de cintas y ponían cinco duros de premio en la punta de la cucaña. Y usaban sombreros planchados y cuello duro.

Los antiguos amigos de Gerardo le preguntaron cómo se había casado con una mujer rubia y que casi no sabía hablar, siendo él un hombre de importancia y posición como, a no dudar, lo era. El Indiano sonrió sin

aspavientos y les dijo que las mujeres rubias se cotizaban mucho en América y que su mujer sí que sabía hablar, lo que ocurría era que hablaba en inglés porque era yanqui. A partir de aquí, Andrés, «el hombre que de perfil no se le ve», llamó «Yanqui» a su perro, porque decía que hablaba lo mismo que la mujer de Gerardo, el Indiano.

Gerardo, el Indiano, no renegó, en cambio, de su pueblo. Los ricos siempre se encariñan, cuando son ricos, por el lugar donde antes han sido pobres. Parece ser ésta la mejor manera de demostrar su cambio de posición y fortuna y el más viable procedimiento para sentirse felices al ver que otros que eran pobres como ellos siguen siendo pobres a pesar del tiempo.

Compró la casa de un veraneante, frente a la botica, la reformó de arriba abajo y pobló sus jardines de macizos estridentes y árboles frutales. De vez en cuando, venía por el pueblo a pasar una temporada. Últimamente reconoció ante sus antiguos amigos que las cosas le iban bien y que ya tenía en Méjico tres barcos de cabotaje, dos restaurantes de lujo y una representación de receptores de radio. Es decir, un barco de cabotaje más que la primera vez que visitó el pueblo. Lo que no aumentaban eran los hijos. Tenía sólo a la Mica —la llamaban Mica, tan sólo, aunque se llamaba como su abuela, pero, según decía el ama de don Antonino, el marqués, los ricos, en las ciudades, no podían perder el tiempo en llamar a las personas por sus nombres enteros— y la delgadez extremada de la yanqui, que también caía por el valle de ciento en viento, no daba ocasión a nuevas esperanzas. César y Damián hubieran preferido que por no existir, no existiera ni la Mica, por más que cuando ella venía de América le regalaban flores y cartuchos de bombones y la llevaban a los mejores teatros y restaurantes de la ciudad. Esto decía, al menos, el ama de don Antonino, el marqués.

La Mica cogió mucho cariño al pueblo de su padre. Reconocía que Méjico no la iba y Andrés, el zapatero, argüía que se puede saber a ciencia cierta «si nos va» o «no nos va» un país cuando en él se dispone de dos restaurantes de lujo, una representación de aparatos de radio y tres barcos de cabotaje. En el valle, la Mica no disponía de eso y, sin embargo, era feliz. Siempre que podía hacía una escapada al pueblo y allí se quedaba mientras su padre no la ordenaba regresar. Últimamente, la Mica, que ya era una señorita, permanecía grandes temporadas en el pueblo estando sus padres en Méjico. Sus tíos Damián y César, que en el pueblo les decían «los Ecos del Indiano», velaban por ella y la visitaban de cuando en cuando.

Daniel, el Mochuelo, nació precisamente en el tránsito de los dos barcos de cabotaje a los tres barcos de cabotaje, es decir, cuando Gerardo, el Indiano,

ahorraba para adquirir el tercer barco de cabotaje. Por entonces, la Mica ya tenía nueve años para diez y acababa de conocer el pueblo.

Pero cuando a Roque, el Moñigo, se le ocurrió la idea de robar las manzanas del Indiano, Gerardo ya tenía los tres barcos de cabotaje y la Mica, su hija, diecisiete años. Por estas fechas, Daniel, el Mochuelo, ya era capaz de discernir que Gerardo, el Indiano, había progresado, y bien, sin necesidad de estudiar catorce años y a pesar de que su madre, la Micaela, decía de él que era «el más tímido de todos» y de que andaba por el pueblo todo el día de Dios con los mocos colgando y la baba en la barbilla. Fuera o no fuera así, lo contaban en el pueblo y no era cosa de recelar que existiera un acuerdo previo entre todos los vecinos para decirle una cosa que no era cierta. Cuando saltaron la tapia del Indiano, Daniel, el Mochuelo, tenía el corazón en la garganta. En verdad, no sentía apetito de manzanas ni de ninguna otra cosa que no fuera tomar el pulso a una cosa prohibida. Roque, el Moñigo, fue el primero en dejarse caer del otro lado de la tapia. Lo hizo blandamente, con una armonía y una elegancia casi felinas, como si sus rodillas y sus ingles estuvieran montadas sobre muelles. Después les hizo señas con la mano, desde detrás de un árbol, para que se apresurasen. Pero lo único que se apresuraba de Daniel, el Mochuelo, era el corazón, que bailaba como un loco desatado. Notaba los miembros envarados y una oscura aprensión mermaba su natural osadía. Germán, el Tiñoso, saltó el segundo, y Daniel, el Mochuelo, el último.

En cierto modo, la conciencia del Mochuelo estaba tranquila. Las manías de la Guindilla mayor se le habían contagiado en las últimas semanas. Por la mañana había preguntado a don José, el cura, que era un gran santo:

—Señor cura, ¿es pecado robar manzanas a un rico?

Don José había meditado un momento antes de clavar sus ojillos, como puntas de alfileres, en él:

—Según, hijo. Si el robado es muy rico, muy rico y el ladrón está en caso de extremada necesidad y coge una manzanita para no morir de hambre, Dios es comprensivo y misericordioso y sabrá disculparle.

Daniel, el Mochuelo, quedó apaciguado interiormente. Gerardo, el Indiano, era muy rico, muy rico, y, en cuanto a él, ¿no podía sobrevenirle una desgracia como a Pepe, el Cabezón, que se había vuelto raquítico por falta de vitaminas y don Ricardo, el médico, le dijo que comiera muchas manzanas y muchas naranjas si quería curarse? ¿Quién le aseguraba que si no comía las manzanas del Indiano no le acaecería una desgracia semejante a la que aquejaba a Pepe, el Cabezón?

Al pensar en esto, Daniel, el Mochuelo, se sentía más aliviado. También le tranquilizaba no poco saber que Gerardo, el Indiano, y la yanqui estaban en Méjico, la Mica con «los Ecos del Indiano» en la ciudad, y Pascualón, el del molino, que cuidaba de la finca, en la tasca del Chano disputando una partida de mus. No había, por tanto, nada que temer. Y, sin embargo, ¿por qué su corazón latía de este modo desordenado, y se le abría un vacío acuciante en el estómago, y se le doblaban las piernas por las rodillas? Tampoco había perros. El Indiano detestaba este medio de defensa. Tampoco, seguramente, timbres de alarma, ni resortes sorprendentes, ni trampas disimuladas en el suelo. ¿Por qué temer, pues?

Avanzaban cautelosamente, moviéndose entre las sombras del jardín, bajo un cielo alto, tachonado de estrellas diminutas. Se comunicaban por tenues cuchicheos y la hierba crujía suavemente bajo sus pies y este ambiente de roces imperceptibles y misteriosos susurros crispaba los nervios de Daniel, el Mochuelo.

—¿Y si nos oyera el boticario? —murmuró éste de pronto.

—¡Chist!

El contundente siseo de Roque, el Moñigo, le hizo callar. Se internaban en la huerta. Apenas hablaban ya sino por señas y las muecas nerviosas de Roque, el Moñigo, cuando tardaban en comprenderle, adquirían, en las medias tinieblas, unos tonos patéticos impresionantes.

Ya estaban bajo el manzano elegido. Crecía unos pies por detrás del edificio. Roque, el Moñigo, dijo:

—Quedaos aquí; yo sacudiré el árbol.

Y se subió a él sin demora. Las palpitaciones del corazón del Mochuelo se aceleraron cuando el Moñigo comenzó a zarandear las ramas con toda su enorme fuerza y los frutos maduros golpeaban la hierba con un repiqueteo ininterrumpido de granizada. Él y Germán, el Tiñoso, no daban abasto para recoger los frutos desprendidos. Daniel, el Mochuelo, al agacharse, abría la boca, pues a ratos le parecía que le faltaba el aire y se ahogaba. Súbitamente, el Moñigo dejó de zarandear el árbol.

—Mirad; está ahí el coche —murmuró, desde lo alto, con una extraña opacidad en la voz.

Daniel y el Tiñoso miraron hacia la casa en tinieblas. La aleta del coche negro del Indiano, que metía menos ruido aún que el primero que trajo al valle, rebrillaba tras la esquina de la vivienda. A Germán, el Tiñoso, le temblaron los labios al exigir:

—Baja aprisa; debe de estar ella.

Daniel, el Mochuelo, Y Germán, el Tiñoso, se movían doblados por los riñones, para soportar mejor las ingentes brazadas de manzanas. El Mochuelo sintió un miedo inmenso de que alguien pudiera sorprenderle así. Apoyó con vehemencia al Tiñoso:

—Vamos, baja, Moñigo. Ya tenemos suficientes manzanas.

El temor les hacía perder la serenidad. La voz de Daniel, el Mochuelo, sonaba agitada, en un tono superior al simple murmullo. Roque, el Moñigo, quebró una rama con el peso del cuerpo al tratar de descender precipitadamente. El chasquido restalló como un disparo en aquella atmósfera queda de roces y susurros. Su excitación iba en aumento:

—¡Cuidado, Moñigo!

—Yo voy saliendo.

—¡Narices!

—Gallina el que salte la tapia primero.

No es fácil determinar de dónde surgió la aparición. Daniel, el Mochuelo, después de aquello, se inclinaba a creer en brujas, duendes y fantasmas. Ella, la Mica, estaba ante ellos, alta y esbelta, embutida en un espectral traje blanco. En las densas tinieblas, su figura adquiría una presencia ultraterrena, algo parecido al Pico Rando, sólo que más vago y huidizo.

—Conque sois vosotros los que robáis las manzanas, ¿eh? —dijo.

Daniel, el Mochuelo, y Germán, el Tiñoso, fueron dejando resbalar los frutos, uno a uno, hasta el suelo. La consternación les agarrotaba. La Mica hablaba con naturalidad, sin destemplanza en el tono de voz:

—¿Os gustan las manzanas?

Tembló, un instante, en el aire, la amedrentada afirmación de Daniel, el Mochuelo:

—Siiií…

Se oyó la risa amortiguada de la Mica, como si brotase a impulsos de una oculta complacencia.

Luego dijo:

—Tomad dos manzanas cada uno y venid conmigo.

La obedecieron. Los cuatro se encaminaron hacia el porche. Una vez allí, la Mica giró un conmutador, oculto tras una columna, y se hizo la luz. Daniel, el Mochuelo, agradeció que una columna piadosa se interpusiera entre la lámpara y su rostro abatido. La Mica, sin ton ni son, volvió a reír espontáneamente. A Daniel, el Mochuelo, le asaltó el temor de que fuera a entregarles a la Guardia Civil.

Nunca había visto tan próxima a la hija del Indiano y su rostro y su silueta iban haciéndole olvidar por momentos la comprometida situación. Y también su voz, que parecía el suave y modulado acento de un jilguero. Su piel era tersa y tostada y sus ojos oscuros y sombreados por unas pestañas muy negras. Los brazos eran delgados y elásticos, y éstos y sus piernas, largas y esbeltas, ofrecían la tonalidad dorada de la pechuga del macho de perdiz. Al desplazarse, la ingravidez de sus movimientos producían la sensación de que podría volar y perderse en el espacio lo mismo que una pompa de jabón.

—Está bien —dijo, de pronto—. De modo que los tres sois unos ladronzuelos.

Daniel, el Mochuelo, se confesó que podría pasarse la vida oyéndola a ella decir que era un ladronzuelo y sin cansarse lo más mínimo. El decir ella «ladronzuelo» era lo mismo que si le acariciase las mejillas con las dos manos, con sus dos manos pequeñas, ligeras y vitales.

La Mica se recostó en una tumbona y su figura se estilizó aún más. Dijo:

—No voy a haceros nada esta vez. Voy a dejaros marchar. Pero vais a prometerme que en lo sucesivo si queréis manzanas me las pediréis a mí y no saltaréis la tapia furtivamente, como si fuerais ladrones.

Les miró, uno tras otro, y todos asintieron con la cabeza.

—Ahora podéis iros —concluyó.

Los tres amigos salieron, en silencio, por el portón a la carretera. Anduvieron unos pasos sin cambiar palabra. Su silencio era pesado y macizo, impuesto por la secreta conciencia de que si aún andaban sueltos por el mundo se debía, más que a su propia habilidad y maña, al favor y la compasión del prójimo. Esto, y más en la infancia, siempre resulta un poco deprimente.

Roque, el Moñigo, miró de refilón al Mochuelo. Caminaba éste con la boca abierta y los ojos ausentes, como en éxtasis. El Moñigo le zarandeó por un brazo y dijo:

—¿Qué te pasa, Mochuelo? Estás como alelado.

Y, sin esperar respuesta, arrojó con fuerza sus dos manzanas contra los bultos informes y oscuros que pastaban pacientemente en el prado del boticario.

X

La amistad del Moñigo forzaba, a veces, a Daniel, el Mochuelo, a extremar su osadía y a poner a prueba su valor. Lo malo era que el Moñigo entendía que el valor de un hombre puede cambiar de la noche a la mañana, como la lluvia o el viento. Hoy podía ser uno un valiente y mañana un bragazas, o a la inversa. Todo dependía de que uno se aviniera o no a realizar las mismas proezas que Roque, el Moñigo, realizaba cada día.

—Gallina el que no haga esto —les conminaba una y otra vez.

Y Daniel, el Mochuelo, y Germán, el Tiñoso, se veían forzados a atravesar el puente por la acitara —quince centímetros de anchura— o a dejarse arrastrar y hundir por la violencia del Chorro, para ir a reaparecer, empujados por la corriente de fondo, en la Poza del Inglés, o a cruzarse, dentro del túnel, con el tranvía interprovincial.

Con frecuencia, Daniel, el Mochuelo, que, por otra parte, no había de violentarse demasiado para imitarlas proezas del Moñigo, se despertaba en la alta noche sobresaltado, asiéndose crispadamente al jergón de la cama. Respiraba hondo. No estaba hundido, como soñaba, bajo el Chorro, ni le arrastraban dando tumbos los hierros del tren, ni se había despeñado por la acitara y volaba a estrellarse contra las rocas del río. Se hallaba bien, cómodamente instalado en su cama de hierro, y, de momento, no había nada que temer.

Desde este punto de vista, suponían una paz inusitada los días de lluvia, que en el valle eran frecuentes, por más que según los disconformes todo andaba patas arriba desde hacía unos años y hasta los pastos se perdían ahora —lo que no había acaecido nunca— por falta de agua. Daniel, el Mochuelo, ignoraba cuánto podía llover antes en el valle; lo que sí aseguraba es que ahora llovía mucho; puestos a precisar, tres días de cada cinco, lo que no estaba mal.

Si llovía, el valle transformaba ostensiblemente su fisonomía. Las montañas asumían unos tonos sombríos y opacos, desleídos entre la bruma, mientras los prados restallaban en una reluciente y verde y casi dolorosa estridencia. El jadeo de los trenes se oía a mayor distancia y las montañas se peloteaban con sus silbidos hasta que éstos desaparecían, diluyéndose en ecos cada vez más lejanos, para terminar en una resonancia tenue e imperceptible. A veces, las nubes se agarraban a las montañas y las crestas de éstas emergían como islotes solitarios en un revuelto y caótico océano gris.

En el verano, las tormentas no acertaban a escapar del cerco de los montes y, en ocasiones, no cesaba de tronar en tres días consecutivos.

Pero el pueblo ya estaba preparado para estos accesos. Con las primeras gotas salían a relucir las almadreñas y su «cluac-cluac», rítmico y monótono, se escuchaba a toda hora en todo el valle, mientras persistía el temporal. A juicio de Daniel, el Mochuelo, era en estos días, o durante las grandes nevadas de Navidad, cuando el valle encontraba su adecuada fisonomía. Era, el suyo, un valle de precipitaciones, húmedo y triste, melancólico, y su languidez y apatía características desaparecían con el sol y con los horizontes dilatados y azules.

Para los tres amigos, los días de lluvia encerraban un encanto preciso y peculiar. Era el momento de los proyectos, de los recuerdos y de las recapacitaciones. No creaban, rumiaban; no accionaban, asimilaban. La charla, a media voz, en el pajar del Mochuelo, tenía la virtud de evocar, en éste, los dulces días invernales, junto al hogar, cuando su padre le contaba la historia del profeta Daniel o su madre se reía porque él pensaba que las vacas lecheras tenían que llevar cántaros.

Sentados en el heno, divisando la carretera y la vía férrea por el pequeño ventanuco frontal, Roque, el Moñigo, Daniel, el Mochuelo, y Germán, el Tiñoso, hilvanaban sus proyectos.

Fue uno de estos días y en el pajar de su casa cuando Daniel, el Mochuelo, adquirió una idea concreta de la fortaleza de Roque, el Moñigo, y de lo torturante que resultaba para un hombre no tener en el cuerpo una sola cicatriz. Ocurrió una tarde de verano, mientras la lluvia tamborileaba en el tejado de pizarra de la quesería y el valle se difuminaba bajo un cielo pesado, monótono y gris.

Mas el Moñigo no se conformaba con que la evidencia de su musculatura le entrase por los ojos:

—Mira; toca, toca —dijo.

Y flexionó el brazo, que se transformó en un manojo informe de músculos y tendones retorcidos. El Mochuelo adelantó tímidamente la yema de un dedo y tocó.

—Duro, ¿verdad?

—Ya lo creo.

—Pues mira aquí.

Se alzó el pantaloncillo de pana hasta el muslo y tensó la pierna, que adquirió la rigidez de un garrote:

—Mira; toca, toca.

Y de nuevo el dedo del Mochuelo, seguido a corta distancia por el del Tiñoso, tentó aquel portentoso juego de músculos.

—Más duro que el brazo, ¿no?

—Más duro.

Luego se descubrió el tórax y les hizo tocar también y contaban hasta doscientos sin que el Moñigo deshinchase el pecho y tuviera que hacer una nueva inspiración. Después, el Moñigo les exigió que probasen ellos. El Tiñoso no resistió más que hasta cuarenta sin tomar aire, y el Mochuelo, después de un extremoso esfuerzo que le dejó amoratado, alcanzó la cuenta de setenta.

A continuación, el Moñigo se tumbó boca abajo y con las palmas de las manos apoyadas en el suelo fue levantando el cuerpo una y otra vez. Al llegar a la flexión sesenta lo dejó y les dijo:

—No he tenido nunca la paciencia de ver las que aguanto. Anteanoche hice trescientas veintiocho y no quise hacer más porque me entró el sueño.

El Mochuelo y el Tiñoso le miraron abrumados. Aquel alarde superaba cuanto ellos hubieran podido imaginar respecto a las facultades físicas de su amigo.

—A ver tú las que aguantas, Mochuelo —le dijo de repente a Daniel.

—Si no sé… No he probado nunca.

—Prueba ahora.

—El caso es…

El Mochuelo acabó tumbándose e intentando la primera flexión. Empero sus bracitos no estaban habituados al ejercicio y todo su cuerpo temblaba estremecido por el insólito esfuerzo muscular. Levantó primero el trasero y luego la espalda.

—Una —cantó, con entusiasmo, y de nuevo se desplomó, pesadamente, sobre el pavimento.

El Moñigo dijo:

—No; no es eso. Levantando el culo primero no tiene mérito; así me hago yo un millón.

Daniel, el Mochuelo, desistió de la prueba. El hecho de haber defraudado a su amigo después de aquel inmoderado esfuerzo le dejó muy abatido.

Tras el frustrado intento de flexión del Mochuelo se hizo un silencio en el pajar. El Moñigo tornaba a retorcer el brazo y los músculos bailaban en él, flexibles y relevantes. Mirando su brazo, se le ocurrió al Mochuelo decir:

—Tú podrás a algunos hombres, ¿verdad, Moñigo?

Todavía Roque no había vapuleado al músico en la romería. El Moñigo sonrió con suficiencia. Después aclaró:

—Claro que puedo a muchos hombres. Hay muchos hombres que no tienen más cosa dura en el cuerpo que los huesos y el pellejo.

Al Tiñoso se le redondeaban los ojos de admiración. El Mochuelo se recostó plácidamente sobre el montón de heno, sintiendo a su lado la consoladora protección de Roque. Aquella amistad era una sólida garantía por más que su madre, la Guindilla mayor y las Lepóridas se empeñasen en considerar la compañía de Roque, el Moñigo, como un mal necesario.

Pero la tertulia de aquella tarde acabó donde acababan siempre aquellas tertulias en el pajar de la quesería los días lluviosos: en una competencia. Roque se remangó el pantalón izquierdo y mostró un círculo de piel arrugada y débil:

—Mirad qué forma tiene hoy la cicatriz; parece una coneja.

El Mochuelo y el Tiñoso se inclinaron sobre la pierna del amigo y asintieron:

—Es cierto; parece una coneja.

A Daniel, el Mochuelo, le contristó el rumbo que tomaba la conversación. Sabía que aquellos prolegómenos degenerarían en una controversia sobre cicatrices. Y lo que más abochornaba a Daniel, el Mochuelo, a los ocho años, era no tener en el cuerpo ni una sola cicatriz que poder parangonar con las de sus amigos. Él hubiera dado diez años de vida por tener en la carne una buena cicatriz. La carencia de ella le hacía pensar que era menos hombre que sus compañeros que poseían varias cicatrices en el cuerpo. Esta sospecha le imbuía un nebuloso sentimiento de inferioridad que le desazonaba. En realidad, no era suya la culpa de tener mejor encarnadura que el Moñigo y el Tiñoso y de que las frecuentes heridas se le cerrasen sin dejar rastro, pero el Mochuelo no lo entendía así, y para él suponía una desgracia tener el cuerpo todo liso, sin una mala arruga. Un hombre sin cicatriz era, a su ver, como una niña buena y obediente. Él no quería una cicatriz de guerra, ni ninguna gollería: se conformaba con una cicatriz de accidente o de lo que fuese, pero una cicatriz.

La historia de la cicatriz de Roque, el Moñigo, se la sabían de memoria. Había ocurrido cinco años atrás, durante la guerra. Daniel, el Mochuelo, apenas se acordaba de la guerra. Tan sólo tenía una vaga idea de haber oído zumbar los aviones por encima de su cabeza y del estampido seco, demoledor, de las bombas al estallar en los prados. Cuando la aviación sobrevolaba el valle, el pueblo entero corría a refugiarse en el bosque: las

madres agarradas a sus hijos y los padres apaleando al ganado remiso hasta abrirle las carnes.

En aquellos días, la Sara huía a los bosques llevando de la mano a Roque, el Moñigo. Pero éste no sentía tampoco temor de los aviones, ni de las bombas. Corría porque veía correr a todos y porque le divertía pasar el tiempo tontamente, todos reunidos en el bosque, acampados allí, con el ganado y los enseres, como una cuadrilla de gitanos. Roque, el Moñigo, tenía entonces seis años.

Al principio, las campanas de la iglesia avisaban del cese del peligro con tres repiques graves y dos agudos. Más tarde, se llevaron las campanas para fundirlas, y en el pueblo estuvieron sin campanas hasta que concluida la guerra, regaló una nueva don Antonino, el marqués. Hubo ese día una fiesta sonada en el valle, como homenaje del pueblo al donante. Hablaron el señor cura y el alcalde, que entonces era Antonio, el Buche. Al final, don Antonino, el marqués, dio las gracias a todos y le temblaba la voz al hacerlo. Total nada, que don José y el alcalde emplearon media hora cada uno para dar las gracias a don Antonino, el marqués, por la campana, y don Antonino, el marqués, habló durante otra media hora larga, sólo para devolver las gracias que acababan de darle. Resultó todo demasiado cordial, discreto y comedido.

Pero la herida de Roque, el Moñigo, era de una esquirla de metralla. Se la produjo una bomba al estallar en un prado cuando, una mañana de verano, huía precipitadamente al bosque con la Sara. Los más listos del pueblo decían que el percance se debió a una bomba perdida, que fue lanzada por el avión para «quitar peso». Mas Roque, el Moñigo, recelaba que el peso que había tratado de quitar el avión era el suyo propio. De todas maneras, Roque, el Moñigo, agradecía al aviador aquel medallón de carne retorcida que le había dejado en el muslo.

Continuaban los tres mirando la cicatriz que parecía, por la forma, una coneja. Roque, el Moñigo, se inclinó de repente, y la lamió con la punta de la lengua. Tras un rápido paladeo, afirmó:

—Sigue sabiendo salada. Dice Lucas, el Mutilado, que es por el hierro. Las cicatrices de hierro saben siempre saladas. Su muñón también sabe salado y el de Quino, el Manco, también. Luego, con los años, se quita ese sabor.

Daniel, el Mochuelo, y Germán, el Tiñoso, le escuchaban escépticos. Roque, el Moñigo, receló de su incredulidad. Acercó la pierna a ellos e invitó:

—Probad, veréis como no os engaño.

El Mochuelo y el Tiñoso cambiaron unas miradas vacilantes. Al fin, el Mochuelo se inclinó y rozó la cicatriz con la punta de la lengua.

—Sí, sabe salada —confirmó.

El Tiñoso lamió tras él y asintió con la cabeza. Después dijo:

—Sí, es cierto que sabe salada, pero no es por el hierro, es por el sudor. Probad mi oreja, veréis como también sabe salada.

Daniel, el Mochuelo, interesado en el asunto, se aproximó al Tiñoso y le lamió el lóbulo dividido de la oreja.

—Es verdad —dijo—. También la oreja del Tiñoso sabe salada.

—¿A ver? —inquirió dubitativo, el Moñigo.

Y deseoso de zanjar el pleito, chupó con avidez el lóbulo del Tiñoso con la misma fruición que si mamase. Al terminar, su rostro expresó un profundo desencanto.

—Es cierto que sabe salada también —dijo—. Eso es que te dañaste con la cerca de alambre y no con la púa de una zarzamora como crees.

—No —saltó el Tiñoso, airado—; me rasgué la oreja con la púa de una zarzamora. Estoy bien seguro.

—Eso crees tú.

Germán, el Tiñoso, no se daba por vencido. Agachó la cabeza a la altura de la boca de sus compañeros.

¿Y mis calvas, entonces? —dijo con terca insistencia—. También saben saladas. Y mis calvas no me las hice con ningún hierro. Me las pegó un pájaro.

El Moñigo y el Mochuelo se miraron atónitos, pero, uno tras otro, se inclinaron sobre la morena cabeza de Germán, el Tiñoso, y lamieron una calva cada uno. Daniel, el Mochuelo, reconoció enseguida:

—Sí, saben saladas.

Roque, el Moñigo, no dio su brazo a torcer:

—Pero eso no es una cicatriz. Las calvas no son cicatrices. Ahí no tuviste herida nunca. Nada tiene que ver que sepan saladas.

Y el ventanuco iba oscureciéndose y el valle se tornaba macilento y triste, y ellos seguían discutiendo sin advertir que se hacía de noche y que sobre el tejado de pizarra repiqueteaba aún la lluvia y que el tranvía interprovincial subía ya afanosamente vía arriba, soltando, de vez en cuando, blancos y espumosos borbotones de humo, y Daniel, el Mochuelo, se compungía pensando que él necesitaba una cicatriz y no la tenía, y si la tuviera, quizá podría dilucidar la cuestión sobre si las cicatrices sabían saladas por causa del sudor, como afirmaba el Tiñoso, o por causa del hierro, como decían el Moñigo y Lucas, el Mutilado.

XI

Roque, el Moñigo, dejó de admirar y estimar a Quino, el Manco, cuando se enteró de que éste había llorado hasta hartarse el día que se murió su mujer. Porque Quino, el Manco, además de la mano, había perdido a su mujer, la Mariuca. Y no sería porque no se lo avisaran. Más que nadie la Josefa, que estaba enamorada de él, y se lo restregaba por las narices a la menor oportunidad, muchas veces sin esperar la oportunidad siquiera.

—Quino, piénsalo. Mira que la Mariuca está tísica perdida.

Quino, el Manco, se sulfuraba.

—¿Y a ti qué diablos te importa, si puede saberse? —decía.

La Josefa tragaba bilis y lo dejaba. Por la noche lloraba, a solas, en su alcoba, hasta empapar la almohada y se juraba no volver a intervenir en el asunto. Mas a la mañana siguiente olvidaba su determinación. Le gustaba demasiado Quino, el Manco, para abandonar el campo sin quemar el último cartucho. Le gustaba porque era todo un hombre: fuerte, serio y cabal. Fuerte, sin ser un animal como Paco, el herrero; serio, sin llegar al escepticismo, como Pancho, el Sindiós, y cabal, sin ser un santo, como don José, el cura, lo era. En fin, lo que se dice un hombre equilibrado, un hombre que no pecaba por exceso ni por defecto, un hombre en el fiel.

Quino, en realidad, no creía en la tuberculosis. El mundo, para él, se componía de delgados y gordos. Mariuca era delgada, como delgados eran doña Lola y doña Irene, las Guindillas y Andrés, el zapatero. Y él era gordo como lo era Cuco, el factor. Pero eso no quería decir que los otros estuvieran enfermos y ellos sanos. De la Mariuca decían que estaba tísica desde que nació, pero ahí la tenían con sus veintitrés años, lozana y fresca como una flor.

Quino se acercó a ella sugestionado más que enamorado. Su natural tendencia le inclinaba a las hembras rollizas, de formas calientes, caídas por su propio peso, y exuberantes. Concretamente, hacia mujeres como la Josefa, duras, densas y apelmazadas. Pero Quino, el Manco, reflexionaba así: «En las ciudades, los señoritos se casan con las hembras flacas. Algo especial tendrán las flacas cuando los señoritos que tienen estudios y talento, las buscan así». Y se arrimó a la Mariuca porque era flaca. A los pocos días, sí se enamoró. Se enamoró ciegamente de ella porque tenía la mirada triste y sumisa como un corderillo y la piel azulada y translúcida como la porcelana. Se entendieron. A

la Mariuca le gustaba Quino, el Manco, porque era su antítesis: macizo, vigoroso, corpulento y con unos ojos agudos y punzantes como bisturíes.

Quino, el Manco, decidió casarse y los vecinos se le echaron encima: «La Mariuca está delicada». «La Mariuca está enferma». «La tisis es mala compañera». Pero Quino, el Manco, saltó por encima de todo y una mañana esplendente de primavera se presentó a la puerta de la iglesia embutido en un traje de paño azul y con un pañuelo blanco anudado al cuello. Don José, el cura, que era un gran santo, los bendijo. La Mariuca le puso la alianza en el dedo anular de la mano izquierda, porque Quino, el Manco, tenía seccionada la derecha.

La Josefa, a pesar de todo, no logró amargarle la luna de miel. La Josefa se propuso que le pesara toda la vida sobre la conciencia la sombra de su desgracia. Pero no lo consiguió.

En la iglesia, durante la primera amonestación, saltó como una pantera, gritando, mientras corría hacia el altar de san Roque y poniendo al santo por testigo, que la Mariuca y Quino, el Manco, no podían casarse porque ella estaba tísica. Hubo, primero, un revuelo y, luego, un silencio hecho de cien silencios, en el templo. Mas don José conocía mejor que ella los impedimentos y todo el Derecho Canónico.

—Hija —dijo—, la ley del Señor no prohíbe a los enfermos contraer matrimonio. ¿Has entendido?

La Josefa, desesperada, se arrojó sobre las gradas del presbiterio y comenzó a llorar como una loca, mesándose los cabellos y pidiendo compasión. Todos la compadecían, pero resultaba inoperante fabricar, en un momento, otro Quino. Desde los bancos del fondo, donde se ponían los hombres, el Manco sonreía tristemente y se daba golpes amistosos con el muñón en la barbilla. La Guindilla mayor, al ver que don José vacilaba, no sabiendo qué partido tomar, se adelantó hasta la Josefa y la sacó del templo, tomándola compasivamente por las axilas. (La Guindilla mayor pretendió, luego, que don José, el cura, dijese otra misa en atención a ella, ya que entre sacar a la Josefa de la iglesia y atenderla unos momentos en el atrio se le pasó el Sanctus. Y ella afirmaba que no se iba a quedar sin misa por hacer una obra de caridad, y que eso no era justo, ni razonable, ni lógico, ni moral y que la comían por dentro los remordimientos y que era la primera vez que le ocurría en su vida… A duras penas don José logró apaciguarla y devolverle su inestable paz de conciencia). Después continuó el Santo Sacrificio como si nada, pero al domingo siguiente no faltó a misa ni pancho, el Sindiós, que se coló subrepticiamente en el coro, tras el armonio. Y lo que pasa. Aquel día,

don José leyó las amonestaciones y no ocurrió nada. Tan sólo, al pronunciar el cura el nombre de Quino surgió un suspiro ahogado del banco que ocupaba la Josefa. Pero nada más. Pancho, el Sindiós, dijo, al salir, que la piedad era inútil, un trasto, que en aquel pueblo no se sacaba nada en limpio siendo un buen creyente y que, por lo tanto, no volvería a la iglesia.

Lo gordo aconteció durante el refresco el día de la boda, cuando nadie pensaba para nada en la Josefa. Que nadie pensara en ella debió ser el motivo que la empujó a llamar la atención de aquella bárbara manera. De todos modos fue aquello una oscura y dolorosa contingencia.

Su grito se oyó perfectamente desde el corral de Quino, El Manco, donde se reunían los invitados. El grito provenía del puente y todos miraron hacia el puente. La Josefa, toda desnuda, estaba subida al pretil, de cara al río, y miraba la fiera corriente con ojos desencajados. Todo lo que se les ocurrió a las mujeres para evitar la catástrofe fue gritar, redondear los ojos, y desmayarse. Dos hombres echaron a correr hacia ella, según decían para contenerla, pero sus esposas les ordenaron acremente volverse atrás, porque no querían que sus maridos vieran de cerca a la Josefa toda desnuda. Entre estas dudas y vacilaciones, la Josefa volvió a gritar, levantó los brazos, puso los ojos en blanco y se precipitó en la oscura corriente de El Chorro.

Acudieron allá todos menos los novios. Al poco tiempo regresó a la taberna el juez. Quino, el Manco, decía en ese momento a la Mariuca:

—Esa Josefa es una burra.

—Era… —corrigió el juez.

Por eso supieron la Mariuca y Quino, el Manco, que la Josefa se había matado.

Para enterrarla en el pequeño camposanto de junto a la iglesia hubo sus más y sus menos, pues don José no se avenía a dar entrada en él a una suicida y no lo consintió sin antes consultar al Ordinario. Al fin llegaron noticias de la ciudad y todo se arregló, pues, por lo visto, la Josefa se había suicidado en un estado de enajenación mental transitorio.

Pero ni la sombra de la Josefa bastó para enturbiar las mieles de Quino en su viaje de bodas. Los novios pasaron una semana en la ciudad y de regreso le faltó tiempo a la Mariuca para anunciar a los cuatro vientos que estaba encinta.

—¿Tan pronto? —la preguntó la Chata, que no se explicaba cómo unas mujeres quedaban embarazadas por acostarse una noche con un hombre y otras no, aunque se acostasen con un hombre todas las noches de su vida.

—Anda ésta. ¿Qué tiene la cosa de particular? —dijo, azorada, la Mariuca.

Y la Chata masculló una palabrota por dentro.

El proceso de gestación de la criatura no fue normal. A medida que se le abultaba el vientre a la Mariuca se le afilaba la cara de un modo alarmante. Las mujeres comenzaron a murmurar que la chica no aguantaría el parto.

El parto sí lo aguantó, pero se quedó en el sobreparto. Murió tísica a la semana y media de dar a luz y dio a luz a los cinco meses justos de suicidarse la Josefa.

Las comadres del pueblo empezaron a explicarse entonces la precipitación de la Mariuca por pregonar su estado, aun antes de apearse del tren que la trajo de la ciudad.

Quino, el Manco, según decían, pasó la noche solo, llorando junto al cadáver, con la niñita recién nacida en los brazos y acariciando tímidamente, con el retorcido muñón, las lacias e inertes melenas rubias de la difunta.

La Guindilla mayor, al enterarse de la desgracia, hizo este comentario:

—Eso es un castigo de Dios por haber comido el cocido antes de las doce.

Se refería a lo del alumbramiento prematuro, pero el ama de don Antonino, el marqués, tenía razón al comentar que seguramente no era aquello un castigo de Dios, puesto que Irene, la Guindilla menor, había comido no sólo el cocido, sino la sopa también antes de las doce, y nada le había ocurrido.

En aquella época, Daniel, el Mochuelo, sólo contaba dos años, y cuatro Roque, el Moñigo. Cinco después empezaron a visitar a Quino de regreso del baño en la Poza del Inglés, o de pescar cangrejos o jaramugo. El Manco era todo generosidad y les daba un gran vaso de sidra de barril por una perra chica. Ya entonces la tasca de Quino marchaba pendiente abajo. El Manco devolvía las letras sin pagar y los proveedores le negaban la mercancía. Gerardo, el Indiano, le afianzó varias veces, pero como no observara en Quino afán alguno de enmienda, pasados unos meses lo abandonó a su suerte. Y Quino, el Manco, empezó a ir de tumbo en tumbo, de mal en peor. Eso sí, él no perdía la locuacidad y continuaba regalando de lo poco que le quedaba.

Roque, el Moñigo, Germán, el Tiñoso, y Daniel, el Mochuelo, solían sentarse con él en el banco de piedra rayano a la carretera. A Quino, el Manco, le gustaba charlar con los niños más que con los mayores, quizá porque él, a fin de cuentas, no era más que un niño grande también. En ocasiones, a lo largo de la conversación, surgía el nombre de la Mariuca, y con él el recuerdo, y a Quino, el Manco, se le humedecían los ojos y, para

disimular la emoción, se propinaba golpes reiteradamente con el muñón en la barbilla. En estos casos, Roque, el Moñigo, que era enemigo de lágrimas y de sentimentalismos, se levantaba y se largaba sin decir nada, llevándose a los dos amigos cosidos a los pantalones. Quino, el Manco, les miraba estupefacto, sin comprender nunca el motivo que impulsaba a los rapaces para marchar tan repentinamente de su lado, sin exponer una razón.

Jamás Quino, el Manco, se vanaglorió con los tres pequeños de que una mujer se hubiera matado desnuda por él. Ni aludió tan siquiera a aquella contingencia de su vida. Si Daniel, el Mochuelo, y sus amigos sabían que la Josefa se lanzó corita al río desde el puente, era por Paco, el herrero, que no disimulaba que le había gustado aquella mujer y que si ella hubiese accedido, sería, a estas alturas, la segunda madre de Roque, el Moñigo. Pero si ella prefirió la muerte que su enorme tórax y su pelo rojo, con su pan se lo comiera.

Lo que más avivaba la curiosidad de los tres amigos en los tiempos en que en la taberna de Quino se despachaba un gran vaso de sidra de barril por cinco céntimos, era conocer la causa por la que al Manco le faltaba una mano. Constituía la razón una historia sencilla que el Manco relataba con sencillez.

—Fue mi hermano, ¿sabéis? —decía—. Era leñador. En los concursos ganaba siempre el primer premio. Partía un grueso tronco en pocos minutos, antes que nadie. Él quería ser boxeador.

La vocación del hermano de Quino, el Manco, acrecía la tentación de los rapaces. Quino proseguía:

—Claro que esto no sucedió aquí. Sucedía en Vizcaya hace quince años. No está lejos Vizcaya, ¿sabéis? Más allá de estos montes —y señalaba la cumbre fosca, empenachada de bruma, del Pico Rando—. En Vizcaya todos los hombres quieren ser fuertes y muchos lo son. Mi hermano era el más fuerte del pueblo, por eso quería ser boxeador; porque les ganaba a todos. Un día, me dijo: «Quino, aguántame este tronco, que voy a partirlo de cuatro hachazos». Esto me lo pedía con frecuencia, aunque nunca partiera los troncos de cuatro hachazos. Eso era un decir. Aquel día se lo aguanté firme, pero en el momento de descargar el golpe, yo adelanté la mano para hacerle una advertencia y ¡zas! —las tres caritas infantiles expresaban, en este instante, un mismo nivel emocional. Quino, el Manco, se miraba cariñosamente el muñón y sonreía—: La mano saltó a cuatro metros de distancia, como una astilla —continuaba—. Y cuando yo mismo fui a recogerla, todavía estaba caliente y los dedos se retorcían solos, nerviosamente, como la cola de una lagartija.

El Moñigo temblaba al preguntarle:

—¿Te… te importa enseñarme de cerca el muñón, Manco?

Quino adelantaba el brazo, sonriente:

—Al contrario —decía.

Los tres niños, animados por la amable concesión del Manco, miraban y remiraban la incompleta extremidad, lo sobaban, introducían las uñas sucias por las hendiduras de la carne, se hacían uno a otro indicaciones y, al fin, dejaban el muñón sobre la mesa de piedra como si se tratara de un objeto ya inútil.

La Mariuca, la niña, se crió con leche de cabra y el mismo Quino le preparó los biberones hasta que cumplió el año. Cuando la abuela materna le insinuó una vez que ella podía hacerse cargo de la niña, Quino, el Manco, lo tomó tan a pecho y se irritó de tal modo que él y su suegra ya no volvieron a dirigirse la palabra. En el pueblo aseguraban que Quino había prometido a la difunta no dejar a la criatura en manos ajenas aunque tuviera que criarla en los propios pechos. Esto le parecía a Daniel, el Mochuelo, una evidente exageración.

A la Mariuca-uca, como la llamaban en el pueblo para indicar que era una consecuencia de la Mariuca difunta, la querían todos a excepción de Daniel, el Mochuelo. Era una niña de ojos azules, con los cabellos dorados y la parte superior del rostro tachonado de pecas. Daniel, el Mochuelo, conoció a la niña muy pronto, tanto que el primer recuerdo de ella se desvanecía en su memoria. Luego sí, recordaba a la Mariuca-uca, todavía una cosita de cuatro años, rondando los días de fiesta por las proximidades de la quesería.

La niña despertaba en la madre de Daniel, el Mochuelo, el instinto de la maternidad prematuramente truncada. Ella deseaba una niña, aunque hubiera tenido la carita llena de pecas como la Mariuca-uca. Pero eso ya no podría ser. Don Ricardo, el médico, le dijo que después del aborto le había quedado el vientre seco. Su vientre, pues, envejecía sin esperanzas. De aquí que la madre de Daniel, el Mochuelo, sintiese hacia la pequeña huérfana una inclinación casi maternal. Si la veía pindongueando por las inmediaciones de la quesería, la llamaba y la sentaba a la mesa.

—Mariuca-uca, hija —decía, acariciándola—, querrás un poco de boruga, ¿verdad?

La niña asentía. La madre del Mochuelo la atendía solícita.

—Pequeña, ¿tienes bastante azúcar? ¿Te gusta?

Volvía a asentir la niña, sin palabras. Al concluir la golosina, la madre de Daniel se interesaba por los pormenores domésticos de la casa de Quino:

—Mariuca-uca, hija, ¿quién te lava la ropa?

La niña sonreía:

—El padre.

—¿Y quién te hace la comida?

—El padre.

—¿Y quién te peina las trenzas?

—El padre.

—¿Y quién te lava la cara y las orejas?

—Nadie.

La madre de Daniel, el Mochuelo, sentía lástima de ella. Se levantaba, vertía agua en una palangana y lavaba las orejas de la Mariuca-uca y, después, le peinaba cuidadosamente las trenzas. Mientras realizaba esta operación musitaba como una letanía: «Pobre niña, pobre niña, pobre niña…» y, al acabar, decía dándole una palmada en el trasero:

—Vaya, hija, así estás más curiosita.

La niña sonreía débilmente y entonces la madre de Daniel, el Mochuelo, la cogía en brazos y la besaba muchas veces, frenéticamente.

Tal vez influyera en Daniel, el Mochuelo, este cariño desmedido de su madre hacia la Mariuca-uca para que ésta no fuese santo de su devoción. Pero no; lo que enojaba a Daniel, el Mochuelo, era que la pequeña Uca quisiera meter la nariz en todas las salsas e intervenir activamente en asuntos impropios de una mujer y que no le concernían.

Cierto es que Mariuca-uca disfrutaba de una envidiable libertad, una libertad un poco salvaje, pero, al fin y al cabo, la Mariuca-uca era una mujer, y una mujer no puede hacer lo mismo que ellos hacían ni tampoco ellos hablar de «eso» delante de ella. No hubiera sido delicado ni oportuno. Por lo demás, que su madre la quisiera y la convidase a boruga los domingos y días festivos, no le producía frío ni calor. Le irritaba la incesante mirada de la Mariuca-uca en su cara, su afán por interceptar todas las contingencias y eventualidades de su vida.

—Mochuelo, ¿dónde vas a ir hoy?

—Al demonio. ¿Quieres venir?

—Sí —afirmaba la niña, sin pensar lo que decía.

Roque, el Moñigo, y Germán, el Tiñoso, se reían y le mortificaban, diciéndole que la Uca-uca estaba enamorada de él.

Un día, Daniel, el Mochuelo, para zafarse de la niña, le dio una moneda y le dijo:

—Uca-uca, toma diez y vete a la botica a pesarme.

Ellos se fueron al monte y, al regresar, ya de noche, la Mariuca-uca les aguardaba pacientemente, sentada a la puerta de la quesería. Se levantó al verles, se acercó a Daniel y le devolvió la moneda.

—Mochuelo —dijo—, dice el boticario que para pesarte has de ir tú.

Los tres amigos se reían espasmódicamente y ella les miraba con sus intensos ojos azules, probablemente sin comprenderles.

Uca-uca, en ocasiones, había de echar mano de toda su astucia para poder ir donde el Mochuelo.

Una tarde, se encontraron los dos solos en la carretera.

—Mochuelo —dijo la niña—. Sé dónde hay un nido de rendajos con pollos emplumados.

—Dime dónde está —dijo él.

—Ven conmigo y te lo enseño —dijo ella.

Y, esa vez, se fue con la Uca-uca. La niña no le quitaba ojo en todo el camino. Entonces sólo tenía nueve años. Daniel, el Mochuelo, sintió la impresión de sus pupilas en la carne, como si le escarbasen con un punzón.

—Uca-uca, ¿por qué demonios me miras así? —preguntó.

Ella se avergonzó, pero no desvió la mirada.

—Me gusta mirarte —dijo.

—No me mires, ¿oyes?

Pero la niña no le oyó o no le hizo caso.

—Te dije que no me mirases, ¿no me oíste? —insistió él.

Entonces ella bajó los ojos.

—Mochuelo —dijo—. ¿Es verdad que te gusta la Mica?

Daniel, el Mochuelo, se puso encarnado. Dudó un momento, notando como un extraño burbujeo en la cabeza. Ignoraba si en estos casos procedía enfadarse o si, por el contrario, debía sonreír. Pero la sangre continuaba acumulándose en la cabeza y, para abreviar, se indignó. Disimuló, no obstante, fingiendo dificultades para saltar la cerca de un prado.

—A ti no te importa si me gusta la Mica o no —dijo.

Uca-uca insinuó débilmente:

—Es más vieja que tú; te lleva diez años.

Se enfadaron. El Mochuelo la dejó sola en un prado y él se volvió al pueblo sin acordarse para nada del nido de rendajos. Pero en toda la noche no pudo olvidar las palabras de Mariuca-uca. Al acostarse sintió una rara desazón. Sin embargo, se dominó. Ya en la cama, recordó que el herrero le contaba muchas veces la historia de la Guindilla menor y don Dimas y

siempre empezaba así: «el granuja era quince años más joven que la Guindilla…».

Sonrió Daniel, el Mochuelo, en la oscuridad. Pensó que la historia podría repetirse y se durmió arrullado por la sensación de que le envolvían los efluvios de una plácida y extraña dicha.

XII

El tío Aurelio, el hermano de su madre, les escribió desde Extremadura. El tío Aurelio se marchó a Extremadura porque tenía asma y le sentaba mal el clima del valle, húmedo y próximo al mar. En Extremadura, el clima era más seco y el tío Aurelio marchaba mejor. Trabajaba de mulero en una gran dehesa, y si el salario no daba para mucho, en cambio tenía techo gratis y frutos de la tierra a bajos precios. «En estos tiempos no se puede pedir más», les había dicho en su primera carta.

De su tío sólo le quedaba a Daniel, el Mochuelo, el vago recuerdo de un jadeo ahogado, como si resollase junto a su oído una acongojada locomotora ascendente. El tío se ponía compresas en la parte alta del pecho y respiraba siempre en su habitación vapores de eucaliptos. Mas, a pesar de las compresas y los vapores de eucaliptos, el tío Aurelio sólo cesaba de meter ruido al respirar en el verano, durante la quincena más seca.

En la última carta, el tío Aurelio decía que enviaba para el pequeño un Gran Duque que había atrapado vivo en un olivar. Al leer la carta, Daniel, el Mochuelo, sintió un estremecimiento. Se figuró que su tío le enviaba, facturado, una especie de don Antonino, el marqués, con el pecho cubierto de insignias, medallas y condecoraciones. Él no sabía que los grandes duques anduvieran sueltos por los olivares y, mucho menos, que los muleros pudieran atraparlos impunemente como quien atrapa una liebre.

Su padre se rió de él cuando le expuso sus temores. Daniel, el Mochuelo, se alegró íntimamente de haber hecho reír a su padre, que en los últimos años andaba siempre con cara de vinagre y no se reía ni cuando los húngaros representaban comedias y hacían títeres en la plaza. Al acabar de reírse, su padre le aclaró:

—El Gran Duque es un búho gigante. Es un cebo muy bueno para matar milanos. Cuando llegue te llevaré conmigo de caza al Pico Rando.

Era la primera vez que su padre le prometía llevarle de caza con él. A pesar de que a su padre no se le ocultaba su avidez cinegética.

Todas las temporadas, al abrirse la veda, el que se recogía el mixto en el pueblo, el primer día, y se marchaba hasta Castilla. Regresaba dos días después con alguna liebre y un buen racimo de perdices que, ineluctablemente, colgaba de la ventanilla de su compartimiento. A las codornices no las tiraba, pues decía que no valían el cartucho y que a los

pájaros o se les mata con el tirachinas o se les deja vivir. Él les dejaba vivir. Daniel, el Mochuelo, los mataba con el tirachinas.

Cuando su padre regresaba de sus cacerías, en los albores del otoño, Daniel, el Mochuelo, salía a recibirle a la estación. Cuco, el factor, le anunciaba si el tren venía en punto o si traía algún retraso. De todas las maneras, Daniel, el Mochuelo, aguardaba a ver aparecer la fumosa locomotora por la curva con el corazón alborozado y la respiración anhelante. Siempre localizaba a su padre por el racimo de perdices. Ya a su lado, en el pequeño andén, su padre le entregaba la escopeta y las piezas muertas. Para Daniel, el Mochuelo, significaba mucho esta prueba de confianza, y aunque el arma pesaba lo suyo y los gatillos tentaban vivamente su curiosidad, él la llevaba con una ejemplar seriedad cinegética.

Luego no se apartaba de su padre mientras limpiaba y engrasaba la escopeta. Le preguntaba cosas y más cosas y su padre satisfacía o no su curiosidad según el estado de su humor. Pero siempre que imitaba el vuelo de las perdices su padre hacía «Prrrr», con lo que Daniel, el Mochuelo, acabó convenciéndose de que las perdices, al volar, tenían que hacer «Prrrr» y no podían hacer de otra manera. Se lo contó a su amigo, el Tiñoso, y discutieron fuerte porque Germán afirmaba que era cierto que las perdices hacían ruido al volar, sobre todo en invierno y en los días ventosos, pero que hacían «Brrrr» y no «Prrrr» como el Mochuelo y su padre decían. No resultaba viable convencerse mutuamente del ruido exacto del vuelo de las perdices y aquella tarde concluyeron regañando.

Tanta ilusión como por ver llegar a su padre triunfador, con un par de liebres y media docena de perdices colgadas de la ventanilla, le producía a Daniel, el Mochuelo, el primer encuentro con Tula, la perrita *cocker*, al cabo de dos o tres días de ausencia. Tula descendía del tren de un brinco y, al divisarle, le ponía las manos en el pecho y, con la lengua, llenaba su rostro de incesantes y húmedos halagos. Él la acariciaba también, y le decía ternezas con voz trémula. Al llegar a casa, Daniel, el Mochuelo, sacaba al corral una lata vieja con los restos de la comida y una herrada de agua y asistía, enternecido, al festín del animalito.

A Daniel, el Mochuelo, le preocupaba la razón por la que en el valle no había perdices. A él se le antojaba que de haber sido perdiz no hubiera salido del valle. Le entusiasmaría remontarse sobre la pradera y recrearse en la contemplación de los montes, los espesos bosques de castaños y eucaliptos, los pueblos pétreos y los blancos caseríos dispersos, desde la altura. Pero a las

perdices no les agradaba eso, por lo visto, y anteponían a las demás satisfacciones la de poder comer, fácil y abundantemente.

Su padre le relataba que una vez, muchos años atrás, se le escapó una pareja de perdices a Andrés, el zapatero, y criaron en el monte. Meses después, los cazadores del valle acordaron darles una batida. Se reunieron treinta y dos escopetas y quince perros. No se olvidó un solo detalle. Partieron del pueblo de madrugada y hasta el atardecer no dieron con las perdices. Mas sólo restaba la hembra con tres pollos escuálidos y hambrientos. Se dejaron matar sin oponer resistencia. A la postre, disputaron los treinta y dos cazadores por la posesión de las cuatro piezas cobradas y terminaron a tiros entre los riscos. Casi hubo aquel día más víctimas entre los hombres que entre las perdices.

Cuando el Mochuelo contó esto a Germán, el Tiñoso, éste le dijo que lo de que las perdices se le escaparon a su padre y criaron en la montaña era bien cierto, pero que todo lo demás era una inacabable serie de embustes.

Al recibir la carta del tío Aurelio le entró un nerviosismo a Daniel, el Mochuelo, imposible de acallar. No veía el momento de que el Gran Duque llegase y poder salir con su padre a la caza de milanos. Si tenía algún recelo, se lo procuraba el temor de que sus amigos, con la novedad, dejaran de llamarle Mochuelo y le apodaran, en lo sucesivo, Gran Duque. Un cambio de apodo le dolía tanto, a estas alturas, como podría dolerle un cambio de apellido. Pero el Gran Duque llegó y sus amigos, tan excitados como él mismo, no tuvieron tiempo ni para advertir que el impresionante pajarraco era un enorme mochuelo.

El quesero amarró al Gran Duque por una pata en un rincón de la cuadra y si alguien entraba a verle, el animal bufaba como si se tratase de un gato encolerizado.

Diariamente comía más de dos kilos de recortes de carne, y la madre de Daniel, el Mochuelo, apuntó tímidamente una noche que el Gran Duque gastaba en comer más que la vaca y que la vaca daba leche y el Gran Duque no daba nada. Como el quesero callase, su mujer preguntó si es que tenían al Gran Duque como huésped de lujo o si se esperaba de él un rendimiento. Daniel, el Mochuelo, tembló pensando que su padre iba a romper un plato o una encella de barro como siempre que se enfadaba. Pero esta vez el quesero se reprimió y se limitó a decir con gesto hosco:

—Espero de él un rendimiento.

Al asentarse el tiempo, su padre le dijo una noche, de repente, al Mochuelo:

—Prepárate. Mañana iremos a los milanos. Te llamaré con el alba.

Le entró un escalofrío por la espalda a Daniel, el Mochuelo. De improviso, y sin ningún motivo, su nariz percibía ya el aroma de tomillo que exhalaban los pantalones de caza del quesero, el seco olor a pólvora de los cartuchos disparados y que su padre recargaba con paciencia y parsimonia, una y otra vez, hasta que se inutilizaban totalmente. El niño presentía ya el duelo con los milanos, taimados y veloces, y, mentalmente, matizaba la proyectada excursión.

Con el alba salieron. Los helechos, a los bordes del sendero, brillaban de rocío y en la punta de las hierbas se formaban gotitas microscópicas que parecían de mercurio. Al iniciar la pendiente del Pico Rando, el sol asomaba tras la montaña y una bruma pesada y blanca se adhería ávidamente al fondo del valle. Visto, éste, desde la altura, semejaba un lago lleno de un líquido ingrávido y extraño.

Daniel, el Mochuelo, miraba a todas partes fascinado. En la espalda, encerrado en una jaula de madera, llevaba al Gran Duque, que bufaba rabioso si algún perro les ladraba en el camino.

Al salir de casa, Daniel dijo al quesero:

—¿Y a la Tula no la llevamos?

—La Tula no pinta nada hoy —dijo su padre.

Y el muchacho lamentó en el alma que la perra, que al ver la escopeta y oler las botas y los pantalones del quesero se había impacientado mucho, hubiera de quedarse en casa. Al trepar por la vertiente sur del Pico Rando y sentirse impregnado de la luminosidad del día y los aromas del campo, Daniel, el Mochuelo, volvió a acordarse de la perra. Después, se olvidó de la perra y de todo, no veía más que la cara acechante de su padre, agazapado entre unas peñas grises, y al Gran Duque agitarse y bufar cinco metros más allá, con la pata derecha encadenada. Él se hallaba oculto entre la maleza, frente por frente de su padre.

—No te muevas ni hagas ruido; los milanos saben latín —le advirtió el quesero.

Y él se acurrucó en su escondrijo, mientras se preguntaba si tendrías alguna relación el que los milanos supieran latín, como decía su padre, con que vistiesen de marrón, un marrón duro y escueto, igual que las sotanas de los frailes. O a lo mejor su padre lo había dicho en broma; por decir algo.

Daniel, el Mochuelo, creyó entrever que su padre le señalaba el cielo con el dedo. Sin moverse miró a lo alto y divisó tres milanos describiendo pausados círculos concéntricos por encima de su cabeza. El Mochuelo

experimentó una ansiedad desconocida. Observó, de nuevo, a su padre y le vio empalidecer y aprestar la escopeta con cuidado. El Gran Duque se había excitado más y bufaba. Daniel, el Mochuelo, se aplastó contra la tierra y contuvo el aliento al ver que los milanos descendían sobre ellos. Casi era capaz ya de distinguirles con todos sus pormenores. Uno de ellos era de un tamaño excepcional. Sintió el Mochuelo un picor intempestivo en una pierna, pero se abstuvo de rascarse para evitar todo ruido y movimiento.

De pronto, uno de los milanos se descolgó verticalmente del cielo y cruzó raudo, rasando la cabeza del Gran Duque. Inmediatamente se desplomaron los otros dos. El corazón de Daniel, el Mochuelo, latía desalado. Esperó el estampido del disparo, arrugando la cara, pero el estampido no se produjo. Miró a su padre, estupefacto.

Éste seguía al milano grande, que de nuevo se remontaba, por los puntos de la escopeta, pero no disparó tampoco ahora. Pensó Daniel, el Mochuelo, que a su padre le ocurría algo grave. Jamás vio él un milano tan próximo a un hombre y, sin embargo, su padre no hacía fuego.

Los milanos volvieron a la carga al poco rato. La excitación de Daniel aumentó. Pasó el primer milano, tan cerca, que el Mochuelo divisó su ojo brillante y redondo clavado fijamente en el Gran Duque, sus uñas rapaces y encorvadas. Cruzó el segundo. Semejaban una escuadrilla de aviones picando en cadena. Ahora descendía el grande, con las alas distendidas, destacándose en el cielo azul. Sin duda era éste el momento que aguardaba el quesero. Daniel observó a su padre. Seguía al ave por los puntos de la escopeta. El milano sobrevoló al Gran Duque sin aletear. En este instante sonó el disparo, cuyas resonancias se multiplicaron en el valle. El pájaro dejó flotando en el aire una estela de plumas y sus enormes alas bracearon frenéticas, impotentes, en un desesperado esfuerzo por alejarse de la zona de peligro. Mas, entonces, el quesero disparó de nuevo y el milano se desplomó, graznando lúgubremente, en un revoloteo de plumas.

El grito de júbilo de su padre no encontró eco en Daniel, el Mochuelo. Éste se había llevado la mano a la mejilla al oír el segundo disparo. Simultáneamente con la detonación, sintió como si le atravesaran la carne con un alambre candente, como un latigazo instantáneo. Al retirar la mano vio que tenía sangre en ella. Se asustó un poco. Al momento comprendió que su padre le había pegado un tiro.

—Me has dado —dijo tímidamente.

El quesero se detuvo en seco; su entusiasmo se enfrió instantáneamente. Al aproximarse a él casi lloraba de rabia.

—¿Ha sido mucho, hijo? ¿Ha sido mucho? —inquirió, excitado.

Por unos segundos, el quesero lo vio todo negro, el cielo, la tierra y todo negro. Sus ahorros concienzudos y su vida sórdida dejaron, por un instante, de tener dimensión y sentido. ¿Qué podía hacer él si había matado a su hijo, si su hijo ya no podía progresar? Mas, al acercarse, se disiparon sus oscuros presentimientos. Ya a su lado, soltó una áspera carcajada nerviosa y se puso a hacer cómicos aspavientos.

—Ah, no es nada, no es nada —dijo—. Creí que era otra cosa. Un rebote. ¿Te duele, te duele? Ja, ja, ja. Es sólo un perdigón.

No le agradó a Daniel, el Mochuelo, este menosprecio de su herida. Pequeño o grande, aquello era un tiro. Y con la lengua notaba un bultito por dentro de la mejilla. Era el perdigón y el perdigón era de cuarta. Casi una bala, una bala pequeñita.

—Ahora me duele poco. Lo tengo como dormido. Antes sí me dolió —dijo.

Sangraba. La cabeza de su padre se desplazó nuevamente al milano abatido. Lo del chico no tenía importancia.

—¿Lo viste caer, Daniel? ¿Viste el muy ladino cómo quiso rehacerse después del primer tiro? —preguntó.

Se contagió Daniel, el Mochuelo, del expansivo entusiasmo de su padre.

—Claro que lo vi, padre. Ha caído ahí —dijo el Mochuelo.

Y corrieron los dos juntos, dando saltos, hacia el lugar señalado. El milano aún se retorcía en los postreros espasmos de la muerte. Y medía más de dos metros de envergadura.

De regreso a casa, Daniel, el Mochuelo, le dijo a su padre:

—Padre, ¿crees que me quedará señal?

Apenas le hizo caso el quesero:

—Nada, eso se cierra bien.

Daniel, el Mochuelo, casi tenía lágrimas en los ojos.

—Pero… pero ¿no me quedará nada de cicatriz?

—Por supuesto, eso no es nada —repitió, desganado, su padre.

Daniel, el Mochuelo, tuvo que pensar en otra cosa para no ponerse a llorar. De pronto, el quesero le detuvo cogiéndole por el cuello:

—Oye, a tu madre ni una palabra, ¿entiendes? No hables de eso si quieres volver de caza conmigo, ¿de acuerdo?

Al Mochuelo le agradó ahora sentirse cómplice de su padre.

—De acuerdo —dijo.

Al día siguiente, el quesero marchó a la ciudad con el milano muerto y regresó por la tarde. Sin cambiarse de ropa agarró al Gran Duque, lo encerró en la jaula y se fue a La Cullera, una aldea próxima.

Por la noche, después de la cena, puso cinco billetes de cien sobre la mesa.

—Oye —dijo a su mujer—. Ahí tienes el rendimiento del Gran Duque. No era un huésped de lujo como verás. Cuatrocientas me ha dado el cura de La Cullera por él y cien en la ciudad la Junta contra Animales Dañinos por tumbar al milano.

La madre de Daniel no dijo nada. Su marido siempre había sido obstinado y terco para defender su postura. Y él no lo ocultaba tampoco: «Desde el día de mi boda, siempre me ha gustado quedar encima de mi mujer».

Y luego se reía, se reía con gruesas carcajadas, él sabría por qué.

XIII

Hay cosas que la voluntad humana no es capaz de controlar. Daniel, el Mochuelo, acababa de averiguar esto. Hasta entonces creyó que el hombre puede elegir libremente entre lo que quiere y lo que no quiere; incluso él mismo podía ir, si éste era su deseo, al dentista que actuaba en la galería de Quino, el Manco, los jueves por la mañana, mediante un módico alquiler, y sacarse el diente que le estorbase. Había algunos hombres, como Lucas, el Mutilado, que hasta les cercenaban un miembro si ese miembro llegaba a ser para ellos un estorbo. Es decir, que hasta la tarde aquella que saltaron la tapia del Indiano para robarle las manzanas y les sorprendió la Mica, Daniel, el Mochuelo, creyó que los hombres podían desentenderse a su antojo de cuanto supusiese para ellos una rémora, lo mismo en lo relativo al cuerpo que en lo concerniente al espíritu.

Pero nada más abandonar la finca del Indiano con una manzana en cada mano y las orejas gachas, Daniel, el Mochuelo, comprendió que la voluntad del hombre no lo es todo en la vida. Existían cosas que se le imponen al hombre, y lo sojuzgan, y lo someten a su imperio con cruel despotismo. Tal —ahora se daba cuenta— la deslumbradora belleza de la Mica. Tal, el escepticismo de Pancho, el Sindiós. Tal, el encendido fervor de don José, el cura, que era un gran santo. Tal, en fin, la antipatía sorda de la Sara hacia su hermano Roque, el Moñigo.

Desde el frustrado robo de las manzanas, Daniel, el Mochuelo, comprendió que la Mica era muy hermosa, pero, además, que la hermosura de la Mica había encendido en su pecho una viva llama desconocida. Una llama que le abrasaba materialmente el rostro cuando alguien mentaba a la Mica en su presencia. Eso constituía, en él, algo insólito, algo que rompía el hasta ahora despreocupado e independiente curso de su vida.

Daniel, el Mochuelo, aceptó este fenómeno con la resignación con que se aceptan las cosas ineluctables. Él no podía evitar acordarse de la Mica todas las noches al acostarse, o los domingos y días festivos si comía boruga. Esto le llevó a deducir que la Mica significaría para el feliz mortal que la conquistase un muy dulce remanso de paz.

Al principio, Daniel, el Mochuelo, intentó zafarse de esta presión interior que enervaba su insobornable autonomía, pero acabó admitiendo el constante pensamiento de la Mica como algo consustancial a él mismo, algo que formaba parte muy íntima de su ser.

Si la Mica se ausentaba del pueblo, el valle se ensombrecía a los ojos de Daniel, el Mochuelo, y parecía que el cielo y la tierra se tornasen yermos, amedrentadores y grises. Pero cuando ella regresaba, todo tomaba otro aspecto y otro color, se hacían más dulces y cadenciosos los mugidos de las vacas, más incitante el verde de los prados y hasta el canto de los mirlos adquiría, entre los bardales, una sonoridad más matizada y cristalina. Acontecía, entonces, como un portentoso renacimiento del valle, una acentuación exhaustiva de sus posibilidades, aromas, tonalidades y rumores peculiares. En una palabra, como si para el valle no hubiera ya en el mundo otro sol que los ojos de la Mica y otra brisa que el viento de sus palabras.

Daniel, el Mochuelo, guardaba su ferviente admiración por la Mica como el único secreto no compartido. No obstante, algo en sus ojos, quizás en su voz, revelaba una excitación interior muy difícil de acallar.

También sus amigos admiraban a la Mica. La admiraban en su belleza, lo mismo que admiraban al herrero en su vigor físico, o a don José, el cura, que era un gran santo, en su piedad, o a Quino, el Manco —antes de enterarse el Moñigo de que había llorado a la muerte de su mujer— en su muñón. La admiraban, sí, pero como se admira a las cosas bonitas o poderosas que luego no dejan huella. Sentían, sin duda, en su presencia, a la manera de una nueva emoción estética que inmediatamente se disipaba ante un tordo abatido con el tirachinas o un regletazo de don Moisés, el maestro. Su arrobo no perduraba; era efímero y decadente como una explosión.

En ello advirtió Daniel, el Mochuelo, que su estado de ánimo ante la Mica era una cosa especial, diferente del estado de ánimo de sus amigos. Y si no, ¿por qué Roque, el Moñigo, o Germán, el Tiñoso, no adelgazaban tres kilos si la Mica marchaba a América, o un par de ellos si sólo se desplazaba a la ciudad, o engordaban lo perdido y un kilo más cuando la Mica retornaba al valle por una larga temporada? Ahí estaba la demostración de que sus sentimientos hacia la Mica eran singulares, muy distintos de los que embargaban a sus compañeros. Aunque al hablar de ella se hicieran cruces, o Roque, el Moñigo, cerrase los ojos y emitiese un breve y agudo silbido, como veía hacer a su padre ante una moza bien puesta. Esto era pura ostentación, estridencias superficiales y no, en modo alguno, un ininterrumpido y violento movimiento de fondo.

Una tarde, en el prado de la Encina, hablaron de la Mica. Salió la conversación a propósito del muerto que según la gente había enterrado desde la guerra en medio del prado, bajo el añoso árbol.

—Será ya ceniza —dijo el Tiñoso—. No quedarán ni los huesos. ¿Creéis que cuando se muera la Mica olerá mal, como los demás, y se deshará en polvo?

Experimentó el Mochuelo un latigazo de sangre en la cara.

—No puede ser —saltó, ofendido, como si hubieran afrentado a su madre —. La Mica no puede oler nunca mal. Ni cuando se muera.

El Moñigo soltó al aire una risita seca.

—Éste es lila —dijo—. La Mica cuando se muera olerá a demonios como todo hijo de vecino.

Daniel, el Mochuelo, no se entregó.

—La Mica puede morir en olor de santidad; es muy buena —añadió.

—¿Y qué es eso? —rezongó Roque.

—El olor de los santos.

Roque, el Moñigo, se sulfuró:

—Eso es un decir. No creas que los santos huelen a colonia. Para Dios, sí, pero para los que olemos con las narices, no. Mira don José. Creo que no puede haber hombre más santo, ¿eh? ¿Y no le apesta la boca? Don José será todo lo santo que quieras, pero cuando se muera olerá mal, como la Mica, como tú, como yo y como todo el mundo.

Germán, el Tiñoso, desvió la conversación. Hacía tan sólo dos semanas del asalto a la finca del Indiano. Entornó los ojos para hablar. Le costaba grandes esfuerzos expresarse. Su padre, el zapatero, aseguraba que se le escapaban las ideas por las calvas.

—¿Os fijasteis… os fijasteis —preguntó de pronto— en la piel de la Mica? Parece como que la tiene de seda.

—Eso se llama cutis… tener cutis —aclaró Roque, el Moñigo, y añadió —: De todo el pueblo es la Mica la única que tiene cutis.

Daniel, el Mochuelo, experimentó un gran gozo al saber que la Mica era la única persona del pueblo que tenía cutis.

—Tiene la piel como una manzana con lustre —aventuró tímidamente.

Roque, el Moñigo, siguió con lo suyo:

—La Josefa, la que se suicidó por el Manco, era gorda, pero por lo que dicen mi padre y la Sara también tenía cutis. En las capitales hay muchas mujeres que lo tienen. En los pueblos, no, porque el sol les quema el pellejo o el agua se lo arruga.

Germán, el Tiñoso, sabía algo de eso, porque tenía un hermano en la ciudad y algunos años venía por las Navidades y le contaba muchísimas cosas de allá.

—No es por eso —atajó, con aire de suficiencia absoluta—. Yo sé por lo que es. Las señoritillas sedan cremas y potingues por las noches, que borran las arrugas.

Le miraron los otros dos, embobados.

—Y aún sé más. —Se suavizó la voz y Roque y Daniel se aproximaron a él invitados por su misterioso aire de confidencia—. ¿Sabéis por qué a la Mica no se le arruga el pellejo y lo conserva suave y fresco como si fuera una niña? —dijo.

Las dos interrogaciones se confundieron en una sola voz:

—¿Por qué?

—Pues porque se pone una lavativa todas las noches, al acostarse. Eso hacen todas las del cine. Lo dice mi padre, y don Ricardo ha dicho a mi padre que eso puede ser verdad, porque la vejez sale del vientre. Y la cara se arruga por tener sucio el intestino.

Para Daniel, el Mochuelo, fue esta manifestación un rudo golpe. En su mente se confundían la Mica y la lavativa en una irritante promiscuidad. Eran dos polos opuestos e irreconciliables. Pero, de improviso, recordaba lo que decía a veces don Moisés, el maestro, de que los extremos se tocan y sentía una desfondada depresión, como si algo se le fuese del cuerpo a chorros. La afirmación del Tiñoso era, pues, concienzuda, enteramente posible y verosímil. Mas cuando dos días después volvió a ver a la Mica, se desvanecieron sus bajos recelos y comprendió que don Ricardo y el zapatero y Germán, el Tiñoso, y todo el pueblo decían lo de la lavativa, porque ni sus madres, ni sus mujeres, ni sus hermanas, ni sus hijas tenían cutis y la Mica sí que lo tenía.

La sombra de la Mica acompañaba a Daniel, el Mochuelo, en todos sus quehaceres y devaneos. La idea de la muchacha se encajonó en su cerebro como una obsesión. Entonces no reparaba en que la chica le llevaba diez años y sólo le preocupaba el hecho de que cada uno perteneciera a una diferente casta social. No se reprochaba más que el que él hubiera nacido pobre y ella rica y que su padre, el quesero, no se largase, en su día, a las Américas, con Gerardo, el hijo menor de la señora Micaela. En tal caso, podría él disponer, a estas alturas, de dos restaurantes de lujo, un establecimiento de receptores de radio y tres barcos de cabotaje o siquiera, siquiera, de un comercio de aparatos eléctricos como el que poseían en la ciudad los «Ecos del Indiano». Con el comercio de aparatos eléctricos sólo le separarían de la Mica los dos restaurantes de lujo y los tres barcos de cabotaje. Ahora, a más de los

restaurantes de lujo y los barcos de cabotaje, había por medio un establecimiento de receptores de radio que tampoco era moco de pavo.

Sin embargo, a pesar de la admiración y el arrobo de Daniel, el Mochuelo, pasaron años antes de poder cambiar la palabra con la Mica, aparte de la amable reprimenda del día de las manzanas. Daniel, el Mochuelo, se conformaba con despedirla y darle la bienvenida con una mirada triste o radiante, según las circunstancias. Eso sólo, hasta que una mañana de verano le llevó hasta la iglesia en su coche, aquel coche negro y alargado y reluciente que casino metía ruido al andar. Por entonces, el Mochuelo había cumplido ya los diez años y sólo le restaba uno para marcharse al colegio a empezar a progresar. La Mica ya tenía diecinueve para veinte y los tres años transcurridos desde la noche de las manzanas, no sólo no lastimaron su piel, ni su rostro, ni su cuerpo, sino, al contrario, sirvieron para que su piel, su cuerpo y su rostro entrasen en una fase de mayor armonía y plenitud.

Él subía la varga agobiado por el sol de agosto, mientras flotaban en la mañana del valle los tañidos apresurados del último toque de la misa. Aún le restaba casi un kilómetro, y Daniel, el Mochuelo, desesperaba de alcanzar a don José antes de que éste comenzase el Evangelio. De repente, oyó a su lado el claxon del coche negro de la Mica y volvió la cabeza asustado y se topó, de buenas a primeras, con la franca e inesperada sonrisa de la muchacha. Daniel, el Mochuelo, se sintió envarado, preguntándose si la Mica recordaría el frustrado hurto de las manzanas. Pero ella no aludió al enojoso episodio.

—Pequeño —dijo—. ¿Vas a misa?

Se le atarantó la lengua al Mochuelo y no acertó a responder más que con un movimiento de cabeza.

Ella misma abrió la portezuela y le invitó:

—Es tarde y hace calor. ¿Quieres subir?

Cuando reparó en sus movimientos, Daniel, el Mochuelo, ya estaba acomodado junto a la Mica, viendo desfilar aceleradamente los árboles tras los cristales del coche. Notaba él la vecindad de la muchacha en el flujo de la sangre, en la tensión incómoda de los nervios. Era todo como un sueño, doloroso y punzante en su misma saciedad. «Dios mío —pensaba el Mochuelo—, esto es más de lo que yo había imaginado», y se puso rígido y como acartonado e insensible cuando ella le acarició con su fina mano el cogote y le preguntó suavemente:

—¿Tú de quién eres?

Tartamudeó el Mochuelo, en un forcejeo desmedido con los nervios:

—De… del quesero.

—¿De Salvador?

Bajó la cabeza, asintiendo. Intuyó que ella sonreía. El fino contacto de su piel en la nuca le hizo sospechar que la Mica tenía también cutis en las palmas de las manos.

Se divisaba ya el campanario de la iglesia entre la fronda.

—¿Querrás subirme un par de quesos de nata luego, a la tarde? —dijo la Mica.

Daniel, el Mochuelo, tornó a asentir mecánicamente con la cabeza, incapaz de articular palabra. Durante la misa no supo de qué lado le daba el aire y por dos veces se santiguó extemporáneamente, mientras Ángel, el cabo de la Guardia Civil, se reía convulsivamente a su lado, cubriéndose el rostro con el tricornio, de su desorientación.

Al anochecer se puso el traje nuevo, se peinó con cuidado, se lavó las rodillas y se marchó a casa del Indiano a llevar los quesos. Daniel, el Mochuelo, se maravilló ante el lujo inusitado de la vivienda de la Mica. Todos los muebles brillaban y su superficie era lisa y suave, como si también ellos tuvieran cutis.

Al aparecer la Mica, el Mochuelo perdió el poco aplomo almacenado durante el camino. La Mica, mientras observaba y pagaba los quesos, le hizo muchas preguntas. Desde luego era una muchacha sencilla y simpática y no se acordaba en absoluto del desagradable episodio de las manzanas.

—¿Cómo te llamas? —dijo.

—Da… Daniel.

—¿Vas a la escuela?

—Ssssí.

—¿Tienes amigos?

—Sí.

—¿Cómo se llaman tus amigos?

—El Mo… Moñigo y el Ti… Tiñoso.

Ella hizo un mohín de desagrado.

—¡Uf, qué nombres tan feos! ¿Por qué llamas a tus amigos por unos nombres tan feos? —dijo.

Daniel, el Mochuelo, se azoró. Comprendía ahora que había contestado estúpidamente, sin reflexionar. A ella debió decirle que sus amigos se llamaban Roquito y Germanín. La Mica era una muchacha muy fina y delicada y con aquellos vocablos había herido su sensibilidad. En lo hondo de su ser lamentó su ligereza. Fue en ese momento, ante el sonriente y atractivo rostro de la Mica, cuando se dio cuenta de que le agradaba la idea de marchar

al colegio y progresar. Estudiaría denodadamente y quizá ganase luego mucho dinero. Entonces la Mica y él estarían ya en un mismo plano social y podrían casarse y, a lo mejor, la Uca-uca, al saberlo, se tiraría desnuda al río desde el puente, como la Josefa el día de la boda de Quino. Era agradable y estimulante pensar en la ciudad y pensar que algún día podría ser él un honorable caballero y pensar que, con ello, la Mica perdía su inasequibilidad y se colocaba al alcance de su mano. Dejaría, entonces, de decir motes y palabras feas y de agredirse con sus amigos con boñigas resecas y hasta olería a perfumes caros en lugar de a requesón. La Mica, en tal caso, cesaría de tratarle como a un rapaz maleducado y pueblerino.

Cuando abandonó la casa del Indiano era ya de noche. Daniel, el Mochuelo, pensó que era grato pensar en la oscuridad. Casi se asustó al sentir la presión de unos dedos en la carne de su brazo. Era la Uca-uca.

—¿Por qué has tardado tanto en dejarle los quesos a la Mica, Mochuelo? —inquirió la niña.

Le dolió que la Uca-uca vulnerase con este desparpajo su intimidad, que no le dejase tranquilo ni para madurar y reflexionar sobre su porvenir.

Adoptó un gracioso aire de superioridad.

—¿Vas a dejarme en paz de una vez, mocosa?

Andaba de prisa y la Mariuca-uca casi corría, a su lado, bajando la varga.

—¿Por qué te pusiste el traje nuevo para subirle los quesos, Mochuelo? Di —insistió ella.

Él se detuvo en medio de la carretera, exasperado. Dudó, por un momento, si abofetear a la niña.

—A ti no te importa nada de lo mío, ¿entiendes? —dijo, finalmente.

Le tembló la voz a la Uca-uca al indagar:

—¿Es que te gusta más la Mica que yo?

El Mochuelo soltó una carcajada. Se aproximó mucho a la niña para gritarle:

—¡Óyeme! La Mica es la chica más guapa del valle y tiene cutis y tú eres fea como un coco de luz y tienes la cara llena de pecas. ¿No ves la diferencia?

Reanudó la marcha hacia su casa. La Mariuca-uca ya no le seguía. Se había sentado en la cuneta derecha del camino y, ocultando la pecosa carita entre las manos, lloraba con un hipo atroz.

XIV

Podían decir lo que quisieran; eso no se lo impediría nadie. Pero lo que decían de ellos no se ajustaba a la verdad. Ni Roque, el Moñigo, tenía toda la culpa, ni ellos hacían otra cosa que procurar pasar el tiempo de la mejor manera posible. Que a la Guindilla mayor, al quesero, o a don Moisés, el maestro, no les agradase la forma que ellos tenían de pasar el tiempo era una cosa muy distinta. Mas ¿quién puede asegurar que ello no fuese una rareza de la Guindilla, el quesero y el Peón y no una perversidad diabólica por su parte?

La gente enseguida arremete contra los niños, aunque muchas veces el enojo de los hombres proviene de su natural irritable y suspicaz y no de las travesuras de aquéllos. Ahí estaba Paco, el herrero. Él les comprendía porque tenía salud y buen estómago, y si el Peón no hacía lo mismo era por sus ácidos y por su rostro y su hígado retorcidos. Y su mismo padre, el quesero, porque el afán ávido de ahorrar le impedía ver las cosas en el aspecto optimista y risueño que generalmente ofrecen. Y la Guindilla mayor, porque, a fin de cuentas, ella era la dueña del gato y le quería como si fuese una consecuencia irracional de su vientre seco. Mas tampoco ellos eran culpables de que la Guindilla mayor sintiera aquel afecto entrañable y desordenado por el animal, ni de que el gato saltara al escaparate en cuanto el sol, aprovechando cualquier descuido de las nubes, asomaba al valle su rostro congestionado y rubicundo. De esto no tenía la culpa nadie, ésa es la verdad. Pero Daniel, el Mochuelo, intuía que los niños tienen ineluctablemente la culpa de todas aquellas cosas de las que no tiene la culpa nadie.

Lo del gato tampoco fue una hazaña del otro jueves. Si el gato hubiese sido de Antonio, el Buche, o de las mismas Lepóridas, no hubiera ocurrido nada. Pero Lola, la Guindilla mayor, era una escandalosa y su amor por el gato una inclinación evidentemente enfermiza y anormal. Porque, vamos a ver, si la trastada hubiese sido grave o ligeramente pecaminosa, ¿se hubiera reído don José, el cura, con las ganas que se rió cuando se lo contaron? Seguramente, no. Además, ¡qué diablo!, el bicho se lo buscaba por salir al escaparate a tomar el sol. Claro que esta costumbre, por otra parte, representaba para Daniel, el Mochuelo, y sus amigos, una estimable ventaja económica. Si deseaban un real de galletas tostadas, en la tienda de las Guindillas, la mayor decía:

—¿De las de la caja o de las que ha tocado el gato?

—De las que ha tocado el gato —respondían ellos, invariablemente.

Las que «había tocado el gato» eran las muestras del escaparate y, de éstas, la Guindilla mayor daba cuatro por un real, y dos, por el mismo precio, de las de la caja. A ellos no les importaba mucho que las galletas estuvieran tocadas por el gato. En ocasiones estaban algo más que tocadas por el gato, pero tampoco en esos casos les importaba demasiado. Siempre, en cualesquiera condiciones, serían preferibles cuatro galletas que dos.

En lo concerniente a la lupa, fue Germán, el Tiñoso, quien la llevó a la escuela una mañana de primavera. Su padre la guardaba en el taller para examinar el calzado, pero Andrés, «el hombre que de perfil no se le ve», apenas la utilizaba porque tenía buena vista. La hubiera usado si las lupas poseyeran la virtud de levantar un poco las sayas de las mujeres, pero lo que él decía: «Para ver las pantorrillas más gordas y accidentadas de lo que realmente son, no vale la pena emplear artefactos».

Con la lupa de Germán, el Tiñoso, hicieron aquella mañana toda clase de experiencias. Roque, el Moñigo, y Daniel, el Mochuelo, encendieron, concentrando con ella los rayos de sol, dos defectuosos pitillos de follaje de patata. Después se analizaron minuciosamente las cicatrices que, agrandadas por el grueso del cristal, asumían una topografía irregular y monstruosa. Luego, se miraron los ojos, la lengua y las orejas y, por último, se cansaron de la lupa y de las extrañas imágenes que ella provocaba.

Fue al cruzar el pueblo hacia sus casas, de regreso de la escuela, que vieron el gato de las Guindillas, enroscado sobre el plato de galletas, en un extremo de la vitrina. El animal ronroneaba voluptuoso, con su negra y peluda panza expuesta al sol, disfrutando de las delicias de una cálida temperatura. Al aproximarse ellos, abrió, desconfiado, un redondo y terrible ojo verde, pero al constatar la protección de la luna del escaparate, volvió a cerrarlo y permaneció inmóvil, dulcemente transpuesto.

Nadie es capaz de señalar el lugar del cerebro donde se generan las grandes ideas. Ni Daniel, el Mochuelo, podría decir, sin mentir, en qué recóndito pliegue nació la ocurrencia de interponer la lupa entre el sol y la negra panza del animal, la idea surgió de él espontánea y como naturalmente. Algo así a como fluye el agua de un manantial. Lo cierto es que durante unos segundos los rayos del sol convergieron en el cuerpo del gato formando sobre su negro pelaje un lunar brillante. Los tres amigos observaban expectantes el proceso físico. Vieron cómo los pelos más superficiales chisporroteaban sin que el bicho modificara su postura soñolienta y voluptuosa. El lunar de fuego permanecía inmóvil sobre su oscura panza. De repente brotó de allí una tenue

hebra de humo y el gato de las Guindillas dio, simultáneamente, un acrobático salto acompañado de rabiosos maullidos:

—¡!Marramiauuuu¡! ¡!Miauuuuuuuu¡!

Los maullidos agudos y lastimeros se diluían, poco apoco, en el fondo del establecimiento.

Sin acuerdo previo, los tres amigos echaron a correr. Pero la Guindilla fue más rápida que ellos y su rostro descompuesto asomó a la puerta antes de que los tres rapaces se perdieran varga abajo. La Guindilla blandía el puño en el aire y lloraba de rabia e impotencia:

—¡Golfos! ¡Sinvergüenzas! ¡Vosotros teníais que ser! ¡Me habéis abrasado el gato! ¡Pero ya os daré yo! ¡Os vais a acordar de esto!

Y, efectivamente, se acordaron, ya que fue más leonino lo que don Moisés, el Peón, hizo con ellos que lo que ellos habían hecho con el gato. Así y todo, en ellos se detuvo la cadena de escarmientos. Y Daniel, el Mochuelo, se preguntaba: «¿Por qué si quemamos un poco a un gato nos dan a nosotros una docena de regletazos en cada mano, y nos tienen todo un día sosteniendo con el brazo levantado el grueso tomo de la Historia Sagrada, con más de cien grabados a todo color, y al que a nosotros nos somete a esta caprichosa tortura no hay nadie que le imponga una sanción, consecuentemente más dura, y así, de sanción en sanción, no nos plantamos en la pena de muerte?». Pero, no. Aunque el razonamiento no era desatinado, el castigo se acababa en ellos. Éste era el orden pedagógico establecido y había que acatarlo con sumisión. Era la caprichosa, ilógica y desigual justicia de los hombres.

Daniel, el Mochuelo, pensaba, mientras pasaban lentos los minutos y le dolían las rodillas y le temblaba y sentía punzadas nerviosas en el brazo levantado con la Historia Sagrada en la punta, aquel único negocio en la vida era dejar cuanto antes de ser niño y transformarse en un hombre. Entonces se podía quemar tranquilamente a un gato con una lupa sin que se conmovieran los cimientos sociales del pueblo y sin que don Moisés, el maestro, abusara impunemente de sus atribuciones.

¿Y lo del túnel? Porque todavía en lo de la lupa hubo una víctima inocente: el gato; pero en lo del túnel no hubo víctimas y de haberlas habido, hubieran sido ellos y encima vengan regletazos en la palma de la mano y vengan horas de rodillas, con el brazo levantado con la Historia Sagrada sobrepasando siempre el nivel de la cabeza. Esto era inhumano, un evidente abuso de autoridad, ya que, en resumidas cuentas, ¿no hubiera descansado don Moisés, el Peón, si el rápido se los lleva a los tres aquella tarde por delante? Y, si era así, ¿por qué se les castigaba? ¿Tal vez porque el rápido no

se les llevó por delante? Aviados estaban entonces; la disyuntiva era ardua: o morir triturados entre los ejes de un tren o tres días de rodillas con la Historia Sagrada y sus más de cien grabados a todo color, izada por encima de la cabeza.

Tampoco Roque, el Moñigo, acertaría a explicarse en qué región de su cerebro se generó la idea estrambótica de esperar al rápido dentro del túnel con los calzones bajados. Otras veces habían aguantado en el túnel el paso del mixto o del tranvía interprovincial. Mas estos trenes discurrían cachazudamente y su paso, en la oscuridad del agujero, apenas si les producía ya emoción alguna. Era preciso renovarse. Y Roque, el Moñigo, les exigió este nuevo experimento: aguardar al rápido dentro del túnel y hacer los tres, simultáneamente, de vientre, al paso del tren.

Daniel, el Mochuelo, antes de aceptar, apuntó algunos sensatos inconvenientes.

—¿Y el que no tenga ganas? —dijo.

El Moñigo arguyó, contundente:

—Las sentirá en cuanto oiga acercarse la máquina.

El detalle que descuidaron fue el depósito de los calzones. De haber atado este cabo, nada se hubiera descubierto. Como no hubiera pasado nada tampoco si el día que el Tiñoso llevó la lupa a la escuela no hubiera habido sol. Pero existen, flotando constantemente en el aire, unos entes diabólicos que gozan enredando los actos inocentes de los niños, complicándoles las situaciones más normales y simples.

¿Quién pensaba, en ese momento, en la suerte de los calzones estando en juego la propia suerte? ¿Se preocupa el torero del capote cuando tiene las astas a dos cuartas de sus ingles? Y aunque al torero le rasgue el toro el capote no le regaña su madre, ni le aguarda un maestro furibundo que le dé dos docenas de regletazos y le ponga de rodillas con la Historia Sagrada levantada por encima de la cabeza. Y, además, al torero le dan bastante dinero. Ellos arriesgaban sin esperar una recompensa ni un aplauso, ni la chimenea ni una rueda del tren tan siquiera. Trataban únicamente de auto convencerse de su propio valor. ¿Merece esta prueba un suplicio tan refinado?

El rápido entró en el túnel silbando, bufando, echando chiribitas, haciendo trepidar los montes y las piedras. Los tres rapaces estaban pálidos, en cuclillas, con los traseritos desnudos a medio metro de la vía. Daniel, el Mochuelo, sintió que el mundo se dislocaba bajo sus plantas, se desintegraba sin remedio y, mentalmente, se santiguó. La locomotora pasó bufando a su lado y una vaharada cálida de vapor le lamió el trasero. Retemblaron las

paredes del túnel, que se llenó de unas resonancias férreas estruendosas. Por encima del fragor del hierro y la velocidad encajonada, llegó a su oído la advertencia del Moñigo, a su lado:

—¡Agarraos a las rodillas!

Y se agarró ávidamente, porque lo ordenaba el jefe y porque la atracción del convoy era punto menos que irresistible. Se agarró a las rodillas, cerró los ojos y contrajo el vientre. Fue feliz al constatar que había cumplido ce por be lo que Roque les había exigido.

Se oyeron las risas sofocadas de los tres amigos al concluir de desfilar el tren. El Tiñoso se irguió y comenzó a toser ahíto de humo. Luego tosió el Mochuelo y, el último, el Moñigo. Jamás el Moñigo rompía a toser el primero, aunque tuviese ganas de hacerlo. Sobre estos extremos existía siempre una competencia inexpresada.

Se reían aun cuando Roque, el Moñigo, dio la voz de alarma.

—No están aquí los pantalones —dijo.

Cedieron las risas instantáneamente.

—Ahí tenían que estar —corroboró el Mochuelo, tanteando en la oscuridad.

El Tiñoso dijo:

—Tened cuidado, no piséis…

El Moñigo se olvidó, por un momento, de los pantalones.

—¿Lo habéis hecho? —inquirió.

Se fundieron en la tenebrosa oscuridad del túnel las afirmaciones satisfechas del Mochuelo y el Tiñoso.

—¡Sí!

—También yo —confesó Roque, el Moñigo; y rió en torno al comprobar la rara unanimidad de sus vísceras.

Los pantalones seguían sin aparecer. Tanteando llegaron a la boca del túnel. Tenían los traseros salpicados de carbonilla y el temor por haber extraviado los calzones plasmaba en sus rostros una graciosa expresión de estupor. Ninguno se atrevió a reír, sin embargo. El presentimiento de unos padres y un maestro airados e implacables no dejaba mucho lugar al alborozo.

De improviso divisaron, cuatro metros por delante, en medio del senderillo que flanqueaba la vía, un pingajo informe y negruzco. Lo recogió Roque, el Moñigo, y los tres lo examinaron con detenimiento. Sólo Daniel, el Mochuelo, osó, al fin, hablar:

—Es un trozo de mis pantalones —balbuceó con un hilo de voz.

El resto de la ropa fue apareciendo, disgregada en minúsculos fragmentos, a lo largo del sendero. La onda de la velocidad había arrebatado las prendas, que el tren deshizo entre sus hierros como una fiera enfurecida.

De no ser por este inesperado contratiempo nadie se hubiera enterado de la aventura. Pero esos entes siniestros que constantemente flotan en el aire, les enredaron el asunto una vez más. Claro que, ni aun sopesando la diablura en toda su dimensión, se justificaba el castigo que les impuso don Moisés, el maestro. El Peón siempre se excedía, indefectiblemente. Además, el castigar a los alumnos parecía procurarle un indefinible goce o, por lo menos, la comisura derecha de su boca se distendía, en esos casos, hasta casi morder la negra patilla de bandolero.

¿Que habían escandalizado entrando en el pueblo sin calzones? ¡Claro! Pero ¿qué otra cosa cabía hacer en un caso semejante? ¿Debe extremarse el pudor hasta el punto de no regresar al pueblo por el hecho de haber perdido los calzones? Resultaba tremendo para Daniel, el Mochuelo; Roque, el Moñigo, y Germán, el Tiñoso, tener que decidir siempre entre unas disyuntivas tan penosas. Y era aún más mortificante la exacerbación que producían en don Moisés, el maestro, sus cosas, unas cosas que ni de cerca, ni de lejos, le atañían.

XV

Don Moisés, el maestro, decía a menudo que él necesitaba una mujer más que un cocido. Pero llevaba diez años en el pueblo diciéndolo y aún seguía sin la mujer que necesitaba. Las Guindillas, las Lepóridas y don José, el cura, que era un gran santo, reconocían que el Peón necesitaba una mujer. Sobre todo por dignidad profesional. Un maestro no puede presentarse en la escuela de cualquier manera; no es lo mismo que un quesero o un herrero, por ejemplo. El cargo, exige. Claro que lo primero que exige el cargo es una remuneración suficiente, y don Moisés, el Peón, carecía de ella. Así es que tampoco tenía nada de particular que don Moisés, el Peón, se embutiese cada día en el mismo traje con que llegó al pueblo, todo tazado y remendado, diez años atrás, e incluso que no gastase ropa interior. La ropa interior costaba un ojo de la cara y el maestro precisaba los dos ojos de la cara para desempeñar su labor.

Camila, la Lepórida, se portó mal con él; eso desde luego; don Moisés, el maestro, anduvo enamoriscado de ella una temporada y ella le dio calabazas, porque decía que era rostritorcido y tenía la boca descentrada. Esto era una tontería, y Paco, el herrero, llevaba razón al afirmar que eso no constituía inconveniente grave, ya que la Lepórida, si se casaba con él, podría centrarle la boca y enderezarle la cara a fuerza de besos. Pero Camila, la Lepórida, no andaba por la labor y se obstinó en que para besar la boca del maestro habría de besarla en la oreja y esto le resultaba desagradable. Paco, el herrero, no dijo que sí ni que no, pero pensó que siempre sería menos desagradable besar la oreja de un hombre que besar los hocicos de una liebre. Así que la cosa se disolvió en agua de borrajas. Camila, la Lepórida, continuó colgada del teléfono y don Moisés, el maestro, acudiendo diariamente a la escuela sin ropa interior, con la vuelta de los puños tazada y los codos agujereados.

El día que Roque, el Moñigo, expuso a Daniel, el Mochuelo, y Germán, el Tiñoso, sus proyectos fue un día soleado de vacación, en tanto Pascual, el del molino, y Antonio, el Buche, disputaban una partida en el corro de bolos.

—Oye, Mochuelo —dijo de pronto—; ¿por qué no se casa la Sara con el Peón?

Por un momento, Daniel, el Mochuelo, vio los cielos abiertos. ¿Cómo siendo aquello tan sencillo y pertinente no se le ocurrió antes a él?

—¡Claro! —replicó—. ¿Por qué no se casan?

—Digo —agregó a media voz el Moñigo—, que para casarse dos basta con que se entiendan en alguna cosa. La Sara y el Peón se parecen en que ninguno de los dos me puede ver a mí ni en pintura.

A Daniel, el Mochuelo, iba pareciéndole el Moñigo un ser inteligente. No veía manera de cambiar de exclamación, tan perfecto y sugestivo le parecía todo aquello.

—¡Claro! —dijo.

Prosiguió el Moñigo:

—Figúrate lo que sería vivir yo en mi casa con mi padre, los dos solos, sin la Sara. Y en la escuela, don Moisés siempre me tendría alguna consideración por el hecho de ser hermano de su mujer e incluso a vosotros por ser los mejores amigos del hermano de su mujer. Creo que me explico, ¿no?

De la contumacia del Mochuelo se infería su desbordado entusiasmo.

—¡Claro! —volvió a decir.

—¡Claro! —adujo el Tiñoso, contagiado.

El Moñigo movió la cabeza dubitativamente:

—El caso es que ellos se quieran casar —dijo.

—¿Por qué no van a querer? —afirmó el Mochuelo—. El Peón hace diez años que necesita una mujer y a la Sara no le disgustaría que un hombre le dijese cuatro cosas. Tu hermana no es guapa.

—Es fea como un diablo, ya lo sé; pero también es fea la Lepórida.

—¿Es escrupulosa la Sara? —dijo el Tiñoso.

—Qué va; si le cae una mosca en la leche se ríe y le dice: «Prepárate, que vas de viaje», y se la bebe con la leche como si nada. Luego se ríe otra vez —dijo Roque, el Moñigo.

—¿Entonces? —dijo el Tiñoso.

—La mosca ya no vuelve a darle guerra; es cosa de un momento. Casarse es diferente —dijo el Moñigo.

Los tres permanecieron un rato silenciosos. Al cabo, Daniel, el Mochuelo, dijo:

—¿Por qué no hacemos que se vean?

—¿Cómo? —inquirió el Moñigo.

El Mochuelo se levantó de un salto y se palmeó el polvo de las posaderas:

—Ven, ya verás.

Salieron de la bolera a la carretera. La actitud del Mochuelo revelaba una febril excitación.

—Escribiremos una nota al Peón como si fuera la propia Sara, ¿me entiendes? Tu hermana sale todas las tardes a la puerta de casa para ver pasar

la gente. Le diremos que le espera a él y cuando él vaya y la vea creerá que le está esperando de verdad.

Roque, el Moñigo, adoptaba un gesto hosco, enfurruñado, habitual en él cuando algo no le convencía plenamente.

—¿Y si el Peón conoce la letra? —arguyó.

—La desfiguraremos —intervino, entusiasmado, el Tiñoso.

Añadió el Moñigo:

—¿Y si le enseña la carta a la Sara?

Daniel caviló un momento.

—Le diremos que queme la carta antes de ir a verla y que jamás le hable de esa carta si no quiere que se muera de vergüenza y que no le vuelva a mirar a la cara.

—¿Y si no la quema? —argumentó, obstinado, el Moñigo.

—La quemará. El asqueroso Peón tiene miedo de quedarse sin mujer. Ya es un poco viejo y él sabe que tuerce la boca. Y que eso hace feo. Y que a las mujeres no les gusta besar la boca de un hombre en la oreja. Ya se lo dijo la Lepórida bien claro —dijo el Mochuelo.

Roque, el Moñigo, añadió como hablando consigo mismo:

—Él no dirá nada por la cuenta que le tiene; le queda canguelo desde que la Camila le dio calabazas. Tienes razón.

Paulatinamente renacía la confianza en el ancho pecho del Moñigo. Ya se veía sin la Sara, sin la constante amenaza de la regla del Peón sobre su cabeza en la escuela; disfrutando de una independencia que hasta entonces no había conocido.

—¿Cuándo le escribimos la carta, entonces? —dijo.

—Ahora.

Estaban frente a la quesería y entraron en ella. El Mochuelo tomó un lápiz y un papel y escribió con caracteres tipográficos: «Don Moisés, si usted necesita una mujer, yo necesito un hombre. Le espero a las siete en la puerta de mi casa. No me hable jamás de esta carta y quémela. De otro modo me moriría de vergüenza y no volvería a mirarle a usted a la cara. Tropiécese conmigo como por casualidad. Sara».

A la hora de comer, Germán, el Tiñoso, introdujo la carta al maestro por debajo de la puerta de su casa y a las siete menos cuarto de aquella misma tarde entraba con Daniel, el Mochuelo, en casa del Moñigo a esperar los acontecimientos desde el ventanuco del pajar.

El asunto estaba bien planeado y todo, mas a pique estuvo de venirse abajo. La Sara, como de costumbre, tenía encerrado al Moñigo en el pajar

cuando ellos llegaron. Y eran las siete menos cuarto. Daniel, el Mochuelo, presumía que, necesitando como necesitaba el Peón una mujer desde hacía diez años, no se retrasaría ni un solo minuto.

La voz de la Sara se desgranaba por el hueco de la escalera. A pesar de haber oído un millón de veces aquella retahíla, Daniel, el Mochuelo, no pudo evitar ahora un estremecimiento:

—Cuando mis ojos vidriados y desencajados por el horror de la inminente muerte fijen en Vos sus miradas lánguidas y moribundas…

El Moñigo debía saber que eran cerca de las siete, porque respondía atropelladamente, sin dar tiempo a la Sara a concluir la frase:

—Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

La Sara se detuvo al oír que alguien subía la escalera. Eran el Mochuelo y el Tiñoso.

—Hola, Sara —dijo el Mochuelo, impaciente—. Perdona al Moñigo, no lo volverá a hacer.

—Qué sabes tú lo que ha hecho, zascandil —dijo ella.

—Algo malo será. Tú no le castigas nunca sin un motivo. Tú eres justa.

La Sara sonrió, complacida.

—Aguarda un momento —dijo, y prosiguió rápidamente, ansiando dar cuanto antes cima a su castigo:

—Cuando perdido el uso de los sentidos, el mundo todo desaparezca de mi vista y gima yo entre las angustias de la última agonía y los afanes de la muerte…

—Jesús misericordioso, tened compasión de mí. Sara, ¿has terminado?

Ella cerró el devocionario.

—Sí.

—Hale, abre.

—¿Escarmentaste?

—Sí, Sara; hoy me metiste mucho miedo.

Se levantó la Sara y abrió la puerta del pajar visiblemente satisfecha. Comenzó a bajar la escalera con lentitud. En el primer rellano se volvió.

—Ojo y no hagáis perrerías —dijo, como estremecida por un difuso presentimiento.

El Moñigo, el Mochuelo y el Tiñoso se precipitaron hacia el ventanuco del pajar sin cambiar una palabra. El Moñigo retiró las telarañas de un manotazo y se asomó a la calle. Inquirió angustiado el Mochuelo:

—¿Salió ya?

—Está sacando la silla y la labor. Ya se sienta —su voz se hizo repentinamente apremiante—. ¡El Peón viene por la esquina de la calle!

El corazón del Mochuelo se puso a bailar locamente, más locamente aún que cuando oyó silbar al rápido a la entrada del túnel y él le esperaba dentro con los calzones bajados, o cuando su madre preguntó a su padre, con un extraño retintín, si tenían al Gran Duque como un huésped de lujo. Lo de hoy era aún mucho más emocionante y trascendental que todo aquello. Puso su cara entre las del Moñigo y el Tiñoso y vio que don Moisés se detenía frente a la Sara, con el cuerpo un poco ladeado y las manos en la espalda, y le guiñaba reiteradamente un ojo y le sonreía hasta la oreja por el extremo izquierdo de la boca. La Sara le miraba atónita y, al fin, azorada por tantos guiños y tantas medias sonrisas, balbuceó:

—Buenas tardes, don Moisés, ¿qué dice de bueno?

Él entonces se sentó en el banco de piedra junto a ella. Tornó a hacer una serie de muecas veloces con la boca, con lo que demostraba su contento.

La Sara le observaba asombrada.

—Ya estoy aquí, nena —dijo él—. No he sido moroso, ¿verdad? De lo demás no diré ni una palabra. No te preocupes.

Don Moisés hablaba muy bien. En el pueblo no se ponían de acuerdo sobre quién era el que mejor hablaba de todos, aunque en los candidatos, coincidían: don José, el cura; don Moisés, el maestro, y don Ramón, el alcalde.

La melosa voz del Peón a su lado y el lenguaje abstruso que empleaba desconcertaron a la Sara.

—¿Le… le pasa a usted hoy algo, don Moisés? —dijo.

Él tornó a guiñarle el ojo con un sentido de entendimiento y complicidad y no contestó.

Arriba, en el ventanuco del pajar, el Moñigo susurró en la oreja del Mochuelo:

—Es un cochino charlatán. Está hablando de lo que no debía.

—¡Chist!

El Peón se inclinó ahora hacia la Sara y la cogió osadamente una mano.

—Lo que más admiro en las mujeres es la sinceridad, Sara; gracias. Tú y yo no necesitamos de recovecos ni de disimulos —dijo.

Tan roja se le puso la cara a la Sara que su pelo parecía menos rojo. Se acercaba la Chata, con un cántaro de agua al brazo, y la Sara se deshizo de la mano del Peón.

—¡Por Dios, don Moisés! —cuchicheó en un rapto de inconfesada complacencia—. ¡Pueden vernos!

Arriba, en el ventanuco del pajar, Roque, el Moñigo, y Daniel, el Mochuelo, y Germán, el Tiñoso, sonreían bobamente, sin mirarse.

Cuando la Chata dobló la esquina, el Peón volvió a la carga.

—¿Quieres que te ayude a coser esa prenda? —dijo.

Ahora le cogía las dos manos. Forcejearon. La Sara, en un movimiento instintivo, ocultó la prenda tras de sí, atosigada de rubores.

—Las manos quietas, don Moisés —rezongó.

Arriba, en el pajar, el Moñigo rió quedamente:

—Ji, ji, ji. Es una braga —dijo.

El Mochuelo y el Tiñoso rieron también. La confusión y el aparente enojo de la Sara no ocultaban un vehemente regodeo. Entonces el Peón comenzó a decirle sin cesar cosas bonitas de sus ojos y de su boca y de su pelo, sin darle tiempo a respirar, y a la legua se advertía que el corazón virgen de la Sara, huérfana aún de requiebros, se derretía como el hielo bajo el sol. Al concluir la retahíla de piropos, el maestro se quedó mirando de cerca, fijamente, a la Sara.

—¿A ver si has aprendido ya cómo son tus ojos, nena? —dijo.

Ella rió, entontecida.

—¡Qué cosas tiene, don Moisés! —dijo.

Él insistió. Se notaba que la Sara evitaba hablar para no defraudar con sus frases vulgares al Peón, que era uno de los que mejor hablaban en el pueblo. Sin duda la Sara quería recordar algo bonito que hubiese leído, algo elevado y poético, pero lo primero que le vino a las mientes fue lo que más veces había repetido.

—Pues… mis ojos son… son… vidriados y desencajados, don Moisés —dijo, y tornó a reír en corto, crispadamente.

La Sara se quedó tan terne. La Sara no era lista. Entendía que aquellos adjetivos por el mero hecho devenir en el devocionario debían ser más apropiados para aplicarlos a los ángeles que a los hombres y se quedó tan a gusto. Ella interpretó la expresión de asombro que se dibujó en la cara del maestro favorablemente, como un indicio de sorpresa al constatar que ella no era tan zafia y ruda como seguramente había él imaginado. En cambio, el Moñigo, allá arriba, receló algo:

—La Sara ha debido decir una bobada, ¿no?

El Mochuelo aclaró:

—Los ojos vidriados y desencajados son los de los muertos.

El Moñigo sintió deseos de arrojar un ladrillo sobre la cabeza de su hermana. No obstante, el Peón sonrió hasta la oreja derecha después de su pasajero estupor. Debía de necesitar mucho una mujer cuando transigía con aquello sin decir nada. Tornó a requebrar a la Sara con mayor ahínco y al cuarto de hora, ella estaba como abobada, con las mejillas rojas y la mirada perdida en el vacío, igual que una sonámbula. El Peón quiso asegurarse la mujer que necesitaba:

—Te quiero, ¿sabes, Sara? Te querré hasta el fin del mundo. Vendré a verte todos los días a esta misma hora. Y tú, tú, dime —le cogía una mano otra vez, aparentando un efervescente apasionamiento—, ¿me querrás siempre?

La Sara le miró como enajenada. Las palabras le acudían a la boca con una fluidez extraña; era como si ella no fuese ella misma; como si alguien hablase por ella desde dentro de su cuerpo.

—Le querré, don Moisés —dijo—, hasta que, perdido el uso de los sentidos, el mundo todo desaparezca de mi vista y gima yo entre las angustias de la última agonía y los afanes de la muerte.

—¡Así! —dijo el maestro, entusiasmado, y le oprimió las manos y guiñó dos veces los ojos, y otras cuatro se le distendió la boca hasta la oreja y, al fin, se marchó y antes de llegar a la esquina volvió varias veces el rostro y sonrió convulsivamente a la Sara.

Así se hicieron novios la Sara y el Peón. Con Daniel, el Mochuelo, estuvieron un poco desconsiderados, teniendo en cuenta la parte que él había jugado en aquel entendimiento. Habían sido novios año y medio y ahora que él tenía que marchar al colegio a empezar a progresar se les ocurría fijar la boda para el dos de noviembre, el día de las Ánimas Benditas. Andrés, «el hombre que de perfil no se le ve», tampoco aprobó aquella fecha y lo dijo así sin veladuras:

—Los hombres que van buscando la mujer se casan en primavera; los que van buscando la fregona se casan en invierno. No falla nunca.

A la Nochebuena siguiente, la Sara estaba de muy buen humor. Desde que se hiciera novia del Peón se había suavizado su carácter. Hasta tal punto que, desde entonces, sólo dos veces había encerrado al Moñigo en el pajar para leerle las recomendaciones del alma. Ya era ganar algo. Por añadidura, el Moñigo sacaba mejores notas en la escuela y ni una sola vez tuvo que levantar la Historia Sagrada, con sus más de cien grabados a todo color, por encima de la cabeza.

Daniel, el Mochuelo, en cambio, sacó bien poco de todo aquello.

A veces lamentaba haber intervenido en el asunto, pues siempre resultaba más confortador sostener la Historia Sagrada viendo que el Moñigo hacía otro tanto a su lado, que tener que sostenerla sin compañía.

El día de Nochebuena, la Sara andaba de muy buen talante y le preguntó al Moñigo mientras daba vuelta al pollo que se asaba en el horno:

—Dime, Roque, ¿escribiste tú una carta al maestro diciéndole que yo le quería?

—No, Sara —dijo el Moñigo.

—¿De veras? —dijo ella.

—Te lo juro, Sara —añadió.

Ella se llevó un dedo que se había quemado a la boca y cuando lo sacó dijo:

—Ya decía yo. Sería lo único bueno que hubieras hecho en tu vida. Anda. Aparta de ahí, zascandil.

XVI

Don José, el cura, que era un gran santo, utilizaba, desde el púlpito, todo género de recursos persuasivos: crispaba los puños, voceaba, reconvenía, sudaba por la frente y el pescuezo, se mesaba los escasos cabellos blancos, recorría los bancos con su índice acusador e incluso una mañana se rasgó la sotana de arriba abajo en uno de los párrafos más patéticos y violentos que recordaría siempre la historia del valle. Así y todo, la gente, particularmente los hombres, no le hacían demasiado caso. La misa les parecía bien, pero al sermón le ponían mala cara y le fruncían el ceño. La Ley de Dios no ordenaba oír sermón entero todos los domingos y fiestas de guardar. Por lo tanto, don José, el cura, se sobrepasaba en el cumplimiento de la Ley Divina. Decían de él que pretendía ser más papista que el Papa y que eso no estaba bien y menos en un sacerdote; y todavía menos en un sacerdote como don José, tan piadoso y comprensivo, de ordinario, para las flaquezas de los hombres.

Eran un poco torvos y adustos y desagradecidos los hombres del valle. No obstante, un franco espíritu deportivo les infundía un notorio aliento humano. Los detractores de don José, el cura, como orador, decían que no se podía estimar que hablase bien un hombre que a cada dos por tres decía «en realidad». Esto era cierto. Claro que puede hablarse bien diciendo «en realidad» a cada dos por tres. Ambas cosas, a juicio de Daniel, el Mochuelo, resultaban perfectamente compatibles. Mas algunos no lo entendían así y si asistían a un sermón de don José era para jugarse el dinero a pares o nones, sobre las veces que el cura decía, desde el púlpito, «en realidad». La Guindilla mayor aseguraba que don José decía «en realidad» adrede y que ya sabía que los hombres tenían por costumbre jugarse el dinero durante los sermones a pares o nones, pero que lo prefería así, pues siquiera de esta manera le escuchaban y entre «en realidad» y «en realidad» algo de fundamento les quedaría. De otra forma se exponía a que los hombres pensaran en la hierba, la lluvia, el maíz o las vacas, mientras él hablaba, y esto ya sería un mal irremediable.

La gente del valle era obstinadamente individualista. Don Ramón, el alcalde, no mentía cuando afirmaba que cada individuo del pueblo preferiría morirse antes que mover un dedo en beneficio de los demás. La gente vivía aislada y sólo se preocupaba de sí misma. Y a decir verdad, el individualismo feroz del valle sólo se quebraba las tardes de los domingos, al caer el sol.

Entonces los jóvenes se emparejaban y escapaban a los prados o a los bosques y los viejos se metían en las tascas a fumar y a beber. Esto era lo malo. Que la gente sólo perdiese su individualismo para satisfacer sus instintos más bajos.

Don José, el cura, que era un gran santo, arremetió una mañana contra las parejas que se marchaban a los prados o a los bosques los domingos, al anochecer; contra las que se apretujaban en el baile cerrado; contra los que se emborrachaban y se jugaban hasta los pelos en la taberna del Chano y, en fin, contra los que durante los días festivos segaban el heno o cavaban las patatas o cuchaban los maizales. Fue aquél el día en que don José, el cura, en un arrebato, se rasgó la sotana de arriba abajo. En definitiva, el cura no dejó títere con cabeza, ya que en el valle podían contarse con los dedos de la mano los que dejaban transcurrir una festividad sin escapar a los prados o a los bosques, apretujarse en el baile cerrado, emborracharse y jugar en la tasca del Chano o segar el heno, cuchar los maizales o cavar las patatas. El señor cura afirmó que, «en realidad, el día del Juicio Final habría muy poca gente del pueblo a la derecha de Nuestro Señor, si las actuales costumbres no se enmendaban radicalmente».

Una comisión, presidida por la Guindilla mayor, visitó al cura en la sacristía al concluir la misa.

—Díganos, señor cura, ¿está en nuestras manos cambiar estas costumbres tan corrompidas? —dijo la Guindilla.

El anciano párroco carraspeó, sorprendido. No esperaba una reacción tan rápida. Escrutó, uno tras otro, aquellos rostros predilectos del Señor y volvió a carraspear. Ganaba tiempo.

—Hijas mías —dijo, al fin—, está en vuestras manos, si estáis bien dispuestas.

En el atrio, Antonio, el Buche, abonaba dos pesetas a Andrés, el zapatero, porque don José había dicho «en realidad» cuarenta y dos veces y él había jugado a nones.

En la sacristía, don José, el cura, agregó:

—Podemos organizar un centro donde la juventud se distraiga sin ofender al Señor. Con buena voluntad eso no sería difícil. Un gran salón con toda clase de entretenimientos. A las seis podríamos hacer cine los domingos y días festivos. Claro que proyectando solamente películas morales, católicas a machamartillo.

La Guindilla mayor hizo palmitas.

—El local podría ser la cuadra de Pancho. No tiene ganado ya y quiere venderla. Podríamos tomarla en arriendo, don José —dijo con entusiasmo.

Catalina, la Lepórida, intervino:

—El Sindiós no cederá la cuadra, señor cura. Es un tunante sin fe. Antes morirá que dejarnos la cuadra para un fin tan santo.

Daniel, el Mochuelo, que había ayudado a misa, escuchaba boquiabierto la conversación de don José con las mujeres. Pensó marcharse, pero la idea de que en el pueblo iba a montarse un cine lo contuvo.

Don José, el cura, apaciguó a Catalina, la Lepórida:

—No formes juicios temerarios, hija. Pancho, en el fondo, no es malo.

La Guindilla mayor saltó, como si la pinchasen:

—Padre, ¿es que se puede ser bueno sin creer en Dios? —dijo.

Camila, la otra Lepórida, infló su exuberante pechuga y cortó:

—Pancho por ganar una peseta sería capaz de vender el alma al diablo. Lo sé porque lo sé.

Intervino, toda excitada, Rita, la Tonta, la mujer del zapatero:

—El alma se la ha regalado ya ese tunante. El diablo no necesita darle ni dos reales por ella. Eso lo sabemos todos.

Don José, el cura, impuso, finalmente, su autoridad. Nombró una comisión, presidida por la Guindilla, que llevaría a cabo las gestiones con Pancho, el Sindiós, y se desplazaría a la ciudad para adquirir un proyector cinematográfico. A todos les pareció de perlas la decisión. Al terminar su perorata, don José anunció que las próximas colectas durante dos meses tendrían por finalidad adquirir una sotana nueva para el párroco. Todos elogiaron la idea y la Guindilla, creyéndose obligada, inició la suscripción con un duro.

Tres meses después, la cuadra de Pancho, el Sindiós, bien blanqueada y desinfectada, se inauguró como cine en el valle. La primera sesión fue un gran éxito. Apenas quedó en los montes o en los bosques alguna pareja recalcitrante. Mas a las dos semanas surgió el problema. No había disponibles más películas «católicas a machamartillo». Se abrió un poco la mano y hubo necesidad de proyectar alguna que otra frivolidad. Don José, el cura, tranquilizaba su conciencia, asiéndose, como un náufrago a una tabla, a la teoría del mal menor.

—Siempre estarán mejor recogidos aquí que sobándose en los prados —decía.

Transcurrió otro mes y la frivolidad de las películas que enviaban de la ciudad iba en aumento. Por otro lado, las parejas que antes marchaban a los prados o a los bosques al anochecer aprovechaban la penumbra de la sala para arrullarse descomedidamente.

Una tarde se dio la luz en plena proyección y Pascualón, el del molino, fue sorprendido con la novia sentada en las rodillas. La cosa iba mal, y a finales de octubre, don José, el cura, que era un gran santo, convocó en su casa a la comisión.

—Hay que tomar medidas urgentes. En realidad ni las películas son ya morales, ni los espectadores guardan en la sala la debida compostura. Hemos caído en aquello contra lo que luchábamos —dijo.

—Pongamos luz en la sala y censuremos duramente las películas —arguyó la Guindilla mayor.

A la vuelta de muchas discusiones se aprobó la sugerencia de la Guindilla. La comisión de censura quedó integrada por don José, el cura, la Guindilla mayor y Trino, el sacristán. Los tres se reunían los sábados en la cuadra de Pancho y pasaban la película que se proyectaría al día siguiente.

Una tarde detuvieron la prueba en una escena dudosa.

—A mi entender esa marrana enseña demasiado las piernas, don José —dijo la Guindilla.

—Eso me estaba pareciendo a mí —dijo don José. Y volviendo el rostro hacia Trino, el sacristán, que miraba la imagen de la mujer sin pestañear y boquiabierto, le conminó—: Trino, o dejas de mirar así o te excluyo de la comisión de censura.

Trino era un pobre hombre de escaso criterio y ninguna voluntad. Poseía una mirada blanda y acuosa y carecía de barbilla. Todo ello daba a su rostro una torpe y bobalicona expresión. Cuando andaba se acentuaba su torpeza, como si le costase un esfuerzo desplazar a cada paso el volumen de aire que necesitaba su cuerpo. Una completa calamidad. Claro que hasta el más simple sirve para algo y Trino, el Sacristán, era casi un virtuoso tocando el armonio.

Ante la reprimenda del párroco, Trino humilló los ojos y sonrió bobamente, contristado. Al cura le asistía la razón, pero ¡caramba!, aquella mujer de la película tenía unas pantorrillas admirables, como no se veían frecuentemente por el mundo.

Don José, el cura, veía que cada día crecían las dificultades. Resultaba peliagudo luchar contra las apetencias instintivas de todo el valle. Trino mismo, a pesar de ser censor y sacristán, pecaba de deseo y pensamiento con aquellas mujeronas que mostraban con la mayor desvergüenza las piernas en la pantalla. Era una tarea ímproba y él se encontraba ya muy viejo y cansado.

El pueblo acogió con destemplanza las bombillas distribuidas por la sala y encendidas durante la proyección. El primer día las silbaron; el segundo las rompieron a patatazos. La comisión se reunió de nuevo. Las bombillas debían

de ser rojas para no perturbar la visibilidad. Más entonces la gente la tomó con los cortes. Fue Pascualón, el del molino, quien inició el plante.

—Mire, doña Lola, para mí si me quitan las piernas y los besos se acabó el cine —dijo.

Otros mozos le secundaron.

—O dan las películas sin cortar o volvemos a los bosques.

Otra vez se reunió la comisión. Don José, el cura, estaba excitadísimo:

—Se acabó el cine y se acabó todo. Propongo a la comisión que ofrezca el aparato de cine a los Ayuntamientos de los alrededores.

La Guindilla chilló:

—Venderemos una ocasión próxima de pecado, don José.

El párroco inclinó la cabeza abatido. La Guindilla tenía razón, le sobraba razón esta vez. Vender la máquina de cine era comerciar con el pecado.

—Lo quemaremos entonces —dijo, sombrío.

Y al día siguiente, reunidos en el corral del párroco los elementos de la comisión, se quemó el aparato proyector. Junto a sus cenizas, la Guindilla mayor, en plena fiebre inquisidora, proclamó su fidelidad a la moral y su decisión inquebrantable de no descansar hasta que ella reinase sobre el valle.

—Don José —le dijo al cura, al despedirse—, seguiré luchando contra la inmoralidad. No lo dude. Yo sé el modo de hacerlo.

Y al domingo siguiente, al anochecer, tomó una linterna y salió sola a recorrer los prados y los montes. Tras los zarzales y en los lugares más recónditos y espesos encontraba alguna pareja de tórtolos arrullándose. Proyectaba sobre los rostros confundidos el haz luminoso de la linterna.

—Pascualón, Elena, estáis en pecado mortal —decía tan sólo. Y se retiraba.

Así recorrió los alrededores sin fatigarse, repitiendo incansablemente su terrible admonición:

—Fulano, Fulana, estáis en pecado mortal.

«Ya que los mozos y mozas del pueblo tienen la conciencia acorchada, yo sustituiré a la voz de su conciencia», se decía. Era una tarea ardua la que echaba sobre sí, pero al propio tiempo no estaba exenta de atractivos.

Los mozos del pueblo soportaron el entrometimiento de la Guindilla en sus devaneos durante tres domingos consecutivos. Pero al cuarto llegó la insurrección. Entre todos la rodearon en un prado. Unos querían pegarla, otros desnudarla y dejarla al relente, amarrada a un árbol, toda la noche. Al fin se impuso un tercer grupo, que sugirió echarla de cabeza a El Chorro. La Guindilla, abatida, dejó caerla linterna al suelo y se dispuso a entrar en las

largas listas del martirologio cristiano; aunque, de vez en cuando, lloriqueaba, y pedía, entre hipo e hipo, un poquitín de clemencia.

Profiriendo gritos e insultos, la condujeron hasta el puente. La corriente de El Chorro vertía el agua con violencia en la Poza del Inglés. Flotaba, sobre la noche del valle, un ambiente tétrico y siniestro. La multitud parecía enloquecida. Todo estaba dispuesto para su fin y la Guindilla, mentalmente, rezó un acto de contrición.

Y, al fin de cuentas, si la Guindilla no compartió aquella noche el lecho del río, a Quino, el Manco, había de agradecérselo, aunque él y la difunta Mariuca hubieran comido, según ella, el cocido antes de las doce. Mas, por lo visto, el Manco aún conservaba en su pecho un asomo de dignidad, un vivo rescoldo de nobleza. Se interpuso con ardor entre la Guindilla y los mozos y la defendió como un hombre. Hasta se enfureció y agitó el muñón en el aire como si fuera el mástil de una bandera arriada. Los mozos, cuyos malos humos se habían desvanecido en el trayecto, consideraron suficiente el susto y se retiraron.

La Guindilla se quedó sola, frente por frente del Manco. No sabía qué hacer. La situación resultaba para ella un poco embarazosa. Soltó una risita de compromiso y luego se puso a mirarse la punta de los pies. Volvió a reír y dijo «bueno», y, al fin, sin darse bien cuenta de lo que hacía, se inclinó y besó con fuerza el muñón de Quino. Inmediatamente echó a correr, asustada, carretera adelante, como una loca.

Al día siguiente, antes de la misa, la Guindilla mayor se acercó al confesionario de don José.

—Ave María Purísima, padre —dijo.

—Sin pecado concebida, hija.

—Padre, me acuso… me acuso de haber besado a un hombre en la oscuridad de la noche —añadió la Guindilla.

Don José, el cura, se santiguó y alzó los ojos al techo del confesionario, resignado.

—Alabado sea el Señor —musitó. Y sintió una pena inmensa por aquel pueblo.

XVII

Daniel, el Mochuelo, le perdonaba todo a la Guindilla menos el asunto del coro; la despiadada forma en que le puso en evidencia ante los ojos del pueblo entero y el convencimiento de ella de su falta de definición sexual.

Esto no podría perdonárselo por mil años que viviera. El asunto del coro era un baldón; el mayor oprobio que puede soportar un hombre. La infamia exigía contramedidas con las que demostrar su indiscutible virilidad.

En la iglesia ya le esperaban todos los chicos y chicas de las escuelas, y Trino, el sacristán, que arrancaba agrias y gemebundas notas del armonio cuando llegaron. Y la asquerosa Guindilla también estaba allí, con una varita en la mano, erigida, espontáneamente, en directora.

Al entrar ellos, les ordenó a todos por estatura; después levantó la varita por encima de la cabeza y dijo:

—Veamos. Quiero ensayar con vosotros el *Pastora Divina* para cantarlo el día de la Virgen. Veamos —repitió.

Hizo una señal a Trino y luego bajó la varita y los niños y niñas cantaron cada uno por su lado:

Pas-to-ra Di-vi-naaaseee-guir-te yo quie-rooo…

Cuando ya empezaban a sintonizar las cuarenta y dos voces, la Guindilla mayor puso un cómico gesto de desolación y dijo:

—¡Basta, basta! No es eso. No es «Pas», es «Paaas. —Así—: Paaas-to-ra Di-vi-na; seee-guir-te yo quierooo; poor va-lles y o-te-roos; tuuus hue-llas en pooos». Veamos —repitió.

Dio con la varita en la cubierta del armonio y de nuevo atrajo la atención de todos. Los muros del templo se estremecieron bajo los agudos acentos infantiles. Al poco rato, la Guindilla puso un acusado gesto de asco. Luego señaló al Moñigo con la varita.

—Tú puedes marcharte, Roque; no te necesito. ¿Cuándo cambiaste la voz?

Roque, el Moñigo, humilló la mirada:

—¡Qué sé yo! Dice mi padre que ya de recién nacido berreaba con voz de hombre.

Aunque cabizbajo, el Moñigo decía aquello con orgullo, persuadido de que un hombre bien hombre debe definirse desde el nacimiento. Los primeros de la escuela acusaron su manifestación con unas risitas de superioridad. En cambio, las niñas miraron al Moñigo con encendida admiración.

Al concluir otra prueba, doña Lola prescindió de otros dos chicos porque desafinaban. Una hora después, Germán, el Tiñoso, fue excluido también del coro porque tenía una voz en transición y la Guindilla «quería formar un coro sólo de tiples». Daniel, el Mochuelo, pensó que ya no pintaba allí nada y deseó ardientemente ser excluido. No le gustaba, además, tener voz de tiple. Pero el ensayo del primer día terminó sin que la Guindilla estimara necesario prescindir de él.

Volvieron al día siguiente y la Guindilla siguió sin excluirle. Aquello se ponía feo. Permanecer en el coro suponía, a estas alturas, una deshonra. Era casi como dudar de la hombría de uno, y Daniel, el Mochuelo, estimaba demasiado la hombría para desentenderse de aquella selección. Mas a pesar de sus deseos y a pesar de no quedar ya más que seis varones en el coro Daniel, el Mochuelo, continuó formando parte de él. Aquello era el desastre. Al cuarto día la Guindilla mayor, muy satisfecha, declaró:

—Ha terminado la selección. Quedáis sólo las voces puras. —Eran quince niñas y seis niños—. Espero —se dirigía ahora a los seis niños— que a ninguno de vosotros se le vaya a ocurrir cambiar la voz de aquí al día de la Virgen.

Sonrieron los niños y las niñas, tomando a orgullo aquello de tener «las voces puras». Sólo se desesperó, por lo bajo, inútilmente, Daniel, el Mochuelo. Pero ya la Guindilla estaba golpeando la cubierta del armonio para llamar la atención de Trino, el sacristán, y las veintiuna voces puras difundían por el ámbito del templo las plegarias a la Virgen:

Paaas-to-ra Di-vi-naaaseee-guir-te yo quie-rooopooor va-lles y o-te-rooostuuus hue-llas en pooos.

Daniel, el Mochuelo, intuía lo que aquella tarde ocurrió a la salida. Los chicos descartados, capitaneados por el Moñigo, les esperaban en el atrio y al verles salir, formaron corro alrededor de los seis «voces puras» y comenzaron a chillar de un modo reiterativo y enojoso:

—¡Niñas, maricas! ¡Niñas, maricas! ¡Niñas, maricas!

De nada valió la intercesión de la Guindilla ni los débiles esfuerzos de Trino, el sacristán, que era ya viejo y estaba como envarado. Tampoco valieron de nada las miradas suplicantes que Daniel, el Mochuelo, dirigía a su

amigo Roque. En este trance, el Moñigo olvidaba hasta las más elementales normas de la buena amistad. En el fondo del grupo agresor borboteaba un despecho irreprimible por haber sido excluidos del coro que cantaría el día de la Virgen. Por esto no importaba nada ahora. Lo importante era que la virilidad de Daniel, el Mochuelo, estaba en entredicho y que había que sacarla con bien de aquel embrollo.

Aquella noche al acostarse tuvo una idea. ¿Por qué no ahuecaba la voz al cantar el *Pastora Divina*? De esta manera la Guindilla le excluiría como a Roque, el Moñigo, y como a Germán, el Tiñoso. Bien pensado era la exclusión de éste lo que más le molestaba. Después de todo, Roque, el Moñigo, siempre había estado por encima de él. Pero lo de Germán era distinto. ¿Cómo iba a conservar, en adelante, su rango y su jerarquía ante un chico que tenía la voz más fuerte que él? Decididamente había que ahuecar la voz y ser excluido del coro antes del día de la Virgen.

Al día siguiente, al comenzar el ensayo, Daniel, el Mochuelo, carraspeó, buscando un efecto falso a su voz. La Guindilla tocó el armonio con la punta de la varita y el cántico se inició:

Paaas-to-ra Di-vi-naaa seee-guir-te yo quie-rooo…

La Guindilla se detuvo en seco. Arrugaba la nariz, larguísima, como si la molestase un mal olor. Luego frunció el ceño igual que si algo no respondiera a lo que ella esperaba y se sintiera incapaz de localizar la razón de la deficiencia. Pero al segundo intento apuntó con la varita al Mochuelo, y dijo, molesta:

—Daniel, ¡caramba!, deja de engolar la voz o te doy un sopapo.

Había sido descubierto. Se puso encarnado al solo pensamiento de que los demás pudieran creer que pretendía ser hombre mediante un artificio. Él, para ser hombre, no necesitaba de fingimientos. Lo demostraría en la primera oportunidad.

A la salida, Roque, el Moñigo, capitaneando el grupo de «voces impuras», les rodeó de nuevo con su maldito estribillo:

—¡Niñas, maricas! ¡Niñas, maricas! ¡Niñas, maricas!

Daniel, el Mochuelo, experimentaba deseos de llorar. Se contuvo, sin embargo, porque sabía que su vacilante virilidad acabaría derrumbándose con el llanto ante el grupo de energúmenos, de «las voces impuras».

Así llegó el día de la Virgen. Al despertarse aquel día, Daniel, el Mochuelo, pensó que no era tan descorazonador tener la voz aguda a los diez años y que tiempo sobrado tendría de cambiarla. No había razón por la que

sentirse triste y humillado. El sol entraba por la ventana de su cuarto y a lo lejos el Pico Rando parecía más alto y majestuoso que de ordinario. A sus oídos llegaba el estampido ininterrumpido de los cohetes y las notas desafinadas de la charanga bajando la varga. A lo lejos, a intervalos, se percibía el tañido de la campana, donada por don Antonino, el marqués, convocando a misa mayor. A los pies de la cama tenía su traje nuevo, recién planchado, y una camisa blanca, escrupulosamente lavada, que todavía olía a añil y a jabón. No. La vida no era triste. Ahorra acodado en la ventana, podía comprobarlo. No era triste, aunque media hora después tuviera que cantar el *Pastora Divina* desde el coro de las «voces puras». No lo era, por más que a la salida «las voces impuras» les llamasen niñas y maricas.

Un polvillo dorado, de plenitud vegetal, envolvía el valle, sus dilatadas y vastas formas. Olía al frescor de los prados, aunque se adivinaba en el reposo absoluto del aire un día caluroso. Debajo de la ventana, en el manzano más próximo del huerto, un mirlo hacía gorgoritos y saltaba de rama en rama. Ahora pasaba la charanga por la carretera, hacia El Chorro y la casa de Quino, el Manco, y un grupo de chiquillos la seguía profiriendo gritos y dando volteretas. Daniel, el Mochuelo, se escondió disimuladamente, porque casi todos los chiquillos que acompañaban a la charanga pertenecían al grupo de «voces impuras».

Enseguida se avió y marchó a misa. Los cirios chisporroteaban en el altar y las mujeres lucían detonantes vestidos. Daniel, el Mochuelo, subió al coro y desde allí miró fijamente a los ojos de la Virgen. Decía don José que, a veces, la imagen miraba a los niños que eran buenos. Podría ser debido a las llamas tembloteantes de las velas, pero a Daniel, el Mochuelo, le pareció que la Virgen aquella mañana volvía los ojos a él y le miraba. Y su boca sonreía. Sintió un escalofrío y entonces le dijo, sin mover los labios, que le ofrecía el *Pastora Divina* para que las «voces impuras» no se rieran de él ni le motejaran.

Después del Evangelio, don José, el cura, que era un gran santo, subió al púlpito y empezó el sermón. Se oyó un carraspeo prolongado en los bancos de los hombres e instintivamente Daniel, el Mochuelo, comenzó a contar las veces que don José, el cura, decía «en realidad». Aunque él no jugaba a pares o nones. Pero don José decía aquella mañana cosas tan bonitas, que el Mochuelo perdió la cuenta.

—Hijos, en realidad, todos tenemos un camino marcado en la vida. Debemos seguir siempre nuestro camino, sin renegar de él —decía don José —. Algunos pensaréis que eso es bien fácil, pero, en realidad, no es así. A

veces el camino que nos señala el Señores áspero y duro. En realidad eso no quiere decir que ése no sea nuestro camino. Dios dijo: «Tomad la cruz y seguidme».

—Una cosa os puedo asegurar —continuó—. El camino del Señor no está en esconderse en la espesura al anochecer los jóvenes y las jóvenes. En realidad, tampoco está en la taberna, donde otros van a buscarlo los sábados y los domingos; ni siquiera está en cavar las patatas o afeitar los maizales durante los días festivos. Dios mismo, en realidad, creó el mundo en seis días y al séptimo descansó. Y era Dios. Y como Dios que era, en realidad, no estaba cansado. Y, sin embargo, descansó. Descansó para enseñarnos a los hombres que el domingo había que descansar.

Don José, el cura, hablaba aquel día, sin duda, inspirado por la Virgen, y hablaba suavemente, sin estridencias. Prosiguió diciendo cosas del camino de cada uno, y luego pasó a considerar la infelicidad que en ocasiones traía el apartarse del camino marcado por el Señor por ambición o sensualidad. Dijo cosas inextricables y confusas para Daniel. Algo así como que un mendigo podía ser más feliz sin saber cada día si tendría algo que llevarse a la boca, que un rico en un suntuoso palacio lleno de mármoles y criados.

—Algunos —dijo— por ambición, pierden la parte de felicidad que Dios les tenía asignada en un camino más sencillo. La felicidad —concluyó— no está, en realidad, en lo más alto, en lo más grande, en lo más apetitoso, en lo más excelso; está en acomodar nuestros pasos al camino que el Señor nos ha señalado en la Tierra. Aunque sea humilde.

Acabó don José y Daniel, el Mochuelo, persiguió con los ojos su menuda silueta hasta el altar. Quería llenarse los ojos de él, de su presencia carnal, pues estaba seguro que un día no lejano ocuparía una hornacina en la parroquia. Pero no sería él mismo, entonces, sino una talla en madera o una figura en escayola detestablemente pintada.

Casi le sorprendió el ruido del armonio, activado por Trino, el sacristán. La Guindilla estaba ante ellos, con la varita en la mano. Los «voces puras» carraspearon un momento. La Guindilla golpeó el armonio con la varita y Trino acometió los compases preliminares del *Pastora Divina*. Luego sonaron las voces puras, acompasadas, meticulosamente controladas por la varita de la Guindilla:

Paaas-to-ra Di-vi-naaaseee-guir-te yo quie-rooopooor va-lles y o-te-rooostuuus hue-llas en pooos.

Tuuu grey des-va-li-dagi-mien-do te im-plo-raes-cu-cha, Se-ño-ra, su ar-dien-te cla-mor.

Paaas-to-ra Di-vi-naaaseee-guir-te yo quie-rooopooor va-lles y o-te-rooostuuus hue-llas en pooos.

Cuando terminó la misa, la Guindilla les felicitó y les obsequió con un chupete a cada uno. Daniel, el Mochuelo, lo guardó en el bolsillo subrepticiamente, como una vergüenza.

Ya en el atrio, dos envidiosos le dijeron al pasar «niña, marica», pero Daniel, el Mochuelo, no les hizo ningún caso. Ciertamente, sin el Moñigo guardándole las espaldas, se sentía blando y como indefenso. A la puerta de la iglesia la gente hablaba del sermón de don José. Un poco apartada, a la izquierda, Daniel, el Mochuelo, divisó a la Mica. Le sonrió ella.

—Habéis cantado muy bien, muy bien —dijo, y le besó en la frente.

Los diez años del Mochuelo se pusieron ansiosamente de puntillas. Pero fue en vano. Ella ya le había besado. Ahora la Mica volvía a sonreír, pero no era a él. Se acercaba a ella un hombre joven, delgado y vestido de luto. Ambos se cogieron de las manos y se miraron de un modo que no le gustó al Mochuelo.

—¿Qué te ha parecido? —dijo ella.

—Encantador; todo encantador —dijo él.

Y entonces, Daniel, el Mochuelo, acongojado por no sabía qué extraño presentimiento, se apartó de ellos y vio que toda la gente se daba codazos y golpecitos y miraban de un lado a otro de reojo y se decían con voz queda: «Mira, es el novio de la Mica», «Mira, es el novio de la Mica», «¡Caramba! Ha venido el novio de la Mica», «Es guapo el novio de la Mica», «No está mal el novio de la Mica». Y ninguno quitaba el ojo del hombre joven delgado y vestido de luto, que tenía entre las suyas las manos de la Mica.

Comprendió entonces Daniel, el Mochuelo, que sí había motivos suficientes para sentirse atribulado aquel día, aunque el sol brillase en un cielo esplendente y cantasen los pájaros en la maleza, y agujereasen la atmósfera con sus melancólicas campanadas los cencerros de las vacas y la Virgen le hubiera mirado y sonreído. Había motivos para estar triste y para desesperarse y para desear morir y algo notaba él que se desgajaba amenazadoramente en su interior.

Por la tarde, bajó a la romería. Roque, el Moñigo, y Germán, el Tiñoso, le acompañaban. Daniel, el Mochuelo, seguía triste y deprimido; sentía la necesidad de un desahogo. En el prado olía a churros y a aglomeración

humana; a alegría congestiva y vital. En el centro estaba la cucaña, diez metros más alta que otros años. Se detuvieron ante ella y contemplaron los intentos fallidos de dos mozos que no pasaron de los primeros metros. Un hombre borracho señalaba con un dedo la punta de la cucaña y decía:

—Hay allí cinco duros. El que suba y los baje que me convide.

Y se reía con un cloqueo contagioso. Daniel, el Mochuelo, miró a Roque, el Moñigo.

—Voy a subir yo —dijo.

Roque le acució:

—No eres hombre.

Germán, el Tiñoso, se mostraba extrañamente precavido:

—No lo hagas. Te puedes matar.

Le empujó su desesperación, un vago afán de emular al joven enlutado, a los niños del grupo de «los voces impuras». Saltó sobre el palo y ascendió, sin esfuerzo, los primeros metros. Daniel, el Mochuelo, tenía como un fuego muy vivo en la cabeza, una mezcla rara de orgullo herido, vanidad despierta y desesperación. «Adelante —se decía—. Nadie será capaz de hacer lo que tú hagas». «Nadie será capaz de hacer lo que tú hagas. —Y seguía ascendiendo, aunque los muslos le escocían ya—. Subo porque no me importa caerme». «Subo porque no me importa caerme», se repetía, y al llegar a la mitad miró hacia abajo y vio que toda la gente del prado pendía de sus movimientos y experimentó vértigo y se agarró afanosamente al palo. No obstante, siguió trepando. Los músculos comenzaban a resentirse del esfuerzo, pero él continuaba subiendo. Era ya como una cucarachita a los ojos de los de abajo. El palo empezó a oscilar como un árbol mecido por el viento. Pero no sentía miedo. Le gustaba estar más cerca del cielo, poder tratar de tú al Pico Rando. Se le enervaban los brazos y las piernas. Oyó un grito a sus pies y volvió a mirar abajo.

—¡Daniel, hijo!

Era su madre, implorándole. A su lado estaba la Mica, angustiada. Y Roque, el Moñigo, disminuido, y Germán, el Tiñoso, sobre quien acababa de recobrar la jerarquía, y el grupo de «los voces puras» y el grupo de «los voces impuras», y la Guindilla mayor y don José, el cura, y Paco, el herrero, y don Antonino, el marqués, y también estaba el pueblo, cuyos tejados de pizarra ofrecían su mate superficie al sol. Se sentía como embriagado; acuciado por una ambición insaciable de dominio y potestad. Siguió trepando sordo a las reconvenciones de abajo. La cucaña era allí más delgada y se tambaleaba con su peso como un hombre ebrio. Se abrazó al palo frenéticamente, sintiendo

que iba a ser impulsado contra los montes como el proyectil de una catapulta. Ascendió más. Casi tocaba ya los cinco duros donados por «los Ecos del Indiano. —Pero los muslos le escocían, se le despellejaban, y los brazos apenas tenían fuerzas—. Mira, ha venido el novio de la Mica», «Mira, ha venido el novio de la Mica», se dijo, con rabia mentalmente, y trepó unos centímetros más. ¡Le faltaba tan poco! Abajo reinaba un silencio expectante. «Niña, marica; niña, marica», murmuró, y ascendió un poco más. Ya se hallaba en la punta. La oscilación de la cucaña aumentaba allí. No se atrevía a soltar la mano para asir el galardón. Entonces acercó la boca y mordió el sobre furiosamente. No se oyó abajo ni un aplauso, ni una voz. Gravitaba sobre el pueblo el presagio de una desgracia. Daniel, el Mochuelo, empezó a descender. A mitad del palo se sintió exhausto, y entonces dejó de hacer presión con las extremidades y resbaló rápidamente sobre el palo encerado, y sintió abrasársele las piernas y que la sangre saltaba de los muslos en carne viva.

De improviso se vio en tierra firme, rodeado de un clamor estruendoso, palmetazos que le herían la espalda y cachetes y besos y lágrimas de su madre, todo mezclado. Vio al hombre enlutado que llevaba del brazo a la Mica y que le decía, sonriente: «Bravo, muchacho». Vio al grupo de «los voces impuras» alejarse cabizbajos. Vio a su padre, haciendo aspavientos y reconviniéndole y soltando chorros de palabras absurdas que no entendía. Vio, al fin, a la Uca-uca correr hacia él, abrazársele a las piernas magulladas y prorrumpir en un torrente de lágrimas incontenibles…

Luego, de regreso a casa, Daniel, el Mochuelo, cambió otra vez de parecer en el día y se confesó que no tenía ningún motivo para estar atribulado. Después de todo, el día estaba radiante, el valle era hermoso y el novio de la Mica le había dicho sonriente: «¡Bravo, muchacho!».

XVIII

Como otras muchas mujeres, la Guindilla mayor despreció el amor mientras ningún hombre le propuso amar y ser amada. A veces, la Guindilla se reía de que el único amor de su vida hubiera nacido precisamente de su celo moralizador. Sin su afán de recorrer los montes durante las anochecidas de los domingos no hubiera soliviantado a los mozos del pueblo, y, sin soliviantar a los mozos del pueblo, no hubiera dado a Quino, el Manco, oportunidad de defenderla y sin esta oportunidad, jamás se hubiera conmovido el seco corazón de la Guindilla mayor, demasiado ceñido y cerrado entre las costillas. Era, la de su primer y único amor, una cadena de causalidad y casualidad que si pensaba en ella la abrumaba. Son infinitos los caminos del Señor.

Los amores de la Guindilla y Quino, el Manco, tardaron en conocerse en el pueblo. Además, progresaron con una lentitud crispante. Era un paso definitivo, a la postre. Quino, el Manco, ya había pensado en ella, en la Guindilla, antes del incidente con los mozos. La Guindilla no era joven y él tampoco. Por otro lado, la Guindilla era enjuta y delgada y poseía un negocio en marcha; y un evidente talento comercial. Precisamente de lo que él carecía. Últimamente, Quino estaba asfixiado por las hipotecas. Bien mirado, propiedad de él, lo que se dice de él, no restaba ni un hierbajo del huerto. Además, la Guindilla era delgada y tenía los muslos escurridos. Vamos, al parecer. Naturalmente, ni él ni nadie vieron nunca los muslos a la Guindilla. En fin, la Guindilla mayor constituía para él una solución congruente y pintiparada.

Cuando Quino, el Manco, la defendió de los mozos en el puente no lo hizo con miras egoístas. Lo hizo porque era un hombre noble y digno y detestaba la violencia, sobre todo con las mujeres. ¿Que luego se enredó la cosa y la Guindilla le miró de éste u otro modo, y le besó ardorosamente el muñón y él, al beso, sintió como el cosquilleo de un calambre a lo largo del brazo y se conmovió? Bien. Eslabones de una misma cadena. Incidencias necesarias para abordar un fin ineluctable. Designios de Dios.

El beso en la carne retorcida del muñón sirvió también para que Quino, el Manco, constatase que aún existía en su cuerpo pujanza y la eficacia de la virilidad. Aún no estaba neutralizado como sexo; contaba todavía. Y se dio en pensar en eventualidades susceptibles de ser llevadas a la práctica. Y así nació

la idea de introducir una flor cada mañana a la Guindilla, por debajo de la puerta de la tienda, antes de que el pueblo despertase.

Quino, el Manco, sabía que en esta ocasión había que obrar con tiento. El pueblo aborrecía a la Guindilla y la Guindilla era una puritana y la otra Guindilla un gato escaldado. Tenía que actuar, pues, con cautela, sigilo y discreción.

Cambiaba de flor cada día y si la flor era grande introducía solamente un pétalo. Quino, el Manco, no ignoraba que una flor sin intención se la lleva el viento y una flor intencionada encierra más fuerza persuasiva que un filón de oro. Sabía también que la asiduidad y la constancia terminan por mellar el hierro.

Al mes, todo este caudal de ternuras acabó revertiendo, como no podía menos, en don José, el cura, que era un gran santo.

Dijo la Guindilla:

—Don José, ¿es pecado desear desmayarse en los brazos de un hombre?

—Depende de la intención —dijo el párroco.

—Sin más intención que desmayarse, don José.

—Pero, hija, ¿a tus años?

—Qué quiere, señor cura. Ninguna sabe cuándo le va allegar la hora. El amor y la muerte, a traición. Y si es pecado desear desmayarse en los brazos de un hombre, yo vivo empecatada, don José, se lo advierto. Y lo mío no tiene remedio. Yo no podré desear otra cosa aunque usted me diga que ése es el mayor pecado del mundo. Ese deseo puede más que yo.

Y lloraba.

Don José movía la cabeza de un lado a otro maquinalmente, como un péndulo.

—Es Quino, ¿verdad? —dijo.

El pellejo de la Guindilla mayor se ahogó en rubores.

—Sí, él es, don José.

—Es un buen hombre, hija; pero es una calamidad —dijo el cura.

—No importa, don José. Todo tiene remedio.

—¿Qué dice tu hermana?

—No sabe nada aún. Pero ella no tiene fuerza moral para hablarme. Sería inútil que me diera consejos.

Irene, la Guindilla menor, se enteró al fin.

—Parece mentira, Lola. ¿Has perdido el juicio? —dijo.

—¿Por qué me dices eso?

—¿No lo sabes?

—No. Pero tú tampoco ignoras que en casa necesitamos un hombre.

—Cuando lo mío con Dimas no necesitábamos un hombre en casa.

—Es distinto, hermana.

—Ahora la que ha perdido la cabeza has sido tú; no hay otra diferencia.

—Quino tiene vergüenza.

—También Dimas parecía que la tenía.

—Iba por tu dinero. Dimas duró lo que las cinco mil pesetas. Tú lo dijiste.

—¿Es que crees que Quino va por tu persona?

La Guindilla mayor saltó, ofendida:

—¿Qué motivos tienes para dudarlo?

La Guindilla menor concedió:

—A la vista ninguno, desde luego.

—Además, yo no he de esconderme como tú. Yo someter mi cariño a la ley de Dios.

Le brillaban los ojos a la Guindilla menor:

—No me hables de aquello; te lo pido por la bendita memoria de nuestros padres.

Aún en el pueblo no se barruntaba nada del noviazgo. Fue preciso que la Guindilla y Quino, el Manco, recorrieran las calles emparejados, un domingo por la tarde, para que el pueblo se enterase al fin. Y contra lo que Quino, el Manco, suponía, no se marchitaron los geranios en los balcones, ni se estremecieron las vacas en sus establos, ni se hendió la tierra, ni se desmoronaron las montañas al difundirse la noticia. Apenas unas sonrisas incisivas y unas insinuaciones de doble sentido. Menos no podía esperarse.

Dos semanas después, la Guindilla mayor fue a ver de nuevo a don José.

—Señor cura, ¿es pecado desear que un hombre nos bese en la boca y nos estruje entre sus brazos con todo su vigor, hasta destrozarnos?

—Es pecado.

—Pues yo no puedo remediarlo, don José. Peco a cada minuto de mi vida.

—Tú y Quino debéis casaros —dijo, sin más, el cura.

Irene, la Guindilla menor, puso el grito en el cielo al conocer la sentencia de don José:

—Le llevas diez años, Lola; y tú tienes cincuenta. Sé sensata; reflexiona. Por amor de Dios, vuelve en ti antes de que sea tarde.

La Guindilla mayor acababa de descubrir que había una belleza en el sol escondiéndose tras los montes y en el gemido de una carreta llena de heno, y en el vuelo pausado de los milanos bajo el cielo límpido de agosto, y hasta en

el mero y simple hecho de vivir. No podía renunciar a ella ahora que acababa de descubrirla.

—Estoy decidida, hermana. Tú tienes la puerta abierta para marchar cuando lo desees —dijo.

La Guindilla menor rompió a llorar, luego le dio un ataque de nervios, y, por último, se acostó con fiebre. Así estuvo una semana. El domingo había desaparecido la fiebre. La Guindilla mayor entró en la habitación de puntillas y descorrió las cortinas alborozada.

—Vamos, hermana, levántate —dijo—. Don José leerá hoy, en la misa, mi primera amonestación. Hoy debe ser para ti y para mí un día inolvidable.

La Guindilla menor se levantó sin decir nada, se arregló y marchó con su hermana a oír la primera amonestación. De regreso, ya en casa, Lola dijo:

—Anímate, hermana, tú serás mi madrina de boda.

Y, efectivamente, la Guindilla menor hizo de madrina de boda. Todo ello sin rechistar. A los pocos meses de casada, la Guindilla mayor, extrañada de la sumisión y mudez de Irene, mandó llamar a don Ricardo, el médico.

—Esta chica ha sufrido una impresión excesiva. No razona. De todos modos no es peligrosa. Su trastorno no da muestra alguna de violencia —dijo el médico. Luego le recetó unas inyecciones y se marchó.

La Guindilla mayor se puso a llorar acongojada.

Pero a Daniel, el Mochuelo, nada de esto le causó sorpresa. Empezaba a darse cuenta de que la vida es pródiga en hechos que antes de acontecer parecen inverosímiles y luego, cuando sobrevienen, se percata uno de que no tienen nada de inextricables ni de sorprendentes. Son tan naturales como que el sol asome cada mañana, o como la lluvia, o como la noche, o como el viento.

Él siguió la marcha de las relaciones de la Guindilla y Quino, el Manco, por la Uca-uca. Fue un hecho curioso que tan pronto conoció estas relaciones, sintió que se desvanecía totalmente su vieja aversión por la chiquilla. Y en su lugar brotaba como un vago impulso de compasión.

Una mañana la encontró hurgando entre la maleza, en la ribera del río.

—Ayúdame, Mochuelo. Se ha escondido aquí un malvís que casi no vuela.

Él se afanó por atrapar al pájaro. Al fin lo consiguió, pero el animalito, forcejeando por escapar, se precipitó insensatamente en el río y se ahogó en un instante. Entonces la Mariuca-uca se sentó en la orilla, con los pies sumergidos en la corriente. El Mochuelo se sentó a su lado. A ambos les entristecía la inopinada muerte del pájaro. Luego, la tristeza se disipó.

—¿Es verdad que tu padre se va a casar con la Guindilla? —dijo el Mochuelo.

—Eso dicen.

—¿Quién lo dice?

—Ellos.

—¿Tú qué dices?

—Nada.

—Tu padre, ¿qué dice?

—Que se casa para que yo tenga una madre.

—Ni pintada querría yo una madre como la Guindilla —dijo el Mochuelo.

—El padre dice que ella me lavará la cara y me peinará las trenzas.

Volvió a insistir el Mochuelo:

—Y tú, ¿qué dices?

—Nada.

Daniel, el Mochuelo, presentía la tribulación inexpresada de la pequeña, el valor heroico de su hermetismo, tan dignamente sostenido.

La niña preguntó de pronto:

—¿Es cierto que tú te marchas a la ciudad?

—Dentro de tres meses. He cumplido ya once años. Mi padre quiere que progrese.

—Y tú, ¿qué dices?

—Nada.

Después de hablar se dio cuenta el Mochuelo de que se habían cambiado las tornas; de que era él, ahora, el que no decía nada. Y comprendió que entre él y la Uca-uca surgía de repente un punto común de rara afinidad. Y que no lo pasaba mal charlando con la niña, y que los dos se asemejaban en que tenían que acatar lo que más convenía a sus padres sin que a ellos se les pidiera opinión. Y advirtió también que estando así, charlando de unas cosas y otras, se estaba bien y no se acordaba para nada de la Mica. Y, sobre todo, que la idea de marchar a la ciudad a progresar, volvía a hacérsele ardua e insoportable.

Cuando quisiera volver de la ciudad de progresar, la Mica, de seguro, habría perdido el cutis y tendría, a cambio, una docena de chiquillos.

Ahora se encontraba con la Uca-uca con más frecuencia y ya no la rehuía con la hosquedad que lo hacía antes.

—Uca-uca, ¿cuándo es la boda?

—Para julio.

—Y tú, ¿qué dices?

—Nada.
—Y ella, ¿qué dice?
—Que me llevará a la ciudad, cuando sea mi madre, para que me quiten las pecas.
—Y tú, ¿quieres?
Se azoraba la Uca-uca y bajaba los ojos:
—Claro.
El día de la boda Mariuca-uca no apareció por ninguna parte. Al anochecer, Quino, el Manco, se olvidó de la Guindilla mayor y de todo y dijo que había que buscar a la niña costara lo que costase. Daniel, el Mochuelo, observaba fascinado los preparativos en su derredor. Los hombres con palos, faroles y linternas, con los pies embutidos en gruesas botas claveteadas que producían un ruido chirriante al moverse en la carretera.
Daniel, el Mochuelo, al ver que se pasaba el tiempo sin que los hombres regresaran de las montañas, se fue llenando de ansiedad. Su madre lloraba a su lado y no cesaba de decir: «Pobre criatura». Por lo visto no era partidaria de dar a la Uca-uca una madre postiza. Cuando Rafaela, la Chancha, la mujer del Cuco, el factor, pasó a la quesería diciendo que era probable que a la niña la hubiera devorado un lobo, Daniel, el Mochuelo, tuvo ganas de gritar con toda su alma. Y fue en ese momento cuando se confesó que si a la Uca-uca le quitaban las pecas, le quitaban la gracia y que él no quería que a la Uca-uca le quitaran las pecas y tampoco que la devorase un lobo.
A las dos de la madrugada regresaron los hombres con los palos, las linternas y los faroles y la Mariuca-uca en medio, muy pálida y desgreñada. Todos corrieron a casa de Quino, el Manco, a ver llegar a la niña y a besarla y a estrujarla y a celebrar la aparición. Pero la Guindilla se adelantó a todos y recibió a la Uca-uca con dos sopapos, uno en cada mejilla. Quino, el Manco, contuvo a duras penas una blasfemia, pero llamó la atención a la Guindilla y le dijo que no le gustaba que golpeasen a la niña y doña Lola le contestó irritada que «desde la mañana era ya su madre y tenía el deber de educarla». Entonces Quino, el Manco, se sentó en una banqueta de la tasca y se echó de bruces sobre el brazo que apoyaba en la mesa, como si llorara, o como si acabara de sobrevenirle una gran desgracia.

XIX

Germán, el Tiñoso, levantó un dedo, ladeó un poco la cabeza para facilitar la escucha, y dijo:

—Eso que canta en ese bardal es un rendajo.

El Mochuelo dijo:

—No. Es un jilguero.

Germán, el Tiñoso, le explicó que los rendajos tenían unas condiciones canoras tan particulares, que podían imitar los gorjeos y silbidos de toda clase de pájaros. Y los imitaban para atraerlos y devorarlos luego. Los rendajos eran pájaros muy poco recomendables, tan hipócritas y malvados.

El Mochuelo insistió:

—No. Es un jilguero.

Encontraba un placer en la contradicción aquella mañana. Sabía que había una fuerza en su oposición, aunque ésta fuese infundada. Y hallaba una satisfacción morbosa y oscura en llevar la contraria.

Roque, el Moñigo, se incorporó de un salto y dijo:

—Mirad; un tonto de agua.

Señalaba a la derecha de la Poza, tres metros más allá de donde desaguaba El Chorro. En el pueblo llamaban tontos a las culebras de agua. Ignoraban el motivo, pero ellos no husmeaban jamás en las razones que inspiraban el vocabulario del valle. Lo aceptaban, simplemente, y sabían por eso que aquella culebra que ganaba la orilla a coletazos espasmódicos era un tonto de agua. El tonto llevaba un pececito atravesado en la boca. Los tres se pusieron en pie y apilaron unas piedras.

Germán, el Tiñoso, advirtió:

—No dejarle subir. Los tontos en las cuestas se hacen un aro y ruedan más de prisa que corre una liebre. Y atacan, además.

Roque, el Moñigo, y Daniel, el Mochuelo, miraron atemorizados al animal. Germán, el Tiñoso, saltó de roca en roca para aproximarse con un pedrusco en la mano. Fue una mala pisada o un resbalón en el légamo que recubría las piedras, o un fallo de su pierna coja. El caso es que Germán, el Tiñoso, cayó aparatosamente contra las rocas, recibió un golpe en la cabeza, y de allí se deslizó, como un fardo sin vida, hasta la Poza. El Moñigo y el Mochuelo se arrojaron al agua tras él, sin titubeos. Braceando desesperadamente lograron extraer a la orilla el cuerpo de su amigo. El Tiñoso tenía una herida enorme en la nuca y había perdido el conocimiento.

Roque y Daniel estaban aturdidos. El Mochuelo se echó al hombro el cuerpo inanimado del Tiñoso y lo subió hasta la carretera. Ya en casa de Quino, la Guindilla le puso unas compresas de alcohol en la cabeza. Al poco tiempo pasó por allí Esteban, el panadero, y lo transportó al pueblo en su tartana.

Rita, la Tonta, prorrumpió en gritos y ayes al ver llegar a su hijo en aquel estado. Fueron unos instantes de confusión. Cinco minutos después, el pueblo en masa se apiñaba a la puerta del zapatero. Apenas dejaban paso a don Ricardo, el médico; tal era su anhelante impaciencia. Cuando éste salió, todos los ojos le miraban, pendientes de sus palabras:

—Tiene fracturada la base del cráneo. Está muy grave. Pidan una ambulancia a la ciudad —dijo el médico.

De repente, el valle se había tornado gris y opaco a los ojos de Daniel, el Mochuelo. Y la luz del día se hizo pálida y macilenta. Y temblaba en el aire una fuerza aún mayor que la de Paco, el herrero. Pancho, el Sindiós, dijo de aquella fuerza que era el Destino, pero la Guindilla dijo que era la voluntad del Señor. Como no se ponían de acuerdo, Daniel se escabulló y entró en el cuarto del herido. Germán, el Tiñoso, estaba muy blanco y sus labios encerraban una suave y diluida sonrisa.

El Tiñoso sirvió de campo de batalla, durante ocho horas, entre la vida y la muerte. Llegó la ambulancia de la ciudad con Tomás, el hermano del Tiñoso, que estaba empleado en una empresa de autobuses. El hermano entró en la casa como loco y en el pasillo se encontró con Rita, la Tonta, que salía despavorida de la habitación del enfermo. Se abrazaron madre e hijo de una manera casi eléctrica. La exclamación de la Tonta fue como un chispazo fulminante.

—Tomás, llegas tarde. Tu hermano acaba de morir —dijo.

Y a Tomás se le saltaron las lágrimas y juró entre dientes como si se rebelara contra Dios por su impotencia. Y a la puerta de la vivienda las mujeres empezaron a hipar y a llorar a gritos, y Andrés, «el hombre que de perfil no se le ve», salió también de la habitación, todo encorvado, como si quisiera ver las pantorrillas de la enana más enana del mundo. Y Daniel, el Mochuelo, sintió que quería llorar y no se atrevió a hacerlo porque Roque, el Moñigo, vigilaba sus reacciones sin pestañear, con una rigidez despótica. Pero le extrañó advertir que ahora todos querían al Tiñoso. Por los hipos y gemiqueos se diría que Germán, el Tiñoso, era hijo de cada una de las mujeres del pueblo. Mas a Daniel, el Mochuelo, le consoló, en cierta manera, este síntoma de solidaridad.

Mientras amortajaban a su amigo, el Moñigo y el Mochuelo fueron a la fragua.

—El Tiñoso se ha muerto, padre —dijo el Moñigo. Y Paco, el herrero, hubo de sentarse a pesar de lo grande y fuerte que era, porque la impresión lo anonadaba. Dijo, luego, como si luchase contra algo que le enervara:

—Los hombres se hacen; las montañas están hechas ya.

El Moñigo dijo:

—¿Qué quieres decir, padre?

—¡Que bebáis! —dijo Paco, el herrero, casi furioso, y le extendió la bota de vino.

Las montañas tenían un cariz entenebrecido y luctuoso aquella tarde y los prados y las callejas y las casas del pueblo y los pájaros y sus acentos. Entonces, Paco, el herrero, dijo que ellos dos debían encargar una corona fúnebre a la ciudad como homenaje al amigo perdido y fueron a casa de las Lepóridas y la encargaron por teléfono. La Camila estaba llorando también, y aunque la conferencia fue larga no se la quiso cobrar. Luego volvieron a casa de Germán, el Tiñoso. Rita, la Tonta, se abrazó al cuello del Mochuelo y le decía atropelladamente que la perdonase, pero que era como si pudiese abrazar aún a su hijo, porque él era el mejor amigo de su hijo. Y el Mochuelo se puso más triste todavía, pensando que cuatro semanas después él se iría a la ciudad a empezar a progresar y la Rita, que no era tan tonta como decían, habría de quedarse sin el Tiñoso y sin él para enjugar sus pobres afectos truncados. También el zapatero les pasó la mano por los hombros y les dijo que les estaba agradecido porque ellos habían salvado a su hijo en el río, pero que la muerte se empeñó en llevárselo y contra ella, si se ponía terca, no se conocía remedio.

Las mujeres seguían llorando junto al cadáver y, de vez en cuando, alguna tenía algún arranque y besaba y estrujaba el cuerpecito débil y frío del Tiñoso, en tanto sus lágrimas y alaridos se incrementaban.

Los hermanos de Germán anudaron una toalla a su cráneo para que no se vieran las calvas y Daniel, el Mochuelo, experimentó más pena porque, de esta guisa, su amigo parecía un niño moro, un infiel. El Mochuelo esperaba que a don José, el cura, le hiciese el mismo efecto y mandase quitar la toalla. Pero don José llegó; abrazó al zapatero y administró al Tiñoso la Santa Unción sin reparar en la toalla.

Los grandes raramente se percatan del dolor acervo y sutil de los pequeños. Su mismo padre, el quesero, al verle, por primera vez, después del accidente, en vez de consolarle, se limitó a decir:

—Daniel, para que veas en lo que acaban todas las diabluras. Lo mismo que le ha ocurrido al hijo del zapatero podría haberte sucedido a ti. Espero que esto te sirva de escarmiento.

Daniel, el Mochuelo, no quiso hablar, pues barruntaba que de hacerlo terminaría llorando. Su padre no quería darse cuenta de que cuando sobrevino el accidente no intentaba diablura alguna, sino, simplemente, matar un tonto de agua. Ni advertía tampoco que lo mismo que él le metió la perdigonada en el carrillo la mañana que mataron el milano con el Gran Duque, podría habérsela metido en la sien y haberle mandado al otro barrio. Los mayores atribuían las desgracias a las imprudencias de los niños, olvidando que estas cosas son siempre designios de Dios y que los grandes también cometen, a veces, imprudencias.

Daniel, el Mochuelo, pasó la noche en vela, junto al muerto. Sentía que algo grande se velaba dentro de él y que en adelante nada sería como había sido. Él pensaba que Roque, el Moñigo, y Germán, el Tiñoso, se sentirían muy solos cuando él se fuera a la ciudad a progresar, y ahora resultaba que el que se sentía solo, espantosamente solo, era él, y sólo él. Algo se marchitó de repente muy dentro de su ser: quizá la fe en la perennidad de la infancia. Advirtió que todos acabarían muriendo, los viejos y los niños. Él nunca se paró a pensarlo y al hacerlo ahora, una sensación punzante y angustiosa casi le asfixiaba. Vivir de esta manera era algo brillante, y a la vez, terriblemente tétrico y desolado. Vivir era ir muriendo día a día, poquito a poco, inexorablemente. A la larga, todos acabarían muriendo: él, y don José, y su padre, el quesero, y su madre, y las Guindillas, y Quino, y las cinco Lepóridas, y Antonio, el Buche, y la Mica, y la Mariuca-uca, y don Antonino, el marqués, y hasta Paco, el herrero. Todos eran efímeros y transitorios y a la vuelta de cien años no quedaría rastro de ellos sobre las piedras del pueblo. Como ahora no quedaba rastro de los que les habían precedido en una centena de años. Y la mutación se produciría de una manera lenta e imperceptible. Llegarían a desaparecer del mundo todos, absolutamente todos los que ahora poblaban su costra y el mundo no advertiría el cambio. La muerte era lacónica, misteriosa y terrible.

Con el alba, Daniel, el Mochuelo, abandonó la compañía del muerto y se dirigió a su casa a desayunar. No tenía hambre, pero juzgaba una medida prudente llenar el estómago ante las emociones que se avecinaban. El pueblo asumía a aquella hora una quietud demasiado estática, como si todo él se sintiera recorrido y agarrotado por el tremendo frío de la muerte. Y los árboles estaban como acorchados. Y el quiquiriquí de los gallos resultaba

fúnebre, como si cantasen con sordina o no se atreviesen a mancillar el ambiente de duelo y recogimiento que pesaba sobre el valle. Y las montañas enlutaban, bajo un cielo plomizo, sus formas colosales. Y hasta en las vacas que pastaban en los prados se acentuaba el aire cansino y soñoliento que en ellas era habitual.

Daniel, el Mochuelo, apenas desayunó regresó al pueblo. Al pasar frente a la tapia del boticario divisó un tordo picoteando un cerezo silvestre junto a la carretera. Se reavivó en él el sentimiento del Tiñoso, el amigo perdido para siempre. Buscó el tirachinas en el bolsillo y colocó una piedra en la badana. Luego apuntó al animal cuidadosamente y estiró las gomas con fuerza. La piedra, al golpear el pecho del tordo, produjo un ruido seco de huesos quebrantados. El Mochuelo corrió hacia el animal abatido y las manos le temblaban al recogerlo. Después reanudó el camino con el tordo en el bolsillo.

Germán, el Tiñoso, ya estaba dentro de la caja cuando llegó. Era una caja blanca, barnizada, que el zapatero había encargado a una funeraria de la ciudad. También había llegado la corona encargada por ellos con la leyenda que dispuso el Moñigo: «Tiñoso, tus amigos Mochuelo y Moñigo no te olvidarán jamás». Rita, la Tonta, volvió a abrazarle con énfasis, diciéndole, en voz baja, que era muy bueno. Pero Tomás, el hermano colocado en una empresa de autobuses, se enfadó al ver la leyenda y cortó el trozo donde decía «Tiñoso, —dejando sólo—: tus amigos Mochuelo y Moñigo no te olvidarán jamás».

Mientras Tomás cortaba la cinta y los demás le contemplaban, Daniel, el Mochuelo, depositó con disimulo el tordo en el féretro, junto al cadáver de su amigo. Había pensado que su amigo, que era tan aficionado a los pájaros, le agradecería, sin duda, desde el otro mundo, este detalle. Mas Tomás, al volver a colocar la corona fúnebre a los pies del cadáver, reparó en el ave, incomprensiblemente muerta junto a su hermano. Acercó mucho los ojos para cerciorarse de que era un tordo lo que veía, pero después de comprobarlo no se atrevió a tocarlo. Tomás se sintió recorrido por una corriente supersticiosa.

—¿Qué… quién… cómo demonios está aquí esto? —dijo.

Daniel, el Mochuelo, después del enfado de Tomás por lo de la corona, no se atrevió a declarar su parte de culpa en esta nueva peripecia. El asombro de Tomás se contagió pronto a todos los presentes que se acercaban a contemplar el pájaro. Ninguno, empero, osaba tocarlo.

—¿Cómo hay un tordo ahí dentro?

Rita, la Tonta, buscaba una explicación razonable en el rostro de cada uno de sus vecinos. Pero en todos leía un idéntico estupor.

—Mochuelo, ¿sabes tú…?

—Yo no sé nada. No había visto el tordo hasta que lo dijo Tomás.

Andrés, «el hombre que de perfil no se le ve», entró en aquel momento. Al ver el pájaro se le ablandaron los ojos y comenzó a llorar silenciosamente.

—Él quería mucho a los pájaros; los pájaros han venido a morir con él —dijo.

El llanto se contagió a todos y a la sorpresa inicial sucedió pronto la creencia general en una intervención ultraterrena. Fue Andrés, «el hombre que de perfil no se le ve», quien primero lo insinuó con voz temblorosa.

—Esto… es un milagro.

Los presentes no deseaban otra cosa sino que alguien expresase en alta voz su pensamiento para estallar. Al oír la sugerencia del zapatero se oyó un grito unánime y desgarrado, mezclado con ayes y sollozos:

—¡Un milagro!

Varias mujeres, amedrentadas, salieron corriendo en busca de don José. Otras fueron a avisar a sus maridos y familiares para que fueran testigos del prodigio. Se organizó un revuelo caótico e irrefrenable.

Daniel, el Mochuelo, tragaba saliva incesantemente en un rincón de la estancia. Aun después de muerto el Tiñoso, los entes perversos que flotaban en el aire seguían enredándole los más inocentes y bienintencionados asuntos. El Mochuelo pensó que tal como se habían puesto las cosas, lo mejor era callar. De otro modo, Tomás, en su excitación, sería muy capaz de matarlo.

Entró apresuradamente don José, el cura.

—Mire, mire, don José —dijo el zapatero.

Don José se acercó con recelo al borde del féretro y vio el tordo junto a la yerta mano del Tiñoso.

—¿Es un milagro o no es un milagro? —dijo la Rita, toda exaltada, al ver la cara de estupefacción del sacerdote.

Se oyó un prolongado murmullo en torno. Don José movió la cabeza de un lado a otro mientras observaba los rostros que le observaban.

Su mirada se detuvo un instante en la carita asustada del Mochuelo. Luego dijo:

—Sí que es raro todo esto. ¿Nadie ha puesto ahí ese pájaro?

—¡Nadie, nadie! —gritaron todos.

Daniel, el Mochuelo, bajó los ojos. La Rita volvió a gritar, entre carcajadas histéricas, mientras miraba con ojos desafiadores a don José:

—¡Qué! ¿Es un milagro o no es un milagro, señor cura?

Don José intentó apaciguar los ánimos, cada vez más excitados.

—Yo no puedo pronunciarme ante una cosa así. En realidad es muy posible, hijos míos, que alguien, por broma o con buena intención, haya depositado el tordo en el ataúd y no se atreva a declararlo ahora por temor a vuestras iras. —Volvió a mirar insistentemente a Daniel, el Mochuelo, con sus ojillos hirientes como puntas de alfileres. El Mochuelo, asustado, dio media vuelta y escapó a la calle. El cura prosiguió—: De todas formas yo daré traslado al Ordinario de lo que aquí ha sucedido. Pero os repito que no os hagáis ilusiones. En realidad, hay muchos hechos de apariencia milagrosa que no tienen de milagro más que eso: la apariencia. —De repente cortó, seco—: A las cinco volveré para el entierro.

En la puerta de la calle, don José, el cura, que era un gran santo, se tropezó con Daniel, el Mochuelo, que le observaba a hurtadillas, tímidamente. El párroco oteó las proximidades y como no viera a nadie en derredor, sonrió al niño, le propinó unos golpecitos paternales en el cogote, y le dijo en un susurro:

—Buena la has hecho, hijo; buena la has hecho.

Luego le dio a besar su mano y se alejó, apoyándose en la cachaba, a pasitos muy lentos.

XX

Es expresivo y cambiante el lenguaje de las campanas; su vibración es capaz de acentos hondos y graves y livianos y agudos y sombríos. Nunca las campanas dicen lo mismo. Y nunca lo que dicen lo dicen de la misma manera.

Daniel, el Mochuelo, acostumbraba a dar forma a su corazón por el tañido de las campanas. Sabía que el repique del día de la Patrona sonaba a cohetes y a júbilo y a estupor desproporcionado e irreflexivo. El corazón se le redondeaba, entonces, a impulsos de un sentimiento de alegría completo y armónico. Al concluir los bombardeos, durante la guerra, las campanas también repicaban alegres, mas con un deje de reserva, precavido y reticente. Había que tener cuidado. Otras veces, los tañidos eran sordos, opacos, oscuros y huecos como el día que enterraron a Germán, el Tiñoso, por ejemplo. Todo el valle, entonces, se llenaba hasta impregnarse de los tañidos sordos, opacos, oscuros y huecos de las campanas parroquiales. Y el frío de sus vibraciones pasaba a los estratos de la tierra y a las raíces de las plantas y a la médula de los huesos de los hombres y al corazón de los niños. Y el corazón de Daniel, el Mochuelo, se tornaba mollar y maleable —blando como el plomo derretido — bajo el solemne tañer de las campanas.

Estaba lloviznando y tras don José, revestido de sobrepelliz y estola, caminaban los cuatro hijos mayores del zapatero, el féretro en hombros, con Germán, el Tiñoso, y el tordo dentro. A continuación marchaba el zapatero con el resto de sus familiares, y detrás, casi todos los hombres y las mujeres y los niños del pueblo con rostros compungidos, notando en sus vísceras las resonancias de las campanas, vibrando en una modulación lenta y cadenciosa. Daniel, el Mochuelo, sentía aquel día las campanas de una manera especial. Se le antojaba que él era como uno de los insectos que coleccionaba en una caja el cura de La Cullera. Se diría que, lo mismo que aquellos animalitos, cada campanada era como una aguja afiladísima que le atravesaba una zona vital de su ser. Pensaba en Germán, el Tiñoso, y pensaba en él mismo, en los nuevos rumbos que a su vida imprimían las circunstancias. Le dolía que los hechos pasasen con esa facilidad a ser recuerdos; notar la sensación de que nada, nada de lo pasado, podría reproducirse. Era aquélla una sensación angustiosa de dependencia y sujeción. Le ponía nervioso la imposibilidad de dar marcha atrás en el reloj del tiempo y resignarse a saber que nadie volvería a hablarle, con la precisión y el conocimiento con que el Tiñoso lo hacía, de

los rendajos y las perdices y los martines pescadores y las pollas de agua. Había de avenirse a no volver a oír jamás la voz de Germán, el Tiñoso; a admitir como un suceso vulgar y cotidiano que los huesos del Tiñoso se transformasen en cenizas junto a los huesos de un tordo; que los gusanos agujereasen ambos cuerpos simultáneamente, sin predilecciones ni postergaciones.

Se confortó un poco tanteando en su bolsillo un cuproníquel con el agujerito en medio. Cuando concluyese el entierro iría a la tienda de Antonio, el Buche, a comprarse un adoquín. Claro que a lo mejor no estaba bien visto que se endulzase así después de enterrar a un buen amigo. Habría de esperar al día siguiente.

Descendían ya la varga por su lado norte, hacia el pequeño camposanto del lugar. Bajo la iglesia, los tañidos de las campanas adquirían una penetración muy viva y dolorosa. Doblaron el recodo de la parroquia y entraron en el minúsculo cementerio. La puerta de hierro chirrió soñolienta y enojada. Apenas cabían todos en el pequeño recinto. A Daniel, el Mochuelo, se le aceleró el corazón al ver la pequeña fosa, abierta a sus pies. En la frontera este del camposanto, lindando con la tapia, se erguían adustos y fantasmales, dos afilados cipreses. Por lo demás, el cementerio del pueblo era tibio y recoleto y acogedor. No había mármoles, ni estatuas, ni panteones, ni nichos, ni tumbas revestidas de piedra. Los muertos eran tierra y volvían a la tierra, se confundían con ella en un impulso directo, casi vicioso, de ayuntamiento. En derredor de las múltiples cruces, crecían y se desarrollaban los helechos, las ortigas, los acebos, la hierbabuena y todo género de hierbas silvestres. Era un consuelo, al fin, descansar allí, envuelto día y noche en los aromas penetrantes del campo.

El cielo estaba pesado y sombrío. Seguía lloviznando. Y el grupo, bajo los paraguas, era una estampa enlutada de estremecedor y angustioso simbolismo. Daniel, el Mochuelo, sintió frío cuando don José, el cura, que era un gran santo, comenzó a rezar responsos sobre el féretro depositado a los pies de la fosa recién cavada. Había, en torno, un silencio abierto sobre cien sollozos reprimidos, sobre mil lágrimas truncadas, y fue entonces cuando Daniel, el Mochuelo, se volvió, al notar sobre el calor de su mano el calor de una mano amiga. Era la Uca-uca. Tenía la niña un grave gesto adosado a sus facciones pueriles, un ademán desolado de impotencia y resignación. Pensó el Mochuelo que le hubiera gustado estar allí solo con el féretro y la Uca-uca y poder llorar a raudales sobre las trenzas doradas de la chiquilla; sintiendo en su mano el calor de otra mano amiga. Ahora, al ver el féretro a sus pies,

lamentó haber discutido con el Tiñoso sobre el ruido que las perdices hacían al volar, sobre las condiciones canoras de los rendajos o sobre el sabor de las cicatrices. Él se hallaba indefenso, ahora, y Daniel, el Mochuelo, desde el fondo de su alma, le daba, incondicionalmente, la razón. Vibraba con unos acentos lúgubres la voz de don José, esta tarde, bajo la lluvia, mientras rezaba los responsos:

—*Kyrie, eleison. Christie, eleison. Kyrie, eleison. Pater noster qui es in coelis…*

A partir de aquí, la voz del párroco se hacía un rumor ininteligible. Daniel, el Mochuelo, experimentó unas ganas enormes de llorar al contemplar la actitud entregada del zapatero. Viéndole en este instante no se dudaba de que jamás Andrés, «el hombre que de perfil no se le ve», volvería a mirar las pantorrillas de las mujeres. De repente, era un anciano tembloteante y extenuado, sexualmente indiferente. Cuando don José acabó el tercer responso, Trino, el sacristán, extendió una arpillera al lado del féretro y Andrés arrojó en ella una peseta. La voz de don José se elevó de nuevo:

—*Kyrie, eleison. Christie, eleison. Kyrie, eleison. Pater noster qui es in coelis…*

Luego fue el Peón quien echó unas monedas sobre la arpillera, y don José, el cura, que era un gran santo, rezó otro responso. Después se acercó Paco, el herrero, y depositó veinte céntimos. Y más tarde, Quino, el Manco, arrojó otra pequeña cantidad. Y luego Cuco, el factor, y Pascualón, el del molino, y don Ramón, el alcalde, y Antonio, el Buche, y Lucas, el Mutilado, y las cinco Lepóridas, y el ama de don Antonino, el marqués, y Chano y todos y cada uno de los hombres y las mujeres del pueblo y la arpillera iba llenándose de monedas livianas, de poco valor, y, a cada dádiva, don José, el cura, que era un gran santo, contestaba con un responso, como si diera las gracias.

—*Kyrie, eleison. Christie, eleison. Kyrie, eleison. Pater noster qui es in coelis…*

Daniel, el Mochuelo, aferraba crispadamente su cuproníquel, con la mano embutida en el bolsillo del pantalón. Sin querer, pensaba en el adoquín de limón que se comería al día siguiente, pero, inmediatamente, relacionaba el sabor de su presunta golosina con el letargo definitivo del Tiñoso y se decía que no tenía ningún derecho a disfrutar un adoquín de limón mientras su amigo se pudría en un agujero. Extraía ya lentamente el cuproníquel, decidido a depositarlo en la arpillera, cuando una voz interior le contuvo: «¿Cuánto tiempo tardarás en tener otro cuproníquel, Mochuelo?». Lo soltó compelido por un sórdido instinto de avaricia. De improviso rememoró la conversación

con el Tiñoso sobre el ruido que hacían las perdices al volar y su pena se agigantó de nuevo. Ya Trino se inclinaba sobre la arpillera y la agarraba por las cuatro puntas para recogerla, cuando Daniel, el Mochuelo, se desembarazó de la mano de la Uca-uca y se adelantó hasta el féretro:

—¡Espere! —dijo.

Todos los ojos le miraban. Notó Daniel, el Mochuelo, en sí, las miradas de los demás, con la misma sensación física que percibía las gotas de la lluvia. Pero no le importó. Casi sintió un orgullo tan grande como la tarde que trepó a lo alto de la cucaña al sacar de su bolsillo la moneda reluciente, con el agujerito en medio, y arrojarla sobre la arpillera. Siguió el itinerario de la moneda con los ojos, la vio rodar un trecho y, luego, amontonarse con las demás produciendo, al juntarse, un alegre tintineo. Con la voz apagada de don José, el cura, que era un gran santo, le llegó la sonrisa presentida del Tiñoso, desde lo hondo de su caja blanca y barnizada.

—Kyrie, eleison. Christie, eleison. Kyrie, eleison. Pater noster qui es in coelis…

Al concluir don José, bajaron la caja a la tumba y echaron mucha tierra encima. Después, la gente fue saliendo lentamente del campo santo. Anochecía y la lluvia se intensificaba. Se oía el arrastrar de los zuecos de la gente que regresaba al pueblo. Cuando Daniel, el Mochuelo, se vio solo, se aproximó a la tumba y luego de persignarse dijo:

—Tiñoso, tenías razón, las perdices al volar hacen «Prrr» y no «Brrr».

Ya se alejaba cuando una nueva idea le impulsó a regresar sobre sus pasos. Volvió a persignarse y dijo:

—Y perdona lo del tordo.

La Uca-uca le esperaba a la puerta del cementerio. Le cogió de la mano sin decirle una palabra. Daniel, el Mochuelo, notó que le ganaba de nuevo un amplio e inmoderado deseo de sollozar. Se contuvo, empero, porque diez pasos delante avanzaba el Moñigo, y de cuando en cuando volvía la cabeza para indagar si él lloraba.

XXI

En torno a Daniel, el Mochuelo, se hacía la luz de un modo imperceptible. Se borraban las estrellas del cuadrado de cielo delimitado por el marco de la ventana y sobre el fondo blanquecino del firmamento la cumbre del Pico Rando comenzaba a verdear. Al mismo tiempo, los mirlos, los ruiseñores, los verderones y los rendajos iniciaban sus melodiosos conciertos matutinos entre la maleza. Las cosas adquirían precisión en derredor; definían, paulatinamente, sus volúmenes, sus tonalidades y sus contrastes. El valle despertaba al nuevo día con una fruición aromática y vegetal. Los olores se intensificaban, cobraban densidad y consistencia en la atmósfera circundante, reposada y queda.

Entonces se dio cuenta Daniel, el Mochuelo, de que no había pegado un ojo en toda la noche. De que la pequeña y próxima historia del valle se reconstruía en su mente con un sorprendente lujo de pormenores. Lanzó su mirada a través de la ventana y la posó en la bravía y aguda cresta del Pico Rando. Sintió entonces que la vitalidad del valle le penetraba desordenada e íntegra y que él entregaba la suya al valle en un vehemente deseo de fusión, de compenetración íntima y total. Se daban uno al otro en un enfervorizado anhelo de mutua protección, y Daniel, el Mochuelo, comprendía que dos cosas no deben separarse nunca cuando han logrado hacerse la una al modo y medida de la otra.

No obstante, el convencimiento de una inmediata separación le desasosegaba, aliviando la fatiga de sus párpados. Dentro de dos horas, quizá menos, él diría adiós al valle, se subiría en un tren y escaparía a la ciudad lejana para empezar a progresar. Y sentía que su marcha hubiera de hacerse ahora, precisamente ahora que el valle se endulzaba con la suave melancolía del otoño y que a Cuco, el factor, acaban de uniformarle con una espléndida gorra roja. Los grandes cambios rara vez resultan oportunos y consecuentes con nuestro particular estado de ánimo.

A Daniel, el Mochuelo, le dolía esta despedida como nunca sospechara. Él no tenía la culpa de ser un sentimental. Ni de que el valle estuviera ligado a él de aquella manera absorbente y dolorosa. No le interesaba el progreso. El progreso, en verdad, no le importaba un ardite. Y, en cambio, le importaban los trenes diminutos en la distancia y los caseríos blancos y los prados y los maizales parcelados; y la Poza del Inglés, y la gruesa y enloquecida corriente del Chorro; y el corro de bolos; y los tañidos de las campanas parroquiales; y

el gato de la Guindilla; y el agrio olor de las encellas sucias; y la formación pausada y solemne y plástica de una boñiga; y el rincón melancólico y salvaje donde su amigo Germán, el Tiñoso, dormía el sueño eterno; y el chillido reiterado y monótono de los sapos bajo las piedras en las noches húmedas; y las pecas de la Uca-uca y los movimientos lentos de su madre en los quehaceres domésticos; y la entrega confiada y dócil de los pececillos del río; y tantas y tantas otras cosas del valle. Sin embargo, todo había de dejarlo por el progreso. Él no tenía aún autonomía ni capacidad de decisión. El poder de decisión le llega al hombre cuando ya no le hace falta para nada; cuando ni un solo día puede dejar de guiar un carro o picar piedra si no quiere quedarse sin comer. ¿Para qué valía, entonces, la capacidad de decisión de un hombre, si puede saberse? La vida era el peor tirano conocido. Cuando la vida le agarra a uno, sobra todo poder de decisión. En cambio, él todavía estaba en condiciones de decidir, pero como solamente tenía once años, era su padre quien decidía por él. ¿Por qué, Señor, por qué el mundo se organizaba tan rematadamente mal?

El quesero, a pesar del estado de ánimo de Daniel, el Mochuelo, se sentía orgulloso de su decisión y de poder llevar a cabo su decisión. Lo que no podían otros. La víspera habían recorrido juntos el pueblo, padre e hijo, para despedirse.

—El chico se va mañana a la ciudad. Tiene ya once años y es hora de que empiece el grado.

Y el quesero se quedaba plantado, mirándole a él, como diciendo: «¿Qué dice el estudiante?». Pero él miraba al suelo entristecido. No había nada que decir. Bastaba con obedecer.

Pero en el pueblo todos se mostraban muy cordiales y afectuosos, algunos en exceso, como si les aligerase no poco el saber que al cabo de unas horas iban a perder de vista a Daniel, el Mochuelo, para mucho tiempo. Casi todos le daban palmaditas en el cogote y expresaban, sin rebozo, sus esperanzas y buenos deseos:

—A ver si vuelves hecho un hombre.

—¡Bien, muchacho! Tú llegarás a ministro. Entonces daremos tu nombre a una calle del pueblo. O a la Plaza. Y tú vendrás a descubrir la lápida y luego comeremos todos juntos en el Ayuntamiento. ¡Buena borrachera ese día!

Y Paco, el herrero, le guiñaba un ojo y su pelo encarnado despedía un vivo centelleo.

La Guindilla mayor fue una de las que más se alegraron con la noticia de la marcha de Daniel, el Mochuelo.

—Bien te viene que te metan un poco en cintura, hijo. La verdad. Ya sabes que yo no tengo pelos en la lengua. A ver si en la ciudad te enseñan a respetar a los animales y a no pasear en cueros por las calles del pueblo. Y a cantar el *Pastora Divina* como Dios manda. —Hizo una pausa y llamó—: ¡Quino! Daniel se va a la ciudad y viene a despedirse.

Y bajó Quino. Y a Daniel, el Mochuelo, al ver de cerca el muñón, se le revivían cosas pasadas y experimentabas una angustiosa y sofocante presión en el pecho. Y a Quino, el Manco, también le daba tristeza perder aquel amigo y para disimular su pena se golpeaba la barbilla con el muñón reiteradamente y sonreía sin cesar:

—Bueno, chico… ¡Quién pudiera hacer otro tanto…! Nada… lo dicho. —En su turbación Quino, el Manco, no advertía que no había dicho nada—. Que sea para tu bien.

Y después, Pancho, el Sindiós, se irritó con el quesero porque mandaba a su hijo a un colegio de frailes. El quesero no le dio pie para desahogarse:

—Traigo al chico para que te diga adiós a ti y a los tuyos. No vengo a discutir contigo sobre si debe estudiar con un cura o con un seglar.

Y Pancho se rió y soltó una palabrota y le dijo a Daniel que a ver si estudiaba para médico y venía al pueblo a sustituir a don Ricardo, que ya estaba muy torpe y achacoso. Luego le dijo al quesero, dándole un golpe en el hombro:

—Chico, cómo pasa el tiempo.

Y el quesero dijo:

—No somos nadie.

Y también el Peón estuvo muy simpático con ellos y le dijo a su padre que Daniel tenía un gran porvenir en los libros si se decidía a estudiar con ahínco. Añadió que se fijasen en él. También salió de la nada. Él no era nadie y a fuerza de puños y de cerebro había hecho una carrera y había triunfado. Y tan orgulloso se sentía de sí mismo, que empezó a torcer la boca de una manera espasmódica, y cuando ya se mordía casi la negra patilla se despidieron de él y le dejaron a solas con sus muecas, su orgullo íntimo y sus frenéticos aspavientos.

Don José, el cura, que era un gran santo, le dio buenos consejos y le deseó los mayores éxitos. A la legua se advertía que don José tenía pena por perderle. Y Daniel, el Mochuelo, recordó su sermón del día de la Virgen. Don José, el cura, dijo entonces que cada cual tenía un camino marcado en la vida y que se podía renegar de ese camino por ambición y sensualidad y que un

mendigo podía ser más rico que un millonario en su palacio, cargado de mármoles y criados.

Al recordar esto, Daniel, el Mochuelo, pensó que él renegaba de su camino por la ambición de su padre. Y contuvo un estremecimiento. Le anegó la tristeza al pensar que a lo mejor, a su vuelta, don José ya no estaría en el confesionario ni podría llamarle «gitanón», sino desde una hornacina de la parroquia, convertido en un santo de corona y peana. Pero, en ese caso, su cuerpo corrupto se pudriría junto al de Germán, el Tiñoso, en el pequeño cementerio de los dos cipreses rayanos a la iglesia. Y miró a don José con insistencia, agobiado por la sensación de que no volvería a verle hablar, accionar, enfilar sus ojillos pitañosos y agudos.

Y, al pasar por la finca del Indiano, quiso ponerse triste al pensar en la Mica, que iba a casarse uno de aquellos días, en la ciudad. Pero no sintió pesadumbre por no poder ver a la Mica, sino por la necesidad de abandonar el valle sin que la Mica le viese y le compadeciese y pensase que era desgraciado.

El Moñigo no había querido despedirse porque Roque bajaría a la estación a la mañana siguiente. Le abrazaría en último extremo y vigilaría si sabía ser hombre hasta el fin. Con frecuencia le había advertido el Moñigo:

—Al marcharte no debes llorar. Un hombre no debe llorar aunque se le muera su padre entre horribles dolores.

Daniel, el Mochuelo, recordaba con nostalgia su última noche en el valle. Dio media vuelta en la cama y de nuevo atisbó la cresta del Pico Rando iluminada por los primeros rayos del Sol. Se le estremecieron las aletillas de la nariz al percibir una vaharada intensa a hierba húmeda y a boñiga. De repente, se sobresaltó. Aún no se sentía movimiento en el valle y, sin embargo, acababa de oír una voz humana. Escuchó. La voz le llegó de nuevo, intencionadamente amortiguada:

—¡Mochuelo!

Se arrojó de la cama, exaltado, y se asomó a la carretera. Allí abajo, sobre el asfalto, con una cantarilla vacía en la mano, estaba la Uca-uca. Le brillaban los ojos de una manera extraña.

—Mochuelo, ¿sabes? Voy a La Cullera a por la leche. No te podré decir adiós en la estación.

Daniel, el Mochuelo, al escuchar la voz grave y dulce de la niña, notó que algo muy íntimo se le desgarraba dentro del pecho. La niña hacía pendulear la cacharra de la leche sin cesar de mirarle. Sus trenzas brillaban al sol.

—Adiós, Uca-uca —dijo el Mochuelo. Y su voz tenía unos trémolos inusitados.

—Mochuelo, ¿te acordarás de mí?

Daniel apoyó los codos en el alféizar y se sujetó la cabeza con las manos. Le daba mucha vergüenza decir aquello, pero era ésta su última oportunidad.

—Uca-uca… —dijo, al fin—. No dejes a la Guindilla que te quite las pecas, ¿me oyes? ¡No quiero que telas quite!

Y se retiró de la ventana violentamente, porque sabía que iba a llorar y no quería que la Uca-uca le viese. Y cuando empezó a vestirse le invadió una sensación muy vívida y clara de que tomaba un camino distinto del que el Señor le había marcado. Y lloró, al fin.

Mi idolatrado hijo Sisí

1953

MEDIO SIGLO DE VIDA

Mi idolatrado hijo Sisí, como hace tres años *El camino*, cumple medio siglo de vida. Es decir, como *El camino*, sigue vendiéndose no con la alegría de éste pero sí con la seguridad habitual de mis libros. Al llegar la fecha de su cincuentenario no hemos querido tirar la casa por la ventana pero sí, como es de ley, recordar la efemérides. Felicitamos a Sisí, felicitamos a Ediciones Destino y nos felicitamos a nosotros mismos por la parte que nos toca; y deseamos que los lectores del libro sigan encontrando en sus páginas la satisfacción que otros encontraron antes. Yo contaba poco más de treinta años cuando nació esta obra y hoy tengo la edad provecta de un cumplido bisabuelo; algunos más de ochenta. Es, pues, momento de alegría, aunque arrugada, y de agradecer a mis lectores su devoción y fidelidad.

MIGUEL DELIBES

A mis hermanos Adolfo, Concha, José Ramón, Federico, María Luisa, Manuel y Ana María, en la confianza de que —como un día me dijiste, querido José Echánove— ocho hermanos unidos pueden conquistar el mundo.

«Creced, multiplicaos y henchid la tierra».

Libro primero (1917-1920)

I

El establecimiento «Cecilio Rubes · Materiales Higiénicos» tenía en 1917 tres amplias vidrieras a la calle, iluminación eléctrica, buena calefacción y un local holgado, atiborrado de enseres sanitarios. Cecilio Rubes era en 1917 un experto negociante, lo que se dice un agudo hombre de negocios, avalado por una tradición de lustros. De niño, Cecilio Rubes no se sentía atraído por los negocios de su padre; a él le hubiese gustado alterar la tradición familiar, dedicarse a una profesión que exigiera más cerebro y más iniciativa, pero Cecilio Rubes dejó pasar los años decisivos, bien porque Cecilio Rubes no fuese lo que se dice un hombre intuitivo y audaz, bien porque el comercio de materiales higiénicos latiese en la sangre de los Rubes con una fatalidad inexorable.

A las siete de la tarde del día de Nochebuena de 1917, el establecimiento «Cecilio Rubes · Materiales Higiénicos» tenía las luces apagadas y los blancos enseres asumían en la penumbra —a la feble, verdosa luz de gas que a través de los tres grandes ventanales se adentraba de la calle— la incierta y rígida pasividad de un camposanto abandonado.

Al fondo del establecimiento se hallaban los despachos de la administración y en el de Valentín, el contable, había luz, y en ese momento Cecilio Rubes, de pie, con los pulgares en las axilas, decía morosamente, como si le costase un esfuerzo desplazar los enormes bigotes rubios para dar paso a su voz:

—Es así, Valentín. Yo cada Nochebuena me siento un poco mejor, y hoy… Bien. Hoy no me siento un poco mejor, sino más duro de corazón que de ordinario. Algo raro me sucede.

El contable, sentado frente a un libro, era viejo y tenía sus gafas de présbita sobre la frente. Dijo:

—… Algo raro me sucede. También su papá hacía examen de conciencia todas las Navidades y se sentía especialmente confidencial esta noche, señor Rubes. Eso es propio de seres bondadosos como usted y como su papá.

Cecilio Rubes dibujó un gesto ambiguo con su mano ancha, blanda y bien cuidada. Tal vez su ademán expresara un secreto fondo de hastío. Cecilio Rubes dijo:

—¿Cree usted que un hombre puede estar cansado de la vida a los treinta y cinco años hasta el extremo de no desear seguir viviendo?

El contable se incorporó. En su rostro monótono había un poco de susto; sus barbitas temblaban levemente. Respondió:

—… Seguir viviendo. Puede, ya lo creo. Pero éste no es su caso, señor Rubes. Usted maneja uno de los más asentados negocios de la ciudad y tiene una hermosa mujer y una hermosa casa, y la vida le sonríe.

Cecilio Rubes vacilaba:

—¡Ah! —dijo, al fin—. Vivimos una época difícil, Valentín. En el mundo no hay más que odio y mala voluntad. Guerra en Francia, guerra en Portugal, revolución en Rusia. ¿Es posible que alguna vez lleguemos todos a entendernos?

—… Todos a entendernos —dijo el contable—. ¿Quién lo sabe, señor Rubes? El mundo es muy obstinado. Tal vez ganemos más limitando nuestro mundo a las paredes de nuestra casa: ello es un poco egoísta, pero es mejor. Estamos mal, ciertamente, pero peor lo pasarán esta noche los soldados en las trincheras, entre la nieve, y el zar en Rusia.

Cecilio Rubes volvió la cabeza para mirar a su empleado. Hacía días que se preguntaba si el contable y sus dependientes simpatizarían con el movimiento bolchevique. Cecilio Rubes era desconfiado. Desde muy joven presentía que los que servían lo hacían a la fuerza, en espera de su oportunidad. Le invadía la sensación de que de ocurrir en su ciudad algo semejante a lo ocurrido en Rusia, sus propios empleados le degollarían sobre una de sus inmaculadas bañeras. Esta idea provocaba en él un inevitable estremecimiento.

Cecilio Rubes detestaba la violencia y padecía de un exceso de sensibilidad. ¿Por qué preocuparse ahora de cosas que podrían ocurrir? Estaba deprimido y eso era todo. Pero, bien mirado, no había razón para este abatimiento. Contaba con un próspero negocio en marcha, una bonita mujer y todas las comodidades apetecibles. Valentín tenía razón. Por más que tampoco las cosas le fueran tan favorables a Cecilio Rubes como creía el contable. El negocio no marchaba mal, pero no prosperaba. Los constructores se aferraban a la antigua usanza y las nuevas viviendas se construían sin cuartos de baño. Las bañeras con agua corriente eran un lujo insólito en la ciudad y tan sólo las utilizaban los aristócratas. Su denodada lucha de diez años no se tradujo en ningún resultado práctico. Claro que lo mismo ocurrió veinte años antes con los inodoros. El hombre en su ciudad se agarraba de una manera patética a la tradición. La gente se bañaba mensualmente en el Círculo o en las Casas de Baños o no se bañaba. Cecilio Rubes se preguntó si el progreso caminaría de siempre con paso tan lento y mesurado; si su porvenir seguiría ligado, como hasta ahora, a una regularmente periódica venta de retretes. Esta idea le desazonaba. Él soñaba con poder decir un día: «Recibí

diez y hoy tengo ciento». El comercio, la habilidad mercantil, no se demostraba sólo viviendo, y aun viviendo confortablemente como en su caso, sino viviendo confortablemente y doblando, triplicando y aun decuplicando la fortuna inicial.

Cecilio Rubes, cuando meditaba sobre su negocio, llegaba a la conclusión de que era preciso hacer algo, derivar, introducir alguna innovación, mas la cuestión inmediata era insoluble. ¿Qué hacer? ¿Hacia qué derivar? ¿Qué innovación introducir? La cabeza se le desbocaba entonces hacia ideas impracticables: la bañera vertical, la cisterna con música, el lavabo-espejo y otras ensoñaciones igualmente pueriles. Mas el cerebro de Cecilio Rubes no descansaba en su afán revolucionario-mercantil. Le poseía el convencimiento de que el éxito en los negocios dependía las más de las veces de un detalle insignificante que halagase la vanidad o avivase la convicción del cliente. Uno no podía dormirse mientras la humanidad, la pequeña humanidad de su ciudad, ofreciese un vasto mercado latente.

Cecilio Rubes consideró a su contable y se preguntó una vez más si Valentín simpatizaría con los revolucionarios rusos; luego dijo, hundiendo su puño derecho en su fofo costado:

—Aquí tenemos el hígado, ¿no es eso?

—Y la vesícula biliar, señor Rubes.

—Llevo unos días que me molesta aquí —añadió.

—Aquí —dijo el contable—. ¿Ha consultado usted al doctor, señor Rubes?

—¡Ah, bien, el doctor! No me gustan los doctores. Le arreglan a uno o le acaban de estropear, ¿sabe? Son un negocio muy arriesgado. Yo sé, además, que bebo y me duele aquí y no bebo y me deja de doler. Bien, habrá que prescindir de la bebida. Eso es todo.

El contable consultó su reloj. Sonrió bondadosamente. Dijo de súbito:

—Lleva usted unos días que se queja del negocio, se queja de la marcha del mundo y se queja de dolores. ¿Me permite que le dé un consejo, señor Rubes?

Cecilio Rubes miró atónito a su subalterno:

—¿Qué es ello? —dijo, casi sin voz.

El contable seguía sonriendo. Añadió:

—¿Por qué no prueba tener un hijo?

—¿Un hijo? —dijo Rubes desalentado.

—Los hijos arreglan más cosas que desarreglan, señor Rubes. Es difícil entender la Nochebuena y la vida sin un hijo, señor Rubes. Créame.

A Cecilio Rubes le daba vueltas la cabeza. A Cecilio Rubes no le gustaban los niños. Entendía que de todos los martirios conocidos, soportar a un niño era el más metódico y refinado. ¿Por qué ahora su contable le salía con este cuento? ¿No le constaba a Valentín su aversión innata a los chiquillos? «¿Quién fue el necio primero que dijo que la edad da experiencia?», pensó. Luego dijo:

—¿Lo cree usted así o es una broma?

—… Una broma —dijo Valentín—. ¡Ah, no es una broma eso, señor Rubes! El hombre exige una prolongación y no está satisfecho mientras no la tiene. Es ley de vida, señor Rubes.

El contable volvió a consultar el reloj. Había en sus movimientos una mal reprimida impaciencia:

—Son las ocho —dijo.

Cecilio Rubes no le oía. Cecilio Rubes reflexionaba. Cecilio Rubes dijo:

—Con el corazón en la mano, Valentín, si usted, que es un buen contable, tuviera que hacer un balance detallado de las satisfacciones y disgustos recibidos de sus hijos en la vida, ¿qué saldo le daría?

—Un saldo claramente favorable, señor Rubes —dijo el contable, y añadió—: Note que no he necesitado reflexionar.

Cecilio Rubes cavilaba. Se diría que en la vida de Cecilio Rubes se abría, de pronto, una senda insospechada. «Un hijo —pensó—. ¿Es que este hombre me quiere mal porque simpatiza con los proletarios rusos?». El contable dijo:

—Me esperan en casa, señor Rubes, son ya las ocho dadas.

Cecilio Rubes volvió a la realidad:

—¡Ah! —dijo—. Puede usted marchar cuando quiera, Valentín. Apuesto a que su mujer y sus hijos le esperan impacientes con la cena en la mesa. Bueno. Dígame, Valentín: ¿son seis o siete?

—Cinco, señor Rubes.

—¿Todos varones?

—… Varones. Tengo dos hembras, señor Rubes. ¿No recuerda a la pequeña Matilde?

—¡Ah, claro! ¿No es la pequeña Matilde mi ahijada?

—… Ahijada. Así es, señor Rubes.

El contable se colocaba el abrigo con parsimonia. Se dio dos vueltas a la boca con la bufanda. Su voz salió como de detrás de un muro:

—Si no me manda otra cosa, hasta pasado mañana, señor Rubes.

—Feliz noche, Valentín.

El establecimiento quedó en silencio. Cecilio Rubes recostado indolentemente en la mesa aparentaba que pensaba, pero no pensaba. Cecilio Rubes entendía que un hombre gana mucho adoptando, de cuando en cuando, actitudes reflexivas aun en la intimidad. Cecilio Rubes era un hombre de treinta y siete años que aparentaba cuarenta y hubiera deseado detenerse en treinta y cinco. En suma, un hombre descentrado por dentro y por fuera.

Al cabo de un rato extrajo del bolsillo del chaleco un enorme reloj de oro sujeto a una cadena, de oro también, oprimió el resorte con el dedo pulgar y la placa superior se levantó. «Las ocho y cuarto —murmuró—; es hora de marchar». Se incorporó. Se encontraba pesado y apático. Al abandonar el despacho dio las luces del establecimiento. Cecilio Rubes recorrió minuciosamente las dependencias. No le hubiera sido fácil a Cecilio Rubes determinar la razón de esta última inspección diaria. Cecilio Rubes no sabría decir si buscaba en ella un conato de incendio o un ladrón agazapado en una bañera. Llevaba quince años haciendo lo mismo sin que jamás se diese el caso de constatar la eficacia de esta medida de precaución.

Mientras efectuaba el cotidiano reconocimiento, Cecilio Rubes daba vueltas a su llavero y a su cerebro. «Un hijo», pensó. Y por un instante advirtió que su hogar era algo destemplado, a pesar de Adela y de su apetitosa anatomía, y su vida algo semejante a un barco sin rumbo.

Al concluir el recorrido mató la luz, se dirigió al despacho y se embutió en un impecable abrigo azul con cuello de terciopelo. Le fue difícil darse el botón; su tripita progresaba. Recogió los guantes y el bastón y salió a la calle. Hacía frío. Un frío seco y cortante y, sin embargo, a Cecilio Rubes le pareció que el ambiente no era de Nochebuena. Hacía tiempo que no sentía estas noches en su interior la inefable emoción de otras épocas. «Tal vez sean los años —se decía—; tal vez los hombres somos cada día menos propicios a esta clase de emociones». Y recordó su infancia y reconoció que los tiempos iban evolucionando imperceptiblemente y que la evolución tenía un matiz materialista poco grato. «Los hombres acabaremos por estropear el mundo, —se dijo. Se llevó la mano al costado derecho y pensó—: Me duele aquí». Se cruzó con una sombra apresurada y oyó decir: «Feliz noche, señor Rubes». «¡Ah, feliz noche, feliz noche!, —respondió—. ¿Quién era?», se preguntó. Cecilio Rubes no se encontraba a sí mismo esta noche. «Los tiempos actuales están muy enconados. En vida de mi padre eran otra cosa —pensó—. No había guerras y los de abajo estaban contentos de su suerte. Hoy todo el mundo quiere ser más de lo que es y ahí está el peligro».

Llegó a la plaza y comprobó que la ciudad se extendía por esta parte, aun sin bañeras. Se edificaba allí y la línea de los nuevos edificios corría paralela al río. El nuevo alcalde no podría salirse con la suya. ¿A qué ese afán de salvar el río con dos puentes y edificar en la otra ribera? ¿No había, por cierto, en esta parte solares para dar y tomar? Cecilio Rubes no sentía simpatías por el nuevo alcalde. Él sabía bien de qué pie cojeaba. El alcalde deseaba meter ruido, hacer algo sonado y que su nombre trascendiera de la esfera ciudadana. Utilizaba el Ayuntamiento de trampolín para su carrera política. Y eso no estaba bien. El alcalde debería ser para la ciudad y no la ciudad para el alcalde. Le gustó esta idea a Cecilio Rubes y la repitió para sus adentros, aunque tenía el presentimiento nebuloso de haber leído algo semejante en alguna parte. «Sería un buen latiguillo —pensó— para un hombre de la oposición».

Salvó la plaza y penetró en la calle Mayor. Había poca gente allí. «Todo el mundo estará ahora alrededor de una mesa con sus hijos», pensó. En otros tiempos también él se reunía con sus padres alrededor de una mesa. Entonces Cecilio Rubes, hijo, «Materiales higiénicos», era un niñito sonrosado y fláccido, bien educado, con una cabeza poblada de encantadores ricitos rubios. ¡Qué tiempos tranquilos aquéllos! Él, Cecilio Rubes, hijo, sorprendía cada año a sus padres ocultándoles bajo las servilletas unas postales con flores, y campanitas, y muérdago que decían: «Felices Pascuas»; y sus padres daban gritos de júbilo y de sorpresa al descubrirlas, y él, entonces, se sentía persona importante y centro de gravitación de algo, aunque no supiese qué. Luego le besaban y le felicitaban, aunque su madre lo hiciera siempre con una estudiada composición y como con lejanía. Después, cenaban y su padre bebía y a cada plato se tornaba más locuaz y expansivo y cuando, al concluir, Cecilio Rubes, hijo, se encaramaba en una silla y lanzaba un discursito sobre el «Niño Dios» y «los pastores» y «los magos» y «los hombres de buena voluntad», con su redonda carita de inocencia resplandeciente de dicha, su padre lloraba ruidosamente entre grandes convulsiones y se limpiaba las lágrimas y la nariz con la servilleta. Su madre, entonces, le decía que se acostase y Cecilio Rubes, hijo, se iba también a la cama persuadido de su poder, y de su importancia, y de sus dotes de orador. Y una vez en el lecho, continuaba oyendo los desgarrados sollozos de su padre durante un gran rato. Así, una Nochebuena y otra, hasta que Cecilio Rubes, hijo, cumplió los once años y entonces se dio cuenta de que su padre lloraba de esa manera porque estaba ebrio y no porque le enterneciesen sus palabras, ni sus llamadas a la paz y a la buena voluntad entre los hombres. Aquel descubrimiento le

decepcionó y hasta le hizo llorar apretando sus dóciles ojitos azules contra la almohada. Mas, al día siguiente, Cecilio Rubes, hijo, se confesó que lloraba de pensar que sus palabras fueran una cosa vana y no porque su padre fuese un borracho.

La contera del bastón de Cecilio Rubes golpeaba rítmicamente la calzada. Se dijo a sí mismo: «Cecilio, te estás volviendo sentimental». Y sonrió por dentro. Bien mirado, Cecilio Rubes era un hombre instintivo, que se desconocía completamente a sí mismo. En ocasiones desistía de cambiar de actitud, aunque previera la conveniencia, por ahorrarse el liviano esfuerzo de romper la inercia. En tales situaciones, Cecilio Rubes pensaba: «Soy un perezoso; un incorregible holgazán». Mas si al día siguiente se levantaba con ganas de actuar y a su llegada al Establecimiento trataba de imprimir al negocio un ritmo revolucionario, totalmente inusitado, se decía: «Rubes, eres un hombre diligente. Lástima que no te secunden».

Otras veces, Cecilio Rubes creía ver en sí el prototipo de hombre emprendedor que su país necesitaba, lo que no impedía que, veinticuatro horas más tarde, se menospreciase y se confesase a sí mismo: «Soy un rutinario. Bien, si mi padre me hubiera enseñado a elevar globos de papel con aire caliente en lugar de vender retretes, no sabría hacer otra cosa que elevar globos de papel con aire caliente. —Cecilio Rubes pensaba ahora—: Rubes, te estás volviendo sentimental». Media hora antes, cuando charlaba con su contable, se había dicho: «Me encuentro insensible, egoísta, demasiado duro de corazón». No obstante, pese a este aparente espíritu contradictorio, Cecilio Rubes guardaba en el último repliegue de su conciencia un alto concepto de sí mismo. Ocasionalmente podía despreciarse, incluso denostarse, pero Cecilio Rubes, por encima de depresiones transitorias, se consideraba un hombre físicamente atractivo, inteligente, de lúcidas y trascendentales determinaciones. «Sí, tal vez sea una equivocación el que yo no tenga un hijo», pensó.

Dio un conterazo especialmente agudo en el pavimento y penetró en el portal de su casa. Se detuvo un instante y respiró fuerte. Cecilio Rubes temía apurar la capacidad de sus pulmones en la calle, durante los meses fríos, e inspiraba con cautela. Cecilio Rubes suponía que cuanto menos aire frío aspirase de un golpe, menos riesgo corría de agarrar una pulmonía o, de agarrarla, siempre sería más leve que respirando a pleno pulmón, sin método alguno. La contención le fatigaba. Por eso se detenía siempre en el portal a regularse antes de adentrarse en el ascensor de agua.

La casa tenía un oscuro y amplio portal y ancha escalinata de mármol blanco, cuidadosamente alfombrada; la barandilla era de hierro forjado con pasamanos de caoba. Era una de las casas eminentes de la ciudad y Cecilio Rubes se pagaba de vivir en ella. Le gustaba el confort y, aún más que el confort, guardar las apariencias. Para Cecilio Rubes, un hombre se definía por su casa, su indumentaria y su habitación. Él cuidaba de estas tres cosas como un médico o un abogado velan por su prestigio profesional.

Le abrió Cristina, la doncella, y mientras le ayudaba a desembarazarse del abrigo, el sombrero y el bastón, analizó concienzudamente su uniforme. Tenía el borde de la cofia sucio y se disgustó. Le ofendían estos detalles de desaseo que, en su opinión, redundaban en perjuicio de su honorabilidad y de su negocio. Pensó advertírselo a su mujer, pero se distrajo, de nuevo, evocando su conversación con el contable. «¿Será posible que Valentín tenga razón?», se dijo. Se sentía incómodo y hallaba cierto placer esta noche en alimentar su propio malestar. Pasó a la sala y se desplomó en un sillón tapizado de gutapercha.

Enfrente había un gran espejo y se examinó con atención concentrada. Se retorció cuidadosamente las guías de los bigotes y estudió la postura. Admitía la inmediata presencia de Adela como un mal necesario. Había ocasiones en su vida, y hoy era una de ellas, en que la proximidad de Adela no levantaba en él sino un sombrío impulso de contrariedad. Precisaba violentarse para comportarse correctamente. Le parecía mentira que fuese ésta la misma mujer que unos años antes despertase en él, con un simple ademán o una mirada, un turbulento deseo. Entonces Cecilio Rubes no reparaba en lo que su mujer guardaba dentro, sino en la adecuada disposición de sus senos y sus curvas, en la proporción y correspondencia del conjunto de sus encantos. Pero ahora su mujer no le llenaba, ni tan siquiera físicamente. Era una belleza impávida, un poco pasada, otro poco decaída, con un desconocimiento absoluto de la técnica de la seducción. Adela, en cualquier momento, era un ser pasivo, desmayado, que correspondía como cumpliendo un deber y un deber no muy agradable. Esto decepcionaba a Cecilio Rubes. Él, en determinados momentos y lugares, amaba la incitación, la violencia, la pérdida pasajera de la compostura y la dignidad. Adela no sabía darle esto y como, por otra parte, los temas de conversación con su mujer eran muy cortos y limitados, Cecilio Rubes no halló en el matrimonio el estado armonioso que ambicionara.

Mas el secreto de esta incomprensión tal vez fuera otro. Cecilio Rubes estimaba que él daba más de lo que recibía. En este aspecto se juzgaba defraudado. Él dio a Adela una posición social, una fortuna y a sí mismo. La

contraprestación, unos encantos disminuidos por encogimiento y frialdad, no era, desde luego, equitativa ni justa.

En los últimos tiempos, Cecilio Rubes daba razón a su madre. Su madre se opuso desde un principio a su matrimonio. Adela era huérfana de un modesto funcionario y vivía de una modesta pensión. Su madre —la madre de Cecilio Rubes— consideraba que el matrimonio debía asentarse sobre un pie de igualdad en aficiones, gustos, clase social y fortuna. Por eso se opuso a la boda de su hijo con Adela. Pero, entonces, Cecilio Rubes no vio en la oposición obstinada de su madre más que un nuevo incentivo.

Cecilio pensaba, además, que el hecho de rescatar a su mujer de una clase social inferior ya la obligaba al reconocimiento y al amor de una manera apasionada y vitalicia. Luego, se equivocó. Al menos de un tiempo a esta parte, Cecilio Rubes pensaba que se había equivocado. Aun sin una declaración expresa, él guardaba en el fondo de su alma el convencimiento de que se merecía mucho más. Esta convicción inexpresada era, sin duda, el principal motor de su descontento y de su resentimiento, a duras penas acallado, contra su esposa.

Últimamente Adela no era para él más que una satisfacción momentánea y algo que forzosamente había que soportar durante dos o tres horas al día. A veces, también, una ocasión de descargar su irritación y sus malos humores. Él no amó nunca a Adela y tal vez no pudiera nunca amar a ninguna mujer, porque Cecilio Rubes se consideraba superior a todas. Hubo un tiempo en que deseó a Adela con desasosiego, pero su posesión, contrariamente a lo esperado, jamás le satisfizo plenamente.

Cecilio Rubes se miró de nuevo al espejo y se retorció los bigotes. Después, se incorporó y abrió un mueble pequeño y brillante y, al abrirlo, sonó una musiquita lejana, de débiles notas. Cecilio Rubes sacó una botella y un vaso y cerró; la musiquita cesó bruscamente. Se sirvió una copa y se sentó de nuevo. En ese momento apareció su mujer.

—Hola, querido —dijo. Le besó formulariamente en la mejilla.

—Hola, querida —dijo él—. Estamos con el balance y me retrasé un poco.

Se abrió un pesado silencio. Su esposa, sentada frente a él, observándole, le erizaba los nervios. Prefería, con mucho, la libertad que le brindaba Paulina. Bebió por llenar el tiempo, y se sirvió otra copa. Estaba incómodo. Ella dijo:

—¿Qué tal el balance?

—Bien.

No se esforzaba en mostrarse condescendiente y amable como otras veces. Le dominaba su mal humor.

—¿Favorable?

—Sí.

—¿Mejor que el último año?

—Puede que sí.

—¿Encargaron, al fin, las bañeras para la nueva casa de la Plaza?

—No.

Le desazonaban los esfuerzos de Adela por enhebrar una conversación continuada. Cecilio Rubes entendía que su mujer no tenía derecho a tanto, máxime cuando a la legua se advertía que él, esta noche, deseaba pensar, beber y estar solo. Adela no le agradecía lo que hizo por ella. Pensó: «¿Qué sería de ella si yo no la redimo?». Se había alzado una pausa entre ambos. A Rubes le tiraban los nervios y para sujetarlos bebió otra copa. Dijo su mujer:

—¿Sabes que Matías, el de La Bola de Fuego, tiene parte en esa casa?

—¿En qué casa?

—En la de la Plaza, querido.

—¿Sí?

—Sí.

Los dos callaron. Cecilio Rubes pensaba: «¿No se irá? Bien, ¿será capaz de seguir espiándome hasta la hora de cenar?». Se sirvió otra copa.

—¡Oh! —dijo ella—. No debes beber tanto, Cecil; te está mal.

—¿Quién dijo que me esté mal?

—Querido, tú lo dijiste. Ayer dijiste: «La bebida me pega al hígado. Habrá que pensar en dejarla».

—¿Dije eso?

—Sí.

—Hoy estoy mejor. Bien, además es Nochebuena —dijo él.

Cecilio Rubes se mostraba mordaz y desconsiderado, pero no trataba de evitarlo. Se sentía furioso esta noche bajo la implacable mirada de su mujer. Ni por un momento admitía que la presencia de Adela allí y su noble deseo de entablar conversación entrase en un normal y equilibrado curso de las cosas. Él era lo primero y la voluntad de él debería respetarse a costa de lo que fuese. No obstante, le faltaba valor para plantear sus exigencias al desnudo y decirle a su mujer: «¡Vete!, quiero estar solo». En el fondo, Cecilio Rubes era un pusilánime y temía despertar enojos, trastornos y convulsiones. Prefería que los demás adivinaran sus pensamientos y obrasen en consecuencia. Era la

cerril incomprensión de los que le rodeaban lo que le ponía fuera de sí. Aún insistió Adela:

—¿Sabes que conocí esta tarde a la nueva vecina?

—¿Sí?

—Sí. Es una muchacha muy atractiva.

—¿Quién es él?

—Un abogado recién casado.

—¿Sí?

—Sí.

Evitaba mirar de frente a su mujer; temía mirarla de frente. Temía que ella descubriera sus pensamientos y, al mismo tiempo, lo deseaba. ¡Oh, qué cruel indecisión la suya esta noche! Aún ingirió otra copa y tomó un libro, cuidadosamente encuadernado en piel, de una librería próxima. Se fingió abstraído en la lectura. Su esposa se rebulló en el sofá. Le molestaba el desinterés de él hacia su persona y sus problemas. Cecilio Rubes no leía. Pensaba: «¿Fue mi padre feliz con mi madre? Mi madre medía las distancias y no se doblegaba ante nadie. ¿Se emborrachaba mi padre porque no era feliz con mi madre? ¿Es mi descontento algo adherido al apellido Rubes como un estigma?». Adela dijo:

—Voy a vestirme para la cena, Cecil.

Cecilio Rubes emitió un ancho suspiro. Pero ahora que estaba solo seguía encontrándose hipersensible y molesto.

Intentó concentrarse en el libro, pero existía algo dentro de él que le impedía interesarse en las vidas ajenas esta noche, máxime si estas vidas eran fruto, como en este caso, de una imaginación calenturienta.

El reloj de pie, a su lado, dio las nueve y media. «Ya falta menos», pensó. No veía el momento de poder acostarse, dormir y olvidarse de todo. Le invadía, por momentos, ese cruel estado de ánimo que nos impele a considerar la vida como un reducido y siniestro círculo vicioso. Pensó: «Mañana fiesta. El Club (el teniente coronel López, la cara de pájaro de Fidel Amo, Ramón Prado y su descomunal nariz: “No, eso no está bien. No es humano, correcto, ni razonable”). La partida; Paulina (“¡Vaya! ¿Qué me traes?) —y vuelta a sentarse en este sillón. Pasado, a la tienda (Valentín—: Sí, señor Rubes”. Méndez: granos y sofocos). Y al otro, y al otro, y al otro». «¿Así hasta cuándo?», se preguntó.

Entreveía los horizontes de su existencia tremendamente sombríos y limitados. Y Cecilio Rubes sabía que esto era un mal. Su abuelo, el padre de su madre, se mató por eso. Su madre le decía que se había trastornado, pero él

sabía que no; él, Cecilio Rubes, sabía que su abuelo se mató, simplemente, de cansancio, hastío y aburrimiento.

Abandonó el libro en sus rodillas e intentó dilucidar si su actual estado de postración era anterior a su conversación con el contable o nació precisamente de ella. Resultaba una cuestión ardua y compleja en su mismo convencionalismo, pero Cecilio Rubes, a pesar de su natural indolente, indiferente de ordinario a las posibles causas de las cosas, se entregó a ella con especial y desusado ardor. Cecilio Rubes ansiaba demostrarse a toda costa que no era la falta de un hijo lo que le trastornaba; que con un hijo seguiría todo lo mismo que sin un hijo y que el contable no tenía, por tanto, ninguna razón. En principio, la idea de un hijo le había aterrado, pero, poco a poco, y aun a regañadientes por su parte, la idea iba amoldándose a su cerebro, tomando cuerpo y posibilidades, e incidía en él como un posible remedio para su vida, irritante en su holgura y uniformidad. Era, pues, la sugerencia del contable, en lucha con sus principios, lo que originaba su actual desazón, aunque Cecilio Rubes no lo advirtiese. Cecilio Rubes carecía de la suficiente agudeza para dar con la raíz del mal. Puesto a meditar sobre un problema, las ideas brotaban de todos los rincones de su cerebro, entrechocando, contraponiéndose y vedándole de entrada el hallazgo de una solución convincente. De aquí que sus grandes decisiones, o lo que él tomaba por grandes decisiones, le asaltasen a Cecilio Rubes como a contrapelo, cuando su mente se ocupaba en un asunto diametralmente distinto.

Se sobresaltó cuando Cristina, la doncella, le anunció la cena. Por primera vez advirtió Cecilio Rubes que aquel comedor de muebles pesados y brillantes, escrupulosamente organizado, era excesivo para su mujer y para él. Aun comiendo a la misma mesa, entre Adela y él existían unos enormes espacios vacíos por donde escapaban el calor y la cordialidad.

Adela había colocado sobre el mantel flores de muérdago y adornos de escarcha artificial. Adela retocaba los detalles con una meticulosidad casi ofensiva. Cecilio Rubes miró un momento a su mujer y se preguntó qué pensaría en aquel momento. Constataba que entre ambos mediaba un abismo que iba ensanchándose con el tiempo. Adela tenía aspecto de cansancio, pero reconoció que era atractiva y apetecible. Le pareció, también, que su esposa cenaba tranquilamente, sin el menor sobresalto. Cecilio Rubes se dijo: «La mujer es el animal más elemental del universo. Bien, ¿sabe Adela que estamos cenando en el vértice de un volcán? ¿Sabe siquiera que en Francia hay guerra, y en Portugal hay guerra y en Rusia ha estallado la revolución?». Se sintió repentinamente recorrido por una fiebre vehemente. Dijo:

—Valentín dijo esta tarde que peor está el zar en Rusia.

—¿El zar? —preguntó ella.

—Sí, el zar. ¿No sabes acaso quién es el zar?

Adela guardó silencio. Cecilio Rubes bebía desordenadamente. Dijo:

—Bueno, el zar. Es muy complicado eso para ti. ¿No es cierto, querida? Bien. Es mucho más sencillo saber que Cristina está sirviendo la cena con un guante roto y el borde de la cofia sucio, ¿no es así?

Cecilio Rubes bebió otra copa. De nuevo recordó a su padre y se representó a sí mismo con su linda cabecita sembrada de ricitos hablando del «Niño Dios», de «los pastores» y de «los hombres de buena voluntad. —Pensó—: Un niño, ahí entre los dos, podría solucionarlo todo». Le ardía la cabeza y notaba que el sudor le resbalaba por los sobacos hasta los costados, produciéndole una extraña sensación de frío. Adela dijo:

—Perdona, Cecil, nada de esto volverá a ocurrir. Te lo aseguro.

Habían concluido de cenar y Cecilio Rubes se incorporó. El vino activaba en él un monstruoso deseo de ensañamiento. Rodeó con un brazo la espalda de su mujer:

—¿No es cierto —dijo— que mi mujer no sintió en la vida la menor inclinación hacia su esposo? ¿No es cierto que lo soporta por guardar las apariencias, y por propia estimación, y por aquello de la buena conformidad y la paciencia y la resignación cristianas?

Adela se había quedado rígida. Le desagradaba, de pronto, sentir el brazo de él oprimiendo sus hombros. Lentamente se incorporó. La mirada de ella reducía, ahora, la destemplanza de Cecilio Rubes:

—¿Qué te sucede esta noche, Cecil? —dijo—. ¿No será que has bebido demasiado?

Cecilio Rubes remitía. Emanaba de la firme serenidad de Adela un algo que rompía de antemano todo conato de violencia. Ella añadió:

—Había preparado champaña para brindar esta noche.

Cecilio Rubes se desfondó de súbito. Experimentó un vívido sentimiento de humillación. Cecilio Rubes rara vez tenía la suficiente voluntad para llevar las cosas hasta el fin. Dijo con voz ronca:

—Bien. Brindemos. ¿Por qué no hemos de brindar?

Adela llenó las copas. La mano regordeta y pulcra de Cecilio Rubes temblaba.

—Por el zar —dijo.

—Por que la guerra concluya pronto —dijo Adela.

Bebieron. A través de la copa, Cecilio Rubes observó a su mujer y, al acabar, sin otras explicaciones, la rodeó la cintura y la besó en la boca torpemente. Estaba demasiado grueso y pesado para besar así, por sorpresa. Su cabeza se hallaba confusa ahora. Mas, sobre todas las cosas, predominaba un ardiente deseo de su mujer. Apagó la luz y la empujó suavemente hacia la puerta.

Dijo Adela, en un vano intento:

—¿Por qué no pruebas de afeitarte si ello te cambia el humor?

—¡Ah! Esta noche no. Estoy fatigado —refunfuñó Cecilio.

Se encontraba mejor ahora descansando los pies desnudos en la muelle alfombra del dormitorio. Le dominaba una excitación febril, que avivaban los suaves crujidos de la seda, a su lado, tras el biombo. Dijo:

—¿Sabes qué dijo Valentín esta tarde?

Le excitó la risa de Adela tras el biombo.

—Que peor está el zar en Rusia —dijo.

—¡Oh, no!; no es eso ahora —dijo él.

—¿Qué?

La voz de Cecilio Rubes temblaba:

—Que me conviene tener un hijo.

Adela no respondió. Cecilio Rubes no supo contenerse. Nunca se había atrevido a tanto. El biombo se desplomó, a su torpe manotazo, con gran estrépito. Adela trató, en vano, de cubrirse. Nunca, en sus seis años de matrimonio, vio Cecilio Rubes así a su mujer.

—¡Dios mío! —dijo.

—¡Oh, no, Cecil! ¿Por qué haces estas cosas?

Él la abrazó. Dijo:

—Bien, lo quiero. ¿Entiendes, Adela? Quiero un hijo. Necesito un hijo.

Cecilio Rubes constató que la cintura de Adela perdía su primitiva flexibilidad, circundada por un cinturón de grasa. Pero no le importó. Adela se sentía desfallecida. Dijo:

—¡Oh, Cecil, nunca quisiste un hijo! A poco de casarnos me hiciste prometer que nunca tendríamos un hijo. ¿No lo recuerdas ahora?

La conversación se hizo más confidencial y luego cesó, por un momento, en el lecho. Cecilio Rubes tornaba a experimentar una caótica confusión en su cabeza. De repente, el cuerpo de su mujer le daba calor y le molestaba su proximidad. Le pareció mentira que fuese él, el comedido y discreto Cecilio Rubes, quien unos minutos antes derribara un biombo de cinco mil duros de un manotazo. Casi se avergonzó de sí mismo. Después pensó que su derecho

de marido alcanzaba a derribar un biombo y a mucho más y deploró haber demorado su uso hasta seis años después de su matrimonio. Quizá cinco años antes, cuando la cintura de Adela era aún estrecha y elástica, un acto de esta naturaleza hubiera remediado muchas cosas. Tal vez no fuera tarde tampoco ahora. De nuevo sintió calor y se refugió en el extremo del lecho que le correspondía. Dijo:

—Debemos poner dos camas aquí. Un hombre a mi edad necesita cama propia. Esto es incómodo.

La voz de Adela le alcanzaba sofocada por el embozo:

—Sólo tienes treinta y siete años, querido.

—Treinta y cinco —dijo él.

—¿No te casaste a los treinta y uno?

—Sí.

—¿Y no hace seis años que nos casamos?

—Exactamente; pero tengo treinta y cinco años, ¿comprendes?

—Ya.

—Hay otra cosa, querida —dijo—. ¿Sabes que roncas de madrugada?

—Cecil, por amor de Dios, no digas cosas desagradables —dijo ella.

Cecilio Rubes no respondió. A Cecilio Rubes iba ascendiéndole de los pies un cálido y enervante sopor. Guardó silencio. Se encontraba bien, divinamente así. Permaneció muy quieto, con las manos aprisionadas entre las rodillas, hecho un ovillito, sin atreverse casi a respirar. Al poco rato se quedó dormido con los ojos y la boca entreabiertos, emitiendo un breve, intermitente ronquido.

II

El periódico del día 24 de diciembre de 1917 decía: «Ámsterdam.— Un telegrama de la frontera anuncia el incendio de las fábricas Krupp. Hay víctimas y daños». «*La guerra*. En el frente italiano se han registrado nuevos combates desde el Piave hasta el Brento. Los italianos rechazaron al enemigo causándole pérdidas crueles. —También decía el periódico de la víspera de Navidad de 1917—: En las bronquitis agudas y crónicas y en la dilatación de los bronquios, las Cápsulas Serafón, de guayacol yodoformado y de guayacol eucaliptol yodoformado, consiguen la curación, secan los bronquios y hacen desaparecer la fetidez de los esputos». En segunda plana decía el periódico del día 24 de diciembre de 1917: «Hermosee sus senos con Pilules Orientales. —Poco más abajo, se leía—: La mejor tintura progresiva es la Flor de Oro. Usando esta privilegiada agua, nunca tendréis canas ni seréis calvos. El cabello abundante y hermoso es el mejor atractivo en una mujer. Usando esta agua se cura la caspa, se evita la caída del cabello, se suaviza, se aumenta y se perfuma». En su página tercera decía el diario del día 24 de diciembre de 1917: «Ayer se puso en escena en el Teatro Bretón *El húsar de la guardia* y *La famosa*, debutando con esta obra la tiple cómica Pepita Álvarez, que obtuvo una excelente acogida por parte del numeroso y selecto público que llenaba la sala».

Cecilio Rubes plegó el periódico y se estiró en el lecho. «Bien. Nada nuevo», se dijo. No tuvo tiempo de leerlo la víspera, y ahora, en el descanso de la Navidad, se distrajo echándole un vistazo. Los sangrientos titulares de la primera página no le causaron la menor impresión. Cecilio Rubes entendía que no tiene mayor importancia lo que se lee en los periódicos que lo que se lee en las novelas. A fin de cuentas, para Cecilio Rubes lo que ocurría a más de mil kilómetros de distancia era casi lo mismo que si no ocurriera. El hecho de que sucumbieran quinientos italianos en el Piave, o cien alemanes en el incendio de las fábricas Krupp, no implicaba para él ni la mezquina contrariedad de trastornarle la venta de una bañera. A Cecilio Rubes, en una palabra, no le quitaban el sueño los acontecimientos lejanos. Desde niño sintió así, seguramente porque su padre y su abuelo y la larga dinastía de los Rubes sintiera siempre de la misma manera. Cecilio Rubes tan sólo se afectaba por aquellos hechos que, en cierto modo, atentasen contra su perfumado baño matinal, su amable tranquilidad interior y su digestión. Si a Cecilio Rubes se le preguntase cualquier mañana, al despertar: «¿Qué prefiere usted, que perezcan tres mil japoneses en un terremoto o que le brote un grano

insignificante en el interior de la nariz?, —respondería sin vacilar—: Lo de los japoneses, claro». Suponía Cecilio Rubes que ni los italianos, ni los alemanes, ni los japoneses, ni los rusos, ni los operarios de las fábricas Krupp, ni el propio señor Krupp, ni aun el mismísimo zar se preocupaban por Cecilio Rubes y que sería idiota y desproporcionado que Cecilio Rubes se fuese a preocupar por ellos. Su posición era, según él, la consecuente y la justa. Cecilio Rubes no gustaba de engañar ni de ser engañado.

De nuevo se estiró perezosamente entre las sábanas. Había dormido bien, profundamente, y se encontraba eufórico. Cecilio Rubes no se extrañó de su repentino cambio de humor porque estaba habituado a sus volubilidades. Tampoco se sentía inquieto ni aburrido de la vida. Le apetecía la perspectiva de este día de holganza y estaba satisfecho de sí mismo y de la salud de roble de su cuerpo blando y sonrosado. De momento, no se acordaba de la obstinada resistencia de la ciudad a aceptar sus bañeras, ni de los presuntos sentimientos de sus empleados hacia la revolución rusa, ni de la supuesta desafección de su mujer, ni aun de su hígado. Cecilio Rubes era, esta mañana de Navidad de 1917, el íntegro, ponderado, discreto, expeditivo Cecilio Rubes de las grandes solemnidades.

Frente al espejo del cuarto de baño, el rostro de Cecilio Rubes se contrajo en una serie de estudiadas muecas. La luna reflejaba las paredes de la habitación de aseo, la cómoda bañera —dos metros de eslora, uno de manga y setenta y cinco centímetros de puntal—, el higiénico y moderno inodoro con sobrecubierta barnizada, el blanco portapapeles, los relucientes toalleros de cristal, todo tan colocado y pulcro como si jamás hubiera sido utilizado.

Cecilio Rubes sonrió complacido, puso la boca en forma de O, se pasó las chatas manos por las mejillas y aprestó los útiles de afeitar. Su barba era poco concentrada y floja y para él suponía un placer eliminarla. Llevaba razón Adela en lo de que el afeitado le cambiaba el talante. Sus malos humores desaparecían ante el espejo reflejando su cara bien enjabonada. Solía tararear, entonces, alguna vieja canción; el rostro enjabonado le inundaba de una esponjosa dicha.

Se rasuraba con cuidado, meticulosamente. No ignoraba que su fino cutis rubio no admitía más allá de dos pasadas y las efectuaba a conciencia. Casualmente le asaltó el recuerdo de la escena del biombo y, entonces, se volvió y abrió los grifos de la bañera. Alguna extraña concatenación de ideas bullía, ahora, en el cerebro de Cecilio Rubes. «Con gusto me bañaría con ella aquí, —pensó. Tenía medio rostro afeitado y, el otro, blanco de jabón—. Bien —se dijo—. Sería un estupendo negocio fabricar bañeras de matrimonio».

Los grifos del baño gorgoteaban. «Ya lo creo que sería un buen negocio. —Inmediatamente denegó con la cabeza. Obraba a impulsos de un secreto proceso mental—. Bien, quizás en Francia o en Estados Unidos lo fuera. Pero ¿qué puede esperarse de este pueblo de cafres que no admite en sus leyes el divorcio?».

A Cecilio Rubes le poseía el convencimiento de que la frivolidad estaba en razón directa con el progreso. Los pueblos más adelantados eran los que mayor número de *cabarets*, revistas picantes y casas alegres podían ofrecer a sus ciudadanos. «¿Tendrá razón Unamuno —pensó— cuando dice que el cristianismo ensombrece la vida y veda los placeres?». Estuvo a punto de cortarse al denegar nuevamente con la cabeza. Cecilio Rubes no era hombre de arraigada fe; era hombre de misa de una los domingos y tres ayunos anuales a regañadientes, pero en el último plano de su alma guardaba un asomo de respeto por las instituciones religiosas. Un inconcreto tensor hacia las penas del infierno alicortaba sus ligerezas, sus más audaces determinaciones. Concluyó de afeitarse y se quitó la chaqueta del pijama. Tenía un torso rosado y blando, un poco levantado y picudo como las liebres, y las tetillas tenuemente brillantes en las puntas. Se llevó los puños a los hombros, hinchó el pecho y se contempló en el espejo. Aún tenía rastro de jabón en las orejas. Estiró los brazos e intentó el ejercicio de pectorales dobles. Un dolor incisivo junto a la axila derecha le hizo desistir. Cerró los grifos de la bañera, introdujo un dedo en el agua, se lo llevó a la boca y concluyó de desnudarse.

Cecilio Rubes solía dejar en el baño matinal todos los problemas y quebrantos. El agua lo limpiaba por dentro y por fuera. Y era un placer, además, sentirse sumergido, a excepción de la nariz y la redondeada curva del vientre que emergía a la superficie como un islote. Se jabonó con deleite todo el cuerpo y, al concluir, se zambulló de nuevo, chapuzando, en el agua, quedándose inmóvil. «¡Qué placer! —suspiró—. ¡Qué gran placer!». Creía ingenuamente que estas particulares exclamaciones favorecían la difusión de sus bañeras por todas las casas de la ciudad. «Bien. Quién sabe si la telepatía…», pensaba. Se incorporó y se envolvió en una amplia toalla blanca. Cecilio Rubes se sentía, de súbito, plenamente equilibrado. Tarareó tímidamente una canción mientras se secaba. Después, al friccionarse el torso con colonia de muchos grados, cantó a media voz:

Yo no sé qué tendrá la primavera que
todo lo altera el mes de abril;
　　la primavera
　　la sangre altera
　　y tra la la, la la.

Se friccionaba con suavidad y con método, velando por su piel delicada. Su piel no permitía grandes excesos. A veces pensaba que si hubiese sido mujer tendría un cutis atractivo, pese a sus treinta y siete años. Más tarde pensó hasta qué años sería atractiva y deseable Adela, su mujer. «Bien, está echando caderas de cuarentona y su cintura no es lo que fue», se dijo. Comenzó a vestirse y en ese momento oyó unos golpecitos tímidos en la puerta. Cecilio Rubes buscó, en su interior, la voz de trueno:

—¿Quién es? —gruñó ásperamente—. ¿Quién llama?

—Soy yo, Adela. Abre.

Cecilio abrió la puerta y suavizó el tono.

—¡Vaya, vaya, querida! Buenos días, querida.

Advertía en su mujer una expresión preocupada y distante. Recordó la escena del biombo. «Bueno, tendrá que acostumbrarse», se dijo.

—Cecil, querido, quiero saber… He estado pensando… Me pregunto… —dijo Adela.

—Bien. ¿No acabarás? —dijo él.

Adela bajó los ojos. Dijo, al fin:

—Me he preguntado muchas veces esta noche si lo de ayer fue sólo cosa del vino o… o… ¡Oh, Cecil, qué necia soy! ¡No sé lo que me pasa!

Adela rompió a llorar sobre su pecho. Cecilio pensaba: «¡Ah, el cochino pudor de este pueblo de cafres que sólo engendra beatas y toreros!». Esperó que se desahogase, propinándola palmaditas alentadoras en la espalda. Con disimulo fue bajando la mano hasta la cintura. «Bien, sí, ha engordado —pensó—. Tiene un neumático de grasa aquí». Dijo:

—¿Te refieres a lo del biombo?

Ella apretó los ojos contra su camisa. Dijo con cierta solemnidad:

—Prométeme, Cecil, que nunca me avergonzarás con ese recuerdo. ¡Prométemelo!

—Prometido. ¿Bien?

—No es eso lo que te quiero decir —añadió Adela.

Cecilio Rubes se impacientaba.

—Habla, nena —dijo—. Ayer bebí un poco de más y te dije una serie de inconveniencias. Luego, en fin… el que a mí me agrade verte así debe enorgullecerte. Bien, no eres una mujer de mala nota por ello, si es eso lo que te preocupa.

—Por favor, Cecil.

—Habla.

—Quiero decir —añadió Adela—, que si ayer, cuando me dijiste «eso», lo pensabas así y lo deseabas, o… o… todo fue porque te tomaste dos copas de más y no sabías lo que decías.

Cecilio Rubes estaba desconcertado.

—Bien —dijo—. No es cierto que yo crea que no me quieres, ni es cierto que yo piense que me soportas por propia estimación ni por buena conformidad ni, en realidad, tampoco me corre mucha prisa todo eso de las dos camas…

La tomó con un dedo de la barbilla y levantó su rostro abatido hacia él. Le decepcionó la persistencia de su desencanto:

—Por favor, Adela, ¿qué es lo que quieres de mí? —dijo, con una sombra de irritación—. Tengo prisa.

—Dime, Cecil. ¿Es cierto que quieres un hijo?

—¿Un hijo… yo?

—Tú lo dijiste.

—Eh, bien. No te preocupes por ello. Anoche me dio por ahí. Son ventoleras, nena. Los hombres somos a veces muy complicados; no sabría explicarte qué me pasó.

—Cecil…

—¿Qué?

—Yo creo, querido… me parece que espero un bebé.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo?

Los ojos de Cecilio se agrandaron; parecían dos bocas con sendos huevos dentro. Miró a su esposa como la primera vez que vio un escorpión. Sentía curiosidad y miedo a la vez.

—Tú dijiste anoche que deseabas un hijo, Cecil, y vamos a tener un hijo. Eso es lo que pasa.

—¡Oh, oh! Entonces…

—Es de antes —dijo ella—. Dentro de seis meses nacerá.

—¡Oh, oh! ¿Quieres decir…?

—¡Por amor de Dios, Cecil, no me mires así! No es un crimen, al fin y al cabo, tener un hijo. Un exceso de confianza, eso es todo. ¡Por favor, no me mires así!

Por primera vez en la vida una impresión dominaba del todo a Cecilio Rubes hasta hacerle perder la ecuanimidad. ¡Un hijo…! ¿Es que Adela sabía lo que decía? Ea, bien; las cosas había que aceptarlas como fuesen. Iban a tener un hijo y sus treinta y siete años, o sus treinta y cinco, o los que fueran, iban a cambiar de rumbo inopinadamente. «Un hijo no es una gran cosa,

después de todo —pensó—. Valentín tiene cinco, y es un pobre hombre y asegura que le han dado más satisfacciones que disgustos. Bien. Bien. Tal vez un hijo me evite esos terribles momentos de depresión que me asaltan de cuando en cuando».

—¡Oh, Cecil! —dijo Adela—. Estoy muy asustada, ¿sabes?

Cecilio Rubes vio, de pronto, a su mujer como una mujer distinta. Comprendió que se había roto la rutina y que ni su audacia del biombo tenía importancia ya. Por primera vez miró a su mujer como a algo trascendente; como a un ser sensible y cerebral.

—No hay por qué preocuparse, nena. Todas las mujeres tienen hijos alguna vez.

—Pero, querido, mi madre…

—Tu madre, tu madre… —Cecilio Rubes entendía que su mujer no tenía ningún derecho a mezclar el pasado en sus conversaciones íntimas. Le molestaba la sola mención de su suegro o de su suegra. Él había liberado a Adela de una existencia mezquina y los malos tragos no había que recordarlos. Añadió—: Eso pasa una vez; no pasa siempre.

Intuía Cecilio Rubes que en su vida entraba, de improviso, aun antes de nacer, un nuevo factor fundamental. Le ganaba por instantes un ansia creciente de estar solo y ordenarse por dentro. Sobre su pecho gravitaba un peso desconocido, quizás el primer brote de una inminente responsabilidad.

—Querida, queridita —dijo—. Voy a dar un paseo. Bien. Necesito pensar y que me dé el aire. Me has impresionado, ¿sabes? Esto sí que es un regalo de Pascua. No es que me importe o no me importe. Aún no sé si me importa o no me importa. Bien. Sólo sé que es algo nuevo y tengo que pensar en ello.

Adela le miró como con un condicionado reconocimiento. Se dijo: «Ya está». En cinco minutos se había descargado de un enorme peso. Verle salir a la calle fue para Adela como un escape. También ella precisaba estar sola y meditar. Por un momento pensó cruzar el rellano y decirle a Gloria, la nueva vecina, que Cecilio ya estaba al corriente de todo. Luego decidió que esperaría a arreglarse y luego decidió no arreglarse hasta más tarde, porque sentía pereza.

En la calle hacía frío y Cecilio Rubes no reparó en que no había desayunado hasta que el estómago vacío le produjo una intermitente sensación de destemplanza. En realidad, lo de tomar el aire era una disculpa; Cecilio Rubes necesitaba cambiar impresiones y, quizá, también, una pequeña orientación en aquel laberinto imprevisto en el que, de súbito, se veía hundido. Entendía que Adela no valía para ello, ya que Adela tenía un susto

dentro del cuerpo casi tan grande como el suyo. Y era, además, uno de los factores del problema. Dudó entre encaminarse en busca de su madre o de Paulina. Finalmente tomó el paseo de junto al río, en el nuevo ensanche de la ciudad. Se vería con Paulina. La chiquilla era optimista, y en cierto modo sensata, y acertaría a ver las cosas en frío.

Lo de Paulina fue un capricho; Cecilio Rubes lo entendía así. Pero su vida estaba llena de caprichos porque precisamente para eso Cecilio Rubes era un hombre rico y sensible a todas las influencias. Paulina cosía en un taller cuyas ventanas traseras daban al patio del establecimiento «Cecilio Rubes · Materiales Higiénicos». Era, por tanto, una cosa destinada a entrar en la órbita de su vida; por eso y porque para eso Cecilio Rubes no se entendía del todo con su mujer y pasaba a veces las penas del Purgatorio, y era un hombre rico, y Paulina pobre, y una chiquilla, y pelirroja, y tenía la loca cabecita llena de pájaros.

Cuando él se asomaba al patio, Paulina se reía y se daba de codo con sus compañeras de trabajo. Cecilio Rubes llevaba entonces dos años de casado y Paulina acababa de cumplir los diecisiete. También el hecho de que Paulina tuviera diecisiete años y las cosas personales bien distribuidas influyó, sin duda, en la resolución de Cecilio Rubes.

Una tarde la esperó y, a la salida, le dijo: «¿De qué te ríes, peque, si puede saberse?. —Ella dijo—: ¡Ah, no me río de nada importante, señor!». Cecilio Rubes se sintió audaz. La pelirroja Paulina le daba pie. Dijo: «Tú no estás hecha para andar todo el día de Dios con la aguja. Bien, tú eres bonita y puedes aspirar a más». «¿Sí?, —preguntó ella—. Si tú lo quieres te llevo a Madrid conmigo», dijo Cecilio Rubes, con voz temblorosa. «¡Vaya, Madrid! —dijo ella—. Mi hermano es un demonio. ¿Comprende usted?». «Ya. ¿No tienes padres?. —Añadió ella—: Si yo tuviera padres no me iría a Madrid con usted». Cecilio Rubes tenía las orejas calientes y los ojos le pesaban. «Bien. ¿Te vienes, entonces?. —Rió ella y a Cecilio Rubes le apeteció su redonda garganta y su boca y todo lo suyo—. ¡Claro! ¿No se lo estoy diciendo?».

Al regresar, Cecilio Rubes le puso un pisito. Nada de despilfarros, desde luego. Un modesto ático en la parte nueva de la ciudad, junto al río, con dos amplias habitaciones —salón y dormitorio—, bañera e inodoro «Rubes» y una minúscula y agradable cocina. Rubes dijo: «¿Qué dice tu hermano?. —Ella le abrazó—: El pisito es muy lindo. Soy muy feliz», dijo. Insistió Cecilio: «Bien. ¿Acepta tu hermano este estado de cosas?». «¡Ah, claro! —dijo Paulina—. Mi hermano dice que ya era hora de que pudiera quitárseme de encima. —Luego añadió—: Voy a decirte una cosa, yo quiero ser actriz».

«¡Bien, pequeña! Tú serás actriz. Claro. Tú tienes talento y personalidad. Bueno. Hay algunas actrices que no tienen ninguna de las dos cosas o les faltan las dos. —Preguntó Paulina—: ¿Sabes cómo te llamábamos en el taller?». Se reía. Cecilio Rubes se sintió molesto. Dijo: «¿Es que me llamabais de alguna manera?. —Paulina volvió a reír y cuando se reía agitaba su cabello rojo—: Tú eras el gordito», dijo. «¡Ah!». Cecilio Rubes se pasaba insistentemente la mano por el vientre como si quisiera plancharlo. Paulina le besó: «Yo sé que no eres gordo —dijo—. Eres todo un hombre, tú».

Paulina sabía halagarle y sabía satisfacerle. Paulina tenía una disposición innata para el amor. A su lado advirtió Cecilio Rubes que su mujer no era más que una infeliz pacata con los escrúpulos y dengues propios de un modesto funcionario. Paulina era su antítesis: viva, resuelta e incitante. En los primeros tiempos, Cecilio Rubes estaba excesivamente sometido. Visitaba a diario a la muchacha y, a veces, se quedaba a cenar con ella. Su mujer se extrañaba de la frecuencia de «las cenas en el Club», pero jamás se lo reprochaba. A Cecilio Rubes, en ocasiones, le asaltaba algún remordimiento, pero lo desechaba apelando «a la tradición libidinosa de los Rubes». (A ciencia cierta desconocía las inclinaciones de sus antepasados en este sentido, pero Cecilio Rubes era un experto en eso de arreglar las cosas a su conveniencia).

Subió despacio las escaleras porque le repugnaba entrar jadeando; no quería que ella pensase de él que era un viejo. Cecilio Rubes ponía buen cuidado en guardar las apariencias. A sus años era necesario guardar las apariencias.

Sorprendió a Paulina preparándose el desayuno:

—¡Vaya, chico, qué temprano hoy! ¡Felices Pascuas!

La besó tímidamente Rubes.

—¿No me abrazas?

Cecilio la abrazó sin la nerviosa y como electrizada tensión de otras veces. «Está cansado», pensó ella. Paulina vestía una bata azul eléctrico y el contraste con su pelo rojo era ya una tentación. Rubes no reparaba en la tentación esta mañana.

—¿Qué me traes? —dijo ella—. ¿Qué me traes hoy?

Le registraba los bolsillos del gabán ávidamente. Después le ayudó a desprenderse de él y le registró la americana y el chaleco.

—¡Vaya! —dijo—. ¿No me traes siquiera flores?

Volvió a notar Cecilio Rubes una desfalleciente vaciedad de estómago.

—Sólo vengo a desayunar contigo —dijo—. Pensé que me gustaría desayunar contigo y he venido. Traigo también… una noticia para ti.

Paulina pasó los desayunos al salón. Era agradable aquel compartimiento, con su confortabilidad desprovista de todo lujo y el blanco y frío sol de invierno y el reflejo del río adentrándose por el amplio ventanal.

Cecilio Rubes se sentó en una butaca. Paulina se puso al respaldo y pasó los brazos por encima de sus hombros.

—Dime, ¿es buena o mala?

Rubes hizo una pausa.

—Voy a tener un hijo —dijo, finalmente, con oscura timidez.

Le ofendió la risa loca de Paulina.

—¡Vaya! ¿A tus años vas a tener un bebé?

—Yo, no. Mi mujer.

—¡Vaya! —respondió Paulina—. Un bebé. También yo, cuando pasen unos años, deseo tener un bebé. Yo creo que todas las mujeres querrían tener un bebé en alguna ocasión. ¿Tú qué dices, Lilito?

—¡Oh, no me llames así, Paulina! Te lo suplico. Siempre te he dicho que no me gusta que emplees conmigo esos nombres horribles.

Paulina se sentó en el brazo del sillón. Repentinamente se puso seria:

—Dime —dijo—. ¿Es eso todo?

—Sí.

—En realidad, no es una noticia importante el que un hombre casado vaya a tener un hijo.

—Yo no iba a tener hijos, Paulina. Tú lo sabes.

—Ah, sí. Pero las cosas no salen siempre a la medida de nuestros deseos, cariño. Yo quiero ser actriz y sé esperar. Y llevo cuatro años esperando. ¿No es eso exactamente?

Se incorporó y sirvió el café con leche. Cecilio Rubes lo tomaba a pequeñas dosis, velando por la integridad de su bigote.

—Bueno —dijo—. Son cosas diferentes.

En un rápido movimiento, no provocado por su parte, Paulina se sentó en sus rodillas y le abrazó. Dijo:

—Espero, cariño, que la novedad no altere nuestra vida. Lo nuestro es distinto, ¿no es así?

Él la estrechó. Dudaba, ahora, si era el café con leche o la proximidad del cuerpo de Paulina lo que le estimulaba. Enredó los dedos en su cabello y zarandeó la roja cabecita.

—Desde luego —dijo—. Por eso no te preocupes.

La besó en los labios.

Paulina se incorporó de un salto:

—¡Ah, ven, pequeña! —se quejó él, desamparado.

Paulina, recostada en una pequeña mesa con un gramófono encima, sonreía y guiñaba los ojos al sonreír; estaba bonita. Cecilio Rubes procuró apaciguarse: «No es momento; no es momento oportuno», se dijo. Habló en tono fuerte, pretendiendo acallar su incipiente apetito:

—Bueno —dijo—. Lo raro no es que un hombre casado vaya a tener un hijo. No es tampoco importante. Todo eso ya lo sé, pequeña. Otros hombres más viejos que yo tienen hijos todos los días y el mundo no se vuelve del revés por ello. Bien. Todo eso es correcto, Lina. Estamos de acuerdo. Pero yo… ¿Tú crees…? Bueno, concretamente. Yo ayer deseaba un bebé y hoy no sé si lo quiero. Eso es lo raro. ¿Tú crees que es normal desear hoy una cosa ardientemente y mañana hacerle ascos? ¿Has sentido tú alguna vez de esa manera, pequeña?

Se ensombreció el rostro de Paulina.

—¡Vaya! —dijo—. ¿Es eso todo lo que ves de particular? ¡Ah, cariño! No te compliques la vida. Yo te dije una vez: «Regálame ese collar. —¿Recuerdas? Y al día siguiente te dije—: No me regales ese collar, cariño. Regálame ese gramófono».

Cecilio concluyó de beber el café e irguió la cabeza. Tenía dos bolsas moradas bajo los ojos y el rostro un poco pálido y como mate:

—Es otro caso ése —dijo—. Yo te regalé el collar y el gramófono, y asunto concluido.

Paulina levantó los brazos y trenzó los dedos detrás de la nuca. La bata se entreabría y el descote del camisón mostraba la iniciación de sus pequeños pechos vigorosos.

—Bueno, bueno —añadió Paulina—. Tú no puedes tener un bebé y dejar de tenerlo. ¡No pidas imposibles!

—Bien. Por eso es distinto —dijo Rubes.

Paulina fue hacia él y se sentó, de nuevo, en sus piernas. Con los labios formaba un hociquito, tibio como un nido, para que él la besase. Cecilio no vio más allá y hundió los labios en aquel refugio, como un sediento. Ella le miró de cerca, con un leve matiz de severidad en los ojos. Dijo:

—Vamos a acabar con estas pamplinas de una vez, cariño. No me gusta ver tu cabeza enredada en ninguna cosa. Ayer querías un bebé y hoy también lo quieres, aunque todavía no te des cuenta de ello. Más tarde, cuando estés bien despabilado, pensarás: «¡Vaya alegría tener un chico!. —Y desearás ponerle tu nombre, y que se parezca a ti, y que herede tu negocio, y que la gente diga—: Otro Rubes. Ese apellido no se extinguirá jamás. La ciudad no

se concibe sin un Rubes». Y tu hijo, cuando crezca, se casará y tendrá otro hijo y se llamará también Cecilio Rubes, y de esa manera tú, en cierto modo, seguirás aquí y no te irás del todo. No sé si entiendes lo que te quiero decir, cariño, pero no lo sé decir de otra manera.

Cecilio Rubes reflexionaba. Sí entendía lo que Paulina decía y casi se sentía capaz de sacar de su egoísmo un amor puro y desinteresado hacia ella. Lo hubiera hecho así, seguramente, de no tener tan cerca sus formas excitantes. De repente a Cecilio le agradaba la idea de un hijo y hasta sentía impaciencia por él. Un hijo era, en la vida, una cosa necesaria. Dijo:

—Lina, eres una buena chica.

Ella se puso en pie de nuevo. Gozaba truncando de súbito las expansiones de él. Entendía que en este juego estribaba el gran secreto de su poder. Actuando así podría, de desearlo, poner a Rubes de rodillas y hasta hacerle llorar. Cecilio Rubes se volvía loco y la perseguía, ciego, entre los muebles.

Mas hoy, Cecilio no reaccionó como esperaba. Le sujetaba al asiento una idea fija que ella, bobamente, había exacerbado. Experimentó Paulina una pasajera desolación. «Ese mocoso no podrá nada contra mí», se dijo. Se aproximó al gramófono y le dio cuerda. La música sonaba agria, con cierto engolamiento. Paulina colocó sus manos en la cintura y movió las caderas delante de él, al compás de la música. Cantaba suavemente, cálidamente, Paulina:

El cura de Alcañices
a la nariz llamaba las narices.
Y el cura de Alcañiz.
llamaba a las narices la nariz.

Se aproximó a Cecilio:

—¿Quieres bailar, cariño? —preguntó.

Cecilio Rubes sudaba por las sienes. Vaciló. La rutilante figura de ella le atraía. Su figura y la conciencia de que bajo la bata azul ardiente no existía otro obstáculo que el liviano camisón.

—No es momento, pequeña. No me parece momento oportuno para bailar —resistió, débilmente, incorporándose.

Ella se lanzó en sus brazos.

Bailaban, ahora, los dos, y a Cecilio Rubes le agradaba sentir en la palma de la mano el quiebro rotundo de la cintura de ella. Se le hacía aquella oportunidad una dicha inmerecida. Debajo del ventanal corría el río, sucio, entre los chopos agarrotados. El altavoz chillaba descomedido. Cecilio dijo:

—Esa bocina está mal.

Ella alzó la cabeza y él la besó. La habitación le daba vueltas en la cabeza a Cecilio Rubes. Cuando el disco concluyó, dijo Cecilio:

—Bien. Es hora de marcharme.

—¿Tan pronto?

—Es hora, pequeña. No llegaré a misa.

Abrió la tapa de su enorme reloj de oro.

—Es hora. Es hora de marcharme —insistió tercamente.

Él mismo se sorprendía de su dominio, de su inusitada fuerza de voluntad. Fingía prisas y hablaba alto para aturdirse.

—¿Y mi sombrero? ¿Dónde dejaste el gabán, Lina? El bastón no está aquí. ¿Dónde pusiste el bastón, pequeña? —La besó en la frente—. ¡Felices Pascuas, Paulina! ¡Adiós, adiós!

Descendía con precaución los escalones, pues el peso del abdomen le desnivelaba. «No hubiera estado bien. No hubiera estado bien», se dijo. Y movió la cabeza con fuerza para desechar la imagen de Paulina.

Adela estimó que era ya hora de arreglarse, se desnudó y se metió en el baño. Sintió vergüenza de que Cecilio la contemplara así la noche antes. Tal vez si Cecilio hubiera tenido este capricho cinco años atrás no le importase tanto. Mas seis años de matrimonio en una mujer cambian muchas cosas.

Su pobre prima Enriqueta —e. p. d.— decía que a los treinta años las grasas son el supremo lastre en una mujer. A esa edad, según Enriqueta, no se concebía una mujer sin grasas. Cabía la suerte de que las grasas se repartieran equitativamente, en cuyo caso el físico no se resiente de modo grave, pero lo normal era que las grasas se asentasen preferentemente en un lugar concreto: el pecho, las nalgas, el vientre o las caderas. Adela notaba que su cintura no era la misma de otros tiempos y presentía que su depósito de grasas iba elaborándose pacientemente ahí y sintió como un oscuro desencanto ante lo irreparable.

A Adela le daba pereza el arreglo de su persona. Tenía pereza de jabonarse y exponer su cuerpo húmedo a la tibieza del ambiente. Prefería, al baño activo, sumergirse hasta el cuello y dejar que el agua obrase lentamente sobre sus poros. De esa manera cabía meditar en el perfecto punto de equilibrio que da una temperatura graduada al gusto de una. Adela se estiró dentro de la bañera. Era alta, pero las dimensiones del baño eran como para albergar un gigante. Trató de alcanzar con las puntas de los pies el extremo posterior, pero resbaló, se le hundió la cabeza, tragó agua y desistió, disgustada.

Estaba contenta de que Cecilio lo supiera todo. El peor momento había sido vencido. Su marido imbuía en ella un inconcreto temor; comprendía que jamás se compenetraron del todo y aun lo problemático de que llegaran a compenetrarse algún día. No tenían nada en común, salvo la cama y las comidas. Eso era muy poco. Aunque Adela no era aguda, ni inteligente, columbraba que una mesa y una cama en común eran algo insuficiente para aglutinar un matrimonio. Mas tampoco se le escapaba a Adela que otros matrimonios tienen en común aun menos que una mesa y una cama y que, por lo tanto, su situación no era, en modo alguno, desesperada.

En realidad, Adela no estuvo nunca enamorada de Cecilio. Más bien se sintió deslumbrada por él. Estaba habituada a una vida mediocre y él le ofreció una maravillosa oportunidad. Pero Adela, aun antes de casarse, ya sabía, sobre poco más o menos, a qué destino estaba abocada.

Quizá si su madre no hubiera muerto al darle a luz, o su padre no hubiera agarrado el tifus todavía joven, o sus hermanos no se hubieran marchado a Cuba siendo ella todavía una chiquilla, Adela hubiese esperado la llegada del verdadero amor y hubiera rehusado la mano salvadora que Cecilio Rubes le tendía. Pero en sus condiciones, Adela comprendió que era tonto vacilar, y no vaciló. Admitió a Cecilio y se casó con él.

La adaptación no fue difícil, aunque su suegra decía de ella que era una mujer tosca. A Adela no le importaban demasiado las opiniones de su suegra, porque su suegra no la quería, ni ella quería a su suegra. Estaba, pues, en paz. A Adela se le hacía su suegra una mujer altiva y orgullosa, un poco chiflada, y además tenía la cabeza grande. A ella sólo le preocupaban su marido y la idea de tener un hijo. Ambas cuestiones se solucionaron favorablemente y con rapidez. Ponerse a nivel de su marido fue cosa de unas semanas y, para ello, apenas hubo de trocar Adela seis u ocho palabras de su habitual vocabulario. Cecilio decía «almuerzo» en vez de «comida» y «tapiz» en vez de «alfombra». Tan pronto asimiló estos latiguillos y se acostumbró a tomar el chocolate a la francesa y a sujetarse graciosamente el traje de noche para subir y bajar de la berlina, comprendió Adela que había logrado parear su educación a la de su marido.

En cuanto a lo de tener un hijo, Adela guardaba un terror instintivo. Tal vez fuese herencia. Su madre, según su padre, siempre lo temió. Era el suyo —el de Adela— un terror exclusivamente físico; un miedo al dolor y, también, a la muerte. A Adela le asustaba morirse; se le antojaba irrazonable que el mundo siguiera su marcha impasible cuando ella desapareciese. Era injusto y el único remedio posible para evitarlo era no morirse. Por eso Adela,

cuyos sentimientos religiosos eran algo sin base e improvisado, ofreció a Dios una custodia de plata si no le daba descendencia. Pero Cecilio Rubes allanó aquel problema la misma noche de bodas y le ahorró a Adela la custodia. Fue ésta la primera vez que Adela vio en los ojos de Cecilio una extraña lucecita de crueldad. Dijo:

—No, querida, yo no soy de esos hombres que tienen hijos. Bien. No quiero hijos, entiéndelo. Tú y yo debemos bastarnos y si algún día cambio de opinión ya te avisaré.

Cecilio le dio instrucciones y Adela sintió su conciencia tranquila y se comió la vergüenza, achacando toda la responsabilidad a su marido. Era el jefe de la familia y él mandaba y a ella no le quedaba otra salida que obedecer.

Al establecerse en su nueva casa, Adela empezó a sentirse sola. Comenzó a darse cuenta de que el refinamiento y la abundancia no bastan para llenar una vida y que la felicidad, e incluso el bienestar, están por dentro de una y no por fuera, como ella neciamente había supuesto. Cecilio oscilaba entre el negocio y el club. Tan sólo de año en año la llevaba en la berlina al baile de la Prensa y, de vez en cuando, a la ópera y a la zarzuela. Fuera de esto, apenas le dedicaba unos minutos de sobremesa y la desagradable vehemencia de sus expansiones nocturnas.

En este punto, Adela no comprendía a los hombres. Cecilio, en la intimidad, se trastornaba; era algo enloquecido e incoherente. Adela, en cambio, cada vez, se sentía vejada. Cecilio no encontraba en ella más que una tiesa y fría correspondencia, y no por cálculo o por premeditada decisión sino porque la acción, en sí misma, le repugnaba. Adela no había nacido para eso.

La casa, enorme, silenciosa, hacía más sensible el aislamiento de Adela. Lograba sus únicos momentos dichosos a fuerza de imaginación, cuando evocaba sus años adolescentes junto a su padre, el funcionario Martínez, y él la llamaba «mi tierna florecilla» y la acompañaba, solícito, a ver las salidas de los toros, o los escaparates, o los fuegos de artificio, o, como mucho, a oír los conciertos gratuitos en el quiosco del parque las mañanas de los domingos. Entonces, Adela, sin percatarse de ello, era extraordinariamente feliz; se sentía segura dentro de su barata ropa nueva y hediendo el perfume de violetas que generosamente se derramaba por el escote y los lóbulos de las orejas antes de salir. Ahora pensaba que una huida a la calle remediaría su soledad; pero Cecilio no le permitía salir sola.

A Adela le sorprendieron los celos de su marido. Nunca creyó que los celos fuesen una cosa digna y estimaba a su marido al margen de la menor

indignidad. Su primera explosión la dejó perpleja. El chico de la tienda vino a colgarle una lámpara cuando apenas llevaban unos meses de casados. A Adela aquel chico, con su bozo incipiente y su delantalón desproporcionado y su nariz granujienta, no le pareció avispado. Ella misma se subió a la mesa para indicarle la disposición de la lámpara. En ese momento entró Cecilio. De nuevo bailaba en sus ojillos una chispita de crueldad.

—¡Baja! —dijo. Se volvió al chico—: ¿Qué miras tú, idiota, si puede saberse?

Adela dijo:

—Fui yo, Cecil. Quise darle una idea.

A Cecilio Rubes le temblaban levemente los labios. Al marchar el chico le dijo:

—¿No viste que ese tunante te miraba las piernas?

—¿Qué dices, Cecilio? Ese chico es un infeliz.

—¡Bien! —vociferó él—. Al levantar los brazos se recogen las faldas y enseñas las piernas. Y ese maldito dándose un atracón. ¿Es que no lo comprendes?

Al sentarse a comer, Cecilio estaba más aplacado. Le dijo, tomándole una mano:

—Escucha, querida. Cuando tú estés en alto asegúrate de que no hay hombres debajo. En caso contrario, baja tú también. No es una tontería mía, créeme. Bien, quizá sea el más importante consejo que te he dado en la vida.

A Adela le turbaban las expresiones de su marido; le sorprendió su actitud violenta y le asustó, porque Adela temía especialmente la cólera de los hombres pacíficos. De esta manera fue estrechándose el círculo de sus posibilidades. Cecilio fruncía el ceño cada vez que ella le comunicaba que se había visto obligada a salir. No le agradaba que comprara sola, porque decía que los dependientes, de ordinario, son unos aprovechados. Tampoco le gustaba que callejease, porque en las calles acecha el peligro en cada esquina. Detestaba igualmente que Adela frecuentase las reuniones de sociedad, «porque hay maridos que están hartos de sus mujeres y, en cambio, les apetecen las del prójimo». Así el aislamiento de Adela se convirtió casi en una reclusión. A ella le mortificaba la desconfianza de Cecilio. Pese a la falta de identificación con él, en el cerebro de Adela no cabía la idea de una traición. Sabía que al casarse se daba del todo y con exclusividad: ser fiel era para ella una cuestión de sentido común. Aparte de todo, Adela consideraba que la consumación del amor era repugnante en sí, con independencia de los protagonistas.

Salió del baño, se arrebujó en la toalla y, a continuación, comenzó a vestirse lentamente. No tenía prisa; jamás tenía prisas Adela. Los días eran largos, casi infinitos, y sabía que aun dedicando dos horas corridas a su arreglo personal le sobraría mucho tiempo. Con cuidado se palmeó las mejillas y se cepilló las cejas. Estaba un poco pálida. Se estremeció levemente al pensar que una vida se iniciaba en su vientre. Esta idea le daba grima. Le ponía nerviosa pensar que bajo su piel latiese algo vivo. En este sentido, tanto le daba un hijo como una lombriz o una tenia. Se puso una media y reconoció que tenía los muslos bonitos. La pantorrilla quizás un poco demasiado fina. No quería pensar en que llevaba un hijo dentro. Le agradaba la idea de imaginarle ya con autonomía y vida propia, rebasado el temido momento del parto. Ahora, la esperanza de un hijo alimentaba su soledad. Había llegado a preferir el bárbaro desgarro del alumbramiento, con todas sus consecuencias, a la idea de encontrarse sola hasta el fin. Le asustaba, sin embargo, la edad. «Las mujeres —pensaba— deben tener sus hijos antes de los treinta años».

Días atrás le asustaba, también, su secreto. Llegó a suponer que Cecilio la mataría cuando se enterase. Por eso le pareció todo como un milagro de la Nochebuena. Cecilio no sólo se avenía, sino que le rogaba que le diese un hijo. ¿No era aquello un hecho portentosamente casual? Gloria se alegraría al conocer la excelente disposición de Cecilio. En muchos puntos, Gloria no pensaba como ella y, no obstante, se entendieron admirablemente. Adela se pellizcó suavemente los lóbulos de las orejas y sonrió al espejo. «Es simpática Gloria», se dijo. Adela se alegraba ahora de su costumbre de acechar las subidas y bajadas del ascensor. Extremando un poco las cosas, toda su vida de relación consistía en espiar por la mirilla de la puerta quién subía y quién bajaba las escaleras. Cuando la tarde anterior descubrió a Gloria esperando en el descansillo, le dijo a Cristina:

—Póngase derecha la cofia y diga a esa señora si quiere pasar.

A Adela le gustó Gloria; no era bonita, pero con sus ojos pequeños, levemente oblicuos, y su sonrisa, un poco dentona, resultaba muy atrayente. Y su fino talle, y su busto discreto, y su flexibilidad, y su trajecito marrón, con encajes ocre, muy bien cortado. A Adela le sedujo también la juventud de Gloria y su aire desgalichado de niña torpe y su perpleja timidez. Entró dando excusas y explicaciones sobre la sirvienta, y la llave, y su mala cabeza, y su marido… Al hablar de su marido, Gloria se ruborizaba. Adela la pasó a la salita. Resultaba más acogedora para una conversación entre mujeres. Una vez sentadas, Adela dijo que le gustaba el traje de Gloria, y su abrigo, y las perlas de sus orejas, y que su persona, sin mayor motivo, le había sido

simpática. Gloria elogió el uniforme de la doncella y los muebles de la salita. Entre ambas discurría una rápida corriente de comprensión. El corazón, al saltar, casi hacía ruido en el pecho de Adela; le poseía una emoción inquieta, y entreveía que aquella muchacha podía dar a su vida una inesperada amplitud de horizontes. Charlaban vivamente, confidencialmente. Y al poco rato aproximaron sus butacas y Adela descubrió, tímidamente, que iba a ser madre. Ello dio nuevo calor a la conversación. Dijo Gloria:

—Bueno… yo, ¿sabe? ¡Yo también espero un bebé!

Se puso encarnada. Adela sonrió. Dijo:

—Mi pequeño nacerá en mayo. Es una buena época, me parece a mí.

—¡Ah, qué casualidad tan grande! —dijo Gloria y se le encendían dos llamitas en los ojos—. Mi niño nacerá en junio. Es mejor así. Septiembre es un mes malo para los dientes.

Se cogieron impulsivamente de las manos en un mutuo intento de ayuda y protección.

Dijo Adela:

—Yo tengo un poco de susto, ésa es la verdad. Me da miedo tener un hijo. Mi madre murió al nacer yo.

—¡Ah, no! Siempre no es así. Yo tendría mi hijo mañana mismo —dijo excitada Gloria—. ¿Y su marido?

—Mi marido no sabe aún nada y no le gustan los bebés. A veces pienso que voy a ser desgraciada con mi hijo y siento ganas de llorar. Los hombres no entienden las cosas como nosotras. Hay cosas que los hombres no comprenden de ninguna manera.

Gloria le apretó las manos con un notorio deseo de apoyo eficaz.

—No sea tonta. Dígaselo —dijo—. Sí, es cierto que los hombres son diferentes y aun así hay hombres que nos comprenden mejor. Mi marido dice que quiere diez hijos y…

Al ruborizarse se le achicaban los ojos a Gloria. De improviso se le hizo impúdico descubrir los deseos de su marido. El deseo de diez hijos implicaba otro deseo y Gloria se quedó cortada.

Se levantó:

—¡Por Dios! —dijo—. Llevo aquí más de media hora importunándola. Ha sido usted…

—¡Oh, no! No se vaya usted, se lo ruego. Yo estoy muy sola y su compañía es para mí muy… muy… extraordinariamente agradable. Por favor, quédese usted y merendaremos juntas…

Gloria se volvió a sentar.

—No, no debo tomar nada —dijo—. Muchas gracias. Me sienta mal.

—¡Oh! Un chocolatito a la francesa es cosa de nada: ¿no es cierto? —Pulsó el timbre y asomó Cristina. Dijo—: Pónganos unos chocolates, Cristina. —Añadió—: Yo, a veces, también me encuentro un poco alterada, de veras. Siento molestias aquí, pero no ganas de arrojar. Es como un hervor en el estómago. Mi cocinera dice… ¿Sabe usted qué dice mi cocinera? Son cosas de esta gente. Mi cocinera dice que el pelo del niño produce estas molestias. ¿Qué le parece a usted? Yo no puedo pensar en ello porque me altero toda. ¿No le da a usted grima tener una cosa viva dentro del cuerpo? A veces pienso que cuando el niño se mueva dentro de mí me moriré del susto.

Gloria sonreía y sus pequeños ojos centelleaban. Tenían una extraña luminosidad.

—¡Pobres criaturas! —dijo—. Si yo pienso que mi hijo está dentro de mí me enternezco toda y lloro. Luis me dice que soy una boba. Luis es mi marido, ¿sabe? Yo creo que el estar así… en nuestra situación, nos vuelve sentimentales y un poco tontas. Yo tenía una amiga casada que siempre que se quedaba así… en nuestra situación… lloraba por cualquier nadería. Por ejemplo, un día lloró porque se le extravió un botón. Yo le decía: «¿No te da lo mismo un botón más o menos?. —Pero ella lloraba más fuerte y decía—: Le tenía cariño a ese botón, mujer».

A Adela le arrastraba, como un torbellino, la conversación. Hacía muchos años que no sostenía una charla de esta naturaleza, libre y despreocupadamente, con una mujer. Su única amiga se casó y vivía lejos y la prima Enriqueta —e. p. d.— murió del pecho. Íntimamente reconocía que era éste el momento más feliz vivido desde su matrimonio. Un fondo de cicatería la llevaba a lamentar el transcurso de cada minuto. Le agradaba Gloria y le agradaba conversar con ella. De no estimarlo impertinente le hubiera hecho firmar allí mismo que mantendrían su amistad a través de los años y a costa de lo que fuese. Necesitaba, de pronto, la garantía de una continuidad. Dijo:

—¿Cree usted en los antojos? Mi padre decía que eso es tan verdad como el sol. Mi padre era un gran hombre, ¿sabe usted? Era de esos hombres comprensivos que se dan muy pocas veces. Aunque enviudó muy joven no se volvió a casar, ni le sorprendí jamás mirando de este u otro modo a las mujeres. Mi padre me contaba que una hermana suya tuvo un antojo de un reloj y el niño cuando empezó a andar ponía los piececitos a las once y diez, como si fueran las manillas de un reloj. «Mi hermana tuvo justamente el antojo a esa hora», decía mi padre. ¿Qué le parece?

—¡Es sorprendente! —dijo Gloria. Y, en verdad, sentía una sorpresa casi infantil—. Yo no creía en esas cosas. Me parecían supersticiones. Pero de todas maneras los hombres se vuelven más complacientes cuando nos ven así… en nuestra situación. Yo creo que les damos lástima. Luis me dice: «Nena, si necesitas algo pídemelo. —Y así siempre que va a salir. Y yo le digo—: Lo haces para que nuestro pequeño no nazca con un antojo, ¿no es cierto?». Y él se ríe y me dice que lo hace por mí, pero yo creo que lo hace para que el niño no salga con un antojo. ¿Usted qué cree?

A Adela le arrullaba el rumor de la conversación. Su lengua se movía con la misma impaciencia que el recluso en las primeras horas de libertad; quería decirlo todo. Era un fenómeno extraño que no experimentó en ninguna otra ocasión. También Gloria era locuaz y en su intercambio de ideas pueriles vibraba un regocijo recíproco e inefable. Se les echó encima la merienda, todo se echó raudamente encima de Adela. Cuando quiso volver a reparar en su dicha, Gloria ya estaba de pie y consultaba su pequeño reloj y se llevaba las manos a la cabeza escandalizada.

—¡Por Dios! —dijo—. Son ya las ocho. El tiempo ha pasado sin sentirlo. Luis se preguntará: «¿Dónde se ha metido esta mujer?». He pasado un rato muy agradable, se lo aseguro. No conozco a nadie aquí, ¿comprende? Para mí este cambio de impresiones ha tenido mucha importancia. Deseo que su bebé venga sin novedad y… y… ¡Felices Pascuas!

Tendía su pequeña mano enguantada a Adela. A Adela le tiró dentro, muy fuerte, el dolor de la separación. Acababa de destapársele muy vívido el afán de compañía. Le pareció insuficiente estrechar aquella mano y obedeció su impulso sin reservas. Gloria se azaró un poco al sentir sobre la piel los besos de Adela. Adela pensó: «¡Oh, tal vez haya estado demasiado efusiva!». Dijo con la voz quebrada:

—He sido muy dichosa esta tarde. Créame.

Adela evocaba la visita de Gloria con toda clase de pormenores. Le constaba que era todo un poco ridículo, pero en su vida no era aquello un nuevo incidente trivial. Deseaba mantener a toda costa la amistad de Gloria. «¡Ah, todo podrá cambiar!, —pensó. Y un gozo pueril le alborotaba dentro del pecho mientras concluía de arreglarse. Se dijo—: Pasaré y le diré a Gloria que Cecilio ya lo sabe y que está conforme». Se dio un ligero toque con el peine y salió del cuarto de aseo.

Le temblaba levemente la mano al pulsar el timbre. «¡Vaya! —se dijo—. Un poquito de serenidad. Que Gloria no advierta que estoy sola hasta ese punto». Gloria misma le abrió. Se sorprendió al verla:

—¡Ah! ¿Es usted? —dijo.

Adela le sonrió. A Gloria le chispeaban los ojos. Estaba un poco sofocada. Tal vez no era de esas mujeres que dejan todo el peso de la casa en manos de las sirvientas.

—¿Sabe? —dijo Adela—. Mi marido ya está al corriente. Creí que iba a ser otra cosa. Se lo dije y dijo: «¿Qué estás diciendo?. —Luego dijo—: Bueno, todas las mujeres tienen hijos, ¿no es eso?». Me he quitado un gran peso de encima. Sólo quería decirle eso y…

—¡Pase, pase! Por favor —dijo Gloria sonriendo.

III

Cecilio Rubes, empapado de una indefinida trascendencia, se daba cuenta de que existía ahora una razón que justificaba su presencia en el mundo.

El hastío que de vez en cuando le asaltaba en los últimos tiempos se desvanecía para dar paso a una inquietud nueva. Entendía que un mal paso, un estornudo, una trepidación, podía dar al traste con sus esperanzas y velaba por que ninguno de estos accidentes se produjera sobre su esposa. Cuidaba a Adela como depósito de su hijo, independientemente de su hermosura y aun de su propia satisfacción.

Adela vivió una temporada en el mejor de los mundos. Por una vez en la vida se convertía en eje de atención y hasta hallaba un oculto placer en que Cecilio no le permitiese estornudar, ni tomar el tranvía, o le aconsejase flexionar un poquito las piernas, a manera de muelles, cuando el ascensor se detenía bruscamente. Era una dicha verse rodeada de precauciones y cuidados y llegó a pensar que la maternidad, con todas sus bárbaras manifestaciones, era el objetivo fundamental en una mujer.

Cecilio no la abandonaba ahora y hasta pasaba veladas enteras a su lado leyéndole un libro o tejiendo proyectos sobre el niño por nacer. Otras tardes Adela merendaba con Gloria y cambiaban impresiones. Frecuentemente se reunían ambos matrimonios y Gloria tocaba el piano o jugaban al tresillo o a la brisca. Era un profundo cambio el operado en la vida de Adela, tan profundo que ella misma procuraba no pensar en ello por temor de echarlo a perder. Como medio de consolidar su incipiente vida de relación, Adela deseaba que su marido se entendiese definitivamente con Luis Sendín. A Cecilio, de momento, no le llenaba Luis.

Se conocieron la tarde que Gloria y su marido pasaron a darles las gracias por su atención —la de Adela— y a ofrecerles su casa. Cecilio dijo cuando ellos marcharon:

—Él es un poco sosaina, ¿no? ¿Recuerdas la cara que puso cuando le dije que la mujer es lo más importante en la vida y que nada hay como la mujer?

—Oh, Cecil, no seas injusto —dijo Adela—. Es un muchacho simpático y agradable.

—Te parece simpático y agradable, ¿eh?

—En el buen sentido, Cecilio.

—Bien. No sé en qué otro sentido puede entenderse lo que dices. Yo de entrada tengo un poco de prevención hacia los individuos con gafas. Me

parecen un poco así… ¿Cómo te diría? Un poco reservados, un poco fuera de la realidad.

—Es un intelectual, Cecil. Eso es lo que pasa.

—Los intelectuales están fuera de la realidad, es lo que digo, nena.

—Has de darte cuenta de que además es muy joven. Luis es casi un muchacho.

—¡Bien, ya se le nota! Reparaste: «Luis Sendín a su disposición». «Estamos muy agradecidos por sus atenciones». «Esta tierra no ha dejado de ser hospitalaria». ¡Ah, caramba! Es un hombre un poco cargante, querida. Bien. Puede que sea simpático pero, desde luego, lo es a su manera. Yo prefiero los hombres más espontáneos. ¿No podrá decir sencillamente: «Estoy a su disposición», «Han sido muy amables con mi mujer; muchas gracias»? Además, la cara que puso cuando yo dije lo de las mujeres. Arrugó la nariz, ¿te fijaste?; como si las mujeres no fuesen con él, ¿eh? Pero bien, va a tener un hijo el tunante. Esos mosquitas muertas son peligrosos, querida.

—Por amor de Dios, Cecil. Cualquiera que te oiga… Luis es un muchacho serio y reflexivo y nada más. Gloria es inteligente y está enamorada de él y algo tendrá dentro para que una mujer inteligente se enamore de él. ¿No es así?

—Bien. Puede ser, puede ser, querida. Hay hombres que se empeñan en disimular lo que son y lo consiguen admirablemente. Ella es muy inocente, además. Es una pavita atractiva, eso es todo. Y tiene una cintura bonita y gusto para vestirse. Bien. Es muy poca cosa ella; eso es lo que es.

—Cecilio, querido, es amiga mía.

—¿Y he de reservarme mi opinión por ello?

—Debes tener un poco de benevolencia. Gloria es una muchacha encantadora.

—Bueno. Puede ser. Pero no rezan conmigo esa clase de mujeres encantadoras. Le falta… Bien. Le falta lo fundamental en una mujer.

Adela, finalmente, se echó a reír. Cecilio solía ser poco piadoso con sus nuevos conocimientos. Veía antes —excepto en él— la parte mala que la parte buena de las cosas. Adela sospechaba que poco a poco iría cambiando de opinión. Dos semanas después el matrimonio Sendín invitó a tomar el té al matrimonio Rubes. Por primera vez, Gloria tocó el piano ante ellos. Interpretó *Moraima*. Cecilio dijo al salir:

—¿Sabes que Gloria es una chica atractiva? Tiene… ¡qué sé yo! Resulta muy *chic*, vaya.

—Y tiene una figura distinguida.

—Sí, es posible. Muy poquita cosa, un poco frágil, pero…

—Muy femenina.

—Eso es, muy femenina. Él, en cambio, es demasiado serio, demasiado comedido; no me gusta, ¡ea!

A los pocos días el matrimonio Rubes invitó al matrimonio Sendín a tomar un chocolate a la francesa con picatostes. Cecilio Rubes dijo, por la noche, a su mujer:

—Es un hombre de apetito ese Sendín, ¿sabes? Hube de darme prisa para no quedarme sin picatostes. Bien. Será que trabaja poco y no come lo suficiente en casa, ¿eh? ¿Qué te parece?

Adela se ofendió.

—No sé si trabaja o no como abogado, pero su familia tiene dinero en La Rioja. Si él se ha instalado aquí es porque estudió aquí y le tomó cariño a esto. Ésa es la razón. Por otra parte a mí me gusta ver con apetito a mis invitados.

—¡Caramba, eso es distinto! —aclaró Rubes—. Pero no aprobarás el que los invitados dejen sin comer a sus anfitriones. Bueno. Además, querida, no debes aprovecharte de tu estado para llevarme la contraria. Eso no es correcto, ni un caballero como yo puede consentirlo. Bien. Por otro lado, Sendín es un hombre agudo y no me importa lo que coma o lo que deje de comer. ¿Te fijaste cuando dijo: «Como no estamos en Rusia, es el rey quien manda aquí»? Nos llevó la baza, ¿eh? Lo dijo con tanta seriedad que resultó gracioso, verdaderamente gracioso. La verdad es que los hombres con gafas te dan el pego. Se parapetan tras sus cristales y son poco menos que indescifrables. De repente se destapan y… bueno, se destapan y te sorprenden, eso es.

Cecilio cuidaba de Adela como de un recipiente frágil que contuviera un líquido precioso. Hasta veía menos a Paulina, ahora, y sus instintos, de ordinario exigentes y vivos, se manifestaban premiosos y como adormecidos. Era, todo él, una ansiosa y cómica expectativa. En ocasiones experimentaba hacia su esposa unos insólitos movimientos de ternura. No era raro últimamente ver a Adela sentada en las piernas de su marido, jugueteando con la cadena del reloj, mientras la mano fofa de él le acariciaba la cintura. Una tarde le dijo:

—Querida, esta cintura va perdiendo flexibilidad. Hay que luchar contra la grasa. Bueno. La grasa a cierta edad es el mayor enemigo de las mujeres.

Cecilio Rubes se olvidaba de su vientre. Al hablar de defectos e imperfecciones Cecilio Rubes se olvidaba de sí mismo. A Adela le mortificó oír en labios de su marido sus propios pensamientos.

—¡Ah, es el niño! —dijo.

—Querida, antes del niño ya lo había advertido. No es el niño. Bueno. Todo no es el niño. Cuando el niño nazca harás gimnasia de cintura. Bien. Yo también la haré. Haremos los dos juntos gimnasia de cintura todas las mañanas, con la ventana abierta.

—¿Has pensado alguna vez que puede ser niña, Cecil?

Esta suposición ya ponía a Cecilio Rubes fuera de sí.

—¿Quién dice que puede ser niña?

—Hay las mismas probabilidades. Mercedes dice que si en el matrimonio domina físicamente la mujer nacen varoncitos y niñas si domina físicamente el hombre. ¡Todo lo contrario de lo que debiera ser!

Cecilio Rubes se alteró todo:

—¿Es que quiere decir la idiota de Mercedes que si tienes un hijo varón soy… soy… soy yo un lila… un marica? —voceó.

Adela notó un furioso golpe de sangre en la cara.

—Por amor de Dios, Cecil, no digas esas horribles palabrotas.

En el fondo, estos desahogos de su marido no alarmaban a Adela. Mas ella creía que una mujer de buena cuna debía fingir cierto escándalo. Adela intuía que cuantos mayores desahogos verbales se permitiese Cecilio delante de ella menos necesitaría de sus vicios, de su club y de sus amigos. Preveía que el día que el hombre se permitiese hablar ante su mujer con la misma libertad que ante sus amigos, los maridos habrían sido ganados definitivamente para el hogar. Cecilio dijo:

—Creo que esas cosas son más que nada cuestión de voluntad. Si tú quieres un hijo debes decirte a cada momento: «Niño, niño, niño; yo quiero un niño». De ese modo, querida, no puede nacer más que un varón. Bien. ¿Qué otra cosa si no puede determinar el sexo?

Adela pensaba: «Le diré a Gloria lo que Cecilio me ha dicho de la cintura. Ella dice que los hombres no reparan en ciertas cosas. Los hombres están en todo. —Cecilio Rubes pensaba—: Preguntaré a Tomás si hay algún fundamento en lo que la imbécil de Mercedes dice sobre los sexos».

La ostensible aproximación de su marido fomentaba en Adela el deseo de desvelar ciertos misterios. Ello y el convencimiento de que la libertad de expansión de los hombres redundaría en beneficio de las mujeres. Indagó tímidamente.

—¿Eso que dijiste antes, Cecil, pueden serlo sólo los hombres o también podemos serlo las mujeres?

—¿Qué? —dijo Rubes.

—Eso, Cecilio, la palabrota que dijiste antes cuando te dije lo de Mercedes…

—¡Ah! Los hombres, claro. ¿Estás tonta?

En los largos ratos que pasaba sola, Adela no acertaba a huir de la amarga realidad de su embarazo. En cierto modo sentía un tácito reconocimiento hacia su hijo; aun antes de nacer ya le debía muchas cosas. Pero la sola idea de que su hijo habitaba en su vientre ya despertaba en ella un nervioso extravío. Cuando la criatura empezó a moverse, Adela sufría angustiosos ataques de histeria. Se desesperaba entonces de la lentitud del proceso y al propio tiempo le aterraba la proximidad del desenlace inevitable. Pensaba en su madre y llegó a considerar una cosa natural que una vida costase otra vida.

Una tarde, de regreso del Establecimiento, Cecilio la encontró llorando. Ella le abrazó convulsivamente. Se sentía más segura y a cubierto agarrada a algo.

—Oh, querido —dijo—. Tengo miedo. Un miedo espantoso. A veces, pienso que me voy a morir…

Cecilio Rubes achacaba al embarazo la extraña volubilidad de su esposa. Repentinamente Adela se calmó y le consideró con una morbosa curiosidad.

—U-na-co-sa, Ce-cil —añadió—. Si yo me muriese, ¿te volverías tú a casar?

—En modo alguno, nena.

—¿De veras?

—De veras.

Le abrazó de nuevo. Dijo:

—¡Ah, querido! Tú no sabes el consuelo que me das.

Cecilio Rubes se armaba de paciencia. Rodeó la cintura de Adela:

—¿Por qué piensas en morirte, dime?

Adela hizo un esfuerzo. Aunque Cecilio conocía su edad, siempre le irritaba manifestarla en voz alta. Dijo:

—Mercedes dice que los hijos deben tenerse antes de los treinta años.

—¡Caramba con Mercedes! —dijo él, sofocado—. ¿Cuándo piensa Mercedes cerrar el pico y dedicarse a sus quehaceres sin más?

—Mercedes tuvo hijos, Cecil. Se casó dos veces y sabe lo que se dice. ¿No comprendes que si no me guío por Mercedes no me puedo guiar por nadie? Ella dice que antes de los treinta años el cuerpo es como de goma y todo va bien, pero pasados los treinta años el cuerpo se endurece y tener un hijo es peligroso.

—Bien —dijo él—. Mañana visitaremos al médico.

A Adela le saltaba el corazón ante aquella bata blanca, remotamente humana. Le habían hablado muy bien del doctor Rouge y, sin embargo, al verle ahora, con sus lentes de oro, y su rostro ahilado, y su parvedad, y su boca roja y húmeda, un poco viscosa, Adela experimentaba una instintiva desconfianza. Cecilio quiso llevarla a Tomás, que era su amigo, pero ella pensó que Tomás era demasiado simpático y campechano, y además español, para ser un médico solvente. Para Adela, el científico necesitaba una atmósfera adecuada, y la jovialidad no encajaba en ella. Tomás era excesivamente jovial. Era preferible el doctor Rouge, que era francés y estaba de moda y la gente decía de él que era capaz de sacar un niño vivo de una mujer muerta. Cecilio transigió. Adela notaba que Cecilio transigía siempre esta temporada y procuraba aprovechar sus oportunidades. Sin embargo, el doctor de moda no le complacía ahora; no le gustaban sus lentes de oro, ni los pliegues de su boca, ni su sequedad. Con recelo observaba la mesa patilarga e incómoda y el instrumental brillante, alineado en una vitrina.

—Échese —dijo el médico.

Nada de aquello era agradable, pero Adela comprendió que era necesario. Dijo el doctor:

—Esta señora está embarazada.

—Ah, sí… naturalmente —dijo Cecilio Rubes.

Adela se incorporó.

—¿Hubo más hijos? —preguntó el médico.

—No… No, es el primero.

Se sentó ante una mesa y escribió algo.

—¿Edad? —dijo luego.

Adela se sentía humillada.

—Treinta y tres —dijo.

Se levantó el médico.

—La *natugaleza* aconseja que los hijos se tengan antes —dijo—. En fin, *espeguemos* que todo se *guesuelva* sin novedad.

Cecilio Rubes se sintió iracundo al salir. Dijo con displicencia:

—Bien. Lo has entendido, ¿no? Si a ti te pasase algo, él ha cubierto su responsabilidad de antemano. Bueno. Si no te ocurre nada, él es un excelente doctor que saca los hijos de un vientre pasado como si nada. Está claro, ¿no? De todos modos los honorarios serán cosa de verse. Bien. ¿Vas entendiendo cómo se elabora un prestigio profesional? Si yo vendo un inodoro y digo: «Usted tiene la mano dura, señor, pero el género es inmejorable», también me cubro, ¿no? Si la cadena se rompe, es la mano dura del cliente; si aguanta, es

la calidad del género. Nada de esto es correcto, querida; créeme. —Hizo una pausa—: ¿Por qué no hemos de ver a Tomás? —añadió luego.

—Oh, Cecil, Tomás no me da confianza. Es demasiado simpático.

—Bien. Ello no quiere decir que prescindamos del otro. Son compatibles.

Adela accedió. En todas las cosas era partidaria de la multiplicidad de opinión. «Mejor verán cuatro ojos que dos», se dijo. El doctor Rouge, además, la había asustado. Tomás se echó a reír al escuchar sus temores. Dijo:

—Es la edad ideal para tener chicos, Adela. No tienes que preocuparte.

Cecilio intervino:

—Bien, Tomás. No creo que te moleste saber que antes hemos estado en Rouge. No voy a andar con tapujos contigo. Ya sabes lo que son las mujeres. Rouge complica las cosas sencillas que luego se resuelven bien y se lleva la fama y el dinero. Bueno. Eso no afecta a nuestra amistad, Tomás. Mi querido Tomás, yo quería pedirte… en fin… si no te es enojoso, desearía que asistieses al trance… ¡ejem!… Claro que para ti el que el otro… el otro… ¡ejem!

Tomás tenía la particularidad de reír siempre. Estudió el bachillerato con Cecilio Rubes y le conocía a fondo. Le divertía verle ahora debatiéndose contra la insuficiencia de expresión. Ello indicaba que Cecilio Rubes estaba confundido. Al reír, la cara cuadrada de Tomás se fruncía en cuatro hondos pliegues y su piel parecía cuero. Dijo:

—No te esfuerces, Cecilio; yo estaré allí.

—¡Ah, gracias! Mi querido Tomás, para mí es una gran tranquilidad saber que estarás allí, claro.

Le abrazó y le palmeó la espalda y pensó: «Es duro y fuerte este condenado Tomás. ¡Había que verle en el gimnasio del colegio!». De niños, la amistad de Tomás fue para Cecilio Rubes una sólida garantía; ahora, al cabo de los años las cosas se enredaban de tal manera que la amistad de Tomás volvía a ser para él una sólida garantía.

Para Adela estas visitas fueron un nuevo excitante. A veces, si se sentía deprimida, pensaba: «Rouge dijo: “La Naturaleza aconseja que los hijos se tengan antes”. —Mas si su estado de ánimo era optimista se decía—: Tener los hijos antes de los treinta es una equivocación. Tomás lo dijo así. ¿Qué va a hacer Gloria con un hijo? ¡Dios mío, si ella misma es una chiquilla!».

Dos días después de visitar al médico, Cecilio regresó temprano de la oficina. Adela sabía lo que esto significaba y lo lamentó. No se entendía con su suegra; es más, le parecía que entenderse con su suegra no encajaba dentro de las posibilidades humanas. En el fondo, aborrecía aquella gran cabeza

blanca, y sus rasgos duros, y sus ropas enlutadas, y el caserón sombrío, y aquel temperamento dominante y despiadado. Y aborrecía, sobre todo, la sumisión de Cecilio a ella, el hecho de que la considerase la única razón de su vida. Cecilio Rubes dijo:

—Hemos de ver a mamá, querida. Después de la confirmación de los médicos, mamá debe saber que va a ser abuela. Bien. Está muy sola mamá.

Cecilio Rubes no acertaba a deslindar sus sentimientos hacia su madre. Debajo de todo, y aunque él no lo advirtiese, latía un fondo de temor. Su madre poseía una recia, enteriza personalidad; tal vez demasiado firme. De niño le fue imprescindible y ella le protegía contra el oscuro furor de las tormentas en verano. Desde pequeño, Cecilio Rubes acostumbraba a someter todos sus problemas a su madre. Era como si a él se le vedara, previamente, toda capacidad de decisión. Cecilio Rubes veía en su madre un asidero firme e insustituible.

La viuda de Rubes vivía en la parte vieja de la ciudad. A Adela le sobrecogía aquella casa donde jamás entraba el sol y en cada esquina tropezaba uno con viejas vitrinas cargadas de viejos objetos con polvo de siglos. Toda la casa tenía una rigidez apergaminada y lóbrega. La viuda de Rubes era una mujer despechada con la vida y con los hombres. La vida no le dio lo que creía merecer y le ofendía la sola idea de que alguien, con menos merecimientos, sacase de la vida más de lo que ella sacó. A fin de cuentas, un marido borracho y un hijo sin carácter no eran demasiado para ella, que fue una mujer codiciada, de esas que los hombres acechan en cada movimiento para tratar de descubrirles un tobillo. Y ella tuvo siempre los tobillos bonitos y no anduvo remisa en mostrarlos y los hombres se enardecían en su presencia. Total ¿para qué? Los Rubes eran notables en la ciudad y a ella, en principio, le halagó compartir la vida con un Rubes. Un Rubes que, a la larga, resultó más borracho que notable. Luego, la viudez, el reuma, la soledad y una nuera pobre y boba. ¿Era justo este destino para una mujer como ella?

Ante su suegra, Adela se vigilaba; estaba siempre en guardia y como al acecho. Había que estudiar las palabras, las miradas, los ademanes y guardar la debida compostura. Aquella mujer era fría, terriblemente fría, y distante. Generalmente, sus observaciones eran crueles, cargadas de despecho y resentimiento. Por contra, una intervención de los demás levantaba en su pecho mezquino una furiosa oleada de suspicacia. Adela la miró y se le antojó la idea de que su enorme cabeza desproporcionada era postiza y quedaba unida al tronco por el gollipín. Dijo, para disimular sus pensamientos:

—Bueno, mamá, dentro de unos meses tendré un bebé.

—Lo sé —dijo ella secamente—. ¿No tuvisteis tiempo de decírmelo antes?

Cecilio Rubes rodeó sus hombros amorosamente:

—¿Lo sabías? No me digas, mamá…

La mirada de su madre lo secó:

—Tomás me lo dijo. Es sensible que una se entere de estas cosas por labios extraños.

—¡Por Dios, mamá! El caso…

—Bien, si queréis que os diga la verdad, os diré que ninguno de los dos estáis ya en edad de tener hijos. Yo tuve mi primer hijo a los veintitrés años y se murió de sarampión. No le brotó: creo que yo no tuve la culpa de ello.

Cecilio Rubes se mostraba conciliador:

—Bien, mamá. Hasta hace dos días no tuvimos certeza de que fuese un bebé. Eso es todo. Rouge… Bien, Rouge la vio y dijo que era un bebé. Eso fue anteayer y… Bueno, ayer anduve ocupado…

—¿Rouge?

—Ya sé, mamá. También estará Tomás. Adela quiso ver a Rouge, porque Rouge…

—Rouge es un curandero francés; eso es, ¿qué falta ha de hacer él estando Tomás delante?

Tomás era una de las debilidades seniles de la viuda de Rubes. Lo fue desde chiquillo, por su fuerza, su simpatía, su arrolladora franqueza y la vibración vital que comunicaba a cada uno de sus movimientos. La viuda de Rubes amaba las cosas consistentes y vitales. La tibia y desmayada flaccidez de Adela la ponía fuera de sí.

—Bien —dijo Rubes—. No quiero que te enfades, mamá. Si Tomás estuvo aquí, nada tiene de particular que se nos haya anticipado en unas horas. La cuestión es que vamos a tener un bebé y que hemos de ponerle un nombre. Bien, para eso estamos aquí. Yo he pensado en Cecilio para que prosiga la dinastía de los Rubes, mamá. Cecilio, como su padre y como su abuelo. ¿Qué te parece?

—¿Qué ha de parecerme? —dijo la viuda de Rubes, dolida—. Tú sabes lo mismo que yo cómo murió mi padre y lo que él fue para mí en la vida.

Cecilio Rubes sabía que su abuelo materno tuvo el extraño capricho de arrojarse desde un cuarto piso por el hueco de la escalera. Eso fue muchos años atrás.

—¿Quieres decir el abuelo Alejandro? —inquirió.

—Fue un hombre como ya quedan pocos —dijo la viuda de Rubes—. Hoy ya no existen hombres tan enteros y cabales como él.

—Bien —dijo Cecilio—. Creo que Cecilio Alejandro es un nombre sonoro y adecuado para un nieto tuyo.

—¿Y si fuera niña?

Rubes sonrió generosamente:

—Si fuera niña se llamaría Ramona a secas, como tú —dijo. Y deliberadamente dejó las palabras en el aire, como una estela de humo.

La viuda de Rubes expresó de manera casi imperceptible su satisfacción. Adela, en cambio, se sintió postergada; experimentó un repentino sofoco. Su rama, su sangre, no importaba nada allí.

—Yo creo… —comenzó.

La viuda de Rubes la interrumpió. Entendía que su nuera debía cederle siempre el paso y la palabra. Dijo, dirigiéndose a Cecilio:

—¿Consideras tú posible que tu esposa alumbre un hijo varón?

—¡Mamá!

Adela dijo:

—Yo adoré a mi padre y mi padre se llamaba Eusebio.

Cecilio Rubes se encontró incómodo. Se le antojaba una tontería de su mujer esto de mezclar el nombre del modesto funcionario con los de sus ilustres antepasados.

—Está bien, querida —dijo.

La viuda de Rubes sonrió maliciosamente:

—Con todos los respetos que quieras, hija, no me negarás que Eusebio es un nombre de artesano. Eusebio es exactamente un nombre horrible.

—¡Oh! —dijo Adela.

—Todo lo más de labrador —añadió la viuda de Rubes—. Siempre he creído mezquino y egoísta colgar un nombre impropio sobre los hijos sólo por el mero hecho de que un querido antepasado nuestro tuviera esa desgracia sobre sí.

Adela se contrajo como si la golpeasen. Le escocía la sonora voz de su suegra, y su presencia, y la penumbra de la sala, y los cuadros oscuros e indescifrables de las paredes. Estaba acobardada y tuvo que cerrar los ojos para decir:

—A mí me gusta el nombre de Eusebio. Me gusta más ese nombre que el de Alejandro. Un tío mío se llamaba Alejandro y era pastelero.

Aun con los ojos cerrados Adela experimentó constancia del impacto. Fue como el resuello y el aspaviento de un can fatigado lo que llegó hasta ella.

Cecilio pensaba: «Idiota, idiota, idiota. Nunca agradecerá lo que se ha hecho por ella. —La viuda de Rubes pensaba—: ¡Por amor de Dios! ¿Qué se habrá creído esta monja boba?».

Dijo la viuda de Rubes:

—Mi padre solía decirme: «Hija, has de tornar las palabras como de quien vienen. Ten en cuenta que no todo el que quiere puede ofenderte».

En la euforia de su golpe de audacia, a Adela le resultó confusa la reacción de su suegra. No lo comprendió bien. Verdaderamente las alusiones indirectas se le hacían casi siempre inextricables. Cecilio Rubes pensaba: «Idiota, idiota, idiota. ¿Cómo es posible que le diga esas cosas a mamá?».

Dijo:

—¿Y Nicolás? ¿Qué os parece Nicolás?

Este nombre no surgió espontáneamente en los labios de Cecilio Rubes. Hacía semanas que pensaba obsesivamente en el zar y le parecía que con sólo pronunciar su nombre ya fijaba una bandera de oposición frente a la progresiva revolución laboral. Su inclinación compasiva hacia el zar no la movía un impulso de admiración o de afecto, sino la intuición de que los que le hacían la guerra al zar no eran partidarios de los negocios, de los negocios de bañeras.

—Nicolás. ¡Bonito nombre! —dijo la viuda de Rubes, y añadió mirando fijamente a su nuera—: Nicolás se llama el zar de Rusia. ¡Ahí tienes un nombre importante!

—¿El zar? —dijo Adela y pensó: «¿Qué negocios se trae de un tiempo a esta parte Cecilio con el zar?».

Cecilio pensaba: «Mamá es muy aguda: me ha descubierto. ¿Qué pensará Valentín de la revolución de los soviets?».

Dijo:

—Bien. Será un Cecilio Alejandro Nicolás Rubes, ¿no es así?

Intervino Adela.

—¿A qué esa retahíla tonta de nombres? Después se llamará Lilín o algo por el estilo, sin tanta pretensión.

—Querida, ¿por qué no disimulas un poco tus gustos? —dijo la viuda de Rubes.

A Cecilio Rubes le desagradaba esta pugna de reticencias. Agregó:

—Imagino que no querrás que nuestro hijo se llame José a secas, como un ganapán cualquiera.

—¿Por qué no? —dijo Adela.

Le temblaban levemente las manos y, de improviso, se levantó chillando. Fue todo muy repentino.

—¡Oh! ¿Por qué no me dejáis en paz? ¿Por qué hacéis un frente los dos para acorralarme y quitarme la voluntad como si yo fuese una loca o algo parecido?

Salió dando un portazo. La viuda de Rubes sonreía beatíficamente.

Cecilio dijo:

—Perdona, mamá.

Se levantó y salió tras Adela. Dijo la viuda de Rubes:

—Tu mujer es una tonta o una calamidad. Y hasta puede que las dos cosas. ¡Vaya por Dios! Ya me duele la pierna otra vez.

Nunca pensó Cecilio Rubes, a pesar de no tenerlas todas consigo, que estas cosas fuesen tan arduas y complicadas y que la aparición de una vida humana sobre la costra de la tierra supusiera tantos sudores, tanto revuelo, tanta excitación y tantas lágrimas. En aquel trance, Cecilio Rubes se confesó que había sido un lamentable error tener un hijo. Estas cosas, a su entender, deberían estar reservadas para los pobres. En su casa y en su vida —plácida y fácil— no había lugar para acontecimientos de esta naturaleza. «Los hijos, para los pobres —pensaba—. Ellos están habituados a sufrir».

El dolor tornaba caprichosa a Adela y sus exigencias le atormentaban a él, que, de siempre, había detestado la violencia. «No; no entraré —se repitió—. Odio esta clase de situaciones». Bebió otra copa. Tenía el balcón abierto y hasta él llegaba el tibio aliento de la noche de primavera. Estaba cansado y le dolía la espalda. Todo era enconado y terrible esta noche. Primero su mujer, tan desesperada y chillona; después, Rouge, quien al divisar a Tomás, que le había precedido, no pudo evitar una mueca de desagrado. (Cecilio Rubes se precipitó a él: «Bien, no piense usted mal. Él está aquí como amigo y no como médico. Entiéndalo»). También Cristina era como un fantasma esta noche y vagaba de un lado a otro sin finalidad aparente y con una torpeza inconcebible. Y Gloria y Luis pasaban y repasaban, y decían: «Pedimos por ella, —y Rubes tenía que hacer un esfuerzo para dejar la copa y decir—: Gracias». Y pensaba: «Vienen a ver qué es esto, para aprender. Bien. No saben lo que les espera». Y experimentaba como un torpe regodeo al pensar que Gloria aún no había empezado. Bebió otra copa.

Todas las luces de la casa estaban encendidas y vibraba en ella un revuelo como de fiesta. Era mayo pero hacía calor. Cecilio Rubes se levantó y se acercó a la ventana. Oyó la voz alterada de Adela: «¡Doctor, usted lo sabe tan bien como yo! ¡Mi marido no viene porque es un gallina! ¡Oh! Esto es

horrible… Díselo así de mi parte, Tomás, ¡por favoor; díselo así! Dilee…, dilee que yo… yooo, me estoy rompiendo aquí en pedazos mientras él se está fumando… ¡oh!… fumando tranquilamente cigarrillos en el salón. ¡Oooh!. —A Rubes le flojeaban las piernas—. Bien —pensó—. Un gallina. Es posible que sea un gallina. ¿Qué hay de malo en ello?». La impotencia y la forzada pasividad le ponían nervioso. Habitualmente fumaba poco, pero esta noche empalmaba cada cigarrillo con la colilla del anterior. Necesitaba ocuparse en algo y por eso fumaba. Por centésima vez le agarró la terrible idea esta noche: «Un camello por el ojo de una aguja. Eso es». Movió bruscamente la cabeza y para distraerse trató de imaginarse a Paulina en *déshabillé*. De siempre le atrajo esta imagen, pero esta noche no le tentaba. Volvió a pensar: «Un camello por el ojo de una aguja. —Oyó la voz de Adela, irritada—: ¡Cállese, por favor…! ¡Ah, no sabe lo que es esto…!».

Cecilio Rubes se acercó al velador y fue a servirse otra copa. La botella se había acabado. Soltó una palabrota y se dirigió al mueble bar. La musiquilla le puso furioso y golpeó airado la cubierta. Experimentó un extraño alivio al cerrarlo, como si le sacasen algo pesado y punzante de la cabeza. De nuevo oyó el quejido desgarrado de Adela en la habitación. Pensó: «Bien, no estaría bien visto que yo me marchase de casa ahora. —Tornó a sentarse, pero el sillón le daba calor y a los cinco minutos se levantó de nuevo—. Esto no es normal. Llevamos así seis horas. Habrá que intervenir», se dijo. Escuchó a Adela llamándole a voces y, como cada vez que le llamaba, le poseyó, como una fuerza, un frenético deseo de golpearla. Entendía que era ponerle en evidencia. Entró Cristina y dijo:

—Señor, la señora le llama.

—Ah, bien —contestó.

«No tengo más remedio», se dijo. Cristina no tenía cofia esta noche, pero Cecilio Rubes no se dio cuenta.

Ahora estaban ante él Gloria y Luis; le incomodó la mirada interrogativa y patética de él, tras los cristales. Y su boca redonda, pequeña y expectante.

—Bueno —dijo—, no estamos mejor que hace dos horas.

Gloria puso una mano ligera y confortadora en su antebrazo:

—Es horrible —dijo—. Pedimos por ella.

De nuevo se encontraba solo y se le doblaban las piernas de debilidad. Adela le llamó otra vez a gritos y entre sollozos. Pero aún pasó media hora antes de que Cecilio Rubes se decidiese a entrar en la habitación.

Lamentó haberlo hecho. Adela, en el lecho revuelto, jadeaba. No experimentaba ahora el menor deseo de un hijo y le poseía una inquina

creciente hacia aquel estorbo que le hinchaba el vientre y hacia la solícita mujer rubia que la atendía. Su rostro estaba desencajado y el cuerpo cubierto de sudor. A intervalos le parecía que alguien se entretuviera dándole hachazos en los riñones. En esos momentos deseaba la presencia de Cecilio, no porque ello la consolase, sino para que él sufriese también. El que Cecilio se estuviese tranquilamente fumando cigarrillos en la sala mientras ella se partía materialmente en pedazos se le hacía injusto y egoísta. Advertía que le había insultado repetidamente. También insultó de pasada al doctor Rouge y a Tomás, pero no sentía el menor remordimiento por ello. Se consideraba con derecho a todo esta noche y mentalmente hacía responsables a todos los hombres del mundo de su tortura. Odiaba a los hombres sin excepción. Odiaba especialmente a Cecilio, porque todo esto pudo ocurrir cinco años antes, cuando ella era aún elástica y flexible, y él, caprichosamente, no lo quiso entonces. El dolor le impedía llorar. Se quejó vagamente y apretó los ojos contra la almohada. Al abrirlos, vio a Cecilio a su lado.

—¡Oh! —dijo—. ¡Ya lo sabes!, ¿no? Voy a morirme. No tardaré ni dos horas en morirme. Y tú te volverás a casar. ¡Ya te conozco a ti! No podrías pasarte sin una mujer… aunque los demás nos partamos y… y…

El rostro de Adela iba reflejando por instantes la intensidad creciente del dolor. Cecilio Rubes encontraba extraña y como lejana y vacía la mirada de su mujer. Pensó: «¿Será verdad que va a morirse?». Sintió que perdía el dominio de sus nervios, se levantó y dijo:

—¡Bien! Habrá que intervenir, ¿no es eso? No podemos ver cómo ella se muere con los brazos cruzados.

Rouge no le contestó; se limitó a fruncir su húmedo hociquito. La sonrisa de Tomás le apaciguó. «Será que tiene que ser así», se dijo.

Adela se atravesó en la cama. La mujer rubia forcejeó con ella un momento para colocarla bien. Tomás dijo:

—Déjela.

Dijo Rouge:

—No es ésa una *postuga* académica, colega.

—Es igual.

Rouge sonrió displicente, sacó del bolsillo un papel de fumar y lo pasó meticulosamente por los cristales de sus lentes de oro.

—¡Vaya! —dijo después—. ¿También es usted de los que no creen en la eficacia de la *postuga* inglesa?

—En absoluto —dijo Tomás.

Adela chilló:

—¡Bien, ya sé lo que pasa! Soy vieja y no sale. ¡Eso es lo que me pasa a mí!

Tuvo un violento ataque de histerismo. La mujerona rubia trató de calmarla. Cecilio pensó: «Bueno. Sólo me falta que estos dos se pongan de punta».

Dijo Rouge:

—Está prácticamente comprobado.

Tomás tenía las manos en los bolsillos y dijo:

—El feto se desprende cuando está maduro, aunque las ponga usted cabeza abajo.

Hubo un silencio que duró mucho rato. Tan sólo se oían los quejidos de Adela y sus desgarradas exclamaciones. El nerviosismo de Cecilio Rubes acrecía al constatar la inutilidad del paso del tiempo. Pensó: «Un camello por el ojo de…; eso es». La noche le pesaba en la cabeza, en las piernas, en los hombros, en todo su ser. De vez en cuando contemplaba a su mujer con una especie de fría fatiga en los ojos.

A las cuatro menos cuarto de la madrugada, Adela gritó:

—¡No me volverás a engañar, Cecilio!

No había la menor chispa de razón en los ojos de Adela; era, la suya, una mirada enloquecida. Cecilio Rubes se volvió a Tomás en busca de apoyo. Adela mordía ahora las sábanas con desesperación. Dijo Tomás:

—Ya falta menos.

Dijo Rouge:

—Las toallas.

La mujer rubia dispuso unas toallas en la cabecera del lecho.

—Vaya —dijo Rouge, mientras se colocaba unos guantes de goma—. *Agáguese* ahí y haga *fuegza*.

—¡No quiero! —gritó Adela—. ¡No me agarro ahí porque no quiero!

Se cogió del cuello de Cecilio y Cecilio sintió en la piel toda la impaciencia y el dolor de su mujer. Aguantó. «Tal vez sea el fin», se dijo. Dijo Rouge:

—*Agáguese* de las toallas.

—¡Oh!, ¡no quiero! —sollozó Adela—. ¿Es que no me oye? ¡No quiero!

—Es igual —dijo Tomás.

—Bueno —prosiguió Rouge, reprimiendo su enojo—. ¿*Quiegue* usted *decigme* lo que he de *haceg ahoga*?

—Darse prisa. Esto ya está —dijo Tomás.

La cara de Adela se deformaba. Chilló:

—¡Júrame que no volveremos a tener más hijos, Cecilio! ¡Júramelo!

—Te lo prometo, querida —dijo Rubes sombríamente.

—¡No quiero más hijos! ¿Me entiendes? ¡De ningún modo quiero más hijos!

Sentía un volumen inusitado entre las piernas, un algo monstruoso que la dividía y que pese a su tamaño avanzaba y se escurría sin cesar. Olía mal el aliento de Adela. Dio un grito. «¡Oh, Dios mío, Dios mío!», se dijo Cecilio. Era la primera vez que se acordaba de Dios desde la muerte de su padre. Entendía, cuando pensaba en ello, que sería egoísta por su parte molestar a Dios con peticiones cuando él tenía de todo y había muchos que no tenían nada. Era mejor así, ya que Dios debía de estar a diario muy atareado. Pensó otra vez: «El camello por el ojo de una aguja», y se estremeció. Las manos de Adela le despellejaban el cuello en un esfuerzo ímprobo, definitivo. Como entre sueños oyó la voz velada de la mujer rubia:

—¡Un niño! ¡Qué hermoso es!

Luego oyó berrear algo que parecía un gato en celo. Adela se reía como una loca. De repente se había quedado pálida y fría, pero experimentaba sobre sus miembros un inmenso relajamiento. «Ya está, ya está. Ya pasó todo y no me he muerto», pensó, y este pensamiento la hacía reír a carcajadas. Aún hurgaban en ella, pero ya no le importaba. Dijo:

—¿Cómo es el niño?

—Es rubio y con los ojos azules —dijo la mujer grande.

Sintió que Cecilio la besaba en la frente y cerró los ojos inundada de una dicha próxima y caliente. Después la taparon con muchas mantas, pero ella notaba su peso y no su calor. Tiritaba. Más tarde fue ascendiéndole hasta los ojos una invencible somnolencia. La ganaban unas ansias infinitas de dormir. Oyó la voz de Cecilio un poco empañada por la emoción: «¿No es cierto que es un chiquitín muy bonito éste? Bien. Aquí les presento a Cecilio Alejandro Nicolás Rubes. —Adela pensaba—: Cecilio, por su padre; Alejandro, por su bisabuelo; Nicolás, por el zar»… Era como si contase hasta ciento; un algo pausado y rítmico que le nublaba la razón y la adormecía. No le importaba ahora que su hijo se llamase Alejandro. Oyó las voces de Mercedes y Cristina. Sonrió y abrió los ojos cuando se le acercaron. «Vaya, ya no estoy sola —pensó—. Tengo un hijito precioso».

IV

El periódico del 9 de mayo de 1918 decía: «la guerra europea. Gran actividad de fuego en el arroyo Luce y en la orilla occidental del Havre.

En el campo de batalla de Flandes y en las orillas del Lys aumentó la actividad de la artillería. —También decía el periódico del 9 de mayo de 1918 —: Londres.— Un telegrama del Gobierno ruso anuncia que el sábado se ha firmado entre Rusia, Ucrania y Alemania un armisticio en el frente de Kurak. Firma el telegrama, *Lenine*». En segunda página decía el periódico del 9 de mayo de 1918: «Teatro Bretón: A las cuatro, *El asombro de Damasco*; a las siete y media, *La viuda alegre*». «Cinema Montoya: A las cuatro y a las siete, *Ana Karenine*». «Cinema Olaso: Sesiones de cinematógrafo. —En la última página, en segunda columna, el periódico decía—: Madrid.— A las siete y media de la tarde de ayer ha ido a Palacio la Mesa del Congreso a someter a la sanción del Rey la ley de amnistía. Asistió también el conde de Romanones». En la página anterior decía el periódico del 9 de mayo de 1918: «El estreñimiento es la causa de graves dolencias. Combatid el estreñimiento habitual con el uso de Coprobalina. No es un purgante. No es un laxante. No irrita. No origina molestias. (Tolerada por niños y ancianos)».

El anunciante de la Coprobalina hubiera desistido probablemente de insertar su reclamo en tal día como el 9 de mayo de 1918 si le hubieran advertido de la publicación del anuncio de las píldoras De Witt, en la misma página y en la misma fecha. El anuncio de las píldoras De Witt eclipsaba, por su tamaño y sus caracteres de impresión, el resto de la información publicitaria que el periódico facilitaba el 9 de mayo de 1918. Decía el anuncio de las píldoras De Witt, a tres columnas y con relevantes titulares:

TRIUNFO SENSACIONAL DE DE WITT
HOMBRE DE 76 AÑOS CURADO
DE MAL DE PIEDRA EN LA VEJIGA

Esto no es exageración, sino la justa y verdadera declaración de un anciano de setenta y seis años, que fue curado de piedras en la vejiga sin operación, cuando casi se había perdido toda esperanza. Unos seis años atrás este anciano caballero inglés —su nombre es J. C. Watts— cayó enfermo sufriendo de unos dolores muy agudos en los riñones y de un dolor ardiente interior. Sufría mucho de flaqueza urinaria. Se puso tan enfermo y el dolor se hacía tan agudo que no podía doblegarse ni tan sólo moverse en la cama. Por meses y meses fue probando toda clase de lo que llaman remedios, incluso «Mezclas para los riñones» y «Píldoras para el dolor de riñones», pero no encontraba alivio alguno. Se hallaba invariablemente peor…

Hasta que un día le informaron de las curas maravillosas hechas por las píldoras De Witt para los riñones y la vejiga y fue a la tienda de los señores Boots, en Caledonian Road, Londres (los más importantes droguistas del mundo) y compró una caja de las pequeñas. Antes de que concluyera la segunda caja expulsó de la vejiga dos piedras bastante gruesas, de un aspecto tremendo, así como

también algunas pequeñas, todas cubiertas de cristales con esquinas toscas. Esto sucedió el día 30 de noviembre de 1913, a las seis de la mañana. Hoy, en mayo de 1918, *Mr*. J. C. Watts sigue en buen estado de salud. No lo dudéis:

¡PÍLDORAS DE DE WITT PARA
LOS RIÑONES Y LA VEJIGA!

El llamamiento venía ilustrado con un retrato del plácido rostro de míster J. C. Watts, enmarcado por unas frondosas patillas que las píldoras parecían también haber vigorizado.

Cecilio Rubes se impacientó. De nuevo examinó el periódico de arriba abajo. «Bien, ¿es posible?», se preguntaba a sí mismo. Su ceño estaba fruncido y odiaba cordialmente al doctor De Witt. También sentía una injustificada inquina contra J. C. Watts, contra su plácido rostro y sus frondosas patillas y hasta lamentaba que hubiera sanado de su mal de piedra en la vejiga. El mundo se renovaba, era precisa la renovación del mundo y, sin embargo, el saludable vejete J. C. Watts, con sus setenta y seis años a cuestas, venía a robar un espacio que una criatura recién nacida precisaba. La cara de Cecilio Rubes semejaba la de un niño en los preludios de una rabieta. Se sentía decepcionado y humillado. Plegó el periódico de nuevo y entonces, casualmente, lo vio. Su pigre rostro se iluminó, se abrió, se distendió y mostró los blancos dientes en una conmovida sonrisa. En estos momentos felices, Cecilio Rubes era todo bondad y perdonaba de corazón al doctor De Witt y al honorable caballero *Mr*. J. C. Watts y aun se regocijaba de que este último hubiera sanado, al fin, de la vejiga. Sonreía dulcemente mientras sus ojos recorrían la noticia. La noticia decía:

«*Natalicio*. Felizmente ha dado a luz un precioso y robusto niño la esposa del conocido hombre de empresa y estimado amigo nuestro don Cecilio Rubes, nacida Adela Martínez. Tanto la madre como el neófito —a quien se impondrán en el Sacramento del Bautismo los nombres de Cecilio Alejandro Nicolás— se encuentran en perfecto estado. Nuestra enhorabuena».

A Cecilio Rubes le agradaba ver su nombre en letra de molde. Este simple hecho le producía en el estómago un alegre cosquilleo; más que cosquilleo era un vivificante calorcito que le iba ascendiendo de la pelvis al pecho y a la garganta, para sofocarle luego. Leyó cinco veces la nota antes de incorporarse. Al cabo, dijo:

—Adela… Bien… ¡Adela!

Avanzaba por el pasillo blandiendo el diario como una bandera y en esta actitud penetró en la habitación de su mujer. No dejaba la sonrisa de los labios y su rostro, en este crítico instante, exhibía un tan plácido equilibrio como el

que caracterizaba a J. C. Watts en su fotografía. Adela entornó los ojos. Se encontraba débil.

—Bien, querida —dijo Rubes—. Tú, tu hijito y yo venimos en el periódico como la gente importante, ¿qué te parece?

La modestia del modesto funcionario asomó en el rostro confundido de Adela. Pensó en su padre, en lo que su padre —fiel coleccionador y clasificador de natalicios, bodas, esquelas y otros recortes familiares— celebraría este momento. También pensó en sus hermanos y experimentó un loco burbujeo en la cabeza al decidir mentalmente enviarles el recorte a La Habana.

—¿Es cierto, Cecil? A ver… enséñame.

Leyendo la nota acrecía el enervamiento de Adela. Cecilio Rubes, en tanto, miró al pequeño Rubes en el moisés próximo. Dijo:

—Verdaderamente es precioso nuestro hijito, Adela. Bueno, no creo que haya nacido un chiquillo tan hermoso en la ciudad desde hace muchos años.

Dijo Adela:

—¿Mandaste tú poner esta nota?

—Bien. Coloca la manita junto a la boca como su padre y frunce la boquita como tú. ¿Qué cosa será ésta, querida, que desde que nacen ya llevan el sello de uno?

Dijo Adela:

—Es muy cariñosa la nota. Dime, Ceci, ¿la mandaste poner tú?

—¡Ah, va a llorar, Adela! ¡El chiquitín va a llorar! Por amor de Dios, hazle una fiesta y no dejes llorar a esta criatura. ¿Sabes que parece imposible que esta cosita pueda ser un día algo como tú y como yo, una persona importante?

Cecilio Rubes mecía acompasadamente la vaporosa cunita de encajes y muselinas. Adela releyó: «… nacida, Adela Martínez. —Pensó—: Aún queda algo de papá». Sus ojos estaban clavados en una palabra: «Martínez». «Bien —se dijo—. Si él lo leyera se sentiría orgulloso. —Notó que le picaba la garganta. Se dijo—: Soy tonta. ¿Pues no iba a llorar?». Luego pensó: «He de enterarme de cuándo sale el primer barco para La Habana».

Dijo:

—¿Quién puso la nota, Cecilio?

Cecilio volvió los ojos a ella. Estaba bonita Adela un poco empalidecida. Rubes se dijo que le sentaba bien este color y reconoció que últimamente le preocupaba la restallante vitalidad de Adela, la posibilidad de que Adela llegara a adquirir los tonos bastos y saludables de las mujeres del campo. Su

origen humilde podía asomarle en cualquier momento a la cara y ello sería el fin de su prestigio y su honorabilidad. Dijo.

—¿Estás bien, querida? ¡Ah!, la nota. Bien, ya sabes que tu marido tiene amigos en todas partes. Hay que reconocer que uno no es un cualquiera en la ciudad y… Bueno. ¿Te sientes bien, querida?

—¡Ah, estoy muy bien, Cecil…! Ya no me acuerdo de nada —dijo ella.

Cecilio Rubes carraspeó. Le crecía en el pecho un orondo y grato sentimiento de responsabilidad. Carraspeó otra vez.

—Bien —dijo, al fin—. Creo que las cosan han cambiado un poco desde ayer, querida. Bueno… En fin, hoy hay en casa alguien que no estaba hace dos días y que, de repente, está aquí en medio de nosotros y…

—¿Te refieres al niño, Cecil?

Rubes frunció el ceño al decir:

—Bueno, sí. Me refiero a Cecilio Alejandro Nicolás, eso es, querida. Él, ahora… Bueno, Cecilio Alejandro es ahora aquí lo más importante. Bien; eso es… Lo más importante. Creo que con ello está dicho todo. Bueno… Naturalmente harás saber a Mercedes y Cristina que en esta casa es ahora el cuidado de Cecilio Alejandro Nicolás…

Adela arrugó la cara:

—¡Por Dios bendito, Cecil, no llames de ese modo tan engolado a la criatura! ¡Cualquiera diría que nuestro hijo es ya un bigotudo corredor de comercio!

Cecilio Rubes acarició la pálida mano de su mujer. Era la mano de Adela un miembro bien formado y pulcro, pero cruelmente desmayado e inexpresivo. Dijo Rubes:

—Bien, queridita, eso ahora es lo de menos. No tiene importancia si ha de ser Cecilio o Cecilio Alejandro Nicolás. Eso tendrá importancia para algún padre fatuo, pero no para mí. Bueno. Lo que yo digo es que el servicio debe estar enterado de que el niño es en esta casa ahora lo primero. Bien. También he pensado… En fin… he pensado en la necesidad de tomar un ama para que mi hijo esté siempre debidamente atendido…

El runrún de la cunita mellaba los nervios de Adela. Aunque ella aseguraba no acordarse de nada, sus nervios estaban despellejados y al aire desde el acontecimiento. Le irritaba la manera personal de enfocar los asuntos que tenía su marido. De recién casados, Cecilio Rubes hablaba ya de «mi casa» y «mi situación». Adela creyó siempre que casarse era «compartir» y la autonomía que derivaba de las manifestaciones de su cónyuge la exasperaba. Con el tiempo se habituó a ello y apenas daba importancia a que Cecilio

dijera: «Voy a vender este tapiz y sustituirlo…. —O bien—: No me gusta mi comedor; estos muebles son grandes y presuntuosos». El acontecimiento había agudizado su sensibilidad. El acontecimiento y el hecho de que su padre —el funcionario Martínez— no pudiese leer aquella halagadora notita de los «Ecos de sociedad». Hizo un puchero Adela. Dijo Adela:

—Tu hijo, tu hijo. ¿Has pensado, Cecilio, en lo difícil que te hubiese sido tener «tu hijo» sin mi ayuda?

Cecilio Rubes dejó de mecer la cuna. Dijo:

—Bien, nena. ¿Eres tonta? Comprenderás. Bueno… Confieso que tengo una manera de expresarme un poco vaga. Eso es todo. Bien… «Nuestro hijo» debe tener un ama que se ocupe de su cuidado, eso es lo que quiero decir…

De repente se despertó en Adela una fiebre vehemente de un aña. Su imaginación recorría desbocada todas las posibilidades de indumentaria: un flamante cuello almidonado, una cofia de encajes y un enorme, fantástico lazo atrás. El aña del niño de los Rubes sería la admiración de la ciudad.

Cecilio Rubes se incorporó, se estiró la chaqueta y dijo:

—Querida, me marcho; se me hace tarde.

Le dio una palmadita cariñosa. Adela dijo:

—No te olvides del ama, Cecil. Es cierto que nuestro hijo necesita un ama.

Cecilio Rubes no había salido a la calle desde el nacimiento de su hijo. El hecho parecía haber transformado la estructura de la ciudad y hasta la primavera parecía, ahora, más cálida y luminosa. Se le hacía que todo el mundo le miraba al cruzarse con él y se daba codazos y comentaba la trascendencia que la aparición de un nuevo Rubes aportaba sobre la ciudad. Cecilio Rubes avanzaba poseído de sí mismo, golpeando la calzada, cada dos pasos, rítmicamente, con la contera del bastón. «Bien —pensó—. No quiero imaginar lo que será mi entrada en el Establecimiento». Sonreía vagamente. Se cruzó con el ultramarinero de la esquina:

—Enhorabuena, señor Rubes.

Cecilio Rubes se tocó con presuntuosa ceremonia el ala de su sombrero e inclinó levemente la cabeza. Bien. La ciudad estaba conmovida. Sin duda, la ciudad había creído que él no era de esos individuos aptos para tener hijos. «Quizá —pensó, arrugando la frente— imaginaban todos ellos que yo era un… un… Bueno. Ahí tienen la respuesta». Dobló la última manzana e infló el pecho al descubrir, sobre las tres alargadas vitrinas, los enormes titulares del rótulo: «Cecilio Rubes · Materiales higiénicos».

A Valentín lo encontró nervioso. Lo notó desde lejos, sin necesidad de llegarse al despacho. Rubes sonrió mentalmente. «Se diría que él no tuvo nunca hijos —pensó—. Es un pobre hombre». Valentín se aproximó a él con grandes movimientos de brazos. Dijo:

—Estuvo aquí el capataz de las obras de la Plaza, señor Rubes. No hace aún diez minutos que marchó.

Rubes se irguió:

—¿Bien? —dijo, veladamente decepcionado.

—¿Bien? ¡Al fin instalarán las bañeras, señor Rubes! Ayer me permití hacer una gestión personal y éste es el resultado.

—¿Las bañeras?

—Las bañeras, señor Rubes. Esto puede ser el principio. Los propietarios empiezan a darse cuenta de que el bañarse es una cosa tan necesaria como el comer. Tal vez no esté lejano el día que en las casas se ponga un cuarto de aseo lo mismo que hoy se pone un comedor. ¡Ah!, y enhorabuena, señor Rubes, ya leí el periódico. Son seis pisos, señor Rubes, y cuatro interiores. Éstos, de momento, no llevarán cuarto de baño. Piden el presupuesto de seis bañeras, seis lavabos, seis bidés y diez inodoros.

Rubes se despojó del abrigo. Le parecía que algo imprimía al mundo una marcha antinatural y sin sentido. Era incorrecto, a su entender, que seis bañeras tuvieran hoy más importancia que el nacimiento de Cecilio Alejandro Nicolás Rubes. Algo andaba desquiciado en la marcha de las cosas. Se sentó a la mesa malhumorado. Méndez, el auxiliar de contabilidad, un muchacho despierto pero terriblemente tímido, masculló la enhorabuena sin mirarlo y se puso colorado. «¡Vaya, estos niños bobos que se ruborizan porque los bebés no vienen de París!», pensó Rubes. Dijo:

—Gracias.

Méndez se parapetó tras el libro borrador fingiéndose abstraído. Pensaba: «¡Diantre, con este tímido temperamento mío nunca podré decirle a Lola lo que siento!». Tenía las manos arrugadas en las articulaciones porque padecía de frieras y a la llegada de la primavera las manos perdían su turgencia y la piel le quedaba grande. Cecilio Rubes pensaba: «Para estas gentes un hijo es un acontecimiento de cada día. En el Club, esta tarde, será otra cosa».

Rubes se preciaba de su Club. Entendía que a las personas acababa de matizarlas el club a que pertenecen. No le gustaban los asiduos al Centro Mercantil. Por su profesión pagaba la cuota pero era un socio puramente nominal. La mayoría eran artesanos, especuladores y horteras. Tampoco el Círculo le apetecía, por su excesiva popularidad: era un centro de

funcionarios modestos. En la ciudad era el Real Club la entidad social de más tono y sus asociados, en su mayor parte, eran gentes de posición, aficionados a la buena mesa, a las mujeres y al juego. Cecilio Rubes no concebía un hombre de mundo a quien no le agradase rodear la cintura de una mujer que no fuese la suya o arriesgar quinientas pesetas a una carta o a un número. Si además bebía en forma, y fumaba gruesos habanos, el tipo de hombre de mundo quedaba perfecto a los ojos de Cecilio Rubes.

Para él, el Club era su segundo hogar. Antes del nacimiento de Cecilio Alejandro Nicolás tal vez fuese el primero. Y Cecilio Rubes se afinaba en exhibirse en él como el prototipo de hombre de mundo que en su imaginación creaba y admiraba. Con todo, no llegó nunca a acostumbrarse a fumar gruesos habanos porque a la segunda chupada le asaltaban unos irreprimibles deseos de devolver y un hombre movido de bascas no podía ser en modo alguno un perfecto hombre de mundo.

El número de socios del Real Club era más bien reducido, por el excesivo coste de la cuota de entrada. La última junta, presidida por Cecilio Rubes, acordó elevar la prima de ingreso a quinientas pesetas para limitar el derecho de admisión. De esta forma, «se protegía la pureza del núcleo fundador y bueno… no se prostituía la tradicional, acrisolada dignidad del grupo», como el propio Cecilio Rubes dijo en el breve preámbulo que precedió a la votación.

El Club contaba con tres amplias dependencias: salón, sala de juego y comedor. Cecilio Rubes procuraba frecuentar las tres a partes iguales y, para ello, no había de esforzarse, puesto que le gustaba charlar casi tanto como comer o arriesgar su dinero. Allí, resguardado de la plebeyez que envolvía a la ciudad como una pesada túnica, se sentía más amigo de sus amigos, más joven, más importante, más hambriento, más sediento, más jugador que en ninguna otra circunstancia de su vida. Por todo esto le gustaba el Real Club.

Cuando entró en él aquella tarde, Cecilio Rubes esperaba un recibimiento apoteósico. Cecilio Rubes se lo había confesado secretamente mientras comía y no pudo disimular una sonrisa de complacencia. No en vano era el presidente y tenía simpatías allí. Quizá le hubieran preparado alguna bromita inofensiva. Conocía de sobra al cojo León Valdés como para esperar cualquier cosa. León Valdés era un rico propietario con cara de pájaro que escupía levemente al hablar. Y León decía a gritos, cuando Cecilio llegó: «Y yo digo: ¡Si hay tasa no se sembrará trigo!. —Rubes se puso en guardia y saludó. Dijo Ramón Prado, temblándole las aletillas de su enorme nariz—: Pero, amigo mío, ahora te permiten elevar la tasa cuatro pesetas, ¿no es eso?».

León Valdés volvió levemente la cabeza: «Hola, Cecilio, —dijo, y añadió vociferando—: ¡Te repito a ti y a todos que lo peor de la tasa no es ser baja; lo peor de la tasa es la tasa misma!». Cecilio pensó: «¿Dónde van a parar?». Su bien alimentada esperanza se deshizo cuando la descuidada cabeza de Fidel Amo, el boticario, se inclinó levemente hacia él y dijo a media voz, como con cierto temor: «Enhorabuena, Cecilito. —Luego agregó—: Lo que León dice lo sabe Ventosa y lo sabe Maura, lo que pasa es que en este país nadie se atreve a manifestar lo que piensa». Chilló Valdés, abriendo mucho el pico: «Ventosa dice: La tasa es injusta e ineficaz. Bien. Pero luego, ¿qué hace Ventosa?. —Dijo Fidel Amo—: Lo que han hecho los demás». La nariz de Ramón Prado se levantó amenazadora: «La realidad es ésta —dijo—: o un problema de carestía o un problema de escasez».

Algo se derrumbaba para Cecilio Rubes. Pasó alguien a su lado y le dio un golpecito en la espalda: «Enhorabuena, chico», dijo. En el rincón había otra tertulia y Cecilio Rubes se dirigió hacia ella. A sus propios ojos, su personalidad iba quedando ridículamente pequeña. Se desplomó en un sillón y el teniente coronel López dijo: «¿Qué hay, Rubes?, —pero sin el menor deseo de saber lo que había; apenas le miró. Dijo Lozano, el magistrado—: Las cosas ahora habrán de sujetarse a una revisión». Dijo el teniente coronel López: «¿Ha quebrantado Rusia su tratado de alianza con la Entente? Ésa es la cuestión». «No estoy de acuerdo —dijo el magistrado—. La cuestión debe plantearse así: ¿debe un Gobierno quedar atado de pies y manos por compromisos de gobiernos anteriores?». Rubes pidió una copa y luego otra. Creyó que le entonarían pero no fue así. Le molestaban, hoy, las lucubraciones políticas de sus amigos; las encontraba grandilocuentes y vacuas. Le dolía la indiferencia de su grupo, el hecho de que su problema familiar quedara tan oscuramente relegado. Oyó la voz agria de Valdés, violando el espacio de la tertulia del teniente coronel López: «La tasa es un gran pecado. —Oyó la voz del teniente coronel López, violando el espacio de la tertulia de León Valdés—: ¡La revolución no precisa de razones!». Se hizo un silencio. Rubes pensó: «Me ha llegado el turno». Y sintió como el inicio de un azoramiento. Cogió la copa para disimular, vio encenderse los ojos del magistrado y se dijo: «Preparado, Rubes. —El magistrado dijo—: ¡Diablo, diablo! ¡Miren qué criatura!». Frente al ventanal cruzaba una muchacha bien curvada en compañía de una mujer vieja. Dijo Valdés, desde el otro grupo, levantando su rostro de pájaro: «La conozco. —El teniente coronel López dijo —: ¿A fondo?». Todos se echaron a reír. Dijo León: «Conozco a la de allá. Entendámonos». A Cecilio Rubes no le hizo gracia; le estorbaban esta tarde

los pies. Los notaba demasiado calientes y no hallaba postura para ellos. Se levantó y salió sin volver la cabeza. Pensó: «Mañana presentaré la dimisión. No debo presidir un grupo donde no se me estima». Sabía que al día siguiente no presentaría la dimisión pero se llenaba preparando, al menor motivo, un gesto teatral de dignidad ofendida que nunca llegaba a adoptar. Estimaba demasiado la presidencia del Real Club; este honor, en la ciudad, constituía un sobresaliente timbre de distinción.

Recorrió la calle contemplando los escaparates. Penetró en una tienda de música y salió muy complacido con un disco de gramófono debajo del brazo. Más allá, Cecilio Rubes entró en una bisutería y, al pagar, en la caja, sonreía cordialmente. Advertía que mediante estos escarceos iba cambiándole el humor. Al llegar al pisito de Paulina no era ya un hombre deprimido. Pulsó el timbre tres veces y abrazó a la muchacha en el pasillo, casi sin darle tiempo a respirar. Le agradaba refrotar su mejilla contra el cabello rojo y alborotado de Paulina.

—Bien, pequeña. Mira lo que te traigo.

La muchacha desenvolvió el disco. Lanzaba sofocadas exclamaciones de alegría. Dijo:

—*Con una falda de percal planchá*. ¡Oh, amor mío! ¿Por qué sabes tú que es ésta mi música preferida?

Se lanzó a su cuello, le besó y luego le dio dos tironcitos amistosos de las guías de los bigotes.

—Aún hay más —dijo Rubes.

Ella le registró minuciosamente. Encontró un pequeño envoltorio y lo descubrió.

—Bien, unas perlas para las orejas —dijo Cecilio.

—¡Ah!

La muchacha palmoteaba y le besaba con intermitencias. Pensaba Cecilio: «Esta chiquilla y mi hijo son la única verdad de mi vida. Mañana presentaré la dimisión». Sobre el sofá había un espejo y Paulina superpuso una perla al lobulillo de su oreja estudiando el efecto. Se volvió a él y se le colgó del cuello:

—¡Ah, cariño, qué feliz me haces!

Rubes la besó en la mejilla. Le gustaba el ceñido trajecito de punto que llevaba Paulina ajustándole la forma del cuerpo.

Puso una mano en su cintura y se turbó.

Pensó: «Hacía mucho tiempo, mucho tiempo…». Ella dijo:

—¿Cómo se te ocurrió?

—Una vecinita las usa y da un efecto bonito a las orejas.

Intentó rodearle la cintura, pero ella esquivó el abrazo, dio cuerda al gramófono y colocó en el platillo el disco nuevo.

—Vamos a bailar, cariño.

Notó Cecilio que no hallaba en su pareja el ritmo adecuado. El cuerpo de Cecilio Rubes tenía unos desplazamientos pesados y torpes, en contraste con la ligereza de ella. «He de hacer gimnasia», pensó. Tarareó Paulina mirándole a los ojos y echando la cabeza hacia atrás:

—Con-u-na-fal-da-de-per-cal-plan-chá…

Él dijo:

—¿No leíste el periódico, Lina?

Denegó la muchacha con la cabeza. Paulina aprovechaba cualquier coyuntura favorable para imprimir a sus cabellos una expresión vivaz. Sabía que esto a Cecilio le trastornaba. Bailaban junto al ventanal y al fondo se descubría el cauce frondoso del río y unos tesos distantes y grises. Añadió Cecilio:

—Ayer, por la mañana, nació mi hijo.

Ella recostó la cabeza en su pecho:

—¿Es niño? —preguntó con un leve temblor.

—Bien. Un Cecilio Alejandro Nicolás. Eso es —dijo él eufórico.

Paulina se encogía sobre sí misma. Se preguntó Cecilio: «¿Está llorando?». Dijo:

—¿Tienes miedo?

Ella asintió:

—Lo tengo y no sé de qué.

La estrechó él y perdieron el ritmo. Los ojos de Paulina estaban ligeramente empañados. Sin volverse, detuvo el gramófono.

—¡Vaya! —dijo, de pronto—. Estoy pensando, cariño, que sin periódico en casa mal me puedo enterar de las cosas.

Cecilio la tomó de los hombros. En esos momentos Cecilio Rubes daba la impresión de un padre serio e indulgente disculpando las diabluras de su hija. Animaba el rostro y la figura de Paulina un espontáneo matiz de picardía que le prestaba un aire exageradamente juvenil. Se sentaron uno junto al otro en el sofá.

—Bueno —dijo Rubes—. Una cosa. Bien… No es fácil empezar, pero quiero advertirte una cosa, Lina. Bien… El hecho de que tenga un hijo… Bueno, desde ayer tengo un hijo y mi hijo es mi hijo y tú eres tú… Es decir…

Paulina le observaba expectante y su mirada le cohibía. Era ostensible que Paulina esperaba de él una manifestación terminante. Añadió penosamente Cecilio Rubes:

—Es decir… Bien. Quiero decir que mi hijo no ha de ser una sombra para ti, ni… en fin, ni tú debes ser una sombra para mi hijo. Bueno. Cada uno tenéis un sitio… un sitio… aquí, en mi corazón. El hecho de tener un hijo no impide que yo te quiera y te visite y… Bien, quiero decir que mi hijo es mi hijo y tú eres tú…

Cecilio Rubes sudaba. No era partidario de sentimentalismos con Paulina. Cecilio Rubes sospechaba que Paulina, sin el trajecito ajustado y sin las tentadoras proporciones que ocultaba debajo, no tendría un sitio en su corazón. Paulina para él era una distracción. Si le hacían gracia sus cosas y su manera de ser era por el trajecito de punto y las proporciones que había debajo. Una Paulina vieja o gorda no le interesaría, por mucho ingenio que derrochase. Por eso sudaba y le costaba envolver la prosaica realidad en un tenue y almibarado halo poético. Dijo Paulina:

—¿Cómo es tu hijo, Cecilio? ¡Yo quiero conocer a tu hijo! —Paulina adoptaba posturas indolentes, ingenuamente provocativas. Se tumbó en el diván y recostó la roja cabeza en las piernas de Cecilio Rubes.

—Mi hijo… mi hijo.

La tierna imagen de Cecilio Alejandro Nicolás se evaporaba de la cabeza de Rubes. No veía más allá de Paulina, de su trajecito ceñido y de las presuntas formas maravillosas que ocultaba.

—Bien —dijo, tomándola bajo los brazos y levantando su rostro hacia él —. Eso ahora no importa, Lina. Ahora sólo importas tú… Dime, dime, pequeña, ¿cuánto me quieres? ¿Es cierto que me quieres tú a mí mucho, pequeña?

A Cecilio Rubes no le divertía el cinematógrafo. Tampoco a su mujer le divertía el cinematógrafo. De todos modos, en la ciudad, los cinematógrafos en 1918 eran dos y las películas combinaban la fotografía y los carteles de forma convencional. Cecilio Rubes prefería que todo se lo dieran hecho. Para leer prefería su casa y su sillón favorito. Las butacas de los cines eran incómodas y le parecían sucias. La ópera le cansaba, pero asistía a ella en traje de etiqueta, y hasta encontraba un placer en descender de la berlina bien charolada y ayudar a hacerlo a su mujer, pomposamente envuelta en su salida de noche, y, luego, volver a tomar la berlina cuando el espectáculo concluía.

Lo que mediaba entre la llegada y la salida se le hacía a Cecilio Rubes tonto, denso y fatigoso, aunque a sus treinta y siete años aún no se lo hubiese confesado a nadie.

Por todo esto prefería la luz y la sencillez y el color de las zarzuelas. No tenía mal oído y aprovechaba cualquier oportunidad para renovar su repertorio, ineludible mientras se afeitaba o al salir del baño. Le gustaba también ver la garganta y los tobillos de las tiples y echar una ojeada a la cintura de las señoritas de los coros. Una mujer bonita y con bonita voz suponía para Cecilio Rubes el compendio de todas las virtudes.

A veces, Cecilio Rubes hacía alguna escapadita a Madrid. Adela desconocía las necesidades del negocio y no se extrañaba de estos viajes. Cecilio Rubes, en Madrid, se desenvolvía como el pez en el agua. Allí las zarzuelas le gustaban menos y prefería entretener sus ocios con alguna revistita picante. Y como el hábito de casado se había ahincado en él de manera definitiva, y la habitación del hotel se le hacía fría e inhóspita, no era raro ver a Cecilio Rubes a la puerta reservada de los teatros, esperando la salida bulliciosa de las chicas del conjunto. A menudo, Adela le pedía que la llevase a Madrid con él, pero Cecilio Rubes se evadía. Sobre este punto había asimilado la teoría de su amigo de club Fidel Amo, el boticario. Decía Amo: «Ir a Madrid con la mujer es como ir a La Bombilla y llevar la merienda».

Con todo, y artísticamente hablando, ningún espectáculo reunía para Cecilio Rubes tanto atractivo como la Chelito buscándose la pulga. Aquel número ejercía sobre él tal poder de sugestión que Cecilio Rubes desistía de contemplarlo si no podía ser en una localidad de primera fila. Cecilio Rubes entendía que el arte era insinuación y la Chelito era artista porque se insinuaba. El argumento no admitía vuelta de hoja.

El 30 de mayo de 1918, Cecilio Rubes contemplaba a Cecilio Rubes instalado en su confortable cunita. Aquella figurita rechoncha y sonrosada ejercía una atracción sobre él superior a la de la Chelito. Y de otra índole además, aunque él, exactamente, no acertara a definirla. Cecilio Rubes, en presencia de su hijo, se enternecía y se sentía inclinado a un cambio de conducta. Pensó: «Bien. Todo eso se terminó. Nada de viajes a Madrid, ni de Chelitos, ni de vicetiples. Bueno, no es que eso tenga nada de particular, pero todo eso se terminó. Uno tiene una responsabilidad sobre sí y un hijo que atender y todo aquello pasó. Uno ya tiene edad de sentar la cabeza».

Notó sobre su hombro la leve presión de la mano de su mujer y se sobrecogió como si acabara de sorprenderlo en un mal paso. Dijo Adela:

—¿Qué es lo que piensas, querido?

—Bien —dijo él—. Pensaba que a este niño le toca ya. En realidad, pasan cinco minutos de su hora.

—¡Oh! Tienes razón, querido.

Cecilio Rubes anduvo indeciso respecto a la crianza de su hijo. Le constaba que era impropio de una mujer de posición dar el pecho a su propio hijo. Le constaba a Cecilio Rubes que el pecho de su mujer no precisaba de mayor desarrollo. Le constaba, no menos, que los pechos femeninos perdían de utilidad para el marido justamente lo que ganaban de utilidad para el hijo. (Había en todo esto una relación inversamente proporcional). Por eso consultó a Valentín, el contable:

—Señor Rubes, usted sabe como yo que amamantar a los hijos no está bien visto en ciertas esferas sociales. Eso no es nuevo ni para usted ni para mí. Pero si me permite que le dé un consejo le diré que para un niño no hay leche como la de la madre y que al lado de un hijo todas las demás cosas son secundarias. Mi mujer ha criado a todos sus hijos y yo me aguanté por ellos. No estaría bien, ni es cristiano, que ellos se fueran a aguantar por mí.

Cecilio Rubes pensó: «Bien. Aún me queda Paulina».

Pero Adela puso el grito en el cielo al enterarse de la decisión de Cecilio; se deformaría, y él huiría de ella, y buscaría otras mujeres. Además, le producía escalofríos la idea de que un ser vivo se agarrara de ella y subsistiera a su costa, como un parásito. Mas, cuando vio al pequeño Cecilio relajarse de satisfacción y encontrar en su pecho el equilibrio vital, experimentó un loco deseo de llorar y de estrujarle.

A Cecilio Rubes le agradaba constatar el noble deseo de vivir en la boquita sonrosada de su hijito. En la ávida e implacable succión ya se hubiera conocido que era un Rubes. Se mostraba glotón, exigente y sensual. A su madre, la viuda de Rubes, no le asistía ninguna razón cuando decía que Adela no tenía todo el alimento que la criatura precisaba. Al concluir sus comidas, Cecilio se quedaba tranquilo y congestionado y le impacientaba que su madre le pusiera una mano sobre el estómago y otra sobre la espalda en espera de los tres eructos. Era la condición previa para descabezar una siestecita. Y Cecilín Rubes berreaba porque le vencían unos imperiosos deseos de dormir. A veces, el tercer eructo del niño se demoraba y la casa entera entraba en conmoción con el llanto del pequeño. Mas los tres eructos eran algo sagrado y parecía posible que de la inobservancia o de la observancia incompleta de esta condición derivasen los más graves daños para todos. Sí, Cecilín mamaba lo suficiente aunque su madre dijera otra cosa. La viuda de Rubes, como casi todas las mujeres, propendía a considerar que ella, en su momento oportuno,

cumplió su misión de madre y de mujer más concienzudamente que ninguna. A las ocho de la noche bañaban a Cecilín. Cecilio Rubes volvía ahora a casa directamente sin pasar por el Club. No existía para él distracción comparable a la de ver al pequeño Rubes chapuzando en el agua. Un Rubes en una bañera —aun diminuta— encerraba para Cecilio un inefable sabor simbólico. Constituían —niño y bañera— una entidad indivisible, la suprema razón de su vida: su origen y su consecuencia.

En ocasiones, la viuda de Rubes se esperaba para verle bañar. Decía:

—Insisto en que esta criatura no está suficientemente alimentada. Mira qué plieguecitos le hace la piel bajo los brazos.

Rubes decía:

—¡Oh, mamá!

Adela se inclinaba sobre el pequeño para ocultar su irritación.

Decía la viuda de Rubes:

—Tú fuiste más hermoso, Cecilio. Mi hermano decía: «Éste es un niño de exposición». Tenías unos bucles dorados que te chorreaban sobre los hombros. La piel muy tersa y blanca. Tu padre decía: «Ramona, no me gusta que besuqueen al niño en la calle, —y te pusimos un letrerito que decía—: No me beséis». ¡Eras una criatura encantadora, Cecilio! Este niño no sale a ti. Tiene la piel oscura como un mestizo y… no come lo suficiente.

Adela le decía a su marido, cuando se encontraban a solas:

—Oh, Cecilio, tu madre quiere decir que yo he echado a perder a tu hijo. Tu madre quiere humillarme y no sabe cómo. ¿Sabes que empiezo a aborrecer a tu madre?

Adela lloraba y Cecilio se esforzaba en consolarla. Cecilio Rubes temblaba, ahora, cada vez que veía disgustada a Adela. Valentín le decía que una mujer criando debía ser objeto de los mayores cuidados. Mas Cecilio no tenía voluntad para oponerse a su madre. Ante ella se sentía sujeto a una inexorable dependencia.

Gloria, en cambio, decía también de Cecilín Rubes que era un niño de exposición. Una tarde, en el colmo del entusiasmo, Gloria dijo que le gustaba el chiquitín más que el del anuncio de Laxen Busto.

Adela reía gozosa al transmitírselo a Cecilio. Cecilio encontraba un encanto insospechado en estas confidencias vespertinas, cuando volvía fatigado del Establecimiento. Ellas le daban fe del progreso de su hijo. Veía menos a Paulina ahora y ella se lo reprochaba. Él no acertaba a explicarse esta influencia de un hijo en el instinto sexual.

Antes de que Cecilín Rubes cumpliera el mes, Gloria dio a luz un niño. Fue un parto laborioso el suyo, pues el doctor Rouge ya había advertido que la muchacha era estrecha de pelvis. Gloria estuvo de parto treinta y seis horas. Adela, a su lado, la veía fruncir el ceño y morderse los labios. No emitió un quejido, sin embargo. «Es muy valiente o no le duele como a mí. ¡Oh, es imposible que le duela como a mí!», pensaba Adela. Nada más nacer la criatura, Adela abrazó a Gloria y dijo:

—¡Ah, querida! Me alegro de que todo haya sido fácil. ¡Tú no sabes lo que es sufrir!

Cecilio pasó a dar la enhorabuena a su vecino. Luis estaba sereno y le ofreció una copa de jerez.

—Bien —dijo Cecilio—. Ya estamos iguales. —Le dio una palmadita entusiasta en el muslo.

Luis tenía un gesto de extremada gravedad en el rostro. Cecilio dijo:

—Un hijo es lo más importante del mundo. Cierto que trae consigo graves responsabilidades, pero tiene otras muchas compensaciones. Bueno. Cecilín ya agarra, ¿sabe usted?

—¿Agarra ya su chico?

Cecilio Rubes sonrió inefablemente:

—Agarra como un condenado. Le pone usted dos dedos entre las manitas y él se levanta de la cuna como si nada. ¡Es un chiquillo muy espabilado, es cierto! Ahora, una cosa le aconsejo aunque su mujer no opine así… si el pequeño llora por la noche muévale usted. Bueno. Un movimiento ligero, un pequeño vaivén. Gloria le dirá que le maleduca usted. Bien. Yo digo lo contrario: lo importante es que los chiquillos no aprendan a llorar. Si los chiquillos cogen gusto al llanto, se ha perdido usted. Total, eso no cuesta nada y el pequeño lo agradece.

—¿Otra copa?

—Ah, bien. Así. ¡No me la llene! No me conviene esto, ¿sabe? Me pega al hígado.

Cecilio Rubes se hallaba a gusto esta tarde. Encontraba un maravilloso placer en dar consejos paternales. Se juzgaba a sí mismo un padre modelo, ducho y experimentado. Ciertamente, el nacimiento de Cecilio Alejandro ocasionó en él una apreciable metamorfosis. Su hijo le brindaba la posibilidad de estirar su egoísmo, de prolongarlo a una nueva generación. De rechazo, sus relaciones maritales tomaron otro cariz; no se reducían ahora a la desordenada satisfacción de un instinto sexual sino que Adela cobraba a sus ojos una más excelsa dignidad como obligado sustento de su hijo y como copartícipe en su

propiedad. Entre su mujer y él brotaba de una manera espontánea un motivo atrayente de conversación, un raro punto de entendimiento y afinidad. Veía con gusto la inquietud que movía a Adela hacia su hijito, su tierno afán por remediar sus pequeños sinsabores. Un día le dijo su mujer:

—Querido, he encontrado un libro maravilloso. Es del doctor Hoffman. Alemán, ¿sabes? ¡Ah, qué contenta estoy, Cecil! Tú ves… Trae todo lo que pueda interesarnos. ¡Oh, querido, querido!… Mira: «Comodidad del vestido». «Posición que debe adoptarse cuando el niño ha de mamar fuera de la cama». «Modo de dar un pecho o ambos pechos». «Signos de que un niño recibe suficiente, poca o demasiada leche». Bien. Lo he comprobado, Cecilio, ¿sabes? Tu madre no tiene razón. Cecilín mama demasiado. ¿Tú ves? ¡Hay más! Aquí está todo lo que puede importarnos. Dice, mira, por ejemplo: «Los niños pueden llorar por el deseo de estar con su madre, porque tengan hambre o estén sobrealimentados, porque permanezcan en la humedad demasiado tiempo, porque tienen frío, porque tienen calor, porque sus vestiditos estén prietos, porque les molestan los insectos, porque están estreñidos, porque tienen dolores, porque tienen ventosidades o porque están enfermos». ¿Has oído, Cecil?

—Bien —dijo Cecilio Rubes—. Verdaderamente el doctor Hoffman no ha descubierto el Mediterráneo. No creo que haya otro motivo de queja ni para un adulto, siquiera.

Mas a Cecilio Rubes, en el fondo, le agradaba este interés y este desproporcionado entusiasmo de su mujer.

Le agradaba también, en esta nueva fase de su vida, asistir con Adela a la misa de una los domingos y pasar después por el parque, a recoger al ama y a Cecilín junto al quiosco donde la banda del Regimiento de Caballería interpretaba su gratuito concierto matinal. Y le agradaba ver de lejos al ama de su hijo —arrastrando un coche de altas ruedas, de níqueles brillantes— con su vestido a cuadros, su cofia almidonada y su gaseoso y gigantesco lazo atrás. Y le agradaba, no menos, cuando Luisito y Cecilín fueron creciendo, oír los sabrosos comentarios de su mujer, los días que ella y Gloria visitaban juntas al médico, para constatar el desarrollo de sus hijos.

Adela decía:

—Y entonces Fraile dijo, y se refería a Cecilín: «Este chico va muy bien. Está espléndido. —Y, luego, dijo—: El pequeño Sendín tendrá que apretar si no quiere que Rubes le deje en la cuneta». Oye, Cecil, y Gloria me dijo al salir: «Mujer, ¿qué haces para que tu chico engorde así? Estoy disgustada». Figúrate, Cecilín le lleva más de un kilo.

Cecilio Rubes se esponjaba como un pavo real. Exultaba. A Adela, estos triunfos de su pequeño la estimulaban a pensar en su padre y en La Habana. Después de cuatro años reanudó la correspondencia con sus hermanos, no por atracción afectiva, sino por la necesidad de dar salida a sus nuevas y asfixiantes emociones. Su vida encontraba un sentido y experimentaba un profundo deleite acomodando su ritmo a sus exigencias. Veía también a Cecilio más próximo, más hecho a su hogar, más compenetrado. No resistía la impaciencia cuando Cecilio se retrasaba y ella le esperaba con una noticia importante. Le veía sujeto a sus labios, pendiente, ávido, y ello la complacía. Un día, iniciado ya el otoño, Adela le dijo:

—Cecilín llora desde hace días después de mamar, Cecil…

Se le formaba una bola dolorosa en la garganta que casi le impedía hablar. Cuando se arrancó a llorar, las palabras surgían de su boca como lanzadas por una explosión, como si hubieran estado comprimidas demasiado tiempo.

Cecilio Rubes sintió temblar el mundo en torno, y sintió temblar sus manos también, dentro de los holgados y blanquísimos puños de la camisa.

—Sí. Cecil… He hecho la prueba del doctor Hoffman; he hecho todas las pruebas. No tengo leche, ¿sabes? ¿Comprendes lo que eso significa? Cecilín apenas tiene medio añito y su madre se ha quedado sin leche… ¿Puedes imaginar, querido, una calamidad semejante?

Cecilio Rubes se esforzó en consolarla. Columbraba las enormes dimensiones de la desgracia, pero esperaba, no sabía a ciencia cierta de dónde, un oportuno remedio. Le prestó a Adela su pañuelo inmaculado para que se sonase. Ello revelaba en Cecilio Rubes una magnífica y entrañable disposición de ánimo. Dijo, luego:

—Vaya, no extrememos las cosas, querida. Hay remedios para eso. Bueno. Todo en la vida tiene remedio. ¿Has probado las Pilules Orientales? Bien, no es que yo tenga una fe ciega en esas cosas, pero hay píldoras muy renombradas y que, por lo visto, hacen efecto. Además, has de reposar y comer bien y fortalecerte y… Bien. No creo que esté aún todo perdido.

Durante tres semanas, Adela ingirió toda clase de píldoras, reposó las comidas, durmió doce horas, no se agitó, sudó, bebió cerveza, procuró no afligirse, engordó, pero el pequeño Cecilio Alejandro Nicolás seguía insatisfecho. Fue entonces cuando Cecilio Rubes se decidió a consultar a su madre.

Dijo la viuda de Rubes:

—No me dirás tú que esto es una sorpresa, Cecilio. Siempre te lo advertí. No es fuerte, Adela. Es una de esas mujeres que todo lo echan en fachada; es

una pobre monja boba tu mujer.

Cecilio replicaba débilmente, dócilmente. Añadió su madre:

—¿Habéis probado las Pilules Orientales?

Rubes estaba decepcionado:

—Bien —dijo—. No queda un solo remedio en las boticas que no hayamos probado.

Su madre se excitó toda. A la viuda de Rubes le lastimaba que su nietecito se resintiera por la incapacidad de una mujer en la que ni loca creyó, ni como esposa ni como madre.

—¿Podríamos esperar otra cosa de ella? Dime, Cecilio —dijo—. ¿Por qué te empeñaste en hacer tu esposa a una mujer que no es de tu casta? ¡Dios me libre de ser orgullosa! Bien me sé que yo no tengo títulos, ni pergaminos, ni cosa alguna de que jactarme, pero tú sabes, Cecilio, que un antepasado tuyo peleó en las Navas de Tolosa y ganó una distinción real; y la bisabuela de mi abuelo paterno fue camarera mayor de la reina Isabel; y mi propio bisabuelo fue condecorado por Carlos III cuando el motín de Esquilache. Bueno, todo eso pesa en la sangre, hijo, y…

La impaciencia le subía a la cabeza a Cecilio Rubes, le enturbiaba la razón:

—Bueno —dijo—. Nada de todo eso da leche, que yo sepa, mamá. Ni mis antepasados ilustres, con todos sus merecimientos, han podido evitar que su descendiente Cecilio Rubes venda retretes.

—¡Cecilio!

—¡Mamá!

—Hijo, el pasado es el pasado y no tenemos derecho a hacer tabla rasa de él.

Por primera vez, Cecilio Rubes echaba los pies por alto ante su madre. Hubo entre ellos un oscuro y prolongado tiroteo de reticencias. Al fin, la viuda de Rubes puntualizó e hizo ver la conveniencia de tomar una nodriza.

Fraile, el médico puericultor, dijo: «Una nodriza. La lactancia artificial es peligrosa en la dentición».

Adela leyó, al día siguiente, con voz temblorosa, la lista de ofrecimientos que publicaba el periódico. (Era horrible, para ella, entregar a su hijito así, de repente, a unos pechos mercenarios).

«Soltera de veinte años, leche de quince días, desea para casa de los padres, dentro o fuera de la capital». «Casada, de veintiséis años, leche de un mes, desea para su casa». «Soltera, de veinticuatro años, leche de ocho días, desea para casa de los padres…».

Dijo Rubes:

—¡Bien, bien! ¿Por qué todas han de tener la leche atrasada, querida? ¿No podremos encontrar una que marche al día?

La vitalidad de Adela se hallaba como velada, un tanto oscurecida y marchita. Su voz tenía unos trémolos opacos de autodominio y resignación. Dijo:

—Mercedes dice, querido, que aquí no hay buenas nodrizas. Las buenas nodrizas son de Galicia. Ella conoce una agencia que facilita nodrizas con todas las garantías.

Por la tarde fueron juntos a la Agencia. La Agencia estaba instalada en un edificio destartalado, con las paredes húmedas y un enorme y sombrío patio interior. En él paseaban las muchachas, tristes y deprimidas, o armaban tertulias en los rincones. «Bien —pensó Rubes—. Estas mujeres no tienen fuerza ni para sostenerse solas».

El hombrecillo nervioso y vehemente que les atendía dijo:

—Esto es lo que queda. No es mucho, es cierto. Yo les recomiendo que aguarden a mañana. Espero un nuevo envío del Norte.

Al día siguiente, con el nuevo envío, llegó Jacoba. Era una mujer opulenta y maciza, de bondadosa sonrisa y pocas palabras. Hizo una breve demostración en el patio, apuntando a la cara de una de sus compañeras y dibujando en el suelo, con el chorrito de leche, unos jeroglíficos indescifrables. Ella dijo: «Dice: ¡Viva Santiago Apóstol!. —El hombrecillo nervioso dijo—: ¿Qué les parece?». Añadió Adela: «¿Le hacen treinta duros y mantenida?». Jacoba se levantó y se puso a su lado sonriente, sin decir palabra.

Cecilín agradeció la abundancia de la nueva fuente. Ante aquel pecho inmenso, inagotable, se quedaba dormido, ahíto, sin fuerzas siquiera para eructar.

El día 3 de noviembre de 1918 la balanza pesabebés acusó el refuerzo a que Cecilín Rubes venía siendo sometido. El día 4, Cecilio Alejandro echó su primer diente y el día 6 mordió, por primera vez, el pezón derecho del ama Jacoba. Cecilio Rubes consideró que los acontecimientos eran bastantes y lo suficientemente abultados como para justificar una visita a su madre. Las proezas de Cecilio Alejandro Nicolás ya se conocían en el establecimiento «Cecilio Rubes · Materiales Higiénicos», en el Real Club y en todas las reuniones de cierta monta de la ciudad. Cecilio Rubes chorreaba satisfacción:

—Bien —dijo a su madre—, sabrás que el pequeño Cecilio ha engordado otro kilo, tiene un diente y, cuando se enfada, muerde el pecho de su nodriza

hasta hacerla chillar. Bueno. El nuevo Rubes viene pegando. Eso es todo.

Dijo la viuda de Rubes:

—¿No dice aún «papá»?

—No; aún no dice «papá», mamá.

—Tú, a los seis meses, decías «papá», Cecilio. ¿No crees que ese niño anda un poco atrasado?

Advertía Cecilio Rubes en su madre una habilidad extraordinaria para recortarle las alas. De repente, se quedó como sin voz. Los pinitos de Cecilín Alejandro Nicolás, que de ordinario asombraban a su auditorio, producían en su madre una reacción opuesta. ¿Atrasado Cecilio Alejandro? A Cecilio Rubes le asaltaban deseos de reír. «Bien —pensó—. Aún no ha participado en la batalla de las Navas de Tolosa, ni ha sido condecorado por Carlos III, si es eso lo que mi madre quiere decir». Dijo:

—¡Por Dios, mamá! Si es el niño más avispado que he conocido…

Súbitamente Cecilio Rubes intuyó que detrás de Cecilín y de las palabras de su madre se escondía algo esta tarde; algo que en cierto modo era fundamental o atentaba contra los soportes que él, en la vida, estimaba fundamentales. Dijo la viuda de Rubes:

—A propósito de tu hijo, Cecilio. Digo yo si por su buen nombre y por el bien parecer estarás dispuesto a algo que, a fin de cuentas, también a ti ha de favorecerte, aunque de momento te suponga un sacrificio.

Advirtió Cecilio Rubes una especie de desfondamiento.

—¿A qué te refieres, mamá? —dijo como con la boca llena.

—Creo que va siendo hora, hijo, de que dejes a esa pelandusca y aclares un poco tu situación.

Le subió, como una racha de fuego, la sangre a las orejas.

—¿Sabes tú…? —dijo.

—¿Quién lo ignora en la ciudad? Fuera de la monja boba de tu mujer, ¿hay alguien que desconozca que Cecilio Rubes tiene un capricho… pelirrojo y le ha puesto un piso en la calle Nueva, junto al río?

—¡Ah, mamá!

—Vaya, no te alborotes. Lo supe desde el primer día y entonces no te dije nada porque sé lo que sois los hombres e imagino lo que, en ciertos momentos, dará de sí la simple de tu mujer. Pero ahora, con un hijo, todo es distinto, y si quieres que ese hijo tuyo pueda llevar tu nombre con la cabeza bien alta, debes renunciar a ciertas cosas, Cecilio. Debes elegir entre tu hijo y esa pelandusca.

Cecilio inclinó la cabeza. Se sentía cogido, como cuando niño era sorprendido en alguna trastada prohibida. Le zumbaba la sangre en las sienes y le impedía reflexionar.

—Bien, mamá —dijo, al fin—. ¿Crees tú que es necesario plantear el problema en unos términos tan concluyentes?

La viuda de Rubes ladeó su enorme cabeza blanca. (Hacía el efecto de que el gollipín resultaba insuficiente para sostener su peso).

—Ella o tu hijo —insistió.

Cecilio Rubes vacilaba:

—Paulina, además, no es eso que tú dices, mamá. Paulina es una buena chica.

—Todas ésas lo parecen; lo admito. Pero ¿sabes tú si no te la está pegando con el primer sinvergüenza que se le arrima?

—¡Mamá!

—Siempre fuiste un niño, Cecilio. ¿Has pensado alguna vez si esa muchacha te hubiera complacido de ser tú un pobre diablo con dos cuartos en el bolsillo?

—¡Quién lo duda! —voceó Rubes, herido.

Su madre sonreía piadosamente:

—No has cambiado, Cecilio. Creo que pecaste siempre de un exceso de confianza en ti mismo.

—Bien… Bueno… Creo que las mujeres no penetráis en ciertas cosas. Dejarlo… Dejar a esa «pelandusca»… Bien, mamá. Eso no es tan sencillo. No es de ninguna manera sencillo. Bueno. A una mujer la quitas… Bien. Convives cuatro años con ella y luego le dices: «Desde mañana no te necesito. Puedes ir desalojando la habitación». Bueno; primero, esto no me parece correcto; segundo, ¿quién te garantiza que esa mujer, despechada, no te organiza un escándalo? Ésa es la cuestión…

La viuda de Rubes le atajaba, conocía demasiado sus puntos vulnerables. Dijo:

—¡Caramba, Cecilio! Nunca pensé que esa muchacha fuese para ti algo más que un capricho pasajero. Un escándalo, un escándalo… ¿Hasta ahí llega tu falta de ascendiente sobre ella?

Cecilio Rubes se levantó. Apenas recordaba ahora que su visita estaba relacionada con el primer diente de su hijo y el primer mordisco al ama Jacoba. Los hechos tomaban con frecuencia curso distinto del previsto. La vida era así un perpetuo despropósito. Evocó a Paulina con el ceñido traje de punto, recostando la roja cabecita sobre sus piernas. La evocación resultaba

mórbida y excitante. Luego le asaltó la imagen de la muchacha en deshabillé contoneándose, canturreando: «Con-u-nafal-da-de-per-cal-plan-chá». Suspiró. Volvió a suspirar.

—Mamá —dijo—, se me hace tarde. —La besó—. Te prometo… Bien, te aseguro que reflexionaré sobre ello. Estas cosas no se pueden digerir así, de un golpe. Reflexionaré sobre ello. Te lo prometo, mamá.

Cuando salió a la calle, Cecilio Rubes casi corría; sentía la rara y difusa sensación de que alguien, no sabía quién ni por qué, le acechaba desde los ojos oscuros y profundos de los portales, y él, precavidamente, avanzaba con el bastón levantado por encima de la cabeza, en disposición de golpear.

V

Unas cosas llevaban a otras a Adela. La verdad es que nunca se sintió en la vida tan sólidamente instalada como ahora sobre las rodillas de su marido.

—Dime, Cecil —dijo—. Y esas mujeres que tanto dan que hablar… esas mujeres de vida alegre, ¿se pintan los ojos?

—No es obligación, querida.

—Pero ¿se los pintan?

—Algunas.

—¿Visten de colorines, Cecilio?

Cecilio la miró a los ojos:

—Dime, Adela, ¿qué mosca te ha picado? ¿Por qué te interesas hoy por todas estas cosas?

Adela se ruborizó. Comprendía que pisaba un terreno impropio para una mujer recatada, pero su curiosidad la vencía:

—Creo —dijo— que ahora que tengo un hijo debo saberlo todo. Para educar a un hijo hay que conocer todas esas cosas. Contesta, querido: ¿visten de colorines esas mujeres?

—¡Por Dios, qué preguntas! ¡Qué preguntas tienes, cariño! ¡Habrá de todo! Conocí yo a una de… Bueno. Una vez me dijo un amigo que conocía a una de esas mujeres que vestía siempre de negro y se ponía gasa por la cara como una viuda. ¿Qué te parece?

—¿Y salen de noche… solas?

—¡Ah, sí, claro! Esas mujeres no tienen prejuicios de ninguna clase.

—¿Es verdad, Cecilio, que viven en cuevas como los mendigos?

—Viven en casas, naturalmente —saltó Rubes.

—¿En los barrios bajos?

—En todos los barrios.

—Cecilio, por favor, no te enfades con esto que voy a decirte. ¿Te importaría… te importaría llevarme un día a un barrio de ésos… y…?

—¿Has perdido la cabeza? ¿Y tu reputación?

—Una mujer puede ir con su marido donde le plazca. Podríamos ir en la berlina, para que nadie se enterara. ¿Oyes?

—Está bien —dijo Cecilio Rubes—. Ahí no hemos de ir. No te molestes.

Cecilio Rubes empujó suavemente a su mujer y se incorporó. Le sacaba de quicio esta conversación. Pese a su cambio de carácter reconocía que las

posibilidades de conversación con una mujer como la suya eran muy limitadas. Encogió los hombros con enojo.

—Se ha terminado —dijo—. No tenemos más que hablar sobre el asunto. ¡Ah! Además, hay otra cosa. Bien. A lo de los Sendín me refiero. No vayas a pensar que un hombre tan ocupado como yo… Bueno. En una palabra, me molesta atar mi vida a la de nadie. Entiéndelo. Bien está reunirse cada mes o cada dos meses… de vez en cuando. Pero me irrita eso… Bien. No estoy dispuesto a todo eso de las reuniones semanales a tomar el té y a tocar el piano. Eso está bien para cuatro viejas cursis y aburridas y… y… Bueno. ¡No estoy dispuesto! Tú sabes como yo que en el Club no mirarían bien mi intimidad con un hombre como Luis Sendín, que ha desertado de nuestro grupo haciéndose del Círculo.

Adela no dijo nada. Durante seis años Adela aprendió mucho sobre los hombres. Sabía distribuir sus pausas y sus silencios y sabía igualmente cuándo convenía levantar la voz. De momento se daba cuenta de que una intervención suya sería torpe e ineficaz, más bien contraproducente.

Mas a Adela le constaba que la tarde anterior Cecilio no se había aburrido. Y era esto lo que a él le atormentaba: no haberse aburrido. Cecilio iba encontrando en la vida del hogar, en su mujer, en su hijo, en las blancas reuniones con sus vecinos, un atractivo jamás soñado y se enfurecía contra sí mismo por lo que estimaba una flaqueza y casi, casi, una deserción. Un hombre de su categoría social era inconcebible pegado a las faldas de su mujer, hogareño, autocontrolado, ridículamente austero y paternal. Pero Adela lo vio sonreír plácidamente cuando Gloria interpretaba al piano un nocturno de Chopin y, después, al concluir *La canción del olvido*, iniciar un aplauso entusiasmado que bruscamente interrumpió para volver a parapetarse tras su habitual máscara de mesura y dignidad.

Bien. Cecilio Rubes no quería reconocer estas cosas. La vida de un hombre de posición estaba en el Club, en los amigos, en las copas, en las cartas y en las amiguitas rubias y ocasionales. El teniente coronel López, León Valdés, Fidel Amo, el boticario se reirían de él si pudiesen verle haciendo fiestas a Cecilio o conversar amigablemente con Luis Sendín, mientras sus respectivas esposas, en un aparte, hablaban de bebés, de muebles o de labores. Con todo, Cecilio Rubes se encontraba a gusto conversando con Luis Sendín y hasta se le antojaba que prestaba más atención a sus observaciones que los superficiales amigos del Real Club.

Luis Sendín le decía la tarde anterior: «Es usted injusto. La ciudad progresa. —Él dijo—: ¿Progresa? Bien. ¿No cree usted que nuestra ciudad

progresa un poco a la manera de los cangrejos?». Luis Sendín tomaba muy en serio cada una de sus manifestaciones. Dijo: «¿Lo piensa así o sólo lo dice porque la ciudad no marcha todo lo deprisa que usted quisiera?». «Ah, no, no —dijo Cecilio Rubes—; lo creo así. Hay para ello una razón fundamental: Nuestros alcaldes no buscan el progreso de la ciudad sino el medro propio. Y yo digo: El alcalde debe ser para la ciudad, no la ciudad para el alcalde. —Dijo Sendín—: Eso está bien. En ese punto estamos de acuerdo». Añadió Cecilio: «Bien. ¿Qué puede esperarse de un hombre que quiere ensanchar la ciudad del otro lado del río cuando ni la densidad de población ni el núcleo de viviendas lo justifica, ni lo aconseja, siquiera?. —Rubes pensó—: Vaya, ha salido redondo».

Después, Gloria se sentó al piano y tocó un nocturno de Chopin, y a Cecilio Rubes le empujaba la necesidad de pensar en Cecilio Alejandro y se sentía herido como por una especie de blanda ternura lacrimosa. Tocó luego Gloria *La viuda alegre, El conde de Luxemburgo*, *Los cadetes de la reina* y una selección de *La canción del olvido*. Gloria, al tocar, movía bien los dedos y la cintura. Cecilio Rubes pensó que si él fuera su marido le gustaría besar la punta de sus dedos cada noche; unos dedos poseídos de una comunicativa vivacidad.

Al concluir, tomaron el té, y Luis Sendín le preguntó por sus negocios. Cecilio Rubes dijo: «La época es mala. La paz nos ha dejado peor que estábamos». Le gustaba a Rubes que Gloria y Adela fueran testigos de su elocuencia. Las damas solían dar una exagerada importancia a las palabras de los hombres. Las vio pendientes de sus labios y deseó estremecerlas. Añadió: «Bien, la guerra no ha solucionado nada. Esta guerra traerá otra guerra mayor y así hasta el fin de los tiempos».

Intervino Gloria: «¡Por Dios, no nos anuncie usted más calamidades, Rubes!». Se le iluminaban expresivamente sus pequeños ojos.

En ese momento apareció Luisito en brazos de su ama. «Bien —dijo Rubes—. El chiquillo está muy espabilado. —Pensó—: Tiene los ojos demasiado pequeños y demasiado juntos». Dijo Gloria: «Di papá, mi niño, a ver: “Pa-pá”. —El niño la miró un poco asombrado. Dijo, al fin—: Pa-pá». Hubo un coro entusiasta de aprobación. Cecilio se sentía mortificado. «Bueno —dijo—. Cecilín tiene ya un diente y muerde a su nodriza. ¿Qué dicen a esto?. —Gloria dijo al pequeño—: A ver, chiquitín, di ahora mamá; a ver: “Ma-má”. —Dijo Luisito—: Ma-má». La incomodidad le subía hasta el pescuezo a Cecilio Rubes; le apretaba la camisa. Pensó: «Este chiquillo es feo y tiene el pelo como la estopa. —Cuando el crío salió, dijo Luis—: Antes de

que éste cumpla trece meses llegará un hermanito». Gloria se puso encarnada. «¿Es posible?, —dijo Rubes. Añadió Sendín—: Le prevengo que a mí los chiquillos no me estorban para nada».

Todo esto ocurrió la tarde anterior. Ahora Cecilio Rubes movía la cabeza con impaciencia. Estimaba que dar lugar a estas evocaciones era un síntoma peligroso de «reblandecimiento». «Bien —pensó—. Lo de ayer fue una reunión blanca, insípida y tonta». Se levantó para ir al Establecimiento.

Tampoco hoy tenía tiempo de pasarse por el Club. Bien pensado, ahora no tenía nunca tiempo para nada. Oyó a Adela entendérselas con el pequeño Cecilio y entró en el dormitorio. Le gustaba ver a su hijito recién despierto de la siesta. Le pellizcó levemente el terso moflete.

—Bien, pedazo de atún —dijo—. ¿Cuándo aprenderás a hablar como tu amigo?

Cecilín sonreía y pateaba al aire. Dijo Adela:

—Lo que más sentiría es tener un niño prodigio, Cecilio.

—Bien —dijo Cecilio—, verdaderamente hablar a los siete meses es un caso desagradable de precocidad. Luego… Bien, que los chicos sean luego inteligentes y creadores es una satisfacción para los padres. Pero a su tiempo. Yo celebraría que el día de mañana Cecilio Alejandro fuese un gran arquitecto o un gran ingeniero. ¿Qué dices a eso? No me gustaría que arruinase su iniciativa y su talento creador en un negocio rutinario y encauzado en un determinado sentido.

Cecilio Rubes contemplaba a su hijo con una ternura indolente. El pequeño Cecilín removía en él una serie de cosas fundamentales; removía su orgullo, imprimiéndole nuevos derroteros; removía su conciencia, llamándole a un arrepentimiento superficial; removía su adormecida iniciativa mercantil, agudizándola (el pequeño Rubes fue fotografiado en su pequeña bañera y la fotografía difundida en periódicos, cinematógrafos y octavillas, con la siguiente leyenda: «Cecilio Rubes no admite rival en enseres y materiales higiénicos»); removía, también, el sentido de emulación en Cecilio Rubes, hasta este momento rabiosamente personal e intransferible; removía, en fin, sus malos humores y su notable capacidad de resentimiento contra aquellos que no hacían en presencia del pequeñuelo una demostración entusiasta de lo mucho que les impresionaba su precoz sabiduría y sus genialidades y sus múltiples y evidentes atractivos físicos. Cecilio Rubes se consideraba padre de la criatura más perfecta y armoniosa asomada al mundo desde el principio de la vida y el tiempo.

Últimamente Cecilín removía en él un oscuro y no bien delimitado sentimiento de superación que él, neciamente, identificaba con Paulina. Esto fue así desde la conversación sostenida un mes antes con su madre. Frente a su hijo, Cecilio Rubes se sentía decidido y con agallas suficientes para imprimir otro rumbo a su vida. Luego, ante Paulina, esos arranques se enervaban, perdía la confianza en sí mismo, su decisión se enfriaba y le gustaba abandonarse a un entrañable sentimiento de molicie y laxitud.

Cecilio Rubes era inconstante y espiritualmente fofo y débil. A raíz de la conversación con su madre, Cecilio experimentaba un morboso placer fomentándose su dolor y su desasosiego. Era agradable pensar que estaba triste y deprimido en medio de su felicidad. El hecho de no tener motivos notorios de descontento desarrollaba en Cecilio Rubes el afán de inventarlos. Últimamente, cada noche, antes de dormirse, pasaba cinco minutos fomentándose su desazón. Quería estar triste; deseaba sentirse atribulado y solo en medio de una humanidad enloquecida por sus apetitos y su egoísmo. En esos momentos de recogimiento, Cecilio Rubes se esforzaba en arrancar de sus ojos una lágrima para poderse decir a sí mismo: «Mira, Cecilio, estás llorando. Eres el hombre más desgraciado de la Tierra».

Una noche tomó la decisión de terminar con Paulina. Su pusilanimidad le vetaba enfrentarse con su madre mientras este asunto no hubiese sido despachado. Los ojos azules de Cecilio Alejandro eran, por otro lado, una nueva llamada apremiante. Era necesario acabar. Cecilio, contra la almohada, pensó: «Iré y le diré que mi deber de padre me impide prolongar ni un día más nuestras relaciones». Se revolvió en el lecho y se retorció las guías de los bigotes. Estaba desazonado. Dijo Adela:

—Cecilio, ¿no puedes estarte quieto? No me dejas dormir.

Cecilio Rubes se irritó un poco:

—Bien —dijo—. ¿Cuándo vas a decidirte a poner dos camas aquí?

Dio otra vuelta y pensó: «Paulina llorará y yo le diré: “Pequeña, no hay más remedio. Es un ser inocente el que nos lo exige”». Las tinieblas y el blanco cobijo del lecho inspiraban a Cecilio Rubes una sentimental inclinación al melodrama. De nuevo quería llorar, aparentar ante sí mismo un doloroso desánimo que se hallaba muy lejos de sentir.

A la tarde siguiente visitó a Paulina. La muchacha estaba encantadora. Le besó tres veces antes de dejarle sentar. Cecilio Rubes resollaba. La impaciencia no le permitió hacer los habituales altos en la escalera.

—Pequeña —dijo—. Bien, pequeña… —Acariciaba los rojos cabellos de Paulina.

—Hace mucho tiempo que no venías, amor —le reprochó ella.

Cecilio se desabrochó la americana. Le hacía la impresión de que no le dejaba respirar. Infló el pecho.

—Mi querida Lina —dijo, tomándole una mano—. Bien. No pude venir antes. El chico…

Ella se incorporó y le sirvió una copa de vino. Se quejó Cecilio Rubes:

—Pequeña, pequeña, no debes hacer eso. El hígado, ¿comprendes?

Paulina se recostó en él. Estaba zalamera y cruelmente mimosa esta tarde. Dijo:

—Amor mío, siempre me estás hablando tanto de tu hijito y aún no lo conozco. ¡Vaya! A veces pienso, a veces pienso que yo merecía ser la madre de tu hijo mejor que tu mujer… Tú, ¡vaya! Al nacer tu hijo… Antes de nacer tu hijo…

Dijo Cecilio Rubes:

—¿Quieres decir que en ese momento yo pensaba en ti y pensaba que… bien, que eras tú la que tenía entre mis brazos?

Paulina sonrió:

—Eso quería decir —dijo—. Tu hijo es también un poco mío, ¿no es así? Y, sin embargo, aún no lo conozco. ¿Te das cuenta, Cecilio, de lo injusto que eres conmigo? Yo quiero conocer a tu bebé, ¿sabes? Me gustaría conocerle y decirle: «Tu papá y yo somos dos buenos amigos». Nada más que eso. ¡Ah, Cecilio! Te prometo que nada más que eso. ¿Por qué no has de complacerme?

—Bien —añadió—. A propósito, hay momentos en la vida que uno, bien…

Notaba la calidez del cuerpo de Paulina en el costado; su calidez y una mórbida dulzura incitante. Ella le escuchaba abstraída y sus ojos sorprendidos tenían algo de la estupefacción del escolar que recibe las primeras lecciones.

—Sigue —dijo—. Sigue.

A Rubes se le empañaba la voz. No le frenaba la lástima, ni la dignidad, ni el oprobio, ni el amor, sino una medrosa sensación de perder aquellos encantos para siempre.

—Hay ciertos momentos en la vida —agregó— en que uno…

Observaba a la muchacha con el rabillo del ojo, rebuscando entre los resquicios de su ropa. De pronto, decidió aplazar la ruptura. Dijo tan oscuramente que apenas se percibió su voz:

—En que uno pierde los estribos, y la medida, y hasta el honor por una mujer…

Paulina se incorporó indolentemente. Conocía los preliminares y su poder estaba en exacerbar los deseos del hombre.

—¡Vaya, tonto, ése no es tu caso! —dijo.

Cecilio se volvió torpemente e intentó abrazarla. Tropezó aparatosamente con una silla. Ella se parapetó tras el sofá.

—Hoy pondré yo las condiciones —dijo Paulina.

La voz de Rubes era ronca y torpe.

—Habla —dijo—. Bien… bien. No tramarás alguna diablura, ¿verdad, pequeña?

Paulina dijo:

—Sólo quiero conocerle. Tengo derecho, ¿no?

—Bien —dijo Rubes. Reflexionó un instante—: ¿Podrás estar el domingo a la una y media junto al quiosco de la música?

Le nublaba la razón la abierta sonrisa de la muchacha. La hubiese llevado a su casa, de habérselo exigido. Se hubiera arrojado a sus pies.

Dijo Paulina:

—El domingo, junto al quiosco de la música. No lo olvides.

Cecilio temblaba al acercarse a ella. Paulina le dio dos tironcitos amistosos de las guías de los bigotes antes de dejarse besar.

Desde lejos divisó Cecilio Rubes el traje a cuadros del aña y los brillantes níqueles del coche. Experimentó una excitación que le bajaba hasta la punta de los pies. No tenía costumbre de encontrar a Paulina por la calle y la blanda presión de la mano de Adela sobre su brazo casi le producía náuseas. Adela había dicho al salir de misa: «¿No crees que hace un poco de fresco para el pequeño?. —Él no la oyó. Adela volvió a decir—: ¿No crees que hace un poco de fresco, Cecil?». Dijo él: «Bien. Puede ser». En la misa de una se encontraban ordinariamente todos los asiduos del Real Club. En realidad, a los asiduos del Real Club les agrupaba una extraña comunidad de vicios y costumbres. Adela dijo: «Cecil, los Valdés, ¿cómo no los has saludado?».

La gente joven paseaba por el andén central del parque y los papás y las mamás observaban, desde las dos filas de sillas situadas a ambos lados de la carrera, los primeros pasos amorosos de sus retoños. Cobraba la ciudad a aquella hora un tinte conmovedor, una suerte de candorosa espontaneidad que hacía de ella un todo cerrado, aglutinado e indestructible. La banda de Caballería, desde el quiosco situado en el lateral derecho del andén, interpretaba en ese momento una selección de *El conde de Luxemburgo*.

Cecilio Rubes pensó: «¿No tramará Lina alguna diablura?». Veía ya, a lo lejos, los dorados mofletes de Cecilín e, inclinada sobre ellos, la cabeza roja y

vital de Paulina. Sintió una extraña vaciedad de estómago y la sensación de que el corazón le coceaba el pecho como si tuviera herraduras. Casi le hacía daño. La mano de Adela sobre su brazo pesaba como plomo. «¡Dios! —pensó—. Espero que la pequeña no me haga una escena. —Dijo Adela—: Allí veo a Cecilín. También hoy parece que ha hecho una de sus conquistas».

Paulina hacía fiestas al pequeño Rubes. Pasó un cadete y le dijo algo aproximando la boca a su oído. El juego anatómico de Cecilio Rubes se tensó como un cable. «¡Mamarracho!», pensó. Paulina volvió la cabeza sonriente hacia ellos. Llevaba un detonante abrigo de entretiempo y el rostro levemente maquillado. No obstante, su presencia allí, entre la música y la rígida austeridad ciudadana, era algo atrevido y deslumbrante. Cecilio Rubes vio a un hombre calvo sentado en una silla junto al quiosco devorándola con los ojos. «¡Cochino viejo verde!», se dijo. De pronto, se sentía enfurecido contra todo y contra todos. ¿A qué este tonto capricho de Paulina de exhibirse un día de fiesta en un lugar tan concurrido?

—Los Gómez Bravo, Cecil, ¿qué te ocurre hoy que no ves a nadie? —dijo Adela.

—Déjame —dijo.

Paulina se separó unos pasos y Cecilio trató de hacerle una seña para que se alejase, pero no se atrevió. A la muchacha parecía divertirle su violencia. Vio Cecilio que Adela contemplaba a Paulina de reojo y trató en vano de concentrarse en su hijo.

Adela daba instrucciones al aña y Cecilio aprovechó para hacer a Paulina una leve indicación con la mano escondida tras de la espalda. Advirtió que el hombre calvo le había visto y entonces fingió que se rascaba insistentemente. «Mamarracho —pensó—. Ya te ajustaré yo las cuentas». Volvía el cadete empeñado en dar conversación a Paulina. La banda del Regimiento de Caballería interpretaba ahora una selección de *Agua, azucarillos y aguardiente*. La música inyectaba en las venas de Cecilio Rubes algo como el comienzo de una loca vehemencia pasional. «Si no nos vamos ahora mismo reventaré y haré reventar a alguien», pensó. Entonces vio a Paulina a su lado y se asió torpemente al manillar del cochecito:

—¡Vaya! —dijo la muchacha—. ¿Son ustedes los padres de este niño? Les felicito; es una preciosidad.

Adela le apretaba el brazo con sus dedos desmayados, de ordinario blandos y dóciles. «¿Qué querrá decirme con esta seña?, —pensó Cecilio—. Gracias», dijo Adela un poco secamente. Pensó Rubes: «¿Qué ocurre aquí?». La música se le hacía una locura desatada, sin ritmo ni compás; un ruido

desacorde e hiriente. Y la gente y el bullicio, una multitud desordenada y hostil. Temblaba. Vio al hombre calvo pasarse la punta de la lengua por los labios; miraba los tobillos de Paulina. De nuevo Adela le oprimió el brazo.

—Cuando quieras, Cecil —dijo, y añadió al aña—: No tarde.

Paulina repitió:

—Les felicito.

Dijo Adela:

—Buenos días.

Cecilio Rubes se tocó ceremoniosamente el ala del sombrero. Cuando se alejaba pensó: «Bien. Lina no se da cuenta de lo que hace; es una chiquilla irresponsable». Volvió levemente la cabeza para observar al cadete. Dijo Adela, entonces, oprimiéndole el brazo de nuevo:

—Por amor de Dios, Cecil. Esto sí que ha sido casualidad. —Volvía reservadamente los ojos hacia Paulina—: ¿No será ésa una de esas mujeres de que hablábamos el otro día? ¿Te fijaste qué pelo, qué aires, qué manera tan provocativa de vestir?

—¡Ah, la gripe! —dijo Cecilio Rubes—. ¿Desde cuándo la gripe es una enfermedad importante?

Pensaba en Cecilio Alejandro y creía que con sus gritos restaba gravedad a la situación; quizás, hasta podría ahuyentar la gripe; todo dependía del vigor y la convicción que imprimiera a sus palabras.

Dijo Valentín:

—Esta de ahora no es cosa de broma, señor Rubes. Es una gripe que no se pasa con dos días de cama y un sello de aspirina.

Méndez levantó su rostro granujiento. Siempre se ruborizaba para hablar, con un rubor que lo incendiaba todo, la frente, las orejas y los párpados:

—Ayer murieron dos mujeres en mi barrio —dijo.

—… Mi barrio —dijo Valentín—. ¿No me ha dicho a mí el párroco que no dan abasto los curas para administrar la extremaunción?

La ciudad entera se sentía atenazada por el invisible fantasma de la gripe. Se dictaron una serie de medidas preventivas: se cerraron las escuelas y los teatros; se suprimieron los paseos dominicales; las empresas funerarias montaron un servicio nocturno permanente para atender el exceso de enterramientos; a los niños nuevos se les imponía el nombre de Roque para preservarles de la peste; las fondas y hospedajes cerraban por falta de clientela; los alumnos de la Facultad de Medicina recibieron una autorización especial para tratar casos de urgencia; los médicos no descansaban ni de día ni

de noche… y Cecilio Rubes decía: «¡Ah, la gripe! ¿Desde cuándo la gripe es una enfermedad importante?».

Dijo Méndez, el auxiliar de contabilidad:

—Me han dicho que hay varios casos de enfermos enterrados vivos.

—… Enterrados vivos —dijo Valentín—. ¡No digas tonterías!

Dijo Cecilio Rubes:

—La peste siempre viene tras de la guerra. Bien. ¿Hubiese llegado la peste si este pueblo de cafres acostumbrara a bañarse con un poco más de asiduidad?

De repente, Cecilio Rubes se sintió en trance. Al día siguiente el periódico local publicaba la fotografía de Cecilio Alejandro Nicolás en el baño y, en un ángulo, un dragón agonizante, con la siguiente inscripción: «La higiene es el mayor enemigo de la peste. Cecilio Rubes · Materiales Higiénicos».

Ramón Prado le dijo en el Club, alzando fatuamente su enorme nariz, en un grotesco ademán admonitorio:

—Tu reclamo no me gusta, Cecilio; lo siento. Entiendo que no es lícito aprovecharse de una calamidad social para hacer prosperar nuestro negocio.

Ramón Prado era un puritano; Ramón Prado era uno de esos hombres que se pasan la vida censurando a los demás. Dijo Cecilio Rubes, airado:

—¿Quién te pide tu opinión? Bien… Bien. ¿Crees tú honradamente que tendríamos la peste si hubiese un poquito más de higiene en la ciudad? Bien… ¿Qué dices entonces de ese otro anuncio de Gregorio Lemos: «Pompas Fúnebres, servicios esmerados, rápidos y económicos»?

Cecilio Rubes sudaba. Cecilio Rubes no admitía la censura de nadie y menos de un ser tan pintoresco y vacuo como Ramón Prado. Dijo Ramón Prado:

—Me parece tentar a Dios que utilices la salud de tu hijo para una finalidad tan siniestra e inhumana. Ya sabes que yo acostumbro a decir siempre lo que pienso.

Cecilio Rubes se incorporó de un salto. La mención de su hijo y la inconcreta amenaza que envolvían las palabras de Ramón Prado le pusieron fuera de sí. La sangre le golpeaba vivamente en las sienes. Adoptó una actitud relativamente ofensiva, casi ridícula:

—¡Sujetadme! —chilló—. ¡Me está provocando y le voy a…!

Ramón Prado no se inmutó. Amo, el boticario y el teniente coronel López trataron de apaciguar a Cecilio Rubes.

Dijo Ramón Prado sordamente:

—Siento que te lo hayas tomado así.

Paulatinamente las palabras de Ramón Prado iban limando la serenidad de Cecilio Rubes. Siguió publicando el anuncio porque otra cosa hubiese equivalido a darle la razón, pero ahora sentía una creciente angustia por la salud de Cecilio Alejandro Nicolás. A cada momento temía que el dragón de su dramático reclamo se revolviera en su agonía y despachase a su hijo de un zarpazo fatal. Por las noches soñaba que Cecilín se moría y que era enterrado en la bañera blanca del anuncio. Se despertaba cubierto de frío y sudor, y abrazaba a su hijito. Adela decía: «¿Qué te sucede, Cecilio?. —Decía él—: Ah, no es nada; no te preocupes», e intentaba, en vano, reanudar el sueño.

Con todo, Cecilio Rubes rodeó a Cecilín de un inusitado sistema de precauciones. Cecilín no salía jamás de la habitación, ni el ama Jacoba de casa. Había que impedir el contagio a costa de lo que fuese. Nadie podía ver ahora al pequeño sin colocarse previamente sobre la boca y nariz una blanca careta protectora. Ningún juguete nuevo debería entrar en casa. Las sabanitas y las ropitas del pequeño Rubes eran hervidas concienzudamente antes de ser empleadas. Cecilio y Adela, al regresar de la calle, se mudaban de ropas y de calzado. El ama Jacoba, aun a regañadientes, tuvo que aceptar el baño cotidiano; amenazó con marcharse y Cecilio le imploró que se quedase. El ama Jacoba aceptó a condición de una nueva subida de sueldo.

En la ciudad, el panorama era cada día más sombrío y tétrico. A toda hora se sentía el martilleo cansino de los caballos arrastrando por las calles las carrozas fúnebres. Era como una oleada de muerte, como un lúgubre viento arrasando las calles y plazas de la ciudad.

Gloria enfermó en aquellos días y abortó de su segundo hijo. El feto fue bautizado con el nombre de Roque. Cecilio Rubes se sobresaltó: «Tenemos la gripe aquí mismo, dentro de casa», pensaba, y esta idea llegó a obsesionarle. Hizo aún más estrechas las medidas precautorias en torno al pequeño Cecilio. No sentía apetito. Suprimió el anuncio. Por las noches tenía un sueño agitado, lleno de sobresaltos y pesadillas. Adela decía: «¿Qué te ocurre, Cecil? Llevas unos días que no me dejas dormir».

Una noche le dijo:

—Cecil, anoche olvidé decirte que mañana vendrán a instalar el teléfono.

—¿El teléfono? —dijo él—. ¿Se puede saber qué me importa a mí el teléfono?

Había suspirado por el teléfono porque a Cecilio Rubes le agradaba marchar acorde con el progreso, pero ahora no le importaba el teléfono. Dijo Adela:

—Gloria saldrá de ésta, ¿sabes?

Cecilio saltó en la cama y dio la luz. Estaba pálido como un muerto:

—No habrás pasado a ver a Gloria, ¿verdad?

—Oh, no, no te excites, Cecilio, Mercedes pasó.

—Bien. Me alegra que esté mejor —dijo.

Apagó la luz. «¡Dios! —pensó—. Hace un año hubiera dado mi fortuna por no tener un hijo; hoy la daría por conservarlo. ¿Qué clase de hombre idiota soy yo?».

A veces se sorprendía pensando qué cosas anteponía a la salud de Cecilio Alejandro y llegaba a la conclusión que prefería la muerte conjunta de Paulina y Adela a la de su hijo. Lo pensaba fríamente, como si en cualquier momento pudieran ofrecerle tal opción. «Toda la ciudad antes que mi hijo. Todo el mundo antes que mi hijo», se decía. Y pensaba en sus bracitos rollizos indefensos y en su mirada intensa, redonda, casi patética, y en su expresión dócil, ingenua, sobrecogedoramente elemental.

En ocasiones, Cecilio Rubes se decía que él también podría morirse y, en esos casos, imaginaba a Adela con su hijito en brazos mendigando por las calles de la ciudad.

«Bien, no será para tanto —se decía—. Estoy pasando una crisis nerviosa; eso es todo». Pero no encontraba fácil consuelo. Una noche, mientras Adela se acostaba, escribió una larga carta con instrucciones sobre lo que su mujer habría de hacer para el caso de que él muriera inesperadamente. La carta encerraba párrafos de indescriptible patetismo y decía, por ejemplo: «Piensa siempre que nuestro hijito es lo primero y no te cases mientras no sepas que tu futuro esposo le quiere a él tanto como a ti». Puso en el sobre «Abrir en caso de mi muerte». Y a la mañana siguiente se la entregó al contable. Dijo Valentín:

—Señor Rubes, ¿es que se encuentra usted mal?

Cecilio Rubes quiso reír, pero su risa salió de la garganta un poco gangosa y enmohecida. No se encontraba mal, pero el ser padre obligaba a ciertas previsiones. Cuando dos meses más tarde Valentín le entregó la carta sin abrir, experimentó un desvanecido sentimiento de vergüenza al recordar sus horas de debilidad.

La gripe alcanzó su cenit en la ciudad y lentamente empezó a decrecer. Los datos de las autoridades sanitarias invitaban al optimismo. Gloria se levantaba ya y los aurigas de las carrozas fúnebres disfrutaban de ciertos momentos de reposo. La tensión de Cecilio Rubes comenzó a decrecer también. Seguía el luto ahincado en la ciudad, pero era un luto más sosegado y pacífico. Poco a poco la gente iba asomando a la calle; iniciaba tímidamente

los paseos dominicales, un teatro abría sus puertas, otro anunciaba la próxima apertura con la reaparición de una compañía de cómicos muy renombrados, y, de este modo, la ciudad iba retornando a su antiguo ritmo, encontrándose a sí misma, olvidándose del paso funesto de la peste como de un mal sueño.

Fue en este declive de la epidemia, al comenzar a recobrar la ciudad su antigua fe y confianza en la vida, cuando Cecilio Rubes recibió la alarmante conferencia telefónica de Adela:

—Dime —dijo.

La voz de Adela llegaba un poco desfibrada e impersonal a través del hilo:

—El niño, Cecil… No quiere mamar y tiene mucha calentura. Ven corriendo.

—¡Oye, Adela…! —chilló.

No le hacían caso. Gritó enloquecido por el micrófono:

—¡Óyeme, Adela! ¡¡Escúchame!!

Colgó el auricular y dio vueltas a la manilla enfurecido. ¡Cuánto tardaban! La voz de la señorita de la central le exasperó, por su calma pastosa:

—El 0019, por favor —dijo él.

Oyó llamar. A Cecilio Rubes le comía la impaciencia. Valentín dijo:

—¿Pasa algo, señor Rubes?

«No contestan», dijo la voz, al fin.

Cecilio Rubes cogió el gabán, el sombrero y el bastón y salió desolado. Le parecía que nada de esto era una novedad, que era todo simplemente la realización de un sueño profético que durante muchas noches le había sobrecogido. Buscó con los ojos un coche de alquiler. No se veía ninguno. «Bueno —se dijo—. El niño estaba bien esta mañana. ¿Qué puede haber sucedido?». Renegó del ambiente de confianza y seguridad que últimamente se adueñó de su casa, del estúpido proceder de Cristina y de su propia madre penetrando en el recinto del niño sin cubrirse con la careta protectora. «Bien —se dijo—. Piensan que todo ha pasado y no se dan cuenta de que lo peor de todo son los últimos coletazos». En la esquina de la avenida detuvo un coche.

—Deprisa —dijo—. A casa del doctor Fraile.

El caballo tenía un trotecillo cansino, como si también él estuviera derrengado de trasladar muertos al camposanto. Rubes se inclinó hacia el pescante:

—¡Atícele! —dijo—. Es muy urgente.

El auriga le miró con socarrona curiosidad y no hizo mención de estimular el caballo. El doctor no estaba en casa. Cecilio Rubes tomó nota de sus visitas.

—A prisa, a prisa —volvió a decir al cochero.

Encontró al médico en el portal de la tercera casa.

—Doctor… —dijo—. Bien, doctor, el pequeño no quiere mamar y tiene mucha calentura.

El doctor Fraile tomaba las cosas con una calma filosófica. Su rostro era casi imberbe, más bien lleno, absolutamente impenetrable:

—¿Cuándo ha empezado? —dijo.

—Mi mujer me avisó hace cosa de una hora.

El coche brincaba sobre el pavimento y los dos hombres marchaban en silencio, uno junto al otro. Cecilio Rubes agarraba el bastón con una fiereza singular y los nudillos se le ponían extrañamente blancos.

Siempre pensó que su ciudad era pequeña y ahora se le hacía que las calles casi desiertas no tenían fin. No esperó la ayuda del portero y él mismo tiró de la cuerda del ascensor de agua para darle impulso.

Aspiraba a que, con su llegada, Cecilín se sintiese más protegido; él no toleraría que la muerte se saliese con la suya sin luchar tenazmente, apurando todos los recursos. Adela lloraba junto a la cunita del niño. También lloraban Mercedes y Cristina. Sólo el ama Jacoba aparecía tan terne, como si nada de todo aquel aparato rezase con ella. Al fin y al cabo, también el ama Jacoba perdió a su hijito unos meses atrás sin que el mundo se conmoviese, ni nadie se tomase tanta molestia.

A Cecilio Rubes se le heló el corazón al comprobar que el pequeño no respondía a sus caricias, sumergido en una especie de delirante sopor. Su cuerpecito ardía. Era un cuadro sobrecogedoramente patético contemplar a aquel niño tan indiferente y entregado. El doctor le auscultó detenidamente.

—No veo nada —dijo, al fin—. Dieta absoluta y cuidar de que no se enfríe. Mañana volveré.

Cecilio Rubes se retorcía las manos en la densa espera que siguió. Con la llegada de la noche le asaltó el recuerdo de Ramón Prado y el recuerdo de sus palabras: «Ese narizotas impertinente», dijo. Adela se volvió a él:

—¿Decías algo, querido?

Cecilio Rubes le contó a Adela la escena del Club. Se sintió liberado de un peso cruel. Adela trató de tranquilizarle. «Bien —pensó Cecilio—. Ella es más fuerte que yo. Siempre pensé que Adela era una criatura blanda y resulta que es más fuerte que yo».

Cecilín se rebullía inquieto y, de vez en cuando, se quejaba. Sus quejidos le llegaban muy adentro a Cecilio Rubes. Dos veces se levantó a enjugarse a

hurtadillas una lágrima en el cuarto de baño. «Si el niño se me fuera, yo no querría vivir», se dijo.

Sentado en su sillón favorito, Cecilio Rubes se enfangaba en las más lúgubres lucubraciones. Pensó en Paulina y se preguntó si Paulina se alegraría de que el niño desapareciese. «¡Ah! —se dijo—. Ella tiene celos de mi hijo, no lo puede negar. —Se le despertó un odio absurdo contra Paulina—. Bien —pensó—. Si el chico sale de ésta la dejaré. Lo prometo». Pensaba que no le costaría demasiado dejar a Paulina teniendo a Cecilio sano y salvo a su lado. «La dejaré; lo prometo», se repitió para sí.

De madrugada, la calentura remitió. Cecilio Rubes parecía borracho en su euforia desordenada. «El niño está mejor, Adela; bien, está mucho mejor. ¿Es que no lo ves? Tiene un sueño tranquilo. Observa». Para demostrar que su decisión era tan firme como minutos antes, en la fase más aguda de la fiebre, se repitió: «La dejaré. Lo prometo». Y miró a lo alto, al techo, no sabía bien a qué.

Fraile llegó a las nueve de la mañana y Cecilín seguía durmiendo beatíficamente, con los puñitos pegados a los mofletes y una respiración acompasada y regular. Cuando el médico lo despertó, el niño sonrió a su padre, mostrándole su dientecito incipiente. Cecilio Rubes sintió una oleada de cálida ternura derramándosele dentro del cuerpo.

—Vaya —dijo Fraile, sin abandonar su expresión imperturbable—. El pequeño Rubes está del otro lado.

Cecilio Rubes se precipitó:

—Doctor… —dijo—. ¿Quiere decir que está completamente bien?

Dijo Fraile:

—Estos causones son frecuentes en los niños. Una irrigación, un poco de dieta y hasta otra. ¡Buenos días!

Fue como la llegada de una tibia primavera después de un invierno excesivamente riguroso. En la ciudad se advertía, por todas partes, como un renacimiento, un anhelo apresurado de vivir, de gozar, de estirarse voluptuosamente al sol y olvidar la tétrica pesadilla que quedaba a las espaldas. Era un deseo perfectamente legítimo, aunque desordenado, de constatar que, contra todas las adversidades y asechanzas, aún se seguía firme y vivo sobre la costra de la Tierra.

Cecilio Rubes participaba de esta especie de cálida resurrección. Encontraba un raro deleite en su hogar, en su trabajo y en sus diversiones. Le parecía que su negocio era nuevo, nuevas las tertulias y las partidas en el Real Club y nuevas las posibilidades de distracción que su hijo le brindaba. La

peste y el miedo, al pasar sobre él, le dejaban tan virgen y sensible a los placeres de la vida como una playa al retirarse la marea.

Regresaba todas las tardes directamente a casa y se entretenía con su hijo. Cada día le escogía un juguete en el bazar de la esquina. Adela se lo reprochaba. Adela entendía que el poseer mucho podía hacer tan desgraciado a un ser como el no poseer nada. Adela sustentaba unas extrañas teorías y además gozaba llevándole la contraria. No le agradaba que por las noches meciera la cunita del niño si el niño lloraba; no le gustaba que le comprase juguetes para que el pequeño los destrozase; le reprendía por acostumbrar al niño a estar siempre entre las personas mayores.

Adela le decía:

—¿Crees tú, Cecil, que esto es educación?

Cecilio se enojaba:

—¿Qué entiendes tú por educación? Bien. ¿Para qué necesita mi hijo que lo metan en cintura? Él puede tener de todo, ¿comprendes? La educación se queda para los pobres, Adela. La educación debe ser más estrecha y severa cuanto más pobre se sea. Bueno, supongo que me comprendes, ¿no? Bien. Si uno tiene diez y otro cinco, el de diez debe ser educado para diez y el de cinco para cinco. Mi hijo podrá tener siempre lo que desee y no hay por qué privarle de ninguna satisfacción. Bien, si educarle es reventarle y mortificarle, no voy a educar a mi hijo, eso es lo que te quiero decir.

Adela sonreía:

—Tienes unos puntos de vista muy originales, Cecilio.

Rubes prefería, por eso, encontrarse con Cecilio Alejandro a solas cuando regresaba de su trabajo. Cecilio, en esos casos, demoraba, adrede, su paso a casa de los Sendín a recoger a su esposa. Anteponía a cualquier otra satisfacción la de hallarse con su hijo mano a mano sin la coacción que la presencia de Adela comportaba. En esos casos, Cecilio Rubes, mirándose en su hijo, sostenía monólogos interminables.

A Cecilio le gustaba sorprender a su mujer con los progresos del pequeño. De aquí que el ejercitarle en los más diversos sentidos constituyera su principal distracción. Un día le dijo:

—Pequeño, tú te llamas Cecilín. A ver: Ce-ci-lín.

El niño le miraba con un redondo asombro dentro de los ojos. Mas Cecilio Rubes insistía pacientemente. Cecilio Rubes, con su hijo, daba muestras de una tesonera y loable perseverancia:

—Cecilín, a ver, Ce-ci-lín…

Le hacía gracia la obtusa expresión del pequeñuelo:

—Ce-ci-lín —insistió.

De pronto, el niño dijo, con acentuada torpeza:

—¡Si-sí!

—¡Bien! —exclamó Rubes, entusiasmado—. ¡Sisí! ¡Sisí Rubes! ¡Ése eres tú!

Otro día, con ayuda de su padre, Sisí Rubes se arrancó a andar. Sus vacilantes piernecitas se movían con más seguridad y presteza cuando eran los brazos de su padre quienes le aguardaban al final de su carrera. Ello le llevó a Cecilio Rubes a pensar que entre su ama, su madre y su padre, era él el preferido de su hijo.

Algunos días, Cecilín y su madre pasaban la tarde con Gloria y Luisito. Cecilio Rubes gozaba, a la noche, con el relato de su mujer. Adela decía:

—Y entonces Sisí agarró a Luisito por la manguita y lo derribó. Luisito se echó a llorar. Gloria decía: «Andad, daos un besito; debéis ser dos buenos amigos».

En los días primeros de cada mes Gloria y Adela acudían con los niños a casa de Fraile. El primero de febrero de 1919 Gloria le dijo a Adela, en el camino, que esperaba un bebé. Cecilio se enfadó al saberlo:

—¡Otro bebé! —dijo—. ¡Esa mujer es una máquina!

El primero de marzo de 1920 ocurrió en casa de Fraile un hecho decepcionante: Luisito Sendín dio en la balanza pesa-bebés 12 kilos 300 gramos de peso; Sisí Rubes únicamente 12 kilos 250 gramos. Esto no fue lo peor sino que Luisito Sendín, como percatado de su naciente supremacía, agarró del kiki a Sisí Rubes, lo zarandeó, lo derribó y le hizo sangrar por las narices antes de que su madre pudiera impedirlo. Adela adoptó una improcedente actitud defensiva. «Dios mío, el niño no quiso hacerlo, Adela, perdónale», dijo Gloria. Por la noche, el abogado Luis Sendín pasó a dar explicaciones al hombre de empresa, Cecilio Rubes. Cecilio Rubes guardaba las distancias, rebozaba su cólera en un almibarado juego diplomático.

—Bien —dijo—; es cuestión de principios. Los Rubes no fuimos nunca gruesos ni agresivos. Yo he sido la excepción.

Luis Sendín apenas podía esconder tras de las gafas su oronda satisfacción de padre:

—Rubes, ¡por Dios!, usted no es agresivo.

—Soy grueso —dijo Rubes desmayadamente.

A la hora de cenar, Cecilio soltó su irritación:

—¡Qué tiene que venir este besugo a darme explicaciones a mí! Bien. Lo he dicho cien veces, me estomagan su comedimiento y su corrección. ¿Le he

dado yo explicaciones a él las veces que Sisí ha sacudido el polvo al tonto de su hijo y le ha metido en un bolsillo? No, ¿verdad? Bien, pues en adelante se puede guardar sus explicaciones en… en… bien, en donde le quepan.

El primer domingo de abril de 1920 Cecilio Rubes llevó por primera vez a misa a Sisí Rubes. Le apetecía oír los comentarios que provocaba a su paso y captar, por vez primera, la reacción del niño ante un cura y un altar. Antes del Evangelio, Sisí le pidió pis y Cecilio Rubes abandonó el templo rebosante pidiendo disculpas y haciendo ver en sus ojos el problema que le creaba la inoportunidad del chiquillo. En el momento de la elevación, cuando la unción y el fervor de los fieles de misa de una se manifestaba en un expectante silencio, Sisí gritó con todas sus fuerzas: «¡Papá!». Se originó un pequeño revuelo. Margarita Sánchez, que no tenía hijos, dio a su marido —un probo corredor de comercio— un ligero codazo en el costado, como queriendo decir: «¿Ves lo que traen los niños?. —Dos viejecitas que había detrás sonrieron comprensivas. A la izquierda, dijo León Valdés a su esposa—: Es el pequeño Rubes». Y el gran Rubes, Cecilio, se esponjaba hasta casi saltar los botones del chaleco.

El día 25 de abril de 1920, a primera hora de la tarde, Cecilio Rubes perdió la elección del Real Club y el narizotas Ramón Prado subió a la presidencia. Cecilio Rubes dijo a Adela por la noche: «Me daré de baja. Mi resolución es irrevocable». Minutos después, Cecilio Rubes, para dar en la nariz a sus compañeros del Real Club, decidió vender la berlina y comprar un landó, con tronco nuevo.

El día 27 de abril de 1920 Cecilio Rubes lo pensó mejor y no se dio de baja en el Real Club.

El día 30 de abril de 1920 Cecilio Rubes se encontró gordo y pesado y constató que la cintura de su mujer continuaba rodeada de un embarazoso neumático de grasa, pese a que Sisí cumpliría dos añitos al mes siguiente. Cecilio Rubes dijo a su esposa, mientras abría el mueble bar y sonaba lejana la melancólica musiquita: «Querida, has de hacer gimnasia todas las mañanas. Bien, ya sé que a mí también me conviene. Recuérdamelo. Quiero que hagamos gimnasia los dos juntos todas las mañanas con la ventana abierta».

El día 2 de mayo de 1920 Cecilio Rubes recordó, al fin, cuando se acostaba, que había prometido dejar a Paulina.

El día 3 de mayo, mientras abrazaba a Paulina y ronroneaba frotando su mejilla contra el frondoso cabello rojo de la muchacha, pensó que no había señalado fecha determinada para romper con Paulina y decidió aplazar la ruptura.

El día 7 de mayo de 1920, víspera del cumpleaños de Sisí, Cecilio Rubes dijo a su esposa, mientras tomaban café: «Mañana, sin falta, empezaremos con la gimnasia». Al día siguiente Sisí cogió una indigestión; le invadió una alta calentura. Cecilio Rubes pensó que la gripe no estaba tan lejos como imaginara y se fue a casa de Paulina.

—Pequeña —dijo, sin detenerse a pensarlo—. Lo nuestro debe terminar cuanto antes. Bien. He reflexionado sobre ello y… Bueno, naturalmente, no es que yo no te quiera, sino que mi hijo va creciendo y…

Paulina, recostada junto a la ventana, contemplaba con cierta impaciencia los esfuerzos de Cecilio Rubes. Desde que el niño nació, Paulina tuvo el presentimiento de que aquello terminaría fatalmente así. Bullía en ella una difusa noción sobre las incompatibilidades.

—Vaya —dijo—. No te esfuerces más, Cecilio. Nadie tiene derecho a ser feliz una vida entera.

Los ojos de Paulina estaban empañados y Cecilio Rubes sintió un repentino y brusco enternecimiento. Se levantó e intentó rodearla paternalmente los hombros con el brazo. Sus palabras eran ahora implorantes y lloronas:

—No, Lina, perdóname —dijo—. Bien. La verdad es que lo he prometido cuando el pequeño estuvo malito, y bueno… cada vez que el niño está indispuesto pienso, bien… pienso que se me va a morir por no cumplir mi promesa y que Dios me puede castigar.

—Dios, Dios —dijo Paulina—. ¿Piensas ahora en Dios muy a menudo, Cecilio?

Paulina emanaba una glacial indiferencia esta mañana. De no ser por la turbiedad de sus ojos, Cecilio Rubes se diría que nada de todo esto iba con ella. Dijo Paulina:

—¿Has pensado en el caluroso recibimiento que me dispensará el burro de mi hermano después de tantos años?

A Cecilio se le enredaban las palabras en la lengua. Quería decir simultáneamente todo lo que pensaba:

—Bien. Tú no vas a casa de tu hermano, Lina… Tú… tú vas a Madrid. Al teatro… ¿Entiendes? Bueno… Llevas estas dos cartas de presentación y esto… —Le tendió un cheque—. Con esto te defenderás un tiempo y… bien, después serás una buena actriz. Pequeña… Lina, tú tienes talento y personalidad. Tu cabecita tiene seso y un precioso pelo rojo. Bien. En Madrid no piden más que eso y… y, en fin, todo eso otro que a ti te sobra. Bueno, Lina, debes perdonarme, ¿sabes? Yo pensé… bien, yo pensé mal de ti y me

dije: «¿No me armará la peque un alboroto?». Bueno, yo comprendo que no está bien, pero lo he prometido y…

Paulina le miraba como midiéndole, como buscando una favorable perspectiva.

—¡Vaya! —dijo la muchacha—. Supongo que todo esto habrá que liquidarlo, ¿no?

Acariciaba la bocina del gramófono como si arrancase un cierto placer de ello. La muchacha se erguía en un frío y orgulloso estatismo. Cecilio pensó que el recurso del teatro le había fallado. Se dijo vanidosamente: «Estoy destrozando el corazón de esta mujer». Pero se hallaba embalado. No tenía que esforzarse ya para hallar soluciones. Lo difícil hubiese sido detenerse. Dijo:

—Bien, eso no es problema, pequeña. Harás almoneda de ello. Te ayudarás con esto también, ¿comprendes? De ninguna manera quiero perjudicarte…

Paulina daba cuerda al gramófono lentamente. Cambió la aguja. Dijo:

—Quiero que nos despidamos bailando, Cecilio, si no te importa.

La muchacha no veía, de momento, más que un enorme vacío en torno. Pensó: «¿Qué me esperará, allá, en Madrid?. —Dijo el gramófono—: Con una falda de percal planchá…».

Cecilio tomó a la muchacha por la cintura. Quiso atraerla hacia sí pero notó en ella una actitud de reserva y se ruborizó de su audacia. La música le ablandaba y, por un momento, creyó sentir debajo de la piel del pecho una pena, como un hueco. Pensó: «Bien, ¿qué haré yo este verano cuando Adela se vaya?». Advirtió en la reticencia física de ella que todo había concluido, que Paulina era ya, para él, una extraña. Dijo:

—Iré a despedirte a la estación, pequeña.

Volvían a brillarle los ojos a Paulina. Dijo:

—¡Qué amabilidad tan grande la tuya, Cecilio! Siempre pensé de ti que eras un caballero, ¿sabes? Ahora cuando te marches recogerás ese paquetito que hay encima de la mesa. Es para tu hijo, de mi parte. Fue su santo ayer, ¿no es cierto?

Cuando concluyeron de bailar, Cecilio permaneció quieto, aplanado por una sensación como si todo él sobrase.

—Cecilio —dijo ella, tendiéndole la mano—. Durante cinco años he sido muy feliz. Es bastante, vaya. Te estoy agradecida.

—Mañana te enviaré el billete —dijo.

—¿Es que quieres asegurarte? —dijo ella.

Cecilio intentó protestar.

Añadió Paulina:

—¡Ah, no olvides el regalo del pequeño! Adiós.

—Adiós.

Al descender, con infinitas precauciones, la escalera, Cecilio Rubes se detuvo un momento y se registró, pensativo, los bolsillos. Le invadía la insistente sensación de que había dejado algo olvidado allá arriba.

Libro segundo (1925-1929)

I

El periódico del día 21 de abril de 1925 decía: «Francia realiza esfuerzos para salvarse. A la crisis económica se une ahora la crisis política». «Movimiento revolucionario en Lisboa. Filomeno Cántara, jefe del movimiento subversivo, envía un ultimátum al Gobierno. Tiroteos en la Rotonda. Severísimas medidas de precaución en Oporto. —Decía igualmente el periódico del 21 de abril de 1925—: La tormenta de ayer en nuestra ciudad. Numerosas calles inundadas. Una anciana fue sepultada al derrumbarse una pared». «La guerra de Marruecos. Parte oficial de ayer: Establecida emboscada noche última por la harca del Fondak, sorprendió convoy enemigo en las proximidades de Dar-Sedla, dejando en nuestro poder dos muertos con armamento y apoderándose del contenido del convoy y cabezas de ganado. Resto del territorio, sin novedad».

En segunda página decía el periódico del 21 de abril de 1925: «Emplastos de fieltro rojo del Dr. Winter. No hay mejor abrigo que éste. Un emplasto del Dr. Winter aplicado oportunamente, hallándose en estado catarroso, permite salir a la calle indemne a los efectos del frío. Los emplastos del Dr. Winter curan catarro, bronquitis, reuma, neuralgia, dolor de riñones, lumbago, ciática, dolores peculiares de las señoras, etc., etc. ¡Jamás dejan de aliviar! Elegid un verdadero emplasto de fieltro rojo del Dr. Winter. Éste es el único medicinal».

A mano derecha de la misma plana venía el dibujo de un elemental automóvil de cinco plazas, descubierto, con cinco turistas a bordo, rebasando a un rebaño de ovejas, y el pastor, un zagalejo de doce años, les decía adiós. Debajo del dibujo se leía: «Ford. Observe usted que la mayoría de los automóviles que circulan por carreteras, calles y paseos de las grandes ciudades y pequeñas poblaciones son Ford. Los coches Ford son los que proporcionan mayor placer a miles de personas, prestan mayores servicios a comerciantes, profesionales y hombres de negocios, a más bajo coste que cualquier otra marca de automóviles. Adquiera usted un Ford y recibirá íntegro el valor de su dinero. Pesetas 4500. F. A. B. Barcelona. —Más abajo, en la misma plana, decía el periódico del 21 de abril de 1925—: Automóviles Citroën. Vencedor de todos los concursos de consumo. El más económico del mundo. Torpedo, dos plazas, 5100 pesetas. Coupé, 4 plazas, 10 475 pesetas».

Decía el periódico en tercera plana: «Suministramos instalaciones completas y máquinas sueltas con arreglo a los más modestos progresos de la fabricación en Semiseco. Tejerías mecánicas Buhler. —Y, luego, más abajo

—: Teatro Bretón: Debut de la Compañía de zarzuela y opereta Haro-Ballester. A las seis y cuarto: *El Duquesito o la Corte de Versalles*; a las diez: *Don Quintín el amargao o el que siembra vientos…*». «Cinema Montoya: Hoy se estrenarán en este favorecido Coliseum la bonita película titulada *El muchacho de París* y *Pamplinas*, muy cómica». «Cinema Olaso: Hoy estreno de la emocionante película americana en cinco partes *Cabalgando desenfrenadamente*, por el simpático actor Hoot Gibson, y la chistosísima cinta cómica en dos partes *Quédate agarrado*». «Ideal Cinema: Hoy, en popular y vermut, *La hija indómita,* emocionante relato, versión cinematográfica de la famosa novela de Jules Mary *La fille sauvage*. El interés de *La hija indómita* aumenta considerablemente en los episodios que hoy se proyectan. En estos episodios *—El ángel del hogar, Un grito en las tinieblas* y *En el engranaje—* se suceden las escenas trágicas que se desarrollan en un ambiente de lujo y elegancia y sobre maravillosos fondos».

Todo esto decía el periódico del día 21 de abril de 1925.

Y era verdad que la ciudad contaba con un cinematógrafo nuevo desde 1923 y era un hermoso local modernizado, sin palcos, galería, ni paraíso, alto de techo, con una luminosidad anaranjada que procedía de unas bombillas anaranjadas que, a su vez, constituían el núcleo de unas flores en relieve anaranjadas también, distribuidas profusamente por los muros y techos del amplio recinto. No importaba que el temporal de la tarde anterior, por su intensidad y duración, abriese varias vías de agua en la estructura del edificio y que los relieves de flores escurriesen, dibujando, sobre las agrisadas paredes, unos caprichosos churretes color naranja. Eso no importaba para que el Ideal Cinema abriese sus taquillas el 21 de abril del 1925 y anunciase los tres nuevos episodios de *La hija indómita*.

También «Cecilio Rubes · Materiales Higiénicos» sufrió las desagradables consecuencias de la inundación, y no por ello cerró sus puertas a una posible clientela. En realidad, fuera de los sótanos, el Establecimiento no padeció demasiado, aunque sí lo suficiente para que Cecilio Rubes tuviera el humor agriado aquella mañana. Méndez, el auxiliar de contabilidad, no estuvo discreto cuando dijo «que también las bañeras debían bañarse de vez en cuando». Se lo dijo a Valentín confidencialmente, como una graciosa ocurrencia, pero Cecilio Rubes lo oyó y se creyó en el deber de darle cuatro voces. Aquel muchacho de los granos era un insolente. Méndez se ruborizó, pero menos de lo que se hubiera ruborizado el año dieciocho. Según Cecilio Rubes, el triunfo definitivo de la revolución rusa había revolucionado igualmente otras muchas cosas en su ciudad y en su establecimiento. Desde

hacía tiempo venía advirtiendo en los de abajo algo como un malestar; un efervescente afán por dar la vuelta a las cosas. Cecilio Rubes iba en sus suposiciones demasiado lejos. En realidad era el matrimonio —que le tocaba algo más de cerca que la revolución rusa— lo que le transformó un tanto el temperamento a Méndez, el auxiliar contable. Méndez ya lo advirtió a poco de casarse con Lola. Le preguntó a Valentín:

—¿No cree usted que el matrimonio ayuda a quitarle a uno la vergüenza?

Valentín frunció el ceño, pensó: «Idiota», y dijo:

—Depende.

Añadió Méndez:

—Yo opino que uno que se atreve a querer a una mujer se atreve a todo lo demás.

Los bomberos estuvieron achicando el agua de los sótanos y revolviendo gran parte de la mañana. Cecilio Rubes seguía sus evoluciones con marcado interés. En cierto modo, lo que le interesaba a Cecilio Rubes era evitar la posible sustracción de toalleros, repisas y portaesponjas. Cecilio Rubes era en 1925 un poquitín más desconfiado que en 1917. Más tarde, cuando los bomberos se marcharon, Rubes se encontró con la desagradable sorpresa de que uno de los retretes de la exposición había sido utilizado. Ello acreció su mal humor y su irritación y acusó a Méndez del desaguisado. Méndez dijo:

—Señor Rubes, uno no ha perdido la vergüenza hasta ese punto.

Camino de casa, con su abrigo de entretiempo, su sombrero de fieltro y su bastón, Cecilio Rubes aparentaba una más severa dignidad que seis años antes. Se le notaba el paso del tiempo en los andares menos briosos, en la curva del vientre, más floja y fláccida, y en los bigotes más recortados. Sin embargo, Cecilio Rubes, sobre poco más o menos, continuaba siendo el mismo Cecilio Rubes de seis años atrás. Quiso pensar en Sisí para descargarse de su mal humor y pensó en Adela. «Es idiota lo que hace —se dijo—. ¿Por qué no la gimnasia en vez de quedarse sin comer?». Entendía que el adelgazamiento era muy distinto de conseguirlo en una u otra forma. Para la galería, quizá sirviese un adelgazamiento que no era otra cosa que desnutrición, pero para el marido era preferible el adelgazamiento logrado a base de un ejercicio muscular concienzudo y cotidiano. «¿Qué pretenderá?», se preguntó.

Precisamente aquella mañana había decidido Adela romper con los viejos moldes. Con los años se había convencido de que la señora Rubes venía obligada a ser la primera en abordar las nuevas corrientes en la ciudad. Los últimos figurines de París y los modelos de primavera de Pedro Rodríguez se

hacían lenguas sobre la nueva moda femenina, rabiosamente revolucionaria. La mujer, venían a decir, debe convertirse en una pura y estilizada línea recta. Era sugestiva la innovación y Adela se propuso sorprender a su marido. A Cecilio le halagaba ver a su mujer a la vanguardia de la moda, le halagaba que fuese Adela —y no Gloria— quien fijara la pauta. Mas Cecilio Rubes desconocía en absoluto las nuevas tendencias. Adela, en cambio, llevaba semanas rumiándolas. Suprimir su moño, guillotinarlo sin más, se le hacía un poco cuesta arriba. Anhelaba, en cambio, verse embutida en uno de aquellos informes vestidos «palo de rosa» y poder olvidarse de sus senos y sus caderas superabundantes. Mas una cosa implicaba la otra y hasta esta mañana no se decidió del todo.

Llevaba un mes sometiéndose a un régimen de comidas que a Cecilio exasperaba. En realidad, Adela reconocía que con tanta privación no consiguió otra cosa que dos profundas ojeras y un desmadejamiento general que no le permitía estar de pie más de un cuarto de hora seguido.

Se miró al espejo del tocador con una intención analítica, como si se viese por primera vez, y se encontró extraña, un poco más llena de cara y un poco más dura, y con un cierto y remoto parecido con Sisí. «Lo del pelo podría ser una equivocación», se dijo. Oyó llamar a Cecilio y se apresuró. Se coloreó levemente las mejillas y se cepilló las cejas. Su cerebro estaba un poco obnubilado.

Notó que le saltaba el corazón al abrir la puerta. Notó también el gesto de estupor de Cecilio Rubes, su vano intento por pronunciar una palabra que se le enredaba enojosamente en la lengua. Cecilio la miró de arriba abajo. Estaba a punto de desmayarse. Vio la extraña cabeza de Adela, peinada como un muchacho, las presuntuosas medias ondas de las patillas, aquella especie de saco informe, color de rosa, eclipsando deliberadamente todas sus redondeces, y con un cinturón, sin ceñir, colocado una cuarta más abajo de las caderas. Constató Cecilio, tras la primera impresión, que le volvía el uso de la palabra.

—Bien —dijo—. ¿Qué especie de barbaridad es ésta?

Adela prendía azorada el inmenso collar de gruesas bolas que le caía hasta más abajo del pecho; se encontraba vendida, a la intemperie, casi tanto como la primera vez que Cecilio, su marido, apartó el biombo de un manotazo cuando ella se desnudaba.

—¡Oh! —dijo Adela, chillando—; ¡siempre te ha gustado, Cecil, verme seguir el ritmo de la moda!

—¡La moda! ¿Puede saberse qué broma es ésta?

Ella se aproximó a él. La impulsaba un oscuro afán, casi una necesidad, de esconderse. Ni los años, ni su hijo lograron establecer entre ellos un puente de confianza.

Añadió Adela:

—La línea recta y el pelo a lo *garçon*, ¿es que no te gusta, Cecil? En París y Madrid las damas no visten ya de otra manera.

—¿Es posible? Bien. ¡No me gusta! —gritó Cecilio, a quien la mención de París y Madrid enervó momentáneamente.

—Es cuestión de acostumbrarse —añadió Adela con una puntita de voz.

—¿Qué es lo que se trata de ocultar aquí? ¿Es que es una monja quien ha dictado esta moda? —dijo Cecilio.

—¿Ocultar?

—Bien —dijo Rubes—. No irás a decirme que estos sacos son favorecedores, ¿verdad?

—Vaya, Cecilio —dijo Adela—. A los hombres siempre os ocurre lo mismo cuando se trata de romper con las viejas costumbres. Pedro Rodríguez dice: «Hay que sustituir la forma por la línea». ¿Vas a decirme, Cecil, que Pedro Rodríguez no sabe lo que se dice?

Cecilio Rubes se irritó:

—Bien —dijo—. ¡Al diablo Pedro Rodríguez y París y la moda! Yo también sé lo que me digo y… bien, digo que la forma es fundamental en una mujer y que es un absurdo hablar de sustituir la forma en la mujer, porque la forma es su esencia, ¿te enteras? Y la línea recta es una equivocación inventada seguramente por una mujer más seca que un palo, y que va contra la realidad de la mujer, que es, por definición… bien, es, por definición, una línea curva. Bueno. Dime, bien, ¿qué es lo que queda de una mujer si prescindimos de… de… bueno, de eso? ¿Quieres decirme qué deseos van a despertar en los hombres… bien, unas escobas vestidas? ¿Quieres decirme qué cosa monstruosa va a ocurrir en el mundo si los hombres no pueden enamorarse en lo sucesivo de las mujeres?

Adela tenía ganas de llorar. Hubiera llorado allí mismo si no le pareciera grotesco llorar con aquel vestido y aquel pelo y aquella traza. La opinión de Cecilio la había deprimido. Se encontraba espantosamente ridícula y, por un momento, odió a Pedro Rodríguez.

Dijo Cecilio Rubes:

—Los modistos no saben ya qué inventar y se ríen de vosotras colocándoos esas visiones estrafalarias. Bien, pues Cecilio Rubes no está de acuerdo con los modistos y ningún modisto se ríe impunemente de Cecilio

Rubes. Bien, eso tiene remedio, pero ¿ese peinado? ¡Ah, es horrible! ¿Es que no lo comprendes? Una mujer que se precia de algo no puede asomarse así a la calle. Bien. Provocaría una revolución; eso es lo que quiero decir. Lo mejor que puedes hacer, querida, es olvidarte de ese horrible vestido y disimular ese horrible peinado y… y, en fin, tratar de olvidar este horrible momento de debilidad.

A la semana siguiente Gloria les invitó a su casa y apareció ataviada con un vestidito «palo de rosa», de cincuenta centímetros de falda, el cuerpo largo, la línea recta, y la cabeza tan ligera de pelo como la de un muchacho de diez años.

—Bien —dijo Cecilio Rubes—. ¿Quién sería capaz de adivinar que es usted la madre de cinco criaturas? ¡Si parece usted otra!

A Adela le sacudió interiormente como un viento de tempestad.

—Dime, Adela —dijo Gloria—, ¿cómo me encuentras? Es un poco extravagante la nueva moda, ¿no es así?

—La moda siempre ha sido una cosa caprichosa —dijo Luis Sendín.

Los niños armaban una estrepitosa algarabía en el cuarto de los trastos.

Dijo Adela, despechada:

—¡Oh! ¿Cómo puedes vivir, Gloria, con este ruido infernal a todas horas?

Un mes más tarde, ojeando en el Club una revista de Madrid, el coronel López se detuvo ante la página de modas.

—Rubes —dijo—. Por amor de Dios, Rubes, ¿se ha detenido a considerar con atención a esta muñeca?

—Odio la nueva moda —dijo Cecilio Rubes—. De esta manera todas las mujeres son iguales.

—Todas extraordinariamente atractivas —dijo el coronel López—. Son tentadoras, ¿no es cierto? Parece como si les hubiesen colocado un saco sobre la piel, sin otra impedimenta. Luego, al andar, bueno, al andar, los pliegues indican… Vamos, ustedes ya saben lo que yo quiero decir, ¿no es cierto?

León Valdés exclamó:

—Exacto. Sobre este punto, opino lo mismo que tú. La exhibición plena sugiere menos que una levísima insinuación.

Cecilio Rubes llegó a casa un poco cohibido y meditabundo aquella tarde. Pensó en Paulina. A menudo, en los últimos seis años, había pensado en Paulina y no le disgustó hoy imaginarla dentro de un vestidito «palo de rosa» de falda corta y cuerpo largo y holgado. «Bien, pero Paulina no puede desprenderse de las melenas. Sería un error». Con esta evocación llegó casi a comprender al coronel López y a León Valdés. Sí, efectivamente, al moverse,

se insinuarían… Desechó la imagen violentamente. No le gustaba deleitarse con lo que no estaba a su alcance. «Si los hambrientos no se recreasen tanto pensando en un menú imposible habría menos descontentos por el mundo. Y también menos revoluciones». Cecilio Rubes pensaba así, y por ello siempre procuraba despertarse un recuerdo casto de Paulina, aunque muy pocas veces lo consiguiera.

Besó a su mujer en una mejilla, de una manera un tanto formularia. Hacía meses que Adela no despertaba en él el apetito de otros tiempos. No obstante, salvo sus poco frecuentes escarceos extramatrimoniales, Adela seguía siendo para él el remedio de una necesidad. A veces, Adela le trastornaba en grado sumo, de manera insospechada, pero Cecilio Rubes se confesaba, entonces, que también un famélico podría trastornarse a la vista de un pedazo de pan seco. A Cecilio Rubes le gustaban mucho los símiles de los famélicos y, desde un punto de vista exclusivamente sexual, se encontraba más de un paralelo con ellos.

Adela dijo:

—Sisí no quiso trabajar hoy, Cecil. Creo que es hora de tomar una determinación con él. ¿No crees que los siete años son una edad más que suficiente para aprender a leer? Luisito Sendín ya lee de corrido y escribe y suma y resta y multiplica. Elisita Sendín tiene sólo cinco años y ya deletrea. ¿Qué esperamos para tomar una decisión con este chico, querido?

Sisí Rubes estaba alto y desarrollado para sus siete años. Tenía un pelo intensamente rubio, casi pajizo, y la piel tostada, muy oscura; sus ojos azules, limpios, eran como dos lagos dentro de una tierra árida. Adela decía: «Mi padre era muy cetrino de piel. —Cecilio decía—: No te molestes, querida. Sisí es Rubes de los pies a la cabeza». «Tú eres rosado de piel, Cecil, no lo olvides. —A Cecilio Rubes le mortificaba ser rosado de piel, y más aún el que se lo echasen en cara—. ¡Bien, eso no hace al caso! —decía—. El chico es Rubes». En el fondo, Cecilio estimaba una desgracia el que el chico pudiera heredar algo del malhadado funcionario Martínez.

Sisí Rubes tenía del mundo, a los siete años, una visión peculiar. El mundo se componía de dos partes; una: Sisí Rubes; la otra: el resto, con la particularidad de que esta última se debía a la primera y giraba en torno de ella de un modo complaciente y continuado. Bajo esta consideración personal que Sisí Rubes se forjó desde los dos años, Sisí era medio mundo y el centro de gravitación del otro medio. Con el uso de la razón y una idea más concreta de las cosas, le llegó a Sisí Rubes el convencimiento de que aquel que no sacaba de la vida lo que deseaba es que era un tonto.

Existía para ello un medio infalible. Sisí Rubes tenía un concepto desorbitado y excesivo del valor de las lágrimas. Las lágrimas constituían para él la llave que abría todas las puertas. Ya, cuando era aún un niño de meses, Sisí Rubes comprobó que un vagido en la noche atraía sobre su cunita el movimiento; dos vagidos, de día, tenían la hermosa virtud de aproximar hasta su boquita diminuta la teta apasionante y suculenta del ama Jacoba.

Luego, al crecer, Sisí fue descubriendo paulatinamente la maravillosa eficacia del llanto. Unas lágrimas y una pataleta simultánea valían, por ejemplo, para que llegara a sus manos sin demora el juguete apetecido, para retrasar una hora o dos el momento de acostarse, para salir de paseo antes de que el aña concluyera de comer, para pasar a jugar en casa de los Sendín, para que le permitieran ver de cerca la partida de tresillo que sus padres disputaban a los vecinos de enfrente. Sisí Rubes intuía, en una palabra, que las lágrimas resultaban omnipotentes, administradas con oportunidad y discreción.

Desde muy niño apreció también Sisí Rubes dónde se escondía el principal obstáculo para lograr sus deseos. Antes de cumplir el año, Sisí Rubes se acostumbró a ver en su madre un adversario. Ella era siempre la que se enfrentaba a sus caprichos, la que le reprendía si rompía un juguete, la que acudía a su padre en demanda de castigo, cuando Sisí Rubes trastornaba, aunque fuese levemente, el ridículo y caprichoso curso de las cosas. En realidad su madre, y sus faldas, y su ternura demasiado escondida, sólo servían para refugiarse en ella cuando el cielo pesado y sombrío se derrumbaba pavorosamente sobre la ciudad durante las dramáticas tormentas estivales. Sisí Rubes temblaba entonces y sólo hallaba refugio adecuado en la solicitud protectora de su madre. Ella era fuerte, rígida y dura, y los relámpagos y los truenos nada podrían contra ella. También servía su madre para arroparle y abrigarle contra los siniestros fantasmas que, a veces, se levantaban en sus sueños.

A Adela le preocupaban estos trastornos. Cecilio decía: «Bien, yo también tuve terrores nocturnos y miedo de las tormentas y aquí me tienes. Todos los chicos tienen terrores de esa clase».

Por el contrario, en el decurso diario y normal de la vida, Sisí Rubes encontraba en su padre una base y un apoyo fundamental. La eficacia de su llanto penetraba en su padre primero y su madre la admitía después, siempre, claro es, a regañadientes. Gracias a su padre disponía de un incomparable arsenal de juguetes. Gracias a su padre no había el menor riesgo en destriparlos. (Si Sisí destripaba un muñeco para sacarle el relleno, Cecilio Rubes decía sonriendo: «Este chico será un cirujano extraordinario». Cuando

Sisí destrozaba un automóvil de pedales o un triciclo por el placer de estropearlos, su padre decía: «¡Qué formidable ingeniero lleva dentro!»). Gracias a su padre, Sisí conocía la plaza de toros, la iglesia, la botica, el teatro y el cine. Gracias a su padre disponía de una habitación empapelada de muñecos multicolores, con una sólida camita de cuello de cisne, una mesa y dos sillitas diminutas y una estantería, ahora llena de animalitos de trapo, para que el día de mañana colocase sus trofeos Sisí Rubes. Gracias a su padre, en fin, podía aún Sisí Rubes seguir disfrutando de una completa autonomía personal.

Su madre estuvo a punto de echarlo todo a rodar un año antes, al decidir enviarlo al colegio. Sisí Rubes fue cuidadosamente preparado durante meses en relación con su proyectado cambio de vida. En el colegio había flores y pájaros y confites y niños simpáticos con quienes jugar. El colegio era una especie de paraíso anticipado, que Dios tenía dispuesto en la Tierra para los pequeños que eran buenos. Pero a Sisí Rubes le ocultaron que los niños del colegio no estaban allí para procurarle a él una complacencia, y que también había allí monjas oscuras y siniestras parecidas a los fantasmas que poblaban sus noches, y que también había allí un abecedario implacable y una numeración cardinal, ordinal y romana contra la que su cabecita rubia y alborotada chocaba como contra un muro. Sisí Rubes receló, tan pronto se vio en el colegio, que el medio mundo que habitualmente giraba en torno suyo trataba de desglosarse ahora y, entonces, cogió una rabieta y pidió que le llevaran a casa.

Adela, su madre, se mostró muy obstinada. Dijo: «Sisí ha de ir al colegio, si no quiere ser un desgraciado. —Pero su padre intercedía y era su padre quien mandaba en casa—: No creo que sea imprescindible ir al colegio a los seis años. Bueno. La verdad es que yo he tenido un hijo para que sea feliz. No sé si te dije alguna vez, querida, que, a mi entender, la educación debe reservarse para los pobres».

Sisí Rubes volvió a sus juguetes y a sus costumbres y a sus caprichos, con una sola innovación: cada tarde, su madre le hacía enfrentarse con el abecedario. Algunos días se rebelaba y una tarde Adela llegó a golpearle. Sisí Rubes se lo contó a su padre, llorando. Por la noche les oyó discutir vivamente en su habitación. Luego, oyó un gran ruido. Por la mañana la mesilla de noche de su padre estaba rota. Su madre no volvió a golpearle y él podía negarse impunemente a dar su diaria lección.

Ahora, Adela decía:

—Sisí no quiso trabajar hoy, Cecil. Luisito Sendín lee de corrido y escribe y suma y resta y multiplica, y Elisita Sendín, con sólo cinco años, ya deletrea. ¿Qué esperamos para tomar una decisión con este chico, querido?

Cecilio Rubes abrió el mueblecito de las botellas y se sirvió una copa. La musiquita solía inspirarle decisiones discretas.

—Bien —dijo—. ¿Qué esperas para colocarte tu vestidito «palo de rosa», querida?

—¿Eh? —dijo Adela—. ¿Te dijeron algo en el Club esta tarde, Cecilio?

—Bueno, me gusta. Me ha costado entrar, pero al fin he entrado. ¿Qué tiene eso de particular? Nunca he sido fanático ni intransigente con tus cosas, que yo sepa, querida.

A Adela le subía una fuerza dolorosa a la garganta. Dijo:

—¿Después de que Gloria está harta de él y la gente cansada de vérselo?

—Bien —dijo Rubes—. No hablo de ese traje en particular; hablo de la moda y… bien, de todo eso de la forma y la línea recta.

—Me haré otro modelo —dijo Adela—. Pero dime la verdad, Cecilio, ¿te dijeron algo en el Club esta tarde?

Sonrió Cecilio con cierta piedad:

—¿Puede caber en tu cabeza, Adela, que en el Real Club se discutan problemas tan vanos e insignificantes? —dijo.

Al día siguiente, Sisí Rubes se negó también a sufrir la lección. Adela aguardaba impaciente a Cecilio Rubes. Dijo, al verle:

—Otra vez. ¿Qué te parece?

—Otra vez, ¿qué?

—Sisí.

—¡Sisí, siempre Sisí! ¿Qué harías, querida, si Dios te hubiera dado un hijo verdaderamente arisco?

—¿No te parece arisco Sisí?

—¡Cielo santo! —chilló Rubes—. Trataste pocas criaturas en la vida, ¿verdad, querida? Bien, ¿cuándo vas a darte cuenta de que ni el arte, ni la ciencia, ni la educación se encuentran en los libros? Para tratar a tu hijo, Adela, no te debes guiar de un libro, sino de tu propio corazón. ¡Eso es!

Insistió Adela:

—No soy partidaria de blanduras con los chicos, Cecilio, ya lo sabes. ¿No crees que con esta actitud no hacemos más que perjudicarle?

—Perjudicarle, perjudicarle… ¿Piensas que un niño es más feliz llevándole siempre la contraria que viviendo su vida libremente?

—De continuar así, Sisí será un niño bobo y el hazmerreír de los demás, eso es lo que pienso.

—Eso es otra cosa —dijo Rubes—. Bien, no digo que el chico no deba aprender a leer, querida, entendámonos… Bueno, lo que yo digo es que se le puede llevar a ello de otra manera que no por la viva fuerza. Por ejemplo, por ejemplo… tú puedes decirle: «Bien, pequeño, cuando aprendas a leer podrás ver aquí… bueno, por ti mismo, lo que le ocurrió a Blancanieves con los enanitos del bosque». ¿Comprendes?

Cecilio Rubes sonrió, persuadido de la eficacia de su sugestión. Estaba satisfecho de sí mismo. La reacción de Adela le dejó un poco perplejo. Dijo Adela:

—¡Oh, Cecil! ¿Tan ingenuo eres? ¿Crees que no apuré ya todos los recursos? ¿Crees que no le dije cien veces lo de Blancanieves y lo de Cenicienta y lo de Pulgarcito y lo del Gato con Botas? ¿Y sabes qué conseguí? Sisí dijo: «Sé lo que le pasó a Blancanieves, mamá. Y lo que les pasó a la Cenicienta, a Pulgarcito y al Gato con Botas. ¡No quiero aprender a leer!».

Cecilio Rubes permaneció un momento pensativo con la copa en la mano. Le costaba claudicar. Al fin, dijo:

—Bien. Habrá que pensar en tomar una profesora. Ésa puede ser la solución. No enseña a leer quien quiere sino quien puede. Eso es. Bueno, tomaremos una profesora para el chico; vaya. Creo que es la única posible determinación.

El primer antojo de un automóvil le asaltó a Cecilio Rubes el día que vio a León Valdés encaramado en su Forito, petardeando y sembrando el pánico por las calles y plazas de la ciudad. Los chicos se detenían embobados a verle a la puerta del Club y él descendía cojeando con cierta petulancia, se quitaba las gafas de los ojos, sacaba un poco de brillo al parabrisas, echaba un vistazo a las cuatro ruedas y encendía indefectiblemente un cigarrillo sobre el bordillo de la acera.

Rubes se dijo, al verle: «Es interesante. El automóvil es el último grito de la civilización». Bien pensado, a Cecilio Rubes le resultaba más cómodo tomar el ferrocarril, o simplemente el landó, cuando tenía que desplazarse. Pero no era menos cierto que la gente empezaba a mirar, sobre todo la juventud, los coches de caballos por encima del hombro, y con esa suerte de compasiva condescendencia con que se consideran las antiguallas. «Bien —se dijo Rubes un día—, cuando voy en el landó la gente me mira como suelen mirar los turistas las murallas de Ávila». Esto le deprimió a Cecilio Rubes. Él

fue el primer hombre de la ciudad en tener luz eléctrica, calefacción y teléfono en su casa: el que León Valdés y otros cuatro o cinco conciudadanos se le hubieran anticipado en el uso del automóvil se le hacía, de pronto, una deplorable postergación. «Bien —pensó—, habrá que comprar un automóvil».

Pero cuando verdaderamente se decidió Cecilio Rubes a comprar un automóvil fue después de oír a Ramón Prado, en el Real Club, que su deseo más ferviente era adquirir un automóvil; después de oír suspirar a Méndez, el auxiliar contable: «¡Quién tuviera un automóvil!, —y después de oír a su hijo Sisí decir a gritos—: ¡Papá, yo quiero un automóvil!». Cecilio Rubes se decidió entonces. Cecilio Rubes solía ultimar sus adquisiciones por lo que deseaban los demás, antes que por lo que él mismo deseaba. Le gustaba que la gente dijese: «¡Qué suerte Rubes; ya se compró el automóvil!»; «Ese Rubes tiene siempre lo que quiere, —o bien—: ¡Qué fortuna la de Cecilio Rubes!». Pero Cecilio Rubes vio, en esta ocasión, una feliz oportunidad para estimular a Sisí de una manera incruenta: «Bien —le dijo—. El día que aprendas a leer te compraré el automóvil. Además, debes comportarte bien con la señorita Matilde».

Cecilio Rubes no aguardó a que Sisí aprendiera a leer para empezar sus gestiones. Desechó de entrada las marcas Citroën y Ford porque el periódico decía: «Los coches Ford son los que proporcionan mayor placer», «Los automóviles Citroën son los más económicos del mundo», y Cecilio Rubes, como la mayor parte de los hombres que se anuncian, desconfiaba de los anuncios. Entendía que los anuncios estaban bien para esa parte ingenua de la humanidad que son mayoría, pero en un hombre maliciado como él, los anuncios no provocaban otra cosa que una media sonrisa de escepticismo. Él sabía por dónde se andaba y no se dejaba embaucar así como así.

Habló con Fidel Amo, que era un técnico y fue, en su juventud, campeón de velocidad en biciclo, y le recomendó un Ballot, modelo torpedo Tourist. Le dijo: «El Ballot Tourist es un coche de semilujo, bien dotado, con embrague a disco único. —Dijo Cecilio Rubes—: Vaya. Eso es interesante». Pero Méndez, el muchacho de los granos, no estaba de acuerdo. «Donde esté el Chevrolet, señor Rubes, que se quite el Ballot. Delante de un Chevrolet hay que descubrirse». Cecilio vaciló. Por la tarde de ese mismo día cambió impresiones con Luis Sendín. Luis Sendín era un hombre comedido que pesaba las palabras. «¿Conoce usted el Talbot, Rubes?, —le preguntó—. Bien, no, no lo conozco», respondió Cecilio. Añadió Luis: «Bueno, no sé si habrá otro tipo de coche hoy con transmisión por eje a doble cardán y empuje por las ballestas». «Eso está bien, ¡caramba!», dijo Rubes.

Al día siguiente, en compañía de Fidel Amo, visitó la casa Ballot. El representante era un hombre pequeñito, de ojos enloquecidos y un arisco pelo indómito. Hablaba mucho y demasiado técnicamente. Cecilio Rubes se encontraba como perdido en un bosque frondoso. Decía el hombre de los ojos enloquecidos:

—Aquí tiene usted el torpedo Tourist. La elegancia de la línea, los cuatro cilindros en bloque, las dimensiones del chasis y demás están a la vista, ¿me comprende usted? Pero reúne además una serie de características que hacen del Ballot el coche del día.

Fidel Amo lo miraba como diciendo «¿Qué te dije yo?». Puntualizó el hombrecito del pelo estropajoso:

—Los cárters son de aluminio, ¿comprende usted? El suspensor lleva tres apoyos de grandes dimensiones para el cigüeñal y el inferior forma el depósito de aceite; en la parte posterior va acoplada la caja de velocidades, ¿comprende usted? Las válvulas, alojadas en la culata de los cilindros, están mandadas directamente por el árbol de levas. La distribución se efectúa con piñones helicoidales y comprende un eje vertical que recibe su movimiento del cigüeñal accionando por su extremidad inferior la bomba de circulación de aceite, por su parte media la bomba de agua y el alumbrado del motor y por su extremidad superior el árbol de levas, ¿comprende usted?

Cecilio Rubes analizaba el mullido de los asientos, el tono del tapizado, el brillo de los níqueles y el grosor de las llantas. Fidel Amo le dio con el codo, insinuando: «¿Qué te parece?. —Rubes pensó—: Todo es propaganda». Dijo, después de dar una vuelta en torno del vehículo:

—Ah, sí; me gusta. Volveré.

A media tarde, con Méndez al lado, visitó la casa Chevrolet. Le atendió un hombre calvo de voz afeminada y modales estudiados. Hablaba con esa monotonía que da un previo aprendizaje y la repetición cotidiana de una lección dominada de memoria. No descendió el calvo, como el hombrecillo del Ballot, a detalles técnicos. Es posible que presumiera en Cecilio Rubes el desconocimiento total de la mecánica que efectivamente le invadía. Dijo:

—En los comienzos del año, el Chevrolet domina en absoluto el mercado de los precios bajos, con una preponderancia indiscutible. El Chevrolet ha conseguido esta envidiable posición por sus propios méritos, y este éxito alcanzado no ha sido de improviso, no es debido a una casualidad, sino que lo debe a haber probado de una manera decisiva la potencia del principio en que se basa esta marca, y consistente en que, dado un producto de una valía intrínseca excelente por demás…

Cecilio Rubes desistió de escucharle. Le aburría aquel hombre y le parecía un invertido. No le gustó. Tampoco le gustó el modelo de automóvil que le mostraba. Se le antojaba demasiado sencillo, totalmente desprovisto de grandeza. Pensó Rubes: «Propaganda». Méndez le dirigía toda la capacidad de expectación anhelante que cabía en sus ojos y sus granos. Le miraba, como diciendo: «¿Qué le dije yo?». Cuando, al cabo, concluyó de hablar, Rubes recorrió con sus ojos el tapizado, los níqueles y el grueso de las ruedas. Dijo, luego:

—Me gusta. Volveré.

Al día siguiente recogió a Luis Sendín en el juzgado y visitaron al representante de Talbot. Cecilio Rubes no llegó a discernir quién de aquellos dos hombres que le abrumaban gesticulando, a su alrededor, diciendo: «Acomoda cinco pasajeros y tiene un tapizado fuerte y elegante», «Eje delantero montado sobre un rodamiento de bolas», etcétera, era el auténtico representante de la casa Talbot. Ambos rivalizaban en mostrarle las maravillosas características de aquel modelo, le tomaban del brazo, le empujaban, le forzaban a agarrar el volante, a abrir y cerrar las portezuelas, le sentaron en las cinco plazas disponibles y, finalmente, le cogieron entre los dos, le acomodaron, acomodaron a Luis Sendín a su lado y salieron disparados por las calles de su ciudad. Cecilio decía: «¡Cuidado, un ciclista!», «¡Ojo con esa mujer!». Iba asustado. El más alto de aquellos hombres conducía a velocidades de vértigo. Al regresar le obligaron a tomar el volante. Cecilio Rubes temblaba: «Bien, no es necesario —dijo—. Tendré un mecánico». «No importa, no importa, —decía el alto. El otro, por el lado opuesto, decía—: Para ordenar hay antes que conocer. ¡Desembrague!». «¡Acelere ahora!», chilló el otro. El coche arrancó de improviso y Luis Sendín se echó sobre él; notó su peso en la espalda. Volvió la cabeza. «¡Cuidado!, —gritó el hombre alto—. Bien, desembrague de nuevo y cambie de velocidad», dijo el otro. Los dos actuaban sin darle tiempo a él para intentarlo, apretaban los botones, activaban las palancas, se hacían cargo del volante, con múltiple y asombrosa variedad de reflejos. Se cruzó un carrillo de mano y Cecilio Rubes dobló a la derecha, el hombre alto dobló a la izquierda, el bajo dio un frenazo en seco. Y el coche se detuvo. Los dos se reían. Cecilio Rubes se sentía como un muñeco movido por aquellos hombres. Dentro de él empezó a levantarse, como un viento, un odio feroz.

—Bien —dijo, al fin—. Creo que uno de ustedes debe hacerse cargo definitivamente de esto.

—Es sencillo, ¿no? —dijo el hombre alto.

—En esta primera lección ha respondido usted como no es frecuente —dijo el bajo.

Cecilio Rubes pensó: «De ninguna manera compraré un Talbot».

Fidel Amo le preguntó en la primera oportunidad: «¿Te decides por el Ballot?. —Méndez le decía cada día—: El Chevrolet Coach es su coche, señor Rubes». Sendín decía, con su habitual mesura y circunspección: «La impertinencia y la vitalidad de los representantes no resta méritos al Talbot como automóvil de calidad». Sisí le dijo una noche:

—¿Compraste el coche, papá?

—Bien. Aún no hay nada definitivo —dijo Rubes.

—Bueno, papá —dijo—, quería decirte que hoy he visto un Lincoln mejor que ninguno.

—Bien —dijo Rubes.

A la mañana siguiente visitó solo la casa Lincoln. Le gustó, nada más verlo, el modelo Town Car, de siete plazas, con la parte delantera descubierta para el chofer, y la caja, con cinco plazas, aislada, detrás. «Bueno —pensó—. Éste es mi coche». El representante le dijo:

—Efectivamente, señor Rubes, ese automóvil parece hecho para usted.

A Cecilio le halagó que el agente le conociese.

—Un solo cardán, ¿qué le parece? —agregó, con un guiño de entendimiento, el representante.

—Magnífico, magnífico —dijo Rubes al ver el guiño.

Añadió el agente:

—En este coche pone usted un duro de canto sobre el motor, y llega a Madrid de canto, la vibración es mínima.

—Magnífico —repitió Rubes—. Me quedo con él.

Le brillaban los ojos de entusiasmo a Cecilio Rubes. También al representante le brillaban los ojos de entusiasmo.

—Bien, necesito un chofer —dijo Cecilio Rubes.

Entraron en las oficinas. Un subalterno dijo al agente:

—Bernardino está de más.

—Espléndido —dijo el agente.

A Cecilio Rubes le gustaron también las referencias de Bernardino y envió a buscarle. Era un hombre maduro, con el pelo gris en las sienes y una boca y unos ojos voluntariosos; tal vez un tanto apocado. Cecilio Rubes se quedó también con Bernardino.

Al llegar a casa dijo a Sisí:

—Bien, asómate.

Los ojos azules de Sisí parecían agrandados al regresar del balcón:

—¡Dios, si es el Lincoln, papá! —dijo.

—Bueno; es tuyo.

Cecilio Rubes se consideraba feliz sintiendo en sus brazos el cuerpecillo de Sisí, sintiendo sus besos y sus abrazos. Adela se echó a reír al verlos:

—Parecéis dos enamorados, querido —dijo.

Gritó Sisí, desde la altura de su padre:

—¡Asómate al balcón, mamá!

Volvió Adela, levemente estremecida:

—Querido, querido, ¿es posible…?

Chilló Sisí:

—¡Es nuestro, mamá!

—¡Oh, Dios mío! —dijo Adela—. Este verano podremos hacer esa excursión a Galicia que tanto hemos proyectado. Se lo diremos a los Sendín. ¡Oh, Cecilio, querido, qué contenta estoy!

II

El periódico del día 8 de mayo de 1927 decía: «El problema del maíz. Los almacenes están abarrotados de maíz, al que no se puede dar salida por falta de ganado». «La guerra de Marruecos. Continúa el avance por la cábila de Beni-Aros. La columna de Ketama cruzó el río Anses, ocupando Maka-Chied. La columna Capaz se encuentra en el Zoco, el Yebel de Tamarrout. Todas las columnas han enlazado entre sí, y con estos movimientos puede considerarse terminada la campaña de Senhaya y Ketama y se comenzará en el territorio de Melilla la intensa labor de organización política y militar que precisa. —También decía el periódico del 8 de mayo de 1927—: Terribles inundaciones en los Estados Unidos. Cuatrocientas mil personas sin albergue». «¿Una guerra entre moderados y extremistas chinos? La situación de Hanken es inquietante». «Mac Donald espera nuevas huelgas generales en Inglaterra».

En segunda página decía el periódico del 8 de mayo de 1927: «Ramera: se vende en el monte de Puentealto, en condiciones de arder a cuarenta céntimos carga». «Radio: Aparatos Radio-Muse, de cuatro lámparas, funcionando en alta voz. Para casinos, sociedades, etc., modelos especiales de seis lámparas, muy potentes». «Por baja de primeras materias, rebajo el 10 por ciento en el precio de mis tarifas. Recauchutados J. V. D.».

En tercera plana decía el periódico del 8 de mayo de 1927: «Teatro Bretón: Compañía Sánchez-Ariño. Estreno de *Los extremeños se tocan*. Todos saben que se trata del mayor éxito de risa del año. En Madrid se está representando a teatro lleno desde que se estrenó». «Cine Montoya: Hoy, estreno de la colosal joya de la Universal, *El libertino* (siete partes), por el eminente Reginald Denny, y *Un niño de grandes vuelos* (cómica, dos partes), por la Pandilla y el perro». «Cinema Olaso: Hoy se proyecta la superproducción monstruo, marca Metro, *El trapero*, creación insuperable de Jackie Coogan (Chiquilín). No deje de ver esta sentimental y graciosa película, última creación de Chiquilín». «Ideal Cinema: Hoy *El viejo gruñón*, preciosa película en siete partes, y una bonita cómica. Mañana: *Nobles y plebeyos*».

Cecilio Rubes se encontraba esta temporada sexualmente insatisfecho. Él prejuzgaba que el hombre al acercarse a la cincuentena dejaría de tener problemas de esta clase. Sin embargo, ahora podía asegurar que no era así, y aun que el hombre a esa edad volvía a la adolescencia en lo referente a la exacerbación de su primer instinto. No es que le desagradase sentirse útil y

sexualmente famélico —como él decía—, sino la imposibilidad de encontrar satisfacción en el lugar en que debía y con la frecuencia que precisaba. Adela, efectivamente, iba entrando en una fase de desinterés absoluto en este aspecto, por no decir de repulsión. Había veces que la correspondencia le costaba lágrimas y, en todo caso, una acre e indignada censura. «No somos ya dos chiquillos, ¡caramba!», decía Adela. De aquí que la complacencia de Cecilio Rubes fuera algo tan tortuoso y difícil de conseguir que, a última hora, hubo de reconocer que el remedio para su apetito era una cosa tan enojosa como, por ejemplo, tragarse una tableta de aspirina para disipar un dolor de cabeza; algo cuyos resultados constituían la única compensación de las desagradables medidas adoptadas.

Cecilio Rubes se pasaba la navaja con precaución. Su boca se retorcía en el más variado repertorio de muecas que pueda concebirse. El espejo reflejaba sus ojos y sus ojos reflejaban un profundo e instintivo desasosiego. Sus ojos se encendieron de pronto y volvieron, de súbito, a apagarse.

Cecilio Rubes evocaba a Paulina.

Al romper con Paulina, Cecilio tuvo que hacerse un nudo al corazón para no pensar en el futuro. Intuía que, no tardando, echaría en falta a la muchacha. No obstante, en un principio, Cecilio Rubes se sintió contento de sí mismo y de su fuerza de voluntad. «Soy un hombre —pensaba—. Soy todo un hombre. —Cuando su resolución comenzó a tambalearse visitó a su madre—. Cecilio —le dijo la viuda de Rubes—, esto que ahora lamentas será tu mayor orgullo cuando pasen unos meses». Pero su madre se equivocó. Cecilio Rubes empezaba a perder la fe en su madre y en su experiencia. El proceso resultó opuesto al que su madre previera. Fue en los primeros meses cuando experimentó un confortador estado de equilibrio que le compensaba de sus privaciones; mas, a los seis meses, le nació la nostalgia de Paulina y el sentimiento de Paulina, y Cecilio Rubes hubo de volcarse en Sisí para tratar de olvidar a la muchacha. Era cierto que Sisí animó su vida en los últimos años transcurridos. Cecilio Rubes volcaba en él toda su capacidad de amar y de ilusionarse. Le agradaba desvelar para su hijo los pequeños misterios de la vida, conversar con él, salir juntos al campo en el landó, protegerle contra la rigidez despótica que Adela llamaba educación, satisfacer inmediatamente sus menores caprichos, auxiliarle, en fin, de modo y manera que su joven vida no hallase en su curso el más pequeño obstáculo. Mas así y todo, la imagen de Paulina asaltaba a Cecilio Rubes cada vez más vívida y con mayor frecuencia. Luego llegaron los dengues y los reparos de Adela. Él, hasta entonces, había procurado no despertarse un recuerdo de Paulina demasiado frívolo, mas, al

acentuarse las reservas de su esposa, Cecilio Rubes, despechado, se decidió a evocar a la muchacha pelirroja libre de prejuicios y coacciones mentales: en deshabillé, que era como más le gustaba.

La remembranza alentó su adormecido apetito. Sisí no le bastaba ya para contenerse y Cecilio Rubes se decía: «Son dos cosas distintas. Bien. Una cosa no estorba a la otra». Su deseo fue creciendo, cociéndose en él como se cuece el temporal bajo la capa inocua de la marejadilla. Hasta que un día, dos meses antes, Cecilio Rubes no pudo más; llamó a Bernardino y le mandó preparar el Lincoln para un viaje a Madrid.

Paulina no le había escrito desde su marcha, pero Cecilio recibió carta de uno de sus amigos comunicándole el ingreso de la muchacha en la compañía de revistas para la que él le recomendara. Cecilio presumía que allí podría encontrarla cuando quisiera. Esta seguridad represaba su impaciencia y le consolaba. En anteriores viajes a Madrid tuvo que violentarse para no dar este paso. Cecilio Rubes intuía que de volver a tener a Paulina entre sus brazos ya no habría fuerza capaz de separarlos. Ahí acechaba el peligro. Mas al admitir en su cerebro, para regodearse, la imagen de la pequeña en deshabillé, Cecilio Rubes tuvo cabal y plena conciencia de que acababa de derruir la última muralla de su resistencia viril. Pensó: «No la traeré aquí. Desde luego. Nos veremos en Madrid cada dos semanas. Bien, eso será suficiente».

Le acometió un punzante ataque de celos cuando su amigo le dijo que Paulina hacía cinco años que no estaba con ellos.

—Bien —dijo Cecilio—. ¿Dónde, entonces?

Le corroía una cosa interior que era como un fuego agrio, sin llama. Su amigo se encogió de hombros; después, dijo:

—Tenía pájaros en la cabeza, la muchacha. Buenas piernas, efectivamente, pero muchos pájaros en la cabeza.

Cecilio se había enfadado:

—Bien. Es bonita y tiene derecho a exigir.

El otro bostezó aburrido:

—No tenía pizca de talento —dijo.

—¡Vaya! —dijo Rubes.

Prosiguió el otro:

—Audacia no le faltaba. Me dijo un día: «Ya estoy harta; todo o nada».

—¿Bien? —dijo Rubes inquisitivo.

—Había un tipo elegante que le rondaba las salidas y se fue con él. Yo le había dicho anteriormente: «Nada».

Cecilio Rubes sintió un raro impulso de abofetear a aquel hombre. Pero sólo el impulso. Luego se dijo que las cosas tenían que suceder fatalmente así y se conformó. Le atenazaba una inquietud efervescente. Durante dos días buscó a Paulina por todos los lugares frívolos de Madrid. Iba ciego y sólo una vez se le ocurrió enfrentarse consigo mismo para preguntarse: «Bien, si la encuentras con ese tipo, ¿qué piensas hacer?. —Entonces pensó—: Paulina no es única». Tomó un taxi y le dijo al chofer:

—Lléveme donde estén las muchachas más alegres y bonitas de Madrid.

Al día siguiente, un poco más aplacado, Cecilio Rubes avisó a Bernardino para regresar a casa. En el trayecto miraba el cogote del chofer mientras pensaba: «Mi derecho sobre Paulina ha prescrito definitivamente». Estaba triste. Cuando Bernardino frenó de improviso salió despedido con fuerza hacia delante.

—¿Qué ocurre? —dijo irritado.

—Hay un herido en la carretera —respondió el chofer.

Entonces Cecilio vio a un muchacho ensangrentado y sin conocimiento.

—Siga, siga —dijo Rubes.

—Sangra mucho —advirtió el chofer.

Rubes miró con detenimiento en derredor y no vio a nadie.

—Tire, aprisa —dijo—. Pasan coches a menudo por aquí.

Le enojaba detenerse ahora y verse mezclado sin motivo en líos de sangre y de juzgados.

—Parecía un muchacho —dijo Bernardino al acelerar.

—Sí, parecía un muchacho —dijo Rubes. Inmediatamente pensó: «¿Me habrá visto alguien?. —A continuación se relajó en el asiento y se acarició repetidamente la barbilla con sus dedos—: Bien —pensó—. Paulina, para mí, como si no existiera».

Concluyó de afeitarse, se despojó del pijama y se metió en el baño. Su vientre voluminoso casi le impedía alcanzarse con las manos los pies. Se dijo: «Bueno. Hay que reconocer que las bañeras son incómodas. Necesarias y todo lo que se quiera, pero uno a cierta edad necesita… ¡Qué sé yo!, más holgura, tener el trasero un poco más alto que los pies…. —Se quedó pensativo un momento con la esponja en la mano—. ¡Vaya! —se dijo—. Podría ser la solución. Ya lo creo que podría ser la solución». Se jabonó el pecho y las axilas y de nuevo se quedó quieto con la mirada perdida. Pensó: «Tener el asiento en un plano más alto que los pies… ¡Ah, sí, es una gran idea!… Incluso un respaldo con una inclinación… ¡Ah, claro! Bien, meditaré detenidamente sobre ello. Ahora no tengo tiempo».

Se tumbó en la bañera y se entretuvo un momento contemplando el islote de suaves perfiles que componía su vientre. Pensó: «Desde mañana haré gimnasia yo solo, ya que a Adela le falta voluntad». Oyó correr a su mujer por el pasillo y luego su voz enfebrecida en la puerta:

—¡Por amor de Dios, Cecil, date prisa! ¡Llegaremos tarde!

Cecilio gruñó por lo bajo. No le gustaban las cosas hechas aprisa, ni las cosas improvisadas. Quizá por eso nunca puso demasiado empeño en la primera comunión de Sisí; por eso y porque temía que un acto de esa naturaleza removiera en su pecho muchas cosas que prefería tener olvidadas. Desde un principio, opuso a los planes de su esposa una indiferencia glacial. Tan sólo le agarró un sobresalto al comunicarle Adela su deseo, de sopetón. «¿Es que tendré que comulgar yo también?, —preguntó Rubes—. ¡Oh, querido! Mejor sería, pero no es necesario», respondió Adela. Cecilio Rubes se sintió entonces más tranquilo y admitió la comunión de Sisí como una prueba por la que necesariamente había que pasar.

Por su parte, el comulgar tampoco le hubiese importado a él si la confesión no fuese un sacramento previo. A menudo Cecilio Rubes se decía: «Yo no pregunto a nadie sus pecados. ¿Por qué he de contarle yo a nadie los míos?». Otras veces Cecilio Rubes, en un superficial examen de conciencia, llegaba a la peregrina conclusión de que él se hallaba limpio de todo pecado y sólo podía anotarse en su debe «una sarta, y no muy larga, de pequeñas y comprensibles debilidades».

Por lo demás, Cecilio Rubes era un cristiano y admitía y deseaba que su hijo se educase y formase como un cristiano. No le molestaba, tampoco, hacer por un día de Sisí el centro de atracción de sus amistades y conocimientos. Sisí, con su cuerpo esbelto y arrogante, embutido en su marinera blanca, constituía, sin duda, un espectáculo digno y bello. Bien. Así considerado, a Cecilio Rubes le agradaba la primera comunión de Sisí y aun prometió a las monjitas del convento, donde el acto había de celebrarse, un estipendio cuantioso para que no faltasen ese día en la iglesia flores, violines, tapices, coros y reposteros. Indagando en los motivos de Cecilio Rubes uno llegaba a una diáfana conclusión: Cecilio Rubes quería y no quería la primera comunión de Sisí Rubes.

Otra cosa era la voluntad del chico, que ya contaba, y el empeño de Adela de hacer tabla rasa de ella. Sisí tenía ya nueve años y un temperamento indomable y un buen sentido de las cosas y una clarividencia precoz. Cecilio Rubes temía engordar con estos pensamientos. Se había formado una idea de Sisí, alta e incomparable. Bien mirado, Sisí no admitía rival, ni física, ni

moralmente. Y era una cosa extraña que Cecilio advertía: Adela, de ordinario blanda y fláccida, por dentro y por fuera, se erigía ante Sisí con una rigidez indestructible. Era un prurito de educación el que la movía, un afán absurdo de amoldar al chico a una senda oscura llena de contratiempos y renunciaciones.

La víspera aconteció un espectáculo indigno y desproporcionado con su motivo. Que Sisí deseara un pantalón largo para recibir la comunión era un anhelo perfectamente lógico y admisible. Que Adela, menospreciando sus legítimos deseos, se empeñase en llevarle a comulgar con pantalones cortos era una obstinada testarudez. Cecilio Rubes oyó los gritos de Sisí y corrió a su lado.

—¿Bien? —dijo.

Sisí chillaba:

—¡No quiero estos pantalones! ¡Sin unos pantalones largos no haré la comunión!

Adela dijo:

—Es un capricho tonto, Cecilio. Con calzones largos no van hoy más que los hijos de las porteras.

Cecilio Rubes dijo, mirando a Sisí:

—¿Bien?

Chilló Sisí:

—¡Yo quiero unos pantalones largos! ¡Yo dije que quería unos pantalones largos!

Dijo Adela:

—Compréndelo, Cecilio; ya no es momento.

Le hizo gracia a Cecilio Rubes el impulso agresivo de Sisí hacia su madre. Pensó: «Sabe defender sus derechos el amigo».

—Bueno —dijo—. No creo que cueste demasiado dar gusto al chico.

Adela dio media vuelta:

—No cuentes conmigo para maleducar a mi hijo.

Cecilio corrió tras ella. Pensaba: «Idiota, idiota, idiota, ¿qué sabes tú de eso?». Dijo:

—Ahora mismo se le encargan al chico… bien, se le encargan al chico unos pantalones largos.

Adela rompió a llorar:

—Yo no haré eso. No quiero que me quites la autoridad delante del niño, ¿me oyes?

A Cecilio Rubes le temblaban las manos. Adela se encerró en el dormitorio dando un portazo; pensó Rubes: «Idiota, idiota, idiota». Chilló:

—¡Cristina! Bien… Cristina —dijo, al verla, mostrándole los pantalones—, vea la manera de que le hagan a Sisí para mañana… bien, para mañana, unos pantalones largos.

Sisí sonreía con las mejillas brillantes de lágrimas y vino a abrazarle. Rubes pensó: «Bien, supongo que estas peloteras suceden en todas las casas todos los días». Dijo:

—¿Estás contento?

Cecilio Rubes se ponía la camisa cuando oyó de nuevo los tacones de Adela en el pasillo.

—¡Date prisa, Cecil! ¡Llegaremos tarde!

Cecilio rezongó al colocarse la polea. Pensó: «¡Que espere el cura!. —Luego se dijo—: Bien. Eso es una broma». Experimentaba un turbio temor cuando a veces, en el correr de la vida, sentía un súbito impulso anticlerical. Conservaba de su infancia una difusa noción de la Iglesia, y sus caóticos conocimientos le llevaban a suponer que eran los curas quienes, el día del Juicio Final, revelarían ante el Señor los pecados y merecimientos de los demás hombres.

Bajó corriendo la escalera, agarrándose al pasamanos. El Lincoln, desde el portal, le hizo una magnífica impresión, recién lavado y con los níqueles brillantes. Dentro, Sisí ponía cara de ángel y Adela daba muestras de una extraña agitación. Bernardino, impecablemente uniformado, sostenía la portezuela. Dijo Rubes, sin saber lo que se decía:

—Bueno, Sisí, hoy es un día grande para ti. Un gran día. ¿Comprendes?

Le dio una palmadita cariñosa en el muslo.

Cuando entraba en la iglesia sonó la música en el coro y los cánticos desafinados de una veintena de chiquillos. Notó Rubes, al ver avanzar a Sisí con sus pantalones largos y su inocencia, que algo se le ablandaba por dentro. «Bien —pensó—. No iré a emocionarme como una vieja boba». Inclinó repetidamente la cabeza, saludando; divisó a Valdés, con su esposa, a su amigo Tomás, a los Sendín con los niños, al coronel López y señora, a Valentín con la familia, a la señorita Matilde, a Méndez, y, llorando en un rincón, a Mercedes, la cocinera. Se alegró de pronto, al arrodillarse en el blando reclinatorio que le estaba reservado junto al altar, de este acto y de la solemnidad de que lo había rodeado. Durante la misa se esforzó en permanecer erguido y digno, pensando que la crema y nata de la ciudad le observaba las espaldas. Con el rabillo del ojo contempló a Sisí, rebosando

pueril unción, a su lado. Más allá, Adela se mantenía un poco pálida y como repentinamente envejecida. Se dijo Cecilio: «¿Qué pensará Adela?. —Adela pensaba—: ¡Oh, Dios mío!, ¿qué diría el pobre papá si levantara la cabeza?».

De pronto, el sacerdote se volvió y comenzó a hablar a Sisí en tono suave y paternal. Cecilio Rubes escuchaba embobado. Tan embobado que, cuando se dio cuenta, tenía el cuerpo hecho un ovillo sobre el reclinatorio. Detrás la señora de Valdés murmuró al oído de su marido: «¿Te fijas en Rubes? ¡Qué aviejado está!. —Cecilio se irguió de pronto. Dijo la señora de Valdés—: Se diría que me ha oído». Decía el sacerdote:

—Hijo, no debes olvidar nunca este solemne momento de tu vida. Él debe ser tu guía y tu sostén. Que el día de mañana seas un buen cristiano, casto, caritativo y virtuoso, como hoy lo son tus padres.

Cecilio carraspeó. Del coro surgió un rumor acorde que fue creciendo poquito a poco:

Las palomitas vuelan,
vuelan al palomaaar…

Era llegado el momento y Rubes advirtió, sin mirarla, que Adela lloraba unos metros más allá. Pensó que el momento así lo exigía y buscó en vano una lágrima abriendo y cerrando los ojos con obstinada insistencia.

Al concluir, llegaron las enhorabuenas y los parabienes, y el suculento desayuno preparado por las monjas y las conversaciones que se cruzaban, aumentando poco a poco de tono, a través de las cuatro mesas dispuestas en el refectorio. Méndez decía: «Esto parece una boda. —Dijo Valentín, rebuscando un pastel—: … Una boda. A mí no me va bien el dulce tan de mañana». Decía la nuera de Valentín: «¡El chiquillo está precioso!. —Rubes reventaba de euforia en la presidencia—: Padre, esta bizcocheta es perfectamente inocente…». Decía el sacerdote: «¿De modo que éste es el chiquillo del anuncio de las “Bañeras Rubes”? ¡Caramba!, cuánto has cambiado, pequeño. —La esposa del cojo León Valdés decía—: ¿Cómo no ha venido Prado?». León Valdés bajó la voz: «Hace más de siete años que están reñidos. ¿Cuándo fue la epidemia de gripe?. —Ahora decía Rubes—: Ya alcanzó nuestro respetado alcalde una subsecretaría. Bien. La ciudad no se irá ya del otro lado del río». El sacerdote sonrió: «Caridad, hermano. —Voceó Rubes—: Caridad, caridad…, yo digo, padre: el alcalde debe ser para la ciudad y no la ciudad para el alcalde». Chilló el coronel López: «Magnífica idea, Rubes. Casi tan buena como este chocolate». Gloria Sendín daba cachetitos, más bien cariñosos, en la mano de su hija Elisa, que había dejado escurrir el chocolate por su vestido nuevo. Luisito Sendín preguntaba:

«¿Cuánto tiempo hace que yo hice la primera comunión, papá?». «Un año y quince días, exactamente, —decía Luis Sendín, y, después, a su mujer—: ¿No te has mareado en la iglesia con tanta vela, mi vida?». A Gloria se le habían rellenado las caderas, pero sus ojos continuaban siendo alegremente luminosos. Sonrió: «Hoy estuve muy bien», dijo. Al concluir, el padre se levantó a dar gracias, y Cecilio Rubes se precipitó. Dijo:

—Yo le agradecería, padre, bien…, yo le agradecería una oración por mi madre. No pudo venir a la comunión de su nietecito, ¿comprende?

Dijo el cura:

—¿Está enferma doña Ramona?

—Bueno, lleva una temporadita fastidiada —añadió Rubes, y miró al techo en actitud resignada y devota.

Rezaron. Al concluir, Sisí Rubes, sofocado por la emoción, dio vuelta a la mesa repartiendo recordatorios.

Los Sendín comieron en casa de los Rubes para festejar la primera comunión y el noveno cumpleaños de Sisí. Pasaron Gloria y Luis y los dos niños mayores. Antes de comer tomaron unas copas de jerez, y Gloria dijo:

—Querido, ¿cuándo vas a comprarme la cajita de música que me tienes prometida?

Rió Sendín. Dijo:

—El niño nace en octubre, ¿no es así? Pues en octubre.

Dijo Adela:

—¡Oh!, ¿cuándo piensas terminar de tener hijos, Gloria, querida?

Cuando se sentaron a la mesa, Sendín preguntó a Rubes:

—¿Y esos negocios?

Cecilio Rubes dibujó con su chata y floja mano un ademán como de lejanía.

—¡Los negocios, vaya! ¿Cómo van a ir los negocios en una época como ésta? Sinceramente, Sendín, ¿cree usted que hemos pasado nunca otra época tan revuelta e inestable como ésta? Los tiempos son difíciles. Huelgas, hambre, guerras y el maíz pudriéndose en los graneros. ¿Qué puede esperarse de una época así?

Dijo Sendín:

—La gente entra ya con la higiene. Es evidente que se tiende ya al baño semanal y eso ya es algo.

Intervino Gloria:

—A propósito de baños —rió alto—. Leí el otro día un cuento muy divertido. El marido se lava los pies y le dice a su mujer: «El agua está

demasiado caliente, —y dice la mujer—: ¡El año pasado me dijiste lo mismo! ¿Es que no voy a acertar nunca?». Es ocurrente, ¿verdad?

Rubes rió complaciente. Dijo Adela:

—No lo entiendo.

A Cecilio Rubes le invadió una extraña amargura. En estas explosiones de torpeza de Adela veía siempre unas desagradables reminiscencias del funcionario Martínez. Dijo:

—Parece dar a entender, querida, que únicamente se bañaba los pies de año en año.

Se volvió confidencial a Luis Sendín:

—La otra tarde —añadió— reuní en el Establecimiento, a tomar unas copas, a una comisión de arquitectos, aparejadores, contratistas y maestros de obras. Bien. Yo dije: «Tengo interés en que ustedes encuentren en el montaje de cuartos de aseo un lógico beneficio». Bien, les ofrecí un descuento estimable y una bonificación. Bueno, ¿qué cree usted que me respondieron?

—No sé —dijo Sendín.

—Bien, dijeron que eso no les parecía lícito y que, por tanto, no lo aceptaban. Uno me dijo: «Me ha ofendido, señor Rubes, pero no me da la gana enfadarme con usted». Y me sonreía como haciéndome un favor. ¿Usted qué cree?

—Es un almuerzo magnífico, Adela —dijo Luis Sendín.

Adela decía a Gloria:

—Ese modelo hace la cabeza ridículamente pequeña y yo no entro con él.

Decía Sisí a Luisito Sendín:

—En mi comunión ha habido más pasteles que en la tuya.

Rubes tocó en el brazo a Luis Sendín. Estaba ya en la carne y Cecilio Rubes esperaba un poco de comprensión con el cambio de vinos. La euforia era ahora espumosa y expansiva, como una copa de champaña. Dijo:

—Yo no veo la inmoralidad en una oferta tan razonable. Bien. Pues uno me dijo: «Las casas subirán de valor y la bonificación nos la darán los propietarios, no usted. —Yo dije—: ¿Ha pensado usted que me chupo el dedo?». Otro dijo: «Estamos teniendo demasiada paciencia, vámonos. —Yo dije—: Bien, señores. Creo que no me han comprendido». Dijo Fernández Lemos, el arquitecto del municipio: «Creo que el que no quiere entendernos es usted, amigo Rubes. No deseamos entrar en un negocio que no nos parece correcto. —Bien. Yo me excité y dije—: ¡Vayan ustedes con Dios, caballeros!», y uno me dijo al salir: «Yo no tendría inconveniente en aceptar esa oferta, amigo Rubes». ¿Usted cree, Sendín, que Fernández Lemos y otro

par de tontos llevaban la representación de los demás? Bueno, usted me conoce, Sendín, y usted sabe que en mi negocio no me importa un pimiento perder un año si veo la posibilidad de que al siguiente voy a enjugar esa pérdida y a doblar los beneficios. Yo soy así. Yo soy un tipo, bien… soy un tipo que durante todo el mes de diciembre inserto en el diario un anuncio que dice: «Entre en el nuevo año con un buen cuarto de baño», y que me gasto en el anuncio la friolera de mil duros. Bien. Yo entiendo que eso no tiene importancia y…

Adela le miraba fijamente esperando que terminara. Dijo, al fin:

—¿No crees, Cecil, que estás hablando demasiado?

Rubes pensó: «Idiota, idiota, idiota. ¿Quién te dio vela para este entierro?». Sonrió y dijo:

—Usted me perdonará, Luis.

Dijo Gloria:

—Usted, usted; me hace gracia oíros hablar entre vosotros con tanta ceremonia. ¿No creéis que ha llegado el momento de tutearos?

Luis Sendín se sintió un poco violento. Rubes, en cambio, iba lanzado por una fuerza denodada y optimista:

—¡Magnífica idea! —chilló—. Bien, no creo que nos hayamos conocido ayer, querido Luis. —Le palmeaba ardorosamente la espalda—. Tú por tú, va a ser divertido, ¿no es cierto?

Bebió otra copa y añadió:

—Y ya que hemos entrado en el terreno de la confianza… Bien, te diré, te diré que yo, francamente, no te tragaba al principio. ¡Que te diga Adela, que te diga Adela! Yo decía: «Este Luis es un poco cargante. —Bueno, es gracioso, ¿no es cierto? Yo pensaba—: Los hombres con gafas no me inspiran confianza». ¿Qué te parece? Ja, ja, ja. Luego has resultado un tipo divertido. ¡Que te diga Adela! Yo te calé bien… te calé en el primer chiste que dijiste una tarde, ¿no recuerdas? Dijiste, bien, dijiste: «Como no estamos en Rusia, es el rey quien manda aquí. —Yo me dije—: Es un tipo agudo, éste. ¡Vaya!».

Luis Sendín estaba un poco amoscado. Bebió dos copas de champaña para entonarse. Dijo:

—Ahora que se han ido los chicos le diré…

—Ja, ja, ja —rió Rubes.

—Bueno, te diré —añadió Sendín— que de entrada tampoco tú me fuiste simpático, ¿no es cierto, mi vida?

Gloria se divertía y sus pequeños ojos chispeaban. Dijo:

—¿Y lo nuestro, Adela? Lo nuestro fue más que divertido. Yo perdí la llave y tú me dijiste con la muchacha: «¿Quiere usted pasar?. —Y tú me dijiste, luego—: Voy a tener un bebé y estoy asustada», y yo dije: «¡Vaya, qué casualidad! También yo espero un bebé».

Adela rompió a reír. Se sentía estrepitosamente feliz ante su taza de café negro. No recordaba la escena del día anterior cuando se encerró en el dormitorio llorando y dijo a gritos que Cecilio la desautorizaba delante del niño. Ahora le parecía todo una broma y reconocía que Sisí estaba guapo con sus pantalones largos. Rió otra vez. Dijo:

—Y yo dije: «Mi bebé nacerá en mayo. —Y tú dijiste—: ¡Caramba, qué casualidad, el mío en junio!».

Cecilio sirvió licores y vaciló ante su copa. Dijo:

—Bien, no debería beber, pero hoy haremos una excepción.

Le arrastraba una euforia desordenada y, al levantarse para pasar al salón, rodeó mentalmente la cintura de Gloria y le dijo, mentalmente, que a pesar de los años y los hijos continuaba teniendo un talle mareante y tentador. Dijo:

—Gloria, a pesar de los pesares, sigues con una figura elástica y bonita.

Luis Sendín le envió una mirada desaprobadora a través de sus cristales. Gloria se sentó al piano e interpretó unos compases de *Moraima*. Luego se volvió a ellos.

—¿Recordáis? —dijo—. Es la pieza que toqué en nuestra primera reunión. ¡Qué tiempos! Entonces la gente de esta ciudad me resultaba antipática y no me acostumbraba a sus calles, ni a sus comercios, ni a sus ruidos.

Luis y Cecilio se sentaron en unos sillones un poco apartados. Cecilio ofreció a Luis un cigarro y Luis lo rehusó. Encendieron unos cigarrillos egipcios. Rubes se sentía inclinado ahora a la conversación privada y confidencial. Veía ante sí unos preciosos grabados franceses de temas equinos que le parecían nuevos. Se relajó en el sillón y fumó despacio, con una succión esmerada y voluptuosa. A pesar de la irresponsabilidad que en su cerebro ponía el alcohol, Cecilio Rubes experimentaba cierto pudor en abordar determinados temas ante Luis Sendín. No obstante, el incipiente tuteo le invitaba a barrer de entre ellos, definitivamente, todo asomo de desconfianza. Un hombre no es amigo de otro mientras entre ambos no ha mediado una conversación sobre mujeres. Cecilio debería, en lo sucesivo, atreverse a tocar con Luis los temas que habitualmente se planteaban y resolvían entre los amigos del Real Club. Le interesaba, además, la intimidad

de Luis Sendín, sus debilidades, lo que escondía por debajo de su aparente discreción y comedimiento. Dijo:

—Puestos a recordar, me venía a la cabeza hace un momento la primera noche que cené a solas con una mujer… Bien. Yo tenía dieciséis años entonces y ella casi me doblaba la edad. Yo le dije, tomándola una mano: «A tu lado no me es posible comer ni beber. —Ella se echó a reír y me dijo—: Eres demasiado joven aún, hijo mío».

Rubes entraba con tacto y precaución. No advirtió el leve gesto de desagrado que quebró fugazmente la boca de Luis Sendín. Añadió Rubes con un ademán significativo:

—Un poco más tarde ella me dijo: «¿Sabes que ya no me pareces tan crío?». Bien. Ésa es una anécdota de juventud. Luego, uno ha acumulado experiencia y… bien, sin ir más lejos, hace dos meses, en Madrid, era yo quien le doblaba la edad a ella y ella me dijo: «Estoy un poco asustada, ¿sabes?. —Yo pensé—: ¿De qué nido ha caído esta avecilla inocente?», y luego me dije: «Recuerda lo que le ocurrió a Fidel Amo. —Bien, ¿sabes qué le ocurrió a mi amigo Fidel Amo? Bueno, estaba con una muchacha y ella le dijo—: Tengo mucho miedo, señor. A veces pienso que nunca debí dar este paso». Amo pensó: «Un mirlo blanco. —Bien, al día siguiente nos dijo en el Club—: ¡Chicos, qué bomboncito!». Ja, ja, ja. A los pocos días se encontró que había agarrado… Bueno, tú ya me entiendes, ¿no es eso?

Sendín abrió una mezquina sonrisa.

Rubes añadió:

—Yo la doblaba la edad a ella y ella me dijo: «Estoy un poco asustada, ¿sabes?. —Yo me dije—: Acuérdate de Fidel Amo», y tomé mis precauciones. Le dije: «Eres demasiado joven aún, hija mía. —Al poco rato tuve que decirle—: ¿Sabes que ya no me pareces tan niña?». Ja, ja, ja.

Le cortó en seco el vago gesto de asombro de Luis Sendín. Se inclinó hacia él. Dijo intrigado:

—¿Es que tú…? Bien. ¿Tú no tuviste nunca una aventurilla pasajera?

—Nunca —respondió Sendín categórico.

—¡Bueno! ¿No se la pegó… no se la pegaste nunca a… a…?

—Nunca —atajó Sendín.

—Bien. Eso es hacerles un feo a las muchachas —dijo jovialmente Rubes —. Es como decir: «Fuera de la mía las demás mujeres no valen ni para descalzarme un zapato».

Sendín pareció interesado:

—No —dijo—. A mí tampoco me divertiría que mi mujer tuviese una aventurilla pasajera.

—Bueno —dijo Rubes—. Son cosas distintas.

Miraba, ahora, a su amigo poniendo en los ojos toda su capacidad de asombro. Añadió:

—¿Tampoco viste nunca a la Chelito buscarse la pulga?

—Tampoco —respondió Sendín.

Cecilio Rubes se mostraba estupefacto. Pensó: «¿Qué clase de monstruo soy yo? ¿Qué pensará de mí Sisí el día que me conozca a fondo?». Insistió débilmente, por no cortar de una vez la conversación y reconocer así, tácitamente, su culpa:

—La Chelito es artista. Bien, uno no va a ver a la mujer tanto como a la artista.

Dijo secamente Sendín:

—No sé; no la conozco.

Pensó Rubes: «¿Quién me mandó a mí meterme en este berenjenal?». Permaneció un momento en silencio, retrepado en el sillón, un poco avergonzado de su audacia. Le pareció, de pronto, que Luis tenía temperamento de cura, y se le antojó una enormidad imaginarlo acostado con Gloria en una misma cama. Pensó: «No me equivoqué al juzgarlo. Es un timorato y un cargante. —Después de su euforia, le invadía un pesado aburrimiento. Se reconvino mentalmente—: ¿Es que soy yo, acaso, un terrible monstruo libidinoso?». Dijo:

—El Lincoln va bien; creo que hice una buena adquisición.

Se iluminaron los ojos de Luis Sendín. El tema de los automóviles le seducía. Por un momento pensó si Cecilio iba a resultarle un hombre desequilibrado, de esos que sólo sueñan con hacer las cosas fuera de casa. Le satisfizo comprobar que su amigo tenía otras miras menos estrechas. Dijo:

—Llevo una temporada dando vueltas en la cabeza a la posibilidad de comprar un Opel Cuatro. Claro que con tanto chico, el Opel Cuatro es poco coche para mí.

En el diván, Gloria y Adela se quitaban mutuamente la palabra de la boca. Hablaban en cuchicheos, con mucha pasión. Habían charlado, libremente, de modas y, veladamente, de mujeres equívocas. Gloria sabía, sobre este último punto, menos que Adela, y gozó mucho con los conocimientos de su amiga. Gloria decía:

—Es lo que yo le digo a Luis: «Si una mujer quiere educar debidamente a sus hijos, la vida no debe tener secretos para ella».

Adela dijo:

—Gloria, querida, ¿sabes tú el tormento que a mí me cuesta Sisí? Tengo mucho miedo por él, ¿comprendes? Algunas noches pienso que le estamos haciendo un desgraciado y un inútil y lloro a solas. Cecilio es blando con él y no se da cuenta de los peligros que eso encierra…

—¡Qué bien te comprendo! —dijo Gloria.

Añadió Adela:

—Yo no quiero chocar con Cecilio, pero a veces es inevitable. No me ayuda en nada, ¿comprendes? Es más, él se goza destruyendo todo lo que yo hago y cree bobamente que con ello hace más feliz al niño. Él dice: «La educación debe reservarse para los pobres». ¿Qué te parece?

Dijo Gloria, riendo:

—¡Qué cosas tan graciosas dice tu marido, mujer!

Añadió Adela impetuosamente:

—Dice que él quiere mucho al chico y que yo no le quiero nada y el niño me mira ya con un poco de recelo y no se da cuenta de que lo que yo deseo es su bien.

Notaba Adela una amargura creciente en la garganta: «Siempre mi optimismo viene a desembocar aquí; soy tonta», pensó.

Entró Elisita Sendín llorando y ello la distrajo.

—¿Bien? —dijo Rubes.

Dijo la niña:

—Sisí me pegó, mamá. Dice que es su primera comunión y él manda y todos tenemos que obedecerle.

Rubes rompió a reír. Pensó: «El chico tiene madera de dictador».

Dijo Gloria:

—Pobrecita.

Adela se levantó y volvió agarrando a Sisí de la mano. Dijo:

—¿Por qué pegas a la niña? ¿No sabes que es de cobardes pegar a las niñas? Pídele perdón, ¡anda!

—No quiero.

Dijo Gloria:

—Daos un besito, pequeños.

Dijo Rubes:

—Me parece una medida contraproducente que los mayores intervengan en los asuntos de los chicos. Bien… ¿por qué no probamos a dejarlos en paz?

Elisita Sendín tenía unas graciosas trenzas morenas, cogidas con dos lazos rojos detrás de las orejas. Puso un compungido puchero. Sus ojitos eran

pequeños y expresivos como los de su madre. Dijo Gloria:

—Luis, mi vida. ¿No crees que es una hora muy oportuna para retirarnos?

Luis se puso en pie. Gloria besó a Sisí:

—Felicidades, Sisí. Ya has hecho la primera comunión y en adelante debes comportarte como un hombrecito.

Cuando salieron, Sisí sacó la lengua. Dijo:

—Esa señora de enfrente es una sobona.

Dijo Adela, furiosa:

—¡Calla, mal educado!

Rubes se echó a reír a carcajadas. Dijo:

—¿No crees, querida, que Luis Sendín, padre, está volviéndose otra vez un poquito cargante?

Al día siguiente, camino del establecimiento «Cecilio Rubes · Materiales Higiénicos, —Rubes pensaba—: Bien. No es que yo me crea un dechado de virtudes, pero, francamente, tampoco un tipo corrompido hasta las raíces. Soy un poco alegre, ¡eso es todo! No soy un alelado como él, ni un medio cura. Bien. Yo me digo: "¿Qué hacen estos hombres fuera del seminario?". Si paso lista en el Club y digo que el marido fiel presente levante un dedo, no creo que salte uno. Bueno, supongo que el Real Club no será tampoco un antro de perdición, ni que nos hayamos puesto de acuerdo para asociarnos los hombres más libidinosos y mujeriegos de la ciudad. —Se hundió el puño derecho en el costado y se dijo—: Esto sigue punzando y reventando. No vuelvo a probar una copa». De repente, pensó: «¿Habrá visto Valentín buscarse la pulga a la Chelito?». Le mordió esta idea con fuerza obsesiva. Al entrar en el Establecimiento y acomodarse en su despacho, se dijo: «No es probable que Valentín haya visto a la Chelito. Es muy viejo. —Consultó sin atención las notas del calendario—. Y eso que cuando la Chelito empezaba Valentín no tendría más de… de…». Intentó distraerse revisando unas facturas. Pensó: «También los viejos disfrutan viendo a la Chelito». Firmó el correo y puso sobre las cartas un pesado pisapapeles. A continuación, se quedó inmóvil con los ojos sobre las espaldas encorvadas de Valentín, a quien divisaba a través de la cristalera. Voceó, de pronto, Rubes:

—¡Valentín!, bien… ¿le importaría que cambiásemos cuatro palabras?

El contable volvió la cabeza, le miró por encima de las gafas y se incorporó. Estaba ya un poco vacilante y achacoso. Méndez le siguió con la vista a través de la cristalera del despacho. Pensó: «Ya está el cochino viejo preparándome la encerrona». Rubes entrecruzó sus mórbidos dedos y dijo:

—Bueno… en fin… no se trata de nada de particular, Valentín, sino de un simple motivo de curiosidad. Bien… Bueno… ¿Vio usted alguna vez a la Chelito buscarse la pulga?

El contable alzó una mirada asombrada, como la de un animalejo doméstico. Pensó: «¿Qué querrá que le diga, sí o no?». Hubo una pausa. Dijo finalmente Valentín:

—… La pulga. La he visto un puñado de veces, señor Rubes.

Cecilio suspiró hondo. Sonrió luego tratando de estrechar entre ellos el naciente lazo de complicidad.

—¿Y qué? —dijo Rubes.

Era el viejo Valentín quien suspiraba ahora. Guiñó uno de sus ojos macilentos y le nacieron muchas arrugas en el vértice:

—Una mujer asombrosa —dijo—. La primera vez que la vi, lo recuerdo perfectamente, me tiró una flor, señor Rubes. Yo no me pude contener y chillé: «¡Guapa!». Ella se volvió a mí y… en fin, ¿sabe usted lo que dijo, señor Rubes?

—¿Qué? —insistió Cecilio, interesado.

—… Ella fue y me dijo: «Eso se lo dirás a todas». La gente se echó a reír y se armó un escándalo, pero ella empezó a moverse con esa gracia suya y a cantar y el público fue entrando en razón.

Rubes pensó: «¿Qué pensaría mi terrible y rancio vecino de este viejo?». Se sentía extraordinariamente aliviado. Le dio unas palmaditas afectuosas al contable. Valentín se hallaba sorprendido. Pensó: «La oportunidad no puede ser más favorable». Dijo:

—Una cosa, señor Rubes. Ahora que estamos así, es decir, ahora que podemos conversar tranquilamente a solas, yo quería decirle que hace dos meses he cumplido los sesenta y la vista me falla y mi capacidad de trabajo no es la de antaño y, en fin, que creo ganaría usted más, señor Rubes, dando paso a la juventud.

Rubes lo consideró, visiblemente sorprendido. Dijo:

—¿Me está usted pidiendo la jubilación, Valentín?

Añadió el contable con alguna dificultad:

—En cierto modo, señor Rubes, en cierto modo. Yo digo, en fin, yo digo: «A rey muerto, rey puesto». No sé si me explico, señor Rubes. Mi hijo Jacobo concluye ahora el grado de perito mercantil y yo siempre pensé que él algún día podría sustituirme. Ha cursado la carrera con aprovechamiento, señor Rubes, y espero que no tendría usted ningún motivo de queja. Es honrado, señor Rubes y…

Cecilio Rubes tuvo la intuición de hallarse hundido hasta el pescuezo en una situación enojosa.

—¿Y Méndez, Valentín? Bien. ¿Ha pensado usted en ese chico? Lleva quince años aquí y es natural que tenga sus aspiraciones y la vista puesta en su retiro. Bueno. Entiendo que Méndez tiene un par de chicos y su mujer es joven aún y… y, bueno, todas esas cosas.

La voz de Valentín languidecía:

—Esas cosas… Usted resolverá, señor Rubes. Yo serví a su papá y a usted con toda mi lealtad y puse siempre todo al servicio de la casa.

Cecilio Rubes carraspeó; no veía la solución definitiva del problema. Dijo:

—Bien. Una cosa hay clara aquí, Valentín. Ese retiro está perfectamente justificado… también la admisión de su chico en el Establecimiento. Bien, todo eso está claro y no ofrece la menor duda. Bueno… lo demás, la categoría del muchacho y… y, bien, todo lo demás, se resolverá en su día…

Pensaba Rubes: «Yo debo hacer a este hombre una demostración de pesar y de agradecimiento. No cumplo con menos». Añadió, levantándose y abrazando a su subordinado:

—Usted ha sido un funcionario modelo, Valentín, y, bueno, los Rubes… los Rubes le expresan a usted, por mi mediación… en este momento, su más profunda y sincera gratitud.

Se le abrillantaron los ojos al contable. Parecía más ruin y enteco que un cuarto de hora antes, al iniciarse la conversación. Le tembló la voz:

—Señor Rubes, señor Rubes…

Cecilio sintió el peso de la cabeza del contable sobre su pecho y, también, la vibración de sus sollozos reprimidos. Cecilio Rubes le pasó el brazo por la espalda y trató de consolarle. Pensó: «Huele a sudorcillo el viejo. ¿Qué hará que no se baña?». Dijo:

—Mi querido Valentín, no debe usted tomarse las cosas tan a pecho, ni, bueno…

Pensó: «Si yo fuera tan viejo como Valentín, me moriría del susto». Valentín se recobró, al fin. Le miró intensa, implacablemente a los ojos y Cecilio Rubes pestañeó dos veces. Dijo el contable:

—Sea como sea, señor Rubes, yo también a ustedes les estoy agradecido. ¡Vaya!, mañana le presentaré al chico.

Méndez observaba al contable, a través de la vidriera, con palmaria animadversión.

III

Hay una fotografía de Cecilio Rubes, padre, con fondo de libros, que pertenece a la época en que la efigie madura y orgullosa de Cecilio Rubes, padre, estuvo a punto de recorrer el mundo en triunfo como uno de los hombres que con su espíritu de iniciativa y su resolución aportó algo estimable al progreso y bienestar de la Humanidad. La fotografía de Cecilio Rubes, padre, no llegó a recorrer el mundo, pero sí se insertó en el diario local y aun en el *ABC* de Madrid, como información de pago. El retrato data del día en que Cecilio Rubes, padre, firmó la escritura de constitución de una sociedad regular colectiva con los socios capitalistas don Bartolomé Alegre González y don León Valdés Beltrán y que fue autorizada por el notario firmante, don Salvador López y López de Haro.

La escritura pública de constitución de la sociedad Rubes, Valdés y Compañía, S. R. C., dijo textualmente así:

En esta Ciudad, a tres de noviembre de 1927, reunidos don Cecilio Rubes Jurado, don Bartolomé Alegre González y don León Valdés Beltrán acuerdan, en uso de su más libre derecho, constituir una sociedad regular colectiva, sujetándose a las disposiciones del Código de Comercio, a cuyo efecto hacen constar lo siguiente:

1.º Los socios que integran la Sociedad son: don Cecilio Rubes Jurado, con domicilio y residencia en esta capital; don Bartolomé Alegre González, con domicilio y residencia en esta capital, y don León Valdés Beltrán, igualmente residente y domiciliado en esta capital, todos mayores de edad, y con pleno uso de sus derechos civiles.

2.º La nueva Sociedad girará comercialmente bajo la razón social: Rubes, Valdés y Compañía, S. R. C., para todos sus efectos de inscripción industrial, marcas comerciales, correspondencia y servicios telegráficos y telefónicos.

3.º La gestión de los negocios correrá a cargo de los señores socios don Cecilio Rubes Jurado y don Bartolomé Alegre González, bien entendido que alternarán semestralmente para el más equitativo reparto del trabajo.

4.° El socio don Cecilio Rubes Jurado contribuye al haber social con la cantidad de 100 000 pesetas, en efectivo; el socio don Bartolomé Alegre González, con la cantidad de 75 000 pesetas, también en efectivo, y el socio don León Valdés Beltrán, con la cantidad de 75 000 pesetas, igualmente en efectivo, de lo que resulta que el capital social asciende a la cantidad de 250 000 pesetas, que se dedicarán íntegras a la explotación de la patente de invención «Bañeras Rubes», inscrita debidamente en el Registro de la Propiedad Intelectual.

5.º La Sociedad tendrá una duración obligatoria de cinco años y al finalizar los mismos y después de efectuado el balance los socios acordarán por mayoría de votos la disolución o, por el contrario, la prórroga del contrato por igual período de tiempo, y así sucesivamente.

6.° Cada uno de los socios podrá retirar del haber social la cantidad de 6000 pesetas anuales para sus gastos particulares y familiares.

7.º La distribución de los beneficios y pérdidas se efectuará anualmente y en la proporción correspondiente al capital aportado por cada uno de los socios, teniendo derecho los gestores, don Cecilio Rubes Jurado y don Bartolomé Alegre González, en concepto de gratificación, a un diez por ciento de los beneficios sociales.

8.° Cuando surgiere alguna discusión o desavenencia de carácter comercial entre dos socios, éstos renuncian de antemano a toda intervención judicial y someten sus diferencias al fallo de amigables componedores, que serán elegidos a sorteo entre nueve comerciantes de la localidad señalados

previamente tres por cada socio.

Y para que así conste, se firma la presente escritura pública en el lugar y fecha indicados al principio, de la que doy fe como notario de este Ilustre Colegio Notarial.

Cecilio Rubes experimentó una sensación extraña al estampar su firma en el pliego que el notario le tendía; era algo así como si, de pronto, el corazón se le desplomase en un abismo sin fondo. Por la mañana, le habían retratado frente a la librería del salón y se encontraba tranquilo, con una tranquilidad que provenía de una orgullosa conciencia de su propio valor, mas ahora las rodillas le fallaban y sentía, como latidos, el paso de la sangre por las sienes.

—Bien —dijo a Valdés y a Bartolomé Alegre al salir—, esto está en marcha. Creo que lo más oportuno es celebrar nuestra reunión con unas copas.

La idea de una bañera que rompiera con los moldes clásicos nació en Cecilio Rubes mientras se bañaba en su domicilio la mañana que Sisí hizo su primera comunión. Entonces comprendió Cecilio Rubes que la bañera de un solo plano era inapropiada e incómoda para seres que, como él, habían rebasado la cuarentena; es decir, para aquellas personas de escasa elasticidad para quienes constituía un problema alcanzarse los pies con las manos. Cecilio Rubes suponía que estas personas eran la mayoría y, mentalmente, decidió desarrollar aquella idea en germen de la bañera de dos planos que le asaltara, como todos los grandes descubrimientos, de un modo completamente casual. Ello satisfacía, además, el constante espíritu de innovación que desde niño tenía agarrado, aunque se mostrase tan sólo de una manera intermitente, a Cecilio Rubes. Por añadidura, Rubes, en los últimos tiempos, pensaba que ahora que tenía un niño debía forzar hasta el máximo las posibilidades de su negocio. A menudo se decía: «No puedo dejar a mi hijo hecho un ganapán. Hay que derivar, ampliar, hacer algo». De pronto, el modelo de bañera de su invención venía a resolver todas sus dudas.

No fue cosa de un día perfilar las condiciones del nuevo tipo de bañera. Había que armonizar la comodidad con la estética; lograr un modelo confortable dentro de una línea airosa y proporcionada. Cecilio Rubes realizó esta temporada sus primeros pinitos de dibujante. Con el lápiz era tardo, premioso y desangelado. Sus creaciones adolecían de agarrotamiento y falta de espontaneidad. Sin embargo, Rubes pretendía únicamente perfilar los rasgos del nuevo modelo, expresar sus esenciales características, aun de una manera tosca, para, luego, ponerse en manos de un dibujante profesional. Cecilio Rubes mordía la parte posterior del lapicero y meditaba. Adela decía: «¿Qué te sucede esta temporada, Cecil?». «Ah —decía él—, no me molestes, querida. Estoy con mis cosas». Al cabo de un mes de reflexión, Rubes tuvo

perfilado, en líneas generales, el tipo de bañera de su invención. Las características, en principio, eran las siguientes:

Un metro setenta de eslora en la base (dos en la parte alta); setenta centímetros de manga y ochenta de puntal. Luego, una diferencia de quince centímetros entre el plano que servía para las piernas y el utilizado de asiento y, por último, un respaldo ordenado en ángulo diedro de ciento quince grados con el plano-asiento. (Más tarde Cecilio, aconsejado por León Valdés, que no vaciló en asociarse con él para explotar la patente, modificó la inclinación del plano-respaldo, fijándola en ciento veinte grados con referencia al plano-base).

Al presentarle a Adela el nuevo tipo de bañera concebido por él y fielmente interpretado por un dibujante profesional, su mujer reveló una agradable sorpresa:

—¡Querido, qué reservado te lo tenías! —dijo.

—¿Te gusta? —preguntó Rubes.

—¡Oh, la bañera es bonita y parece cómoda! Te harás famoso, Cecil.

Más tarde, cuando le mostró la fotografía en los periódicos junto al diseño de la «bañera Rubes», Adela sintió que su vanidad se empinaba hasta extremos que nunca pudo sospechar.

En la parte trasera del Establecimiento, Cecilio Rubes montó el taller de la nueva empresa. Fue una temporada de trabajo concienzudo y hubieron de buscarse materias primas, abastecedores y un personal competente. El problema del hijo del contable dejó de ser un problema con esta nueva perspectiva del negocio. La Sociedad era una cosa distinta del Establecimiento y precisaba de una administración autónoma.

La idea del reclamo publicitario surgió en Cecilio Rubes el mismo día que firmaron la escritura y se encontraron juntos los tres socios capitalistas ante sus copas respectivas. Comprendió, entonces, Cecilio Rubes que eso de que el alcohol estimulaba sus dotes de invención no era, como a veces pensaba, una pura chufla. Dijo Cecilio Rubes, después de vaciar la quinta copa:

—Bien, lo que ahora precisamos es mover el negocio, darle vuelos, interesar en el nuevo tipo de bañera a toda la nación. Bueno, estimo que es menester remover todos nuestros recursos de iniciativa en cuanto a propaganda se refiere.

Apuntó Alegre, que era un hombre altísimo, calvo y desgarbado:

—A mi entender la Prensa es más eficaz que el cinematógrafo.

Dijo León Valdés:

—Debemos coordinar ambos procedimientos. De ordinario, el cinematógrafo lo frecuenta la gente joven y el diario lo lee a fondo la gente madura. Hay que buscar el medio de interesar a todos en esta innovación.

León Valdés levantaba su cara de pájaro y su redondo y pequeño ojo negro, que era como un padrenuestro del rosario, buscando en sus interlocutores un síntoma de aprobación. Cecilio Rubes se infló. Dijo:

—No es eso. Bien, entiendo que el problema no está en «el dónde» debe hacerse la propaganda, tanto como en «el cómo» debe hacerse la propaganda. Bueno, ahora pensaba yo en la posibilidad de interesar a la generalidad de las personas en una especie… bien, una especie de concurso, instituyendo un premio para aquella frase publicitaria que… bueno, que un jurado adecuado y solvente considerase como la más ingeniosa y eficaz. Bueno, este concurso, bien dotado, difundido por la Prensa podría interesar a los sectores que utilizan el baño tanto como a los que no lo utilizan. Lo importante es remover la opinión de arriba abajo y levantar una especie de fiebre colectiva en torno a la «bañera Rubes». Las frases seleccionadas podrían publicarse, y bien, solamente eso, bueno, junto a las peripecias del fallo y el fallo mismo, moverían el interés de la nación.

Cecilio Rubes respiró prolongadamente después de su discurso. No le sorprendió hallar en sus amigos una entusiasmada unanimidad. Cecilio Rubes pagó las copas, se pasó meticulosamente los dedos por las solapas del abrigo sacudiendo un polvo invisible y salió a la calle canturreando en medio de sus consocios.

La viuda de Rubes llevaba dos meses postrada en cama y sin esperanzas. Tan sólo Cecilio Rubes alimentaba una infundada seguridad en que la vitalidad de su madre era un algo imperecedero. Verla en la cama no significaba para él más que una nueva fase de su existencia. Jamás a Cecilio Rubes se le ocurrió pensar que su madre pudiera estar sujeta, como los demás seres, a la inexorable ley de la vida y la muerte. La cama era, para él, la base del placer y del descanso. Su madre, a su edad y en su circunstancia personal, no buscaba en la cama el placer, luego buscaba el descanso.

No pasaba día sin que Cecilio Rubes hiciera una visita a su madre. Y no se imponía este deber forzando su voluntad, sino que lo llevaba a efecto con la misma meticulosidad y normal satisfacción y diligencia con que regulaba sus horas de oficina. Cecilio Rubes, a pesar de su aparente independencia, estaba sólidamente vinculado a su madre. Le agradaba someter a ella todos sus problemas. Le agradaba la manera franca y áspera con que la viuda de Rubes afrontaba las cosas, y le agradaba, en fin, por una vez en la vida, verse

sometido, dominado, encarrilado, censurado o confortado. Su madre era la única persona en el mundo que gozaba de cierta ascendencia sobre él y a la que Cecilio Rubes concedía el honor de equipararse le.

La besó en la frente.

Dijo:

—Bien, mamá, la cosa está en marcha. Hoy legalizamos la situación de la Sociedad. Bueno, la «bañera Rubes» es ya un hecho.

Su madre se quejó. Viendo su enorme cabeza emergiendo de los encajes y bordados de la colcha y considerando el liviano bulto que su cuerpo levantaba en la ropa, uno pensaba, sin querer, en una enorme calabaza pinchada en un palo. Dijo la viuda de Rubes:

—¿Qué dice la monja boba de tu mujer? ¿Cómo no viene?

—Bien, dice que seré famoso —dijo Rubes.

—¿También le pica a ella la vanidad?

—¿A quién no, mamá?

Cecilio Rubes se sentó en una silla a la cabecera del lecho. Dijo:

—He estado reunido con Alegre y Valdés. Bueno. He lanzado una sugerencia que les ha gustado con vistas a la difusión de mi bañera. Organizaremos un concurso sobre frases publicitarias. Bien, la triunfadora nos servirá de eslogan propagandístico.

Advirtió Cecilio Rubes que su madre no estaba en lo que decía. Lo advirtió en la manera de mirarle y en la forma de depositar sus afiladas manos sobre el embozo. Dijo la viuda de Rubes:

—¿Sabes ya lo de Tomás?

—¿Qué?

—Se casa con una enfermera del hospital.

—¿Qué dices?

—¿Qué ves de particular en ello? Los hombres a esa edad se casan con una prostituta o con la cocinera. Al fin y al cabo, él no ha caído tan bajo —dijo la viuda de Rubes.

—¿Estuvo aquí?

—Viene todas las mañanas. Hoy me lo dijo y me preguntó mi opinión.

—Le dirías… —intervino Rubes.

—Le dije lo que pienso, ni más ni menos. Le dije que me parecía bien y que aplaudía su determinación.

—¡Mamá!

—¿Qué quieres? ¿Puedes tú encontrar una cosa más acorde que un matrimonio entre un médico y una enfermera?

—Bien; tú no pensabas así… cuando yo… cuando yo…

—¿Qué puntos de contacto existían entre tú, un hombre educado y de posición económica, con la sandia de tu mujer? Tomás encontrará en esa muchacha una colaboradora y tendrá de qué hablar con ella cuando la luna de miel entre en su cuarto menguante. Me comprendes, ¿no?

Cecilio Rubes estaba sorprendido; más bien, fingía sorpresa para no defraudar a su madre. Pensó: «Deberé anunciar el concurso en la mayor parte de los periódicos del país. Ello es una siembra. Luego vendrá la recolección. —Un rincón de su conciencia le frenó—: ¿Y las heladas tardías?». Él decidió: «El que no se arriesga no pasa la mar». Dijo:

—Me dejas de una pieza con lo de Tomás. Con toda su simpatía siempre fue un individuo extraño. Recuerdo que en el colegio decía: «Yo no me casaré nunca si ello me obliga a abandonar a mis padres».

—¿Y eso te parece extraño? —preguntó.

Cecilio pensaba: «Con la frase en mi poder vendrá la segunda parte: “Propaganda activa”». Respondió:

—Entendámonos, mamá. La vida tiene ciertas leyes y ciertas exigencias. El hombre en plena razón busca su propia mujer y su propio hogar. Bien. Ello no implica desapego o desprecio hacia los padres.

—Es curioso, ¿y cuál crees tú que es el punto de sazón de un hombre, Cecilio?

—Ah, bien, bueno… mamá, ¡me quieres encerrar!, ¿no es así? Bien… Un hombre entra en sazón… a punto de sazón… cuando su capacidad de amar… se encuentra… bien, se encuentra en su apogeo, eso es —respondió Rubes.

Dijo su madre:

—¿A qué amor te refieres?

Cecilio Rubes se puso encarnado. Se incorporó. Se azoraba pocas veces —únicamente ante su madre—, pero en esos casos tenía que moverse, actuar, amortiguar su confusión.

—Bien, mamá —dijo—. Me voy. Esta conversación requiere tiempo y calma. —Trataba de sonreír y parecía un conejo—. Tú hubieras hecho un magnífico abogado, te lo aseguro, mamá. Bien, lo siento, pero es la hora de comer.

Sisí saltó a su cuello al llegar a casa, mas hoy Cecilio no le hizo demasiado caso, necesitaba una persona reflexiva, razonable, con quien discutir las nuevas perspectivas del negocio; una persona que supiera medir las dimensiones de su iniciativa y halagar su vanidad. Dijo, sin embargo, como de paso:

—¿Qué tal la señorita Matilde?

—Papá, ya sé sumar y restar.

Cecilio dijo:

—¡Adela, Adela! ¿Dónde está tu madre?

Adela salía del cuarto de baño:

—¡Hola, querido! ¿Sabes ya lo de Tomás?

—Bien —dijo Rubes, alicortado—. ¿Se puede encontrar algo más acorde que un matrimonio entre un médico y una enfermera? —Hizo una leve pausa; luego añadió, sonriendo—: Bien. Estuve con Alegre y Valdés, ¿sabes, querida? La Sociedad tiene ya forma legal y…

Dijo Adela:

—Por lo visto es la enfermera que le ayuda en todas sus intervenciones. ¿Quién lo iba a suponer?

Recorrió las piernas de Cecilio Rubes un hormiguillo electrizado. Sentía unas ganas atroces de destaparse, como si una extraña fuerza expansiva se comprimiese en su interior. Por hacer algo, extrajo del bolsillo del chaleco su grueso reloj de oro y levantó la cubierta:

—¡Las dos y media! —vociferó—. ¿Es que no te parece una hora razonable de almorzar, querida?

En los primeros meses del año 1928 la ciudad entera vibró de norte a sur y de este a oeste con el anuncio del concurso: «¿Quiere usted ganar sin esfuerzo cincuenta duros?», que el diario publicaba con asiduidad en una de sus páginas interiores. Durante una semana, el anuncio se insertó igualmente en la prensa de Madrid, Bilbao, Sevilla y Barcelona. Las bases del concurso «Rubes Valdés y Compañía, S. R. C.», eran las siguientes:

> La compañía Rubes Valdés y Compañía convoca un concurso para premiar una frase publicitaria sobre el nuevo modelo de bañera que fabrica esta empresa. Las frases se ajustarán a las siguientes condiciones:
>
> 1.° Es preciso que las palabras «bañera» y «Rubes» figuren en ella.
>
> 2.º Las frases publicitarias no podrán exceder de quince palabras.
>
> 3.º Las frases seleccionadas se publicarán en el diario local, y de entre ellas un jurado competente elegirá la premiada.
>
> 4.° El mismo jurado tendrá en cuenta los motivos de ingenio y persuasión que concurran en ellas para su selección previa e incluso la designación de la definitiva.
>
> 5.º Las frases se enviarán al domicilio social de esta Compañía, indicando en el sobre: «Para el Concurso de Bañeras Rubes», antes del 1.º de mayo de 1928.

Eran los tiempos en que Cecilio Rubes, pagado de sí mismo, preguntaba a su esposa antes de acostarse: «¿No crees, querida, que el éxito me está volviendo más sociable?, —o bien—: La gente pensará que me he envanecido, pero tú sabes que no es cierto, ¿verdad, querida?», o bien: «No creas, querida, que todo el mundo aceptaría su triunfo con la misma sencillez que yo lo acepto».

Eran los tiempos en que, cada mañana, el cartero entregaba en el domicilio social un fajo de cartas nunca inferior al centenar y cada carta exhibía en letras bien visibles el motivo a que respondía: «Para el Concurso de Bañeras Rubes». Entre los tres socios existía esta temporada una alegría comunicativa y explícita. Trabajaban, se reunían, determinaban, enmendaban, sumidos en una actividad continuada y febril, cuyo norte era, invariablemente, la «bañera Rubes. —A veces una carta de origen insospechado levantaba en sus pechos una oleada de júbilo. Decía Rubes—: Una carta de Tenerife. Bien, este muchacho por el mero hecho de escribir desde Tenerife ya merece algo». Decía Rubes: «La frase no es muy redonda que digamos: "Con baños Rubes, el cansancio baja, el optimismo sube". —Intervenía Valdés—: No me parece mal». Cada carta provocaba un torrente apasionado de comentarios. La selección diaria no era difícil desde el momento que no existía una previa limitación del número. A Cecilio Rubes le costaba eliminar una frase; todas ellas, al pronunciar su nombre, ya glorioso, elogiando su invento, comportaban para él un gran valor y, en potencia, la clave de un éxito apoteósico. «Rubes bañera, en holgura y comodidad, es la primera». «Creo que podemos prescindir de ella, —decía Valdés—. ¡Quiá! No está mal. Es publicable», intervenía Rubes.

Por la mañana, ante el desayuno, Cecilio Rubes se recreaba en la larga lista de frases y aleluyas alusivas que publicaba el diario. Ello, en sí, ya constituía una importante propaganda de su bañera, tanto como de su persona. Una mañana le dijo a su mujer:

—Con estas frases haré un libro que Sisí conservará, y sus hijos, y los hijos de sus hijos. Creo que ello les animará… bien, a recordar a su abuelo Cecilio con un poquito de orgullo.

Dijo Adela:

—¿De verdad crees, Cecil, que tu hijo es capaz de conservar nada que merezca la pena?

Dijo Cecilio:

—Mira, esta frase tiene fuerza; es una pena que resulte tan macabra: «La bañera Rubes es el ataúd donde definitivamente se entierran la suciedad y la fatiga».

El 15 de mayo de 1928 comenzó la labor de selección definitiva. Rubes, Valdés y Alegre se reunían cada tarde en la oficina de la Sociedad. Las recomendaciones constituían el principal obstáculo de sus deliberaciones. Una tarde Cecilio Rubes afrontó valientemente la situación:

—Bien, si nuestro concurso ha de rematarse con eficacia, hemos de resolver con absoluta independencia. Ésa es mi opinión.

Bartolomé Alegre se puso inmediatamente de su parte. Valdés vacilaba. Dijo:

—Hay compromisos que no se pueden eludir.

Los tres hombres, arrellanados en sendos sillones, en mangas de camisa y con las corbatas flojas, fumaban cigarrillos turcos y deliberaban. Hubo una serie de votaciones sucesivas a fin de eliminar el mayor número posible de frases. Finalmente, cada jurado optó, en forma definitiva, por su favorita. Dijo León Valdés:

—De acuerdo. Yo me quedo con ésta: «Un baño en bañera Rubes da la gracia de un querube».

Preguntó maliciosamente Cecilio:

—¿No es ésa la frase que recomienda nuestro respetado ex alcalde?

Valdés dio una chupada intensa a su cigarrillo y no respondió. Había en la estancia una espesa atmósfera de humo y el suelo estaba cubierto de sobres y papeles. Dijo Bartolomé Alegre:

—Decididamente la mía es esa que dice: «La bañera Rubes es el ataúd donde definitivamente se entierran la suciedad y la fatiga».

Intervino Rubes:

—La frase es acertada si no resultase de un impresionismo demasiado fúnebre. ¿Quién va a zambullirse tranquilo en nuestras bañeras si piensa que se introduce en un ataúd?

—Estoy de acuerdo —dijo León Valdés, clavando en Alegre sus ojos como abalorios.

Añadió Rubes:

—La mejor a mi juicio es ésta: «Señora: el mejor perfume, un baño en bañera Rubes». Bien. Eliminemos una por votación.

A Bartolomé Alegre le dolió ver cómo León Valdés tiraba contra la frase seleccionada por él. La frase del «ataúd» quedó excluida por dos votos contra uno. A renglón seguido la frase recomendada por el ex alcalde fue eliminada por el mismo número de votos. Alegre pensó: «Toma, tú te lo has buscado». Rubes respiraba de satisfacción:

—De modo —dijo con voz llena y levemente emocionada— que la frase elegida por el jurado es ésta: «Señora: el mejor perfume, un baño en bañera Rubes», que corresponde a don Orestes Gómez, de Madrid.

Dijo Alegre:

—Me duele que todos los premios se queden en Madrid. Parece que los de provincias somos poco menos que tontos.

Pero no tenía ningún recurso para alterar aquello y Rubes dijo:

—La elección se ha hecho libremente y es, por tanto, definitiva.

El diario publicó al día siguiente el fallo del jurado y con esta postrera determinación la ciudad volvió a su curso normal un poco desilusionada. Cecilio Rubes decidió aprovechar el momento de apasionada euforia que el concurso había levantado. Consultó, primero, con Alegre y Valdés y, luego, con Méndez, Valentín y Jacobo, sobre la manera de difundir las bañeras a caballo de la frase premiada. Alegre era partidario de la bañera y la frase, escuetas. A Valdés le parecía mejor un dibujo de la bañera y emergiendo de ella un rostro irradiando satisfacción y plenitud de vida. Valentín, ante su hijo, se mostraba parco en palabras y como taciturno. Dijo Méndez, a quien el reciente ascenso inclinaba, con ardiente devoción, hacia la familia Rubes:

—La fotografía de su bebé tiene un gran atractivo, señor Rubes.

—Ah, gracias; mi hijo ya no es un bebé para fotografiarlo desnudo —dijo Cecilio, y pensó: «Meditaré detenidamente sobre ello. Está visto, si yo no resuelvo las cosas no las resuelve nadie».

En la puerta de la calle le adelantó Valentín:

—Dispénseme, señor Rubes —dijo.

Cecilio se volvió a él, displicente:

—¿Bien? —inquirió.

—¿Bien? También yo tengo una idea, señor Rubes. No me pareció oportuno exponerla delante del chico, compréndalo.

—¿Bien?

—¿Bien? —dijo el contable—. El anuncio podría ser el dibujo de una bañera Rubes y de pie, en ella, una señorita desnuda que…

Rubes golpeó el suelo con el bastón:

—Eso es inmoral —dijo impaciente.

—Inmoral —dijo Valentín—. Déjeme usted terminar, señor Rubes. La señorita debe sujetar una pequeña toalla por dos de sus puntas y la toalla debe ir dispuesta de tal suerte que no se vea nada y se sospeche todo. ¿Me entiende usted, señor Rubes?

Le miraba el viejo con una picardía contagiosa. «Vaya —pensó Rubes—. Eso es otra cosa». Dijo:

—Pensaré en ello, Valentín. Gracias.

Dos días más tarde el diario publicaba el nuevo y seductor anuncio de la «bañera Rubes. —El dibujante expresó la idea de Valentín con notable fuerza

sugeridora. El texto decía—: Los perfumes irritan el cutis». Y debajo de la señorita y la bañera se leía: «Señora: no hay mejor perfume que un baño en bañeras Rubes».

En el Club le dijo el magistrado Lozano, aquella tarde, enarbolando el periódico:

—Dígame, Rubes: ¿venden ustedes estas señoritas también o solamente bañeras?

Rubes pensó: «Bien. Es posible que la señorita sea demasiado atractiva». Chilló, riendo:

—Por ser para usted, le doy las dos cosas y a precios de saldo. ¿Le hace?

Para Sisí, la señorita Matilde fue una innovación atrayente dentro de la holgada monotonía que era su vida. Personalmente, la señorita Matilde no tenía otro atractivo que el de su seriedad pedagógica, tal vez un poco excesivamente desorbitada. La señorita Matilde era maestra, pensaba como maestra, comía como maestra y, por las noches, reposaba también como maestra en un punto de mesura y cuitado envaramiento. La encendía una fiebre exclusivamente didáctica y su aderezo personal iba encaminado a subrayar esta su primordial característica. Usaba gruesas gafas de concha, raya en medio, vestidos amplios de un corte entre extranjero y anticuado, las manos y las orejas desprovistas de todo adorno y, cuando se llevaba un buen rato a su lado, uno acababa por darse cuenta de que la señorita Matilde olía profusa, despiadadamente a jabón y que toda su persona era, en sus modales amanerados y sus remilgos un poco cursis, una pura pastilla de jabón de olor.

A Sisí Rubes no le importaba que la señorita Matilde fuese una mujer seca y desvaída. En principio, ella dio a su vida una dimensión nueva y, como novedad, la aceptó. Le chocaba mucho la manera peculiar con que la señorita Matilde trataba siempre de concentrar su atención. La señorita Matilde decía: «Al grano, Sisí, al grano». Y a Sisí le asombraba la coincidencia de que la señorita Matilde dijera eso y tuviera, al propio tiempo, un granito cómico e insolente en la punta de la nariz. No le dijo nada, pero Sisí advertía una asombrosa relación entre su estribillo y aquella leve prominencia nasal que remarcaba, con acentuado orgullo, cada movimiento de su mano sobre el tablero, donde dibujaba primorosamente las letras y los números.

A Sisí Rubes le interesó la señorita Matilde desde el primer día. Seguramente este dato constituya la prueba más evidente de su eficacia pedagógica. Sisí reservaba ahora todas sus dudas y problemas para consultárselos a la señorita Matilde a la mañana siguiente. La señorita Matilde respondía a sus preguntas en forma contundente y sin vacilaciones; esto hizo

pensar a Sisí Rubes que el conocimiento de la vida y del mundo que su profesora denotaba podría reportarle una provechosa utilidad. Le dijo un día:

—¿De dónde vienen los niños, señorita Matilde?

Ella dijo:

—De París, naturalmente.

—¿Dónde los fabrican? —prosiguió Sisí.

Dijo la señorita Matilde:

—En unas fábricas muy grandes y muy complicadas. Luego los embalan en unas cajas llenas de agujeritos para que los niños respiren y los mandan a sus papás.

Prosiguió Sisí:

—¿Por qué mi mamá no encarga otro niño?

Añadió la señorita Matilde:

—Ya tendrá bastante contigo, digo yo. —De repente, la señorita Matilde levantó su carita anodina con cierto imperio y dijo—: Al grano, Sisí, al grano.

Siempre, de sus consultas con la señorita Matilde, le quedaba a Sisí Rubes un profundo motivo de meditación, lleno de misterio y alicientes. Movido por la curiosidad que en él despertaba su profesora, Sisí Rubes aprendió a leer, a sumar y a restar. Entonces hizo su primera comunión. Al día siguiente, Sisí Rubes preguntó a la señorita Matilde:

—¿Por qué mi papá no comulgó ayer conmigo, señorita Matilde?

Dijo ella:

—¿Lo sé yo, acaso? Sus motivos tendría.

Y arrugó la frente expresando una vaga contrariedad.

—¿Es mi papá malo por eso, señorita Matilde? —insistió Sisí.

Dijo la profesora:

—¡Calla, criatura! Tus papás son las personas más bondadosas del mundo, ¿no lo comprendes?

Sisí vacilaba. Dijo al cabo:

—¿Por qué no comulgó, entonces?

La señorita Matilde atajó:

—Al grano, Sisí, al grano.

Y él se fue derecho a mirarle la nariz y a seguir sus evoluciones en el espacio, adecuadas al ritmo y sentido de los rasgos que su pequeña y dura mano trazaba en el tablero.

La señorita Matilde venía cada mañana a las diez y permanecía con Sisí hasta mediodía. Le enseñaba gramática y aritmética. Por las tardes volvía

durante hora y media, que dedicaba a la formación cultural —en su más amplio sentido— del pequeñuelo. Cecilio Rubes le había dicho el primer día:

—Los ejercicios de la tarde ha de encaminarlos usted a despertar en mi hijo un interés por las cosas del mundo. Entiéndame… bien, no deseo nada en concreto a esa hora, sino simplemente que mi hijo Sisí se acostumbre a pensar y que usted trate de adivinar sus inclinaciones. Bueno, señorita, yo soy de esos hombres convencidos de que muchos talentos se echan a perder por una deficiente orientación. Bien, en realidad, no sé si me explico. Yo querría adivinar en mi hijo su vocación en sus primeras manifestaciones, ¿me comprende usted?

Dijo la señorita Matilde:

—Creo que le comprendo perfectamente, señor Rubes.

Dijo Cecilio Rubes:

—Esto es. Pongamos por caso que usted advierte en Sisí una marcada disposición para el dibujo, para la música, para la oratoria… Bien, lo que yo quiero es conocer su vocación y fomentársela desde niño. Yo creo que aunque el día de mañana el chico haya de hacer una carrera práctica no ha de estorbarle para nada tener un sentido artístico bien desarrollado. ¿Qué opina usted de ello?

Cecilio Rubes sentía una suave complacencia charlando con aquella señorita pedagoga sobre el porvenir de Sisí. Se ahuecó de pronto al oírla decir:

—A mi entender, señor Rubes, el mundo marcharía mejor si todos los padres pusieran en el porvenir de sus hijos la mitad del interés que usted demuestra. Yo siempre he pensado también que el sentido práctico preponderante en la actividad profesional del hombre moderno debe tener una adecuada contraposición.

Cecilio Rubes dijo, casi sin pensarlo:

—Ahí me tiene usted a mí.

Pensó que la señorita pedagoga le echaría un capote, pero como siguiera en silencio y le mirase con expectante atención, Cecilio Rubes se vio abocado a seguir, y dijo:

—Mis negocios… bien, mis negocios no me impiden tener una sensibilidad especial para… para la zarzuela.

La señorita Matilde sonrió bondadosamente. Preguntó:

—¿Es la zarzuela su violín de Ingres, señor Rubes?

Cecilio no supo qué responder y se echó a reír.

—¡Vaya! —dijo luego.

Añadió la señorita Matilde:

—También mi difunto padre sentía una rara debilidad por la zarzuela.

Dijo Rubes:

—¿Es usted huérfana?

La entonada rigidez de la señorita Matilde languideció al declarar:

—Desde hace dos años.

Cecilio Rubes se levantó:

—Bien, señorita, confío en usted. Tengo grandes esperanzas depositadas en ese chico.

La señorita Matilde alternaba las tareas de la tarde. Unas veces las dedicaba a la caligrafía, otras al dibujo, otras a la música —para la que tenía un detestable oído—, otras a explicar a Sisí los acontecimientos más sobresalientes de la historia del mundo, y otras, en fin, a ilustrarle en materia de religión. A Sisí Rubes le ganaba inmediatamente el interés por cualquiera de las actividades que la señorita Matilde señalara. Él veía en su profesora un compendio exuberante de ilustración, un insondable pozo de conocimientos. Una tarde, a la salida, la señorita Matilde pasó por el Establecimiento.

—Señor Rubes —dijo—. Tengo para usted una grata sorpresa. Creo descubrir en Sisí una acusada disposición para la música. Mejor dicho, no me cabe duda de ello.

Sisí Rubes comenzó a la semana siguiente a dar clases de violín con un individuo sucio y nervioso a quien llamaba ceremoniosamente «señor profesor» porque él se lo indicó así el primer día. El «señor profesor» tenía unas atrabiliarias cejas levantadas y una mirada tan concentrada y poderosa que, ante ella, Sisí se veía forzado a recular. Las clases duraron lo que la curiosidad de Sisí en este sentido, y a las dos semanas, Cecilio Rubes le dijo al «señor profesor»:

—Bien, lamento mucho nuestra equivocación, señor profesor. El chiquillo no parece muy inclinado, ciertamente, al hermoso arte de la música.

Dijo el señor profesor con una cómica afectación:

—El chiquillo es una perfecta calamidad.

La señorita Matilde le dio una explicación a Cecilio Rubes:

—Sisí tiene curiosidad musical, señor Rubes; eso es indudable. Pero a este niño hay que saber manejarlo.

Un mes más tarde la señorita Matilde creyó interpretar determinadas manifestaciones de Sisí, así como un elemental dibujo suyo de una corrida de toros, en el sentido de que el pequeño Rubes poseía una connatural inclinación hacia el hermoso arte del dibujo. Se lo comunicó así a su padre en

la primera ocasión. Dos días después Sisí Rubes tenía a su lado al más acreditado profesor de dibujo de la ciudad. Sisí dijo a su padre la noche de su debut:

—Papá, el profesor no me deja pintar caballos, ni vacas, ni ovejas… yo no quiero dibujar.

—Bien, ¿qué pintas, entonces?

—Rayas.

—¿Sólo rayas?

—Muchas rayas.

La señorita Matilde dijo a Cecilio Rubes:

—El niño es dócil con quien se sabe imponer.

Sisí Rubes dejó las clases de dibujo. En Sisí Rubes iba madurando, de nuevo, un anhelo de independencia. Un día preguntó a su profesora:

—¿Conoció usted a Nuestro Señor Jesucristo, señorita Matilde?

—¡Por Dios, criatura! ¿Tan vieja me haces?

Insistió Sisí hondamente decepcionado:

—¿Y a Colón, señorita Matilde?

—Tampoco, criatura.

Súbitamente la señorita Matilde perdió todo su misterioso interés para él. Sisí Rubes la vio torpe, vacía, humanamente limitada. Experimentó unas vacilantes ganas de llorar. Era como si algo muy preciado para él se hubiera roto de súbito. Oyó la voz de la señorita Matilde:

—Al grano, Sisí, al grano.

Se irritó. No comprendió el porqué, pero de pronto veía a la señorita Matilde tan insignificante y atolondrada como a la propia Elisita Sendín. Tampoco se preocupó de analizar las razones de su cambio de sentimientos. De nuevo le mortificó la voz infatuada de la señorita Matilde:

—Al grano, Sisí, al grano.

Sisí Rubes no supo bien lo que hacía cuando se llevó un dedo a la punta de la nariz y dijo engolando la voz:

—Al grano, Sisí, al grano.

Pero sintió que se desahogaba. Dijo la señorita Matilde:

—¿Estás tonto, criatura?

Sisí repetía con ademán burlón:

—Al grano, Sisí, al grano.

—¿No quieres trabajar? —dijo la profesora.

Sisí Rubes se hallaba empapado de la embriaguez de la rebelión:

—Al grano, Sisí, al grano —repitió.

La señorita Matilde perdió los estribos, sintió una racha de sangre abrasándole las orejas y le dio un coscorrón.

Al regresar del Establecimiento, Cecilio Rubes encontró a Adela levemente alterada. No le preguntó nada, sin embargo, hasta que se vio en la cama, estirado junto a ella, y notó sus rodillas contra las suyas. Pasó una mano a su mujer por la cintura. Dijo Adela:

—La señorita Matilde se despidió hoy, Cecil.

—¿Cómo dices?

—Sisí la insultó y ella perdió la serenidad y le pegó.

Saltó en la cama Cecilio Rubes.

—¿Pegó al niño esa pobre desgraciada que no tiene…? —dijo exaltado.

Adela le apaciguó:

—Sisí la insultó primero, Cecil —dijo—. Nuestro hijo está ya en edad de relacionarse con otros niños. El colegio es necesario para él.

Dijo Rubes:

—El colegio, bien. ¿No sabes aún lo que Sisí piensa del colegio?

Ella se aproximó más a él. Notó Cecilio en la oscuridad su blando y frondoso cuerpo como un edredón. Añadió ahogadamente:

—No obstante, haremos otro ensayo, querida, si así lo deseas.

La rodeó con ambos brazos la cintura y la besó en los labios. Adela intentó zafarse inútilmente. Dijo, sofocada:

—¡Bruto, bruto! ¡Por amor de Dios, Cecil, cuándo querrás dejar de comportarte como un chiquillo!

IV

Le dijo Ventura Amo:

—¿Es cierto que tu padre es ese tipo de las bañeras que tiene tantos cuartos?

—Sí —dijo Sisí Rubes.

Ventura Amo puso los ojos en blanco:

—¿Cómo no lo dijiste antes? —inquirió.

—Tú no me lo preguntaste —dijo Sisí, balanceando sus piernecitas en el vacío.

A Sisí Rubes, sentado en una papelera de rincón, le halagaba ver al chico de más edad y más fornido de la clase dirigiéndose a él. Todos estimaban y temían a Ventura Amo. Sostener una conversación reservada con él era un privilegio. Y ahora, mientras los demás muchachos correteaban o jugaban a la pelota con los blusones recogidos a la cintura por el gran patio, Ventura Amo se había acercado a él, con su sombrío bozo, y su gran estatura, y su mirada apasionada, y su grave y precoz conocimiento de las cosas.

—Esto no parece divertirte mucho, ¿qué años tienes? —dijo Ventura Amo.

—En mayo haré once.

—Bueno, yo tengo trece; no es mucha la diferencia. Creo que podremos divertirnos juntos. ¿Por qué no me aguardas esta tarde a la salida?

A Sisí Rubes le galopaba el corazón en el pecho. Había oído multitud de comentarios reservados y apasionantes en torno a las hazañas de Ventura Amo y se juzgaba incapaz de compartirlas. Era ésta una de las razones que le empujaban a odiar el colegio. Ésta, y aquellos conceptos de organización, disciplina y esfuerzo que sus profesores trataban en vano de inculcarle. Su segunda experiencia del colegio no dio mejores resultados que la primera. La mitad del mundo que hasta ahora fuera Sisí Rubes era, en el colegio, un número y un blusón más. No sólo dejaba de ser la mitad del mundo, sino que hasta desaparecían aquí los atributos propios de la persona como tal individualidad. Le parecían injustos la tiranía del profesor, el horario de clases y el plan de asignaturas. Y el ambiente del colegio, en las clases y en el rosario de la tarde, y en los recreos, se le hacía tremendamente helado e inhóspito. El colegio, en suma, iba contra naturaleza según las elementales conclusiones que Sisí Rubes podía deducir de su corta semana de asistencia. No creyó encontrar nada en él y secretamente pensaba: «Me gustaría ser amigo de Ventura Amo». Este afán era lo único que le sostenía. Por eso

tembló cuando vio a Ventura Amo acercársele en el recreo de la tarde y volvió a temblar cuando, al colgar los blusones para salir a la calle, Ventura le susurró al oído: «Espérame. —Sisí dijo—: Viene la criada a buscarme». Le encendió la sangre la rápida conclusión de Ventura Amo: «Mejor. La torearemos», dijo.

En la puerta Sisí vio a Mercedes y Ventura Amo le dijo misteriosamente: «Ponte detrás de mí». Salió, cubriéndose con su amigo, y ya en la calle echaron a correr. En la esquina aminoraron el paso. Dijo Ventura Amo:

—Has andado poco solo por la calle, ¿no es cierto?

Admitió Sisí:

—Nunca.

Le fascinaba de pronto esta posibilidad de disponer de su cuerpo, del espacio y del tiempo libremente. Dijo Ventura Amo:

—Mira, si no te importa, arrímate a mí; yo te enseñaré a vivir.

Los ojos azules de Sisí Rubes brillaban en la oscuridad como los de los gatos. Temblaba de impaciencia. Añadió Ventura Amo:

—Para empezar, ¿tienes una hermana?

—Soy solo —dijo Sisí.

Ventura Amo hizo un gesto de decepción:

—Lo siento —dijo—. Me gustaría una hermana tuya.

Sisí lo miró patéticamente, sin comprenderlo.

Dijo Ventura:

—Cruza, vamos al parque.

—¿Al parque, de noche? —dijo Sisí.

—Aguarda y nos reiremos un rato.

Ya en el parque atravesaron un macizo y Sisí tuvo la primera sensación placentera de atropellar una disposición dictada por una autoridad superior a la de su madre. Ventura Amo le recomendaba cautela con ademanes muy vivos. Se acurrucaron detrás de un seto. La sangre se le alborotaba a Sisí en las venas. Le acuciaba la anhelante ansiedad de lo imprevisto.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad divisó a un hombre y a una mujer sentados en un banco. Distinguió cómo se besaban con una voracidad absorbente. Dijo al oído de su amigo: «¿Por qué se besan así?». «¡Chist!», dijo Ventura mientras arrojaba a la pareja una piedrecita. Entonces vio a Ventura que se reía de una manera rara y le vinieron a él unas ansias enormes de reír así también. Hizo un ruido extraño al reprimir la risa y el hombre del banco se levantó sorprendido.

—¿Quién anda ahí? —dijo.

Sisí rompió a reír.

Ventura Amo chilló:

—¡Déjame un poco!

Echó a correr a través del macizo y Sisí le seguía. Corría tanto y con tanto temor que le parecía que sus piernas se movían mecánicamente.

Ventura dijo: «¡El guarda!». A Sisí le latía como un animalillo la fiebre en el pecho. Intensificó cuanto pudo su carrera y cuando se detuvieron le dijo Ventura Amo:

—Corres bien.

A Sisí se le antojaba todo un sueño maravilloso. Preguntó:

—Dime, Ventura, ¿por qué se besan así?

Ventura Amo adoptaba un aire de infalibilidad al informarle:

—El beso no sabe a nada si no se pega diente con diente —dijo.

Sisí Rubes veía en su nuevo amigo un mundo atrayente, lleno de incentivo y misterio. Le miraba arrobado. Dijo:

—¿Es que los besos saben a algo?

Ventura Amo le observó de una manera que hizo que Sisí Rubes se viera ridículamente pequeño.

—Ya verás cuando tengas mis años —dijo Ventura entornando los ojos. Luego añadió, sacando un pequeño papel—: ¿Quieres fumar?

—¡Oh! ¿Fumas? —dijo Sisí.

—¿Qué hacer, si no?

Lió expertamente un pitillo y dijo:

—Prueba a ver si te gusta.

Sisí chupó, tosió y escupió, todo simultáneamente:

—Sabe a rayos —dijo.

Ventura lo aspiró con delectación. Dijo:

—Yo ya no sabría privarme del tabaco. Para mí este vicio es más fuerte que las mujeres.

—¿Qué mujeres?

Sisí volvió a encontrarse diminuto y enteramente inocuo.

—¿Dónde viviste hasta hoy? —dijo Ventura.

Atravesaban una calle con los escaparates iluminados. Dijo Ventura, deteniéndose:

—Ya me gustaría una pitillera como ésa.

Sisí dijo con voz quebrada, impresionado de poder corresponder con algo a quien tan desinteresadamente le daba todo:

—Yo te la regalaré.

—¿De veras?

—De veras. Tengo dinero.

Un poco más allá, Ventura Amo sintió la apremiante necesidad de otra aventura y pulsó todos los timbres de una casa de vecindad. Sisí se vio de nuevo corriendo por el empedrado, con los cabellos al viento y las mejillas encendidas de placer. Se hubiera puesto de rodillas ante Ventura Amo y le hubiera hecho reverencias. ¿Qué clase de seres eran sus padres que le ocultaron hasta hoy este mundo maravilloso? Una embriaguez extraña activaba su organismo; sentía un vivo deseo de coger, romper, deshacer entre sus pequeñas y fuertes manos. La ciudad, que hasta hoy se le antojase una inmensidad, sin concreción posible en sus límites, se le hacía, de pronto, algo manejable, que podía domeñar como un juguete; algo que no bastaba para contener su exuberante vitalidad.

Oyó a Ventura Amo que decía algo, pero no le escuchó; le invadía la euforia de la libertad en plena calle. Cuando, al poco rato, le dijo Ventura que eran las nueve, pensó que el tiempo se había desbocado con él. Añadió Ventura Amo:

—Dime, ¿te has divertido?

Sisí abrió mucho los ojos y la boca y levantó los brazos, pero no pudo encontrar una expresión satisfactoria. Dijo Ventura Amo:

—Eso no es nada. Lo pasaremos mejor.

Dijo Sisí:

—Saldremos todos los días, ¿no es cierto?

Al entrar en casa, Sisí Rubes tuvo conciencia de que para los hombres había dos vidas y la puerta de la calle era la frontera divisoria. De puerta para dentro era el reinado de los buenos modales, la contención y la hipocresía. La auténtica vida, la única verdad, estaba en la calle. Sisí Rubes se preguntó qué es lo que su padre y su madre hacían en la calle. Pulsó el timbre con un incipiente aire de indiferencia. Se sorprendió de ver a su madre llorando. Le abrazó con una violencia inusitada y Sisí se preguntó qué es lo que había ocurrido allí durante su ausencia. Dijo Adela:

—Hijo, hijo, ¿por qué has hecho esto conmigo? ¿Dónde has andado?

Sisí se explicó:

—Estuve haciendo los deberes en casa de un amigo. En adelante, no quiero que Mercedes vaya a buscarme. Todos los chicos salen solos del colegio.

—¡Oh, Sisí! Eres aún tan pequeño…

Al acostarse Adela comunicó a Cecilio Rubes las pretensiones de Sisí. Cecilio Rubes se echó a reír. Dijo:

—Bien, no veo inconveniente en lo que Sisí pide. El chico empieza a pulsar la vida por su propia cuenta. ¿Por qué hemos de avergonzarle delante de los demás?

Por la mañana, Sisí le dijo a su padre:

—Me gusta ir al colegio, papá. Yo quiero aprender cosas nuevas.

Su padre le acarició el cogote. Cecilio Rubes veía a Sisí fuerte y sólido, con energías sobradas para afrontar las dificultades de la vida. Sisí Rubes continuó saliendo cada tarde con Ventura Amo. Al día siguiente le regaló la pitillera y Ventura dijo: «¡Qué grande eres!». Entre ellos se iba anudando una amistad basada en un recíproco interés. Ventura Amo le enseñaba cosas nuevas y fascinadoras cada día. Una tarde le dijo:

—Llámame Ven; los buenos amigos me llaman Ven. Ventura yo no sé si es nombre de hombre o de mujer.

Sisí Rubes se confió:

—Tú llámame Sisí.

Corrían juntos las más increíbles aventuras y Sisí Rubes llegó a adquirir un prestigio en el colegio. Ser el segundo de Ventura Amo comportaba un honor y una dignidad envidiables. También comportaba determinados riesgos, pero Sisí no los rehuía. Si había que organizar un tumulto o una huelga de brazos caídos con el hermano Domingo, el más joven de la comunidad, Sisí Rubes tomaba parte activa en el planteamiento y encabezaba, virilmente, la puesta en práctica. Sisí Rubes se mostraba consecuente en su amistad con Ventura Amo y estaba a su lado en las duras y en las maduras. Junto a Ven, Sisí Rubes sentía cómo su cuerpo y su alma iban tallándose de acuerdo con las más estrictas normas de virilidad.

En una ocasión, correteando por las calles, Sisí se echó a reír y dijo, señalando con su dedo a una extraña mujer:

—¡Oh, Ven, mira qué gorda está!

—Está —dijo Ventura Amo, lacónicamente.

—¿Está qué? —preguntó Sisí, que siempre esperaba de su nuevo amigo un descubrimiento sensacional.

—Está preñada; eso quiero decir —dijo Ven.

Sisí Rubes clavó en Ventura Amo su insólita mirada azul:

—¿Qué es preñada? —dijo.

—Que tiene un chico dentro, vaya.

—¿Un chico dentro?

Ventura Amo se cruzó de brazos y le miró con una sombra de enojo.

—¿Es que todavía crees que los niños vienen de París? —dijo.

—¿De dónde, si no?

—Del vientre de su madre.

Sisí Rubes se encontraba violentamente aturdido. Notaba un calor diabólico en las orejas. Intuía que pisaba un límite de madurez:

—Explícame —exigió.

Ventura Amo le explicó. Dijo Sisí Rubes:

—Tengo una vecina que echa un hijo cada año. ¿Cómo es posible?

—El marido será un hombrachón, ¿no es cierto? —inquirió Ventura Amo.

—¡Oh, no! Tiene gafas —dijo Sisí—. Dentro de unos días espera otro.

Dijo Ventura Amo para refrendar sus explicaciones:

—Fíjate en si está gorda y mañana me lo cuentas.

Sisí quiso aquella tarde pasar a casa de los Sendín. Luisito Sendín no le gustaba, porque era demasiado serio y aplicado. Elisita Sendín, con sus coletas y su aire ingenuo, era una niña boba. Ana, Daniel y Rodrigo Sendín eran unos niños empalagosos y cargantes que no hacían más que pelearse y llorar. Dijo Adela:

—¿Cómo quieres hoy jugar con los niños de enfrente?

—Me aburro —dijo Sisí.

Luisito le dijo al verle:

—¿Qué tal en el colegio?

Le dijo Elisa Sendín:

—Las niñas de mi colegio dicen que los niños de tu colegio son unos mal educados.

Dijo Rodrigo Sendín:

—Mira cómo salto desde esta mesa.

Salió Gloria y Sisí Rubes la miró de refilón: «Dios mío —se dijo—. ¿Cómo no me fijé antes?». Al día siguiente le dijo a Ven:

—Mi vecina está gorda como una vaca.

Aquella tarde, Ventura Amo le llevó a su casa. A Sisí Rubes le causó una agradable impresión aquel alojamiento descuidado, donde los niños no habían de sujetarse a límites ni trabas. Ven vivía en un barrio apartado, en una casita modesta. El piso estaba lleno de polvo y papeles rotos y cada mueble tenía allí una misión imprescindible. Sisí Rubes no advirtió en casa de su amigo un solo objeto superfluo. «Así debe ser», pensó. Les abrió una ancianita muy arrugada y encorvada y cuyas manos temblaban nerviosamente.

Ven dijo al entrar:

—Abuela, un amigo.

La viejecita se llevó la mano a la oreja e hizo un ademán de escuchar un poco tardío, pero Ventura no le hizo caso. Pasaron a un despacho con una mesa de oficina, un sillón y una librería. En la librería había unas botellas. Dijo Sisí:

—¿No hay nadie más que esa vieja?

Dijo Ventura:

—Mi padre es viajante y está siempre fuera. Mi madre murió de la gripe. La abuela es sorda, no te preocupes.

Sisí envidiaba con todo su ser la situación de Ventura Amo. Se le antojaba que una vida así, y no la suya, merecía la pena de ser vivida. Dijo Ven, tomando unas revistas de la librería:

—Atiende.

Las hojeó, deteniéndose en los grabados de mujeres jóvenes. Ante un anuncio de fajas francesas emitió algo así como un gruñido.

—¿Qué pasa? —dijo Sisí, siempre expectante.

—Mira —dijo Ventura.

—¿Qué? —dijo Sisí.

—Vamos, ¿es que se te pasea el alma por el cuerpo? ¡Esto es una mujer!

—¿Está…? —insinuó Sisí, tímidamente.

Ven se enfureció.

—Está buena. Eso está —dijo Ventura Amo—. ¿Es que en la vida saliste con una chica?

—Nunca —reconoció Sisí.

Ventura Amo le consideró con una lejana compasión.

—Para la primavera —dijo— te llevaré con unas chicas que se dejan besar. Aún eres muy joven.

—¿Sí?

—Sí. Una cosa —dijo Ventura, mirándole fijamente—. Habrás de estirarte el pelo y pasarte la maquinilla todas las semanas. Necesitas un poco de bigote; así no representas.

—¿Sí?

—Sí. Además, otra cosa. ¿Quién tiene empeño en tu casa en acicalarte y perfumarte como un marica? Di.

—¿Qué es un marica? —dijo Sisí.

—Los tíos que parecen tías.

Sisí Rubes se sintió humillado.

—Mamá me arregla.

—¿Por qué dices «mamá»? —insistió Ven, ganado por un súbito afán de hacer de su amigo Sisí Rubes un hombre nuevo.

—¿Cómo he de decir? —dijo Sisí sumisamente.

—«Madre», decimos los hombres. Tú verás.

Sisí Rubes en manos de Ventura Amo era un algo dúctil y maleable. Comprendía que aún le quedaba mucho terreno que recorrer, pero no desesperaba. Interiormente bendecía el día que tropezó con Ven, ya que ello le puso en camino de hacerse un hombre. Le movía hacia su amigo una creciente admiración. En los días siguientes riñó con su madre por cuestión de las ondas del cabello y del perfume. Su madre no transigía y le dijo algo de un extraño afán de «parecerse a los chicos de la calle. —Sisí buscó amparo en su padre—. Los chicos del colegio se ríen de mí», dijo. Su padre le acarició el cogote. Dijo: «Adela, Adela, querida Adela. ¿Qué mal ves en que nuestro hijo quiera ser un hombre austero?». A Cecilio le hacían gracia las exigencias que Sisí planteaba en lo que él llamaba «su despertar». Sisí Rubes, conseguida esta nueva meta, se dedicó concienzudamente a pasarse de vez en cuando, a hurtadillas, la maquinilla de su padre. Le poseía un ahincado sentimiento de no defraudar a Ven en lo más mínimo. Deseaba ardientemente «representar». Para ello necesitaba disponer de un al menos incipiente bozo en primavera. ¿Con qué cara, si no, iba a presentarse ante las chicas que se dejaban besar?

A veces tenía la sensación de que andaba pisando una zona prohibida, pero estimaba mucho lo que él llamaba «su hombría» para volverse atrás. Además, Sisí Rubes estaba habituado a no respetar demasiadas prohibiciones ni obstáculos. La vida le sonrió fácil desde su nacimiento. Empezó a ver en los hermanos Sendín unas criaturas ñoñas e insoportables. En ocasiones se decía, perplejo: «Y pensar que de pequeño me gustaba jugar con ellos». Consideraba su primera infancia una época imbécil, felizmente rebasada. Cuando Daniel Sendín cumplió cinco años y le invitaron sus padres a merendar tuvo un ataque de furia. Hubo de dejar plantado a Ven aquella tarde. Luego, comparando a Ventura Amo con aquellos chiquillos, casi se reía en voz alta, al verlos tan desprovistos de ideas y ambiciones, con sus cabecitas limpias y bien cuidadas. A fin de cuentas, resultó que no lo pasó tan mal y, después de merendar, dijo confidencialmente a Elisita Sendín, la pobre tonta de las coletas y los lazos rojos:

—Me cuesta quedarme sin fumar, ¿sabes?

Elisita Sendín se llevó las manos a sus brillantes ojos sorprendidos.

—¡Ah! ¿Fumas? —dijo.

—¿Qué hacer, si no?

Después, Sisí Rubes charló confidencialmente con Luisito Sendín. Le dijo:

—Hueles a colonia. ¿Es que te perfumas?

—Sí —reconoció Luisito Sendín.

—Lo siento, pero eres un marica —dijo Sisí.

—¿Qué es un marica?

Sisí convino piadosamente:

—Los tíos que parecen tías.

Para Adela no era un secreto el paulatino cambio de Sisí. A veces, de tiempo en tiempo, pensaba que el chico se le escurría de entre los dedos y se estremecía. En vista de la esterilidad y la ineficacia de sus propias razones, apoyaba ahora sus argumentos en Cecilio: «tu padre» quiere esto; «tu padre» quiere lo otro, le decía a Sisí, pero Sisí, claramente lo advertía ella, tenía, desde hacía unos meses, cuerda propia. No era dócil, ni obediente, ni manejable. Adela desesperaba de encontrar ayuda en Cecilio Rubes. Comprendía que Cecilio era otro desde el nacimiento de Sisí y que este hecho la libró a ella de una vida seca y desértica, pero Cecilio se mostraba blando y acomodaticio para las cosas del niño. Respecto a ella, Cecilio estaba frío esta temporada y sólo semanalmente le exigía como marido y ella lo aceptaba de mala gana. Nunca encontró placer en ello, pero ahora, ya en plena menopausia, se le hacía una demostración baja e indecente. En esos momentos concretos, Adela pensaba que Cecilio estaría mejor encerrado en un manicomio. Mas nada de esto suponía para Adela causa suficiente de depresión. Estos motivos producían en su ánimo desfallecimientos ocasionales e intermitentes, pero, normalmente, Adela no se sentía desgraciada, sino más bien feliz. No pensaba seriamente que Sisí llegara a perderse.

Un día, disponiendo la ropa de Sisí, encontró unas motas de tabaco en el bolsillo del pantalón. «¡Oh! —se dijo—. ¿Será posible que fume este crío?». Estuvo inquieta y desazonada hasta que llegó Sisí.

Al verle dijo:

—Échame el aliento. Anda.

Sisí obedeció.

—¿A qué huele? —dijo ella.

—A menta —dijo Sisí—. He comido una pastilla.

—Bueno, no es a menta a lo que hueles, si lo quieres saber; es a tabaco. «Tu padre» se enfadará cuando lo sepa. ¿Qué clase de hombrecito canijo vas

a ser, querido, si te agarras al pitillo desde los once años? ¿No lo comprendes?

Adela turnaba con Sisí procedimientos persuasivos pacíficos y violentos. Con cualquiera de ellos daba con una roca; ella lo sabía. A Cecilio Rubes quiso «hablarle seriamente» antes de la cena.

—Querido —dijo—, acabo de descubrir en nuestro hijo lo único que le faltaba. Sisí fuma.

—Bien. ¿Hasta hoy no ha fumado? —dijo Cecilio con insolencia cínica —. Yo empecé a los ocho años, para que lo sepas.

A Adela le aplanaban las contestaciones de su marido. Ella se recreaba en armar castillos y montañas antes de su llegada para que él, con sólo dos palabras, los destruyese. Sonrió Cecilio, tratando de compensarla:

—Bien, recibí en la tienda carta de tu primo Hipólito desde África; ahí la tienes…

Adela jamás recibía cartas. Su familia, lejana, desperdigada por toda la geografía peninsular y protectorado, apenas se preocupaba de ella. Sus hermanos le escribían de año en año, desde La Habana, durante las Navidades. Abrió apresurada la carta. Dijo: «¿Cuántos años hace que no viene por aquí Hipo? Ignora hasta mi domicilio». Pasó la vista por los renglones desiguales y un poco infantiles y su rostro fue adquiriendo una vivaz animación.

—Vaya, Cecil. Hipo quiere que le destinen aquí cuando ascienda a comandante, ¿sabes? ¡Qué alegría! Todos se fueron. Hipo es el único que vuelve.

Cecilio Rubes se sintió apesadumbrado. Le afectaba íntimamente cuanto se refiriese a la aproximación geográfica de un pariente de su mujer.

—¿Qué quiere? —dijo con acentuado desagrado.

—Pregunta cómo están las cosas aquí. Si hay pisos militares decorosos, la cuestión comida y demás. ¡Qué alegría que Hipo vuelva al cabo de quince años, Cecil!

Adela advirtió la depresión de Cecilio. Pensó: «Oh, lo había olvidado. A Cecilio le gusta verme interesada en las cosas que se trae entre manos». Dijo:

—¿Hiciste algo de lo tuyo, querido?

Dijo Cecilio Rubes:

—Ya tengo la licencia en el bolsillo. Bien. Esta tarde hablé con un marmolista. Parece que no hay dificultad. Los Rubes tendrán el panteón que merecen. Bueno. Otra cosa… En el Real Club me anuncian un homenaje. —Cecilio Rubes sonreía con una clemencia infinita. Quería aparentar modestia,

pero que los demás apreciasen su talento creador. Añadió—: Quieren… quieren. Bien, piensan solicitar para mí la Medalla de la Ciudad. ¿Qué te parece, querida?
Cecilio Rubes se incorporó y miró al grupo entrañable de sus amigos, los concurrentes asiduos al Real Club. Se sentaban todos en torno a una larga mesa y en las copas respectivas se dilataba el champaña. Cecilio Rubes se encontraba pesado y ahíto. Pensó: «A mis años, un poco de gimnasia abdominal por la mañana me vendría de perlas… Bien, he de comenzar cuanto antes». Carraspeó antes de hablar y experimentó algo como un desasosiego al ver todos los ojos clavados en él.

Había preparado concienzudamente este discurso. La primera noche, apenas pudo dormir. Pensaba: «¿He de empezar diciendo: “Señores…”, o bien “Mis queridos amigos…”?. —Cuando se decidió le asaltó otra terrible duda—: ¿Qué actitud debo adoptar? La modestia se ve con simpatía, pero empequeñece los verdaderos méritos de uno. Bien. La excesiva vanagloria repele. ¿Cómo enfocar mi discurso?». A la tarde siguiente se sentó a su mesa y Adela le dijo al cabo de media hora:

—¿Escribes a Hipo, querido?

—Ah, no; en qué cabeza cabe —dijo Cecilio.

Dos horas más tarde, dijo Adela:

—¿Es que preparas un libro, Cecil?

Dijo él:

—Bien, querida, ¿por qué no me dejas en paz?

Tenía la cabeza como llena de agujeros y le costaba un esfuerzo desproporcionado discurrir. Pensó: «No sabré qué decir; diré: “A todos, muchas gracias. Nada más”». Se puso nervioso y salió al balcón a fumar un cigarrillo. Pero todo fue inútil. No llegaba a establecer una correspondencia entre su cerebro, su pluma y la cuartilla. Se dijo: «Es improcedente. Estoy vacío».

De súbito, mientras se bañaba a la mañana siguiente le asaltaron cuatro ideas aprovechables. «¡Vaya!», pensó. Se secó, se enfundó en la bata y tomó la pluma. El discurso le salió redondo. Clavó ahora su mirada en León Valdés para concentrarse.

Dijo:

—Mis queridos amigos: nos reunimos hoy en un acto fraternal que tiene la virtud de remover en mí sentimientos puros y encontradas emociones. Bien. Me agasajáis hoy por lo que consideráis un triunfo de uno de vosotros, de uno de vuestros conciudadanos…

El coronel López había dicho, al ofrecer el homenaje: «Cecilio Rubes, nuestro querido amigo, es un genuino representante de los valores, de la capacidad de inventiva de la raza. Pero Cecilio Rubes es, además, un caballero en el más amplio y generoso sentido del vocablo». Añadió Rubes:

—En realidad, yo me pregunto: ¿Qué he hecho? Bien. Mi vanidad me responde: «Has revolucionado la higiene universal. —Mi modestia me dice—: Lo que has hecho no tiene la menor importancia, Rubes».

Cecilio Rubes pudo captar recientemente la opinión de la ciudad: «La bañera Rubes tiene el inconveniente de que exige más agua que la bañera normal para cubrir el vientre. De ordinario, la gente que en el baño no se alcanza los pies con las manos es gente de vientre sensible a los cambios de temperatura. La bañera Rubes es, pues, inútil y contraproducente porque obliga al usuario a bañarse con faja o a emplear un termo de tamaño desmesurado». Se sintió un poco perplejo. Empero tenía el discurso enrollado en el cerebro como el hilo en un carrete. Dijo:

—Entre estos extremos me debato. ¿He conseguido algo útil en lo referente al progreso higiénico mundial? Bien. Sinceramente, creo que sí. Creo que la nueva técnica del aseo, ideada y desarrollada por mí, comporta para la Humanidad una inmediata consecuencia práctica: el que la higiene llegue a los viejos. Ahora bien, ¿es proporcionada vuestra demostración de admiración y afecto a mis pequeños méritos? Sinceramente también, creo que no. Vuestra demostración es excesiva.

El banquete fue opíparo y la camaradería efusiva y abierta. Rubes notaba en su hígado el banquete; la camaradería efusiva y abierta, en el corazón. Ambos estallaban congestionados. Fidel Amo le dijo al llegar: «Querido Cecilín, estábamos en deuda contigo». Luego vino un loco deglutir y una conversación llena de aspavientos y exclamaciones. Se habló de mujeres: «Una bonita muchacha y una bañera Rubes. No pido más, —dijo el magistrado Lozano en el colmo del entusiasmo—. ¡La del anuncio, la del anuncio!», chilló el coronel López. Cecilio Rubes examinó la nariz de Ramón Prado, frente a él, con una suerte de conmovida ternura. Añadió:

—Y creo que vuestra demostración es excesiva porque en este acto, que nunca olvidaré, hay más afecto, más gratitud, más limpieza de corazón, más efusividad, más conmovedora franqueza, que las que merece Cecilio Rubes ni hombre alguno de la Tierra.

Volvió a mirar a Ramón Prado y le sonrió. Ramón Prado le devolvió la sonrisa. Rubes pensó: «Me gustaría que me viese Adela ahora». Acababa de hacer las paces con Ramón Prado, al cabo de casi diez años, y experimentaba

un cálido derramamiento de corazón. Le emocionó enterarse, tres días antes, de que Ramón Prado era de los que firmaban el homenaje. Al llegar, aquella tarde, Prado dijo, echándose en sus brazos y clavándole su deforme nariz en el hombro:

—Querido Cecilio, creo que «aquello» debemos olvidarlo de una vez. Mi hermano tenía la gripe entonces y yo me hallaba excitado.

Cecilio le estrechó en sus brazos. Cerraba y abría ardientemente los ojos, buscando una lágrima.

—Bien —dijo—. Yo tenía el convencimiento de que con más higiene la epidemia no se habría producido.

Ahora miraba la nariz de su amigo Ramón Prado y sonreía. Añadió:

—Por todo ello, mis queridos amigos, me encuentro emocionado. Mi limitación impide a mi cerebro y a mi lengua expresar cuanto mi corazón siente. Sólo puedo deciros una cosa. Os estoy agradecido; os estoy sinceramente, profundamente agradecido.

Le aturdió el ruido de los aplausos y los palmetazos en la espalda y la reanudación de la expansiva euforia, reprimida momentáneamente por respeto a sus palabras. Cecilio Rubes obsequió a sus amigos con unos gruesos cigarros habanos. Inmediatamente, Fidel Amo dio cuenta de haberse enviado una propuesta al municipio solicitando para Cecilio Rubes la Medalla de la Ciudad «en mérito a los servicios prestados por dicho ciudadano a la higiene universal. —Rubes dio las gracias y dijo—: La cosa me parece excesiva». Pensaba: «Soy el único que verdaderamente ha descollado del grupo».

Entró el conserje y se acercó a él: «Señor Rubes —le dijo con voz temblona al oído—, avisan de casa de su madre que la señora viuda de Rubes se ha agravado». Cecilio se puso en pie de un salto. Notó un puntazo en el hígado, pero no le prestó atención.

—Bien, señores —dijo—, una cruel novedad. Mi madre se ha agravado súbitamente.

A Cecilio Rubes le agradó la solidaridad de sus compañeros; le agradó sobre todo no sentirse solo en tan difíciles momentos. En la puerta tomó un coche y advirtió que, a medida que se aproximaba a casa de su madre, la euforia despertada por el banquete se trocaba en una opresiva congoja. Por si esto fuera poco, él se esforzaba en adoptar una expresión de amargura para todos aquellos conocidos que pudieran sorprenderle a través de la ventanilla.

Entró en la habitación de puntillas. Tomás estaba al lado de la enferma. La viuda de Rubes abrió los ojos y Tomás salió. Dijo la viuda de Rubes con muy poca voz:

—Cecilio, esto se acaba.

Se sentó a su lado. Dijo:

—¡Bien, mamá! ¿Por qué has de ser tan exageradamente aprensiva?

La cabeza de la anciana parecía más grande que nunca. Dijo:

—¿Cuándo te convencerás, borrico, de que alguna vez he de marcharme?

Cecilio Rubes observó la respiración fatigada de la enferma. Apenas tenían fuerza sus pulmones para levantar el peso de la ropa. Le tomó una mano Cecilio y la encontró viscosa y fría.

—¡No, mamá, no! —dijo—. Todavía no.

La enferma cerró los ojos y estuvieron un largo rato en silencio. Le agobiaba a Cecilio la penumbra, los muebles oscuros, la tensión que gravitaba sobre ellos. Dijo la viuda de Rubes al fin:

—Estrenaré el panteón, Cecilio. No creas que es un honor despreciable. Tuviste una magnífica idea. Dime, hijo, ¿cómo estaba tu padre?

—¿Mi padre? —dijo Cecilio.

—¿No trasvasaste ayer sus restos?

El banquete se le ponía ahora de punta a Rubes en el estómago y la cabeza le daba vueltas. Dijo:

—Bien. Lo mismo podría ser mi padre que otro cualquiera.

Entró la doncella y dijo:

—Señor, está el párroco.

Se inclinó Rubes sobre el rostro de su madre y dijo con voz crispada:

—¡No, mamá, hasta ese punto no!

—Que pase —dijo la anciana.

Rubes salió. En la sala se hallaba Tomás con dos amigas de su madre. Le pareció una eternidad el tiempo que la viuda de Rubes empleaba con el cura. Cuando volvió a su lado la encontró muy agotada. Le dijo:

—Sisí… ¿No puede venir el pequeño Sisí a ver a su abuela?

Cecilio envió recado telefónico a su casa. Debía venir Adela. A Sisí deberían recogerlo a la salida del colegio. Cecilio Rubes se veía desordenado por una inmensa conmoción interior. Jamás supuso que estos momentos tuvieran una fecha real para ocurrir en su vida. Llegó Adela y le abrazó levemente conmovida. La encontró gorda y dura de cintura, pero desechó este pensamiento por parecerle, ahora, irreverente. Le dijo Adela, con cierta reserva:

—Sisí no quiso venir con Mercedes, querido.

Cecilio se desconcertó.

—¿En qué piensa ese chico? —dijo.

Adela se acercó a su suegra con cierta repugnancia. No sentía simpatías por ella ni ahora, que la veía a punto de salvar la última frontera. Dijo la viuda de Rubes, con una voz sorprendentemente adormecida:

—Ese chico, Sisí… Debes velar por él, Adela.

Adela encontró a su suegra desusadamente blanda. Pensó: «La muerte ablanda las piedras. —Luego se dijo—: ¿Dónde está su cuerpo, que no hace bulto en la ropa?». Acercó sus labios al oído de la anciana:

—No te preocupes, mamá.

Poco después la enferma se despidió de Cecilio y le entregó unos papeles reservados. La viuda de Rubes demostraba una insólita entereza. Dijo:

—No pongáis otros féretros encima del mío, Cecilio. Me ahogaría.

Cecilio dijo broncamente:

—Te lo prometo, mamá.

Se le afilaban las mejillas a la enferma y adquirían una sobrecogedora lividez de cera. Empero seguía firme. Cecilio pensó: «Es lo mismo que cuando tronaba y yo me refugiaba en ella». Se encontraba tan pueril e indefenso como entonces y se hubiera arrojado con gusto sobre su pecho y hubiera sollozado hasta vaciarse sobre él. Balbució la anciana:

—Sisí… ¿No viene Sisí?… Llegará tarde.

Sisí decía a Ven en ese momento:

—¿Dónde está tu padre?

Dijo Ven:

—Viaja. Cuando yo cumpla quince años viviremos en Madrid.

—¿Te irás?

—Yo quiero irme a Madrid. Allí las fulanas andan sueltas por las calles.

—¿Qué es fulana? —dijo Sisí.

Ven apretó con el tacón la piedra previamente introducida en una bomba de riego y de súbito surgió un surtidor espectacular. Dijo Ven:

—¡Corre! ¡El guardia!

La viuda de Rubes, en tanto, tomó la mano de Cecilio y trató de incorporarse. Su cabezota se derrumbó, de súbito, a plomo sobre la almohada y, entonces, Tomás se acercó a ella, la levantó un párpado y dijo, volviéndose:

—Ha muerto.

A Cecilio Rubes le subió un sollozo, como un rugido, a la garganta. Se veía impotente y cruelmente solo. Por un momento pensó: «¿Por qué no he de morir yo también?». Había perdido su habitual dominio de sí. Los nervios le vencían. No experimentó el menor deseo de abrazar a Adela y, en cambio, pensó en Paulina con una suerte de melancólica añoranza. Le movía una

especie de temor infundado a la muerte. Para él, su madre acababa de abandonar aquella habitación, sin que ni las puertas ni las ventanas se abriesen. «Sin romperla ni mancharla, —pensó, exactamente. Miró el cuerpo de su madre y se dijo—: Bien. No es ella. ¿Qué tiene de común esta figura con mi madre?». Se encontró débil y salió de la estancia. Adela, detrás, le dijo:

—Debes descansar, Cecil. Yo permaneceré aquí.

Dijo Cecilio:

—Descansar con mi madre de cuerpo presente… ¿Es esto cuanto se te ocurre, querida?

Adela se ruborizó.

—Al menos, cámbiate de ropa, Cecil. Eso te descansará.

Cecilio lo admitió porque necesitaba moverse, hacer algo. Al salir, le dijo Adela:

—Mira a ver qué ha sido de Sisí.

«Sisí —se dijo Cecilio. Arrellanado en el asiento posterior del Lincoln, pensó—: Sisí». Al llegar a casa, su extraño estado de ánimo le llevaba a culpar a Sisí de la muerte de su madre. Lo vio tranquilamente sentado en un sillón, leyendo un libro. Fue a él, arrebatado por una viva excitación. Dijo:

—¿Es así como fuiste a ver a tu abuela?

Dijo Sisí, sin moverse:

—Lo olvidé, papá.

Cecilio Rubes notó en la palma de la mano una neta exigencia. Sin pensar en lo que hacía, la levantó y la aplastó estruendosamente contra la mejilla del niño. Inmediatamente se arrepintió, pero le pareció una cobardía volverse atrás. Le asustó ver a Sisí retorciéndose en el sillón y, luego, incorporarse y arrojarle el libro a la cabeza con todas sus fuerzas.

—¡No te acerques! ¡Idiota! ¡No vuelvas a acercarte a mí! —chilló Sisí.

Al cambiarse de ropa, Cecilio Rubes pensó que acababa de cometer una terrible equivocación. Una cosa extraña, como un oleaje, le subía y le bajaba a la garganta. Oía llorar a Sisí, lejos. Entonces le asaltaron también a él unos irreprimibles deseos de llorar. «¡Ah! —pensó—. ¿Por qué estoy solo en una noche tan horrible?». Cambió la cartera de americana y salió. Ante Sisí vaciló unos momentos. Luego, impulsivamente, se arrodilló junto a él y le abrazó. Le hablaba con una calidez casi femenina, desahogándose:

—Bien, hijo mío, tienes que perdonarme, ¿comprendes? Bueno, los nervios… los nervios no me respondieron, ¿sabes? Yo no quise pegarte, Sisí, querido niño mío…

Lloraba sobre él, sobre su indiferencia absoluta, sobre su dolida rigidez. Prosiguió:

—La abuela ha muerto, ¿entiendes, hijo mío? La abuela es mi madre y papá acaba de quedarse sin madre y… bien, me estallaron los nervios y no supe lo que hacía. Bueno, a veces pienso, a veces pienso que si tú…

Volvió a él Sisí su expresión fría y distante. Dijo perentorio:

—¿No mueren todos los viejos? ¿No tenemos que morir todos?

Vibraba un desgarro restallante en su voz y Cecilio Rubes le abrazó y le atrajo hacia sí. Notó que su cuerpecillo se relajaba, se entregaba y se alegró de haber afrontado la situación directamente. Después, cuando se incorporó para salir, se encontró más firme sobre sus piernas. Dijo humildemente:

—Luego vendrá mamá, querido. Bien. Yo tengo necesidad de salir.

V

Decía el periódico del 1 de junio de 1929: «Las elecciones inglesas. El voto femenino da el triunfo a los partidos extremos. Los laboristas formarán Gobierno. —También decía el periódico del 1 de junio de 1929—: Las curaciones del doctor Asuero. El doctor Asuero estuvo ayer en el domicilio de su madre política, la señora viuda de Arcaute. Allí llamó al guardián de la casa, que padece hace muchos años reuma, y le dijo: "Ven, que te voy a curar". Efectivamente, con una breve intervención fue sanado el viejo servidor. A su regreso a San Sebastián operó a una señora en el Hotel María Cristina, obteniendo la enferma considerable mejoría. —Decía también el periódico del 1 de junio de 1929—: La Exposición de Barcelona. Inauguración del monumento a la Reina. El Rey visita las instalaciones».

En tercera plana decía el periódico del 1 de junio de 1929, encerrando los caracteres tipográficos dentro de un pie humano: «Si están sus pies: hinchados, ardientes, cansados, sudorosos, sensibles, doloridos… Si padecen callos, durezas, grietas, ampollas, sabañones, contusiones… Nada encontrará mejor que un baño con Sal. Paquete para un baño, treinta y cinco céntimos. Farmacias y droguerías. —Y, más arriba—: Silencioso como una sombra… Inflexible. Espacioso. Pruebe el nuevo Dodge Brothers, seis».

Doblando la página, decía el periódico del 1 de junio de 1929: «Teatro Bretón: Hoy, últimas representaciones a precios populares de la famosísima comedia, en tres actos, original de Pedro Muñoz Seca, *El alfiler*, que constituye un verdadero éxito de la compañía Meliá-Cibrián». «Cinema Montoya: Esta tarde, a las siete y a las diez, *Rin-tin-tín, mandíbulas de acero*, interesante cinedrama, marca superdiana, en el que el famoso Rin-tintín produce justa admiración por su excelente trabajo».

También decía el periódico del 1 de junio de 1929: «Señora: no hay mejor perfume que un baño en bañera Rubes». Era el pan de cada día, pero Cecilio Rubes lo oía ya como quien oye llover; sabía, además, que para las señoras sí había mejores perfumes que su bañera. Esto era un mal. Era un mal que Cecilio Rubes fuese el primer convencido de la falsedad de su eslogan publicitario. El negocio de las bañeras no prosperó como él se imaginara un año antes; ni como soñaran León Valdés y Bartolomé Alegre. La innovación higiénica despertó una resonancia de relativa curiosidad en el ámbito meramente local. Algunas familias se decidieron a introducir las «bañeras Rubes» en sus cuartos de aseo e, incluso, algunas casas de nueva planta instalaron los cuartos de baño con la bañera de su invención. Empero, sus

deficiencias circularon entre los bañistas domésticos con mayor fuerza persuasiva que su frase de propaganda. La gente decía que en los baños Rubes tenía uno que optar entre enfriarse el vientre o instalar unos termos desproporcionadamente grandes. Ello, que era fundamentalmente cierto, retrajo a la clientela. Rubes lo sabía y, como no podía permanecer pasivamente con los brazos cruzados, decidió continuar la venta de bañeras de un solo plano —de las bañeras de tipo clásico— en su establecimiento. Su actitud motivó el enojo de sus consocios. Rubes no podía hacer la competencia a la compañía. El establecimiento «Cecilio Rubes · Materiales Higiénicos», el más importante de la ciudad, debía expender solamente baños de los fabricados por Rubes Valdés y Cía., S. R. C. En este sentido se expresaban sus consocios y Cecilio Rubes no tuvo otra salida que plantarse: «Bien —dijo—. ¿Es que ustedes creen que porque la Compañía se hunda ha de hundirse el Establecimiento con ella?». Valdés le hizo ver que si él no vendía bañeras de tipo clásico, la venta de «bañeras Rubes» se incrementaría. Cecilio trató de convencerle de que si él no servía al público la bañera que apetecía, el público se iría a comprar a Madrid o a Barcelona, con el perjuicio consiguiente para su establecimiento. Regañaron y Bartolomé Alegre dijo: «La Sociedad ha nacido muerta. —Apuntó Valdés—: Entiendo que en nuestras manos está proporcionarle balones de oxígeno». Dijo Rubes: «Si los balones de oxígeno que esperas consisten en que yo no venda bañeras de un solo plano, estás fresco. —Añadió Valdés—: Ningún socio debe dedicarse particularmente al mismo fin mercantil que la compañía a que pertenece. Éste es un postulado elemental». Rubes se cargó. Dijo: «El fin social de Rubes Valdés y Compañía es la fabricación de “bañeras Rubes”. Mi negocio es exclusivamente de venta de bañeras y no de fabricación. Bien, creo que está claro. Sobre este punto no se hizo en la escritura la menor salvedad». Valdés pensó llevar la cosa adelante, pero luego desistió. No valía la pena enredarse en una cuestión judicial. Transcurridos los cinco años fijados se disolverían y asunto concluido.

Para Cecilio fue aquél un nuevo y sintomático indicio. La Sociedad se desintegraba y él no llegaría, como soñaba, a ser un hombre mundialmente famoso.

Antes de esto sostuvo una larga y espinosa querella con los perfumistas. Hasta ahora, la Sociedad no le proporcionaba más que sinsabores y problemas enojosos. Cecilio Rubes no estaba satisfecho; no podía estarlo. Los perfumistas arremetieron cinco meses antes contra su eslogan publicitario. La Sociedad Rubes, Valdés y Compañía venía anunciándose así: «Los perfumes

irritan el cutis. Señora, no hay mejor perfume que un baño en bañera Rubes». Los perfumistas estimaron que la primera parte del anuncio suponía «una competencia desleal que, envolviendo una inexactitud notoria —ya que está suficientemente demostrado que los perfumes no irritan el cutis—, merma el crédito y perjudica al negocio de perfumería». Cecilio Rubes recibió un comunicado del juzgado municipal en este sentido. Los perfumistas, a lo que era de ver, querían bronca. «Es una insensatez, nada hay de desleal en esta competencia», se dijo Rubes. Los perfumistas solicitaban la supresión de esta frase y Cecilio Rubes se revolvió como un león enjaulado. Pasó a ver a Luis Sendín, que le había llevado con tacto algunos pequeños asuntos, y le expuso la cuestión. Le dijo Sendín:

—No es mucho lo que piden.

—Bien —dijo Rubes—. Eso significa que he de acceder.

Luis Sendín consultó de nuevo la copia de la reclamación que enviaba el juzgado. Añadió:

—En estos casos, lo grave suele ser la indemnización. Los perfumistas no la reclaman. Se limitan a pedir que cese lo que ellos estiman una «competencia desleal», es decir, que suprimas la primera parte de tu anuncio.

Miró a Cecilio, buscando su aprobación.

—¿Bien? —dijo Rubes.

—Lo más sencillo es darles gusto; máxime cuando ello no lesiona tus intereses. Si la cosa prosperase podría irrogarte un perjuicio económico serio.

Chilló Rubes:

—¡Ceder bobamente siempre lesiona mis intereses!

Valdés y Alegre se mostraron partidarios de los paños calientes. Dijo Valdés, el cojo: «No quiero más líos. —Dijo Alegre—: Estoy de la Sociedad hasta aquí», se señalaba la gran calva, en la punta de su enorme estatura. Cecilio Rubes aceptó, a la fuerza, el acto de conciliación. Acudió al juzgado con Luis Sendín de «hombre bueno» y aceptó la petición de los perfumistas. En lo sucesivo, el anuncio quedaría redactado así: «Señora, no hay mejor perfume que un baño en bañera Rubes, —suprimiendo, en consecuencia, la primera parte, que decía—: Los perfumes irritan el cutis». Concluido el acto, Rubes estrechó las manos de los representantes del gremio de perfumería y, quieras que no, se sintió vejado y deprimido.

En realidad, la Sociedad no le proporcionó hasta el momento más que disgustos. Exceptuando la resonancia del concurso, su fotografía en el *ABC* de Madrid, como información de pago, y el homenaje de sus colegas del Real Club, muy poco había sacado en limpio de la bañera de su invención. Rubes

pensaba, a veces: «La verdad es que es de necios tratar de reformar el mundo. Por cada ser inteligente hay más de un millar de burros entre los hombres». Pero lo que más le dolió fue ver desechada la solicitud de su grupo pidiendo para él la Medalla de la Ciudad. Esto no podría olvidarlo Rubes aunque viviera mil años. A veces se confesaba: «Es la mayor vejación que puede soportar un hombre». Lo cierto es que, salvo el apoyo de su buen amigo el concejal Rodríguez, la demanda cayó en el vacío en el Municipio. Para algunos, incluso, fue un estupendo motivo de hilaridad. Dijo el teniente de alcalde Ruiz Bravo: «Señores, considero un error esta solicitud. Por este camino sería cosa de pensar si merece igualmente la Medalla de la Ciudad el inventor del papel higiénico en rollos. —Dijo el concejal Vedate—: Sería capaz de inventar la bañera-vertical, si el municipio premiara con tanta largueza una tontería semejante». El alcalde reconoció «que la Medalla de la Ciudad fue creada con unas miras más altas». En resumen, la solicitud de los amigos del Real Club fue desechada y Rubes se enteró de las interioridades de la sesión por boca de su amigo Rodríguez. Primero sintió calor y, luego, un frío intenso; primero se puso encarnado y, luego, amarillo. Al fin, vociferó: «¡Cochinos ediles!». Sus ya escasas simpatías por la administración local sufrieron una nueva merma con este contratiempo y cuando Hipólito, el primo de Adela, llegó de Ceuta y se lamentó del estado del pavimento en las calles principales de la ciudad, Cecilio se apresuró a declarar:

—Bien. ¿Crees tú que es posible el decoro urbano cuando nuestros ediles tienen los ojos puestos en Madrid? Yo digo: El alcalde debe ser para la ciudad y no la ciudad para el alcalde.

Aparte de este desfogamiento, Cecilio Rubes no experimentó la menor alegría cuando Hipólito descendió del tren, con su camisa azulona, y los puños sucios, y su constitución regordeta, y su franca y agresiva campechanía. Hipólito decía «¡Arrea!» a cada dos por tres y le presentó a su mujer, diciendo: «Mi señora», y tenía los mofletes congestionados como si terminara de salir del pueblo. Los tres chicos parecían tontos y no hacían más que darse con el codo y reírse sin ton ni son. A Cecilio le amargó la excesiva efusividad de Adela hacia su primo. Le besó en la cara y le llamó varias veces «Querido Hipo. —A Cecilio le confesaba con frecuencia Adela últimamente—: Oh, Cecil, de niños, Hipo y yo estuvimos muy unidos. Siempre que jugábamos, él y yo formábamos una pareja inseparable». «¿De niños, niños?, —inquirió Cecilio un poco escamado. Adela se ruborizó—: Bueno, y un poco después». Aventuró Rubes: «¿Te besó alguna vez tu primo Hipo?. —Adela se

encontraba molesta—: ¡Oh, Cecil, nos besábamos normalmente como hermanos!». «¡Como hermanos!», gruñó Cecilio de mal humor.

Ahora, Hipo tomaba a Adela del brazo y Cecilio tenía que atender a su mujer, que era pequeña también y extrañamente estúpida. Le dijo: «¿Tienen cines bonitos aquí?. —Cuando iban a entrar en el Lincoln, Hipo se volvió—: ¡Arrea! —dijo—. ¡Vaya un automóvil que te gastas, querido primo!». El «querido primo» le sentó a Rubes como un alfilerazo. Sisí decía, un poco alterado, a su primo mayor: «¿Fumas?». «¿Fumas tú?, —le dijo el primito, levemente espantado—. ¿Qué hacer, si no?», dijo Sisí. Ya en el coche, Hipo se ladeaba sobre el transportín y se limpiaba con un pañuelo el sudor de las manos. A cada momento se agachaba un poco para mirar por la ventanilla. «¡Arrea! —decía—. Esto está completamente cambiado. —Adela sonreía—: No lo conocerás».

A Cecilio Rubes le mortificaba tener que ser el rodrigón de estos inesperados primos; le mortificaba el evidente afán de Adela por estrechar los lazos familiares. Le había dicho: «Son los únicos parientes que viven a mi lado en mucho tiempo y quiero disfrutarlos, Cecil. —Cecilio pensaba—: ¡Idiota, idiota! ¿Es posible que con esta gentuza se pueda disfrutar algo?».

Hipo vio en ellos su tabla de salvación. Conservaba pocos amigos en la ciudad y ninguno, desde luego, podía compararse con sus primos. Cecilio Rubes se acostumbró a encontrarlos en su casa cuando llegaba del Establecimiento. Hipólito sentía una predilección especial por los temas africanos y hablaba con frecuencia de «los moros» y «la guerra». «Allí la vida es distinta, —decía. Adela preguntaba ingenuamente—: ¿Es cierto que las mujeres se cubren la cara?». «¡Arrea, claro!», decía Hipólito echándose a reír con un confuso gorgoteo gutural. La señora de Hipólito, Ester, sonreía con una sonrisita completamente hueca y convencional. «Yo le diría…, —intervenía tímidamente. Hipo estallaba—: Mujer, tutéala. Estamos en familia». Estas alusiones a la familiaridad estremecían a Cecilio Rubes. En ocasiones, Adela les invitaba a comer y Cecilio no se sentía con fuerzas para oponerse abiertamente. Confiaba en que Adela advirtiera algún día su irritación y se decidiera a prescindir de sus parientes. Mas Adela acostumbraba a lograr sus pequeñas satisfacciones en la vida a contrapelo de su alarido. Cecilio no resistía el ruido de Ester al sorber la sopa, o el hecho de que se llevase el pescado a la boca con la paleta en vez de con el tenedor. Estas minucias cobraban en su interior el relieve de cosas trascendentales. En presencia de sus primos por afinidad se encontraba desalentado. Un día le dijo Hipólito:

—Mi querido primo, yo querría asociarme a algún club. Entre la casa y el cuartel y el cuartel y la casa se oxida uno. Echo de menos un poco de vida de relación.

—Bien —dijo Cecilio, sobrecogido—, ahí tienes el Círculo…

—El Círculo se me hace demasiado bullanguero. Yo querría algo más recogido y… y más familiar. ¿Qué tal está el Real Club?

Cecilio temblaba visiblemente:

—No te gustaría —dijo, tajante.

—¿Tú crees?

—Es… bien, ¿cómo te diría yo? Bueno, una cosa excesivamente seria.

—Me gusta —dijo Hipo—. Me gustan la seriedad y los buenos modales en los casinos.

—Bien… Te he dicho serio cuando, en realidad, el Real Club es… bueno, todo lo contrario. ¡Que te diga Adela! Comilonas, juego, vino…

—¡Arrea! —dijo Hipo—. Me estás dando por el gusto, Cecilio. Vino, comida, juego, ¿eh, Ester? —Guiñó un ojo a su mujer—. El primo parece que conoce mis debilidades.

Apuntó Cecilio con un hilo de voz:

—Creo que me explico mal… El Real Club es… —Buceaba en sí mismo y miraba a Hipólito, que esperaba anhelante que se explicase—. Es como una gran familia un poco ñoña y un poco aburrida y un poco especial… Bien, un sitio donde el que llega por vez primera se encuentra como gallina en corral ajeno… Ésa es la cosa.

—Sigue —dijo Hipólito—. Eso va en temperamentos. Yo no me acoquino ni ante el Padre Santo.

Se limpiaba el sudor de las manos con el pañuelo. Cecilio pensaba: «¿Qué haría yo en el Club con este hombre? ¿Qué pensaría el coronel López? ¿Y Fidel Amo?». Dijo:

—En realidad, es algo caro… Es muy caro, realmente.

—¿Cuánto?

Cecilio Rubes tenía conciencia de que se jugaba la última carta:

—Quinientas la entrada —dijo.

—¡Arrea! —dijo Hipo—. Esto ya me gusta menos.

Cecilio le abrió:

—La cuota mensual es de diez duros… bien, más luego alguna comida, homenajes, gastos de juego y demás te suponen la friolera de veinte duros mensuales.

Intervino Ester:

—Eso no es para ti, Hipo.

Cecilio suspiró hondo cuando observó que Hipólito desistía. En lo sucesivo, siempre se mostraba en guardia ante su primo. Le temía. Temía su audacia, un poco irresponsable, y su anhelo por hacer todo y probar de todo en la vida. Le mortificaba cuanto se refería a sus parientes. El hecho de que Adela quisiera meter al pequeño Lito por las narices de Sisí le sacaba de quicio. Ante esto se plantó:

—Querida —le dijo una noche a su mujer—, ya ves que respeto a tus parientes, y… bien, les estimo como tales, pero no me gusta que Sisí intime con ese chico medio moro.

—¿Te refieres a Lito? —dijo Adela.

—Exacto.

—¡Oh, Cecil! ¿Qué niños no tratará Sisí de un tiempo a esta parte? Lito es un niño extraordinariamente dócil.

Lito tenía una cara desagradablemente redonda, una tez oscura y una mirada negra, evasiva y lánguida. A menudo su padre le preguntaba: «¿Qué vas a ser?». «Cura», respondía el niño invariablemente. Era su gracia y su padre la celebraba con el gorgoteo gutural acostumbrado en él cuando algo le ocasionaba mucha risa.

—Entiéndeme —añadió Cecilio, conciliador—. No digo que Sisí no se trate con él. Bueno, lo que quiero es que tú no fuerces la cosa para que los niños intimen.

A Sisí, Lito Martínez, su primo, le producía una extraña satisfacción. Sisí lo consideraba un niño tonto, pero dotado de unas misteriosas facultades que exacerbaba en él un fondo de sadismo. Le agradaba mortificar a aquel muchachito impasible, de tez cetrina y mirada ingenua, que tenía dos años menos que él. Sisí le proporcionaba humillaciones y sacrificios sin cuento. Decía Lito: «Yo quiero sufrir para ser santo. —Decía Sisí—: Déjate dar dos docenas de pellizcos». Lito decía: «Venga». Y Sisí, con una crueldad refinada, iba retorciendo las carnecitas de su primo hasta producirle un amoratamiento en la piel. Un día les sorprendió Ester. Chilló: «¿Qué le haces al niño?». Sisí se estremeció. Abrió los ojos Lito, cuyos párpados se apretaban siempre mientras duraba la tortura. Sonrió con inefable conformidad y sus oscuros ojos llorosos brillaban extrañamente: «Quiero hacer sacrificios —dijo —. Yo se lo pedí». «Déjate de boberías —dijo Ester—. ¿Estás tonto?». Y miraba a Sisí con horrorizada expresión.

Otras veces, Sisí le llamaba «moro» y «perro judío» a Lito y, ante eso, su primo se enardecía: «¡Soy cristiano! ¡Más cristiano que tú!, —voceaba. Y Sisí

reía y se lo contaba luego a Ventura Amo. Ventura le preguntaba—: ¿Crees tú que tu primo se dejará pinchar?». «Creo que sí», admitía Sisí Rubes. Y un día llevaron a Lito a casa del viajante.

—¿Te importaría que te pinchase? —dijo Ven.

Lito puso un gesto de heroica resignación. Dijo:

—Puedes atravesarme la frente y los carrillos con un alfiler, si quieres; y la piel de los brazos también. No sangro.

Soportó sin una queja el suplicio y, al final, sus ojos oscuros tenían una rara chispa de iluminado. Su resistencia al dolor levantaba en el pecho de Ventura Amo una oleada creciente de refinamiento. Al concluir, le dijo, airado:

—Eres un perro judío. Sólo un judío puede aguantar lo que tú aguantas.

—¡Soy más cristiano que tú! —chilló Lito, saltándosele las lágrimas, y entonces Ventura Amo le dio un coscorrón—. Eso sí puedes hacerlo —advirtió sumisamente Lito.

Sisí Rubes seguía viendo en Ventura Amo el prototipo del hombre perfecto, con un sentido de la vida perfecto también, y con un avispado método para gozar de ella. Se reunían a menudo en su casa y Ventura Amo le aleccionaba en los más diversos aspectos. Ventura Amo sentía una notable inclinación hacia las revistas frívolas. Ahora, con el dinero de Sisí y con las que el viajante compraba en sus viajes, tenían suficiente entretenimiento para sus horas de ocio. Sisí Rubes advirtió que aquellos dibujos obscenos, que en principio no le hacían mella, iban moviendo paulatinamente en su carne algo así como un apetito indeterminado; aquellas mujeres provocaban en él una ansiedad semejante a la que le producía la vista del agua cuando tenía sed.

A menudo merodeaban por el parque acechando a las parejas, y estos movimientos, que en su origen constituyeron una pueril distracción, iban levantando en Sisí un extraño sentimiento de envidia. Él, a veces, deseaba estar en el lugar de aquellos hombres y no tirándoles chinitas o riendo veladamente desde detrás del seto.

Los jueves, Sisí aprovechaba las tardes libres para acudir al cinematógrafo con Ventura Amo. Sisí Rubes le invitaba con abierta liberalidad. Consideraba que era ésta una pequeñísima compensación a los desvelos de Ventura hacia él. La primera tarde que asistieron a un cine juntos, al pasar los anuncios del intermedio, Ven le dio con el codo sorprendido:

—Mira —dijo—, los baños de tu padre. ¿Has visto qué fulana?

Sisí Rubes contemplaba embelesado la grácil figura de la muchacha saliendo del baño y deseó vivamente, ignoraba bien por qué, apartar la

inoportuna toalla de un manotazo. Sisí no sabía que su padre, once años atrás, deseó hacer lo mismo con un biombo y lo hizo, al fin. Dijo Ven:

—Tu padre debe de ser un buen randa, ¿eh?

Sisí rió en voz alta. En realidad, desconocía absolutamente qué era lo que su padre hacía una vez que cerraba la puerta de la calle. Sabía que tenía una tienda de baños y una Sociedad, pero ignoraba el tiempo que una y otra le ocupaban. Podía ser, efectivamente, como Ven apuntaba, «un buen randa».

Hasta la última primavera, Cecilio Rubes no consideró a su hijo un ser capaz de razonar y reaccionar inteligentemente ante los avatares de la vida. Lo descubrió una tarde soleada de domingo en que Bernardino los llevó en el automóvil al campo. Los trigos apuntaban y la implacable meseta árida del estío parecía, a la luz tibia de la primavera, un océano de pujante fertilidad. Fue en esta ocasión cuando Cecilio Rubes se volvió por vez primera a su hijo y lo vio bajo una luz desconocida:

—Bien —dijo—. ¿Qué querrías ser el día de mañana, Sisí?

Su hijo lo miró y demoró levemente la respuesta. Rubes pensó: «¡Dios mío, este chico razona ya!». Y fue para él un conmovedor descubrimiento. Desde la marcha de Paulina, Rubes se sentía incompleto. Desde la muerte de su madre, solo.

—Me gustaría ser ingeniero —dijo Sisí.

A Sisí Rubes le gustaba ser viajante, pero Sisí Rubes sabía que estas cosas no podían descubrírsele inopinadamente a su padre. Había que fingir y tener tacto.

—¿Te gustan las matemáticas? —dijo Cecilio.

—Ah, no —dijo Sisí, con espontáneo horror.

—¿Entonces?

—Me gustaría tender puentes sin manejar números —añadió Sisí.

Cecilio Rubes se detuvo un momento y hundió la contera del bastón en la ura de un grillo que acababa de refugiarse en ella atemorizado. Dijo, luego:

—Me temo que eso no sea posible. La vida tiene ciertas normas sobre las que uno no puede saltar alegremente. Bien, no sé si será una enormidad más, pero en este país no se puede ser ingeniero sin familiarizarse antes con los números.

Sisí se apresuró:

—Seré otra cosa, entonces —dijo.

Sisí Rubes ocupaba el anteúltimo lugar de la clase. El último era Ventura Amo.

Dijo Cecilio Rubes:

—La medicina no requiere cálculos.

—No me gusta —dijo Sisí.

—¿Y abogado?

—¿Qué es abogado?

—Como el papá de Luisito Sendín —dijo Rubes.

Torció el gesto Sisí.

—Bien —sonrió Rubes—. Creo que aún tienes tiempo de reflexionar sobre ello. Me gustan los muchachos que como tú reflexionan y no resuelven a tontas y a locas.

A partir de esta conversación, Cecilio Rubes creyó adivinar en el pequeño Sisí el primer brote de madurez. Le encontró serio y ponderado. Le gustó por dentro como le había gustado siempre por fuera. Decidió ser el mejor amigo y confidente de su hijo. A Luis Sendín se lo dijo así una tarde:

—Me gustaría que mi hijo no tuviese conmigo ningún reparo. Bien, conocerle a fondo en sus sentimientos y en sus debilidades, eso es lo que quiero decir. Yo aspiro a que mi hijo me confiese tranquilamente el día de mañana: «Papá, he estado con una pécora. ¿Crees que en lo sucesivo debo tomar alguna precaución?». El padre que llegue a basar las relaciones con su hijo en este grado de confianza tiene todo resuelto.

De vez en cuando se entrevistaba ahora con Sisí y procuraba sondearle, sin herir su susceptibilidad. Mas Sisí Rubes sabía ya que la postura a adoptar en casa era distinta a la que convenía adoptar en la calle. El hombre tenía dos vidas y, en consecuencia, dos caras. Con su padre guardaba siempre una simulada actitud de reserva. Observó que sus padres se mostraban intrigados respecto a sus nuevas relaciones. Adela decía, con frecuencia, a Cecilio:

—Sisí fuma y dice palabras feas y se comporta como un chico de la calle. ¿No crees, Cecil, que tenemos a ese chiquillo demasiado suelto?

Rubes dirigió sus tiros en este sentido. Con delicadeza descendió a las profundidades del alma de Sisí. Le preguntó por su amigo:

—Es un buen chico —dijo Sisí.

—¿Qué es su padre? —preguntó Rubes, como sin darle importancia.

—Viajante.

Rió Rubes, despectivo.

—Bien, Sisí —dijo—. A veces pienso que te encontrarías mejor entre muchachos de tu clase.

—¿Es malo ser viajante? —indagó Sisí.

—¡Ah, bueno! No es que sea malo, hijo mío; me libraré mucho de decir que eso sea malo.

Dijo Sisí:

—Ven es el mejor chico de la clase y me ayuda en mis deberes.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Eso es otra cosa —dijo Rubes.

Con Adela se enfrentó Cecilio a la hora de cenar. Tomó parte decidida por Sisí.

—Es una tontería eso de dejarse llevar por un mal entendido orgullo de casta —dijo—. Bien. El que Sisí tenga un amigo de origen humilde debe servirnos de satisfacción si, como en este caso, bueno, si, como en este caso, es el muchacho más inteligente del grupo y promete ser algo importante en la vida.

Dijo Adela:

—¿Y por qué se esconden, Cecil, si puede saberse? ¿Por qué no trae Sisí a casa a su amigo y lo conocemos y les vigilamos un poco?

Cecilio se lo dijo así a Sisí y Sisí a Ventura Amo:

—Tienes que venir a mi casa —dijo—. Mis padres quieren conocerte. Tendrás que ponerte bien y saludar como es debido.

Ventura se revolvió como si le hubieran dado una bofetada:

—¿Es que te avergüenzas de mí? —dijo—. Yo no me vuelvo marica, aunque tenga que ir a tu casa. Yo soy como soy y si no te gusto te largas. ¿Entiendes?

Ante Adela, Ventura Amo se sintió, empero, un poco cohibido. Adela se encontraba favorecida con el luto y adoptaba unos aires majestuosos. Ello hacía que Ven se sintiera disminuido; ello y los muebles brillantes y macizos, y la coordinación de elementos domésticos, y las frondosas alfombras y los cuadros oscuros de las paredes. Dijo: «¡Hola!, —y no volvió a abrir la boca hasta que se vio a solas con Sisí en su cuarto. Dijo allí—: ¡Caracoles, vaya casa!». Sisí le mostró sus juguetes y Ventura Amo se arrojó entre ellos con enloquecido interés. Adela los vigilaba por la puerta del falsete. Por la noche, le dijo a Cecilio:

—¡Oh!, querido, ese muchacho, Ven, es un auténtico golfillo. Dice: «Caracoles», «no me amueles», «órdiga», «al ojo lo vieras» y unas horribles palabrotas. ¿Qué enseñanzas provechosas puede sacar Sisí de este amigote?

Cecilio sonreía. Dijo:

—¿Qué importa eso, si Sisí aprende a trabajar y a vivir al lado de ese muchacho?

Adela se excitó:

—¿Y eres tú quien se opone a que Sisí intime con su primito Lito?

—Ese chico medio moro es un lelo —dijo Cecilio, arrebatado de sinceridad.

Pero Sisí no hubiera abandonado a Ventura Amo aunque su padre se lo hubiera exigido. Sisí le dijo a Ven a la tarde siguiente:

—Si mi padre me exige que riña contigo me escaparé de casa, Ven.

—¿Tendrías agallas? —preguntó Ventura, abrumado por el arranque de adhesión de su amigo.

—¡Te lo juro como que me llamo Sisí!

Ventura le palmeó la espalda y dijo:

—Eres un hombre. A veces dudo de ti, pero ahora no me cabe duda de que eres un hombre.

Pasaron la tarde en el despacho del viajante viendo revistas. Cuando se cansaron, Ven tomó una de las botellas de la estantería y le dijo a Sisí:

—Tengo sed. Voy a echar un trago.

Trajo dos vasos y Sisí bebió también. Se sentía más hombre, y más fuerte, y más importante, con aquel pesado vaso en la mano. Preguntó:

—¿Dónde anda la vieja?

Dijo Ven:

—Te digo que es sorda; no te preocupes.

Sisí bebió otra vez y comenzó a notarse absurdamente contento y optimista. Dijo:

—Ya es primavera, Ven, ¿cuándo salimos con esas chicas que se dejan besar?

Ven vaciló. Dijo, enervado:

—¿Quieres que te sea sincero?

—Sí —respondió Sisí.

—Bueno —añadió Ven—. Me parece que con esos jerseicitos de bebé que usas, la Mary se reirá de ti.

Sisí se puso encarnado. Bebió otro vaso y eructó. Luego le asaltó el hipo. Preguntó:

—¿Es mayor esa chica?

—Tiene catorce años —dijo Ven—. Está acostumbrada a chicos como yo, con bigote y chaqueta. No sé si a ti te dejaría que la besaras.

—Me haré una chaqueta de hombre —dijo Sisí, ofendido. Y bebió otra copa.

Empezó a encontrarse distinto. Sus dedos rozaban su cara con una sensibilidad especial. Veía a Ven como algo lejano y le hablaba a gritos.

Tenía el balcón abierto y hacía calor. Ven dijo, asomándose:

—Va a tronar.

A Sisí le entró un extraño temblor. Dijo con oscura vehemencia:

—¡No tronará!

—¿Te asustan los truenos? —dijo Ven intrigado.

—No me asustan los truenos, pero no tronará —insistió tercamente.

Bebió para olvidarse de la posibilidad de los truenos. En su nebulosa conciencia, Sisí comprendía que necesitaba estar junto a su madre por si la tormenta llegaba. De siempre, los truenos le inspiraron un seco y sobrecogedor respeto. Le parecía, al oírlos, que la tierra se desmoronaba y amenazaba tragarle. Nadie más que su madre, ocultándole en el regazo, servía para neutralizar su pánico. En una ocasión, la tormenta le sorprendió sin su madre y Sisí hubo de refugiarse bajo dos colchones y durante su transcurso no cesó de gritar y llorar como un poseído. Bebió una vez más y dijo:

—He de irme, Ven. Mi… mi madre dijo que no me retrasara.

Ven se acercó a él de un salto. Tenía Sisí la cara desencajada y su pelo rubio revuelto y húmedo de sudor. Dijo Ven:

—No puedes marchar así; estás borracho.

—Me iré —insistió Sisí.

Ven le llevó a un lavabo y le remojó la cabeza con agua fría. Empero, la palidez y el mal semblante no desaparecieron de él. Sisí hipaba con fuerza. Le iba envolviendo un negro y asfixiante terror. Pensó: «¿Me dará tiempo a llegar a casa?». Ven bajó con él. Le parecía a Sisí que pisaba una ciudad desconocida. El suelo se levantaba a su paso y en la primera esquina tropezó y se cayó. Ven se echó a reír. Dijo:

—Estás borracho perdido, Sisí.

Sisí miraba al cielo. Por la parte de poniente los relámpagos cruzaban los tejados de las casas. No tronaba aún, sin embargo. Sentía en sus vísceras el eco del recorrido eléctrico del rayo. Comenzó a cantar para aturdirse. Dijo Ven, tomándole del brazo:

—¡Calla! La gente te mira.

Estalló Sisí:

—¡Oh, pesado! ¿Qué me importa la gente a mí? Dime: ¿cuándo salimos con esas chicas… hip… con esas chicas… que se dejan besar?

Ven le dejó en la puerta de su casa. Sisí tardó un cuarto de hora en acertar a salir del ascensor. Hubo un momento en que pensó que Ven le había enjaulado adrede para que la tormenta le sorprendiese indefenso y empezó a chillar despavorido. La criada del principal, a la que Ven preguntaba siempre

que la veía «que cuándo podría pasar un rato con ella, —le abrió la portezuela. Dijo—: ¿Qué te ocurre, Sisí?». Sisí no contestó. Añadió ella: «No llames ahí. Ésa no es tu casa. —Le venteó como un perro de caza—. ¿Qué hiciste, Sisí? Hueles a vino». «¡Qué te importa… hip… qué te importa a ti!», prosiguió Sisí. Se alegró, de pronto, de que Cristina se hubiera casado un mes atrás. Cristina le había visto nacer y metía las narices donde no le importaba. Pensó: «Que me abra la nueva y no me abra Mercedes». Le costó un esfuerzo inusitado pulsar el timbre. Le abrió la criada nueva y respiró satisfecho. Ahora, ya en su casa, casi no se acordaba de la tormenta. La puerta del salón, entornada, dejaba escapar la voz poderosa de su padre:

—La época es dura. Dime, Hipólito, ¿hubo alguna vez una época tan difícil para los negocios como ésta? A veces pienso que los hombres no llegaremos nunca a entendernos.

Inesperadamente salió Adela y le encontró recostado en la consola del *hall*. Las paredes cerradas acentuaban el malestar de Sisí y algo le empujaba a vomitar sobre la alfombra del vestíbulo.

Chilló su madre al verle:

—¡Oh, Sisí! ¿Qué es lo que te ocurre, hijo mío?

Le tomó por los hombros. Olfateó el ambiente:

—¡Dios mío! ¡Estás bebido, Sisí!

Sisí la miraba como un perro apaleado. Quiso hablar, pero el hipo le cortó. A Adela le brillaba una lágrima en el ojo izquierdo.

Pensó Sisí: «Tiene un ojo distinto del otro. —Adela pensaba—: ¡Oh, Dios! Nos matará a disgustos; nos matará a disgustos». Le tomó por la cintura y le condujo a su habitación. En el trayecto, Sisí vomitó una pasta pesada y áspera. Le quedó un regusto seco en la lengua y el paladar. Pensó: «Me quiero morir». Dijo en alta voz:

—Quiero morirme, mamá. ¡Quiero morirme!

Adela lloraba silenciosamente. Lo metió en la cama, lo arropó y apagó la luz. Deseó que sus primos se marcharan. Cuando, al fin, se vio a solas con Cecilio, rompió a llorar de nuevo sobre su hombro. Cecilio le daba golpecitos confortadores en la espalda. Adela no podía hablar. Esperó un largo rato. Rubes pensaba: «¡Ah, los histerismos absurdos de la menopausia!». Le dio a beber un poco de agua. Finalmente dijo Adela:

—Sisí, Cecilio… ¡Sisí!

—Bien, Sisí —dijo Cecilio—. ¿Es que no sabes pronunciar el nombre de tu hijo sin ahogarte en lágrimas?

—Ha venido bebido, Cecil… ¡Bebido!

—¡Ah, bueno! Los niños son muy aficionados a fingirse hombres antes de tiempo —dijo Rubes.

—Está… está enfermo —añadió Adela.

—¿Enfermo? —Rubes frunció el entrecejo.

Pasaron a la habitación de Sisí, que dormía honda, pesadamente. Rubes le tocó la frente. Dijo:

—Está fresco como un ángel, querida. Bien, no exageres las cosas hasta ese punto. Un vaso de vino basta para trastornar a un niño de esta edad. Bueno, de todos modos… de todos modos, yo hablaré con él mañana.

Tres días más tarde Sisí Rubes manifestó que sin un traje de chaqueta no volvería al colegio. Adela dijo:

—¡Qué horror! Como un hombrecito. ¿No comprendes, hijo, que vas a parecer un niño de pueblo?

Rubes sonreía. Sisí se mostró inflexible. Cecilio pensaba: «Un chico con este carácter no lo pasará mal en la vida».

Agregó Adela:

—¿Es ese Ven quien te mete estos pájaros en la cabeza? No querrás parecerte a él, ¿no es cierto, mi vida?. Dijo Sisí:

—Todos los niños de la clase usan chaquetas menos yo. Necesito bolsillos para llevar mis cosas.

Aún insistió Adela, aunque sabía de antemano que la baza no sería suya:

—Eso es una cosa horrible, Sisí, ¿no lo comprendes?

A la semana siguiente le dijo Ventura Amo a Sisí, mirándole de arriba abajo:

—Esto ya es otra cosa. ¿Cuándo salimos con las chicas?

Era verano, y quince días después Adela le llevaría a Santander. Dijo Sisí:

—Antes de dos semanas tendrá que ser.

Por la noche, Rubes anunció un viaje imprevisto a Madrid. Lo decidió por la tarde, cuando, camino del Establecimiento, vio una muchacha ondulante cruzar a su lado. Pensó: «¡Caramba, qué cosas preciosas quedan aún por el mundo! Mañana me iré a Madrid».

Sisí dijo a Ven:

—Lo mejor es esta tarde. Mi padre ha marchado a Madrid.

Dijo Ven:

—¿Cómo las aviso yo ahora? —Debió de resolver inmediatamente la dificultad, porque añadió enseguida—: Pasa a las ocho a buscarme.

Adela se sorprendió de ver a Sisí estirándose el cabello y mirándose reiteradamente al espejo. Le encontró nervioso y distinto. A la hora de comer

le dijo, como de pasada:

—¿Qué te dijo papá el día que te conoció, mamá?

Después de comer, dijo:

—¿De qué cosas pueden hablar un hombre y una mujer antes de casarse?

Su instinto maternal le anunciaba a Adela un peligro. Pensó: «No estando Cecilio soy yo quien manda aquí». A las siete, Sisí preguntó:

—¿Qué hora tienes, mamá?

Adela se dijo: «Trataré de entretenerlo». A las siete y media, Sisí se puso la americana, dispuesto a salir.

Adela dijo:

—No es hora, Sisí, de andar por la calle.

Dijo Sisí:

—Me espera un amigo.

Adela le recordó tembleteante y vencido por la borrachera.

—No irás —dijo, autoritaria.

—¡Tengo que ir! —dijo Sisí.

Adela se levantó y se colocó delante de la puerta. Insistió:

—Querido, entra en razón. No es hora de que un chiquillo ande solo por la calle.

Dijo Sisí:

—No voy solo; voy con un amigo.

Adela se cerró:

—No te molestes; no saldrás.

Sisí se vio acorralado, pensó en Ven y se dijo: «Pensará que no tengo independencia, ni agallas para salir con las chicas». Crispó los puños y dijo airado:

—Déjame salir.

Odiaba a su madre, de pronto, con una vehemencia precoz. La consideró como un enemigo irreductible. Pensó fugazmente: «Tengo que intentarlo». Dijo su madre:

—Quítate la chaqueta y quédate conmigo; jugaremos una partida de damas.

Un golpe de sangre ofuscó por un momento a Sisí. Se arrojó sobre su madre y dijo:

—¡Quita!

Adela temblaba. No quería hacerle daño; apenas si se atrevía a emplear la fuerza con él. Notó los golpes de Sisí en pleno rostro y pensó que algo grande y fundamental se hundía de pronto en el mundo. No hizo la menor resistencia

al ver a Sisí franquear la puerta y huir. Un áspero sollozo la agarrotó la garganta. Aún sentía en su carne los golpes de su hijo, unas leves huellas dolorosas. Pensó, mientras el llanto la desbordaba: «Cecilio y yo lo hemos querido así».

El niño descendió apresuradamente las escaleras y en el portal olvidó ya la tenaz oposición de su madre. El corazón le golpeaba apasionadamente el pecho. Deseaba imaginar la actitud de Mary hacia él. Ven le dijo al verle:

—Tú irás con la morena, que es un poco más baja, y yo con la rubia. La tuya es la Mary; la mía, la Nati.

Sisí dijo:

—Bueno.

Las encontraron junto al quiosco del parque. A Sisí le cohibieron un poco los ademanes resueltos de las muchachas, sus picudos pechitos insolentes. La Mary le sonrió:

—Buenas —dijo.

Sisí se aturrulló un poco. Dijo la Nati, que tenía unas pestañas muy largas:

—Ven, tu amigo parece muy chiquillo.

La Mary era más alta que él y Sisí dijo para nivelarse:

—Vamos; os convido a un bombón helado.

Las chicas se cogieron del brazo y Sisí se colocó junto a la Mary. Ven le había advertido: «Tendremos que aguardar a que anochezca». Se cruzaron con Luisito Sendín y Sisí levantó la voz para que le viera.

—¿Es amigo tuyo ese chico tan majo? —preguntó la Mary.

Respondió Sisí:

—Conocido.

Luisito Sendín volvió dos veces la cabeza, estupefacto. En el bar de la esquina del parque, Sisí les convidó a un orange. Caía el sol tras de los árboles del parque y Sisí dijo a la Mary:

—Vamos a dar un paseo.

Ven le había advertido: «Con estas chicas hay que actuar con cautela». Sisí se sentía ante la muchacha respetuoso y minúsculo. La chica le dijo:

—¡Qué joven eres! Aún no tienes vello en las piernas.

Él se rió, profundamente dolido:

—Tengo trece años —mintió.

Ya en los paseos del parque las dos parejas se separaron. Anochecía y Sisí Rubes lamentó que la noche no tocara a su fin. De repente le mortificaba tener que dar conversación a la Mary y tener que besarla; de otro nodo Ventura se reiría de él y lo despreciaría. Dijo:

—¿Por qué no nos sentamos aquí?

Se sentaron muy separados y la Mary le preguntó:

—Es la primera vez que sales con una chica, ¿verdad?

Se acercó a él y Sisí reconoció humildemente:

—Sí; es la primera vez.

Le molestaba que la Mary advirtiera su inexperiencia y su juventud. De otro lado, el turbio deseo que otras veces le poseyera estaba, ahora, muy lejos de él. La Mary olía intensamente a perfume barato y Sisí Rubes se encontraba un poco mareado. Vio que un hombre en un banco próximo echaba el brazo por los hombros de su pareja, y le imitó. No sabía qué hacer con la Mary entre sus brazos. Ella rompió a reír:

—Te doy calor, ¿no es así?

Sisí pensaba: «¿Qué hará Ven con la Nati?». Y deseó, de pronto, espiarle y arrojarle chinitas desde detrás de un seto.

Sisí pensaba en el beso como pensaba en las medicinas cuando estaba enfermo: como en un mal necesario. Aproximó su rostro al de la muchacha y dijo:

—Eres muy guapa, ¿sabes?

La Mary le observaba de reojo. No era bonita, pero tenía el atractivo de la juventud. Sisí pensaba: «Quiero sentir deseos de besarla. —Pero, a su pesar, la chica le inspiraba un profundo anhelo de soledad y lejanía. Sisí se dijo—: Procuraré dar diente con diente. De otro modo, ella pensará que soy un pobre tonto como mi primo Lito». Dijo, de súbito, con entusiasmo:

—¿Sabes que tengo un primo que se deja atravesar los carrillos con un alfiler?

—¡Chico! —decía la Mary.

Al cabo, Sisí se dio cuenta de que aún no la había besado y el tiempo pasaba. Se acomodó en el banco y atrajo a la muchacha hacia él. Había visto repetidamente en el cine la técnica y el procedimiento del beso de amor. Se sofocó al decir:

—Te amo, ¿sabes?

Cerró los ojos como cuando ingería una medicina y besó a la muchacha largamente. Ella dijo, toda agitada:

—Chico, no creí que fueras así.

Sisí sonrió, en la oscuridad, complacido. Notaba el labio de arriba ligeramente tumefacto.

Libro tercero (1935-1938)

I

El periódico del 22 de octubre de 1935 decía: «Revelación sensacional: Sorprenda a sus amistades luciendo esta noche un cutis de “Estrella”. El gran secreto de Hollywood da a la piel el tono de color que más le favorece. El esmalte nacarado de rosas Carpe hace de cada mujer una verdadera belleza. Frasco grande, 7,5 pesetas. Frasco pequeño, 4,25 —timbre aparte. —También decía el periódico del 22 de octubre de 1935—: Dice el señor Gil Robles: “Se ha frenado la revolución; mientras alentemos opondremos una barrera a los instintos destructores”». «La Benemérita recupera en Asturias 12 000 pesetas procedentes del asalto al Banco de España». «Para gestionar el indulto del reo Manuel Vasco, condenado a muerte en Granada por el atraco ocurrido hace unos meses en Motril, se encuentra en Madrid, desde ayer, el alcalde de la capital granadina acompañado de varios concejales». «Trescientas mil personas se concentraron en el campo de Comillas para escuchar al señor Azaña».

Decía igualmente el periódico del 22 de octubre de 1935: «La guerra en Abisinia. Salen para Dessie 6000 hombres de la guardia imperial. La aviación italiana bombardeó, durante una hora, el importante nudo abisinio de Dhaguerre. Ski-llave ha sido ocupado».

En segunda página decía el periódico del 22 de octubre de 1935: «Pompas fúnebres El Recuerdo. Única casa que dispone de suntuosas carrozas. Féretros de todas clases, tamaños y precios. Hábitos y uniformes. Es la casa que más servicios hace y la que mejor los presta. Servicio nocturno». «Cinema Montoya: Hoy, definitivamente, último día de proyección de la emocionante película *Nuestra hijita*, por Shirley Temple, hablada en español. El éxito del día. Mañana estreno del gran acontecimiento cinematográfico Metro Goldwyn *La viuda alegre*, una maravillosa creación de la sin rival pareja MacDonald-Chevalier». «Cinema Olaso: Hoy, últimas proyecciones de la superproducción máxima de la temporada, hablada en español, *Viva Villa*, por Wallace Beery. El viernes, estreno de la superproducción Warner Bros, hablada en español, *Duro y a la cabeza*, por James Cagney. Un film gracioso, dinámico y juvenil, en el que no falta nada». «Ideal Cinema: Hoy, estreno de la película policíaca *La novia de la suerte*, por Bárbara Stanwyck. Butaca, vermut y noche, una peseta. Próximamente, *Busco un millonario*, en español, por José Mójica. En breve, *Cleopatra*, por Claudette Colbert».

Sisí Rubes, solo en el palco proscenio, miraba las piernas de la muchacha con ojos encandilados. La gente aplaudía y Sisí no aplaudió porque no se dio cuenta de que había que aplaudir. Cuando veía a una muchacha que le gustaba, a Sisí Rubes se le borraba de la cabeza toda impresión. Había heredado la debilidad sexual de los Rubes. Acababa de cumplir diecisiete años y le gustaban las chicas, la música, el juego y el buen vino. Con una particularidad: en sus preferencias no existía un orden fijo de prelación. A ratos creía que las mujeres estaban por delante del juego y del buen vino, pero una vez saciado, colmado y desbordado de caricias femeninas, buscaba en el vino el olvido de las mujeres. Con frecuencia, ahíto de alcohol, se convertía en un asiduo de las mesas de juego del Casino para olvidarse del vino. Luego, volvía a empezar la rueda inalterable.

En ocasiones, Sisí Rubes se miraba hacia dentro y se encontraba espantosamente vacío. Entonces se iba a Madrid para aturdirse. Su vida en la capital oscilaba entre los *music-halls,* las salas de fiesta, las revistas frívolas y las casas de compromiso.

Al final, siempre topaba Sisí Rubes con un desamparo ineluctable. Advertía en su propio desenfreno una odiosa limitación. Se preguntaba: «¿Dónde voy a parar?». En estos casos, buscaba en Luisito Sendín un punto de apoyo y un consejo. Algo por dentro le decía que en el sistema, y en el autocontrol, y la aplicación, y el patriotismo de Luisito Sendín se escondía algo aprovechable. Mas no podía imitarle. En realidad, era tarde para tratar de imitarle. Él, en su circunstancia personal, debería conformarse con salvar lo poco que aún pudiera de su propio naufragio. Desconfiaba de su padre y de su madre porque sabía que, en aquél, su conducta no hallaría jamás un reproche y, en su madre, en cambio, encontraría censuras constantes, pero nunca, absolutamente, un punto de partida creador y positivo. Su madre se limitaba a censurar, pero no le decía: «Aprovecha tu tiempo en esta tarea o esta actitud. —No; su madre sólo sabía decir—: Hijo, nos matarás a disgustos; nos matarás a disgustos».

De nuevo se levantó el telón y la muchacha rubia desfiló bajo su palco y Sisí le guiñó un ojo. Sisí Rubes no tenía ahora sentidos más que para la muchacha. Le gustaban estas revistas, como le gustaban las playas, porque, en una y otra manifestación de vida, las chicas no podían darle el pego. Lo que se veía —y se veía casi todo— era la pura verdad. Alguna vez, Sisí Rubes, enamorado en la calle, se enfriaba al poco rato al descubrir que los presuntos encantos que le sugestionaron no tenían una acorde traducción real. «¡Cuántos

pechos fláccidos, cuántas caderas escurridas, cuántos muslos endebles se ocultaban bajo una fingida y artificial firmeza!», pensaba.

Sisí tenía una gallarda apariencia a sus diecisiete años. Era ancho, alto, rubio y con una atractiva viveza en el rostro; tenía unas manos poderosas y hábiles, pulcramente cuidadas, y las caricias de sus dedos dejaban una difusa sensación de dureza. Él sabía que a las chicas les gustaba su presencia, su aparente respeto, sus modales y su educación. Ahora, aquella muchachita del conjunto le agradaba por su elasticidad y por su piel tersa y suave. Volvió a guiñarle un ojo y ella le sonrió sosteniendo su mirada. Parecía muy jovencita y en el pecho ancho de Sisí Rubes empezó a cocerse algo, como una impaciencia.

Frecuentemente, Sisí pensaba que de haber seguido más tiempo ligado a Ventura Amo sus gustos se hubieran atrofiado. Ahora se alegraba de que Ven se marchase tres años antes a Madrid. En su día lo sintió, porque Ven había llegado a ser su sombra. De todos modos a Ven le estaba agradecido. Ven era uno de esos hombres prematuros que ayudan a los demás a reparar en las cosas bellas y atractivas de la vida. Sin Ven empujándolo, Sisí sería a estas alturas un pobre diablo pegado todo el día de Dios a las faldas de su madre. Excitado por la muchachita rubia, Sisí Rubes pensaba ahora así. Cansado de la muchachita rubia, Sisí hubiera pensado: «Maldito Ven, ¡cómo ha destrozado mi vida!». Pero, de momento, Sisí no podía estar cansado de la muchachita rubia.

El día que Ven le dijo: «Lo siento, Sisí. El mes que viene, mi padre, la vieja y yo nos iremos a Madrid», Sisí Rubes experimentó una sensación como si le metieran bajo un fanal. Creyó que se ahogaría y, por un momento, no pudo responder. Al cabo, dijo: «¿Qué voy a hacer yo sin ti?». En su casa lloró contra la almohada durante mucho rato y evocó a veces a Ven en pleno derrame cordial. Más tarde, cuando Ven se marchó, Sisí constató que había heredado un respeto y una hegemonía. Los muchachos de la clase se peleaban por su amistad y los Hermanos le señalaban como la oveja negra del grupo, lo mismo que meses antes señalaran a Ven. Ello, para Sisí, significaba mucho. Su afligida depresión desapareció y fue sustituida por un sentimiento de propia admiración e íntimo orgullo. A menudo pensaba en Ven: «¿Qué hará ese chico en Madrid con las fulanas sueltas por las calles?», se decía Sisí. Y, aunque a distancia, procuraba emularle, se unió ahora a Lucas Ribera, un muchacho gordinflón y rudo, y le presentó a la Mary y a la Nati.

Antes de marchar, Ventura Amo le inició debidamente. La primera vez, Sisí experimentó un oscuro atolondramiento. Pero las muchachas eran

simpáticas y la vieja le dio de fumar. Sisí notó que, a pesar de la música, y a pesar del vino, y a pesar de los cigarrillos, y a pesar de todo lo demás, tras el aparente brillo externo de las muchachas se ocultaba una velada sombra de tristeza. Él había pensado: «¿Es que están aquí a la fuerza?. —La chatina del pelo tirante le dijo—: ¿Es cierto que quieres subir? ¡Si eres un crío!». Tenía el rojo de los labios corrido y los ojos hinchados como si en todo el día no hubiese cesado de llorar. Al cabo, le dijo la chica chatina del pelo tirante: «¿Sabes que no eres tan crío?. —Las de abajo se echaron a reír—. ¡Vaya, nene, enhorabuena!», le dijo la vieja. Y Ven, orgulloso de sí mismo y de su amigo, le pasó el brazo por la espalda y le murmuró al oído: «Ya eres un hombre».

Cuando Ven se marchó a Madrid, Sisí llevó a Lucas Ribera con él. El gordinflón estaba aterrado. Las chicas se rieron de él y lo sentaron en sus rodillas. Vestían todas con unas batas chillonas muy descotadas y tomaron a Lucas como un entretenimiento. Lucas le dijo al salir: «Me gusta la Nati; éstas, no». Sisí pensaba todo lo contrario. La Mary y la Nati ya no le gustaban; su indecisión, a la hora de la verdad, le había llevado a regañar con ellas. «Es otra cosa», le dijo a Lucas. En lo sucesivo prescindió de Lucas Ribera. La vieja fumaba tabaco negro y llegó a demostrar por Sisí una abierta predilección. Un día le dijo: «¿Por qué no nos regala tu papá una bañera?. —Dijo Sisí—: Se lo diré. Ya lo creo». Saltó la vieja: «¡No se te ocurra; era una broma!». Las chicas le enseñaban a bailar a Sisí con un viejo gramófono que agriaba la música. Solía pasar allí muchos buenos ratos y cada vez con mayor frecuencia.

Una noche, la vieja no le dejó pasar de la puerta. Denotaba una viva contrariedad:

—¿Qué años tienes? —le preguntó por una rendija.

—Catorce —respondió Sisí.

—¡Lárgate y no vuelvas en cuatro años! —le dijo.

Sisí imploró, recurrió a su antigua amistad y a los pitillos que habían fumado juntos. La vieja le dijo, por toda respuesta:

—No me gustan los líos con la policía, ¿comprendes? —y cerró la puerta.

Sisí Rubes se encontró tan desamparado como si le hubieran arrojado de su propia casa. Volvió con la Nati. Una tarde le preguntó: «¿A qué esperas, tú?. —Ella dijo—: Si estás aguardando, vas fresco. Yo no soy de ésas». La llevaba del brazo por la penumbra de los jardines y, de repente, se dieron de bruces con el hermano prefecto. Al día siguiente lo expulsaron del colegio. Cecilio Rubes trató de evitar aquello. La insistencia de su padre abrumaba a

Sisí. Dijo Rubes al hermano director: «Eso son chiquilladas, padre. —El hermano director sonreía—: Llámeme hermano; no somos padres». «Está bien, padre; pero estará usted de acuerdo en que lo ocurrido, bien, lo ocurrido no tiene mayor importancia». Fue en vano. Sisí Rubes fue expulsado del colegio sin aprobar el cuarto año de bachillerato.

Cecilio Rubes lo lamentó. Mal que bien, Sisí iba tirando y en los exámenes se defendía. Decidió llevarlo al instituto. Sisí se dio cuenta de que salía ganando mucho en el cambio. Comenzó por faltar a una clase diaria y terminó por no aparecer por allí. Ante sus ruegos, la Nati le facilitó una nueva dirección, y Sisí pasaba las tardes allí, bailando y charlando con las chicas.

En una ocasión, Lucas Ribera, el gordito, le encontró en la calle. Le dijo: «¡Caramba, Rubes, cuánto tiempo sin verte!».

Se fue con él y le gustó el plan de Lucas. Todas las tardes de jueves y domingos se reunían con otros muchachos en una taberna a jugar a las siete y media. Sisí tomó el gusto a la aventura del riesgo. Le agradaba el cosquilleo del azar, la emoción tensa de lo imprevisto. En adelante, asistió con mucha frecuencia a las partidas de Lucas Ribera.

En junio lo suspendieron en todas las asignaturas. Su padre le dijo:

—Bien, Sisí. ¿Es que no te gustan los estudios?

—No quiero estudiar más —dijo Sisí.

Rubes pensó: «Es mi segunda edición». Adela le dijo a su marido:

—Querido, ¿cuándo piensas decir «¡Basta!»?

Rubes se echó a reír:

—He tenido un hijo, uno solo, para que sea feliz.

Dijo Adela:

—Es un mal educado.

Añadió Cecilio:

—Querida Adela, no sé si te dije alguna vez que, en mi opinión, la educación debe reservarse para los pobres.

Ahora, Sisí Rubes iba algún rato por el Establecimiento. Era lo bastante inteligente para no defraudar a su padre en lo fundamental. Fingía interés por los negocios y por las bañeras. Dos años antes su padre se encerró con él en el despacho. Le habló largamente de la «bañera Rubes», de la sociedad Rubes, Valdés y Compañía y de los nuevos negocios abordados y, finalmente, le confesó que «la bañera de su invención no le había procurado más que sinsabores». «¿Bien, papá?», inquirió Sisí. Rubes le entregó la escritura. Notaba Cecilio Rubes una profunda satisfacción haciendo partícipe a su hijo de sus inquietudes mercantiles. A pesar de todo, Cecilio Rubes se sentía

orgulloso de Sisí. Sisí dijo: «Creo que es el momento de disolver la Sociedad». Cecilio disolvió la Compañía. A Adela le dijo:

—El chico tiene un punto de vista agudísimo para los negocios.

Adela abrió mucho los ojos:

—¡Ojalá sea así! —suspiró.

Agregó Rubes:

—Y demuestra un profundo interés.

Su mujer dijo:

—Luisito Sendín ha aprobado el primer año de abogado, Cecil.

Saltó Rubes:

—¿Qué sería del mundo, querida, si todos los muchachos fueran abogados?

Adela se acaloró:

—Lito, mi sobrino, estudia para cura. Todos los niños tienen un ideal y una ambición en la vida menos el nuestro, Cecil; eso es lo que quiero decir.

La mano blanca y blanda de Adela se desmayaba penosamente sobre el mantel. Rubes pensó: «No tiene sangre en las venas; nunca tuvo sangre en las venas». Dijo:

—¿Es que te gustaría que Sisí fuera cura?

Sisí, en realidad, no se tomaba la molestia de estudiar las cuestiones que su padre le confiaba. Primero analizaba la reacción de su padre ante el problema y luego decidía conforme imaginaba que a él le agradaría más. De esta manera Cecilio Rubes estaba siempre satisfecho. Cecilio llegó a pensar que Sisí era un peón insustituible para la buena marcha del Establecimiento. Sisí pensaba: «Todas estas cosas son ridículas».

Ahora pensaba: «Esta chiquitina me está trastornando». De nuevo guiñó un ojo y la muchacha dijo que «sí» con la cabeza. Evolucionaba en el escenario con gracia y picardía y tenía las piernas llenitas. Su carne no era demasiado blanca, además. En sus devaneos, Sisí Rubes había llegado a la conclusión de que las carnes excesivamente blancas le repugnaban. Se volvió exigente con las mujeres y, ahora, al recordar a la chatina del pelo tirante, experimentaba una especie de náuseas. Bajó definitivamente el telón y Sisí Rubes se pasó la punta de la lengua por los labios. Su experiencia le aconsejaba no precipitarse. Salió al pasillo y encendió un pitillo mientras la gente aplaudía. No experimentaba ansiedad, ni torpeza, sólo un vivo y apremiante deseo. Al concluir el cigarrillo pasó al escenario por la puerta reservada del proscenio. Ahora, el corazón se le agitaba levemente en el pecho. Cuando divisó a la chica entre la barahúnda de la tramoya, sonrió para

sí y se estiró disimuladamente la americana. Hasta que no estuvo a dos pasos de ella no divisó a su padre. Sisí Rubes se quedó cortado:

—Bien —dijo Cecilio Rubes—. Bien… La señorita Chelo… Mi hijo…

Cecilio Rubes experimentó, primero, un súbito azoramiento. Luego, pensó: «Abandonaré el campo. —Por último, se dijo—: ¿Cuándo pensé encontrar en mi hijo un competidor?».

Añadió en voz alta:

—Bien…, vine a felicitar a esta señorita por su actuación. No te vayas a pensar otra cosa.

Sisí Rubes notó en los hombros que le volvía el aplomo.

—¡Oh, papá! —dijo—. También a mí me gustó cómo bailaba. ¡Eso no tiene nada de particular!

La muchacha bajaba la cabeza con estudiada timidez. Dijo Rubes, estrechando la mano de la muchacha:

—Bien; ha sido para mí un gran placer.

Pensó: «Este Sisí es un águila. —Después, en plena evocación melancólica—: ¡Ah, mis diecisiete años!». Parecía más bajo ahora, con su rosada calva brillante y la pesadez de la renuncia aplomando sus pasos. Cuando se volvió para salir, Sisí dijo a la muchacha:

—¡Oh, qué bien baila usted! ¿No le dijeron nunca que es el mayor atractivo del espectáculo?

—Gracias —dijo la muchacha.

Sisí la miraba apasionadamente.

—¿Por qué —dijo—, por qué no ha de venirse a cenar conmigo?

—Apenas dispongo de tres cuartos de hora —dijo ella.

—Sobrará tiempo —dijo Sisí.

Ya en la calle, la tomó del brazo y ella se apretó contra él. Dijo:

—Dentro de media hora debo estar en el teatro.

—Yo también —afirmó Sisí—. Aún no he acabado de mirarla.

En el angosto reservado se dio cuenta Sisí Rubes de que la muchacha no era tan joven como desde el escenario le pareciese; tenía patas de gallo en los ángulos de los ojos y la boca entre paréntesis. Empero era atractiva. Al concluir de cenar la besó, y al besarla notó su cuerpo como cargarse de electricidad. Regresaron al teatro y ella no separaba la vista del proscenio. Le dijo el empresario: «Niña, esas sonrisas hay que repartirlas. Lo que hagas después me trae absolutamente sin cuidado». Sisí le guiñó el ojo y, al concluir, la esperó en la puerta trasera del teatro. La acompañó hasta la pensión.

En la calle solitaria Sisí la tomó por la cintura y volvió a besarla. La besó repetidamente, cada vez con mayor ahínco. En su cintura, notó que la muchacha desfallecía. Dijo ella, en un arranque:

—Yo no sé si hago bien o no perdiendo la cabeza por ti, pero me gustas un disparate.

Para Adela, el primer quiebro importante de su vida fue el matrimonio con Cecilio Rubes. El segundo, el nacimiento de Sisí; el tercero empezaba ahora, al abordar la cincuentena. Invitó a cenar a Gloria y Ester y sus respectivos maridos para celebrar su cuarenta y cinco cumpleaños. Hipo le había dicho la víspera: «¡Arrea! ¿Cuarenta y cinco? ¿Quieres decir que cuando yo jugaba contigo aún no habías nacido?. —Y le hizo una mueca de entendimiento. Dijo Adela—: Sabrás guardarme el secreto, ¿no es así?». Adela pensaba: «A partir de hoy exigiré a Cecilio un poco de respeto. ¡Dios mío, ya soy medio centenaria!». Adela constataba una extraña metamorfosis en su carácter. En los últimos años, su preocupación exclusiva fue Sisí. En verdad, Adela nunca temió, hasta ahora, la corrupción moral de Sisí, ni, tan siquiera, la pérdida de sus modales corteses. Temía únicamente que Sisí se volviese feo, tosco, borracho, y que su salud se resintiese. De siempre vio en él un motivo de orgullo y gozaba soñando con su perfección. Se miraba en él, y se vanagloriaba de que lo más suyo que tuvo nunca en la vida fuese algo tan hermoso. Cuando le vio amarrado a Ven experimentó un escalofrío. Vio en los ojos negros y evasivos de aquel chico un matiz de perversión. Se dijo: «Nada bueno sacará Sisí de esta amistad». La indiferencia de Cecilio la llevó a desistir de sus tentativas para cambiar el curso de las cosas. Debía resignarse. Aún intentó algo en las ausencias de Cecilio, pero una vez que Sisí se atrevió a golpearla, comprendió Adela que el chico se le había marchado definitivamente de las manos. Sentía hacia él un cariño impulsivo, un poco ciego e irracional, inspirado más por la armonía física de Sisí que por la comunidad de sangre y la convivencia. Luego, lo vio con frecuencia con chicas extrañas. Le decía a Cecilio, al principio:

—¿Son chicas formales esas que van con Sisí?

—¡Bien, bien! —decía Rubes—. Ésas son cosas suyas. Comprenderás que no voy a meterme en sus asuntos privados. Su vida le corresponde y si yo me metiera en ella haría muy bien mandándome al diablo.

A veces Sisí llegaba a casa borracho y Adela le ayudaba a acostarse. Viéndole así, Adela pensaba que lo mejor para Sisí, a pesar de su juventud, sería que se enamorase seriamente de una buena muchacha. Un día habló con

él confidencialmente y en la conversación dejó caer, como de pasada, el nombre de Elisita Sendín. Sisí hizo un elocuente gesto. Dijo:

—¡Valiente pavisosa!

Adela la defendió; Elisita Sendín no contaba más que quince años y el uniforme y las coletas no la favorecían nada. Añadió Sisí:

—Es una pena que sean hermanos. Elisita y Luis harían un estupendo matrimonio.

Tampoco a Cecilio le agradó esta posibilidad. Le dijo:

—¿Estás loca? Esos Sendín no tienen dónde caerse muertos. Son nueve hermanos. Bien. ¿Has pensado alguna vez lo que resulta dividiendo nada entre nueve?

Le pareció ingeniosa su manifestación y la rió sin reservas. Sin darse cuenta, acababa de poner el dedo en la llaga. Desde que Adela supo que ya no podía tener más hijos, se sintió socavada por unos lancinantes escrúpulos de conciencia. A menudo pensaba que la manera de ser de Sisí era un castigo del Cielo. Ella veía a los Sendín, a los chicos de su primo Hipólito, sin ir más lejos, que eran de otra manera. Una vez, Luis Sendín había dicho: «Cuando hay muchos hermanos, ellos mismos se educan por fricción. —Gloria dijo, en otro momento—: Es una manera de enseñarles a renunciar desde que nacen». Y ella pensó: «¿Por qué no he tenido yo más hijos?».

A los veintitrés años de casada, a Adela se le antojaba su actitud ante Cecilio demasiado culpable y acomodaticia. Recordó su oferta de una custodia de plata y se abochornó. También evocó la mirada de Cecilio en su noche de bodas: «No soy de esos hombres que tienen hijos. Bien. No quiero hijos, ¿me entiendes?». Ahora, Adela no se sentía justificada. Un día, espoleada por un vago deseo reivindicativo, compró una custodia de plata y se la llevó al párroco. Dijo el viejo sacerdote: «Señora Rubes, no sé cómo pagarle…. —Adela tenía lágrimas en los ojos—. Rece por mí», le dijo. Desde entonces bajaba a la iglesia con bastante asiduidad y allí, en la tibia penumbra del templo, se encontraba más confortada. No se explicaba cómo existían seres que quemaban iglesias y no entendía el porqué había grupos que simbolizaban en ellas un orden de cosas que aborrecían. Para ella, la Iglesia era la paz, el único reducto adonde no llegaba el egoísmo y la sensualidad de los hombres. Lamentó haberlo hallado tan tarde, y cuando entrevió una oportunidad de apoyarla se decidió a hacerlo de corazón. Cecilio la contuvo:

—Votar, votar… —dijo—. Bien, ¿quieres decirme, querida, qué es lo que ganas con significarte? ¿Es que no son todos ellos unos aprovechados y unos sinvergüenzas?

Adela insistió:

—Debemos ponernos al lado de la Iglesia, Cecil.

Voceó Cecilio:

—¡La Iglesia, la Iglesia! ¿Qué diablos te da a ti la Iglesia? —Pensó: «He estado demasiado rudo». Agregó—: Bien, querida, creo en Dios como tú y como todos, pero no creo que la Iglesia tenga nada que ver en esta merienda de negros.

Dijo Adela:

—Un día dijiste, Cecil, que el rey era un parásito y votaste por la República. Luego te has arrepentido y dices que sin un rey no es posible gobernar a este pueblo de cafres.

—Bien —añadió Cecilio—. ¿Es que quieres meterte mañana en medio de los tiros? ¿No sabes, querida, que mañana habrá palos en todas las esquinas?

Adela advertía que su recién descubierta adhesión a la Iglesia le prestaba una firmeza que nunca tuvo.

—Es en esos casos donde debemos demostrar lo que somos, Cecil. Ya que no tengo autoridad ninguna sobre ti, ni sobre mi hijo, déjame al menos conservarla sobre mí. ¡Mañana votaré!

Cecilio pensó: «Idiota, idiota, idiota… ¿Desde cuándo se cree esta idiota una heroína?».

A partir de aquí, Adela empezó a considerarse una pieza de posible trascendencia nacional. Al mismo tiempo, su temor por Sisí fue cambiando de signo. Se sobrecogía pensando en la vida que llevaba su hijo y la dificultad, cada vez mayor, de que en el otro mundo se salvase. A veces se despertaba gritando en la alta noche palabras incoherentes. Encontraba un profundo consuelo rezando por Sisí. A Adela le ganaba por momentos un ardiente fervor religioso. Empezó a bendecir la mesa y a dar gracias después de las comidas. «No debo tener respetos humanos», se decía. Cecilio opuso una débil y medrosa resistencia.

—Esto es una vieja costumbre de pueblo, querida —dijo.

—Lo que está bien, está bien en el pueblo y en la ciudad —respondió Adela.

Ella misma se sorprendía de que al borde de los cincuenta años brotase en ella esta intemperante energía. «¿Será la menopausia?», se preguntaba en ocasiones.

Una tarde, Gloria le habló de la CEDA con fines proselitistas. Gloria era una vehemente propagandista de la CEDA y decía: «¿Puede aspirarse a algo

más grande que a tener Dios, Patria, Familia, Orden y Trabajo?». A pesar de su resolución actual, Adela no se decidió:

—No me puedo afiliar a ningún partido, Gloria. Compréndelo. Cecilio me mataría.

Gloria se mostró muy comprensiva:

—Antes es el marido que nada —dijo.

Añadió Adela, sofocada por la conciencia de su nueva dimensión:

—De todos modos, cuenta conmigo para lo que necesites. Si quieres que te acompañe algún día, te acompañaré. Estoy decidida a luchar antes de que todo se hunda.

Luis Sendín ponía a disposición de su mujer, y de su campaña política, el cochecillo de cuatro plazas que acababa de adquirir. Era un Opel 4 cilindros. Un día, después de comer, Gloria pidió a Adela que la acompañase a un pequeño recorrido por los pueblos próximos. Adela aceptó. Dijo:

—¿Qué es lo que hacéis ahora si no va a haber elecciones?

—Siempre conviene tener todo preparado. Al año que viene las habrá —dijo Gloria.

Después se concentró en un ángulo del coche en actitud reflexiva. Pensó Adela: «Está madurando su discurso; debo callar». Y le sorprendía ver a su amiga en esa actitud. Cuando divisó el tosco y polvoriento pueblecito sintió un poco de miedo: «Nos pueden matar», pensó. Y experimentó una secreta satisfacción de pensar que se arriesgaba por una gran causa.

Adela barruntaba vagamente que algo fundamental andaba en juego por aquellos días. Le dijo Gloria: «Tú siéntate a mi lado y observa; nada más». Adela se arreboló un poco al ver a Gloria de pie, tras un tablero de amasar pan, con su sombrerito calado y la sonrisa en los labios. Las mujeres del pueblo llenaban el desportillado local y en sus ojos había tristeza y como una remota curiosidad. Al comenzar a hablar Gloria se hizo un comprometido silencio y Adela pensó: «El ambiente está cargado. Señor, no nos abandones. —Y Gloria decía—: ¿Puede aspirarse a algo más grande que a tener Dios, Patria, Familia, Orden y Trabajo? Esto es lo que os ofrece la CEDA. Esto y la redención de los campesinos y una cristiana hermandad entre todos los hombres». Estornudó una vieja y algunas mujeres aplaudieron. Gloria, al hablar, se inflamaba y se volvía extraordinariamente bonita. Hablaba despacio y con firme serenidad. Adela pensaba: «¡Oh, tiene un acento que conmueve a las piedras!. —Al concluir, chilló una mujer de pelo lacio y piel amarillenta —: ¡Y el auto para vosotras, pedazos de zorras!». Adela se sofocó, pero no dijo nada. Otras mujeres se excitaban y coreaban a la mujer de la tez

amarillenta. Se armó un pequeño alboroto y Gloria le hizo una seña para que saliera. El mecánico tenía ya el motor en marcha y partieron. Adela se decía: «Un día la matarán en uno de estos pueblos de Dios y nadie sabrá quién ha sido».

Recorrieron otros pueblos y Gloria decía en todos: «Dios, Patria, Familia, Orden y Trabajo. Esto es lo que os ofrece la CEDA». Y unos aplaudían y otros la insultaban y Gloria no se alteraba ni con las ovaciones ni con los improperios. Por lo general, su sencillez arrebataba. Al acabar las visitas, le dijo Gloria, apretándole el brazo:

—Querida, ¿te importa haberme acompañado?

Adela sentía aún su corazón comprimido. Se esforzó:

—¡De ninguna manera! —dijo—. Cuenta conmigo siempre que lo necesites.

Agregó Gloria:

—Esta noche se lo contaré a Luis y se entusiasmará.

Dijo Adela con una sorda envidia:

—¿Pensáis en casa todos lo mismo?

—¡Hasta el pequeño Juanito! —dijo Gloria, arrebatada.

En lo sucesivo, Adela acompañó a Gloria en muchas de sus correrías. Adela empezaba a descubrir lo que era el campo y lo que eran los campesinos. No acertaba a distinguir un pueblo de otro y todos, con sus casitas de adobe, la plaza polvorienta y su fuente calcinada, y la iglesia en punta, cobijada la torre bajo un gran nido de cigüeñas, le parecían lo mismo. Una noche, al regresar, un pequeño grupo detuvo el coche en la carretera. Eran media docena de hombres ceñudos, armados con garrotes, y parecían tener un excelente humor. Dijo uno, asomándose por la ventanilla: «Son mujeres». «¿Qué clase de mujeres?, —preguntó otro. Estalló, vibrando en la quietud y la soledad del campo, una risotada—. Fulanas caras», dijo un tercero. Un oscuro terror se alzaba en el pecho de Adela, que quiso rezar y no acertaba a recortar su mente en una oración. Se le había olvidado el «Señor mío Jesucristo». Entonces, una enorme cabeza alborotada se metió por el hueco de la ventanilla, a su lado, y dijo:

—Ojito, palomas. A la próxima os colgaremos. Ya estáis avisadas.

Adela dijo, estremecida, a Gloria al reanudar la marcha:

—¿Oíste?

—Bueno, ¡no te preocupes! Les gusta presumir de bravucones —respondió Gloria con una tranquila sonrisa.

Mas el incidente sumió a Adela en una crisis nerviosa. En la ocasión siguiente, Adela dijo:

—¡Lo siento mucho, Gloria! Hoy no puedo acompañarte.

Gloria no dijo nada. Estaba organizando ahora en los pueblos las delegaciones del partido. Ponía en su tarea el mismo cálido afán que puso siempre en traer hijos al mundo y en educarlos. Cecilio decía:

—No es misión de mujeres ésa. Bien; en realidad, creo que tampoco de hombres. Es tarea de diablos esa de enviscar a unos contra otros.

Adela calló. Cecilio ignoraba que ella iba con Gloria con alguna frecuencia. Mas a Cecilio, ahora que su mujer entraba en la cincuentena, le preocupaba, sobre todo, su problema sexual. Contra todas sus previsiones, él había cumplido los cincuenta y cuatro y se hallaba tan útil y fogoso como el día que se casó. Esto originaba una cuestión peliaguda. Adela se empeñaba en «que a su edad era inmoral y grotesco hacer chiquilladas». Por añadidura, los muslos de Adela estaban llenos de cráteres, sus senos fláccidos —ella decía, si él se quejaba: «¡Oh, Cecil, esto es una glándula, no un músculo!»— y su cintura enteriza. Francamente, Adela no le servía ya. Mas tampoco era posible a sus años repetir la experiencia de Paulina. Sisí ya no era un niño y la ciudad resultaba demasiado pequeña para ocultar una cosa así. Por si fuera poco, él no podía ajustar sus viajes a Madrid a sus constantes apremios. Ello levantaría en Adela el recelo y la sospecha. Todo este cerco le ponía nervioso a Cecilio Rubes. Vivió meses bajo el peso de esta inquietud. El que Sisí no pudiera ser ingeniero o arquitecto era una preocupación de segundo orden. Lo primordial era que Sisí disfrutase de la vida y glorificase a su padre por haberle engendrado y por disponer al alcance de su mano todas las cosas buenas y deseables del universo. Por otro lado, Cecilio Rubes iba admitiendo la limitación de la vida humana. Fueron aquellos años demasiado crueles para dudar de ello. Tras su madre, se fueron Valentín, el viejo contable, el magistrado Lozano y Fidel Amo, a pesar de los poderosos remedios que durante su vida expendiera en su botica. Todo ello demostraba que la vida era efímera y que un día, no tardando mucho, le tocaría a él.

Alguna vez, Cecilio Rubes se sobrecogía pensando: «Quince años nada más; como mucho, veinte, y al hoyo». Y dejaba volar su imaginación en torno a lo que encontraría más allá del hoyo. Le estremecía la idea de la nada. Para confortarse, pensaba: «Bien, como cuando Napoleón. ¿Sufría yo en tiempos de Napoleón?. —Inmediatamente pensaba—: ¿Por qué como cuando Napoleón? ¡Yo creo en Dios! ¡Yo quiero creer en Dios!». Esta incertidumbre, ya que no otra cosa, espoleaba su apetito carnal. Quería disfrutar de la vida

mientras pudiera y luego, ya de viejo, arrepentirse. Tras muchas vacilaciones se decidió a frecuentar los *music-halls* y los escenarios y remediar su problema con fugaces aventuras ocasionales.

El fracaso de la «bañera Rubes» produjo en él un torvo desengaño. Se consideraba un incomprendido y decidió para lo sucesivo «no levantar un dedo aunque la Humanidad se viniese abajo». La humanidad era necia y los seres inteligentes como él eran apartados violentamente por la necedad del rebaño. «En realidad —pensaba—, las mujeres son más necias que los hombres, pero siquiera sirven para algo».

Se sorprendió de ver a Adela esta temporada enredada en las cosas de la Iglesia y bendiciendo la mesa. A veces pensaba: «Las mujeres son muy supersticiosas. —Mas, casi enseguida, se decía—: Naturalmente, Dios es lo primero». Adela se santiguaba ahora al pasar ante la puerta de los templos y rezaba de rodillas a los pies de la cama.

Una noche le dijo:

—Querido, desearía celebrar mi cuarenta y cinco cumpleaños.

Dijo Rubes:

—¿No te avergüenza decir mentiras?

La sondeaba. Respondió Adela:

—Cumplo cuarenta y cinco más cinco, Cecil, eso no es una mentira; es una reserva mental.

Cecilio pensó: «Está bueno eso. —Inmediatamente pensó—: Dentro de tres días se estrena una revista en el Bretón». Dijo:

—De todas maneras, puedes celebrarlo si ése es tu gusto, querida.

Preguntó Adela:

—¿Por qué dices «de todas maneras»?

Cecilio dio media vuelta en la cama. Dijo:

—Ahora que vamos a entrar en esa edad en que el matrimonio se convierte en una cosa blanca, convendría poner dos camas aquí.

—¡Oh, claro! —dijo Adela—. ¿De veras vamos a hacerlo así?

Respondió Cecilio:

—Tú dices que a partir de los cincuenta no quieres más chiquilladas.

—¡Oh, Cecil querido…! —Le acarició la cara. Añadió en la oscuridad—: Invitaremos a cenar a los Sendín y a mis primos.

—¿A Hipo? —inquirió Rubes.

—¿Por qué no? Hipólito y Ester son mis únicos próximos parientes y quiero disfrutarlos, querido.

Cecilio guardó silencio. Agregó Adela:

—Pondré el turbante de langostinos que tanto te gusta.

Dijo Rubes:

—Bien; y un consomé, ¿no?

—Sí, un consomé —agregó Adela. Después añadió—: Yo desearía que Gloria diese un pequeño concierto y que Ester cantase. ¿Qué te parece?

Cecilio no contestó. Insistió Adela:

—¿Qué te parece?

Cecilio emitió un breve ronquido. Pensó Adela: «¡Qué tranquila vida la de este hombre!. —Dio media vuelta. Pensó—: No volveré a salir de viaje con Gloria. Le diré que Cecilio me lo ha prohibido». Llevaba varios días soñando con la cabeza desgreñada de aquel hombre metiéndose por el hueco de la ventanilla. Le inspiraba tal terror la imagen que, al evocarla, le castañeteaban los dientes. «Puedo trabajar en otra cosa, —se dijo para reforzar su decisión. Luego pensó—: Quizá con dos camas se le olviden esas porquerías. O quizá le excite más». Por último, pensó: «Consomé y turbante de langostinos». Con esa idea se quedó dormida.

El día de su cumpleaños, Adela no encontró langostinos en el mercado y los sustituyó por langosta. Cecilio pensó, al despertarse: «Daré una vuelta por el Bretón… Bien, nada más que para preparar el terreno. No estaría bien en el cumpleaños de mi mujer. —Al tropezar con Sisí, delante de la muchacha rubia, pensó que era ya un viejo. También pensó—: ¿No cenará Sisí en casa en el cumpleaños de su madre?». Cedió el campo y, cuando a las diez y media, Adela dijo preocupada: «¿Qué le ocurrirá a Sisí?, —respondió Cecilio —: ¡Ah, querida, me olvidaba! Sisí me dijo esta tarde que acababa de encontrarse un antiguo amigo y regresaría tarde».

Hipo llamaba «calducho» al consomé y Ester lo alabó diciendo «que estaba muy sustancioso». Rubes vigilaba a sus parientes y cada una de sus manifestaciones o ademanes le avergonzaban. Empezó a beber para olvidarse de ello. Luis Sendín se mostraba grave y silencioso esta noche. Se esforzó Rubes en crear entre todos un clima de familiaridad y confianza. Preguntó a Sendín por sus pleitos y a Hipo por la situación militar. Después miró la garganta de Gloria con anhelante nerviosismo. No obstante, sus esfuerzos resultaron vanos. La comida discurría fríamente a pesar de la calidad de los vinos y la suculencia del menú. Chilló, al fin:

—¡La cochina política os trastorna a todos! Bien. ¿Qué pasa aquí, si puede saberse?

Él no quería pensar en la política. Sus escasas lucubraciones sobre el tema iban a desembocar fatalmente en la macabra imagen de su propia cabeza

sanguinolenta olvidada en una bañera. No le gustaba pensar en ello. En momentos de efervescencia y disturbios le decía a su mujer: «¿Por qué no marchar a Portugal, como León Valdés?. —Decía Adela—: Si todos hacemos lo mismo, ¿quién va a quedar aquí para defender esto?».

Dijo Gloria:

—Es una tontería, Luis. Nunca pasó nada y hoy no pasará nada tampoco.

—¿Qué ocurre? —dijo Hipólito.

El rumor de unas voces y unas carreras ascendió de la calle. Adela se incorporó tan bruscamente que derramó un vaso de vino sobre el mantel.

—¿Le sucederá algo a Sisí? —gritó alarmada. Se asomó al balcón, mientras Gloria, lívida, crispaba los dedos en las puntas del mantel. Rubes pensó en la muchacha rubia:

—Sisí está con un amigo —dijo.

Nadie le hizo caso. Ester miraba sorprendida a Gloria y Adela cerró el balcón de golpe. Gravitaba sobre ellos un clima de agobiante tensión. Había aparecido, de súbito, sin que nadie se percatase de ello, y, ahora, el ambiente vibraba y parecía como si cada uno de los presentes recelase de su prójimo. Cecilio llenó las copas y les animó a beber. Poco a poco, la tirantez iba cediendo. Rubes dijo:

—La política no es lo esencial en la vida. Ante una buena mesa, la política que se vaya al diablo.

—¡Arrea! —rió Hipo.

Cecilio sirvió coñac. Sonó la musiquita del mueble bar y Gloria dijo:

—¿Queréis que toque el piano?

—¿De veras crees, Cecilio, que no se está preparando una gorda? —le dijo Luis en un aparte.

—¡Ah, por favor…! —gimió Rubes.

De repente oyó la voz pastosa de Ester cantando, la vio cimbrearse y pensó: «Está borracha». Gloria le acompañaba al piano. Hipólito dio un azote a su mujer al pasar a su lado. Notó Cecilio un puntazo en el hígado y se dijo: «No vuelvo a probar una copa». A continuación, Gloria interpretó las *Czardas*, de Monti, y Rubes sintió la urgente necesidad de una mujer. Se levantó y puso la gramola en marcha. Fue Hipo quien sugirió:

—¿Bailamos?

Seguían bebiendo coñac y el ambiente se caldeaba. Hipólito sacó a bailar a su prima y entonces Rubes se decidió y tomó a Gloria por la cintura. Nunca bailó con ella. Lo había deseado mucho, por poder dominar con su abrazo aquel cuerpo flexible, pero le contenía la seca circunspección de Sendín y una

especie de respetuosa reserva. Cuando vio a Luis bailar con Ester se confió y oprimió a Gloria dulcemente entre sus brazos. Rubes había bebido y no daba demasiada importancia a sus actos. Le gustaba aquella cintura, a la que ni los años ni los hijos habían podido vencer. Advertía en Gloria una firme resistencia, pero ello le divertía. Le dijo suavemente:

—Tienes la cintura de una niña de quince años.

Gloria se echó a reír. Le brillaban sus pequeños ojos y Rubes experimentó deseos de besarla. Intentó atraerla de nuevo, pero le contuvo la acre mirada de Sendín. Pensó: «Está celoso. El probo y concienzudo Luis está celoso como un árabe». Dijo a Gloria:

—¿No te dice tu marido que eres una mujercita maravillosa?

Gloria estaba inquieta entre los brazos de Rubes. Lo encontraba desagradablemente próximo y sobón. Sin embargo, no le apetecía hacer una escena. De siempre intuyó en Rubes algo viscoso que la repelía. Con frecuencia pensaba que Cecilio Rubes era regañón, puntilloso y sensual como una mujer gorda y compadecía a Adela. Le agradó poder cambiar de pareja, aunque Hipólito bailase con un contoneo exageradamente popular. Empero, le parecía un bendito. En cambio, a Rubes le molestó tener que danzar con su prima Ester. Ella le decía «Primo» y «Bendición». Era tan notablemente baja, que Cecilio había de poner la mano casi en su cogote. A Cecilio se le hizo que le hedían los sobacos y arrugó la nariz.

—¿Te he pisado, primo? —le dijo Ester.

Al pasar junto a Gloria e Hipólito, dijo Rubes, bromeando:

—¡Cambio de pareja!

Y de nuevo se asió a la breve cintura de Gloria y aspiró la discreta fragancia de sus cabellos. Gloria se sofocó de la audacia de Rubes. Pensó: «Cecilio se pone a veces intolerable. —Rubes pensaba—: Tiene la misma flexibilidad de Paulina a los veinte años». Hacía mucho que sus nervios no sufrían esta vibrante tensión. Acusaban, sin duda, la proximidad de la mujer, la honestidad de la mujer y la fidelidad de la mujer de un amigo. Esto para Cecilio Rubes era una experiencia desconocida. En su audacia pensó: «Acabaría cediendo como todas las mujeres». Dijo:

—Estás preciosa, Gloria, esta noche.

Y la miraba directa, impúdicamente, a los ojos.

Cecilio Rubes no se explicaba bien lo que aconteció en los minutos siguientes. Tenía idea de que la criada entró desencajada y dijo algo. Un poco antes oyó el timbre de la puerta y comprobó en la cintura de Gloria un fugaz estremecimiento. Había pensado: «Ya cede». Pero Gloria se libró de su

abrazo de un tirón y corrió hacia el pasillo enloquecida. Todos salieron detrás y él salió también. La puerta de la calle estaba entreabierta. Todos pasaban a casa de los Sendín y él pasó también. Advirtió en la confusa algarabía de conversaciones que algo desusado ocurría. Entonces descubrió a Luisito Sendín derrumbado en un sofá y sangrando por su negra cabeza. Elisita Sendín le restañaba la herida con un algodón mojado en alcohol. La niña estaba en camisón y Rubes estudió la grácil curva de su cuerpo adolescente al inclinarse sobre su hermano. Adela gritó al ver el cuadro y, en cambio, Gloria no perdió la serenidad. Dijo:

—¿Fueron?

Luisito Sendín abrió sus francos ojos y sonrió. Tenía un mentón pugnaz y sólido y una boca voluntariosa. Dijo:

—Sí; hubo jaleo.

Hipo preguntó:

—¿Cómo ha sido?

Dijo Luis Sendín:

—Voy a buscar un médico.

Adela estaba espantada. Se volvió a Rubes.

—¿Y Sisí, Cecil? ¡Por amor de Dios!, ¿dónde está mi hijo esta noche? —Se acercó a Luisito Sendín—. ¿Estaba «allí». Sisí? —preguntó—. Dime, ¿estaba contigo?

—¡Oh, no! —dijo Luisito Sendín.

—¿Cómo fue? —dijo Ester.

A Luisito Sendín le agobiaba tanta solicitud:

—Un golpe —dijo.

Continuaba sangrando. Adela se aproximó a Rubes. El salón de los Sendín era pequeño y desangelado. Dijo:

—A Sisí le ha ocurrido algo, Cecil. Estoy segura. ¿Dónde está este hijo a las dos de la madrugada? ¡Por Dios bendito, Cecil, ve a buscarle!

Cecilio Rubes pensó en la muchacha del Bretón. Dijo:

—No te preocupes, Sisí está en buenas manos.

—¿Dónde está, Cecil? ¿Dónde está? Tú sabes dónde está.

Cecilio trató de calmarla. Regresó Luis con el médico, quien dio a Luisito dos puntos de sutura.

—¿Fue en las Carmelitas? —preguntó.

—En las Esclavas —respondió el muchacho arrugando la frente.

No se quejó ni hizo un ademán de impaciencia. Cecilio, en cierta manera, admiraba la capacidad de sufrimiento de los Sendín. Él, por no ver la

operación, se distrajo admirando la gentil armonía del cuerpo de Gloria. «Parece una muchacha; parece una muchacha, —se repetía, asombrado—. De todos modos, debe de tener diez años menos que Adela. Sí: sin duda, cuando vino recién casada no era más que una chiquilla».

Hipólito dijo:

—Ahora, la Intendencia y todo resuelto.

Hipo sentía un desmesurado cariño por su Cuerpo. Cuando aludía a la necesidad de comer hablaba de «la Intendencia». Consideró que Luisito, después de los puntos, se encontraría definitivamente repuesto con un adecuado refrigerio. Ester le dijo:

—Deberíamos irnos; aquí no pintamos nada.

Se disolvió la reunión. En casa, el nerviosismo de Adela subió de punto. Se retorcía las manos y lloraba. Cecilio comprendió que carecía de recursos para consolarla. El que Sisí estuviera con una muchacha a estas horas comportaría para Adela un disgusto superior al de saberle con un chirlo en la cabeza. Trató de distraerla hablándole de la guerra de Abisinia. La guerra de Abisinia era para Cecilio Rubes una historia de aventuras. Él, que detestaba la violencia, hubiera participado en la guerra de Abisinia, junto a los italianos, sin el menor inconveniente. A veces decía: «Esa guerra es coser y cantar». En ocasiones, se compadecía del Negus y, otras, lo llamaba «suicida y soberbio». Mussolini no le gustaba porque era un hombre de acción. Cecilio Rubes consideraba a los hombres de acción, cuando manejaban multitudes, más peligrosos que los criminales. A Adela, la guerra de Abisinia le pillaba un poco a trasmano. El que los infieles muriesen a centenares redundaba en beneficio de los fieles. Eso creía ella, al menos, en su incipiente religiosidad. No escuchaba ahora a Cecilio. El tictac del reloj de pie la desazonaba. De vez en cuando decía:

—Ese chico, Cecil. ¡Ese chico!

Cecilio decía:

—El afán imperialista de los países grandes terminará por hundir el mundo. Bien. ¿No crees tú…?

Adela no creía nada. A las cinco intentó dormir. Pero no le fue posible. A las cinco y media Cecilio hubo de salir a la calle para ver «si Sisí venía». Dio un paseo por el parque, fumó un cigarrillo y volvió a subir. Adela dijo:

—¿Dónde puede estar metido a estas horas, Cecil? Este chico nos matará a disgustos.

Su imaginación se lo representaba ya cadáver; incluso llegó a pensar que sería hermoso, al fin y al cabo, si había entregado la vida por un ideal.

Inmediatamente pensó que, así y todo, preferiría tenerle vivo en casa. Volvió a retorcerse las manos, a echar unas lagrimitas y a decir:

—Ese chico, Cecil. ¡Ese chico…!

A las ocho menos cuarto apareció Sisí. Estaba pálido y demacrado. Se sorprendió de encontrar a sus padres de pie.

«Al fin y al cabo, papá lo sabía», se dijo. Otras noches su madre no se enteraba de sus ausencias. Adela se abrazó a él, casi sin aliento. De repente le pesaban la vigilia, la tensión y la noche en las sienes. Dijo:

—Hijo, ¿qué ha sido de ti? Luisito vino herido. ¡Oh, qué susto me has dado!

Le besaba con frenesí; le acariciaba la cara, las manos, el cuello, complaciéndose en su integridad. Pensaba: «Un mes a misa de siete; lo he prometido. ¿Qué importa eso?».

Dijo Sisí:

—¡Cómo lamento no haber comido contigo, mamá! Mi amigo marchó ahora en el exprés de las siete. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos, ¿sabes?

Mientras le preparaba «algo caliente, —Adela repetía—: Deberías haber avisado, Sisí. Otra vez avísanos». Solo, ante su padre, Sisí sonrió.

Cecilio dijo:

—No debes abusar así; bien, eso está mal y puede perjudicarte.

Sisí pensó: «Está celoso. Me lo imaginaba. Verdaderamente, es una mujer extraordinaria». Y cerró los ojos y estiró los brazos en ademán de cansancio.

II

Sisí Rubes se creyó enamorado cuando Isabel Gutiérrez, hija de un modesto cerrajero, lo rechazó al intentar besarla. Este hecho, en la vida de Sisí Rubes, no tenía precedentes. Más tarde o más temprano, todas cedían. Claro que a Sisí Rubes no le atraían la dignidad ni el recato. A su entender, las muchachas dignas y recatadas eran tan insípidas como un alimento sin sal. Algunas veces sobraban la compostura y la dignidad y, de entregarse, era una solemne necedad dilatar el momento con dengues y escrúpulos sin sentido. En la especial manera de entender la vida del joven Rubes figuraba la teoría de que el hombre se casa con aquella mujer bonita que se le resiste. Antes no; de no resistírsele ninguna mujer bonita, tampoco. Por eso, él pensó que no podría soportar la vida privado de los muslos firmes y el busto erguido de Isabel Gutiérrez. Sisí Rubes se dijo, al fallar el tercer intento: «Estoy enamorado como un cabrito». No había cumplido aún los dieciocho años, pero suponía que el amor no requiere una edad definida para manifestarse.

Salía cada tarde con la muchacha y la llevaba al cine o de paseo. Isabel no era ñoña para bordear el peligro, porque el peligro era su arma decisiva. No ponía reparo alguno cuando Sisí le pedía salir al campo o sentarse, de noche, en un oscuro banco del parque. Ella sabía que podía estar allí tranquilamente y hasta que el estar allí era un paso más para alcanzar sus calculadas previsiones. No ignoraba que su destino dependía inmediatamente de su resistencia. Sabía igualmente que al levantar la cabeza de un golpe y mostrar su desnuda garganta, o al cruzar las piernas bajo la falda, o al entornar los ojos y sonreír de determinada manera, Sisí se excitaba y ella no vacilaba en poner en juego todos estos recursos. Todo era lícito, puesto que el fin era lícito. Le gustaba Sisí, y le gustaba su automóvil, y le gustaba el negocio de su futuro suegro. Le gustaba también que Sisí oliese a tabaco rubio —Sisí fumaba Bisonte— y que llevase las americanas bien cortadas. Algunas veces, Sisí, encendido por las insinuaciones de la muchacha, trataba de abrazarla. Ella se incorporaba bruscamente, trascendiendo un fúnebre desconsuelo:

—¡No, no, Sisí! —decía—. De seguir así no volveremos a salir juntos. Para mí será la muerte, pero lo dejaré, ¡te lo aseguro!

Sisí se humillaba, entonces. Ella añadía:

—Prométeme que no volverás a hacerlo. ¡Anda, prométemelo!

Sisí accedía. Isabel tenía la nariz respingona, los labios gruesos y unos muslos sólidos y poderosos. Al moverse, desplazaba el aire con cierta

majestad. Pisaba fuerte y como diciendo: «¡Ojo a mis caderas!».

En el buen tiempo daban paseos en bicicleta y Sisí se complacía observando las suaves curvas de Isabel Gutiérrez en acción. Acechaba la racha de viento, o la cuesta abajo que le levantaría las faldas, o la cuesta arriba que la forzaría a inclinarse sobre el manillar ahuecando el escote. Sisí Rubes vivía en plena exaltación. Algunas tardes se detenían en la ribera del río e Isabel se colocaba un breve bañador para tomar el sol. Hacía todas estas cosas con la mayor naturalidad y, por supuesto, con la firme convicción de que nunca iría más allá. Para vestirse se escondía tras un matorral y obligaba a Sisí a volver la cabeza. Una vez, Sisí desobedeció y la vio entera. Isabel se turbó. Sisí no intentó nada porque sabía que sería rechazado. Sólo dijo: «¡Oh, por favor!». Parecía un mendigo suplicando. Isabel no le habló durante el regreso y, al despedirse, se echó a llorar. Dijo:

—¡No vuelvas! No podría volver a mirarte a los ojos. Me has humillado.

Fue después de esta contingencia cuando Sisí Rubes pensó seriamente en la eventualidad de casarse. La imagen del cuerpo desnudo de Isabel tiraba de sus nervios y le descomponía. Tenía llena la cabeza de ella a toda hora. Entre sueños se agitaba y rodeaba amorosamente la almohada con su brazo izquierdo. Al despertar, le vencía una cruda e inhóspita sensación de soledad. Sus torpes desahogos en otros lugares revalorizaban el cuerpo de Isabel Gutiérrez. Ella era distinta: digna, firme y nueva, sus oscuros ojos prometían caricias y fervores sin cuento. Un día, su padre le preguntó:

—Bien, esa muchacha… ¿Quién es esa muchacha que ahora frecuentas?

Sisí se sintió espoleado:

—Voy a casarme con ella —dijo.

—A los dieciocho años. ¿Estás loco?

—¿Qué otra cosa se puede hacer cuando te gusta una chica, papá?

Rubes se echó a reír con una leve crispación:

—Hacer… hacer… Bien. ¿Es que te gusta como para casarte con esa chica?

—Todas las chicas guapas me gustan como para casarme —respondió Sisí.

Rubes trató de ordenarse. A veces tenía ideas, pero la dificultad de exponerlas le ponía en una situación tan comprometida como si no las tuviese. Por primera vez, y para ganar tiempo, ofreció un cigarrillo a Sisí y su hijo fumó en su presencia. Después de encender el suyo, dijo Rubes:

—Entiéndeme; cuando yo me casé con tu madre, ella era para mí la única mujer del mundo. Las demás no me importaban, fueran guapas o feas. Bien

dicho, ni siquiera las miraba…

Rubes aspiró ávidamente de su pitillo como buscando en él nuevos argumentos. Mentía abierta, deliberadamente. Él sabía mejor que nadie que si la ley lo permitiera dispondría de un harén. En su día le ocurrió lo mismo que ahora le ocurría a su hijo y lo que imaginaba le ocurriría alguna vez a su padre. Era el torvo, desequilibrado sino de los Rubes. Fumó nuevamente y añadió:

—El hombre debe casarse cuando advierte que una chica… Bien, que una chica está a su nivel en todo y, sobre todo, que le comprende. A los dieciocho años, uno tiene el corazón lleno de hervores y… bueno, el corazón engaña y se agita a cada mujer bonita que pasa a nuestro lado. Bien, Sisí, eso no es amor, créeme a mí. Uno se obceca, cierra los ojos, se casa y, luego, a los pocos meses, se da cuenta de que ha cometido una solemne estupidez.

Respiró honda, laboriosamente. Sisí entornó los ojos. Se advertía en él un importante motivo de preocupación. Dijo:

—De hombre a hombre, papá. ¿Qué cosa puede hacer uno cuando una mujer le gusta más que ninguna y ella dice que ni hablar?

A Rubes le cogió un ataque de tos demasiado violento para ser sincero. Se levantó y se sirvió una copa. Luego volvió a sentarse.

—Hay muchas chicas en el mundo; demasiadas chicas bonitas que pueden sustituirla —dijo dejando caer las palabras por su propio peso.

—¡Oh, no! —dijo Sisí—. Como ella no hay ninguna. Yo lo sé que no hay ninguna.

Rubes entrevió que por segunda vez en la vida —la primera fue cuando la gripe— rondaba un peligro en torno a su hijo. Le hubiera guardado bajo sí, como la gallina a sus polluelos, hasta que la amenaza pasase. Empero, Sisí ya tenía vida propia y entre sus virtudes no figuraban la docilidad ni la sumisión. Para Sisí, la conversación con su padre no resolvió nada. Comprendía que su padre hablaba sin expresar lo que pensaba, es decir, que de sus labios a su cerebro mediaba un abismo. Su padre, aunque otra cosa pareciese, era un ser hermético. Lo adivinó la tarde que se encontró con él —la muchacha rubia por medio— en el escenario del Bretón. Como siempre que un problema serio le acuciaba, Sisí se volvió a Luisito Sendín. Pasaban meses enteros sin verle, pero le agradaba recurrir a él en los momentos difíciles. A pesar de sus vidas tan distintas, Luis infundía en él un elevado respeto y una encendida admiración. En los meses anteriores a las elecciones, Luis Sendín quiso ganarle para su partido. Le habló serena, reflexivamente, de «la difícil coyuntura del mundo», «la rebelde disconformidad de la juventud», «la

posibilidad de un mundo nuevo», «la grave responsabilidad de quemar una vida sin objeto» y de otras muchas cosas. Luis peleaba en la calle y en la universidad. Estudiaba mucho y, en los ratos perdidos, se reunía con su padre para familiarizarse con los asuntos del despacho. En alguna ocasión, Luis le había dicho a Sisí: «Si paro un momento, corro peligro. Tengo una sangre demasiado inflamable». Sisí pensaba todo lo contrario. Acogió con una mueca desolada y escéptica la proposición de Luis Sendín. Era raro, pero Sisí Rubes, a los dieciocho años, se consideraba incapaz de muchas cosas. Juzgaba que era demasiado tarde para dar marcha atrás. Le poseía una enervante incredulidad senil. A ratos, envidiaba a Luis, querría haber sido como él, pero a la sangre, se decía, la empuja una fuerza fatal.

Ahora, ante su problema, Luisito Sendín adoptó una actitud de extremada gravedad. Le dijo:

—¿Por qué no procuras interesarte en otras cosas? En el negocio de tu padre, por ejemplo.

A Sisí se le enturbiaban los ojos. Dijo:

—Tú no sabes cómo es ella. La he visto desnuda, ¿sabes?

Y Luis se levantó de un salto:

—¡Por favor, no me tientes! —chilló.

Sisí le observó vivamente extrañado.

—¿Te gustan también las chicas a ti? —preguntó.

Saltó ofendido Luis Sendín:

—¡Oye! ¿Por quién me has tomado?

—¿Y qué haces?

—¡Me aguanto!

—¡Vaya! —dijo Sisí—. ¿Y no fuiste nunca a…?

—¡Nunca!

—Eso es imposible. Y si ves una chica atractiva en bañador y luego piensas en ella, ¿qué haces? —inquirió.

—Suelto la ducha fría y me meto debajo —respondió Luis—. Cuando salgo procuro entretenerme en otra cosa. ¿Quieres un remedio? —añadió—. No te recrees nunca pensando en cosas que no están a tu alcance.

Una negra fuerza abatía a Sisí Rubes. Dijo:

—En mí… eso es una necesidad.

Luis dijo:

—Ocupa todas tus horas. Yo me levanto y me voy al frontón. Hago media hora de gimnasia y juego una partida de pelota. Luego voy a la universidad. Al acabar de comer estudio y ayudo un poco a mi padre. Después me reúno

con mis amigos y tomamos decisiones. Cosas políticas, ¿comprendes? Los días de fiesta me dedico a pintar y a remar. Cuando me acuesto caigo en la cama como un leño. ¿A qué hora crees que puedo pensar en una chica atractiva en bañador?

Sisí experimentó una brusca reacción. Pensó: «Voy a imitar a Luis». Le dijo:

—¿Te importaría que fuese mañana contigo al frontón?

—Todo lo contrario —respondió Luis, sacudiéndole la espalda.

Sisí comenzó la nueva vida con mucho entusiasmo. Le agradaba alojar en sus articulaciones el dolor del ejercicio. Iba por el Establecimiento mañana y tarde y procuraba abstraerse en las cuestiones del negocio. Los domingos remaba durante dos horas consecutivas. A las dos semanas pensó: «Soy otro hombre, verdaderamente». Al día siguiente sorprendió a una linda muchacha subiéndose las medias en un portal. La visión de las piernas de la chica se le agarró tenazmente. Ello le llevó a pensar en el cuerpo de Isabel. Se metió debajo de la ducha y soltó el grifo frío. Al verse desnudo, su imaginación se remontó a algunos momentos íntimos y turbadores. Al secarse, pensó: «Recién bañada. El ideal. —A las ocho de la noche se dijo—: Hay que empezar poco a poco. Pretender ser como Luis de la noche a la mañana es una tontería». De momento no experimentaba la menor repugnancia hacia las carnes blancas. «He cambiado mucho, —pensó. Y luego—: Empezaré con una sola vez a la semana. Luego, cada quince días. Después, una vez al mes; luego, cada trimestre y, por último, lo dejaré». Aquella tarde se emborrachó y perdió el control de sus pasos. Apenas recordaba a la muchacha. Tenía una vaga idea de que, al concluir, la chica se echó a llorar y le dijo que la vieja se lo llevaba todo. Él le dio una buena propina. Se acostó tarde y sintiendo por dentro una inconcreta saciedad de sí mismo. Cuando a la mañana siguiente Luis pasó a buscarle, le dijo que había trasnochado y que dejaría por aquel día la gimnasia. A la noche siguiente, entre sueños, pensó: «Isabel es una mujer maravillosa». Estaba soñando con ella cuando Luis llamó. Se despertó indignado y le dijo a su amigo que se fuera al diablo. A las once se bañó en agua caliente y se dejó estar en una actitud voluptuosa. Por la tarde buscó a Isabel e hicieron las paces. Sisí le dijo: «¿Sabes? No puedo vivir sin ti». Ella entreabrió sus rojos labios. Había temido ser demasiado tajante, excesivamente dura. Por un momento creyó que Sisí no volvería. Se acercó a él con la ansiedad que despertaba en su pecho toda cosa inesperadamente recobrada.

—¡Oye, tú! —dijo—. ¿Por qué nos atraemos los dos de esta manera?

Y, por primera vez, permitió a Sisí que la besara.
Para Cecilio Rubes pasaron inadvertidos los altibajos sentimentales de Sisí. Lo vigilaba con el acuciante temor de que un día se le ocurriera casarse con la hija del cerrajero. La chica estaba estupenda, bien lo comprendía él, pero un Rubes no podía buscar en ella otra cosa que un plan frívolo transitorio. Probarla y dejarla. Eso es lo que a los dieciocho años hubiera hecho él. Cecilio Rubes llevaba una temporada ligeramente desquiciado de los nervios. Estaba harto de que Adela, Sendín, Prado, el general López y todo aquel con quien tropezaba, en su casa, en la calle y en el Club, presagiase calamidades inminentes. Él, efectivamente, se daba cuenta de que el edificio se bamboleaba, pero le irritaba que a cada momento se lo refrotasen por las narices. En las últimas elecciones tuvo una fuerte discusión con Adela. Ella terminó por subírsele a las barbas y él la llamó «heroína en ciernes». Se quedó muy a gusto después de esto y hasta casi se alegró de que los suyos perdieran la elección. Adela dijo: «Han hecho trampas. —Luis Sendín decía—: Se han valido de toda clase de artimañas». Ramón Prado agitaba admonitoriamente su enorme nariz en el Club: «¡Nos lo han robado; nos lo han robado!, —decía a gritos. Cecilio decía—: Todos habéis hecho las trampas que habéis podido».

Cuando pasó la fiebre de los primeros días, Cecilio presintió que se acercaba la hora cumbre y se sintió intranquilo. «Creo que ha llegado el momento de irnos a Portugal», le dijo a Adela una noche. Su mujer se opuso terminantemente. También a Rubes la medida se le hacía demasiado categórica y se apoyaba en la menor oposición de su esposa para desistir. En muchas ocasiones, Cecilio Rubes precisaba que le empujasen para poner en práctica una decisión.

Con frecuencia pensaba que a Adela la frenaban los Sendín. Sin los Sendín vigilándola enfrente, Adela misma le hubiese pedido que la llevase lejos de allí. A Rubes no le pasaba inadvertido el terror de su mujer. Algunas noches le despertaba con sus gritos y él la apaciguaba. Ella decía: «Soñaba que un hombre horrible quería colgarme de una higuera. Una mujer comía brevas al pie del árbol y se reía al verme llorar. —Por el contrario, los Sendín daban muestras de una admirable serenidad. A Rubes—, el clan Sendín», como últimamente llamaba a sus vecinos, empezaba a fastidiarle. Se le antojaba un «grupo de acción» y él aborrecía a los grupos y a los individuos de acción. Desde la cabeza rectora al último crío, la familia Sendín era un volcán en perenne actividad. Cada uno en su radio de acción organizaba, exigía y predicaba: «¡Dios, Patria, Familia, Orden y Trabajo!».

Rubes se decía: «Gloria acabará perdiendo su cintura y su feminidad. La política conseguirá lo que no consiguieron los años y los hijos. —Y lamentaba que ella fuese así—. Si yo fuera su marido —pensaba— velaría por sus encantos un poco más que ese zoquete». Y se pasaba la punta de la lengua por los labios. Siempre que pensaba en la cintura de Gloria, o en la ya casi olvidada elasticidad de Paulina, se pasaba la lengua por los labios. Era en él un viejo hábito y un triste e insuficiente consuelo.

Respecto a Adela, lo que Rubes deseaba era que no se significase. Temía por el negocio y por su propia integridad.

Entendía que, permaneciendo en medio, unos y otros se detendrían a una distancia prudencial. Todavía quedaba en el mundo, creía él, un asomo de respeto hacia los neutrales. Cuando estalló el primer petardo en la ciudad, en un almacén de muebles, Cecilio le dijo a su mujer: «¿Comprendes? Mira de qué le ha servido a Gómez ser de la CEDA. ¿Crees tú que Gil Robles va a reconstruirle el almacén?». Transcurrida una semana, hizo explosión un petardo en la droguería de un furibundo socialista. Rubes dijo: «Mira, querida. En todas partes cuecen habas. Eso es lo que se saca en limpio tomando partido por unos o por otros». Quince días después, un artefacto estalló en la puerta principal del establecimiento «Cecilio Rubes · Materiales Higiénicos. —Al recibir la noticia por teléfono, Rubes notó que le flaqueaban las rodillas—. No es posible —se dijo—. Debe de ser una equivocación». Tartajeaba, al hablar, como un borracho. «Bueno… Bueno… ahora voy», dijo.

La puerta estaba destrozada, y también una vitrina, y dos retretes y una bañera y un número indeterminado de materiales y accesorios. Cecilio Rubes se estremeció a la vista de los efectos del atentado. Hasta ahora, nunca creyó que nadie pudiera quererle mal hasta este punto. Valoró los desperfectos mentalmente. Hacía cuatro años que aseguró su establecimiento contra el riesgo de «motines y tumultos». El momento era inmejorable para dar salida a tres bañeras anticuadas y a dos de «tipo Rubes», arrinconadas ya como invendibles. Era la oportunidad que la Providencia le brindaba. Cecilio Rubes atribuía a la Providencia actos impropios de ella. Intencionadamente desportilló aquellas existencias y las incluyó, luego, en la lista de materiales dañados que la Compañía había de compensarle. Ello le sosegó un poco. No obstante, pasó tres semanas cavilando sobre quién podría ser el autor del atropello. Sentía un miedo sordo y tenaz. Adela le había dicho: «Para que veas, Cecil, que la revolución no distingue de matices. —Tuvo que callarse, pero pensó—: Idiota, idiota, idiotísima, ¡qué sabes tú de revoluciones!». Dos

días después le dijo: «Estoy pensando en el hijo de Valentín». «¿Tú crees?, —inquirió Adela. Agregó Rubes—: Cuando disolvimos la Sociedad, Jacobo dijo que él no podía ser subalterno de un indocumentado, y se marchó de malos modos».

De repente, Cecilio Rubes empezaba a sentirse cansado de luchar. Veía enemigos personales por todas partes. Recordó los tiempos en que se esforzaba por dar una orientación más ambiciosa al negocio. Pensaba: «La época es peor que nunca. Me lo explico muy bien. A la gente tanto le da morir limpia como sucia». En su hipersensibilidad volvió a inquietarse por Sisí. Lo veía a todas horas con la muchacha aquella y pensó que Sisí era antes que el negocio. De casarse Sisí con aquella zarrapastrosa, la honorabilidad y la categoría social de los Rubes bajaría muchos enteros. Era preciso evitarlo. También él se casó con una muchacha de nivel inferior al suyo, era cierto, pero aún existía una distancia entre un funcionario y un cerrajero. «A los dieciocho años a mí no me atrapaba nadie», pensó.

Una noche le dijo a Adela:

—A ese chico hay que quitarle la idea de la cabeza. Bien. ¿Qué te parece que se quiere casar?

A Adela, nada de cuanto se refiriese a Sisí le cogía ya de sorpresa. Esperaba de él las más sombrías e insospechadas calamidades. Rezaba mucho por su conversión. Le dolían las rodillas de rezar por él. Últimamente sufría lo indecible por Sisí. Empezaba a sospechar que Sisí se relacionaba con mujeres de mala nota. Para Adela, esto era propio de seres desalmados. La única cosa que la induciría a separarse de Rubes sería saber que su marido le faltaba con una mala mujer. Incluso que las hubiera frecuentado antes de casarse le hubiera molestado mucho. A veces preguntaba a Cecilio: «Tú, tan fogoso, ¿cómo te las arreglabas de soltero, querido?». «¡Ah, bien! —decía Rubes—. ¿Quién se acuerda ya de ello?». Sisí volvía borracho con demasiada frecuencia. Ella no sabía que Sisí necesitaba olvidar muchas cosas. Una noche le hizo una escena. Le había suplicado en todos los términos; le dolía en lo hondo su estúpida impotencia. Entonces se arrodilló y se abrazó crispadamente a sus piernas, llorando. Ella soñaba con ablandar a Sisí, atraerle al buen camino, pero a Sisí la actitud de su madre se le antojó ridícula y calamitosa. «Levanta —dijo—. A ti no te gusta mi manera de ser. A mí la tuya tampoco, mamá. ¡Oh, levanta!. —Ahora, Adela pensó—: ¿Casarse?». Clavó en Cecilio su mirada. Dijo:

—Tal vez fuese su solución, Cecil.

—Bien… —dijo él irritado—. ¿Es ésa toda la estupidez que cabe en tu pequeña cabeza o debo esperar nuevas majaderías?

Adela no perdió la calma:

—¿Quién es ella? —dijo.

—La hija de un cerrajero.

—¡Oh! —gimió Adela.

—Comprenderás…

—No, no. Eso no puede ser.

—Si Sisí se casase…

—¡No se casará!

Adela le dijo a Sisí en la primera oportunidad:

—¿Quieres a esa muchacha?

—Bueno, sí —respondió Sisí, a quien le mortificaba ver a su madre escarbando en sus problemas.

—¿Por qué no te casas con ella? —preguntó Adela de súbito.

Adela poseía una idea muy clara sobre la psicología de los hombres indómitos. Sabía de antemano que si ella dijera a Sisí: «No puedes casarte con esa chica, —al día siguiente le anunciaría su boda. Por el contrario, si le aconsejaba—: Debes casarte con ella», la susceptibilidad de su hijo le echaría atrás y reflexionaría: «¿Por qué este empeño de mi madre en que me case con ésta?». Sisí acostumbraba a ver, en las chicas que su madre le sugería que cultivase, monjas embozadas. Las madres no tenían idea, a juicio de Sisí Rubes, de lo que a los hombres les gusta de las mujeres. Su madre se asustaría si supiera que él anteponía unas carnes duras a una cara bonita. Su madre no sabía por dónde se andaba, ésa es la verdad. «Pero ¿por qué este afán de que él se casase ahora?».

Por otro lado, Isabel no se mostraba tan tensa e inabordable después de la reconciliación y hasta se dejaba besar trabajándola un poco. Isabel había pensado: «Le he perdido por ser demasiado rígida. Debí ir dándole confianzas poco a poco. Él se ha cansado». Cuando Sisí volvió a ella se propuso no caer en los mismos errores. Se dejó besar y hasta se hacía la distraída si él buscaba un furtivo roce con algún lugar sustancial. «Un poquito sí debo darle, —se decía. Sisí pensaba—: ¡Ah, las primeras posiciones ya son mías! Las otras vendrán detrás. ¿A qué ton he de casarme si puedo conseguir sin compromisos lo que me propongo?». Cecilio Rubes se decía: «Parece que ha olvidado sus tontos propósitos». Respiraba. Pensando en la sensualidad de Sisí, olvidaba su propia sensualidad. Al ver a Sisí más encajado en el curso normal de la vida, Cecilio volvió a las andadas. Se fue a Madrid. Venía

advirtiendo que conforme envejecía iba prefiriendo las mujeres entradas en años. «Las mujeres no están maduras antes de los treinta y cinco», se decía. Encontró una de esa edad que le proporcionó unas horas felices. Bebieron champaña y ella bailó en dos piezas sólo para él. La chica se emborrachó y le anunció acontecimientos horribles. Él decía: «No hablemos de política ahora». Al regresar, Cecilio Rubes experimentó una vívida nostalgia de Paulina. Guardaba de ella el buen recuerdo de las cosas cortadas en flor. De haber conservado a Paulina a su lado tal vez ahora la aborreciera. «¿Cuántos años hace? —se preguntó—. Sisí era una criatura de faldones». Miraba distraídamente por la ventanilla del Lincoln las espaldas, un poco cargadas, de Bernardino al volante. Se dijo: «¿Qué pensará Bernardino de todas estas cosas?. —Luego pensó—: Paulina se portó como una señora. Ésa es la verdad».

Dos días más tarde, estando encerrado en el despacho del Establecimiento, apareció Paulina. Cecilio se quedó tan sorprendido que no se levantó. Notó, primero, una exaltación visceral y, luego, una lisa, pavorosa calma. Pensó: «El tiempo no ha pasado para ella. —Paulina pensó—: ¡Qué calvo y qué gordo está! No parece el mismo hombre». El pelo rojo de la muchacha centelleaba. Vestía sencillamente, sin afectación.

En las manos llevaba guantes.

—Hola, Cecilio —dijo—. ¿Cómo estás?

Rubes se incorporó entonces penosamente. La vitalidad de Paulina le hacía sentirse viejo y anacrónico. Se precipitó:

—Bueno, Paulina… Bien… Siéntate. ¿Cómo te ha ido?

Advertía, de súbito, que la vida ya había pasado sobre él y, al mismo tiempo, deseaba fervorosamente hacerla recular y conectarla en el punto en que, diecisiete años antes, se escindiera de la de ella. Pensó: «No tiene más de treinta y ocho. Es aún una chiquilla». Paulina se sentó frente a él, la mesa entre ambos. A la chica le vino a la cabeza el pequeño apartamento soleado, con la curva del río abajo. Suspiró. En su conciencia, alguien removía la melancólica musiquita: «Con-u-na-fal-da-de-per-calplan-chá». «¡Cuánto tiempo ha pasado!», pensó. Dijo, de pronto, lúgubremente:

—¡Vaya!, no triunfé en el teatro, ni tuve un hijo… Mi fracaso ha sido absoluto, Cecilio. ¿Es eso cuanto quieres saber?

Entre ambos se cernía el vago fantasma de una incomprensión. Quizás él, en un tiempo, no tuvo suficiente valor. Tomó las manos de Paulina entre las suyas:

—Paulina… Paulina… Mi querida Paulina —dijo.

La había deseado mucho y, sin embargo, la presencia de la muchacha, ahora, no levantaba su carne. Sospechó que en su relación de entonces pudo existir algo digno y elevado. Dijo ella:

—Todos vuelven alguna vez al rincón de su infancia.

—¿Con tu hermano? —preguntó Cecilio.

—¡Oh, no! —dijo Paulina—. Tengo medios propios. He sido ordenada en mis gastos. Mi retiro ha de ser sólo mío.

La miró por primera vez Cecilio directamente a los ojos.

—Sólo mío, Cecilio; sólo mío —insistió ella.

En su voz había unos quiebros extraños. Poco a poco Cecilio Rubes iba volviendo a su verdadero ser. Reconocía que la inesperada irrupción de Paulina había movido en él una melancólica añoranza. Consideró su pecho aún floreciente y se dijo: «¡Qué hermosa es!». Se levantó y, al acercarse a ella, presintió que, no obstante su movimiento, se alejaba. La tomó por los hombros, pero la glacial indiferencia de Paulina le empujó a sentirse culpable de no sabía qué. Escondió las manos en los bolsillos. Súbitamente le ganaban unos vehementes deseos de abrazarla. Ante ella se le olvidaba toda la tensión y la inquietud que le desequilibrara en los últimos tiempos. Dijo, con velada pasión:

—¡Ah, Paulina! ¿Tú no sabes que no he podido olvidarte en todo este tiempo? Bien… he pensado en ti a menudo. Te he buscado. Hace tres días pensaba en qué sería de ti y me decía, bien, me decía: «Cometí un tremendo error. Fui cobarde. Paulina ha sido la mujer de mi vida».

Ella le daba la espalda y no volvió la cabeza al oírle. Tenía los ojos cerrados y le quemaban por dentro una suerte de indefinidos remordimientos. Ella no había acudido a Cecilio para reanudar lo pasado. La empujó a él la nostalgia, un velado sentimiento de despecho, el deseo de poder decirle: «Me he defendido sin ti. Ya lo ves. —Sobre Cecilio alimentaba una idea contradictoria—: Me pervirtió y luego me abandonó», pensaba. Otras veces se decía: «Fue generoso conmigo. El más generoso de todos». Ahora se encogía aunque estaba decidida a no reanudar sus malos pasos. Se volvió, de pronto:

—¿Y tu hijo, Cecilio? ¿Qué ha sido de él? —dijo.

—¡Bien, Sisí ya es un hombre!

—¿Cómo es?

Cecilio se sintió seguro y audaz. Dijo:

—Bien, ¿es que aún te remueve el chico un sentimiento de maternidad?

—Yo pude ser su madre —dijo Paulina—. Eso es lo cierto. Yo debía ser su madre. Cecilio, tú lo sabes.

Se volvieron los dos al oír la puerta y apareció Sisí. Paulina advirtió enseguida la resolución del muchacho; le gustó su impulsiva manera de mirarla, su belleza, la forma en que abrió los ojos, atónito, al descubrirla. Sisí pensó: «¡Dios mío, qué mujer!. —Se dijo Cecilio Rubes—: El fuego y la paja». Pensó Paulina: «Podría ser mi hijo. Hijo mío, de verdad». Le agradó la cálida vehemencia con que Sisí oprimió su mano. Dijo Sisí:

—¡Vaya, papá!

Dijo Rubes:

—Una antigua amiga.

Dijo Paulina:

—¡Vaya, Sisí, qué grande te has hecho! ¡Dios mío, eras una cosita insignificante cuando te conocí!

Sisí expresó un cómico estupor:

—A algunas mujeres les gusta presumir de viejas. No es lo corriente, pero es así. ¿No es cierto, papá? —dijo.

Devoraba con los ojos a Paulina. Paulina pensó: «¿Qué tendré yo para atraer así a los chiquillos? Podría ser mi hijo; mi hijo. —Cecilio Rubes pensaba—: No debe mirarla así. Es como si deseara a su madre». Sisí se decía: «¿De dónde ha surgido esta maravillosa aparición?».

Paulina dijo con remota intención:

—Vaya, querido. Podría ser tu madre, aunque no te lo parezca. ¿No es cierto, Cecilio?

Se le conmovió un poco la voz y se revolvió en la silla como una mujer tímida cuando le suenan las tripas. Estaba vagamente emocionada. Dijo Sisí:

—¡Caramba!

Paulina se incorporó súbitamente. Cecilio pensó: «Es como si no hubiese pasado el tiempo. Ella y yo. El gramófono. "Con una falda de percal planchá". El río abajo y el sol en la ventana. —Miró a Sisí y se dijo—: Sin embargo, ése es mi hijo y le gusta Paulina». Se interpuso:

—Bien —dijo—. Iré a verte, Paulina. Bueno. Hemos de charlar aún de muchas cosas…

Por primera vez miró a su hijo con un sentimiento de desconsuelo. Los diecisiete años separados de Paulina eran este cuerpo grande y atractivo. Él mismo, Sisí, era su separación y, ahora, su vejez. Pensó: «Reanudaremos el pasado». Los ojos de Paulina le infundían, no obstante, pocas esperanzas. De momento, nada le importaban los hombres ni el mundo. Dijo Paulina:

—Vendré por aquí, Cecilio. Nada de lo pasado cuenta ya.

Se movía con cierto imperio. Rubes constató la transformación en la insinuante parábola de sus desplazamientos y en su perfume. Sisí medía sus proporciones, la armonía excitante de sus pantorrillas, la calidad sensual de su rojo cabello desmelenado. Pensó: «¡Oh, es una real hembra! ¿Qué habrá habido entre mi padre y ella?». La vio estrechar la mano de Cecilio y cuando Paulina se la tendió a él, casi se enfadó:

—¡Yo salgo también! —dijo—. Yo voy con usted.

Sonrió Paulina. Le halagaba la fogosidad del muchacho y cuando salieron y él la tomó del brazo no hizo ademán de desasirse. Pensó: «Al fin y al cabo, como si paseara con un hijo mío». Notaba en el antebrazo la mano fuerte de Sisí y le gustaba sentirla.

Cecilio Rubes, al verlos marchar, había pensado: «Es una monstruosidad. ¿Es que Sisí sabe siquiera lo que hace? Paulina no debería permitirlo». A Sisí le excitaba la risa fresca y joven de Paulina. La muchacha no puso reparo para tomar tres copas con él y, a la cuarta, Sisí comenzó a hacerle confidencias. Le hablaba de Isabel Gutiérrez con fingida exaltación.

—Una muchacha que dice que no y yo la quiero. ¿Qué otro remedio me queda que casarme con ella?

Paulina se echó a reír. Sisí se dio cuenta entonces de que lo que ansiaba era levantar los celos en el pecho de Paulina. Se confesó violentamente: «Me gusta más que Isabel. ¡A la porra Isabel! ¡A la porra!». Dijo Paulina:

—¿Se casan aquí los chicos a los dieciocho años?

El vino y las cosas de Sisí le producían un arrebatador optimismo. Le miró de reojo y pensó: «Es extraordinariamente guapo y muy varonil. Estoy orgullosa como si fuera mi hijo. ¡Qué boba!». En el portal de la pensión tendió la mano a Sisí.

—¡Oh! —dijo el muchacho decepcionado. Le miró ella desde el borde de las pestañas:

—¿Qué? —dijo.

Dijo Sisí:

—¿Cuándo salimos a bailar juntos?

Añadió Paulina:

—No me gustaría que por mí regañaras con tu novia.

—¡Eso no! —dijo Sisí—. No importa. No me importa… No le importa eso a ella.

Empezaron a salir juntos con cierta asiduidad. Un día se cruzaron con Isabel Gutiérrez. Sisí dijo al oído de Paulina:

—Mira; ésa es.

Paulina volvió la cabeza y chocó con la mirada furiosa de la chica.

—¡Oh!, vete con ella, Sisí. Se ha enfadado.

Sisí apretó su brazo:

—Déjala que se enfade —dijo—, tú estás conmigo.

Paulina quiso insistir, pero sentía una secreta alegría constatando la predilección de Sisí. A Paulina le complacía ver enamorados de ella a los chicos jóvenes y vitales. Al bailar con Sisí y notar en la cintura su amoroso cerco, le gustaba relajarse. Sisí despertaba en ella una sensación ambigua. Se decía: «Es como mi hijo. ¡Qué feliz soy con él!». Pero, en el fondo, sabía que no era como su hijo.

A veces se confesaba que exhibiéndose al lado del muchacho le estaba perjudicando. Tomaba, entonces, débiles decisiones. «No volveremos a salir juntos», se decía. Mas, al día siguiente, olvidaba sus propósitos o determinaba aplazarlos. Le agradaba la valentía de Sisí. No la encerraba entre cuatro paredes como su padre hizo un día, sino que la exhibía orgulloso por todos los locales de distracción de la ciudad.

Algunas noches, sola en la cama, Paulina repasaba sus últimos diecisiete años y se arrepentía, en cierto modo, de su vida anterior: «Si él supiese», se decía compungida. Sus inocentes devaneos con el joven Rubes despertaban en ella cosas ya casi olvidadas. Sus pequeñas excitaciones de adolescente, sus primeras inclinaciones amorosas, antes de que Cecilio Rubes la llevara a Madrid y le pusiera un piso. Ahora, en este quiebro inesperado de su vida, Paulina desearía volver a empezar. No obstante, sabía que nunca volvería a tener trece años, ni tampoco podría borrar el pasado.

Una tarde, Sisí subió a la habitación a buscarla. Paulina le reprendió, pero, en verdad, celebraba su audacia, le agradaban los impulsos incontrolables del muchacho. Pensó: «Yo debería haber nacido veinte años más tarde». Sisí paseó la mirada por la habitación. Era un apartamento limpio, agradable y sin pretensiones: una cama baja, de tubo niquelado, un armario sólido, una cómoda, una mesa y dos sillas tapizadas de flores. La lámpara tenía unos flecos que suavizaban la luz. Paulina le sirvió una copa mientras ella se vestía tras la puerta abierta del armario. Sisí dijo:

—Llueve y está desagradable. Podríamos bailar hoy aquí.

Le temblaban levemente las manos. Oyó la voz de Paulina tras de la puerta:

—¿Estás seguro de que prefieres quedarte aquí?

Sisí dio cuerda al gramófono y puso un disco. Le atraía esta intimidad. Presentía que Paulina no era como Isabel Gutiérrez. ¿Por qué se enfadaba Isabel Gutiérrez con él? Sonrió al recordarla, la tarde anterior, golpeándole fieramente el pecho con sus puñitos cerrados. Él dijo: «Entre tú y yo no existe complicación. Tú lo has preferido así. ¿No es eso?. —Isabel pensó—: ¿Por qué he sido tan ridículamente comedida?». Insistió Sisí: «No me puedes exigir nada. No soy responsable de nada. —Ella seguía golpeándole el pecho e insultándole. Dijo Sisí—: Está bien, ¿has terminado?». Ella bajó la cabeza. Le invadía una demoledora sensación de fracaso. Comprendía que había desaprovechado los triunfos que tuvo en la mano. Añadió Sisí: «Entonces, adiós». Dio media vuelta y la dejó sola en su pequeño y angosto portal. Ella le llamó, volvió a llamarle más fuerte en un último intento, pero Sisí dobló la esquina sin volver siquiera la cabeza.

Paulina estaba ya a su lado y Sisí la tomó por la cintura. El suave tejido de seda dejaba llegar hasta su mano la cálida vibración del cuerpo de ella. La ciñó estrechamente. La habitación era pequeña y se movían con alguna dificultad:

—Regañé definitivamente con ella, ¿sabes? —dijo Sisí.

Y como si ello le diera algún derecho sobre Paulina la atrajo aún con mayor fuerza.

Paulina le miró a los ojos:

—¿Por qué lo has hecho? —dijo.

—Por ti —dijo Sisí.

Al concluir de bailar, se sentaron a beber unas copas. Cuando reanudaron el baile, Sisí dijo:

—¿Qué hubo entre mi padre y tú?

—Fuimos buenos amigos. Eso hubo.

Pensó Paulina: «No parecen padre e hijo. No lo parecen. —Rubes estuvo allí tres días antes. Se creía con derecho a exigirle. Dijo—: ¿No comprendes que es monstruoso? Bien, tú misma dices que es como si fueras su madre. ¿Hay algo medianamente honrado en todo esto?». Ella le dijo: «Estás celoso, Cecilio. Eso te pasa». «¿Celoso? ¿Celoso de mi hijo? ¿Es que sabes siquiera lo que dices?. —La agarró por los brazos y la zarandeó con violencia. Añadió Paulina—: ¡Suelta, me haces daño!». Entonces quiso besarla. Ella se zafó de su abrazo: «Todo acabó hace diecisiete años, Cecilio. Ahora soy libre. —Él había llevado un gran ramo de flores y lo lanzó al suelo y lo pisoteó. Ella sonreía—. Bueno, ¿no es ridículo esto?», dijo. «¡Todo es una monstruosa inmoralidad!, —voceó Cecilio. Ella dijo suavemente—: ¿Desde cuándo

sientes escrúpulos morales, cariño?». Cecilio cedió. Le suplicó de nuevo y dijo «que era ella la mujer de su vida». Se puso de rodillas en ademán implorante. Paulina se reía. La fortalecía un sórdido sentimiento de revancha. «Tú me suplicaste que me fuera, Cecilio. Yo me fui. Todo acabó entonces. —Cecilio se levantó, intentó de nuevo abrazarla y ella se resistió—. Bien, si es así vete y no vuelvas más», dijo Paulina, abriéndole la puerta.

Ahora notaba una extraña excitación bailando a solas con Sisí. Le acariciaba voluptuosamente el rubio cogote. Constataba en su pareja la fuerza de la juventud. Sisí era como un fuego, como un mundo de energías reprimidas. Sin embargo, aquel muchacho removía en ella un algo maternal. Se alegraba de poder despertar en él un fervor y un anhelo porque estaba dispuesta a aplacarlo tan pronto él se lo pidiese. Creía haber obrado bien apartándole de Isabel. Un muchacho como Sisí no debía casarse a los dieciocho años con la hija de un cerrajero. Ella sabría consolarlo hasta que encontrase la mujer que le conviniera. Sentía un próximo orgullo de Sisí, como de cosa propia. Dijo:

—Me alegra que hayas regañado con ella. ¡Vaya! No te convenía.

Constató, como fuego, el cerco de él:

—Tú eres la que me conviene, ¿no lo comprendes?

Su aliento le quemaba la punta de la nariz. Dijo Paulina:

—¡Vaya!, es una tontería. Yo puedo ser tu…

La besó con tan extremosa voracidad que Paulina se asustó.

Fue un beso largo y denso, mientras el gramófono cantaba ritmos inútiles.

Cuando volvió a la realidad, Paulina se dio cuenta de que la aguja rayaba fuera de la impresión. Sisí estaba a su lado, sobre la cama, y una mano lacia, que al parecer era la suya, le acariciaba mecánicamente sus alborotados cabellos rubios.

III

El periódico del día 7 de octubre de 1936 decía: «Comunicado oficial: Ha transcurrido la jornada de hoy con gran actividad en el frente aragonés, en Asturias y en los dos sectores del frente de la VII División. En todos ellos ha cooperado muy eficazmente nuestra aviación, en íntimo enlace con las fuerzas de tierra, logrando importantes éxitos. La situación se sostiene y mejora en cada jornada. En la zona de la retaguardia de este ejército, sin novedad». «Ha sido hallada la magnífica custodia de la catedral de Toledo y, aunque está en pedazos, podrá ser reconstruida».

Decía también el periódico del 7 de octubre de 1936: «El Día sin Postre: Ayer se reunió en la alcaldía con el alcalde accidental la junta organizadora del "Día sin Postre" para cambiar impresiones sobre la organización de la recaudación. —Y, debajo—: ¿Se entablará un combate naval en aguas de Casablanca?». «El barco pirata *Galerna* fue apresado cuando se dirigía de Bayona a Bilbao y conducido a Pasajes. Intentó huir forzando la máquina, pero los cañonazos de nuestros barcos le obligaron a entregarse». Acompañaba a esta información naval una fotografía del submarino B-6, después de ser atacado por el destroyer *Velasco* y unos pesqueros.

En segunda plana decía el periódico del 7 de octubre de 1936: «Procesión de Rogativas: Continúan las parroquias de la capital realizando rogativas matutinas para implorar nuestro triunfo y la paz de España». «*Natalicio*. Con toda felicidad dio ayer a luz un hermoso niño la esposa del sargento de Infantería don Claudio Salgado —nacida Felicidad Alonso—, que se encuentra cumpliendo sus deberes militares en el campo de batalla. —Varios titulares de la tercera plana del periódico del día 7 de octubre de 1936 decían —: Suscripción pro avión para la defensa». «¡A los toros, a los toros! El gran festival patriótico de mañana». «Donativos recibidos para la Biblioteca de Heridos y Soldados». «Junta del Tesoro de Guerra. Vigésimo tercera relación de alhajas recibidas en esta ciudad a disposición de dicha Junta».

En tercera página decía el periódico del 7 de octubre de 1936: «Cinema Montoya: Hoy se proyecta la extraordinaria producción Fox, hablada en español, titulada *El carnet amarillo*, por Elisa Landi y Lionel Barrymore». «Ideal Cinema: Hoy, la graciosísima película *Limpia, fija y da esplendor*, por la monísima artista Anny Ondra».

Adela se cepilló el pelo ante el espejo del tocador, se quitó la bata y se metió en la cama. Miró a Cecilio de reojo y pensó: «Los hombres en calzoncillos están grotescos». Se encontraba cansada y estiró las piernas. Llevaba cuatro

meses acostándose rendida. En realidad, el hospital no daba reposo. Cada día llegaban nuevos heridos y suponía un quehacer exagerado atenderlos debidamente a todos. Eran muchachos jóvenes, casi unos niños, y a Adela le maravillaba el orgullo con que mostraban sus miembros destrozados y el sombrío estoicismo con que soportaban las curas. Aquella misma mañana sacaron un ojo a un chiquillo de dieciocho años y él había dicho con heroica displicencia: «Mejor; así no tendré que guiñarlo para cazar codornices. —Le preguntó Adela—: ¿Es que hay codornices en tu pueblo?». A Adela no le interesaban las codornices. Dijo el muchacho: «Años que sí y años que no. Depende». Ella procuraba ocultarle el instrumental. Al principio, Adela no podía ver un rasguño sin marearse. La necesidad la obligó. Se improvisaban hospitales por todas partes y ella se puso al frente de uno. Todos debían cooperar a la causa. Aquélla era una guerra total. Nadie podía regatear su aportación y su sacrificio. Adela se transformó en «doña Adela» y sus vestidos de última moda en una simple bata blanca. Tenía que tomar decisiones, organizar, saber mandar y saber obedecer. Era la guerra. Todos debían intervenir en la guerra y, de hecho, todos intervenían. Todos intervenían menos Sisí. Estaba cansada. «Pobre muchacho. Tuerto, —pensó. De nuevo observó de reojo a su marido y se dijo—: ¡Qué piernas tan blancas tiene!».

Dijo:

—Sisí tendrá que alistarse, Cecil.

—Sí, tendrá que alistarse —dijo Cecilio sombríamente.

A Cecilio Rubes se le agarrotaba la garganta. «Tendrá que alistarse. No queda otro remedio», pensó. La guerra había llegado sin que él se diera bien cuenta. Él nunca se imaginó que las guerras y los terremotos pudieran acontecer un día en su ciudad. Él siempre creyó que las guerras y los terremotos eran catástrofes exclusivas de otros países. El Japón, por ejemplo. Después de todo fueron cuatro tiros y, de repente, se hablaba del frente norte y el frente sur, de ciudades abiertas, de posiciones y de trincheras. Era, pues, la guerra. Y Sisí tendría que ir a la guerra. Era inconcebible que un muchacho como Sisí, tan hermoso y pusilánime, tuviese que ir a la guerra. Cecilio le había visto retorcerse de terror cuando algún avión adversario arrojaba cuatro bombas sobre la ciudad. Pero el miedo no era un motivo de inutilidad. Como quien no quiere la cosa, Ramón Prado le decía repetidamente en el Real Club: «El valor no consiste en no tener miedo sino en comérselo». Y Cecilio Rubes pensaba que aquello no era la guerra, sino un deportivo movimiento de protesta. Él se sumó a esa protesta. Estaba harto de inquietudes, de petardos y

de pensar marcharse a Portugal. Aquello era una ventana abierta a la tranquilidad y él se asomó, sin vacilar, a esa ventana. Respiró profundamente. Se alistó en «segunda línea» e hizo guardias con un fusil al hombro en los hospitales y en la Capitanía. En las vitrinas de su Establecimiento exhibió durante un mes la hélice de un avión enemigo derribado y un negro pedazo de pan del que comían los sitiados en el Alcázar. También entregaba cien pesetas por cada «Día sin Postre» y doscientas por los de «Plato Único». Donó a la junta del Tesoro una medallita de bautismo y su alianza —con este gesto se sintió un tanto liberado— y no entregó sus dos relojes de oro, las alhajas de su madre, las bandejas y los juegos de café de plata, porque eran recuerdos de familia. Invitó a su casa a tomar café a dos legionarios rasos y tuvo alojado por una semana a un capitán de Regulares. Ante la bandera, se descubría y saludaba. A los acordes de un himno militar se ponía firme y saludaba también. Entregó quinientas pesetas para la suscripción «Pro avión para la defensa». Envió diez volúmenes en piel para la Biblioteca de Heridos y Soldados. No protestó cuando su Lincoln fue requisado para necesidades militares. Cumplía como ciudadano disciplinado las órdenes de acogerse en los «refugios» si sonaban las sirenas anunciando la proximidad de aviones enemigos. En las primeras semanas, incluso, disparó contra ellos desde el mirador con la escopeta de caza que conservaba de su padre. Después del primer bombardeo, formó parte de la manifestación que desfiló ante el Gobierno Civil y la Capitanía execrando «la vandálica provocación de un adversario desesperado y sin escrúpulos». Cecilio Rubes, en fin, cumplió con un alto espíritu y se sumó como embriagado a la colectiva euforia. Ahora, de repente, se daba cuenta de que aquello no era cuestión de días sino que era la guerra y que Sisí tendría que ir a la guerra y que su reemplazo estaba ya en puertas y pensó, irritado: «¡Qué ganas de enredar las cosas!». Se puso el pantalón del pijama y apagó la luz. Su voz retumbó en la opaca oscuridad:

—Mañana veré al general López —dijo.

—¿Qué quieres del general López? —dijo Adela.

—Bien. Lo de Sisí.

—¿Qué?

—Si puede hacer la guerra cómodamente será mejor.

—El Ejército le vendrá bien.

—Allá pueden matarlo.

—Lo meterán en cintura.

—Bien. Hablaré con el general López.

—Hoy sacaron un ojo a un muchacho más joven que Sisí.

—¿Ves?

—No se quejó. Sólo dijo: «Así no tendré que guiñarlo para cazar codornices».

—¿Ves?

—Alguien tiene que luchar, Cecilio. Todos hacemos lo que podemos. Luisito está en la Legión.

—Bien. Es un loco. Todos los Sendín son unos locos.

—Los locos que tú dices nos sacarán las castañas del fuego, Cecil.

Rubes se soliviantó:

—¿Es que también tú vas a caer en la tontería de decir que tu hijo es un emboscado?

—Es fuerte y saludable, Cecil. Yo tampoco quiero que maten a Sisí, compréndelo. Yo no quiero que Sisí se aliste en la Legión. Pero debe hacer algo.

—Le asustan las bombas.

—¡Oh, Cecil! —sollozó Adela—. ¿Por qué le hemos educado así?

—El miedo es el miedo. Se nace con él o sin él. Bien, la educación nada tiene que ver con las bombas, me parece a mí —dijo Rubes.

Hubo un silencio. Adela dio una vuelta en la cama. Rubes pensó: «Veré a López mañana. Él me dará una solución. —No tenía sueño. De siempre durmió de un tirón, mas ahora no sentía sueño. Era raro—. ¿Cuándo se decidirá esta mujer a poner dos camas aquí?», se dijo, malhumorado. Oyó dar la una en el reloj de pie del salón. «Bien —pensó—. No creo que López con la muerte de su chico haya cambiado. Al fin y al cabo era militar. Y si los militares cobran dinero durante toda su vida es para que den la cara en ocasiones como ésta; es su obligación. Pero ¿qué le va ni qué le viene a Sisí en esta guerra?. —Más tarde pensó en los tiempos calamitosos que corrían—. ¡Ah, qué tranquilidad la de 1918! Entonces se podía vivir y prosperar. El teatro, la berlina, el ama Jacoba. Sisí era un cachorrito que llamaba la atención. ¿Por qué se empeñó Paulina en conocerle? Entonces se podían acariciar; era una mujer y un niño. Bien, el cadete aquel y el viejo de la silla la deseaban. Ahora es otra cosa… Adela pensó que Paulina era una prostituta. Lo de Paulina con Sisí es un… ¿Un…? Sí, un…». Cecilio daba vueltas desazonado. Las sábanas de hilo se le hacían demasiado ásperas y las almohadas de miraguano demasiado duras. No encontraba postura. Dio otra vuelta. Luego, otra. Se incorporó y mulló un poco la almohada superior. Volvió a tumbarse. Tenía calor. Estuvo pensando un rato en lo que le diría al general López. «No, así no, —se dijo. Se colocó boca arriba—. Habré de

tener tacto —pensó—. López es algo especial. Además le han matado un chico. Bien, él no ha podido olvidar que hace años me brindó el homenaje». Las tinieblas le daban calor y le producían una rara sensación de asfixia. Se puso del lado derecho. Después, del izquierdo. En el reloj de pie dieron las tres. Rubes volvió a acostarse del lado derecho, bostezó dos veces y notó el reguero fresco de una lágrima surcando su mejilla. Volvió a bostezar. Pensó, entre nieblas: «¿Cuándo se decidirá Adela a poner dos camas aquí?». Se le iban esfumando paulatinamente las ideas de la cabeza y, finalmente, se quedó dormido.

Sisí Rubes no creía que lo suyo con Paulina fuese un… Si es caso, si pensaba en lo de su padre con Paulina, cuando la chica contaba diecisiete años, le parecía un infanticidio. Paulina le gustaba. Hacía tiempo que Sisí no necesitaba de otras mujeres. Hasta el palmito de Isabel Gutiérrez, en otro tiempo tan deseado, era ya historia. No lo recordaba o, de recordarlo, lo hacía con absoluta frialdad, como algo de lo que podía buenamente prescindir. Sin embargo, hacía dos meses que Sisí constataba en su alma un vacío; Sisí se sentía fogueado y ardiente a rachas, mas, inmediatamente, caía en un estado de laxa postración. No era la guerra. Él sabía que no era la guerra, porque meses antes de la guerra ya advirtió en su sangre este decaimiento y este desánimo. Era algo como un sentimiento brutal y vívido de incapacidad. Frecuentemente, Sisí Rubes pensaba que en la vida gozó de todo, conoció de todo, y que, por lo tanto, la vida, en el futuro, carecía para él de objetivo.

Cuando le habló a Paulina de su decepción, ella se atribuló y le atusó la cabeza. Paulina no era como su padre o como su madre: ella creía en su problema moral y se esforzaba en hallarle una solución. Le aconsejó que leyera. En otra ocasión le dijo: «¿No sientes alguna inquietud especial, Sisí? ¿No te gustaría la mecánica, o las leyes, o estudiar el curso de las estrellas?». Sisí se miraba, abrumado, sus manos grandes vacías. Experimentaba la sensación de ser un algo frustrado e incompleto. «Quizá —le dijo a Paulina una noche cálida, en el campo, con el cielo arriba— sea que yo no he empezado la vida por el principio, como debe ser. Dime, Paulina, ¿qué hay más allá de los veinte años?. —Paulina le acariciaba la cabeza—: Cariño, no te atormentes. Encontrarás, tal vez, la mujer de tu vida». «¿Y más allá de las estrellas?, —indagaba Sisí—. Está Dios», decía Paulina, levemente sobrecogida. «Dios, Dios, ¿crees tú que Dios me odiará?». Paulina rompió a llorar. Aún era mayo. Emitía unos sollozos crispados. También a ella le atormentaba la idea de Dios. A Sisí le atraía, en cambio, una difusa noción de

la nada. Le apetecía, más que otra cosa, descansar mucho, sin limitaciones. Preguntó:

—¿Crees tú que los que no han nacido es como si hubieran muerto?

Paulina hizo un esfuerzo y se secó las lágrimas:

—No te entiendo, Sisí —dijo.

—Bueno —dijo Sisí—. Si un hombre se casa con una mujer tiene hijos distintos que si se casase con otra, ¿no es así? ¿Puedes decirme, Paulina, cuántos seres quedaron sin nacer desde que la Tierra existe?

—No pienses esas cosas —dijo Paulina.

Se le torció la boca a Sisí en una mueca de precoz amargura:

—¿Temes que me vuelva loco? ¿No es eso?

Paulina le estrechó tiernamente contra sí. Le dolía el desvalimiento y la soledad de Sisí. Pensó: «Cecilio es un egoísta. Siempre fue un egoísta, Cecilio».

Con cierta frecuencia, Sisí la deseaba y ella se entregaba con un violento deseo de hacerle dichoso. Pero el ardimiento de Sisí era puramente transitorio. La depresión volvía más acentuada tras el momentáneo goce. Pensaba Sisí: «¿Es hartura o es limitación?. —Su padre le había dicho un día—: Lo tuyo y lo de Paulina es… es… bien, es algo así como si sedujeras a tu madre». Por fuera se echó a reír Sisí, pero por dentro le sobrecogió una especie de viscosa repugnancia. Se lo contó a Paulina. Ella dijo: «Tu padre está celoso». «¡Oh!, ¿celoso de mí? —protestó Sisí—. Eso es mezquino».

Bebía mucho para olvidar su vida en el tope, su hartura o su limitación; para olvidarse de todas las cosas. Se encontraba mejor inconsciente, transportado a un mundo maravilloso al margen de toda atadura. Hubiera deseado estar siempre borracho o, al menos, bajo la sensación placenteramente difusa del borracho. Entonces nada le importaba. Una noche, Gloria y Luis Sendín le recogieron inconsciente en un banco del parque. Su madre se lo contó abochornada, al día siguiente. Sisí dijo: «¿Qué quieres?. —Adela lloraba sobre su pecho. A él le mortificaba ser causa y ocasión de lágrimas y pesares—. No puedo hacer otra cosa. Es algo más fuerte que yo». Su madre le abrazaba convulsivamente. Sólo decía: «Hijo… hijo… hijo». A Sisí le dolía el esfuerzo de todos por alterar su signo; las lágrimas de su madre, la tesonera actitud de Luisito Sendín, los leves reproches de colegiala de Elisita Sendín. Sólo Cecilio Rubes, su padre, decía: «Bien, ¿qué os choca? ¿Es que la juventud ha sido alguna vez de otra manera?».

Un día caluroso de junio, camino de su casa, Sisí Rubes tropezó con una Elisa Sendín desconocida. Se había cortado las coletas y había jubilado su

uniforme de colegiala.

—¡Oh! —dijo Sisí—. ¿Puedes decirme qué ha pasado? ¿Qué cambio es éste?

Ella se sofocó. Tenía los ojos pequeños y rasgados, muy brillantes, como su madre. El pelo corto alargaba su garganta y le daba un aire de graciosa fragilidad. Su cuerpo conservaba aún la vaga imprecisión de la adolescencia. Dijo:

—Hola, Sisí. No volveré al colegio. Tengo dieciséis años.

A Elisa la azoraba Sisí. Estaba acostumbrada a oír hablar de él a sus padres en cuchicheos e interrumpirse cuando ella se acercaba. Solía verle con mujeres raras y, últimamente, con una pelirroja que debía de llevarle muchos años. Ante Sisí se sentía pequeña, ridícula y un poco ñoña. Lo consideraba un chico mayor y recelaba que se riese de ella. Algunas veces se atrevió, sin embargo, a decirle que no bebiera vino. Sisí, en cambio, la trató siempre con un asomo de cariñosa condescendencia:

—Estás muy guapa —dijo—. ¿En qué piensan los chicos de aquí que te dejan volver solita a casa?

—¡Ah! —dijo ella—. ¡Qué tonto eres!

Llevaba los brazos desnudos y eran como dos ramas delgadas y vitales. En otro tiempo, Sisí la tomaba del brazo y bromeaba con ella. Quince días antes la hubiese tirado de las coletas. Hoy, todo era distinto. En primer lugar, Elisa Sendín ya no tenía coletas, y, en segundo, algo emanaba de ella que le frenaba. Dijo él:

—Te vi de lejos y pensé: «Aquella chica es nueva en la ciudad; no hay chicas tan guapas que yo desconozca».

Dijo ella:

—¿Tan rara me hacía el uniforme?

En el fondo, estaba halagada, aunque sospechaba que Sisí estuviese bromeando. Ella sabía que a Sisí le gustaban las chicas más atractivas. Tenía Elisa Sendín un pobre concepto de sí misma. Era alta, pero se consideraba torpe y desgalichada. Dijo Sisí:

—Bien. Una nueva mujer se asoma al mundo. ¡Oh, vaya, ten cuidado! Hay quien piensa que el mundo se come a las niñas crudas.

Elisa Sendín apretó el paso. Apenas sabía sostener una conversación a solas con un chico. Intuía que ahora sería torpe abordar los mismos temas que cuando era una atolondrada colegiala. Todo era distinto, pero, a pesar de ello, ella seguía aún sin saber dónde colocar las manos. Echaba de menos los libros, los lapiceros y la cartera de estudiante. Su madre le decía, a veces:

«Hija, tienes que corregirte; andas lo mismo que un soldado. —Ella decía—: Pero mamá…». Mas no se atrevía a preguntarle si eran los brazos o las piernas o ambas cosas lo que movía como un soldado. Se sentía tonta, grotesca y humillada. Experimentó cierto alivio al llegar a casa. Sisí vigilaba de cerca el azoramiento de Elisa. Acababa de descubrir en ella una desconfianza en sí misma que le conmovía. Ella dijo:

—¡Hasta luego, Sisí!

Sisí pensó: «Estaba deseando escaparse. —Mientras comía, Sisí pensó—: ¡Oh!, a lo mejor la hice llorar». Notaba que la sensación de la muchacha no había huido completamente de él; quedaba agarrada a sus poros y a su esencia. Se tumbó después de comer y se dijo: «Es una ingenua». Tenía las manos debajo de la nuca y la mirada fija en el techo. Hacía calor. Oyó una música amortiguada tras el tabique y pensó: «Elisa da su lección de piano. —Al cabo de media hora, la música cesó; pensó Sisí—: Ya ha terminado». Luego se dijo: «¿Qué me importa a mí lo que haga la pavisosa de Elisa Sendín? Parece como si la estuviera acechando». Inmediatamente reconoció que su conversación con la muchacha había venido a descubrir, en la tenebrosa sima en que últimamente se movía, una rendijita de luz. «Vaya —se dijo—. ¡Es curioso!». De su vida de relación con Elisa Sendín no recordaba más que los coscorrones normales de la primera infancia y las irrupciones inoportunas de la niña cuando él hablaba de cosas fundamentales con Luisito Sendín. Él decía: «Hola, Elisita. —Ella decía—: Bueno, me tengo que marchar, ¿no es eso?». Decía Luisito Sendín: «Exactamente, querida. Lo has adivinado. —Después, alguna vez, Elisa le decía—: ¿Por qué bebes vino si dicen que es un veneno?». Él decía: «Es rico». Ahora, Sisí pensaba en todas estas cosas y las rumiaba. A las seis se incorporó y pasó a casa de los Sendín. Preguntó por Luis. Vio a Elisa cruzar el pasillo y dijo:

—Hola, Elisita.

—Hola, Sisí —dijo ella.

Él añadió:

—¿Qué vas a hacer esta tarde?

Sisí temía la aparición de Gloria. Sabía que el matrimonio Sendín estaba en guardia ante él. En cierto modo lo consideraban un apestado. Elisa dijo:

—Estoy yo sola con los niños. Pasa.

Dijo Sisí:

—¿Por qué no tocas un rato el piano para mí?

Se sentó en un sillón mientras Elisa tocaba. El salón estaba en penumbra y Sisí advertía a través de la música una misteriosa y confidencial

comunicación. Por lo general, la música le inspiraba un reblandecimiento melancólico. Hoy, este reblandecimiento estaba impregnado de un algo vivificante y placentero. Mantenía los ojos cerrados y ahora no notaba el calor. Descansaba totalmente así, como en un sueño profundo. Elisa no hablaba. Tocaba de oído y antes de que sus dedos oprimieran las teclas dibujaba la armonía en su cerebro. Esto suponía para ella una agradable concentración. Le complacía esta tarde tocar sólo para Sisí. Anteriormente estuvo tumbada en la cama, llorando. «Soy una estúpida —se dijo—. Sisí me habla como a una criatura estúpida». Y, quizá por primera vez en la vida, ambicionó ser exageradamente bonita. De pronto, ante el piano, con Sisí escuchando, se encontraba más sosegada. Estuvo así casi una hora y, al concluir, se levantó. Vio a Sisí aplaudir, y de nuevo le subió de la garganta un imperioso deseo de llorar.

Chilló Sisí:

—¡Bravo, Elisa! Eres una gran pianista, ¿sabes?

Ella se recostó en el brazo del sillón:

—Sisí… —dijo.

—¿Qué?

—Te voy a pedir un favor.

—¿Un favor? Dime.

—No me hables siempre como si yo fuera una chica tonta —dijo Elisa.

—¡Oh, no! —dijo él—. ¿De veras crees que yo pienso eso de ti?

Le gustaba ver las manos de ella, delgadas, inquietas e imprecisas; unas manos que ahora se le antojaban recorridas de una nerviosa vibración.

—Me dices las mismas cosas que cuando yo era pequeña. ¿Por qué hablas siempre conmigo en tono de broma?

Sisí tuvo un impulso de cogerle una mano, pero el pelo corto de Elisa le dominaba. Dijo:

—De veras pienso que tocas muy bien el piano. No es una broma eso.

—Bueno —siguió ella—. Me refiero a todo lo demás.

Se alzó un silencio tenso. Sólo se oía un reloj y el lejano rumor de los niños. Sisí pensaba: «¿Qué puedo decir yo ahora?». Dijo Sisí, al fin:

—Bueno. ¿Puedo salir contigo esta tarde?

Ella denegó con la cabeza.

—¿Cuándo podemos salir juntos, entonces?

—Mañana —dijo Elisa.

A Sisí empezó a serle agradable la compañía de Elisa Sendín.

Salían juntos a menudo y regañaban por naderías. A Sisí Rubes le divertía que Elisa se enfureciese si él decía que Shirley Temple era una niña retaco y empalagosa. Notaba una ardiente oleada de ira si veía a Elisa Sendín paseando con algún muchacho. Un día le dijo: «Las chicas, en cuanto os dicen que sois guapas, os volvéis insoportables». Ella se enfadó. Al día siguiente no salieron. Al otro, Sisí pasó a preguntar por Luis Sendín. Elisa, como quien no quiere la cosa, entró en la habitación. «¡Hola!, —dijo Sisí—. ¡Hola!», dijo Elisa. Dijo Sisí: «No estarás enfadada, ¿verdad?. —Dijo Elisa Sendín—: ¿Por qué voy a estar enfadada?». Así hicieron las paces. Sisí pensaba: «¿Qué me sucede?». Advertía, o mejor intuía, algo parecido a un cambio. En ocasiones pensaba que él, en la vida, fue siempre derecho hasta el fin sin reparar en muchas cosas bellas del trayecto. Ahora había hecho marcha atrás y repetía el recorrido por sus pasos naturales. Eso era todo. Podía ser lo suyo un despertar u otro nuevo, pasajero y frustrado intento. Era un fenómeno extraño el que Elisa provocaba en él. No levantaba su apetito y, por tanto, en su opinión, aquello no era amor. Por primera vez en la vida, Sisí Rubes sentía un placer pleno, sin más que estar sentado al lado de una muchacha más bien delgada. No experimentaba deseos de entablar contactos más o menos furtivos. Ni deseos de abrazarla. Él creía que, de intentarlo, la estropearía y la mancharía; destruiría, de fijo, aquello tan hermoso, y tan extraño, y tan frágil, que de un tiempo a esta parte se ensanchaba dentro de él.

Un día, Elisa le hizo esconderse para que no les viera su padre.

Dijo Sisí:

—¿Es que no quieres que te vean conmigo?

Fruncía el ceño y su expresión se endureció al ver azorarse a la muchacha. Insistió:

—Es eso, ¿verdad?

Elisa Sendín vaciló. Dijo:

—Mamá dice… mamá dice que tú eres de otra manera. Bueno… que te diviertes de otra manera… Yo le dije: «Sisí ya no bebe vino. —Ella dijo—: De todos modos, hija…». Yo… yo…

Se ofuscó. Era como un vehículo que empieza a vacilar en un camino arenoso y termina por detenerse. Se esforzó Elisa en decir algo, en vano. Añadió él:

—¿Tú qué piensas de mí?

—¡Ah, Sisí! Tú antes ibas con chicas raras… Ibas con una chica pelirroja… Bueno, no sé. Ahora vienes conmigo. Yo no pienso más cosas de ti, te lo aseguro.

Aquello dejó una huella en el alma de Sisí. A solas, se decía: «Soy como un hombre con las manos sucias». A menudo se desesperaba y se golpeaba a sí mismo con los puños crispados. Había comprado unas píldoras para aborrecer el vino, pero, aunque bebía menos, seguía haciéndolo, por más que ahora se ocultase. También continuaba visitando a Paulina, a quien daba cuenta de su proceso. Paulina le animaba y le decía: «Ésa es la chica con quien has de casarte. —Decía Sisí—: No me gusta para eso». Paulina volvió a sentirse encerrada entre cuatro paredes. «Es mi sino», pensaba. Claro que ahora poseía la libertad de moverse sola a su capricho. Pero Sisí ya no la llevaba a bailar, ni hacía ostentación de ella. Paulina decía dolorida: «Amor es lo que sientes por ella; no lo que sientes por mí. —Él se enardecía entonces y la quería—. Ella no me atrae así; de ninguna manera», decía Sisí apasionadamente. Pero, después, le quedaba un regusto seco y áspero, como una desolación. Y tenía conciencia entonces de lo que pueden ser dos mundos diametralmente contrapuestos.

Una vez, Luisito Sendín se encerró gravemente con él, en el despacho de su padre. «Me va a pedir cuentas», pensó Sisí. Le encendió una reacción intemperante de lobo acorralado:

—¡No me irás a prohibir andar con tu hermana! —chilló—. Yo sé mandar en mí y ella sabe mandar en ella. ¿Por qué diablos todo el mundo se mete en nuestras vidas?

La familia Sendín tenía un concepto calderoniano del honor. Sisí sabía que los Sendín anteponían el honor familiar a toda otra posible virtud. No ignoraba Sisí que los Sendín matarían por defender el honor. Dijo Luis con fría calma:

—¡En modo alguno!, yo no prohíbo nada a nadie. Yo te quiero como a un amigo, Sisí. Bueno, eso ya lo sabes. No me meto en vuestras vidas. Pero te conozco a ti y ella es mi hermana y… sólo quiero decirte… quiero decirte que si algo le pasara a Elisa yo te mataría. Créeme que no vacilaría en matarte en ese caso.

Le había mirado con unos ojos lejanos, desconocidos. Sisí pensó: «¡Oh, qué ridiculín está Luis diciendo estas majaderías!». Después, Luisito Sendín le hizo sentarse, como si no ocurriera nada, y le dijo:

—Sisí, quiero anticiparte que es cuestión de días el que se arme un fregado aquí. Vamos a jugarnos todo a una carta. Eso es. Desearía saber si tú… en fin, si tú… si tú… si podemos contar contigo para la causa que defendemos. Es la ocasión y…

—Habla más claro —dijo Sisí.

Luis frunció el ceño y apretó las mandíbulas. Dijo:

—Más claro: ¿estarás o no a nuestro lado para pegar tiros cuando sea necesario?

Le sorprendió la rápida negativa de Sisí.

—No —respondió—. De ninguna manera. Todo eso es cuenta vuestra. Yo no entiendo ni lo que vosotros queréis ni lo que quieren los otros. Hay algo turbio en todo eso aunque tú no lo creas.

Salía con Elisa todas las mañanas a sentarse en la penumbra del parque. Sisí constataba la resurrección de la primavera en torno. Por primera vez advertía, en algo más que las alteraciones de temperatura, la sucesión de las estaciones. Sisí no sabía que su existencia precoz le privó de estos goces. En ocasiones pensaba en Ven y en la Nati, en sus lejanas aventuras en estos mismos bancos del parque. Se decía: «Es curioso. Me parece como que soy más joven ahora y, sin embargo, han pasado muchos años. —Elisa decía—: ¿No es Elisa Landi la mejor artista de cine? Di». Respondía Sisí: «¿Lo dices, acaso, porque se llama como tú?». Una mañana, Sisí Rubes le confesó:

—¿Sabes qué pensaba yo de ti?

—¿Qué? —dijo Elisa.

—Me parecías una pavisosa. Yo decía que si no fueras hermana de Luis haríais un matrimonio perfecto.

Elisa Sendín se sofocó:

—¡Ah, Sisí!, ¿de veras no te parezco ahora una pavisosa?

Dijo Sisí:

—Hace un calor sofocante.

Añadió Elisa:

—Luis, mi hermano, es un chico muy guapo.

Después hablaron otra vez de Elisa Landi. Al despedirse Sisí advirtió en la cara de Elisa Sendín una leve alteración. Dijo Sisí:

—¿Te ocurre algo?

Respondió Elisa:

—Sisí, dame tu palabra de honor de que ahora no te parezco una pavisosa.

Unos días después estalló la guerra. La guerra alteró la vida y la tranquilidad de Sisí. Aquellas bombas que, de vez en cuando, caían sobre la ciudad abrían un estrépito como si la tierra toda se desgarrase. Eran como truenos horrísonos, que metían su estruendo a través de la carne. Luis Sendín y los muchachos como él andaban de aquí para allá con el fusil presto y las cartucheras a la cintura. Eran tan jóvenes que parecían niños jugando a la guerra. Salían de la ciudad en camiones, voceando al viento. Sisí no sabía

dónde, y muchos no volvían; quedaban tendidos sobre los surcos o sobre las crestas grises de las montañas. Había una vibración extraña poseyendo la ciudad, poseyendo la tierra, poseyéndolo todo. Sisí, en el foco de este caos, se sentía descentrado. Le sorprendió la actitud decidida de su padre, el sentido de iniciativa de su madre organizando en tres días un hospital donde antes hubiera un colegio, los arrestos de Luis Sendín, la voluntad y el entusiasmo de Elisa Sendín yendo cada tarde al polvorín para fabricar municiones. Sisí se preguntaba: «¿Cuándo acabará todo esto?». Le parecía impropio que las gentes volcasen toda su capacidad y todo su esfuerzo en una causa impersonal, en algo que no era tangible y sí muy problemático. Se le antojaba que la gente le miraba en la calle, como diciéndose: «¿A qué espera este muchacho para agarrar un fusil?».

Luego venían los aviones y, con ellos, el estruendo, y, con el estruendo, la muerte. Sisí gemía, arrinconado bajo un colchón, y se decía: «Yo no sirvo para la guerra. No podría ser útil a nadie». Temblaba. Elisa le decía con frecuencia:

—Sisí, ¿por qué no vienes al polvorín conmigo? ¿Por qué no haces alguna cosa?

Comprendía Sisí que para Elisa y para su clan, su actitud resultaba incomprensible y humillante. Solía decir:

—¡Ah!, yo no tengo nada que ver con vuestras tonterías.

Se veía con Paulina frecuentemente. Él le decía: «Yo no valgo para la guerra. Yo no veo nada útil detrás de esta guerra». En cierto modo, Sisí barruntaba que la vida y la persona no eran, en determinados momentos, lo primero. Los ojos de Elisa Sendín le permitían entrever que se cernía algo grande y elevado por encima de aquella espantosa catástrofe. Paulina le alentaba: «Tampoco valgo yo para la guerra». Mas la guerra se prolongaba —no fue cuestión de meses como Sisí previera— y la amenaza de ser llamado a filas se alzó en él. Era como el soldado que ve aproximarse un rosario de bombas y piensa: «Otras dos y la siguiente caerá sobre mí. —El alistamiento avanzaba implacable—. ¡Oh! —pensaba Sisí—, cada vez bajan más el tope y yo soy cada día mayor. No hay remedio. Tendré que ir a la guerra». Se abrazaba a Paulina crispadamente: «¡Esas bombas! ¡Esas bombas! ¿Es que no se darán cuenta de que no lo puedo resistir?».

Ante Elisa fingía serenidad. Consideraba que para ella verle temblar sería causa del mayor desencanto. Salían menos ahora porque el esfuerzo de la muchacha parecía cada vez más necesario. Un día le dijo Sisí:

—Esas manos, Elisa. ¿Qué te ha ocurrido en esas manos?

—¡Ah, no te preocupes! Se ponen amarillas de la trilita. Es como si te dieras yodo —dijo ella sonriendo.

«La trilita, la pólvora, la dinamita», pensaba Sisí. Odiaba esos vocablos. Odiaba la hélice que su padre exhibía en la vitrina principal del Establecimiento. Odiaba los himnos, la unción colectiva, el veneno bélico que endurecía los corazones. «Tal vez si la guerra hubiera llegado antes de que Elisa se cortase las coletas no me hubiese importado tanto», se decía. Un día le dieron la noticia de que Luis Sendín se alistaba en el Tercio. Sisí se sobrecogió. Cada iniciativa de Luis Sendín le humillaba más. Parecía como si quisiera echarle en cara su pasividad. Elisa decía:

—Haz algo, por Dios. ¿No comprendes que en estos momentos no es posible estar mano sobre mano?

Una tarde volvieron los aviones y la muerte sobre la ciudad. Las bombas caían lejos y su estruendo era más prolongado, pero menos intenso. Al concluir el bombardeo, Sisí salió a la calle. La gente señalaba atemorizada las densas columnas de humo izándose en el aire quieto de la tarde. Dijo una mujer: «¡Es el polvorín! ¡Han volado el polvorín!». Algo como un ramalazo le sacudió por dentro a Sisí. Echó a correr enloquecido, sin detenerse a pensar nada, y mientras corría no le importaba que los aviones volvieran, ni que el estrépito de las bombas hundiese la Tierra. Decía sólo: «¡Han matado a Elisa! ¡Han matado a Elisa!». Caía el sol de plano sobre la carretera, y él continuaba corriendo desencajado. Oía el rasguear de las chicharras sobre los chopos de las orillas y el hedor acre del asfalto reblandecido. Todo cooperaba a formar en él una confusa sensación de tragedia. Le adelantó un camión de socorro y él se agarró crispadamente a la trasera y trepó hasta él. No quería concretar su pensamiento en Elisa, porque se le formaba una bola en la garganta. Tenía que estar tranquilo para actuar con serenidad. Se aproximó a la cabina y oyó la voz de un soldado: «No ha sido en el polvorín. En el polvorín no ha pasado nada. —Sisí experimentó unos deseos locos de reírse a carcajadas. Se sentía inconteniblemente feliz—. No ha pasado nada», se repetía. Se pellizcaba para hacerse más real la realidad. Frente al polvorín se arrojó del camión en marcha y cayó dando volteretas sobre la carretera. Notó un fuerte dolor en un hombro, pero echó a correr hacia el edificio de ladrillos. Todo, allí, estaba intacto. Preguntó al centinela por Elisa y al verla ante él le empezaron a escocer los ojos como si los tuviera llenos de tierra.

Dijo Sisí:

—¡Oh, Elisa, querida! Las bombas… dijeron que habían caído aquí. Yo dije: «Han matado a Elisa», ¿sabes? He pasado un miedo atroz.

Tomó de la mano a la muchacha y ella se dejó llevar. Algo, dentro de Sisí, se conmovía al contacto de aquella mano. Caminaban lentamente por la carretera. Sisí no advertía ahora la dureza del sol, ni el acre olor del asfalto.

Se sentaron al pie de un pino y Sisí dijo:

—Tú te vendrás conmigo, ahora; no trabajarás más esta tarde.

Elisa frenó su entusiasmo. A veces, Elisa Sendín parecía mayor de lo que era por su aplomada gravedad:

—Tengo que trabajar, Sisí —dijo—. Todos deberíamos trabajar hasta más allá de nuestras fuerzas. La victoria depende de nuestras manos.

Se miraba patéticamente sus pequeñas manos amarillas de trilita. Prosiguió:

—¿Ves? Esas bombas, Sisí, no me han matado a mí, pero habrán matado a otros. Alguien estará sufriendo ahora, ¿no lo comprendes?

Sisí miraba las débiles manos de Elisa, todo su frágil cuerpo. Una rara fiebre le enardecía. Pensó: «¡Oh!, ¿qué me pasa a mí que no logro ver las cosas de esa manera?».

Cecilio Rubes se despertó temprano. Adela, empero, ya había salido para el hospital. Su primer pensamiento fue para el general López. «Bien. Allá voy», se dijo. Se bañó deprisa, se afeitó y, por primera vez en mucho tiempo, no entonó una canción mientras se rasuraba. Últimamente solía tararear himnos patrióticos. Las reuniones en casa de los Sendín, desde que la guerra estalló, giraban en torno a los himnos patrióticos. Gloria los interpretaba al piano con notable pasión. Si tocaba la marcha de *Los legionarios* o *El novio de la muerte*, le brillaban mucho los ojos y tecleaba con cierta impaciencia. Seguramente pensaba en su hijo mayor. Las reuniones no las dictaban ahora los aniversarios, los santos o los cumpleaños, sino las conquistas, los avances y las ocupaciones. Una cota, hoy, tenía un valor superior a un cumpleaños. «La guerra —pensaba Cecilio Rubes— ha trastornado muchas cosas».

La víspera habló con Sisí. Su reemplazo estaba en puertas y no se podía perder el tiempo. Por la noche, Adela le había dicho que a Sisí le vendría bien el Ejército. Él tardó mucho en dormirse. Ahora recordaba que oyó dar las tres en el reloj del salón. Con este recuerdo se creyó en la obligación de tener la cabeza pesada. «Claro —se dijo—. Apenas si he pegado el ojo. —Andaba deprisa y como abstraído. Vio cruzar un camión cargado de soldados y pensó en Sisí—. Dios mío», se dijo. Más allá, en el balcón de un edificio militar, ondeaba una bandera, y Cecilio Rubes se tocó el ala del sombrero en actitud respetuosa. Cruzó una muchacha a su lado y la midió de arriba abajo. «Espero que López no me suelte una coz. Cuando lo de su chico estaba muy entero, —

pensó. Poco más tarde, pensó—: ¿Quién iba a adivinar que esto era la guerra? Bien. Parecía una cosa de broma y como quien no quiere la cosa ya llevamos cuatro meses enredados en esto. ¿Qué vamos a adelantar? Todos arruinados, la nación arruinada, los hogares sin pan. Ése es el resultado de las guerras. Luego, la gripe, por si acaso la guerra no hubiese arrancado bastantes vidas. Y cuando pase la gripe a preparar otra guerra para que los chiquillos que nazcan entonces también tengan su parte». Cecilio Rubes ya no se acordaba de los petardos, la incertidumbre, ni de sus proyectos de marcharse a Portugal. En sus breves semanas de militante activo de la segunda línea, se sintió bélico. Ahora de súbito se sentía pacifista y odiaba la guerra porque la guerra, para él, era Sisí.

Se puso un poco nervioso esperando en la anacrónica salita de la casa del general. La amistad entre los socios del Real Club tenía características propias. Se reducía a la escueta solidaridad del centro, tal vez, a una ocasional confluencia los domingos en misa de una. Pero, por ejemplo, Cecilio Rubes no había pisado hasta hoy la casa del general López, ni el general López pisó nunca la suya.

El general López, en bata, parecía mucho más alto. Su mirada era también más dura y desafiante, desde la guerra. A Cecilio Rubes se le antojaba un hombre distinto al que él conocía y trataba en el Real Club. Dijo:

—Mi querido general.

—¿Qué hay, Rubes…?

Se sentaron uno junto a otro en el sofá isabelino. López le miraba con fijeza. Rubes vaciló.

—Bien, López —dijo—. ¿Cómo está tu esposa?

El general López clavó la mirada en la alfombra. Cualquiera pensaría que contaba los rosetones de la greca. Respondió:

—Las mujeres reciben ahora esos golpes con sorprendente serenidad. Ella se hizo a la idea desde el principio de que esta guerra habría de costarle algo importante. Cuando vine a darle la noticia lo vio antes en mis ojos. «¿Ya, Mariano?, —me dijo. Yo dije—: Ya». Ella dijo, entonces: «Alabado sea Dios. ¿Podrán traerlo?». No quiso que nadie, fuera de mí, la ayudara a amortajar al chico.

A Rubes le picaba la garganta. Carraspeó. No comprendía cómo podía hablarse con esta tranquilidad de la muerte de un hijo. Añadió el general:

—Yo creo que Dios les envía una fuerza sobrenatural. Claro que queda el consuelo de que han muerto por una gran causa.

—Ya, ya —dijo Rubes—. Los chicos. Bien, uno cría y educa a los hijos pensando en su porvenir y… y… bueno, nadie sabe nunca lo que hay detrás de la cortina. Bien, a propósito de chicos, López, yo… bueno, mi chico va a entrar ahora en edad militar. Bueno, yo he pensado en ti. Sólo tengo un chico, López, y tiene un temperamento del diablo. Bien, es como un manojo de nervios; con las explosiones se agita y se vuelve como loco… temperamentalmente, es un inútil para estas cosas. Bueno, no está acostumbrado, eso es todo. Yo comprendo bien que ésta es una guerra en la que cada cual debe aportar su esfuerzo y… y… bueno, que no es correcto que unos ganen la guerra y otros disfruten de la victoria. Bien, todo eso es lo natural y lo justo. Pero yo digo, López: un chico despierto, ¿no puede encontrar un sitio tranquilo donde rinda a la causa una utilidad superior… bien, una mayor utilidad que con un fusil en la mano?

El general no se inmutaba. Para ablandarle, Cecilio le dio una cariñosa palmada en el muslo izquierdo. Añadió amistosamente:

—Ayer pensé en ti. Recordaba cuando me ofreciste el homenaje hace un montón de años. Y… me dije: «Bueno, iré a ver a López, que me aconseje». En realidad, fue mi mujer la que me empujó a ello. Bueno, ya sabes lo que son las mujeres. Una madre con un solo hijo cree que sus sentimientos son los únicos que merecen… bueno, que merecen respeto. Tú ya me entiendes.

El silencio que siguió estuvo poblado, para Rubes, del zumbido de la ansiedad. Intuía que acababa de dar un mal paso. El rostro del general López estaba tenso y sombrío. Cuando le miró, Cecilio no pudo resistir la fuerza de sus ojos grises y bajó los suyos a la alfombra. Dijo el general López:

—Mi querido Rubes. Entiendo que tú y yo vemos estas cosas de distinta manera. Quizá sea la diversa circunstancia personal. En fin, tu hijo es fuerte y sano y yo no veo otro lugar más apropiado para él que las trincheras.

Algo cambió de sitio en el abdomen de Cecilio Rubes. Pensó: «Maldito. Está resentido». Sonrió, empero. La amabilidad del general dejaba aún una vaga esperanza. Dijo:

—Es un chico extraordinariamente nervioso, te lo aseguro.

Sonrió el general con amargura:

—¿Qué pensarás si te digo que mi hijo se asustaba de los ratones, Rubes? Eso no importa. Cuando hay que ser hombre, se es hombre. Prado dice: «El valor no consiste en no sentir miedo, sino en comérselo». Es una gran verdad. Comprenderás que mi hijo tampoco era tonto y pude buscar para él «un sitio tranquilo». No lo hice entonces por él, porque entendía que su deber era ir al frente, y no lo haré ahora por tu hijo, porque la conciencia me lo reprocharía.

Cecilio Rubes se agitó. Se pasó la mano acolchada por la frente. Pensó decir: «Tu hijo era militar y era su deber y para eso cobraba», pero se contuvo. Dijo sólo:

—Entonces, ¿no me das ninguna esperanza?

El general se levantó:

—Lo siento, Rubes, lo siento mucho, créeme. Cuenta conmigo para todo menos para eso. Otra cosa sería atropellar mis principios y los principios son algo sagrado para mí.

Le acompañó a la puerta. Rubes pensaba: «Quiere que maten a mi hijo y a todos los hijos porque él ha perdido el suyo. Bien. No me hace falta, ¡que se acueste con su egoísmo!».

Sonrió débilmente:

—General… —dijo.

—Adiós, Rubes —dijo el general—. Di a tu hijo que esta guerra es una cruzada y que todos los muchachos están orgullosos de servirla en los puestos de mayor riesgo y responsabilidad. Es una guerra…

—Adiós, López —dijo Rubes.

Pensó: «Esta guerra, esta guerra, esta guerra. ¡Me cago yo en la guerra! La guerra es desolación, hambre y ruina. ¿Es que hubo en el mundo alguna guerra provechosa?». Le dolía el pecho y notaba una rara fatiga. Tal vez fuese la ira; tal vez la humillación. En el Establecimiento no encontró la calma. Sisí le dijo:

—¿Qué hay, papá?

Dijo Rubes:

—Nada; es un buey.

A Adela le dijo por la noche:

—Hemos de hacer algo. Cualquier día se nos llevan al chico a morir por ahí. Bien: es preciso obrar con rapidez. López ha estado hecho un mentecato.

Adela estaba cansada. Todos los días estaba cansada Adela. Dijo:

—¿Por qué no hablas con Hipo, querido?

—Hipo, Hipo, ¿qué puede hacer Hipo?

—Es teniente coronel de Intendencia, Cecil.

—¿Bien?

—Es un puesto ése de cierta seguridad.

Como un rayo atravesó el cerebro de Rubes esta idea: «Siempre estará mejor el chico cebando a los que pegan tiros que pegando tiros».

—¡Ah, Adela! ¡Claro que puedo hablar con él!

—Podría hacerle su asistente, incluso.

—¡Eso no! —dijo Rubes—. ¿Mi hijo limpiando las botas a tu primo? ¡Eso nunca, querida! Antes, la Legión.

—En estos casos debemos dejar el amor propio a un lado, Cecil. Eso al menos creo yo. Siempre estará mejor limpiando las botas a su tío que a un desconocido.

Rubes se revolvía inquieto en el lecho. Hubiera deseado que fuera ya mañana para actuar. «A lo mejor están disponiendo en este momento la movilización del próximo trimestre, —pensaba. Continuaba oprimiéndole el pecho algo así como un cuerpo extraño. Pensó—: ¡Cuánto me alegro ahora de haber intimado con Hipo y con la tonta de Ester! Bueno, en la vida lo esencial es tener amigos. Siempre lo he creído así». Oyó dar las dos, las tres y las cuatro. A las ocho ya estaba en pie. Visitó a Hipólito en el cuartel:

—¡Arrea! —dijo Hipólito—. ¿Qué le trae a mi primo por aquí?

Se limpiaba el sudor de las manos en la guerrera.

—Bien —dijo Rubes sin aliento—. Sisí está en vísperas de movilización, ¿entiendes? Bueno, tú ya sabes lo que ese chico es para su madre y para mí. Mi querido Hipo, nunca te he molestado, pero ahora necesito que me eches una mano. Bien, ¿no podría presentarse Sisí antes de que lo llamaran? Estando a tus órdenes el chico… bueno, el chico se desenvolvería mejor y tú velarías por él.

Hipo sonreía:

—Yo saldré para el frente dentro de un mes, primo —dijo.

—¿El frente?

—Bueno. No a la primera línea, si es eso lo que quieres saber. La Infantería está en la Sierra. Nuestros almacenes de víveres estarán abajo.

—¿Donde no llegan los tiros?

—Nos situaremos donde no alcance la artillería. Eso es esencial.

—Bien —dijo Rubes—. Yo no pretendo que mi hijo se escurra de sus deberes militares, naturalmente. Entiendo, bueno, entiendo que vale la pena sacrificarse por esta causa. Irá al frente contigo y… y… bueno, todo lo demás.

Hipo dijo:

—Podría hacerle mi asistente. Estará mejor y más libre que en el batallón.

—¡Oh…!

Rubes, de pronto, se encontraba incómodo y humillado. Pero no quería humillar a su primo aun a costa de descargarse de su propia humillación. Vacilaba. Pensó: «Quizás en este instante estén decidiendo la movilización de Sisí». Dijo, abrazando afectuosamente a Hipo:

—Querido primo. Eso lo dejo a tu albedrío. Bueno. Tú sabrás lo que le conviene al chico. Mañana se presentará. Bien, muchas gracias por todo.

—¡Arrea! ¿Gracias? —dijo Hipo—. No querrás que me enfade, ¿verdad, Cecilio?

Por primera vez en la vida, Sisí se vio sujeto a un destino impuesto a contrapelo de su voluntad. Estaba acostumbrado a obrar sin coacciones. Se le hacía abusivo e inicuo que alguien —el Estado o quien fuese— dispusiera ahora de su persona sin contar con su asentimiento. De todos modos, si por algo se alegraba era por Elisa. Había llegado el momento de hacer algo. El día antes, Daniel Sendín, el hermano de Elisa, le avergonzó delante de todos. Le dijo: «¡Ah, si yo tuviese tus años, Sisí!». «¿Qué harías?, —dijo Sisí—. Irme al Tercio con mi hermano». Le dijo Elisa: «Vete al colegio. ¡Anda!».

Por la mañana, estando en el parque con la muchacha, un soldado borracho le había llamado emboscado. Le dijo, además, que las chicas guapas estaban reservadas para los hombres. Sisí se levantó y le golpeó. Se pelearon ferozmente. Elisa temblaba sin encontrar una solución. Era horrible verles rodar por el suelo, golpeándose, y oírles mascullar palabrotas. Al fin, Sisí lo dominó. Jadeaba y dijo:

—No te mato porque soy más hombre que tú.

—De verdad que tienes agallas —dijo el otro.

Luego, Elisa había acompañado a Sisí a la fuente y le ayudó a restañar la sangre del labio. En el pómulo tenía un cardenal. Le dijo Elisa:

—Tienes valor, Sisí; tienes mucho valor. ¿Por qué no tomas una determinación? En el frente se necesitan hombres como tú.

Sisí lo pensaba ahora, camino del cuartel. Su tío estuvo afable y le habló amistosamente y los soldados le trataron con consideración y, finalmente, le dieron un uniforme. «Tendrás que cortarte un poco el pelo, —le dijo su tío Hipo. Después le dijo—: Mientras estemos aquí podrás dormir en casa. Será poco tiempo porque saldremos al frente enseguida». Sisí se esforzó en mostrarse amable: «¿Y Hipolitín?, —dijo—. Ya sabes que lo dieron inútil». «Ya, —dijo. Prosiguió su tío—: Está en Sevilla, en servicios auxiliares». Sisí pensó en cuando Ven y él le atravesaban la carne con alfileres. «¿Y lo de cura?, —preguntó. Dijo su tío—: Seguirá cuando la guerra acabe, digo yo, si no encuentra antes una chica en forma que se lo quite de la cabeza». Sisí se rió. Consideraba que era una cosa muy importante ahora caerle en gracia a su tío.

A Elisa no le anticipó nada. Esperaba darle una sorpresa. Sin embargo, al presentarse ante ella con el uniforme de soldado, Sisí sentía cierta prevención.

Elisa gritó al verlo:

—¡Qué alegría, Sisí!

Él mantenía una rigidez un poco envarada. Al aproximarse, la muchacha distinguió las insignias de sus solapas. Sisí creyó adivinar en ella un desplome desilusionado:

—¡Ah, de Intendencia! —dijo Elisa.

Estuvieron juntos un rato y cuando, al fin, Sisí se marchó, Elisa Sendín se llevó las manos a las mejillas… Sentía un calor inusitado en ellas. Pensó en sus amigas. Se sentía ridícula al pensar en sus amigas. «Él… él… ¿qué dirán?», se dijo. Se le formaba un obstáculo arriba del pecho. Comprendió que tenía necesidad de llorar, echó a correr y se encerró en su habitación dando un portazo.

IV

Paulina, en cambio, lo recibió como a un héroe. Paulina no distinguía de Cuerpos ni de Armas. Para ella se era soldado o no se era soldado. El soldado era un hombre diferente de los demás hombres: era un ser creado para la guerra y que por el mero hecho de estar dentro de un uniforme ya quedaba sujeto a un riesgo. Sisí, por tanto, era un héroe. Le dijo Paulina:

—¿Por qué lo has hecho?

Dijo Sisí:

—No por mi voluntad. Te lo aseguro.

—Bueno, no importa —añadió la muchacha—. Casi todos los chicos jóvenes son hoy soldados.

Prosiguió Sisí:

—¿Qué, si no?

Paulina dijo:

—Quiero que brindemos por tu suerte en la guerra.

Paulina se sentía esta temporada triste e inquieta. Las visitas de Sisí la rejuvenecían. No obstante, sospechaba que un día no lejano Sisí, cansado de ella, la abandonaría a su suerte. Era su destino, inexorable. Cuando regresó a la ciudad creyó que anhelaba la soledad y el descanso. Después de conocer a Sisí, deseaba volver a ser joven, bonita y honrada. Lo quería así más por ella que por él. Estaba habituada a despertar hervores en los hombres y aplacarlos después. El día que no pudiese hacerlo se consideraría fracasada e inútil. Fuera de la técnica de la seducción y el amor, Paulina no conocía otra cosa. Podría vivir, es cierto, mas la soledad, de repente, la asustaba. Sin embargo, en su cabeza brotaban las canas y en los ángulos de sus facciones iban surgiendo unos pliegues sutiles, pero cada vez más acusados.

Había intentado reanudar las relaciones familiares, mas su hermano se mostró con ella demasiado bruto: «¿Qué dice la gran…?. —Fueron sus primeras palabras. Después, le dijo—: Qué, te has cansado de… y ahora vuelves para ser buenecita, ¿no es eso? ¡Largo, no quiero zorras en casa!». Ella se marchó. Su hermano estaba envidioso, pensaba, porque a pesar de su trabajo no había salido de pobre. Ni podía soñar en un decoroso retiro tampoco. Paulina levantó los hombros en actitud displicente y regresó a casa. Ahora, ante Sisí, olvidaba su aislamiento. La inclinaba hacia el muchacho un sentimiento complejo. Le agradaba su cuerpo joven y su vitalidad, pero detrás de todo latía una emoción protectora. En principio, pensó que le gustaría ver a Sisí enamorado de una buena chica, mas ahora que lo estaba la recomían los

celos, la humillación y la impotencia. No obstante, se mostraba tolerante, tal vez porque preveía que, planteado un régimen de opción, ella llevaría siempre la peor parte.

Brindó con Sisí y luego charlaron. Con disgusto advertía Paulina que la actitud de Sisí a su lado iba trocándose paulatinamente en algo ponderado, contenido y sobrio. Ella presumía que la sensualidad era su única arma y que, una vez que fuese incapaz de provocarla, Sisí se marcharía. Pensó: «Cuando regrese él de la guerra, tal vez sea yo un vejestorio. —Sisí decía—: La vida de cuartel es un infierno. ¿Tú sabes lo que es no poder encontrar en ningún lado un momento que sea sólo tuyo?».

Sisí se hallaba en un solemne proceso de transición. Odiaba con todas sus fuerzas el régimen de comunidad. Le molestaba tener que moverse a la voz de la corneta y aborrecía saberse parte de una voluntad gregaria, donde la individualidad quedaba absorbida por un espontáneo sometimiento al espíritu de disciplina. Eran las primeras renunciaciones que la vida exigía de Sisí y a él le costaba entrar por ellas. Iba todas las mañanas por el cuartel, hacía instrucción, comía allí y las últimas horas de la tarde, así como la noche, eran suyas por entero. Sin embargo, el cuartel se le hacía un penoso lugar tan indeseable como una cárcel. Era húmedo y hedía a la humanidad concentrada, a local superpoblado. Había en él una atmósfera de promiscuidad y grosería. Pero Sisí sabía que ahora de nada valdría decir que no. Era extraño, mas de pronto acababa de descubrir que existía en el mundo una voluntad superior a la de su padre.

Para él fue un alivio cuando su tío Hipo le anunció una mañana: «Dispón tus cosas. Dentro de cuatro días saldremos para el frente». Ese mismo día le dieron la noticia de que Luis Sendín había recibido un balazo en su hombro. Llegó Luis al día siguiente, con el brazo aparatosamente levantado casi a la altura de la cabeza. Elisa le dijo: «A Luis le gustaría verte. —Luis le dijo, reticente—: Hola, Sisí; vaya, ya veo que te has alistado». Sisí estaba incómodo y dijo: «Pasado mañana salimos para el frente. —Añadió Luis—: Cuando se me cure esto me haré oficial». En casa de los Sendín vibraba un barullo infernal y Gloria tocaba el piano. Los niños no habían ido al colegio. El regreso del hermano era un acontecimiento; su brazo levantado y su hombro roto eran un motivo de orgullo allí, no de pesar. Cuando Luis hablaba cesaba todo otro rumor. Traía con él el viento y el fragor de la guerra y en sus ojos brillaba un algo enloquecido.

Adela, Cecilio y Sisí pasaron a merendar. Rubes dijo: «¡También Sisí marcha pasado mañana a la guerra!». Lo dijo a gritos, como desafiando, y Sisí

sintió vergüenza por él y por su padre. Gloria abordó después el himno de la Legión y todos lo cantaron a voz en grito. Existía algo allí que Sisí Rubes no era capaz de discernir. Le embargaba una emoción opaca. Por la noche, después de cenar, Sisí buscó a su padre. Le dijo:

—Papá, ¿te importa que te hable reservadamente?

Rubes dejó con lentitud el libro que leía sobre la mesa y se quitó las gafas. Hacía tres meses que usaba gafas para leer. Empezó notando mareos y dolores de cabeza y el oculista dijo: «Hacen falta unas gafas, Rubes. Ya no somos chicos». Ahora dijo Cecilio:

—¿Qué ocurre?

Sisí vaciló. Dijo, al cabo:

—Yo me marcho ahora, papá, y no quiero irme sin decirte antes una cosa. Yo no sé si lo habrás advertido, pero creo que en mí ha cambiado últimamente algo importante.

Rubes entornó los párpados y se inclinó hacia delante:

—¿A qué te refieres? —dijo.

—Bueno, me refiero a Elisa Sendín. Ella se quitó el uniforme y se quitó las coletas y, de repente, se me apareció como una chica distinta. No sé si me explico bien o no, pero…

Cecilio Rubes simulaba una actitud de profunda solemnidad. Le divertían las palabras de Sisí. «Es un chiquillo ingenuo», pensó. Dijo:

—Sigue, sigue…

—Yo siempre pensé que Elisita Sendín era una pavisosa, papá, y, en fin, cuando ella se quitó el uniforme y se cortó las coletas, yo me dije: «Es una chica inteligente y tiene algo que no sé lo que es». Bueno, empecé a salir con ella y me di cuenta de que cuando estábamos juntos se me olvidaban otras cosas y cuando no estaba con ella pensaba que me gustaría estar con ella aun sin hablar y, por supuesto, sin hacer otras cosas peores. Yo me dije, papá: «Esto es raro».

Rubes cruzó las piernas, irguió el busto y miró a Sisí con atención.

—¿Es eso todo? —dijo.

Sisí se desahogaba hablando. Temía, ahora que se marchaba, que a Elisa pudiera sobrevenirle algún mal irreparable.

—Es una chica excepcional, papá —añadió—. Yo sé que ella no ha hecho nunca nada malo y que puede ir con la cabeza bien alta y, sin embargo, sin embargo… va por la calle como si molestara o cosa por el estilo. Yo sé, papá, que no la merezco, que ella se merece un hombre honrado y bueno y, sin embargo, sin embargo, yo la necesito tanto que no puedo prescindir de ella.

—¿Bien? —dijo Cecilio.

—Yo he sido un poco cabeza loca, papá, ¿a qué vamos a engañarnos? Pero te prometo que, en lo sucesivo, voy a sentarla. No me choca que los Sendín no me miren con buenos ojos y…

Cecilio se echó, de nuevo, impulsivamente hacia delante:

—¿Quieres decir que al tonto de Luis Sendín le pareces poco para su niña?

—¡Oh, no es eso, papá! Él sabe que bebo y que he ido con mujeres… y… que soy desordenado en mi manera de vivir. Esto es lo que quería decirte, papá. Tú debes hacerle ver que estoy decidido a cambiar. Además, además, me gustaría que, en cierta manera, tú velases por Elisita ahora que yo no voy a estar aquí.

—No tienes que preocuparte por eso —dijo Rubes.

Algo le picó por dentro:

—¿Y… Paulina? —añadió Cecilio casi sin voz.

—¡Oh, Paulina! —dijo Sisí—. Lo de Paulina es más complicado. Ella y Elisa son como los dos extremos de algo. Yo no he tenido voluntad para dejarla. Ahora que me marcho será más fácil. Pero no olvides lo que te digo, papá: cuida de ella y haz ver a Luis Sendín que estoy decidido a vivir de otra manera.

Al quedarse solo, Cecilio Rubes tomó el libro aun a conciencia de que no le sería posible reanudar la lectura. La conversación con Sisí le había dejado un eco reconfortante. Su hijo no acostumbraba a desahogarse con él. Por otro lado, el que pretendiera dejar a Paulina era para él un motivo de felicidad. De pronto, no le lastimaba que su hijo Sisí estuviese enamorado de Elisa Sendín. Tal vez las cosas estuvieran mejor así, con su hijo engranado dentro de un orden. Tal vez fuese la guerra la que le empujaba a pensar de otra manera, o, tal vez, Paulina. Lo cierto es que Cecilio Rubes no se inquietaba ahora meditando en el negativo cociente que resultaba de dividir nada entre nueve.

El día que Sisí se marchó, Cecilio le dijo:

—Actúa con precaución. Bien, en los momentos decisivos piensa siempre que la vida es el mayor beneficio de que dispones. En las guerras tienen poco valor las acciones aisladas.

Elisa le había dicho:

—La guerra debemos ganarla un poco cada uno, Sisí.

Paulina le dijo:

—No te arriesgues; ninguna cosa vale tanto como para arriesgarse por ella.

Adela vertió unas lágrimas y dijo:

—Cumple con tu deber, hijo mío.

Más tarde, Sisí no oía más que los compases de las cornetas y los tambores y todo su afán se concretaba en ajustar el paso a su ritmo. Avanzaban por la gran Avenida, camino de la estación, y la gente se congregaba a su paso en los andenes para aplaudirles. Era un espectáculo que se repetía a diario. En cada corazón latía, en aquel tiempo, una especie de exaltación militar. Cecilio Rubes vio pasar a Sisí y se le esponjó en el pecho un cálido orgullo. Luego echó a correr, adelantó a las tropas y se detuvo para verle pasar otra vez. Aún repitió varias veces la operación. No se cansaba de mirarle. Deseaba hacer ver su parentesco con un soldado y le hacía señas. Algo como un prurito o una exigencia le arañaba en la garganta. Vio a una mujer entusiasmada y quiso decirle: «Mire usted, el segundo de la tercera fila es hijo mío».

En el último recodo, Rubes se empinó sobre la punta de los pies y gritó: «¡Vivan los valientes!». Apenas halló respuesta y observó en derredor atemorizado. Dos metros más allá, un legionario le miraba con una media sonrisa condescendiente. Cecilio Rubes trató de escabullirse. Ya no pensaba en Sisí. Alimentaba un concepto terrible sobre los legionarios. Le impresionaban sus tatuajes, sus rostros curtidos, el hecho de que se dejasen clavar las medallas y los detentes sobre la carne del pecho. Huyó aceleradamente. Algunas noches soñaba que un legionario le obligaba a tumbarse en una mesa y le sujetaba, mientras otro le tatuaba sobre la piel delicada del vientre una mujer desnuda.

Se despertaba sudando y gimiendo débilmente.

A partir de la marcha de Sisí, Cecilio Rubes se transformó de nuevo. Leía cada mañana, con delectación, las crónicas de guerra; escuchaba por la radio, en actitud recogida y devota, el parte oficial; aplaudía a los soldados que desfilaban hacia el frente o que regresaban de él; daba cinco pesetas mensuales por la insignia del Auxilio de Invierno; donó otros diez volúmenes encuadernados para la Biblioteca de Heridos y Soldados; intervenía en las discusiones a favor de la situación y, si se terciaba, y a veces sin terciarse, chillaba: «Yo tengo un hijo en el frente y ello me da algún derecho a hablar; —decía en el Real Club—: Gracias a la juventud podemos vivir tranquilos»; si veía un muchacho joven de paisano, pensaba: «Qué bonito y qué cómodo que otros nos saquen las castañas del fuego». En una palabra, Cecilio Rubes volvió a ser el que fuera en los preliminares de la revolución.

Cuando empezaron a llegar las cartas de Sisí, Adela y él se reunían para leerlas en voz alta a la hora de comer. Para Rubes, la guerra era Sisí, y mientras a Sisí le fuese bien, bien iría también la guerra. Cada párrafo era comentado y desentrañado con dulce complacencia. Por lo general, Sisí se mostraba contento y extrañamente filial. Adela decía: «Este chico ha cambiado, Cecil. Es distinto. —Y se sentía conmovida. Una vez Sisí dijo—: No olvides, papá, mi encargo».

—¿Qué es ello? —dijo Adela.

—Bien —respondió Rubes—. Sisí está enamorado de Elisa Sendín.

Adela le agarró de las solapas:

—¿Es eso cierto, Cecil?

—Bueno, ¿me puedes decir por qué había de engañarte?

—¡Dios me ha oído, Cecil! —dijo Adela—. Hace años que se lo vengo pidiendo.

Aquella noticia la transformó. Escribía a Sisí con frecuencia y ya no se contenía en trasladar al papel lo que le dictaba el corazón. Antes pensaba que su hijo se reiría de ella. Sisí le decía en una carta: «Te daré la buena nueva de que ya no bebo vino». Adela rompió a llorar. La desbordaban las lágrimas como si su cuerpo estuviese lleno de ellas, reventaba de una dolorosa felicidad. Rubes dijo:

—Esto ya te lo anuncié, querida. Por ese sarampión pasamos todos.

Por las cartas de Sisí le localizaban en una topografía adusta, con un fondo de crestas de granito. Arriba estaban las trincheras; abajo los campos, ahora yermos. Entre ambos, los barracones de víveres y Sisí. Sisí decía: «A veces subo con los camiones hasta la primera línea. —Esto desazonaba a Cecilio Rubes—: ¿Quién le manda arriesgarse así?», decía. Un día tomó la pluma y escribió a su primo Hipo: «Te estamos agradecidos. ¿No podrías impedir que Sisí subiera con los camiones hasta la primera línea?».

Sisí, en aquel panorama desolado, empezaba a descubrir muchas cosas. Le agradaba tumbarse al aire las noches de luna y extasiarse ante el firmamento de Dios. Se encontraba, en esos casos, diminuto, levemente sobrecogido. Pensaba en Elisa Sendín y en que le gustaría contemplar a su lado la armoniosa majestad de las estrellas. «Cuando la guerra acabe —se decía—, me casaré y viviré con ella en el campo». A veces tronaba la artillería y a Sisí le parecía imposible que los hombres alterasen la paz del mundo sólo para matarse. Los aviones eran su única preocupación. Los barracones y los almacenes tenían los tejados cubiertos de maleza, mas, así y todo, de vez en cuando las bombas destripaban la tierra a su alrededor. Sisí huía entonces

despavorido. Le asustaba más el ruido que la metralla y únicamente se hallaba seguro en los almacenes, sepultado bajo una pirámide ingente de sacos de víveres. Cuando el bombardeo cesaba, Sisí salía al exterior y el mundo le parecía nuevo y recién construido.

Un día, Sisí Rubes descubrió el afanoso deambular de las hormigas. Le interesó aquello tanto que pasó dos horas largas observando sus movimientos. Le gustaba distinguir, ahora, un pájaro de otro, un árbol de otro y un insecto de otro. Sus compañeros, en su mayoría campesinos, le ilustraban a su satisfacción. Como disponía de mucho tiempo, Sisí pidió libros a su casa, libros de historia natural o referentes a curiosidades de las plantas o de los animales. Empezó a coleccionar insectos. Al principio, caprichosamente, clasificándolos por sus formas o sus colores; luego, al recibir los primeros libros, aprendió los nombres de las grandes familias y se acostumbró a ordenarlos por sus características peculiares. Para él suponía una satisfacción inmensa encontrar un ejemplar nuevo y alinearlo junto a los demás en su caja correspondiente. Al mismo tiempo, llevaba un fichero con las peculiaridades de cada ejemplar. Sisí se mostraba concienzudo y minucioso en su trabajo. Era un gran placer aquello y sus cajas constituían para él un estimado tesoro. Pasaba la mayor parte del tiempo entre los riscos, o en el campo, inspeccionando la tierra o las plantas. Le gustaba comprobar por su cuenta las particularidades y costumbres que los libros describían. Descubrió así que las hembras del escarabajo depositan sus huevos en una bola de estiércol que el macho empuja. Descubrió que la «abeja maestra» era fecunda y la «neutra» estéril y que la «albañila» jamás vive en comunidad. Todas estas cosas despertaban en Sisí Rubes un interés avasallador. Leía libros con inquieta voracidad. Acababa de desvelar un mundo nuevo y deseaba desentrañarlo hasta el fondo.

Adela y Cecilio comentaban la curiosidad de Sisí por los insectos. Decía Rubes: «Bien, será un magnífico naturalista. —Decía Adela—: Parece mentira, con lo que me horrorizan los bichos a mí». Cecilio exultaba. Decía en el Club: «La guerra todo lo cambia. Mi hijo ha necesitado irse al frente para hacerse un estudioso». Una tarde le dijo Ramón Prado:

—Si tu hijo tuviese que pegar tiros, seguro que no tendría tiempo de coleccionar cucarachas.

Rubes se indignó:

—¿Insinúas que mi hijo está en el frente tocándose la barriga?

La nariz de Prado se bamboleaba:

—No digo tanto —dijo—. Lo que yo pienso es que no pueden ejercitarse simultáneamente las armas y las letras.

Rubes pensó entonces que lo de la gripe no fue un incidente casual. Ramón Prado trataba de zaherirle y airear sus puntos flacos porque le tenía envidia. En adelante procuró relacionarse con él empleando tan sólo las palabras justas.

El género de vida de Sisí durante nueve largos meses le inclinó a amar el campo y a buscar el contacto directo con la Naturaleza. Su equilibrio era tan exacto que no necesitaba beber para ofuscarse la razón. También su sensualidad, desbocada en otro tiempo, era moderada ahora y, muchas veces, dominada en flor. Sisí empezaba a darse cuenta de que matar la imagen es matar la tentación y admitir la imagen es preparar, y aun exacerbar, la caída inmediata. En ocasiones bajaba con los camiones al pueblo y al ver mujeres se le avivaban los recuerdos y, con ellos, el apetito carnal. Llevaba muy metida en la sangre la lujuria, mas ahora, después de las caídas, experimentaba como un enervamiento y una fatigada repugnancia de sí mismo. Verse entre cuatro paredes le producía, además, una opresiva sensación de ahogo. Amaba el aire libre, la luz y el calor, la fría comunicación de las estrellas.

Con frecuencia, una carta de Paulina levantaba en su pecho turbias tempestades de pasión. En los renglones mal trazados enviaba ella siempre insinuaciones y promesas embozadas. Los momentos de intimidad con Paulina fueron siempre tan vivos y completos que sólo la letra de ella ya suponía para Sisí una apremiante excitación. Él procuraba mostrarse apagado e idealista en sus cartas. Le escribía una vez: «Voy descubriendo poco a poco que hay otras cosas hermosas en la vida además de las mujeres. —Ella contestó—: Además de las mujeres, ¿es que las mujeres siguen pareciéndote todavía lo primero? Si así no fuera, cuando estés a mi lado yo me encargaré de hacerte cambiar de opinión».

Cecilio Rubes visitó a Paulina en el primer mes de ausencia de Sisí. Pensaba: «Deseo cortar estas relaciones. Bien, reanudarlas yo tampoco. Eso sería monstruoso». Le dijo a la muchacha:

—Sisí está enamorado de una buena chica. Creo que lo tuyo podría perjudicarle.

—¡Vaya! —dijo Paulina—. ¿No estabas tú casado con una buena chica cuando me pusiste un piso?

Dijo Rubes, mirando descaradamente el pecho de la muchacha:

—Son cosas distintas.

Se acercó a ella e intentó acariciarla.

—¡Vaya! —exclamó ella—. ¿En qué quedamos?

La voz de Rubes tenía unos trémolos opacos:

—Yo fui el primero. Bueno, ello ha de darme algún derecho sobre ti, creo yo.

La chica abrió la puerta y dijo enérgicamente:

—Vete, Cecilio. Ya te dije un día que habíamos terminado.

Sobre toda actividad de Sisí Rubes se cernía la imagen de Elisa Sendín. Notaba, a través de la distancia, una misteriosa comunicación entre ellos. Al partir le había dicho: «Mira al sol, a las once del día, y piensa en mí. Yo pensaré en ti y nos sentiremos unidos». Y, en los días claros, le gustaba sentir su retina deslumbrada y se le hacía que era a esa hora cuando el sol poseía mayor fuerza, mayor pureza y mayor esplendor. «Refleja —pensaba Sisí— la mirada de ella». La evocación de la muchacha jamás le llegaba empañada por la menor sombra de impureza. Se la representaba siempre como una pobre desvalida. Mirando a las estrellas, se preguntaba Sisí Rubes qué es lo que le había enamorado de Elisa Sendín. Le era difícil concretarlo. Toda ella le encendía una idea de incomprensión y desvalimiento. No era bonita, ni demasiado armoniosa, ni demasiado inteligente, pero era quizás esta ostensible necesidad de apoyo lo que le impresionaba. Él deseaba ampararla, protegerla y, también, despertar su pueril indignación diciéndole, por ejemplo, que Shirley Temple era una chiquilla empalagosa.

Le escribía a menudo cartas simples, de una espontaneidad elemental. Le decía: «Te recuerdo a toda hora, hasta cuando cazo escarabajos. —Ella decía—: Ayer no hubo sol y se pasaron las once sin poder encontrarme contigo». En invierno, Elisa le envió un chaleco, unos calcetines y un pasamontañas. Él escribía: «Estas cosas me traen tu calor. —Ella le escribía—: Ayer entré en el despacho de papá y estaba tu padre y hablaban de ti». Cecilio Rubes le había escrito: «Por lo que se refiere a tu temor, no creo que haya el menor fundamento. Luis Sendín considera a su hija una chiquilla, pero no hay otra cosa. —Un día le escribió Elisa Sendín—: Un oficial de la Legión, amigo de Luis, sale conmigo. Acepto su compañía en la seguridad de que a ti no te importará. Me parece una obligación moral animar a todos a que peleen con entusiasmo». A Sisí Rubes le produjo esta carta una lacerante humillación. Se atribuía un papel secundario en la disposición bélica de elementos y le hería que entre ella y él se interpusiese alguien con más méritos y más brillantez.

Había transcurrido un crudo invierno de nieves, una tibia primavera y un verano abrasador, cuando Sisí recibió el primer permiso. Su tío Hipo le dijo:

«Pásalo bien y saluda a tus padres en mi nombre». Su tío Hipo, más curtido y flexible, parecía más joven y arrogante. Se portó bien con él y Sisí Rubes le estaba agradecido. En el tren pensaba Sisí: «Dentro de unas horas estaré a su lado. —Ahora que se aproximaba a ella no recordaba su timbre de voz ni su expresión—. A Paulina no la veré», se dijo. De momento, no le importaba renunciar a Paulina.

La ciudad, recién anochecida, le pareció más nueva que cuando la recorría a diario. Más nueva y más estridente. Le aturdía el rumor de la concentración urbana y su movimiento. El corazón aceleraba el ritmo en el pecho de Sisí Rubes. «Bien —pensó—, ya estoy aquí». Se notaba un poco forastero. Y su padre dijo:

—Sisí, haces un aguerrido soldado.

Le palmeaba la espalda y le dio a beber una copa, y al sonar la musiquita del mueble bar, Sisí pensó: «El tiempo no pasa sobre las cosas». Estaba impaciente y hablaba para aturdirse y su padre exultaba y Adela, mirándole, se encontraba saciada, desbordada de una queda felicidad. Fue Rubes quien dijo: «Pasa enfrente. Te esperarán». En un momento desfilaron por la imaginación de Sisí los Sendín, Ventura Amo, la Mary, la Nati, la muchacha del pelo tirante, Isabel Gutiérrez, Paulina… Los muebles familiares comportaban una gran fuerza evocativa. Sisí pensó en sus insectos como en algo anacrónico y lejano. «Que esté ella sola», se dijo. Pero oyó la música del piano y rumor de voces en el salón y quiso volverse atrás. De repente vio a Daniel Sendín delante de él y se dio cuenta de que era tarde para evadirse.

—Pasa, Sisí —le dijo—. Estamos todos.

Lo primero que vio Sisí desde la puerta fue a Elisa Sendín bailando en brazos de un oficial, y las risas de ambos le abrieron en el pecho una vía de amargura. La muchacha corrió a su lado al verle, Gloria dejó de tocar, los ojos de todos se fijaron en él y Sisí Rubes se sintió acobardado. Dijo Elisa:

—¡Sisí!, ¿cómo no has avisado?

Estaba azorada y su falta de seguridad se le contagiaba. Hizo un torpe saludo al oficial y vio venir a Luisito Sendín, con una estrella en el pecho:

—¡Hola, Sisí! ¡Cuánto me alegra verte! ¿Sabes? Hace una semana concluimos el curso. Ahora, a la guerra otra vez.

Gloria le dio la bienvenida. Había vasos con bebidas encima de los muebles. Sisí Rubes tuvo la impresión de haber interrumpido una reunión íntima. Elisa le presentó al oficial. Dijo el oficial, que parecía un poco borracho:

—Saludo en tu persona a las heroicas fuerzas de Intendencia.

Daniel Sendín se rió alto desde un rincón. El oficial y Luis Sendín crecían ante los ojos atónitos de Sisí como dos gigantes de la guerra. Llevaban en los ojos la fuerza y la resolución. Estaba descentrado y una injustificada atonía se apoderó de la reunión. Se dijo: «Estoy estorbando». Vio a Elisa preparándole una bebida y el oficial diciéndole algo por detrás, muy cerca de ella. Elisa se reía. Dijo:

—No seas tonto. —Se volvió a él—: Bebe una copa, Sisí. —Le dijo al oído—: ¡Qué alegría tengo de que estés aquí!

Dijo Sisí:

—Te veré en otro momento.

Chilló Luis Sendín:

—Toca un pasodoble, mamá.

Osadamente, el oficial se acercó a Elisa y la tomó por la cintura.

—Si no te importa —le dijo a Sisí—, voy a bailar un pasodoble con esta preciosa chica.

Luis bailaba con una amiga de Elisa y Daniel con su hermana Ana. Sisí dijo:

—Nos veremos; ahora tengo que irme.

El oficial arrastró a Elisa y ella miró a Sisí con cierto desconsuelo.

En la calle se encontró mejor Sisí. Ahora se sofocaba de su sofoco anterior, mas la frescura del ambiente le entonaba. No llevaba idea alguna en la cabeza, sino una depresión en el pecho como una oquedad. Él mismo se sorprendió al encontrarse en el portal de Paulina. Pensó volverse atrás, pero una sensación ardiente, como de tacto, lo enervó. «Charlaré con ella —se dijo —. Simplemente, charlaré un rato con ella. —Paulina no estaba y él se encerró en su habitación y pensó—: Esperaré». Se sirvió un vaso de vino. No acertaba a mitigar la sensación de escozor que le ardía en el pecho. Transcurrió un cuarto de hora y Sisí tomó otra copa. Puso en marcha la radio. La conciencia del apartamento removía en él muchas cosas.

Al oír la puerta se volvió. Chilló Paulina:

—¡Sisí!

Él no le habló. La tomó en sus brazos y en su sangre se reflejó toda la intensidad del contacto. Al ayudarla a despojarse del abrigo pensó que la desnudaba. Comprobaba Sisí ahora el inmenso contraste entre la fría aspereza de la guerra y la cálida suavidad femenina. Ponía una meticulosidad voluptuosa en cada uno de sus movimientos:

—¡Vaya, querido! —dijo ella—. ¿Cuándo has llegado? Yo pensaba: «Sisí ya no quiere volver a verme. Me ha dejado sola».

Le acariciaba el cogote mientras Sisí observaba el suave escorzo de su pecho. Advertía en sus manos una fuerza extraordinaria. Y en su cuerpo toda la tensión reprimida durante meses.

Se sentaron juntos en la cama. Dijo Paulina:

—Háblame de ti, Sisí; de esas cosas maravillosas que has descubierto. ¿Por qué os cambia la guerra a los hombres de arriba abajo? ¿Es que ya no te gusto yo?

Sisí la besó. Notó en los labios de ella una intensidad absorbente. Dijo, luego:

—Sobre ti no hay nada.

Pensó en sus insectos y casi rompió a reír.

—¡Ah, son las diez! —dijo Paulina.

—¿Las diez?

—Debes marcharte, Sisí. Ya nos veremos.

—¿Marcharme?

Su cabeza no tenía ya la menor lucidez. Dijo Paulina, incorporándose:

—A no ser que cenemos juntos y…

—¡Claro! —dijo.

—Avisa a casa, entonces.

Paulina pensaba en Rubes. «¿Qué se creía?», pensó.

Sisí se incorporó. Añadió Paulina:

—Cariño mío, ¿qué vas a decirle?

Él la abrazó con sostenida tensión.

Paulina lo apartó suavemente:

—Ahora no, Sisí —dijo—. Ten paciencia.

—Bueno —dijo Sisí. Su cerebro estaba ofuscado. Le costaba pensar—: Diré… eso es, diré que me he encontrado a un compañero… eso es, que cenaré con él y que regresaré tarde.

—¡Ah! —dijo Elisa Sendín—. No puedo evitarlo, compréndelo. Es amigo de Luis. En la guerra, todo lo que hagamos por los que luchan es poco.

Decía Sisí:

—Me humilla, ¿sabes?

—¿No tienes confianza en mí?

—Sí la tengo.

—Entonces no te preocupes, Sisí.

Sisí Rubes tornaba a moverse a impulsos. A veces pensaba que nada había cambiado en él y, a veces, se decía: «Soy un hombre completamente distinto». La ciega vehemencia de la carne continuaba en él, mas también

vibraba en su alma un ardiente anhelo de dignificarse. Dentro de él existía otra guerra. A los diecinueve años, Sisí Rubes no encontraba en la vida una postura definitiva. Oscilaba. Le asustó una noche el insistente deseo que le asaltó al abrazar a Elisa. Él pensó siempre que ella estaba al margen de todo eso. Y, sin embargo, él hubiera querido abrazarla y sentir el dulce peso de su cabeza sobre su hombro. Se dijo: «Nunca me ha ocurrido una cosa semejante. —Otro día pensó—: Es ridículo que me llamen Sisí». Activaba su imaginación el hecho de saber que había en el mundo otros hombres, más brillantes, más decididos y más completos que él. Deseaba que la guerra terminase y que los uniformes y las insignias dejasen de establecer una diferencia. Su permiso se consumió bajo esta idea obsesiva. Le quemaban los celos. Pero los celos no creaban en su alma impulsos de desesperación, sino de callada amargura. Cada día salía con Elisa Sendín y, al verla a su lado, experimentaba una estable seguridad. Mas, al separarse, pensaba: «El alférez ese volverá cualquier día a tomarla de la cintura y ella bailará». Sus conversaciones con Elisa, aun partiendo de puntos opuestos, convergían inexorablemente en ese sentimiento obsesivo. La tarde que Elisa le comunicó que Luis y su amigo habían partido para el frente se confesó que deseaba no volviese. No le importaba la razón; cualquier razón sería buena si él no volvía.

Con Paulina no volvió después de la primera noche. Tan sólo volvió a despedirse. La encontró bebiendo junto a la radio. Pensó Sisí: «Es una vida extraña la de esta mujer. —Ella dijo amargamente—: ¿Me has olvidado, verdad, pequeño?». Dijo él: «¡Oh, Paulina!, ¿por qué piensas esas cosas?. —Ella se levantó y se aproximó a él—: Yo sé que si no es hoy será mañana; pero me dejarás». Sisí la estrechó contra sí y ella lloró sosegadamente sobre su hombro. Sisí se dijo al entrar: «Estaré un minuto. Sólo un minuto. —Pero ahora se sentía férreamente amarrado. Se sentó a su lado. Ella dijo—: Ven; mañana, lejos de aquí, me echarás de menos. Quiero que, mientras puedas, seas feliz». El pelo rojo de la muchacha incendiaba en el pecho de Sisí un volcán de furiosos afectos. Se rindió. Le preguntó ella, después: «¿Volverás pronto?». Temía Paulina su inminente desplome. Imaginaba que un día se levantaría de la cama, se miraría al espejo y pensaría: «Ya llegó. Ya soy vieja». Cada día se encontraba más ajada y mustia. Ella siempre creyó que una mujer de cuarenta años era un desecho. Y era raro pensar que, precisamente ahora, a esa edad, no le importaba el dinero. Dijo Sisí: «Depende. —Ella añadió, besándole—: ¿Sabes? Esta noche tuve un horrible presentimiento».

Sisí regresó a su sol, sus estrellas y sus insectos con cierta nostalgia. Sus compañeros le preguntaban qué cosas y qué chicas había visto allá. Tenía que fingir. Seguramente el hablarles de Elisa Sendín les defraudaría. Después del rancho de la tarde se sentaban en corro en derredor de él para que les contase. «En la guerra se cambian los papeles —pensaba Sisí—. A mí me interesa el campo y a ellos la ciudad. ¿Por qué deseamos todo lo que no tenemos?».

Volvió a sus bichos, y a sus búsquedas, y a sus colecciones, pero no hallaba ahora en todo ello el equilibrio de otros tiempos. Una mansa y callada tristeza le envolvía. Era como una desolación que no dependía de él el arrancar. Su tío Hipo le decía: «Esto marcha; tal vez la guerra no dure medio año». Él lo escribía a casa y a Elisa y a Paulina. No tenía voluntad para dejar de comunicarse con Paulina.

Su padre le escribía con mucha frecuencia. Algunas veces le consultaba cuestiones del negocio. Rubes escribía: «Los tiempos son "difíciles" para "Cecilio Rubes · Materiales Higiénicos", —y, sin embargo, su padre era millonario. Con bastante asiduidad, Rubes hacía literatura—. El día de mañana —escribía—, si los bichos no te siguen trastornando, comerciarás. Pero te prevengo que el amor, el estómago o la vanidad son mejores estímulos para el cliente que la higiene».

Rubes, en el Real Club, comentaba las incidencias de la guerra. Continuaba explotando la primacía que su «bañera Rubes» le otorgaba sobre sus consocios. Él mismo se veía por encima de los demás. El general López no volvió por el Club desde la muerte de su hijo. Cecilio pensaba: «Es una manera bien extraña de interpretar el luto». Rebasados los cincuenta, Cecilio Rubes se achaparraba y engordaba. A veces le asaltaba el deseo de rejuvenecerse: «Mañana empezaré a hacer gimnasia», decía con firme convicción. Había resuelto dejar la bebida porque le pegaba al hígado; le salieron, además, varices en las piernas. Su bigote, ahora recortado, tenía canas en los bordes, pero afortunadamente pasaban inadvertidas porque el resto era muy rubio.

Llevaba desde hacía un año una vida más bien metódica. De no exacerbar deliberadamente su sensualidad —lo que hacía con frecuencia—, las mujeres no constituían ya problema para él. Sin embargo, reanudaría la relación con Paulina de buen grado. A las nueve iba al Establecimiento y volvía por la tarde, sobre las cuatro. Méndez llevaba bien su gestión contable. Era un muchacho meticuloso y con buena letra redondilla. Tenía cuatro chicos y se diría que cada chico le quitaba de la cara media docena de granos. Sin duda, tenía una madurez más favorecida que la adolescencia. Últimamente, Rubes

colocó de mecanógrafa en el Establecimiento a la hija pequeña de Valentín, su ahijada. Aquella familia se defendía mal desde la muerte del padre. Los chicos se fueron casando y quedaba la viuda con dos hijas. Cecilio Rubes sintió una noche un arranque caritativo y dio un puesto de 250 pesetas a su ahijada. Hacía tiempo que necesitaba una mecanógrafa y su ahijada no mostraba excesivas ambiciones. La viuda de Valentín quiso ponerse de rodillas delante de él para agradecérselo, pero Rubes se lo impidió y dijo en tono grandilocuente: «No es caridad, señora, es justicia». Le gustó la frase y por la tarde, cuando Ramón Prado insinuó en el Club que la lucha de clases podría evitarse con un poco de caridad hacia los suburbios, Rubes voceó: «Bien, no es caridad, sino justicia lo que el suburbio necesita».

Al salir del Establecimiento, antes de ir al Club, Rubes pasaba un rato en la librería vecina. Se acostumbró a ello desde que Sisí empezó a pedirle libros y folletos sobre los animales. Ahora, todo cuanto veía que podría interesar a su hijo lo compraba y se lo remitía. Encontraba un gran placer en su conducta. A Cecilio Rubes, de tiempo atrás, le hubiera agradado proteger a un sabio o a un gran artista; figurar como mecenas de una destacada celebridad. La posibilidad de que Sisí fuese algo grande algún día le llevaba a procurarle todos los medios precisos.

Una tarde, al llegar al Establecimiento, Méndez le entregó un telegrama. Rubes comprobó en su abdomen una conmoción injustificada. Le temblaban ligeramente sus pulcras manos rechonchas al abrirlo. Méndez lo vio palidecer y formársele en las pupilas como un velo traslúcido. Cecilio volvió a leer. Por la cabeza le pasó la idea de una broma cruel: «Sisí gravísimo, ven enseguida, abrazos, Hipólito. —Notó las manos de Méndez piadosamente en su brazo—: ¿Ocurre algo, señor Rubes?». Le tendió el telegrama. «¿No será una confusión, señor Rubes?». Méndez se sofocó levemente. Sabía que había dicho una torpeza, pero no se le ocurrió cosa mejor en ese instante. Le asustaba la rígida pasividad de su jefe. Le hizo sentar, pero Rubes no reaccionaba; su mirada era tan fija y abierta como la de un muerto. Cuando volvió en sí, lo primero que se le ocurrió a Cecilio Rubes es que nadie tenía derecho a darle un golpe de esta naturaleza. Se sintió airado contra Hipólito. Luego se dio cuenta de la vecindad de Méndez y dijo: «Yo sé que ha muerto. Me lo han matado». Su voz era ronca, como si saliera a través de un tubo herrumbroso. De improviso, todo él entró en actividad; una actividad desordenada, enfebrecida. Tuvo ganas de salir a la calle a gritar su angustia, pero se contentó con tomar el teléfono y marcar el número de su casa. Colgó antes de que le respondieran. Chilló: «¡Méndez, un coche!». Dio dos vueltas

por el despacho sin saber lo que buscaba y, luego, salió a la calle corriendo. Méndez gritó algo, pero él no le escuchaba ya. Avanzó corriendo pesadamente hacia la plaza. Le subía por las piernas como un peso muerto, que le entorpecía, y la gente le miraba sin descubrir en su expresión más que un lado grotesco. El vientre se bamboleaba y cada tumbo era un dolor. Al sentarse en el asiento trasero de un taxi casi se ahogaba. Dio la dirección de su casa y empezó a resoplar como una locomotora. Eran rugidos acongojados, densos, como si estuviera asfixiándose. Adela saltó a su paso: «¿Qué sucede, Cecil? ¡Dios mío! ¿Le pasa algo a Sisí?». Él no podía hablar y le alargó el telegrama. Deseaba ardientemente compartir su dolor, hacer sufrir a los demás. Adela se apoyó en el respaldo de una silla. Su rostro denotaba una perplejidad estúpida. Pensó que iba a caerse y chilló algo inarticulado. Notó el brazo de Cecilio en su cintura y a su contacto rompió a llorar mansamente: «Dios mío, Dios mío». Algo le temblaba en los pulsos además de la sangre; sentía unos latidos ajenos a su propia vitalidad. Como entre sueños vio a Cecilio encerrar cuatro cosas en un maletín y salir corriendo. Pensaba Rubes: «Bien. Me lo han matado. Yo sé que me lo han matado». Le agradaba, ya en el coche, tener constancia de la velocidad a través de los árboles arrancados de cuajo. Cecilio Rubes se dijo: «La guerra, la guerra. ¡Ah, maldita sea la guerra!». De nuevo sus sentimientos cambiaban de signo, mas, a pesar de todo, columbraba que algo honrado vibraba por encima de tanto desastre.

Hipo le esperaba en la carretera. En su abrazo conmovido apreció Cecilio Rubes la trágica solemnidad del momento. Después de tanta impaciencia, deseaba dilatar, prolongar su tensa incertidumbre. No se decidía a hablar. Se miraron Hipólito y él, como si recelaran el uno del otro. Tendió la vista en derredor y la posó en las altas crestas de granito, en la faja de tierra parda a sus pies. No estuvo nunca allí y, sin embargo, todo aquello le resultaba vagamente familiar. Balbució, al fin:

—¿Bien?

Hipo se miraba la puntera de sus botas de campaña:

—Ha sido algo imprevisto, Cecilio. Es la primera baja en el batallón desde hace meses.

—¿Qué fue?

—Una bomba.

«Cuánto habrá sufrido», pensó Rubes. No se atrevía a preguntar si quedaba aún algo de Sisí. Hipo le tomó del brazo.

—No eres una excepción, Cecilio. Otros padres pasaron por este trance antes que tú —le dijo Hipólito.

—¿Quieres decir…?

Estaban ante un barracón de madera carcomida por las lluvias. Hipólito empujó la puerta y el corazón de Cecilio Rubes se detuvo un momento. A través de la puerta entreabierta divisó cuatro cirios encendidos en torno a una mesa y, sobre la mesa, un bulto cubierto con una bandera. Cuatro muchachos, rígidos como los cuatro cirios amarillos, custodiaban el cadáver.

—¡Ah! —rugió Rubes—. ¡Dios mío!

Era la cuarta vez que se acordaba de Dios en la vida. La primera, cuando la muerte de su padre, la segunda cuando el nacimiento de Sisí, la tercera cuando la muerte de su madre… «Yo tengo de todo en la vida; ¿para qué ir a molestar a Dios con peticiones superfluas?», solía pensar. De pronto, deseaba estar solo con aquel bulto de encima de la mesa y, como si su pensamiento se trasluciera, Hipólito ordenó retirarse al piquete. Entonces Rubes se aproximó, levantó una punta de la bandera y emitió un ronco sollozo.

—¡Oh, Dios, Dios! —dijo.

No quedaba nada de las serenas facciones de Sisí; un trozo de hierro se llevó por delante su hermosa nariz y sus labios. Su rostro era un pingajo mutilado. Cecilio se ahogaba. Cada espiración era en él un doloroso gemido. Los dientes de Sisí, al descubierto, detentaban una imposible voracidad. Tan sólo su pelo estaba intacto, su pelo fuerte y rubio, centelleando a la luz de los cirios. Maquinalmente acarició aquella cabeza. Todo el mundo se desmoronaba en torno de Cecilio Rubes. Tan sólo quedaba él para sufrir hasta el fin de su resistencia. Se inclinó y besó la frente helada de Sisí. No pensaba que fuese Sisí lo que besaba, sino un mero símbolo. Hipólito le empujó, luego, hacia la puerta. Voceó Rubes:

—¡Dime! ¿Por qué me has engañado? Yo te entregué a mi hijo para que velaras por él. ¿Qué has hecho de mi hijo?

Odiaba a Hipólito, y al general López, y a la guerra, y a la vida, al mundo. Odiaba todo y de su pecho se esfumaba su escasa capacidad de amor. En la carretera se hallaba detenida una furgoneta funeraria. Una hilera de soldados se trasladaba de un barracón a otro, en silencio. «Ayer, Sisí haría lo mismo», pensó Rubes. Y le asaltó una fiebre desordenada de destrozar.

Dijo Hipólito:

—Vinieron dos aviones. Yo paseaba con Sisí y le dije: «Aguanta aquí. —Él dijo—: No, me voy al barracón de víveres». Me tumbé en la cuneta y grité: «¡Ven aquí!». No me escuchó y salió corriendo. La bomba estalló a cuatro metros de él. Murió en el acto.

Se acercaba un soldado flaco, medio calvo, e Hipólito dijo, secándose el sudor de las manos con un pañuelo:

—Es el castrense. Baja de las trincheras todas las tardes.

Dijo el castrense:

—Su hijo era un buen muchacho. Lo siento.

Dijo Rubes vagamente:

—¿Estuvo antes con usted…?

—Ayer se confesó conmigo —dijo el cura—. Tenía unos excelentes propósitos.

Pensó Rubes: «Me estoy volviendo supersticioso». Confusamente entreveía que algo de Sisí se salvaba en alguna parte.

Anochecía. Unas leves nubes rojizas surcaban el cielo hacia poniente. Olía a la pureza del campo. Dijo Hipólito:

—Cenarás aquí y descansarás. Puedes salir mañana por la mañana, Cecilio.

—No —dijo Rubes—. Saldré ahora. ¡Tengo que marchar ahora!

En el coche se dio cuenta por primera vez de que Sisí no estaba con él y de que aunque diera la vuelta al mundo no lo encontraría en ninguna parte. No obstante, se hallaba cerca, en el coche de delante, pero Sisí ya no estaba allí. Sisí ya no estaba en el mundo y Rubes constató la inmensidad de su abandono. La torva paramera se abría a ambos costados del automóvil y todo el mundo era, ahora, para Cecilio Rubes, como esta ingrata paramera. Era, el mundo, un gigantesco desierto desolado. Sisí no estaba ya. Y al mundo enloquecido nada le importaba. Nada se trastornaría con su ausencia más que su corazón. Sisí no estaba ya. No pensó como el general López y otros muchos padres inconscientes: «Mi consuelo es que mi hijo ha muerto por una gran causa». A Cecilio Rubes todas las causas que provocaban la muerte le parecían malsanas. Sisí había muerto y lo que ocasionaba la muerte de Sisí no podía ser, en modo alguno, una gran causa. Se dijo: «¿Por qué no aguardó en la cuneta? ¿Por qué no le forzó Hipólito a quedarse con él? ¡Oh, Dios, cuánto habrá sufrido!. —Más adelante pensó—: ¿Por qué no le darían permiso un mes más tarde?». Se encontraba tan cansado que le parecía que él no fuese él; una sensación de plomo le agarrotaba las piernas y los brazos. Pensó: «¿Por qué López no me escuchó? López tendrá una gran alegría al saberlo. —La furgoneta levantaba una nubecilla de polvo que la luz de su automóvil hacía parecer amarillenta—. Tal vez en la Legión no le hubiera pasado nada. ¿Por qué no se alistaría Sisí en la Legión?», se dijo amargamente Cecilio Rubes.

V

El periódico del día 1 de enero de 1938 decía: «Parte oficial: Las fuerzas nacionales han llegado a Teruel, levantando el cerco de las tropas enemigas, derrotadas en brillantísimo combate. La guarnición de Teruel, a las cinco de la tarde, telegrafía diciendo: "Entusiasmo indescriptible ante la presencia de nuestros compañeros victoriosos. ¡Arriba España! ¡Viva España!". —En la primera plana, a mano derecha, decía un entrefilete del periódico del 1 de enero de 1938—: Por dificultades de abastecimientos, por falta de medios económicos, nuestros soldados no pueden, a veces, fumar. Asistencia a Frentes y Hospitales le brinda una ocasión para que en estos días no les falte a nuestros combatientes el puro o los cigarrillos que les harán pasar un rato agradable». En la parte inferior de la plana, del periódico del 1 de enero de 1938, decían unos titulares: «La charla del general Queipo de Llano: Permitidme que me ría. Radio Madrid… ¡que te crees tú eso! Lo que ha pasado en Teruel».

En su segunda plana decía el periódico del 1 de enero de 1938: «Día del Plato Único. Por acuerdo de la Sociedad de Fondistas y similares de esta capital, el plato que se servirá en sus respectivos establecimientos en el mes de enero de 1938 será como sigue»:

Comida del mediodía

Día 7. Cocido castellano, un postre.
Día 14. Lechazo asado con patatas doradas, un postre.
Día 21. Vaca estofada a la italiana, un postre.
Día 28. Paella valenciana, un postre.

Comida de la noche

Para los días en que corresponda el Plato Único, se servirá en todos ellos carne asada o a la parrilla, con legumbres del tiempo, un postre.

Decía también el periódico del 1 de enero de 1938: «Cantidades enviadas por los pueblos para el Aguinaldo del Soldado». «Por la Comisión Provincial de Chatarra se efectuó ayer la entrega de los regalos correspondientes al sorteo del último Jueves Chatarrero». «Nueva lista de donativos en alhajas recibidos por la junta del Tesoro. —Y decía otro entrefilete—: Español, se precisa urgentemente para la patria todo el aluminio, latón y cobre que poseas».

En tercera plana decía el periódico del 1 de enero de 1938: «Atención, duros a peseta. Café malta y a la crema. Recordad que en el despacho central, comprando un kilo o medio kilo, se regala un cuarto de kilo. Nota de garantía: Si nuestro café malta no resultara igual que el café corriente, devolveremos el importe del género. Si no quiere perder tiempo y dinero desconfíe de las

imitaciones. —También decía el periódico del día 1 de enero de 1938—: Cinema Montoya: Hoy, sesión única, de cinco a nueve: *Campeones olímpicos*, en español, y *Una chica angelical*, por Margaret Sullivan y Herbert Marshall. Bellísima e interesante producción a gran presentación. Mañana, reestreno de la producción española *El niño de las monjas*, por Raquel Rodrigo». «Cinema Olaso: Ha sido tan enorme el éxito de la película en español titulada *El jorobado o el juramento de La gardere*, que se proyecta hoy por última vez a las 4.45, 7 y 10.15. Mañana, formidable estreno, *Compañeros de juerga*, por Stan Laurel y Oliver Hardy. Gran éxito de risa». «Ideal Cinema: Hoy, otro estreno: *Sonata triste*, drama según la novela de León Tolstoi. *Sonata triste* es un emocionante drama presentado por la famosa marca Ufa, de su nuevo lote 1938. *Sonata triste* está interpretada por Lil Dagover y P. Petersen. *Sonata triste* es otro programa garantizado de éxito, que presenta Ideal Cinema. Viernes, gran acontecimiento: *El sombrero de copa*».

En la parte inferior izquierda de la misma plana decía el periódico del 1 de enero de 1938: «Nesfarina. Preparado de que se carecía…

¡Ya llegó!

Destete a sus niños con Nesfarina. Madres lactantes, pidan una muestra y librito explicativo. Sólo las madres lactantes». Y, debajo, en otro entrefilete: «Frentes y Hospitales, por medio de la juventud femenina de A. C., reclama de tu generosidad un cigarrillo para nuestros combatientes».

Cecilio se desnudó y se metió en la cama. Llevaba cuatro días, después de la muerte de Sisí, viviendo de una manera artificial. Dijo:

—Bien. Tú no querías ir a Portugal. ¿Quién va a defender esto?, decías. Esto ya está defendido. Bueno, Sisí ha muerto.

Gozaba estrechando la posible responsabilidad de su esposa, exacerbando su parte de culpa. Era en él un desahogo escarbar en el dolor ajeno, fomentarlo, no darle reposo.

—Ha sido la voluntad de Dios, Cecil.

Se encontraba Rubes cada vez más lejano y frío. La presencia de Adela le enfurecía. Era como si el hastío de veinte años atrás hubiera ido engrosando soterradamente y la muerte de Sisí le hiciera aflorar ahora a la superficie. Adela era para él un bulto responsable y mezquino.

—Vamos a rezar por él —dijo Adela.

—¿Rezar?

—¿Por qué no?

—Reza tú; tú le has matado.

—Cecil, ¡por Dios!

—¡Déjame!

A Cecilio Rubes le enardecía un anhelo de revancha. Si de él dependiese desataría sobre el mundo una catástrofe sin precedentes que dejara a todos los padres sin hijos. En cuatro días había envejecido y sus ojos tenían una expresión extraña. También sus labios se movían ahora constantemente, con un ruidito desagradable, como si chupetease algo. No iba por el Real Club, ni por el Establecimiento y se tornó apático y taciturno. No le gustaba recibir condolencias de sus amigos ni conversar con nadie. La presencia de Adela, sobre todo, despertaba en él una incomodidad física. Entre otras cosas, creía que Sisí estaba muerto porque Adela lo prefería así a borracho. Ya cuando llegó con el cadáver de Sisí y su mujer se asió a él, comunicándole su vibración dolorosa, chilló agriamente: «¡Suelta! Bien, Sisí ya hizo algo por esta guerra. ¿Estás satisfecha?». Después se encerró con su hijo en el salón y bebió hasta emborracharse. Le parecía que la musiquita del mueble bar cantaba el nacimiento de Sisí. El dolor de Adela se le antojaba impertinente y fingido; sólo existía su propio, desconsolado dolor. Había dicho: «Recibe tú a los curiosos. Bien, yo no estoy para nadie, ¿comprendes? A mí, en este trance, no hay Dios que me consuele».

No obstante, había llorado abrazado a Elisa Sendín y, por primera vez en su vida, Cecilio Rubes tuvo en sus brazos una mujer sin saber que era una mujer. Era como sentir a Sisí porque ella tenía una parte de Sisí que él desconocía. Ella dijo puerilmente:

—Yo no quería que Sisí muriera.

El vino ofuscaba la razón de Cecilio. Gritó:

—¡Es la guerra, criatura!

Y Elisa confesó, entonces:

—A veces pienso cosas de las que luego me horrorizo. Yo me digo: mejor que hubieran matado a Luis.

El ascensor zumbaba, subiendo y bajando. «Bien, ¿por qué no tuve yo una hija?», había pensado Rubes. Ella se desprendió de él e irguió su cuerpecillo de una manera patética. Dijo:

—¿Qué culpa tienen los padres que sólo tienen un hijo?

«Culpa», pensó Rubes. Dijo:

—Eso, eso, ¿qué culpa tengo yo?

El vino le encendía y le deprimía a intervalos. Antes de llegar Elisa Sendín se había estado riendo él solo a carcajadas, con una risa seca y lúgubre. Se echó a llorar de improviso, abriendo sus flojos dedos:

—¿Por qué estoy ahora tan espantosamente solo, dime, criatura? —inquirió.

Elisa le abrazó suavemente y le besó una mejilla. Él sólo dijo:

—¡Dios mío!

En los días siguientes le agradaba encontrar a la niña y unirse en el sentimiento de Sisí. Le decía Elisa:

—A veces pienso que Dios vela especialmente por las grandes familias. Luis está en la Legión y vive y Sisí murió donde en apariencia había menos riesgo. ¡Ah, Cecilio! Nadie sabe dónde está el peligro, ¿no es cierto?

Aquella chiquilla, con sus incompletas ideas sobre las cosas y los fundamentos de las cosas, removía en Cecilio un sedimento de culpas y errores. Pensaba: «¿Será cierto que Dios protege a las grandes familias? ¿Por qué no tuve más hijos?». Estalló de súbito:

—¡No es Dios, niña! Bien, nada importa que la familia sea grande o pequeña. ¡Es la guerra!, ¿sabes? La guerra es algo horrible y monstruoso.

Cecilio Rubes pasaba largos ratos encerrado en el salón, bebiendo. Las varices deformaban sus blancas piernas y la derecha le dolía de reuma. Alguna tarde, después de comer, salía solo a tomar el sol. Un día encontró a Elisa Sendín. Le dijo la chiquilla:

—Siento un orgullo muy grande, Cecilio, cuando veo los triunfos de nuestras fuerzas. Pronto ganaremos la guerra y Sisí habrá cooperado a ello.

Se le movieron los labios nerviosamente a Cecilio Rubes. Emitía unos ruiditos imprecisos, semejantes a quejidos intestinales. Se palpó los bolsillos en un ademán inútil:

—¿Significa eso algo para ti? —dijo.

—¡Oh, claro!

Él se sintió aplanado:

—¡Bien! —dijo—. Yo he perdido la guerra de todas maneras.

Un mes más tarde intentó reanudar su antigua vida. Fue por el Establecimiento y pasó un rato en el Real Club. Todo cooperó a despertar en él una evocación minuciosa de la vida pasada. Se consideró un fracasado. Su matrimonio, su amante, su hijo, su bañera formaban una cadena ininterrumpida de intentos frustrados. Nada cuajó en algo continuado y práctico. Sus fracasos formaban una montaña. Prado dijo, en el Club:

—Mis chicos escriben que la cosa marcha. Pronto volverá la normalidad.

León Valdés, que acababa de regresar de Portugal y guardaba hacia Rubes una especie de resentimiento desde la disolución de la Sociedad, frunció su cara de pájaro para decir:

—Luego dicen que los españoles ya no tenemos agallas.

Cecilio le miró sorprendido. Dijo:

—Bien, sobran agallas para saltar la frontera, ¿no es eso?

Dijo Valdés:

—¿Qué quieres decir?

—Bien, ¿no me has comprendido? Digo que si todos hacemos lo que tú, esto se lo hubiese llevado el diablo.

—¡Si no fuera porque…! —dijo Valdés.

—Bueno —dijo Rubes.

Hubo un silencio violento. Por la noche, Cecilio dijo a Adela:

—He visto a Valdés. Bien, sin tanta patriotería, él aguantó en Portugal y ahora recibirá la victoria tocándose la barriga. ¿Quieres decirme qué ley quebrantábamos esperando en Estoril los acontecimientos?

Un día le asaltó a Cecilio Rubes la idea de que no era demasiado viejo para empezar otra vez. «Tengo cincuenta y siete años. Si yo tuviera un hijo podría muy bien verle llegar a la mayoría de edad», se dijo. Pensaba mucho y esta idea surgió en él como algo natural después de sopesar los pros y los contras. En principio no le hizo demasiado caso, pero despejadas las perspectivas, se dio cuenta de que era el único asidero para su vaciedad.

Adela se asustó, una noche:

—¿Qué intentas? ¿Estás loco?

—Quiero un hijo, ¿entiendes? Me has quitado un hijo y debes darme otro. Necesito tener un hijo.

Adela se echó a llorar. Chilló Rubes ásperamente:

—Así no, ¡idiota! ¿No comprendes que si lloras me inutilizas?

—¡Por amor de Dios, Cecil!

Su ardor mismo le imposibilitaba.

—Tú no lo quieres, ¡maldita! Tú quieres que me pudra en esta soledad.

Oía llorar a Adela fúnebremente. Dijo ella:

—¿Por qué no tuvimos a tiempo todos los hijos que Dios quiso darnos?

—Sí, ¿por qué?

—Ahora es tarde, Cecil. Un imposible.

—¡Ah! ¿Por qué un imposible? Todas las cosas son cuestión de desearlas. Bien, quiérelo mucho y tendremos otro hijo.

La cintura de su mujer estaba ancha y anquilosada, no despertaba en él la menor ansiedad. Dijo Cecilio:

—Podría ser el comienzo otra vez.

Recostaba, ahora, la nuca en la almohada y contemplaba las tinieblas por encima de él. Le envolvía como una ternura impalpable. Añadió:

—A veces pienso que los hijos son la única verdad de la vida. —De nuevo se enfureció con Adela—: ¿Por qué no pones un poco de tu parte? —chilló—. ¿Por qué te has mostrado conmigo siempre fría e indiferente?

Le alcanzó la poca voz de su mujer:

—Somos dos viejos, Cecil. La vida ha pasado ya sobre nosotros.

Mas la idea había cuajado sólidamente en el cerebro de Cecilio Rubes. Era un punto de luz en la oscuridad y se movía derechamente hacia él. Adela trataba de apaciguarlo:

—Querido, querido… es una insensatez.

—Lo quiero, ¿sabes?

—¡Oh! No se pueden querer imposibles.

—¿Imposibles? ¿Cuántas mujeres tienen hijos después de los cincuenta? ¿Por qué no quieres ayudarme un poco?

Rubes no se resignaba; una especie de anticipada terquedad senil le poseía. Volvía a ser el niño caprichoso que fuera siempre, el niño caprichoso que fuera, luego, Sisí.

Una tarde fue a ver a Tomás. Tomás era feliz con su enfermera y tenía tres hijos pequeños. Le recibió con mucho afecto:

—¡Ah!, me temo que no pueda ser —dijo.

—¿No hay muchas mujeres que tienen hijos después de los cincuenta años?

—Tu mujer tuvo ya la…

—Hace tres años.

Movió la cabeza Tomás:

—Veremos. Tráela por aquí.

Adela le hizo una escena al comunicárselo.

—Cecilio. ¡Por amor de Dios! ¿Vas a avergonzarme así a mis años?

—¿Avergonzarte? ¡Idiota! ¿Es una vergüenza para una mujer comprobar si está en disposición de tener hijos? Bien, prepárate, Tomás nos está esperando.

—¿No comprendes, Cecilio, que es una humillación para mí? ¡Oh, por favor, desiste! Te prometo, Cecil, que lo intentaré, pero no me avergüences delante de nadie.

Había una luz obstinada en los ojos de Rubes desde la muerte de Sisí que se acentuaba al enfurecerse:

—¡Idiota, idiota, idiota! —voceó—. ¿Es que no me has oído?

En su trato con Adela no observaba ya Cecilio Rubes la menor consideración. Una vez le dijo ella: «Cecil, no nos queda más que resignarnos». Él se alteró todo. Era lo único que no admitía mientras hubiera vida. No comprendía cómo nadie podía aceptar la resignación por unos años, los únicos que le quedasen por vivir.

Tomás reconoció a Adela minuciosamente. Cecilio esperaba su fallo con el corazón agitado. Al concluir, Tomás se volvió:

—Lo siento —dijo—. No creo que haya la menor esperanza.

Rubes bajó la cabeza. En la puerta, Tomás le pasó su poderoso brazo por los hombros:

—Cecilio —dijo—. Cuídate. Estás envejeciendo prematuramente.

Cecilio Rubes entró en una nueva fase de postración. «Un hijo —pensaba —. Un hijo podría remediarlo todo». Apenas cambiaba palabra con Adela y, si lo hacía, era para descargar su mal humor. Si no tenía noticias de una visita de los Sendín, procuraba no estar en casa. Rehuía todo contacto y toda vida de relación. Un día tropezó con Elisa Sendín riendo junto a un alférez de la Legión y comprendió que se había quedado definitivamente solo.

La gente decía: «No parece el mismo Rubes». «Le ha afectado mucho lo de su hijo». Y él deambulaba con los tacones de los zapatos comidos, las ropas demasiado holgadas y sucias y arrastrando las vueltas de los pantalones desplanchados por el pavimento. No parecía el mismo Rubes de 1930 o 1918. Había adelgazado mucho y el cuello de la camisa le quedaba demasiado ancho. Sus ojos encerraban una vaga expresión enloquecida y sus labios se movían constantemente, murmurando letanías inaudibles. El paso de Cecilio Rubes por la calle despertaba sentimientos de conmiseración. Él advertía en sus antiguos amigos, principalmente en Luis y Gloria Sendín, una viva solicitud por remediar su decaimiento, pero él la atribuía a fines ruines y sádicos. A veces, en plena reunión, Cecilio se levantaba y salía dando un portazo. Adela le decía, saliéndole al paso:

—¿Adónde vas, Cecil?

—¿Y a ti qué te importa?

—Por favor, Cecil. No debes descuidarte así.

—Déjame en paz.

Prefería sentirse solo y estarlo. Vagamente culpaba a su mujer de todas las cosas. En realidad, su mujer jamás en la vida le hizo totalmente feliz. Ahora que su dolor era más manso, lo notaba más profundo, como si fuera vaciándolo poco a poco.

Para Adela, Cecilio se erigió en el foco esencial de su preocupación. Temía que se trastornase y le asustaba dormir con él en una misma cama. Bajaba a la iglesia diariamente. Ella sabía que lo de Sisí fue un merecido castigo y lo aceptó resignada. Si pensaba en los hijos que deliberadamente dejaron por nacer, sollozaba a impulsos de un arrepentimiento sincero. De nuevo se encontraba sola, pero ahora hallaba en su piedad un confortable alivio. En ocasiones le lastimaba la intemperancia de Cecilio hacia ella, su afán por alejarse cada vez más:

—Por Dios, Cecil —le decía—. Vuelve en ti. Estás torturándote en vano.

Él se agriaba. Le dolía a Adela, tanto como las palabras, el tono infinitamente despectivo con que se las tiraba a la cara:

—¡Calla, pedazo de inútil! —chillaba—. ¿Qué me ofreces tú para evitar mi tortura?

La idea del hijo crecía en él hasta convertirse en una obsesión. Constantemente se lo echaba en cara a su mujer. En los largos insomnios pensaba en ello; casi estaba persuadido de que otro hijo sería recuperar a Sisí. Se acostaba hecho un ovillito, mirando al costado de la cama. Acostarse hacia su mujer entendía él que equivaldría a una tácita absolución de su inutilidad. Cecilio Rubes necesitaba demostrarle constantemente su resentimiento. En ocasiones, sentía frío y, entonces, se acurrucaba y escondía sus manos entre las rodillas. Si Adela roncaba, gritaba él, sin contemplaciones: «¡Calla! ¡Me vuelves loco!». Adela dormía ahora en un perpetuo sobresalto. No se atrevía ni a darse la vuelta en la cama. Oía como en una pesadilla los nerviosos ruiditos que producía Cecilio al mover los labios. Algunas noches, Adela se desazonaba pensando en Sisí, mas, cuando evocaba su pérdida, no se lo representaba hecho un hombre, sino la criatura irresponsable que, años atrás, tiraba glotonamente de sus pechos cada tres horas. Ello le producía una indecible emoción. Cecilio rebullía a su lado. Le dolía la pierna y le punzaba el hígado. Pensaba, a menudo, en Elisa Sendín: «Bien —se decía—, ella se casará; conozco casos semejantes. —Elisa le había dicho a los pocos días de morir Sisí—: Hay guerras y guerras. Nosotros moriremos tristemente en una cama, molestando a todos, sin ser útiles a nadie. Nos queda el consuelo de que Sisí ha muerto por una gran causa». Rubes había sonreído amargamente. «Una gran causa», pensó.

Una noche, Cecilio Rubes recordó a Paulina. No había vuelto a verla desde el día en que la visitó, estando Sisí en el frente. La actitud de Paulina aquel día le pareció grosera e ingrata. Juró no volver a visitarla. Su orgullo estaba entonces demasiado lastimado. Ahora, Cecilio Rubes no tenía orgullo

y necesitaba un hijo por encima de todas las cosas. «Paulina también quería un hijo, —pensó. Oía la respiración de Adela en el extremo opuesto de la cama y su regularidad le irritaba—. Veré a Paulina. Bien, Sisí ya no está y las cosas han cambiado de nuevo», se dijo.

Ya era de noche cuando, al día siguiente, subió a casa de Paulina. La radio cantaba de una manera estridente y Paulina, derrumbada en la cama, tenía un vaso con vino al alcance de la mano. «¡Qué ajada está!», pensó Rubes. Ella se echó a reír al verlo:

—Cecilio —dijo—. Esto no tiene remedio. Somos dos viejos.

—Bien —dijo Rubes, y se sentó en el borde de una silla.

Sonaba la música locamente, agriamente. Dijo Rubes, incorporándose y acercándose al receptor:

—Esto es una locura. ¿Te importa…?

—¡Oh, no lo toques! —gritó Paulina.

Había una media asomando por debajo de una silla y un zapato sobre el tocador y varias prendas interiores revueltas por el suelo. Paulina tuvo constancia de su vejez el mismo día que enterraron a Sisí Rubes.

Necesitaba hablar a gritos para entenderse. Dijo Paulina:

—¡Vaya! Hace veinte años que me visitaste para decirme que tenías un hijo, Cecilio, ¿recuerdas? Me regalaste unas perlas para las orejas y mi disco favorito. Hoy vienes a decirme que ya no tienes un hijo. ¿No me regalas, siquiera, un ramo de crisantemos?

Rompió a reír locamente y, con la estridencia de la radio, no se sabía a ciencia cierta si todo aquello era una carcajada o una canción. Dijo Rubes sombríamente:

—Bien, Lina; estás borracha, ¿no es cierto? Paulina torcía un poco la boca y se expresaba con cierta dificultad. Dijo irónicamente:

—No irás a pedirme mis favores… ¿verdad, Cecilio? Eso sería una monstruosa inmoralidad.

Se incorporó a medias en el lecho, apoyándose en un codo. Añadió, pasándose levemente las yemas de los dedos por las arrugas de la frente:

—¿Te has fijado en mí, Cecilio? Soy una vieja. Soy ya una pobrecita vieja que no sirve para nada.

Cecilio se aproximó a ella y se sentó en el borde de la cama. Se palpaba los bolsillos con nervioso ademán. No acudía a Paulina ahora en busca de un placer, sino a sentar las bases de un contrato. Cecilio Rubes no era en este instante un seductor sino el hombre de negocios que fuera siempre Cecilio Rubes:

—Bien, pequeña —dijo—. Escúchame, pequeña. —La tomaba autoritariamente por la muñeca—: Tú no estás borracha hasta el punto de no entenderme. Bien… Las cosas han cambiado un poco desde hace unas semanas. Sisí ya no está. Bueno, tú me recordabas antes lo que ocurrió hace veinte años. Bien, Lina, entonces me dijiste: «También yo, cuando pasen los años, desearía tener un bebé. Yo creo que todas las mujeres querrían tener un bebé en alguna ocasión», ¿no lo recuerdas? Bien… Bueno, pequeña, yo también quiero un bebé; y…

Los labios de Paulina se entreabrían expectantes. Gritó, de pronto:

—¡Vaya!

—¿Bien?

La chica se puso en pie de un salto y miró a Cecilio Rubes con una mueca ambigua. Cecilio ignoraba si ella iba a reír o a llorar. Al fin, gritó, triunfalmente:

—¡Soy yo la única que conservo algo de Sisí! ¿No quieres saberlo, Cecilio?

Rubes se aproximó a ella y la tomó suavemente por la cintura:

—Bien, Lina —dijo—. Has bebido y estás excitada. ¿Por qué no apagamos de una vez este demonio loco?

Se acercó de nuevo al receptor. Gritó ella:

—¡No lo toques!

Cecilio se volvió calmosamente:

—¿Adónde vamos a parar, pequeña?

Agregó Paulina:

—También dije entonces, ¿no recuerdas?: «Cuando tu hijo crezca tendrá otro hijo y se llamará también Cecilio Rubes y de esa manera tú seguirás aquí y no te irás del todo».

—¡Ah, bien! ¿Por qué divagas ahora, pequeña? Di, Lina, ¿por qué no atiendes a razones? Sisí ha muerto y los muertos no tienen hijos.

Antes de concluir, Cecilio Rubes ya advirtió que había dado un paso en falso. Quiso gritar a Paulina que se callara, pero su vitalidad no se manifestó sino en un extraño y angustioso temblor. Las palabras de Paulina lo sacudían despiadadamente:

—¿Es que estás ciego, Cecilio? ¡Yo espero un hijo de Sisí! ¡Voy a tener un hijo de tu hijo! ¿Es que no lo ves? Yo quería un hijo, ¿sabes? Yo sabía que Sisí moriría en la guerra y no quería quedarme sola. ¡La soledad es una cosa terrible, Cecilio! Yo soy vieja… ¡Vieja, oyes!, y no tengo a nadie.

Cuando Paulina se arrojó en el lecho, Cecilio no sabía si reía o lloraba. Sólo veía su cuerpo estremecerse en nerviosas convulsiones. Una ansiedad desconocida atenazaba su estómago y sus pulmones. Se desplomó en una silla como sin vida. Murmuró: «Tengo que pensar. Es una cosa muy importante, ésta. Tengo que pensar. —Luego le envolvió, como una nube, todo el asco y la amargura de la realidad—. Paulina, madre de mi nieto —pensó—. Paulina, madre de un Rubes, ¿cómo es posible que quede en el mundo algo vivo de Sisí?».

Al incorporarse Paulina, Cecilio la vio viciosa y basta y deformada y repelente, tal como él la había creado. Dijo ella:

—Cecilio…

—¡Calla! —dijo él—. Esto es una cosa muy importante. ¿Comprendes? Tengo que pensar en ello.

La radio cantaba con toda su potencia. Una atmósfera extrañamente enrarecida sepultaba a Cecilio Rubes. «¡Dios! —pensó—. Sisí ha dejado una vida dentro de ella». Se pasaba repetidamente la mano por las mejillas. Se levantó en un movimiento brusco y sujetó a Paulina por los brazos:

—¡Dime que es un absurdo eso! ¡Dime que me has engañado!

Ella levantó la cabeza para reírse:

—¡Vaya, Cecilio, estás celoso!

—¿Celoso?

—¡Loco!

—¡Calla, zorra!

La abofeteó cruelmente, con creciente frenesí. Cuando ella empezó a chillar, Cecilio sintió deseos de matarla. Le cruzó la mente esta idea: «El hijo de Sisí no nacería de esa manera». Pero le echó atrás su cobardía. Cecilio Rubes fue siempre cobarde, y ahora lo notaba claramente en la indecisión de sus manos. Bajó la escalera a trompicones. Parecía un borracho. En el portal había dos hombres hablando de la batalla de Teruel. Atravesó la calle con pasos rápidos y vacilantes. La sensación de vacío se agrandaba en su pecho hasta extremos insoportables.

Ya en la cama oyó la voz de Adela, conciliadora:

—Cecil, ¿qué te ha ocurrido? ¿Por qué hemos de estar tan distanciados uno del otro?

—¿Te quieres callar?

—¡Oh, Cecil, estás destrozando tu vida! ¿No lo comprendes?

—¡Calla, calla!

De nuevo empezaba la tortura del insomnio, agudizada por el reciente descubrimiento. Rubes pensó: «¿Dónde empezaron mis fracasos? ¿Qué hay en mi vida que no haya sido un fracaso?». Le dolía muy fuerte la pierna derecha. Oyó dar la una y las dos en el reloj del salón. Le agobiaba la sensación de que Adela le acechaba en la oscuridad. Prefería tenerla dormida, inconsciente, a su lado, que no así, vigilándole y compadeciéndole y torturándole. Notaba una rara imprecisión en la cabeza, como si no pudiera retener las ideas que le importaba retener, ni desechar las ideas que deseaba desechar. El control de su propio mecanismo le fallaba. Era una vaga impresión de dependencia aquello. Oyó rebullir a Adela y voceó:

—¡No podrás estar quieta un momento!

Entonces la sintió llorar. Se puso fuera de sí:

—¿A qué ton esas lágrimas? ¿Por qué diablos las mujeres resolvéis todos vuestros problemas llorando?

Dio la luz de la cabecera. Adela, sentada en la cama, se cubría el rostro con las manos. Dijo:

—¡Oh, Dios, Dios! Esto es superior a mis fuerzas. No lo puedo resistir.

Chilló Cecilio histéricamente:

—¿Qué es lo que no puedes resistir? Di. ¿Es que sabes siquiera lo que es empezar a padecer? No te ha ido tan mal en la vida, digo yo. Bien, ¿qué te faltó en la vida?, ¿qué tuviste en la vida antes de casarte conmigo?

—¡Calla, Cecilio!

—¡No quisiste nunca a tu hijo, si es eso lo que estás tratando de hacerme creer! Sisí te estorbaba, ya lo sé yo. Trataste de mortificarle siempre. Cuando viste que no se te sometía, bien, que no se te sometía, quisiste deshacerte de él mandándolo a la guerra.

Adela lo miraba implorante. Dijo:

—Cecilio, Cecilio, ¡por Dios!, ¿por qué no tratas de comprenderme?

—¿Qué hay de comprensible en ti?, dime.

—Vamos a hacer un frente común, querido, en vez de estar todo el día acusándonos mutuamente y martirizándonos.

—Bien, un frente común… un frente común. Se te ha pegado el cochino lenguaje de la guerra. ¡La guerra! Bien, ¿has pensado en cómo nos iría sin esa estúpida manía vuestra de enderezar las cosas? ¡La guerra! Entre todos habéis armado esta guerra para que paguemos los que no tenemos nada que ver con ella.

No existía la menor coherencia en las palabras de Cecilio Rubes. Sin embargo, él intuía que necesitaba desahogarse. Mas a medida que hablaba, su

cerebro se ofuscaba más y sus voces eran más fuertes y destempladas. Experimentaba un raro vértigo chillando como un loco, sin sopesar el valor de las palabras. De repente, la luz se apagó y se alzó poco a poco sobre la ciudad dormida el ulular de las sirenas anunciando la presencia de aviones adversarios. Era como un gigantesco alarido lastimero, quebrado en mil gradaciones y matices. A Cecilio le exasperó aún más la oscuridad, la inmediata conciencia de la guerra, el hecho de que otra voz, aguda e implacable, eclipsara la vibración de la suya. Voceó:

—¡La guerra! ¡Ahí tienes la guerra, idiota! Eso querías tú. ¿Y mi hijo? ¿Dónde diablos puedo encontrar ahora a Sisí?

Dijo Adela:

—Hemos sido cobardes, Cecil. Esto es un castigo del Cielo.

Rubes soltó una palabrota. Notó que su boca se llenaba y soltó un rosario de palabrotas. Le hería la repentina calma de Adela. Palpó en la oscuridad, buscándola.

La sirena zumbaba por encima de los tejados. Oyó la voz desgarrada de su mujer; como una conciencia.

—¡Esos hijos, Cecilio! ¡Esos hijos que dejamos por nacer!

—¡Hijos! —chilló él—. Maldita inútil, ¿qué hijos has sabido darme tú? ¿Qué has hecho de Sisí?

Todo su cuerpo estaba como electrizado. De la calle ascendía un rumor de gente huyendo a los «refugios». Sus manos toparon con el bulto de su mujer y lo retorció y lo golpeó a ciegas, fallando muchos golpes.

Gritó Adela:

—Eso no, Cecilio, ¿estás loco?

—¡Tú mataste a Sisí, maldita!

—¡Tú!, tu afán por esconderlo lo mató.

Cecilio Rubes, ciego de furia, se incorporó. Sólo notaba nervios en su cuerpo y una tensión enloquecedora a flor de piel. Fuera, silbaba la sirena monótonamente, en tono menor. Adela le oyó avanzar hacia el balcón con los pies descalzos. Pensaba: «¡Oh, Dios!, ¿qué querrá hacer ahora?». Escuchó los ruiditos nerviosos que emitían sus labios y luego una palabra soez. Cuando Rubes abrió el balcón de par en par, el aposento se llenó del dramático alarido de la sirena. El cuerpo rechoncho de Cecilio Rubes se recortó un momento sobre el fondo de las estrellas. Con una ligereza insospechada, Cecilio se encaramó a la balaustrada y saltó. Como en una pesadilla oyó Adela el ruido sordo de un cuerpo al chafarse contra el asfalto. No comprendía bien lo que

acababa de ocurrir, pero mecánicamente se llevó las manos a la cabeza y gritó muy fuerte, una, dos, tres veces.

La partida

1954

Uno

Había sido Miguel Páez durante dieciocho años, y de pronto, en cuarenta y ocho horas, era sólo *Valladolid*. Y en el *Cantabria* le decían *Valladolid* con acento indulgente, como un tierno diminutivo. A él no le ofendía, antes al contrario, le confortaba no sólo el tono, sino la palabra, y la nostalgia de su ciudad que la palabra envolvía. Don Jesús Beardo, el maquinista del *Cantabria*, decía *Valladolid* de otra manera. Aun si recitaba versos, don Jesús Beardo, el maquinista del *Cantabria*, adoptaba una expresión negra y cortada, como el ladrido de un mastín hosco. En cambio, Benito, el contramaestre, veía las cosas de color rosa, y hasta cuando mencionaba la carga —aquella carga que le hacía sudar y blasfemar junto a los cuarteles de la sentina, mientras chirriaba, arriba, el aguilón de la grúa— decía: «Naranjas, naranjitas; pequeños soles para los hijos de la niebla». Y seguramente Benito, el contramaestre del *Cantabria*, pensaba en redondo, porque su cuerpo era redondo, y para él imaginar a Ava Gardner era como tener a Ava Gardner, y él la vio apearse una vez del avión 7532 de la U. S. Air Force, y desde entonces se creía con algún derecho sobre la muchacha. Él decía: «Las caritas de las actrices, contra lo que la gente cree, no son sólo potingues. Ava Gardner sabe sonreír y, sobre todo, sabe mirar. En las mujeres, el saber mirar es una sabia virtud». A Miguel Páez le decía ahora *Valladolid* y a *Valladolid* le agradaba oír al contramaestre llamarle *Valladolid* porque así olvidaba, o se desentendía de la mugre y la sordidez, y aun de la austeridad, del *Cantabria*. Escuchando a Benito las cosas tomaban un amable cariz de fiesta.

Él llegó dos días antes, con sus maletas de cartón a cuestas y su predisposición al asombro. «Yo soy un alumno de Náutica sin conocimientos prácticos; eso, eso…», se decía. Luego, durante la cena, se lo confesó al maquinista y el maquinista gruñó. El capitán era joven para tener el pelo blanco y, sin embargo, el pelo suyo era desoladamente blanco y sus maneras lacónicas. Benito, el contramaestre, se echó a reír, primero, cuando él, *Valladolid*, al oír las presentaciones del capitán, lanzó aturdido su mano al azar, para el primero que quisiera tomarla. *Valladolid* estaba descentrado con su carita blanca, imberbe, de escolar de pensión, entre aquellos rostros atezados por todos los vientos. Más tarde, cuando pretendió arrimar la

banqueta a la mesa, Benito, el contramaestre, rió por segunda vez y don Jesús Beardo, el maquinista, le dijo:

—Muchacho, cuando subas a un barco repara que eres tú lo único que no está amarrado al suelo.

Su ingreso, pues, no fue ni mucho menos unas pascuas. El revisor, en el tren, le había dicho: «¿Embarcas en Santander? Un bote». «¿Por qué un bote?, —inquirió él, que todavía no era *Valladolid*, con cierto desapego—. Ahí no hay barcos de calado». «No hay barcos de calado… No hay barcos de calado. ¿Pretendo yo darle lecciones a él de lo que pasa en el tren?», pensó Miguel Páez. Luego resultó que el *Cantabria* era un bote de 500 toneladas, 35 metros de eslora, *6* de manga y 6,75 de puntal. Y la arboladura un desecho, tarada de herrumbre, y él no era Miguel Páez, sino *Valladolid*. Se arrimó a Benito, que a orilla de la sentina contemplaba la carga, sudaba y escupía juramentos.

—¿Qué creíste, hijo? ¿Que era el *Queen Mary*? —le dijo el contramaestre.

—¿Y eso? —indagó él, señalando la carga.

—Naranjas, naranjitas; pequeños soles para los hijos de la niebla.

Más tarde juró de nuevo el contramaestre, cuya faena de dril estaba desteñida en los sobacos. En su cuello poderoso se distinguían tres franjas de color grana y, si elevaba los ojos para observar las evoluciones del aguilón de la grúa, se hacían más ostensibles. El cuerpo del contramaestre resultaba un poco cómico en su redondez pretenciosa, en su vil adiposidad. *Valladolid,* que aún no era *Valladolid*, sino Miguel Páez, se sintió entristecido y pensó en Marita y, sin poder remediarlo, porque era una necesidad perentoria, se encaramó al espardel y arañó el nombre de la muchacha en la pintura, debajo de un cable. Se hizo la tonta ilusión de que así la chica, en cierto modo, le acompañaba. Bajó más aliviado y ya el aguilón descendía al sollado por última vez y Benito, el contramaestre, dejó de jurar, le tomó por los hombros y le fue diciendo, sin que él le preguntase nada:

—Aquí es la pacotilla, ¿me entiendes? Sin la pacotilla esto no es carrera ni es nada. ¿Dónde estudiaste tú?

—En Barcelona.

—Luego eres catalán. ¡Buen país!

—Soy de Valladolid.

—¡Ejem! Bueno, eso es otra cosa. No es mal país tampoco Valladolid… Sin la pacotilla te podrías dedicar a escardar, te lo digo yo. Es más rentable. ¿Valladolid? Yo pasé por Valladolid en el año nueve. ¡Bonitas chicas o yo soy un perro sarnoso!

Valladolid, que empezaba a ser *Valladolid*, sonrió tímidamente. No se aventuraba a la sonrisa abierta para no dulcificar aún más su rostro. A Marita le decía, tres días antes, tomándole de las manos y sintiéndose fuerte y viril: «Ya ves, hijita, la mar, la mar… Recorrer el mundo. Es ésta una profesión muy dura». A Marita le temblaba una lágrima en el ojo derecho. Le dijo, recostando la cabeza sobre su hombro, que, entonces, podía parecer capaz y sólido: «Cuando nos casemos me llevarás contigo. No nos separaremos nunca, ¿no es cierto?». «Veremos, veremos…», respondió él dispuesto a allanar dificultades. Marita tenía dieciséis años y unos hombros adolescentes y frágiles, y unos acerbos celos del *Cantabria*, carga general, junto a Benito, el contramaestre, *Valladolid* se sentía Marita: débil y compungido. Él, *Valladolid*, era audaz lejos de las realidades. En el *Cantabria* era tímido y se sentía muy poquita cosa. Su padre le dio tres billetes de cien al despedirse: «Tú sabes que esto no sobra. Pero aún no ganas y yo he de concluir lo que empecé o no soy hijo de mi madre». Su padre, naturalmente, sí era hijo de su madre, concluyera o no lo que había empezado, pero *Valladolid* no era, en puridad, hijo de su padre. Su madre, que sí que era su madre, se casó con su padre en segundas, cuando ya le tenía a él. *Valladolid* no recordaba la boda, ni recordaba a su madre, pero sí recordaba a su medio hermano Raulito, que era breve y enclenque como un pájaro en carnutas. Cuando murió, le encerraron en un cofrecito blanco y su padre, «Revisor de la Compañía de Ferrocarriles del Norte, —hizo asueto aquel día y andaba tras el féretro como borracho y, por la noche, le dijo a Miguel Páez—: Sólo me quedas tú. Lo más mío se esfumó». Lo más suyo eran Raulito y su madre, que también eran lo más suyo, lo más de *Valladolid*, y también se le habían esfumado. Él le dijo: «¡Padre…!, —y se atascó, porque allí no cabían las palabras, y el revisor de los Ferrocarriles del Norte añadió—: Sí, hijo, sí; como sí lo fuera; para ti, como si lo fuera».

A *Valladolid* le constaba el esfuerzo de su padre y le constaba que no mentía al decirle: «Tú sabes que esto no sobra». Los tres billetes eran una necesidad truncada y *Valladolid* los colocó en el bolso alto de la americana, tal vez para tenerlos más cerca del corazón. Había respondido: «Descuida, padre». Y ahora, abrió el ojo cuando Benito, el contramaestre del *Cantabria*, le dijo:

—Sin el frasco y el naipe, ¿qué sería del marinero en la mar? La mar, muchacho, es un desierto sin arena.

—Bueno, el naipe.

—Esta noche nos hacemos a la mar. Fuera de la ostial, el naipe. ¿Valladolid, dices? ¿No hay en Valladolid un hermoso acueducto?

—Es en Segovia…

—Sí, Segovia… ¿Sabes jugar al póker, *Valladolid*?

—¡Oh, sí!

—¡Magnífico!… De Valladolid, bien mirado, no recuerdo sino las chicas. Un poco esquivas, pero bonitas, ¿no es cierto?

—Sí.

—Yo llevaba un uniforme bien cortado, pero ni por ésas. ¿Quieres hacer el cuarto mañana?

—¿El cuarto?

—En mi cabina; al póker.

—¡Ah, bien! De acuerdo —dijo *Valladolid*.

Dos

Caía la noche y de la amura de babor soplaba una brisa muy tenue. Los pesqueros se ponían en movimiento y se oía, a lo lejos, una sirena como el quejido de una mujer ebria. Olía a salitre y a algas y las gaviotas sobrevolaban el mar con una atención suspensa. De la parte de Pedreña, la superficie se encrespaba y se poblaba de cabrillas blancas. En el muelle, el bolardo parecía un brazo en tensión, cargando con la responsabilidad del *Cantabria*. El bolardo era, ahora, el capitán, y el capitán, cuando *Valladolid* se presentó a él en la diminuta camareta, era, de pronto, un burócrata concienzudo y borracho. Bebió dos vasos de vino mientras anotó sus datos en el diario de navegación. El capitán, como los practicantes, olía intensamente a alcohol. En sus palabras y sus movimientos se descubría una premeditada represión. *Valladolid* observaba su cogote rapado y pensó que aquella cabeza, prematuramente blanca, estaba electrizada y que de tocarla le sacudiría un calambre. El capitán del *Cantabria* mordisqueaba la pluma antes de escribir. Sus dedos grandes y expeditivos tenían una extraña agilidad. Se volvió al muchacho de pronto:

—No le extrañe —dijo—. En la Escuela fui campeón de dedos.

—¿De dedos?

—¿No luchó nunca con los dedos?

—No.

—También se lucha con los dedos. Y yo era campeón.

Valladolid pensó que estaba bebido. Su sonrisa era juvenil, pero no franca; quedaba como sometida a una condición, como si el capitán del *Cantabria* pensase: «Si no tuviera *eso* encima de mí, sonreiría del todo». Luego enseñó el barco al alumno y le entregó dos faenas de dril y una gorra de plato. *Valladolid* se sentía orgulloso debajo de ella, pero Benito, el contramaestre del *Cantabria*, dijo, al verle: «*Valladolid*, criatura, pareces el *botones* de la Banca Arteche». Y *Valladolid* pensó en Marita y cuando, a su lado, parecía un hombre ciclópeo. Sonreía, sin embargo, con una limitación predispuesta. «Fuera de Benito, el contramaestre, nadie en este demonio de barco sonríe de verdad», pensaba.

El barco no le gustaba a pesar del concienzudo interés del capitán por enseñárselo. Era sucio y viejo y en las sentinas había ratas. La obra muerta, alterosa y renegrida, no guardaba equilibrio con el casco, y el capitán le dijo

que «era un trasto reconstruido». En extraña contradicción con el resto, el puente de mando brillaba como una patena; la rueda del timón, pulcramente barnizada, parecía un objeto de adorno.

—Bueno —dijo *Valladolid*—. ¿ Qué velocidad desarrolla?

—Doce millas sin forzar.

—¿Servicio?

—Habitualmente con Plymouth.

El muchacho asió el timón y, de súbito, se sintió un hombre importante.

—¿Yo podría llevarlo?

—Un niño puede llevarlo. Es un barco marinero éste y la pista más ancha que el Paseo del Campo Grande.

—¿Conoce Valladolid?

—¡Oh, Valladolid! ¿Qué razón existe para que venga al mar un castellano de tierra adentro?

—Eso; el mar.

—¡Vaya!

—Yo siempre deseé lo que no tenía —dijo *Valladolid*.

Tres

El camarote de Benito, el contramaestre del *Cantabria*, le produjo la misma impresión que el camerino de una *vedette* de pocas pretensiones.

Olía a axila sudada y a ropa de cama sin ventilar y era tan sórdido y angosto como el de *Valladolid*, siquiera el contramaestre se las arreglase para imbuirle cierto aire de local de esparcimiento. En ninguno de los mamparos se veía la madera; fotografías de periódicos de todas las actrices de Hollywood se exhibían pegadas allí toscamente, unas conservando el pie y otras, las más, recortadas en silueta. Sobre la cama, entre las estampas frívolas, había un cromo de la Purísima con rostro de modistilla:

—La Virgen está en mi pueblo por encima del alcalde —dijo el contramaestre—. En la fiesta hacemos una hoguera en la plaza y los *carcas* arrojan caramelos a los chicos.

Le había acogido con una sonrisa pletórica, la misma sonrisa con que acogió la noche antes los malos humores de don Jesús Beardo, el maquinista del *Cantabria*.

—Siéntate, *Valladolid*. Tomaremos una copa. Eres el primero, ya lo sabes.

Se agachó y, tras un desmanotado forcejeo, abrió el candado de la taquilla y sacó una botella. Sonreía. Aún no hacía tres horas que el *Cantabria* navegaba en mar abierta. Cabeceaba suavemente y *Valladolid* notaba una sensación difusa en las plantas de los pies. Nada en concreto, pero prefería estar sentado. La cabina de Benito tenía dos ojos de buey. Él había permanecido una hora larga acodado en la borda contemplando la nada del cielo y el mar. Producía una extraña impresión pensar en Marita en aquellas circunstancias. Ahora deseaba jugar al póker y mirar los naipes del descarte lentamente, uno a uno, exacerbándose la emoción del azar.

—Es una molestia —dijo *Valladolid*, tímidamente. Y miraba, fascinado, los muslos redondos de Sonja Henie, la patinadora.

—¡Bah!, molestias, molestias… Para mí echar un trago no significa una molestia, sino exactamente lo contrario: me aclara la cabeza y me abre el apetito. Decía mi padre: «El mucho vino mata, pero un poco menos resucita», ¡ja, ja, ja!

Se sentó frente al muchacho y llenó dos vasos:

—El cura de mi pueblo solía decirme: «Conserva el corazón de un niño y serás un niño aunque tengas pelos bajo la nariz y la cabeza monda como una

bola de billar».

—En mi litera hay chinches —dijo *Valladolid* repentinamente disgustado.

—¿Dónde no? Y cucarachas en las taquillas y ratas en las sentinas. ¿Qué imaginaste que era el *Cantabria*, *Valladolid*? Aprende a llevar el *Cantabria* y podrás llevar mañana el *Queen Mary*. Atiende, muchacho. ¡Mira qué bocas! Mis novias posaron sus labios aquí para que yo las conservase…

Le mostraba un álbum lleno de pequeñas cartulinas blancas, ordenadas de forma simétrica:

—Bueno —dijo el chico, a quien las fotografías de los tabiques perturbaban—: ¿quién es aquella de arriba, si puede saberse?

El contramaestre del *Cantabria* volvió los ojos con un esfuerzo:

—¡Ah, ja, ja!… —dijo—. ¿No conoces a Elizabeth Taylor, criatura? ¿Pudiste vivir este tiempo sin conocer a esa chica? —Volvió sobre su álbum, jactanciosamente—: Cuéntalas, *Valladolid*, hijo —añadió—. Suman ochenta y siete. Ochenta y siete bocas que este menda ha probado. Repara, *Valladolid*, muchacho… Repara en estos labios… Dime, ¿qué dice debajo?

—Dice: «Leonisa Altable. Cádiz. Doce febrero mil novecientos treinta y cuatro —once abril mil novecientos treinta y cuatro».

El contramaestre adoptaba un aire beatífico. Meditó un momento:

—Te soy sincero, *Valladolid*; no recuerdo a esta muchacha y te juro que lo siento. No la recuerdo aunque me esfuerzo en ello.

Valladolid apuró el vaso. Dijo:

—¿No vinimos a jugar al póker?

—Paciencia, hijo. Hemos de esperar —consultó su reloj de muñeca—; la noche es joven.

Valladolid, el muchacho, sentía el prurito de los naipes en las yemas de los dedos. Le agradaba la sensación del azar; no disfrutaba tanto con la jugada como con la expectativa de la jugada. Los tres billetes del padre, del que no era su padre pero como si lo fuese desde que perdió a Raulito, su medio hermano, le calentaban el corazón. *Valladolid* no dudó que los multiplicaría. Para él, sentarse a jugar equivalía a sentarse a ganar. Era, el juego, una actividad retribuida como otra cualquiera. Sin embargo, desconocía la técnica de la nueva mesa. En Barcelona ya sabía que Martí era aficionado al «pase negro» y a farolear cuando los demás pasaban. Climent, por el contrario, se mostraba moderado y corría el riesgo de comerse su jugada en espera de que fuese otro quien iniciara la puesta. *Valladolid* ignoraba la mecánica de los nuevos compañeros.

Benito, el contramaestre, eructó de pronto:

—Perdona, muchacho —dijo—. El viento es un lastre para el marino, créeme.

Sonreía. Retiró el álbum de la mesa. Él estaba sentado sobre la litera y *Valladolid* sobre una redonda banqueta, frente a él.

—Vendrá el maquinista, ¿no es cierto?

—No faltará, hijo.

A *Valladolid* no le gustaba el maquinista y por eso le agradó que viniese. Le placía estrujar a quienes no le eran simpáticos. Al desatracar, seis horas antes, coincidió con él a estribor, mientras el remolcador, fumoso y chillón como un chulo de puerto, arrastraba al *Cantabria* hacia la bocana. *Valladolid* observaba las tensas estachas, el agobiado esfuerzo del barquichuelo:

—Esto es otra cosa —dijo con incipiente entusiasmo—, la mar es otra cosa.

—Esto no es vida. Ni arriba ni abajo es vida —dijo don Jesús Beardo, el maquinista del Cantabria.

Se refería a las calderas y al puente, y ni las calderas ni el puente le parecían vida. Tenía un cigarrillo entre los labios y las manos ocultas en los bolsillos.

—Inglaterra —dijo el chico vagamente.

—¿Crees que allí atan los perros con longaniza, muchacho?

Su rostro era desplomado y funerario, con las mejillas chupadas y las sienes abultadas. Había en su espalda enjuta, y aun en la manera de proteger la colilla contra el viento, un definitivo aire de enterrador. Pero *Valladolid* no sabía que don Jesús Beardo, el maquinista del *Cantabria*, fue, primero, un hijo único y, después, un huérfano único. Ni sabía lo de la lápida. El padre del maquinista se excedió cuando perdió a la mujer, mas entonces la amaba e ignoraba que se excedía. Él creyó honradamente que no tardaría en seguirla y por eso grabó en la piedra: «Espérame. Pronto me reuniré contigo». Don Jesús Beardo, el maquinista del *Cantabria*, era entonces un pedazo de carne que se movía, pero no sentía. Cuando empezó a sentir conoció la lápida y advirtió que su padre no tenía prisas por reunirse con la difunta. Al morir su padre, al fin, diecisiete años más tarde, alguien añadió en la lápida, tras la fecha de defunción: «Querido, creí que no venías». Para don Jesús Beardo, el maquinista del *Cantabria*, jovencito sensible y enfermizo, fue aquello un rudo golpe. En todas partes le embromaban y una pequeña novia que tenía, y que apenas le llegaba a la cintura, le dejó plantado acuciada por el recelo de que la informalidad del padre se le contagiara. Entonces empezó para don Jesús Beardo la macabra costumbre de visitar cementerios. Se hizo marino para huir

de su ciudad y conocer nuevos cementerios. Le gustaban los cementerios y le agradaba constatar que no fue su padre el único que le hizo a su madre una perrería.

Dijo a *Valladolid*, acodado en la borda, junto a la amura de estribor, en tanto se encendían las luces del puerto:

—Yo pasé por Valladolid en el año quince. ¡Hermosos cipreses!

Hablaba igual que los perros aúllan en la noche, con un matiz de reproche y un filo amenazador.

—En el camposanto de Valladolid tengo yo un medio hermano —dijo *Valladolid*.

—¿Sí?

—Sí. Se llamaba Raulito.

—¿Murió chico?

—Seis años. El padre de él es ahora el padre mío.

—¿Cómo es eso?

Valladolid le explicó. Agregó el maquinista del *Cantabria*:

—¿No hay allí una lápida que dice: «Padres, ¿dónde estáis? ¿Dónde está vuestra virtud? ¿Quién separa la amistad?: Esta piedra y esta cruz»?

—Lo ignoro.

—¿No conoces las lápidas del cementerio de tu pueblo?

Valladolid se atarantó. Don Jesús Beardo parecía un catedrático reconviniéndole.

—No, en efecto —dijo *Valladolid*.

—Malo.

—Malo, ¿qué?

—Tu desinterés.

El capitán asomó por la baranda del puente y voceó una orden a la toldilla con el megáfono. Inmediatamente desapareció. *Valladolid* desvió la conversación:

—¿Y él? —inquirió.

—¿Qué, él?

—Es joven y su pelo es blanco.

—Sí.

—¿Y eso?

—La vida le mordió. La mordedura de la vida es como la de un perro rabioso —dijo el maquinista.

A *Valladolid* le acució la curiosidad. Observaba las cejas pobladas y vencidas de don Jesús Beardo y después miró a la mar. Ahora miró a Benito,

el contramaestre del *Cantabria*, e inmediatamente, por encima de su hombro, miró las pantorrillas de Lana Turner. Todo le asombraba en aquel barco. Era, todo, como una intrigante caja de sorpresas. Se encontraba a gusto entre las muchachas del contramaestre. Dijo Benito:

—Don Jesús Beardo, el maquinista, tiene una amiga que se llama Mari Luz.

Valladolid no sabía lo de la lápida.

—Sí —dijo.

—Quiere que los entierren en tumbas distintas. ¿Qué te parece?

—¿Y el capitán? —inquirió el muchacho.

Entró, de súbito, el capitán y *Valladolid* se sofocó.

—Llueve —dijo el capitán— y hace frío.

La vibración sorda de las máquinas ahogaba cualquier otro ruido del exterior. Se despojó el capitán del impermeable y *Valladolid* le miró las manos con cierta perplejidad. «Es campeón de dedos», se dijo.

—El jefe subirá enseguida —dijo Benito, el contramaestre del *Cantabria*.

En este instante la puerta rodó sobre el engargolado y asomó el rostro funerario del maquinista:

—¡Bah! —dijo—. Allá abajo no se puede respirar. Hace más calor que en el mismísimo infierno.

Cuatro

Miguel Páez, que ya era *Valladolid* y cuando pensaba en Ava Gardner presentía un mundo más complicado y difícil que el suyo propio, colocó dos duros en el centro de la mesa. Había empezado por llevarle cinco a Benito, el contramaestre del *Cantabria*, con una escalera máxima. El maquinista observaba a los contrincantes con el rabillo del ojo. Sus dedos afilados separaban una carta de otra mezquinamente. Ponía avaricia en el manoseo de los naipes; una avaricia puntillosa y sórdida.

—Los veo —dijo—. Y pongo tres más.

Valladolid vaciló. Sentía una advertencia en las entrañas; una rara advertencia que era como un vacío. Tal vez fuera el vacío del primer viaje. Éste era para *Valladolid* como una recopilación de apostura, megáfono y autoridad. Y mar, el endiablado mar infinito absorbiendo la total intensidad de sus pupilas. Ahora, el primer viaje era una angosta cabina y tres hombres viciosos y el presentimiento de Ava Gardner, Elizabeth Taylor y Sonja Henie. Y sus efigies y las efigies de sus muslos. El *Cantabria* cabeceaba. El capitán dijo: «Hay mar de fondo». Y *Valladolid* no se explicaba por qué la mar de fondo se acusaba en la superficie. Entró con dos jotas y dos ases y en el descarte llegó una Q. Vaciló, de nuevo.

—Van —dijo, al fin.

—Tres ochos.

—Valen.

—¿Qué tienes, *Valladolid*? —preguntó Benito, el contramaestre.

—Figuras, sólo.

Por encima del hombro del contramaestre veía la belleza obsesionante de Elizabeth Taylor. «Esa mujer debió de besar mucho en la vida», pensó *Valladolid*. También él besó una vez a Marita en el cinema Roxy, viendo *El bailarín pirata*, en technicolor. Lo hizo torpemente, prematuramente, y lastimó la nariz a la muchacha, que se resistía; y ella le regañó. Le dejó un regusto desolado el primer beso. Era probable que el capitán del *Cantabria* hubiera besado más de una vez. Sus labios eran finos y elásticos y después de beber un vaso se estiraban con satisfacción. *Valladolid* llevaba la cuenta de los vasos que bebía el capitán. También le sorprendía su modo de manejar las cartas con una sola mano, mientras que la otra sostenía el vaso. Para el capitán del *Cantabria* pensar en Ava Gardner era exactamente acentuar la

distancia que le separaba de Ava Gardner. Con suma facilidad abría las cartas en abanico, una en cada dedo, tal cual si los dedos fuesen las varillas del abanico:

—Voy —dijo.

—Paso —dijo el maquinista observándole torvamente.

—Voy —dijo *Valladolid*, y no tenía más que una pareja de nueves.

La suerte le volvía la espalda y pidió otro resto de diez duros. Bien pensado, no había prisas. Él dedicaba su atención preferentemente a estudiar a sus compañeros. Observó que si Benito sacaba el pañuelo del bolsillo y se secaba las manos, tenía de escalera para arriba. Al maquinista solía paralizársele la cara cuando ligaba. Descubría los naipes con una lentitud agobiante. Por contra, el contramaestre del *Cantabria* jugaba alegremente, aun sin arriesgarse demasiado. Para Benito, el contramaestre, pensar en Ava Gardner era como tener a Ava Gardner, particularmente desde que la viera descender del 7532 de la U. S. Air Force.

—Cinco duros —dijo Benito, y se secó las manos con el pañuelo.

—Veo —dijo el capitán cerrando el abanico.

Valladolid se dijo: «Estoy en un barco de verdad. Es éste mi primer viaje. —El capitán del *Cantabria* pensó—: Definitivamente solo». Y recordó a Julia, aquella morenita del cuerpo obsesionante. Julia, la chiquilla, fue su mujer. Ella le decía: «Quiero viajar, cariño. —Él dijo—: Si me caso contigo te llevaré a América». Julia añadió: «Cásate conmigo». Él la llevó a Buenos Aires cuando se casaron. En la camareta, que era mezquina como todas las camaretas, ella le dijo diabluras. Pero luego, en Buenos Aires, desapareció. Hacía diez años que Julia desapareció y aún ignoraba el capitán del *Cantabria* por qué clase de hombre le había cambiado. Su mano se crispó imperceptiblemente sobre la mesa, sujetando los naipes, y con la otra se llevó el vaso a los labios y bebió. El maquinista observó la fotografía de Ava Gardner e imaginó una lápida rodeada de flores en los hermosos jardines de Hyde Park: «Aquí yace Ava Gardner, la actriz más hermosa de su época». Tal vez algún insensato, como su padre, la apremiase a esperar. Pero ya no sería Ava Gardner, sino los huesecitos de Ava Gardner, bonitos, blancos y proporcionados, los que esperasen. Acababa de decidir que su amiga Mari Luz se había vuelto respetable y fondona. Ahora, mientras *Valladolid* barajaba torpemente, el mar azotaba los costados del *Cantabria* y el rumor se hacía claramente perceptible. En el puente también era perceptible, minutos antes, el rumor del mar mientras el capitán le mostraba la bitácora. La proa del *Cantabria* se hundía intermitentemente en las aguas grises con cierta

majestad. *Valladolid* había pensado entonces en su infancia, cuando incendiaba barquitos de papel en un balde de agua. Y luego, en sus devaneos por el Pisuerga pilotando una barca de dos remos. El *Catarro* le fiaba los viajes y, a veces, ni siquiera le recordaba su deuda. «Hoy no tengo cuartos, *Catarro*». «¿ Cuándo sí?», decía el *Catarro* y rompía a reír. El *Catarro* conocía el lecho del Pisuerga como su propio lecho. Ningún ahogado se le resistía. Rastreaba con inteligencia y sin precipitaciones. Él sabía como nadie la querencia de las aguas para arrastrar a sus muertos y dependía del caudal, de la estación y de la fuerza de la corriente el rastrear el Vivero antes que la Pesquera o a la inversa. *Valladolid* pasaba tardes enteras junto al *Catarro* en el Sobaco, ante un porrón del vino tinto.

—*Catarro* —le decía—. ¿Es cierto que un barco al hundirse forma un remolino que arrastra cuanto le rodea?

Los dientes del *Catarro* estaban careados, lo que no impedía que en la ciudad fuese una institución benéfica.

—Según —decía.

Los chopos se erguían en las márgenes y delimitaban orgullosamente el cauce del río. Entonces *Valladolid* no era aún *Valladolid* y contaba solamente catorce años.

—*Catarro* —inquiría—. ¿Es cierto que hueles los ahogados?

—No es cierto. ¿Quién dijo tal?

—¿Por qué los encuentras todos?

—Conozco mi oficio.

—Dime, *Catarro,* ¿ por qué si uno sabe nadar flota sin moverse y cuando no sabe se hunde?

—El miedo pesa, hijo.

Una tarde, *Valladolid* le confesó:

—¿Sabes que voy a ser marino, *Catarro*?

Entonces él, *Valladolid,* intuyó su primer viaje y notó una emoción de virginidad. El *Catarro* le acarició el cogote, orgulloso de su magisterio.

Benito, el contramaestre del *Cantabria,* se secó las manos obstinadamente. *Valladolid* se sobrecogió. Acababa de ligar un ful de jotas-nueves. Miró las manos del capitán y el capitán bebió otro vaso de vino. *Valladolid reparó* que había perdido la cuenta.

—Ficho —dijo tímidamente.

—Diez duros para verlo —dijo el contramaestre.

Apuñaba el pañuelo mientras *Valladolid* pensaba: «Tú sabes que esto no sobra». Su padre, el que no era su padre, el revisor de la Compañía de

Ferrocarriles del Norte, tenía el rostro azulado y la boca entre paréntesis. Según decía él, aquello era por haber reído mucho. «Todo lo que reí de niño me tocó llorar luego», afirmaba después del entierro de Raulito, su mediohermano. La gorra de plato de su padre le imprimía un aire marcial. ¡Lástima del tono azulado de su piel! *Valladolid* cerró los ojos:

—Veo —musitó.

—Color —dijo triunfalmente Benito, el contramaestre del *Cantabria*.

Valladolid sintió que las orejas le abrasaban. Dijo:

—Otro resto.

Cinco

A Marita le decía diez días antes, sentados en un banco de los jardincillos del Poniente: «El capitán en un barco es como Dios, ¿sabes?». «¿Sí?, —inquirió ella—. Sí», respondió él con firme acento de convicción: «Puede incluso casarte si así lo deseas, —agregó—. ¡Oh!, ¿por qué no nos casamos en un barco?», dijo ella, repentinamente iluminada. «Puedes hasta hacer testamento delante del capitán, —continuó impávido *Valladolid*, que aún no lo era, ni conocía a Elizabeth Taylor—. ¿Es cierto que un capitán de barco puede echarte la bendición?». «Bueno —confesó, al fin, *Valladolid*—, no sé exactamente si el matrimonio que hace un capitán vale para la Iglesia o sólo para lo civil». Repentinamente, Miguel Páez experimentó deseos de besar a Marita porque era guapa, y anochecía, y los jardines del Poniente estaban desiertos, y cuatro soldados hacían coro desde una ventana del cuartel de San Quintín. Estudió, incluso, el procedimiento para no lastimarle la nariz como el primer día. Finalmente desistió porque Marita estaba ajena a su persona y pensaba en las atribuciones del capitán de barco.

Él dijo: «Un capitán es casi como un Dios. Yo te contaré de mi primer viaje».

El capitán del *Cantabria* bebió otro vaso y fichó. El maquinista descubría las cartas con parsimonia y desconfianza. Prefería los *tréboles* y los *pics* porque eran de color negro. El rojo le lastimaba.

—Hablas, Beardo —dijo el capitán.

—Ficho.

—Y yo —dijo Benito.

—Yo también —dijo *Valladolid*, a quien le iba creciendo en el pecho un sentimiento de decepción.

—Dos parejas —dijo el maquinista, adelantando sobre la mesa su rostro funerario.

Benito, el contramaestre del *Cantabria*, tomó las cartas y barajó. El contramaestre del *Cantabria* desconocía la envidia porque era el sexto de catorce hermanos, y Nicanor, el primogénito, se quedó con la taberna de su padre sin compensarlos. No sentía envidia porque para él pensar en Ava Gardner era como tener a Ava Gardner y pensar en la tasca de su hermano Nicanor era como tener la tasca de su hermano Nicanor. Y cuando cumplió catorce años, su madre le llamó aparte y le dijo: «Nito, habrás de ir pensando

en labrarte un porvenir. —Él siempre ambicionó viajar, pero no tenía dinero —. Está claro», dijo. Y antes de cumplir los quince se fue al mar. Desde entonces no volvió por su pueblo. Ahora no importaba su pueblo, sino ligar un hermoso póker de ases.

A *Valladolid*, el muchacho, le pesaba la cabeza y notaba una sensación amarga en la boca del estómago. Una vez le dolió el estómago y su padre, el que no era su padre, le llevó al especialista y *Valladolid* hubo de orinar en una copa y beberse el contenido de otra copa y la sensación que notó más tarde era análoga a la que sentía ahora. Sin él darse cuenta, se le iba haciendo trizas dentro, tal vez en el estómago, la ilusión de su primer viaje: «El mar, el poder, la tempestad». No era eso el primer viaje, sino vino, naipes, ambiente enrarecido y un pesado movimiento de vaivén. Su padre, el revisor de la Compañía de Ferrocarriles del Norte, le dijo cuando él le comunicó que deseaba ser marino: «Chico, eso no puede estudiarse aquí. —Luego hizo números, estrujó su buena voluntad y pensó en Raulito—: Bien mirado, estudia lo que gustes, hijo», le invitó. Y a continuación le dijo: «¿Sabes qué edad tendría ahora Raulito?». «Tal vez ocho», respondió *Valladolid.* « Nueve y dos meses exactamente, —dijo el revisor contrayendo amargamente su rostro azulado. Añadió *Valladolid—:* ¡ Qué barbaridad, padre, cómo pasa el tiempo!». El revisor se puso melancólico: «Te irás al mar, chico, y te olvidarás de mí y de nuestro pobre mundo». *Valladolid* odiaba las expansiones sentimentales, excepto con la pequeña Marita. Oprimió, como suprema concesión, la mano grande del revisor, aquella mano que, sin darle importancia, había horadado más de un millón de billetes de ferrocarril, y dijo, solemnemente: «Padre, le dedicaré a usted todas las emociones de mi primer viaje. Se lo prometo».

Seis

Era, ahora, su primer viaje y el mar era para *Valladolid* una circunstancia lejana. Pero tenía vino a mano y bebió para olvidar el rostro azulado de su padre, que, en puridad, no era su padre, que le perseguía en sus recuerdos como una sombra. Y para olvidar su primer viaje. Le temblaba levemente la mano al dejar el vaso. Recordó al profesor Pisa Teruel, con su gravedad aplomada: «El mar, chiquitos; esa escuela de duras costumbres». A su lado, don Jesús Beardo, el maquinista del *Cantabria*, descubría las cartas con un regodeo dilatorio, esquina por esquina.

—Una vez, en Montecarlo, gané diez mil francos en tan sólo media hora —dijo el contramaestre, eructando, sin que los demás lo advirtieran.

Dijo *Valladolid*, que había solicitado un nuevo resto y que pensaba en su padre y en los tres billetes que no le sobraban y que hasta unos minutos antes habían arropado su corazón:

—¿Cómo fue su primer viaje?

El maquinista dio cartas y pensó en su amiga Mari Luz, que no se parecía a ninguna de las muchachas que decoraban la camareta del contramaestre. Estaba contrariado, pero no sentía curiosidad por conocer los motivos. Dijo Benito, para quien la envidia no tenía sitio en el mundo:

—Nos sorprendió un temporal frente a las Azores y yo estaba en la cofa y dije: «Mi capitán, hay luces próximas a estribor. —El capitán era un endiablado erudito y dijo—: En tal sitio como el que estamos se dio la batalla de San Miguel». Y se cuadró en la cubierta, mas un golpe de mar rompió de pronto contra la amura y le dejó hecho una sopa. ¡Ja, ja, ja…!

El capitán dijo:

—Mi primer barco fue el *San Roque*; era un barco carbonero. Cuando salí por primera vez ya estaba liada la guerra del catorce y los ingleses decían de los alemanes que eran unos hijos de perra. Los alemanes decían de los ingleses que eran unos zorros y cuando divisamos el hidro derribado y flotando sobre las aguas, yo pensé que el avión que ametrallaba a los náufragos era el de los hijos de perra.

—¿Era, por casualidad, inglés? —dijo *Valladolid*, a quien se le recrudecía la sensación de vacío y la pesadez de la cabeza.

—Yo no dije eso —dijo el capitán.

—Bien, la batalla de San Miguel… —dijo *Valladolid*.

El contramaestre y el capitán carraspearon banalmente. El maquinista dijo, irritado:

—Estamos jugando al póker, ¿no es eso?

Tan sólo seis o siete días antes, *Valladolid* le decía a Marita mientras recorrían el paseo alto de las Moreras con los dedos enlazados: «En mi opinión personal, el primer viaje es definitivo. Entonces puedes decir con conocimiento de causa si te gusta el mar o si te has equivocado. —Ella le oprimió la mano y, con este apretón, él tuvo conciencia de su propio relieve—: No te preocupes, hijita, mi vocación es una cosa sólida». Ella dijo: «Me gustaría despedirme de ti bailando. En mis recuerdos te tendría más cerca». Por la tarde, cuando anochecía, *Valladolid* la llevó a bailar a las Piscinas Samoa y Marita tenía los ojos iluminados, transida la mirada de una blanda emoción marina. Recostaba la cabeza en su hombro y tarareaba suavemente *El gato montés*, que era el pasodoble que el altavoz desgranaba, con un punto de acritud, en ese instante. Él la acompañó, luego, a una mesa apartada, junto al agua. «¡Qué piscinita!, —dijo él despectivamente. Manita se miró en sus ojos—: El mar, ¡oh, Dios!, el mar», dijo como arrobada.

Valladolid, ahora, no tenía otra sensación del mar que el desasosegado y creciente movimiento de vaivén y la oscilación de la lámpara en el techo de la camareta. Le aumentaba en el estómago una indefinible sensación de malestar. *Valladolid* lo atribuía a la adversidad de la suerte. Había alcanzado ese nivel fatídico en que el jugador se desmoraliza. Perdió la fe en las cartas y las cartas se le negaban. Por un instante experimentó deseos de llorar al comprobar que, una vez tras otra, se rompían las posibilidades de ligar jugada. Odiaba de pronto el sistema mezquino de descubrir las cartas que empleaba el jefe de máquinas, el pañuelo de Benito, el contramaestre, y la ductilidad de dedos y el cogote blanco del capitán. Se le antojaba que el desinterés favorecía y él no se sentía capaz de desinteresarse de la partida. Administraba el último resto y, al final, tendría que retirarse. Le temblaban ligeramente los dedos, tenía los ojos turbios y las orejas encarnadas, cuando le correspondió barajar. Levantó sus cinco cartas y advirtió enseguida su buena disposición; no vio el ful de *kas* en el primer momento, pero sí reparó en la buena disposición de los naipes.

—Paso —dijo el capitán.

—Voy a duro —dijo el contramaestre.

—Dos —dijo *Valladolid*.

También el capitán entró con dos duros.

—Tres cartas —dijo el maquinista.

—Una —dijo Benito, el contramaestre, y en ese instante extrajo el pañuelo del bolsillo y se limpió las palmas de las manos.

Valladolid se estremeció. «Tiene póker servido», pensó. De otro modo hubiera esperado el descarte para sacar el pañuelo. Levantó los ojos y miró fijamente, impúdicamente, a Benito, el contramaestre del *Cantabria. Valladolid* creyó intuir en sus pupilas la confusión que inspira una gran jugada. «Me quiere enredar con su póker. ¡Maldito!», se dijo.

—¡Quince duros! —dijo Benito, y volvió a limpiarse las manos en el pañuelo.

El corazón de *Valladolid* pulsaba más deprisa que las calderas del *Cantabria*. Unas gotas de sudor frío le resbalaron por los sobacos. Levantó sus cartas y se recreó una vez más en la jugada: tres *kas* y dos nueves. Era una bella y laboriosa jugada. Seis horas ininterrumpidas le costó elaborarla. «El muy granuja me quiere enredar con su póker servido», pensó *Valladolid.* « Se ha limpiado las manos antes de mirar el descarte». Conservaba un resto de siete duros, pero era cuanto conservaba de lo que a su padre, que, bien mirado, no era su padre, no le sobraba. Vaciló. El silencio era tan hondo que el roce del costado contra las olas producía un rumor insoportable. Recordó las palabras de Martí en Barcelona; Martí era un buen jugador: «El secreto del póker no estriba tanto en ligar como en saber retirarse a tiempo». La evocación decidió la actitud de *Valladolid*, Arrojó sus cartas sobre la mesa y, al hacerlo, se sintió descargado de una seria responsabilidad:

—Me voy —dijo, y respiró.

También respiró Benito, el contramaestre, quien sin nadie pedírselo exhibió un proyecto frustrado de escalera de color. Dijo:

—Quiero enseñarlo. Es el primer farol de toda la noche. Pasé un mal rato, lo confieso.

Valladolid se puso en pie de golpe. Y experimentó una vaga reminiscencia de los tiempos en que él era un hombre fuerte y viril y Marita buscaba en su persona un punto de apoyo. Estaba tan pálido que parecía más niño, tal vez un poco delicado. Ahora el cabeceo del *Cantabria* se acusaba directamente sobre su estómago. Era como si tuviese dentro de él una horrible música de *jazz*.

—Me retiro, señores —dijo—. Estoy… bien…; estoy un poco mareado.

Los tres hombres curtidos, que eran prácticamente tres semidioses para *Valladolid*, se miraron entre sí y comprendieron. El maquinista juntó las cartas y comenzó a barajar lentamente. Dijo el contramaestre:

—No te preocupes, *Valladolid*, muchacho. Es éste tu primer viaje.

Siete

«Mi primer viaje», pensó *Valladolid* mientras, en el angosto pasillo, daba bandazos angustiosos, perdido por entero el control. Notaba como una tenaza comprimiéndole las vísceras y como si el bumbum de las máquinas se produjera exactamente dentro de su cerebro. «Tú sabes que esto no sobra…». «Nos sorprendió un temporal a la altura de las Azores…». «Me gustaría despedirme de ti bailando…». «Cuando salí por primera vez ya estaba liada la guerra del catorce…». *Valladolid* avanzaba a trompicones. A veces le parecía que sus piernas eran pequeñitas y, a veces, que sus piernas habían de alargarse inverosímilmente hasta encontrar un punto de apoyo. Era incapaz de acomodar sus movimientos a los movimientos del navío. Ahí radicaba su confusión. El suelo y los mamparos venían a su encuentro cuando menos lo esperaba. Intuyó tan próxima la muerte que pensó en su padre, en el que, en puridad, no era padre suyo, sino de Raulito, su medio hermano muerto, y tuvo conciencia nebulosa de su negra traición.

Cuando vomitó por tercera vez, inclinado sobre la borda, experimentó algo así como un modesto renacimiento. Amanecía por la amura y la mar se extendía gris ante él, abierta en grandes baches, pero sin espuma. Se constató tan absurdo y débil como absurda y débil se constataba Marita cuando recostaba su ligera cabeza sobre su hombro. Él, entonces, era un orgullo de hombre, poderoso y desafiante. El mar reducía la importancia de las cosas. Y cuando vio a Luis, el joven repostero del *Cantabria*, redondear los ojos a su lado, no experimentó vergüenza, sino una extraña ventura. Y cuando Luis, el repostero del *Cantabria*, le dijo: «¿No es hermoso el mar?», creyó en la posibilidad de que el mar pudiera resultar efectivamente hermoso aunque él, *Valladolid*, de momento lo odiase. Y *Valladolid* pensó que si el mar era hermoso no lo era desde una cabina hedionda donde él desbarataba lo que no sobraba a su padre. Dijo Luis, acercándosele al corazón con su espontánea sonrisa infantil:

—Usted es de Valladolid, ¿no es cierto? Bueno, yo soy de Villamarciel.

—¡Oh! —exclamó *Valladolid*, quien volvía por instantes a sentirse entero y sólido—. Una vez en Villamarciel maté yo un pato. Era diciembre y la corriente lo arrastraba y yo me dije: «Si no me zambullo, lo pierdo». Y me zambullí y, contra lo que esperaba, el agua no estaba fría.

Luis, el joven repostero del *Cantabria*, le escuchaba con tanta atención que *Valladolid* iba reconstruyéndose espiritualmente a pasos acelerados.

Luis, el repostero, dijo:

—Yo cazaba los patos de madrugada, oculto entre los carrizos de la isla. Bajaban en grandes bandos a la confluencia y la *Moña*, una perrita que no abultaba lo que un pato, permanecía quieta mientras yo no le dijera: «¡Hala, perrina, a por él!».

—¿No abultaba lo que un pato y no se acobardaba?

—Una mañana me cobró catorce patos —dijo Luis.

—¿Ella sola?

—Yo no hacía más que animarla desde la orilla.

—Bien. ¿Tú puedes decirme, hijo, por qué un hombre a veces se siente empequeñecido?

Luis, el repostero del *Cantabria*, le miró un momento perplejo y, luego, rompió a reír. No le comprendía. *Valladolid*, ahora, deseaba vehementemente que Luis, el joven repostero del *Cantabria*, no le hubiera visto inclinarse sobre la borda y vomitar. En la proa, dos marineros comenzaban a baldear la cubierta. Agregó Luis:

—Hace una hora nos cruzamos con el *Queen Mary*. Aunque ya amanecía, llevaba dadas todas las luces y parecía un palacio flotante.

—¿Pasó el *Queen Mary* junto a nosotros?

—A menos de una milla de distancia, señor.

—¡Diablo!

—Me gusta estar sobre cubierta en la amanecida porque se ven los peces voladores con frecuencia.

—¿Viste también peces voladores?

—Dos rebaños tremendos.

—¡Diablo!

Valladolid pensó: «Mi primer viaje. —Pensó—: Escribiré a Marita: “He visto el *Queen Mary*, que es un palacio flotante, con todas sus luces encendidas, y dos enormes rebaños de peces voladores”. También se lo escribiría a su padre, que, con mayor exactitud, no era su padre, sino el de Raulito, su mediohermano. —En realidad, tendría que decirles—: En mi primer viaje no vi sino un ful de *kas* que me pisó el contramaestre con un cochino farol, y las piernas de Sonja Henie, esa patinadora rubia de Hollywood». Luego pensó que lo que viera Luis, el joven repostero del *Cantabria*, bien pudo verlo él y que más ganaba diciéndole a su padre que vio al *Queen Mary* en su primer viaje que no que había perdido los tres billetes

que a él no le sobraban. «Sí —decidió mentalmente—; escribiré: “En mi primer viaje me crucé con el *Queen Mary*. Amanecía, pero, no obstante, llevaba dadas todas las luces y parecía un palacio flotante. A popa vi la piscina y la pista de tenis y… y el campo de golf”».

Permaneció un momento caviloso *Valladolid*, cuyo estómago se iba serenando y ya no se creía un pobre diablo, sino un hombre importante. La inmensidad del mar le emborrachaba. Se volvió a Luis, el repostero del *Cantabria*, que bien mirado no era más que un chiquillo:

—Dime, *Villamarciel*, muchacho, ¿lleva, por casualidad, el *Queen Mary* campo de golf?

Aún es de día

1948

A mi amigo Fernando Olmedo

«¿Hablaré a mi Señor, siendo yo polvo y ceniza?».

KEMPIS

ADVERTENCIA DEL AUTOR

Yo no era partidario de publicar ahora mi novela fallida Aún es de día*, pero acabé aceptando el argumento de los editores: «Sin esta novela la Obra nunca estará completa». Verdad inobjetable.*

El libro nació al año siguiente de obtener el Nadal y, en origen, ya era malo pero la censura lo hizo peor. El corte referente a la Germana redujo los temores y sufrimientos de Sebastián ante su relación con Aurora, fundamental para la comprensión de la obra. Durante sesenta años acusé, sin mala fe, a la censura de haber eliminado del libro un aborto cuando lo eliminado no era tal sino un infanticidio, narrado con una insoportable minuciosidad tremendista. De modo que a mi libro, tan defectuoso de nacimiento, había que unir ahora algunos cortes de la censura (la mayor parte simples, incluso perjudiciales, algunos fundamentales) que empañarían su limpia ejecutoria. ¿Falló también la censura en este caso? ¿No fue por mi parte ese episodio una provocación? En aquellos años (mediados del siglo XX*) los novelistas solíamos «poner carnaza» en los escritos para atraer a los censores y que dejasen a salvo lo que considerábamos importante. En este punto no conseguí nada por la explosión de tremendismo, mal gusto y brutalidad que introduje en el texto. En todo caso, en sesenta años no lo he reconocido y lo hago ahora, en que me consta que estaba equivocado, no sólo para poner a los censores en su sitio sino para que mis lectores puedan leer la novela tal como nació y como quedó después, tras los cortes de la censura y un leve maquillamiento (cuatro expresiones excesivas y media docena de adjetivos impropios) posterior.*

Mi obsesión, absurda, por no quedarme en novelista de una sola novela me llevó a editarla con todas las consecuencias (todas ellas negativas). En fin, para no hablar más de este asunto desagradable, debo reconocer que un error fue escribir el libro y otro, aún más grave, publicarlo, con cortes o sin ellos. En lo literario no había gran diferencia.

M. D.
Mayo de 2007

NOTA DEL EDITOR

Aparecen entre corchetes y en cursiva los pasajes del texto que en su día fueron suprimidos por la censura, ahora restituidos.

Capítulo I

Sebastián se despertó sin sobresaltos. Por las rendijas del balcón penetraban unos pálidos haces de luz que permitían descubrir las sombras de los muebles. Se oía el correr destartalado de un carruaje por la calle y el golpeteo de los cascos de la caballería que lo arrastraba. De la calle ascendían, también, los rumores y gritos desmesurados de un grupo de escolares.

Sebastián sacó sus cortos brazos del embozo y se estiró por dos veces. Hacía frío. Notó el frío mordiéndole las pequeñas y deformadas manos y volvió a esconderlas bajo las mantas. Era éste, para Sebastián, el único momento feliz del día. Veinte años llevaba pensando, cada mañana, al despertar, que aquel día podría traerle un cambio radical en su existencia. Jamás se le ocurrió presentir en qué consistiría este cambio. Se conformaba con anhelarlo, en la esperanza vaga de que fuese algo renovador, algo que le apartase de la triste monotonía de su vida regular y gris.

La punta de la nariz se le enfriaba y al exhalar fuerte una bocanada de aire advirtió que se congelaba en la atmósfera formando una tenue nubecilla blanca. El frío había venido con prisas este año. No hubo lluvias otoñales y quizá por ello llegó el frío a la ciudad con una considerable anticipación. Era la época de los sucedáneos y Sebastián pensó que, a fin de cuentas, el frío constituía un buen sustitutivo de la humedad.

Paulatinamente Sebastián fue despabilándose del todo. Recordó entonces el sobre azul que dejara al acostarse sobre la desvencijada mesilla de noche y sonrió. «Ya decía yo que hoy tenía un motivo para estar contento», se dijo. Y, alargando la mano, recogió el sobre y tornó a introducirla debajo de las mantas.

Acariciaba el papel con una delectación singular, como si dentro se ocultase aquel maravilloso e inconcreto cambio que esperaba en su existencia. *¿Y por qué no iba a ser así?*

El señor Suárez le decía que pasase hoy por su despacho, que necesitaba hablarle. En realidad, el señor Suárez no tenía que decirle más que «sí» o «no»; pero, por lo visto, prefería decirle el «sí» o el «no» de palabra y cara a cara. Esta idea deprimió a Sebastián. «Cuando me vea dirá “no”, aunque antes haya pensado que “sí”», imaginó descorazonado. Y acarició nuevamente el sobrecito azul como si así, extremando las caricias, aumentasen sus

probabilidades de éxito. «Bueno, lo que sea sonará», se animó; y dando una patada a la ropa se tiró de la cama.

Gimieron los muelles del camastro de hierro al liberarlos del peso del cuerpo. Sebastián tiritó de frío, dio un puntapié al orinal y lo ocultó debajo de la cama. Atravesó luego el aposento, corriendo de puntillas, abrió las contraventanas y regresó de una carrera a la alcoba. La impaciencia natural y el hondo frío que se le clavaba en los huesos no le aconsejaron lavarse con detenimiento. Por eso se vistió y seguidamente tomó el jarro desportillado que había junto al lavabo y fue a llenarlo al grifo del fregadero.

Al atravesar el pasillo vio, desde la puerta, a la pequeña Orencia levantando su cuarto, aireando las ropas del lecho. Sebastián se detuvo y la contempló un rato, inmóvil y en silencio. Muchas veces se había confesado Sebastián que sufría más por su hermana que por él; que aquella criatura desgarbada, pálida, de mirada huera, le oprimía el corazón, le desazonaba, más que sus propios contratiempos. Parecía un ser insensible, indiferente a las personas y las cosas; cruzaba la vida con una frialdad glacial, impropia de sus pocos años. Sebastián recelaba la razón de todo esto y le corroía, mas no se atrevía a contrarrestarla de una manera abierta y eficaz. Miraba ahora a la niña en su ir y venir por la pequeña habitación, sin acusar el frío que se adentraba por la ventana abierta. La niña pasaba el escobón por el suelo, torpemente, produciendo la impresión de que era el escobón el que la dominaba a ella y no ella al escobón. Estaba alta para sus trece años, pero su aspecto armonizaba plenamente con su edad.

De repente la niña levantó la cabeza y vio a su hermano en el umbral con el desportillado jarrón en la mano, redondeando su facha grotesca. Apoyó el escobón en la cama, se aproximó a él y le besó en la mejilla.

—Buenos días, Sebastián.

—Hola. ¿Qué tal has dormido?

(A Sebastián le hacía daño la grande, patética mirada de sus ojos negros).

—Muy bien.

—¿No tuviste miedo?

—Anoche, no.

Sebastián reparó en la bata de manga corta que vestía su hermana.

—Ponte una chaqueta; hoy hace muy mal tiempo y te puedes constipar.

—No tengo frío, ¿sabes?

Le acarició la mejilla y continuó pasillo adelante hasta la cocina. Puso el jarro bajo el grifo. El gorgoteo del agua le intensificó la sensación de frío y se frotó una mano contra la otra con aspereza. Aquella casa, desamparada y

sucia, no contribuía en nada a atenuar esta sensación. Fuera del cuarto de Orencia, aquello parecía una pocilga; periódicos rotos, cucarachas muertas, mondas de naranja y de cacahuetes se amontonaban en la cocina, entremezclados con las bolas de porquería de ratón. En un rincón, tres botellas tumbadas, polvorientas y vacías, completaban la deplorable impresión de desaseo. Sebastián pensó en el señor Suárez para animarse. Todo podía cambiar aquella mañana. Sí, podía cambiar. (Y se le nubló la vista sólo de pensar que su vida podría tomar en adelante otro rumbo).

Regresó a su cuarto, se mojó un poco los ojos y se peinó. Al concluir oyó el grito destemplado de su madre desde el cuarto vecino:

—¡Orencia! ¡Orencia!

Y como la niña se descuidase en acudir, la madre comenzó a rezongar. Al cabo de un rato se presentó la pequeña:

—¿Qué quieres, madre?

—¿Has prendido la lumbre?

—No.

—¿En qué estás pensando, pasmarote?

Orencia no se inmutaba:

—Aún es pronto para Sebastián; hoy no va a bajar a la tienda.

Sebastián notó unas palpitaciones dolorosas en el corazón. Presumía que él sería el objetivo del nuevo ataque. Y le mortificaba aquel entenderse a gritos con un tabique por medio. Pero se equivocó.

—¡Corre y pon una astilla!, ¿oyes? Y luego baja un momento a por el pan.

Ya había comenzado la dura jornada. Orencia no pararía hasta el anochecer, en que, cansada y aburrida, iría a tenderse en su catre, a refugiar en él su lánguido decaimiento.

Su madre ya estaba ante él. A Sebastián le contristaba aquel manojo de carne apretada, sucia y maloliente, envuelta en una cazadora militar que ignoraba por qué ocultos medios apareciera en su casa. Él hubiera deseado para su madre lo mejor, pero no podía evitar un sentimiento de repulsión y asco ante su cochambroso abandono. Por otra parte, la madre no velaba su desprecio hacia él, su arrepentimiento de haberlo engendrado. A menudo se complacía en recalcarle que era a su padre a quien debía todas sus taras físicas. «Tu padre, tu padre (y hablaba de su padre con un odio acendrado y sutil, como si fuera su mayor enemigo) era como tú, igual que tú, un horrible hombre deformado». A Sebastián se le hacía un vacío angustioso en el cuerpo y no respondía. Temía, más que nada, aquella lengua de su madre que le zahería sin compasión, embistiendo siempre a los puntos más vulnerables y

sensibles. Ahora se erguía frente a él, embutida en aquella horrible cazadora llena de lámparas, con los brazos cruzados, asomando por debajo los mugrosos pingajos de una eterna combinación negra.

—¿De manera que estás decidido a salirte con la tuya, cabezota?

—¿Y qué mal hay en ello, madre?

La mujer enrojeció y sus pupilas adormiladas y cruzadas de venitas sanguinolentas parecieron adelantarse hacia él.

—Mal, mal. ¿Te parece poco mal que pierdas tu colocación en casa del señor Sixto?

—No la perderé.

Dio una palmada de irritación:

—Ya lo sabes tú; ¿es que crees que va a gustarle saber que andas buscando otro empleo sin contar con él?

—Le he pedido permiso para esta mañana.

—¿Y le has dicho para qué?

Sebastián adoptaba una actitud sumisa aunque inflexible:

—No se lo he dicho, pero se lo figura. Él ya sabe que no me gustan los ultramarinos.

Se acercó Aurelia a una silla de paja, se sentó y ocultó sus manos achorizadas debajo de los sobacos.

—Eres muy finolis, Sebastián. ¿Qué hay de malo en ser dependiente de ultramarinos? ¿Y en estos tiempos?

—Yo no soy dependiente, madre. ¿O es que lo es uno que va repartiendo de la mañana a la noche raciones de casa en casa?

—¿Y las propinas?

—No quiero vivir de propinas. Quiero una colocación más seria.

Aurelia no se alteró; hizo discurrir una leve corriente de aire a través de los intersticios de sus dientes, como era su costumbre, para purificarlos de los residuos de la última comida, y acercándose al muchacho dijo:

—No sé si te he insistido bien alguna vez en tu mala estampa, Sebastián. El señor Suárez te despachará de un puntapié en cuanto te ponga la vista encima. Tú no vales para estarte detrás de un mostrador en un comercio elegante. Eres muy poca cosa, Sebastián; muy poca cosa —recalcó—. Tienes muy mal porte, ¿comprendes? *[Pero eso es lo de menos. Lo peor es… que eres un giboso. Y un giboso no tiene su puesto en esos sitios]. Y desengáñate, para esos menesteres se necesitan hombres un poquitín más decorativos…*

Sebastián miraba sin decir nada las piernas blancas, deformadas por las varices, de su madre. Le dolían sus frases, se le clavaban como dardos, muy

adentro, en un lugar ilocalizable. Respiraba entrecortadamente. Aún no se había acostumbrado a la insolencia de Aurelia, machacándole sobre su insuficiencia física. Tragó saliva y añadió:

—Lo intentaré; al menos lo intentaré. No creo que pierda nada con ello.

Se oyó crujir la cerradura de la puerta y seguidamente los pasos breves pero firmes de Orencia por el pasillo. Al corto rato se presentó con un tazón de leche humeante y un gran bollo de pan. Lo dejó en la mesa y luego se quedó quieta mirando a su madre y a Sebastián alternativamente. Éste comenzó a engullir. Aurelia había vuelto a sentarse y se soplaba con fruición las manos amoratadas.

—Siéntate; come sentado. Así no te puede aprovechar, Sebastián.

—Es lo mismo.

—Eso, cómete ahora tu ración de pan y luego a la noche tendrás que comerte las uñas.

Le desazonaba a Sebastián esta inmediata fiscalización de su madre, esta constante vigilancia para aquilatar sus defectos y cada uno de sus descuidos. Aurelia miró a la niña, que permanecía inmóvil, con los ojazos enormes enfocados hacia su hermano.

—Vamos, ¿qué haces ahí, pasmada? Vete a acabar tu cuarto.

Salió la niña. En la habitación, en silencio, resonaban las mandíbulas de Sebastián triturando el panecillo. «A la noche tendrás que comerte las uñas». Sebastián se mordía las uñas, pero no se las comía. Eso le constaba a su madre. No obstante, la cuestión era no perder ripio y echarle en cara todos los defectos. Aurelia, con crispante cominería, seguía pendiente de él. Sebastián no pudo resistir más:

—Hasta luego, madre —dijo con la boca llena.

Aún oyó pronunciar con ironía el nombre del señor Suárez y algo alusivo a él y a la risa, mientras se ponía el abrigo. Sebastián descendió las estrechas y polvorientas escaleras que lo separaban del portal. Al llegar a la última se miró la mano llena de mugre y comprendió que en esto tenía razón su madre: él parecía estar contratado por la dueña de la casa para quitar diariamente el polvo a la barandilla. No podía evitarlo. Veinte años, día a día, haciendo lo mismo constituían una respetable tradición. Sebastián miró al pequeño monstruo que remataba el pasamano y le sonrió. (Era un bichejo repugnante con cara de león, orejas de gato y pechos muy cónicos de mujer). Era el mejor amigo de Sebastián. Le dio un golpecito y murmuró:

—Deséame suerte.

El idolillo permaneció inmutable con un gesto estúpido torciéndole la boca. Silbó Sebastián mientras cruzaba el angosto y alargado portal. Todo él se hallaba decorado de carteles obscenos y confesiones de amor o de deseo, con nauseabundas ilustraciones gráficas, a Pepita, la vecina, muy descocada, del piso de arriba. Al llegar a la puerta, Sebastián se alzó el cuello del abrigo. Entraba en el mundo y la sociedad le cohibía. Sebastián se encontraba a gusto cuando estaba solo. La compañía le estrangulaba y le ponía los pelos de punta. Además, hoy tendría que pasar deprisa ante la tienda del señor Sixto, situada frente por frente de su casa. A Sebastián no sólo le disgustaban los ultramarinos; le disgustaba también el señor Sixto, aunque esto no se lo confesase a su madre; aquel hombre tremendo, coloradote, que hedía profundamente a patata y a pimentón. Le repugnaba su inmoralidad, aquella su manera de entender el negocio, estrujando el hambre del prójimo. Le revolvía su muletilla de que veinticinco gramos escatimados en cada ración a nadie mataban y a él le hacían mucho bien. Con esto y el enigmático sótano, atestado de mercancías intervenidas, el señor Sixto había amasado sus buenas pesetillas. Edificó la casita de encima de la tienda con los beneficios de los tres años de guerra, y ahora, tras la escasez y el desequilibrio económico ocasionados por la conflagración mundial, posiblemente estaría en condiciones de construir un rascacielos.

Sebastián cruzó rápido ante su puerta y, rebasado este obstáculo, respiró sin trabas el frío seco de la meseta. Una neblina muy vaga se agarraba a las calles y a las casas. A Sebastián le agradaba esta bruma que diluía los perfiles y los contornos de las cosas. Daría algo por que el señor Suárez tuviera que enfrentarse con él a través de una capa de niebla, adivinándole más que viéndole.

Estimuló a Sebastián el rumor mañanero del barrio. Era de suyo el barrio más alegre y jaranero de la pequeña ciudad. Allí todos reían o voceaban a toda hora, sin abismarse en las preocupaciones que parecían exclusivas de otros lugares y otros seres. Cantaban las dueñas de casa al sacar los colchones a airear o mientras sacudían, sin miramientos, las esteras desde los balcones.

Sebastián miró hacia el cielo y vio confirmada su creencia de que los aleros de los tejados terminarían por juntarse. La calle se estrechaba por arriba y resultaba innegable que el pasillo de cielo que se descubría al levantar la cabeza era más angosto y estilizado cada día. En realidad, esta calle, larguísima y estrecha, constituía el barrio entero; un barrio de horteras, artesanos y pequeños comerciantes. A veces, a Sebastián le hería la alegría un poco insensata de su barrio. Se decía que aquel jolgorio era puro artificio para

envolver las penas y las miserias, para eclipsarse la conciencia de una vitalidad efímera. Pero no era cierto; el barrio tenía una alegría natural, fluida y espontánea, y, tal vez, el dolor que producía este optimismo en el pecho de Sebastián estribaba en la comprensible incompatibilidad del alma del barrio con su propia alma.

La larga calle se remataba, en los extremos, por dos plazuelas con un mercado cada una. Yendo hacia el centro, se topaba con el mejor mercado de la ciudad. Una vez en él podía determinarse la estación del año y la hora del día con sólo dejarse guiar por el olfato. En las madrugadas de otoño e invierno se percibía un jugoso aroma de frutas frescas, recién cortadas. Un húmedo vaho de savia vegetal impregnaba la Plaza del Mercado. Al mediodía, las fruteras y verduleras se habían retirado y el suelo aparecía cubierto de mondas de todas clases, de los paquetes de paja de los envases y de un sinfín de frutos podridos y aplastados. Olía, entonces, a jugo vegetal pisoteado, a un olor especial entre agradable y desagradable.

En el verano predominaba un tufo especial a pescado putrefacto, a carne atrasada o en malas condiciones. Así, en estío, a toda hora, y este hedor intensificábase y se hacía irresistible cuando el sol arreciaba hacia el mediodía.

Muchas veces se había dicho Sebastián que, colocado en el centro de la ciudad con los ojos vendados y las manos amarradas, hubiese acertado con su casa sin un titubeo, orientándose sólo por el olor. Los hedores del mercado se venteaban desde muy lejos. Ya en él, Sebastián se hubiese guiado por el penetrante olor a amoníaco del urinario público que se abría en la plaza, justo en la confluencia con su calle. Una vez allí, el viaje no tenía pérdida: la cantina de Ernesto con su característico aroma a vino de Rueda, la droguería de Pérez, la frutería de don Santiago Cerrato…

Ahora pasaba ante ella Sebastián, y el señor Santiago le decía adiós, encerrado entre sus cajones llenos de naranjas, de manzanas, de castañas, de las estalactitas de los plátanos verdosos, sin madurar aún. Se entendía, con su simpatía proverbial, con un enjambre de compradoras de mantoncillo que reían sus ocurrencias o le daban golpes en la espalda con la mayor confianza.

Al extremo opuesto de la calle se hallaba la iglesia, un edificio románico, pardo y pesado, sin nada que admirar fuera de su apariencia de fortaleza. Pero, en realidad, allí estaba la cabeza del barrio. La iglesia era, en última instancia, el lugar por donde todos los vecinos pasaban, siquiera un par de veces en sus vidas. Alrededor de ella estaban la confitería y un cine apañadito, pintado de tonos chillones.

Sebastián avanzaba poco a poco, rumiando la entraña de su barrio. Aquel barrio significaba, ahora lo advertía, como un pueblo autónomo incrustado en el corazón de la ciudad. Allí todos se conocían, para ser amigos o enemigos, pero lo que no se autorizaba era ignorarse. «Si es caso —pensaba Sebastián —, yo soy la excepción; a mí, por mis condiciones, se me ha forzado al aislamiento».

Los chicos del barrio no salían de él para buscar sus novias. Era muy raro hallar uno que rompiese la tradición. Y, además, se casaban más jóvenes que en ninguna otra parte, como si allí el problema económico estuviese resuelto de antemano. Algunos se casaban al tiempo que bautizaban a su primer hijo, pero esto no indicaba relajamiento, sino un poco de ingenuidad. No había apenas gente mala o torcida en el barrio; todo lo más que existía era un poco de despreocupación, una despreocupación y una ligereza que, a veces, empujaba a los vecinos a cometer censurables faltas. A Sebastián lo que más le mortificaba de todo era el optimismo de grupo que lo inundaba; un optimismo que, se le antojaba a él, se nutría un poco a su costa. Porque Sebastián, sin tener ningún amigo, constituía un personajito allí. Le designaban por frases conmiserativas como: «ese muchachito cargado de espaldas» o «el pequeñín ese», todo lo cual le hundía en un lamentable tósigo.

Sebastián abocaba ya a la Plaza del Mercado. A la izquierda se levantaba el muro ciego de un convento de capuchinos (un paredón desconchado y gris que significaba una frontera de Dios en la Tierra). Atravesó el mercado aturdido por la variada policromía de los frutos maduros y los gritos estridentes de las vendedoras. A medida que se aproximaba a los Almacenes Suárez se hacían más sensibles las palpitaciones de su corazón. Recorrió otras dos calles y fue a parar a la arteria principal de la ciudad, por donde, en invierno y verano, se apretujaba la gente paseando. Ya se divisaban los Almacenes, y Sebastián presintió que le faltaría valor para introducirse allí, en aquel magnífico edificio moderno, donde ocho grandes lunas brillaban inmaculadas. Sin embargo, se acercó cruzando la calzada. Los escaparates produjeron en él un efecto prodigioso. Nunca se había dado cuenta del lujo que se encerraba allí, de lo remunerador que resultaría «limpiar» una noche aquella fascinadora vitrina. «Y yo, yo, puedo salir por esa puerta, dentro de cinco minutos, como un empleado de la casa», se dijo, turbándose.

Aquello era demasiado para ser verdad. Se arrimó a la puerta y, luego, se separó, recorriendo lentamente, mirando los escaparates, toda la fachada del establecimiento. La tienda, vacía, le asustaba un poco. Siempre prefería el tumulto que todo lo tapaba y diluía. Presentarse en un lugar donde nadie

acaparara previamente la atención le imbuía de un fastidioso recelo. «Esperaré a que entre algún cliente y a que la dependencia esté entretenida con él», pensó. Y así lo hizo; comenzó a pasear de arriba abajo y de abajo arriba hasta que divisó a un hombre, con una gran cartera de piel bajo el brazo, que se zambullía en el establecimiento. «Ésta es mi vez», se dijo, y, decidido, entró tras él.

Sebastián estuvo a pique de sufrir un desvanecimiento. La tienda era amplísima y estaba muy limpia, caliente e iluminada. Los largos mostradores corrían paralelos, enormes y encerados, a lo largo del local. Tras ellos varios hombres charlaban en voz baja y volvieron la cara hacia él al oír el ruido de la puerta. A mano derecha de la entrada había un pequeño mostrador, aislado del resto, y, encerrada en él, una mujer rubia de una extraordinaria belleza. Todo evidenciaba un lujo y un orden a los que Sebastián no estaba habituado. Las piezas de tela de distintas clases y colores reposaban en los estantes, que se alzaban hasta una altura inconcebible. Del techo pendían unas grandes y relucientes arañas con colgantes de cristal. Al fondo se veían varias puertas, que, en este instante, permanecían cerradas.

Sebastián se aturdió. Del hombre que le precediera y que él, neciamente, tomara por un viajante no se veía rastro, de modo que todas las miradas convergían en su liviana humanidad. Notó que dos dependientes se hacían señas con el codo y que otro se tapaba la boca para que no le vieran reír. También la mujer rubia volvió un momento la cara un poco enrojecida. Pero lo que le resultó a Sebastián más doloroso fue el gesto instintivo de dos de los hombres de agarrarse con fuerza a la madera del mostrador.

Entonces advirtió Sebastián lo que no había advertido nunca: que su indumentaria estaba sucia y andrajosa y que en los codos de su abrigo detonaban dos piezas de otro color. Todo esto le importaba más que su corta estatura y la curva de la espalda. Esto, después de todo, era una cosa irremediable. Azorado se desabrochó el gabán, pensando que el traje estaría más presentable. Más, inmediatamente, volvió a cerrarlo al recordar los lamparones que invadían las solapas.

Hubiera querido, en ese instante, haberse transformado en un gusano y desaparecer de allí por la rendija de la puerta. Pero uno de los hombres, esbelto y repeinado, salía ya de detrás del mostrador y se le acercó solícito:

—¿Qué desea usted?

Sebastián se aturulló. Apreció entonces que el llavero se le escurría por un agujero del bolsillo del pantalón, y, en su movimiento por contenerlo, precipitó la caída. Sintió el frío de las llaves a lo largo de su piernecita y,

luego, el deslizarse presuroso de dos monedas por el mismo agujero. Las llaves y las monedas produjeron un tintineo cristalino al chocar con el suelo, y éstas rodaron prestas hasta topar con el mostrador. Estallaron varias risas, y Sebastián, al agacharse a recoger los objetos, se encontró más desamparado que nunca en su vida. Cuando se enderezó, muy sofocado, le pareció que la joven rubia le sonreía desde su encierro. Esto le animó un poco. Habló, trémulamente, entonces:

—Querría ver a don Saturnino Suárez.

¡Oh, cómo resonaban sus sílabas en aquella estancia! Se le hacía que las piezas de tela repetían su frase en distintos tonos. (Aquellas piezas coloradas del fondo voceaban, indudablemente, más alto que las demás).

—Pase, pase…

Le precedía amablemente el joven esbelto y repeinado. «Verse ante don Saturnino no tiene importancia después de salir de ésta», se dijo Sebastián. Y cruzó una de las puertas del fondo, que, servicialmente, le abría el caballero repeinado, con una relativa seguridad en sí mismo.

Un hombre calvo, con un matiz de carne rosado, se levantó al verle. Sebastián tuvo la impresión de que aquel rostro lo había visto antes en alguna parte. En un rincón hacía números en un librote descomunal el hombre de la cartera de piel. Al entrar le miró de reojo. El calvo le sonreía con un gesto simpático. Sebastián dudaba entre si debía abrirse o cerrarse el abrigo.

—Siéntese, siéntese usted —le dijo el caballero calvo, y le estrechó cordialmente la mano.

Sebastián se sentó en el borde de un gran sillón y con vergüenza constató que en aquel sillón ingente quedaba espacio más que suficiente para sentar a otros cuatro o cinco Sebastianes.

—Usted es don Sebastián Ferrón, ¿no es así?

—Sí, sí, señor…

Don Saturnino, que era sin duda el hombre calvo, le trataba con gran consideración, como si no hubiera reparado en su horrenda presencia física.

—Me ha hablado de usted con gran interés don Julio Longa…

—Sí, sí, señor… Era amigo de mi padre.

—Sí, ya lo sé. —Meditó unos segundos mirando al techo y rascándose la calva. Luego añadió—: Me ha dicho que le gustaría a usted trabajar con nosotros, ¿no es así?

—Sí, sí, señor…

Cuando más seguro empezaba a sentirse Sebastián, advirtió que una moquita, helada con el frío de la calle, empezaba a derretirse en la ventana

izquierda de su nariz. Sorbió un poco, ocasionando un ruidito desagradable. Don Saturnino se hizo el desentendido, pero el contable le censuró con una altiva mirada.

Sebastián volvió a perder las riendas de sí mismo. Ahora toda su atención se concentraba en que la moquita no llegase a asomar por el agujero de la nariz. Oía la conversación de don Saturnino como un rumor accesorio, como un murmullo lejano, intrascendente y banal. La moquita resbalaba, y allí estaba Sebastián, al acecho, para truncar a tiempo la trayectoria. En último extremo recurriría al sorbetón, ante la imponente mirada del contable, que se emancipaba un momento del despotismo del Debe y del Haber para censurarle.

Al fin, Sebastián echó mano al bolsillo y extrajo un mugriento pañuelo archivado allí un mes atrás. Furtivamente se frotó la nariz intentando cubrir la totalidad del pañuelo con su pequeña mano. No obstante, la mirada incendiaria del contable le evidenció que no lo había conseguido.

Don Saturnino continuaba hablando, hablando y haciéndose el desentendido, y, casi sin darse cuenta, Sebastián se vio de nuevo apreciando el alcance de sus palabras:

—En realidad la dependencia está ahora completa, anótelo bien…

(Se deshacían las ilusiones de Sebastián; tantas zozobras, tantos sobresaltos, tanto bochorno iban a terminar en nada, en unas buenas palabras sin ninguna traducción práctica).

El señor Suárez se levantó y Sebastián se creyó en el deber de no continuar sentado. Don Saturnino le envolvía en una corta mirada. «Me está midiendo, me está midiendo», tembló, horrorizado, Sebastián, y estiró sus miembros, tensó su pobre cuerpecillo, esperando alargarlo al menos una pulgada.

—De todos modos, puede usted quedarse como mozo en el almacén. Ya sabe, son trescientas pesetas con arreglo a la última reglamentación. Y el plus de vida cara… Y, ¿es usted casado?

Sebastián imaginó que don Saturnino hacía un chiste y se rió para complacerle. Pero se rió con una risa cortada, seca, como un quejido:

—No, no, señor; claro que no soy casado.

(Se aclaraban las perspectivas de Sebastián con una ignota, diáfana luz… Una luz que parecía provenir de las pupilas inmóviles del contable clavadas en él).

—De momento no es mucho lo que le ofrezco, pero andando el tiempo, si usted trabaja, puede llegar a dependiente y…

—Oh, es usted… es usted demasiado amable…

Le sonreía el señor Suárez con una sinceridad tal que se diría que la sonrisa iluminaba hasta su rosada calva. De pronto, le asaltó a Sebastián la idea de que a don Saturnino le movía únicamente la compasión. Tuvo un momento de desfallecimiento, mas enseguida se encogió interiormente de hombros: «Bah, no es mi caso como para desdeñar la compasión». Deseaba hablar, hacerse el simpático, el afectuoso para con todos. Maquinalmente se aproximó a la mesa del contable:

—Estoy pensando que esto debe de ser muy complicado.

Sonreía; repartía sonrisas a voleo, con generosa prodigalidad, al señalar con su dedo regordete y deforme el Debe y el Haber del grueso volumen. El contable no respiró. Don Saturnino, en cambio, celebró la oportunidad de exponer su punto de vista contable:

—No, no es tan difícil como parece; es como un burro con unas aguaderas… Lo interesante es mantenerlas bien niveladas.

Al cruzar la tienda le parecía a Sebastián que el ambiente no era tan complejo y esquinado como había supuesto al entrar. Había dos clientes agobiadas de incertidumbre ante unas piezas que no se ajustaban plenamente a sus deseos. Don Saturnino mismo le abrió la puerta de la calle. Al pasar ante la rubia cajera, Sebastián le sonrió y le dijo muy bajito: «Buenos días». Ella le sonrió también. El señor Suárez, ya en la puerta, le estrechó la mano:

—Mañana mismo puede usted incorporarse. Ya sabe que será bien recibido.

Camino de su casa, le pareció a Sebastián que hacía menos frío que cuando, minutos antes, recorriera aquellas calles en sentido inverso, hacia los Almacenes…

Capítulo II

En los primeros días de su empleo en los Almacenes Suárez Hermanos, Sebastián recordó mucho a su padre. Le hubiera gustado prolongar la vida de aquel ser lo bastante para que pudiese haber contemplado su triunfo. Porque Sebastián se consideraba un triunfador. Le sostenía un íntimo convencimiento de que en el barrio todos le envidiaban. Constituían los Almacenes Suárez el establecimiento de tejidos más acreditado en la ciudad, y Sebastián presumía que su buena estrella se comentaba y apostillaba en todas partes. Su pobre padre hubiese muerto más tranquilo con la conciencia de este éxito del hijo. Pero Dios quiso que su padre se apagase sin esta mínima satisfacción; en verdad, su padre se apagó sin conocer satisfacción de ninguna especie.

Sebastián recordaba su casa, en vida de su padre, como un verdadero infierno. Jamás el señor Ferrón coincidió en nada con su mujer, y estas discrepancias provocaban ingentes e ininterrumpidos conflictos domésticos. Desde muy joven, desde niño, había sido Sebastián el confidente forzoso de las bestiales reacciones de Aurelia hacia su marido. No podía contar las veces que su madre le había sintetizado, en una gráfica frase, la historia de aquel amor: «Yo remedié a tu padre sus bajos deseos; él, a mí, mi pobreza. Yo creo que fue un contrato bien equitativo». Y, en apariencia, la razón del matrimonio, aunque muy triste era reconocerlo, ésa fue.

Aurelia se colocó de criada en casa del señor Ferrón cuando éste comenzó a ejercer como pedicuro. Don Sebastián no tenía malas manos para la profesión, y no tardó en hacerse con una discreta clientela. El señor Ferrón era muy bajo, cargado de espaldas y con un algo más, inarmónico y desafinado, en su ser que le hacía, físicamente, repelente y monstruoso. Por eso el infeliz no aspiró nunca a hacer un matrimonio normal; jamás dispuso de una mínima capacidad para despertar afecto; admitió como inevitable que si algún día alguna mujer se encadenaba a él no sería, desde luego, por cariño. Por esta razón aceptó resignado la fácil posesión de Aurelia, que, mediante un hábil juego de tira y afloja, le condujo al matrimonio. Después ocurrió lo que tenía que ocurrir. Surgió la disidencia desde el primer instante porque Aurelia aborrecía a su marido. Se daba a él, pero le soliviantaba constantemente con sus desprecios, sus ultrajes y sus insultos. Al pobre señor Ferrón se le saltaban los nervios; sus manos eran, cada día, menos expeditivas y seguras. Un día les

nació un hijo. A Aurelia le horrorizó la crianza de un hijo imperfecto como era Sebastián. Aquello le dio pie para zaherir más a fondo a su marido. Le increpaba, llamándole egoísta; le denostaba por motivos insignificantes o sin motivo alguno. Sebastián recordaba haber sorprendido varias veces a su padre llorando. Sabía Sebastián que lloraba por él, previendo la amargura del camino que aún le quedaba por recorrer y presintiendo, proféticamente, que él, su padre, tan débil, no podría acompañarlo mucho tiempo. Y así fue.

El señor Ferrón aparecía cada mañana más gastado y decrépito. Era joven aún, pero no lo aparentaba. Se le venían encima su profesión, su mujer, su hogar y la preocupación de aquel hijo. Y así fue consumiéndose poco a poco. Un día (¡qué fijo y claro conservaba Sebastián este recuerdo!) acudió a su consulta un personajillo muy conocido en la ciudad en aquel entonces. El señor Ferrón vio enderezarse un poco su fortuna. Aquello podría ser, de conseguir un buen trabajo, el comienzo de una necesaria rehabilitación. Y puso, como era natural, todas sus mermadas facultades en el empeño. Sólo le fallaron los nervios; un movimiento inoportuno, una palabrota, un grito terrible advirtieron a Sebastián, el niño. El personajito abandonaba la consulta cojeando y amenazando al señor Ferrón con el bastón. Cuando Sebastián entró en la clínica vio a su padre agarrándose la cabeza desesperado y rezongando dicterios contra sí mismo. A su lado había una palangana y en el centro de ésta, rodeado de un charco de sangre, como el cadáver desnudito de un niño, estaba el dedo meñique del pie izquierdo de aquel buen señor. Sebastián hijo podía dar fe de que estaba arrancado de cuajo.

Aquel contratiempo apremió el desenlace. El señor Ferrón sobrevivió poco al dedo meñique del personajito. Se postró en cama y una noche su homeopática humanidad se quedó rígida y fría, sin despertar a nadie ni decir oxte ni moxte. A los once meses justos de fallecido don Sebastián, Aurelia parió a la Orencia. Cuando alguna amiga la interrogó sobre la irregularidad del proceso de gestación de la pequeña, Aurelia se echó a reír y respondió «que la condenada cría era oncemesina». También se lo dijo así a su primogénito, aunque entonces Sebastián no tendría arriba de diez años.

Sebastián evocaba estos episodios cuando avanzaba, entre la bruma mañanera, camino de los Almacenes. Le agradaba sentir en el rostro los picotazos de la niebla e imaginarse a su padre allá arriba, en un cielo difuminado, sin Dios ni satisfacciones, regocijarse de su buena suerte. Aurelia no se alegró demasiado con el nuevo empleo; se limitó a decir con aires de pitonisa a Sebastián:

—Eres un bobo; ya veremos lo que esto dura.

Y le forzó a presentarse en casa del señor Sixto a despedirse de él. Al señor Sixto no le costó prescindir de sus servicios; lo accesorio no le perturbaba nunca demasiado. Le manchó la mano de pimentón al oprimírsela y le dijo, francamente, que le deseaba muchos éxitos. Luego se situó tras su balanza mágica y se dispuso a escamotear unos gramos de arroz de la débil ración de una cliente. Así, concisamente, cerró Sebastián su trato con el ultramarinero a quien sirviera con lealtad durante seis años.

Sebastián estaba contento en los Almacenes. Sus manos pequeñas y nudosas se estremecían al palpar las suaves piezas de seda, de raso o de terciopelo. Existía una honda diferencia entre este género y el que antes manejara en la tienda de ultramarinos. Lo de ahora se acercaba más a su manera de ser sutil y delicada, casaba mejor con su espíritu hipersensible. De los compañeros no tenía queja. En aquellas dos primeras semanas se habían comportado humanamente con él. Es cierto que le costó algún berrinche la adaptación, que la manía de algunos en tocar madera al divisarle y la de otros a sofocar las carcajadas al verle encaramado como un mono en la picuruta de la escalera le mortificaban, amargándole un poco su actual bienestar. «Pero —se preguntaba Sebastián— ¿por qué sitio he ido yo que mi presencia haya pasado inadvertida?». Y se consolaba así; sobre todo, observando la manera paternal de enseñarle y aconsejarle que utilizaba don Saturnino; la etiquetera y digna conducta de don Arturo, el apoderado, hacia él.

El señor Suárez le presentó a los compañeros el primer día de su incorporación a los Almacenes. Después, poco a poco, Sebastián fue presentándoselos a sí mismo de verdad, sondeándolos, examinándolos, aquilatando todos esos pormenores íntimos que no caben en un apretón de manos por muy aparentemente sincero y cordial que éste sea. Así, don Arturo, el joven repeinado y etiquetero que le atendiera el primer día, se le iba definiendo con una rotunda claridad. Era, a su juicio, un comerciante perfecto. Las clientes no se privaban de esperar media hora si con ello conseguían verse despachadas directamente por don Arturo. Don Arturo les sonreía, les complacía, halagaba ceremoniosa y sutilmente su vanidad. El pobre Sebastián comprendió pronto que era éste un buen espejo donde mirarse; que por muchas vueltas que le diese a la esfera mercantil de la ciudad, no encontraría un maestro con mejores cualidades que las que don Arturo reunía.

—Usted, que sabe distinguir lo bueno de lo malo, no debe llevar esto.

Y don Arturo retiraba la pieza barata con cuquería y metía por los ojos de la cliente la pieza cara. Esto lo repetía con todas, empleando las mismas o parecidas palabras. Y a las clientes les enorgullecía el que don Arturo creyese,

sinceramente, «que ellas sabían distinguir» y no se conformaban con cualquier cosa. Acababan, casi siempre, comprando lo que a don Arturo convenía que comprasen.

—No, por Dios, esto no es para usted; usted no puede vestirse con estos harapos.

La cliente sonreía, y por nada del mundo hubiese llevado aquello que don Arturo juzgaba indigno de ella.

Sebastián miraba y analizaba, escuchaba y aprendía. Estaba decidido a hacerse un experto y competente comerciante. Él se abriría camino, aunque sólo fuera para desentumecer la memoria de su padre, su congoja postrera. Envidiaba a don Arturo porque don Arturo había ascendido ya varios escalones por la escalera del triunfo personal cuyos primeros peldaños pisaba él, tímidamente, ahora.

Don Arturo comenzó como él, de mozo en los Almacenes; mas el señor Suárez se dio cuenta inmediatamente de su valía y lo ascendió a dependiente. Don Saturnino sabía que manejaba un arma de dos filos, y actuaba con discreción y astucia. Los demás establecimientos de tejidos de la ciudad iban conociendo la competencia de Arturo y le hacían ofertas tentadoras. El señor Suárez se veía obligado a acallar las llamadas de la ambición en el pecho de don Arturo e iba de concesión en concesión: mozo, dependiente, apoderado, partícipe, en buena cuantía, en los beneficios, asociado… Era un proceso ineluctable. Un día se alcanzaría el tope: don Saturnino no podría ofrecer más. Don Arturo se encontraba en la cumbre de la popularidad y era el momento. Entonces aquel cuerpo social se escindiría y la unidad de acción quedaría desarticulada y rota. La masa de sangre que lo vivificaba se dividiría en dos y a partir de entonces los dos antiguos asociados lucharían en campos opuestos. Don Arturo inauguraría un comercio propio y arrastraría en pos de sí toda aquella clientela que aguardaba pacientemente horas y horas a que él concluyese con los que habían llegado antes. Era la evolución fatal del comerciante; el comerciante, como algunas células, se reproducía por bipartición.

Pero don Arturo, hombre prudente y mesurado, no veía aún la oportunidad; no consideraba lograda todavía la plena madurez, ni realizadas la totalidad de las conquistas. Se hallaba en medio de la evolución. Sebastián lo miraba actuar, embelesado; contemplaba los movimientos rápidos, intensamente armónicos y sugeridores, de aquellas manos de dedos finos y blanquísimos.

—Tengo algo nuevo y magnífico para usted.

¡Cómo se lo agradecía la cliente! Vigilaba de hito en hito a su alrededor, para que nadie le arrebatase aquella tela maravillosa que Arturo le reservaba con tanta amabilidad. Sí; ya lo creo que la quería. Que se la envolviese Arturo a hurtadillas para que no fuese demasiado descarada la atención. Luego se alejaba sonriente, pasaba por la caja, donde Anita, la bella mujer rubia, permanecía encerrada, y, por último, marcharía a casa, a contar a su marido, con la condición de que no lo divulgase, el gesto liberal de Arturo, el simpático apoderado de los Almacenes Suárez.

Sebastián observó, nada más ingresar, que don Arturo conseguiría ser uno de los comerciantes más ricos y acreditados de la ciudad. Comprendió también que únicamente en este ramo de la economía cabía aún el encumbramiento en unos años; esa labor sorda y callada que culminaba un buen día en un negocio redondo y próspero. La gente diría luego:

—Yo conocí a este hombre vendiendo cacahuetes en la Plaza Mayor.

Y así era, en efecto, sobre poco más o menos, con muy ligeras variantes.

—Ese hombre no era nadie cuando empezó.

Y hoy lo era, efectivamente, gracias a sus dotes singulares y a su esfuerzo ininterrumpido, casi heroico.

Ninguno de los otros dependientes estaba hecho de la misma pasta que don Arturo, en opinión de Sebastián. Martín, un hombre alto y guapo, con un bigotito recortado debajo de la nariz, trataba de imitarlo con escaso éxito. Por sobre todas las cosas, Martín era un presuntuoso que alardeaba de conquistador. Se vanagloriaba de entontecer a la mujer que se proponía, aunque, a la vista, jamás trascendiese este supuesto entontecimiento. Martín las arrastraba con melosas sugestiones hasta el probador y, al salir de allí, aseguraba «que aquella pobre cliente estaba ya en el bote». Afirmaba que se había citado con ella y a la hora de cerrar, por la tarde, marchaba deprisa, o decía marchar, al problemático lugar de la cita. Martín pertenecía a una familia distinguida de la ciudad, pero su falta de talento para el estudio le condujo a recalar en el almacén como único remedio asequible para resolver su porvenir. Constituía Martín, por tanto, una rara excepción de su época. En este tiempo, los jóvenes estudiaban todos, los que tenían condiciones y los que no, tanto si existían fondos disponibles en el hogar como si había de recurrirse a procedimientos extremos para costear la carrera.

Hugo era menos competente que Martín, pero también menos fatuo, aunque resultaba aún más ostentoso en su constante preocupación de exhibir sus dotes de Tenorio sin miramientos ni remilgos. Vivía con una muchacha en una modesta pensión y se jactaba de esto tanto como de sus aventuras

pasajeras. Era bajo de estatura y muy moreno de pelo y piel. Los ojos, exageradamente negros, despedían fuego como los de un árabe. Poseía un temperamento exaltado y sensual. A las clientes las rozaba la mano intencionadamente o las musitaba piropos al oído. Anteponía el menor contacto furtivo a la posibilidad de hacer una buena venta. No le poseía, pues, la ambición de medrar, sino la ambición de la carne y la vanidad de ser admirado. El señor Suárez le reprendía y, a veces, se le inflaba, al hacerlo, una gruesa vena en la iniciación de la calva. Eso denotaba que la furia henchía su sangre, forzándole a buscar un desagüe que no encontraba. Pero Hugo era así y no hubiese cambiado aunque le intimidaran con la horca. Sus dos manos eran morenas y peludas como las de un mono, pero Hugo se ufanaba de ellas, convencido de que el hombre, cuanto más velludo, más irresistible e interesante resultaba a las mujeres. «El hombre y el oso, vellosos», afirmaba con retintín siempre que se aludía a ello, mostrando al auditorio el piloso envés de sus extremidades.

Otro dependiente, el de más edad, y por el que más atraído se sentía Sebastián, era Manolo. Siempre se mostraba triste y cariacontecido. Tenía un cuerpecillo enclenque, formado, al parecer, de una urdimbre de huesos y nervios, y constantemente cavilaba en las dificultades de la vida y en la enmarañada y oscura perspectiva de dar salida a siete hijos, todos varones. Con Manolo congeniaba bien Sebastián. Era con el único con quien no se sentía oprimido al entablar conversación. Con los demás no hablaba a ser posible, y si lo hacía, procuraba siempre pasar inadvertido.

Por último, había otros dos dependientes en los Almacenes que eran hermanos, jóvenes, rubios y muy aficionados a los deportes. Habían ingresado recientemente y aún permanecían precintados y sin destapar, sin abrirse a una peligrosa confianza.

Después de la dependencia propiamente dicha, venían los mozos. Además de Sebastián, había otro mozo que se llamaba Emeterio. Éste era muy joven, apenas un niño, pero Sebastián receló desde los primeros días que era de él de quien principalmente debería guardarse. Tenía una nariz muy larga, con dos ventanas prolongadas y estrechas en las que se hurgaba activamente con los dedos a toda hora. De cuando en cuando, extraía de ellas un pedacito de materia viscosa con la que elaboraba, imprimiendo un movimiento uniforme e iterativo a las yemas de sus dedos, una pelotita oscura que lanzaba, sin miramientos, en cualquier dirección, mediante un hábil ejercicio combinado de índice y pulgar. Emeterio tenía un carácter expansivo y desmesurado.

Charlaba mucho, casi siempre para decir tonterías o puerilidades, pero era a estos temperamentos expansivos y locuaces a quienes más temía Sebastián.

En este ambiente y entre estos compañeros comenzó a desenvolverse la nueva vida de Sebastián. Llegaba al almacén a las nueve menos cinco, hora en que todavía no había comenzado el barullo y los dependientes comentaban en corro las incidencias de la tarde anterior. Los dos hermanos rubios solían formar tertulia aparte con Emeterio y hablaban de fútbol y de aviones, pero sobre todo de fútbol. Las charlas se celebraban, por lo general, en torno a los radiadores.

El otro mozo y Sebastián alternaban el encendido de la calefacción. Correspondía este quehacer una semana a cada uno. Al principio, Sebastián se las vio y se las deseó hasta que logró prenderla tres veces. En lo sucesivo aquella tarea no le planteó problemas de ninguna clase.

Hasta las once sólo caía por el establecimiento algún comprador espaciado, y en esos casos un dependiente se destacaba del grupo para atenderlo. Poco después tenía lugar la invasión. Comenzaba a entrar gente y gente y la dependencia se multiplicaba, iba y venía, con un dinamismo enloquecedor. Se oía el rumor de muchas voces, el timbre de la caja, el retumbo compacto de las piezas al ser desenrolladas sobre el mostrador, todo simultáneamente. Sebastián se dividía para no frenar la vitalidad del negocio.

—¡Pequeño, el piqué de 21,80!

Y Sebastián trepaba ágilmente por la escalera, las piezas desfilaban ante sus ojos —rojo, amarillo, *beige*— a gran velocidad. En los primeros días se aturullaba. Apenas distinguía el piqué de la franela y tanteaba las piezas tímidamente, aguardando que desde abajo le confirmasen: «¡Ésa!». Y Sebastián se descolgaba, entonces, con la pieza al hombro. En pocos días se puso al corriente de los tejidos más vulgares y de su ubicación en la estantería. Subía y bajaba, bajaba y subía con pasmosa celeridad. «Después de todo —se decía Sebastián—, yo no tengo el temor de caer y torcerme la columna vertebral». Oía, desde arriba, el tintineo del timbre de la caja, las frases persuasivas de don Arturo, la galante indicación de Martín invitando a alguna señorita a pasar al probador a ponerse las pieles; veía los furtivos desvíos de la mano de Hugo buscando el contacto de otra mano femenina; el salir y entrar de docenas de personas, la sonrisa de Anita, encerrada en su mostrador; y, al fondo, erguido y complacido, don Saturnino, con los pulgares metidos bajo el chaleco, junto a las axilas, viendo su máquina en marcha, el espectacular funcionamiento de aquel taller con piezas y engranajes humanos. E, inesperadamente, otra voz:

—¡El cheviot marrón, muchacho!

Sebastián era el «pequeño», el «chico», el «muchacho»… Le dolió un poco, al principio, esta despectiva forma de designarle, pero acabó persuadido de que en ello no había ofensa, ni desprecio, ni mala voluntad hacia él, aunque algunas veces, sobre todo por parte de Hugo, lo pareciese.

A la una, Sebastián echaba el pestillo y volvía el cartelito de «Cerrado». Los rezagados ponían cara de haber perdido un ser querido al topar con el cartel que les vedaba el paso. Aún continuaba el movimiento durante un cuarto de hora. El local se desahogaba por una puerta secundaria. Allí don Saturnino estrechaba manos y decía adiós, muy sonriente, a aquellos que le permanecían fieles hasta el instante de cerrar. Poco a poco iba remitiendo aquella fiebre hasta que el último cliente abandonaba el local. Se oía, en ese instante, un suspiro colectivo, se amontonaban y ordenaban algunas piezas y cada uno tomaba su abrigo del ropero y marchaba a comer.

Don Arturo permanecía un rato con el señor Suárez, hablando y riendo de cosas del negocio. A Sebastián le daba la sensación de que a don Saturnino, entre risa y risa, le iban quedando desgarrones del alma al constatar que cada palabra y cada carcajada de don Arturo le desasía un poco más del fructífero cuerpo social. Poco después el apoderado se marchaba a dar una vuelta por la calle Principal. Era la hora del paseo de los estudiantes y las jovencitas. Pero don Arturo no iba allí a perder el tiempo. Espiaba los escaparates de los competidores con el rabillo del ojo —el pararse detenidamente a examinarlos estaba mal conceptuado—, observaba las preferencias de los jóvenes y las jóvenes y de todo ello extraía luego ventajosas consecuencias que redundaban en la prosperidad del negocio.

Sebastián, embutido en su abrigo raído, con las dos piezas detonantes en los codos, salía solo hacia su barrio. Pronunciaba un «adiós» colectivo y, pasito a paso, se encaminaba a casa, rumiando los nuevos conocimientos, la astucia mercantil de don Arturo, la posibilidad de que algún día pudiese él contemplar, con los dedos pulgares bajo el chaleco, la feliz marcha, fecunda y crematística, de una empresa propia.

Con alguna frecuencia se detenía en la Plaza del Mercado. Allí tenía su cuartel general una pareja pintoresca que concentraba a la multitud a su alrededor. La mujer actuaba como adivinadora y el hombre, que se calificaba a sí mismo como el «doctor cubano», la explotaba y vendía un ungüento prodigioso para cicatrizar heridas. Sebastián había oído hablar con desprecio de aquella mujer, pero él la admiraba. Admiraba aquellas facultades excepcionales que le permitían adivinar las penas y miserias y, también, las

alegrías de sus prójimos; admiraba la sencilla manera de mostrar en público su talento y, sobre todo lo demás, admiraba su escasa ambición, ya que, a juicio de Sebastián, de haber explotado sus condiciones en un teatro cualquiera hubiera salido en menos de un año de la miseria.

El hombre formaba el corro, con minuciosidad de artesano, en torno a la mujer, encaramada sobre dos cajones y con los ojos vendados. La gente se arremolinaba esperando el comienzo. Salvo alguna excepción, podía asegurarse que a la pintoresca pareja la circundaba un corro de fe.

—Se pide que te concentres.

Sonaba ronca, gutural y poderosa la voz del hombre, mientras perfeccionaba el círculo de oyentes, empujando a unos y rogando a otros. Su voz, de improviso, se hacía monótona, inarticulada casi, como un murmullo:

—Concentra, concentra, concentra…

El corro iba cobrando una precisión geométrica. Crecía la expectación y los chiquillos ganaban a empujones la primera fila. Alguien, impaciente, llamaba con un susurro al «doctor cubano» y le hablaba al oído. El espectáculo comenzaba:

—¿Quién te pide consulta?

La voz ronca del hombre iba dirigida a la mujer. Ésta se estremecía un tanto por el esfuerzo de la concentración. Al cabo, respondía con una voz agudísima, como un chirrido:

—¡Una señora!

Continuaba el hombre:

—¿Qué desea esta señora?

Y ella, tras leves vacilaciones:

—Esa señora tiene en el pensamiento a su esposo.

La «paciente», arrebujada en su mantón negro, asentía. La adivinadora proseguía desde su improvisado estrado:

—… y desea saber si su marido sanará de su enfermedad.

Se hacía un silencio de muerte. A la consultante comenzaban a brillarle los ojos y una lágrima furtiva rodaba mejilla abajo. Todos la miraban con ansiedad; leían en su rostro cómo la intimidad que ponía la pitonisa patas arriba era muy cierta. El fallo se hacía desear siempre. Al fin, la adivina sentenciaba de modo inapelable:

—El marido no sanará totalmente de su enfermedad, pero mejorará grandemente.

Hervía el respetable en un murmullo de compasión. A Sebastián le arañaba la garganta la desgracia de la mujeruca del mantón, que se alejaba

haciendo pucheros y enjugándose las lágrimas con un pañolón de lunares negros.

Y seguían las consultas. De cuando en cuando, el hombre agrandaba o perfeccionaba el corro, y una gran serpiente que le acompañaba sacaba la cabeza de una cesta ante el estupor y el susto de los chiquillos.

—Yo soy el «doctor cubano», y les juro a ustedes que siempre he respetado la primera fila de butacas —reía, nerviosa, la concurrencia— para los niños. Vamos, un poquito más atrás. Se ve lo mismo. —Y nuevamente elevaba su voz, ronca y omnipotente—: Aquí se admiten toda clase de consultas, a excepción de las religiosas, políticas, de abastos y de tasas…

Algunos se marchaban. Entre consulta y consulta, el «doctor cubano» encajaba tubos de pomada con gran facilidad. Los que la habían usado se hacían lenguas de su maravillosa eficacia, y estos elogios constituían un estímulo para los vacilantes. Ante estas ventas considerables, Sebastián no podía por menos de recordar a don Arturo y establecer un paralelo entre él y el «doctor cubano».

Una mañana, la víspera de Todos los Santos, Sebastián vio acercarse al corro de espectadores a la Aurora, la hija del señor Sixto. La Aurora era muy conocida en el barrio de Sebastián. Llamaba la atención por lo ridículos que resultaban la presunción y el engallamiento en un ser tan poco atractivo. Usaba unas gruesas gafas que acentuaban el ungüento verde oscuro con que se acicalaba los bordes de los ojos. Era corta, ancha y culibaja, y, aunque gastaba mucho en vestirse, tenía un aspecto desolador.

Parecía preocupada aquella mañana. Con una marcada habilidad de tornillo logró internarse hasta la primera fila. Desde allí siseó varias veces al «doctor cubano», hasta que éste se aproximó a ella. Sebastián se preguntó qué es lo que aquella criatura tendría, en su intimidad, de consultable.

—¿Quién te pide consulta?

Por centésima vez en aquella mañana repitió el doctor su interrogante.

—Una jovencita… —Aurora se arreboló un poco.

—Y, ¿qué desea esta jovencita?

—Esta joven tiene en el pensamiento a su novio… Y desea saber… —se detuvo la pitonisa, como midiendo el alcance de su futura frase— si su novio volverá a ella.

Los soldados y varios hombres de mono y tabardo que rodeaban al «doctor cubano» estallaron en una carcajada. Fue todo visto y no visto. La Aurora se arrepintió de su osadía, volvió la espalda al doctor y se abrió paso a codazos entre la multitud. Luego echó a correr como si la serpiente del

«doctor cubano» la persiguiese. La carcajada, entonces, se hizo general. El hombre se encogió de hombros y prosiguió, dando forma al corro:

—Yo, el «doctor cubano», les juro a ustedes que siempre…

Sebastián se alejaba también. Pensaba en la Aurora, en la inexplicable conducta de la Aurora. Después de todo, a él nada de ella le importaba, pero aquella absurda consulta al «doctor cubano» le colmaba de curiosidad.

Al llegar a casa encontró a su madre atendiendo la cocina y a la Orencia, con los ojos llorosos, que encendía un braserillo. Sebastián se fue a su cuarto. En la cabecera de su cuarto había un pintarrajo de San Ignacio de Loyola. Y al verlo, por un momento, se le hizo a Sebastián que aquella mañana no había salido aún del almacén. Enseguida se dio cuenta de que la pintura de San Ignacio era una reproducción exacta del semblante de don Saturnino Suárez, y aquello le pareció un gran milagro.

La Orencia entraba ahora con el brasero y lo introdujo en una pequeña camilla, vestida indecorosamente con una falda de color claro, llena de manchas de vino y churretes de grasa. Tres sillas y un aparador polvoriento y desvencijado completaban el mobiliario. En los cuartos de los lados dormían Aurelia y Orencia, y, en la alcoba de la misma habitación, Sebastián.

La niña, como era frecuente en ella, se quedó quieta mirando a su hermano. A Sebastián no le agradaba esta silenciosa y concentrada contemplación. «Me está midiendo, me está midiendo», no podía por menos de pensar cuando veía unos ojos posados en él, aunque éstos fuesen los de su hermana. Carraspeó y se sentó al brasero. La pequeña continuaba observándole, indiferente.

—Oye, Orencia… —murmuró de pronto Sebastián.

La niña no se inmutó. Prosiguió el hermano:

—Mañana son los Santos y pienso ir al cementerio a llevar unas flores a nuestro padre. ¿Querrás venir conmigo?

—Bueno, te acompañaré.

Aceptaba Orencia como si con ello le hiciera un favor, no por impulso espontáneo.

Por la puerta del pasillo se adentró la avinagrada voz de Aurelia, llamando a la niña:

—¡¡Orencia, Orencia!!

A Sebastián le arrastraba una impresión de asco al escuchar aquella llamada conminatoria, como si el nombre de la pequeña llegase sumergido en vino y arropado en la grasienta cazadora militar. Le mortificaba ver a su hermana trabajando como un burro de carga de la mañana a la noche, sin una

expansión ni un rato de regocijo. Y las punzadas lancinantes que le asaeteaban el alma se hacían más dolorosas cuando escuchaba en la calle el murmullo jaranero de sus pequeñas vecinas, las de la edad de Orencia, jugando al corro o saltando a la comba.

Comió poco y, sin un rato de sobremesa, salió para los Almacenes. Eran aquéllos unos días de mucho movimiento; la gente se preparaba para sortear el invierno y se vendían muchos artículos de abrigo. Sebastián subió y bajó, trepó y descendió cientos de veces por aquella escalera de la tienda que, en dos semanas, se le había hecho familiar. En tanto pensaba en Orencia sin conseguir tampoco desentenderse de la imagen de la Aurora frente al «doctor cubano», indagando por el novio fugitivo. Entre el repiqueteo del timbre de la caja y las frases persuasivas de don Arturo se alzaban las sombras de su hermana y de la Aurora eclipsándolo todo, como si se erigiesen en los núcleos fundamentales de su existencia.

Ya de noche salió del almacén. La gente paseaba por la calle a pesar del frío inclemente. Las confiterías iluminaban bandejas repletas de buñuelos de viento y huesos de santo. (Imaginó Sebastián que entre éstos se encontrarían los de su padre: pequeñitos y dulces, así se había imaginado siempre él los huesos de su progenitor). La Plaza del Mercado se hallaba alfombrada de pétalos de flores y la gente los pisaba sin inmutarse, los mataba con los tacones, pensando, quizá, que no les estaba permitido evadirse de la función de preservar el reposo de los muertos.

Aquella noche, al desnudarse, se avergonzó Sebastián de hacerlo ante los ojos húmedos y paternales del señor Suárez. Alargó la mano y volvió el cuadro de San Ignacio contra el tabique. Más tranquilizado, se desprendió de los calzoncillos y de la renegrida camiseta —ambos llenos de agujeros, como si estuviesen comidos de las cucarachas—, se metió en la cama y apagó la luz. Luego se quedó pensando mucho rato en la oscuridad.

Capítulo III

Después de comer, Orencia y Sebastián salieron de casa para ir al cementerio. Las calles, aunque arrasadas por un viento helado, se veían muy transitadas. Había en ellas más luto que de costumbre, como si todos hubiesen reservado los trapos negros con que se tocaban para ir a saludar a sus muertos. Se adivinaba en la gente un afán de emulación, de adornar las tumbas familiares con mayor primor que el vecino.

El mismo Sebastián no se libraba de este sentimiento. En la Plaza del Mercado se detuvo para comprar unas flores. Los tenderetes, que usualmente expendían puntillas, carretes y ovillos de hilo, plumines, horquillas, herretes y otras bagatelas, se veían hoy atestados de flores y coronas mortuorias. Había allí claveles, dalias, pensamientos, crisantemos… Sebastián caviló, antes de decidirse, durante unos minutos; al fin, sonriente, escogió dos ramilletes de crisantemos. En el fondo, aun sin él darse cuenta, pensaba: «Sí, con esto mi padre estará más guapo y distinguido que los demás muertos. Sobresaldrá de todos sus contertulios del camposanto». Y, cogidos de la mano, Orencia y Sebastián se perdieron en un laberinto de calles.

Formaban una pareja inefable y grotesca. Sebastián, con su traza física, acentuada por las deplorables prendas que vestía, y, a su lado, la niña, alta y espigada, más alta que Sebastián, con los ojos muy grandes, muy abiertos y muy asustados, el cuerpecillo embuchado en un raído abrigo gris claro que apenas le ocultaba los flacos muslos, y con una tiñosa pielezuca de conejo protegiéndole el cuello.

Pronto dejaron atrás el casco urbano. Los edificios de pisos iban diseminándose y aparecían primarias barracas y casuchas miserables de una sola planta, rodeadas de pequeños huertos. La carretera, bordeada de cipreses, semejaba una interminable procesión de capuchones como las que recorrían la ciudad durante la Semana Santa. Orencia y Sebastián apenas hablaban; si es caso, se transmitían sus emociones por el contacto de las manos. La gente iba y venía, unos despacio, deprisa otros, algunos en lujosos automóviles, muchos en los gruñones y renqueantes autobuses de la ciudad, que, al tomar cada curva cerrada, amenazaban con acostarse allí para no volver a levantarse.

Orencia y Sebastián avanzaban, perdidos en el barullo. La gente hablaba a su alrededor con una locuacidad desenfrenada, como si acabaran de percatarse

de la conveniencia de flexionar la lengua un número determinado de veces antes de servírsela de pasto a los gusanos.

Encerraba mucha belleza aquel camposanto; una belleza de tránsito, no enteramente de este mundo, pero tampoco del otro. Sebastián recorrió varios paseos con respeto y un tanto sobrecogido. Orencia miraba a los lados y, de repente, soltó la mano de su hermano y se llevó las dos suyas al rostro sofocando un grito:

—¡Sebastián, me ha rozado un ánima; me ha dado en la cara, te lo aseguro!

La niña se había exaltado y estaba a punto de llorar. Desmanotadamente trataba de arrancarse la turbadora sensación que notaba impresa en la mejilla.

—¡Tonta! Si es una tela de araña —rió Sebastián.

—No lo es, no lo es. ¿Dónde está la tela de araña?

—Anda, dame la mano y no tengas miedo.

(Los temores inconcretos de Orencia preocupaban mucho a su hermano; esto era lo único que arrancaba a la niña de su habitual indiferencia por todo. Ni los golpes ni las reprimendas de Aurelia la rozaban; sólo podía con ella aquel pánico infundado, absurdo, que la poseía a toda hora).

El señor Ferrón tenía su última morada en un extremo del cementerio. Allí una humilde losa gris decía simplemente: «Don Sebastián Ferrón. 1893-1932. R. I. P.». Y arriba de la losa había sido horadada una cruz.

Sebastián se detuvo y esparció, con minuciosa precisión, los crisantemos sobre la tumba; después comenzó a orar un poco maquinalmente. A poco, observó de reojo a la Orencia y se dio cuenta de que la niña no rezaba. Interrumpió un Padrenuestro:

—¿Por qué no rezas por nuestro padre, Orencia?

—Él no era mi padre —Sebastián se agitó sobresaltado:

—No digas esas cosas, mujer.

—¿Por qué no voy a decirlo, si es cierto? No vayas a creer que todavía soy una tonta.

[Le hurgaba una cosa rara a Sebastián en el estómago; tal vez la conciencia de que la niña decía verdad en contra de lo que él hubiera deseado. Pensó que aquel esqueletito que adivinaba acurrucado y frío bajo la losa no podía ser, en verdad, el padre de la pequeña. Nuevamente le sacudió los oídos la voz de Orencia:

—Mi madre me lo ha dicho el otro día. Me dijo: «Cualquiera podría ser tu padre, menos tu padre». Al principio no la entendí pero ahora sí lo entiendo.

Sebastián percibió dentro de sí un exacerbado temor, un impulsivo deseo de venganza contra la lengua de su madre. Anheló verse ante ella y censurarle su repugnante libertinaje de expresión, la contundente manera de derribar afectos e ilusiones. Sí, él sabía que Orencia y él no eran hijos de un mismo padre, que la pequeña era un producto de los funerales del señor Ferrón.

Pero ¿no era criminal el proceder de su madre? ¿No atentaba contra ella misma y contra la niña?].

No obstante, Sebastián sabía que este desengaño, como tantos otros, habría de comérselo él solo, que jamás se atrevería a enfrentarse con Aurelia e increparla por su conducta, que su madre proseguiría socavando el cauce por donde él y la niña, por las buenas o por las malas, habrían de continuar caminando.

Orencia advirtió la compunción de su hermano:

—Anda, Sebastián, rezaré por él contigo, si tú lo quieres. No importa que él no fuera mi padre.

Rezaron muy quietos y muy juntos, bajo la atmósfera reposada y yerta del camposanto. La tarde iba cayendo imperceptiblemente sobre ellos. Una picaza infatuada galleaba desde la copa de un alto y fantasmal ciprés. Transcurrido un corto rato, Sebastián se levantó, volvió a tomar de la mano a su hermana y ambos caminaron pausadamente hacia la puerta.

En una plazoleta del cementerio se erguía un severo monolito de mármol con una pequeña capilla en la base. En el frontis de la capilla decía: «Panteón de hombres ilustres», y a continuación, en una lápida blanca, se alineaban hasta dos docenas de nombres. (Sin querer le recordó a Sebastián aquella sucesión de líneas negras los castigos del colegio —en los tres años anteriores a la muerte de su padre—, cuando le ordenaban copiar hasta un centenar de veces aquello de que «Los niños deben ser educados). —Sebastián leyó algunos nombres ilustres y suspiró—. Después de todo —se dijo—, su cama no es ahora mejor que la de mi padre; ni sus huesos serán tampoco más duros y resistentes».

La puerta del camposanto vomitaba toneladas de gente negra. Las tragaba con flores y sonrientes y las devolvía sin flores y apesadumbradas. De aquel constante ir y venir dedujo Sebastián que la vida, la vida toda, consistía simplemente en eso: en ir y venir, en fluctuar, hasta que la guadaña de la muerte segaba la última trayectoria.

Se adentraron por el camino de cipreses, en ruta hacia la ciudad. Se iba haciendo de noche y algunos farolillos mortecinos comenzaban a encenderse a los costados de la carretera. El viento había amainado o les daba ahora de espaldas y se hacía menos sensible. En las calles, la multitud festejaba el día saliendo de casa, sin motivo ni rumbo, deseosos de dejar volar tres horas grises a la intemperie, badulaqueando, para convencerse de que aquello era, a la postre, un día de fiesta y se veían libres de la tiranía de la oficina, de la tienda o del taller.

Al pasar ante una confitería, Sebastián se detuvo. Acababa de experimentar un irresistible impulso de ternura que le impelía a abrazar y

estrechar contra sí aquel manojo desgalichado de huesos que era la pequeña.

—Te voy a convidar, ¿sabes?

—¡Huy, qué gusto! —sonrió Orencia.

Y pegó su roja naricita a la vitrina. Tras unos minutos de indecisión, señaló con el dedo un hueso de santo relleno de pasta de fresa:

—Ése, yo quiero ése.

Penetraron los dos y Sebastián pidió dos huesos de santo. Mientras comía el dulce, observaba la delectación de la pequeña socavando el canuto con la afilada punta de la lengua. Al pretender pagar se dio cuenta de que las golosinas importaban un real más de sus posibilidades. Se aturdió Sebastián:

—Mire, no tengo más que dos veinticinco. Yo creí… Me parecía que tendría bastante y…

La mujer, una mujerona como una torre, obesa y coloradota, torció el gesto. Añadió Sebastián, tartamudeando:

—Yo puedo dejarle en prenda lo que usted quiera… Desde luego…

—No hace falta; ya pasarás mañana por aquí.

Sebastián se sonrojó:

—El caso es que hasta el domingo no podré disponer de dinero.

—Bueno; pues el domingo te espero.

Salieron. Su impotencia económica le había arrebatado a Sebastián el buen gusto del dulce; su impotencia y el tuteo impertinente de la confitera. A Sebastián le dolía ver cómo pasaban los años sin que su personalidad aumentase por ello; le mortificaba que en todas partes le considerasen como un chiquillo, sin pizca de poder de representación. Parte de ello lo achacaba a su dependencia económica, a aquel no poder desprenderse de dos pesetas sin amenazar gravemente el equilibrio de su asignación dominical. Pero otra parte la llevaba él mismo a cuestas, con su insignificante porte y aquella cara de niño pequeño, de niño triste y atolondrado. Sebastián hubiera deseado sólo por esto, sólo por verse tratado de usted y oírse llamar «don Sebastián», alcanzar un puesto importante, codiciado, en la vida. Añadía un nuevo grado a su depresión el hecho de que Orencia hubiera sido testigo del despectivo trato de la confitera. La pequeña, colgada de su brazo, se relamía aún los labios de placer. De pronto pareció conectar sus pensamientos con los de su hermano:

—¿Cuánto te da ahora madre los domingos?

Le molestaba a Sebastián tratar este problema con Orencia.

—Lo mismo que antes.

—¡Huy! ¿Lo mismo que cuando trabajabas en la tienda del señor Sixto?

—Igual.

—¿Siete pesetas, entonces?

—Sí.

—Es poco.

—Sí, no da para comprarse un coche.

Atravesaban ya la Plaza del Mercado y entraban en su calle, estrecha y animada. A la derecha, el pacífico paredón ciego del convento de los capuchinos parecía una sucursal del cementerio, tal era su imperturbabilidad y su reposo ancho y macizo. Allí, al lado, unos chicos ataban una lata al rabo de un perro. El chucho acabó perdiendo la paciencia y, revolviéndose contra ellos, soltó dos potentes ladridos. Los chiquillos, atemorizados, rompieron a correr, desparramándose y riendo convulsivamente. Mas, al poco rato, los rapaces tornaron a la carga y era el can, ahora, quien trotaba arrastrando un llanto quejumbroso y agudo a lo largo de toda la calle.

Los portales del barrio eran lóbregos y oscuros como carboneras. Las tiendas mantenían cerradas las trampas. Algunas mujerucas vendían naranjas y cacahuetes desde los tenderetes montados en las aceras. Los novios pasaban cuchicheando muy juntos y algunos se escondían, amartelados, en los negros portales. Al fondo de la calle, el cine iluminaba los muros pardos de la parroquia, situada enfrente, con un resplandor rojizo. Ante la taquilla se retorcía la cola como una serpiente de un centenar de segmentos articulados. Los tenderetes se multiplicaban ante la puerta del teatrillo y las vendedoras no se retraían de pregonar sus mercancías a voz en grito.

Orencia y Sebastián se zambulleron en el portal de su casa.

El monstruito de la cabeza de león y los pechos cónicos los observó desde el remate de la barandilla. (Aparentaba abrir más los ojos cuando alguien se aproximaba). El portal se mantenía casi a oscuras, apenas rotas las tinieblas por una bombilla de luz amarillenta, encerrada en una jaula en el vano de la escalera. Ascendieron Orencia y Sebastián y llamaron en su piso. Salió Aurelia a abrirles. Sebastián se quedó pasmado, mirándola incrédulo. Se había despojado de la horrible cazadora parda y hasta se había peinado sus cabellos débiles y zarriosos.

—Pasad, niños; tenemos visita.

Orencia y Sebastián se miraron en silencio. Aurelia les sonreía y les daba palmaditas en los hombros como una madre derretida de ternura.

—Venid, venid por aquí…

Les abría la puerta de la habitación de la camilla. Pasaron. A Sebastián fue la presencia de la visita lo que le hizo reparar en el aspecto desolado de la habitación. (La camilla se levantaba triste y fría en el centro de la estancia

polvorienta. En derredor, tres sillas, con el asiento de paja, dos de ellas ocupadas por doña Claudia y la Aurora y la otra caliente aún del opulento trasero de Aurelia. Un viejo y mohíno aparador apartado en una esquina completaba el frugal mobiliario). Sebastián se dirigió hacia su antigua patrona y la saludó, preguntándole, en un murmullo, por el señor Sixto. Luego estrechó la mano de la Aurora, a quien, no sabía si por los efectos de luz de su casa, encontraba pálida y desmejorada. La niña se quedó tiesa e inexpresiva bajo el marco de la puerta.

—Vamos, saluda a estas señoras.

Su madre la conminaba, mas Orencia se encerraba en su hosquedad un poco salvaje. Le imponía el sombrero aparatoso de doña Claudia y los ojos abesugados de Aurora, que se le metían en la carne, agrandados por aquellos cristales como culos de vaso.

—Hola.

Pronunció, al fin, la niña un «hola» como un ladrido y salió disparada a encerrarse en su habitación.

—Discúlpela, doña Claudia, es muy hurona.

Se estiró la boca de doña Claudia en un amago de comprensiva sonrisa:

—¿Y cómo te va, Sebastián, en tu nuevo cargo?

Doña Claudia le interrogaba con ironía. Sebastián se sintió incómodo.

—Bien; hasta ahora estoy contento.

Su madre se había sentado de nuevo y él era ahora el único que permanecía de pie.

—Creo que estás de botones en los Almacenes Suárez, ¿no es así?

—No, señora; estoy de mozo.

—¡Ah!

Al decir «¡ah!» levantó la cabeza y un pájaro artificial encaramado en la copa de su sombrero retembló. Habló Aurelia:

—Doña Claudia se ha acordado del aniversario de tu padre, Sebastián. Ése es el motivo de su visita.

Sebastián quiso agradecerlo, pero no pudo; no se sentía capacitado para comprender cómo aquellas dos mujeres se acordaban del señor Ferrón al cabo de catorce años. Por primera vez en la vida, creía recordar Sebastián, ocurría esto. Por más que el aniversario de su padre no era ahora, sino en julio. No se pudo contener:

—Pero mi padre murió el 13 de julio.

Se sonrieron entre sí las tres mujeres. Su madre tomó la palabra:

—Ya lo saben, Sebastián; pero mañana son las Ánimas Benditas y es el aniversario de todos los «fiambres».

Fue muy desagradable para Sebastián oír tratar a su progenitor de esta manera. Y más por boca de Aurelia. No obstante, como tantas veces, no dijo nada. Doña Claudia cambió el rumbo de la conversación, después de mirar en torno:

—Es ésta una habitación muy guapa. (¿Por qué le infundían desaliento a Sebastián estos adjetivos tan traídos y llevados por los vecinos del barrio?). ¡Vaya que sí! Podrían ustedes sacar mucho partido de ella…

—Ya lo creo; no le falta razón, doña Claudia.

Prosiguió la señora de don Sixto:

—Sí vieran ustedes qué maja hemos puesto ahora nuestra salita de estar, ¿verdad, Aurora?

—Sí, mamá.

—La hemos puesto al estilo Luis XV. Hemos comprado en un *antiguario unos mueblecitos muy estilizados. Estilizados Luis XV, ya les he dicho antes…*

(Sebastián sufría por su madre. La veía rígida como una roca, con una sonrisita boba curvándole los labios; impenetrable por completo a las insensateces de doña Claudia. Tan sólo de vez en cuando lanzaba un ruidoso chorrito de aire por los intersticios de los dientes para purificarlos de elementos nocivos. Y el sonido que producía entonces era semejante al de un ruiseñor joven que aún no ha aprendido a cantar).

—Luego hemos forrado la sillería con un raso muy mono de florecitas, ¿verdad, Aurora?

—Sí, mamá.

—Ha quedado muy cuco; sí, muy cuco. Pero todo tan caro. Los *antiguarios se han puesto por las nubes. Me acuerdo yo antes de la guerra…*

(Sebastián recordaba pocas cosas de la preguerra; pero las suficientes para evocar la ínfima tiendecita del señor Sixto, en un cuchitril próximo al lugar que ahora ocupaba el cine y donde sólo se despachaban bolas de anís, regaliz de palo, canicas de dos colores, ajos, castañas pilongas y cajas de chicle conteniendo dos pastillas rosadas. Si la señora Claudia acudió a un anticuario antes de la guerra sería, a no dudar, para desprenderse del resto de un posible patrimonio familiar).

—Entonces se encontraban las cosas a un precio razonable. Pero ahora, ahora todo el mundo no piensa más que en ganar aunque sea a costa de la sufrida piel del prójimo.

Aurelia pudo, al fin, intervenir:

—Y que usted lo diga, doña Claudia; la vida está cinco veces. Antes se vivía con nada.

—No tiene usted que decírmelo. —Retemblaba otra vez el pajarito del sombrero de doña Claudia—. Vea usted los automóviles. Sixto hace tiempo que anda tras uno, pero no se decide. Y hace muy bien. ¿Qué dirá usted que le piden por un *Sevrolet del año treinta?*

—¿Cinco mil duros?

Aurelia puso los ojos en blanco sólo de insinuar esta cifra.

—Ponga cinco mil más.

—¿Diez mil duros por un automóvil viejo?

—Ni uno más, ni uno menos.

Aurelia quiso demostrar bien a las claras su pasmo:

—¡Hay que amolarse!

(Sebastián se sintió invadido por una corriente muy viva y caliente de sangre. Se sofocó. Aquellas explosiones de perplejidad de Aurelia le ocasionaban náuseas, le hacían tener presente continuamente la maldita cazadora parda, plagada de lamparones de vino y de grasa).

Aurora arrastró hacia atrás la silla y se aproximó a Sebastián. Las dos madres cambiaron una mirada de entendimiento.

—¿Me quieres enseñar tu casa, Sebastián?

Éste se acogió al escape que se le presentaba:

—Bueno, pero te advierto que es muy fea.

Pasaron al cuarto de Aurelia. Allí languidecía sus penas la horripilante cazadora, tumbada sobre la cama de su madre. Todo estaba sucio, desbaratado y en desorden.

—Es una habitación muy hermosa, ¿qué tendrá? ¿Seis metros por tres?

Aurora se mostraba discreta. De aquella destartalada habitación no cabía decir otra cosa. Sebastián asintió y se sobrecogió de un íntimo rubor cuando se adentraron en su alcoba:

—Aquí duermo yo.

Aurora soltó una risita:

—¿Y es capricho tuyo poner los cuadros del revés?

Reparó Sebastián en el San Ignacio vuelto de espaldas la noche última. Le era duro confiar a Aurora los motivos de esta particularidad. Se hubiesen visto complicados en la confidencia don Saturnino, las cucarachas y, sobre todo, sus calzoncillos; por eso prefirió callar.

—Lo habré hecho sin darme cuenta.

—¿Eres sonámbulo?

Notaba Sebastián que jamás Aurora se había comportado con él con la cordialidad agresiva con que ahora lo hacía. Aurora, aunque fea, se había visto siempre muy solicitada, porque en el barrio, casi en la ciudad entera, tenía fama de atrevidilla y pindonga. A Sebastián lo miraba por encima del hombro, sin olvidarse de que aquel hombrecillo ruin y torcido era, a fin de cuentas, el recaderillo de la tienda de su padre. De repente, todo aparecía distinto. Una Aurora instintivamente pegajosa y cordial le hablaba en melosos tonos y le dirigía, por entre los pequeños círculos concéntricos de sus gafas, húmedas y melancólicas miradas de carnero degollado. Sebastián atribuyó el cambio a la importancia de su colocación actual.

Alrededor de la camilla proseguía el monólogo de doña Claudia, mientras la mirada tonta de Aurelia continuaba dilatándose con asentimiento. Aurora y Sebastián alcanzaron el pasillo. Aquél señaló a su huésped la primera puerta a la derecha y dijo en voz baja:

—Ésta es la habitación de Orencia. —Y añadió, disculpándose—: Pero ella está dentro ahora.

Pasaron de largo hasta la cocina. Pensó repentinamente Sebastián que era absurdo todo cuanto acontecía esta tarde en su casa. Y lo más absurdo de todo, aquella detenida inspección de su hogar por parte de la Aurora. (Un hogar deplorable, sin nada que ver, como no fuese la inmundicia y el polvo que se acumulaba en los rincones).

Al dar la luz de la cocina, tres ratones pequeñitos y de una nerviosa movilidad saltaron de la lata de la basura, que apestaba a restos podridos, y se refugiaron en el cuchitril de la leña. A Sebastián le abochornó este detalle:

—Ésta es una casa muy ratonera —se justificó.

Aurora trascendía optimismo y comprensión:

—Todas las casas viejas son ratoneras.

Él se vio plantado, sin nada que añadir, pero el recuerdo de la tarde anterior vino en su auxilio:

—Ayer te vi donde el «doctor cubano».

Se sonrojó Aurora y comenzó a retorcer mecánicamente las cuatro puntas de un pequeño pañuelo. Ambos se recostaban en el fogón y oían, lejano como un arrullo, el rumor del monólogo de doña Claudia. Inesperadamente Aurora le miró con confianza, sin disimulo:

—Estoy muy desengañada, ¿sabes, Sebastián?

Este desahogo confidencial le aturdió momentáneamente:

—¿Qué te ocurre, Aurora?

Le costaba arrancarse. No respondió enseguida, sino después de una pausa reflexiva:

—Nada concreto, pero estoy harta de tontear. Él se aventuró:

—¿No tienes novio ahora?

—¿No me viste en el «doctor cubano»? Se azoró Sebastián:

—Sí…

—Entonces ya sabes que no. —Guardó silencio un momento—. Toda esa serie de novios no me ha dado ninguna felicidad, créeme.

(Se preguntaba Sebastián qué habría imprimido en el alma de Aurora un viraje tan radical y qué es lo que la llevaba ahora hasta él para desembucharle de este modo sus desengaños. Aurora inclinó la cabeza sobre el pecho).

—He flirteado mucho mucho… Tal vez demasiado, Sebastián… —Parecía apesadumbrada y mustia—: …y no creas que por ello tenga el alma más llena —añadió.

A Sebastián comenzaba a removerle por dentro un inconcreto sentimiento de compasión. Se percataba de que no siempre las desgracias propias son las más lamentables de las que pueblan el universo; que a veces hay criaturas que parecen dichosas, plenas, y luego están huecas y vacías como un tambor. Y en un minuto de intimidad vuelcan sobre nosotros su podredumbre y su miseria espiritual. La sensibilidad de Sebastián se estremeció al contemplar cómo se empañaban de lágrimas los gruesos cristales de las gafas de la Aurora.

—SÍ yo puedo hacer algo por ti…

—¡Oh, no te preocupes! Son tonterías mías. Todo esto son tonterías mías.

Puso una mano sobre los dedos deformes y achatados de Sebastián y el infeliz se sobrecogió al notar la tenue caricia. Era la primera vez que recordaba haber percibido sobre su piel el tibio contacto de otra piel humana acariciándole.

—Anda, vámonos allí; me ha gustado mucho tu casa; es un mundo de posibilidades…

Avanzaron por el pasillo hasta el cuarto donde departían Aurelia y doña Claudia. Ésta se levantó al entrar ellos:

—Te estaba esperando, Aurora. Yo creo que debemos marchar.

Aurelia intentó retenerlas. Sebastián se confundió al ver abalanzarse a su madre sobre doña Claudia y sellarle las mejillas con dos espontáneos y ruidosos besos. Con Aurora hizo otro tanto y a Sebastián le pareció advertir en el rostro de la chica una mueca de repugnancia. Cuando él le estrechó la mano se sonrieron levemente con una sonrisa de sabrosa complicidad.

Aquella noche fue para Sebastián un constante revolverse en un mar de incertidumbres. No comprendía nada de lo que había acontecido por la tarde; la visita de las Fernández, las confidencias de la Aurora, el brusco afecto de su madre hacia ellas; todo, todo, le llenaba de estupor. Pero, sobre las demás cosas, le enardecía el recuerdo de la mano de Aurora sobre la suya, palpándole, confiándosele, como si se sintiese más sola e impotente que él mismo. No se le ocultaba la fealdad de la hija del señor Sixto; mas, al tiempo que la reconocía, notaba cobrar vida dentro de sí un anómalo y vago sentimiento, mezcla de compasión y desconocida ternura.

Sebastián daba vueltas sobre sí mismo sin lograr dormirse. Se le calentaba la oreja emparedada entre la almohada y la cabeza y cambiaba de postura poniéndose boca arriba. Tampoco así se encontraba bien. Se le hacía que el almohadón iba endureciéndose paulatinamente hasta hacérsele irresistible el duro contacto con la nuca. Se recostaba del otro lado y, a consecuencia de estos movimientos, las sábanas se plegaban y se le hincaban en el cuerpo, desazonándole.

Había oído dar las once en una torre lejana y luego repetirlas como un eco al viejo reloj de los capuchinos. Por la calle discurrían, hablando a gritos o cantando, algunos grupos de borrachines. Sebastián tornaba a estirarse o a encogerse entre las sábanas. Llegó a pensar si la visita de doña Claudia y Aurora a su madre no perseguiría su regreso a la tienda del señor Sixto. Ante esta posibilidad todos los nervios de su cuerpo se tensaron en una maquinal rebeldía. Enseguida rechazó esta figuración absurda, repitiéndose que él, en realidad, era un material humano de desecho que si se adquiría era por simple conmiseración.

Los minutos seguían huyendo, desvaneciéndose. Sebastián no paraba inmóvil un momento. Oyó dar el cuarto, las once y media y las doce más tarde. Apenas terminó la última campanada comenzó, austero y crispante, el toque de ánimas. Los tañidos, distanciados y profundos, parecían acariciar el barrio como una aspersión de eternidad, imprecisa y queda. Rebotaban las campanadas en el silencio, arrastrando una estela lúgubre y monótona que trepidaba, un momento, en las tinieblas. Pero era el intervalo, largo, denso, entre una y otra campanada, lo que ponía a Sebastián al acecho, sobresaltado. Esta expectativa enredaba sus nervios de una manera diabólica. De pronto, percibió un grito de terror en la habitación de al lado. Seguidamente escuchó el movimiento alocado de un cuerpo que choca con sillas y trastos al tratar de rebullirse presuroso en la oscuridad. Sebastián se erizó todo él al oír, acto continuo, junto a sí, entre las tinieblas, un llanto crispado y convulsivo.

Tanteó en la oscuridad buscando la pera de la luz y cuando apretó el botón pareció cerrarse aún más la oscuridad por encima de sus ojos. Oyó entonces la voz entrecortada de la Orencia a su lado:

—No te molestes, Sebastián… El apagón es a las doce.

Se acordó súbitamente del nuevo régimen de restricciones eléctricas. (Creyó oír la voz del señor Sixto, echándoselas de gracioso, repitiendo que el español era un temperamento tan original que inventaba antes el automóvil que la gasolina. Luego, añadía, ha de esperar a inventar ésta para hacerlo andar. Y se reía. Se reían todos los que llenaban en aquel momento la tienda, la dependencia y la clientela). Con un esfuerzo se incorporó Sebastián a la realidad:

—¿Qué te sucede, Orencia?

Le contestaron varios agitados sollozos. Él se sentó en la cama:

—Dime, ¿qué te pasa? —insistió.

—¿No oyes?, ¿no oyes? —repetía la Orencia, horrorizada. (Y el toque de Ánimas se filtraba por las rendijas del balcón, pausado y espectral).

—¡Bah! ¿Eres tonta? Son las campanas.

La sintió apretar la cara contra la colcha convulsivamente. Pesaba la noche por encima de ellos como si la atmósfera fuese de plomo.

—No seas niña, Orencia; las campanas tienen que tocar así toda la noche.

Por la cabeza de la niña desfilaban fugazmente imágenes aterradoras. Se figuraba a los espíritus rozando con las sábanas blancas los bronces de las campanas, chocando y rebotando contra los vanos de las altas torres.

—Son las almas en pena las que tocan así, Sebastián; estoy segura.

—¿Tienes una cerilla? —inquirió él.

—Las tiene madre; yo no tengo.

Un tañido más grave que los demás produjo un ataque de histerismo en la chiquilla:

—Ésa es el alma de tu padre, Sebastián. ¿Crees que me atormentará así por no haber querido rezar nunca por él?

—Mi padre está en gloria; era muy bueno, Orencia.

—Tengo un miedo horroroso; ¿te importa que traiga mi colchón y duerma aquí?

Sorbía los mocos la pequeña de un modo mecánico, al tiempo que se comía las lágrimas. Los cuchicheos en la oscuridad matizaban misteriosamente la conversación.

—Bueno.

—Voy por él.

La oyó correr de puntillas, por la tarima, con los pies desnudos. El «tan-tan» de las campanas se repetía con una insistencia de pesadilla. Se le ocurrió, de súbito, a Sebastián que estaba obrando egoístamente y se tiró de la cama dispuesto a ayudar a Orencia.

Hacía un frío terrible en la casa, un frío que los tañidos metálicos y lejanos avivaban. Atravesó su habitación y entró de puntillas en el cuarto de su hermana. Avanzó dos pasos en la oscuridad y tropezó con ella. Un grito desgarrado de la niña le hizo vacilar:

—Soy yo, Orencia; no te asustes.

La pequeña se revolcaba sobre la cama, poseída de un irrazonable pánico. Entre sollozo y sollozo gritaba, sin preocuparse de atenuar la fuerza de su voz:

—¡Dios, qué susto me has dado! ¡Dios, qué susto me has dado!

Sebastián la incorporó y tomó el colchón en sus brazos:

—Vamos, ven conmigo; eres una boba.

Entraron en su alcoba. En este momento oyeron a Aurelia murmurar algo ininteligible. Los dos se quedaron quietos, Sebastián con el colchón en alto y su hermana pegada a él. Aurelia seguía rezongando cuando apareció en la puerta de comunicación con una veía en la mano. Se sorprendió al ver aquel cuadro inesperado:

—¿Qué andáis haciendo, condenados? Parece ésta una casa de locos.

Sebastián se explicó:

—Orencia tiene miedo; quiere dormir aquí, conmigo. —La llama iluminó la faz estupefacta de la madre, inundándosela de espectrales contraluces.

—¿Miedo? ¿Miedo de qué? Sonó, hueca, la voz de Sebastián:

—De las campanas.

Los dos ojos enormes de la pequeña se centraban implorantes en su madre. Temía lo que seguidamente aconteció:

—¡Basta de tonterías! —dijo a gritos Aurelia—. Cada uno a su cuarto…

—¡¡No!!

La rotunda oposición de Orencia resonó en la casa en tinieblas como un estampido.

—¿Cómo no, mocosa? Tú a dormir a tu cuarto, aunque te ensucies las bragas de miedo, pedazo de histérica. Ya te voy a quitar yo a ti esos ridículos nervios…

Orencia rompió a llorar crispadamente. Aurelia se acercó a ella y la golpeó dos veces con violencia:

—¡Calla ya, puerca!

La niña ahogó su llanto y se encaminó nuevamente a su habitación. Detrás de ella caminaba lentamente Sebastián con el colchón a rayas en alto.

Poco después no se oía en la casa más que el eco solemne de los bronces, entreverado de los sollozos de Orencia. Y cuando Sebastián, al empezar a amanecer, hizo una visita a la niña, la encontró dormida debajo del colchón y con dos pedazos de trapo sucio metidos en los oídos.

Capítulo IV

La temporada de otoño fue magnífica para los Almacenes. Se superaron con mucho las ventas de años anteriores y todo hacía presagiar que los rumores de crisis económica de que la gente hablaba con la convicción que da el desconocimiento no pasarían de ser una falsa alarma. La nave marchaba viento en popa, bien avituallada por su capitán, don Saturnino Suárez, y expertamente arrumbada por don Arturo, el segundo de a bordo.

A mediados de noviembre, el señor Suárez marchó a Barcelona a hacer unos pedidos importantes para la temporada de primavera. A los quince días regresó, y cuando se vio rodeado de sus fieles subordinados pronunció, con énfasis, las añoradas palabras:

—Amigos míos, eso de la crisis es un camelo.

Y cada cual redobló su actividad pensando que no había nada que temer en lo sucesivo; que don Saturnino venía de Barcelona y tenía sobrados motivos para saberlo todo a ciencia cierta. Y la máquina continuó funcionando sin un fallo, don Arturo persuadiendo a la clientela a la vista de todos, Martín desde el probador y los dos hermanos altos y rubios entreverando su actividad mercantil con los pronósticos futbolísticos para la jornada inmediata.

A Sebastián no le hacía gracia constatar que la atmósfera un poco tirante y respetuosa, por lo que a él se refería, de los Almacenes iba trocándose, con el correr del tiempo, en un clima chocarrero y de confianza, en el que él llevaba la peor parte. Siempre le había sucedido lo mismo. En cualquier agregación humana que cayese se desarrollaba análogo proceso. Primero un irónico actuar a sus espaldas que se delataba en tenues y espaciados cuchicheos, una carcajada contenida o un simbólico tocar madera en su presencia que tenía más bien una raíz de concesión a la galería, sensacional y espectacular, que íntimamente supersticioso. Los que esto hacían creían conseguir de esta manera una gracia fácil. Esta primera etapa la soportaba bien Sebastián. Le dolía ser centro de un callado espionaje, de una minuciosa y constante observación. Pero temía más por el futuro que por el presente. Él sabía que con el correr del tiempo llegaría, ineluctablemente, la segunda etapa, en la cual este proceder velado se destaparía en una clara ofensiva. No desconocía Sebastián que los hombres necesitan siempre de un hazmerreír para eclipsarse a sí mismos la propia ruindad de sus barros. Sebastián, por ello, se libraba de

entablar confianzas, de dar pie a sus compañeros para bromas excesivas. Mas el roce constante, el trato de todos los días acababa por formar un ambiente propicio para bromear y hacer chacota de su mezquindad física.

Así, al mes de su ingreso en la casa, nadie reparaba en que tras aquella imagen pequeña y retorcida se ocultaba un alma que sufría y que conservaba eternamente sangrantes las huellas de los impactos. Sebastián soportaba las pullas con una frágil sonrisa y de sus amarguras internas sólo él tenía conciencia. A sus compañeros les parecía que aquel manojo inarmónico de músculos y huesos no tenía razón de sufrir.

Su compañero, el otro mozo de los Almacenes, era quien más se distinguía en aquel burdo e inhumano juego. En cualquier claro de la febril actividad del establecimiento se creía obligado a sacar a colación a Sebastián para recreo de la dependencia. Sebastián hablaba con él en tono respetuoso, a veces suplicante, aguardando ingenuamente que aquel jovenzuelo le correspondiese. Pero Emeterio, su compañero, no tenía tiempo para fijarse en estas esperanzas del otro. Había optimismo en los Almacenes y esto era lo fundamental, cayera quien cayese.

—Para hablar conmigo póngase usted de pie —decía, con frecuencia, adoptando una grotesca actitud de superioridad, a Sebastián.

Y Sebastián se retorcía por dentro, maldiciendo de su estatura. O bien, remedando un concurso que celebraba en aquellos días un importante diario madrileño, afirmaba a voz en grito:

—Era tan pequeño, tan pequeño, que la cabeza le olía a pies.

Sebastián inventaba un quehacer para hacerse el desentendido. Pero las carcajadas retumbaban en todas partes y él se veía obligado a responder a la burla con una fría sonrisa de conformidad; se veía forzado a aplaudir su propio desgarramiento.

De aquí que Sebastián deseaba que la actividad del establecimiento no languideciese a ninguna hora del día. Palidecía, encaramado en la escalera, al ver que el flujo de clientes remitía y poco a poco la tienda iba vaciándose. Allá arriba, tieso en un palo, como un canario, Sebastián comenzaba a temblar esperando el sarcasmo. Y Emeterio, que se mantenía al quite para hacer gala de su ingenio, voceaba, al abandonar el local el único comprador, elevando los ojos a lo alto de la escalera y sin sacar el dedo de uno de los agujeros de la nariz:

—Caramba, Sebastián, hoy estás más alto.

Sebastián rumiaba luego a solas todos estos improperios. Se enfangaba, sin percatarse, en un oscuro masoquismo. Casi hallaba una voluptuosidad

enervante en la digestión solitaria de las chocarrerías de Emeterio.

Así iban discurriendo las semanas en los Almacenes. El estado de ánimo de Sebastián oscilaba como un péndulo. Ni él mismo hubiera acertado a definirse.

Una tarde, cuando comenzaba a decrecer la riada humana, don Saturnino le envió a la trastienda a buscar una caja de mantillas. Jamás había entrado Sebastián en aquella estancia; por eso, al introducirse en ella por primera vez, percibió una impresión rara, como si violara un recinto clausurado para el mundo muchos años atrás. (Las estanterías se alzaban desde el suelo al techo, cuajadas de cajas, de baúles y de trastos inservibles y viejos. Todo cooperaba a forjar una idea rígida de paralización y entumecimiento. Apenas había luz. La tarde, plomiza e invernal, se filtraba cobardemente por dos ventanucos de ordenanza rayanos al techo). Al cerrar la puerta aspiró un aroma extraño, mezcla de polvo antiguo y de puntillas amarillentas por el decurso de los años. Sebastián miró hacia los rincones antes de aventurarse. Entonces le llamó la atención un maniquí femenino, tirado en un rincón, desnudo y desamparado como una mujer pública. A Sebastián le conmovió su desamparo; y quizá más que su desamparo, la rotundidad explosiva de sus curvas, turgentes y apretada. *[Y comenzó a galoparle el corazón con una energía absurda e inusitada, conforme daba pasos hacia el maniquí. Evocó repentinamente los grupos de soldados que se detenían ante el escaparate donde tres piernas de madera bien formadas pregonaban la belleza de unas medias de cristal. Y se explicó aquella reacción.*

El viejo maniquí, antiguo y polvoriento, hipnotizaba a Sebastián. «Una mujer que no hable, ni sienta, ni piense; he ahí mi ideal», se dijo, y acarició con un frenesí loco, sensual, las curvas llenas de serrín. Luego tomó el pelele por los hombros y besó sus rojos y muertos labios con ardor volcánico, ansiando transmitirle un poco de la efervescencia de su sangre. Permaneció un rato a su lado, refocilándose, y, al cabo, se incorporó y sintió un inconcreto asco de sí mismo].

Aquella tarde, al llegar a casa, encontró allí a doña Claudia con Aurora. Sus visitas menudeaban desde el día que la Aurora le confiase su decepción sentimental. Su madre y doña Claudia aparentaban haber hecho buenas migas; charlaban de muchas cosas y reían como dos locas de cualquier cominería. Sebastián no se explicaba aquella amistad. Doña Claudia era rica y Aurelia no tenía una peseta; doña Claudia bullía y Aurelia vivía encajonada en su mugriento agujero, dada al vino y al mal humor. Pero, sin embargo, la amistad existía y se manifestaba claramente en aquellas conversaciones interminables alrededor de la camilla, sazonadas de ruidosas carcajadas.

Cuando Sebastián llegaba era corriente organizar una partida de tute de compañeros en la que Sebastián y la Aurora jugaban juntos. Las señas

tradicionales apenas si bastaban para que la Aurora le transmitiese sus posibilidades de baza. Casi siempre las refrendaba con golpecitos por debajo de la mesa, incrustándole a Sebastián una rodilla en el muslo o de otro modo semejante que aturdía al muchacho.

Otras veces salían juntos a la calle. A Sebastián le avergonzaba que en el barrio lo viesen acompañando a la Aurora. No era su fama de fresca lo que le turbaba, sino el hecho de que creyesen que él presumía de conquistador.

Aquella tarde la Aurora le esperaba con impaciencia para ir al cine. Echaban una buena película en el teatro del barrio. Sebastián se quedó perplejo al comunicarle su madre que le había sacado las localidades. (Notaba Sebastián que a su madre le halagaba aquella amistad, que por conservarla sería muy capaz de hacer sacrificios que por cualquier otro motivo no hubiera aceptado nunca).

Salieron a la calle. La noche estaba fría y las luces del barrio brillaban con la mitad de su potencia habitual, debido a las restricciones. Los novios caminaban más juntos que de ordinario; tanto que a Sebastián se le ocurrió pensar si no serían los novios de su barrio los que chupaban el agua de los pantanos. En la taquilla se arremolinaban los golfillos pidiendo una perra para completar el importe de una entrada. Siempre a aquellos muchachos desharrapados les faltaban diez céntimos para tener derecho a forzar la frontera del teatrillo.

—Ande, señorito, que hoy es apta para menores.

Y los señoritos les daban la perra gorda y, perra a perra, los golfillos iban sumando para la localidad y para un real de cacahuetes.

Aurora y Sebastián entraron en el teatro. Sebastián se sonrojó al cruzarse en el vestíbulo con Hugo, el moreno dependiente de los Almacenes, que daba el brazo a una mujer de edad y muy pintarrajeada. Penetraron en la sala. El aparato, chillón y agudo, llenaba los ámbitos del local. Proyectaban el No-Do y la chiquillería se impacientaba con aquel extracto de cultura superficial. Sebastián se acordó del maniquí de los Almacenes al ver que el acomodador les iluminaba, para que se sentasen, dos butacas de la anteúltima fila. Experimentó una instintiva repulsa, pero se sentó junto a la Aurora sin decir nada. Poco después comenzó la película y la chiquillería aplaudió frenéticamente para soltar los nervios. En derredor, la película interesaba tan poco como el No-Do. Todo eran parejas que se arrullaban en la penumbra. Y a veces sonaba una bofetada y una mujer ahuecaba el ala taconeando ruidosamente. Transcurridos unos segundos, un hombre salía detrás de ella, abrazado a los abrigos, al paraguas y a la cartera de la mujer.

La película prometía ser interesante. Sebastián apenas había ido al cine y miraba la pantalla sin pestañear. Aquel pobre padre incomprendido le recordaba mucho al suyo y aquella mujer tan poco complaciente podría ser muy bien una caricatura de Aurelia. Sí, era interesante. Inopinadamente le rozó, como un susurro, la cálida voz de la Aurora:

—Me gustan estas películas que reflejan la vida.

Sebastián pensó que no era precisamente la vida de Aurora lo que reflejaba el film, pero le respondió que también a él le gustaban mucho. Las voces de los intérpretes tenían un matiz campanudo de ultratumba. Entre frase y frase se oía en la sala el crujir de cientos de cacahuetes, castañas y giganteas mondándose al mismo tiempo. Y si por azar se cortaba un momento la película, un pataleo trepidante y estruendoso sobrecogía a los más pacientes. Otras veces se hacía un gran silencio, mientras los actores seguían moviendo convencionalmente los labios, y entonces un rugido atronador aleteaba por el local:

—¡¡¡Que es sonoro!!!

E inmediatamente las imágenes, como convencidas de que estaban defraudando al respetable, reanudaban sus cavernosas voces hinchadas y retumbantes. A la media hora la película comenzó a decaer, a juicio de Sebastián. En ese instante advirtió que la Aurora miraba su perfil sin pestañear a través de los gruesos cristales de las gafas.

—¿No te diviertes? —le dijo ella.

—Es menos interesante ahora.

—Tienes razón.

Si hubiesen hablado así cuatro filas más adelante, un siseo múltiple se hubiese abalanzado sobre ellos cortando en flor su conversación. Pero allí detrás no parecían estorbar a nadie.

—Es que también la vida va haciéndose menos interesante a medida que se vive, ¿no crees, Sebastián?

Aurora le hablaba muy cerca, tan cerca que casi notaba temblar sus labios en la mejilla. Sebastián había ido olvidando paulatinamente la fealdad de Aurora. Día a día reconocía nuevas virtudes en su alma e ignotos alicientes en su fachosa presencia física. Con todo, lo que más le conmovía era su sinceridad con él, aquel destapar el alma sin prejuicios ni recelos. Se había enamorado de muchos hombres, había flirteado mucho, era muy cierto, pero a la hora de la verdad le buscaba a él, un ser despreciable para todo el mundo, para decirle que la vida tenía destellos de bisutería, que era una joya falsa.

—Yo creo que la vida no es interesante nunca, la verdad —respondió él, al cabo de una pausa.

—¡Oh, tampoco es eso! No seas tan categórico.

De nuevo acariciaba la mano de la Aurora sus dedos deformados.

—¿Cuándo puede serlo? —dijo Sebastián, con voz temblorosa.

—Cuando se encuentra comprensión y fe.

Notaba Sebastián recorrerle el cuerpo como un líquido muy cálido y fluido, como si todo lo que encerrase bajo su piel se derritiese de repente. Habían enlazado sus manos y entonces Sebastián comprendió que sólo así podría recorrer la vida con un poquito más de seguridad y confianza en sí mismo. Le bailaban en la lengua muchas palabras de amor, tiernas alusiones a la bondad y blandura de corazón de su compañera; pero aquellos ojazos de Aurora, agrandados por los vidrios de las gafas, le detenían la palabra al posarse fijos en él. Ya no oía la voz cascada de los intérpretes, ni la crepitación de las resecas cáscaras de los cacahuetes, ni recordaba las chanzas de Emeterio y Hugo en los Almacenes. Disfrutaba, por primera vez, de un mundo acotado e invulnerable, un mundo tierno y sencillo construido para él solo.

—La vida es hermosa cuando en ella se logra hacer un remanso para dos.

Aurora se acercaba y se acercaba al susurrarle al oído frases bonitas. Aquella criatura parecía desglosada, absolutamente desasida, de la prosa pimentonera de su padre, el señor Sixto, y de los alardes vanidosos de doña Claudia.

Justo en el momento más emocionante del film, el teatrillo se inundó de luz y se hizo el descanso. Las parejas se separaron de un salto y Aurora se replegó en el brazo opuesto de la butaca. Tenía las mejillas arreboladas y parecía nerviosa. Sebastián divisó a Hugo unas butacas más allá y se sintió cohibido cuando éste le sonrió maliciosamente y le guiñó un ojo.

Los hombres salían al vestíbulo a fumar, mientras los chiquillos armaban un vocerío desapacible desde las filas baratas. El hechizo de Sebastián se había roto y al reanudarse la función no logró concentrarse en sí mismo, temeroso de que Hugo le espiase desde su asiento para hacer chuflas a su costa al día siguiente. Todo concluyó, pues, en la bella frase de Aurora de que «La vida es hermosa cuando en ella se logra hacer un remanso para dos».

En los días que siguieron se multiplicaron las cuchufletas sobre Sebastián y su habilidad de conquistador. Hugo había pronunciado el grito de alarma en los Almacenes. Al pobre Sebastián le mortificaba escuchar, interpretado por todas las lenguas, el éxtasis de su intimidad.

No obstante, cuando salía con la Aurora olvidaba estos sinsabores y se decía que constituían los satélites inevitables de toda gran pasión. Doña Claudia y Aurora continuaban visitándoles y en la polvorienta habitación de la camilla se repetían las animadas partidas de tute o las interminables conversaciones sobre el ornato de la casa, las prendas de vestir o los medios de locomoción de doña Claudia.

Así se echó encima la Navidad. La tarde de Nochebuena cerraron antes el almacén. Todos marcharon presurosos, con su paga extraordinaria en el bolsillo y el corazón henchido, después de recibir del propio señor Suárez sus inmejorables deseos de que pasasen unas felices Pascuas.

Sebastián corrió a casa de la Aurora en cuanto se vio libre. Se habían citado en el portal para salir juntos. Y Sebastián no acertaba a explicarse por qué aquellos encuentros iban haciéndosele imprescindibles como el pan de cada día.

El señor Sixto no había cerrado aún la tienda. Los clientes rezagados acudían a comprar el vino, los mazapanes y el turrón. Detrás de la balanza el señor Sixto, orondo y saludable, escatimaba unos gramos en cada venta. (Los beneficios suplementarios de aquel día alcanzarían para comer pavo y turrón durante las dos semanas que aún faltaban hasta Reyes). Se mostraba contento. El balance de aquel año remontaba las cifras más fantásticas y satisfactorias. «No creo —se decía— que haya muchas sociedades de envergadura que cierren con un margen mayor de beneficios». Y el insensato olvidaba que su bolsa se henchía a costa de los glóbulos rojos del barrio.

Sebastián paseó ante la casa de Aurora repetidas veces. Enfrente se alzaba, sucia y desconchada, su propia casa. En el cuarto de Orencia había luz. Escapaba por el redondo agujero de la contravidriera, por el que un día tuviese salida el cañón de una estufa. Sebastián se aproximó y, agarrándose a los barrotes de la ventana, flexionó sus cortos brazos y miró a través del boquete. La Orencia se hallaba sola, mustia e indiferente, hurgando en su mesilla de noche. A Sebastián se le oprimió el corazón, notó su peso en el pecho como si, de pronto, se le hubiese hecho más denso y compacto. Mientras los demás niños del barrio bailaban y entonaban villancicos alrededor de un ingenuo Nacimiento, la Orencia se consumía en su soledad apática y laxa, como una vieja sin ilusiones.

Aurora ya salía de su casa. Estrenaba un bonito abrigo de pieles que cohibió a Sebastián.

—Andando —le dijo, sonriente.

Y Sebastián comenzó a andar a su lado, atemperado por el fuerte perfume que emanaba el cuerpo de Aurora.

—Callejearemos un rato, si no te importa. A mí me gusta entrar en ambiente para estar en forma al celebrar la Nochebuena.

Le sedujo el plan a Sebastián. La niebla se apretaba contra los transeúntes como los novios en el cine del barrio. Hacía frío, pero la ausencia de viento lo hacía menos sensible. La gente abundaba en todas partes. Vagaba en diversas direcciones, con cestos y capachos pendientes del brazo. Los niños miraban los escaparates con ojos ilusionados y a Sebastián se le antojaba que todos, los niños y los grandes, estaban elaborados aquella noche de turrón y colorines. Tenía otro aspecto la gente, como sí de súbito se hubiera dado cuenta de que todos formaban parte de un mismo rebaño y que cada cual precisaba del calor del prójimo para subsistir.

Sebastián andaba deprisa al lado de la Aurora, hablando, como se imponía, de temas accesorios. De vez en cuando reían y sus risas parecían también, como los niños y los grandes, de turrón y colorines. Sebastián se confesaba que desde niño no había entrado en unas Navidades tan íntegro y optimista como en éstas. El corazón volteaba dentro del pecho con un júbilo inusual y le agradaba que los niños tropezasen con él al hacer cabriolas y tonterías. Tan sólo conservaba un resentimiento oscuro y turbio allá en el fondo de su alma: la memoria de aquel maniquí abandonado en la sucia trastienda de los Almacenes. Su recuerdo se le imponía de vez en cuando y lamentaba que una mujer tan atractiva hubiese de pasar la Nochebuena arrinconada y yerta como un perro vagabundo.

Los escaparates sonreían con sus luces despiertas, olvidándose un día de las duras restricciones. Entraban ya en el centro y el deambular de la multitud dificultaba el paso. Aurora se detuvo ante un gran escaparate. Se apiñaban allí las cestas de Navidad, rebosantes de embutidos, turrones y botellas, plenas y opulentas, adornadas con lazos de distintos colores, con blancas peladillas y con brillantes serpentinas de escarcha artificial.

—Yo preferiría una cesta de éstas a un regalo en metálico.

A Sebastián le hubiese agradado que Aurora dijese *dinero en vez de metálico; pero su interna alegría no le permitió recapacitar en esta desilusión. Después de todo, metálico y dinero eran dos conceptos equivalentes.*

—Yo, francamente, elegiría el dinero.

Sebastián hablaba con el corazón. Tal vez después de verse embutido en un abrigo decoroso y libre de los lamparones de su traje, hubiese antepuesto

la cesta al dinero; pero mientras su decoro y dignidad no estuviesen a salvo, era indiscutible que prefería las pesetas.

—No me seas materialista, Sebastián.

Él sonrió quedamente:

—No es materialismo; es necesidad, Aurora.

—Me disgusta que hables de eso esta noche.

—Es un tema importante todas las noches, ¿sabes?

Sebastián había meditado seriamente sobre este punto. Admitía que estaba enamorado de la Aurora, o al menos que se sentía atraído hacia ella por un tierno, indefinible impulso. Pero, salvando las distancias físicas, aún quedaba aquel abismo económico que situaba a cada uno en una vertiente. Nada importaban los rumores de los chismosos, ni el método seguido por el señor Sixto para amasar su fortuna. La realidad era que la Aurora era rica y él pobre, y el amor sólo parece limpio y saneado cuando surge de una equivalencia económica de las dos partes. Era este obstáculo, sobre todos los demás, el que contenía la lengua de Sebastián.

—A mí, en cambio, me parece que el dinero no tiene demasiada trascendencia.

—Porque te sobra, Aurora.

Prosiguieron su paseo. Oleadas de gente se precipitaban en todas direcciones y, de vez en cuando, la copla tartajeante de un borracho ponía un lunar en el suave e íntimo júbilo de la ciudad.

—Viviendo mi padre era distinto; él tenía su buena carrera y ganaba lo suficiente.

—Pero ocurre una cosa, Sebastián. Hay veces que juntándose un pobre y un rico pueden salir dos ricos. Otras salen dos pobres, pero eso no es lo corriente.

Miraba Sebastián el perfil de Aurora, tratando de ayudarse con los ojos en la interpretación de sus palabras. Al fin se dibujó en su rostro una expresión obtusa y confesó:

—Apenas si te entiendo.

Ella se detuvo:

—Quiero decir que no hay problema cuando uno es lo suficientemente rico para dos.

Sebastián creyó entrever la luz:

—Pero es poco digno para el protegido.

—Si trabaja y aporta lo suyo no es nada denigrante.

Resultaba evidente que la Aurora trataba de allanar obstáculos, de facilitar de una vez la solución al problema planteado. Ahora le miraba con los ojos saltones, que si no escapaban de las cuencas era sólo, al parecer, debido a la contención que procuraban los gruesos cristales de las gafas.

Pasearon por varias calles y, al aproximarse las nueve, tomaron el camino de su barrio. Iban muy juntos, mirándose a los ojos y sin hablar. Sebastián, más canijo que su pareja, alzaba los ojos hasta ella, embebecido. De vez en cuando bajaba los ojos y observaba en derredor, medroso de que cualquier dependiente del almacén, o algún conocido del barrio, pudiera gastarle alguna cuchufleta de mal gusto. A ratos, indagando en la expresión de Aurora, descubría una curva burlona, casi imperceptible, en los labios o un atisbo de fatiga y aburrimiento en los ojos. «Si será todo una broma», recelaba Sebastián. Pero, al momento, volvía a surgir en la faz de su acompañante un brillo indefinible de complacencia, y Sebastián se tranquilizaba.

Se oían los villancicos de la «radio» desde diversos balcones cerrados y, en la calle, apenas transitaba ya gente. Apremiaron el paso. En el portal de ella se detuvieron. Impensadamente Sebastián advirtió que Aurora se había desprendido de los guantes y su piel cálida vivificaba la sangre aterida de sus manos.

—No sé por qué esta Nochebuena tengo ganas de llorar. Noto… ¡no sé!

Sebastián volvía a ser arrastrado por un empuje compasivo incontenible:

—Eso les sucede sólo a los que son buenos.

—¿Crees tú que es un privilegio?

Tenían las caras muy juntas y por la calle oscura, fría, no deambulaba nadie. Desde las tabernas del barrio se levantaban gruesas voces de borracho desafinando hermosas canciones. El aliento de ella, tan próximo, le llenó de una excitada embriaguez.

—Creo en ti, Aurora —musitó, entrecortadamente—. Nada me importa todo lo demás.

Se empinaba sobre las puntas de los pies para que ella le oyera más cerca. Escuchó la tremenda confesión de Aurora:

—Sebastián, estoy pensando que me eres imprescindible. Te amo con toda mi alma.

Sebastián, si hubiera podido elegir, hubiese elegido un «te quiero» en lugar de aquel opaco y sofocado «te amo», pero el momento no era como para reparar en vacuas sandeces. Sintió una oleada rápida y tibia que le ascendía desde los pies a la garganta.

—Eres mi vida, Aurora; eres toda mi vida, ¿sabes?

—¿No es cierto que no volveremos a pasar una sola Nochebuena separados?

—Si tú lo quieres…

—¿No ves, tonto, que me muero por que así sea?

Le apretujaba, nerviosa, los dedos hinchados en los nudillos, amoratados de frío. Sebastián recostaba la frente en el hombro de ella y temía que su corazón sufriese un colapso. Permaneció así unos minutos. Después oyó la dulce voz de la Aurora:

—Hace cientos de años aconteció un hecho maravilloso en un portal, tal día como hoy. ¿No te parece significativo que hoy haya ocurrido esto, precisamente en un portal también?

Todo le parecía prodigioso a Sebastián, incluso la irreverente comparación de la Aurora; todo aparentaba ser de dulce, como las Navidades.

—Parece un milagro, Aurora, de verdad…

De repente las manos de ella se escurrieron. Habló con voz sofocada:

—Tengo que subirme; es ya muy tarde, Sebastián.

—Bueno, querida; hasta mañana.

—Adiós.

Se volvía a cada paso que daba para sonreírle. Luego, a cada escalón que subía; cuando desapareció de su vista, Sebastián hubo de hacer un gran esfuerzo para cerciorarse del lugar que ocupaba. Después, cruzó la calzada y entró en su casa.

El idolillo abría los ojos al aproximarse él; Sebastián se paró a su lado y le atusó las melenas:

—¿Has visto, amigo mío? Voy a tener más suerte que mi padre.

Se le hizo que el monstruito se estremecía bajo su palma. De dos saltos subió la media docena de escaleras que separaban su piso del portal y abrió la puerta silenciosamente con el llavín. Tropezó con Orencia en el pasillo.

—He de decirte una cosa, pequeña, ¿sabes?

—¿Qué?

—Aurora y yo somos novios.

Frunció la boca la niña. Sebastián añadió:

—¿Es que no te alegras?

—No.

—¿Por qué, si puedes decirlo?

—No me gusta la Aurora.

—¿Qué vas a pedir para mí? ¡Dilo!

—Tú, siquiera, eres bueno.

—Y ella, ¿es que no lo es?

—Nadie es bueno en esa casa.

Sebastián se impacientaba. Por primera vez en la vida hubiera abofeteado con gusto a la niña.

—¿Es que sabes algo?

—¿De qué?

—De lo que sea. ¿Sabes algo?

—Yo no sé nada de nada, Sebastián.

—Eso, tú lo has dicho; tú no eres más que una tonta.

Sebastián se dirigió a su alcoba, de mal humor, se descalzó pisándose el contrafuerte de los zapatos y se echó sobre la cama. De pasada vio la mesa dispuesta para la Nochebuena. En el fondo, le intranquilizaba la desaprobación de Orencia. Era muy joven, una niña, desde luego, pero tenía un sentido muy despierto para localizar en qué parte le dañaba el zapato. «Bah, tonterías de una mocosa». Sebastián pretendía, en vano, tranquilizarse. Su espontáneo rencor hacia la niña nacía del difuso temor de que pudiese tener razón. Oyó el penoso arrastrarse de su madre por el pasillo y, de un brinco, se arrojó de la cama y estiró los pliegues de la colcha apresuradamente. Descorrió la cortina de la alcoba y se encontró con Aurelia.

—Buenas noches, madre.

—Ah, ¿ya estás aquí? Si se cae la casa no te va a coger debajo.

—He estado de paseo con la Aurora.

Cambió la expresión de su madre.

—¿Y qué?

Le envolvió una bocanada de olor a vino y miró con el entrecejo fruncido la cazadora de Aurelia.

—¿Cómo y qué?

—¡Concho, que si te vas decidiendo!

Le molestó a Sebastián la expresión de su madre y decidió mentalmente, en un instante, no manifestarle nada. A fin de cuentas, tampoco ella merecía ni hacía nada por merecer su confianza.

—Yo soy un desgraciado que no puede querer a nadie.

Apareció Orencia con un gran chicharro crujiendo todavía en una fuente desportillada. Se sentaron los tres en torno a la camilla. Sebastián reparó en que su madre vacilaba antes de sentarse. Luego le cruzó la cara con una desafiadora mirada y dijo con retintín:

—Mira tu padre.

Sebastián no pensó al responder:

—No quiero que me ocurra lo mismo.

—¿Qué más podía pedir él, pedazo de memo?

—Dio el plato a Aurelia para que le sirviera y determinó zanjar la cuestión.

—Ya lo sé.

—¿Entonces?

No respondió Sebastián. Inclinó su cabeza sobre el plato y devoró calladamente su ración. Su madre apuraba con gran frecuencia los vasos de vino y, entre sorbo y sorbo, hacía discurrir, por los intersticios de sus dientes, fugaces y sonoras corrientes de aire.

—Vamos, bebe, Sebastián; hoy es Nochebuena.

Alzó la vista y las pupilas turbias, atravesadas de filamentos rojos, de Aurelia le produjeron un ataque de risa. Sin embargo, se dominó:

—Yo no quiero beber, y tú no deberías beber más, madre.

Pero a Aurelia le excitó su interés protector:

—Yo sé hasta dónde debo beber, necio. Y para que veas, brindo por tu Aurora.

Y bebió de nuevo. Orencia la observaba asustada, sin decir palabra. Al concluir la cena, Aurelia se levantó de la mesa tambaleándose y se limpió los labios con la bocamanga de la cazadora.

—Me voy con la señora Luisa a la misa del gallo.

Sebastián se dirigió a ella:

—Tú debes acostarte; no debes salir.

Le apartó de un empellón:

—Tú, botarate, a callar y a honrar padre y madre.

Y empezó a reír y a reír sujetándose la barriga con las dos manos. A continuación se echó su raído abrigo sobre los hombros y dio un gran portazo al marchar. Aún se la oyó reír a carcajadas en el portal, ella sola, antes de salir a la calle.

Orencia y Sebastián se fueron a la cama sin despedirse. Sebastián veló largo rato. Cuando comenzaba a sujetar el sueño entre los párpados oyó roncas voces en la acera, frente a su cuarto. Prestó atención y escuchó la voz de su madre simultaneada con la de la señora Luisa, la del punto. Ambas cantaban, prolongando de una manera desafinada e hiriente el final de las estrofas:

Tengo una vaca lechera,
no es una vaca cualquiera…

Capítulo V

Transcurrieron dos semanas del nuevo año y Sebastián podía atestiguar que, aparte de haber comenzado a deshojarse ya los nuevos tacos del calendario, este año era igual al otro como dos flanes hechos con un mismo molde.

Faltaba un cuarto de hora para las nueve y Sebastián avanzaba lentamente por la larga calle central de su barrio. Se cruzó con un carro de basuras y un lechero a lomos de un borrico que hacía sonar los cántaros con el traqueteo de su trotecillo nervioso. Seguía haciendo frío. La nariz de Sebastián se congelaba al recibir el soplo del vientecillo helado. Con frecuencia había de dar un profundo sorbetón para evitar que la moquita resbalase hasta las solapas del abrigo. Los hombres y los animales iban precedidos de una tenue nubecilla de aliento. Pegadas a los bordillos de las aceras había unas roderas de barro endurecido por la helada, encima de las cuales se hacinaban las mondas de naranja, las cáscaras de cacahuete y los frutos podridos que arrojaban, sin el menor reparo, las vendedoras de los tenderetes.

En la cantina de Ernesto andaban de limpieza después de las jornadas bulliciosas de la Navidad. Dos mujerucas restregaban el suelo con zotal, mientras otra iba amontonando las sillas y las mesas en los rincones. Olía intensamente a vino de Rueda en aquel trecho de la calle. Un poco más allá, el señor Pérez se disponía a abrir su droguería, y, casi en la esquina, el señor Santiago se movía entre enormes canastas de fruta seleccionada, derramando bromas y piropos sobre la extensa clientela. Al pasar Sebastián, lo divisó el frutero:

—¿Quieres una manzana, Sebastián? —le gritó.

Y, sin aguardar su respuesta, le arrojó una fruta colorada y sana por encima de las cabezas que se arracimaban frente a la tienda. Sebastián, azorado, la atrapó en el aire, preguntándose cuándo querría darse cuenta el señor Cerrato de que él había dejado de ser aquel rapaz escuchimizado y buscón que rondaba el establecimiento en espera de las frutas tocadas. «Nada, hasta esto —pensó—. Un día es igual a otro día y un año igual a otro año».

Así abocó a la Plaza del Mercado, donde los gritos aturdían y los olores a frutos jugosos y maduros se hacían especialmente penetrantes. La atravesó y, tomando el camino habitual, arribó a los Almacenes.

Emeterio había encendido ya la calefacción. El aire, caldeado a trechos, olía a radiador incandescente. Saludó como de costumbre, entró en el ropero, se despojó del gabán y salió frotándose las manos. A través de la puerta del despacho oyó hablar a don Arturo con el señor Suárez. En torno a un radiador conversaban los dos hermanos rubios con Emeterio y con Hugo.

—Hombre, aquí viene el conquistador. Chico, pero ¿puede saberse qué les das?

Las negras pupilas de Hugo resplandecían con destellos intensos. Al reírse enseñaba dos hileras de dientes blancos y perfectos resaltando sobre su cutis oscuro. A Sebastián le mortificaba su insistencia, su tono monótonamente irónico y mordaz. En aquellos primeros momentos, Sebastián no sabía qué hacer ni dónde detenerse. Prefería engancharse al extremo de una conversación, donde nadie le advirtiese, y escuchar sin decir nada. Pero, a veces, reparaban en él y su fachosa presencia pasaba, entonces, a primer plano para regocijo general. Por eso Sebastián hubiera deseado disolverse, desaparecer, cada día, hasta la llegada del primer cliente.

Sin embargo, aquella mañana la actividad se inició muy temprano en el almacén. La cuesta de enero no hacía mella en el público. Alguien opinaba que éste era el milagro de las pagas extraordinarias. Las pesetas extraordinarias se multiplicaban como los panes y los peces y la gente comía pavo y turrón y se trajeaba a costa de ellas.

Sebastián se escurría entre los dependientes y las telas, se multiplicaba, con Emeterio, por atender presuroso todos los pedidos. Subía, bajaba, andaba, deshacía el camino andado, consciente de que bien irían las cosas económicamente para él mientras lo fuesen para los Almacenes. Don Arturo, Martín, Hugo, Manolo, los dos hermanos altos y rubios se deshacían en sonrisas de amabilidad y embaucaban con hábil destreza a los recelosos.

—Como este género no vendrá en mucho tiempo…

—¿De verdad?

—Es lo último que fabrican mientras no se normalice el suministro de fluido.

Hugo despedía a una señora respetable acompañándola hasta la puerta. Apenas salió ésta, Hugo acogió con amabilidad a una gentil pareja. Ambos eran muy jóvenes y, sin saber por qué, Sebastián los observó un momento, como si tuviera un anuncio anticipado de que algo iba a acontecer. Hugo pasó detrás del mostrador y se plantó cara a cara de la jovencita, sonriéndole.

—Necesito unos metros de hilo fresa para una mantelería.

—Un momento, señorita. ¡Pequeño, el hilo fresa, doble ancho!

Sebastián precipitó la pieza encima del mostrador. En ese instante se fijó en la cara de pocos amigos del acompañante de la muchachita. Hugo se bandeaba, como de costumbre, con ostentosa presteza. A su lado, don Arturo desenrollaba una enorme pieza de paño de espiga. Ambos luchaban por el espacio vital del mostrador. El joven había cogido ahora la vara del metro y se golpeaba con ella, un poco irritado, la palma de su mano izquierda. Era alto y fornido, aunque apenas contaría veinte años. Su compañera se mantenía un poco forzada ante la excesiva familiaridad de Hugo. De buena gana, Sebastián hubiera advertido a éste que se anduviera con cuidado, que la actitud del joven no presagiaba nada favorable. Mas Hugo se desenvolvía con su característica inconsciencia, considerando a aquella jovencita como terreno conquistado. A la joven no le agradaba el género:

—El tono es bonito —con sus deditos rosados palpaba la tela concienzudamente—, pero no me parece hilo de verdad.

Sonrió Hugo y la miró de frente. Sebastián, desde lo alto de la escalera, no se perdía un detalle de la escena.

—Es hilo y muy hilo; parece mentira que con esos ojos no lo vea usted.

Efectivamente, los ojos de la joven eran bonitos; mas su acompañante debía de considerarse con la exclusiva de piropearlos. Saltó como un gato al oír aquello y, sin decir palabra, comenzó a dar golpes con la vara en la cabeza de Hugo hasta que el metro se quebró con un chasquido. Entonces comenzó a injuriarlo:

—¡Maldito, tú a despachar el hilo que se te pide y deja en paz los ojos de mi novia!

El escándalo fue más que regular. Hugo saltó a la torera el mostrador y se enfrentó con el joven. La muchacha, aterrada, empujaba a su novio hacia la calle. Las transacciones se suspendieron y dependientes y compradores se quedaron mudos ante el inusitado espectáculo. El novio hacía frente a Hugo con tesón y se zafaba de la coacción de la muchacha:

—¡Déjame, déjame, que a este cochino tenorio voy a escarmentarle de dos mamporros!

Y Dios debió de estimar digno tal empeño, porque puso tanta fuerza en sus dos puños, que Hugo salió despedido contra el mostrador, chorreándole sangre por la nariz. Aún intentó el vapuleado Hugo la revancha, pero ya don Arturo había mediado, separando a los contendientes. Los novios se marcharon; ella asustada, él farfullando aún amenazas e insultos. Emeterio atendía a Hugo, dolorido en un rincón, y don Arturo hacía esfuerzos por encauzar todo aquello por las vías normales. Al ruido de la bronca salió don

Saturnino de su despacho. Sebastián le vio encararse con Hugo, hinchada la vena de la frente, y, por primera vez desde su ingreso en los Almacenes, contempló al señor Suárez enardecido por un ataque de furia:

—Ya le había advertido a usted que no quiero dependientes zalameros ni tenorios baratos en mi establecimiento. Aquí se viene a trabajar, anótelo bien, y el que no quiera trabajar se marcha a su casa y ¡santas pascuas!

Sebastián aquilató que este final era una reminiscencia de la reciente Navidad. Pero el momento era demasiado solemne para manifestar en alta voz su observación.

Hugo estaba airado y respondió a don Saturnino con modales insolentes:

—¡Qué habla usted sin saber, viejo chocho! Yo he cumplido con mi deber y no tengo la culpa de que entren chiflados en su establecimiento.

Se colmó la paciencia del señor Suárez. Don Arturo lamentaba que tan ingrata escena se desarrollara ante un nutrido grupo de clientes.

—¡Usted se marcha ahora mismo a la calle, mequetrefe! Y no vuelva a pisar por esta casa porque saldrá de mala manera.

—¿Ah, sí?

Parecía que Hugo trataba de tomarse la revancha con el viejo.

—Sí, sí y sí.

Le latía con violencia la vena de la frente a don Saturnino al aferrar a Hugo por las solapas. Éste se libró de sus garras de un tirón. Se metió en el ropero y salió enseguida con el abrigo puesto. Al pasar al lado del señor Suárez, le dijo irónico:

—Voy a tener mucho gusto en que la Magistratura del Trabajo le pegue a usted en la nariz.

Don Saturnino casi le gritó:

—¡Váyase usted a paseo, botarate!

Hugo miró a sus compañeros con gesto de superioridad, como si dijese: «Vaya, que con toda vuestra escuela, yo he sido el único capaz de cantarle cuatro cosas al viejo», y avanzó hasta la puerta. Al franquearla se volvió a Anita y le guiñó un ojo:

—Adiós, preciosa; hasta muy pronto.

Anita sonrió disimuladamente.

Sebastián notó que sus piernecitas no bastaban para sostenerle, y se sentó en el borde del butacón.

—No, señor; no quiero más tipos apolíneos para dependientes. Voy a ver si así acabo de una vez con esta ralea de conquistadores. Usted, Ferrón, es

inteligente y educado; me basta con eso. Me basta con su inteligencia y con su educación.

El despacho le daba vueltas a Sebastián. Veía varios contables y varios don Saturninos. Pensó, fugazmente, que su vuelo hacía lo alto era rápido como el de los vencejos, aunque más directo que el de éstos y vertical hacía una meta determinada. Se quedó tan confuso que no supo responder. Don Saturnino le contempló, un poco estupefacto. Desde la mañana Sebastián había observado que su patrono no se parecía ya al pintarrajo de San Ignacio de su alcoba. La irritación endurecía sus rasgos, bastardeando la mística luz de sus ojos.

—Bueno, ¿qué me dice a todo esto?

Tartamudeó Sebastián:

—Que le estoy muy agradecido por todo… por todo… señor Suárez.

—Sólo es justicia, amigo Ferrón; usted es pundonoroso y se merece este ascenso. —Algo iba a añadir que se le hacía difícil, y Sebastián adivinó cómo su cerebro se contraía cavilando. Al fin dijo—: Quiero antes hacerle un ruego, ¿verdad? Se refiere a algo que usted comprenderá. No quiero darle ningún motivo de enojo, anótelo bien… Pero sería conveniente… En fin, convendría que usted se hiciese un traje nuevo y… ¡ejem!… dejase de morderse las uñas. Es algo… ¿cómo le diría yo?… denigrante… no, vamos, más bien… desagradable; eso es, desagradable tratar al público con unas manos descuidadas. Las manos de un dependiente de comercio son el secreto del éxito, anótelo bien… En este ramo, unas manos son un negocio, no lo olvide.

Sebastián se sofocaba. De buena gana se hubiese cortado aquellas extremidades que, de repente, le sobraban, que no sabía dónde ocultar. Las colocó bajo los muslos y asintió con la cabeza.

—Entonces, de acuerdo. Usted es desde hoy un dependiente de los Almacenes Suárez.

Se levantó don Saturnino y le empujó cordialmente hasta la puerta. Nada más salir del despacho, Sebastián se detuvo, pasándose los dedos por los párpados. Había ascendido. En menos de tres meses se le doblaba el sueldo y la categoría. Se sujetó al picaporte de la puerta y permaneció un rato agarrado a él, sin darse cuenta exacta de la realidad. Sólo reaccionó al percatarse de que tiraban por dentro de la puerta del despacho y casi le arrastraban tras ella. Era don Saturnino. No se enfureció, como temía Sebastián, sino que se conformó con preguntarle de pasada:

—¿Qué le ocurre, Ferrón?

—Estoy… estoy confundido… confundido, señor Suárez; eso es todo.

De nuevo se atusó Sebastián los párpados cerrados y avanzó hasta el mostrador. Los dos hermanos rubios le miraban. Había poca gente en el establecimiento. Sebastián se vio en el compromiso de tener que anunciar su nuevo cargo. «Si lo hago sonriente, dirán que me jacto de elevarme sobre las cenizas de Hugo —se dijo—. Si me pongo cariacontecido, pensarán que soy un abúlico, que todo me resbala». «Ellos dirán», pensó, y profirió con gesto inescrutable:

—Don Saturnino acaba de nombrarme dependiente de los Almacenes.

Los dos hermanos tenían algo de deportivo en sus movimientos. El salto que dieron hacia Sebastián podía confirmarlo. Y también las palmadas que le propinaron en sus breves y dobladas espaldas.

—¡Enhorabuena, chico; esto hay que celebrarlo!

Se aproximó Martín frunciendo el bigotito, como si temiese que una sonrisa demasiado distendida pudiese rasgarlo:

—¡Magnífico, hombre; luego lo mojaremos!

Todos lo enfocaban por el lado por donde podían sacar algo. Era ésta una época que todo se reflejaba en los estómagos. Las cosas, de cualquier matiz que fuesen, terminaban por desembocar en la comida o en la bebida o en las dos cosas juntas. Sebastián no pudo rehuir las solicitudes:

—Gracias, gracias a todos; luego lo festejaremos.

Y pensó que le venía bien que la Aurora no saliese aquella tarde para poder cumplir con sus amistades.

A la hora del cierre, Sebastián pidió a don Saturnino un anticipo de veinte duros y salió rodeado de sus compañeros. La gente paseaba en grandes grupos por la calle Principal. La ciudad exhalaba a estas horas un confuso rumor vital y Sebastián sonreía a las constantes chirigotas de Emeterio y de los dos hermanos rubios.

—Vamos, aquí, ¿os parece?

Entraron en un bar minúsculo. Los grandes cafés iban desapareciendo desde la guerra, absorbidos por los bancos y las tiendas de tejidos. Se pagaban grandes sumas por sus traspasos. Y los lugares de esparcimiento se reducían a pequeños apeaderos, con una barra niquelada a lo largo y un par de diminutas mesas enfrente.

—Seis chatos —exigió Sebastián con acento dictatorial.

Los vasos, cortos y pesados, rodaron, uno tras otro, por la bruñida superficie de mármol. Por primera vez en la vida, Sebastián notaba depender de él otros seres; aunque fuese para tan mermada satisfacción como vaciar un vaso de mal vino.

No le agradó a Sebastián la bebida, pero le agradó, en cambio, el excitante calorcillo que suscitó en su estómago. Constataba que la sangre se inflamaba y su humana realidad tomaba una trascendencia desmesurada en el espacio. Sebastián pagó los chatos y salieron. Los dos hermanos chicoleaban con desparpajo a las muchachas, y Martín casi enredaba las narices en sus melenas para murmurarles al oído piropos picantes. Emeterio lo hacía a voz en grito, más para que le admirasen sus compañeros y le aplaudiesen que para que las destinatarias se diesen por aludidas. Se diría que a Emeterio le apremiaba la idea de ocupar el puesto de conquistador ostentoso que Hugo había dejado vacante. Eran distintas técnicas del chicoleo, pero todas igualmente nuevas y desconocidas para Sebastián.

Entraron en otro bar y, al abandonarlo, Sebastián apreció que no le importaba caminar por una calle tan concurrida, ni que la gente lo mirase y lo midiese. Después de todo, que uno sea bajo y feo no significa nada si es simpático y generoso. Y tiraba las pesetas en las barras de los bares como quien está habituado al despilfarro.

La calle iba llenándose de ecos lejanos para Sebastián. Sus compañeros emanaban una alegría contagiosa y estridente que les imprimía a todos la necesidad de hablar a gritos. Era una locuacidad desenfrenada la que les había abierto el vino. Los grupos los miraban al pasar, pero a Sebastián no le importaba. «Soy el eje de esta alegría; si yo me planto, se acabó el optimismo», se decía. Y sentía una vanagloria primeriza y pueril de ser cabeza, razón y motivo de algo, que, poco a poco, iba adquiriendo su importancia. Tras el cuarto vaso, Sebastián imaginó que no le importaría piropear a una muchacha; y, tras el quinto, que no se achicaría si Emeterio le exigiera palmear a cualquier transeúnte y llamarle, cuando volviera la cabeza, «tío cornudo». Aquellos vocablos chocarreros que tanto daño le hacían normalmente, se le presentaban ahora como ingeniosas combinaciones de sílabas, que encerraban la gracia en sí mismas, prescindiendo de su significado. ¡Oh, qué optimista se sentía Sebastián! Pasaba de un extremo a otro del grupo y se reía a carcajadas cuando Emeterio le decía «chiquitín». Sebastián empezaba a comprender a su madre. El vino no sabía bien, pero ¡cómo cambiaba la fisonomía de las cosas! Y la alegría de seis solamente le había costado cuatro duros. Aún podría gastar otros dieciséis, y entonces el júbilo les haría reventar a todos. Sus compañeros le consideraban, le trataban como a un amigo más, tal vez el más importante, y ya no tenía que esconderse recelando una alusión. ¡Que le aludiesen cuanto les diese la gana! A él le hacían gracia todas las alusiones. Incluso que uno de los hermanos le apretase

la ligera chepa y le afirmase «que debía de ser muy hermoso caminar siempre con un cerro a las espaldas». ¿No era gracioso esto? Todo era muy gracioso y alegre esta noche. La calle, llena de gente, a la que otros días temía como a un monstruo, era esta noche campo conquistado; él la hacía exuberante con sus gritos y sus contorsiones.

Paulatinamente fue perdiendo Sebastián la noción del tiempo. Entraban y salían en los bares, y los vasos achatados, colmados de dorado líquido, se le aparecían por todas partes. Una muchacha retaquilla y absurda de formas propinó un sonoro bofetón a Emeterio, y todos se caían de risa, tropezando, indecisos, unos con otros. Martín, de improviso, animó a Sebastián a piropear a una mujer. A Sebastián le sedujo la idea y recordó, como por un milagro, un requiebro que leyera una vez en la envoltura de un caramelo. Significaba una grosera solicitud de un beso. Se reían todos al verle vacilar en la elección de víctima. Sebastián experimentó una satisfacción reconfortante al constatar con cuánta facilidad hacía reír a sus compañeros.

Entonces empezó a pintear. Llovía, al fin, y la gente miraba al cielo anubarrado, aguardando que las precipitaciones fuesen más copiosas, suficientes para acabar con la paralización que hacía unas semanas se observaba en la ciudad. Habló Martín, frunciendo el bigotito, y sus palabras sorprendían a Sebastián como si partiesen del fondo de una alcantarilla.

—Se ha lucido don Saturnino; mañana van a instalar en el almacén un grupo electrógeno.

Estalló una atronadora carcajada. La verdad era que la broma que la Naturaleza le jugaba al señor Suárez era como para estallar de risa. Cuando los pantanos iban a llenarse, don Saturnino se gastaba las pesetas; era el colmo de la inoportunidad. Sebastián recordó a los novios de su barrio y volvió a reír sin comunicar a nadie los motivos de su hilaridad. Las luces daban vueltas sobre Sebastián y éste pensó que se encendían otras nuevas en vista de que la lluvia les visitaba al fin. Sí, no cabía duda. La calle se hallaba más iluminada que de costumbre y además los focos vacilaban y hacían guiños de alegría.

La gente seguía paseando, y el murmullo de pies que se arrastran y de conversaciones que se entrecruzan mareaba a Sebastián.

—¡Mira! A ésa.

Emeterio le empujaba hacia una mujerona muy pintada y que paseaba del brazo de otras, a cuerpo, como si fuese primavera. Recordó que se había comprometido a piropear a una muchacha y se lanzó hacia ella sin pensarlo más:

—Ojalá me convierta
en botijo sin pitorro,
y tú, muertita de sed,
tengas que beber a morro.

Sonó una estruendosa bofetada y Sebastián quedó sentado en el bordillo de la acera. Sus amigos le rodearon agarrándose el vientre para no estallar, poseídos de una agitación espasmódica. Emeterio comenzó a recular; Martín le empujó un poco y los dos chocaron, retorcidos de risa, contra la luna de un escaparate, que se quebró con un tintineo trágico. Un grupo de chicas dio un grito y la gente se arremolinó en torno a Sebastián. Éste se reía, babeando, con la barbilla incrustada en el pecho. Se reía maquinalmente, impotente para contener la expansión. Oyó, difusamente, parlotear en derredor. Parecía que la multitud enfurecida censuraba algo, le enojaba que él se riese como un tonto desde el bordillo de la acera y sin hacer ningún mal a nadie. Levantó los ojos y se vio desoladoramente solo, abandonado de los suyos. La sonrisa se fue helando en sus labios, transformándose, imperceptiblemente, en una mueca de congoja. Entonces se oyó el crujir de una cerradura y un hombre se presentó ante él, iracundo, temblando de rabia.

—Muy gracioso, ¿verdad? Me has destrozado la luna del escaparate; pero me la vas a pagar, ¿oyes? La broma te va a costar mil duros; pero me alegro, por animal.

Sebastián se sintió izado sin su voluntad por los brazos del hombre. Veía muchas bocas sonriendo en torno; muchas, una muchedumbre. Examinó los alrededores y comprobó que sus amigos habían escapado. Activada por el vino, su inteligencia perspicaz le advirtió que éste era el fin de todos los que caen.

—Yo no sé si he…

—Yo sí lo sé, borracho indecente. Tú me has roto la luna y tú me la vas a pagar.

Sebastián no tenía razones para negar que hubiese roto la luna. No podría confirmar ni negar nada de cuanto quisieran atribuirle aquella noche.

—Está bien, se la pagaré… ¡Hip! Pero ahora no tengo dinero. —Pasmado, miró a su interlocutor como si se despertase de repente—. ¿Ha dicho usted mil duros?

El hombre rehuyó la respuesta, tal vez pensando que entre los numerosos espectadores bien podría existir un perito en lunas.

—No lo sé; tú me pones un cristal igual y asunto concluido. —Bueno— se conformó Sebastián, y, al pensar en los mil duros, experimentó una

necesidad imperiosa de llorar. Conteniendo las lágrimas murmuró:

—Yo soy…

—Sí, ya te conozco; con tu caparazón a cuestas eres inconfundible.

Volvía la multitud a convertirse en un monstruo para Sebastián. Sus risotadas le despertaron e intuyó que su espíritu se había hecho sensible. Un poco aplacado por el éxito de su gracia, el comerciante añadió:

—Tú eres el chico de los Almacenes Suárez. Bueno, a mí eso no me importa. Aunque te estés un año sin ver un céntimo te aseguro que no voy a derramar ni una lágrima por ello.

Sentía Sebastián como una piedra en la garganta que subía y bajaba, ablandándole extrañamente los ojos. Al verse libre se escabulló entre la gente y enfiló una bocacalle transversal. Apenas había entrado en ella cuando vio surgir a Martín a su lado:

—¿Qué ha pasado, Sebastián?

Le tomaba compasivamente por los hombros.

—Nada, he roto una luna. Por favor, que no se entere de todo esto don Saturnino.

Le apretaba los hombros Martín paternalmente, y los ojos de Sebastián se ablandaban aún más al percibir la espontánea solidaridad del compañero:

—No pases cuidado; no diremos nada.

—¿Y los otros?

—No sé; se han quedado por ahí.

—¿No te importa dejarme solo? Vamos a dar la juerga por terminada, si os parece.

Sebastián anhelaba verse a solas para descongestionarse. Cuando advirtió que Martín se alejaba plegando, de vez en cuando, su bigotito, penetró en un callejón oscuro y comenzó a llorar acongojadamente, recostado contra una pared. Se encontraba mal de cuerpo y muy abatido. Le corroía una depresión conturbadora, movida por la conciencia plena de su abandono. Y el llanto le desahogaba. De pronto le asaltó una ronca arcada y vomitó profusamente sobre un brazo. Sintió un sabor ácido y pastoso recorrerle la lengua hasta el estómago. Lloraba al mismo tiempo y dudó si aquel sabor no sería el de las lágrimas. Luego, un poco más repuesto, aunque con la cabeza torpe, tomó el camino de su casa.

Según andaba, Sebastián sopesaba sus posibilidades de consuelo, añoraba la presencia de alguien con quien desahogarse, en quien confiar las causas de su infortunio. Y pensó en la Aurora. Al hacerlo sintió una inconcreta y vacilante impresión de malestar, porque la Aurora no era ya la misma del día

de Nochebuena, ni la que se le franquease con tanta espontaneidad el primer día, junto al fogón de la cocina de su casa.

La Aurora se había tornado difícil y desigual. Había días que Sebastián casi no llegaba a comprenderla. Fluctuaba en su manera de ser, en su modo de comportarse, como si en estas alteraciones de carácter encontrase su razón de subsistir. Muchas veces su simpatía era violenta, entrecortada, como si estuviese pensando en otra cosa y repentinamente advirtiese la insignificante vecindad de Sebastián. En esos casos hablaba poco y prefería distraerse en el cine, admitiendo la cooperación de una fuerza extraña para mantener viva su pasión. Ya en el cine, la mano de Sebastián adelantaba tímidamente en la penumbra hasta topar con la de ella. Tímidamente iniciaba la caricia; iba animándose ante la impasibilidad de la mujer, mas, de súbito, Aurora murmuraba enérgica, retirando la mano:

—Estáte quieto; me das mucho calor, Sebastián.

Él se retrepaba en su butaca como un conejito perseguido en su madriguera, casi sin atreverse a respirar. La Aurora, entonces, arrepentida de su brusquedad, trataba de restar rotundidad a su respuesta:

—Tengo un calor hoy como no puedes imaginar. No sé lo que me pasa…

Y soplaba sus manos como para confirmar sus palabras.

Pero Sebastián ya sabía que esta frase era producto de la reflexión, debidamente pesada y medida antes de emitirla.

La Aurora no gustaba tampoco de recorrer, como antes, las calles céntricas sin una finalidad determinada. Prefería transitar por calles apartadas, apagadas y desiertas. A días, la conversación era difícil. No llegaba, y los novios caminaban en silencio, a lo largo de una roja tapia de ladrillo que circundaba un colegio de monjas. De cuando en cuando surgía una pregunta ocasional, una respuesta concisa, y vuelta al silencio. A Sebastián, esto, no le desagradaba. Por naturaleza hablaba poco y por instinto rehuía la luz y las aglomeraciones. Le disgustaba mantenerse por un tiempo más o menos largo expuesto al análisis del público. De aquí que hallase una saludable paz en estos paseos a lo largo de la roja tapia, envueltos en la penumbra y rozándose, de vez en cuando, intencionadamente, la mano con la mano.

Con frecuencia, Aurora se presentaba ante él pletórica y radiante, tan enardecida y apasionada como la tarde de Nochebuena. Entonces forjaban sus mejores y más dulces planes para el porvenir. Aurora quería casarse enseguida, y él hallaba un placer regodeante en fingir que frenaba sus locos anhelos. Era delicioso hundirse juntos en aquella confianza acotada de

intimidad. Sebastián aprovechaba estos raptos para inquirir de ella por qué no era siempre así.

—Es mi temperamento, Sebastián. Son cosas de nosotras las mujeres, que tú no entenderías. Pero debe bastarte saber que estando así o asá te quiero mucho.

El oír esto era como si un reguero de luz de sol le rehogase las vísceras, caldeándolas.

Evocaba ahora Sebastián, mientras deambulaba a trompicones por las calles brillantes de humedad, con la cabeza nublada por los vapores del vino, el extraño suceso de la tarde anterior. Aún no había penetrado en su entraña, ni deslindado sus motivos ni sus alcances. Pero lo recordaba con minuciosidad, abarcando hasta los detalles más insignificantes y anodinos.

Salieron de paseo como otras tardes y, al entrar en la Plaza del Mercado, la Aurora echó a correr, inopinadamente, dejándole patidifuso.

—Aguarda un momento —le gritó al iniciar la fuga. Y Sebastián, obediente, quedóse parado en medio de la Plaza.

La Aurora corría como una loca, haciendo aspavientos y muecas a un ser invisible para Sebastián. Un minuto más tarde, éste divisó a un joven con terno marrón y bufanda amarilla, detenido a la puerta de un bar. Hacia él se dirigía la Aurora, sin duda, aspirando el aliento. Sebastián no podía oírles debido a la distancia, mas aquel juego mímico de Aurora, exhortador y persuasivo, se le hacía inefablemente grotesco. El joven de la bufanda amarilla no parecía tomar muy en serio el manoteo creciente de la Aurora; sonreía con media boca, mientras con la otra media mordisqueaba un palillo de dientes. Al final se llevó un dedo a la sien y dio media vuelta con ademán de ajustar un tornillo, terminando por encogerse de hombros dos veces seguidas.

Mientras esperaba a la Aurora, una mujeruca con un capacho en la mano se le acercó a Sebastián por la espalda:

—Hay pan blanco, joven. ¿Quiere pan blanco?

Sebastián se sofocó, como siempre que se dirigían a él. Al volver la cabeza vio un enjambre de mujerucas como aquélla que vendían pan blanco. Su profusión era inevitable. De vez en cuando la policía les daba cuatro carreras y desaparecían por una corta temporada. Pero, al cabo de ella, tornaban a florecer con la espontaneidad de los hongos en el bosque. *[(Era el pequeño estraperlo para el que, con muy buen acuerdo, las autoridades hacían la vista gorda ya que, a fin de cuentas, esta actividad ilegal en pequeña escala venía a mitigar los efectos de un universal desquiciamiento*

económico]. Lo peor para Sebastián es que nunca se atrevía a decir que no de primera intención.

—¿A cómo? —preguntó por preguntar algo.

—A ocho, joven.

—Oh, no; es muy caro.

—Se lo dejo en siete.

—No, de todas maneras no.

—Entonces, ¿para qué me haces hablar tanto?

Se alejó, furiosa, la mujeruca. Los ojos de Sebastián se posaron de nuevo en la puerta del bar. Aún le dio tiempo de ver cómo se introducía por ella un traje marrón rabioso y detrás, desamparada, permanecía un rato la Aurora. Poco después dio media vuelta y regresó a su lado trémula y llorosa. No le quiso dar explicaciones. A Sebastián le desagradó esta falta de confianza, pero no insistió más que una vez.

—Son cosas mías, son cosas mías…

La noche se echó a perder con este contratiempo. Aurora discurrió a su lado, apagada y pensativa, y cuando él le dirigió la palabra le contestó en forma intemperante. Al subir a casa le anunció que no viniese a buscarla al día siguiente, porque no podría salir.

Sebastián se detuvo y se pasó la mano por la húmeda frente como si quisiera, con este ademán, borrar el penoso recuerdo de la tarde anterior. A poco, reanudó el camino. Había cesado de lloviznar y Sebastián se encogía en su raquítico abrigo al notar el vaho húmedo de las calles. La calzada rebrillaba por delante de sus ojos con un brillo intenso. En la esquina de su calle se topó de bruces con Aurelia.

—¿Y la Aurora?

Su madre no pensaba más que en la Aurora. El día que, por fin, le comunicó su noviazgo creyó que se volvía loca. A Sebastián le costaba creer que fuese su presunta felicidad lo que le ocasionaba este júbilo; ni tampoco, desde luego, la presunta felicidad de la Aurora. Pero Sebastián estaba habituado a ignorar los móviles de las reacciones de su madre y no sintió curiosidad por conocerlos ahora.

—Ha tenido que hacer y no ha salido.

Reparó Sebastián en la indumentaria de Aurelia y le cortó su nueva pregunta con una audacia inusitada en él:

—¿Cómo sales a la calle con esta traza? Esa horrible cazadora está para tirarla.

—Cállate; voy en un momento a casa de Ernesto a por una botellita de vino. Pero, dime, ¿qué te ha pasado con la Aurora? ¿Habéis regañado?

—La Aurora está bien; pero tengo que decirte una cosa, madre. ¿Sabes? Me han ascendido a dependiente en el almacén esta tarde. Ahora cobraré alrededor de las setecientas pesetas con arreglo a las nuevas bases.

La codicia asomó a las pupilas de Aurelia. Aquel dineral imprevisible iluminaba sus ojos con un fulgor extraño.

—¿Setecientas, eh? No está mal el pellizco.

Colocó debajo de la axila la botella vacía que portaba y se frotó las manos.

—Dime, ¿y cómo ha sido eso?

—Echaron a uno esta mañana; pero eso no importa. ¿Sabes otra cosa? Hemos estado celebrando mi ascenso y he roto la luna de un escaparate. Tengo que pagarla.

Sebastián consideró que hubiera sido maravilloso captar el cambio de expresión de Aurelia con una cámara lenta. La transición fue breve, pero radical:

—¿Cómo eres tan animal, pedazo de burro? ¿Tú crees que eso no vale dinero?

Lloriqueaba teatralmente y alzaba la voz para que la oyesen los transeúntes. Aurelia era una entusiasta partidaria de los escándalos callejeros. Sebastián tomó a su madre por la muñeca:

—Por favor, no armes barullo; esto, al lado del ascenso, no significa nada, ¿sabes? Con dos mesadas lo pagaremos y se acabó. Lo importante es tener un sueldo aceptable para toda la vida.

Por primera vez Sebastián rindió a Aurelia, consiguió que el escándalo no fuese más adelante, ya que ésta se contentó con hacer pasar un hilo de aire por entre dos dientes y lloriquear:

—Eres un bruto, hijo, eres un bruto.

Sebastián se compadeció de sí mismo. En realidad era éste el primer exceso económico que se anotaba en su morigerada historia.

—Anda, vete por el vino; luego hablaremos en casa.

Le agradó volver a sentirse solo. No tenía la cabeza muy firme y, de vez en cuando, vacilaba, deslumbrado por los destellos del asfalto. Ante su casa, oteó un momento los balcones de Aurora y deseó su proximidad corporal. Creía necesitarla muy cerca. Ella, seguramente, sería la única persona capaz de consolarle en este trance. Sin embargo, se hundió en el portal de su casa y, después de rebuscar inútilmente la llave por todos sus bolsillos, llamó a la

puerta con dos secos aldabonazos. Al verse encajonado entre paredes, la cabeza comenzó a darle vueltas y se acentuó la desazón de su estómago.

—Orencia, pequeña, voy a acostarme; no me encuentro muy bien.

Su hermana le olfateó como un sabueso:

—Tú has bebido vino, Sebastián. Y eso no debes hacerlo; te puede costar caro.

—Déjame ahora; no me sermonees.

Los dos llegaron a la alcoba y Sebastián se descalzó pisándose el contrafuerte de los zapatos. Se tumbó en la cama sin desnudarse.

—Tráeme el orinal; siento ganas de vomitar, unas ganas atroces.

Se presentó Orencia con la bacinilla. Le miraba con ojos asustados.

—¿Cómo ha sido eso, Sebastián?

—No me trates como a un niño. Soy un dependiente de los Almacenes Suárez, ¿entiendes?

La Orencia se mostraba imperturbable.

—¡Ah! ¿Te han ascendido?

—Así parece… Ahora, ¿quieres hacerme un favor? ¡Anda! Véndame las manos. Tengo que dejar de morderme las uñas para siempre. Las manos de un comerciante son un negocio, no lo olvides…

De reojo observó Sebastián la efigie de San Ignacio de Loyola. No; el señor Suárez no se había ofendido por el plagio.

Orencia salió del cuarto y regresó enseguida con unas vendas. Pacientemente las arrolló a las deformadas extremidades de su hermano.

—Así estás bien, me parece a mí.

—Gracias. ¿Quieres apagar la luz?

Se encontraba muy a gusto así, quieto en la oscuridad, con la persuasión de sentirse a solas. Algo le giraba velozmente en la cabeza, ocasionándole un plomizo torpor. Sin embargo, a los cinco minutos roncaba.

Al despertarse, recordó vagamente haber mordido con fiereza varias veces las vendas que ocultaban sus manos. Los trapos, efectivamente, estaban húmedos y él tenía varios hilos blancos adheridos a las comisuras de los labios.

Capítulo VI

Nada más levantarse al día siguiente, Orencia le entregó una carta que habían introducido por debajo de la puerta. Ante el tazón humeante de malta con leche, Sebastián rasgó el sobre y vio confirmadas sus sospechas de que la carta era de la Aurora. En ella le decía que se veía comprometida a acompañar a su madre a Madrid para un asunto imprevisto, que estarían fuera una semana aproximadamente y que podía escribirla al hotel Gran Vía con la frecuencia que lo desease. Como remate, le enviaba su saludo más afectuoso.

Sebastián frunció el ceño, pensativo, mientras sorbía lentamente la malta con leche. No sabía por qué consideraba aquel viaje como una huida, como un tapujo organizado para engañarle. Sebastián recelaba siempre. Quizá su constitución o el proceso de su vida le habían forzado a ser así. Instintivamente advirtió que tenía las manos frías y que el café amargaba:

—Orencia, ¡la sacarina! —gritó, casi maquinalmente.

La ración de azúcar, bien vendida, daba para adquirir sacarina para todo el mes. Era una combinación ventajosa que Aurelia no desdeñaba poner en práctica.

La niña apareció con una cajita y, sin decir nada, echó dos diminutas pastillas en el tazón.

De nuevo Sebastián se abstrajo y se llevó la taza a la boca varias veces, mecánicamente. Concluido el desayuno, siguió imperturbable en la silla, pellizcándose el labio inferior hasta dejarlo exangüe. La cabeza le pesaba y tenía ardor de estómago, exactamente como si la garganta fuese una chimenea por donde resollase una gran hoguera interior. Decididamente no le gustaba aquel inesperado viaje a Madrid, así, sin despedirse. Y, sobre todo, después de la breve y misteriosa entrevista con el joven del terno marrón y la bufanda amarilla. «Si estará arrepentida y no se atreverá a confesármelo», se dijo, y se movió inquieto en la silla.

Inadvertidamente había introducido su dedo anular entre los dientes y roía con avidez la uña achaparrada. De súbito se dio cuenta y sacó el dedo de la boca.

—¡Demonio, qué vicio! —murmuró, y se puso en pie.

Cuando se colocaba el abrigo, surgió Aurelia de la cocina, secándose las manos en el regazo:

—¿Qué te dice la Aurora?

—Nada de particular —Sebastián respondió con dureza, malhumorado—. Se ha marchado a Madrid con doña Claudia.

Aurelia le guiñó un ojo con malicia y luego le apretó un brazo como queriendo imbuirle sus propios pensamientos.

—¿Qué?

El ánimo de Sebastián no se hallaba para admitir e interpretar sugestiones indirectas. Se sentía tozudo y premioso de mollera.

—Seguro que no me equivoco si te digo que ha ido a agenciarse el equipo.

Sebastián tomó el picaporte y entornó la puerta de la calle.

—No queremos casarnos tan pronto.

—Déjame hablar. Aunque ahora digas eso, luego el cuerpo te va a pedir otra cosa. Ya me lo dirás más adelante.

Cerró de un portazo. Le deprimían los juicios y sospechas de su madre, el modo rastrero, casi animal, de enfocar todas las cuestiones, incluso las más delicadas y respetables. Caminó a paso rápido hacia los Almacenes. Estaba helando y el andar se hacía peligroso. Sebastián pensó en la Aurora y otra vez lo relacionó todo, la absurda negativa a salir de paseo la tarde anterior, la fuga a Madrid, su inesperada misiva, con el joven del terno marrón y la bufanda amarilla que mordisqueaba con la mayor indiferencia un palillo de dientes. Se hallaba disgustado y notaba dentro de sí una ardiente y apasionada rebelión contra el curso de los acontecimientos.

Al entrar en el almacén advirtió que era Manolo el eje de la habitual tertulia en torno al radiador. Uno de los hermanos rubios vociferaba al entrar él:

—El bestia es usted por tener ocho hijos en estos tiempos. Nadie le manda a usted hacer una salvajada semejante. A no ser que entre en sus cálculos ganar el premio de natalidad.

Manolo permanecía callado y compungido, mirando en derredor con ojos ausentes y apagados. Aquella noche su mujer había dado a luz su octavo hijo. Había sido un parto laborioso; muy lento y de nalgas. A última hora, el tocólogo terminó por sacar la criatura. Su mujer tenía fiebre y no se encontraba bien. Para colmo, otros dos de los chicos tenían el sarampión. Sebastián felicitó efusivamente a Manolo, cuyos ojos se pusieron blandos y relucientes como si fuese a llorar. No obstante, se reprimió y se limitó a decir, contestando más a los destemplados apostrofes de los compañeros que a la sincera felicitación de Sebastián:

—Y menos mal; gracias al Seguro, si no me hubiera entrampado hasta los pelos.

La presencia de Sebastián alteró el rumbo de las conversaciones. Fue Emeterio quien, entre investigación e investigación a los agujeros de la nariz, prorrumpió en una retahíla de frases jocosas sobre la juerga de la tarde última, terminando por hacer una alusión a la luna destrozada.

—¿Estáis seguros de que fui yo quien rompió la luna? —interrogó Sebastián, por decir algo.

—¿Por qué lo preguntas? —inquirió uno de los hermanos.

—No me acuerdo de nada de eso.

Rieron otra vez.

—Agarraste una buena moña y aquella criada te pegó. ¿No recuerdas que te sentó en la acera de un sopapo? —añadió Emeterio.

Sebastián se atusó levemente los párpados.

—Todo lo que recuerdo es muy confuso; aún tengo la cabeza muy pesada.

Martín no hacía más que desternillarse en un extremo. Su jocunda alegría le vedaba participar en la conversación. Al cabo de un rato afirmó:

—Ten cuidado, no te dejes engañar. La luna esa es de cristalina. Ha de costar por debajo de las mil leandras. Estoy seguro.

Sebastián reflexionó un momento y añadió tartamudeando:

—Mmmmme… estoy dando cuenta de que si me dieron un golpe en mitad de la calzada y caí sentado en el bordillo de la acera… nnno pude yo romper el cristal… a no ser que rebotase luego y…

Se hizo un penoso silencio e, inmediatamente, Sebastián se arrepintió de sus palabras. Sufría, ahora, suponiendo que sus compañeros pensarían de él que era un desconfiado y un suspicaz; que quería descargar sus culpas sobre ellos. Al fin surgió la voz de Emeterio, oscura y vacilante:

—Rebotaste, claro… Pegaste una culada a la luna y luego fuiste a caer sentado sobre el bordillo de la acera.

Sebastián deseaba dar por buena cualquier aclaración. Anteponía su permanencia tranquila en el establecimiento a la posibilidad de ahorrarse un montón de pesetas. Después de la respuesta de Emeterio y de la pausa cargada y densa de un momento antes, tenía la seguridad de que no fue él quien rompió la luna del escaparate. Pero no quería enemistarse con sus compañeros, ni contradecirlos de una manera sistemática. Así, respondió a Emeterio:

—Sí, naturalmente, pudo ser de esa manera —sonrió amistosamente a todos—; yo estaba algo borracho y no me daba cuenta… Claro que pudo ser

así, como Emeterio dice.

Observó las miradas de entendimiento que se cruzaron disimuladamente entre los miembros del grupo. Sebastián experimentó una sutil congoja al percatarse de la extremada facilidad que encuentran los hombres para asociarse contra el débil. Y se figuró que si él, en vez de ser así, fuese un cuerpo fuerte arropando un temperamento impetuoso y dominante, el grupo se mantendría ahora tras él, apoyándole contra el enclenque y el timorato.

Emeterio, después de hacer saltar una oscura bola de su nariz por encima del mostrador, habló:

—¿Cómo era el piropo que dijiste ayer? Algo del morro y del pitorro… Resulta chocante.

Tuvo Sebastián, con el recuerdo, cabal conciencia de su ordinariez de la tarde última.

—Una tontería.

—Pero, dime, ¿cómo era?

El primer cliente de aquel día cruzó el umbral de la puerta de cristales y liberó a Sebastián de repetir el grosero requiebro. Cada cual ocupó su sector acostumbrado y Sebastián se dirigió al lugar de Hugo. Martín, a su lado, le insistió plegando coquetonamente su recortado bigotito:

—Escucha lo que te digo. La luna esa es de cristalina y ha de valer dos perras gordas. Yo conozco el género; no te dejes estafar.

Pero Sebastián no pensaba ya en la luna. Le inquietaba la conciencia de su nueva misión en el almacén. En lo sucesivo, su tarea consistiría en despachar y Emeterio tendría que trabajar para él. Esto le abochornaba un poco. Emeterio era más antiguo que él en el almacén y, no obstante, era él quien había ascendido. Sebastián tenía una creencia difusa de que estas postergaciones son muy difíciles de soportar con elegancia entre los hombres. Así, cuando se vio en la precisión de solicitar una pieza, él mismo fue a buscarla, medroso de humillar a su compañero.

Sebastián se desenvolvió bien en su primer día de dependiente. Desenrollaba los géneros con facilidad, y si de algo cojeaba era de ser muy poco insistente. Se le hacía una montaña violentar a nadie para comprar lo que no le agradaba y le resultaba ingrato emplear aquellas frases persuasivas que tan naturales y desinteresadas parecían en boca de sus compañeros: «Esto no es para usted», «A usted, que distingue lo bueno de lo malo, le voy a enseñar…», «Para usted tengo algo reservado». Nada de esto le sonaba bien a Sebastián pronunciado por sus labios. A su juicio, le faltaba la hipocresía suficiente para dar a aquellas frases el necesario tono trivial para que

aparentase que, efectivamente, se le hacía al cliente un gran favor. Sin embargo, poco a poco, Sebastián iba entrando por el aro. No fue el primer día, ni el segundo, pero transcurrida una semana, después de prolongados ensayos en la soledad de su alcoba, llegó a pronunciar las frases rituales del buen comerciante con la espontaneidad y la convicción precisas para que nada, por este lado, pudiera objetársele.

A medida que la jornada avanzaba, los movimientos y las palabras adoptaban un riguroso automatismo. Las frases salían sin esfuerzo y el plegar y desplegar, el enrollar y el desenrollar de las piezas, se hacía mecánicamente; en apariencia, sin que la cabeza, ni casi los músculos de Sebastián, colaborasen en la operación. Todo era simple y primariamente sencillo. El timbre de la caja significaba un incentivo no despreciable. Equivalía al grito de: «¡Siguen entrando pesetas!», y esto, a fin de cuentas, era lo que a él, a don Arturo, a don Saturnino y a todo el personal de los Almacenes interesaba.

Así fueron discurriendo los días. En los ratos libres Sebastián se encerraba en casa o pindongueaba, solitario, pensando siempre. No volvió a salir con sus camaradas. Su antigua suspicacia hacia ellos había renacido más agudizada que antes. Les temía. Temía que, en cualquier instante, le escupiesen una chirigota o sacasen a relucir sus deformidades físicas.

Dos tardes escribió a la Aurora. Respecto a ella, había concluido por convencerse de que la vida a su lado sería siempre así, desconectada y libre, para que cada cual pudiera tomar sus determinaciones. La Aurora no era un temperamento para someterse; podía rogársele, pero no humillarla con una exigencia o una orden. Le escribió un poco fría y forzadamente, aunque salpicando la misiva de los adjetivos empalagosos que en determinadas circunstancias solían cruzarse entre ellos. De ella recibió otras dos cartas, no muy largas, pero en las que se hacía ostensible su preocupación por anotar que le seguía queriendo con la misma fuerza y sinceridad de siempre. A pesar de esto, el recuerdo del joven del mondadientes proseguía martirizándole, imprimiéndole la desagradable sensación de no ser más que un copartícipe en el disfrute de las caricias de la Aurora.

Por las noches, la Orencia le vendaba las manos. Este sacrificio proporcionaba a Sebastián la satisfacción de ver cómo sus uñas achaparradas, desbordadas por la carne de las yemas de los dedos, iban creciendo, elevando y desarrollando su natural frontera. A veces le asaltaban unos deseos casi irreprimibles de despojar las manos de aquellos harapos y morder hasta hartarse las puntas de aquellas uñas, magras y apetitosas. La contención le volvía loco. Era como el primer día de un fumador que ha dejado el cigarro.

Se desazonaba y no encontraba orden ni razonamiento en su cerebro. Pero también, esfuerzo a esfuerzo, fue dominando este vicio. Y un buen día se dio cuenta de que sus manos pequeñas y nudosas habían ganado mucho, desde el punto de vista estético, coronadas por aquellas uñas formadas y normales.

Para completar su adecentamiento físico, Sebastián se hizo un traje. Fue cuestión pavorosa la decisión y la elección de tela. En los Almacenes le hacían una importante rebaja y Aurelia se empeñó en acompañarle una tarde para ayudarle a escoger. Esta determinación de su madre oprimió a Sebastián. Temía presentarla ante sus compañeros, más que nada por las expresiones de su lengua irresponsable. Pero un día Aurelia se arregló y, sin consultarle su opinión, partió con él hacia los Almacenes.

Todo resultó bastante menos violento de lo que Sebastián había imaginado. Su madre se mostró discreta y hasta razonable. Únicamente se empeñó en ver despachar a Sebastián, y sólo cuando éste, con la natural prevención al saberse observado, vendió unos metros de sarga azul, Aurelia se decidió a marchar. A última hora lo estropeó todo largando un discurso absurdo y sensiblero a la dependencia. Sebastián aquilataba los esfuerzos de todos para no reír, y se hubiese lanzado contra su madre y la hubiera amordazado cuando ésta remató su vibrante discurso apelando a los buenos sentimientos de la dependencia para que se comportasen con su hijo —un pobre desgraciado— con espíritu fraternal y caritativo. Su alocución estuvo mechada de los vocablos groseros y desagradables que Aurelia llevaba siempre a flor de labio y que ocasionaron en Sebastián unas violentas náuseas.

Aquella tarde no dio pie con bola y anduvo errante y desacertado por el establecimiento. Al salir pasó por Faustino —el sastre más acreditado de su barrio— a tomarse medidas. Dos días después el traje estuvo concluido.

Sebastián no se encontraba dentro de aquella tela nueva que todavía olía a tejido recién fabricado; no se atrevía a doblar los brazos y caminaba agarrotado y tenso, como si se hubiera tragado el palo de una escoba. A punto fijo sería imposible discernir si la tal rigidez la inspiraba el respeto al tejido intacto e impoluto o al íntimo orgullo de la percha. Ante Orencia, Sebastián se confió esperanzado:

—Dime, ¿cómo me encuentras?

—El traje es bonito.

Le dio un vuelco el corazón a Sebastián.

—Pero yo, yo, dime… yo con él, ¿cómo estoy?

—Eres canijo, Sebastián, y eso no puede taparse con nada.

La bárbara sinceridad de Orencia desconcertaba a su hermano. Quizás era esta propiedad la que le llevaba siempre a solicitar su parecer, aunque luego, a renglón de oírla, se arrepintiese de haberlo hecho.

Aquella noche durmió mal. Soñó con el joven del terno marrón y la bufanda amarilla y, entre sueños, vislumbró con desagrado que el joven descarado se quitaba el mondadientes de la boca y, con la punta, hacía cosquillas a la Aurora en los sobacos en plena Plaza del Mercado. Lo que más le irritó fue el que la Aurora le riese la gracia con nervioso deseo de agradarle.

Al día siguiente se despertó con un ataque de celos que le desasosegaba. Volvió a tomar cuerpo en él el pensamiento de que la Aurora le traicionaba, y con ello olvidó la contrariedad que le produjera el juicio de la Orencia sobre su persona encerrada en el traje nuevo.

La actividad del almacén no le aplacó, antes bien aumentó su nerviosismo al presagiar que, aunque los celos le mordiesen con mayor ferocidad aún, él tendría que seguir firme al pie del cañón, con la sonrisa en los labios, como si no fuese susceptible de sufrir y padecer. Comprendió entonces, en toda su intensidad, la tragedia del pobre Manolo, que sonreía siempre, aunque acabasen de abrirle un pecho a su mujer o de sacarle un hijo por las bravas.

Al salir encontró al «doctor cubano» en sus postreras exhibiciones matinales en la Plaza del Mercado. Atraído por una fuerza inorillable se aproximó al cerco que lo acosaba.

—Yo soy el «doctor cubano» y les juro a ustedes que siempre he respetado la primera fila de butacas para los niños… —Una pausa—. Aquí se admiten toda clase de consultas, a excepción —se detenía otro poco después de pronunciar *excepción— de las religiosas, políticas, de abastos y de tasas…*

Perfeccionaba el corro con un manoteo incierto y convencional. Una pobre mujer se le acercaba. Seguidamente el doctor solicitaba de la adivinadora:

—Se te pide que te concentres… —Él seguía perfeccionando el corro—. Concentra, concentra, concentra…

Sebastián imaginó súbitamente que nadie mejor que el «doctor cubano» para sacarle de su terrible incertidumbre. Aquella mujer, tan poca cosa, con los ojos vendados y su agria e intempestiva voz chillona, podía extraer de su cerebro en tinieblas, y —según creencia de Sebastián— atiborrado de misteriosos cajoncitos como un interminable y ordenado fichero, las respuestas a sus aguijoneantes dudas sobre la Aurora.

Sebastián trataba de animarse para la consulta. Dentro de sí notaba el estrépito sordo de una lucha denodada. Una parte de sí mismo se inclinaba

por abrir su pecho al «doctor cubano», mientras otra se oponía tajantemente, tachándole de crédulo e ignorante. Al concluir cada consulta, Sebastián hacía un ligero gesto al doctor con el deliberado propósito de que éste no lo advirtiese. De esta manera se consolaba, diciéndose que él no tenía la culpa de que el doctor no atendiese sus demandas.

Con su indecisa actitud Sebastián dio tiempo a que el «doctor cubano» terminase su exhibición cuando aún no se había decidido del todo a consultarle su caso. El círculo de espectadores se disolvió en un minuto y allí quedó Sebastián, frente a frente de la adivinadora. Ésta y el «doctor cubano» recogían apresuradamente sus bártulos. En aquel trasiego, Sebastián advirtió que el doctor llamaba *Pepa a la gran serpiente que constituía el terror y la admiración de la chiquillería.*

Cuando la pareja se puso en movimiento, un impulso todavía no determinado animó a Sebastián a seguirla. Entonces se le ocurrió que quizá la adivinadora admitiese consultas privadas en su casa. Esta esperanza le empujó a proseguir la persecución mientras, con la mano en el bolsillo, hacía un minucioso arqueo de sus fondos disponibles. Así atravesaron las calles principales y entraron en un barrio extremo, un barrio sucio y populoso, de mal aspecto, donde abundaban las tabernas ínfimas y los prostíbulos. Sebastián estuvo a punto de volverse atrás. Pero lo pensó mejor y prejuzgó que el destino del «doctor cubano» no andaría ya muy lejos. Y no se equivocó. Unos pasos más allá, la adivinadora y su acompañante enfilaron una bocacalle estrecha y fangosa, poblada por un enjambre de chiquillos sucios y harapientos que chillaban descomedidamente. La pareja se introdujo en un portal y Sebastián apremió el paso en pos de ella. Ante la casa se detuvo; vaciló un momento y, al fin, penetró en ella resueltamente.

Sebastián no estaba habituado a frecuentar casas lujosas. Su barrio no se caracterizaba precisamente por la suntuosidad de sus mansiones, pero el hogar del «doctor cubano» le causó una impresión penosa. En el portal se hacinaban basuras atrasadas, sobre un suelo que en su día había sido de mosaicos rojos y que ahora aparecía irregularmente pavimentado, con enormes huecos por donde asomaba la tierra y que, en conjunto, semejaba la sonrisa de un hombre con la dentadura destrozada e incompleta. Ascendió cuatro escalones y se encontró en un angosto descansillo. A izquierda y derecha, los huecos de las puertas se hallaban mal cubiertos por unas telas remendadas y mugrientas. Las paredes estaban negras de letreros, de comas trazadas con el dedo manchado de porquería, y de excrementos de insectos. Vaciló nuevamente Sebastián, y cuando, ya decidido, quiso llamar, percatóse de que en aquellas

colgaduras asquerosas, tendidas en el umbral a modo de puertas, no había medio de producir ruido alguno. De improviso, tras el colgajo de la vivienda de enfrente asomó la cara tiznada de un mozalbete.

—Dígame —farfulló Sebastián—, ¿el «doctor cubano»?

El chico no contestó, pero se puso a dar grandes gritos:

—¡Paco! ¡¡Pacoo!!

Inmediatamente oyó Sebastián, tras la colgadura más próxima, el timbre oscuro y firme de la voz del «doctor cubano». Casi simultáneamente se descorrió el pingajo y asomó el ancho rostro del «doctor».

—¿Quién llama?

Sebastián se aturdió.

—¿Es el «doctor cubano»? —indagó.

—Yo soy. ¿Qué quería?

Aparentaba disgustarle la irrupción. Sólo después de ímprobos esfuerzos le salía la voz del cuerpo a Sebastián:

—Mmmme haría el favor… Yo quería hacerle una consulta y…

Dudó el doctor. La adivinadora surgió a su lado y le hizo una indicación con la cabeza.

—Pase —dijo el doctor.

La habitación era áspera y destartalada. En el medio había una mesa cuadrada con un florero roto y pegado en el centro. Junto al ventanuco que daba a la calle se exhibía una mecedora con dos dedos de polvo y el balancín partido. Había, además, dos parejas de sillas desiguales, las cuatro con el asiento agujereado. En un rincón, sobre un jergoncillo anémico, dormía un crío de teta, pálido y esmirriado, y un gato lleno de calvas sanguinolentas le lamía un pie amoratado de frío. Había otros tres huecos de puertas además del de entrada, todos clausurados por unas cortinas deshilachadas de diversos tejidos.

—Siéntese. ¿Trae usted dinero?

Sebastián mostró los fondos previamente recopilados.

—Doce sesenta y cinco —murmuró, puntualizando.

—Por ese precio poco podemos decirle.

En la angostura del aposento el «doctor cubano» parecía más corpulento y poderoso que en la Plaza del Mercado. La mujer era menuda, escurridiza y pecosa como un trozo de cielo estrellado.

—Sólo quiero que me contesten «sí» o «no».

—Usted dirá, entonces.

—¿No necesita vendarse? —dijo Sebastián, aludiendo con un gesto a la mujer.

—No, no es necesario.

Dudó otra vez Sebastián. Ahora se le hacía peliaguda la consulta.

—Mmmme gustaría saber… Es una tontería, ¿saben?… Pero estoy un poco desorientado. Eso es todo.

Sonrió servilmente, pero al advertir el gesto adusto del doctor, la sonrisa se transformó en una mueca desolada.

—Mmmme gustaría saber —insistió— si mi novia me engaña con otro…

La pareja cambió una mirada indescifrable. La adivinadora se sentó frente a él. Sebastián la observaba sin pestañear. Ella frunció el ceño y se llevó los dedos a los ojos, concentrándose, denotando una acusada semejanza con un anuncio, muy difundido por la ciudad, de unas píldoras contra el dolor de cabeza. Sebastián sufrió por ella. Juzgaba leonino obligar a comprimirse aquella cabeza portentosa por la irrisoria cantidad de doce pesetas sesenta y cinco céntimos. Transcurridos unos segundos, la adivinadora bajó las manos, abrió mucho los ojos y dijo gravemente:

—Está usted de enhorabuena, joven. Su novia le estima y le es fiel de pensamiento, palabra y obra. ¿Quiere saber algo más?

El corazón de Sebastián bailaba de júbilo. Se puso en pie y entregó a la adivinadora todos sus fondos.

—Nnnno, nnada, nada más; muchas gracias.

Salió. Según descendía los desgastados peldaños, oyó la voz gutural del «doctor cubano»:

—Vuelva cuando quiera. Estamos a su disposición.

Aurora anunciaba que llegaría en el tranvía a la hora de comer. Por eso Sebastián recogió aquel día las piezas amontonadas sobre el mostrador con mayor premura que de costumbre. Los nervios no le dejaban en paz. En semana y media había perdido la noción concreta de la Aurora, Sus rasgos se le difuminaban en el recuerdo y hasta la vibración de su voz había dejado de serle familiar. Bobamente se preguntaba qué efecto le causaría su novia; si el contacto de su mano continuaría detentando suficiente poder para hacerle estremecer.

Camino de la estación tuvo una repentina revelación. Se dio cuenta de que su impaciencia por volver a ver a la Aurora no la dictaba el cariño, sino más bien la ansiedad por convencerse de que la Aurora no se mofaba de su inferioridad; de ver si la Aurora, al menos, seguía guardando las apariencias.

Andaba deprisa, moviendo nerviosamente sus cortas piernas. En su precipitación adelantaba la cabeza, como si de ella dependiese y no de las extremidades inferiores el llegar antes. Franqueó una gran avenida del parque público, dejando a su izquierda las moles grises de las casas más antiguas y eminentes de la ciudad. Al acabar de recorrerla comenzó a sonar, modulada y estridente como un lamento, la sirena de la estación. Aquella sirena había anunciado la vecindad de los aviones enemigos durante la guerra y desde entonces conservaba una agria y amenazadora entonación. Su llamada constriñó a Sebastián a ir más deprisa. Temía, siempre temía, no llegar a tiempo. Esa desconfianza en las propias fuerzas caracterizó a Sebastián desde que dispuso de la facultad del raciocinio. Al fin se vio en el andén. El tren no había llegado aún y Sebastián se acercó a la pizarra que anunciaba los retrasos. El tranvía no figuraba en la tabla, por lo que dedujo que, de retrasarse, no lo haría en más de una hora.

Hacía mucho que no se asomaba a la estación y se entretuvo contemplando el ir y venir de los mozos con los carros de los baúles preparados para las facturaciones, los presuntos viajeros presos del nerviosismo del viaje inminente y un viejo colillero, agachándose aquí y allá, con una traza marcadísima de ángulo recto.

Eran las dos menos veinticinco cuando Sebastián inició su paseo por el andén. Dos veces lo recorrió a lo largo, animándose a soportar la espera con paciencia. Los trenes no acostumbraban a llegar a su hora. Otro signo de la época consistía en el poco respeto de hombres y vehículos a la puntualidad.

Comenzaba el tercer recorrido del andén cuando la campana que había junto al reloj dio la salida a un tren. «Éste tiene que ser», pensó Sebastián, y se aprestó al recibimiento.

De las puertas de la cantina y la fonda surgían ahora docenas de personas que aguardaban la aparición del tranvía ante un vaso de vino tinto. Sebastián experimentó un vago malestar al pensar en su reciente borrachera. De repente, entre las personas que salían de la cantina divisó al Sixto, el hermano de la Aurora. El Sixto le vio también y se dirigió hacia él. A nadie hubiera deseado Sebastián tener más lejos en este momento y en cualquier otro de su vida. Sixto era un mozo grandullón, de rostro congestivo y pelo rojizo. Era vigoroso de miembros y terriblemente desgarbado en sus movimientos. Sebastián había temido a Sixto toda su vida. Disfrutaba de una lengua acerba y un temperamento pendenciero e increíblemente mordaz. Vestía de tonos chillones porque le molestaba pasar inadvertido en cualquier parte. Que Sebastián supiera, tres veces había estado procesado como autor de lesiones y

una vez en el hospital con una cuchillada en el vientre. Todo ello, lejos de mitigar sus humos de luchador, había contribuido a enardecerlo y a fomentar sus cruentas aficiones.

Su padre, el señor Sixto, era el más directo culpable de la conducta del mozo. El Sixto presumía, cuando alguien le preguntaba a qué se dedicaba, de malgastar las pesetas «que robaba su padre». Constituía, a su juicio, una ocupación laboriosa —ya que su padre «robaba mucho»—, aunque extraordinariamente agradable. Y no se conformaba con holgazanear él, sino que censuraba a todos cuantos en la vida desarrollaban alguna actividad. A veces, Sebastián oía decir en el barrio que el Sixto era la oveja negra de la familia; pero a él le parecía natural que de una oveja negra se derivase otra oveja negra, incluso más negra que la progenitura.

Al ver que se acercaba Sixto, Sebastián pataleó dos veces en el suelo pretendiendo activar la marcha del tren. Desde que se hiciera novio de la Aurora, e incluso desde que abandonara la tienda de comestibles de su padre, no había cambiado una palabra con el Sixto.

Torció el gesto cuando éste le golpeó campechanamente la espalda:

—¿Qué dice el gran hombre?

—¡Hola!

—¿A quién esperas?

Sebastián se sofocó:

—A… a… a…

Se dio el Sixto una palmada en la frente y rió sonoramente:

—¡Ah, claro, qué tonto soy! Tú esperas a la Aurora, ¿no es cierto?

Sebastián asintió con la cabeza. Sixto añadió:

—Está bueno eso. Entonces esperas lo mismo que yo. —Miró el reloj del andén y luego añadió indolentemente—: Te felicito; chico, tienes unas buenas tragaderas.

Sebastián deseaba mostrarse cordial y simpático, pero la derrota tomada por la conversación le impedía despegar los labios. Particularmente aquello de las «tragaderas» le había dejado atónito y como alelado. ¿A qué quería referirse el Sixto? De nuevo pateó impacientemente en el suelo, anhelando la aparición del tren. El Sixto no se daba reposo:

—Creo que ahora te dedicas al comercio de tejidos. ¡Buen negocio ése para ser el amo! Pero yo, de trabajar en tejidos preferiría ser sastre de señoras; aunque los ingresos no sean tan saneados. —Dibujó unas curvas en el aire con sus manos hinchadas y rojas y prosiguió riéndose—: Ya me entiendes, ¿verdad? Sí, ya creo que nos entendemos. —Volvió a reírse.

Sebastián se encontraba incómodo y aturdido. La indiferencia soez y burda del lenguaje del Sixto le sacaba de su centro, quebraba su equilibrio interior. En vista de que no le respondía, el Sixto continuó:

—No os comprendo; no comprenderé nunca vuestra abulia para acomodaros a tirar por un sendero que otro traza. Es una esclavitud idiota la vuestra, ¿no? Y no es lo peor el trabajo, sino la rutina de todos los días; dando siempre la misma vuelta, como si el hombre no fuese un poco más que una máquina de rallar pan.

A Sebastián le impacientaba la tardanza del tren; le desagradaba la atmósfera, el vapor de vino en que le envolvía Sixto al hablarle desde tan cerca.

Sixto proseguía devanando las insulsas bravatas que paría su cerebro:

—Y en tus ratos de ocio te dedicarás a leer vidas de santos, ¿no? No me explico para qué queréis vivir algunos. Ocho horas de trabajo y luego a mal comer y a dormir. Esto un día tras otro, un día tras otro, hasta que un buen día estalláis y sanseacabó. Habéis vivido o creéis que habéis vivido y os morís tan a gusto, ¿no es así?

La locomotora apareció, al fin, como un punto negro y fumoso en la dilatada perspectiva.

—¡Ya está ahí! —profirió, jubiloso, Sebastián.

Sixto le observó, con una mueca maligna deformándole el rostro:

—Sinceramente —le dijo, de pronto, tomándole por un brazo y mirándole fijamente—, no querrás hacerme creer que te alegra volver a ver a la Aurora.

El tren resoplaba ya, entrando en el andén, y Sebastián se fingió distraído:

—Míralas.

Doña Claudia y Aurora pegaban sus narices a la ventanilla de un vagón de primera clase. Al divisarlos, doña Claudia comenzó a agitar una mano de arriba abajo, sonriendo. Sebastián se sofocó al pensar que su entrevista con la Aurora habría de verificarse ante una importante representación familiar. Mas doña Claudia se mostró particularmente discreta en aquella ocasión. Abrazó a Sixto, quien llamó «mi vieja» a su madre, y se adelantaron hacia la salida. La Aurora quedó sola, plantada ante él, pálida y desangelada. Sebastián se confesó una vez más que la Aurora no era bella, aunque poseía un incentivo indiscernible en su redonda fealdad.

—Hola, Aurora. ¿Cómo te ha ido?

Aurora dejó su maletín de piel en el suelo y le tendió la mano libre. En la otra se balanceaba, pendiente de una goma, un muñeco con cara de niño y el cuerpo recubierto de una piel de mono.

—Hola, Sebastián. Mira lo que me ha tocado en una rifa del tren.

Agitó el brazo y el niño-mono dio unos saltos increíbles.

—Es muy gracioso.

Sebastián observó que la Aurora desviaba intencionadamente la conversación. Sin duda juzgaba extemporáneo hablar de ellos tan pronto. Sin decir nada tomó el maletín de su novia y juntos abandonaron la estación. Doña Claudia se apoltronaba en un taxi.

—Niña, danos el maletín. Vosotros podéis ir a pie si os apetece.

Sixto se reía, con su risa roja y explosiva, desde el interior del automóvil.

—Hola, Aurora, pequeña; aún no me has saludado. Por lo visto yo ya no soy nadie para ti.

La Aurora le saludó desganada, entregó el maletín a su madre y salió andando, haciendo saltar al monigote, hasta alcanzar a Sebastián. Éste carraspeó:

—Dime, ¿qué tal Madrid?

Los ojos de Aurora se dilataron de añoranzas por detrás de sus gafas:

—Muy animado. Aquello es vivir. Viniendo de allá se da uno cuenta de que esto no es más que un pueblo.

Sebastián se sintió culpable de que su ciudad no se hubiera desarrollado más; de que no hubiera en ella más gente, más automóviles, una actividad más febril y mecanizada.

—Sí, eso debe de ser verdad; pero esto es más íntimo… Todo tiene sus compensaciones. Aquí cabe vivir hacia adentro y saborear mejor tus sentimientos.

Sebastián se notaba forastero. Nunca había pulsado el latido del corazón de Aurora tan distanciado del suyo y, con avispada sutileza, concretó la pueril frontera entre ambos en aquel muñeco saltarín que pendía de un dedo de la Aurora. Él constituía la última realidad de aquel viaje que había cortado bruscamente su cotidiano intercambio de impresiones. Súbitamente pensó en la gran novedad que ocultaba todavía a la Aurora y que estimaba adecuada para resolver definitivamente su distanciamiento:

—Voy a darte una buena noticia, ¿sabes? Soy dependiente de los Almacenes Suárez.

A Sebastián se le antojó artificial el júbilo de la muchacha. Le parecía que su novia había de hacer de tripas corazón para exteriorizar una especiosa y falsa alegría. Le apretó la mano y le dijo: «¿De veras, Sebastián?», pero recelaba que la Aurora, al comportarse de este modo, suspiraba aún por las grandes avenidas, los espectáculos y el gentío que había dejado atrás. Él no

conocía Madrid, pero la imaginaba una de esas ciudades brillantes y peligrosas contra las que se estrellan los espíritus incautos.

—Sí, es verdad; tan verdad que ya llevo siete días trabajando en mi nuevo puesto.

Reflexionó un momento y su cara se ensombreció:

—¿Sabes? Expulsaron a Hugo.

Hasta entonces no advirtió Sebastián lo incompleto de las satisfacciones humanas; la necesidad cruel de arruinar a un prójimo para encumbrar la propia existencia. La alegría de un hombre se cimentaba en el dolor y el aniquilamiento de otro. Su propia colocación dependía de la descolocación de un semejante.

—¿Hugo? ¿Aquel chico moreno de los ojos bonitos?

Se dijo Sebastián que bien podían ser bonitos los ojos de Hugo aunque a él no le parecieran así:

—Sí, ese mismo.

—¡Pobre muchacho!

El tufo de cáscaras de plátano pisoteadas, mezclado con el aroma de otros frutos podridos, les alcanzó al abocar a la Plaza del Mercado:

—Ya estamos cerquita de casa.

Se había hecho difícil la conversación. Aurora había digerido la grata novedad, tan celosamente guardada por Sebastián, sin necesidad de masticarla demasiado. Tras unos pasos en silencio, Aurora se desabrochó el abrigo de piel:

—También hace bueno aquí.

—Sólo desde ayer; los demás días ha hecho mucho frío.

Cruzaron la plaza atestada de tenderetes, que a esa hora se levantaban, y de vendedoras de pan blanco, cuyas insistentes ofertas les asaltaron al pasar. Ante el portal de la Aurora se detuvieron y, como ya era costumbre en ellos, Sebastián subió al banzo y ella quedó abajo. Era el único procedimiento hábil para equiparar sus estaturas. La Aurora le miró con insistencia:

—Chico, ¡pero si tienes traje nuevo!

Sebastián se azoró. También él se había desabrochado disimuladamente el abrigo para que ella reparase en los progresos de su indumentaria. Le separó ella los dos extremos del gabán:

—Es muy bonito. Estás muy bien con él, Sebastián; de verdad.

Él vio una salida viable para su aturullamiento:

—También tú, a lo que parece, has estrenado.

Aurora se abrió el abrigo para que Sebastián contemplase el vestido nuevo a su placer.

—Es de mucho gusto, Aurora, ¡ya lo creo! Pero ¿sabes que me parece que has engordado en Madrid? Estás más ancha… un poco más voluminosa.

Se frunció la frente de Aurora y su expresión se ensombreció:

—No digas memeces. Eso es una impertinencia, Sebastián. Eres un grosero. Ven a buscarme a las siete.

Y subió los peldaños presurosa, dejando a Sebastián plantado y con ganas de decir: «Pero si no me importa, de veras. Me gustas igual». Pero no se atrevió. La voz de su novia le había sonado con un acento desgarrado y extraño; con un acento que era la primera vez que sorprendía en la boca de la Aurora.

Capítulo VII

El comportamiento absurdo de la Aurora apabulló a Sebastián. La frialdad inicial, unida a su iracunda despedida, le hizo volver a recelar que no era él lo más importante de cuanto ocupaba el corazón de la muchacha; por más que el «doctor cubano» le asegurase su fidelidad «en pensamiento, palabra y obra».

Pero, además, por una inexplicable razón, después de volver a verse con la Aurora, advertía que tampoco la muchacha, contra lo que había creído, constituía para él nada fundamental y hasta se le hacían ahora risibles y extravagantes los celos exaltados que le condujeron a correr detrás del «doctor cubano» mendigando unas migajas de tranquilidad interior. Se indignaba consigo mismo y una sordidez retroactiva le llevaba a lamentar el despilfarro —doce pesetas con sesenta y cinco céntimos— realizado para pagar la consulta. Se daba cuenta, de pronto, que no eran celos lo que le impulsó a dar ese estúpido paso, sino su propio egoísmo, el recelo característico del hombre inferior que en todas partes cree entrever una humillación de su amor propio.

Sebastián daba vueltas a estos pensamientos mientras se entendía con la muchedumbre de clientes. Plegaba y desplegaba enormes piezas ante los ojos de la clientela, que picaba, vacilaba o rotundamente dejaba de picar.

—Puedo enseñarle otra cosa. De eso tenemos un gran surtido. —Cabía en lo posible que fuese la viva realidad de la Aurora, muy inferior a la imagen que conservaba en el recuerdo, lo que vigorizaba su vertiginosa e irreprimible desilusión. Era posible, también, que fuese la interposición del Sixto, su realidad casi olvidada, lo que enfriaba la pasada vehemencia del pobre Sebastián.

—Mire, no me gusta. No es precisamente esto lo que busco. Yo quería una muselina blanca, pero un poco más tupida.

—Lo siento, señora; de eso no tenemos nada. Tal vez lo recibamos en el próximo envío. ¿Usted qué deseaba, señorita? —De todas formas lo innegable era que la Aurora le había decepcionado. Tal vez no la hubiese amado nunca; tal vez sólo le hubiera empujado a ella su absoluto y frío aislamiento; quizá una fe necia en sus palabras de escepticismo respecto a los hombres y las cosas; tal vez…

[(De todas maneras, una persona que recibe dinero por informar al público debería medir sus palabras con un poco más de formalidad. Era indignante que el «doctor cubano» se hubiese expresado

de un modo tan atrevido. A lo mejor se habían pronunciado así adrede para burlarse de él. De él, que en última instancia era quien aquel día, con sus doce sesenta y cinco, les había echado de comer. Gracias a que habían topado con Sebastián Ferrón y no con otro, que si no aquella osadía podría haberles costado muy cara. Pero, en definitiva, eso no importaba. Lo que realmente trascendía era la posibilidad que ahora vislumbraba Sebastián de que el «doctor cubano» no fuese infalible, de que pudiese equivocarse como un Juan Pérez cualquiera y la fidelidad de la Aurora —de pensamiento, palabra y obra— hubiera de ponerse, de nuevo, en tela de juicio…)].

—Muy bien. Espere, que se lo envuelvo. ¿Deseaba algo más?

—No; nada más. Muchas gracias.

—Anita, haga el favor de cobrar sesenta y tres setenta y cinco… Gracias, señorita. ¿La atienden a usted, señora? —De otro lado, Aurora había regresado muy especial. Nada concreto cabía decir de ella, de su actitud, ni de sus palabras. Pero algo dejaba traslucir su voz, su mirada, su persona entera, que no agradaba a Sebastián.

El nuevo dependiente se movía con agilidad, mientras su cerebro se desbocaba, sin pausa, en una serie inacabable de conjeturas. De cuando en cuando se detenía pensativo en su quehacer hasta que su mirada ausente coincidía sobre las uñas de sus dedos, desarrolladas y casi normales, y esta visión lo incorporaba instantáneamente a la realidad. A intervalos le asaltaba el recuerdo del maniquí abandonado en la trastienda y esta evocación exaltaba su carne. Él movía la cabeza de un lado a otro, pretendiendo liberarla de la acuciante impresión de aquellas curvas turgentes, henchidas de serrín. Mas la imagen, absurdamente provocativa, tornaba a asaltar su mente con turbadora insistencia.

La afluencia de personal había decrecido en los últimos minutos y Sebastián frenaba su diligencia para tomar aliento. En la calle era ya de noche y hacía rato que brillaban en el establecimiento las potentes luces que nutría el grupo electrógeno recientemente instalado por don Saturnino. La caja espaciaba sus timbradas, como si acusase la nerviosa carrera de las últimas dos horas. También Anita podía, ahora, levantar tranquila su rubia cabeza y respirar el aire calefactado de los Almacenes con parsimonia y fruición. Los dependientes se miraban entre sí como se miran el tocólogo, el marido y la comadrona después de coronar halagüeñamente un trabajoso parto. Emeterio iba y venía colocando piezas en los estantes por su orden de numeración. Al día siguiente era domingo y el esfuerzo actual apenas si contaba. Mañana dormirían a pierna suelta hasta mediodía y después se encontrarían, adormilados aún y sombríos, en la misa de una de la catedral.

Cuando todo aparentaba haber concluido aquella tarde, se abrió la puerta de cristales del establecimiento y entró una mujer joven, alta y bien formada, acompasada por el uniforme taconeo de sus zapatos contra los baldosines.

Sebastián se hallaba de espaldas a la puerta y no se inmutó, pero quedó perplejo al observar el unánime aceleramiento de sus compañeros, como si hubiesen sido estimulados por un mismo espolazo:

—¿Qué tal, señorita Irene? —decía uno de los hermanos deportistas, acercándole una silla.

—¿Cómo le ha ido por aquellas tierras? Sea usted bienvenida. ¡Vaya si la hemos echado a usted de menos! —Don Arturo estrechaba la mano de la visita. Después volvió con disimulo la cabeza y susurró imperativamente a Emeterio—: ¡Corre a avisar a don Saturnino!

Los demás dependientes expresaban su júbilo por la visita en análogos términos y todos, al parecer, se regocijaban igualmente de que la joven hubiese regresado ya de «aquellas tierras», donde, por lo oído, había pasado «tres estupendos meses de vacaciones».

Sebastián no era curioso en exceso. Sin embargo, el agresivo entusiasmo de sus colegas le impulsó a volver perezosamente sus ojos hacia el lugar donde la mujer charlaba con don Arturo, rodeada por las melifluas sonrisas de toda la dependencia. Sebastián miró un momento con idea de no prolongar demasiado su mirada; pero, apenas vuelta la cabeza, dio un gran salto y giró su cuerpo por completo. La verdad es que la visita justificaba este exaltado celo de Sebastián.

Jamás en la vida había contemplado éste una tan soberana belleza concentrada en un simple cuerpo humano. La envolvía una grácil aureola, como si se tratase de algo inasequible. Tenía el pelo muy negro, recogido en dos cocas por detrás de las orejas. Éstas eran pálidas, rematadas por unos lobulillos rosados y carnosos de los que pendían unos pendientes fulgurantes que avivaban su sensualidad. Del óvalo de su cara, apenas sin maquillar, resaltaban sus pupilas verdes, muy vivas, enmarcadas por unas pestañas espesas y oscuras. Su nariz pequeña, un poco respingona, se elevaba sobre unos labios graciosamente curvados que se separaban uno de otro, como con pena, cuando su dueña tenía que hablar o sonreír. En estos casos exhibía dos filas de dientes muy blancos y cuidados.

Pero tal vez lo que más llamó la atención de Sebastián fue el cuello torneado, firme y larguísimo de aquella muchacha. Emergía del abrigo de pieles con una rotunda seguridad de sí mismo, con la orgullosa convicción de saberse cimiento y sostén de la cabeza más hermosa de la tierra. Sebastián pensó muy seriamente que de otorgársele la gracia de poder rozar con sus dedos aquella columna mágica y tersa no le sería posible evitar un desmayo.

La joven vestía y calzaba con elegancia y naturalidad. Nada resultaba forzado en ella. Podría afirmarse que había nacido envuelta en aquel espléndido abrigo y calzada con aquellos zapatos. Cuando hablaba, todos sus miembros y hasta sus ropas participaban de su actividad; ayudaban a endulzar aquellas frases moduladas y persuasivas que escapaban de su boca fluida, naturalmente…

Don Saturnino surgió presuroso de su despacho, seguido muy de cerca por Emeterio, jactándose aún de su embajada. Sonreía el señor Suárez con un caudal de simpatía extraordinario:

—¿Cómo está usted? Ya era hora de que la viésemos por aquí. ¿Y sus papas? Dígame: ¿cómo resultó ese viaje? Espléndido, ¿verdad? «Aquellas tierras» son lo más parecido al paraíso que aún queda en el mundo. Se la ha echado de menos. ¡Vaya que sí! Pero siéntese, siéntese, señorita Irene, por favor.

—No, muchas gracias, le aseguro que estoy muy descansada.

—Vaya, vaya, vaya. —Don Saturnino se frotaba una mano con otra, con un movimiento iterativo que a Sebastián le parecía grosero e inarmónico. La dependencia se había desparramado al aparecer el jefe. Sólo don Saturnino y Arturo atendían a la visita—. Y qué, mejor tiempo que por aquí, ¿no es así? En esta tierra no salimos de heladas y de nieblas. Por allá supongo que luciría el sol y hasta podrían permitirse el lujo de salir sin abrigos. Es un clima hermoso aquél. Cuando yo estuve en el año treinta y cuatro… Claro que eran otros tiempos, pero el clima no creo que haya cambiado para nada…

Todo se lo decía él. A Sebastián le disgustaba que no la dejase despegar los labios. Aquella voz armoniosa, oída por primera vez hacía cinco minutos, le iba siendo necesaria, imprescindible, para conservar la integridad de sus tímpanos. De pronto notó Sebastián que le golpeaban la mandíbula y sus dientes chocaron con rudeza. Advirtió entonces que tenía la boca abierta y se ruborizó al ver reír a su lado a uno de los hermanos rubios:

—Buena mujer, ¿eh?

Le olió mal a Sebastián esta expresión soez, aplicada a aquella muchacha ingrávida y de una realidad tan delicada y sutil:

—Es… hermosísima… sí.

—No hay mejor hembra en muchos kilómetros a la redonda, tonto. ¿Tienes ahí la pana rayada verde? Tengo que atender a aquella lechuza. ¡Diablo!, ¿por qué no serán todas las mujeres como ésta?

Sebastián no comprendía cómo la presencia de Irene no trasmudaba a sus compañeros; no les elevaba sobre la rutina rastrera y prosaica de todos los

días; él consideraba a aquella mujer como muy capaz de dignificar cuanto tocase, más aún, cuanto rozase la onda expansiva de su lozana y contundente armonía.

—Ahí la tienes.

No pudo evitar el quedar nuevamente prendido en la maravillosa vitalidad de la muchacha. Prejuzgaba que sería muy difícil y laborioso encontrar algo más bello en el resto de la tierra. Sebastián había visto mujeres hermosas, si se quiere mujeres de una belleza extraordinaria, pero nunca —estaba bien seguro— ninguna como aquélla. *[Exhalaba un hechizo particular, algo indefinible e indescifrable que llegaba envuelto, entreverado, en su propio perfume. Un perfume, por otro lado, que invadía a oleadas todo el establecimiento y que aparentaba fluir de su piel tersa y blanca, como algo consustancial con ella misma, como un aroma peculiar, inimitable, de su excepcional juventud]*.

Comprobaba que la contemplación de aquella mujer le elevaba, le purificaba, le hacía ver que por encima del barro existe algo que aletea y redime la materia. No era la escultural modelación de aquel barro, con ser mucho, lo que le hacía vibrar con una desacostumbrada emoción; era la luz, el difuso matiz, que lo vivificaba y le imprimía un equilibrio y un ritmo.

—¡¡Vamos, joven!! ¿Me quiere usted despachar de una vez?

Fue un brusco descenso a la tierra la destemplada citación de aquella mujeruca arropada en un chal negro, moteado de caspa. Sebastián observó su faz terrosa, la piel duramente fruncida de las mejillas, y se afirmó en su creencia de que el mundo entero no estaba preparado para alojar una beldad como Irene.

—¿Me quiere enseñar los retales de la otra temporada? Me da lo mismo el género y el color.

(Se reía Irene, con una rara musicalidad en la contracción de su garganta. Sebastián comprobó que todo acompañaba con dignidad a su porte, sin rebajarlo, antes bien, añadiendo ignotos y sutiles matices que redondeaban su perfección. Sebastián no acertaba a desenvolverse).

—Ha dicho usted retales, ¿verdad?

—Sí, sí, retales, por favor; tengo un poco de prisa.

(Prisa, prisa… ¿No podía haber un paréntesis en la vida de todos los hombres para recrearse en la suma perfección? Aunque después de todo, ¿qué podía importarle a esta mujer del chal negro y casposo y la cara fruncida la impecable sazón de la otra? Ahora hablaba ella. Don Saturnino, al fin, se había callado, había interrumpido sus preguntas afirmativas. «No tienen el

gusto que en la Península, eso por descontado… ¿Tipismo, dice? Tal vez sí. Aunque yo creo que el tipismo de todas partes sólo es ya una atracción para forasteros. Cuando llegan los barcos de la Península…». ¡Oh, Dios, qué afortunada Península! Sebastián imaginaba los rabiosos celos de toda la geografía física. Intuía que los golfos, cabos, cordilleras y todos los istmos del mundo rabiarían de celos ahora al oír que ella decía con aquella cadenciosa entonación *Península y nada más que Península)*.

—¿A cómo es esto?

—Sesenta pesetas ese retal; el amarillo, cincuenta y cuatro.

(Irene proseguía: «No se ría usted, don Saturnino. Son los novios los que dan de comer a las islas. Hasta tal punto que si ellos faltasen se paralizaría la vida de una manera casi absoluta». ¡Oh, las islas! Menos mal que Irene repartía un poco equitativamente entre la geografía el don de pronunciar sus nombres con su voz modulada y graciosa. Eran sus palabras las que usualmente se emplean en el lenguaje corriente, pero en su boca adquirían unas tonalidades especialmente sabrosas y expresivas).

—Póngame éste de cincuenta y cuatro. Después de todo, para lo que lo quiero tanto me da uno como otro.

(A Sebastián no le afectaba el uso que la mujeruca del mantón casposo y la cara fruncida pudiera dar a aquel retal amarillo de cincuenta y cuatro pesetas. Realmente, en estos instantes, no le importaba nada, fuera de la actitud, la voz y la sonrisa de Irene, a quien absorbía con sus ojos por encima del hombro de la mujeruca del chal).

—¡Anita, cobre cincuenta y cuatro pesetas, por favor! ¡Usted siga bien, señora!

Desfilaban los últimos clientes. Irene había pedido algo que ahora le mostraba don Arturo en el otro extremo de la tienda. Pareció complacerla enseguida:

—Me lo enviarán, ¿verdad?

(Otra sonrisa. En verdad, todo se reducía hoy a un ininterrumpido peloteo de sonrisas).

—No faltaba más; dentro de cinco minutos lo tiene usted en su casa.

Ella le ofreció su mano:

—Adiós, Arturo; hasta otro rato. Ya saben que de nuevo me tienen aquí. Usted siga bien, señor Suárez. Adiós a todos.

Las flexiones y las sonrisas de la dependencia hicieron pensar a Sebastián que Irene era una reina en el establecimiento. (Y le agradó que así fuera por

su hermosura deslumbrante y expansiva, por la calidad de relevante excepción que la encumbraba sobre las demás de su sexo).

Taconeó Irene brevemente al cruzar la tienda. Al discurrir frente a Sebastián dirigió los ojos verdes hacia él un poco sorprendidos. Sebastián se sintió poseído de un extraño hormigueo que se tradujo, segundos después, en una emoción inquieta. Finalmente, Irene traspuso el umbral y salió a la calle. Sebastián la vio aún franquear el fragmento de acera que ocupaban las vitrinas y se dio cuenta de que todos los jóvenes que iniciaban a aquella hora su paseo vespertino volvían la cara insistentemente y se daban codazos admirativos al cruzarse con ella.

La respetuosa admiración de la dependencia se relajó en cuanto Irene abandonó el local. El fervor de los hombres se tornó entonces en un procaz apetito, alentado por una exacerbada animalidad. Expresaba cada cual sus deseos con una desgarrada y deprimente crudeza. Sebastián se confesó su error de haber pensado anteriormente que la belleza de Irene bastaba para elevar y dignificar la carne. Le sorprendieron, más que nada, las expresiones instintivas de los dos hermanos rubios y, por vez primera, comprobó que ambos eran susceptibles de poner acaloramiento y pasión en un tema diferente del fútbol. Por asociación de ideas advirtió que Irene ocasionaba en los temperamentos de sus compañeros los mismos apasionados furores que en él despertaba el recuerdo del polvoriento maniquí de serrín.

Por su parte, el conocimiento de aquella mujer había significado para Sebastián algo importante en su vida, algo cuya huella constataba él, profunda y distinta, perfectamente diferenciada, allá abajo, en lo más hondo de su espíritu. En principio no discernía claramente el significado de esta huella. Aquilataba su existencia, su indeleble impacto, pero se veía imposibilitado de calcular sus efectos y medir sus resultados en el porvenir de su vida. Por de pronto le inundaba un enardecimiento casi místico; le apabullaba, aplanándole, la gigantesca idea de la perfección.

Al salir aquella tarde de los Almacenes procuró coincidir con Manolo. A la larga iba convenciéndose de que era éste la única persona para quien su antiestética estructura no constituía un motivo de regocijo y de burla. Manolo era serio, honrado y un amigo verdadero. Su faz consumida, en la que detonaban sus ojos saltones atravesados de venitas sanguinolentas, daba idea de lo dura que era para él la lucha por la existencia. No obstante, era un hombre equilibrado. No descorazonaba de salir con bien —él, su mujer y su prole numerosa— del atolladero de la vida. Cuando le interrogó por lo que significaba Irene para el establecimiento, no se sorprendió al oírle decir que

aquella joven equivalía, ni más ni menos, a la prosperidad de los Almacenes. Sin duda, era la mujer más hermosa y elegante de la ciudad, además de pertenecer a una familia distinguida y adinerada. Ella imponía la moda, los gustos y las aficiones en la pequeña ciudad. Gastaba un dineral en vestirse y adornar su casa. Tras ella invadían el establecimiento verdaderas turbas de jovencitas que copiaban sus indumentarias con la especiosa esperanza de lograr, al arroparse en aquellos trapos, el prodigio de trasmutarse en hermosas y atractivas Irenes. Era, simplemente, lo de siempre; el instinto gregario, el afán de superación, de equipararse a la mujer más arrogante y sugestiva de la agregación, olvidando que la gracia es un don innato que no se adquiere, artificialmente, con nada. Éste era, en pocas palabras, el hilo que unía a Irene con los Almacenes, el secreto que explicaba su delirante acogida en el establecimiento.

Sebastián, en su exaltación, no podía hablar de otra cosa. Absorbía materialmente las palabras de Manolo. Le agradaba tener por fondo de la conversación la grácil y cimbreante silueta de Irene, su rotunda y plástica proporcionalidad. Ahora le interrogaba por su ausencia, por el equivalente geográfico de «aquellas tierras». ¡Ah, claro! Había estado en Mallorca. Tenía, por lo visto, familia allí. Naturalmente, no había desperdiciado la ocasión y había pasado en las islas cerca de tres meses. A Sebastián le pareció bien aquel devaneo. Las mujeres como Irene debían dedicarse a recorrer el mundo o a convertirse en piezas de museo. Eran arte y el arte debe doblegarse a la educación del rebaño, de la colectividad. A Irene no le estaba permitido encerrarse en un núcleo más o menos populoso; se debía a la exhibición, al entusiasmo y al aplauso de las multitudes.

Al dejar a Manolo en el cruce de dos calles, Sebastián se dio cuenta de que aún permanecía en la tierra, agarrado con su podredumbre al asfalto de la vieja ciudad castellana. Su exaltación le había conducido a lejanos parajes de ensueño, parajes que se adecuaban con la soberana belleza de Irene, con el tono cantarín y sugerente de su hermosa voz. Ahora la ciudad se le hacía vieja, turbia y desapaciblemente sucia; desabrida en su rutina gris, en su monotonía de piedras amontonadas con un diverso y a veces opuesto sentido arquitectónico. La escasa luz la hacía todavía más lánguida y decadente. Las calles equivalían a tiras de asfalto, ribeteadas por casas desiguales, amorfas, vagamente lóbregas y huidizas. Las conversaciones de los transeúntes eran huecas y vulgares, como las casas y las calles; con un ritmo roto, desafinado, de música maltratada. En las esquinas algunas viejas vendían castañas asadas, encerradas en una casetucha de maderas grises, con reminiscencias de

ataúdes. Despachaban diez, quince, veinte de castañas y se quedaban tan contentas con la calderilla amontonada en un cestito de mimbre, análogo al que empleaban para despachar sus frutos calientes.

Sebastián sentía su cabeza poseída de difusas e imprecisas sensaciones. Era Irene quien motorizaba su cerebro aquella noche; su intachable equilibrio quien impregnaba, por contraste, a la ciudad, de un vaho de desagradables imperfecciones.

Avanzó despacioso y cansino hasta la Plaza del Mercado. El fétido hedor vespertino se hacía irresistible allí, después de un día de sol más bien caldeado. La franqueó y entró en su barrio, invadido de una postradora sensación. Tras unos pasos inseguros, titubeantes, oyó la voz de la Aurora a su lado:

—¡Podías venir con más calma! ¿Es que no sabes qué hora es? Llevo esperándote en el portal más de un cuarto de hora. Y ya sabes que si hay algo que deteste en el mundo es esperar y esperar como una idiota más de cinco minutos seguidos.

Sebastián no tenía vigor bastante para contestar; pensó, además, que no valía la pena hacerlo; que le era completamente indiferente lo que la Aurora creyese. Le raspó su sensibilidad la agria reprimenda y le pareció bufo, repugnantemente risible, que aquella mujer, miope, grosera y culibaja, tuviese la osadía de escarnecerle en plena calle a él, a él, que acababa de entrever la perfección y la armonía, que había convivido con ella durante un breve lapso de tiempo, cobijados bajo un mismo haz de luz. Se sentía impermeable a cualquier denuesto, enervado por una extraña atonía. No tenía deseos de andar, ni de moverse, ni de compañía. Le hubiera agradado perderse en sus lucubraciones, fantasear, desgajado absolutamente de su triste existencia.

Aurora paseaba a su lado como una extraña. Sebastián celebraba su enojo, ya que así no se veía forzado a hablar, a rebuscar frases tontas y absurdas, constreñido por la precisión de decir algo. Así era más grato caminar; cada uno en su mundo. Súbitamente había apreciado que aquellos amores suyos con la Aurora eran extravagantes y atrozmente ridículos. Ridículo él, en su detestable conformación; ridícula ella en sí misma, en sus pretensiones, en sus desvergonzadas aventuras, en su prurito de recoger velas ahora y enmendar definitivamente sus malos pasos. E inefablemente ridícula y grotesca la pareja, la confluencia de ella y él en su común aspiración, burda, ramplona y carnal, de formar un día un solo cuerpo.

A cada paso crecía su vergüenza y su estupor. Ahondaba Sebastián en su risible corporeidad y se enfurecía contra ella, contra sí mismo, contra la

torpeza de su padre, pequeño y deforme como él, empeñado en depositar su nefasta semilla en el interior de una mujer zafia, primitiva e ineducada. A veces Sebastián movía la cabeza rápidamente de un lado a otro, tratando de librarla de aquellas ideas peligrosas, sutilmente envenenadas. Mas las ideas retornaban, mostrando su perfil más sangriento y doloroso, y Sebastián, involuntariamente, las rumiaba una y otra vez, y una y otra vez las rechazaba y volvían a asaltarle.

Paseaban ahora frente al paredón de ladrillos rojos que resguardaba el colegio de monjas; es decir, por el lugar que instintivamente habían elegido, otras tardes, como refugio ideal de su amor. La Aurora iba mitigando su mal humor y pronto dirigió la palabra a Sebastián. Éste le contestó mecánicamente, sin saber a punto fijo qué le decía. Sin embargo, el hielo se había roto y pronto entablaron un diálogo normal. Se disiparon un tanto las imágenes torturadoras del cerebro de Sebastián; se aventó su pesadilla y no quedó más que la idea fija, risible y vergonzante de aquel amor —el suyo y el de Aurora—, que era como el esfuerzo titánico de dos despojos humanos pugnando por arrancar de la vida unas briznas de placer.

La Aurora se humilló de repente:

—Perdóname, Sebastián. Sí, ya sé que he estado un poco dura contigo, pero ya sabes que me molesta esperar. No puedo soportarlo. Impónme cualquier penitencia menos ésa. Ya me hago cargo de que habrás tenido que hacer en la tienda, pero al verte venir con esa cachaza no me pude contener y…

Significaba esta declaración de parte de la Aurora un hecho insólito y excepcional. Mientras se disculpaba había tomado entre las suyas la chata mano de Sebastián y la acariciaba una y otra vez con ánimo de imprimir mayor fuerza y convicción a sus palabras.

Para Sebastián fue muy doloroso apreciar que aquellas caricias cálidas y reiteradas no tenían ya siquiera fuerza para mover su carne, quedaban por debajo de la potencia sensual del maniquí insensible y mudo de la trastienda de los Almacenes.

—Bah, es una bobada. No te disculpes por eso, Aurora. Comprendo que es muy molesto esperar. Yo también lo he hecho muchas veces; pero para una chica es distinto, ya lo sé…

Inesperadamente Aurora se detuvo en el portón trasero del colegio. La escasa luz que llegaba del farol de la esquina se esfumaba en el hueco de la puerta. La Aurora se introdujo en el oscuro rincón y arrastró tras de ella a Sebastián. *[Sin decirle nada sus brazos cercaron su cuerpecillo atrayéndolo*

irresistiblemente hacia sí. Sebastián no perdió el tino. Conservaba una lucidez extraña para observar y analizar cada movimiento de la Aurora con fría razón. Y sintió asco; un asco nasal, nauseabundo, estimulado por la proximidad del aliento desagradable de la mujer. La conciencia de Irene, inmutable y viva dentro de él, enervaba sus instintos, los desvanecía hasta trocarlos en un sentimiento seco de repulsión:

—¿Qué intentas, Aurora? ¿Qué pretendes hacer?

Ella no respondía. Acercó sus labios codiciosos a los suyos y los entreabrió con imperiosa y voraz pasión. Sebastián sintió sobre sí la húmeda succión del beso pero no por ello se quebró su frialdad. Se notaba increíblemente lejos de la Aurora, de su propia carne, vacío de instintos primarios y de bajos impulsos. La Aurora aflojó el cerco de sus brazos y murmuró decepcionada:

—Estréchame, aprieta, ¿o es que los hombres tan poca cosa como tú no tenéis instintos?

Le rozaba la piel el aliento ávido, pecaminoso, de la Aurora; le envolvía, cálido, apasionado, con la tácita promesa de una entrega total. Pensó él que todo esto, un día antes, lo hubiera arrastrado, incontenible, hasta la pérdida total de su dignidad de hombre. Mas hoy no era así]. Él se encontraba sublimado por el presentimiento de Irene, anulado en su rastrera carnalidad. No hubo de esforzarse para aplacarla:

—No, Aurora, no; debemos dominarnos. Esto no está bien que lo hagamos antes de casarnos. Esto es una porquería.

Aurora cedió. No parecía contrariada ni humillada, si es caso poseída de un nervioso desasosiego, como cuando nos invade la sospecha de haber dado al buzón una carta sin franquear. Los cercó una pausa espesa, plagada de remordimientos reprimidos. Finalmente la Aurora habló:

—Quizá tengas razón; soy una tonta y una impaciente. Pero es que nuestras cosas van demasiado despacio, Sebastián. —Se ordenaba el cabello y se sujetaba las gafas, que en el forcejeo habían estado a pique de caer—. Debemos arreglarlo todo cuanto antes. Sí, ¿por qué no? Mañana quiero que vengas a casa. Merendaremos juntos y te presentaré a toda mi familia.

Esperaba la respuesta de él con una ansiedad tan notoria, que Sebastián no pudo eludirla.

—Sí, claro; tienes razón. Recorriendo las mismas calles cada día no adelantamos nada.

Se le veía desinflado de entusiasmos, acatando la sugerencia de Aurora como la orden de un superior. Mas ella no reparaba en su depresión.

—Entonces mañana te esperamos en casa. No te dé apuro, pues ya conoces a casi toda la familia. Además, no lo pasaremos mal, ya lo has de ver.

Habían reanudado los paseos a lo largo de la roja tapia del colegio. Sebastián se veía arrastrado por un vendaval interno en el que se combinaban sensaciones diversas y encontradas. Presentía que acababa de dar un nuevo paso, un paso que le aproximaba a una meta peligrosa, pero prefería no pensar

en ello, prefería dejar que las cosas navegasen un poco merced a sus propios impulsos.

Recorrieron el rojo paredón una, dos, mil veces; ida y vuelta, vuelta e ida, en un pendular sin fin ni objeto. La noche, la ciudad, la Aurora, eran distintas. Nada coincidía con el clima reposado, sólidamente apuntalado de tardes, paseos y entrevistas anteriores. No obstante, el cerebro de Sebastián iba serenándose, entreviendo la razón por la que las cosas cambiaban de matices con esta facilidad sorprendente.

Cerca de las nueve tomaron el camino de su barrio. Próximos ya, los arrolló un torrente humano que salía del cine comentando a gritos la película. Aurora y Sebastián bracearon contra corriente. A él le invadió la sensación de que se ahogaba, de que la multitud le apretujaba las costillas oprimiéndole el corazón. Luego se percató de que la gente no estaba tan aglomerada como para asfixiarle y constató que su sensación provenía directamente de su particular estado de alma. Y una vez más hubo de deplorar Sebastián tener una sensibilidad tan desarrollada que le permitía ahondar de esta manera en su propia y despreciable podredumbre.

[La Aurora, al despedirse, le oprimió la mano con mayor devoción que la que en ella era habitual:

—No te olvides, Sebastián; a las siete te esperamos mañana].

Capítulo VIII

Los domingos eran días de especial animación en el barrio de Sebastián. Es verdad que rara vez faltaban la algazara y el bullicio, pero los domingos esta animación adquiría unas características peculiares y hasta la atmósfera delataba la festividad con un denso olor, desde la mañana a la noche, a humo de puros baratos y ropa recién planchada.

Raro era el ciudadano que acudía a oír misa fuera de la parroquia. Las misas se sucedían, en ésta, de hora en hora y, desde las siete, las naves frías de la iglesia románica veíanse atestadas de fieles. La hora de cumplir con Dios iba en razón inversa de la edad; eran las viejas las que acudían a las primeras misas de la mañana, y los jóvenes, hombres y mujeres, los que parecían citarse en la explanada de delante del templo diez minutos antes de las doce, hora en que se celebraba la última misa.

Los jóvenes fumaban ante la puerta aguardando el Evangelio, mientras las chicas entraban precipitadamente en la iglesia poniéndose las mantillas y dejando ver por el abrigo, intencionadamente entreabierto, sus trajes domingueros de tonos audaces y chillones. También los mozalbetes reservaban para estos días lo mejor y más selecto de sus roperos, y sus camisas blancas, azules o a grandes cuadros les oprimían la nuez, ceñidas por unas corbatas detonantes y de bien centrados nudos.

Terminada la misa, se reunían en corros delante de la iglesia y mientras los mozos acosaban a las chicas con requiebros de todos los tonos y gustos, ellas, halagadas, daban grititos de ofendido pudor, se desplazaban de grupo en grupo en alocadas carreritas o respondían con una dulce sonrisa y una pudorosa y lánguida caída de ojos como aconsejaban su vanidad satisfecha y su estudiada táctica del coqueteo. Luego paseaban por la estrecha calle, los novios y los que aspiraban a serlo, grandes grupos de chicas y chicos hablando de noviazgos, de películas y de fútbol. La cola del cine se retorcía bulliciosa y abigarrada en contraposición a las casi siempre negras y sombrías de los huevos de ración y de la carne. Nadie se acordaba del lunes, y si, como excepción, se proyectaban las imaginaciones hacia el futuro, era para pensar y decidir un plan para el domingo siguiente o para la próxima festividad.

Si la mañana estaba templada, mucho más en los días en que el sol invernal se arremansaba en la angosta calle, los paseos se prolongaban hasta las dos y el barrio entero hervía produciendo un excitante y juvenil rumor.

Las vecinas más viejas y las amas de casa, a quienes la cocina sujetaba en sus hogares, comadreaban de balcón a balcón, se citaban para la tarde o comunicaban la última novedad sobre el enfermo de gripe postrado en cama en la adyacente alcoba. Ninguna boca permanecía inactiva en la jornada mañanera de los domingos. Era como si la vitalidad avasalladora del barrio rompiese sus diques de contención, periódicamente, una vez por semana.

Hacia las dos, la calle iba quedando desierta. Sólo la confitería seguía vomitando gente durante un cuarto de hora todavía, gente que parecía hipnotizada con su paquete de pasteles en la mano pendiente de una cuerdecita de franjas azules con otra blanca en el medio.

Cerca de las tres volvía a iniciarse el rumor; paulatinamente, como una ola que va engrosando para terminar en fragoroso estallido. El olor a cigarro barato se introducía por todos los rincones y sobre el barrio pesaba como una fina neblina gris. Comenzaba, entonces, la actividad de las tabernas —siete abrían sus puertas a lo largo de la calle—. Eran tugurios modestos la mayor parte de ellas, y allí, entre gritos y palabrotas, en un ambiente caldeado más por la temperatura humana que por la energía de cualquier comestible, ante unos vasos de grueso cristal rebosantes de malta con leche caliente, los hombres se jugaban sus ahorros al tute, a la garrafina o a las carreras. El juego en cuestión no significaba nada fundamental; lo fundamental consistía en sentir el escalofrío del riesgo y doblar o perder en unos minutos un puñado de pesetas ganadas con el sudor de ocho o diez horas de trabajo. En otras mesas se hablaba de fútbol. El fútbol iba imponiéndose, a raíz de la guerra, como el supremo espectáculo de masas. De vez en cuando, algún taurófilo, de antigua generación, se lanzaba por los fueros de su fiesta favorita, pero no tardaba en caer estrepitosamente derrotado por un grupo de inquisidores de la nueva religión del deporte. Éstos no transigían; creían entender que los toros se fueron con Joselito y la era del fútbol asomaba incontenible y pujante, constituyendo un empeño vano tratar de resistir su implacable influjo.

Alguno, más osado que sus compañeros de «filia», aseguraba que mientras los toros no desapareciesen sin dejar rastro, con toda su cohorte de flamenquismo, pintoresquismo y folklore andaluz, en España no podrían fabricarse automóviles. A esto saltaba el padre de una criatura prodigio que obtuvo una mención en el último concurso de «Arte hacia la Fama», o de «Fiesta en el Aire», que no había en el mundo arte más puro y fascinante que dos mujeres bailando con garbo unas sevillanas, o un gachó, con voz bien timbrada, arrancándose por bulerías.

La semilla de la discordia estaba sobre la mesa; el calor de los comentarios en torno no tardaría en hacerla germinar. La discusión subía de tono y no era imposible que el intolerante defensor del fútbol saliese de allí con una pata rota y sin poder acudir en un mes a su espectáculo favorito, o el embrión de artista que caminaba hacia la fama con paso decidido, hubiese de perder, maltrecho en la cama de un hospital, un tiempo inestimable para conquistar la meta de sus largas aspiraciones.

En uno u otro sentido, la sangre del barrio bullía excitante e inquieta en la jornada dominguera. A fin de cuentas, el partidario de las sevillanas y las bulerías partía hacia el fútbol con su grupo de amigos tan pronto sonaban las tres y media y el fanático inquisidor de la «torería» marchaba sin escrúpulo a la novillada en las soleadas tardes de primavera, sin importarle mucho, después de todo, si en España podían fabricarse automóviles o no. Ni si en realidad eran los toros los culpables de este retraso nacional.

Mientras los hombres se hallaban en el fútbol, en el barrio imperaban, efímeramente, las mujeres, que aprovechaban este paréntesis de absoluto matriarcado en injuriar a sus maridos, insultar a las vecinas o, las más jóvenes y de lengua menos acerba y desarrollada, en hablar de los trajes que se confeccionarían para la próxima primavera y de sus esperanzas y devaneos amorosos. Pero en el fondo de todas estas conversaciones femeninas latía un difuso temor de que el equipo representativo de la ciudad pudiese salir del encuentro de aquella tarde con dos puntos negativos. La que más y la que menos entendía este léxico para darse cuenta de que aquellos puntos negativos podrían significar una cena borrascosa y, si se terciaba, una inmotivada y extemporánea paliza. Los hombres eran —en opinión de las mujeres del barrio— unos animales primarios y feroces que actuaban siempre —injusta e irracionalmente, por supuesto— en virtud de una concatenación de causas sólo comprensibles para las inteligencias más sutiles y despiertas. Acudían al fútbol para desahogarse de la opresión y los malos ratos de la oficina o el taller; más tarde, en el hogar, se liberaban de las contrariedades del fútbol insultando y golpeando a sus mujeres sin causa justificada, y, los lunes, pagaban en la oficina o el taller, con su ceño adusto y su escasa laboriosidad, los malos ratos domésticos. Era un círculo vicioso que iba contra su propia consideración de seres racionales y contra sus propios intereses. Pero la vida era así, y a nadie se le hubiera ocurrido privarse del fútbol como medida lógica frente a todas sus contrariedades, por el mismo motivo que a nadie se le ocurriría dejar de comer para cesar de sufrir.

De todos modos, los domingos del barrio concluían en el cine, en el baile o en la taberna, con el morro fruncido o las sonrisas distendidas; lo que no era evitable, en ninguno de los casos, eran aquellas canciones cascadas y aguardentosas de los borrachos que herían sin contemplaciones el silencio nocturno hasta altas horas de la madrugada.

Sebastián, como casi todos los humanos que se sujetan a un horario de trabajo, disfrutaba más los sábados que los domingos. Esto, a fin de cuentas, es tan admisible como que la ilusión y la esperanza sean más bellas y estimables que la misma realidad.

Se levantaba tarde, y entre arreglarse, desayunar, leer el periódico, que le subía la Orencia con la ración de pan, y oír la misa de doce en el barrio, se le escapaba la mañana casi sin sentirla. Se presentaba, después, la tarde y entonces el descanso de Sebastián se trasmudaba en un desleído y monótono aburrimiento. Badulaqueaba por la casa sin objetivo definido, cuidándose de no levantar ruido para no herir los nervios de Aurelia, que dormía la siesta en la habitación contigua, y, casi siempre, concluía sentándose a la mesa con la Orencia a disputar una partida de parchís. La Orencia arriesgaba en el juego una peseta —su asignación semanal íntegra— y el azar de perderla o de doblarla la mantenía expectante y entretenida durante tres cuartos de hora. A Sebastián, la posibilidad de victoria apenas le hacía mella, y el juego, mejor que para distraerle, servía para encauzar y dar sentido a su insoportable aburrimiento.

No obstante, aquel domingo encerraba una significación especial para Sebastián. Los acontecimientos de la tarde última le desvelaron durante gran parte de la noche, y, ahora, nada más terminar de comer, su cabeza pesada y dolorida seguía dando vueltas y vueltas a la cuestión que le atosigaba. La repentina claridad con que se le representase el día antes su desamor hacia la Aurora continuaba inmutable y firme en su cerebro. Se daba perfecta cuenta de que no amaba a la muchacha, de que, en realidad, no la había amado nunca. Fue, primero, la compasión hacia ella; el cabo cordial que la Aurora le arrojó para que se aferrase a él y se salvara de su irreductible aislamiento, después, lo que le constriñó a aceptarla con entusiasmo y como posible y definitiva compañera de su vida. Luego, con el trato, comprendió que la Aurora y él eran dos esferas, dos mundos diametralmente opuestos; que nunca, por buena voluntad que se pusiese en ello, podrían llegar a fundirse y borrar sus correspondientes fronteras. El viaje a Madrid y, sobre todo, el borrascoso regreso, habían terminado por perfilar estas sensaciones que tenuemente se abocetaban ya de semanas atrás. Durante este período fue la

Aurora para él el futuro remedio de su sensualidad; es decir —ahora se percataba de ello—, lo que fuera Aurelia para su pobre padre, el pedicuro Ferrón, veinticinco años antes.

Tampoco se le ocultaba a Sebastián la parte inconscientemente tomada por Irene en esta autorrevelación de sus propios sentimientos. La vista de aquella mujer le hizo comprender la torpeza y cortedad espiritual de sus amores con la Aurora. Era necio ocultarse a sí mismo las cosas y Sebastián reconoció, con un débil sonrojo, que se había enamorado de Irene con todo el vigor de su pequeño cuerpo. Advertía que este flechazo constituiría para el mundo, si llegara a conocerlo, un inusitado motivo de hilaridad, pero él no tenía culpa de que sus fibras interiores se conmovieran a la vista de lo bello y de lo puro, ni de ser un finolis, como su madre le decía a menudo con sobrada razón. Esto era verdad. Si sentir una repulsa instintiva hacia las frases e indumentas, a cual más sucia, de Aurelia y asquearse de los apetitos groseramente manifestados de sus convecinos, o de las artimañas mercantiles del señor Sixto, o de las bravatas y audacias orales de su hijo significaba ser un finolis, él, a no dudar, lo era, aunque bien pudiera ser, como pensaba Sebastián, que se tratase simplemente de una sensibilidad descentrada como, a buen seguro, habría muchas en el mundo.

Él estaba habituado a ver que los hombres apuestos o inteligentes se casaban con las muchachas más agraciadas y distinguidas en todas las esferas sociales y que los imperfectos o incompletos matrimoniaban con las mujeres incompletas o imperfectas. Esto debería ser así desde que el mundo fue mundo y respondía a un elemental principio de lógica social. Pero —¡qué demonio!— el corazón no podía controlarse y él no tuvo en la mano evitar que el suyo vibrase con una agitación especial al contemplar a Irene por primera vez. Sí, se había enamorado de ella, no sólo la había admirado, y seguramente por no atreverse a reconocerlo a tiempo había pasado una noche infernal, inquieta, agujereada de oscuras e inarticuladas pesadillas.

Ahora, con los codos apoyados en la mesa y la frente recostada en los dedos entrelazados, se encontraba mejor ante este inaudito y descarnado reconocimiento de su verdad interior. Claro, se decía, que amar a Irene en secreto no constituye un delito. Muchos hombres han amado así, sin expresar en la vida su loco anhelo, vueltos a toda esperanza, sufriendo en la soledad las amargas e inútiles contracciones de su ambicioso corazón. Sebastián se incorporó frotándose los párpados. Estaba solo. Aurelia se había echado a dormir la siesta y Orencia fregaba en la cocina los cacharros de la comida. Se aproximó al balcón y apoyó la frente sobre la fría superficie del cristal. Así se

encontraba aún mejor, como si el fresco contacto fuese bastante para apaciguar su cerebro excitado y febril.

Nutridos grupos de gente desfilaban ante sus ojos hacia el campo de fútbol. Sebastián hubiera deseado sentir aquello —aquel juego que enardecía multitudes— en la sangre, como aquellos hombres que antes del encuentro discutían ya acaloradamente sobre sus posibles incidencias y resultados, y como los dos hermanos rubios de los Almacenes, a quienes no les importaba arriesgar media soldada, y aun perderla, si ello les suponía disfrutar por unos días de la ilusión de una presunta victoria de su equipo favorito.

De la puerta de enfrente vio salir al Sixto con un gran habano entre los dientes, incensando con su aroma las calles del barrio. Esta visión le hizo volver a la idea de la Aurora y a su pasada pesadumbre. La Aurora le esperaba en su casa aquella tarde, y ello suponía anudar con mayor solidez sus ligaduras. Esta idea le desazonó. A medida que se sentía más cordialmente libre, aumentaba su impulso compasivo por la Aurora. Ella lo amaba. De esto no podía dudar, como no se le ocurría dudar de ninguna de las verdades evidentes. A su manera, con sus altibajos y sus reacciones insólitas, Aurora lo quería. Pudo ser el rebote de un desengaño o de muchos desengaños consecutivos, pero la Aurora acudió a él, a su insignificante persona, anhelando hallar la paz, el cariño reposado e inconmovible que no había encontrado en otros huertos donde anteriormente fuese a picotear. Este pensamiento le hizo palidecer de un íntimo y nunca degustado orgullo, e, instintivamente, se apretó y se centró el nudo de la corbata. Mas, sin querer, se encontró pensando con la mayor naturalidad en el joven del terno marrón y la bufanda amarilla que mordisqueaba un mondadientes. La rememoración de su figura cosquilleando los sobacos de la Aurora con la punta del palillo sólo le hizo, ahora, sonreír con frialdad. «Tal vez sea lo mejor dejar que las cosas vengan a moverme y no intentar yo mover a las cosas», se dijo, con su característica desconfianza en las propias fuerzas.

—Ya he terminado, Sebastián; cuando quieras jugamos.

La voz de la Orencia le hizo volverse. La niña estaba ante él, desgalichada y torpe, con el cuadrado multicolor del parchís pendiente de una de las manos.

—Hoy no voy a jugar; no tengo ganas. Me duele un poco la cabeza.

—Así te distraerás.

—Te he dicho que no tengo ganas.

Se notó irritable y resentido, seco.

—¿Y piensas estarte así toda la tarde, mirando la calle sin más ni más?

—No lo sé; no he pensado aún lo que voy a hacer toda la tarde. ¿Por qué te importa tanto?

—A mí no me importa nada; me da lo mismo tumbarme en la cama y ponerme a dormir, te lo puedo asegurar.

Sebastián no contestó. Se pasó la mano por los párpados doloridos y luego recostó de nuevo la frente sobre la superficie del cristal. Adivinaba a Orencia con los ojos posados en su espalda, y esta sensación le irritaba. Soportó un rato la conciencia de aquella mirada, mas, al cabo, se volvió hacia su hermana:

—¿Quieres dejarme, Orencia?

—He pensado que voy a quedarme al brasero. No me voy a acostar, si no te importa. Sebastián hizo un esfuerzo.

—Está bien; haz lo que quieras. Yo me marcho, entonces.

—¿Adónde vas a ir?

—A dar una vuelta. ¿Por qué?

—Por nada.

—Entonces, hasta luego.

Salió a la calle y, al sentir sobre sí la caricia fría de la brisa, se alegró de haber salido. Anduvo un rato sin reparar en la dirección de sus pasos, y no tardó en advertir que la corriente lo arrastraba hacia el campo de fútbol. Atravesó la Plaza del Mercado y antes de llegar a la Plaza de Toros se desvió a la izquierda, salvó un paso a nivel y abocó al campo.

Algunas fábricas en construcción se levantaban allí, a la izquierda de la carretera, y en su abandono dominical semejaban edificios ruinosos, olvidados por el hombre. Por delante no divisaba más que un carromato lejano, cargado de leña, y un grupo bullicioso de soldados que avanzaban hacia la ciudad desde el cuartel próximo. Constató en sus células un confortable sentimiento de libertad e infló los pulmones, sintiendo que su ruin y breve cuerpo se tonificaba. Más allá, dobló a la derecha y se perdió en el campo pardo, sin límites, de su meseta.

El cielo estaba gris, profundamente oscuro y amenazador. Debajo se difundían los tonos sepia de la tierra, agrietada y vasta. Algunos árboles diseminados en la perspectiva exhibían su rígido agarrotamiento invernal, encogidos sobre sí mismos, retorcidos por la savia helada. Semejaban esqueletos de animales extraños, sostenidos, incomprensiblemente, en la tierra sobre un somero pedestal. De trecho en trecho, tropezaba Sebastián con alguna casa molinera, cercada de espinos, tras los cuales picoteaban, insensibles al frío, las gallinas supervivientes de la peste aviar. Un poco a la

derecha, surcaba la tierra una acequia de caudal rumoroso que chapaleaba contra los dos tabiques laterales, cortados verticalmente. Algunos grajos, en las alturas, graznaban su negra presencia y, de vez en vez, descendían aleteando blandamente sobre las tierras en barbecho y picoteaban ávidamente. Al fondo, cerrando la visibilidad, se elevaban algunos cerros y tesos pelados y grises, como avergonzándose de su relevancia en aquella llanura interminable.

Sebastián no se detuvo. Caminaba, mientras la Naturaleza agarrotada, yerta, le entraba por los ojos, apaciguándole. Le agradaba que el soplo del viento, cargado de savias distintas y mezcladas, le refrescase el rostro enfebrecido. En realidad, no sabía hacia dónde marchaba, ni intentaba tampoco explicárselo. Iba, simplemente, y en su brusca huida se hallaba la razón y el objetivo de su marcha. Le recreaba estar allí, sobre la apacibilidad no truncada de la Naturaleza, donde, de cuando en cuando, el relincho lejano de una yegua o el graznido oscuro de un grajo le deparaban conciencia de su situación.

La tierra temblaba toda bajo las desgastadas suelas de los zapatos de Sebastián, recorrida por sus jugos vitales. La aparente hosquedad de la tierra no trascendía; su meseta era así y Sebastián acostumbraba a no juzgar la hosquedad como un defecto ni en los hombres ni en las cosas. La hosquedad presuponía sinceridad, y él amaba esta virtud por encima de todo lo existente.

El viento era muy frío y se filtraba por las aberturas de su viejo abrigo, hiriéndole la piel. Mas Sebastián no daba importancia a estas incomodidades triviales. De pronto, una ráfaga de aire le trajo un aullido prolongado, estentóreo, que gravitó un momento sobre él y luego se perdió, diluido, en el espacio. Semejaba ser la tierra toda que se conmovía allá a su derecha, debajo de aquel teso pelado y oscuro, difuminado en la perspectiva. No obstante, Sebastián comprendió que aquel clamor significaba que los futbolistas de su ciudad habían hecho un gol, y se preguntó en qué otro lugar del globo existiría una fuerza semejante, capaz de aunar en un segundo el aullido de diez mil gargantas. En su fuero interno agradeció a la Providencia el que los hombres hubiesen inventado el balón redondo para desfogarse. De otro modo, ¿qué hubiera sido de él y de los seres como él? Porque los hombres precisaban de un algo concreto para soltar sus instintos de fieras, para desalojar de sus almas ese absurdo y rojo rencor, provisionalmente represado por la fuerza de una autoridad. Allí podían liberarse, pateando un balón hasta reventarlo o bramando por los fueros de su equipo favorito.

No habían transcurrido dos minutos cuando el clamor se repitió más pronunciado y fragoroso que antes. La cosa marchaba bien, al parecer, y, de

seguir así, las mujeres de su barrio podrían cenar y dormir tranquilas aquella noche y, a la mañana siguiente, no iba a haber quien soportase a los dos hermanos rubios de los Almacenes.

Aquellos alaridos deprimieron todavía más el ánimo de Sebastián. La alegría ajena, desbordada y clamorosa, le entristecía. Y no porque guardase hacia la humanidad un espíritu de revancha, sino porque creía que aquellas manifestaciones tumultuosamente vitales equivalían a una cortina de humo para ocultarse su condición efímera y finita: la temporalidad, rigurosamente tasada, de la colectiva existencia. A la vuelta de unos años el estadio seguiría rugiendo como hoy, pero nadie, ni protagonistas ni espectadores, serían los mismos; gota a gota, aquel gigantesco charco humano se habría ido mudando sin que nadie lo advirtiese. Sí, una vida era bien poco y había que velar la macabra previsión de su desenlace.

Poco más allá, Sebastián divisó un rebaño de ovejas, pegadas unas a otras como un montón de croquetas sin freír. A la izquierda, entre unos juncos, retozaban un recluta y una criada, y al verle a él, el recluta se apresuró a soltar el talle de la muchacha. Sebastián pensó que de aquella manera se hacían las madres prematuras y de estos lugares salían los bautizos y las bodas simultáneos. Aquellas entrevistas en la soledad invernal de los campos no solían terminar de otra manera. Aunque tampoco era improbable que el soldado, un día, rompiera a volar y la muchacha vociferaría entonces que había sido miserablemente engañada.

No quiso estorbar y dio la vuelta. Apenas se volvió, el recluta tornó a aferrar el talle femenino con acrecentada vehemencia. Sebastián, aunque hundido en su depresión, se sentía más tranquilo, casi capaz de ordenar su revuelto mundo interior. Evocó el momento doloroso —hacía sólo unos meses— en que él fue también llamado a filas. Imaginaba que con sólo verle sería descartado del servicio militar. Pero existían algunos sargentos encumbrados para quienes la inutilidad en la milicia sólo se decretaba después de un minucioso y concienzudo examen. (Al parecer, no resultaba imposible que Sebastián Ferrón ocultase, intencionadamente, parte de su humanidad en los bolsillos del gabán para no alcanzar la talla). Fue desnudado a la vista de todo el mundo y así quedó al descubierto aquella faja de franela que él ocultaba como una vergüenza y que desde niño comprimía su vientre lacio y voluminoso. Recordaba Sebastián las carcajadas de los quintos que presenciaron la escena y el comentario de un barbarote de pueblo que le seguía en la fila, al ver su íntima y secreta prenda:

—¡Arrea, si va *enfajao* como un niño!

Todos rompieron a reír hasta saltárseles las lágrimas, y él, desairado y corrido, abandonó la sala sujetándose los pantalones y con el vientre pasmado.

Movió la cabeza de un lado a otro y apretó el paso hacia la ciudad que ya divisaba en la lejanía. No quería rememorar hechos dolorosos, felizmente pasados ya. Tampoco el presente le ofrecía unas perspectivas lisonjeras, y era necio volver la vista atrás habiendo tantos dolores actuales gravitando sobre él. La proximidad de su visita a casa de Aurora le encogía algo por dentro, le violentaba. No sólo por suponer un nudo más en sus relaciones afectivas con la muchacha, sino por la anunciada presencia del señor Sixto y su hijo en la reunión.

Cruzó frente a las fábricas en construcción, salvó el paso a nivel y entró en la ciudad ya medio anochecido, en el momento en que comenzaba a lloviznar. (Apreció, entonces, que el paseo le había aliviado, que su cerebro, a pesar del aparente revoltijo de pensamientos y sensaciones dispares que lo animaba, obedecía ahora a una sencilla y relativa organización). El cielo estaba negro, totalmente encapotado e inmóvil. Sus pasos resonaban con fuerza sobre el pavimento y las calles se veían poco concurridas. Andaba deprisa hacia la Plaza del Mercado. Próximo a ella, tropezó con un grupo de mozalbetes de su barrio, tiesos y orgullosos en sus ternos nuevos. Al cruzarse con él, uno del grupo le señaló y susurró algo a sus compañeros. Sebastián apretó el paso, pero aún pudo oír, perfectamente diferenciado, el nombre de la Aurora. El grupo comenzó a reír con carcajadas contenidas y uno de ellos, más audaz, mugió como un buey encelado, repetidamente, e hizo como que embestía a sus compañeros.

Daban las horas en el reloj de la catedral y Sebastián contó mentalmente las campanadas. Eran las seis. Aún faltaba una hora para acudir a casa del señor Sixto, y le disgustaba volver a enfrentarse con la Orencia y responder a sus nerviosas interrogantes. Se detuvo en medio de la plaza y, como advirtiese que una vendedora de pan blanco se dirigía hacia él, aturdido e inconsciente, cruzó la calle, empujó el portón claveteado del convento de los capuchinos y entró en él.

Era la primera vez que Sebastián Ferrón cruzaba aquellos recios muros, y al verse arropado en el ambiente solemne y espectral del templo sintió una rara impresión de frío. Sebastián no frecuentaba la iglesia. Se conformaba con asistir a la de su barrio los domingos a las doce, y aquella misa, animada y bulliciosa, apenas le aportaba la idea de la divinidad.

Pero aquí todo era distinto. Sebastián se sintió trasladado a un mundo lejano, desplazado a muchos miles de kilómetros de su barrio. El ruido externo no trascendía y era el templo como un remanso, como una gran y celestial pausa preservada por el ancho muro.

Se arrodilló maquinalmente en un banco y, transcurrido un rato, se sentó. La iglesia estaba casi en tinieblas. Sólo una candelita, frente al sagrario, arrancaba del trabajado retablo intensos brillos de oro. A la izquierda se levantaba un púlpito elemental y Sebastián notó un estremecimiento al ver emerger de su barandilla a un hombre embutido en una túnica basta y oscura y con el rostro enmarcado con una barba espesa e imponente. (Más que verle a él, veía su silueta proyectada por la luz de la palmatoria sobre el frío y húmedo muro. Se recortaba allí la sombra fantasmal de aquel hombre barbudo e impresionante, con las manos levantadas sobre la cabeza y asomando por unas bocamangas enormemente anchas y desgarbadas). Un corto auditorio de mujeres elevaba los ojos hacia él, que hablaba en tono menor, aunque con un extraordinario poder de persuasión. Sebastián apenas le oía, agobiado por una impresión borrosa de irrealidad, pero acusaba los impactos de su voz retumbante, que subía enroscándose hasta la cúpula, para descender, después, sobre sus hombros como una lluvia mansa y amortiguada. De súbito se sintió penetrado por las frases del capuchino, calado por el sentido y la fuerza de sus palabras.

—Respetad esos cuerpos en cuanto son templos vivos del Espíritu Santo —decía—; pero cultivad vuestra alma, luchad por perfeccionarla; no olvidéis un instante que es ella la que redime al cuerpo y que está por encima de él. Un alma blanca es la suprema satisfacción de un cristiano.

Sebastián notó una violenta rebelión interior y estuvo a punto de gritar: «¡Mentira; no le hagáis caso! Ese hombre de las barbas miente». Pero se contuvo en último extremo. Creía que el cura se había dirigido a él al hablar y tomó sus últimas palabras como un desafío personal. Le vio santiguarse, descender del púlpito y desaparecer por una puertecilla, a la derecha del altar. Le dieron ganas de correr tras él y explicarle lo que había fuera de aquellos impenetrables muros. Aclararle que el alma era un trasto absurdo en aquellos tiempos y que a nadie le importaba un rábano su blancura. Sin duda todo esto lo ignoraba aquel hombre de las barbas, y por eso decía aquellas cosas. Sebastián le hubiese abierto los ojos si le hubiera dado tiempo. Le podría hablar del señor Sixto, de sus especulaciones ilícitas; de la sensualidad desbordada de sus amigos de los Almacenes; de la sádica ironía de los quintos de su reemplazo; de los mozalbetes que ponían letreros audaces y dibujos

pornográficos en su portal requiriendo de carne a Pepita, la vecina del segundo; de los maridos que pegaban hasta cansarse a sus mujeres porque el equipo representativo de la ciudad había salido del estadio con dos puntos negativos; del recluta que abrazaba entre los juncos a una opulenta marmota; de sus propios y ruines devaneos con el maniquí de los Almacenes; de la lengua lancinante de Emeterio; de…

¡Oh!, tantas cosas le diría él al cura de las barbas, que lamentó se hubiese escabullido con aquella celeridad pasmosa. «El alma, el alma…», pensaba Sebastián. En los pocos años en que de niño asistiera a un colegio de religiosos, les predicaban sobre el alma y sus cosas, los jueves y los domingos. Él siempre había imaginado el alma con una consistencia algodonosa que se empañaba con polvo de carbón al caer el hombre en el pecado. Otras veces, ante la imposibilidad natural de figurarse aquel pedazo de algodón volando por los aires, configuraba el alma como un jirón, con forma humana, de niebla blanquecina. Aquellas dos imágenes se adaptaban perfectamente a su ingenua mentalidad de entonces. Luego, con los años, llegó al olvido de aquellas verdades eternas, y el despotismo de la vida y de los hombres le enfriaron sus primitivas creencias. No era un escéptico porque nunca, transcurridos los primeros años, se detuvo a pensar en la vida de ultratumba ni en los postulados de Cristo, ni siquiera en su doctrina. Era uno más del rebaño, sin fe ni incredulidad; un ser anfibio que acudía a misa los domingos y rezaba de año en año por su padre empujado más por el flujo vital del barrio y por la fortaleza del hábito que por la necesidad de acatar un imperativo divino.

De súbito, las palabras de aquel cura de las barbas removieron su empantanada fe. En la turbiedad cenagosa de su espíritu brotó un movimiento de insurrección. Aquel hombre no entendía de las cosas del mundo, aislado como estaba en aquel frío caserón, sin contacto alguno con el exterior. Por eso osaba afirmar que «un alma blanca es la suprema satisfacción de un cristiano». El señor Sixto y su hijo eran cristianos; cristianos eran Emeterio y los mozalbetes que escribían letreros procaces en su portal; cristianos los quintos de su reemplazo y, seguramente, el recluta que sobaba aquella tarde a la marmota y la marmota misma que se dejaba sobar. Al mundo, el alma le importaba un comino. Todos los hombres se bautizaban, pero eso se hacía sin contar para nada con su voluntad. Cuando eran capaces de pensar y discernir, todos, sin excepción, mancillaban su nombre de cristianos.

Sebastián podía demostrar que no era el alma lo primero, al menos en este siglo. A él jamás le preguntaron si su alma era contrahecha como su cuerpo

para burlarse de él. Le denostaban, le zaherían, sin preocuparse de si su alma brillaba como un faro en las tinieblas. Bastaba su cuerpecillo grotesco y ruin para apartarle de la colectividad o para divertir a la colectividad. Jamás, jamás en su vida, ni aun cuando se educaba en un colegio de religiosos, oyó a nadie interceder, interponiendo su alma blanca y pura como descargo de su materia defectuosa. ¡Ah! Muchas cosas podría decir él a aquel cura de las barbas. Tal vez al mirarle lo presintió y por eso se escurrió presuroso por la puertecilla del altar, medroso de no haber sabido qué contestar a los argumentos contundentes de Sebastián.

Recordó la cita de la Aurora y se puso de pie. Sólo quedaba ante él una viejecilla enlutada que rezaba como si tirase al aire rosarios intermitentes de besitos. Era un besuqueo en tono menor, aquél, que se adecuaba perfectamente con el ambiente. Sebastián se santiguó y avanzó hacia la salida. En ese instante entró una mujer joven que se adelantó decidida hacia el altar de San Bruno. Se detuvo Sebastián y la observó intrigado. La joven se arrodilló frente al santo y puso los brazos en cruz. Algo movía y activaba el corazón de Sebastián. La joven, sin importarle la presencia de nadie, comenzó en voz alta su absurda oración:

—Oh, San Bruno bendito, escucha a tu sierva Isabel… Te ruego, San Bruno, por mi madre, por mi padre, por mis abuelos y por mis hermanos… También, San Bruno, por mis tíos y por el novio de Estefanía… Haz, santo bendito, que ninguno se muera nunca… Pero nunca, nunca, nunca, ¿oyes?… Que todos nos conservemos siempre en la Tierra para alabarte y bendecirte… Pero siempre, siempre, siempre y todos, todos, todos, ¿oyes?… Te pido, San Bruno…

«Una loca, es una loca», se dijo Sebastián. E intuyó que era bien triste que sólo los seres irracionales se diesen cuenta de su condición efímera y la llorasen.

Al agarrar el tirador de la puerta reparó, nuevamente, en la candelilla azulada que lucía ante el sagrario. Y una impresión más fuerte que él mismo le penetró desde fuera, anunciándole que el alma era así, como aquella llamita tenue y oscilante, azul, que iluminaba el sencillo refugio de Dios.

Salió. Era ya de noche y continuaba lloviznando. El mundo externo le causó una impresión desagradable. Había poca gente en la plaza, pero le molestó que se entendiesen a gritos, como si todos fuesen sordas bestias. Tornó a ocupar su mente la idea de la lamparita azul y la desechó: «¡Bah! El alma es blanca; ese cura de las barbas lo ha dicho así. Un alma blanca es la suprema satisfacción de un cristiano. El alma blanca… el alma…».

—¡Hay pan blanco, joven! ¿Quiere pan blanco?

¡Eso! ¡Eso era! ¡El pan blanco! ¿Es que no lo oía el cura de las barbas lo mismo que lo estaba oyendo él? Por eso luchaban los hombres y por eso se mataban y hacían guerras horribles y se exterminaban. Por eso: por el pan blanco, por las comodidades, por el dinero… A los hombres, a la humanidad, el alma blanca les importaba un ardite.

A las siete en punto llamaba Sebastián en casa del señor Sixto. Sentía un hormigueo interior que avivaba su innata suspicacia. Al oír pasos del otro lado de la puerta se centró cuidadosamente la corbata y lamentó no haberse retrasado cinco minutos y haberlos aprovechado para afeitarse aquel bigote lacio y débil que le caía sobre el labio superior. Le abrió la puerta la Aurora:

—Hola, Sebastián; llegas muy puntual. Papá y Sixto no han regresado aún del fútbol, pero creo que hemos ganado por cinco a cero. Pasa.

(«Hemos ganado». A Sebastián le hacía gracia esta frecuente manía de pluralizar el resultado, atribuyendo a la ciudad entera unos goles que habían hecho once muchachos, que vivían mimados y envidiados entre ellos, pero que no eran de la ciudad. En realidad, ni el señor Sixto ni su hijo ganaban nada. Si es caso, perdían su elevada cuota de socios. Los que ganaban —y no sólo goles— eran aquellos once muchachos que componían el equipo representativo de la ciudad, pero que no eran de la ciudad).

Pasó y se quitó el abrigo, que la Aurora colocó, procurando que no se viesen los remiendos, en un perchero de barras doradas, relucientes, que brindaba la pulcritud de sus lunas a dos metros de la puerta. La casa del señor Sixto le llamó la atención por su limpieza lamida y su elegancia, sin discernir que la rimbombancia ostentosa de ciertos muebles y detalles denunciaba a gritos la condición de nuevos ricos de los dueños. A la Aurora le faltaba esta tarde naturalidad, y la evidencia de ello aumentó su apocamiento.

—Mira este arcón qué bonito nos ha quedado. Era muy antiguo y feo, pero le hemos puesto herrajes nuevos y ha resultado precioso, ¿no te parece?

(A Sebastián le pareció que sí, que había quedado bonito, pero que no eran aquéllos momentos para mostrar a sus tristes ojos un arcón, aunque fuese con herrajes nuevos).

Atravesaron un largo y reluciente pasillo y, al final, la Aurora le abrió una puerta de cristales esmerilados a través de los cuales se veía luz en el interior. Entró y, al advertir los focos de seis ojos convergiendo en su esmirriada figura, le vinieron ganas de dar media vuelta y echarse a correr.

—Pasa, pasa —le dijo la Aurora con una violenta sonrisa—. A mamá ya la conoces. Este señor es el tío Cleto, hermano de papá, y esta ancianita es la

mamá de papá. Éste —no dijo «señor», ni «joven», ni nada que se le pareciese, y esta falta de especificación humilló a Sebastián— es mi novio.

Se saludaron, y a Sebastián le chocó la manera de comportarse de la ancianita, sentada en una mecedora y con una sonrisita estúpida bailando en su boca deshuesada.

—¡Oh, joven, yo ya no estoy para nada! —le dijo a modo de saludo cariñoso.

Le hicieron sentarse, y, para romper el embarazoso silencio que pesaba sobre ellos, el tío Cleto anunció con voz opaca:

—Dicen que está llegando una ola de frío.

—Ya ha llegado, hijo. ¿Te parece poco? En León están a doce grados bajo cero. Ayer dio la mínima —confirmó doña Claudia.

Sebastián observaba la habitación, tratando de imponerse a su azoramiento. Estaba muy limpia y ordenada, como el resto de la casa que había visto. En el centro había una camilla alrededor de la cual se sentaban y, encima de doña Claudia —apoltronada en un sofá forrado de sarga azul y con los brazos, semicirculares, de madera—, había un bonito cuadro de un anacoreta con una cruz en una mano y una especie de bollo suizo, con jamón dentro, en la otra. Doña Claudia reparó en su curiosidad:

—Según Sixto, es un *Aticiano*. Yo, en verdad, de estas cosas entiendo muy poco. Pero es bonito, ¿verdad?

Y se reía para quitar fuerza a su ignorancia.

Sebastián asintió. Al fin, venciendo su timidez, se dirigió a la anciana, que se mecía con una insistencia infantil:

—Tenía ganas de conocerla. Aurora me ha hablado mucho de usted.

—Oh, joven, yo ya no estoy para nada.

Aurora, que se mantenía de pie detrás de él, agarrando el respaldo de su silla, le auxilió:

—Está muy viejecita la pobre. Apenas se entera de lo que le dices.

La vieja se sonrió mostrando, sin vergüenza, sus encías limpias, y eructó fuerte, sin dejar de sonreír. Doña Claudia se azoró y el señor Cleto pareció no reparar en ello. Sebastián notó que todo su cuerpo, especialmente la cara, le ardía.

—¡Pobre!

Estuvo a punto de añadir: «¿Y es que es tonta?», pero se contuvo.

—Pues ahora estoy casi parado con estas dichosas restricciones. Debería nevar de firme para ver si se llenan esos pantanos de una vez.

El tío Cleto, mientras hablaba, se sacudía el pelo con ambas manos, y una lluvia finísima de caspa caía sobre la falda de la camilla, intencionadamente extendida sobre sus piernas. (Sin duda, así se hacía la ilusión de que nevaba).

—¿Qué negocios tiene usted?

—Cola; una fábrica de cola, obtenida de huesos de animales. Está del otro lado del puente, ¿sabe usted? Según se sale del puente a mano derecha, en la misma calle Curtidores.

Continuaba golpeándose la cabeza y la caspa acumulada blanqueaba ya sobre la cubierta verde oscuro. No le miraba al hablar, porque tenía la cabeza inclinada sobre la camilla.

Entre pregunta y pregunta, la abuela eructaba y mostraba las encías limpias, sonriendo. Un postizo blanco que llevaba la vieja en la cabeza se había ladeado y descubría una primorosa calva rosada en el lugar en que los niños de pecho tienen la fontanela.

—Ya me gustaría verla —dijo Sebastián para distraer la atención de un extraño ruido intestinal que había brotado del bulto oscuro de la abuela.

—Pues cuando usted quiera.

—Lo malo es que yo salgo a la una de los Almacenes, y a mí me agradaría verla en pleno funcionamiento.

El tío Cleto orilló mentalmente todas las dificultades; luego dijo:

—Nada; cuando usted vaya la ponemos en marcha. ¡No faltaba más!

—¿Y los obreros? No estarán a esa hora…

—No le preocupe: soy yo solo. Yo solo la manejo —respondió, sonriendo satisfecho—. Bueno, y un chiquito de doce años que me acarrea los huesos. Y va muy bien, ¡eh! Pero que muy bien.

Se preguntó Sebastián qué fábrica sería aquélla, tan rudimentaria o tan moderna, que bastaba un solo hombre para hacerla producir.

—Perdonen, voy a mirar el té.

Salió doña Claudia, y en ese momento llamaron a la puerta.

—Ésos son papá y Sixto.

Abandonó Aurora su compañía y se la oyó taconear por el pasillo.

—Diga usted —el señor Cleto había levantado al fin la cabeza y se dirigía a él en un tono confidencial—, ¿sabe usted lo de la chica?

El cerebro de Sebastián no estaba para interpretar ambigüedades.

—¿Qué chica?

El tío miraba con recelo a la abuela, que de nuevo produjo un desagradable ruido de tripas revueltas.

—¿Está enferma? —interrogó instintivamente Sebastián, señalando a la vieja con el dedo y olvidando los aspavientos confidenciales del señor Cleto.

—No; que es vieja ya. Pero, escuche, le pregunto que si sabe usted lo de la Aurora.

Se oyeron voces roncas y joviales por el pasillo, y la conciencia de la proximidad de Sixto atarantó a Sebastián y redujo al silencio y a la reanudación de sus nevadas artificiales al señor Cleto.

Entraron Sixto padre y Sixto hijo.

—Un resultado redondo, ¿eh? —afirmó éste.

Sebastián pensó que si lo diría por el cero del equipo contrincante.

—Hola, chico.

El señor Sixto no podía considerarle de otro modo que como el chaval que repartía los racionamientos. Se acomodaron en sus correspondientes butacones mientras Sebastián continuaba erguido y tenso en su silla.

—Hola, abuela.

—Oh, Sixtín, yo ya no estoy para nada.

Un nuevo y prolongado ruido de tripas, como un gemido humano, brotó de las entrañas de la viejecita.

—Voy a poner la radio. Radio Madrid dará los resultados dentro de un rato. Desde luego, si el Salamanca ha perdido podemos considerarnos del otro lado.

Sixto hijo accionó en los botones de una radiogramola situada junto al sofá. Encima se erigía un presuntuoso florero atiborrado de rosas de trapo.

Sonó la música, y como si sus cadencias fuesen un estímulo para las aficiones deportivas del Sixto, éste se encerró en una discusión con su padre sobre las posibilidades de su equipo, haciendo cábalas en torno a los partidos que restaban por jugar. (Luego no saldría nada como ellos habían previsto, pero el pago al contado de sus cuotas de socio les daba derecho a conjeturar y a emitir todo género de opiniones).

Al cabo de unos minutos, el señor Sixto se volvió hacia su hermano:

—¿Has oído algo de esas investigaciones de fortunas surgidas después de la guerra?

—No sé nada; no estoy enterado de nada.

—Sería jugar poco limpio. Las guerras siempre han servido para que unos cuantos mueran y otros tantos vivan mejor que vivían antes. Es una bonita compensación y me parecería absurdo que ahora se pusiesen a investigar las nuevas fortunas como si fuese un fenómeno excepcional. Decididamente, a Franco no le gustamos los ricos.

Sebastián miraba a uno y a otro alternativamente. Recordaba los gramos que el señor Sixto restaba en cada ración y sus procedimientos de especulación con los artículos que escaseaban. Y pensó que ni a Franco ni a él le gustaban los ricos de esa ralea. Sixto hijo tarareaba, siguiendo el compás de la brillante radiogramola, «La bombonera» de *La blanca doble*. El vientre de la anciana gemía frecuentemente, pero ahora sus gemidos, entre las canciones de la radio y las voces cada vez más excitadas del señor Sixto, pasaban casi inadvertidos.

—Ya está aquí la merienda. Sixtito, hijo, ¿quieres quitar esos trastos de encima de la mesa?

Doña Claudia traía el té en una preciosa cafetera de porcelana. En una fuente grande y en la misma bandeja, portaba un montón de churros y cohombros.

—¡Aurora, trae las medias noches! —Y como Sebastián la mirara, doña Claudia estalló en una risa estúpida y forzada y, señalando el breve refrigerio del anacoreta del cuadro, añadió:

—¡Son como ésa!

Sebastián agradecía la poca importancia que hasta el momento se había dado a su persona. De vez en cuando temblaba imaginando que la conversación pudiera centrarse sobre él, y entonces no habría medio hábil de ocultar aquellos pelos lacios y débiles que sombreaban su bigote y que le cosquilleaban desde hacía un rato debajo de la nariz.

—Además, ¡qué demonio!, las desgracias ajenas no sólo van a servir para hacernos llorar. Yo creo que estas guerras sirven para poner a flote muchos talentos que antes andaban a pique de naufragar.

El señor Sixto, para rematar su inhumana intervención, devoró un cohombro de dos bocados. Todos aproximaron sus asientos a la camilla y se dispusieron a engullir la suculenta merienda.

—Ya sé que otros tenderos no valen lo que yo valgo. ¿Tengo yo la culpa de que no sean comerciantes? No señor. Si otros no saben hacer dinero, que se mueran. Te aseguro que Sixto Fernández no ha de mover un solo dedo para evitarlo.

Tomó una medianoche y la engulló, masticándola con formidable ferocidad.

Doña Claudia se sentaba frente a Sebastián, y éste pensó que todos los barnices y artificios del mundo no bastarían para eclipsar la procedencia rústica de aquella mujer. La abuela comía con una celeridad pasmosa, y Sebastián imaginó que debía de tener buche como las aves, ya que resultaba

inconcebible que una boca desdentada pudiera triturar los alimentos con aquella premura. De repente, Sebastián no pudo evitar la inminencia de un estornudo que, tras cuatro leves cabezadas con la nariz encogida y la boca abierta, estalló horrísono.

—¡Atchíss!

—¡Jesús!

Todos se volvieron hacia él. A Sebastián se le antojó que todo estaba perdido.

—Te has resfriado, hijo.

—Un poco, sí, tal vez un poco.

Una hebra de jamón le colgaba inoportuna por la barbilla cuando la reunión íntegra pendía de sus palabras y movimientos.

—¡Atchíss!

El colgajo de jamón salió despedido al segundo estornudo y fue a aterrizar sobre la mano achorizada del señor Sixto. Sebastián se arreboló.

—¡Jesús!

El señor Sixto forcejeaba por librarse con disimulo de aquel filamento de carne que dibujaba sobre su mano una graciosa interrogación. Un gato de buena casta vino a liberarlo de su violencia.

—Miauu.

En su azoramiento, Sebastián confundió su maullido con uno de los reiterados ruidos intestinales de la abuela y se removió inquieto sobre la silla.

—Oh, *Tití*, bonito, ven con mamá.

El gato saltó ágilmente sobre el regazo de doña Claudia. Aurora miraba en torno, humillada y confusa. El señor Sixto cogió el filamento de jamón con dos dedos, escrupulosamente, y lo depositó en el plato junto a su taza de té. Sebastián lanzó la mano hacia la mesa y sus dedos cogieron una nuez como podían haber agarrado un florero. No tenía apetito. Comía simplemente para que no le atosigasen con sus reiterados ofrecimientos. Tomó el cascanueces y apretó, pero inopinadamente los músculos de su mano se relajaron y cedió en su esfuerzo. Le parecía que la nuez, vista de proa, era igual que la cabecita de un gorrión que abría el pico cada vez que él apretaba, intentando conmoverle. La cabeza se le iba a Sebastián. Volvió a mirar la nuez. Su similitud con la cabeza de un pájaro era ahora tal que Sebastián casi veía las plumas y distinguía los ojitos redondos y penetrantes pidiendo clemencia. «Oh, no tengo valor —se dijo—. ¿Me estaré volviendo loco?». Sin embargo, ocho ojos pendientes de los movimientos de sus manos le forzaron a oprimir, y la nuez al cascarse produjo un ruido seco de cráneo quebrantado. Sebastián casi

no se atrevía a contemplar su obra destructora. Al fin miró, y la carne de la nuez se le ofreció igual que un minúsculo cerebro humano, con sus prominencias y sus circunvoluciones. Sintió unas náuseas atroces y apartó en su plato la carne de la nuez tapándola con las cáscaras.

—¿Está mala?

—¡Callad!

El Sixto amplificó la voz de la radio, que se oyó en medio de un silencio sepulcral:

—Continuamos nuestro programa radiando «Las encajeras», otro fragmento de *La blanca doble*.

—¡Bah!

Se reanudó la merienda con redoblada ferocidad.

—Y bien —dijo, intempestivamente, el señor Sixto—. Vosotros pensáis casaros, ¿no es así?

El sonrojo de la Aurora aumentó el suyo propio. Sebastián entendió que el tío Cleto le hacía señas con una mano junto a la oreja. Pero el Sixto, frente a él, debió de sorprenderle, y entonces el señor Cleto comenzó a sacudirse el pelo ocultándose tras una fina lluvia de caspa. La anciana eructó fuerte y, por su cara contraída y de disgusto, Sebastián coligió que le mortificaba la acidez de estómago. Cantó la radio: «Para hacer el encaje de bolillos…».

El Sixto seguía el compás, sin cesar de mirar fijamente a Sebastián.

—Sí, papá; claro que pensamos casarnos. Cuanto antes lo hagamos mucho mejor —farfulló la Aurora.

{Sebastián intuyó que asistía a la representación de una comedia cien veces ensayada anteriormente).

—Pues por nosotros… —inició tímidamente doña Claudia.

—Tú cállate —conminó el señor Sixto.

De nuevo se le hizo a Sebastián que el tío Cleto deseaba transmitirle un urgente mensaje, pero sus muecas degeneraron otra vez en un apremiante cepillado de su cuero cabelludo.

El Sixto amortiguó la voz de la radio y se volvió interesado a Sebastián. Su actitud paralizó al resto de la reunión:

—Pero vamos a ver, Sebastián. Por curiosidad. ¿Tú no nos estás tomando el pelo a todos?

—¡Calla, bruto!

—¿Por qué me voy a callar si puede saberse? Esta buena pieza no es tan tonto como parece. ¿Tú quieres a la Aurora de verdad o…?

(Sebastián imaginó que aquella pregunta debería cerrarse así: «O quieres más al dinero de su padre», y se sintió ofendido).

—Claro que quiero a la Aurora.

Doña Claudia, con las manos temblorosas, se levantó y salió de la habitación. Se cruzaron las miradas de Sixto padre y Sixto hijo, y éste, después de leve resistencia, se decidió a abandonar el campo. Giró un botón de la radio y los acordes de *La blanca doble* inundaron de nuevo la estancia. (Sebastián se preguntaba qué es lo que acababa de ocurrir allí; qué se le estaba velando con malévola intención).

Entró doña Claudia con una botella de anís y los ojos enrojecidos, como si en el intervalo de su salida y su entrada hubiese derramado unas lagrimitas. Repartió unos pequeños vasos azules entre los hombres.

—Anda, Sebastián, echa un trago.

Sebastián obedeció y hubiese hecho lo mismo si doña Claudia, en vez de eso, le hubiese ordenado: «Anda, Sebastián, córtate la cabeza».

El tío Cleto se hurgaba ahora con la uña de su dedo corazón en los intersticios de sus dientes. De cuando en cuando, algo extraía de ellos que saboreaba con fruición. Cuando terminó con los restos de la comida atacó denodadamente el sarro que se acumulaba detrás de sus dientes de abajo.

Aurora cortó con sutil disculpa la violencia de la escena:

—¿Por qué no nos vamos al cine todos juntos? Echan *La mujer de las dos caras*, aquí abajo.

—Es ya tarde y no habrá localidades.

—Pues vámonos a un palco a ver a la Lola Flores.

Aquello hizo saltar a todos de sus asientos. (Sebastián reflexionaba en lo que sería de su generación el día que le faltase el fútbol y el folklore andaluz).

—¿Tú no vienes, Sixto?

—Yo tengo que hacer, pequeña. [—Guiñó pícaramente un ojo. Después puso una cara muy cómica de niño cogido en falta y añadió, atiplando la voz y con un tono pueril y rutinario—: Además, según la Iglesia, ese espectáculo es «grana»].

La abuela se había dormido en la mecedora sin interrumpir su beatífica y deshuesada sonrisa. De vez en vez, sus tripas se contraían ocasionando una especie de aullido, lejano y lastimero.

Capítulo IX

Con lluvia o con sol, en invierno y en verano, la ciudad no desertaba nunca de su paseo por la calle Principal, y allí, de una a dos, se encontraban, sin citarse, la gente joven, los estudiantes y los oficinistas, los aprendices y las modistillas, y por la tarde, a eso de las seis, los soldados y las criadas de servicio. En estos paseos cotidianos la ciudad estiraba las piernas y recreaba el espíritu. Dando una vuelta por la calle Principal, a las horas de paseo, se enteraba uno de más noticias sensacionales que leyendo los periódicos; noticias veraces y rumores infundados, noticias de paz y noticias de guerra, noticias que circulaban de oído en oído y noticias que se transmitían a voz en grito. Todo cabía allí y todo se admitía, porque en esos momentos la ciudad era como una gran familia sin rencillas ni pliegues ocultos; una entidad firme, sólidamente avenida.

Sebastián veía a través de las vitrinas el deambular de la gente joven. La aglomeración del público en la calle Principal era un indicio, aún más minucioso y fiel que el reloj, de que se aproximaba la hora del cierre. Al salir, Sebastián atravesaba la calzada cabizbajo, procurando no llamar la atención. Aquella calle irregular, ribeteada por edificios antiguos y desiguales, siempre tan concurrida, le producía un indefinible respeto. Fuera de la tarde aciaga de su borrachera, Sebastián no recordaba haberla recorrido de punta a cabo y deseaba no verse forzado a hacerlo nunca.

No obstante, parece como que todas las cosas que nos imbuyen un supersticioso y oscuro terror acaben por atraernos en virtud de un inexplicable e irreprimible vértigo. Y si Sebastián no tuvo necesidad de recorrer jamás aquella calle, su nueva condición de dependiente le deparó un quehacer que, para su espíritu pusilánime y apocado, resultaba aún más aterrador y bochornoso que el temido paseo. Dos semanas después de ascender a dependiente, don Saturnino le comisionó para correr las cortinas de los escaparates al mediodía. Era una situación vergonzante y ridícula la que creaba aquel deber, ya que Sebastián había de exhibirse en la vitrina como un monigote durante unos eternos minutos. (Hiciera sol o no, la obligación persistía, ya que cabía en lo posible que en las dos horas de asueto, entre la mañana y la tarde, el sol rasgase la coraza de nubes que lo mantuviera eclipsado hasta entonces y decolorase con sus insistentes lengüetazos los

géneros expuestos a la curiosidad del público, generalmente los más estimados).

Al cumplir este menester, Sebastián soportaba chuflas del peor gusto. Nunca faltaban tres o cuatro mozalbetes estacionados ante los escaparates y la presencia de Sebastián era acogida con ruidosa fruición y una acongojante profusión de muecas alusivas a su hilarante físico. (Sebastián, con muy fino instinto, detestaba más que ninguna la cuchufleta del hombre acompañado de mujeres. En estos casos el varón se consideraba obligado a hacer gala de su ingenio ante el otro sexo, sin reparar en la inclemencia de la vejación. Los hombres con hombres eran crueles, bárbaros casi, pero con una crueldad más espontánea y desprovista de maldad que la de los hombres acompañados de mujeres. Éstos eran especialmente mortificantes; incisivos, con una sutileza que sólo puede darla la vanidad del sexo ante la admiración incondicional del sexo opuesto).

Algunas muchachas y muchachos se detenían al verle accionar en la vitrina. Algunos se ponían en cuclillas y daban manotazos al aire imitando groseramente su desmañada actitud. A veces le recibían con palmas de tango como si la calle fuese un patio de butacas y la vitrina el escenario correspondiente y acusasen impaciencia ante su demora en salir a escena. Frecuentemente la cortina se engarabitaba en virtud de esa enojosa ley que permite que se nos rompan los cordones de los zapatos en el momento en que más prisa tenemos. (El vértigo de Sebastián por acabar pronto espoleaba estas y otras muchas contrariedades). Entonces se veía forzado a echar mano de la escalera para auxiliarse en su cometido.

Aquella mañana de lunes —al día siguiente de merendar en casa del señor Sixto— Sebastián luchaba en vano, encaramado en lo más alto de la escalera y con la vara del metro en la mano, con una cortina insufriblemente indómita.

El frío era intenso en la calle; el cielo estaba entoldado y, sin embargo, no faltaba la media docena de mirones de rigor que reían a cada intento fallido de Sebastián. Dos estudiantes le hacían muecas y luego se oprimían el vientre con las manos para que no les lastimase la fuerza de su hilaridad. Las jovencitas que les acompañaban se regocijaban de la cómica situación de Sebastián, y una de ellas, más osada, pegó su naricilla encarnada por el frío a la luna del escaparate y movió los labios como para decirle algo o darle un buen consejo.

En tanto, Sebastián, azorado y nervioso, no acertaba a imprimir al extremo de la vara el movimiento preciso para desenredar las argollas. Cada intentona, creía él, había de ser la definitiva; pero tras accionar torpemente

con la vara y coreado por el «aaaaahora» expectante del grupo detenido ante el establecimiento, la vara terminaba por resbalar en la anilla y caer desmayada, venciendo la pobre resistencia de su muñeca.

De improviso, detrás del grupo, por una bocacalle afluente de la Principal, apareció la Aurora, corriendo como un conejo perseguido, congestionada y jadeante, con el pelo revuelto y una expresión ansiosa en su blanda mirada. Sin detenerse, atravesó la calle y se abalanzó sobre la entrada de los Almacenes. Hacía unos minutos que habían cerrado y los secos e inútiles golpes del picaporte hicieron sospechar a Sebastián que la Aurora lo buscaba urgentemente a él.

Se sentía cada vez más incómodo allá arriba, pero por un instante alentó la ilusión de que la Aurora no le descubriese y se quedó muy quieto, cerrando los ojos, aguardando que la muchacha, al ver fracasadas sus esperanzas, regresase por donde había venido. Mas no sucedió así, ya que la Aurora, al sorprender la puerta cerrada, desposeída de todo respeto humano, comenzó a dar codazos a diestro y siniestro, abriéndose camino hacia la vitrina. Los espectadores, víctimas de los contundentes golpes, la miraban indignados, pero nadie osó oponerse a sus pretensiones. Al fin, sofocada, sudorosa, con las greñas pegadas a la frente, tropezó con la luna del escaparate. Advirtió entonces Sebastián que la Aurora tenía en la cara una expresión muy acusada, aunque indescifrable, ya que lo mismo podía sugerir que estaba locamente contenta como que el dolor le lancinaba el alma sin contemplaciones. Sebastián, sin embargo, se hizo el distraído, pues receló que la Aurora, en su excitación, acabaría llevando hasta el paroxismo la jocundidad alevosa de los espectadores. No obstante, los nerviosos golpes propinados por la muchacha contra el cristal le hicieron volver de su aparente distracción y bajar los ojos hacia ella. (La media docena de espectadores reía a mandíbula batiente viéndole a él saludar por señas a la novia desde lo alto de la escalera y a la novia aporrear la luna, excitada, como queriendo echar abajo aquella transparente frontera que demoraba sádicamente el feliz momento de poderse desmayar en los brazos del amado. Sebastián en aquel instante renegó de la Aurora, la injurió entre dientes y nada le hubiese importado verla morir allí de un modo fulminante e inesperado).

—¡¡La abuela…!! ¡¡La abuela!! ¿Me estás oyendo, Sebastián? ¡La abuela está muriéndose!

Él asentía con la cabeza, pero interiormente se negaba a admitir que aquella viejecita de las encías deshuesadas y el intestino sonoro hubiera cambiado tanto de la noche a la mañana. Sin embargo, a la vista de la

afectación de la Aurora, no vaciló y, descendiendo la escalera de dos saltos, se presentó ante don Saturnino, farfulló algo relativo a «una inesperada desgracia de familia» y salió corriendo, poniéndose el abrigo, por la puerta trasera del establecimiento.

La Aurora se unió a él, muy compungida, y ambos avanzaron corriendo entre los irónicos codazos y las expresivas sonrisas del grupo juvenil estacionado ante las vitrinas. Unos pasos más allá, Aurora se explicó de forma deshilvanada, incoherente, contradictoria:

—Algo inesperado… Si ella estaba muy bien… Bueno, es verdad que siempre padeció del corazón… ¿Para qué vamos a engañarnos? Tenía una deficiencia mitral o algo por el estilo, pero comía muy bien y últimamente sólo le fallaba un poco la cabeza. (Sebastián, mentalmente, confirmó el soberano apetito de la anciana y sus fugas cerebrales). Ayer la viste: estaba como si nada, tan campante… Ahora me acuerdo, que me diga, se quejó por la mañana del pecho, pero ninguno le hicimos caso… ¡Se quejaba tan a menudo! Cuando volvimos de la Lola Flores cenó con mucho apetito y se fue a la cama como todos los días… Pero esta mañana, al vestirse, le dio un vahído y se cayó de bruces contra la escupidera… ¡Fíjate qué horror! Se puso asquerosa… La metimos en la cama y llamamos al médico… —Le brillaban los ojos a la Aurora al llegar a este punto. Sebastián se confesó con horror que no deploraba lo más mínimo la desgracia de la abuela. Su fría relación actual con la Aurora, unido a los descarados ruidos ventrales de la vieja, le impedían el sentimiento directo y el indirecto—. El médico casi no le encontraba el pulso… Le metió una inyección horrible y dijo que la cosa estaba muy mal. Así hemos pasado dos horas, hasta que hace un rato se puso un poco peor y papá me ha mandado a buscar penicilina…

Iban casi corriendo y la gente con que se cruzaban se volvía para mirarlos. Sin duda, la ansiedad que se dibujaba en el rostro de la Aurora no pasaba inadvertida para nadie.

—¿Penicilina para el corazón? —inquirió, escéptico, Sebastián.

—Por lo visto es una medicina ésa que lo cura todo. Ya ves, el niño de la Rufina se salvó con eso, después de tomarle medidas para la caja y todo. El médico había dicho que sólo un milagro podría salvarlo ya…

Las piernecitas de Sebastián casi no podían igualar el ritmo apresurado de la muchacha. Recorrieron dos calles y entraron en una farmacia.

—Penicilina, por favor —dijo, nerviosa, Aurora.

El mancebo puso cara de sorpresa:

—De eso, nada; pregunten ustedes en las boticas de guardia.

Una de las farmacias de guardia se encontraba muy próxima. Entraron. El boticario era hombre locuaz:

—Eso se acaba tan pronto como nos lo dan. Anda muy escaso y para eso muchos, en cuanto tienen un granito, se atizan doscientas mil unidades y asunto arreglado. Luego, lo que pasa, viene un caso de urgencia y no hay penicilina.

Salieron. Aurora se había demudado.

—¿Tú crees que no nos ha tomado el pelo?

—¿Por qué?

—Por lo de las doscientas mil unidades.

—No sé.

—Es que a una peseta que cueste cada unidad supone una fortuna. Y yo no traigo más que quinientas pesetas. Lo de la abuela no es un grano, además.

—No te preocupes. Ya lo arreglaremos.

Atravesaron otra calle y una pequeña plazuela sin hablarse. Sebastián se detuvo de pronto:

—Mira, aquí hay otra farmacia de guardia.

El dependiente movió la cabeza, denegando:

—Si no la encuentran en el Colegio de Farmacéuticos tendrán que buscarla de estraperlo. No hay nada y no lo habrá hasta la semana que viene.

(Sebastián pensó que a la semana siguiente el vientre de la abuela tenía todas las probabilidades de haber dejado de sonar).

—Vamos al Colegio, anda.

—¿Dónde está?

—En la Plaza del Rey.

Atravesaron las calles vertiginosamente. Las piernas de Sebastián se movían automáticamente. No se le cansaban, sin embargo. Era más bien como si fuesen de una sustancia insensible y las vitalizase algún mecanismo autónomo, independiente de su voluntad.

—Esperen un momento; voy a preguntar.

Desapareció y volvió a aparecer, con crispante lentitud, un hombrecillo calvo con expresión de no saber por dónde se andaba. Debía de ser el conserje del Colegio:

—¿No traen ustedes receta?

—No. —Aurora miró a Sebastián con ademán desolado—. Sólo traía el dinero y…

—No es suficiente. Miren ustedes, con esto se han cometido muchos abusos y nos está rigurosamente prohibido despachar sin receta. Sí, no dudo

que será un caso extremado, pero es preciso que llamen al médico y… les recete a ustedes la penicilina.

Aurora se sintió derrotada en toda la línea. Abandonó el local dejando al hombrecillo de los ojos despistados con la palabra en la boca. Corrían ahora hacia casa sin acusar la rigurosa temperatura. A medio camino comenzó a nevar. Se descolgaban los copos del cielo con indolencia, sin prisas, como regodeándose en la impresión del descenso. La nevada era tan lenta que no cuajaba en el suelo. De vez en cuando el viento, muy frío, arrastraba los copos lejos del lugar escogido por ellos como punto de aterrizaje. Era la hora de comer y las calles se hallaban solitarias. Sólo en el barrio, los chicos, a pesar del intenso frío, habían organizado un desfile pintoresco y marcaban el paso al compás del redoble de un tambor que era una vacía lata de atún.

—Gracias a Dios, todavía no está la puerta cerrada.

Sebastián consideró atinada la observación de Aurora. Las puertas abiertas de par en par indicaban en la pequeña ciudad que el enfermo alentaba aún. (Se dijo Sebastián que era un tanto ineficaz y absurda esa costumbre de cerrar las puertas de las casas después que la muerte había logrado entrar).

Ascendieron precipitadamente las escaleras. Doña Claudia salió a abrir e interrogó con voz amortiguada:

—¿Traéis la *pinicilina?*

Doña Claudia decía *pinicilina en vez de penicilina.*

Aurora negó con la cabeza.

—¿Cómo sigue, mamá?

—Parece que no tiene remedio.

A la sombra de la desgracia inminente le resultaba menos embarazoso a Sebastián volver a entrar en aquella casa. Pasaron a la habitación donde merendaron la tarde anterior. El señor Sixto discutía con el médico; el tío Cleto permanecía derrengado y como ausente, desplomado sobre un sillón.

—Le digo a usted que yo he visto casos mucho peores resolverse con la penicilina. Si no lo hubiese visto, no se lo diría. Y como a mí el precio no me importa, quiero la penicilina. Si la enferma se muere, bien muerta está, pero yo he de agotar todos los medios a mi alcance antes de que eso llegue a suceder. Usted me perdonará, don José, pero yo no creo que sean éstos momentos para andarse con vacilaciones. Yo de medicina no entiendo un pimiento, pero quiero la penicilina y la tendré, saltando lo que haya de saltar.

—Escúcheme…

La entrada de Aurora y Sebastián cortó pasajeramente la discusión. La muchacha respondió a la mirada interrogativa de su padre y bajó los ojos:

—Hace falta la receta del médico, papá.

Como empujado por una corriente eléctrica, el señor Sixto se volvió hacia el doctor:

—¿Ha oído usted? La penicilina puede ser su salvación y…

—¿Es que no quiere usted entenderme? Es la última vez que se lo digo: ¡el corazón no tiene nada que ver con la penicilina!

El médico hablaba a gritos, evidentemente contrariado. La respuesta del señor Sixto fue grosera, definitiva:

—Está bien; ¡váyase usted a hacer…!

El doctor tomó su sombrero y salió dando un portazo. El señor Sixto soltó un juramento atroz; luego añadió:

—Estos médicos ni por Dios se apean de su burro. Se les mete una cosa en la sesera y ya les puede usted ir con razonamientos y con buenas palabras. Han dicho blanco y ha de ser blanco aunque usted les demuestre lo contrario.

El tío Cleto se levantó de la butaca y prendió un pitillo. Era un tipo menos corpulento y congestivo que el señor Sixto a pesar de ser hermanos:

—Estás obcecado, Sixto. El médico sólo te ha dicho que la penicilina es inútil en este caso. Es lo mismo que si tú pides unos guantes para curarte los sabañones de las orejas.

—¡Maldita sea! ¿Es que también tú vas a ponerte de su parte; o es que no me explico; o es que no os da la real gana de entenderme?

Doña Claudia se asomó con el gato en brazos:

—No chilléis de esa manera; estáis molestando a mamá…

Aurora susurró al oído de Sebastián:

—¿Quieres verla?

Sebastián asintió, desganado, lamentando que la desgracia que flotaba en el ambiente no le llegase más dentro. La Aurora le tomó de la mano y ambos pasaron a la alcoba adyacente. La abuela estaba allí, acostada, respirando ahogadamente, aunque con la misma sonrisita deshuesada, de niño de teta, de la víspera. Una vecina, poco más joven que ella, no hacía más que repetirle, recostándose en el catre:

—¿Es que no me oye usted, señora Zoa? Soy yo, la Cirila.

La viejecita proseguía impertérrita, ajena a la inmediata proximidad de la Cirila, con la sonrisita perdida en su faz consumida e inocua. Estaba tan delgada que su cuerpo no hacía bulto en la ropa y sólo al final de la cama se erguían dos agudas prominencias como si se hubiesen metido entre las sábanas dos estacas en punta. Eran los pies de la abuela.

—¿Es que no me oye usted, señora Zoa? Soy yo, la Cirila —reiteró la visita.

La Aurora se aproximó a ésta:

—No se moleste; ya no conoce.

—¡Cómo no va a conocer! Lo que pasa es que la pobrecita ya no puede valerse. —Se recostó sobre la enferma y le volcó su aliento a dos dedos del oído, con recalcitrante tozudez—. ¿Es que no me oye usted, señora Zoa? Soy yo, la Cirila.

Salieron y la Aurora se enjugó una lágrima con el dorso de la mano:

—Debe de estar muy mal, ¿no te parece?

Sebastián admitió la gravedad con un movimiento de cabeza. Aún permaneció una hora al lado de la Aurora, preguntándose por qué aquel doloroso acontecimiento no le sacaba de su indiferencia y por qué razón sentía aquellas prisas irreprimibles por marcharse.

A la una y media la dejó sola prometiendo volver en cuanto saliese de los Almacenes. Aurelia le esperaba impaciente:

—¿Cómo está la señora Zoa?

—Muriéndose.

—Dicen por ahí que al médico no le ha dado la gana de ponerle la chisma esa… como se llame.

—¿Cuál, la penicilina?

—Sí, eso.

Orencia miraba de una a otro sin decir nada, aprehendiendo cada una de sus palabras. Sebastián contestaba de mala gana. Jamás halló recreo en aquellas insulsas y primitivas conversaciones domésticas. (Una vez más constató la espléndida facilidad del barrio para difundir toda clase de noticias hasta los más apartados rincones. El barrio era así, cotilla y comentador, aparatosamente impresionable. A buen seguro el médico de cabecera del señor Sixto no volvería a encontrar en él un solo cliente).

—La penicilina no le va, madre. Es una tontería muy extendida pensar que la penicilina es un agua milagrosa que lo cura todo.

—Pero dicen que por ponerla, nada se pierde. Podía haberlo intentado. Tal vez así…

Sebastián no contestó. Comía sin apetito, maquinalmente, apremiado por el deseo de acabar pronto. Cuando concluyó, cogió el abrigo y se fue a los Almacenes. En el camino sorprendió a varios grupos comentando desfavorablemente la recalcitrante oposición del médico a aplicar la penicilina a la señora Zoa.

Una vez en la tienda, se olvidó de todo y entonces se dio cuenta de que sólo vivía espoleado por la esperanza de volver a ver a Irene. Ella era lo único que le importaba. Le desazonaba su remembranza, el recuerdo estimulante de su perfección, aquella mirada oblicua desde el borde de las pestañas que le dirigiera con sus ojos verdes al abandonar la otra tarde el establecimiento. En contraste, la Aurora y todo lo que la rodeaba le ocasionaba malestar. Le mortificaba el señor Sixto con su carácter impetuoso y rudo, la abuela moribunda, doña Claudia tan tosca y tan zafia, y, sobre todos, el Sixto con su lengua lancinante, con su contextura moral de mozo malcriado y ensoberbecido. Recordó, de pronto, su actitud de la tarde anterior y se sobresaltó. ¿Qué querría decirle con aquello de que si no les estaba tomando el pelo a todos? ¿Es que sospechaba la verdad de sus sentimientos hacia la Aurora? ¿O se figuraba, equivocadamente, que él no iba más que por los cuartos, indignamente amasados, de su padre? «Bah, que piense lo que quiera», se dijo Sebastián, y como oyera abrirse la puerta de cristales del establecimiento, volvió la cabeza ilusionado con la posibilidad de toparse con Irene. Pero Irene no apareció aquella tarde por los Almacenes y, al concluir la dura jornada, Sebastián sintióse deprimido. No obstante, tan pronto dieron las siete se embutió en el gabán y salió.

Continuaba haciendo frío, aunque el viento impidió que la nevada llegara a formalizarse. Por la calle Principal paseaba la gente produciendo un rumor confuso de pisadas que se arrastran y conversaciones sostenidas a media voz. Sebastián atravesó la calle y se cerró las solapas del abrigo al notar que una ráfaga helada, aguda como un cuchillo, le atravesaba el pecho. «¿Se habrá muerto?», pensó, de repente, recordando a la viejecita postrada. Y la duda le hizo acelerar el paso.

(Al divisar el convento gris de los capuchinos experimentó un repentino sobresalto al figurarse la candelita encendida junto al sagrario, proyectando sobre los anchos muros la silueta fabulosa del cura de las barbas).

Intencionadamente cambió de acera para ver desde más lejos el portal de la casa del señor Sixto. La puerta serviría, como en la mañana, para transmitirle las primeras novedades sobre el estado de la señora Zoa. Aunque la vida de la vieja no le inquietaba, miró con relativa ansiedad al portal. «Está abierta… Está cerrada… No, no, está abierta. ¡Está abierta!». Cruzó de nuevo la calzada y subió apresuradamente las escaleras. La Aurora le abrió y en los ojos enrojecidos y en la expresión idiotizada de la muchacha Sebastián adivinó que la puerta de abajo no tardaría en cerrarse.

—Ven, deprisa, la abuela está agonizando.

Al pasar por la cocina, Sebastián sorprendió a doña Claudia haciendo arrumacos al gato persa:

—Ven tú, monín mío; ven tú a consolar a mamá.

Tití maulló y saltó blandamente sobre el regazo de doña Claudia.

En la puerta de la alcoba Sebastián se detuvo horrorizado. El señor Sixto y su hijo forcejeaban con la moribunda, pretendiendo embutirla en un fúnebre traje negro. El Sixto parecía disgustarse ante la natural pasividad de la anciana:

—Vamos, abuela, ¡coño!, no sea tan terca. Luego se queda usted rígida y no hay Dios que la vista.

Sebastián se asió al marco de la puerta para no caer. El tío Cleto contemplaba la macabra escena con los ojos enrojecidos, pero sin oponerse. La pobre vieja se dejaba amortajar sin fuerzas para nada, dibujándosele en su boca de labios pálidos y arrugados su eterna y lánguida sonrisa.

—No quiero que me vuelva a pasar como con el abuelo, ¡demonio! —proseguía, entre dientes, su monólogo el Sixto—. Luego se quedan fríos y tiesos como garrotes y no hay macho que se atreva a ponerles una prenda encima.

Alrededor había varias vecinas contemplando indiferentes la lúgubre operación. Al fin, la abuela quedó vestida y entonces el señor Sixto le izó con cuidado la cabeza y le colocó sobre el pecho consumido un escapulario del Carmen. Cuando concluyó todos estos preparativos la besó en la frente y se quedó inmóvil, a los pies de la cama, con los brazos cruzados y como diciendo: «Cuando guste, madre; ya puede morirse».

Sebastián se vio abocado al desmayo. Contra costumbre aquilató el abrazo de la faja de franela oprimiéndole las vísceras, pero permaneció quieto, sin pestañear, observando con concienzuda atención el rostro de la abuela. Un difuso recuerdo de sus años de colegio le imbuía la idea de que estaba asistiendo al solemne momento de un tránsito; al instante decisivo en que un alma se desgaja de un cuerpo dejando a éste convertido en un puñado de polvo. Recordó las palabras del hombre de las barbas y pensó si la abuela no sería también de aquellas personas que descuidan el alma y sobrestiman el valor del cuerpo. Un vago escepticismo volvía a adueñarse de él. Sin embargo, proseguía mudo, absorto, con los ojos clavados en los labios entreabiertos de la viejecita, aguardando ver salir por ellos una especie de nube algodonosa o un jirón de niebla ingrávido y blanquecino. Quizá, tal vez una llamita tenue y azulada como la palmatoria que ardía en el ara del convento de los capuchinos. Se mantenía suspenso, arrobado, como si de

aquel definitivo trance dependiese toda su fe para el porvenir. Los presentes contenían la respiración en una expectativa anhelante. De vez en vez, la nariz aguileña de la moribunda se contraía como si fuese a estornudar. Pero era la boca, la boca entreabierta en una corta sonrisa, aquella boca de labios cárdenos y exangües, lo que fascinaba a Sebastián. Su imaginación enhebraba ahora los más insólitos pensamientos. Se figuraba fantásticamente, pero con una precisión extraña, el color de los pecados de los hombres. Ya no era el indistinto polvo de carbón lo único que podía mancillar la albura de un alma. El tono negro correspondía, en la mente de Sebastián, a los pecados contra la fe; el verde, a los pecados de la carne; el rojo, a los de soberbia; el amarillo, a los de gula… Imaginó que tal vez el ánima de la anciana saliese aureolada de un color amarillento, como el producido por un cólico hepático. Se dio cuenta de que pensaba así acordándose de la merienda de la última tarde, y compelido por una profunda convicción de que la gula y la soberbia eran los pecados característicos de la vejez, como el de la lujuria era el de la juventud.

De pronto, una contracción muscular de la vieja le dejó petrificado. La miró, concentrando la atención en los labios entreabiertos, y le pareció adivinar un borbotón de aliento blanco, impoluto, que ascendía paulatinamente hacia el techo. Le estremeció la voz hiposa, como un sollozo retenido, de la Aurora a su lado:

—Se había confesado esta mañana.

Los músculos faciales de la anciana se relajaron a continuación. El señor Sixto se aproximó a ella y la tocó en el corazón:

—Ha muerto —dijo simplemente.

Y como sí aquellas palabras fuesen la contraseña esperada, todas las mujeres que rodeaban la cama rompieron en unos lamentos quejumbrosos y agudos. La vieja sonreía al vacío y se mantuvo indiferente cuando su hijo Cleto se acercó piadosamente a ella y le cerró los ojos.

Fue tres días después del entierro de la señora Zoa cuando Sebastián, al regresar a mediodía de los Almacenes, tropezó con una Orencia rebelde, excitada, rígida de indignación. Apenas le dio tiempo a pasar al cuarto de la camilla cuando le vomitó a bocajarro:

—¿Sabes lo que has hecho, Sebastián? ¡Di! ¿No sabes que la Aurora está embarazada de cuatro meses y que todo lo que ha hecho contigo es una comedia asquerosa para atraparte? Di. ¿No lo sabías?

La habitación le daba vueltas y, de momento, no tuvo palabras para responder. Una mezcla de lástima y repugnancia pugnaban en él al mirar, aterrado, a su hermana. De momento le enervó la conciencia de su estupidez

al intuir que la afirmación de la Orencia era rigurosamente cierta. No obstante, aquella chiquilla pálida y desgalichada, de mirada grande y vacía, se le representaba ahora como una Aurelia en miniatura, una Aurelia enfundada en su esmirriado cuerpo. La explosión airada de la chiquilla, con unas palabras impropias de su edad, le aplastaron.

—Pero… ¿qué dices? ¿Qué… qué estás diciendo, Orencia?

Un sudor viscoso y frío le resbalaba por los costados; le empapaba el cuerpo; temblaba al pensar en su extravagante postura, al comprobar la presencia de una nube densa y negra que gravitaba como una losa sobre su amor propio, aplanándolo. ¡Ah, aquella bárbara sinceridad de la Orencia! ¡Cómo le asqueaba de repente aquella niña lánguida y triste, expresándose con descarnado impudor como si fuera la mujer más libre y deslenguada del barrio! ¿Y era esto, en realidad, lo que le aplanaba o era, sencillamente, la conciencia de su miopía, de su falta de perspicacia para intuir un hecho que nadie a estas alturas debía de ignorar en el barrio?

Orencia continuó en un brusco arrebato:

—Sí, ella y doña Claudia… Doña Claudia ha dado dinero a madre para que tú tapases el hijo de la Aurora. Ya te decía yo que no me gustaba, que no…

—¡Oh, eso no es verdad, maldita!, ¡calla! ¡Eso no es verdad!

Algo fuera de todo hábito le cegó. Una indignación desconocida le sacudió el cuerpo y se localizó, como un acuciante e intenso hormigueo, en la punta de los dedos. No pudo reprimirse. Levantó la mano y golpeó a su hermana con toda su fuerza, con todo el aborrecimiento acumulado hacia ella, hacia su lengua viva y abrumadoramente sincera.

La pequeña estaba erizada, vibraba al rozarla como la cuerda tensa de un instrumento.

—¡Puedes matarme! ¡Puedes hacer lo que quieras de mí! ¿Me oyes, Sebastián? Pero no conseguirás que me calle. ¡Han jugado contigo, te han engañado miserablemente! ¡Oh, qué horror! ¿Es que creíste alguna vez que la Aurora te aceptaba por ti mismo, que te quería por tus cualidades o siquiera por compasión? —Hablaba y lloraba al mismo tiempo. Sus palabras salían a chorros de sus labios, zumbantes y dolorosas, y Sebastián aquilató, por encima de su aturdimiento, que los chillidos histéricos de la Orencia le herían en un sitio vital; que las expresiones tremendas de su hermana significaban una traducción literal de sus ominosos actuales pensamientos— ¡Hoy la gente no compadece a nadie, ni le importa nadie! El mundo es una cosa cochina,

¿me entiendes? Te han atrapado a ti para tapar la marranada de la Aurora y del otro. ¡Ya te decía yo…!

—¡Calla, calla! ¿Es que no te puedes callar? —Se cubría los oídos con las manos; pero más que por no oír, era ésta una reacción instintiva ante el vago temor de que su cráneo pudiese estallar como una nuez (el cráneo de un gorrión) entre la palanca de un cascanueces.

Orencia se calmó de súbito, pero no calló. Hablaba ahora como una máquina parlante, sin inflexiones ni gradación en su tono de voz. Habían desaparecido, como por ensalmo, su excitación y sus histerismos:

—Ayer vino doña Claudia… Ha venido muy a menudo en estos últimos tiempos, ¿sabes?… Madre se creyó que yo no estaba en casa y hablaron tranquilamente. Pero yo lo estaba oyendo todo desde mi cuarto. *[Las dos se reían, ¿sabes, Sebastián? Se reían diciendo que la cosa estaba ya hecha y «muy adelantada». Le dio más dinero… y madre decía que ni un choto se compraba hoy en día más barato… Doña Claudia volvía a reírse y… y… le contestó que qué tenías tú que valiera más que un choto]*.

A Sebastián le arrastraba una rabia sorda y creciente, un impulso seco y descarnado. Su aversión hacia su madre se trasmudaba en un sentimiento de odio acendrado, indigesto, expansivo. Se imaginaba muy bien la escena que la Orencia relataba con irritante prolijidad. Pero, sin embargo, deseaba saber más, más, hundirse con mórbida delectación en aquel piélago de iniquidades.

—¡Habla, habla, di! ¿Qué más decían? Que qué tenía yo que valiese más que un choto, ¿verdad? ¿Qué más? ¿Qué más decían?

Ahora Orencia retrocedía ante su mirada ávida y desorbitada. Mas él la perseguía implacable, con la cabeza adelantada, clavando fieramente los ojos en el semblante de la niña.

En aquel momento se oyó por el pasillo el andar perezoso y cansino de Aurelia. Sebastián desvió la mirada hacia la puerta y se quedó así, inmóvil, con la cabeza un poco avanzada y ladeada como un perro de caza marcando la postura. A poco apareció Aurelia, indiferente, en el umbral, envuelta en la pringosa cazadora militar, introduciendo sus manos amoratadas debajo de las axilas:

—¿Qué escándalo es éste? ¿Qué pasa aquí?

Orencia guardó silencio y un relámpago de desafío le brilló en las pupilas, normalmente apagadas. Sebastián no se movió, limitándose a envolver a su madre en una mirada incisiva. Aurelia, a pesar de su obtusa perspicacia, lo comprendió todo instantáneamente y palideció.

—¿Qué es eso? Tú estabas ayer ahí, ¿verdad, cotorra del demonio? —Aurelia se decidió al fin. Se adelantó hacia Orencia y la zarandeó con una expresión descompuesta en el rostro—. Ya me lo olía yo. Estabas escuchando como una zorra indecente, ¿verdad que sí? Pero yo te juro que te voy a escarmentar para toda tu vida. Voy a partirte esos hocicos de rata parlona que tienes…

Conforme hablaba, Aurelia golpeó a la niña con los puños crispados. Los golpes producían un rumor sordo, un ruido característico de colchones vareados.

Sebastián se adelantó y sujetó a su madre por la muñeca con una tenacidad de lapa:

—¿Por qué la emprendes con la niña? ¿Qué culpa tiene ella de lo que ha pasado? No quiero escándalos, ¿me oyes? ¡No quiero escándalos!

Aurelia se volvió a él:

—¿Cómo te atreves? Suelta, desgraciado, suelta o…

Pero Sebastián no desfallecía. Comprendía que por una vez tenía agallas suficientes para reducir a su madre, para exigirle una rectificación urgente y completa. Aurelia se encontraba tan excitada que no hacía más que mover los labios sin llegar a expresar palabra alguna.

—Esto sólo tiene una solución —siguió, más firme, Sebastián—. Vas a devolver a doña Claudia hasta el último céntimo. Yo no voy a casarme con la Aurora.

De un tirón, Aurelia liberó su muñeca:

—Eres orgulloso y estúpido como tu padre. ¿Qué más puedes buscar tú, dime? ¿Es que con tu facha puedes aspirar a otra ocasión mejor que ésta?

En un segundo cambió la expresión de la Aurelia. Se dirigió a Sebastián y le pasó un brazo melosamente por los hombros. Su voz era alterada, pero suave:

—Tuya es la mitad. Es justo eso. No me atreví a decírtelo antes.

El cuerpecillo de Sebastián emanaba una enhiesta y orgullosa cólera:

—No busco dinero ni lo quiero a costa de mi amor propio, ¿me entiendes? Di, ¿me entiendes? Quiero que devuelvas hasta el último céntimo.

—Pero, dime, monigote. ¿Yo aquí no soy nadie? ¿No merezco, después de haber sufrido contratiempos y miserias para sacarte a flote, alguna compensación?

Tornaban las voces avinagradas, desabridas. Sebastián aparentaba una calma absoluta, como si tras la colérica actitud inicial se hubiese agotado su capacidad de indignación:

—Ya lo has oído. No quiero casarme con la Aurora. Todo es inútil ya. Ahora mismo voy a enterarla a ella.

—¡No, tú no harás eso, puerco! Siquiera por respeto a mi palabra. He empeñado mi palabra, ¿sabes? Yo consideré la cosa como una buena oportunidad para ti y por eso lo hice; nada más que por eso… La Aurora es rica, ¿comprendes? Tú podías vivir cómodamente por el resto de tus días. ¿Qué importa la criatura? Una vez casados, el crío es tan tuyo como tú mío. Y tú te reirás del mundo con una mujer al lado que te quiere y te dé de comer. Porque la Aurora te quiere ya, ¿lo sabes? Se ha acostumbrado a ti. No, Sebastián, tú no puedes hacer eso que piensas…

El estado de ánimo de Aurelia tenía altibajos sensibles. Su tono de voz terminó siendo impetrante, mientras le perseguía a lo largo del pasillo. Mas Sebastián no transigía. Pese a su calma externa notaba en su interior un vacío opaco que lo angustiaba. Se había trazado una decisión y la pondría en práctica por encima de todos los obstáculos.

Abrió la puerta y salió a la caja de la escalera. Aurelia lo siguió. Forcejearon un rato:

—¡Déjame, maldita seas! ¡Déjame en paz!

Su madre le sujetaba por las solapas. Tenía el semblante descompuesto, y una espuma blancuzca, como de saliva demasiado consistente, se le pegaba a las comisuras de la boca.

—¡Entra, cochino! ¡Vuelve a casa si no quieres…! ¡Pedazo de…!

Le denostaba con horribles palabrotas. Vocablos gruesos y detonantes de carretero malhumorado. Sebastián le dio un empujón y descendió corriendo las escaleras. Por detrás, en la espalda, se le clavaban los improperios cada vez más abyectos y groseros de la Aurelia.

Salió a la calle un poco aturdido. Su respiración era irregular y agitada y para serenarse caminó hasta la iglesia y luego regresó muy despacio. Vaciló en el portal de la Aurora, mas enseguida se sobrepuso y ascendió sin prisas los escalones. Dudó antes de oprimir el timbre y escuchó acercando la oreja a la mirilla. No se oía nada fuera del maullido lejano y quejumbroso de *Tití*, el gato persa. La casa del señor Sixto se veía agobiada por el luto reciente y semejaba descansar aún de los plañidos incesantes, agudos, de la tarde del entierro. Al fin, se decidió y pulsó el timbre con un dedo tembloroso.

Le abrió doña Claudia:

—Buenos días, ¿está la Aurora?

—Sí, pasa. ¿Qué te trae a estas horas por aquí?

—Quiero hablar con ella un momento.

Salió la Aurora enlutada y apática y dijo con un mohín de desagrado:

—¿Qué quieres? Íbamos a comer ya.

Doña Claudia se había retirado y la muchacha y Sebastián estaban frente a frente en el vestíbulo. El recuerdo cálido y opresivo de la humillación desató repentinamente la lengua de Sebastián:

—Sólo vengo a decirte que he cambiado de parecer. No voy a casarme contigo ya. Ha sido todo un error.

Palideció el rostro de la Aurora y le tomó por la manga de la chaqueta.

—Ven, entra aquí. ¿Qué estás diciendo?

Habían pasado a una sala reluciente y presuntuosa, con una gruesa alfombra de nudo cubriendo casi enteramente los baldosines rojos del pavimento. Ella insistió:

—¿Qué quieres decir?

—Ni más ni menos que lo que he dicho. No vamos a casarnos ya. Mi madre devolverá el dinero hasta el último céntimo…

La Aurora tartamudeó y buscó a tientas una silla donde sentarse:

—No… te… entiendo, Sebastián.

—¿Por qué vas a hacerme hablar más claro? Es un asunto desagradable, ¿no? Yo nada tengo que ver con ese hijo que esperas. ¡He sido un necio! Eso es todo…

Sonó la voz de la Aurora como a través de un tabique, pero despojada ya de todo artificio:

—¡No puedes hacer eso ahora; no puedes hacerlo, Sebastián! Yo te quiero. ¡Te lo juro! Te quiero como nunca me imaginé que pudiera llegar a quererte. No me dejes ahora así… ¡Te lo suplico! Todo lo pasado debes olvidarlo. Debes ser generoso…

Aquella visión de la Aurora arrastrándose, implorando, al fin, consiguió imbuirle una más sólida seguridad en sí mismo:

—Es en vano. No estoy dispuesto. Me parece que la lección no ha sido pequeña. Ya estoy escarmentado.

La Aurora comenzó a llorar crispadamente. Se arrodilló a los pies de Sebastián:

—¡Dios mío, qué vergüenza, qué vergüenza! ¿Qué puedo hacer para que me perdones, para que te olvides de mi horrible conducta? Te juro por Dios que seré sólo para ti, Sebastián, que te serviré como una esclava… Siempre. Pero ayúdame a ocultar esta vergüenza. ¡Por amor de Dios… ayúdame!

Esta irritante sumisión exaltó a Sebastián, soliviantó sus ánimos más aún que si la Aurora hubiese adoptado una actitud engallada, de diosa ofendida.

—¿Por qué he de ser yo quien resuelva tus porquerías? ¡Di!, ¿por qué? ¿Qué tengo yo que ver con tus devaneos y tus indecencias? ¿Te parece aún pequeña mi degradación que aún me requieres para continuarla? ¡Por Dios te digo que me dejes en paz, Aurora!

—Óyeme, tú… —Le miraba desde abajo con las gafas empañadas por las lágrimas. Tenía la cara enrojecida y las facciones abultadas y feas—. No seas intransigente, Sebastián. No te vayas sin oírme, por Dios bendito. Yo no tuve casi culpa. Fue todo una locura, una insensata locura. Pero te juro que todo ha pasado ya. No quiero ni volverme a acordar de ello. ¡No quiero…!

Volvía a llorar con acrecentado desconsuelo. Sebastián se sentía a sí mismo duro e irreductible. De su antiguo sentimiento por ella, fuese amor o compasión, no restaba más que un solemne y creciente desprecio. Miraba indiferente sus espasmos y convulsiones y se le antojaba que todo aquello era una farsa más, una prolongación de la amarga comedia en que él había jugado tan buena parte. La contemplaba con irritación, con repugnancia casi, e íntimamente se confesó que su físico, abultado e inarmónico, le repelía. De súbito aquilató dentro de sí una punzada de curiosidad, de fría e impersonal curiosidad:

—Dime: ¿quién fue él?

—¡Oh, qué importa eso! ¡Qué importa eso! —Se quedó boquiabierta, mirándole, sin llorar. Luego enmendó—: Bueno, sí, fue Benjamín Conde, ¿para qué voy a ocultarlo? Ya lo sabes: el hijo del contratista. Pero ¿qué importa eso ahora, Sebastián? —insistió.

Sebastián tuvo una fugaz visión:

—¿El chico del abrigo marrón y la bufanda amarilla?

La Aurora asintió sin hablar. (Sebastián notó unas ganas horrorosas de reírse a carcajadas al recordar la ensoñada visión de Benjamín Conde haciendo cosquillas en las axilas de la Aurora con la punta de un mondadientes). Se separó de ella con asco. Volvía a sentirse furioso, intransigente. ¿Por qué andar con rodeos y paños calientes con una mujer que no había dudado en arrojarle a la cara la menos piadosa de las humillaciones? Deseó, de pronto, aplastarla sin más, como a un reptil, vocearle el concepto que su conducta le merecía, regodearse sádicamente en su turbación y su angustia:

—¡Quita, apártate de ahí! —dijo, acercándose a la puerta—. ¿Por qué no vas a él a hacerle esta escena? Me parece a mí que es el más indicado. ¡Háblale del hijo que esperas! ¡Háblale de tu estado y de tu vergüenza! ¡Háblale de todas esas cosas asquerosas que tenéis entre los dos! ¿Oyes? Y

dile de paso… dile de paso —se acaloraba Sebastián, se acaloraba paulatinamente como si en cada palabra que pronunciaba hallase un nuevo acicate que estimulase su airada locuacidad— que Sebastián Ferrón ha dejado de hacer el cretino; que como los monos ha abierto los ojos un poco tarde, pero al fin con tiempo suficiente para escurrir el bulto. ¡Eso, eso! Dile todas esas cosas y las demás que se te ocurran a ti… Y si se tercia… si se tercia… puedes tocarle el corazón… —Agarró Sebastián el picaporte de la puerta y la entreabrió. La Aurora le miraba por encima de las gafas, con una expresión demudada, de pasmo e impotencia. Seguía de rodillas sobre la alfombra, con los brazos en cruz y los dedos crispados, imitando burdamente la Dolorosa de Juni—. Sí, tócale el corazón, a ver si le conmueves; tal vez no sea difícil. No parecía mal chico… Además… además… —Advirtió súbitamente que se le acababa la cuerda, que no tenía más que decir. Entonces cerró la puerta con furia, al tiempo que, instigado por un recóndito instinto melodramático, gritaba con énfasis—: ¡Hasta nunca, Aurora!

Descendió las escaleras resollando, estremecido aún por la fuerza de la escena. Los sollozos de la Aurora le perseguían cada vez más amortiguados. Abocó a la calle y comenzó a andar deprisa, sin rumbo previsto. Las imágenes se le atropellaban confusas y alborotadas en la mente. Reinaba en ella un caótico desorden, aunque presidido por la conciencia clara de su vejación. No quería comer; no lo hubiese conseguido aun deseándolo. Además no volvería a casa hasta la noche. Detestaba renovar pleitos añejos o remover problemas ya resueltos. A la noche la excitación habría amainado y nadie osaría replantear la cuestión. Atravesó la ciudad y se encontró siguiendo la ribera del río, impetuoso, y de un sucio tono achocolatado. Más arriba debía de haber llovido de firme en los últimos días. Los chopos, erguidos en las orillas, resaltaban sobre el fondo gris del cielo como los palotes tembloteantes del cuaderno de un niño. Algunas barcas surcaban la corriente y, pese a su línea achaparrada y al tono desagradable de las aguas, detentaban una airosa y gallarda apariencia.

Continuó andando Sebastián sumido en sus cavilaciones, y sin darse cuenta se vio sobre el puente de piedra que salvaba el río, asomado al pretil. Las aguas, espesas y turbias, chocaban con los pilares por debajo de él; parecían anudarse en una madeja irresoluble, mas luego reanudaban la marcha más veloces, como deseosas de recuperar el tiempo perdido. La cabeza le daba vueltas a Sebastián. Tornó a observar las dos hileras de afilados chopos que fijaban el curso de la corriente, y luego zambulló nuevamente la vista en los revueltos abismos de espuma a sus pies. Aquellos remolinos le fascinaban.

Le atraían, insinuándole la posibilidad de concluir de una vez con todas las pesadumbres. El agua producía, al topar con los pilares, un chapaleteo casi cristalino, como la lengua de un niño que aún no ha aprendido a vocalizar. Todo era sugestivo y fácil, extremadamente sencillo y tentador. La cabeza le ardía y suponía una aspiración demasiado ambiciosa imaginar que aquellas aguas espesas y heladas pudiesen cerrarse alrededor de su cráneo enfebrecido. Entonces le pareció que le llamaban. Escuchó un rato, inmóvil, para cerciorarse, e inmediatamente oyó pronunciar su nombre con absoluta claridad. Le costó un gran esfuerzo reaccionar, y cuando giró la cabeza y divisó al tío Cleto haciéndole señas con la mano desde la acera de enfrente, emitió un ronco y acongojado suspiro.

—Mire usted qué oportunos —le dijo aquél regocijado—; ya voy para allá. Podemos aprovechar si usted quiere para ver la fábrica. Es un buen momento…

(El señor Cleto se llevaba, de vez en cuando, una uña a la boca y escarbaba en el sarro, produciendo un ruido semejante al de los ratones al roer la tarima).

Anduvieron uno junto a otro y atravesaron el puente. Entraban en un sucio y maloliente suburbio de rústicas edificaciones de adobe, donde la mayoría eran cuadras o inmensas corralizas donde se amontonaba el estiércol. De vez en cuando tropezaban con un solar lleno de latas oxidadas y cascos de vidrio. Al fondo vislumbró súbitamente Sebastián un edificio de adobe de una sola planta, desconchado y caduco, con un letrero sobre la puerta cerrada que decía: «Cleto Fernández. Fábrica de Cola», y sin saber por qué, en ese instante acreció su simpatía por el señor Cleto. Éste se volvió a Sebastián, deteniéndole por un brazo:

—¡Ah, Ferrón, ya decía yo que tenía que decirle algo! El otro día no me fue posible. El Sixto, ¿sabe? —Levantaba las cejas como para completar la frase—. Y no es que mis hermanos sean malos, ¿comprende usted?; pero son egoístas. Atiéndame; los demás cuentan muy poco para ellos cuando se trata de salvar del naufragio a algún miembro de la familia. Y a mí, la verdad, no me parece correcto lo que intentan con usted… —Reanudaron la marcha hacia «Cleto Fernández. Fábrica de Cola»—; porque… porque ¿sabe usted lo de la Aurora? Si usted lo sabe y pasa por ello… —Volvió a levantar las cejas, acompañando este ademán de una mueca ambigua que podría interpretarse como un «allá se las componga». Luego continuó—: Pero si no lo sabe…

Sebastián le observó de reojo y tuvo que reprimirse para no abrazar al señor Cleto.

—Lo sé ya todo; gracias… muchas gracias de todas maneras.

Ante la puerta de la fábrica se detuvieron mientras el señor Cleto buscaba la llave en sus bolsillos. Se sonrieron con mutua comprensión.

—Bueno —empujó la desvencijada puerta con el hombro—, vamos a ver si vemos esto… A no ser que… —Dudó al dar vuelta a la llave de la luz. Una bombillita se encendió en un rincón iluminando dos artesas y un informe montón de grandes huesos de animales a sus pies—. ¡Ah, sí, mire! Dan luz hasta tarde… Hemos tenido suerte. Pase, pase…

Capítulo X

Sebastián, en los días siguientes, se sintió náufrago y abandonado en medio de aquel océano de humanidad que le envolvía. Era aquél un mar espeso e inextricable, colmado de reconditeces, escollos y arrecifes; un mar difícil, donde suponía un esfuerzo de titanes sostenerse a flote.

La ruptura con la Aurora fue la comidilla del barrio, como antes lo fuera su noviazgo y las especiales circunstancias que lo rodearon. En todas partes se hablaba de la Aurora y Sebastián; se comentaba con complacencia el frustrado noviazgo, se sentaban presunciones y se exponían conjeturas, llegándose, casi siempre, a la conclusión de que el infeliz contrahecho había desperdiciado una magnífica oportunidad. La gente se daba codazos significativos al cruzarse con él, y los menos discretos le voceaban chirigotas procaces o le repetían la vieja chufla de mugir en su presencia.

Se cotilleaba de Sebastián a la puerta de la iglesia los domingos, en las colas del cine y de la carne, en las siete tascas del barrio y en las comidas familiares, alrededor de la camilla. El tiempo era aún frío y se diría que el cotilleo sabroso y picante aportaba sobre los miembros entumecidos una cálida intimidad.

Sebastián soportaba todo esto con aparente estoicismo, pero allá, en el fondo de su inarmónico cuerpo, algo se retorcía con violencia cada vez que lo vejaban, produciéndole un agudo e intenso dolor. Nunca decía nada. Guardaba aquellas chuflas para sus cavilaciones solitarias y, entonces, en su lenta y aislada digestión, se daba cuenta de la inquina de los insultos y las alusiones y lloraba mansa, calladamente.

No le dolía la ruptura con la Aurora. A fin de cuentas, esto respondía y se adecuaba cabalmente a la realidad de sus sentimientos. Últimamente se había percatado de que no amaba a la muchacha y, desde este punto de vista, era un hombre feliz con su autonomía recobrada. Echaba de menos, sí, los paseos vespertinos a lo largo de la roja tapia que circundaba el colegio de monjas mientras el día declinaba por detrás de la torre de la catedral; o las tardes de cine, arropados por la masticación crepitante de los devoradores de cacahuetes; pero lo echaba de menos lo mismo que a una muela perdida cuando la punta de la lengua, en su minuciosa exploración por las dos bandas de la boca, topaba con el hueco inusitado de la fosa recién abierta. Es decir, que lo que Sebastián lamentaba era la costumbre rota, el aniquilamiento de un

horario fijo, minuciosamente reglamentado. Por lo demás, suponía una ventura inesperada poder disfrutar de una absoluta independencia cordial, con la posibilidad inaudita y osada de fantasear a más y mejor sobre un utópico entendimiento con Irene.

Era la reacción de la humanidad circundante lo que le atormentaba, sumiéndole en un abismo de pesimistas y desesperadas reflexiones. En su casa no hallaba ningún consuelo. Aurelia, después de la violenta escena del día de la ruptura, se mantenía tiesa e inabordable, con una perpetua expresión de padre decepcionado en el mil veces acariciado porvenir del hijo. Ahora se reunía con la señora Luisa, la del punto, con más frecuencia que de costumbre, y en estas reuniones bebían vino tinto y jugaban a las cartas sobre la mugrienta mesa de la cocina. La Orencia proseguía devanando su existencia desligada, indiferente y gris. Tampoco se había atrevido Sebastián a cruzar una palabra con ella desde entonces, temeroso de ofender su orgullo inflexible. La niña se mostraba sumisa y triste, con la inalterable expresión de susto en sus ojos redondos, pero sin osar tampoco dirigir la palabra a su hermano, a quien suponía aún herido y con el corazón en carne viva.

La vida de Sebastián discurría así monótona y aislada, con una carga interior excesiva para su vapuleado corazón. A veces pensaba en Orencia con melancolía, y en estos casos las desdichas de la niña le apartaban un tanto de su oscuro y romo vivir. Recordaba con espanto las palabras de la pequeña al comunicarle el estado de la Aurora, y estas remembranzas le herían el pecho como si se pasase por dentro un cepillo de rígidas cerdas. Intuía, entonces, que no son los niños que callejean sin descanso los peores, sino los que se esconden y roen, encerrados entre cuatro paredes, los misterios de la vida todavía a medio velar; esos niños ariscos y aviejados, que no tienen alegría ni espontaneidad.

Las comidas alrededor de la destartalada y churretosa camilla acentuaban su chato abatimiento. Nadie hablaba allí, y los roces de los cubiertos con los platos descascarillados de loza barata adquirían una vibración casi trágica. Se les oía mascar a los tres o sorber la sopa con artificial presteza, deseando romper cuanto antes la forzada reunión. Entre plato y plato, los siseos de Aurelia al hacer discurrir por los intersticios de los dientes repentinas corrientes de aire casi asustaban a Sebastián. La Orencia iba y venía de la cocina, trayendo y llevando, y el ajetreo de la niña le hacía pensar que era como esas frutas ásperas y agrias, maduradas a fuerza de golpes.

Pero eran las noches y las irremediables tinieblas impuestas por las restricciones de luz lo que más temía Sebastián. Un insomnio

desacostumbrado se había apoderado de él. Era a esas horas cuando los recuerdos dolorosos y la conciencia de su vejación le asaltaban, royéndole el alma. Evocaba, en esos momentos, su ciega fe en la Aurora, su pueril e inefable comportamiento, mientras el barrio entero soltaba risotadas a su costa. Recordaba el día que descubrió a la muchacha apostada en el corro de espectadores del «doctor cubano» y su forma inexplicable de escabullirse antes de que el doctor respondiese a la consulta. Ya aquella mañana podría Sebastián haber recelado algo, pero él era de esa madera, sin vetas ni manchas, de que están construidos los hombres de buena fe. Después, la escena con Conde, el hijo del contratista, y la inmotivada fuga de la Aurora a Madrid; la descarnada manifestación del Sixto, ensalzando la amplitud de sus tragaderas; el resentimiento de la Aurora al comunicarle él que la encontraba más gruesa; los torpes mugidos de los mozalbetes del barrio; los codazos de los más prudentes y mesurados al divisar a la pareja…

Sebastián daba vueltas y más vueltas sobre el lecho. Aquellos recuerdos le ocasionaban una desazonadora picazón por todo el cuerpo. Y tanto como su humillación, como la conciencia dolorosa de saberse el hazmerreír del barrio, le afligía su falta de perspicacia al no haber descubierto a tiempo el artero complot; la ingenuidad imperdonable de su conducta, crédula y confiada.

Las sábanas, sucias y remendadas, se plisaban por debajo de su cuerpo sudoroso, incrustándosele en la carne y lastimándolo. Se enderezaba a oscuras y las tensaba, pero, al momento, le parecía que las costuras de los remiendos alcanzaban un relieve excesivo que le oprimía desagradablemente la piel. Volvía a incorporarse y tornaba, poco después, a tumbarse. De súbito, experimentó calor en las manos y las sacó por el embozo; mas, a poco de hacerlo, le sacudieron el cuerpo unos escalofríos febriles que se quebraban dentro de él como relámpagos. Volvía a esconder las manos bajo la ropa y volvía a pensar. Rememoraba ahora pasajes enteros de sus relaciones con la Aurora y se excitaba aún más. Se le aparecían delante de los ojos frases completas, conversaciones redondas, llenas, por parte de ella, de taimada intención y sutiles reticencias. «La vida es hermosa cuando en ella se logra hacer un remanso para dos». «No sé por qué esta Nochebuena tengo ganas de llorar». «Sebastián, estoy pensando que me eres imprescindible; te amo con toda mi alma». «Debe bastarte saber que estando así o asá te quiero mucho…».

Sudaba y se rebullía en el lecho revuelto. Los recuerdos le asaltaban en grupos, estrangulándole contra la tenebrosidad circundante. Excitado, medio enloquecido, sin saber lo que se hacía, tornaba a asomar una mano por entre

las ropas y oprimía, angustiado, el botón de la luz. Pero la luz no se hacía y él, entonces, agobiado por las irreductibles tinieblas, apretaba con un frenesí loco aquel botoncito una y otra vez, y el chasquido reiterado parecía una carcajada burlona.

—¡Oh, Dios; oh, Dios, estas restricciones, estas malditas restricciones!

Se cubría el rostro con la ropa para hacerse la ilusión de que fuera existía un reino brillante de luz que él voluntariamente se vedaba. Así, bajo esta sugestión, le era más soportable aquella horrible oscuridad.

Sus lucubraciones desembocaban siempre, fatalmente, en una prístina conciencia de su absoluto aislamiento. Y, en estos casos, le daba por pensar si no sería, en realidad, un exceso de sensibilidad lo que engendraba todos sus problemas. Él veía a los demás hombres quemar la vida sin detenerse a reflexionar si eran o no comprendidos. Esto les era indiferente. Vivían su vida, sujeta y adecuada a un patrón, y esa vida se cruzaba mil veces con las de los demás sin que por ello la urdimbre resultante de tantos hilos entretejidos les ofuscase o mitigase sus afanes vitales. La vida propia era lo primero, por encima de todo. Mas a él le dañaban estas conductas egoístas, malvadas, que precisaban del dolor del prójimo para eclipsar su desazón interior. De este modo, la vida, para unos, era una sucesión ininterrumpida de acontecimientos ruidosos y excitantes, y, para otros, el eco triste y melancólico de esos ruidos y esa excitación de los demás.

Inadvertidamente la imaginación de Sebastián se detenía en la fabulosa silueta del cura de las barbas, recortándose, escueta y severa, sobre el frío muro del convento de los capuchinos. Su desasosiego aumentaba entonces. Una cosa era lo que los curas decían en las iglesias y otra, muy distinta, lo que los hombres hacían fuera de ellas. Pero, sin él quererlo, algo por dentro le anunciaba que detrás de todo este tinglado terreno existía un mundo más equilibrado y justo en cuya puerta un ser, de aspecto semejante al cura de las barbas, examinaba con mirada prolija y minuciosa las hojas de servicio de todos los hombres. Allí cada cual obtenía lo que había merecido conforme a un criterio altruista, equitativo y compensador.

Sebastián meneaba la dolorida cabeza en la oscuridad. No quería pensar en esto. No quería hacerse ilusiones; los duros reveses sufridos le demostraban que nada hay tan flébil y triste en la vida como una ilusión reventada sin florecer.

Solía levantarse cansado y aturdido, como después de una noche de juerga. Sin el menor estímulo se lavaba, se vestía y marchaba a los Almacenes. Todo seguía igual por allá. Don Saturnino, con los dedos pulgares

introducidos bajo el chaleco, junto a los sobacos, vigilaba la máquina que tan expertamente había puesto en movimiento; don Arturo continuaba haciendo progresos en su habilidad mercantil y su fondo fenicio iba aquilatando, con matemática precisión, la llegada del momento en que su vitalidad comercial constituyera una corriente propia, desglosada y autónoma; Martín y el probador continuaban en magníficas relaciones, y las numerosas clientes caían en «el bote» tan pronto como aquél se lo proponía; los hermanos rubios hablaban los lunes, los martes y los miércoles del partido celebrado el domingo anterior, y los jueves, viernes y sábados hacían cábalas sobre el que se avecinaba. Entre todos ellos discurría la sombra deprimida de Manolo, a cuya mujer había arrancado un pezón la avidez lactante de su pequeño, ya tan fuera de peligro que podía, incluso, poner en peligro a los demás. (Imaginó Sebastián, al enterarse de este nuevo contratiempo de Manolo, que el alma del pequeñín estaría tintada de amarillo por su pecado de gula, como lo estuvo un día, dos semanas atrás, el alma de la señora Zoa). Y, como una constante de la maldad de los hombres, Emeterio, husmeando siempre la posibilidad de rebajarle y zaherirle, movido sin duda por la corrosiva envidia de saberse postergado en el establecimiento.

Sebastián atendía su zona con febril dinamismo. Por nada del mundo hubiera consentido que su inquietud espiritual mermase su capacidad de trabajo tan generosamente contratada por el señor Suárez. Se movía entre sedas, terciopelos y percales, y llegó a establecer, a fuerza de girar siempre entre sus preocupaciones y aquellas piezas, una relación marcadísima entre los estados del alma y las características de los tejidos.

Lo único que alentaba en estos días a Sebastián y le permitía desentenderse un poco de sus amargos problemas interiores era su ardiente y callado amor por Irene. Presentía que, aunque se empeñase en ello, no podría olvidarla. La sola evocación de su persona bastaba para desequilibrarle el corazón, atropellando la sangre en sus aurículas y ventrículos. Cuando ella entraba en los Almacenes, la víscera redoblaba como un tambor. (Sebastián se asombraba de que aquellas palpitaciones casi dolorosas no se manifestasen, no se oyeran en varios kilómetros a la redonda). La observaba silencioso y apasionado desde su rincón, absorbiendo, arrobado, el timbre cantarín de su risa, el tono indistinto de su cabellera, la euritmia y la ponderación de aquel cuerpo flexible y armonioso. Mas ella no reparaba en esta secreta adoración. Coqueteaba inconscientemente con don Arturo o gastaba bromas incruentas al señor Suárez. Con los demás apenas si cambiaba una palabra, aunque les sonreía pródigamente al entrar y al salir con una expresión de simpática

camaradería. Su presencia encalabrinaba a sus compañeros, que se emperraban en ver en ella el arquetipo del excitante carnal. A Sebastián esta reacción instintiva le asqueaba y aumentaba su pesadumbre. Él había hecho de Irene, de su mudo amor por ella, una especie de culto que, a su propia observación, lo dignificaba y enaltecía.

Pero, frecuentemente, constataba su impotencia, la debilidad de sus recursos humanos, y, en esos casos, le brotaba desde dentro como una rebelión sorda y expansiva que le conducía a la penumbra de la trastienda junto al insensible maniquí atiborrado de serrín, *[y allí se solazaba tentando sus curvas, estrechándole contra sí, en un impulso vehemente y estéril, inconfesado, de encelar a la bella Irene. Luego, apenas consumada la vergonzosa acción, Sebastián experimentaba una repugnancia nauseabunda, se prometía no volver a visitar al polvoriento pelele, dejarlo allí olvidado y muerto hasta que las modas y la costumbre volvieran a reclamar su presencia en los escaparates. Pero su propósito de enmienda duraba poco. Pasaba él por una época de vacilaciones, de hondos baches espirituales, de una vacía y vertiginosa depresión moral, que enervaban sus decisiones, sometiéndole a una conducta pendular y contradictoria. La vista de Irene reforzaba sus buenos sentimientos, no excitaba su carne como les ocurría a Martín y a los dos hermanos rubios, pero tras su visita, la conciencia de su relegación social, de la inutilidad de su amor, le impulsaban al pecaminoso contacto con aquel ser inerte de inmutable expresión que yacía entre las puntillas y encajes amarillentos de la trastienda. A veces imaginaba que aquella acción rastrera y vil era el desahogo físico de la imposible posesión de Irene].* Se preguntaba si no buscaría efectivamente en aquel muñeco sin sangre, sin sensibilidad, un sustitutivo de la beldad animada y viviente, inasequible a sus posibilidades.

Los días que Irene visitaba los Almacenes, Sebastián encontraba todo más triste y anodino que de ordinario. Los tenderetes de la Plaza del Mercado, colmados de encajes, botones, automáticos, herretes y horquillas, se le antojaban mudas expresiones de la mediocridad humana, lo mismo que los puestos ambulantes de castañas y frutas secas y la ampulosa oratoria del «doctor cubano». Respecto a éste, Sebastián había perdido toda su antigua fe en él. Recordaba su consulta en días pasados y la rotunda seguridad con que la adivinadora le afirmara «la fidelidad de pensamiento, palabra y obra» de la Aurora. Él sabía, ahora, que ambos formaban una pareja de soberanos farsantes que vivían de explotar la buena fe y la credulidad de sus prójimos. Muchas veces Sebastián se sintió tentado de chillarle esto en la cara, en plena

Plaza del Mercado, mas su timidez connatural mitigaba sus deseos y había de contentarse con sabotearles solapada y clandestinamente, derramando de oído en oído la especie de que el doctor y su compañera eran dos redomados embusteros.

En estos días en que su retina llegaba cargada del resplandor fulgurante de Irene, su casa se le aparecía más sombría y destartalada que nunca. El polvo y las pelusas se amontonaban en los rincones y los cristales de los balcones exhibían una extraña opacidad, fruto de la mugre acumulada en su superficie. La sebosa cazadora militar de Aurelia y los pingos llenos de lamparones que cubrían a medias la mesa camilla le imbuían una oscura sensación de podredumbre e impotencia. Sin embargo, cada día que pasaba se le hacía más difícil soportar el silencio de su hogar y la enconada hostilidad que encubría este silencio. Él hubiera deseado que la ruptura con la Aurora no aportase consecuencias perniciosas para su pequeño mundo. A punto fijo no sabía discernir sus sentimientos hacia su madre, pero desde luego prefería sus gritos desgarrados y aguardentosos, sus reacciones efervescentes y desabridas, a este silencio mortal, a este distanciamiento incomprensible entre seres consanguíneos que alientan y viven bajo un mismo techo.

Por esto Sebastián husmeaba de continuo la manera de llegar a un entendimiento con Aurelia, y un día, quince después de la ruptura con Aurora, se le presentó una oportunidad de esclarecer este problema y él la aprovechó concienzudamente, constreñido por el temor de que esta distensión doméstica degenerase en una situación grave.

Don Saturnino les anunció, un sábado, que en la mañana del lunes despacharían en los Almacenes género blanco sin otro requisito que la presentación de la cartilla de racionamiento. Ellos podrían retirar subrepticiamente lo que les correspondiese, pero se lo anunciaba para que advirtiesen con tiempo a sus amistades. Sebastián apreció esta noticia en todo su valor y, mentalmente, hizo el propósito de sacar de ella el mayor partido posible. (El género blanco escaseaba desde la guerra y lo poco que había, y cuando lo había, alcanzaba precios fabulosos).

Aquella mañana llegó a casa a comer como de ordinario. Aurelia sorbía la sopa con ruidosas aspiraciones y, de cuando en cuando, emitía un siseo sutil por entre los intersticios de los dientes. Al fin, en el instante en que Aurelia se limpiaba los labios con el envés de la mano, Sebastián balbució:

—¡Ah, se me olvidaba! Pasado mañana daremos género blanco en los Almacenes a precio de tasa.

Quedó aturdido. Su voz había resonado como una bomba comprimida en la habitación y notó que la pequeña Orencia se estremecía de ansiedad. Aurelia aparentó no escucharle, pero, inmediatamente, interesada por el significado trascendental de la noticia, se volvió a Sebastián e inquirió con fingida indolencia:

—¿A cómo?

Sebastián suspiró profundamente. La muralla comenzaba a ser expugnada.

—No sé a qué precio vendrá marcado, pero desde luego barato.

—Y, ¿cuánto dais?

—Cinco metros por cartilla.

Respondía Sebastián apresuradamente, casi sin dejar que su madre terminase de formular la pregunta. Quería, a toda costa, imprimir al diálogo una fuerza mínima inicial para que no languideciera antes de haberse roto el hielo por completo, antes de dejar asentada para lo sucesivo una atmósfera, al menos, de superficial cordialidad. De aquí que, al advertir el silencio de su madre a raíz de la última pregunta, prosiguió, atropellándose:

—Por de pronto, yo podré traer a casa todo lo nuestro, lo que nos corresponda por las tres cartillas: quince metros. Pero vosotras —dijo «vosotras» con intención, deseoso de envolver a la pequeña en aquella incipiente corriente de efusión— podéis avisar a vuestras amigas para que vayan pronto; yo las atenderé. Además, es fácil que se forme cola, y así no tendrán que aguardar.

El género blanco tuvo la extraordinaria virtud de disolver en un instante el enfurruñamiento de Aurelia. (La posibilidad de recorrer el barrio anunciando la primera la grata nueva suponía, para una mujer, un privilegio excepcional).

Por la noche pidió nuevos datos y detalles a Sebastián, y así, de una manera casi imperceptible, volvieron a la normalidad las relaciones entre madre e hijo.

En cuanto a la niña, las cosas se encauzaron una noche, dos días más tarde. Sebastián se había acostado ya, cuando se oyó en la casa uno de aquellos frecuentes gritos angustiados con que la Orencia daba salida de su cuerpecillo a sus supersticiosos terrores. Sebastián se tiró de la cama y corrió hacia su cuarto. La niña se revolcaba en la cama, boca abajo, dando gritos incoherentes.

—¡Un ojo horrible!… ¡Ahí, ahí… en el balcón! ¡Es un ojo marrón muy brillante! ¿No lo ves? ¡Ahí… ahí mismo, en el agujero!

Sebastián miraba en derredor desorientado, como siempre que atacaba a la Orencia una crisis nerviosa. Se sentó al borde del lecho y pasó a su hermana

un brazo por la espalda. El contundente contacto con los huesudos hombros de la niña le estremeció.

—Vamos, Orencia, no hagas caso, ya estoy yo contigo, ¿no me oyes? Ahora vas a dormirte como una niña buena, ¿verdad, bonita mía?

La estrechaba contra sí en un impulso concentrado de ternura. Las lágrimas le temblaban en los ojos al sentir que la Orencia se dejaba estrujar dócilmente, sin oponer la menor resistencia. Él prosiguió:

—Esas historias de los ojos son tonterías, ¿no es cierto, pequeña?

Se incorporó ella instantáneamente:

—¡Oh, no, no son tonterías! ¡Lo he visto bien claro, Sebastián! Estaba ahí, ahí —señalaba el agujero redondo de la contravidriera por donde saliese un día el tubo de una estufa—, con una horrible expresión de loco…

—Sí, tonta, pero ya no está, ¿no lo ves? Sería algún curioso que pasaba por la calle. No debes asustarte, cariño mío. Ya se ha ido, tú misma puedes verlo. ¡Anda! Échate otra vez, así. Verás qué bien vas a dormir ahora. Yo me quedaré contigo un rato, hasta que te serenes. Y mañana te taparé ese boquete con una hojalata. Así no volverás a tener miedo nunca, nunca…

Los sollozos histéricos de la niña habían amainado, pero sus hombros huesudos estaban fríos como el mármol. Aquella noche no había corte de luz, y la lamparita débil que lucía a la cabecera de la cama ayudaba a Sebastián a tranquilizar a la pequeña. Hizo un esfuerzo para añadir:

—Además, quiero que me perdones por lo del otro día… cuando te pegué. Me pusiste furioso, ¿sabes? Pero estoy muy arrepentido de haberte golpeado. Fue un pronto, ¿comprendes? Pero yo te prometo, cariñito mío, que aquello no volverá a repetirse.

La Orencia gimoteaba y, de vez en cuando, emitía un ronco e irreprimible sollozo. A Sebastián le movió una espontánea piedad por ella al girar sus ojos por la habitación. Fuera del catre, un armario sin fondo, desvencijado, la mesilla de noche y una silla de paja, no se veía otra cosa que las paredes desnudas, agrietadas y llenas de desconchones. La Orencia le miraba ahora suplicante.

—Pero no te casarás con la Aurora, ¿verdad?

La estrechó nuevamente.

—No, mi niña; eso ya pasó. Ahora seguiré viviendo siempre contigo y, cuando seas más mayor, la que se casará serás tú con un hombre muy guapo y muy rico. Y yo iré a comer a tu casa los domingos. Me darás paella y solomillo y, después de comer, jugaremos los tres al parchís alrededor del brasero.

—Eso no, Sebastián. Tú sabes que yo no me voy a casar nunca.

—¿Por qué, cariñito? Tú te casarás, claro que te casarás, y habrá muchos hombres que se peguen por que tú los quieras. Ya verás: yo te regalaré bonitos trajes, y a la salida de misa, los domingos, todos los muchachos querrán pasear contigo.

La niña curvó los labios en un rictus de amargura.

—A mí no me querrá nadie, ni yo tendré nunca trajes bonitos. Tú lo sabes de sobra, Sebastián.

Se inclinó él hacia ella.

—No seas tonta, mi niña. Desde hoy todo va a ser distinto. Tú vas a divertirte mucho, ¿sabes? Bajarás a jugar a la calle todos los días con otras niñas de tu edad. Tienes que tomar el aire y el sol y jugar, jugar mucho. Así te pondrás muy alta y muy guapa y todos te envidiarán y te querrán.

La sonrisa de escepticismo de la Orencia le heló la sangre en las venas.

—A mí nadie me quiere para jugar con ellos. Se ríen de mí… de mí y de todas nuestras cosas…

«De todas nuestras cosas». Sebastián evocó la facha de su padre, el pedicuro, la suya propia, sus amores con la Aurora, la triste fama de borracha de la Aurelia, y comprendió que las niñas de la edad de Orencia tenían un material inagotable para la mofa antes de llegar a un entendimiento mediante las tabas, la comba o el diábolo.

—No te preocupes, anda. Ahora quiero que te duermas y que no pienses en nada. Todo lo arreglaremos. Ya verás como todo lo arreglamos a su tiempo. Ahora debes dormirte tranquila, ¿me oyes, pequeña? Ninguna cosa hay tan importante como para que tu cabecita se preocupe por ella. Ya somos amigos, y ahora debes dormir tranquila, muy tranquila, ¿oyes, pequeña?… Tranquila… muy tranquila…

Sebastián se había enderezado y repetía maquinalmente las palabras «tranquila… muy tranquila», cada vez en tono menor. Aproximó cuidadosamente la mano a la llave de la luz y la apagó. Luego salió de puntillas del aposento, musitando aún: «Tranquila… tranquila… muy tranquila…».

La noticia se difundió con la violencia de un cañonazo. Todo el barrio conocía a la Germana, y su espeluznante fin dio nueva oportunidad de cotilleos y comentarios en torno de las camillas, a la puerta de la iglesia, en las tabernas y en la cola del cine. Las misteriosas circunstancias que concurrieron en la muerte de la Germana prestaban un incentivo desusado a las conversaciones. La Germana estuvo el domingo último en el baile y nadie advirtió en ella la menor anormalidad. No obstante, la Germana estaba ya de siete meses, y en la noche del lunes al martes, inopinadamente, se presentó el parto. La chica era soltera, y, conforme al plan que previamente se había trazado para ocultar su deshonra, no

despegó los labios ni derramó una sola lágrima en el curso de las ocho horas interminables que el chico tardó en abrirse camino. A las seis en punto de la mañana la Germana dio a luz un niño sietemesino, lo envolvió en una manta y, sin hacer demasiado caso de la hemorragia que la desangraba, inició el camino del almacén de sacos que su padre tenía en la planta baja. *[Pero la criatura, como si presintiese su negro destino, comenzó a berrear con todas sus ganas al atravesar el vestíbulo. La Germana aceleró el paso, apretó el bulto contra sí y, una vez en el almacén, prendió un cabo de vela que ya tenía dispuesto para el caso, hizo tiras de un saco y ahogó los vagidos del pequeño rellenándole la boca con los trozos de esparto. El niño se asfixió instantáneamente. Entonces la Germana lo depositó en el suelo, abrió apresuradamente un boquete en la gigantesca pila de sacos que se elevaba al fondo del almacén y allí introdujo el diminuto cadáver. La Germana actuaba con irritante sangre fría, como si en vez de estar borrando las huellas de un hijo asesinado estuviera borrando simplemente las huellas de un leve desliz. Al día siguiente recogería el cadáver e iría a tirarlo al río, procurando no llamar la atención de nadie. Ella entonces se fingiría enferma hasta que se sintiese con las fuerzas recuperadas. Lo principal era deshacerse de aquel estorbo, que era lo único que podía crearle complicaciones]. Una voz trepidante, inopinada, cortó bruscamente el curso de sus movimientos.*

—¿Qué haces ahí a estas horas, condenada?

La Germana comenzó a temblar. Cuando volvió la cabeza divisó a su padre en lo alto de la escalera, en tirantes, con el pelo revuelto y sosteniendo en la mano una palmatoria. [El señor Amando, padre de la Germana, tenía un sueño sutil y entre cabezada y cabezada le parecía haber oído llorar a un niño o maullar a un gato. Se tiró de la cama decidido a investigar los motivos de aquellos vagidos insólitos. Y cuál no sería su sorpresa al descubrir a su hija, pálida y ojerosa, arañando en el montón de sacos con frenética premura. La Germana, al verse descubierta, perdió la serenidad y comenzó a llorar desaforadamente, como una loca, mesándose los cabellos y pidiendo perdón a voz en grito. Entonces reparó el señor Amando en el charco de sangre que rodeaba a su hija y le asaltó una idea que su razón se negaba a aceptar pero que le impulsó a descender de un salto los seis últimos escalones:

—¿Es que has…? ¿Es que has…? ¡Pedazo de p…! ¿Es posible qué…?

No le salían las palabras del cuerpo, atarantado por el inaudito y terrible presentimiento. Se acercó en dos saltos al montón de sacos, y tras unos segundos de ávida busca, extrajo a la infeliz criatura agarrándola por los pies].

Se frotó los ojos legañosos, miró en torno y añadió horrorizado.

—Pero… pero… ¿es esto posible, Dios de los Cielos?…

El señor Amando se negaba a admitirlo y miraba alternativamente a su hija y a aquel manojito de carne amoratada, rebelándose a establecer entre ambos, ni siquiera mentalmente, la menor concatenación. De repente, sin una palabra, soltó al chico y se dirigió hacia la Germana con todos los músculos crispados:

—¡Maldita! Pero ¿tú sabes lo que has hecho? ¿Sabes el crimen que has cometido, mala pécora?

[La Germana vociferaba implorando comprensión y perdón, pero el señor Amando la tenía ya sujeta por los cabellos y la pateaba con sus botas con inusitada crueldad:

—¡Ahora voy a enseñarte lo que has hecho! ¡Has matado una criatura indefensa, condenada! ¡A tu propio hijo! ¿Entiendes? ¡A tu propio hijo…! Mañana mismo tu padre te denunciará. ¡Y si es necesario te pegará dos tiros…!].

La Germana, debilitada por el parto, se desmayó a los primeros golpes. El señor Amando la dejó allí, abandonada y sin sentido, a dos metros de distancia del niño muerto. Cuando una hora más tarde, ya más sereno, regresó al almacén, lo primero que vio desde lo alto de la escalera fue la silueta movediza, proyectada por la palmatoria sobre el tabique de enfrente, de unas

piernas y unos pies agarrotados oscilando en el vacío; al inclinar el busto sobre el vano divisó a la Germana colgada de una viga por una cuerda hecha con tiras de saco.

Ésta era la versión que con leves variaciones de detalle circulaba por el barrio. Había quien decía que a la Germana la había ahorcado su padre, pero no debía de ser verdad, pues el señor Amando quedó libre desde el primer momento. Lo cierto fue que por tapar un pecado se cometieron otros dos mucho más monstruosos que el primero y que el barrio de Sebastián, ante un hecho tan infrecuente y plagado de aristas melodramáticas, se olvidó por completo de él y de su ruptura con la Aurora.

Con este olvido, y los armisticios firmados con Aurelia y la pequeña, Sebastián volvió a disfrutar de unos días de relativa tranquilidad. Las aguas retornaban a su cauce y las consecuencias de la riada no aparentaban ser tan fatales como en un principio imaginó. Sin embargo, a los tres días de suicidarse la Germana, Sebastián tuvo un sueño horrible que le sumió nuevamente en sus preocupaciones y quebraderos. Soñó con una mujer que a ratos era la Aurora y a ratos el insensible maniquí de los Almacenes. De todas formas era siempre un pelele aplomado y sin vida, colgado por el cuello, con una tira de encaje, de una de las viguetas de la trastienda. A sus pies cabrioleaba un hombre cuyas facciones oscilaban entre las del joven de la bufanda amarilla y las de Emeterio.

Tanto cuando era uno como cuando era otro, sus carcajadas resonaban con un matiz lúgubre mientras hacía cosquillas en los sobacos de la mujer colgada con un mondadientes rayado como la vara del metro.

En el fondo de la trastienda se apilaban unos sacos hechos con las piezas de colorines que figuraban en los estantes de los Almacenes y que constituían un conjunto abigarrado y detonante. Encima del montón había una criatura informe, colgada también de una vigueta por el cordón umbilical. Sebastián estaba allí, acurrucado en un rincón, sin atreverse a hacer ningún movimiento; pero, de repente, entraba furibundo don Saturnino injuriando al seductor de la bella Irene, cuyo hijo, por lo visto, era aquel que pendía del cordón umbilical, aun cuando había sido concebido en las entrañas del maniquí que guardaba las proporciones anatómicas de la Aurora. Todo resultaba muy confuso e irreal. La pequeña Orencia irrumpía detrás de él, suplicándole que perdonase la vida a su hermano, pero el señor Suárez se mostraba irreductible. De improviso la niña descubría los sacos de colores y, olvidada de todo lo demás, se embutía coquetamente en uno mientras se miraba en un espejo que se levantaba en un rincón y cuya superficie chorreaba mugre como los cristales

de su casa. Poco después irrumpía en escena Aurelia, muy rígida, ataviada con un traje largo y con una cola inmensa de género blanco. Se dirigía hacia el joven de la bufanda amarilla, quien le entregaba, pinchados en el mondadientes, tres billetes gordos, sin cesar de lanzar gruesas risotadas por ello. Aurelia, recibido el dinero, daba media vuelta y abandonaba la estancia, después de descubrir a Sebastián, trémulo en un rincón, y lanzarle una mirada despectiva. Don Saturnino siguió la dirección de la mirada de Aurelia y le vio también, acurrucado allí, y en ese instante sus labios se distendieron en una sonrisa sardónica y se le hinchó hasta adquirir unas proporciones enormes la vena de la frente. Se encaminó hacia él y cuando estuvo a su lado comenzó a patearle sañudamente con unas botazas inmensas, sembradas de tacos prominentes, como las usadas para jugar al fútbol. Al tiempo que lo pateaba le decía no sé qué alusivo a los «puntos negativos que se habían perdido por su culpa», y Sebastián, lejos de impetrar clemencia, vociferaba —¡él, que en su vida había asistido a una corrida de toros!— que respetase su integridad, ya que era taurófilo y «pepeluisista» por añadidura y que nada había tenido que ver con aquellos malhadados puntos negativos.

Entonces se despertó. Un silencio opaco le rodeaba y constató que tenía su liviano cuerpo empapado de sudor. El corazón le redoblaba con un frenesí análogo al que le estimulaba en presencia de Irene y tardó en discernir que aquel tictac sordo que le golpeaba los oídos desde hacía un rato provenía del despertador de Aurelia y no de lo hondo de su pecho. Jadeaba Sebastián como si la paliza recibida del señor Suárez fuese algo real. Permaneció unos minutos sin moverse, con los ojos muy abiertos, pretendiendo deslindar los objetos en la oscuridad. Luego se le representó con cruel exactitud la sucesión de imágenes que turbaron su sueño y sintió un escalofrío que le sacudía los nervios como un latigazo. Le dolía la nuca con intensidad y se colocó de lado para evitar la presión de la almohada. El corazón continuaba brincándole, insólitamente excitado. Inmediatamente pensó en la posibilidad de que la Aurora pudiese cometer una insensatez semejante a la de la Germana. Sus circunstancias eran exactas y resultaba factible imaginar que buscase la liberación de su vergüenza por unos procedimientos análogos. (Era muy frecuente, sobre todo en el barrio, que el honor perdido por un pecado intentase recuperarse con la comisión de un pecado mucho mayor). Esta idea lo aturdió. En el fondo de su ser se atribuyó un poco de culpabilidad y se desazonó aún más. Rebullía entre la ropa revuelta a punto de gritar, como la Orencia, para desahogarse de aquella tenaz presión que le oprimía los pulmones. Respiraba trabajosamente como si estuviese enfermo. «Bueno, si

lo hace, peor para ella. Yo no tengo la culpa de nada. Yo no he hecho nada. ¡No he hecho nada!», pretendía tranquilizarse. Pero no logró recuperar el sueño hasta que la primera luz de la amanecida irrumpió por las rendijas del balcón.

Al día siguiente le fue difícil contemplar a don Saturnino con los buenos ojos de siempre. Le veía airado, odioso con aquella risa sardónica y la prominente vena surcando su amplia frente. Parecía un San Ignacio vengador y cruel, un San Ignacio anterior a su conversión. Lo mismo le ocurrió con su madre y con la Orencia. Pero lo peor fue que a la noche siguiente se repitió la pesadilla con mordientes innovaciones. Era un proceso confuso y alborotado donde nada, ni personas ni cosas, guardaba la menor consecuencia. Las imágenes, encarnando ideas y conceptos, formaban un mundo caótico y desordenado, sin concatenación ni lógica en sus movimientos y reacciones. Mas todo giraba alrededor del maniquí suspenso de una viga, de la criaturita informe y amoratada, pendiente del cordón umbilical y de las botas de tacos golpeando brutalmente su vientre lacio y voluminoso. Sebastián se despertó de nuevo e intuyó que aquella pesadilla era como una advertencia. Había oído decir a Manolo que cuando se soñaba con muertos, a la mañana siguiente aparecía fatalmente un cadáver en la vecindad. Aquello le alarmó, acreciendo su desasosiego. Si los sueños eran avisos, Aurora terminaría sus días ahorcada como la Germana; todo por haberla abandonado él, cuando ella estaba persuadida de haber encontrado un padre para su hijo.

En las noches siguientes la pesadilla se repitió. Diríase que era el mismo terror de Sebastián al acostarse lo que implicaba su recalcitrante reiteración. Sebastián temía quedarse dormido, pues aborrecía aquel espectáculo viscoso y helado, que le sumergía en un clima espectral y ominoso donde sus nervios eran sacudidos por unos dedos invisibles, como las cuerdas de una guitarra, y su alma se poblaba de lúgubres vibraciones. De esta manera su resistencia física iba enervándose, se doblegaba azuzada por las macilentas imágenes. De día deambulaba como una sombra, sus ojos ribeteados por oscuras ojeras y la faz pálida y consumida. Sus brazos entecos semejaban nerviosos tentáculos de pulpo que reaccionaban como sacudidos por corrientes eléctricas. Llegada la noche, Sebastián se aterrorizaba, todos sus nervios se crispaban ante la dura disyuntiva de renunciar a dormir o someterse a la tensión agobiante de la implacable pesadilla.

Una tarde ventosa, en los últimos días de febrero, al regresar a su casa procedente de los Almacenes, una ráfaga de música de órgano alcanzó sus oídos en el momento en que una viejecita enlutada empujaba la puerta del

convento de los capuchinos. Sebastián se detuvo en medio de la calle y contempló con simpatía aquellos sólidos muros. De repente, sin vacilar, cruzó la calle y se zambulló en el convento. Una vaharada de indecible paz le envolvió. Apenas cuatro viejecitas enlutadas se sentaban en los bancos y rezaban como si lanzasen al aire interminables rosarios de besitos. En el altar lucía la candelita azul como el aliento de un alma virgen. De cuando en cuando la insignificante lamparita arrancaba del soberbio retablo unos deslumbrantes reflejos de oro. En el coro sonaba modulada y hueca la música del órgano, ensayando la misa de once del próximo domingo. Todo emanaba una apacibilidad sedante, mansa y confortable.

Sebastián se santiguó con agua bendita y le pareció que sus nervios y músculos se relajaban con aquel húmedo y breve contacto. Sus pisadas resonaban en el pausado ambiente y terminó caminando de puntillas para evitar los dilatados ecos que rompían el estático reposo de los hombres y las cosas. De nuevo se le antojaba que se hallaba muy lejos de su barrio, a cientos de miles de kilómetros, al margen de sus vicios y pasiones. Se le hacía, de repente, que la Iglesia, el Cristianismo, todo cuanto en el mundo existía de religioso y espiritual se recogía allí, en aquella gigantesca pausa circundada de piedra, en aquel quieto y tenebroso convento donde sólo trascendían los suspiritos de las cuatro malolientes viejas postradas ante la divinidad.

Sebastián se arrodilló. Las miserias e iniquidades de su barrio, de la ciudad entera, su propia turbación, el recuerdo de la Germana y la hirviente pesadilla que le atormentaba aquellos días se desplazaban a un plano inasequible y lejano. Las moduladas inflexiones del órgano le entraban profundamente, ocasionándole la extraña impresión de que le cepillaban por dentro con un cepillo de plumas. Había dejado caer la cabeza sobre los brazos y un sollozo le subió a la garganta. Entonces experimentó la imperiosa necesidad de ver y hablar a aquel cura de las barbas. Sintió dentro de sí un algo trascendente y vago, una especie de niebla viva y fugaz que aligeraba la pesadez de sus miembros. Y recordó de pronto la bocanada de aliento blanco que brotara de los labios cárdenos de la señora Zoa en el instante de expirar. Los insomnios de aquellas jornadas, los zumbantes dolores de cabeza, el torbellino espiritual en que se debatía no existían ya en él, aparentaban disolverse caldeados por aquella brizna de luz azulada que brillaba en el altar.

Penosamente se incorporó Sebastián. Era muy rara la sensación que le acuciaba; era como la constancia de una realidad espiritual de que había dudado, que se había negado a admitir y que ahora, repentinamente, le conmovía con una ternura inexplicable. Anduvo vacilante hacia el lugar que

ocupaba la vieja más próxima. Ya a su lado, la vio estremecerse al escuchar de sus labios el inesperado y tenue susurro:

—Todos los padres de aquí tienen barbas; si no me da usted otros detalles…

A la vieja le había disgustado la interrupción de sus oraciones y le respondió en tono desabrido, pero Sebastián no estaba dispuesto a dejar escapar la oportunidad:

—Sí, señora; le daré más detalles. Predicó aquí, desde ese púlpito, hace cuatro domingos. Hablaba del alma y del cuerpo, ¿comprende usted? Decía del alma que es un negocio importante… El negocio más importante…

—El padre Matías. ¿No tenía una verruga aquí, en la mejilla derecha? —atajó, rápida, la anciana.

Sebastián vaciló:

—No me fijé, no le puedo decir; está esto tan oscuro…

—El padre Matías es quien predica aquí los domingos por la tarde. Pregunte usted por él allí.

La vieja retornó a sus impacientes rezos, después de señalarle la misteriosa puertecilla a la derecha del altar. Sebastián caminó de puntillas hacia la puerta. Al aproximarse al altar aumentaban de tamaño las figuras del retablo y se oía crepitar la candelita. Abrió la puerta y su cabeza rozó con una cuerda pendiente del techo. En un visible letrero, sobre el muro, decía lacónicamente: «Llamad». Sebastián tiró de la cuerda y la voz estridente y alegre de una campana lo asustó. A poco surgió de las tinieblas del corredor un cura con unas barbas enmarañadas y unos ojos extraordinariamente móviles y vivarachos. Unas cejas como las cerdas de un escobón, negras y en punta, los protegían.

—¿Qué desea usted?

—El padre Matías, si me hace el favor… Querría… querría hablar con él.

—¿Confesarse?

El cura era de un laconismo tan acentuado como la advertencia del muro.

—No, no… hablar con él un momento… Nada más.

—Espere fuera, tenga la bondad.

Sebastián regresó al templo y se sentó allí, en uno de los largos bancos laterales. Sus piernecillas pendían en el vacío, pero por primera vez en la vida no experimentó vergüenza de su mezquina estatura. Sin embargo, advertía de pronto que no tenía nada que contarle al padre Matías; es decir, había mucho que confiarle, pero Sebastián sintió repentinamente una irreprimible avaricia de sus confidencias. Estuvo a punto de echar a correr y dejar plantado al

padre, pero una inconcreta sensación de serle conveniente aquel paso le animó a perseverar en su espera.

A los diez minutos oyó pasos blandos en el corredor y los goznes de la puerta claveteada gimieron al abrirse ésta. Sí, era él. No había duda. La inconfundible silueta del muro estaba allí, ante él, hecha carne y vigor.

—¿Preguntaba por mí?

A Sebastián le parecía que el convento entero, en una lluvia mortal de pedruscos amorfos, se desplomaba sobre él. Se levantó.

—Sí… sí, padre… Era que… querría… es sólo un momento, ¿comprende?

Le hipnotizaba aquella verruga sobresaliendo de la pálida tez; redonda, húmeda y brillante como una diminuta boñiga; la verruga y las bocamangas enormemente abiertas de la sotana que, con sólo mirarlas, le hacían tiritar de frío:

—Deseaba… pero a lo mejor le he quitado a usted de sus ocupaciones, padre… y… y…

—No se preocupe, hijo. Quiere que charlemos un rato, ¿no es eso? Venga conmigo.

Tenía una mirada absoluta y firme el padre aquel. Sebastián comprendió que aunque hubiese conseguido ponerse frente a él cuatro domingos atrás, no se hubiera atrevido a exponerle uno solo de los argumentos contrarios a sus afirmaciones. Atravesaron la amplia nave y el padre Matías se sentó en un rincón oscuro, en la parte posterior del templo.

—Venga, siéntese a mi lado y no tema nada.

(Le había cogido una de sus horribles manos, achatadas y deformes, y Sebastián experimentó el calor de su sangre a través de la piel. Le acuciaron unas invencibles ganas de llorar al sentirse protegido, envuelto en un desconocido hálito de afecto. Y lloró, al fin, lloró durante un rato, con unos sollozos densos y contenidos, apoyado contra el áspero hombro de aquel cura de las barbas contra el que, días atrás, le había empujado una rebeldía indómita. Según lloraba, conforme su frente golpeaba convulsivamente el hombro del fraile, se convencía de que el alma existía, de que era una verdad portentosa que la carne no era suficiente para ocultar. Al fin se serenó. La voz del cura a su lado le acariciaba interiormente).

—Dime, hijo, ¿qué es lo que te ocurre?

Sebastián ignoraba cómo empezar. Balbució torpemente algunas palabras, y luego, casi sin darse cuenta, se encontró hablando y hablando, con una

fluidez desusada, descongestionándose, sintiendo, por vez inicial en su vida, el desahogo de la confidencia:

—Yo le oí a usted un domingo, padre… decía… Hablaba del alma. El alma es lo primero para ustedes. Usted decía que el alma es lo fundamental, lo primero para un cristiano. Yo… a mí… hay cosas en la vida que no se explica uno, padre. Todos los que nos rodean son cristianos y, sin embargo, no se preocupan de cumplir como cristianos. Hay muchos pecados por ahí fuera, padre, muchos más pecados de los que usted se figura. Ninguno cumplimos como debemos. El alma es hoy un trasto y nadie se preocupa de ella mientras tiene salud. Luego sí, padre, por si acaso… Todo esto… esto es muy extraño, ¿sabe? Y…

—¿Dudabas del alma, hijo?

La verruga del padre Matías se dilataba al hablarle. Sebastián la contemplaba fascinado, agradeciendo a Dios aquel fenómeno epidérmico del fraile, ya que mirándole a los ojos profundos y graves no hubiera acertado a expresarse.

—Todo está lleno de miseria, padre. A la gente sólo le preocupa el dinero, la comodidad y… y… bueno, las diversiones.

Ahora el cura se golpeaba la palma de la mano izquierda con el índice de la derecha.

—¿Y vas a dudar, hijo, porque los buenos y los honrados sean pocos? Todo lo perfecto o casi perfecto escasea, pero no quiere eso decir que no exista. La belleza en los hombres y en las cosas, el equilibrio, es muy difícil de encontrar, ¿no es cierto?

Sebastián asentía con la cabeza. El fraile prosiguió:

—Los hombres se hostigan y se matan por el dinero, tienes razón. Se querellan, se insultan y se mofan unos de otros. Todo eso es verdad, pero no prueba nada. La honradez y la dignidad del mundo es como el agua en un colador. —Se quedó un momento pensativo, como si su imagen fuera excesiva. Mas al instante continuó, ratificando su aserto con un golpe propinado con el dedo índice en la palma de la otra mano—: Sí, seguramente es así. La honradez humana es como el agua en un colador —repitió—; se escapa a chorros. Cada hombre que nace abre en él un nuevo agujero. Todo eso es cierto, hijo, pero no debe llevarnos a desesperar. Cristo sólo encontró doce apóstoles y era Cristo. ¿Qué hay de extraño que nosotros no hallemos en derredor ni siquiera doce justos? —Hizo otra pausa y durante ella la verruga se redujo a sus límites primitivos. Al menos a Sebastián le hizo este efecto. Las palabras del fraile iban calando en él, despertando en su pecho una vaga

ansiedad. Se figuraba Sebastián que la sensación que experimentaba debía de ser análoga a la de la tierra sedienta cuando, al fin, se la otorga el privilegio de empapar el agua de una nube—. Eso no impide —añadió el fraile— que existan almas nobles y honestas, más estimables y meritorias por su escasez. Su misión es bien clara, hijo, tan clara como abnegada. Esas almas deben darse prisa en tapar los agujeros que otras almas perdidas abrieron. Sólo eso podrá evitar que la humanidad pierda su dignidad íntegramente. ¿Me comprendes ahora?

Sebastián le miró a los ojos, dubitativamente:

—Creo que sí, padre. Pero entonces… entonces es necesario renunciar de antemano a la menor felicidad.

Sonrió el padre y la verruga tomó una forma ovalada:

—La felicidad no se encuentra donde tú crees. La felicidad está en la paz interior.

Sebastián estuvo a punto de dar un grito. Deducía, aplicando a su caso las palabras del cura, que logrando su paz interna, un sedante espiritual, terminarían para siempre sus congojas y pesadillas. Indagó tímidamente, con mal reprimida ansiedad:

—¿Y la paz interior, padre?

—La paz interior, en el orden de los instintos.

(Aquello no estaba tan claro para Sebastián. Quizá aquel hombre empleaba términos demasiado elevados para su rudimentaria formación intelectual. Intuyó, sin embargo, que sus devaneos con el maniquí de la trastienda, la borrachera del día de su ascenso eran «instintos desordenados», e «instintos desordenados» eran también los que empujaban al señor Sixto a amasar ilegalmente una fortuna, al recluta a conducir a la marmota a las afueras, a la Germana a matar a su hijo, a Hugo a vivir con una furcia y a los mozalbetes del barrio a las escandalosas insinuaciones gráficas que decoraban las paredes de su portal).

El padre Matías le miraba con sus ojos escrutadores, como si siguiera paso a paso, con todo detalle, la evolución de sus pensamientos. Sebastián se sentía, de improviso, trascendente, sujeto a una misión insospechada y de dilatadas perspectivas. El fraile se levantó y él se puso de pie a su lado.

—Se acerca la hora de nuestros rezos, hijo. Voy a dejarle. Acuda aquí cuando le venga en gana. Y no lo olvide: es el alma lo que merece toda nuestra atención. No le importe ser un incomprendido en este mundo de bajas pasiones. Las demás almas nobles le comprenderán a usted. Y eso es lo

importante. Recuerde que la carne es sólo una pella de barro y el alma el soplo de Dios. Hasta otro día, hijo.

(«Una pella de barro y el alma el soplo de Dios», se repetía Sebastián. Y al pensar en sí mismo, en Hugo, en la Germana, en el señor Sixto y en los mozalbetes de su barrio, se figuró a un ejército de muñecos de arcilla, grotescos y amorfos, desafiando paladinamente la omnipotencia del Creador. Aquello era la ruin, la ciega, la impasible rebelión del barro).

Sebastián se quedó paralizado mirando la candelita lejana que ardía en el Sagrario. Boquiabierto vio alejarse al fraile y, cuando le quiso decir «adiós», desaparecía ya por la puertecilla de la derecha del altar. Tuvo que sentarse, impelido por el reciente conocimiento de su propia trascendencia. Se miró las manos y sonrió: «¡Bah, bah, barro asqueroso!», se dijo con un hilo de voz. (Y deseó muy vivamente reír con todas sus fuerzas, como hacía mucho tiempo que no se había reído).

Cuando abandonaba la iglesia volvió a tropezar con la devota de San Bruno. Se detuvo y la observó nuevamente. Todo se repitió como cuatro domingos antes. La muchacha se arrodilló, abrió los brazos en cruz e inició su pedigüeña retahíla:

—¡Oh, San Bruno bendito, escucha a tu sierva Isabel!… Te ruego, San Bruno, por mi madre, por mi padre, por mis abuelos y por mis hermanos… Sobre todo por mi hermano Benjamín, santo bendito, que es un redomado sinvergüenza. Protégele, San Bruno, y haz que vuelva sus ciegos ojos a ti… También, San Bruno, te pido por mis tíos y por el novio de Estefanía… Haz, santo bendito, que ninguno se muera nunca… pero nunca, nunca, nunca, ¿oyes? Que todos nos conservemos siempre en la tierra para alabarte y bendecirte. Pero siempre, siempre, siempre, y todos, todos, todos, ¿oyes?… Te pido, San Bruno…

Sebastián salió a la calle. El viento impetuoso le despeinó y le pareció que arrancaba de cuajo de su cabeza todas sus congojas y pesadumbres.

Capítulo XI

Sebastián apreciaba que aquel cambio que durante veinte años anhelase cada mañana al despertar se había producido en su interior casi sin darse cuenta. Al lado de esta honda transformación nada significaba su ingreso en los Almacenes, el rápido ascenso a dependiente, las fugaces relaciones con la Aurora… Esto no eran más que facetas de un mismo prisma que reverberaban la luz de un modo diverso sin que la génesis de esta luz se modificase por ello; los reflejos eran distintos, pero la luz era la misma. En cambio, ahora todo era diferente sin que, en apariencia, el curso de las cosas se hubiese alterado para nada. Comprendía Sebastián en estos días que el hombre porta dentro de sí el cromatismo de las cosas, que la trascendencia de un acto depende de nuestra conformación interior y no de las circunstancias superficiales que lo acompañan.

Por primera vez experimentaba la pujanza de un alma vitalizando su pobre carne; imprimiendo a su obtusa existencia un signo y dotándola de una concreta finalidad. Sus cavilaciones no concluyeron después de su entrevista con el cura de las barbas, pero sí sufrieron una absoluta metamorfosis y dejaron de ser las lancinantes pesadillas que le aguijoneasen hasta entonces. En los días y noches siguientes a su visita al convento, Sebastián reflexionaba en todo lugar y a cualquier hora. Para él significaba mucho saberse portador de un alma que era susceptible de pulirse y perfeccionarse. «El cuerpo no se elige —se decía— pero el alma sí; cada uno hacemos de nuestra alma lo que nos apetece que sea». Y este convencimiento constituía el cimiento de un proceso cerebral que acababa llevándole a regiones absurdamente irreales, sin que su imaginación admitiese límites ni topes estranguladores que chafasen en flor sus anhelos de felicidad.

Para él suponía un deleite inconcreto cuidar del alma recién descubierta. Ponía en ello una meticulosidad inefable, como si en vez de vigilar el desarrollo de un alma se tratase de sacar adelante una docena de patitos recién empollados. Todos sus actos y proyectos convergían en esa escueta finalidad. Un afán concienzudo por extraer su espíritu de la atonía en que había estado sumido le espoleaba, le animaba a buscar obstáculos que salvar y contrariedades en que fortalecerlo. Su propia imperfección corporal era un incentivo más en el camino propuesto… Él acostumbraba a decirse que su torpe y desairada constitución era un vicio de origen que se vería forzado a

arrastrar aunque viviese mil años. El carácter ineluctable de su deformidad le deprimía, cuando pensaba en ello; pero de repente todo cambiaba por completo. La persuasión de que por debajo de su piel se escondía un algo intangible, mucho más valioso que el mismo cuerpo, le imbuía de una suave emoción y una ternura infinita; era una emoción semejante a la que invade a los hombres al enterarse de la prolongación de su ser en un hijo recién nacido. Aquella alma, cuya presencia sentía dentro como un blando aleteo, podía ser como una nube de blanco algodón, un retazo de fina niebla que se adaptaba a las paredes internas de su cuerpo, o una llamita tenue, azul y crepitante como la candelita que ardía perennemente en el altar de los capuchinos. Su contextura no le desazonaba. A veces pensaba también que el alma era un globo muy blanco e inflado, sin contornos evidentes, al que los pecados, como saquillos macizos de lastre, encadenaban a la ruindad de la tierra; bastaría liberarle de ellos para que el alma, desgajada y libre, se remontase airosa y rauda hasta un reino lleno de luz donde no se conocían el odio, las bajas pasiones ni la miseria.

A Sebastián no se le había ocurrido dudar de la existencia del alma, aunque tampoco reparase nunca en su trascendencia. Acostumbraba a ver que el alma, para los hombres, no significa una rémora, ni siquiera un motivo de preocupación. Los humanos vivían su vida sin darle excesiva beligerancia y esta postergación cundió en él, haciéndole pensar que el alma no debía de ser, en verdad, demasiado importante. Al morir los hombres, sí. Entonces llamaban apresuradamente al cura para que pasase sobre la carroña acumulada en sus espíritus la húmeda esponja de la absolución, que todo lo borraba. Lo hacían con un asomo de temor supersticioso, removidos interiormente por el vago recuerdo de los días infantiles, cuando sus madres y sus maestros les inoculaban la idea del odio al pecado mortal. Entre la infancia y la muerte los pecados se acumulaban en una gigantesca pira que no sacaba al hombre de su indiferencia. Algunos iban los domingos a misa. En realidad era un sacrificio que costaba bien poco. Otros ni eso. Eran coleccionistas de pecados de todos los colores y matices. Mas, cuando la oscuridad inviolable de la tumba amenazaba con zamparse bonitamente sus cuerpos, unos y otros se acordaban de improviso de la posibilidad de una vida posterrena y llamaban al párroco a grandes gritos. Sebastián pensaba, cuando se enteraba de alguna de estas conversiones *in extremis*, en un momento en que todos los hombres eran buenos, que mejor le hubiera ido a él viviendo siempre en un mundo de moribundos que no tener que convivir con seres ahítos de una atormentadora vitalidad.

Esta indiferencia de su barrio, de la ciudad entera, por todo lo que no fuese tangible y evidente arrinconó en Sebastián toda inquietud espiritual. Él no era de los que dejaban hasta la misa, pero su alma le costaba bien pocas cavilaciones y no era, desde luego, de esos expertos catadores de la buena conciencia que se confesaban con frecuencia periódica, aunque en cada período volviesen a caer en unos mismos pecados. Sebastián advirtió desde niño que el alma, su integridad, no hacía vacilar a nadie a su alrededor, y creyó que cuando los hombres se comportaban así sería porque aquello no merecía la pena. Pero, de pronto, la muerte de la señora Zoa, primero, las palabras del cura de las barbas, después, le despertaban a una idea nueva, mucho más humana y verosímil que la que hasta ahora había guiado sus pasos. El alma constituía una realidad simple, y del complejo humano era ella lo único fundamental. Él había visto en la vida muy pocos muertos. Apenas recordaba el cadáver de su padre yaciendo en un ataúd negro, del tamaño del de un niño, y últimamente el descarnado y enlutado de la señora Zoa. Pero al evocarlos ahora, experimentaba una sensación profundamente clara de que allí no quedaba apenas nada de su padre o de la señora Zoa. Eran unos amorfos pedazos de materia, un cárdeno montón de pienso para los gusanos. Aquella rigidez amoratada de los miembros, aquella mueca póstuma dibujada en el rostro con el postrer rechinar de dientes y el último movimiento muscular voluntario daban idea de que allí se había consumado un desligamiento, una recentísima escisión. De un lado quedaba aquel cuerpo, tieso y frío como un garrote; al otro, en una región inaudita e inasequible para los vivos, permanecería el alma durante un tiempo interminable. Aquello no era, pues, el sueño eterno, sino un eterno despertar.

Estos procesos mentales reavivaban en Sebastián la idea de perfeccionar su alma. Habituado a considerarse como un desecho humano sin posibilidad de modificación, acogió la oportunidad de pulir su alma con una secreta alegría. No, no tenía por qué ser siempre como había sido. Cabía hacerse un hombre completamente diferente, con una misión y un objetivo definido y escueto. El alma era lo primero y era el alma precisamente lo que le brindaba la ocasión de transformarse. «En un caballo —se decía—, puede ser su línea, la pureza de su sangre, lo primero; pero, en el hombre, lo esencial es el espíritu. Se es hermoso o feo involuntariamente; no se elige el cuerpo, como no se eligen los padres; pero para el alma, como para la esposa, siempre hay opción». Y, al meditar en estas ideas, mil veces repetidas en su cerebro, le estimulaban unas ansias desconocidas.

A menudo rememoraba su entrevista con el padre Matías. En esos casos, si tenía ocasión, se contemplaba largo rato en un espejo. Elevaba las dos manos a la altura de la cabeza y, al verse reflejado en la pulida superficie, sonreía e inmediatamente su boca se fruncía en una mueca de repulsión. «Esto desaparecerá un día. Volverá a fundirse con el barro de donde ha salido. ¿Qué importa que sea imperfecto e inarmónico? Al fin y al cabo soy menos barro que los demás hombres. Pero el alma… —le vibraba dentro una sacudida que, por un instante, le nublaba la imagen repetida por el espejo—, el alma es el soplo de Dios». Cerraba entonces los ojos y le parecía que un viento huracanado recorría todas sus vísceras; un viento huracanado y ululante que le hacía estremecer al permitirle sopesar su propia trascendencia.

Como raras veces ocurría, aquella tarde abandonaron en bloque el establecimiento. Hacía ya dos semanas que se acusaba cierta paralización en las ventas y don Saturnino andaba un poco consternado temiendo la llegada de la crisis. Se hablaba en la ciudad de que América enviaba algodón a bajo precio y los tejidos se abaratarían. Esta dudosa perspectiva bastaba para que muchos insensatos se abstuvieran de comprar, pensando, ingenuamente, que ocho semanas de paz serían más que suficientes para que la vapuleada economía mundial encontrase su equilibrio. El rumor, sin un fundamento cierto, circulaba de grupo en grupo, de boca en boca, y la gente experimentaba un júbilo colectivo imposible de contrarrestar. Los numerosos desengaños sufridos en los últimos tiempos no enervaban el mantenimiento de esta esperanza. Se soñaba con una era fácil y barata donde nadie careciera de nada y se olvidaran definitivamente los odios y miserias desempolvados por la guerra. Surgían canciones ligeras, esperanzadoras, que anunciaban la inminencia de una etapa mejor en la que la vida tornaría a discurrir por los suaves raíles de la normalidad. Los mozalbetes y las modistillas entonaban a voz en grito estas canciones cuando, aprovechando alguna festividad soleada, se desplazaban a merendar al campo o regresaban de él despeinados, sudorosos y llenos de polvo:

El año cuarenta y pico,
según dicen los profetas,
será el año de la paz,
volverán las vacas gordas…

Pero las vacas gordas, pese a los pronósticos de los autores de las coplas, no acababan de llegar, aunque se las aguardaba con impaciencia creciente. La guerra había concluido hacía más de medio año y no era difícil prever que, dando la vuelta a todos aquellos artefactos y maquinarias empleados durante seis largos años para destruir y aplicando las energías de todos aquellos hombres que habían estado matándose en las trincheras a una finalidad constructiva, la abundancia en todas sus manifestaciones no tardaría en caer sobre los hombros como una nueva lluvia de codornices. Los hombres como el señor Sixto temieron al principio. El fin de la guerra podía significar el fin de la especulación ilícita y de las ganancias abusivas. Cabía esperar que las vacas gordas que la gente esperaba con ansias incontenibles se trocasen para

ellos en vacas flacas. La peseta podría depreciarse, y en todo caso los hombres como el señor Sixto se apresuraban a colocar sus fortunas en bienes tangibles, bienes raíces las más de las veces, con el afán desasosegado de no perder lo que con tanta facilidad habían amasado. Pero pasaron los primeros meses después de la lucha y los más avispados comenzaron a entrever que sostener la paz era aún más costoso que sostener la guerra. Los pueblos de Europa estaban hambrientos y depauperados y, mientras la reconstrucción del continente no fuera un hecho, resultaba prematuro e insensato creer en las vacas gordas. Los hombres como el señor Sixto se tranquilizaron. De momento no había nada que temer. El grueso del rebaño no se avenía, en cambio, a hacerse a la idea de que la normalidad tardaría aún muchos años en volver a posarse sobre el mundo. Cada día se despertaba uno con una nueva ilusión y cada noche la ilusión se trocaba en un amargo desengaño. Pero el cúmulo de desilusiones y desengaños, de reveses y contrariedades, no conseguía matar del todo la esperanza general de que ya estaba al alcance de la mano la anhelada liberación de la implacable y mezquina tiranía de la cartilla de racionamiento. Unas veces era el rumor de la venta libre del pan, otras del aceite, otras de los garbanzos. Uno a uno estos rumores se extinguían sin haberse traducido en realidades prácticas. Mas pasadas unas semanas volvían a surgir aún más pujantes y vigorosos que antes, apoyados en las frases irrebatibles: «Ahora es seguro; lo sé de muy buena tinta…»; «Me lo ha dicho Fulano, que, como sabes, está en contacto directo con la Delegación de Abastecimientos y Transportes». A pesar de estas seguridades, los rumores se marchitaban sin ninguna consecuencia.

Ahora les había tocado el turno a los tejidos y la única novedad visible era aquel notorio detrimento de las ventas. El rumor pasaría y la crisis de ventas con él; pero, mientras tanto, los que regentaban algún negocio de esta especie se sentían devorados por los nervios y la amenaza de que la paralización se convirtiera en un mal endémico y ruinoso. El señor Suárez no se sustraía a esta preocupación general. Pasaba el día recorriendo la tienda a grandes zancadas, con las manos en la espalda y la barbilla desplomada sobre el pecho. Nadie se atrevía a hablarle. La vena de la frente, hinchada y retorcida, era un símbolo elocuente de su peligroso estado de ánimo. Con él, don Arturo retrocedía un gran trecho en el camino de la emancipación total. Tendría que esperar a que las cosas se asentasen debidamente antes de alzar el vuelo definitivo. Obrar con precipitación siempre había sido contrario a su lema. Llevaba quince años sometido al negocio de otro, esperando, y nada le

importaría avenirse a esperar quince años más. Lo primero era la seguridad del paso que acariciaba desde hacía tres lustros.

En los demás apenas repercutía el pesimismo de los dueños. Los hermanos rubios continuaban hablando de fútbol como si tal cosa; Martín, vanagloriándose de sus conquistas en el probador, y Emeterio punzando con sus sarcasmos a Sebastián en cuanto adivinaba el menor resquicio por donde poder introducir el aguijón. Sólo Manolo parecía percatarse de la gravedad del problema. Y un día, temblando, se lo había confiado a Sebastián: «La ruina de los Almacenes sería mi ruina y la de todos mis hijos». Y los ojos sanguinolentos y saltones le brillaban como si fuese a llorar.

El Almacén se veía menos concurrido, y a eso de las seis y media apenas si franqueaba el umbral algún cliente rezagado. Este descenso en las ventas implicaba una merma en el trabajo de la dependencia. Después de cuatro meses de dura brega Sebastián veía en este decrecimiento de la actividad una ocasión muy oportuna para reponerse de las noches insomnes pasadas a raíz del suicidio de la Germana. Al propio tiempo, los largos paréntesis de espera le permitían ahondar en su nuevo descubrimiento y dejar a su imaginación, tan encadenada hasta entonces, desbocarse y retozar por mundos ignotos y construidos de acuerdo con sus más audaces ilusiones.

Aquella tarde, tres días después de la entrevista con el cura de las barbas, salieron todos juntos de los Almacenes. Emeterio había vuelto a tomarle como blanco de su burda ironía y este hecho fue la piedra de toque para que Sebastián constatase que en setenta y dos horas cabía la absoluta transformación de un hombre. Las cuchufletas de Emeterio no le ocasionaban ya dolor alguno; lejos de ello, Sebastián agradecía sus vejaciones con el convencimiento de que en ellas debía fraguarse la solidez de su alma. Se había persuadido, en tan poco tiempo, de que las almas se pulen y bruñen por percusión, como determinados metales. Por eso sonreía con los demás al oír las chuflas de Emeterio, que se desternillaba, como siempre, de sus fáciles agudezas, aun cuando el autodominio de Sebastián, por inusitado y completo, lo desconcertaba:

—Ten cuidado no te pise la cabeza, Sebastián. A veces voy distraído y no se ni dónde pongo los pies.

Martín reía y entre risa y risa piropeaba, poniéndose serio y arqueándose hacia atrás, doblando la cintura, a alguna muchacha que tenía la mala suerte de cruzar frente a él; reían los dos hermanos rubios y deportivos mientras discutían los resultados de una quiniela, y, sobre todo, reía Emeterio hasta

descoyuntarse, coreando sus carcajadas con contundentes patadones sobre el asfalto, sin duda para facilitar su desahogo.

El paseo por la calle Principal se había iniciado ya. Discurrían grupos de muchachas y muchachos hacia un lado y hacia otro, comentando las incidencias del día y riendo sin ton ni son. Era aquél un río bullicioso y alegre, impelido por una corriente de irresponsabilidad y juventud. La tarde estaba apacible y se barruntaba ya, en la consistencia y los aromas del aire, la inmediata primavera.

—Bueno, yo me voy por aquí.

Sebastián se detuvo a diez metros del establecimiento, dispuesto a atravesar la calle.

—Vamos, no seas tonto y ven a dar una vuelta con nosotros. Ayer lo pasamos en grande todos juntos, ¿no es cierto, chicos?

Emeterio reclamaba su cooperación. Indudablemente lo consideraba un magnífico elemento para «pasarlo en grande».

—No; hoy no puedo. Tengo que hacer.

—¡Déjale, que se le pasa el arroz! —intervino uno de los hermanos rubios, atiplando la voz.

—¿Qué tienes que hacer con tanta prisa? —Emeterio no renunciaba a su compañía así como así.

—Voy a confesarme.

Rieron todos como si Sebastián hubiese pronunciado un graciosísimo chiste. Aquella reacción le dejó un poco perplejo. ¿Sería posible que los hombres se desentendiesen de sus almas hasta este extremo? ¿Hasta el extremo de regocijarles así el ver que otro ser humano se preocupaba de ella? En aquellos tres días Sebastián había llegado a la conclusión de que el primer paso de su enmienda consistiría en una sincera confesión de sus culpas. Añoraba el momento de verse libre de aquellos pecados que le desgarraban por dentro. Sus escarceos con el polvoriento maniquí, el recuerdo infecto de su borrachera y de las groserías derivadas de ella, los sentimientos que abrigaba hacia su madre, su pesimista concepto del mundo y de los hombres… todo aquello necesitaba descargarlo cuanto antes, emancipar su pequeño globo interior, sin contornos evidentes, de aquellos fardos de pesado lastre.

—Anda, chato; te aseguro que al cura no le interesan tus horribles pecados en absoluto. Puedes decírmelos a mí y te juro que te escucharé con la boca abierta. [*Y si quieres te arrodillas luego y te doy la absolución. Ya verás qué tranquilo te quedas. O si no espérate a mañana y llévate ahora a una*

marmota a los jardines y date un buen lote. Eso es lo que voy a hacer yo, ¿comprendes? Un pecado más ¡qué importa al mundo! Mañana el cura te los perdonará igual que hoy y de seguro no te va a aumentar la penitencia por ello].

Emeterio se hurgaba en la nariz mientras hablaba, y luego, con el mayor impudor, amasaba con los dedos una pelotita oscura que lanzaba sobre la masa amorfa de paseantes. A Sebastián su perorata le había herido en lo más íntimo. Los compañeros reían a excepción de Manolo, que se mantenía sombrío y con una expresión ausente en la mirada.

—No debes hablar así, Emeterio. Lo que has dicho es casi una blasfemia. Por otro lado, no creo que ello te cause ningún provecho y menos que te divierta.

Emeterio trató aún de arrastrarlo:

[—¿Por qué no me ha de divertir? ¿Se confiesa algún cura contigo? ¿Por qué demonios, entonces, has de confesarte tú con un cura?

Se reía de su lógica impetuosa y sacrílega]. Se notaba que jamás se había sentido lastimado por un preocupación espiritual.

—No te esfuerces; he dicho que voy a confesarme y me voy a confesar. Aunque tú no lo quieras.

A Sebastián le animaba una energía desusada. Nunca en la vida se atrevió a mantener un punto de vista frente a la menor oposición. Mas, de súbito, notaba una oleada de vigor que hacía de él, por una vez, un ser autónomo e independiente.

[—Como quieras, chico; pero piensa que mientras tú estés en la boca de la garita abrazado al cura yo andaré en lo más espeso de los jardines dando achuchones a una marmota. A mi entender no cabe mucha duda en la elección].

Emeterio lanzó una nueva bolita oscura sobre un racimo de muchachas e inmediatamente cogió a uno de los hermanos rubios por el brazo:

—Que te diviertas con tu cura y dile antes a gritos que estás allí, no sea que te pise sin darse cuenta. —Comenzaron a andar en dirección contraria a la seguida por Sebastián. Dos pasos más allá, se volvió Emeterio y gritó: —¡Ah, adviértele también al cura ese que no tiene nada de particular que tengas la manga estrecha, porque todo tú eres un hombre muy pequeñito!

Oyó su risa Sebastián y las de varios grupos que discurrían en ese momento por las proximidades. No le importó. Él mismo se sorprendía de su indiferencia. Caminó de prisa y sin volver la cabeza. Cruzó la calle y tomó la transversal hacia la Plaza del Mercado. Repasaba su conciencia con minuciosidad. Por nada del mundo omitiría ante el padre Matías ninguna mala acción, ningún pensamiento torvo de aquellos cuyo recuerdo le punzaba ahora el corazón como un aguijón venenoso.

Cuando empujó el portón ribeteado de clavos y penetró en el templo volvió a experimentar la misma sensación apacible y sedante que en anteriores visitas. Todo cooperaba a estimular tan sosegada impresión. Una vaga penumbra envolvía a los seres y las cosas, y las oraciones de los escasos fieles, apenas musitadas, tenían un dejo pausado de mansa sumisión, de humildad remansada y sonora. Sebastián preguntó por el padre Matías.

—Haga el favor de esperar fuera.

De nuevo estaba allí, con los pies colgando, sentado en uno de los duros y largos bancos laterales. El cura de las barbas brotó de las espesas tinieblas del corredor.

—Ah, ¿eres tú, hijo? Dime, ¿qué se te ofrece?

—Quería confesarme, padre.

Otra vez le hipnotizaba la verruguita oscura, redonda, arrugada y húmeda como una diminuta boñiga.

—Está bien, hijo. ¿Estás preparado?

Sebastián asintió y con un inconcreto temor vio al cura separarse de su lado y zambullirse en uno de los oscuros confesonarios. Tenía la garganta reseca cuando comenzó su confesión; pero a medida que avanzaba, su voz, penosa al principio, iba fluyendo de sus labios fácil y rumorosa como una corriente de agua. Paulatinamente iba encontrándose más ágil y fuerte, liberado de una tremenda carga interior. El padre le facilitaba el desahogo con mesurada discreción.

Cuando le habló del maniquí, de que había tomado como amante un montón de serrín embutido en un pedazo de trapo, creyó entrever que el cura se estremecía. Mas ni esto le detuvo en su absoluta y franca confidencia. Sebastián no comprendía cómo cientos de hombres aborrecían el confesionario, cuando nada existe en el mundo tan consolador y reconfortante. El padre le comprendía; comprendía todas sus ruindades y muchas más que hubiera podido contarle. Su voz persuasiva y serena le producía el efecto de que le pasaban suavemente por los párpados blandos pedazos de algodón.

Después le habló de su madre. Encontraba un alivio muy grande en poder hablar de Aurelia con aquel cura. Él tenía solución para todo y para esto no podía faltarle. Le contó la tirantez de sus relaciones domésticas, le habló de su genio encrespado y arisco, de sus torpes aficiones, de la ruindad de su proceder en el asunto de la Aurora. Y el padre lo entendía todo; lo entendía casi antes de que él lo hubiera expuesto. ¡Daba gusto departir en voz baja con personas así! Se quedó un poco cortado cuando el cura de las barbas indagó,

de improviso, si él, a lo largo de su vida, había hecho alguna cosa para que su madre fuese de otra manera. Se sintió culpable también de esto y confesó, avergonzado, que él creía que cada ser había de agenciárselas solo en la vida para ser de un modo u otro. Pero la indicación indirecta del padre le hizo reflexionar e inmediatamente se propuso modificar su conducta en este sentido. Sí, ¿por qué no? Aurelia era su madre y él reventaría de orgullo si un día conseguía arrancarle de sus vicios y hacer de ella una persona digna y respetable. Podría entraría blandamente, con buenas palabras y razones evidentes. Su madre, en verdad, no tenía ningún motivo para ser mejor de lo que era. Se había formado sin educación y sin principios, constreñida por la imperiosa necesidad de dinero. Sí, ya pensaría en esto después, con más calma. Y le hablaría a la Orencia. Quizá entre los dos…

El padre le absolvía y en ese instante Sebastián, con la cabeza rendida sobre el pecho, sintió una dureza extraña en la garganta que le imprimía deseos de llorar. (Era como si alguien le oprimiese la nuez con insistencia e incrementando paulatinamente la presión). No obstante, se venció. Besó la mano del padre Matías y huyó acelerado a un rincón oscuro del templo, sujetándose el corazón con las manos crispadas. Se notaba organizado; minuciosa, cabalmente organizado. Ya no era un hombre roto, un despojo de la sociedad. La felicidad le ahogaba. Creía adivinar en el fondo de su pecho algo inusitado que fosforescía en las tinieblas. Se sentía transido de una rara y desacostumbrada emoción, algo así como si acabara de renacer con una contextura diferente.

A la mañana siguiente, al llegar a los Almacenes, Martín le salió al paso, demudado:

—¿Te enteraste de lo de Emeterio?

Había un tono trágico, desgarrado, en su voz.

—No, ¿qué?

—¿No lo sabes? Anoche lo mató un autobús en la Plaza del Rey.

Las piernas le flaquearon a Sebastián y hubo de recostarse en el mostrador para permanecer de pie. Un escalofrío, acerado como un puñal, le atravesó el pecho de un modo fulminante.

—¿Qué…? ¿Qué estás diciendo?

—Lo que oyes; lo mató instantáneamente. Tenía la cochina manía de ir colgado de las cadenas y otro autobús que venía en dirección contraria le sacudió un cacharrazo en la cabeza y lo dejó en el sitio.

Sebastián se ahogaba. Su cabeza se representaba la escena de la tarde anterior, cuando Emeterio arremetía contra las cosas más santas e,

impúdicamente, se relamía ya de su proyectada aventura con una marmota cualquiera. Como un relámpago pasó por su cerebro la idea de que Emeterio había muerto en pecado mortal y estaría condenado para siempre. Crispadamente se sujetó al mostrador. Los dos hermanos rubios y Manolo se aproximaban:

—Parece mentira, ¿no? Ayer lleno de vida, rebosando de vida, y ahora…

La desgracia creaba entre todos un punto de afinidad y coincidencia que daba mayor solidez que de ordinario al bloque. Sin embargo, sus compañeros sólo lamentaban que la vitalidad de Emeterio hubiese hecho crisis, les impresionaba el vértigo del tránsito repentino. Habló uno de los hermanos:

—Ha venido la madre. Está ahí, en el despacho, con el señor Suárez y don Arturo. Por lo visto es viuda y le queda aún cuatro hijos más pequeños. Con lo de Emeterio vivían todos, y ahora…

Hasta este momento Sebastián no había reparado en los lamentos que, como maullidos de un gato escaldado, escapaban por debajo de la puerta del despacho. Pero tampoco esto le apartó del cuerpo central de su idea. Con esfuerzo iba rememorando cada una de las palabras de Emeterio en la víspera, y al evocarlas, una a una, su desazón aumentaba. Un sudor viscoso le empapaba la frente y los sobacos, resbalándole hasta los costados. ¡Oh, Dios, Dios! ¿Por qué no iría con él Emeterio la tarde anterior? ¿Por qué, al menos, no acallaría su salida irrespetuosa y blasfema? ¿Habría llegado a consumar su proyectado devaneo con la marmota en los jardines?

Maquinalmente, Sebastián daba vueltas y más vueltas al botón central de su americana. De repente, el botón se desprendió y él lo contempló estúpidamente, posado sobre la palma de la mano, como si hubiera caído del cielo inesperadamente. Sin darse cuenta de lo que hacía lo guardó en el bolsillo de la chaqueta y comenzó a girar, igualmente, el botón de más abajo.

Anita hablaba ahora, dirigiéndose al grupo:

—¡Qué pena da!, ¿verdad? Era tan alegre… Vamos a echarle mucho de menos.

Le retorcía a Sebastián que los demás sólo pensasen en el fin del cuerpo de Emeterio, como si nada de lo demás tuviese la menor importancia. Pensó que, siendo la gente así, nada tenía de extraño que los hombres se peleasen por un puñado de pesetas o se matasen en masa por tres palmos de tierra. Para ellos esto era el fin, y Emeterio dormía, desde la noche última, el sueño eterno. Se le erizó la carne al imaginar que el sueño eterno de Emeterio podría consistir en una eterna, incandescente, inacabable pesadilla. Pasarían mil años, millones de millones de años, y la pesadilla de Emeterio podría decirse

que no había comenzado aún. «¡Oh, Dios del Cielo, eso no es posible! ¡No es posible, Señor!». Los pelos se le ponían de punta y la sangre le escapaba del corazón y la cabeza como si repentinamente se hubiera desfondado.

Después de todo, a él podría haberle ocurrido lo mismo; podría haber tropezado con la muerte después de una de sus frecuentes visitas al maniquí. Y lo mismo podría acontecerles al señor Sixto y a su hijo; a los mozos que escribían impudicias en las paredes de su portal; al soldado que se solazaba en las afueras con una marmota, o a Hugo, que vivía maritalmente con una furcia. A todos podría ocurrirles lo mismo y, no obstante, en ninguno ocasionaba la repentina muerte de Emeterio una resonancia de contrición o un propósito de enmienda. (Un nuevo botón aparecía como una mancha gris en la palma de la mano de Sebastián. Lo había arrancado inadvertidamente e, inadvertidamente también, se lo guardó con el otro en el bolsillo). Sus compañeros hablaban sin pausa; discutían sobre lo que era y lo que podría haber sido. Al fin y al cabo ésta era la perpetua discusión entre los hombres, aunque casi ninguno advirtiese lo que en realidad «era», ni cuan diferente «lo que podría haber sido».

—¿Qué te pasa, Sebastián? ¿Te pones malo?

Martín lo sujetaba por un brazo. Agradeció esta ayuda porque, inopinadamente, todo había empezado a desvanecerse ante sus ojos y, por un momento, tuvo conciencia de que iba a desplomarse sin remedio, como un fardo sin apoyo.

—Le ha afectado mucho.

Sonaba la voz de Anita como un cascabel. Ahora le transportaban al fondo del establecimiento y le sentaban en una silla.

—Trae un vaso de agua. Anda.

Sebastián estaba pálido y con la mirada vidriosa. Mas ahora, sentado allí, después de beberse el vaso de agua, la sangre volvía a circular por sus venas, caldeándole. Acababan de entrar dos clientes y sus compañeros le dejaban solo. Lo prefirió así. Constató, de pronto, que algo se interrumpía, un rumor regular y continuo que, al detenerse, hacía más ostensible el silencio. Levantó los ojos y se dio cuenta de que eran los lamentos del despacho lo que había cesado. Un minuto después se abrió la puerta y Sebastián divisó a una mujeruca esmirriada, vestida de negro y con un pañuelo, negro también, anudado toscamente debajo de la barbilla. Sin conocer los motivos que la empujaban, Sebastián vio a la mujeruca abalanzarse sobre la mano derecha del señor Suárez y colmársela de besos y de lágrimas. Don Saturnino se mostraba violento:

—Nada, mujer; nada tiene usted que agradecernos. Después del entierro conoceré al chico, y desde mañana puede venir a sustituir a su hermano, anótelo bien…

A la mañana siguiente, Juan, el hermano de Emeterio, ingresó como mozo en los Almacenes. Tenía una innegable semejanza con él, aunque era más pálido y más enteco, o lo parecía debido al luto. En lo que resultaban idénticos era en aquella fea costumbre de andarse en las narices y elaborar luego, pacientemente, con la materia extraída una diminuta y oscura pelota.

Con la llegada de Juan el mecanismo de los Almacenes estuvo completo otra vez, y, encajada adecuadamente la nueva pieza, la máquina reanudó su funcionamiento y su producción. Nadie se acordaba, a la semana, del cuerpo ni del alma de Emeterio, y su madre, salvado airosamente el bache de lo económico, tampoco se sintió preocupada por las circunstancias de su muerte. Los ingresos seguían siendo los mismos y había una boca menos que alimentar. Cierto que perdía una cartilla de racionamiento, pero la cosa no era para llorarla demasiado. Al mes, nadie recordaba en el mundo a un ser que se había llamado Emeterio Ruiz, salvo Sebastián, y cuando éste evocaba su vida, y sobre todo su muerte, experimentaba un convulsivo sobresalto.

Sebastián se cruzó con el idolillo de la cara de león y los pechos cónicos que remataba la barandilla de la escalera de su casa y le hizo un guiño de simulado entendimiento.

—Deséame suerte —musitó.

Ascendió las escaleras con paso lento. En el brazo derecho portaba un gran paquete envuelto con el papel de los Almacenes. El corazón le latía apresuradamente, y, como siempre que le sucedía esto, presumía que su redoble debía oírse a distancia. Cuando llamó a la puerta, la violencia de los latidos se agudizó.

—Hola, madre.

—¿Qué traes ahí?

Sebastián se azoró y el murmullo que salió de sus labios fue apenas perceptible:

—Un regalo para ti y para la niña.

Aurelia no añadió nada, pero frunció el ceño y cerró de un portazo. Al pasar frente a ella, le pareció a Sebastián que su inmunda cazadora apestaba a vinagre y a sudor. Reprimió una mueca de asco y, sin detenerse, penetró en la habitación de la camilla. Aurelia le seguía; al parecer, dispuesta a acoger con cuatro gritos destemplados la presunta dilapidación.

—¿Está la Orencia?

—Ha salido hace un rato por la ración. Volverá enseguida. Pero, vamos, ¿qué es eso?

No separaba la vista del enorme paquete, como si esperase ver salir de él un horrible dragón de siete cabezas. Sebastián, ante la ausencia de la niña, se encontró tan desamparado como un general a quien en el comienzo de una derrota anunciasen el retraso de unos refuerzos que esperaba ver llegar en ese instante.

—No… no… bueno, es bien poca cosa, desde luego. Pero… pero no quiero que te vayas a enfadar… En realidad… Después de todo, esto no significa nada…

Aurelia se impacientaba. Había adoptado la habitual postura en ella antes de lanzar algo desagradable: las manos hinchadas debajo de las axilas, y las piernas, blancas y salpicadas de varices amoratadas, abiertas en un ángulo muy amplio.

—Déjate de rodeos y habla de una vez. ¿Qué te ha costado todo esto?

Sebastián no respondió y comenzó a desenvolver el paquete con parsimonia, procurando dar tiempo a la niña para que subiese con la ración. Con todo, terminó de deshacer el gran envoltorio antes de que la Orencia apareciese.

—¿Qué es eso? ¿Estás loco?

—No… verás. Esto es un retal de franela muy buena y muy barata para que te hagas una bata para ti. Es… es… es muy barato y te hace tanta falta… Esa… esa cazadora está muy sucia y muy vieja y…

Aurelia no pestañeaba al escucharle, y Sebastián se aturullaba:

—Y… y… y esto es un poco de seda lavable para que te hagas una blusa. Y esto otro, un retal de semihilo para que hagas un vestido a la niña en primavera, y… y… bueno, como verás, ya no hay nada más… —terminó.

Aurelia continuaba mirándole con una fijeza turbadora.

—Todo eso está muy bien. Y ahora dime, ¿qué vamos a comer este mes?

Una losa de culpabilidad se desplomaba, de repente, sobre los pobres hombros de Sebastián. Al fin balbució:

—Bueno… en fin… esto no es obligatorio pagarlo en un mes… Lo amortizaremos en varios plazos… Si es preciso, estaremos un año amortizándolo…

Las manos de Aurelia seguían inmóviles en los sobacos y sus ojos en los de Sebastián.

—Envuélvelo con cuidado. Mañana vas a devolverlo, y en lo sucesivo no te ocupes para nada de mí ni de la niña. De eso ya me encargo yo. ¡Pues están

buenos los tiempos para tirar el dinero! Lo primero de todo es comer, y dime, ¿qué sobra aquí después de comer?

Sin querer le vino a la boca a Sebastián decir «el beber», pero milagrosamente se contuvo. Luego murmuró:

—Después de todo, es una insignificancia y… y… este tono azul te iría tan bien… —Le venían de improviso a los labios los ardides del buen comerciante, esos incentivos irresistibles para cualquier mujer. Tomó el retazo de seda lavable por una punta y, con cierta repugnancia, lo sobrepuso a la cazadora. Aurelia miró la pieza de reojo, con oculta y ávida complacencia —. Estarías muy elegante con una blusa de este color, créeme. ¡Hace tanto tiempo que no puedes hacerte un vestido! Además, es una magnífica oportunidad, porque… porque en la tienda me lo sirven descontando el margen de beneficios y a precio de saldo. No hay… no hay muchas ocasiones como ésta… que digamos. Y la bata… la bata es una preciosidad. A fin de cuentas, pagando un poco hoy y mañana otro poco, es como si… como si nos lo regalaran. ¡Y qué diría la señora Luisa al verte tan elegante! Sin duda querría correr enseguida a hacerse una igual…

Los ojos de Aurelia iban redondeándose. La expresión de indiferencia desapareció de su rostro y su mano derecha abandonó lentamente el cálido hueco del sobaco y comenzó a palpar con sus bastos dedos el tejido suavísimo. Sebastián tuvo un conocimiento repentino de su primera victoria sobre su madre. No le faltaba, pues, razón al padre Matías. Cabía, en lo posible, domeñarla. Él lo conseguiría; conseguiría hacer de ella una mujer distinta. «¿Por qué, por qué —se preguntaba— no habré comenzado antes?».

—Sí que es bonito todo… Pero, la verdad, es mucho dinero. Sí, es mucho dinero para nosotros. —Y prosiguió atropellándose, como queriendo huir, de este modo, de la tremenda tentación—: Todos lo dicen y tienen razón. Ahora, con poder malcomer ya es suficiente. Pero… —De nuevo flaqueó la decisión de Aurelia—. Bueno, vamos a quedarnos con la blusa, y lo otro… lo otro vas a devolverlo enseguida…

Sus ojos caían ahora sobre la franela marrón. La tentación era tan fuerte que Aurelia casi temblaba al pensar en la renuncia, en desistir de ella, cuando la tenía allí, allí, al alcance de su mano. Olfateaba el tejido nuevo, el penetrante y agradable olor de las piezas sin mancillar, y suspiró:

—Sí, tienes que devolver lo otro; mañana lo devolverás —corroboró, desmayadamente.

Se oyó crujir una cerradura en el pasillo y después un portazo. Sebastián dio media vuelta y vio a la Orencia parada en el umbral, con una pequeña

zafra de aceite en una mano y una cesta de mimbre sucia, ocupada por tres canteros de jabón y unos paquetitos envueltos con el basto y resistente papel de ultramarinos, en la otra.

—Hola —dijo.

—Deja todo eso en la cocina y ven —respondió Sebastián.

Aurelia continuaba inmóvil, con la mirada llena de la policromía turbadora de los tejidos. Cuando Orencia regresó se llevó instintivamente sus dos manos blancas y afiladas a la boca:

—¡Oh, qué bonitas son!

—¿Te gustan, mocosa? Pero no las toques; tendrás las manazas untadas de grasa.

Eran como un trío de salvajes congregado en derredor de un montón de abalorios multicolores. Aquellas tres piezas impolutas los sugestionaban hasta la fascinación. Hacía muchos años que en aquella casa no entraban unos tejidos nuevos, vivo todavía el olor de los tintes.

—¿Para quién son?

Había unas temblorosas inflexiones en la voz de la pequeña. Por primera vez en mucho tiempo la veía Sebastián interesada en algo y por algo, y comprendió que la indiferencia de la niña era simplemente una consecuencia de su vida rutinaria y gris.

—Ésta es para ti, para hacerte un vestido esta primavera. Las otras dos son para madre. ¿Verdad que madre estará muy distinguida con una bata de esta franela? Fíjate, no la quiere tomar porque dice que valdrá mucho dinero y… —Como sin hacer nada, Sebastián desplegó unos centímetros de la pieza y los dejó caer sobre los hombros de su madre—. ¿Verdad que es una preciosidad?

—Es… parece… parece una reina. Claro que es preciosa la tela… y todo. ¿Por qué no nos vamos a quedar con ello?

Aurelia agradecía esta insistencia, que justificaba, a fin de cuentas, su deseada rendición. Comprendía que sería superior a sus fuerzas abrir la puerta al día siguiente para que aquella pieza de franela partiese, en viaje de regreso, hacia los Almacenes. Ya era algo suya por la simple razón de haber descansado sobre la camilla de su casa. Sin embargo, habría de adoptar una postura de concesión a regañadientes, que era lo oportuno en este caso:

—Está bien; haremos como queráis. Pero yo insisto en que esto es un despilfarro que no podemos hacer… Aquí no hay de esto —con el pulgar y el índice hacía ademán de pasar billetes—, y sin esto —repetía el ademán— no se pueden hacer estos excesos…

Sebastián sonreía por dentro; aguardaba impaciente el desplome absoluto, total, de Aurelia. Su madre prosiguió:

—Esto… esto es muy bonito. Y será barato, yo no lo dudo… pero, pero… —Hizo una pausa y, al cabo, estalló—: Sí, tenéis razón, es muy bonito… Nos quedaremos con ello… Nos quedaremos con todo… —Sobaba los géneros con nerviosos movimientos de dedos, con una fruición de avaro que cuenta sus monedas. Extendió la franela y la superpuso a su indumenta de forma que el extremo de la pieza cayó hasta el suelo— ¿Creéis de veras… creéis de veras que me sentará bien? ¡Uy, Dios santo, qué dirá la Luisa cuando me vea!

Capítulo XII

El repentino apagamiento de Emeterio reafirmó la convicción de Sebastián de que el instante de la muerte era el único trascendente en la vida de los hombres, y, en consecuencia, acrecieron sus anhelos de perfeccionamiento y superación. Todo lo enfocaba por el lado espiritual, y pronto se dio cuenta de que un alma bien templada irradia un halo de sosiego y bienestar que trasciende a cuanto constituye su reducido mundo circundante.

Su casa, sin transformarse en esencia, había experimentado una reacción apreciable. Aurelia, a pesar de seguir enfangada en sus turbios hábitos, dejaba entrever, de cuando en cuando, que su corazón no era impermeable a la ternura y al agradecimiento, lo que hizo presumir a Sebastián que su rudeza y tosquedad no eran vicios de origen sino de formación. Esta advertencia le animó a perseverar en la tarea emprendida. Orencia, por otra parte, constituía un temperamento mollar que respondía admirablemente a sus celosos cuidados. Había sido una niña sin infancia, y la misión de Sebastián se centraba ahora en encajar el ánimo de la pequeña en la edad y el tiempo en que vivía. Cuando tenía oportunidad de ponerse el trajecito rosa de semihilo, la niña se acicalaba con escrupuloso esmero, asomando en ella los primeros síntomas de coquetería femenina. La indiferencia hacia todos y hacia todo no era más que una postura natural frente a la rutinaria y tediosa existencia que se le había forzado a llevar y que, ante los incentivos que Sebastián le brindaba ahora, iba desapareciendo gradualmente. La vida comenzaba a tentarla con sus claroscuros y sus contrastes, y la niña reaccionaba como era lógico esperar.

Los sábados por la noche, Sebastián la sacaba al cine. Aurelia, en un principio, se negó a acompañarlos, ya que los sábados eran los días escogidos por ella y la señora Luisa para prolongar sus reuniones hasta las primeras horas de la madrugada. A su regreso del cine, Sebastián y Orencia las encontraban desplomadas de bruces sobre la mesa de la cocina, completamente ebrias. Los naipes se hallaban desperdigados por el suelo, y los únicos indicios de vitalidad en aquella habitación, que apestaba a sudor y a vino tinto, eran los ronquidos feroces de su madre y los tres ratoncitos, vivos y nerviosos, que saltaban aceleradamente de la lata de la basura en cuanto los oían entrar. Otras veces, sorprendían a Aurelia y a la señora Luisa

cantando con pésimo oído *La vaca lechera o El año cuarenta y pico. No había forma humana de hacerlas callar. La señora Luisa pasaba las horas muertas en su cuchitril de la esquina de la calle haciendo punto, y las tardes de los sábados deseaba olvidarse de su ingrata y monótona tarea. Era viuda de tres hombres y en el barrio la llamaban la «matamaridos». Todo ello cooperaba a formar en ella una bóveda interior sombría y pesimista que sólo se aligeraba un poco ante una jarra rebosante de espumoso tintorro.*

En estos casos, Sebastián mandaba a la cama a la Orencia y durante más de una hora forcejeaba con su madre hasta que conseguía trasladarla a su habitación. Se presentaba, luego, la tarea más peliaguda de la noche, como era la de transportar a la tozuda y obstinada «matamaridos» hasta el inmundo chiribitil donde habitaba. Sebastián la agarraba por los sobacos y la arrastraba por las escaleras hasta el portal. Ella, insensible al dolor de los tumbos y batacazos, cantaba *El año cuarenta y pico o farfullaba con recalcitrante monotonía: «Vivo en la calle Zapateros, número 46, sótano izquierda; llaves en el bolsillo derecho». Era su repugnante estribillo de borracha, que iba repitiendo, como un disco rayado, a lo largo de toda la calle.*

Pero Sebastián sabía que no mentía. La concisa manifestación era un hecho. En aquella calle —la central del barrio— vivía, y además portaba las llaves de su zaquizamí en el bolsillo derecho de la merdosa bata.

Los gritos de la señora Luisa hendían el silencio de la noche. Los escasos transeúntes miraban regocijados a la grotesca pareja y Sebastián experimentaba un poco de rubor, que se disipaba, no obstante, en cuanto recapacitaba que estaba llevando a cabo una buena acción que redundaría en provecho de su alma.

Fue el romper esta indigna costumbre sabatina de Aurelia el obstáculo más fuerte que surgió ante Sebastián en su proyectada rehabilitación de la familia. Aurelia no se avenía a prescindir de Luisa y afirmaba, muy seriamente, que la entristecía la penumbra acongojante de los cines. Se hizo necesario que la señora Luisa los acompañase un sábado para que Aurelia se decidiese a romper una costumbre que contaba con una respetable tradición de tres lustros. Una vez probado, el nuevo plan las sedujo y, en lo sucesivo, todos los sábados por la noche Aurelia, Luisa, la pequeña Orencia y Sebastián se desplazaban a un cine céntrico.

Sebastián se recreaba observando la meticulosidad que ponían su madre y su hermana en acicalarse. Por la tarde, Aurelia se planchaba con parsimonia la blusa azul, muy descotada, de seda lavable, y la Orencia su vestidito rosa de semi-hilo. Después de cenar, ambas se retiraban a sus habitaciones y, un

cuarto de hora más tarde, emergían de ellas completamente transformadas. Sebastián notaba algo extraño e inusitado en sus cabezas, y poco tardó en constatar que se debía a unos peinados rimbombantes, completamente revolucionarios. El de su madre le sonaba a algo muy conocido, aunque ignoraba qué, hasta que un día, al entrar en la cocina a beber un vaso de agua, sus ojos tropezaron con un calendario, profuso en colorines, que anunciaba una marca de galletas. Una mujer exuberante y frescachona exhibía en él sus curvas opulentas, salpicadas de lunares de moscas. El peinado, con dos ondas relamidas adheridas a la frente, era el mismo que se hacía Aurelia los sábados antes de marchar al cine. Y Aurelia, sobre el traje vaporoso y blanco que en el original vestía la aldeana, había diseñado elementalmente su blusa azul con todos los detalles.

Estas muestras inefables del carácter de su madre le evidenciaron que en el interior de todos los seres existe un rescoldo adormecido, susceptible de metamorfosearse en una llamarada fulgurante. Y él vigilaba esta llamita que empezaba a avivarse con un celo excesivo, con un temor constante de que cualquier revés imprevisto pudiera matarla para siempre.

Los sábados por la tarde, al salir de los Almacenes, sacaba cuatro entradas de delantera de galería en algún cine de postín. Huía del teatrillo de su barrio, pues consideraba que en él había mucho más de pernicioso que de aleccionador. En un cine céntrico, la vaharada de distinción y buenos modales que gravitaba sobre el patio de butacas podía alcanzar incluso a las alturas.

Una vez acomodados en sus localidades, Orencia se abstraía en la proyección, mientras a Sebastián le distraía el ruido reiterativo y crepitante que ocasionaban Aurelia y la señora Luisa mondando cacahuetes. Sebastián no se atrevía, de momento, a censurar a su madre aquel goloso esparcimiento, medroso de que sus consejos la animasen de nuevo a trocar los cacahuetes por el vino. Mas una noche, en plena representación, se oyó elevarse del patio de butacas una voz airada:

—¡A ver quién es el guarro que ha tomado mi butaca por un recipiente de basuras!

La gente, conmocionada por la sorpresa, rompió en una risotada, mientras Sebastián, colorado hasta las orejas, propinaba a su madre contundentes codazos de advertencia. Sebastián se dio cuenta, ese día, de que la vaharada de distinción y buenos modales que imaginaba gravitando sobre el patio de butacas era, también, algo muy discutible y relativo. No obstante, a partir de aquella noche hizo llevar a su madre una bolsita de papel donde ella y la señora Luisa iban depositando cuidadosamente los desperdicios de su manjar.

Poco a poco, la vida íntima de Sebastián iba modificándose merced a sus desvelos. Ni Aurelia ni Orencia podría afirmarse que hubieran cambiado por completo, pero su comportamiento daba pie para barruntar un más lisonjero amanecer. Era una costra de muchos años la que había de hendirse, y ello no se conseguía en cuatro semanas. Sin embargo, la cosa marchaba hacia delante y Sebastián se sentía satisfecho de sí mismo y de las reacciones de sus sujetos experimentales.

También Sebastián se preocupaba de su persona. La idea motriz que le impulsaba era la del perfeccionamiento para el que desde muchos años atrás se había juzgado desahuciado. Al saber que no, que también él podía mejorar y en lo que de más valioso y estimable encerraba su ser, toda su vitalidad se concretaba en una sola aspiración, determinada y concisa: engrandecer su alma, hacerla más digna y excelsa. Para ello trabajaba noche y día y se creaba dificultades que, al ser salvadas, le producían un secreto deleite. Frecuentemente prescindía de su ración de pan y la entregaba al primer pobre con quien tropezaba en la calle, o introducía guijas en sus zapatos para que le mortificasen la carne, o recibía con una sonrisa de sumisión las pullas de los mozalbetes cuando la operación de correr las cortinas de los escaparates al mediodía sufría algún entorpecimiento. A veces llegaba a nimiedades ingenuas, sugeridas por las lecturas de libros de santos adaptados a mentes infantiles. Él, en realidad, había vivido poco y apenas sabía nada fuera de lo que se encerraba en aquellos libros, los primeros que empezaron a fertilizar su inteligencia.

Mas él, a su modo, se encontraba feliz, más feliz y tranquilo, más conforme de sí mismo, que lo había estado en momento alguno de su vida. Por las noches repasaba sus actos y palabras, sus sacrificios y privaciones, y casi se daba cuenta de que su globo interior, el halo de niebla que lo ribeteaba por dentro, crecía y crecía hasta extremos insospechados. Ahora le gustaba reflexionar sobre sus actuaciones y movimientos cuando caía por la noche en la cama. Entonces se confesaba a sí mismo que las cosas marchaban por las sendas más risueñas y optimistas que cupiese imaginar. Aurelia era mejor. Orencia se encajaba en la vida poco a poco, y la señora Luisa, de rechazo de todo esto, casi había dejado el vino. (Sebastián presentía que de haber varios hombres, estratégicamente distribuidos por el barrio, encargados de atajar el vicio y divulgar la virtud, sin más armas que la persuasión mesurada y el buen ejemplo, el barrio sería diferente de lo que era: las parejas no bautizarían a sus hijos al tiempo que se casaban, los hombres no se emborracharían hasta la incoherencia los sábados, ni los maridos apalearían, los domingos, a sus

mujeres cuando el equipo representativo de la ciudad salía del estadio con dos puntos negativos).

Una noche en que Sebastián meditaba sobre estas cosas tuvo una idea repentina. (No sabía por qué, pero sus buenas, sus geniales ideas, brotaban siempre del contacto de su cráneo con la almohada). Se incorporó en la cama y dio la luz. Afortunadamente aquella noche no había restricciones. Saltó del lecho tan precipitadamente que introdujo su pie derecho en el desconchado orinal, volcándolo. El líquido se derramó por el suelo y a Sebastián le asaltó la angustiosa sospecha de que Aurelia se hubiese despertado. Aguardó un momento con todos los nervios en tensión, a la expectativa, pero el uniforme ronquido de su madre en la adyacente alcoba le sosegó. Colocó, entonces, los codos sobre los muslos y sujetó la cabeza entre las manos. ¡Sí; la cosa estaba igualmente clara con luz e incorporado! (En ocasiones, ideas que en la penumbra de la duermevela se le antojaban lúcidas y geniales, con la claridad del día y el pleno raciocinio de su cerebro se tornaban estúpidas e irrealizables. Pero ésta no, bien seguro estaba de ello).

Durante muchas noches y días Sebastián había pensado en Irene. Su mente reproducía su imagen con frecuencia, mas siempre para considerarla como un sueño abstracto, como una ilusión inasequible y absurda. Ella era la perfección y él un ser grotesco y risible; ella la luz y él las tinieblas. Mas, de repente, aquella noche había visto mucho más claro. Él, su alma, lo más valioso de su ser, avanzaba por el camino del perfeccionamiento; día a día se pulía, se redondeaba, en un deseo ardiente de superación. Y era el alma lo único trascendente de la persona, lo único libre y eterno, lo único inmarchitable porque era el soplo de Dios. Como el resplandor de una luz vivísima brotó la ambiciosa idea en su cerebro: ¿por qué, Señor, no poder aspirar a Irene cuando su alma había alcanzado un notorio grado de elevación? ¿Qué importaba el cuerpo? ¿No era éste una masa amorfa de barro sin valor alguno? ¿No decía el padre Matías que es el alma lo que da la medida y el valor de un hombre? Pues bien, ahí estaba la suya. No era aún buena, no era grande, no era digna; pero lo sería, ¿por qué no podía serlo? ¿Es que existía algún tope establecido para el desarrollo espiritual de un hombre físicamente defectuoso? Él había encontrado a Dios en los ojos de Irene. Esto no tenía nada de extraordinario, ya que otros hombres lo encontraron en una piedra, una catástrofe o en el filo de una espada. Irene no despertaba su carne como la de otros hombres. Él veía en ella un trasunto de la perfección de Dios. Sí, ¿por qué no? ¿Por qué había de ser una aspiración irracional, monstruosa, pensar en una unión suya con Irene?

Sebastián temblaba. Tenía una actitud fachosa, sentado en la cama excesivamente grande para él, con los pies de dedos deformes y achatados oscilando en el vacío y embutido en un pijama lleno de cosidos y remiendos, a través de cuyo tejido desgastado se traslucía su espalda encorvada. La idea era audaz y desmesurada, incompatible, en apariencia, con el temperamento reposado y chato de Sebastián, pero surgió loca, avasalladora, en su cerebro, y de buena gana se hubiese puesto a trabajar allí, sí un trabajo físico de cualquier especie hubiera devengado un mejoramiento espiritual.

Sus ojos se posaron, de pronto, en el charco de orines que dibujaba una mancha oscura y caprichosa sobre la tarima, y esta visión le sugirió un nuevo proyecto que le hizo abrir desmesuradamente los ojos, ilusionado. De un salto se arrojó al suelo y corrió a la cocina con los pies descalzos. Al dar la luz, los tres familiares ratoncitos brincaron de la lata de la basura sobre el pavimento y corrieron desalados a ocultarse en el compartimiento de la leña. Sebastián no hizo caso de ellos. Tenía una idea fija en la mente y cualquiera otra imagen externa no menoscababa su resolución. Tomó de un rincón la viscosa aljofifa y regresó presuroso a su habitación. Una vez allí, se arremangó los pantalones del pijama hasta los muslos, se arrodilló y comenzó a enjugar el líquido derramado, con el lampazo, y a escurrirlo luego sobre la bacinilla. Un incontenible júbilo interior le rebosaba por los ojos. (Gustaba de humillarse, de rebajarse hasta la insignificancia, de aniquilarse físicamente, si con ello se enriquecía, en una mínima proporción, su alma. Comprendía que la hermosura deslumbrante de Irene exigía una equitativa contraprestación, y él estaba dispuesto a nivelar, con su exuberancia espiritual, la mezquindad de su cuerpo).

En los días siguientes continuó imponiéndose renunciaciones y sacrificios, acometiendo toda clase de buenas acciones. Le interesaba, ahora, un perfeccionamiento acelerado, una rápida, vertiginosa, dignificación. Y cada noche, en la soledad de su alcoba, reconocía humildemente sus progresos, se achacaba inexistentes defectos y se marcaba nuevas tareas que acometer a la mañana siguiente. Vivía en una exaltada fiebre de actividad, muchas veces pueril, pero ardorosa y vibrante. No se daba sosiego. Estimaba el descanso como un freno en la consecución de su objetivo y apenas si se concedía cuatro horas para el sueño. Había mucho que hacer, existían mil posibilidades y matices para mortificarse, innumerables ocasiones de practicar el bien. Y él debería aprovecharlas. Veinte años de su vida había malgastado estérilmente, y ahora era preciso recuperar cuanto antes el terreno perdido, volver a amontonar el tesoro dilapidado.

Una noche se preguntó cómo habría de hacer para que Irene se percatase del valor de su alma, para que no le pasase inadvertido su fulgor. Y, como siempre, en aquellos días, tropezó con la solución casi sin buscarla. Una solución inefable y pueril, inocente, pero que a él, en aquellas jornadas de místico estupor, se le antojó inmejorable: «Los ojos; los ojos son el espejo del alma», se dijo, esperanzado. Sebastián había oído decir esto con tanta frecuencia, que había llegado a identificar el alma con los ojos, los encadenaba por algo más que por un eslabón de simple afinidad. Hasta podían ser, a su juicio, una misma cosa. Él, realmente, no era capaz de discernirlo, pero entendía que en ese dicho se ocultaba algo más que la liviana filosofía de todo aforismo. Así, los ojos verdes de Irene reflejaban su pureza de intención; los pequeños e incisivos de Emeterio, envidia y maldad; sensualidad y bajos apetitos, los desafiadores y brillantes del Sixto; avaricia, los azules y oblicuos de su padre; los sanguinolentos y saltones de Manolo, un alma atormentada…

Sí, a través de los ojos de los hombres se traslucía siempre la tonalidad y las inclinaciones de sus almas. Irene podría ver en los suyos con la misma precisión y claridad que él veía las almas en el fondo de los ojos de los demás.

Cuando meditaba sobre esta posibilidad sentía unos escalofríos febriles. La ansiedad le devoraba y suspiraba por el instante en que su alma fuese tan grande que rebasase los contornos de su cuerpecillo. A ratos pensaba, puerilmente, que en fuerza de laborar por el espíritu, podría éste llegar a trascender, a desvanecer los límites físicos de la carne, a venirle grande, produciendo el efecto desequilibrado de un niño encerrado prematuramente en la chaqueta usada, sin adaptar, del padre.

Pasada una temporada, Sebastián se consideró apto para la prueba. Tenía fe en sus privaciones y desvelos; fe en que Irene fuese uno de aquellos seres que otorgan amplia preferencia al espíritu sobre la materia.

Un día tropezó con ella, como casi siempre, en los Almacenes. La crisis de ventas no rezaba para Irene, y el presunto algodón americano no disminuyó sus visitas al establecimiento. Ante ella, el corazón de Sebastián redoblaba como los cascos de un caballo en pleno galope. Estaba bella como siempre, erguida y perfecta, con una sonrisa distendida iluminando su faz. Hablaba con el señor Suárez, quien, en su honor, había cesado en sus monótonas zancadas a lo largo de la tienda y hasta había permitido decrecer el relieve de la vena de la frente.

Sebastián observaba a Irene fijamente, con los ojos muy abiertos, casi desorbitados, empujado por un ansia pueril de que no le pasase inadvertido el menor detalle de su espíritu. Mas ella no parecía darse cuenta de su presencia.

Hablaba y reía despreocupadamente con el señor Suárez, lo embromaba constantemente con su voz cantarina y cabrilleante, sin llegar a ofenderle nunca. De repente, por encima del hombro de don Saturnino, vio la expresión asustada de Sebastián del otro lado del mostrador y cedió instantáneamente en su risa. Miraba, ahora, al muchacho con palmaria curiosidad, como si se tratase de un fenómeno raro. (Y, efectivamente, Sebastián, con sus ojos redondos y grandes como platos, en su actitud de impaciente expectativa, ofrecía unos pormenores dignos de ser tomados en consideración por cualquier curiosidad medianamente despierta). A pesar de que la muchacha le sostenía la mirada, Sebastián no cerraba, ni entornaba siquiera, los párpados. Tenía una seguridad grande en su alma y en su sistema de traducción. Al fin, Irene hizo un gracioso mohín, como diciendo: «Decididamente, este chico está loco», desvió la mirada y prosiguió departiendo alegremente con don Saturnino como si nada hubiera ocurrido.

Cuando, cinco minutos más tarde, intrigada por la sorprendente conducta de Sebastián, volvió de nuevo la vista a él, tropezó otra vez con sus ojazos desmesuradamente abiertos, implacables en su estúpida fijeza. «Bueno», se dijo Irene, y comenzó a sentirse violenta bajo la vigilancia inquisidora de aquellos dos ojos, agudos y convergentes como dos potentes focos de luz centrando un mismo barco en la noche.

Sebastián traducía su embarazo como un indicio favorable para sus apetencias. Irene, sin duda, aquilataba a través de sus ojos su agitación espiritual y las buenas prendas que empezaban a adornarle. De aquí, imaginaba, aquella actitud forzada de la muchacha, que acusaba de esta manera el impacto de los ojos de Sebastián exhibiendo las cualidades de su alma.

En los días que siguieron Sebastián no dio paz ni reposo a la muchacha. Entendía que era preciso un tratamiento iterativo y obstinado si quería que fuese eficaz. La buscaba en la calle, a través de las vitrinas del casino, a la puerta de su casa, en el almacén… A todas horas Irene se daba de bruces con los ojos dilatados, espantosamente abiertos, de Sebastián. Su insistencia concluyó por turbarla, por hacerle sentir un temor inconcreto y vago hacía aquel muchachito de inocua apariencia, pero tan tozudo en la observación de su persona.

Sebastián la veía salir con un hombre apuesto, bien trajeado, siempre el mismo; pero, en su ceguera, no concedía al síntoma la menor importancia. Tampoco el hombre parecía reparar en su irritante presencia. Al lado de Irene, caldeado por la tibieza de su proximidad, semejaba un ser en perpetuo éxtasis.

Sebastián los seguía por calles y plazas, se hacía el encontradizo o se detenía a su lado ante algún escaparate. La mirada de Irene, al verle allí, rozando su brazo, con los ojos horriblemente dilatados, encerraba una buena dosis de espanto. (Sebastián podría haber advertido, de concederse unos instantes de reposo, que la expresión de aquellas pupilas verdes era idéntica a la que iluminó los ojos de Orencia una tarde, hacía muchos años, en que él le enseñó de repente un engañapastor vivo atrapado en una carretera. Los ojos de la niña ante el pájaro eran los mismos que los de Irene al contemplarle a él. Pero Sebastián carecía de tiempo para buscar analogías o establecer paralelismos. Atribuía la confusión de Irene al poder fascinador de su mirada, y todas las tardes, al regresar a su casa, solo, después de una de sus correrías en pos de la muchacha, se confesaba, con un íntimo y desbordante júbilo, que estaba llegando el momento de dirigirle la palabra).

La duda le asaltó un día en los Almacenes, mientras despachaba unos metros de crespón de seda rojo. El tono de la pieza, tan vivo y chillón, le recordó la muerte de la Germana y de su hijo, y entonces se preguntó qué sería de la Aurora. Dos meses habían transcurrido sin la menor noticia suya, sin verla en la calle y sin echarla de menos. Inmotivadamente, hoy evocaba su persona con un dejo de compasión. La silenciosa persecución de Irene le había hecho olvidar todo lo demás e, incluso, sus proyectos de reivindicación espiritual intensiva. Y he aquí que, de pronto, la imagen de la Aurora, con su embarazo a cuestas, se interponía en su mente para echarle en cara que su conducta de los últimos días rezumaba egoísmo por los cuatro costados. En tanto él acariciaba la esperanza de ser correspondido por Irene, su antigua novia rumiaría a solas, en su alcoba, su desgracia, y quién sabe si proyectaría la recuperación del honor perdido apelando a los mismos violentos procedimientos que la Germana.

Sebastián cerró los ojos un instante. Verdaderamente su alma no podría remontarse en tanto el peliagudo problema de la Aurora permaneciese sin resolver. Bien estaba que Aurelia hubiese sustituido su odiosa cazadora militar por una bata de franela marrón y que la Orencia pudiese acudir al cine las noches de los sábados ataviada con su trajecito rosa de semihilo. Bien estaba que, de rechazo, la señora Luisa hubiese abandonado casi enteramente su vicio y que en vez de beber vino se dedicase ahora a comer cacahuetes con voraz glotonería. Todo eso estaba muy bien y le honraba. Pero ¿qué había hecho para solventar el asunto de la Aurora? ¿No era esta cuestión más grave y compleja que otras muchas de las que voluntariamente había volcado sobre sus hombros y no le afectaba más directamente que cualquiera de ellas?

Con la clarividencia y decisión que en estos días caracterizaban a Sebastián, tomó en su fuero interno una resolución urgente. Había cambiado mucho. En momentos como éste era cuando verdaderamente se percataba de ello. Ahora, al menos *in mente*, nada le importaba imaginar una entrevista con Benjamín Conde, el joven del traje marrón y la bufanda amarilla, y rogarle que enmendara sus malos pasos y fuese un buen padre para su hijo.

Seguramente no sería tan desalmado como para negarse a atenuar los efectos de su desafuero, y más a la vista del trágico fin de la Germana y su hijo, que Sebastián se encargaría de restregarle ante los ojos acentuando los tonos lúgubres y sombríos.

Sebastián ya sabía dónde encontrarlo. Según sus noticias, apenas abandonaba una mesa del Bar Arribas, en la Plaza del Mercado, donde jugaba al tute y se atizaba al coleto campano sobre campano. Sí, iría a verle allí. Le parecía, ahora, que mientras no diese este paso no tendría ningún derecho a importunar a Irene, husmeando su propia felicidad. Sebastián nunca fue, y menos ahora, de esos hombres que van derechos hacia un punto de luz sin reparar en los desaguisados que origina su trayecto rectilíneo. Desde el despido de Hugo se había convencido de que, casi siempre, el encumbramiento de un ser depende del aniquilamiento de otro, y esto, en adelante, por lo que a él se refería, deseaba evitarlo. Él quería llegar, pero sin frenar a los demás, sin permitir que nadie resultase postergado por imprimir a su marcha un mayor apresuramiento.

Al domingo siguiente, después de comer, Sebastián se encaminó al Bar Arribas. El día lucía plácido, contraviniendo las especiales características de marzo. Era un día más de invierno, aunque con un sol alto y brillante que estimulaba sin llegar a molestar.

Sebastián marchaba despacio, súbitamente atemorizado. Su resolución de tres días atrás había sido muy decidida y valiente, pero, llegado el momento, su osada determinación languidecía. (Era lo mismo que cuando un hombre resuelve operarse con la sonrisa en los labios, pero su sonrisa se trueca en una amarga mueca al avanzar desolado camino del quirófano). Sebastián no sabía cómo empezar. En la cabeza se arrinconaban multitud de proyectos previamente desechados como un informe montón de papeles arrugados e inservibles. «No, así no; dirá que soy un idiota», se decía, espantando una nueva idea con un reiterado movimiento de cabeza.

Ante la puerta de cristales esmerilados del bar se detuvo un momento. En el escaparate, sobre una fuente blanca, se recostaba un tostón tentador, churruscante y grasiento. Debajo, dos soberanas langostas, y, a los lados, una profusa decoración de botellas de vinos de marca. Sobre el cristal, en letras blancas y desiguales, decía: «Almejas, gambas, cigalas, —y, en letras más grandes y encima—: Comidas económicas». La visión de tanta esplendidez distrajo momentáneamente a Sebastián de sus lucubraciones. Sin expresa voluntad empujó la puerta de cristal esmerilado y entró.

Una atmósfera densa de tabaco barato, de vapores de mal café y de gritos estentóreos le envolvió, aturdiéndolo. Tintineaban, por todas partes, las cucharillas al chocar contra la loza o el cristal. Los hombres conversaban a gritos, insultándose cordialmente, hablando de fútbol, de la próxima temporada de toros o del racionamiento. Los oídos de Sebastián recogían fragmentos de conversaciones distintas que, al empalmarse en el aire, originaban, absurdos y contradictorios despropósitos. El local se veía lleno hasta los topes, y Sebastián pensó con alivio, justificándose su cortedad, que no era éste el lugar más adecuado para sostener una conversación confidencial. Sin embargo, consecuente con su decisión, se adelantó hasta el fondo del mostrador. Allí la fiebre de concurrentes remitía un poco y podía observar sin llamar demasiado la atención. Pidió un café con leche, y, mientras le servían, examinó de reojo las mesas próximas, donde se jugaba al julepe, a la garrafina o al tute. Los jugadores no se intimidaban ni enfurecían por el infernal barullo que los rodeaba. Ellos estaban a lo que estaban y los accidentes externos no influían para nada en su actividad. (Luego sí, llegarían a casa malhumorados, conscientes de que el domingo tocaba a su fin, y cualquier grito destemplado de la mujer reconviniendo a los niños les sacaría de quicio y les haría jurar entre dientes contra aquel «caos» doméstico).

En el momento en que le servían el oscuro brebaje, Sebastián divisó, en la más próxima mesa de juego, a Benjamín Conde. Aunque no le había visto más que una vez en la vida, le resultó inconfundible, con su terno marrón muy ceñido y el mondadientes emergiendo de la boca, enhiesto, sujeto por un colmillo. Sus compañeros de mesa eran tres y le llamaban el «Moreno» sin que él se diese por ofendido. Jugaban al tute subastado y a Benjamín aparentaba abstraerle el empeño. (Sebastián se preguntó cómo podría estar allí, tan sereno, con las finas manos, firmes y tranquilas, aprehendiendo las cartas, cuando un hijo ilegal, fruto de un pecado, bullía ya en las entrañas de una mujer). Le observó con minuciosidad, estimulado por un mórbido y desconocido placer de ver tan de cerca «un hombre malo». Tenía las cejas muy tupidas y negras, protegiendo sus ojos descarados y penetrantes. Era moreno de tez, enjuto y fino de miembros. Hablaba con un matiz imperativo de superioridad y no admitía que en el juego nadie se desmandase lo más mínimo. A la legua se advertía que le molestaba la presencia de un jovencito imberbe que hacía chacota de la seriedad de la partida. Éste, siempre que intervenía, lo hacía amasando previamente una aleluya que luego, después de lanzada, reía con un enojoso descoyuntamiento de miembros:

—No dejéis, por comentarios, de pagar a los contrarios.

Era la segunda vez que repetía la misma frase. Recordó Sebastián a Emeterio, su obsesión por hallar la gracia burda de las cosas. Benjamín torcía el gesto en silencio y pagaba o cobraba sin inmutarse.

Sebastián volvió el rostro hacia el mostrador y, pensativo, bebió un sorbo de café. Sería difícil, sin duda, abordar a Benjamín Conde en estas circunstancias. Y, por otro lado, no era cosa de aguardar hasta que levantasen la partida. Bebió de nuevo. Oyó abrir la puerta de un empellón y giró la cabeza. El Sixto acababa de entrar en el local, fumando un rimbombante habano. A Sebastián le recorrió una sensación abstrusa de incomodidad, de nerviosa precaución, como cuando veía dos hilos de la luz descarnados, a punto de juntarse y producir un estallido. ¿Qué venía a hacer el Sixto aquí? Le vio avanzar por entre las mesas, casi perdido en la atmósfera fumosa, palmoteando de vez en cuando los hombros de algún amigo ocasional.

Ya ante el mostrador, pidió un doble de coñac. Lo bebió de un trago y exigió otro. Sebastián agradeció que un nutrido grupo de personas se interpusiese entre él y el Sixto. No había hablado con él desde la muerte de la señora Zoa, y no experimentaba ningún deseo de volver a hacerlo. Sin embargo, la sensación de incomodidad, de estar en el centro de un círculo electrizado, persistía en él, atemorizándolo. Aún bebió el Sixto otra copa antes de pasear detenidamente la mirada por las mesas. Sebastián vigilaba la dirección de sus ojos sin pestañear, con una expresión análoga a la que adoptaba en su empeño de transmitir a Irene la calidad de su alma. Como esperaba, aun sin confesárselo, la ojeada del Sixto se posó en la mesa donde jugaba Benjamín Conde. En las comisuras de sus labios se esbozó, entonces, una sonrisa tenue que ni siquiera llegó a florecer. Mordió el puro con dureza y se adelantó hacia el fondo del local.

Sebastián intentó pasar inadvertido, hacerse invisible, mas el Sixto le vio y alteró momentáneamente el curso de sus pasos dirigiéndose hacia él. Su rostro, pigre y congestivo, estaba cruzado por una expresión impenetrable.

—Hola, chico. —Lo zarandeó por un brazo—. No irás a decirme que algún mal amigo te ha pervertido y te ha traído a este antro de perdición.

Sebastián reaccionó dócilmente. Temía que aquella expresión indescifrable que bailaba en los ojos del Sixto pudiera recrudecerse si no se sometía a sus impertinencias,

—No… no… Sólo he venido a tomar un café.

El Sixto adelantó la barbilla en un ademán pugnaz y agresivo.

—Me alegro, ¿sabes? No sé decirte otra cosa. Pero prefiero que seas testigo y juzgues lo que va a pasar. —Con desenvoltura arrojó un billete sobre

el mostrador: Cobra tres dobles y el café de este amigo.

En las puntas de los dedos de Sebastián se iniciaba un convulso temblor. Sixto no apartaba los ojos del espejo donde figuraba la lista de equipos que se enfrentaban aquella tarde y donde, al anochecer, se estamparían los resultados de los encuentros. Pero no miraba esto. La mesa de Benjamín Conde se reflejaba en el espejo, y esto era lo que llamaba la atención del Sixto. «Prefiero que seas testigo y juzgues de lo que va a pasar». Sebastián experimentó un miedo creciente. La sensación de que dos cables despellejados estaban a punto de tomar contacto se incrementaba. Sixto dio otra absorbente chupada a su puro y se enderezó.

—Guarda la vuelta.

El camarero miró la calderilla amontonada en el plato y cantó a gritos su entusiasmo:

—¡Cincuenta y cinco regalan!

Como un eco le respondieron cinco voces desde distintos lugares del establecimiento:

—¡Eh, graciaaaaaas…!

Un temblor nervioso sacudía las manos de Sebastián. Las piernas se le flexionaban por las rodillas y apenas tenía ojos y oídos para abarcar lo que le rodeaba. Pero aún pretendió detener al Sixto.

—No irás… no irás a…

El Sixto se alejó de él sin hacerle caso, se aproximó a la mesa de Benjamín Conde y se situó detrás de la silla que ocupaba éste. Dio una profunda fumada a su cigarro y, seguidamente, despidió el humo en una serie de aros simétricos, alucinantes. Su barbilla tornaba a adelantarse pugnaz y pendenciera.

—Yo, en tu pellejo, no jugaría eso.

La voz brotó en un susurro, regular y amable, como si en realidad se tratase de un consejo desinteresado.

Benjamín apenas levantó la cabeza.

—Ha sido una mala jugada, lo reconozco —asintió.

El Sixto prosiguió en su actitud indiferente:

—Las malas jugadas deben enmendarse.

Los compañeros de mesa del «Moreno» observaban al intruso sin acertar a desentrañar sus frases reticentes. Se acentuaba el temblor de manos de Sebastián, que presentía algo catastrófico en el ambiente sobrecargado y enrarecido del cafetín.

—Yo prefiero sostener lo que juego. No me gustan las enmiendas. Además, por sobre todas las cosas, detesto a los mirones.

Conde hablaba tranquilamente, sin interrumpir la partida. El Sixto añadió con su tonillo displicente:

—Siendo parientes…

Benjamín atendía a las dos jugadas sin esfuerzo aparente. Sabía, indudablemente, quién era el Sixto y lo que había ido a buscar allí. Sebastián se dijo que resultaba improbable que los dos perros más feroces del barrio se desconocieran mutuamente. Y barruntó que en aquella escena que se desarrollaba ante sus ojos había tanto de defensa de una honra como un prurito de hegemonía.

—¿Parientes?

—¿No vas a ser tú el padre del hijo de mi hermana?

Sonrió Conde imperceptiblemente al tiempo que se desprendía de una carta.

—Ah, ya… No te habrá dicho que la he engañado, ¿verdad? Es un truco ése demasiado viejo.

Benjamín hablaba sin mirarle, atendiendo al movimiento de los naipes sobre el tapete.

—Pudiera ocurrir, pero de todas las maneras ésta va a ser tu última inversión. Ya estás gastado.

Conde reprimió una carcajada. *[Luego dijo:*

—Si hubiese un nuevo diluvio universal y sobreviviera yo solito con diez mujeres, me comprometería a repoblar el mundo en un par de años.]

Sixto observó las cartas por encima de su hombro y añadió:

—Yo tampoco jugaría así. Van a comerte ese tres. Es una necedad.

Sebastián sospechaba que cuanto más se prolongase esta amenaza latente, esta contención de la mutua animosidad, más sordo y enconado sería el desenlace.

—Gracias. Pero creo haber dicho antes que detesto a los mirones.

—¿Vas a enmendar la jugada?

Volvió a sonreír Benjamín y denegó expresivamente con la cabeza.

[—Es muy sensible, pero yo no puedo dar padre a todos mis hijos. Y lo peor no es eso, lo peor es que a pesar de mis méritos aún ando sin cartilla de familia numerosa].

El ademán indiferente de Conde acabó por sacar al Sixto de sus casillas:

—¿Por qué no juegas conmigo, entonces?

Sebastián no podría decir si gritó en ese momento. Todo fue tan rápido que, en un abrir y cerrar de ojos, las mesas y las sillas se separaron con

estrépito y en el fondo del cafetín surgió un espacio libre en el que dos hombres, navaja en mano, se observaban enconados, sin fingimientos, al fin.

—Voy a rajarte, hijo, ¿no lo sabías? —El Sixto ahora arrastraba las palabras, gozándose en ellas.

Las tertulias, las canciones, las partidas se habían interrumpido, y los clientes del Bar Arribas formaban un apretado racimo en torno a los contendientes. Nadie, sin embargo, intentó interponerse. El que los dos camorristas fuesen a parar a la cárcel sin un rasguño y el intercesor al hospital o al cementerio era un hecho excesivamente frecuente en el barrio para que nadie osara meter su humanidad entre las dos navajas afiladas.

Fue el Sixto quien primero saltó y simultáneamente su brazo derecho se adelantó con violencia hasta topar con su adversario. Conde no emitió un gemido; se desplomó blandamente sobre sí mismo y quedó allí inmóvil, bañándose en un gran charco de sangre.

—A ver qué creías. ¿Qué otra cosa esperabas conseguir? Ese muchacho al camposanto y el Sixto ocho años a chirona. Todo esto podrías haberlo evitado sin tus escrúpulos y tus majaderías.

Aurelia hablaba y, de cuando en cuando, oteaba por el balcón, a través de los churretosos cristales, la efervescencia de la calle. Habían matado a un hombre y el barrio reaccionaba con todos los tentáculos de la curiosidad desplegados a los cuatro vientos. Un hombre había muerto en una pendencia y alrededor del suceso se acumulaban ya toda clase de detalles, veraces unos, falsos los más, incomprobables todos. Con el acontecimiento, Aurora y Sebastián volvían a primer plano de la actualidad. El rumor popular los zarandeaba, los traía y llevaba de aquí para allá, se disparaban sus nombres de balcón a balcón, se les acusaba, se les disculpaba, se les hacía cómplices o se les absolvía incondicionalmente.

Sebastián estaba fatigado, física y moralmente fatigado. Un laxo decaimiento se había adueñado de él después del suceso. La idea de que también Conde, como Emeterio, había muerto en pecado mortal le atribulaba hasta hacerle soltar lágrimas. Parecía ser éste su amargo y cruel destino: enfrentar a los hombres con la muerte cuando más emponzoñadas se hallaban sus almas. Aurelia, su madre, lejos de consolarle, le perseguía por todas partes, haciéndole blanco de crueles acusaciones que le rebotaban dentro como la voz de la conciencia. Sí; él podría haber evitado todo aquello. Si se hubiera casado con la Aurora, nada de esto hubiera sucedido. «Pero ¿por qué, por qué —se preguntaba— había yo de pagar las culpas de otro?. —Y, como si oyese la respuesta, rememoró inmediatamente las palabras del cura de las

barbas—: La dignidad humana es como el agua en un colador… Cada hombre que nace abre en él un nuevo agujero… Las almas nobles deben darse prisa en tapar los agujeros que otras almas perdidas abrieron…». Movía la cabeza, constreñido por la necesidad de emanciparse cuanto antes de la diabólica pesadilla. El hecho de conocer que su buena disposición hubiese evitado la tragedia le sumía en un absoluto, impenetrable abismo de arrepentimiento.

—¿Ves lo que has hecho? ¿Ves lo que has conseguido, haragán?…

Pero ¿por qué, al menos, Aurelia no le dejaba en paz? La metamorfosis de su madre, contra lo que él imaginara, no se había iniciado siquiera; continuaba siendo la misma, con su lengua incisiva, mordiente, de dolorosa violencia. El suceso había retrasado su evolución, que tan concienzudamente controlara Sebastián; había reculado, quedando tan elemental y hosca, tan ruda, como en los primeros tiempos. En cualquier momento la vería surgir con la cochambrosa cazadora militar, ocultando sus manos amorcilladas bajo los sobacos y atravesando los intersticios dentales con fugaces y silbantes corrientes de aire.

A su depresión moral se unía un absoluto cansancio físico. Los nervios le habían sostenido en las últimas semanas, mas ahora la tensión se relajaba y quedaba roto, desmarrido, convertido en un guiñapo, desmoronado y sin voluntad. El mundo y la vida estaban impregnados de violencia y de miseria. Ofuscado por el dolor, censuró a Dios la ocurrencia de haber animado el barro con su soplo. El barro era barro e implicaba una absurdidad pretender trasmudarlo en algo trascendente y vital. «Estoy blasfemando, Dios mío, estoy blasfemando. Estoy exigiendo cuentas a Dios…». Hincaba los codos en los muslos y se cubría la cara con las manos chatas y deformadas. Consideraba que si llorase se desahogaría, pero no sentía ya el menor deseo de hacerlo. La miseria de su alrededor, la ruindad de los hombres, le secaba con su soplo árido. E intuía, en el seno de su desconcierto, que únicamente recostando blandamente su cabeza en el hombro de Irene y escuchando sus palabras tenues y afectuosas podría encontrar consuelo.

Aquella noche durmió mal, y con las primeras luces de la amanecida se arrojó de la cama. Le zumbaban los oídos y le dolía a trechos la cabeza, como si tuviese desparramado por ella un archipiélago de punzantes islillas. Contra toda costumbre, introdujo la cabeza entera en un recipiente de agua helada, pero el remedio no le mejoró. Era como si llevase dentro, entre los sesos, el batacazo que ocasionó la muerte de Emeterio y la navajada de Benjamín Conde.

Sin desayunarse salió hacia los Almacenes. Era muy temprano cuando llegó, y don Saturnino, al parecer más tranquilo que en días anteriores, departía en un rincón con don Arturo y los dos hermanos rubios.

—Ayer hubo un muerto en tu barrio, ¿no? —interrogó Luis, el mayor de los hermanos.

Asintió Sebastián y se alegró interiormente de que los pormenores de la noticia no trascendieran al centro de la ciudad. Su barrio era matón y pendenciero, y pinchazo más, pinchazo menos, la ciudad no se lo tomaba en cuenta.

—Salís a muerto por mes.

—Aproximadamente.

Sonrió don Saturnino, empalmando la conversación, donde, sin duda, la había interrumpido al entrar Sebastián:

—Pues, como les decía, de París ya vienen figurines con la falda notablemente más larga. Será cuestión de meses verla arraigar aquí.

Uno de los hermanos pareció muy satisfecho:

—Entonces el corte de vestido aumentará y así venderemos más.

Don Saturnino hizo un gesto de desaprobación:

—¡Quiá! El corte de vestido de una mujer será siempre inalterable. Si se alargan dos dedos por debajo restarán los dos dedos de otro sitio. No le quepa a usted duda, Urbón: el día que bajen la falda hasta los tobillos se descubrirán los pechos. Luis se relamió:

—No caerá esa breva, señor Suárez.

Rieron todos. Sebastián tuvo una idea muy clara en ese momento de que no eran la ambición y el odio los peores enemigos de la humanidad. Constató que lo que amenazaba la colectiva existencia, abrazándola en un cerco asfixiante, era la más brutal, ruin y descarnada sensualidad. Una concupiscencia irreprimible, libre, que se expandía por todos los estratos sociales, enervándolos. Intervino don Arturo, un poco cohibido, ante el freno echado por la crisis de ventas a su proyectada emancipación:

—Aquí todo será cuestión de que Irene se haga la ropa larga para que tengamos ropa larga hasta en los orfelinatos.

Sebastián prestó oído a la conversación.

—El equipo ha de hacérselo así.

—¿Cuándo se casa?

—En mayo, creo…

Las vísceras se le revolucionaron a Sebastián. No podía haber entendido bien:

—¿Se casa…? ¿Que se casa quién? —indagó.

Uno de los hermanos rubios censuró su deficiente información.

—Irene, claro. ¿En qué país vives?

Sebastián, de buena gana, se hubiese tumbado en el suelo para sentirse más seguro. Todo le daba vueltas con una celeridad inexplicable.

—Se casa… ¿Con quién se casa, si puede saberse?

—Con López López, ese dentista rubio y bonito de la Plaza Mayor.

Miraban todos a Sebastián y éste no sabía por dónde salir:

—Es extraño…

—¿Qué es lo que es extraño? ¿Tú has visto alguna vez un filón de oro que no tenga dueño?

El mundo se le venía abajo. Era como si penosamente hubiese logrado levantar un edificio con las propias manos y le dijesen de súbito: «Es inútil; todo eso hay que tirarlo; aquí no se puede edificar». ¡Cuánta privación y cuántos desvelos para nada! Sus sueños absurdos se diluían como por ensalmo; el cuadro de ilusión que poco a poco había ido diseñando se lo emborronaban de pronto con cuatro violentos brochazos. Pero Luis tenía toda la razón: ¿dónde había visto él un filón de oro sin dueño? Siempre había sido así y era zafio y tonto creer que las cosas pueden cambiar o alterar su curso para satisfacer la propia conveniencia. Los hombres guapos, o ricos, o inteligentes, se casaban siempre con las mujeres más hermosas. Los feos, pobres y hueros no tenían mucho donde escoger. Por más que ahora las estadísticas… Pero él no era guapo, ni rico, ni inteligente… ni podía poner su esperanza en las estadísticas. Las mujeres preferirían siempre quedarse solteras a casarse con él. Contra todas las estadísticas.

Se alejó Sebastián del grupo maquinalmente. Un vacío mareante le ahuecaba, le debilitaba hasta extremos inverosímiles. A su inquietud inicial se unía ahora este vacío angustioso, opaco, aniquilador. Era aquél, el suyo, un naufragio completo, irremisible. De nuevo se encontraba solo, desasido, traído y llevado, zarandeado por un mundo hostil.

En el ropero hizo como si buscase algo en el bolsillo de su gabán, pero lo que hizo fue sujetarse a una percha, fuerte, crispadamente, con todos los músculos y los nervios en tensión.

—Buenos días, don Sebastián.

Era Juan, el hermano de Emeterio, que llegaba a colgar su abrigo en la percha. Hubo un día en que él neciamente deseó que lo llamaran así, «don Sebastián», como ahora lo hacía Juan, el respetuoso hermano de Emeterio. No obstante, al oír en boca ajena este tratamiento, Sebastián experimentó

vergüenza, como si ello se debiera a una equivocación pretendida y buscada por él. Sintió deseos de golpearse violentamente la cabeza. Sin embargo, se conformó con sisear al mozo, que se volvió extrañado:

—¿Qué quería, don Sebastián?

Aquel muchacho no podía llevar en las venas la misma sangre que Emeterio. Empero eran hermanos. Sebastián carraspeó:

—Mira —y se azoró al decirlo—, no me llames don Sebastián. Llámame en lo sucesivo Sebastián simplemente. Ese tratamiento es absurdo, ¿sabes?

Y se le antojó que gran parte de sus pesares se disipaban con esta nimia declaración.

Capítulo XIII

Era la víspera de San Bienvenido, una de las dos fiestas más importantes del barrio. Al atardecer se iniciaría en la esquina sur de la calle de Zapateros, junto al teatrillo del barrio, una pintoresca verbena que se correría luego a lo largo de la estrecha calle para desembocar, explosiva e incontenible, en la Plaza del Mercado. En ambas plazas extremas y en la calle principal, el bullicio, la alegría y la jarana no se amortiguarían durante toda la noche, y la mayoría de los vecinos, principalmente los jóvenes, verían amanecer la festividad de San Bienvenido sin haber pegado un ojo.

La víspera era día laborable, pero el incentivo de la fiesta inminente ponía en los talleres y establecimientos del barrio una impaciente y excepcional alegría. Olía ya a churros y a pólvora de cohetes, aun antes de haberse empezado a freír aquéllos y a quemarse éstos. Pero el ambiente era festivo y festivos eran los rostros y las expresiones que se topaba uno por las calles.

Para Sebastián nunca fue la verbena de San Bienvenido —bajo cuya advocación estaba el barrio— un acicate en su vida uniforme y gris. Le molestaban aquellos hedores a frituras, los gritos desgañitados de la juventud y aquel frenético deseo de vivir mucho en una noche activado por la música incansable, los estridentes silbidos de los chiflos y las salvas aturdidoras de los cohetes y las bombas.

Este año la festividad de San Bienvenido no podía presentarse en momento más aciago para él, aunque admitía que, como mal menor, la perspectiva de las fiestas y del bailoteo había echado mucha tierra sobre la reyerta del Bar Arribas, y el barrio casi había olvidado ya el incidente con aquella su peculiar manera de desentenderse de todo cuando así convenía al mayor disfrute de la colectividad.

Eran las nueve menos cuarto y Sebastián avanzaba poco a poco por el centro de la angosta calle. El día estaba tibio y primaveral y todo hacía presagiar que la víspera y la festividad del santo patrón del barrio serían preservadas por un tiempo grato y bonancible. A los lados de la carrera se elevaban ya los tenderetes, las churrerías portátiles y, atravesando la calle, cientos y cientos de farolillos multicolores, distribuidos en filas cuyos extremos se anudaban en los balcones intermedios de las dos aceras. Tenía todo un peculiar sello de adormecimiento previo, de laxitud preventiva, como

sí cada tenderete, cada churrería y cada farolillo barruntase las dos noches de ininterrumpida actividad.

La cantina de Ernesto tenía ya gente a esta hora. Eran los pocos vecinos del barrio que habían emigrado a los pueblos colindantes, pero que periódicamente, cada año, respondiendo a una cita tácita, se congregaban de nuevo en el local de Ernesto por la festividad de San Bienvenido. No creían, la mayoría, en San Bienvenido, pero creían en su conmemoración y la respetaban emborrachándose como cubas y blasfemando contra el santo patrón si se terciaba.

Sebastián cruzó ante la puerta de la cantina y una vaharada de vino de Rueda le alcanzó la nariz. Venteó distendiendo las aletas como un perro ventea un tufillo familiar. En ese momento percibió el tránsito de un olor a otro y se dio cuenta de que había penetrado en el radio de acción de la droguería de Pérez. Poco más allá, el señor Santiago distribuía kilos de fruta con su característica jovialidad. Las clientes le embromaban y alguna que otra, aprovechando la buena fe del comerciante, distraía un par de naranjas de una canasta o arramblaba con un plátano del racimo que pendía de la puerta. El señor Santiago lo divisó como cada mañana:

—A trabajar, ¿eh? No te canses demasiado; esta noche tendrás que bailar hasta despanzurrarte.

Sebastián le sonrió y le dijo adiós con la mano. Los aromas familiares del mercado gravitaban en el aire, disueltos e imprecisos. Era una mezcla inextricable, muy difícil de precisar. Predominaba el jugoso olor de la fruta sazonada, pero detrás de este aroma, más intenso que los demás, se aquilataba el desagradable hedor a vaca descuartizada, a conejos caseros y a aves de corral.

También en la Plaza del Mercado se palpaba la proximidad de la fiesta. Los tenderetes eran más abundantes y variados que de ordinario, y las casetas de churros y de venta de refrescos se esparcían buscando los cruces estratégicos. Al igual que en la calle de Zapateros, los farolillos abigarrados se cernían sobre las cabezas, balanceados por el suave viento. En el centro de la plaza, el «doctor cubano» había comenzado la jornada. Sería aquél un día de prueba, de trabajo intenso; pero, a vueltas de todo, lucrativo y remunerador. La gente del barrio perdía un poco esos dos días el minucioso control de la peseta y los paquetes de pomada para cicatrizar heridas no faltarían seguramente en ningún hogar al día siguiente de San Bienvenido.

—Yo soy el «doctor cubano» y les juro a ustedes que siempre…

Sebastián le lanzó una mirada de desprecio. Inconscientemente unía al «doctor cubano» con su desdicha y, por hábito inmotivado, le achacaba la mayor parte de sus desventuras.

A los Almacenes, por el contrario, no llegaba el eco de los preparativos del barrio. El barrio y el resto de la ciudad constituían dos mundos distintos, a pesar de estar enquistado, encajonado, el uno en la otra. Los hermanos charlaban con Martín, por primera vez en el año alejados del radiador. Juan barría apresuradamente los despachos y Manolo y los demás no habían llegado aún. Un cuarto de hora después se presentaron éstos y al poco rato se inició la actividad del establecimiento.

La crisis de ventas, aunque en modo alguno total, seguía apreciándose en los Almacenes. Y, como consecuencia inevitable, el señor Suárez continuaba midiendo el local a grandes zancadas, con las manos en la espalda y la vena de la frente cada vez más relevante. Por el contrario, y aun cuando la crisis de ventas no significaba tampoco para don Arturo un grano de anís, éste proseguía dando un ejemplo de serenidad y erigiéndose en prototipo del buen comerciante; sesudo, amigoso y cabal.

Las clientes, aunque reducidas a la mitad, esperaban pacientemente a que don Arturo estuviese libre para verse atendidas por él. Sus manos firmes, finas, sugeridoras, embaucaban tanto como sus frases moduladas y oportunistas, rotundamente sagaces:

—¡Oh, por Dios, esto no es para usted! Para usted tengo algo magnífico que acabo de recibir.

La sonrisa de la cliente manifestaba un crédulo papanatismo, su fe ciega en las decisiones del apoderado. En realidad era don Arturo quien compraba y vendía, quien se lo decía todo, dejando únicamente a la cliente el leve desahogo de pagarlo. Sebastián pensaba que era éste el secreto del experto comerciante; pero, contra lo que soñara cinco meses atrás, ahora no cifraba sus aspiraciones en llegar a ser como don Arturo. En cinco meses tan sólo se había cansado de luchar; se había percatado de que no vale la pena colocar en la vida un excesivo interés. Por lo demás, todo ahora, observando a un lado y a otro, semejaba ser igual a entonces. Las manos finas y dúctiles de don Arturo arrobando a la clientela; las espaciadas visitas de Martín al probador; la automática diligencia de Manolo, mientras su cerebro indagaba soluciones para sus mil y uno problemas domésticos; la deportiva desenvoltura de los dos hermanos altos y rubios… Prescindiendo, pues, de la actitud satisfecha de don Saturnino cuando vigilaba el preciso movimiento de su máquina poderosa con los pulgares escondidos en el chaleco, todo parecía ser igual a cinco

meses antes. Y, sin embargo, ¡qué convulsión tan tremenda se había operado en tan breve tiempo en el alma de Sebastián! ¡A qué violentos bandazos se había visto sometido! ¡Cuánto había aprendido de la vida en tan poco tiempo!…

En un claro de la actividad de la mañana, don Saturnino, enarbolando un papel blanco en una mano y un sobre azul en la otra, se encaró con la dependencia:

—Sólo esto me faltaba… ¡Este maldito se ha propuesto darme guerra, pero si quiere guerra la tendrá! ¡Vaya que sí!

—¿Qué es ello, don Saturnino? —Luis, el mayor de los hermanos rubios, más audaz que los demás, se aproximó a él. Sebastián tuvo miedo de que la vena de la frente del jefe reventase con una explosión mortífera.

—¿Qué ha de ser? ¿Qué ha de ser? Este bribón de Hugo, que es un sinvergüenza de siete suelas. Pero ya le voy a dar yo citaciones, ya… —Esgrimía de nuevo el papelito blanco, sin el sobre ahora—. Me ha llevado el muy pillo a la Magistratura… ¡Excuso decirles a ustedes! Yo un escándalo en la Magistratura del Trabajo, cuando soy un padre para mis subordinados, cuando…

Don Arturo intentó aplacarlo.

—¡No hace falta que me calme nadie, anótelo bien! Yo sólo quiero saber quién, además de usted, está dispuesto a acompañarme pasado mañana a la Magistratura a atestiguar la verdad… Quién…

La fría acogida de su solicitud le dejó un poco perplejo. Sebastián iba a decir: «Yo, desde luego»; pero al observar la glacial indiferencia de los compañeros cerró la boca.

—¡Ah!…

A don Saturnino no le salía la voz del cuerpo, tal era su pasmo. Sebastián miró a Martín; pero éste se hacía el desentendido y arañaba con aire distraído una manchita del mostrador. Los demás tenían los ojos bajos y no hablaban.

—¡Ah! —repitió don Saturnino, cada vez más perplejo—. ¿Pero es esto posible? ¿Es que ninguno de ustedes recuerda ya el escándalo de hace unos meses? ¿Tampoco usted, Ferrón? Es extraño. ¿Tampoco recuerdan que ese maldito mequetrefe me llamó con la mayor frescura «viejo chocho»?

Sebastián se ruborizó y sintió un calor absurdo por todo el cuerpo. Él sería el último que hablaría. Él, que debía su puesto al desplazamiento de Hugo, no podía, moralmente, declarar contra él. ¿Pero por qué los demás guardaban este silencio?

Luis, el mayor de los hermanos, tomó la palabra; una palabra vacilante, indecisa, impropia de él, que siempre iba recto hacia el fin:

—No lo tome a mal, señor Suárez; comprenderá… en fin… la solidaridad entre compañeros… nos obliga…

La vena del señor Suárez se puso amoratada, retorcida y sinuosa como un relámpago:

—No me regatee usted, Urbón; no me regatee… —Evidentemente empleaba adrede un término deportivo—. Dígame las cosas claras. ¡Chute usted de una vez! Pero para hablarme de la solidaridad de los subalternos es mejor que se calle. No soy partidario de esa solidaridad, anótelo bien. Esas solidaridades y esas pamplinas nos trajeron una guerra desastrosa y de seguir así acabarán con todo. Prefiero las relaciones abiertas y francas de hombre a hombre que esos bloques de mal entendido compañerismo, recelosos y prestos a saltar sobre uno al más leve roce. Pero está bien, allá ustedes con su solidaridad; con su pan se lo coman. Hugo pide guerra y tendrá guerra, aunque ustedes y su solidaridad se empeñen en lo contrario…

Se encerró en su despacho con un portazo. Sobre el establecimiento se cernía aún la vibración de sus últimas palabras, cuando de nuevo comenzaron a llegar clientes y la sombra de la filípica del jefe se disipó. Sebastián intuyó entonces que se había portado desconsideradamente con don Saturnino y estuvo a punto de correr a su despacho para desagraviarle, pero la conciencia de que debía su puesto al despido de Hugo y que se haría sospechosa toda declaración de su parte contra él reprimió otra vez sus buenos deseos.

Los compañeros atendían a varios clientes cuando se abrió la puerta de cristales y entró Irene con su gracioso y fascinante taconeo, sonriendo por doquier. Sebastián presintió que algo tremendo, inconmensurable, se le venía encima sin poder hacer nada por evitarlo. En ese instante era el único dependiente libre, e Irene, sin vacilar, se dirigió hacia él. Toda la fuerza cósmica del Universo pareció desplomarse sobre la cabeza de Sebastián en ese momento; la vista se le nubló y notó palpablemente cómo sus vísceras se contraían, angustiadas, en el interior del cuerpo y las piernas se le doblaban por las rodillas. Los músculos de la garganta se le agarrotaron y respondió con un idiota movimiento de cabeza cuando Irene, sonriente, le saludó con un afabilísimo «Buenos días». Su torpe conducta de días anteriores se le representó con fastidiosa sinceridad. Se avergonzaba ahora de las silenciosas persecuciones por las calles, de haber buscado la mirada de Irene a través de las ingentes lunas del casino, por encima del mostrador de los Almacenes, en todas partes. ¡Cuánto se habría reído ella de su recalcitrante actitud! Ella, que

era amada por un hombre apuesto, inteligente, de risueño porvenir, soportando el mudo cortejo de un pobre hombre, zafio, ordinario y contrahecho que no sabía hacer otra cosa que mirarla y mirarla como un bobo, como un perro excesivamente pegajoso y fiel.

Los ojos de Irene, verdes, brillantes, indagaban en su rostro confuso y aturdido. No se explicaba Sebastián cómo había tenido nunca valor para sostener aquella mirada, directa, vital, llena de una variedad inagotable de matices expresivos. Sebastián creía entrever, en lo más profundo de ellos, un suave toque de burla, como de terciopelo rojo. Y la sonrisa… ¡aquella sonrisa sin reconditeces, fresca y exultante!

—Le agradecería que me enseñase las cretonas que vi el otro día. Pero pronto, por favor, tengo un poco de prisa.

Sebastián se quedó tan desorientado como si le hubiesen pedido una lata de sardinas. Permaneció un rato inmóvil sin decir palabra y, cuando reaccionó, fue para encaminarse tontamente hacia la caja.

Anita le sonrió y al verse emparedado entre aquellas dos sonrisas de mujer creyó volverse loco de aturdimiento. Le pareció oír algo relativo a Arturo, aunque ignoraba de dónde había arrancado la insinuación. Y, sin tener conciencia de que se movía, se descubrió al lado de don Arturo en el otro extremo de la tienda y oyó que éste le decía:

—Estas son las cretonas de la señorita Irene.

No veía las cretonas por ninguna parte, pero oyó nuevamente la voz de don Arturo dirigiéndose a Irene:

—¡Ahora mismito soy con usted!

Alguien le colocó tres piezas de cretona entre los brazos y de nuevo se vio ante la sonrisa jugosa, fascinante, de Irene.

—Y bien, ¿qué le ocurría a usted en los ojos estos días atrás?

Se escondía una ironía sutil en el doble fondo de la pregunta, pero el ánimo de Sebastián no estaba para interpretar sutilezas.

—Nnnnada… nada… nunca he tenido los ojos malos. Muchas gracias.

Irene reía francamente mientras desplegaba las piezas y las comparaba mentalmente, calibrando las ventajas y defectos de cada una.

—Como los tenía usted tan inmóviles y tan… tan dilatados, llegué a pensar si… si…

Sebastián caló, de improviso, en el sentido de la pregunta. Su rostro palideció, pero se sintió algo más desembarazado:

—Tendrá… tendrá que perdonarme usted… Ha sido todo… He cometido… Ha sido todo una gran tontería… Era como… Me parecía… En

fin, ha sido todo una gran tontería —repitió, después de innumerables tentativas por encontrar alguna respuesta adecuada que explicase razonablemente lo sucedido.

Hablaban bajo, casi en un cuchicheo; pero a ratos Irene quebraba esta intimidad con su risa cantarina.

—Me alegra eso. Me alegra mucho lo que me dice. Llegó usted a preocuparme, de verdad. Nunca ningún hombre me había mirado como usted… —Irene ponía en estas palabras una insinuante coquetería—, se lo aseguro. Era algo así como… vamos, como si desnudase usted con el mayor descoco, ante mis ojos inocentes, las más atroces intimidades de su alma. Algo horrible, se lo aseguro.

Rió despreocupada al notar el embarazo de Sebastián, quien se confesó, avergonzado, que eso y no otra cosa era lo que había pretendido. Irene dejó de bromear y comparó las piezas una vez más. Ante la inocua proximidad de Sebastián había perdido todos sus antiguos temores:

—Bueno —dijo al cabo de un rato, sin dejar de sonreír—, envíenme las tres a casa. Si duda uno entre varias cosas, lo mejor es quedarse con todas. ¿No le parece razonable mi actitud?

Sebastián no pensó en responderle. Se daba cuenta de que ésta podía ser la primera y la última oportunidad de hablar con Irene, de tenerla tan cerca de sí. Experimentó como un tirón imperioso que coaccionaba su voluntad de retenerla, de impedir que se marchase de su lado sin más ni más. Irene le miraba ahora fijamente con sus pupilas verdes, sombreadas por los medios arcos de sus larguísimas pestañas. «¡Oh, Dios, me está midiendo; me está midiendo», se dijo Sebastián, aturullándose. Impelido por su embarazo, recogió la mirada y la dejó resbalar por la superficie del mostrador. Entonces vio allí mismo, a medio metro de él, la mano cuidada, atildada, bellísima de la mujer. No pudo reprimir el impulso que le agitaba: comenzó a enrollar una de las piezas de cretona e, intencionadamente, buscó el contacto. Éste, a pesar de su brevedad, fue para Sebastián como una sacudida eléctrica. Notó la sangre cálida de ella a través de la piel, activando su propia circulación. El roce de aquella piel tersa, fresca, suavísima, terminó de desconcertarlo. Imaginó que nunca en la vida, por ocasiones que se le presentaran, podría volver a ser tan feliz como en ese momento, y cerró los ojos, dejándose mecer por un extraño y loco desvarío.

La mano enjoyada no se apartaba del mostrador; tamborileaba ahora con la punta de las uñas sobre el tablero y su tecleo tenía un no sé qué indefinible de ponderada armonía. Sebastián levantó la mirada, turbia, húmeda, como la

de un buey cansino, y acogió la sonrisa de la mujer con una mueca resignada, mezcla de culpabilidad e impotencia.

—Entonces me lo mandarán, ¿verdad? Muchas gracias…

Salía del establecimiento diciendo adiós a don Arturo con la mano, con aquella mano que, a juicio de Sebastián, podría, de proponérselo, cambiar el curso del universo. La contempló extasiado, sin mover un solo músculo de su cuerpo y con la boca abierta y reseca.

Transcurridos unos segundos, se dio cuenta de dónde estaba. La sensación arrobadora de encontrarse suspendido en el espacio desapareció. Y en el primer instante de su regreso a la tierra divisó sobre el mostrador, entre las desordenadas piezas de cretona, el guante de crochet olvidado por Irene. Era un guantecito minúsculo, de tono crudo, que emanaba unos efluvios discretos a perfume fresco y confortante. Lo tomó entre sus manos deformadas y aspiró su aroma golosamente una y otra vez, tratando de reproducir el pasado embelesamiento. De pronto, le asaltó el deseo repentino de conservar aquel guante durante toda la vida como recuerdo de la mujer a quien con tanto ardor había amado en silencio. Furtivamente, para evitar llamar la atención de nadie, lo dejó resbalar hasta el bolsillo de su americana.

Apenas había concluido de ocultarlo, cuando oyó a su lado, de nuevo, el inconfundible taconeo de Irene. Alzó la vista y la contempló atolondrado:

—Perdone, pero creo que he olvidado un guante.

Sebastián se arreboló. Por un segundo vaciló entre devolver la prenda o mentir con todo descaro. Fue la facilidad con que podía negarlo lo que le animó a mentir:

—¿Un guante? —dijo, simulando sorpresa—. Es raro que no lo haya visto por aquí. ¿Está usted segura de que lo traía? —Y mudó de sitio las piezas de cretona, haciendo un mohín cariacontecido.

—Tiene que estar forzosamente. Lo he echado de menos antes de llegar a la esquina y he entrado aquí con ellos puestos; tengo absoluta seguridad.

Se acercó don Arturo:

—¿Un guante dice?

Sebastián simulaba una activa busca.

—Es raro… es raro… —murmuraba, mientras hacía esfuerzos por que el galope de su corazón no le delatase.

Al cabo de unos minutos, durante los cuales don Arturo cooperó en la minuciosa investigación, Irene se impacientó:

—Bueno, mandaré esta tarde a preguntar. Dispénsenme, pero ahora tengo un poco de prisa.

Don Arturo no podía consentir esto.

—De ninguna manera. En cuanto aparezca se lo enviaremos a usted, Irene. ¡No faltaba más! Por favor, no mande a buscarlo. Nos daría usted un disgusto. Antes de comer lo tendrá usted en su casa.

Marchó Irene. A la una, en cuanto el establecimiento se cerró, el pequeño ejército de la dependencia, capitaneado por don Saturnino —cuya furia aumentó con este nuevo contratiempo—, inició una detenida inspección del local, que resultó completamente infructuosa. Se indagó hasta en las estanterías y el ropero, en los despachos del contable y del señor Suárez, debajo de los mostradores, pero la pequeña prenda, naturalmente, no apareció.

El corazón de Sebastián latía frenético; su ilusión inicial había sido reemplazada por un temor creciente de que aquello que tomase por inocente trastada pudiese degenerar en un irremediable desastre. Al contemplar a toda la dependencia y al propio don Saturnino andando a cuatro patas por debajo de los mostradores sentía un miedo invencible de que el guante abultase demasiado el bolsillo de su americana o de que algún compañero hubiese sido testigo de su original rapacería. Con gusto hubiese vuelto Sebastián a poner las cosas como estaban.

—El guante tiene que estar en casa; forzosamente tiene que estar en casa…

El señor Suárez se animaba, cantando a gritos su seguridad, aunque en el fondo, él, como todos, dudase mucho de la confirmación real de sus palabras. Sólo faltó levantar el piso, tirar los tabiques y remover los cimientos del edificio. Decepcionado, al fin, don Saturnino, y con un humor de todos los diablos, los despachó a casa a comer.

Sebastián echó a correr en cuanto se vio libre. Corría como con miedo de que alguien le persiguiese o vigilase desde algún punto sus movimientos. En su cabeza bullía una idea que, en principio, juzgó genial, pero que iba perdiendo grandeza a medida que pasaba el tiempo; no obstante, era la solución más viable y oportuna para aquel conflicto. Como una exhalación atravesó la Plaza del Mercado, bajo los farolillos verbeneros, sorteando con agilidad la multitud de tenderetes y casetuchas que se levantaban por todas partes. Al llegar frente al cuchitril de la señora Luisa se detuvo jadeante y suspiró hondo por tres veces. Estaba sudando y tenía el rostro congestionado. Cuando se adentró en el chiribitil, la señora Luisa le miró por encima de las gafas, sin levantar la cabeza. Estaba allí casi perdida entre una barahúnda de madejas, restos de lana de diferentes colores, chalecos, calcetines, botas de niño de teta y un sinfín de agujas de diversos grosores y tamaños.

—¿Qué se te ocurre con esta prisa, hijo? No estará mala la madre, ¿verdad?

Denegó Sebastián y apresuradamente extrajo el guante del bolsillo:

—Señora Luisa… es preciso… —dijo vacilante, y tras una breve pausa continuó—: Querría que… en fin, le agradecería que de esto no dijese una palabra a nadie, ¿sabe? Ni a mi madre. Se trata… ¿sabe? En una palabra, querría… a ver si usted puede hacerme un guante… Bueno, un guante igual a éste, ¿sabe? Pero para esta tarde, compréndame; me urge mucho.

La señora Luisa se había encariñado con Sebastián. Al fin y a la postre, reconocía que gracias a él podía permitirse el lujo de lanzar, cada sábado, una inocente canita al aire. Su fondo era más tierno y femenino que el de Aurelia, aunque ambas coincidieran en sus instintos y sus vicios. Le guiñó picarescamente un ojo:

—¿Es para un regalo?

Sebastián no vio motivo para desilusionarla.

—Sí, es para un regalo. Es bonito, ¿verdad?

Sonrió la señora Luisa, sacando los labios como una mulata.

—Qué hacer; y finos.

Tanteó el guante con dedos profesionales y expertos.

—Para las seis lo tendrás hecho —añadió luego.

—¿Y me lo podrá mandar al Almacén?

—¿Tanta prisa te corre?

—Mucha; es cuestión de… Bueno, es una cuestión muy importante.

—¡Sebastián!

Él sonrió, complacido en el fondo.

—Por el momento no puedo decirle nada.

Volvió la señora Luisa a guiñarle un ojo.

—Pero, hijo, ¿de cuándo acá…? Bueno, bueno… yo misma te lo llevaré. A las seis, ¿eh? —Iba a retornar a su labor cuando se le ocurrió una nueva pregunta

—Dime, ¿qué se sabe del Sixto? ¿Cuándo le juzgan?

—Aún no hay nada, que yo sepa.

—¿Y de la Aurora? ¿Ha dado a luz?

—Todavía debe faltarle tiempo.

—¡Pobre muchacha! —Sin hacer pausa cambió de conversación con la mayor facilidad—: Oye, dime, ¿qué películas hay para el sábado?

—Mañana miraré las carteleras; aún es temprano.

Bajó la voz como si le manifestase algún anhelo inconfesable:

—Oye, hijo, a ver cuándo nos llevas a otra de Jorge Negrete.

—Está bien, señora Luisa, pero no se le olvide lo que le he dicho. Ni una palabra a nadie. A las seis yo estaré al quite. Tampoco quiero que la vean dármelo, ¿entiende? Yo saldré un momento a la calle y lo recogeré. No lo olvide. Hasta luego.

—Bueno, bueno: está bien, hijo. Vete con Dios.

Sebastián empujó el portón claveteado del convento de los capuchinos, que gimió como un viejo gato apaleado, y se adentró en la penumbra de la gran nave. Hacía fresco en el interior en relación con la temperatura de la calle, y la primera impresión, agobiada la retina por la luminosidad del día en su apogeo, era de vacío absoluto. Al cabo de un rato los ojos de Sebastián, habituados al ambiente sombrío del templo, comenzaron a descubrir los perfiles y contornos de las cosas y vislumbraron la primaria imagen de San Bruno, a la derecha, y a sus pies una muchacha pálida y enlutada que comenzaba su angustiada súplica:

—¡Oh, San Bruno bendito, escucha a tu sierva Isabel!… Te ruego, San Bruno, por mi hermano Benjamín… Intercede por él, santo bendito, ante el trono de Dios, pues en la Tierra fue siempre un redomado sinvergüenza… Vivió como un bribón y murió como un bribón; pero te ruego, San Bruno, que no le dejes ahora de la mano. Te pido también, santo bendito, por mi madre, por mi padre, por mis abuelos y por mis hermanos… También, San Bruno, por mis tíos y por el novio de Estefanía… Haz, santo bendito, que ninguno de los que quedan se muera nunca… Pero nunca, nunca, nunca, ¿oyes? Que todos nos conservemos siempre en la Tierra para alabarte y bendecirte… Pero siempre, siempre, siempre, y todos, todos, todos, ¿oyes? Que mi hermano Benjamín sea el único…

Sebastián parpadeó un momento y tornó a mirar el perfil de la muchacha. Un perfil enjuto y oscuro de rasgos finos, al que sólo faltaba el bigote, espeso y moreno, y el palillo de dientes emergiendo de un colmillo para completar la faz de Benjamín Conde. Se estremeció. También la voz se le hacía conocida y familiar, y el tono impetrante de la plegaría le recordaba la advertencia reticente, implacablemente mordaz: «Por sobre todas las cosas, detesto a los mirones. —O la expresión airada y furibunda—: Me amuela que sólo a las más pendones les salga un defensor de su honra». La hermana, zumbona y pedigüeña, llevaba razón. Benjamín vivió como un bribón y murió como un bribón… Y ahora era posible que ni la intercesión de San Bruno…

Sebastián había pasado unos días, a raíz de la sangrienta pendencia del Bar Arribas, como adormecido, poseído de un aturdimiento que le privaba de

discernir lo pasado, su posible intervención en ello, la calidad y sentido de sus consecuencias. La muerte de Emeterio y después la de Benjamín Conde habían obrado sobre él los efectos de dos mazazos consecutivos y contundentes. No supo ver más allá del tremendo presentimiento de una eternidad sujeta a castigos. Le rasparon tanto ambos hechos su sensibilidad excitada, que quedó como embotado y neutro, transitoriamente insensibilizado. Después tuvo unos momentos de lucidez que le empujaron a una sorda rebeldía. Se encontraba disconforme y descontento, y cualquier roce, hasta el más minúsculo, le erizaba los nervios, que amagaban con estallar de la tensión. Fueron unas horas borrascosas y, al fin, se propuso no pensar más en aquellas dos desgracias irremediables que posiblemente arrastrasen unas consecuencias nefastas. Pero la creencia de que Emeterio y Benjamín Conde se habían condenado eternamente, de que a estas horas se debatirían impotentes contra las torturas del infierno, le ocasionaban una caótica lucha cerebral que le enloquecía.

Sólo después de la impensada entrevista con Irene y del episodio del guante, aparentó olvidarse de aquellos hechos. Pero no se había olvidado. Lo que ocurría era que Sebastián acababa de descubrir el cauce por donde lanzar y ordenar el impetuoso caudal de sus sentimientos encontrados. Pensó en el convento de los capuchinos como otros hombres desesperados o deprimidos piensan en la bebida: como en un sedante posible, como en un medio eficaz y expeditivo de huir de las tinieblas, de las aprensiones y de la incertidumbre.

Y ahora estaba allí ya. En el altar lucía la llamita azulada y crepitante de la palmatoria, como un alma cruzando indemne a través de un inextricable bosque de asechanzas y pasiones. El cuchicheo de la hermana de Benjamín Conde, postrada ante la tosca imagen de San Bruno, le llevó a pensar en Emeterio y Juan. E imaginó que unos mismos moldes no bastan para limitar dos distintos temperamentos. El libre albedrío humano se mostraba pujante y descarnado, brutalmente cierto, en aquel par de hermanos, vivificados por la misma masa de sangre, pero diametralmente opuestos en el enfoque de sus destinos. Ello probaba, una vez más, la autonomía espiritual de cada ser, el espontáneo e incoercible poder de determinación del hombre. La belleza del cuerpo era un fenómeno exclusivamente connatural, pero no la conformación del alma, sujeta siempre a las disponibilidades de la voluntad.

El silencio manso y reposado del templo repasaba la piel de Sebastián como si se filtrase a través de una membrana porosa. De nuevo pensaba en Emeterio y Juan y los dos hermanos Conde, tan distintos. Y otra vez se sintió empapado por el convencimiento de que sólo allí, dentro de él, en lo más

oscuro y recóndito de su cuerpo, se encerraba la suprema verdad, la única, escueta y trascendental verdad. Los nervios, tensos y crispados, iban relajándose, produciéndole una calmante sensación de plácida laxitud. Conociendo la verdad, no tenía por qué temer nada. A fin de cuentas él no había matado a Emeterio, ni había provocado sus pecados; ni tampoco la muerte ni los pecados de Benjamín Conde. ¿Por qué, entonces, no enderezarse de nuevo? Él sabía que el alma, la parte intangible, más íntima y vaporosa del ser, era lo primordial del complejo humano, aunque los hombres en general no lo advirtiesen y vivieran y se mataran como si el dinero o el poderío fuesen los supremos estímulos sociales, lo único que implicaba, en el mundo, una razón de lucha y emulación.

Él había sido egoísta, postergando esta alma cuya existencia constataba otra vez en el pulso de su sangre, en el latido apresurado y sordo de su corazón. Le costaba renunciar, desasirse de toda ligazón terrena, y había aspirado incluso a dar satisfacción a su pobre cuerpo exhibiendo como un producto de esmerada elaboración el secreto de su alma. Recordó a Irene e inmediatamente desechó este pensamiento. La felicidad podía estar ahí como podía estar en otros mil sitios diferentes. Era un error imaginar que el propio acomodo sólo se encuentra en una línea de conducta rígida e inflexible, que todo lo que suponga desviarse de esa línea ha de ser el caos, el desquiciamiento y la perdición. Los caminos del alma eran dúctiles y variados, enmarañados o abiertos, rectos o sinuosos, pero eran, a no dudar, infinitos y eternos. «La felicidad está en el orden de los instintos… —se repitió Sebastián—. Y los instintos —se dijo— son susceptibles de un orden y una organización con Irene y sin Irene, con sinsabores y desengaños».

Una tierna y dulce congoja le subía del pecho y le oprimía suavemente la garganta. Entonces comenzó a llorar con un ritmo pausado, desalojando su cerebro de lúgubres presunciones y reconditeces sombrías. Apoyaba la frente en la madera del banco y mansamente se desahogaba, no intentaba cortar el curso de las lágrimas.

Entonces pensó que él podría ser feliz encerrado para siempre entre aquellos densos muros, bajo la mirada paternal y vigilante del padre Matías. Pero ahuyentó este pensamiento como ahuyentase poco antes el recuerdo de Irene, como si se tratase de un algo vagamente pecaminoso. No quería ser egoísta otra vez. Comprendía que fuera de allí le esperaba una tarea ardua e intransferible, una misión exclusivamente personal. No podía abandonar ahora a Aurelia ni a la Orencia, ni podía… «La dignidad humana es como el agua en un colador». Evocó a la Aurora, desquiciada, rumiando a solas, noche

y día, su abultada deshonra. Y la monstruosa decisión de la Germana siguió a esta evocación como dos piezas íntimamente concatenadas.

Los sollozos de Sebastián se hicieron más profundos; resonaban ahora acongojados en la vasta quietud del templo en reposo. Le costaba enfrentarse, dar cara a una posibilidad recién descubierta, pero intuía que era la mano de Dios la que le dirigía y controlaba, que era Dios mismo quien le exigía la reparación de un acto y de otro. Emitió un ronco sollozo y transigió. ¿Por qué no? «Las almas nobles deben taponar los agujeros que otras almas perdidas abrieron». (Y Sebastián se imaginó a un Benjamín Conde grotesco y apayasado, como el Benjamín Conde de sus pesadillas, haciendo agujeros apresuradamente en un colador con la afilada punta de un mondadientes).

Comprobó, en un segundo, que era ésta la misión para que había sido creado, que él —¡qué sarcasmo, Dios mío, para el barrio!— acabaría cerrando el agujero que la Aurora y Benjamín Conde abrieron a medias. Sintió una instintiva repugnancia, pero al pensar en el desgraciado niño por nacer sonrió dolorosamente entre sus lágrimas. «Sí, me casaré con la Aurora, —dijo con voz ronca, en un susurro apenas perceptible. Y añadió para sí—: Seremos como dos hermanos, nos respetaremos mutuamente y… y educaremos a ese niño que ninguno de los dos hemos querido».

Su llanto se acentuó, pero una serenidad desconocida se apoderó de él. Al ceder, se dio cuenta de que había sido la lucha interna, áspera y velada, que sostuvo con la conciencia la que le produjo sus amarguras y quebrantos. La rígida resistencia para admitir aquella solución le desazonaba, y ahora, de pronto, al hundirse hasta el cuello en la inmensidad de su sacrificio, sometiéndose a los postulados de una difusa voluntad superior, experimentaba unos anhelos locos de reírse a gritos de su cobardía y de abrazar estrechamente a todo el mundo.

Oyó chirriar el portón claveteado y una sombra se deslizó hasta el banco que él ocupaba. Entre las lágrimas divisó la silueta del señor Cleto a su lado. Andaba casi a ciegas, tanteando, deslumbrado aún por los destellos del sol. Sebastián, en un impulso espontáneo, le sujetó la mano y se la oprimió con calor.

—Soy yo, Sebastián, señor Cleto. —Y lloraba a raudales— ¿Cómo… cómo usted por aquí?

El señor Cleto se repuso enseguida de la sorpresa.

—Hola, hijo. Hoy es el patrono del barrio. ¿No lo sabías? ¿O es que eres tú también de los que creen que sólo deben rezar los niños, las viejas, los tontos y los enfermos?

Serían aproximadamente las seis y media cuando Martín se le acercó por detrás y le dijo, frunciendo levemente su bigotillo:

—Esa pelmaza del chal pregunta por ti. Lleva un cuarto de hora esperando a la puerta y haciéndote señas. Dice que quiere comunicarte algo importante, pero que no quiere pasar. Ya le he dicho que aquí no nos comemos crudos a nadie, pero insiste en que no le da la gana de entrar y que salgas tú.

¡Dios mío, la señora Luisa! Sebastián se había olvidado por completo de su negocio del guante. Habían ocurrido demasiadas cosas en las últimas cuatro horas para acordarse de aquella pequeñez. Después de todo Irene no significaba ya nada en su vida, y cuanto antes se olvidase de ella, de todo lo relacionado con ella, sería mucho mejor. Las margaritas no eran para los puercos y el puerco nada conseguiría más que evocar a todas horas su empeño frustrado y su impotencia evidente guardando un pétalo como si fuese un tesoro. Salió Sebastián, y la señora Luisa le regañó impaciente:

—Vamos, hijo; llevo aquí casi una hora plantada como un espantapájaros. ¿No te corría tanta prisa el guante? —Desenvolvió un pequeño paquete que llevaba bajo el brazo y añadió—: Aquí los tienes. Éste es el tuyo y este otro el que te he hecho. Yo creo que ni en fotografía te los sacarían más parecidos.

Sebastián guardó uno en cada bolsillo.

—Muchas gracias, señora Luisa, y no arrugue la cara; el sábado estrenan una película de Jorge Negrete en el Ideal. Allá iremos.

Suspiró, resarcida en su espera, la señora Luisa y entornó los ojos. Con facilidad se adivinaba que haría con gusto de Jorge Negrete su cuarto marido si el astro se aviniera a apencar con sus aprovechados cincuenta años, su inmundo cuchitril y su agria afición al vino.

—¿Cómo se llama?

Sebastián reflexionó un momento.

—*Los hombres de Jalisco, Las mujeres de Jalisco o algo por el estilo; pero, desde luego, se relaciona con Jalisco. Bueno, ¿y el precio?*

—¿Qué precio?

—El del guante.

—¡Bah, quinientas pesetas! —Y la señora Luisa se reía de su botaratada.

—¿No será un poco mucho?

—Haga cuenta el señor del trabajo que eso encierra y de la calidad de la prenda.

Sebastián le seguía la broma:

—El trabajo y la calidad son excelentes. Pero podríamos dejarlo en cuatrocientas noventa y cinco.

La esperanza de volver a ver a Jorge Negrete disipó por completo el mal humor acumulado en la espera por la señora Luisa.

—Si el señor lo considera bien pagado, vale.

—Luego le enviaré un cheque a su casa. Muchas gracias.

—Adiós, hijo; que te diviertas y gastes poco.

Sebastián volvió a entrar en el almacén. La sensación de los guantes en los bolsillos y el temor de que alguien los descubriese le distrajo de sus reflexiones. Aquella tarde la crisis fue más patente y agudizada que en días anteriores. Apenas siete clientes franquearon la puerta del establecimiento, y, de ellos, cuatro o cinco se marcharon sin comprar, por encima del acento persuasivo de don Arturo y de los movimientos de sus dedos finos, acuciantes y sugeridores. Aparentemente aquello se agravaba. Las clientes iban echando costra y, sobre ser menos, las que llegaban parecían puestas en guardia de antemano para evitar ser llevadas por donde no les apetecía ir. Es decir, compraban o no compraban por propia voluntad, indómitas a la menor influencia externa.

A las siete se cerró la puerta y Juan, el mozo, volvió el cartelito de «Cerrado». Don Saturnino salía de su despacho con cara de pocos amigos. Sebastián, en este instante, casi sin pensarlo, se precipitó hacia él:

—El guante, don Saturnino. ¡Ha aparecido el guante! —Y tremolaba entre sus dedos achaparrados, ante el asombro de todos, la pequeña prenda.

Pero si esperaba ver cambiar el semblante de don Saturnino se equivocó. El señor Suárez tomó el guante en la mano y le espetó a bocajarro:

—¿Dónde estaba?

Toda la dependencia se concentró en torno, intrigada. Sebastián se aturdió. No había pensado en esta indagación tan enojosa.

—Ahí… ahí… —balbució, sin convicción alguna—. Al pie del mostrador.

—¿En qué parte?

El tono de don Saturnino manifestaba que no se conformaba con ambigüedades. —Ahí, en la esquina esa…

—No puede ser —intervino, tajante, don Arturo—. Es una necedad querer hacernos creer que el guante ha estado ahí, a la vista de todo el mundo, y nadie ha reparado en él hasta ahora.

¡Oh, qué difíciles se le ponían siempre las cosas a Sebastián! Se diría que un ente diabólico se divertía enredando y enmarañando el sencillo ovillo de su vida.

—Era… Ha sido más atrás…

—¿Debajo?

—Sí, eso… por debajo.

—¿No he estado yo debajo dos horas andando a cuatro patas como un burro? ¿Eh? ¡Dígame!

—Sí, sí, pero era más… más hacia… hacia la esquina esa…

Martín hacía sonar también sus méritos:

—Ahí he mirado yo cinco veces, y como no lo hayan puesto luego, el guante no estaba ahí; bien seguro estoy de ello.

Sebastián se veía cercado, acosado por cien bocas implacables, por mil ojos que leían en su rostro el inefable embuste.

—Es que… es que…

—¡Que lo había guardado usted! ¿No es eso?

¡Cómo giraba todo, describiendo círculos alucinantes, por encima de su cabeza! La contundencia de los argumentos esgrimidos contra él lo anonadaba, lo ofuscaba, impidiéndole servirse de la clara luz de la razón. Veía las caras de sus compañeros, multiplicadas por diez, censurando su palmaria falta de sinceridad.

—¡Eso es imposible!

—Ahí he estado yo media hora; en cualquier otro sitio podría estar, pero ahí no; estoy convencido de ello.

—¡Pero, hombre, si por ese rincón he mirado yo más de cien veces!

—¡No diga usted tonterías!

—Lo había guardado usted, ¿no es cierto?

—¿Y qué ha sacado usted en limpio con guardarse ese guante?

Se le hacía a Sebastián que todos leían en sus ojos la grotesca verdad. Adivinaban que estaba enamorado de Irene, que el barro ruin aspiraba a remontarse hasta el pájaro alacre, de vistosa policromía. Le vinieron ganas de taparse el rostro con las manos y escabullirse, esconderse debajo del mostrador, cobijarse de aquellas miradas directas que le desnudaban el alma en su prolija manía de investigar hasta el fondo de las cosas.

Pero aún insistió torpemente:

—Más allá… más allá… donde ninguno…

No le dejaron terminar. Ignoraba si aquella barahúnda que se elevaba en su derredor era cierta o una mala jugada de sus nervios hipersensibles. Pero no, no. Allí estaban las cabezas de todos, muy unidas, muy estrechamente unidas, formando un cerco ceñido e invulnerable, negándole toda posibilidad.

—¡No es cierto!

—¡No puede ser verdad!

—¡No es usted sincero!
—¡Miente!
—¿Dónde estaba el guante?
—¡… Anótelo bien!
—Por última vez…
—¡No, no y no!
Y todo giraba en derredor. Giraban los rostros y las piezas multicolores de las estanterías; giraban las arañas gigantescas que pendían del techo; giraba la vena relevante de la frente de don Saturnino; giraba el recortado bigotito de Martín, las manos finas y afiladas de don Arturo, los ojos sanguinolentos y saltones de Manolo; giraban las letras, las palabras y las frases. Giraban, sobre todo, aquellos «noes» ominosos y rotundos, las crueles negativas de sus compañeros a admitir como verosímiles sus razones. Y detrás de aquel constante y absoluto girar le pareció recoger una helada carcajada y el sonido mollar y crujiente como de un saco de virutas al ser trasladado. Sebastián no pudo resistir aquella risa viva del maniquí abandonado. Porque la risa provenía de él, a no dudar. Nadie más que él podía reírse con aquellas carcajadas de trapo, frías y cavernosas, que llenaban con sus ecos todos los rincones del establecimiento.
Se tapó los oídos con las manos deformadas y echó a correr enloquecido hacia la puerta. Los denuestos y las negativas de sus compañeros le perseguían como sabuesos ávidos de sangre. Y, de entre ellos, extrajo, distinta y rotunda, la enfurecida voz de don Saturnino, irritado con la persistente crisis de ventas y la reciente citación de Hugo:
—¡Eso! ¡Márchese y no vuelva más! ¡Anótelo bien, Ferrón! ¡No vuelva a poner los pies en esta casa!
Pero él seguía corriendo y corriendo, sin dar importancia a nada que no fuese huir deprisa de aquella guirnalda de cabezas acusándole, de la lúgubre carcajada del maniquí de serrín…
Volaba atravesando las calles, sin cuidarse de que la gente le mirara o hiciese comentarios irónicos de su marcha precipitada. De repente, sin detenerse, se dio cuenta de la tremenda verdad. ¡Estaba despedido! ¡Despedido! Y como si de su sueldo sólo dependiera el esparcimiento de los sábados, pensó en la señora Luisa, en cómo le costaría renunciar a volver a ver a Jorge Negrete. Las lágrimas se le acumulaban en los ángulos internos de los ojos, le rebosaban ya y comenzaron a rodar presurosas hasta empaparle las solapas de la chaqueta. Pero él seguía corriendo, mientras el leve viento, intensificado por la rauda carrera, le irritaba la húmeda piel de las mejillas.

«¿Y Aurora? —se preguntó súbitamente—. ¿Cómo podré casarme ahora con la Aurora? La gente dirá que busco su dinero, que sólo al quedarme en la calle, indigente y desamparado, acudo a ella como un perro vagabundo a una lata de basuras. —Sin cesar de correr movió la cabeza con violencia—. ¿Qué me importa? ¿Qué puede importarme eso? Yo me casaré con ella piense la gente lo que quiera. —Y presentía que era éste el verdadero, auténtico, incontaminado sacrificio; que sólo los actos consumados así, en el secreto de la propia conciencia, son actos meritorios y trascendentes, acreedores, un día, a una eterna contraprestación—. No tocaré su dinero; no necesito su dinero para nada; yo trabajaré hasta que reviente en cualquier parte. ¿Por qué no he de encontrar trabajo?».

Y, de improviso, al pensar en esto, se sentía más ágil y libre, más dueño de sí que nunca.

Corría como un desesperado, moviendo impulsivamente las cortas piernas y notando que su vientre, lacio y abultado, trepidaba dolorosamente por debajo de la faja de franela. Al sentir despeñarse por las mejillas un nuevo torrente de lágrimas, buscó el pañuelo tanteando sus bolsillos. La mano derecha topó con el guante de Irene e, impensadamente, lo extrajo apuñado en sus dedos cortos y nudosos. Lo contempló a través de la lente de lágrimas y, luego, lo levantó hasta la nariz aspirando con fruición su fresco perfume. Desposeído de todo respeto humano, comenzó a besarlo atropelladamente, enjugando con él sus lágrimas, cada vez más abundantes.

Ya entraba en la Plaza del Mercado, y los gritos estentóreos de la multitud, el estampido de los cohetes y las bombas y los silbidos de los chicos le aturdieron. El barrio conmemoraba con una exuberancia vital la festividad de San Bienvenido. Todo el mundo se había lanzado a la calle y, bajo el resplandor incierto de los farolillos verbeneros, teñidos los rostros por mil contrastes de luz, parecían fantasmas pugnando con las torturas del infierno. Pensó en Emeterio y Benjamín Conde; pensó en la Germana y se estremeció. Mujeres regordetas y congestionadas extraían de ingentes sartenes roscas interminables de churros, inmensos rosetones de patatas fritas, bolas fritas de San Bienvenido. Y en su derredor una turba de mujeres y chiquillos disputándose a gritos y a empellones los puestos de preferencia. Los hombres se aglomeraban en las tascas ambulantes y bebían vino y limonada insaciablemente. Los muy entonados cantaban *La vaca lechera o El año cuarenta y pico con sus voces roncas y aguardentosas. Los menos ebrios buscaban anhelosamente la manera de igualar su entusiasmo con el de aquéllos. El «doctor cubano» vendía tubos de pomada como si fuesen*

caramelos. La mujer, encaramada sobre dos cajones, estaba pálida por el infrecuente esfuerzo, y la serpiente sacaba la lengua enloquecida por tanto grito y tanta pasión.

El pavimento de la plaza se hallaba alfombrado por cáscaras de avellanas y cacahuetes, papeles grasientos, restos de farolillos y mondas de girasol. La multitud, al fluctuar y pisar aquellos restos, producía un rumor crujiente, como el que invadía a las horas de función el teatro del barrio.

Sebastián reía y lloraba interiormente de la miopía de los hombres. Se imaginaban felices en el seno efervescente de aquella babel y lo que estaban era desconcertados, enloquecidos por los gritos, el estallido ininterrumpido de los cohetes y las bombas, los compases agudos y estridentes de la charanga y los trajes vivos y chillones, mareantes, de las mujeres. «La felicidad está en el orden de los instintos». Y allí predominaba un caótico e irresponsable desorden. *[Varias parejas bailoteaban en un reducido hueco, junto al urinario público. Un cantinero animó a un parroquiano con insistencia:*

—¡Anda a bailar!

—Si apenas sé moverme.

—¡Qué importa eso! El caso es arrimarse. —Y los dos reían como dos tontos, con los ojos encandilados por un acuciante deseo de fornicar, sin pensar que aquella noche podían morirse repentinamente lo mismo que la Germana, Emeterio o Benjamín Conde].

Sebastián avanzaba ahora despacio, recibiendo empujones y achuchones por todas partes. En la mano derecha oprimía el leve guante de crochet de Irene con una ternura infinita y se hacía la ilusión de que portaba a la bella mujer de la mano. Así atravesó la Plaza del Mercado y se adentró en su calle, en donde la aglomeración tomaba increíbles proporciones. Los gritos y las canciones se hacían aquí ensordecedores y la gente llevaba en la cabeza gorros de papel de ofensivos colorines. *[Se apretaban unos contra otros y las mujeres emitían grititos equívocos de cuando en cuando, acusando, sin duda, unos roces ocultos. La cantina de Ernesto rebosaba de parroquianos zumbones y un nutrido grupo de ellos cantaba El año cuarenta y pico con tanta unción y seriedad como si en realidad esperasen que al día siguiente los garbanzos estuvieran a dos pesetas el kilo y a venta libre el aceite].*

Ante la puerta de su casa, un grupo de chiquillos armaba un escándalo mayúsculo con sus flautas y silbatos, agudos e incoherentes. Los tenderetes se alineaban a ambos lados de la carrera y las mujeres que los regentaban pregonaban a gritos la calidad y suculencia de los artículos cuando no la asequibilidad de los precios.

Un mozalbete grandullón arrojaba garbanzos detonantes a los pies de las muchachas que corrían en desbandada, empujándose y gritando. Desde un balcón alto, un hombre en mangas de camisa, con los brazos llenos de vello, lanzaba cohetes al espacio oscuro que se abría en una estela de luz vivísima y efímera para, después de la explosión, sumirse en una tenebrosidad aún más espesa y maciza que antes.

Olía fuerte a frituras, a pólvora, a emanaciones humanas y a vino tinto en porrón. Era una mezcla penetrante y desagradable, pero que incitaba a la locura y al frenesí. Sebastián se abrió camino, a codazos entre eructos vinosos, voces destempladas y los crujidos de las cáscaras, hacinadas en el suelo. Era tedioso bracear contra corriente, y Sebastián se veía obligado a desarrollar un violento esfuerzo físico para conseguirlo.

Ya en el portal de su casa, hubo de apoyarse en el muro para no caer. Dirigió una mirada desmayada al idolillo de la cara de león y los pechos cónicos y le sonrió con languidez, con una acentuada expresión de cansancio en los ojos enrojecidos.

—Hoy no ha habido suerte, ¿sabes? Otro día será. —Y ascendió penosamente las escaleras.

Sin detenerse llegó hasta su alcoba, se quitó los zapatos pisándose los contrafuertes y se derrumbó sobre la cama. No había nadie en la casa. De la calle ascendían mil ruidos diversos, amortiguados por el balcón cerrado. Sobre el fondo de aquella algarabía apenas si se oyó el desgarrado sollozo de Sebastián. En la mano derecha apretaba el guante de crochet de la bella Irene. Por su cerebro, rendido sobre la almohada, desfilaban las palabras del cura de las barbas, imbuyéndole una pausada serenidad: «La dignidad y la honradez humana son como el agua en un colador». Y, una vez más, Sebastián se representó a Benjamín Conde, al absurdo y grotesco Benjamín Conde de sus pesadillas, dando estocadas furiosas a un colador con la afilada punta de un mondadientes.



MIGUEL DELIBES SETIÉN (Valladolid, España, 1920 - 2010). El apellido Delibes proviene de Toulouse (Francia), ya que su abuelo paterno, Frédéric Delibes Roux —emparentado lejanamente con el compositor Léo Delibes— se asienta en España en 1860, adonde emigra para participar en la construcción de una línea de ferrocarril en la provincia de Santander. En uno de sus pueblos, Molledo-Portolín —escenario luego de una de las primeras novelas delibeanas, *El camino*— se casa con Saturnina Cortés, y con los años traslada el matrimonio su residencia a Valladolid.

Miguel Delibes es el tercero de los ocho hijos del matrimonio Adolfo Delibes, profesor y director de la Escuela de Comercio de Valladolid, y de María Setién, burgalesa de origen. El niño Miguel estudia en el colegio de La Salle y, en 1938, con 17 años, y antes de que le movilicen como soldado en la guerra civil que asola España desde 1936, decide enrolarse como voluntario en la Marina. «Casi con seguridad iban a destinarme a Infantería y me horrorizaba la idea del cuerpo a cuerpo, la guerra en el mar era más despersonalizada, el blanco era un barco, un avión, nunca un hombre. Yo lo veía como un mal menor».

Delibes, sin embargo, queda profundamente marcado por el conflicto bélico. «Si fuera posible —ha escrito— hacer un estudio médico de las personas que participamos en aquella terrible guerra, resultaría que los mutilados síquicos somos bastantes más que los mutilados físicos que airean sus muñones».

Regresa a Valladolid recién terminada la guerra y estudia Comercio y Derecho. Sin embargo, ninguna de estas carreras le complace. Y sólo el azar

quiere —él mismo lo ha reconocido así— que desemboque en el mundo del periodismo y de la literatura. Un azar que comienza cuando, al estudiar el *Manual de Derecho Mercantil* de Joaquín Garrigues, descubre la belleza del lenguaje y la eficacia de la metáfora y el adjetivo oportunamente empleado. Como también le gusta el dibujo —su padre le ha matriculado en la Escuela de Artes y Oficios—, Miguel Delibes ingresa como caricaturista, en 1941, en *El Norte de Castilla*, el periódico de su ciudad, y pasa luego a ser redactor.

Ya es por entonces novio de Ángeles de Castro y ésta —que luego será su esposa— le anima a leer y a satisfacer el espontáneo deseo de ponerse a escribir. De esta manera, casi por puro azar y con una formación eminentemente autodidacta en lo que a lo literario se refiere, escribe su primera novela, *La sombra del ciprés es alargada*, que consigue el prestigioso premio Nadal, en la noche de Reyes de 1948.

Es el espaldarazo. Dos años antes se había casado con Ángeles de Castro y había conseguido la cátedra de Derecho Mercantil en la Escuela de Comercio de su ciudad.

A partir de ahora compaginará la enseñanza, el periodismo y la literatura.

Miguel Delibes es nombrado subdirector de «El Norte de Castilla» en 1952 y director en 1958. Emprende una serie de campañas en favor del medio rural castellano y ello le lleva a enfrentarse con el régimen y la censura reinantes, viéndose obligado a dimitir de su cargo en 1963. Pero no ceja por eso en su denuncia de la postración de Castilla y, cuando no puede hacerlo desde el periódico, lo hace desde la narrativa. Nace así su novela *Las ratas* (1962), verdadera epopeya novelada de la tragedia del campo castellano.

Pero ya antes había publicado varios títulos más, en especial *El camino* (1950), su tercera novela y arranque y confirmación de lo que habrá de ser su auténtico estilo narrativo.

Junto a títulos señeros como *La hoja roja* (1959), *Cinco horas con Mario* (1966), *Parábola del náufrago* (1968) —su novela más experimental—, o *Las guerras de nuestros antepasados* (1975), Delibes publica también sus primeros libros de caza y crónicas de viajes, principalmente *USA y yo* (1966), consecuencia de su estancia de seis meses en Estados Unidos, como Profesor visitante de la universidad de Maryland.

En 1973, con más de veinte libros publicados y varios premios en su haber, Miguel Delibes es elegido miembro de la Real Academia de la Lengua, ocupando el sillón e minúscula. La toma de posesión tiene lugar el 25 de

mayo de 1975, y su discurso versa sobre «El sentido del progreso desde mi obra».

Sólo unos meses antes, en noviembre de 1974, había muerto su esposa Ángeles, a la que el novelista había calificado como su «equilibrio» y la «mejor mitad de mí mismo». En una novela que Delibes publicará diecisiete años más tarde, *Señora de rojo sobre fondo gris* (1991), evocará la singular figura de esta mujer.

La muerte de su esposa deja sumido al escritor en una profunda depresión, de la que comienza a salir tres años más tarde con la publicación de su novela *El disputado voto del señor Cayo* (1978). Siguen nuevas novelas, nuevos libros de caza, alguna nueva crónica viajera, y varios de sus relatos —doce en total — son llevados al cine o al teatro. *Los santos inocentes* en la pantalla y *Cinco horas con Mario* en los escenarios son los logros más notables en sendos géneros.

Llegan también para Miguel Delibes los reconocimientos y los premios: el Príncipe de Asturias, en 1982; el premio de las Letras de Castilla y León, en 1984; el de las Letras Españolas, en 1991; y dos años más tarde, en 1993, el premio Cervantes, el más prestigioso galardón para escritores de habla hispana. Su discurso de aceptación del premio ha sido considerado como uno de los más bellos y profundos de cuantos se hayan pronunciado en el Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares. Y aun cuando en él parece dar a entender Miguel Delibes que da por clausurada su creación literaria, cinco años más tarde, en 1998, publica la que puede considerarse su novela más ambiciosa: *El hereje*, un alegato en favor de la libertad de conciencia. La novela se desarrolla en el Valladolid del siglo XVI, y «a Valladolid, mi ciudad» dedica Delibes el libro. Ciudad donde nació y donde ha vivido siempre porque, como él mismo ha repetido, «soy como un árbol, que crece donde lo plantan».

Tras la publicación de *El hereje* su carrera literaria prácticamente se detuvo, principalmente por el cáncer de colon que padecía el escritor precisamente desde la última fase de redacción de su última gran novela.

Recibió en 2007 el Premio Quijote de las Letras Españolas. El escritor trataría aún de sacar adelante una nueva novela corta mediada la década del 2000. La obra, que iba a llevar por título *Diario de un artrítico reumatoide*, fue finalmente abandonada después de medio centenar de cuartillas manuscritas. Por su incapacidad, tras ser galardonado con el Premio Vocento a los Valores

Humanos, Juan Carlos I y Sofía de Grecia, Reyes de España, visitaron personalmente al escritor en su domicilio vallisoletano. La comunidad autónoma de Castilla y León le entregó en noviembre de 2009 la Medalla de Oro de Castilla y León como reconocimiento por «su defensa del castellano», calificando al autor como «maestro de narradores». De igual modo, numerosas entidades culturales e intelectuales españolas e internacionales propusieron en varias ocasiones al escritor como candidato al Premio Nobel de Literatura.